HOMERO

—

OBRAS

COMPLETAS

CIRCULANTE

875

219699

Biblioteca Nacional de España

4
219699

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION CIRCULANTE

SIGNATURA

13 NO

30

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

875
HOM

R- 1244951

Biblioteca Nacional de España

B 37/1 OBRAS COMPLETAS DE HOMERO

INFORME DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SOBRE LA VERSIÓN DE LA *ILÍADA* POR EL DR. LUIS SEGALÁ

Excmo. Sr.: El señor Académico de número encargado de informar acerca de la traducción en prosa de la *Ilíada,* de Homero, del señor D. Luis Segalá y Estalella, que acompañaba a la atenta comunicación de V. E. fechada en 7 de abril último, ha emitido el dictamen que se inserta a continuación:

«El Académico que suscribe ha leído detenidamente y comparado con el texto original la obra titulada *La Ilíada,* de Homero, traducida al castellano por D. Luis Segalá y Estalella, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, y se complace en proponer a la Academia el siguiente informe, con objeto de que, si ésta lo aprueba, pueda servir de mérito en su carrera al expresado señor Segalá.

»**Informe.**—La crítica moderna exige la mayor fidelidad posible en la versión de las obras de los grandes maestros, no sólo en lo que se refiere al valor de las palabras, sino también en los detalles arqueológicos, cuando la obra es antigua, y hasta en las frases, giros y expresiones que puedan pasar a la lengua a que se traslada. Se quiere conocer la producción del genio en toda su integridad, sin arreglos, cortes ni adiciones del traductor, que necesariamente han de parecer retazos mal cosidos en la trama finísima del texto original; y ese respeto hacia la obra, ese propósito de no alterarla en lo más mínimo, cual si fuese un libro sagrado, esa escrupulosidad del intérprete que se ciñe a reconstruir el pensamiento ajeno, debe llevarse a los últimos límites cuando se trata de composiciones como la *Ilíada,* que, además de su valor estético imponderable, por ser el tipo del género poético más noble y excelso, la epopeya, constituye una fuente histórica importantísima para estudiar los orígenes de la civilización griega, para apreciar la cultura de aquella nación que había de ser más tarde la maestra del mundo. Pero no basta que el traductor entienda el texto original y conozca el medio ambiente en que se compuso: necesita, además, dominar el idioma a que se traslada, estar familiarizado con las obras de los clásicos nacionales, saber cómo éstos habrían vertido a su lengua cada una de las frases. Sólo así resultará la traducción fiel y castiza, literal y literaria, digna del autor y útil para el que la lea.

»Tal es el criterio con que el Sr. Segalá ha hecho su concienzuda versión de la *Ilíada* de Homero, la primera que se ha publicado en prosa castellana y la única completamente fiel y exacta de las escritas en la lengua de Cervantes; pues así las de García Malo y Gómez Hermosilla, que son las impresas en castellano, como la de Lebrija y otras que han quedado inéditas, están en verso, y, por lo mismo, no pueden ser rigurosamente literales.

»La fidelidad es, en efecto, la nota que más se destaca en la versión del Sr. Segalá, la cual puede ser comparada, desde este punto de vista, con la que hiciera en fran-

Biblioteca Nacional de España

cés el gran poeta Leconte de Lisle; quien, a pesar de su pericia en el uso de la forma métrica, tradujo a Homero en prosa para no hacerle la más mínima traición. El señor Segalá traslada el poema íntegramente, sin quitarle ni siquiera un epíteto; busca palabras que tengan la misma fuerza expresiva que las griegas, y hasta, si son compuestas, que consten de los mismos elementos—tales son, por ejemplo, *escudado, deiforme, cuellilargos,*—y si no las halla en el Diccionario de la Real Academia Española, emplea dos o más vocablos o convierte el epíteto en una oración incidental para darnos a conocer en todo su valor la frase homérica. Tan sólo encontramos una palabra que sea invención del traductor—*longividente,*—formada a semejanza de *omnividente* y *providente.* Y es lástima que no haya procedido de semejante modo con otros epítetos cuya traducción por dos o tres palabras destruye la proporción que debe existir en las partes de la cláusula o atenúa la energía y la fuerza del vocablo griego. Algunos compuestos como *bracinívea* y *flexípedes,* usados por el brasileño Manuel Odorico Mendes en su traducción portuguesa de la *Ilíada,* son tan inteligibles y se acomodan de tal suerte a las leyes de la formación de palabras, que hubieran expresado la idea de los respectivos epítetos griegos con más concisión y, por tanto, con más vigor que los giros *la de níveos brazos, de tornátiles pies,* con que el Sr. Segalá suele traducirlos. Prescindiendo de este detalle, al que no debe darse más importancia que la poca que tiene, es admirable la religiosa escrupulosidad con que está vertido todo el poema, y en especial los discursos de los personajes: la arenga de Néstor en el primer libro, los razonamientos de Ulises y de Aquiles en el noveno, donde se refiere la embajada que se mandó al hijo de Tetis para que volviera a combatir, y las palabras de Príamo a los pies de Aquiles en el último, son otros tantos ejemplos de como la lengua castellana puede competir con la griega en la expresión de toda clase de ideas y sentimientos.

»No menos cuidado que en la interpretación de las palabras ha puesto el Sr. Segalá en lo que podríamos llamar parte arqueológica de la traducción; y para demostrarlo bastará citar dos ejemplos tomados del libro V. Al contarnos cómo Minerva se armaba para ir al combate, dice Homero que la diosa cubrió su cabeza con un casco τετραφάληρος *(tetraphaleros,* verso 743), palabra que así García Malo como Hermosilla tradujeron con estas otras: *de cuatro penachos.* Pues bien: el nuevo traductor conoce el magnífico artículo de Salomón Reinach sobre el casco griego y romano (1) donde se lee «les φάλαρα *(phalara)*... sont, suivant le scholiaste, des bossettes décoratives ornant les côtés du casque; un casque pourvu de quatre bossettes de ce genre était dit τετραφάληρος,» y por lo mismo traduce el pasaje de esta manera: «Cubrió su cabeza con un casco de doble cimera y *cuatro abolladuras.*» En el mismo libro, Diomedes encarga a Esténelo que sujete los caballos ἐξ ἄντυγος ἡνία τείνας (versos 262 y 322), que traduce García Malo «colgando antes las riendas en el *yugo,*» y Hermosilla «amarradas las bridas a la *armella;*» y más adelante, al describirnos el carro de Juno, dice el poeta δοιαὶ δὲ περίδρομοι ἄντυγές εἰσιν (verso 728), que dichos traductores interpretan respectivamente «tenía para colgar las riendas dos *anillos*» y «al elevado asiento... en torno defendían dos grandes *semicírculos* de bronce.» Para hallar el verdadero significado de la palabra ἄντυξ, el Sr. Segalá debe haber acudido a un artículo de M. Saglio, quien, entre otras cosas, dice que a veces «la caisse du char, réduite à de très petites dimensions, ne montait pas à mi-jambe de ceux qui la conduisaient, mais elle était surmontée d'une rampe ou appui de bois recourbé: c'est l'*antyx* (ἄντυξ)... L'*antyx* peut en faire

(1) *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines,* rédigé sous la direction de MM. Daremberg et Saglio, tomo II, págs. 1420 a 1451.

Biblioteca Nacional de España

tout le tour ou présenter des appuis séparés sur le devant et sur les côtés. Cette dernière disposition... fait comprendre le mot ἄντυγες au pluriel, quelquefois employé par Homère, et la double *antyx* qu'il attribue au char de Héra.» Y así en la nueva traducción ἄντυξ se interpreta siempre por *barandal,* palabra que nos da una idea más exacta de su significado que los diversos vocablos adoptados por García Malo y Hermosilla.

»Si la versión que venimos analizando es notable por su fidelidad y por los conocimientos arqueológicos que supone en su autor, merece igualmente nuestro aplauso por lo castizo de sus frases, tomadas muchas de ellas de autores clásicos castellanos, y de un modo especial de Ercilla y de Solís por lo que al tecnicismo bélico se refiere. El lector erudito hallará a cada momento variados giros que le recordarán pasajes de autores célebres, sin que por esto dejen de ser traducción rigurosamente literal del texto griego. He aquí dos, tomados al acaso, que pueden compararse con los pasajes copiados en las notas: *la noche va ya en las dos partes de su jornada y sólo un tercio nos resta* (1); *mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros* (2). Y es tal la meticulosidad del traductor en este punto, que se abstiene de emplear palabras y frases admitidas por buenos autores, cuando no las halla sancionadas por el uso de los clásicos. Quien así procede ha de sentir horror por los galicismos, y, en efecto, el señor Segalá ha procurado no incurrir en este vicio utilizando el *Diccionario* de Baralt y el *Prontuario* del P. Mir, para conocer cuáles palabras y giros deben su existencia a nuestros vecinos.

»Avalora la nueva traducción de la *Ilíada* un copiosísimo índice alfabético de nombres propios, con la indicación de los hechos de cada personaje, dispuesto de tal suerte que con facilidad suma puede hallarse cualquier pasaje que se busque.

»En resumen: la obra del Sr. Segalá es una versión admirable, en la que, sin menoscabo de la claridad, se saborean, hasta donde es posible, dada la distinta índole de las dos lenguas, la belleza, vigor y fuerza del original; por lo cual el académico que suscribe propone a la Academia este laudatorio informe acerca de la misma.» Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicárselo a V. E., devolviéndole al propio tiempo un ejemplar de la citada obra.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Madrid, 23 de junio de 1909. — *El Secretario,* M. CATALINA. — Excmo. Sr. Subsecretario de Instrucción pública y Bellas Artes.

---

(1) *Ilíada,* X, 252 y 253. Comp. «y como la noche iba casi en las dos partes de su jornada.» Cervantes: *Don Quijote,* parte I, c. XLII.

(2) *Ilíada,* XXIV, 170. Comp. «le ocupó un dolor todos los miembros.» Fonseca: *Vida de Cristo,* l. I, c. 15.

Biblioteca Nacional de España

DICTAMEN DEL CONSEJO DE INSTRUCCION PÚBLICA

SOBRE LA VERSIÓN DE LA *ILÍADA* POR EL DR. LUIS SEGALÁ

El señor Ministro me comunica con esta fecha la Real orden siguiente:

«Ilmo. Sr.: Pasada a informe del Consejo de Instrucción Pública a los efectos del Real decreto de 12 de abril de 1901 la versión de la *Ilíada* de Homero que ha hecho don Luis Segalá y Estalella, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, dicho alto cuerpo consultivo ha emitido el siguiente

»**Dictamen.**—Este Consejo ha visto la versión de la *Ilíada* de Homero que ha hecho don Luis Segalá y Estalella, Catedrático numerario de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona, obra remitida a los efectos del Real decreto de 12 de abril de 1901.

»Ya la Real Academia Española, en 23 de junio antepróximo, informó cumplidamente tocante al mérito filológico y literario de esta versión, juzgándola «la primera que se ha publicado en prosa castellana y la única completamente fiel y exacta de las escritas en la lengua de Cervantes.» Es, añade aquel docto Cuerpo, «una versión admirable en la que, sin menoscabo de la claridad, se saborean hasta donde es posible, dada la distinta índole de las dos lenguas, la belleza, vigor y fuerza del original.» Y en consonancia con este juicio escribe Menéndez Pelayo que la traducción del Catedrático barcelonés—son sus palabras—es hasta ahora «el más digno tributo que la ciencia de nuestros helenistas ha pagado a la primera epopeya del mundo.»

»Dicho se está con ello que el elevado mérito conquistado por el Sr. Segalá en el terreno de la Ciencia implica desde luego el que le corresponde en el de la enseñanza, que es el que más particularmente toca examinar a este Consejo.

»El Sr. Segalá es Catedrático numerario por oposición de Lengua y Literatura griegas y discípulo predilecto del inolvidable Balari, regenerador de la filología griega en España y autor de otros trabajos relativos a las disciplinas de que es titular, tales como el *Estudio del Dialecto Eólico,* primero en su clase en España. La versión de la *Ilíada* corona dignamente lo hecho hasta aquí en la cátedra y fuera de ella por quien sólo ha vivido y vive para las letras clásicas con todo el entusiasmo de su corazón, todo el poder de su clara inteligencia y toda la actividad incansable de sus grandes aptitudes.

»Es, pues, dicha versión no el único, sino el mayor mérito del Catedrático en su carrera, y así le debe ser reconocido y declarado. Hacía falta para la cultura nacional, alimentada con libros poco adecuados y exóticos y asimismo para auxilio y estímulo de los alumnos, texto tan fiel y puro en nuestra lengua del más famoso monumento de la poesía helénica,

»Joven aún el Sr. Segalá y alentado con el aplauso merecido de los doctos, a buen seguro que proseguirá el camino emprendido con nuevas traducciones que servirán

Biblioteca Nacional de España

que navegó por mar tan largo tiempo,
pasando mil trabajos y fortunas,
en su ánimo prudente deseando
salvar sus compañeros, y su vida.

3. El Maestro Juan de Mal-Lara tradujo al latín el libro primero de la *Ilíada*. Así lo afirma Francisco Pacheco.

4. Juan de Lebrija Cano fué el primero que tradujo toda la *Ilíada* en verso castellano, como reza el rótulo del manuscrito que se conserva en la Biblioteca Colombina: *Traduction fidelíssima de los Veinte y Quatro libros de la Ilíada del famoso y celebrado Poeta Homero, interpretada del Griego en verso suelto Hendecasyllabo Castellano por las mismas letras del Alphabeto en que escrivió esta obra el dicho Poeta. El qual orden y stilo sigue el traductor della que es el licenciado Joan de Lebrixa Cano, Natural y Vezino de la Ciudad de Placencia*. El códice lleva la aprobación autógrafa de Lope de Vega y la Real licencia. La traducción (muy semejante en tono y color a la *Ulyxea* de Gonzalo Pérez) es bastante exacta, salvo en algún pasaje mal entendido por Lebrija; y si la versificación presenta algunos defectos, débese sin duda a que el traductor no pudo dar a su obra la última mano. Como muestra de esta notabilísima versión, todavía inédita, véase el siguiente fragmento que corresponde a los versos 405 a 439 de la rapsodia VI de la *Ilíada* y contiene las palabras que dirige Andrómaca a su esposo en la célebre escena conocida con el nombre de *Despedida de Héctor y Andrómaca* (1):

Mas, junto al mismo Andrómaca llorando
estaba, al cual teniendo por la mano
y nombrándole, dijo estas palabras:
«¡Bien hadado y feliz! Tu fortaleza
te ha de acabar a ti. No te apiadas
del niño infante y de mí, cuitada,
la cual presto de ti seré viuda,
porque todos los griegos, insistiendo,
presto te matarán; y me sería
muy mejor para mí, cuando te pierda,
meterme so la tierra, pues que otro
consuelo para mí no habrá ya alguno
después que tú a tal hado hayas venido
si no fueren pesares y dolores.
Porque padre ni madre de respecto
no tengo, pues mató el héroe Aquiles
a mi padre; y a la ciudad de Tebas,
que altas puertas tenía y bien poblada
de la cilica gente, echó por tierra.
A Etión mató sin despojarlo,
porque cual hecho pío y religioso
en su ánimo aquesto reputaba,
mas antes con las armas quemó al mismo
y le hizo un sepulcro. En cerco de éste
las Orestíadas Ninfas, que son hijas
del gran Júpiter, le plantaron olmos.
Tenía siete hermanos en mi casa,
y todos éstos dentro del infierno
entraron en un día; porque a todos

(1) Debemos la copia a la amabilidad de nuestro buen amigo y eximio compañero Dr. Francisco Murillo y Herrera, catedrático de Teoría de la Literatura y de las Artes de la Universidad de Sevilla.

Biblioteca Nacional de España

los mató Aquiles, de los pies ligeros,
como a bueyes recorvos en el paso
o como ovejas blancas juntamente;
y a mi madre, la cual en el selvoso
Hipoplaco reinaba, después que éste
la hubo traído acá con grande copia
de otras muchas riquezas, luego él mismo
la libertó, mil dones recibiendo;
y Diana, gozosa con sus flechas,
mató a ésta en las casas de mi padre.
Mas tú, Héctor, me eres padre, madre, hermano;
tú me eres jocundísimo marido.
Ten, pues, ora piedad; queda en la torre,
no hagas huérfano al niño, a mí viuda.
Y pon al pueblo junto a la higuera,
cabrahigo silvestre, do es el paso
de la ciudad contino y más frecuente,
y más cursable en cerco la muralla.
Porque tres veces por aquesta parte
yendo los que eran más aventajados,
contra los dos Ayaces dieron tiento
y contra Idomeneo, el muy famoso,
contra los dos Atridas ansí mismo,
contra el hijo valiente de Tideo.
O se lo dijo a aquéllos quien sabía
de la adivinación y vaticinios
o al fin su corazón los movió a esto.»

5. El Maestro Francisco Sánchez de las Brozas hizo una traducción de la *Ilíada* en verso latino y otra en verso castellano. De la última sólo queda el siguiente fragmento, que corresponde a los versos 156 a 160 de la rapsodia III de la *Ilíada:*

Bien vayan empleados
los casos y dolores
que griegos y troyanos padecieron;
sus gastos y cuidados
ya tienen sus loores,
pues a tan alto grado se subieron.
Las diosas no tuvieron
sobre ésta, preeminencia:
porque esta hermosura
iguala la figura
de las eternas diosas, su excelencia.
mas llévenla ya luego:
no deje en nuestro reino incendio y fuego.

Como puede verse, cotejándola con el original, más que traducción es una hermosa paráfrasis del texto homérico.

6. Cristóbal de Mesa tradujo también la *Ilíada* en verso castellano.

7. El eminente humanista Pedro de Valencia (1555-1620) tradujo *a la letra* unos fragmentos de la *Ilíada* y de la *Odisea* que ha publicado Manuel Serrano y Sanz en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1). El fragmento de la *Ilíada* comprende los versos 55-65 de la rapsodia XX y dice así:

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.* Tercera época. Tomo III, año 1899 (págs. 398 y 414). En su artículo *Hermosilla y su Iliada,* el señor Menéndez y Pelayo no habla de Pedro de Valencia seguramente por haberle dedicado con anterioridad dos interesantísimos artículos en la *Revista histórica latina* (año 1875, números 9 y 10), que se publicaba en Barcelona.

Biblioteca Nacional de España

Encuéntranse trabando cruel batalla;
tronó espantosamente de lo alto
el padre de los Dioses y los hombres,
y Neptuno de abajo sacudiendo
temblar hizo la tierra y las cabezas
sublimes de los montes; los pies todos
bambanearon del aquoso Ida,
y sus cumbres también con la Troyana
ciudad y las Argivas naves.
Temió allá en el profundo
el señor de los muertos Aidoneo,
y saltó de su trono dando gritos
de temor que la tierra le hendiese
encima Enosicton, y las moradas
infernales se hiciesen manifiestas
a los mortales y a los inmortales
las moradas horribles y asquerosas
que aun a los mismos Dioses dan espanto.

Los fragmentos de la *Odisea* son dos que comprenden respectivamente los versos 273-278 de la rapsodia IX y los versos 315-317 de la rapsodia XI:

Bobo eres, forastero, o has venido
de nuevo de muy lejos a esta tierra,
pues los Dioses me mandas que respete.
Sábete que nosotros los Ciclopes
no curamos de Júpiter, ni hacemos
caso de todo el resto de sus Dioses
porque somos más fuertes que no ellos.
Así, que yo, por miedo de la saña
de Júpiter, no pienso de soltaros
a tí, ni a los demás tus compañeros,
si no es que de hacerlo me dé gusto.

Al monte Ossa encima del Olimpo
intentaron poner, y sobre Ossa
al alto Pelio para escalar el cielo,
y aun hubieran salido con la empresa
si a juventud cumplida se esperaran.

8. Vicente Mariner de Alagón, que vivió en el siglo XVII y fué el más fecundo de nuestros helenistas, trasladó fielmente en versos latinos, fáciles y elegantes como de rica e inexhausta vena, los poemas homéricos. Consérvase esta traducción en la Biblioteca Nacional y desgraciadamente se ha perdido el códice que debía contener las cinco primeras rapsodias de la *Ilíada*. Los demás van acompañados del Comentario de Eustacio y de los escolios de Dídimo, traducidos ambos del griego. Como muestra de la labor de Mariner, transcribiremos los versos correspondientes a los 407 a 439 de la rapsodia VI y a los 486 a 506 de la rapsodia XXIV de la *Ilíada*, a los 1 a 10 de la rapsodia I de la *Odisea* y a los 1 a 30 del himno *A Afrodita* (1):

Vis tua, mirande, evertet te, nec miseraris
Vel me vel puerum, quae te privabor ab ipso,
Nam te confestim occident aere asperi achivi
Dumque ruent omnes. Fuerit mihi dulcius inde,
Te amisso, in terram mergi, necne amplius ullum
Mi solam an erit, postquam tu fata subibis,
Sed dolor, haudque mihi pater est nec denique mater,

(1) Debemos la copia a la amabilidad de nuestro apreciado amigo y distinguido compañero Dr. José Jordán de Urries y Azara, catedrático de Estética de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Biblioteca Nacional de España

Namque meum patrem dire interfecit Achilles
Et cilicorum urbem fudit de moenibus altis,
Thebem altam portis, occidit et Eetionem,
Nec spolia extraxit, vetuit sed pectore toto,
Illum at combussit, simul intulit ignibus arma,
Magna sepulchra struit, circum posuere sed ulmos
Nimphae et Orestiades, soboles Jovis aurea summi.
Et septem fratres fuerant mihi in aedibus altis
Uno omnesque die telo cecidere sub Orcum
Cunctos, nam pedibus velox occidit Achilles,
Curvipedes qua prata boves avido resecabant
Tondebant qua et oves albenti vellere gramen.
Matrem et silvosam quae habitabat Hipoplacon altam
Ut simul hanc tota duxit cum divite gaza,
Solvit suscipiens auro sacra munera fulvo,
Et patris in domibus pressit Diana sagittis.
Hectore, tuque mihi pater es simul ipsaque mater
Et frater, tu namque mihi vir maximus idem,
Jam miserere, simul turrim pete, permane et illic,
Fac ne orbus puer iste cadat, vidua et tua conjunx.
Jam populum siste ad caprificum pervia tota
Urbs ubi stat circum et murus quoque cursibus astat
Qua ter currentes tentarunt robore magni
Aiacesque duos, simul Idomenea superbum
Et circum Atreidas, et natum Tydeos acrem,
Auguria aut aliquis callens bene consulit illis,
Ipsorum aut animus commoto id pectore jussit.

Esto memor patris similis diis, inclite Achilles,
Talis sicut ego senii sub limite tristis,
Namque illum vicini etiam circum undique vexant,
Non aliquis pestemque potest nec pellere noxam;
Sed te viventem dum forte audiverit ipse,
Atque animo gaudet, sperat quoque tempore cuncto
Cernere jam natum redeuntem e pondere Troiae.
Infelix at ego genui quia denique natos
In Troja egregios, quorum nec linquitur ullus,
Quinquaginta aderant venire ut forsan achivi,
Atque novem fuerantque decem uno viscere nati,
Uxores alios pepererunt aedibus altis.
Horum multorum Mavors genua ardua solvit,
Qui mihi solus erat, totam servabat et urbem,
Pugnantem ob patriam occidisti horrentibus armis,
Hectora; ob hunc equidem naves peto tristis achivas
A te ut suscipiam, pariter fero plurima dona,
Jamque verere deos ipsum miserere et Achille
Vel memor inde tui patris; infelicior ipse
Sustinui quae nullus adhuc tulit undique in orbe,
Nati occisoris dextram deducere ad ora.

Versutum cane Musa virum qui est orbe vagatus
Multum equidem postquam Troiae sacram ejicit urbem,
Multorumque hominum mores perspexit et urbes,
Multa suoque animo mala pertulit ardua ponto
Tunc animam servansque suam, reditumque suorum.
Sed nec sic socios cupidus servavit et ipse,
Horum nam proprio perierunt crimine. Stulti,
Qui solis tunc inde boves Hyperionis alti
Manducaverunt, reditus quibus abstulit auram,
Horum alicunde, Jovis dea filia, subjice nobis.

Biblioteca Nacional de España

Musa mihi Veneris gesta aurea concine pulchrae
Cypridis, egregium quae diis commovit amorem
Atque hominum gentes domuit sub viribus altis,
Aerias et aves, pariter genus omne ferarum,
Quas vel terra nutrit multas, pontusque furescens,
Omnibus est cuique semper Cytherea venusta.
Flectere at ipsa nequit tres, vel sibi fallere mentes,
Aegiodis natam summi Jovis ipsa Minervam,
Non opera huic Veneris tandem placuere potentis,
Illi sed bellum placuit, Martisque tumultus,
Et lites pugnasque hujus fera facta subire,
Prima fabros docuit scitos tellure sub omni
Construere et currus varios et fortia scuta,
Haec autem in domibus molles, pulchrasque puellas
Clara opera edocuit, cuivis sub pectore ponens.
Non autem pulchram nimium domat ipsa Dianam
Pulchra Venus risu, quae blando et gaudet amore;
Illi arcus placuere ferasque occidere diras,
Et citharae dulcesque chori gemitusque strepentes
Et nemora umbrosa et justorum urbs alta virorum,
Non Veneris placuere sacrae gesta ipsa puellae
Vestae, quam peperit primam Saturnus in orbe
Deinde et postremam Aegiodis Jovis undique mente,
Sacram Neptunus petiit quam et magnus Apollo
Haec et non voluit, graviter sed respuit ipsa,
Juravit nimium, quod tandem absolvitur omne.
Tunc Jovis Aegiodis tangens caput inde parentis
Degere virgineo divam sub flore dearum,
Cui pro conjugio sua munera Jupiter indit
Eique domo media sedit pinguedine capta,
Omnibus in templis servat decus omne deorum
Inter mortales et praestat honore dearum.

9. Un jesuita ilustre, el P. Manuel Aponte, natural de Oropesa, en Castilla la Nueva, tradujo en verso castellano la *Ilíada* y la *Odisea con admirable fidelidad y con notas doctísimas,* según Leandro Fernández de Moratín, y *versificando espléndidamente y emulando las magnificencias del griego con la dignidad del habla castellana,* según el cardenal Mezzofanti. Esta traducción debe de haberse perdido.

10. Un anónimo tradujo toda la *Ilíada* en octavas (comenzó en 1.º septiembre de 1745 y acabó en 30 marzo de 1746). El autor era helenista y versificaba en general con lozanía y soltura, pero era conceptuoso en grado sumo. He aquí la primera octava:

Canta, Diosa, la ira lamentable
del grande Aquiles, hijo de Peleo,
causa de inmensos males insaciable,
del campo griego el vengativo empleo
que mil heroicas almas implacable
rencor ocioso anticipó al Leteo,
colmando en sus destrozos las riberas
pasto y cebo a las aves y a las fieras.

11. Juan Meléndez Valdés comenzó a traducir la *Ilíada* en hendecasílabos sueltos, no habiendo pasado, según parece, del hexámetro 300. He aquí los primeros versos:

Canta, ¡oh Diosa!, de Aquiles de Peleo
la perniciosa ira, que tan graves
males trajo a los griegos, y echó al Orco
muchas ánimas fuertes de los héroes,
que las aves y perros devoraron.

Biblioteca Nacional de España

12. Sábese que el P. Pedro Estala, de las Escuelas Pías, había traducido del griego algunas rapsodias de Homero.

13. Cándido María Trigueros hizo también algunos ensayos de traducción de la *Iliada,* que se han perdido.

14. La primera traducción de la *Iliada* en verso castellano, impresa en España, fué la de García Malo (1).

Precede a la traducción un *Discurso preliminar* en el cual el traductor excusa su atrevimiento por no haber «traducción alguna de la *Iliada* en nuestro idioma;» dice cómo ha hecho la suya y añade: «Ahora me parece oportuno tratar algo acerca de la naturaleza del poema del padre de la poesía, para transportar la imaginación de mis lectores a los siglos en que escribió; y para hacerles más bien percibir su hermosura, majestad y grandeza.» La traducción está hecha en hendecasílabos libres a excepción de los dos versos finales de cada estrofa, que forman un pareado y son los menos fieles, porque, como confiesa el mismo traductor, se vió obligado a dar algún giro a la expresión del texto para acomodarlo a la rima y a tomarse en estos versos más licencias poéticas que en los otros. Como obra poética—dice el señor Menéndez Pelayo—el *Homero* de García Malo (estimable a veces por la fidelidad) es infelicísimo, arrastrado y prosaico. He aquí su comienzo, en que traduce con *doce* versos los *siete* primeros hexámetros del texto original:

Canta, ¡oh Diosa!, la cólera obstinada
del hijo de Peleo, el noble Aquiles,
esta cólera infausta, que, causando
innumerables males a los griegos,
precipitó las almas generosas
de tantos fuertes héroes al obscuro
imperio de Plutón, dejando en presa
sus cuerpos a los buitres y a los perros.
Así el supremo Júpiter lo quiso
después de la fatal desavenencia
de Agamenón, rey de hombres, y el valiente
Aquiles, de los dioses descendiente.

15. José A. Conde tradujo en verso castellano los *Himnos homéricos* (2).

16. Miguel José Moreno hizo en verso castellano una traducción de la *Iliada,* sobre la cual escribió Gallardo una *Carta crítica,* en Chiclana, el 26 de septiembre de 1826.

17. La segunda traducción de la *Iliada*, en verso castellano, impresa en España, fué la de Gómez Hermosilla (3).

Precede a la traducción un *Discurso preliminar* en que se trata de Homero y sus poesías, del punto de vista en que deben colocarse los lectores para juzgarle; del sentido en que debe entenderse la parte mitológica del poema y de la traducción que ha hecho adoptando como metro el hendecasílabo suelto y buscando los términos más fieles y exactos que le ha sido posible. Esta traducción de Hermosilla excede, según D. Juan Valera, *a la traducción inglesa de Pope y a todas las francesas, y sólo cede*

---

(1) *La Iliada de Homero,* traducida del griego en verso endecasílabo castellano, por D. Ignacio García Malo. Con licencia, en Madrid, por Pantaleón Aznar. Año 1788. Fué reimpresa en Madrid, imprenta de Verges, calle de la Greda, 1825. Ambas ediciones en tres tomos.

(2) Cita esta traducción D. Raimundo González Andrés en su *Breve exposición histórica de la Literatura griega* (pág. 64 de la 2.ª edición, Madrid, 1866).

(3) *La Iliada de Homero,* traducida del griego al castellano por D. José Gómez Hermosilla. Madrid. En la imprenta Real, año de 1831. Tres tomos en 4.º (2.ª edición. París, Rosa y Bouret, 1862; 3.ª, Madrid, Biblioteca Clásica. Imprenta Central, 1878).

Biblioteca Nacional de España

a la alemana de Voss y a la italiana de Monti; y, como dice Menéndez y Pelayo, es muy estimable, ya que no excelente por ser tan fiel, exacta y literal cuanto puede serlo una traducción poética, revelando en su autor una admirable inteligencia del texto griego; por tener un sabor bastante homérico, y porque el tono, lenguaje y colorido poético de la versión son muy superiores a lo que pudiera esperarse de un tan helado preceptista como Hermosilla, hasta el punto que Cabanyes dijo que en esta traslación homérica había excelentes versos y gran conocimiento de los recursos poéticos de nuestra lengua. Es, dice Menéndez y Pelayo, todo cuanto puede hacer un hombre que no ha nacido poeta. He aquí, como muestra, el fragmento correspondiente a las palabras que Andrómaca dirige a su esposo en la *Despedida de Héctor y Andrómaca (Iliada,* rapsodia VI, versos 406 a 439):

Andrómaca, acercándose afligida,
lágrimas derramaba. Y al esposo
asiendo de la mano, y por su nombre
llamándole, decía acongojada:
«¡Infeliz! Tu valor ha de perderte:
ni tienes compasión del tierno infante,
ni de esta desgraciada que muy pronto
en viudez quedará; porque los griegos
cargando todos sobre ti, la vida
fieros te quitarán. Más me valiera
descender a la tumba, que privada
de ti quedar; que si a morir llegases,
ya no habrá para mí consuelo alguno,
sino llanto y dolor. Ya no me quedan
tierno padre ni madre cariñosa.
Mató al primero el furibundo Aquiles,
mas no le despojó de la armadura
aun saqueando a Teba, que a los dioses
temía hacerse odioso. Y el cadáver
con las armas quemando, a sus cenizas
una tumba erigió, y en torno de ella
las ninfas que de Júpiter nacieron,
las Oréades, álamos plantaron.
Mis siete hermanos en el mismo día
bajaron todos al Averno obscuro;
que a todos de la vida despiadado
Aquiles despojó mientras estaban
guardando los rebaños numerosos
de bueyes y de ovejas. A mi madre,
la que antes imperaba poderosa
en la rica Hipoplacia, prisionera
aquí trajo también con sus tesoros,
y admitido el magnífico rescate
la dejó en libertad; pero llegada
al palacio que fuera de su esposo,
la hirió Diana con suave flecha.
¡Héctor!, tú solo ya de tierno padre,
y de madre me sirves y de hermanos,
y eres mi dulce esposo. Compadece
a esta infeliz; la torre no abandones
y en orfandad no dejes a este niño
y viuda a tu mujer. En la colina
de silvestres higueras coronada
nuestra gente reúne, que es el lado
por donde fácilmente el enemigo
penetrar puede en la ciudad, y el muro

Biblioteca Nacional de España

escalar de Ilión. Hasta tres veces
por esa parte acometer tentaron
los más ardidos de la hueste aquea:
los Ayaces, el Rey Idomeneo,
los dos Atridas y el feroz Diomedes;
o ya que un adivino este paraje
les hubiese mostrado, o que secreto
impulso los hubiese conducido.»

18. Pedro A. Crowley Gaditano incluyó la *Ilíada* en *Las cinco joyas épicas. Traducción en verso castellano de las cinco obras clásicas más célebres del mundo* (Madrid, 1844, 8.º mayor). No se sabe si esta traducción de la *Ilíada* era debida a Crowley, o mera reproducción de la de Hermosilla, ni puede asegurarse que llegara a imprimirse.

19. Antonio de Gironella y Ayguals, literato barcelonés, publicó en 1851 una traducción indirecta de la *Odisea,* basada en la versión latina de Stephano, la inglesa de Pope, y las francesas de Bitaubé, Dugas-Montbel, Madame Dacier, el príncipe Le Brun y Eugenio Bareste. En la introducción el traductor confiesa que desconoce la lengua griega, y así no es de extrañar que incurra en errores como el de traducir ἑϋχνήμιδες (= de hermosas grebas) por *de anémidas hermosas,* añadiendo que la *anémida* era un adorno de que usaban los griegos y que, por ciertos datos, suponía que serían los aretes que todavía los modernos llevan colgados de las orejas; que deforme los nombres propios escribiendo Eurimarco, Aretea, facios, Náusica, Antinó, etc., por Eurímaco, Arete, feacios, Nausícaa, Antínoo, etc., y que, como él dice, procure dulcificar las voces de puercos, bueyes, porqueros, etc., colocando en su vez las de lechones, verracos, toros, pastores, etc.

20. Francisco Estrada y Campos, natural de Valladolid, al morir en 1868 dejó sendas traducciones de la *Ilíada* y de la *Odisea* en verso suelto, anotadas e ilustradas con dibujos del mismo traductor cuyas planchas se grabaron en París. Esta versión, como dice el señor Menéndez y Pelayo, quizás supere a la de Hermosilla.

21. Narciso Campillo, elegante poeta sevillano, tenía ya muy adelantada hacia el año 1878, en que se publicó la nota del señor Menéndez y Pelayo, que venimos extractando, una traducción en verso de la *Ilíada* que debía de ser excelente cuando nuestro polígrafo se preguntaba: «¿Quién sabe si en su frente reverdecerán los laureles de Monti?»

22. También en 1878 apareció en el tomo XXXVIII de la *Biblioteca Universal,* que se publicaba en Madrid, *La Batracomiomaquia o sea Batalla entre las ranas y los ratones, poema traducido del griego.* La traducción está hecha en hendecasílabos blancos; es libre, pero bastante exacta, elegante y fácil; y revela gran habilidad en su autor en verter los nombres de las ranas y de los ratones por otros castellanos, generalmente compuestos, que tienen el mismo significado (Carinflado, Legamio, Aguasmanda, Tragapiernas, Lameplatos, Robamigas, Cataorzas, Pisacienos, Zampatortas, etc.). Como muestra transcribiremos la traducción de los versos 110 a 131 que nos dan a conocer el discurso de Zampatortas, afligido por la muerte de Robamigas, y la manera como se arman los ratones:

«Aunque yo solo, amados compatriotas,
de las ranas sufri males inmensos,
la infausta suerte a todos amenaza.
¡Desdichado de mí! Tres hijos cuento
perdidos por mi mal. Atrapó al uno,
al asomarse incauto a su agujero,
una gata feroz, que con sus uñas
menudas trizas hizo hasta los huesos.

Biblioteca Nacional de España

Hombres crüeles al segundo cogen
en una trampa, artificioso invento,
que llaman ratonera, de infortunios
a nuestra raza manantial perpetuo;
y sin piedad allí lo sacrifican.
Carinflado, ¡qué rabia!, al predilecto
de mis entrañas, de su augusta madre
la prenda más querida, el embeleso
de nuestros ojos, pérfido lo ahoga
en un profundo charco. Compañeros,
al arma, al arma; cada cual apreste
su más terrible y cómodo armamento.
A batalla campal contra las ranas
salgamos, de armas guarnecido el cuerpo.»
Con tan vehemente alocución movidos,
todos a armarse presurosos fueron
con las armas que Marte les ofrece,
a quien toca en las guerras el gobierno.
Las piernas cubren con lucientes grebas,
que de vainillas de habas verdes, diestros,
una noche forjaron, a porfía
las matas con sutil diente royendo.
Fuertes corazas de la piel de un gato,
que desollaron con osado aliento,
bien chapadas con cañas fabricaron
para defensa de sus firmes pechos.
De cáscaras de nuez morriones hacen,
y los arneses, de candiles viejos.
Las lanzas eran como agujas largas,
que Marte les labró de fino acero.

23. R. Canales publicó en la *Biblioteca Jané,* que se editaba en Barcelona, una traducción en prosa de la *Odisea* (1), que es literal, pero no directa, pues su autor se limitó a trasladar una versión literal francesa, amplificándola en algunos pasajes. Como muestra de las inexactitudes en que incurre, puede citarse la interpretación de la palabra εὐκνήμιδες (= de hermosas grebas) por *de hermosas clámides,* añadiendo en una nota que son *una especie de capas cortas usadas por los griegos y romanos;* el verter ταλασίφρων (sufrido) y πεπνυμένος (= prudente) por *sabio,* διοτρεφέας (= alumnos de Zeus) por *hijos mimados de Júpiter,* ὁ δ' ἀσπερχὲς μενέαινεν ἀντιθέῳ Ὀδυσσῆϊ (= estuvo constantemente irritado contra Odiseo igual a un dios) por *deseaba ver a Ulises convertido en dios,* etc.

24. El ilustre profesor del Instituto de Vitoria y eximio helenista Federico Baráibar y Zumárraga hizo una notable traducción de la *Odisea* en hendecasílabos libres castellanos, que publicó la *Biblioteca clásica,* de Madrid. Como muestra, transcribiremos la interpretación de las palabras que el aedo Femio dirige a Odiseo para que no le mate con los pretendientes de Penelopea (rapsodia XXII, versos 344 a 353):

Humillado a tus plantas, te suplico:
ten de mí compasión; grande tu pena
será en lo porvenir, si sacrificas
a un cantor de los hombres y los dioses.
Aedo soy; maestro de mí mismo,
toda suerte de cantos en mi mente
colocó un inmortal; y celebrarte
puedo a la par de un dios. La breve vida

(1) *Odisea.* Versión española con sumarios y notas explicativas, por R. Canales.

Biblioteca Nacional de España

no me arrebates, pues. Tu hijo adorado
puede decirte a más, que si he venido
a cantar a tu casa, en los festines
de los soberbios procos, no por gusto
ni por miseria ha sido, sino de ellos,
que eran muchos y fuertes, obligado.

25. Genaro Alenda hizo una traducción directa y muy elegante de la *Batracomiomaquia,* en verso castellano, precedida de una *Advertencia preliminar,* en la que nos da el argumento del poema (1). Alenda no traduce los nombres de las ranas y de los ratones, limitándose a transcribirlos del griego (Fisignato, Sijarpas, Licopinante, Tyroglifo, Licanor, Ipsiboas, Troglodita, Pelión, Embasictro, Setaleo, Limnócaris, etc.). He aquí la traducción de los versos 110 a 131, que contienen el discurso de Trojartas, afligido por la muerte de Sijarpas, y la manera como se arman los ratones:

«Aun cuando de la parte de las ranas
un gravísimo daño, sin ejemplo,
a mí solo se infiere, ¡oh mis amados!,
a todos os contemplo
en mi infortunio y mal interesados.
¡Ay! ¡Cuán grande es mi mal! Tres hijos tuve
y a todos tres perdí. Dejó su vida
el primero en los dientes de un ruin gato
que fuera le asaltó de su manida.
De morir entre bárbaros tormentos
al segundo llegó la fatal hora
y cayó en una trampa el desdichado:
armadijo funesto que ha inventado
de los hombres la raza engañadora.
El tercer hijo mío,
¿quién ignorar podía
que de su honesta madre era el encanto
y mi consuelo, la esperanza mía?
Pues el rey de las ranas, con halago
llevándolo a su casa, al inocente
¡oh iniquidad! precipitó inclemente
en los hondos abismos de ese lago.
Corramos, pues, amigos: ¡sus!, volemos;
a vestir nuestras armas sin tardanza,
y a las pérfidas ranas, en venganza,
la guerra y el exterminio les llevemos.»
Esta arenga del rey persuade a todos
y corriendo en tropel y armas buscando,
nada a su acierto y su primor se iguala;
es Marte quien los viste y acicala,
tan grande empresa sobre sí tomando.
Por duras grebas y coturnos bellos,
en las robustas piernas todos ellos
verdes cortezas de habas se ponían
que en la noche anterior cenado habían,
ciñéndose con arte y bien sujetos
de piel de gato y caña recios petos.
De aquellos broquelillos relevados
que llevan en su centro las lucernas
y son de duro hierro fabricados,

(1) Publicóse en la *Biblioteca clásica,* a continuación de la *Odisea* traducida por Baráibar.

Biblioteca Nacional de España

cada cual, como pudo,
forjó de pronto, y embrazó, su escudo.
Fuertes, largas agujas
empuñan con braveza,
que les sirven de lanzas aceradas,
y cubren con presteza
la frente y la cabeza
con cáscaras de nueces por celadas.
Todos así alistados,
salen precipitados
por esta y la otra parte
con bélica locura,
luciendo su armadura,
toda férrea armadura obra de Marte.

26. El Dr. Ramón M. Garriga y Nogués (1835-1906), que fué catedrático de Lengua griega en la Universidad de Barcelona, tradujo en prosa, directamente del griego, los versos 407-432 y 441-465 de la rapsodia VI de la *Ilíada* y los publicó en su estudio sobre *La Poesía y sus Formas artísticas* (Barcelona, 1901). He aquí la primera parte:

Andrómaca.—¡Esposo desgraciado, tu valor te perderá! No te mueven a compasión, ni tu hijo infante, ni tu infeliz esposa, que pronto quedará viuda, pues vas a morir a manos de los griegos que a una contra ti sus flechas lanzarán. Mejor fuera, antes de verme de ti abandonada, que me tragase la tierra, pues muerto tú, mis alimentos serán la tristeza y el dolor. Huérfana soy, porque el divino Aquiles, después de apoderarse de la espaciosa Tebas, mató a mi padre Etión, erigiéndole por respeto religioso un soberbio mausoleo, a cuyo rededor plantaron elevados álamos las ninfas Orestíades, hijas del supremo Júpiter. Siete hermanos contaba yo, dedicados al pastoreo de fuertes bueyes y blancas ovejas, y a todos dió muerte en un día el mismo Aquiles. Mi madre, reina de la selvosa Placo, comprando a gran precio su libertad, vivía retirada en el Real Palacio de mi padre, pero también murió víctima de las flechas de Diana. Tú eres todo para mí: eres padre, madre, hermano y esposo, a quien rendí mi juventud y mi amor. Apiádate de mí, quédate en esta fortaleza y no causes con tu arrojo la orfandad de tu hijo y la viudez de tu esposa.

27. La primera versión directa y literal de la *Ilíada* y de la *Odisea* en prosa castellana, que se ha impreso en España, ha sido la nuestra, que fué publicada, con ilustraciones de Wal Paget, por los señores Montaner y Simón en 1908 y 1910.

28. En la revista *La Academia Calasancia* (año XIX, n.º 418, de 10 de noviembre de 1909) apareció una versión titulada ΥΜΝΟΙ ΗΤΟΙ ΠΡΟΟΙΜΙΑ, *Himnos o Proemios;* ΕΙΣ ΔΙΟΝΥΣΟΝ, A Baco. Traducido directamente del griego por Joaquín Balcells, Presidente de la Sección de Literatura.

El Dr. Joaquín Balcells y Pinto, en aquella época alumno de nuestra Facultad de Filosofía y Letras y hoy distinguido catedrático de Lengua y Literatura latinas de la misma, nos dió una versión muy literal y sumamente elegante del himno homérico a Diónisos, que fué la primera que se publicó en prosa castellana. He aquí su comienzo:

De Baco, hijo de Semele gloriosa, haré mención; de cómo apareció junto a la orilla del estéril mar, sobre un promontorio saliente, semejante a un hombre en la primera juventud, y su cabellera hermosa y negra se agitaba en redor, y tenía un manto de púrpura en torno de los hombros. Pronto hombres piratas tirrenos, sobre una nave de hermosas tablas, aparecieron en el Ponto, de color de vino; funesto hado los llevaba. Y habiéndolo visto ellos, hiciéronse señas unos a otros, y a seguida saltaron, y en un punto le hubieron cogido, hiciéronle sentar en la nave, alegres en el alma; pues que suponían era hijo de alguno de los reyes alumnos de Júpiter. Y pretendían atarlo con duros lazos.

Mas los lazos no le oprimieron, y los mimbres saltaron a lo lejos, de sus manos y de sus pies; él sonriendo en sus negros ojos, sentóse; y el piloto habiéndolo visto, dirigiéndose a sus compañeros les advirtió, y dijo:

«Desdichados, ¿a cuál dios poderoso atáis, habiéndole cogido?; la nave bien construida no puede llevarlo. En verdad, pues, éste es Júpiter, o el del arco de plata, Apolo, o Poseidón, pues que no es semejante a los hombres, sí que a los dioses que poseen moradas en el Olimpo. Mas, ea, dejémosle presto en el oscuro continente; y no pongáis mano sobre él; no sea que, irritado, suscite viento funesto y mucho huracán.»

Biblioteca Nacional de España

29. Gustavo Vivero publicó una traducción castellana, en prosa, de la *Odisea* en la «Biblioteca económica de clásicos universales» que publica en París la Sociedad de ediciones Louis-Michaud.

30. El Dr. José Banqué y Faliu, catedrático de Lengua y Literatura griegas de la Universidad de Barcelona, publicó en el *Anuario de la Universidad* correspondiente a los cursos de 1908 a 1909 y 1909 a 1910 los «Himnos Homéricos, vertidos directa y literalmente del griego por vez primera a la prosa castellana,» de los cuales hizo además un tiraje aparte. Por ser el Dr. Banqué compañero nuestro de claustro, nos abstendremos de hacer la crítica de su obra y únicamente nos permitiremos transcribir de ella algunos pasajes (versos 229 a 234 del himno *A Apolo;* 17 a 19 y 190 a 198 del himno *A Hermes,* y 1 a 6 del himno *A Ártemis)* para dar a conocer su originalísima manera de traducir el texto y especialmente los epítetos:

De allí fuiste más allá, oh flechador Apolo; llegaste a Onquesto, espléndido bosque de Neptuno, en donde un potro recién domado expira, arrastrando, aunque adolorido, hermosos carros; mas el auriga en tierra, si valeroso, habiendo saltado del carro, recorre su camino: pues los aurigas golpean entre tanto los vacíos carros, en habiendo perdido su gobierno.

[Nacido por la mañana, al medio día ya pulsaba la cítara, al anochecer hurtó los bueyes del-que-lanza-a-lo-lejos-sus-flechas Apolo, la víspera del día cuarto de haberlo dado a luz la veneranda Maya.]

. . . . . .

Oh anciano que arrancas las zarzas de Onquesto herbosa, llego aquí de Pieria buscando de un ganado mayor bueyes, que sean todas ellas hembras, y que tengan todas los cuernos retorcidos hacia adentro: mas he aquí que un toro negro pacía solitario, separado de otros: y cuatro ceñudos perros, como hombres, unánimes los cuatro seguían detrás; y éstos, en verdad, fueron abandonados, no solamente los perros, sino también el toro (lo que ciertamente es más de maravillar); en cuanto a las vacas, se fueron, al poco tiempo de haberse puesto el sol, de aquel prado tierno, alejándose de un dulce pasto.

Celebra a Diana, ¡oh Musa!, a la hermana del Disparador-de-flechas, a la virgen que-se-goza-en-sus-saetas, educada juntamente con Apolo, la cual, después de abrevar los caballos en el río Meles, en-el-que-abundan-los-altos-juncos, con presteza dirige su carro, todo-él-un-ascua-de-oro, por Esmirna a Claros vitífera; en donde Apolo, que-maneja-el-arco-de-plata, se sitúa, aguardando a La-que-se-complace-en-sus-saetas y lanza-a-lo-lejos-sus-flechas.

31. El Dr. Fernando Crusat y Prats, actual catedrático de Lengua griega de la Universidad de Granada, dió a la estampa en 1913 (1) una elegante interpretación en prosa castellana de los versos 48 a 248 del canto VI de la *Odisea,* de la cual transcribiremos la parte referente a la alocución de Odiseo a Nausícaa:

Te imploro de rodillas, oh reina; ¿eres diosa o mortal? Si eres alguna diosa de las que habitan el vasto cielo, te comparo a Diana, a la hija del gran Júpiter; si eres una de las mortales que tienen su morada en la tierra, tres veces felices tu padre y tu veneranda madre, tres veces felices tus hermanos; sin duda su corazón está siempre henchido de gozo cuando ven a tal retoño salir a danzar; y feliz más que nadie el que, sobresaliendo por sus regalos nupciales, te tome por esposa y te lleve a su casa. Jamás vieron mis ojos persona tal entre los mortales, hombres o mujeres; te admiro contemplándote. Una vez en Delos vi un tierno retoño de palmera que crecía junto al altar de Apolo; pues yo también he visitado esa isla acompañándome un pueblo numeroso en este viaje que tantos males debía acarrearme.

A la vista de aquella planta quedé encantado, pues jamás tallo igual brotó de la tierra; así, oh mujer, yo te admiro, estoy encantado y temo abrazar tus rodillas; mas un dolor inmenso me agobia: hasta ayer no conseguí salir del obscuro mar donde he permanecido veinte días; durante este tiempo he sido llevado por las olas y las tempestades, lejos de la isla Ogigia, y ahora una divinidad me arroja a esta ribera, donde quizás me aguardan nuevos males. Y no creo que hayan cesado todavía, sino que los dioses me reservan otros para en adelante.

Pero, oh reina, ten piedad de mí; después de sufrir numerosos males, me dirijo a ti la primera, pues no conozco a ninguno de los que habitan en esta ciudad y en este país; indícame la ciudad y dame algún trapo para cubrirme, si has traído alguno para envolver tus vestidos. Y los dioses te den cuanto anhele tu corazón: ojalá te

(1) *Antología Universal.* Colección de trozos selectos de Literatura de los mejores autores, escogidos y ordenados por D. Ricardo Soriano de Pinedo, profesor auxiliar del Instituto general y técnico. Barcelona, 1913.

Biblioteca Nacional de España

concedan un esposo, una casa y buena concordia, pues nada es tan bello ni mejor que ver reinar la armonía entre el hombre y la mujer que gobiernan su casa, lo cual causa la envidia de los enemigos y el gozo de los amigos, mas los esposos son los primeros beneficiados.

32. José Folch Vernet publicó «*El Rapto de la bella Proserpina*. Himno homérico en honor de Ceres, traducido literalmente del griego.» Barcelona, Editorial Perelló, S. A., 1917.

33. Germán Gómez de la Mata dió a luz en la Editorial Prometeo, de Valencia, una versión española de la traducción francesa de la *Ilíada*, por Leconte de Lisle. No creemos que el traductor español fuera helenista; pues, de serlo, ni llamaría a los aqueos, dánaos y argivos *acaienos, danaenos* y *argienos*, ni nos hablaría del *Telamonieno* Ayax, ni traduciría hecatombe por *holocausto*, ni Héctor llevaría casco *palpitante*, ni las almas descenderían al *Edes* (por Aides o Hades), ni Agamenón se levantaría *vibrante de coraje* (ἀγνύμενος, que Leconte de Lisle traduce *plein de douleur)*, ni interpretaría así los versos 135-139 de la rapsodia primera: «Si los magnánimos acaienos satisfacen mi corazón *con algo que lo valga*, sea. Si no, *buscaré mi revancha y la encontraré* en ti, en Ayax, o en Odiseo, y *de ella me aprovecharé, a pesar de todo* (1).» *Et sic de ceteris.*

34. Nicasio Hernández Luquero nos dió en la misma Editorial Prometeo una versión española de la traducción francesa de la *Odisea*, por Leconte de Lisle.

35. Manuel Vallvé publicó en 1919 en esta ciudad de Barcelona una versión castellana de la *Ilíada*, que no es directa del griego, pues, a juzgar por los pasajes que hemos cotejado, sigue paso a paso la traducción francesa de Leconte de Lisle, con excepción de los nombres propios personales, que substituye por los correspondientes latinos. Bastará para probarlo transcribir el siguiente fragmento de la *Ilíada* (rapsodia I, versos 275 a 284), en que tan poco afortunado estuvo el traductor francés:

Versión de Leconte de Lisle	Traducción del Sr. Vallvé
Il n' est point permis à Agamemnon, bien que le plus puissant, d' enlever au Pèléide la vierge que lui ont donnée les fils des Akhaiens, mais tu ne dois point aussi, Pèléide, resister au Roi, car tu n' est point l'égal de ce Porte-sceptre que Zeus a glorifié. Si tu es le plus brave, si una mère divine t' a enfanté, celui-ci est le plus puissant et commande à un plus grand nombre. Atréide, renonce a ta colère, et je supplie Akhilleus de réprimer la sienne, car il est le solide bouclier des Akhaiens dans la guerre mauvaise.	No está permitido a Agamenón, aunque sea el más poderoso, arrebatar al Pelida la virgen que le dieron los hijos de los aqueos; pero tú tampoco, Pelida, debes resistirte al rey, que empuña cetro, a quien Júpiter ha glorificado, porque no eres igual a él. Si tú eres el más valiente, si te parió una madre divina, éste es el más poderoso y manda a mayor número de hombres. Atrida, renuncia a tu cólera, y yo suplico a Aquiles que reprima la suya, porque es el sólido escudo de los aqueos en la funesta guerra.

Verdad es que algunas pocas veces en que el Sr. Vallvé se aparta de la versión francesa, usa palabras que casi coinciden con las empleadas por nosotros, como en los versos 599 y 600 de la rapsodia primera:

Nuestra traducción	Traducción del Sr. Vallvé
... y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses al ver con qué afán les servía en el palacio.	Y una risa inextinguible se elevó entre los bienaventurados dioses, cuando vieron el afán de Vulcano por servirles.

Traducción de Leconte de Lisle

Et un rire inextinguible s' éleva parmi les Dieux hereux, quand ils virent Hèphaistos s' agiter dans la demeure.

(1) La traducción de Leconte de Lisle, de la cual pretende ser versión española la que acabamos de transcribir, dice así: «*Si les magnanimes Akhaiens satisfont mon cœur* par un prix d'une valeur égale, *soit. Si non*, je ravirai *le tien, ou celui d'Aias, ou celui d'Odysseus;* et je l'emporterai, et celui-là s'indignera vers qui j'irai.»

Biblioteca Nacional de España

Es lamentable que enseñándose la lengua y la literatura griegas en cuatro Universidades españolas, y existiendo, por tanto, personas aptas para traducir directa y fielmente los clásicos griegos al español, haya editores (que debieran de ser personas ilustradas y comprender mejor sus intereses) que hagan traducir estas obras del francés y permitan que se estampen frases tan servilmente galicanas como la *joven virgen, el sublime Saturnio, dirigir reproches, hasta que se acostó el sol, el sabio Júpiter,* y otras semejantes que ciertamente no acreditarán de purista al que las use.

36. En 1919 publicó Miguel Jiménez Aquino, bibliotecario del Senado, una apreciable traducción en verso hendecasílabo libre del himno homérico a Afrodita con el título de *El pequeño poema Afrodita y Anquises de un anónimo poeta de la escuela homérica* (1). He aquí su comienzo:

Musa, dime las obras de Afrodita
la Cipria Diosa reluciente de oro,
la que apetitos dulces estimula
en dioses, y domina toda raza
de hombre mortal, las aves del espacio,
y cuantas fieras nutre el continente,
y cuantas cría el mar. Con sus ardides
la bella coronada Citerea
inquieta el alma de los seres todos.

37. El ilustre literato barcelonés e individuo de la Real Academia de Buenas Letras Luis Carlos Viada y Lluch ha traducido, teniendo a la vista nuestra versión, varios fragmentos de la *Ilíada* en harmoniosos versos libres formados por un hemistiquio de siete sílabas y otro de diez. He aquí los correspondientes a los versos 1 a 52 de la rapsodia primera:

Canta, heliconia diosa, del Pelida Aquileo la cólera;
la cólera funesta que causó, a los aqueos, innúmeros
males, y arrojó al Hades muchas almas ardidas de héroes
que a los canes sirvieron de yantar, y a las aves de pasto
—tal fué el querer de Zeus—desde que, disputando acremente,
riñeron el Atrida, de hombres rey, y el divino Aquileo.
¿Quién fué de los Olímpicos que en los dos encendió la pendencia
que los lanzó al combate? El retoño de Leto y de Zeus,
que, con el rey airado, suscitó en el ejército peste
perniciosa, y los hombres, por la injuria que el hijo de Atreo
al sacerdote Crises infiriera, perdían la vida.
De recobrar su hija deseoso, presentándose Crises
en las veleras naves aquivas con cuantioso rescate
y de Apolo, el que hiere de lejos, en la mano las ínfulas
pendientes de áureo cetro, de este modo rogó a los aqueos,
en especial a ambos Atridas, conductores de pueblos:
—¡Oh Atridas!, ¡oh vosotros, aqueos, los de grebas hermosas!
Los dioses poseedores de olímpicas regias permitan
que destruyáis de Príamo la ciudad fuertemente murada
y que podáis luego regresar felizmente a los lares.
Dejad libre a mi hija, y el rescate tomad, reverentes
al vástago de Zeus, a Apolo, que hiere de lejos.—
En voz alta acordaron los aqueos tratar con mesura
al sacerdote, el lauto rescate aceptándole; pero
Agamenón Atrida, a quien no fué el acuerdo muy grato,

(1) Biblioteca Grecolatina. Madrid, Establecimiento tipográfico «Tordesillas,» 1916. Esta publicación fué llevada al cabo a instancias de D. Luis Marco, médico y humanista, autor de una traducción literal del himno que entregó al señor Jiménez para facilitarle la tarea.

Biblioteca Nacional de España

así despidió a Crises de mal modo y en voz descompuesta:
—Anciano, no contigo cerca dé de las cóncavas naves,
o porque tu partida se demore, o porque vuelvas luego;
pues quizás no te valgan el bastón y de Apolo las ínfulas.
No soltaré a Criseida; al contrario, en mi casa y en Argos,
de su terruño lejos, la vejez ha de hallarla en su día
a su telar atenta y aparando mi lecho. Mas vete:
no intentes irritarme, y de aquí sal indemne e incólume.—
Dijo así. El anciano, temeroso, obedece el mandato.
Fuése luego en silencio por la orilla del mar estruendoso,
y mientras se alejaba, a Apolo supremo, a quien Leto,
la de hermoso cabello, diera el ser, dirigió muchos ruegos:
—Óyeme tú, que llevas arco argénteo, proteges a Crisa
y a la divina Cila, e imperas magnífico en Ténedos!
¡Oh Esminteo! Si alguna vez orné tu santuario gracioso
o en tu honor puse al fuego pingües muslos de toros o cabras,
cumple mi voto: paguen con tus flechas los dánaos mis lágrimas.—
Así rogando dijo. Febo Apolo le oyó, e irritado
en su ánimo, al punto de las cumbres del célico Olimpo
descendió, con el arco y el cerrado carcaj en los hombros.
Crujieron las saetas del colérico dios en la espalda
cuando empezó a moverse. Parecido a la noche avanzaba.
De las naves distante se sentó, disparó, y su arco argénteo
chasquidó fuertemente. Al principio ensañábase sólo
el dios contra los mulos y los ágiles perros; mas luego
sus amargas saetas dirigió a los humanos, y ardían
de continuo en el campo muchas piras de cuerpos exánimes.

b. *Catalanas*

1. El Dr. Juan Montserrat y Archs nos dió a conocer en 1874 un fragmento (rapsodia XVIII, versos 356 a 617) de la versión completa de la *Ilíada* en prosa catalana, que tenía dispuesta para su publicación (1). Prescindiendo de algunos defectillos de poca monta, puede considerarse esta traducción como excelente en su género por revelar en su autor un profundo conocimiento del texto original y estar escrita en hermoso y castizo lenguaje. He aquí, como muestra, la interpretación de los versos 541 a 550:

I també hi marcà una artiga, tova, grassa, extensa, regirada per tres voltes, i en ella nombrosos llauradors anant i venint, fent retornar llur parella. I en tant que els uns, fet ja lo tomb, en arribant al cim de la llaurada troben tot seguit un home que els ve a servir un got de vi dolç com la mel, los altres se'n tornen cap als solcs, desitjosos d'arribar al cap de la llevadora artiga. I per darrera s'ennegreix, aparentant, tot i essent d'or, com si fos una llaurada; açò, sobre tot, era una veritable meravella.

2. Un anónimo publicó en la revista *Lo Gay Saber* del año 1878 una traducción indirecta de la *Batracomiomaquia*, en prosa incorrectísima.

3. Conrado Roure es autor de una traducción de la *Ilíada* en prosa catalana (2), que, a pesar de no ser directa, pues a juzgar por el siguiente pasaje y otros que hemos cotejado, sigue la versión francesa de P. Giguet, es no obstante muy fiel, carece de los errores de interpretación que hemos notado en otras modernísimas, y, atendida la época en que apareció, puede considerarse como un esfuerzo digno de todo encomio. Como muestra copiaremos la traducción francesa y catalana de los mismos versos que hemos transcrito de la traducción del señor Vallvé (rapsodia I, versos 275-284):

(1) *Anuari Català* (pág. 143-159), *col·leccionat per En Francesc Matheu*. Barcelona, 1874.

(2) *Iliada. Poema en XXIV cants, d'Homero. Traduhit en prosa catalana per Conrat Roure*. Biblioteca del *Diari Català*. Barcelona, Estampa de Leopoldo Doménech, 1879.

Biblioteca Nacional de España

TRADUCCIÓN DE P. GIGUET

Atride, garde-toi, quelle que soit ta puissance, d'enlever la jeune captive; laisse-la au fils de Pélée, c'est la récompense que lui ont donnée les fils de la Grèce. Et toi, Achille, renonce à la pensée de soutenir une querelle contre un roi, plus que tous les rois décorés du sceptre, glorifié par Jupiter et comblé d'honneurs. Si tu le surpasses par la vaillance, si tu as pour mère une déesse, il est plus puissant que toi, et régne sur des peuples plus nombreux. Atride, réprime donc ta colère; oui, je t'en conjure, oublie ton ressentiment contre Achille, le plus ferme rempart des Achéens, dans cette guerre cruelle.

TRADUCCIÓN DE C. ROURA

Atrida, guarda't bé, per molt que siga ton poder, de pendre a la jove captiva, deixa-la al fill de Peleu, que és la recompensa que li han donat los fills de la Grècia. I tu, Aquiles, renuncia al pensament de sostenir una querella contra un rei, més gran que tots los demés condecorats de ceptre, glorificat per Júpiter i colmat d'honors. Si tu l'avantatges en valentia, si tens per mare una deessa, ell és més poderós que tu i regna sobre pobles més nombrosos. Atrida, reprimeix doncs la teva còlera; sí, jo t'ho prego, oblida ton ressentiment contra Aquiles, la més ferma muralla dels Aqueus, en aquesta guerra crudel.

4. El poeta mallorquín Miguel Victoriano Amer tradujo en hendecasílabos libres dos fragmentos de la *Ilíada:* la *Despedida de Héctor y Andrómaca* (rapsodia VI, versos 390-406) y el *Rescate del cadáver de Héctor* (rapsodia XXIV, versos 468-571), publicados respectivamente en 1887 y 1889. De la fidelidad con que Amer interpretaba el texto original puede juzgarse por la siguiente versión de la plegaria del anciano Príamo al impetuoso Aquileo (rapsodia XXIV, versos 485-508):

Priam li fa ladoncs aquesta súplica:
«De lo teu pare fes record Aquiles
igual als déus; ja vell com jo se troba
sobre el terme fatal de la vellesa.
A l'entorn sos veïns té tal vegada
qui l'amenacen i ningú qui el puga
del perill de la mort ja desliurar-lo.
Mas al manco ell sabent que ets ple de vida
se n'alegra en son cor i espera veure
tots jorns lo seu car fill tornant de Troia.
I jo, ai desditxat, fills valerosos
aquí tenia i ni un tan sols me 'n resta.
Eren cinquanta los qui pare em deien
quan d' Acaia los fills aquí arribaren,
dinou d' un mateix sí, los altres foren
infantats per mes fembres estrangeres
en mos palaus. Mars impiadós va dur-se'n
la major part. I l' únic que em restava
Ilion i mon reialme per defendre,
Héctor, quan per sa patria combatia,
tu me l' has mort. Per ell és ma vinguda
vers les naus dels aqueus; per rescatar-lo
tresors te duc sens nombre. Tem, Aquiles,
als déus, i de ton pare fent memòria,
de mi ten pietat. Més que ell encara
jo só de plànyer, perquè no hi ha en la terra
ningun altre mortal que això patesca
com jo fins a besar la mà de l' home
qui ha mort mon fill.»
Aixi digué, i Aquiles,
commogut pel record de lo seu pare
quasi fins a plorar, la mà de Priam
tocà tot suaument i va apartar-lo.

5. En un catálogo que publicó la antigua librería «L'Avenç» se hallan el texto original y una versión catalana anónima de los versos 1 a 21 de la rapsodia primera de la *Ilíada*. La versión dice así:

Biblioteca Nacional de España

Canta, Deessa, l'ira funesta d'Akhil, fill de Peleu, la qual causà als grecs dolors innombrables i llançà envers Plutó força anímes generoses d'herois i els féu presa dels gossos i de tots los ocells (així la voluntat de Júpiter fou feta), d'ençà del jorn en què per primer cop se separaren per desavinença Atride, rei dels homes, i el diví Akhil.

I quin dels déus ha mogut entre tots dos aquesta brega? Lo fill de Latona i de Júpiter. Car aquest, enfellonit amb el rei, provocà una malaltia dolenta en la host de què els pobles se morien, perquè Atride havia ultratjat al sacerdot Crises. Aquest se'n era anat vers les lleugeres naus dels grecs per rescatar sa filla aportant reemçons immenses, havent en ses mans amb el ceptre d'or l'arc d'Apol qui fereix de lluny; i suplicava a tots els grecs, i particularment als dos Atrides, capdills dels pobles:

«Atrides, i tots los altres grecs de belles armes, que els déus qui són en els palaus olímpics us deixin, d'una part enderrocar la ciutat de Priam i de l'altra retornar venturosament a casa vostra; i torneu-me una filla aimada, i rebeu la reemçó, respectant al fill de Júpiter, qui fereix de lluny.»

6. El ilustre publicista Antonio Bulbena y Tosell ha publicado la versión de dos fragmentos de la *Ilíada*, a saber, de la *Despedida de Héctor y Andrómaca* (rapsodia VI, versos 390-496) (1) y de la *Muerte de Héctor* (rapsodia XXII, versos 248-515) (2), que forman parte de una traducción literal, inédita, en prosa. Aunque esta traducción no parece directa, es muy recomendable y su lenguaje y estilo revelan un gran conocedor de los clásicos catalanes, como puede apreciarse en la siguiente interpretación de parte del diálogo que sostienen Héctor y Aquileo, al caer aquél mortalmente herido (rapsodia XXII, versos 337-354):

Héctor, del relluent capell, amb veu esmortida li digué: «Prec-te per la teua ànima, pels teus genolls i els teus pares, no vulles consentir que els cans dels Grecs me trocegen prop dels vaixells! Mas bé accepta l'eram i l'or que en abundor, com a presents, te donaran el meu pare i la meua venerable mare, i restitueix el meu còs als de casa, perquè els Troians amb les llurs mullers m'admeten, aprés de mort, en la foguera.»

Emperò Aquiles, dels lleugers peus, esguardant-lo de reull, li respongué: «No em suplics pels meus pares, avorrible cà, ni m'abraces els genolls. Tant-de-bò que ma furor i el meu coratge, fos com fos, m'empenyessen, un colp destroçades, a menjar-me les teues carns crues, per tot quant m'has fet! Així no hi hauria algú qui apartàs els cans almenys del teu cap, baldament hom me repàs i portàs ací tan com deu ni vint vegades la deguda reemçó, ni que mé'n prometessen encare més, ni àdhuc que el meteix Priam, fill de Dàrdanus, ordenàs rescatar-te a pes d'or. Ni encara així, no't plorarà la venerable mare que t'infantà, estant estès al llit, sinò que els cans i els voltors no et deixaràn sencer.»

7. El eminente catedrático Dr. Arturo Masriera y Colomer ha traducido al catalán la *Ilíada* en hendecasílabos agrupados en quintillas, y ha publicado como muestra un fragmento correspondiente a la rapsodia XVI, versos 751-867 (3). Al mismo pertenecen los siguientes versos:

Aixís parlà Patrocle i envestia
a l'héroe Cebrión com un lleó
que es tira foll a dins d'una establia
i, lluitant fent carnatge, amb valentia
mort batallant amb lo mateix pastó.
Héctor, per altra part, descavalcava
i a terra afermà els peus i, pit a pit,
per lo cadàver de Cebrión lluitava,
com quan un isard mor, amb ira brava
dos lleons se'l disputen amb delit.
Aixi els dos mestres en la lluita fera,
Patrocle i Hèctor, per salvar el cos
de Cebrión, valents a la carrera
desitjaven ferir-se, alçant enrera
de mort horrible el ferro sanguinós.

(1) *Calendari Català, editat d'En Joan Bta. Batlle.* Barcelona, 1902.

(2) *D'Ací i d'Allà*, núm. 66, mes de juny de 1923 (págs. 462-466), Barcelona.

(3) *Calendari Català per l'any 1900.—Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, año III (1903), número 12 (tomo II, pág. 171). También puede leerse en un volumen de poesías que ha publicado posteriormente el señor Masriera.

Biblioteca Nacional de España

8. Quien esto escribe dió a la estampa un ensayo de traducción en prosa catalana (acompañada del texto griego) de los versos 206 a 246 de la rapsodia primera de la *Ilíada*, que tiene dispuesta para su publicación (1). He aquí como muestra el fragmento correspondiente a los versos 223-245:

I el Pelida escometé novament l'Atrida amb ofensives paraules, sense que encara li passés l'enuig: «Tu, que aviat t'ubriagues, que tens ulls de goç i cor de cerv! Ja mai hagueres coratge en ton esperit per armar-te i anar a la lluita amb el poble, ni per metre't en aguait amb els cabdills aquius: açò et sembla la mort. I en veritat que és més profitós restar dins l'ample campament dels aquius i llevar-li ço que se li hagi donat a qui gosi contradir-te. Ets un rei qui és menja ço que és del poble, perquè regnes sobre homes vils; altrament, o Atrida, aquest fora ton darrer ultratge. Vaig, però, a dir-te una cosa i a fer-te endemés un gran jurament: Si, per aquest ceptre, que ja no treurà més fulles ni branques per haver jaquit la sòca a muntanya; ni rebrotarà, puix el bronze l'ha despullat de fulles i escorça, i ara el duen en ses mans els aquius que administren justicia i fan servar les lleis que de Zeus provenen—¡gran ha d'ésser per tu aquest jurament!:—Un dia enyoraràn Aquil·leu tots els aquius plegats, i llavors, per congoixat que estiguis, no'ls podràs socòrrer quan Hèctor, el matador d'homes, faci caure moribunds moltissims de guerrers. I tu, enfellonit, trocejaràs interiorment ton cor, per no haver honrat gens al més coratjós dels aquius.»

9. La Srta. Mercedes Ventosa tradujo en prosa catalana los versos 181 a 472 de la rapsodia IX de la *Odisea* (2).

10. El altísimo poeta catalán Juan Maragall hizo una notable traducción, imitando el metro del original, de los *Himnos Homéricos*, valiéndose de la versión en prosa catalana del Dr. Pedro Bosch, distinguido catedrático de la Universidad de Barcelona. Ambas traducciones, junto con el texto griego de Allen y Sikes, fueron publicadas en Barcelona por el *Institut d'Estudis Catalàns*. He aquí la interpretación de los versos 1 a 9 del himno *A Apolo:*

Sempre el recordo i mai l'oblido, Apolló, que fereix
de lluny, del qui els deus mateixos se temen veient-lo passar
pel gran palau de Zeus: tots s'alcen en llurs setials
quan ell hi arriba, estès son arc gloriós. Sols Leto
resta al costat de Zeus, dels llamps amador: és ella
qui afluixa la corda tivanta i tanca el buirac, traient-lo
amb ses mans del muscle robust, i el penja, en clau d'or,
de la pilastra pairal; prenent després per la mà
al fill, se l'emmena i el porta a son trono, deixant-li assegut.

Y la versión en prosa que le sirvió de guía:

Me recordaré, no m'oblidaré, d'Apolló, el que de lluny fereix, que els déus temen quan atravessa el palau de Zeus: tots s'alcen dels setials quan ell s'atança i estén l'arc gloriós, i sols Leto romàn al costat de Zeus, el que en el llamp se complau; ella aleshores afluixa l'arc i tanca el buirac, prenent-lo amb ses propies mans de les robustes espatlles, penja l'arc d'un clau d'or en la columna del seu pare i mena el fill vers un trono, on el fa seure.

11. El P. Ramón Tarrats, S. I., tradujo directamente del griego la *Batracomiomaquia* (3) en hermosos versos catalanes. He aquí su comienzo:

Al començ de mon cant, fervent invoco
tot l'esbart de les Muses; que davallin
del sagrat Helicó; mon cor inspirin;
i un cant novell, que adés escrit havia
damunt de mos genolls, sobre tauletes,

(1) *Almanach dels Noucentistes. Publicat per Joaquim Horta.* Barcelona, 1911.
(2) Mercè Ventosa, *Ulisses y Polifem en la rondallística catalana*, Barcelona, 1910.
(3) *Col·lecció de Literatures antigues*, dirigida per Lluis Segalà i Estalella, Membre de l'Institut, Professor a la Facultat de Lletres. Publicacions del Consell de Pedagogía. Barcelona, 1918.

Biblioteca Nacional de España

ajudin-me a entonar. Immensa lluita,
esplet bel-licorós de Març terrible
vull contar als humans: de com les rates
se llançaren damunt de les granotes
en estrènua batalla, els fets atlètics
emulant dels Titans, fills de la Terra.

12. El distinguido humanista Pedro M. Bordoy-Torrents, muy conocido por sus estudios sobre la *Ilíada (Introducció a l'estudi de «La Ilíada,»* «La Revista,» any VI, núm. 116; *La Ilíada a les terres llatines,* ib., any VI, núms. 118, 119 y 120), publicó en la página literaria de *La Veu de Catalunya* correspondiente al 23 de julio de 1920 un amplio comentario filosófico a la introducción de la *Ilíada* y a dicho efecto dió de la misma la siguiente traducción estrictamente literal e ideológica a un mismo tiempo:

La ira [persistent] canta, deessa, del fill de Peleu, Aquiles,
funesta, que innombrables dolors als aqueus portà
i forces braves ànimes a l'infern gità
de gent granada, i a ella presa féu dels gossos
i de tots ocells [carnivors] car de Zeus era adamplit el voler,
del bell punt que primerament es desuniren bo i disputant-se
l'Atrida capitost d'homes, i el divinal Aquiles.

13. Carlos Riba ha publicado una traducción catalana de la *Odisea* en metro semejante al del original, como puede verse por los versos con que comienza la rapsodia primera:

Conta'm, Musa, aquell home de gran ardit que molt temps
errà, després que atuí les sagrades torres de Troia:
i de molts homes veié les ciutats, i els usatges va apendre,
i molts de treballs, el que és ell pati per mar en son cor
maldant per guanyar la vida i també el retorn dels companys.
Però ni aixi no salvà els companys, desitjant-ho bé prou,
perquè finaren tots per llurs mateixes follies,
necis, que es menjaren les vaques del sol Hiperion
i el deu va llevar-los el dia de la tornada. D'aquestes
coses, parla'ns-en, dea, filla de Zeus, des d'on vulguis.

14. El canónigo Dr. José M. Llovera, Pbro., se ocupa actualmente en traducir la *Ilíada* al catalán en hermosos hexámetros y con una fidelidad mayor todavía que la de las versiones de Voss y Jordan al alemán. El concienzudo trabajo del señor Llovera, que es obra de helenista y de poeta, es sin duda el más perfecto que se ha llevado al cabo en lengua catalana, especialmente por su pericia en imitar la forma métrica del original y por el selecto y castizo lenguaje empleado en la traducción. He aquí, como muestra, la versión de los versos 211 a 277 de la rapsodia II de la *Ilíada:*

I ja seien els altres, estant-se cad'un al seu seti.
Un, Tersites, només, descompost encara cridava.
Ell de paraules gruixudes sabia de cor una rèçua
per contendre, insolent i gosat, amb els reis, sense solta,
solament li semblés que una cosa seria risible
pels argius. Era l'home més lleig dels vinguts sota Ilion.
camatort, ranc d'un peu, i de totes dues espatlles
geperut, amb la caixa del pit enfonsada, i el cranî
punxagut de dalt i vestit d'una clara pelussa.
Sobretot avorrit el tenien Aquiles i Ulisses

Biblioteca Nacional de España

car els solia blasmar. Però a l'inclit Atrida aleshores
deia ultratges, amb crits estridents, veient que els aquivis
n'eren molt irats, i dintre llurs cors rabiaven.
Ell, doncs, fort cridant, ultratjava Agamèmnon, dient-li:
«Vaja, Atrida, de què pots queixar-te, ni què et manca encara?
Plenes tens de bronze les tendes, i nombre de dones
escollides hi has acoblat, que nosaltres aquivis
t'hem donat, d'escreix, quan alguna ciutat conquistàvem.
És que cobeges encara més or, que d'Ílion et porti
un troià, domador de corsers, son fill per reembre
que li haguem captivat, o jo o un altre dels nostres?
O una dona jove, de son amor per gojar-te,
retenint-la guardada per tu? No t'escau, a fe! gaire,
el cabdill essent, de menar l'host aquea a ruïna!
Vils que sou i covards! no pas ja aqueus, sinò aquees!
Via! tornem d'una volta amb les naus als pairals, i deixem-lo
sol aquí a Troia, el botí digerint; que s'adoni
si també l'ajut nostre valia, o no, alguna cosa!
Ell, que fins al Pelida, baró que tant el supera,
ha ultratjat, de per si prenent-li i guardant-se el seu premi.
Gens de fel no té Aquiles al cos, i és ben poca pena,
altrament aquest fora, oh Atrida, el teu últim ultratge!»
Tal Tersites parlava, el pastor de la host, Agamèmnon,
afrontant; quan, llest, se li atansa l'inclit Ulisses,
i, guaitant-se'l irat, l'increpa amb paraula severa:
«Prou! Tersites, xerraire; per bé que sonor agoreta,
plega ja, i no vulguis, tu sol, amb els reis barallar-te.
Puix més vil que tu cap altre home, jo ho asseguro,
no hi ha pas entre tots els que a Troia, amb l'Atrida, vingueren.
No declamis, doncs, posant-te els reis a la boca,
ni els insultis més, pretenent que tornem a la pàtria.
No veiem pas encara prou clar com irà aquesta empresa:
si és que als fills dels aqueus fóra bé o fóra mal de tornà'ns-en.
Ara tu al pastor de la host, Agamèmnon Atrida,
vas llançant ultratges, perquè molts presents li atorguen
els exèrcits dànaus? i parles només per blasmar-lo?
Doncs, una cosa et diré, i cert, haurà d'acomplir-se:
si, com ara mateix, et tornés a atrapar fent el neci,
que d'Ulisses el cap no romangui damunt ses espatlles,
ni de Telémac pare en avant ja ningú m'anomeni,
si no t'agafo jo, i dels teus vestits no et despullo,
del mantell i túnica i del que cobreix tes nueses,
i ploricós no t'envio devers els ràpids navilis,
foragitant-te, batut i amb afront assotat, de l'agora.»
Tal digué, i l'esquena, amb el ceptre, i ambdues espatlles
li colpí; i s'ajupia; i una llàgrima grossa li queia;
i un verdanc sanguinòs se li alçava, dessobre l'esquena,
sota el ceptre d'or; i, llavors, ple d'esglai, es va asseure
abatut; i, esguardant tot confós, s'eixugava les llàgrimes.
I, baldament afligits, tots d'ell amb gust varen riure;
i al de llur costat es giraven molts d'ells, i li deien:
«Ai déus! bé n'ha fetes de coses insignes Ulisses,
suggerint, el primê, encertats plans, o animant a la lluita,
res, però, de molt, com el que entre els argius ha fet ara
estroncant el discurs d'aquest desfermat mala-llengua.
Cert, el seu cor atrevit en avant no tindrà pas pruïja
d'injuriâ els reis nostres, llançant-los dicteris i ultratges.»

15. La señorita María Ana de Saavedra y Maciá, autora de bellísimas poesías y muy aventajada alumna de esta Universidad literaria, ha traducido fiel y pulcra-

Biblioteca Nacional de España

mente del griego en cadenciosos versos catalanes el epitafio de Midas y otras composiciones homéricas:

A Mides

Soc una verge de bronze, ajaguda
al sepulcre de Mides. Mentre l'aigua
s'escoli; mentre es fullin els grans arbres
i lluïn sol ixent i clara lluna,
i, plens, els rius, facin arreu llur via;
mentre la mar vagi mullant les platges,
aci mateix, en la tomba plorada,
seré senyal, pel vianant que passi,
d'aquell indret on enterraren Mides.

B. Traducciones hechas o publicadas en Hispanoamérica

1. El padre jesuita Francisco Javier Alegre, natural de Veracruz, hizo una bella traducción latina de la *Ilíada* en elegantísimos hexámetros de sabor marcadamente virgiliano. Su empeño de imitar la *Eneida* le aparta de la simplicidad helénica y hace que la versión sea menos fiel que la de Mariner. Imprimióse en Bolonia en 1776, y más tarde por Salvión, tipógrafo vaticano, en 1788 (1). Comienza de esta manera:

Iram, Diva, trucem Pelidae concine Achillei,
quae mala tot miseris, infandaque funera Graiis
adtulit, ingenteisque animas tot tradidit Orco,
mortaleisque virum exuvias, artusque cruentos,
alitibusque (nefas) praedam, canibusque reliquit,
consilium Iovis interea, atque arcana voluntas
perficiebatur, donec discordia demens
Atridemque inter, saevumque arderet Achillem.

2. El sacerdote chileno señor Jünemann ha traducido la *Ilíada* y varios fragmentos de la *Odisea* (2) en hendecasílabos libres bastante fáciles, como puede verse por las siguientes interpretaciones de los versos 275 a 284 de la rapsodia I del primer poema y de los versos 84 a 102 de la rapsodia VII del segundo:

Por más que en valentía sobresalgas,
de aquél tú no arrebates la doncella.
No toques lo que en don le diera el pueblo.
Ni audaz al rey tú riñas, oh Pelida;
que nunca ostentó tanta gloria un hombre
de los que en cetro esplendoró el Saturnio.
Si eres pujante, si tu madre es dea,
aquél disfruta potestad más alta;
mayores pueblos dóblanse a su imperio.
Mas ya sofrena, Agamenón, tus iras,
y quiera su furor calmar Aquiles,
que en medio a la funesta guerra se alza
del pueblo aquivo todo gran baluarte.

---

(1) *Francisci Xaverii Alegre Mexicani Veracrucensis Homeri Ilias latino carmine expressa. Editio romana venustior et emmendatior.* 1788. Apud Salvionem, typographum Vaticanum. (Con dos medallones que contienen las efigies del autor y del traductor y las palabras ΟΜΗΡΟΣ y ALEGRE, y en medio un ángel con una trompeta).

(2) Guillermo Jünemann, versión de la *Iliada*. Concepción de Chile, 1902.—Versión de varios fragmentos de los cantos V, VI y VIII de la *Odisea*. «Antología Universal de los mayores genios literarios,» por Guillermo Jünemann, Friburgo de Brisgovia (Alemania), B. Herder, librero-editor, 1910.

Biblioteca Nacional de España

Rutila, a par del sol o de la luna,
la augusta casa de Alcínoo excelso;
que éneos entrambos muros hacia el fondo
en lontananza, del umbral se extienden,
de azulada cornisa circuídos.
Puertas de oro interiores aseguran
la casa poderosa. Argénteos postes
del umbral éneo se alzan, y sobre ellos
dintel argénteo, coronado de oro.
Y ante el umbral se yerguen canes áureos
y canes argentinos, obra todos
de la sublime ciencia de Vulcano,
porque la casa de Alcínoo excelso
inmarcesibles guarden e inmortales.
Desde el umbral al fondo, en ambos muros,
una a par de otra, apóyanse las sillas,
cubiertas de tapices primorosos,
brillantes, obra de femínea mano;
do se sientan los príncipes del pueblo
a banquetear frecuentes y suntuosos.
Donceles de oro en las hermosas aras
se alzan, teas ardientes en las manos,
quien esplendoran el festín nocturno.

3. La señorita Laura Mestre tradujo en prosa y con admirable exactitud el pasaje relativo a la enumeración de las naves, de la rapsodia II de la *Iliada* (1).

4. La Universidad Nacional de México publicó en 1921 sendas versiones de la *Iliada* y la *Odisea* (2).

Casualmente cayó en nuestras manos el primer número de la revista mensual *El Libro y el Pueblo,* órgano del departamento de bibliotecas de la Secretaría de Educación pública, de México, correspondiente al 1.º de marzo de 1922; y con gran sorpresa y satisfacción vimos que las dos páginas centrales (decoradas con tres magníficos grabados) contenían un artículo encabezado con el siguiente título en gruesos caracteres: Cómo se hizo la Ilíada en la Universidad. Creyendo que se trataba de una nueva traducción de nuestro poeta favorito que había hecho la Universidad Nacional de México, leímos con avidez el artículo, cuyo autor (después de recordar unas palabras del Lic. Vasconcelos, en aquella época Ministro y Rector de la Universidad, en que lamentaba «lo escaso y lo incompleto de las ediciones castellanas de los libros más importantes del mundo» y consideraba que «publicar en español ediciones clásicas es una doble necesidad de patriotismo y de cultura»), explicaba cómo se había publicado la susodicha traducción de la *Iliada* con las siguientes palabras:

«La primera obra que se dió a la prensa fué la *Iliada,* de Homero, cuya historia nos proponemos hacer brevemente, por suponerla de interés para los lectores de *El Libro y el Pueblo.*

»Para la edición de la *Iliada,* después de examinar varias traducciones, se escogió una versión castellana en prosa, la mejor entre las conocidas, pero a la cual se tuvieron que hacer varias correcciones, confrontándola con los textos y haciendo la restitución de los nombres griegos. Puede decirse que hasta ahora la edición de la Universidad es la más perfecta que existe en castellano.»

Algo escamados al ver que no se trataba de una nueva traducción, procuramos

(1) *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de la Habana,* vol. XV, núm. 1, correspondiente al mes de julio de 1912.

(2) Homero, *La Iliada,* tomos I y II. Universidad Nacional de México, 1921.
Homero, *La Odisea.* Universidad Nacional de México, 1921.

Biblioteca Nacional de España

leer las dos páginas de dicha obra que se reproducían en reducido tamaño, y cuál no sería nuestro asombro al descubrir que la traducción publicada era una segunda edición de la nuestra, sin estampar en ella el nombre del traductor. A la publicación de la *Ilíada* siguió en el mismo año la de nuestra versión de la *Odisea*, también sin mencionar el nombre del traductor. Bien es verdad que posteriormente la Secretaría de Educación pública ha anunciado dichas traducciones como debidas a nuestra pluma; pero como en la versión se han hecho cambios y algunos de ellos no traducen fielmente el texto original, nos vemos obligados a vindicar nuestra versión y a rechazar algunas de las interpretaciones erróneas que contiene la edición mexicana de nuestro trabajo.

Si los correctores mexicanos se hubiesen limitado a cambiar, como lo hicieron, *deiforme* por *semejante a un dios, altitonante* por *que truena en lo alto, ingenioso* por *sagaz, buque* por *nave, argentados pies* por *pies de plata*, etc., nada hubiéramos dicho, pues dichas expresiones, sinónimas de las usadas por nosotros, traducen fielmente el texto griego.

Pero hay algunas interpretaciones que prueban hasta la evidencia que los correctores desconocían el texto griego y que lo único que consultaron fué la versión francesa de Leconte de Lisle. Tales son, entre otras muchas que podríamos citar, las que siguen:

a) Verter βουλή por *ágora*. Como dice muy bien David Binning Monro en un estudio sobre Homero que en la edición mexicana figura como apéndice de la *Ilíada*, el tipo del gobierno descrito por Homero consiste en un *rey* (βασιλεύς) asistido por un *consejo* (βουλή) de ancianos (en la *Ilíada* lo forman los reyes subordinados a Agamenón), que somete todas las resoluciones importantes a la *asamblea* (ἀγορά) de los guerreros. Es, por tanto, un grave error confundir el consejo con la asamblea. Pues bien, el verso 258 del canto primero de la *Ilíada* que dice así:

οἳ περὶ μὲν βουλὴν Δαναῶν, περὶ δ' ἐστὲ μάχεσθαι

que nosotros traducimos: «los primeros de los dánaos lo mismo *en el consejo* que en el combate,» aparece alterado en esta forma: «los primeros de los dánaos lo mismo *en la ágora* que en el combate,» copiando el error de Leconte de Lisle, que tradujo: *Vous qui êtes au-dessus des Danaens «dans l' agora» et dans le combat.*

Pero todavía es más extraño que nuestros correctores hayan vuelto a incurrir en la misma falta en la rapsodia segunda de la *Ilíada*, donde Agamenón, después de oír al engañoso Sueño que le envía Zeus, reúne primero a los reyes en *consejo* y luego a todo el pueblo en el *ágora*. Dice el verso 84 que Néstor fué el primero en salir del consejo:

Ὣς ἄρα φωνήσας βουλῆς ἐξ ἦρχε νέεσθαι

que nosotros traducimos

Dichas estas palabras, fué el primero en salir *del consejo*

y la edición mexicana lo enmienda diciendo:

Dichas estas palabras, salió *de la ágora*

porque Leconte de Lisle lo tradujo

Ayant ainsi parlé, il sortit le premier «de l'agora»

Biblioteca Nacional de España

y así resultaría que Néstor, en vez de salir del consejo para ir al ágora, saldría del ágora para ir al ágora, lo cual no es ciertamente lo que dijo Homero.

b) La traducción de ὑγρὰ κέλευθα *(Ilíada,* II, 312) por *las líquidas rutas marinas* (dice Leconte de Lisle: *sur les routes marines).*

c) La interpretación del epíteto εὐρύοπα por *el que todo lo ve* (leemos en Leconte de Lisle: *celui qui voit tout).* Saben hasta los que empiezan a deletrear el griego que εὐρύς no significa *todo* (como πᾶς u ὅλος), sino *ancho, espacioso,* y por esto aquel epíteto se interpreta por unos *que ve a lo lejos* (de aquí nuestro *largovidente),* y por otros *de voz que resuena a lo lejos.*

d) Traducir κούρη por *doncella,* llamando así a Briseida, la cual nos habla del hombre a quien la entregaron su padre y su madre y que fué muerto por Aquileo *(Ilíada,* XIX, 291-297); a la cual llama Aquileo ἄλοχον θυμαρέα *(Ilíada,* IX, 331); y con la cual duerme el mismo Aquileo *(Ilíada,* XXIV, 676).

Otras impropiedades hemos notado que no pueden achacarse a Leconte de Lisle, como, por ejemplo, verter διοτρεφέων βασιλήων por *de los reyes hijos de Zeus* (pues el intérprete francés lo traduce bien: *des rois nourris par le Kronide),* con lo cual se le da a Zeus una serie de descendientes que jamás le atribuyó la Mitología; trasladar ῥοδοδάκτυλος por *de rosadas manos* en el verso 707 de la rapsodia IX, ya que ni lo dice la palabra griega compuesta de ῥόδον, rosa, y δάκτυλος, dedo, ni resulta aceptable la metáfora, pues los primeros rayos de la aurora pueden parecerse a dedos, pero no a manos; y traducir el γλαυκώπιδι κούρῃ del verso 26 de la rapsodia XXIV de la *Ilíada* por *a la virgen de ojos de buey,* confundiendo lastimosamente γλαυκῶπις, que es epíteto de Atenea, con βοῶπις, que lo es de Hera, hermana y esposa de Zeus.

Creemos que lo dicho basta para demostrar que las pretendidas mejoras son, en gran parte, verdaderas infidelidades que no puede avalar con su nombre ningún profesor de griego, aunque sea de tan corta talla como el que esto escribe. Claro está, por otra parte, que estas observaciones no empañan en lo más mínimo la gloria que le corresponda al señor Vasconcelos por su noble propósito de difundir los grandes poemas atribuidos a Homero.

5. El insigne literato argentino Leopoldo Lugones ha traducido las rapsodias I de la *Ilíada* y V y VI de la *Odisea* enteras, las VI y XXII de la *Ilíada,* casi enteras, y largos fragmentos de casi todas las demás de ambos poemas (1), acompañando su labor con un amplio comentario justificativo.

Esta traslación del original en rotundos y cincelados versos demuestra que su autor es, a la vez que un eximio filólogo que interpreta fielmente a Homero, un inspirado poeta que siente toda la grandiosidad de sus poemas, y conoce de tal suerte los primores de nuestro romance, que lo hace rivalizar con el lenguaje de la antigua Grecia, es decir, con el más preciso, copioso y bello del mundo. El señor Lugones ha adoptado el verso alejandrino, que, a su juicio, no es más que el hexámetro romanceado (2). Como traducción poética no va la presente tan atada al texto como

---

(1) De la traducción notabilísima del señor Lugones conocemos lo siguiente:

Ilíada.—Rapsodia I, entera; III, 21-26, 125-128, 164-165, 399-420, 428-436, 438-448, 569-573, 645-647; IV, 10-137; V, 1 a 144, 550-560, 826-828, 835-867; VI, entera; VII, 181-312, 400-402; VIII, 130-171, 191-197, 253-255, 492-496, 529-538; IX, 29 a 49, 697-709; X, 183-186; XI, 1-596; XII, 20-23, 231-250, 310-328, 433-435, 451-466; XIV, 80, 107-132, 330-351; XVII, 61-69, 108-112, 132-136, 166-167; XVIII, 118-119; XIX, 21-39, 179-183, 203-210, 357-391; XX, 164-173; XXII, 1-404; XXIII, 6-13, 38-47, 179-191; XXIV, 1-21, 411-423, 468-804, 763-776.

Odisea.—Rapsodia I, 350; III, 136-142, 156-158, 173-176, 178-180, 241-242, 265-266, 269; IV, 260-264; V y VI, completas; XI, 225-252; XIII, 70-95, 105-106, 375-381; XVI, 175-176, 214-219; XVII, 290-327; XVIII, 169-196, 206-213, 259-273; XIX, 203-212; XXI, 5-7, 42-58, 331-342; XXIII, 1-296, 222-224.

(2) Un ilustre poeta catalán, Pablo Bertrán y Bros, que floreció en el último tercio del siglo pasado, creyó,

Biblioteca Nacional de España

puede ir una versión en prosa, y su autor nos dice que «traducir a Homero palabra por palabra es contraproducente y sólo tiende a embrollar el sentido, por la sencilla razón de no existir correspondencia exacta entre nuestras voces y las griegas, ni entre los regímenes y concordancias de ambos idiomas. Traducir en tal forma es traducir mal, convirtiendo la exactitud en servilismo (1).»

Justo es confesar que si los alejandrinos no nos suenan como los hexámetros, son mucho más semejantes a ellos por su pompa y magnificencia que los hendecasílabos libres o agrupados en octavas reales o en otras combinaciones métricas; y que las traducciones en verso del señor Lugones y sus estudios helénicos (2) son lo mejor que sobre Homero se ha producido en nuestros tiempos y en lengua castellana, no sólo en América, sino en la propia España.

He aquí como sendas muestras de sus traducciones de la *Ilíada* y de la *Odisea* las conmovedoras palabras que Príamo dirige a Aquileo cuando, postrado a sus plantas, le pide el cadáver de Héctor *(Ilíada,* XXIV, 486 a 512), y la hermosa escena en que Nausícaa, después de alcanzar el permiso de su padre para que le aparejen un carro, se va al río, con sus esclavas, a lavar la ropa *(Odisea,* VI, 48-84):

«Acuérdate, oh Aquiles, igual a una deidad,
de tu padre que ahora tiene mi misma edad
y pasa ya el funesto portal de la vejez.
¡Quién sabe si a estas horas, de vecinos sitiado,
nadie habrá que le evite la ruina y la pelea!
Mas, sabiendo él que vives, esperará alentado
el día en que de Troya volver a su hijo vea.
Tan sólo yo, el misérrimo, tuve hijos renombrados
en la amplia Troya, y de ellos ninguno me ha quedado.
Eran cincuenta cuando llegó la gente aquea.
Diecinueve de un solo seno, y a los restantes
otras mujeres diéronmeles en el palacio el ser.
A los más las rodillas les quebró Ares pujante
y el que me quedaba, único ya, para defender
la ciudad y sus propios moradores, peleando,
por la patria, hace poco, sucumbió a tu poder,

---

como el señor Lugones, que el alejandrino era el metro más semejante al hexámetro; y así el siguiente fragmento de la Ἠλακάτη (la Rueca) de Erina, escrito en hexámetros, lo tradujo en alejandrinos:

Peix nàutil, tu que dus—als nàuxers bona via,
mena en popa 'l vaixell—de ma estimada amiga;

y un epigrama de la Antología, compuesto en dísticos, lo traslada haciendo alternar los alejandrinos con los hendecasílabos para imitar la sucesión de hexámetros y pentámetros:

A Baucis de Mitilene, morta poc ans de casar-se

Só de la verge Baucis. Qui vinga a ma greu tomba
a Aida de baix terra diga pu:
«Bé ets envejosa Aida.» L'ornatje meu ja esbomba
al curiós, de Baucis lo cas cru.
Amb les mateixes teies que l'Himeneu va encendre,
son parent a la verge cremà al flam;
i tu, Himeneu, mudares de bodes lo cant tendre
en llastimós i funerari clam.

Véase nuestro discurso sobre *El Renacimiento helénico en Cataluña,* leído ante la Universidad de Barcelona en la solemne inauguración del curso académico de 1916 a 1917. Barcelona, Tipografía «La Académica,» 1916.

(1) Véase *La Nación,* de Buenos Aires, de 26 de diciembre de 1920, pág. 3.ª.

(2) Leopoldo Lugones, *Estudios Helénicos* (La funesta Helena.—Un paladín de la *Ilíada.*—La dama de la *Odisea.*—Héctor el domador). Buenos Aires, Editorial Babel, 1924.

Biblioteca Nacional de España

fué Héctor, por quien vine a la flota aquea, aportando
para recuperártelo, un rescate incontable,
pero, teme a los dioses, y en tu padre pensando,
ten piedad de mí, Aquiles. Yo soy más lamentable
porque ningún viviente sufrió como yo, cuando
la mano del mismo hombre matador de mis hijos
llevé a mi boca.»
Díjole, y ansia le fué inspirando
de llorar a su padre. Con ademán prolijo
su mano apartó al viejo; y entrambos recordando,
uno a Héctor, el valiente luchador, sin consuelo
lloró a los pies de Aquiles echado por el suelo,
mientras el mismo Aquiles ya a su padre lloraba,
ya a Patroclo, y las quejas hasta el techo llegaban.

Pronto la Aurora de ínclito trono llega y despierta
a la gentil Nausícaa, quien, del sueño admirada,
a contarlo a sus padres vase por la morada,
donde con el querido padre y la madre acierta.
Aquélla hila la púrpura con sus siervas, sentada
junto al fuego; él, llamado por los nobles feacios
a un consejo de ilustres reyes, deja el palacio.
Y la niña, diciéndole así, al buen padre viene:
«¿No quieres, padre amado, que un carro de buen porte
me arreglen, en que al río, para lavar, transporte
la magnífica ropa que se ensució? Conviene
que la tuya esté aseada, cuando, entre las primeras
personas del consejo, con ellas deliberas.
Tienes en el palacio cinco hijos: dos casados,
y tres que, siendo ahora mancebos espigados,
siempre que al baile acuden, ropa limpia quisieran.
Y todo esto a mi cargo se halla.»
Habló de tal modo
porque la ruboriza mencionar al buen padre
sus florecientes nupcias; pero él comprende todo
y responde:
«Ni mulas, ni nada que te cuadre,
te negaré, hija mía. Anda y que los esclavos
te preparen un carro de buen porte y asiento.»
Tal mandó y los esclavos cumplieron al momento.
Sacan afuera el raudo coche, las mulas le atan,
mientras la joven trae de la alcoba inmediata
la hermosa ropa al carro. Su madre le ha dispuesto
toda clase de ricos manjares en un cesto,
y un odre de buen vino con las viandas le apronta.
Y luego que la joven al vehículo monta,
flúido aceite alcánzale en una ampolla de oro,
para que pueda ungirse junto con sus criadas.
Y ella, empuñando el látigo y las riendas lustradas,
pica al tiro de mulas que se arranca sonoro
llevándose a gran trote la ropa y la doncella;
mas no sola, que marchan las sirvientas con ella.

6. Como el anónimo de que antes se ha hecho mención, el P. Lapalma, que es helenista y poeta, va traduciendo la *Ilíada* (1) en octavas reales, de las cuales transcribiremos la primera:

(1) *La Ilíada de Homero*. Versión en octavas reales por el P. Lucio A. Lapalma, S. J. Buenos Aires, Escuela tip. de los huerfanitos de Don Bosco (sin fecha).

Biblioteca Nacional de España

Canta, Musa, de Aquiles de Peleo
la venganza funesta; la ira canta,
fuente de duelos para el bando aqueo
por voluntad de Jove sacrosanta;
la que de fuertes héroes al Leteo
tantas almas lanzó con furia tanta,
y de cuerpos sembró cuestas y llanos,
presa de buitres y festín de alanos.

Seguramente se habrán publicado otras traducciones españolas o americanas como la que, según el señor Franquesa y Gomis (1), hizo Mariano de Larra, *Fígaro,* a los trece años de edad, tomándola de una versión francesa; la de varios cantos de la *Ilíada* en verso catalán, que escribió Mateo Obrador y Bennassar (2); y la del primer canto de la *Ilíada,* debida al profesor argentino José Mariano Larsen (3): por lo cual agradeceremos a quienes las conozcan, se sirvan indicárnoslas a fin de hablar de ellas en la próxima edición y presentar de esta suerte un cuadro lo más completo posible de las interpretaciones de Homero en nuestros romances.

IV

Nuestra versión de la «Iliada» y la «Odisea» y su nueva edición completada con las restantes obras homéricas

Por no existir ninguna versión directa de las obras de Homero en prosa castellana, creyó, el que esto escribe, que su condición de catedrático de Lengua y Literatura griegas le obligaba moralmente a poner la *Ilíada* y la *Odisea,* las más famosas epopeyas de la literatura mundial, al alcance de todos los españoles e hispanoamericanos; y con un gran temor, natural en quien traslada monumentos de tanto valor histórico y literario, empezó la versión, cuidando de hacerla con toda su alma, pues, como decía en el prólogo de la primera edición, si el buen deseo, el entusiasmo por la obra y la diligencia en el trabajo bastaran para tener acierto, no habría otra que fuese más perfecta y acabada.

Para ello siguió el criterio de verter los poemas íntegra y literalmente, indicando al margen a qué versos del original correspondía cada párrafo, sin quitar ni siquiera un epíteto, y sin añadir más que lo necesario para la recta inteligencia de cada frase. Con el fin de popularizar las obras homéricas, se substituyeron los nombres de las deidades y de otros personajes por los correspondientes latinos, pero con el propósito (como ya se dijo en el prólogo de la *Odisea)* de conservar los originales griegos en otra próxima edición, que es la presente.

Como, a pesar de las precauciones tomadas, se habían cometido algunas omisiones y ciertos pasajes eran susceptibles de una interpretación más exacta, en esta nueva edición (que es la segunda o, por mejor decir, la tercera contando la de la Universidad Nacional de México) se ha cotejado la versión castellana con el texto griego publicado por Monro y Allen en la *Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis;* se han co-

(1) *Ilustració Catalana.* Revista semanal ilustrada (año VII, núm. 316 del 20 de junio de 1909), que se publicaba en Barcelona.

(2) El mismo Obrador decía en carta a Manuel Milá de 13 de Noviembre de 1877: «Tinch fets alguns cants de la versió catalana de l'*Iliada.* Abans de acabar y traure-la a llum, m'ha de permetre que li demani parer y tal volta un pròlech; que si'l volgués vostè fer, m'honraria molt, però molt.»

(3) Debemos la noticia de esta versión a la gentileza del eminente literato e incansable propagador de los estudios clásicos en la República Argentina D. Leopoldo Lugones.

Biblioteca Nacional de España

rregido algunas palabras y frases, atendiendo indicaciones hechas por los críticos (1) y principalmente por el P. Juan Mir y Noguera, S. I. (2), tan amante de la pureza y casticidad del lenguaje, y por el Dr. Juan Francisco de Albear, doctísimo profesor de la Universidad de la Habana (3), y se han conservado todos los nombres propios grie-

---

(1) En sus dictámenes, artículos o *comptes rendus bibliographiques*, han hecho la crítica de nuestras versiones homéricas y nos han animado a completarlas los ilustres helenistas o literatos Dr. José Alemany, Dr. Juan Francisco de Albear, D. José Carner, Dr. Federico Dalmáu, D. Eduardo Dieste, D. E. Díez-Canedo, Dr. José Franquesa y Gomis, Dr. Francisco J. Garriga, D. Juan Givanel y Mas, D. E. Gómez Carrillo, Dr. Román Jori, D. Rafael Marquina, Dr. Marcelino Menéndez Pelayo, P. Juan Mir, S. I., P. José Mundó, S. I., Dr. Cosme Parpal Marqués, D. Ramón D. Perés, D. E. Pérez Castellón, D. Vicente Pinedo, Dr. Manuel Reventós, M. G. Reynier, Dr. Manuel Sánchez de Castro, Dr. Antonio Sánchez Moguel, D. Leopoldo Lugones, D. Arturo Marasso, y los críticos literarios de *La Tribuna, El Defensor de Granada, La Ciudad de Dios, Razón y Fe* y *Revista de Estudios Franciscanos*.

(2) El P. Juan Mir y Noguera, S. I., autor del *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo*, del *Rebusco de voces castizas* y de la colección de *Frases de los autores clásicos españoles*, tuvo la atención de enviarnos una lista de palabras y frases usadas por nosotros, que podían ser más castizas, la cual nos ha servido para mejorar considerablemente el texto. Como el P. Mir pasó ya a mejor vida, nos place consignar aquí nuestra gratitud por su valiosa cuanto modesta y desinteresada cooperación.

(3) Con todos los respetos debidos a la competencia e imparcialidad del Sr. Albear, hemos de defender nuestra versión de algunas imputaciones suyas. Una de ellas se refiere a la interpretación que deba darse al epíteto Γλαυκῶπις. Dice el Dr. Albear que se le ha traducido por *ojos azules, ojos brillantes* y *ojos de lechuza* y que parece más propia y exacta la primera interpretación porque existe una raíz γλαυκ que expresa la idea de color azul y que son derivados de ella γλαυκός, *azul*, γλαυκίζω, *colorearse de azul*, y γλαύσσω, *brillar* y *ver;* por lo cual el traductor latino del himno a Afrodita traduce γλαυκώπιδα Ἀθήνην por *caesii-oculis Minervam*, y nosotros mismos hemos vertido Γλαυκῶπις por *de ojos brillantes* en las anteriores ediciones de la *Iliada* y la *Odisea* y por *ojilúcida* en la de la *Teogonía*. Pero añade muy acertadamente el Dr. Albear: «Fijándose en la hermosura de los ojos de Hera, traduce Segalá βοῶπις por *la de los grandes ojos*, pero el aeda, habiendo tenido presente, a más de esto, la expresión dulce y apacible de aquéllos, su tierno mirar al modo del apacible y tierno de la raza bovina, hizo un símil agrícola, propio de aquellos tiempos y costumbres y convenible con Hera, y la llamó βοῶπις, *de ojos de buey*. Y fijándose también en el modo de mirar hizo el aeda otro símil semejante al anterior para calificar la fiereza de Agamenón y el impudor de Helena, creando los epítetos κυκώπης y κυνῶπις, que significan *de ojos* o *de mirada de perro* y por extensión *impudente*, y con una de estas dos formas debió traducir Segalá el primero, cuando lo hizo bien con el segundo, y no decir, como dice, *cara de perro*. De traducir (que no debe ser) el masculino κυνώπης de esta manera, debió decir lo mismo del femenino y traducir βοῶπις y γλυκῶπις por *cara de buey* y *cara de lechuza*.»—Si todo esto es cierto, como indudablemente lo es, debe traducirse βοῶπις por *de ojos de novilla* o *de becerra*, κυνῶπις por *de ojos de perro* y γλαυκῶπις (por las razones que se dan en el prólogo) por *de ojos de lechuza*, pero no por *de ojos azules*, como nos aconseja el Dr. Albear, poniéndose en contradicción con su bien cimentada teoría; y así lo hacemos en esta nueva edición.

No sabemos por qué el Dr. Albear, que desea que «el estilo y el lenguaje de la traducción vayan ajustados con la mayor exactitud a los del original,» nos dice que empleamos el *subjuntivo* por el futuro de indicativo al traducir (IX, 167) Εἰ δ' ἄγε τοὺς ἂν ἐγὼν ἐπιόψομαι· οἱ δὲ πιθέσθων por «y si quieres yo mismo los designaré y ellos *obedezcan*» por *obedecerán*. Πιθέσθων es *imperativo*, y por *imperativo* (que en las terceras personas coincide en castellano con el subjuntivo) lo hemos traducido. Se trata de un mandato que hace Néstor a terceras personas, y el futuro de indicativo expresaría una aseveración y no interpretaría bien lo que dijo el poeta. Traducir el imperativo por futuro sería cabalmente cambiar el tiempo que usa el texto original.

Algo más de estudio requiere el párrafo en que el Dr. Albear nos dice: «Con frecuencia emplea el Dr. Segalá el futuro imperfecto de indicativo por presente de subjuntivo griego, *como en las traducciones francesas*. Así en el VIII, verso 475, que dice ἦματι τῷ ὅτ' ἂν οἱ μὲν ἐπὶ πρύμνῃσι μάχωνται traduce: «el día aquel en que *combatirán* cerca de los bajeles» en futuro, cuando μάχωμαι está en presente de subjuntivo con ἄν *expresando algo que es contingente y no categórico*, y debiendo, pues, traducirse por dicho presente al castellano.» Podría contestar al Dr. Albear que en el griego de Homero el presente de subjuntivo se usa muchas veces con el mismo significado del futuro (como cuando en la *Odisea* el Sol amenaza a Zeus diciéndole: δύσομαι εἰς Ἀΐδαο καὶ ἐν νεκύεσσι φαείνω (*), me *hundiré* en la (morada) de Hades y *brillaré* entre los muertos, donde no se puede decir *y brille);* pero será más conveniente que transcribamos la cláusula de que forma parte la oración subordinada temporal a que se refiere el Dr. Albear, y ver si en ella el subjuntivo expresa efectivamente algo *contingente* o la simple acción *en perspectiva*. Dice así dicha cláusula (rapsodia VIII, versos 473-473):

οὐ γὰρ πρὶν πολέμου ἀποπαύσεται ὅβριμος Ἕκτωρ,
πρὶν ὄρθαι παρὰ νηῒ ποδώκεα Πηλέϊωνα,
ἦματι τῷ ὅτ' ἂν οἱ μὲν ἐπὶ πρύμνῃσι μάχωνται
στείνει ἐν αἰνοτάτῳ περὶ Πατρόκλοιο θανόντος,
ὡς γὰρ θέσφατόν ἐστι· ...

(*) *Odisea*, rapsodia XII, verso 383.

Biblioteca Nacional de España

gos, dándoles terminación castellana, para no alterar en lo más mínimo el carácter del poema. Es, en verdad, muy corriente en el día de hoy usar los nombres de Zeus, Atenea, Afrodita, etc., en vez de Júpiter, Minerva, Venus, etc., pero casi nadie se ha atrevido a escribir, por ejemplo, Aquileo, Odiseo, Ayante y Polideuces por Aquiles, Ulises, Ayax y Pólux; de donde resulta en una misma obra la mezcolanza más chocante de nombres griegos y latinos. Nosotros creemos que si Ἰδομενεύς se transcribe *Idomeneo,* por idénticos motivos Ἀχιλλεύς y Ὀδυσσεύς nos han de dar Aquileo y Odiseo; y haciéndolo así con el último nombre queda más comprensible la palabra *Odisea* y no hemos de cambiarla por *Ulixea,* como propuso el secretario Gonzalo Pérez al notar la discordancia entre el título del poema que se dice en griego y el nombre del protagonista que se anuncia en latín. He aquí, pues, los nombres propios cuya restitución hemos efectuado, con su escritura original y la forma en que aparecen en nuestra primera edición y en muchas de las traducciones modernas:

AFRODITA	(Ἀφροδίτη)	VENUS
AQUILEO	(Ἀχιλλεύς y Ἀχιλεύς)	AQUILES
ARES	(Ἄρης)	MARTE
ARGIFONTES	(Ἀργειφόντης)	ARGICIDA
ÁRTEMIS	(Ἄρτεμις)	DIANA
ATENEA	(Ἀθηναίη y Ἀθήνη)	MINERVA
AYANTE	(Αἴας, αντος)	ÁYAX
CALCANTE	(Κάλχας, αντος)	CALCAS
CEBRIONES	(Κεβριόνης)	CEBRIÓN
CRONIDA / CRONIÓN	(Κρονίδης y Κρονίων)	SATURNIO
CRONOS	(Κρόνος)	SATURNO
DEMÉTER	(Δημήτηρ)	CERES

---

y nosotros la interpretamos de esta manera: «Y el impetuoso Héctor no dejará (en futuro, como el original ἀποπαύσεται) de pelear, hasta que junto a las naves se levante el Pelida, el de los pies ligeros, el día aquel en que combatirán (dice el original ἥματι τῷ ὅτ' ἂν... μάχωνται, en el día aquel, cuando... combatan) cerca de los bajeles y en estrecho espacio por el cadáver de Patroclo. *Así decretólo el hado...*» Por la simple lectura se ve que la acción de combatir no es contingente, sino de un futuro próximo, pues dice que el hado *ha decretado* (ya esta fatalidad excluye toda contingencia) que Héctor no deje de pelear, hasta que se levante el Pelida..., lo cual ocurrirá el día preciso (ἥματι τῷ, en el día aquel) en que combatan (ὅτ' ἂν... μάχωνται), o en que combatirán, cerca de los bajeles y en estrecho espacio por el cadáver de Patroclo. La decisión del hado y la determinación del día por ser el de la muerte de Patroclo hacen que se exprese algo cierto, pero en perspectiva, y justifican el uso del futuro (no ciertamente por imitación de las traducciones francesas) o el subjuntivo indistintamente.

Tampoco creemos haber faltado a la fidelidad al traducir (XXIV, 130) la palabra εὐνῆς en la frase μεμνημένος οὔτε τι σίτου οὔτ' εὐνῆς, pues el mismo poeta se encarga de darnos el sentido exacto al añadir ἀγαθὸν δὲ γυναικί περ ἐν φιλότητι μίσγεσθ'... *pues* es bueno juntarse en amor con una mujer;...

Finalmente, aunque creemos que el aoristo gnómico puede traducirse muchas veces por el pretérito indefinido o perfecto o por el presente de indicativo indistintamente, pues el primero nos da el hecho y el segundo la regla, aforismo o máxima que se desprende del mismo (y así la frase πολλάκις ὀργὴ ἐξεκάλυψε νόον κρυπτόμενον ἀνδρός se puede traducir diciendo «la cólera *descubrió* o *ha descubierto* muchas veces el pensamiento oculto del hombre,» o bien «la cólera *descubre* muchas veces el pensamiento oculto del hombre») y que en las comparativas introducidas por ὡς ὅ' ὅτε *y como cuando...* se puede conservar ὅτε y suprimir la conjunción que lleva la principal o, por el contrario, suprimir ὅτε y dejar la conjunción de la principal que entonces aparece como coordinada (y así los versos 297 y siguientes de la rapsodia XVI se pueden interpretar de estas dos maneras: «Y como, cuando (conservando ὅτε = cuando) de la elevada cumbre de una gran montaña quita una densa nube Zeus fulminador, se descubren (suprimiendo la conjunción τε = y) los promontorios..., así los dánaos respiraron un poco...» o bien «Y como (suprimiendo ὅτε = cuando) Zeus fulminador quita una densa nube de la elevada cumbre de una gran montaña y (conservando el τε = y) se descubren los promontorios..., así los dánaos respiraron un poco); con todo, como la manera que el Dr. Albear propone es gramaticalmente aceptable y hasta quizás más elegante, nosotros, rindiendo tributo a la competencia del insigne helenista, hemos modificado la versión de los citados fragmentos en la forma que nos ha propuesto.

Biblioteca Nacional de España

DIÓNISO	(Διόνυσος y Διώνυσος)	BACO
ENIALIO	(Ἐνυάλιος)	MARTE
ENIO	(Ἐνυώ)	BELONA
ERINIES	(Ἐρινύες)	FURIAS
ESTIX	(Στύξ)	ESTIGIA
GORGO	(Γοργώ)	GORGONA
HADES	(Ἀΐδης y Ἄϊς)	PLUTÓN, ORCO
HÉCABE	(Ἑκάβη)	HÉCUBA
HERA	(Ἥρη)	JUNO
HERACLES	(Ἡρακλῆς)	HÉRCULES
HERMES	(Ἑρμείας y Ἑρμῆς)	MERCURIO
LETO	(Λητώ)	LATONA
ODISEO	(Ὀδυσσεύς y Ὀδυσεύς)	ULISES
PENELOPEA	(Πηνελόπεια)	PENÉLOPE
POLIDEUCES	(Πολυδεύκης)	PÓLUX
POSIDÓN	(Ποσειδάων)	NEPTUNO
RADAMANTIS	(Ῥαδάμανθις)	RADAMANTO
TITONO	(Τιθωνός)	TITÓN
TRINACIA	(Θρινακίη)	TRINACRIA
ZEUS	(Ζεύς)	JÚPITER

Otra innovación ha sido la de disponer el texto, siguiendo a M. Bérard, como si fuese el de un *poema representable,* con la indicación del nombre de los personajes al frente de las palabras que se les atribuyen (1).

Por último, siguiendo el consejo que nos dió el Dr. Albear, hemos puesto la etimología de algunos nombres propios y los distintos significados que pueden darse a varios epítetos. No va la etimología de todos los nombres que la tienen averiguada para no convertir un mero índice en un diccionario, cosa que no creemos necesaria, y porque, para la inteligencia del texto, quizás sea más útil saber la significación que el autor atribuye a un nombre que descifrar la etimología verdadera del mismo: tal sucede, por ejemplo, con el nombre de *Pito* y el epíteto *Pítico.*

En cambio consideramos de gran interés dar todos los significados que puede tener un epíteto, pues muchas veces hemos titubeado al decidir cuál de ellos debíamos adoptar. Así, por ejemplo, el αἰγίοχος, que se aplica a Zeus, significa para algunos *portaégida* y para otros *que anda o que ejerce su dominio sobre las nubes tempestuosas;* el Σμινθεύς de Apolo puede significar *Esmintio,* es decir, natural de Esminte, y también *muricida* o matador de ratones, etc.

De la interpretación de los epítetos, la que extrañará más a algunos será la dada a γλαυκῶπις, a saber, *la de ojos de lechuza.* Se dirá que, además de γλαύξ, lechuza, existe el adjetivo γλαυκός, ή, όν, que significa *brillante, glauco, azul claro, verde pálido* y *gris;* que el mismo autor de la *Ilíada* (XX, 172) usa el participio γλαυκιόων (=con los ojos centelleantes) al describir la acometida de un león herido; y que nosotros lo hemos interpretado en anteriores versiones por *la de los brillantes ojos* (2) y por *ojilúcida* (3). Pero,

---

(1) Véase: V. Bérard, *Le geste de l'aède et le texte homérique.* «Revue des Études Grecques,» tomo XXXI, número 141, 1918.

(2) En nuestras versiones de la *Ilíada* y la *Odisea.*

(3) En nuestra versión de la *Teogonía* de Hesíodo publicada en el Anuario de la Universidad de Barcelona y en edición aparte en la imprenta «La Académica.» Barcelona, 1910.

Biblioteca Nacional de España

por otra parte, hay que tener en cuenta que un compuesto muy semejante a γλαυκῶπις, epíteto de Atenea, es βοῶπις, epíteto de Hera, cuya primera parte es indudablemente βοῦς, βοός, buey o vaca, por lo cual lo hemos traducido por *la de ojos de novilla* (1) y, por tanto, que no es de extrañar que γλαύξ, γλαυκός, sea la primera parte del compuesto γλαυκῶπις; que la lechuza era el ave de Atenea y de la ciudad de Atenas; y que no les parecía a los antiguos impropio comparar los ojos de una persona a los de un animal, como en el *Cantar de los Cantares* se comparan los ojos de la esposa a los de la paloma. Que Homero haya querido indicar con dichos epítetos que Hera tenía los ojos grandes y húmedos y que los de Atenea eran brillantes o claros, es cosa que el traductor no puede decidir, aunque puede indicarlo al lector como lo hacemos nosotros en estas líneas.

Se han utilizado en la presente versión de las obras atribuidas a Homero los siguientes libros:

1. El *texto griego* editado por C. G. Heyne (2); el que forma parte de la *Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis* por David B. Monro y Guillermo Allen *(Iliada)* y Allen *(Odisea, Himnos, Batracomiomaquia, Margites y Poetas cíclicos)* (3); el de la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana* por Dindorf-Hentze y Augusto Baumeister (4); el de los *Homeri Iliadis Carmina* de Leeuwen y Mendes da Costa (5) y el de la *Odisea* editada por M. Víctor Bérard, con una introducción, atlas, comentarios, bibliografía y excelente traducción francesa en la «*Collection des Universités de France,» publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé* (6).

2. Varios *diccionarios,* entre ellos el *Thesaurus* (7), el *Lexicon homericum,* editado por Enrique Ebeling (8), el de *Concordancias,* de Enrique Dunbar (9), el *Index etymologicus,* de M. B. Mendes da Costa (10), el *Dictionnaire étymologique,* de Emilio Boisacq (11), y el *Lexicon,* de R. J. Cunliffe (12).

---

(1) Como dice D. Juan Valera, «la comparación en son de elogio de los ojos de las muchachas con los ojos de los bueyes, vacas o becerras, es muy frecuente en los autores griegos; hasta hay los epítetos de βοώπης y βούγληνος, para designar a quien tiene ojos grandes y hermosos.» Valera, *Dafnis y Cloe o las Pastorales de Longo,* traducción, Notas (pág. 207 de la edición IV publicada en 1900).

(2) *Homeri Carmina cum brevi annotatione; accedunt variae lectiones et observationes veterum grammaticorum cum nostrae aetatis critica; curante C. G. Heyne.* Lipsiae. In libraria Weidmannia, 1802 (ocho volúmenes).

(3) *Homeri Opera. Recognoverunt brevique adnotatione critica instruxerunt David B. Monro et Thomas W. Allen.* Oxonii, e typographeo Clarendoniano.

(4) *Homeri Ilias. Edidit Guilielmus Dindorf. Editio quinta correctior quam curavit C. Hentze.* Lipsiae. In aedibus B. G. Teubneri, 1904.—*Homeri Odyssea. Edidit Guilielmus Dindorf. Editio quinta correctior quam curavit C. Hentze,* 1906. Lipsiae, in aedibus B. G. Teubneri.—*Hymni Homerici accedentibus Epigrammatis et Batrachomyomachia Homero vulgo attributis. Ex recensione Augusti Baumeister,* 1906. Lipsiae, in aedibus B. G. Teubneri.

(5) Lugduni Batavorum, 1896.

(6) *L'Odyssée, «Poésie Homérique.» Texte établi et traduit par Victor Bérard, Directeur d'Études a l'École des Hautes Études.* Société d'édition «Les Belles lettres.» París.

(7) Θησαυρὸς τῆς Ἑλληνικῆς γλώσσης. *Thesaurus Graecae linguae ab Henrico Stephano constructus, ediderunt Carolus Benedictus Hase, Guilielmus Dindorfius et Ludovicus Dindorfius,* Parisiis, excudebat Ambrosius Firmin Didot, 1865.

(8) *Lexicon Homericum composuerunt F. Albracht, C. Capelle, A. Eberhard, E. Eberhard, B. Giseke, V. H. Koch, C. Mutzbaver, Fr. Schnorr de Carolsfeld, edidit H. Ebeling.* Lipsiae. In aedibus B. G. Teubneri, 1906 et 1893.

(9) *A complete concordance to the Odyssey and Hymns of Homer to which is added a concordance to the parallel passages in the Iliad, Odyssey, and Hymns by Henry Dunbar, M. D.,* Oxford at the Clarendon press. 1880.

(10) *Index etymologicus dictionis homericae. Composuit M. B. Mendes da Costa.* Lugduni Batavorum, apud A. W. Sijthoff, 1905.

(11) *Dictionnaire étymologique de la langue grecque étudiée dans ses rapports avec les autres langues indo-européennes par Émile Boisacq,* Heidelberg, Carl Winter, 1907.

(12) *R. J. Cunliffe, Lexicon of the homer. Dialect.* Londres, 1924.

Biblioteca Nacional de España

3. Las *traducciones:*

latinas publicadas por C. G. Heyne en el tomo tercero de los *Homeri Carmina,* ya citados, la de los *Homeri Carmina et Cycli epici reliquiae* de la *Bibliotheca Graeca,* de Firmin Didot (1), la del español Vicente Mariner y la del mexicano Francisco Javier Alegre;

castellanas de Juan de Lebrija Cano, Gonzalo Pérez, Ignacio García Malo, José Gómez Hermosilla, Federico Baráibar, Leopoldo Lugones y Lucio A. Lapalma;

catalanas de Conrado Roure, Juan Maragall, Ramón Tarrats y Carlos Riba, y algunos fragmentos de las de Juan Montserrat, Arturo Masriera, Antonio Bulbena y José M. Llovera;

portuguesa de Manuel Odorico Mendes (2);

francesas de Ana Lèfèvre (Mme. Dacier) (3), M. Gin (4), Pablo Jeremías Bitaubé (5), Eugenio Bareste (6), Juan Bautista Dugas Montbel (7), Carlos Francisco Le Brun (8), A. Bignan (9), P. Giguet (10), Emilio Pessonneaux (11), Carlos María Leconte de Lisle (12), G. Leprévost (13), E. Sommer (14), el Conde Ulises de Séguier (15), L. Dufraine (16) y Víctor Bérard (17);

italianas de Vicente Monti (18), Hipólito Pindemonte (19), Antonio M.ª Salvini (20),

---

(1) ΟΜΗΡΟΥ ΠΟΙΗΜΑΤΑ ΚΑΙ ΤΑ ΤΟΥ ΚΥΚΛΟΥ ΛΕΙΨΑΝΑ. *Homeri Carmina et Cycli epici reliquiae.* Parisiis, editore Ambrosio Firmin Didot, 1872.

(2) *Iliada de Homero em verso portuguez por Manoel Odorico Mendes da cidade de S. Luiz de Maranhão. Edictor e Revisor, Henrique Alves de Carvalho, tambem natural de Maranhão.* Río de Janeiro, Typographia Guttenberg, 1874.

(3) *L'Iliade d'Homère. Traduction de Madame Dacier.* París, Charpentier, 1845. *L'Odyssée d'Homère... traduite par Madame Dacier...* A Paris, chez Lefèvre, éditeur, 1841.

(4) *Œuvres complètes d'Homère. Traduction nouvelle dédiée au Roi; avec des notes littérales, historiques et géographiques, suivies des imitations des poëtes anciens et modernes par M. Gin.* París, Imp. Didot l'Aîné, 1786.

(5) *Homère. L'Iliade, L'Odyssée. Traduction de Bitaubé.* París, Librairie de la Bibliothèque National, 1893 et 1905.

(6) *Homère. Iliade. Traduction nouvelle accompagnée de notes, d'explications et de commentaires et précédée d'une introduction par Eugène Bareste.* París, Lavigne, libraire-éditeur, 1843.

(7) *Homère, traduit en français, par Dugas Montbel.* París, Firmin Didot, 1834.

(8) *L'Iliade et l'Odyssée d'Homère, traduites du grec par le prince Le Brun.* A París, chez Lefèvre, libraire, 1836.

(9) *L'Iliade, traduite en vers français, précédée d'un essai sur l'épopée homérique par A. Bignan.* Deuxième edition. París, 1834.

(10) *Œuvres complètes d'Homère. Traduction nouvelle avec une introduction et des notes par P. Giguet.* París, Librairie Hachette et Cie., 1907.

(11) *Homère, Iliade, Odyssée. Traduction nouvelle avec arguments et notes explicatives par Émile Pessonneaux.* París, Charpentier et Cie., Libraires-Editeurs, 1874.

(12) *Homère, Iliade. Odyssée. Hymnes homériques. Epigrammes. La Batrakhomyomakhie. Traduction nouvelle par Leconte de Lisle.* París, Alphonse Lemerre.

(13) *Homère, Iliade expliquée d'après une méthode nouvelle par deux traductions françaises, l'une littérale et juxtalinéaire, l'autre correcte par G. Leprévost, ancien professeur de l'Université.* París, Librairie Hachette, 1882.

(14) *L'Odyssée d'Homère. Traduction française avec le texte grec en regard et des notes, par E. Sommer.* París, librairie Hachette et Cie., 1886.

(15) *L'Odyssée d'Homère Mélésigène, traduite vers pour vers par le Comte Ulysse de Séguier.* París, Firmin-Didot et Cie., 1896.

(16) *Homère, L'Iliade. Traduction en vers par L. Dufraine.* París, Librairie E. Lemercier, 1901.

(17) *L'Odyssée «Poésie homérique.» Texte établi et traduit par Victor Bérard. Société d'édition «Les Belles Lettres.»* París, 1924 a 1926.

(18) *Iliade di Omero. Traduzione di Vincenzo Monti con le osservazioni di Andrea Mustoxidi. 13ª edizione stereotipa.* Milano, Società editrice Sonzogno, 1903.

(19) *L'Odissea di Omero. Traduzione del cav. Ippolito Pindemonte con note.* Firenze, Tipografia Fraticelli, 1845.

(20) *Iliade d'Omero tradotta dall' original greco in versi sciolti da Anton Maria Salvini. Edizione terza.* In Padova, 1760. *Nella Stamperia del Seminario.*

Biblioteca Nacional de España

O. Aurenghi (1), Orestes Nazari (2), Melchor Cesarotti (3), Pablo Máspero (4), Salvador Ungaro (5), Cornelia Sale-Mocenigo-Codemo (6), Manlio Faggella (7), Héctor Romagnoli (8) y Nicolás Festa (9);

inglesas de Lord Derby (10), Pope (11) y Butcher and Lang (12);

alemanas de Juan Enrique Voss (13) y Guillermo Jordan (14);

y *neogriegas* de Constantinidis (15), Bikelas (16), Pallis (17) y Polylás (18).

Finalmente, para evitar en lo posible los barbarismos y para determinar el verdadero significado y recto uso de algunas palabras y locuciones castellanas, se ha acudido a la primera edición del Diccionario de la Real Academia Española, conocida con el nombre de *Diccionario de Autoridades* (Madrid, 1726-1739), y a las excelentes obras de Baralt, Salvá, Cuervo, Cortejón, P. Mir, P. Nonell, Menéndez Pidal y Rodríguez Marín.

Antes de terminar, séanos permitido reiterar el testimonio de nuestro agradecimiento a la Real Academia Española, al Consejo de Instrucción pública, a nuestros antiguos e insignes maestros doctores Balari Jovany y Menéndez Pelayo, a los doctores José Alemany y Antonio Sánchez Moguel, y a los eminentes críticos que juzgaron con suma benevolencia nuestras versiones de la *Ilíada* y de la *Odisea*, y nos animaron a completarlas para que no fuera la lengua castellana una de las pocas, entre las de los pueblos civilizados, que no contaran con una interpretación respetuosa, ceñida y fiel de las obras del más grande de los poetas y de sus fieles imitadores; y, por fin,

---

(1) *Omero. Canto VI dell'Iliade; canto I dell'Odissea. Traduzione e note per Ol. Aurenghi. Piccola raccolta di classici greci e latini letteralmente tradotti con riguardo alla costruzione e brevemente annotati.* Ditta G. B. Paravia, Torino, 1890.

(2) *Oreste Nazari, L'Iliade d'Omero. Traduzione letterale in prosa.* Libreria G. B. Paravia e Comp., Torino, 1897.

(3) *Omero, L'Iliade. Traduzione letterale in prosa di Melchior Cesarotti.* Napoli, 1905. Casa editrice Luigi Chiurazzi e figli.

(4) *Omero, Odissea. Traduzione di Paolo Maspero. Sesta impressione.* Firenze, Succesori Le Monnier, 1906.

(5) *Omero, L'Odissea tradotta letteralmente dal Dr. Salvatore Ungaro.* In Napoli. Presso Luigi Chiurazzi, Editore.

(6) *Volgarizzamento in prosa dell' Odissea di Omero per Cornelia Sale-Mocenigo-Codemo.* Torino, Milano, Genova, Casa editrice Renzo Streglio.

(7) *Omero, La Battaglia delle rane e dei topi.* Traduzione con prefazione e note di Manlio Faggella-Bari, 1921.

(8) *I poeti greci tradotti da Ettore Romagnoli. Omero, Iliade* (dos vols.). *Odissea* (dos vols.). Bologna, Nicolà Zanichelli, editore, 1923 y 1924.

(9) *Omero, Iliade. Tradotta e annotata da Nicolà Festa.* Remo Sandron, editore, Palermo.

(10) *The Iliad of Homer rendered into english blank verse by Edward Earl of Derby,* London, George Routledge & Sons, 1864.

(11) *Homer's, Iliade. The Odyssey. The works of Alexander Pope with notes by Joseph Warton, D. D. and others.* London, John Dicks.

(12) *The Odyssey of Homer done into english prose by S. H. Butcher, M. A. and A. Lang, M. A.* London, Macmillan & CO., 1906.

(13) *Homers Ilias von Johann Heinrich Voss.* Leipzig, Druck und Verlag von Philipp Reclam jun.

Homers Odyssee nach der ersten ausgabe von Joh. Heinrich Voss. Stuttgart und Berlin. J. G. Cotta'sche Buchhandlung nachfolger.

(14) *Homers Ilias übersetzt und erklärt von Wilhelm Jordan.* Dritte Auflage, Frankfurt, Verlag von Moritz Diesterweg.

(15) Ἰλιάς. Ὀδύσσεια. Μετενεχθεῖσαι εἰς τὴν καθομιλουμένην μετὰ εἰκόνων ὑπὸ Ἀν. Κωνσταντινίδου. Atenas, 1878.

(16) Traducción al griego moderno de la rapsodia VI de la Odisea. Δημητρίου Βικέλα. Στίχοι. Ἔκδοσις νέα. Ἐν Ἀθήναις. Ἐκ τῶν καταστημάτων Ἀνδρέου Κορομῆλα. 1885.

(17) Η ΙΛΙΑΔΑ ΜΕΤΑΦΡΑΣΜΕΝΗ ΑΠΟ ΤΟΝ ΑΛΕΞ. ΠΑΛΛΗ. Παρίσι, τυπογραφεῖο. Chaponet, 1904.

(18) ΟΜΗΡΟΥ. ΟΔΥΣΣΕΙΑ. ΕΜΜΕΤΡΟΣ ΜΕΤΑΦΡΑΣΙΣ ΙΑΚΩΒΟΥ ΠΟΛΥΛΑ. Ἐν Ἀθήναις, τύποις Ἐφημερίδος τῶν Συζητήσεων. 1875.

Biblioteca Nacional de España

a la Casa Editorial «Montaner y Simón,» que ha puesto todos sus cuidados para que la edición fuese correcta y estuviera adornada con reproducciones de obras artísticas de la antigua Grecia, que vienen a ser la interpretación estética que hicieron de sus grandes poemas nacionales los antiguos helenos. Y ojalá que esta incorporación a nuestro lenguaje de las obras de Homero y de las de otros grandes escritores que van a seguirle, contribuya a depurar el gusto de nuestros poetas y artistas y a acrecentar su entusiasmo por la original, rica y espléndida literatura de aquel pueblo que nació y vivió para el arte y nos legó obras inmortales que son los prototipos, los modelos jamás superados de los respectivos géneros.

LUIS SEGALÁ Y ESTALELLA.

Biblioteca Nacional de España

ILÍADA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA PRIMERA

PESTE.—CÓLERA

CANTA, oh diosa, la cólera del Pelida Aquileo; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves—cumplíase la voluntad de Zeus—desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquileo.

8 ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Leto y de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, se había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

17 *Crises.*—¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere de lejos.

22 Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le despidió de mal modo y con altaneras voces:

26 *Agamenón.*—No dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque ahora demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que puedas irte más sano y salvo.

33 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuése en silencio por la orilla del estruendoso mar; y mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera:

37 *Crises.*—¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Ténedos poderosamente! ¡Oh Esminteo! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!

Biblioteca Nacional de España

43 Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dió un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus amargas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

53 Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquileo convocó al pueblo al ágora: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los níveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquileo, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

59 *Aquileo.*—¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños—pues también el sueño procede de Zeus,—para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá librarnos de la peste.

68 Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el mejor de los augures—conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo,—y benévolo les arengó diciendo:

74 *Calcante.*—¡Oh Aquileo, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera de Apolo, del dios que hiere de lejos. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si bien en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Dime, pues, si me salvarás.

84 Y contestándole, Aquileo, el de los pies ligeros, le dijo:

85 *Aquileo.*—Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues, ¡por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, Calcante, invocas siempre que revelas oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, cerca de las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón que al presente se jacta de ser en mucho el más poderoso de todos los aqueos.

92 Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate:

93 *Calcante.*—No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Y no librará a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la joven de ojos vivos, y llevemos a Crisa una sagrada hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

Biblioteca Nacional de España

101 Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

106 *Agamenón.*—¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste nada bueno. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el que hiere de lejos les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien anhelaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se quede; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se va a otra parte la que me había correspondido.

121 Replicóle en seguida el celerípede divino Aquileo:

122 *Aquileo.*—¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sabemos que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien murada ciudad de Troya.

130 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

131 *Agamenón.*—Aunque seas valiente, deiforme Aquileo, no ocultes así tu pensamiento, pues no podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieren, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Odiseo, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ea, echemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo, el divino Odiseo o tú, Pelida, el más portentoso de todos los hombres, para que nos aplaques con sacrificios al que hiere de lejos.

148 Mirándole con torva faz, exclamó Aquileo, el de los pies ligeros:

149 *Aquileo.*—¡Ah, impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables—no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan,—sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aun me

Biblioteca Nacional de España

amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad de los troyanos: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para procurarte ganancia y riqueza.

172 Contestó en seguida el rey de hombres Agamenón:

173 *Agamenón.*—Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el próvido Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dió. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones; no me importa que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien cuánto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

188 Así dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla Hera, la diosa de los níveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se interesaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquileo, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

202 *Aquileo.*—¿Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

206 Díjole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

207 *Atenea.*—Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los níveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos.

215 Y, contestándole, Aquileo, el de los pies ligeros, le dijo:

216 *Aquileo.*—Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Proceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido.

Biblioteca Nacional de España

Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

El Pelida, no amai- ando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces:

Aquileo.—¡Ebrioso, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento): algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquileo, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos.

Así dijo el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel—había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera,—y benévolo les arengó diciendo:

Néstor.—¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos así en el consejo como en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo. En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdeñaron. No he visto todavía ni veré hombres como Pirítoo, Driante pastor de pueblos, Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía—habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron—y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la joven, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara

Biblioteca Nacional de España

cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dió a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquileo, que es para todos los aquí[illegible] un fuerte antemural en el pernicioso combate.

285 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

286 *Agamenón.*—Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?

292 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquileo:

293 *Aquileo.*—Cobarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso ya obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la joven, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis; pero de lo demás que tengo junto a mi negra y veloz embarcación, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; y presto tu negruzca sangre brotará en torno de mi lanza.

304 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron el ágora que cerca de las naves aqueas se celebraba. Fuése el Pelida hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con el Menetíada y otros amigos; y el Atrida echó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe para el dios, y conduciendo a Criseida, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fué capitán el ingenioso Odiseo.

312 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por líquidos caminos. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron junto a la orilla del estéril mar hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

318 En tales cosas ocupábanse éstos en el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza que en la contienda había hecho a Aquileo, y dijo a Taltibio y Euríbates, sus heraldos y diligentes servidores:

322 *Agamenón.*—Id a la tienda del Pelida Aquileo, y asiendo de la mano a Briseida, la de hermosas mejillas, traedla acá; y si no os la diere, iré yo mismo a quitársela, con más gente, y todavía le será más duro.

326 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad fuéronse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquileo, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y habiendo hecho una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

334 *Aquileo.*—¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables, sino Agamenón que os

Biblioteca Nacional de España

envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo del linaje de Zeus! Saca la joven y entrégasela para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades; porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves.

345 Así dijo. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquileo rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y sentándose a orillas del blanquecino mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

352 *Aquileo.*—¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa que él mismo me arrebató.

357 Así dijo derramando lágrimas. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba junto al padre anciano, e inmediatamente emergió de las blanquecinas ondas como niebla, sentóse delante de aquél, que derramaba lágrimas, acarició con la mano y le habló de esta manera:

362 *Tetis.*—¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

364 Dando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

365 *Aquileo.*—Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseida, la de hermosas mejillas. Luego Crises, sacerdote de Apolo, el que hiere de lejos, deseando redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le despidió de mal modo y con altaneras voces. El anciano se fué irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un adivino bien enterado nos explicó el vaticinio del que hiere de lejos, y yo fuí el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira; y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios; y a la hija de Briseo, que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de ha-

Biblioteca Nacional de España

ber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronida, el de las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses olímpicos, Hera, Posidón y Palas Atenea. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando en seguida al espacioso Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Zeus, ufano de su gloria; temiéronle los bienaventurados dioses y desistieron del atamiento. Recuérdaselo, siéntate a su lado y abraza sus rodillas: quizás decida favorecer a los teucros y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

413 Respondióle en seguida Tetis, derramando lágrimas:

414 *Tetis.*—¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te dí a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se marchó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirle.

428 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquileo con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

430 En tanto, Odiseo llegaba a Crisa con las víctimas para la sagrada hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron rápidamente por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía; y llevaron la nave, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para Apolo, el que hiere de lejos, y Criseida salió de la nave surcadora del ponto. El ingenioso Odiseo llevó la doncella al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

442 *Odiseo.*—¡Oh Crises! Envíame el rey de hombres Agamenón a traerte la hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Febo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha causado a los argivos.

446 Habiendo hablado así, puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sagrada hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron la mola. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas:

451 *Crises.*—¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Ténedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!

Biblioteca Nacional de España

457 Así dijo rogando, y Febo Apolo le oyó. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; en seguida cortaron los muslos, y después de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de vino tinto. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, los mancebos coronaron de vino las crateras y lo distribuyeron a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante todo el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán a Apolo, el que hiere de lejos, que les oía con el corazón complacido.

475 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cerca de las amarras de la nave. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y Apolo, el que hiere de lejos, les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchió el viento, y las purpúreas olas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

488 El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquileo, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba el ágora donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en las naves, y echaba de menos la gritería y el combate.

493 Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al largovidente Cronida sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse ante él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:

503 *Tetis.*—¡Padre Zeus! Si alguna vez te fuí útil entre los inmortales con palabras u obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres Agamenón le ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngale tú, próvido Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y le colmen de honores.

511 Así dijo. Zeus, que amontona las nubes, nada contestó, guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

514 *Tetis.*—Prométemelo claramente, asintiendo, o niégamelo—pues en ti

Biblioteca Nacional de España

no cabe el temor—para que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades.

517 Zeus, que amontona las nubes, díjole afligidísimo:

518 *Zeus.*—¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los teucros. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza.

528 Dijo el Cronida, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremecióse el dilatado Olimpo.

531 Después de deliberar así, se separaron: ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó que llegara, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar, con él había departido, dirigió al momento injuriosas palabras a Zeus Cronida:

540 *Hera.*—¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mí, pensar y resolver algo secretamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas.

544 Respondióle el padre de los hombres y de los dioses:

545 *Zeus.*—¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures averiguarlo.

551 Replicó en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

552 *Hera.*—¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de argénteos pies, hija del anciano del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquileo y causar gran matanza junto a las naves aqueas.

560 Y contestándole, Zeus, que amontona las nubes, le dijo:

561 *Zeus.*—¡Ah, desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio y obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, acercándose a ti, cuando te ponga encima mis invictas manos.

568 Así dijo. Temió Hera veneranda, la de ojos de novilla, y refrenando el coraje, sentóse en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a arengarles para consolar a su madre Hera, la de los níveos brazos:

573 *Hefesto.*—Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros dispu-

Biblioteca Nacional de España

táis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que obsequie al padre querido, a Zeus, para que no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en poder. Pero halágale con palabras cariñosas y en seguida el Olímpico nos será propicio.

584 De este modo habló, y tomando una copa de doble asa, ofrecióla a su madre, diciendo:

586 *Hefesto.*—Sufre, madre mía, y sopórtalo todo aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no te vean mis ojos apaleada, sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que quise defenderte me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fuí rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído.

595 Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos; y sonriente aún, tomó la copa que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses viendo con qué afán les servía en el palacio.

601 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas que con linda voz cantaban alternando.

605 Mas, cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios que había construido Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies, con sabia inteligencia. Zeus olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la de áureo trono.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA II

SUEÑO.—BEOCIA O CATÁLOGO DE LAS NAVES

LAS demás deidades y los hombres que en carros combaten, durmieron toda la noche; pero Zeus no probó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba el medio de honrar a Aquileo y causar gran matanza junto a las naves aqueas. Al fin creyó que lo mejor sería enviar un pernicioso sueño al Atrida Agamenón; y, hablándole, pronunció estas aladas palabras:

8 *Zeus.*—Anda, ve, pernicioso Sueño, encamínate a las veleras naves aqueas, introdúcete en la tienda de Agamenón Atrida, y dile cuidadosamente lo que voy a encargarte. Ordénale que arme a los melenudos aqueos y saque toda la hueste: ahora podría tomar a Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos.

16 Así dijo. Partió el Sueño al oír el mandato, llegó en un instante a las veleras naves aqueas, y hallando dormido en su tienda al Atrida Agamenón —alrededor del héroe habíase difundido el sueño inmortal,—púsose sobre su cabeza, y tomó la figura de Néstor, hijo de Neleo, que era el anciano a quien aquél más honraba. Así transfigurado, dijo el divino Sueño:

23 *El Sueño.*—¿Duermes, hijo del belicoso Atreo domador de caballos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme en seguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melenudos aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar a Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria, para que no las olvides cuando el dulce sueño te desampare.

35 Así habiendo hablado, se fué y dejó a Agamenón revolviendo en su ánimo lo que no debía cumplirse. Figurábase que iba a tomar la ciudad de Troya aquel mismo día. ¡Insensato! No sabía lo que tramaba Zeus, quien había de causar nuevos males y llanto a los troyanos y a los dánaos por medio de terribles peleas. Cuando despertó, la voz divina resonaba aún en torno suyo. Incorporóse, y, habiéndose sentado, vistió la túnica fina, hermosa, nueva;

Biblioteca Nacional de España

se echó el gran manto, calzó sus nítidos pies con bellas sandalias y colgó del hombro la espada guarnecida con clavazón de plata. Tomó el imperecedero cetro de su padre y se encaminó hacia las naves de los aqueos, de broncíneas corazas.

48 Subía la diosa Aurora al vasto Olimpo para anunciar el día a Zeus y a los demás inmortales, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz sonora convocaran al ágora a los melenudos aqueos. Convocáronlos aquéllos, y éstos se reunieron en seguida.

53 Pero celebróse antes un consejo de magnánimos próceres junto a la nave del rey Néstor, natural de Pilos. Agamenón los llamó para hacerles una discreta consulta:

56 *Agamenón.*—¡Oíd, amigos! Dormía durante la noche inmortal, cuando se me acercó un Sueño divino muy semejante al ilustre Néstor en la forma, estatura y natural. Púsose sobre mi cabeza y profirió estas palabras: «¿Duermes, hijo del belicoso Atreo domador de caballos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme en seguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melenudos aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar a Troya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria.» Habiendo hablado así, fuése volando, y el dulce sueño me desamparó. Mas, ea, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas. Para probarlos como es debido, les aconsejaré que huyan en las naves de muchos bancos; y vosotros, hablándoles unos por un lado y otros por el opuesto, procurad detenerlos.

76 Habiéndose expresado en estos términos, se sentó. Seguidamente levantóse Néstor, que era rey de la arenosa Pilos, y benévolo les arengó diciendo:

79 *Néstor.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Si algún otro aqueo nos refiriese el sueño, lo creeríamos falso y desconfiaríamos aún más; pero lo ha tenido quien se gloría de ser el más poderoso de los aqueos. Ea, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas.

84 Habiendo hablado así, fué el primero en salir del consejo. Los reyes portadores de cetro se levantaron, obedeciendo al pastor de hombres, y la gente del pueblo acudió presurosa. Como de la hendedura de un peñasco salen sin cesar enjambres copiosos de abejas que vuelan arracimadas sobre las flores primaverales y unas revolotean a este lado y otras a aquél; así las numerosas familias de guerreros marchaban en grupos, por la baja ribera, desde las naves y tiendas al ágora. En medio, la Fama, mensajera de Zeus, enardecida, les instigaba a que acudieran, y ellos se iban reuniendo. Agitóse el ágora, gimió la tierra y se produjo tumulto, mientras los hombres tomaron sitio. Nueve heraldos daban voces para que callaran y oyeran a los reyes, alumnos de Zeus. Sentáronse al fin, aunque con dificultad, y enmudecieron tan pronto como ocuparon los asientos. Entonces se levantó el rey Agamenón, empuñando el cetro que He-

Biblioteca Nacional de España

festo hizo para el soberano Zeus Cronión—éste lo dió al mensajero Argifontes; Hermes lo regaló al excelente jinete Pélope, quien, a su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres; Atreo al morir lo legó a Tiestes, rico en ganado, y Tiestes lo dejó a Agamenón para que reinara en muchas islas y en todo el país de Argos,—y descansando el rey sobre el arrimo del cetro, habló así a los argivos:

110 *Agamenón.*—¡Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! En grave infortunio envolvióme Zeus Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Ilión, y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me ordena regresar a Argos, sin gloria, después de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que ha destruido las fortalezas de muchas ciudades y aun destruirá otras porque su poder es inmenso. Vergonzoso será para nosotros que lleguen a saberlo los hombres de mañana. ¡Un ejército aqueo tal y tan grande hacer una guerra vana e ineficaz! ¡Combatir contra un número menor de hombres y no saberse aún cuándo la contienda tendrá fin! Pues si aqueos y troyanos, jurando la paz, quisiéramos contarnos, y reunidos cuantos troyanos hay en sus hogares y agrupados nosotros los aqueos en décadas, cada una de éstas eligiera un troyano para que escanciara el vino, muchas décadas se quedarían sin escanciador. ¡En tanto digo que superan los aqueos a los troyanos que en la ciudad moran! Pero han venido en su ayuda hombres de muchas ciudades, que saben blandir la lanza, me apartan de mi intento y no me permiten, como quisiera, tomar la populosa ciudad de Ilión. Nueve años del gran Zeus transcurrieron ya; los maderos de las naves se han podrido y las cuerdas están deshechas; nuestras esposas e hijitos nos aguardan en los palacios; y aún no hemos dado cima a la empresa para la cual vinimos. Ea, procedamos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

142 Así dijo; y a todos los que no habían asistido al consejo se les conmovió el corazón en el pecho. Agitóse el ágora como las grandes olas que en el mar Icario levantan el Euro y el Noto cayendo impetuosos de las nubes amontonadas por el padre Zeus. Como el Céfiro mueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual manera se movió toda el ágora. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, corren hacia los bajeles; exhórtanse a tirar de ellos para echarlos al mar divino; limpian los canales; quitan los soportes, y el vocerío de los que se disponen a volver a la patria llega hasta el cielo.

155 Y efectuárase entonces, antes de lo dispuesto por el destino, el regreso de los argivos, si Hera no hubiese dicho a Atenea:

157 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! ¿Huirán los argivos a sus casas, a su patria tierra por el ancho dorso del mar, y dejarán como trofeo a Príamo y a los troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su patria? Ve en seguida al ejército de los aqueos de broncíneas corazas, detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

Biblioteca Nacional de España

166 Así habló. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no fué desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó presto a las veloces naves aqueas y halló a Odiseo, igual a Zeus en prudencia, que permanecía inmóvil y sin tocar la negra nave de muchos bancos porque el pesar le llegaba al corazón y al alma. Y poniéndose a su lado, díjole Atenea, la de ojos de lechuza:

173 *Atenea.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¿Así, pues, huiréis a vuestras casas, a la patria tierra, embarcados en las naves de muchos bancos, y dejaréis como troieo a Príamo y a los troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su patria? Ve en seguida al ejército de los aqueos y no cejes: detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

182 Así dijo. Odiseo conoció la voz de la diosa en cuanto le habló; tiró el manto, que recogió el heraldo Euríbates de Ítaca, que le acompañaba; corrió hacia el Atrida Agamenón, para que le diera el imperecedero cetro paterno; y con éste en la mano, enderezó a las naves de los aqueos, de broncíneas corazas.

188 Cuando encontraba a un rey o a un capitán eximio, parábase y le detenía con suaves palabras:

190 *Odiseo.*—¡Ilustre! No es digno de ti temblar como un cobarde. Deténte y haz que los demás se detengan también. Aún no conoces claramente la intención del Atrida: ahora nos prueba, y pronto castigará a los aqueos. En el consejo no todos comprendimos lo que dijo. No sea que, irritándose, maltrate a los aqueos; la cólera de los reyes, alumnos de Zeus, es terrible, porque su dignidad procede del próvido Zeus y éste los ama.

198 Cuando encontraba a un hombre del pueblo gritando, dábale con el cetro y le increpaba de esta manera:

200 *Odiseo.*—¡Desdichado! Estáte quieto y escucha a los que te aventajan en bravura; tú, débil e inepto para la guerra, no eres estimado ni en el combate ni en el consejo. Aquí no todos los aqueos podemos ser reyes; no es un bien la soberanía de muchos; uno solo sea príncipe, uno solo rey: aquel a quien el hijo del artero Cronos ha dado cetro y leyes para que reine sobre nosotros.

207 Así Odiseo, actuando como supremo jefe, imponía su voluntad al ejército; y ellos se apresuraban a volver de las tiendas y naves al ágora, con gran vocerío, como cuando el olaje del estruendoso mar brama en la playa anchurosa y el ponto resuena.

211 Todos se sentaron y permanecieron quietos en su sitio, a excepción de Tersites, que, sin poner freno a la lengua, alborotaba. Ése sabía muchas palabras groseras para disputar temerariamente, no de un modo decoroso, con los reyes; y lo que a él le pareciera, hacerlo ridículo para los argivos. Fué el hombre más feo que llegó a Troya, pues era bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pecho, y tenía la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera. Aborrecíanle de un modo especial Aquileo y Odiseo, a quienes zahería; y entonces, dando estridentes voces, decía opro-

Biblioteca Nacional de España

bios al divino Agamenón. Y por más que los aqueos se indignaban e irritaban mucho contra él, seguía increpándole a voz en grito:

225 *Tersites.*—¡Atrida! ¿De qué te quejas o de qué careces? Tus tiendas están repletas de bronce y en ellas tienes muchas y escogidas mujeres que los aqueos te ofrecemos antes que a nadie cuando tomamos alguna ciudad. ¿Necesitas, acaso, el oro que alguno de los teucros, domadores de caballos, te traiga de Ilión para redimir al hijo que yo u otro aqueo haya hecho prisionero? ¿O, por ventura, una joven con quien te junte el amor y que tú solo poseas? No es justo que, siendo el caudillo, ocasiones tantos males a los aqueos. ¡Oh cobardes, hombres sin dignidad, aqueas más bien que aqueos! Volvamos en las naves a la patria y dejémosle aquí, en Troya, para que devore el botín y sepa si le sirve o no nuestra ayuda; ya que ha ofendido a Aquileo, varón muy superior, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Poca cólera siente Aquileo en su pecho y es grande su indolencia; si no fuera así, Atrida, éste sería tu último ultraje.

243 Tales palabras dijo Tersites, zahiriendo a Agamenón, pastor de hombres. En seguida el divino Odiseo se detuvo a su lado; y mirándole con torva faz, le increpó duramente:

246 *Odiseo.*—¡Tersites parlero! Aunque seas orador facundo, calla y no quieras tú solo disputar con los reyes. No creo que haya un hombre peor que tú entre cuantos han venido a Ilión con los Atridas. Por tanto, no tomes en boca a los reyes, ni los injuries, ni pienses en el regreso. No sabemos aún con certeza cómo esto acabará y si la vuelta de los aqueos será feliz o desgraciada. Mas tú denuestas al Atrida Agamenón, porque los héroes dánaos le dan muchas cosas; por esto le zahieres. Lo que voy a decir se cumplirá: Si vuelvo a encontrarte delirando como ahora, no conserve Odiseo la cabeza sobre los hombros, ni sea llamado padre de Telémaco, si no te echo mano, te despojo del vestido (el manto y la túnica que cubren tus partes verendas) y te envío lloroso del ágora a las veleras naves después de castigarte con afrentosos azotes.

265 Así, pues, dijo, y con el cetro dióle un golpe en la espalda y los hombros. Tersites se encorvó, mientras una gruesa lágrima caía de sus ojos y un cruento cardenal aparecía en su espalda debajo del áureo cetro. Sentóse, turbado y dolorido; miró a todos con aire de simple, y se enjugó las lágrimas. Ellos, aunque afligidos, rieron con gusto y no faltó quien dijera a su vecino:

272 *Una voz.*—¡Oh dioses! Muchas cosas buenas hizo Odiseo, ya dando consejos saludables, ya preparando la guerra; pero esto es lo mejor que ha ejecutado entre los argivos: hacer callar al insolente charlatán, cuyo ánimo osado no le impulsará en lo sucesivo a zaherir con injuriosas palabras a los reyes.

278 Así hablaba la multitud. Levantóse Odiseo, asolador de ciudades, con el cetro en la mano (Atenea, la de ojos de lechuza, que, transfigurada en heraldo, junto a él estaba, impuso silencio para que todos los aqueos, desde los primeros hasta los últimos, oyeran su discurso y meditaran sus consejos), y benévolo les arengó diciendo:

284 *Odiseo.*—¡Atrida! Los aqueos, oh rey, quieren cubrirte de baldón ante todos los mortales de voz articulada y no cumplen lo que te prometieron al

Biblioteca Nacional de España

venir de Argos, criador de caballos: que no te irías sin destruir la bien murada Ilión. Cual si fuesen niños o viudas, se lamentan unos con otros y desean regresar a su casa. Y es, en verdad, penoso que hayamos de volver afligidos. Cierto que cualquiera se impacienta al mes de estar separado de su mujer, cuando ve detenida su nave de muchos bancos por las borrascas invernales y el mar alborotado; y nosotros hace ya nueve años, con el presente, que aquí permanecemos. No me enojo, pues, porque los aqueos se impacienten junto a las cóncavas naves; pero sería bochornoso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro propósito. Tened paciencia, amigos, y aguardad un poco más, para que sepamos si fué verídica la predicción de Calcante. Bien grabada la tenemos en la memoria, y todos vosotros, los que no habéis sido arrebatados día tras día por las parcas de la muerte, sois testigos de lo que ocurrió en Áulide cuando se reunieron las naves aqueas que tantos males habían de traer a Príamo y a los troyanos. En sacros altares inmolábamos hecatombes perfectas a los inmortales, junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano a cuyo pie manaba agua cristalina. Allí se nos ofreció un gran portento. Un horrible dragón de roja espalda, que el mismo Olímpico sacara a la luz, saltó de debajo del altar al plátano. En la rama cimera de éste hallábanse los hijuelos recién nacidos de un ave, que medrosos se acurrucaban debajo de las hojas; eran ocho, y con la madre que los parió, nueve. El dragón devoró a los pajarillos, que piaban lastimeramente; la madre revoleaba en torno de sus hijos quejándose, y aquél volvióse y la cogió por el ala, mientras ella chillaba. Después que el dragón se hubo comido al ave y a los polluelos, el dios que lo había mostrado obró en él un prodigio: el hijo del artero Cronos transformólo en piedra, y nosotros, inmóviles, admirábamos lo que ocurría. De este modo, las grandes y portentosas acciones de los dioses interrumpieron las hecatombes. Y en seguida Calcante, vaticinando, exclamó: «¿Por qué enmudecéis, melenudos aqueos? El próvido Zeus es quien nos muestra ese prodigio grande, tardío, de lejano cumplimiento, pero cuya gloria jamás perecerá. Como el dragón devoró a los polluelos del ave y al ave misma, los cuales eran ocho, y con la madre que los dió a luz, nueve, así nosotros combatiremos allí igual número de años, y al décimo tomaremos la ciudad de anchas calles.» Tal fué lo que dijo y todo se va cumpliendo. ¡Ea, aqueos de hermosas grebas, quedaos todos hasta que tomemos la gran ciudad de Príamo!

333 Así habló. Los argivos, con agudos gritos que hacían retumbar horriblemente las naves, aplaudieron el discurso del divino Odiseo. Y Néstor, caballero gerenio, les arengó diciendo:

337 *Néstor.*—¡Oh dioses! Habláis como niños chiquitos que no están ejercitados en los bélicos trabajos. ¿Qué es de nuestros convenios y juramentos? ¿Se fueron, pues, en humo los consejos, los afanes de los guerreros, los pactos consagrados con libaciones de vino puro y los apretones de manos en que confiábamos? Nos entretenemos en contender con palabras y sin motivo, y en tan largo espacio no hemos podido encontrar un medio eficaz para conseguir nuestro intento. ¡Atrida! Tú, como siempre, manda con firme decisión a los

Biblioteca Nacional de España

argivos en el duro combate y deja que se consuman uno o dos que en discordancia con los demás aqueos desean, aunque no lograrán su propósito, regresar a Argos antes de saber si fué o no falsa la promesa de Zeus, que lleva la égida. Pues yo os aseguro que el prepotente Cronida nos prestó su asentimiento, relampagueando por el diestro lado y haciéndonos favorables señales, el día en que los argivos se embarcaron en las naves de ligero andar para traer a los troyanos la muerte y el destino. Nadie, pues, se dé prisa por volver a su casa, hasta haber dormido con la esposa de un troyano y haber vengado la huida y los gemidos de Helena. Y si alguno tanto anhelare el regreso, toque la negra nave de muchos bancos para que delante de todos sea muerto y cumpla su destino. ¡Oh rey! No dejes de pensar tú mismo y sigue también los consejos que nosotros te damos. No es despreciable lo que voy a decirte: Agrupa a los hombres, oh Agamenón, por tribus y familias, para que una tribu ayude a otra tribu y una familia a otra familia. Si así lo hicieres y te obedecieren los aqueos, sabrás pronto cuáles jefes y soldados son cobardes y cuáles valerosos, pues pelearán distintamente; y conocerás si no puedes tomar la ciudad por la voluntad de los dioses o por la cobardía de tus hombres y su impericia en la guerra.

369 Y, respondiéndole, el rey Agamenón le dijo:

370 *Agamenón.*—De nuevo, oh anciano, superas en el ágora a los aqueos todos. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, tuviera yo entre los aqueos diez consejeros semejantes; entonces la ciudad del rey Príamo sería pronto tomada y destruida por nuestras manos. Pero Zeus Cronida, que lleva la égida, me envía penas, enredándome en inútiles disputas y riñas. Aquileo y yo peleamos con encontradas razones por una joven, y fuí el primero en irritarme; si ambos procediéramos de acuerdo, no se diferiría ni un solo momento la ruina de los troyanos. Ahora, id a comer para que luego trabemos el combate; cada uno afile la lanza, prepare el escudo, dé el pasto a los corceles de pies ligeros e inspeccione el carro, apercibiéndose para la lucha; pues durante todo el día nos pondrá a prueba el horrendo Ares. Ni un breve descanso ha de haber siquiera, hasta que la noche obligue a los valientes guerreros a separarse. La correa del escudo que al combatiente cubre, sudará en torno del pecho; el brazo se fatigará con el manejo de la lanza, y también sudarán los corceles arrastrando los pulimentados carros. Y aquel que se quede voluntariamente en las corvas naves, lejos de la batalla, como yo le vea, no se librará de los perros y de las aves de rapiña.

394 Así dijo. Los argivos promovían gran clamoreo, como cuando las olas, movidas por el Noto, baten un elevado risco que se adelanta sobre el mar y no lo dejan mientras soplan los vientos en contrarias direcciones. Luego, levantándose, se dispersaron por las naves, encendieron lumbre en las tiendas, tomaron la comida y ofrecieron sacrificios, quiénes a uno, quiénes a otro de los sempiternos dioses, para que los librasen de la muerte y del fatigoso trabajo de Ares. Agamenón, rey de hombres, inmoló un pingüe buey de cinco años al prepotente Cronión, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos de los aqueos todos: primeramente a Néstor y al rey Idomeneo, lue-

Biblioteca Nacional de España

go a entrambos Ayantes y al hijo de Tideo, y en sexto lugar a Odiseo, igual a Zeus en prudencia. Espontáneamente se presentó Menelao, valiente en la pelea, porque sabía lo que su hermano estaba preparando. Colocáronse todos alrededor del buey y tomaron la mola. Y puesto en medio, el poderoso Agamenón oró diciendo:

412 *Agamenón.*—¡Zeus gloriosísimo, máximo, que amontonas las sombrías nubes y vives en el éter! ¡No se ponga el sol ni sobrevenga la obscuridad antes que yo destruya el palacio de Príamo, entregándolo a las llamas; pegue voraz fuego a las puertas; rompa con mi lanza la coraza de Héctor en su mismo pecho, y vea a muchos de sus compañeros caídos de cara en el polvo y mordiendo la tierra!

419 Dijo; pero el Cronión no accedió y, aceptando los sacrificios, preparóles no envidiable labor. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; cortaron los muslos, y después de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, los quemaron con leña sin hojas; y atravesando las entrañas con los asadores, las pusieron al fuego. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el testín, comieron y nadie careció de su respectiva porción. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

434 *Néstor.*—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! No nos entretengamos en hablar, ni difiramos por más tiempo la empresa que un dios pone en nuestras manos. Mas, ea, los heraldos de los aqueos, de broncíneas corazas, pregonen que el ejército se reuna cerca de los bajeles, y nosotros recorramos juntos el espacioso campamento para promover cuanto antes un vivo combate.

441 Así dijo; y Agamenón, rey de hombres, no desobedeció. Al momento dispuso que los heraldos de voz sonora llamaran al combate a los melenudos aqueos; hízose el pregón, y ellos se reunieron prontamente. El Atrida y los reyes, alumnos de Zeus, hacían formar a los guerreros, y los acompañaba Atenea, la de ojos de lechuza, llevando la preciosa inmortal égida que no envejece y de la cual cuelgan cien áureos borlones, bien labrados y del valor de cien bueyes cada uno. Con ella en la mano, movíase la diosa entre los aqueos, instigábales a salir al campo y ponía fortaleza en sus corazones para que pelearan y combatieran sin descanso. Pronto les fué más agradable el combate, que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

455 Cual se columbra desde lejos el resplandor de un incendio, cuando el voraz fuego se propaga por vasta selva en la cumbre de un monte, así el brillo de las broncíneas armaduras de los que se ponían en marcha llegaba al cielo a través del éter.

459 De la suerte que las alígeras aves—gansos, grullas o cisnes cuellilargos —se posan en numerosas bandadas y chillando en la pradera Asio, cerca de la corriente del Caístro, vuelan acá y allá ufanas de sus alas, y el campo resue-

Biblioteca Nacional de España

na; de esta manera las numerosas huestes afluían de las naves y tiendas a la llanura escamandria y la tierra retumbaba horriblemente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Y los que en el florido prado del Escamandro llegaron a juntarse fueron innumerables; tantos, cuantas son las hojas y flores que en la primavera nacen.

469 Como enjambres copiosos de moscas que en la primaveral estación vuelan agrupadas por el establo del pastor, cuando la leche llena los tarros; en tan gran número reuniéronse en la llanura los melenudos aqueos, deseosos de acabar con los teucros.

474 Poníanlos los caudillos en orden de batalla fácilmente, como los pastores separan las cabras de grandes rebaños cuando se mezclan en el pasto; y en medio aparecía el poderoso Agamenón, semejante en la cabeza y en los ojos a Zeus, que se goza en lanzar rayos, en el cinturón a Ares y en el pecho a Posidón. Como en el hato el macho vacuno más excelente es el toro, que sobresale entre las vacas reunidas, de igual manera hizo Zeus que Agamenón fuera aquel día insigne y eximio entre muchos héroes.

484 Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios y como diosas lo presenciáis y conocéis todo, mientras que nosotros oímos tan sólo la fama y nada cierto sabemos, cuáles eran los caudillos y príncipes de los dánaos. A la muchedumbre no podría enumerarla ni nombrarla, aunque tuviera diez lenguas, diez bocas, voz infatigable y corazón de bronce: sólo las Musas olímpicas, hijas de Zeus, que lleva la égida, podrían decir cuántos a Ilión fueron. Pero mencionaré los caudillos y las naves todas.

494 Mandaban a los beocios Penéleo, Leito, Arcesilao, Protoenor y Clonio. Los que cultivaban los campos de Hiria, Áulide pétrea, Esqueno, Escolo, Eteono fragosa, Tespia, Grea y la vasta Micaleso; los que moraban en Harma, Ilesio y Eritras; los que residían en Eleón, Hila, Peteón, Ocalea, Medeón, ciudad bien construida, Copas, Eutresis y Tisbe, abundante en palomas; los que habitaban en Coronea, Haliarto herbosa, Platea y Glisante; los que poseían la bien edificada ciudad de Hipotebas, la sacra Onquesto, delicioso bosque de Posidón, y las ciudades de Arne abundante en uvas, Midea, Nisa divina y Antedón fronteriza: todos estos llegaron en cincuenta naves. En cada una se habían embarcado ciento veinte beocios.

511 De los que habitaban en Aspledón y Orcómeno Minieo eran caudillos Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares y de Astíoque, que los había dado a luz en el palacio de Áctor Azida. Astíoque, que era virgen ruborosa, subió al piso superior, y el terrible dios se unió con ella clandestinamente. Treinta cóncavas naves en orden les seguían.

517 Mandaban a los focenses Esquedio y Epístrofo, hijos del magnánimo Ífito Naubólida. Los de Cipariso, Pitón pedregosa, Crisa divina, Dáulide y Panopeo; los que habitaban en Anemoría, Hiámpolis y la ribera del divinal río Cefiso; los que poseían la ciudad de Lilea en las fuentes del mismo río: todos estos habían llegado en cuarenta negras naves. Los caudillos ordenaban entonces las filas de los focenses, que en las batallas combatían a la izquierda de los beocios.

Biblioteca Nacional de España

527 Acaudillaba a los locrenses, que vivían en Cino, Opunte, Calíaro, Besa, Escarfe, Augías amena, Tarfe y Tronio, a orillas del Boagrio, el ligero Ayante de Oileo, menor, mucho menor que Ayante Telamonio: era bajo de cuerpo, llevaba coraza de lino y en el manejo de la lanza superaba a todos los helenos y aqueos. Seguíanle cuarenta negras naves, en las cuales habían venido los locrenses que viven más allá de la sagrada Eubea.

536 Los abantes de Eubea, que respiraban valor y residían en Calcis, Eretria, Histiea abundante en uvas, Cerinto marítima, Dio, ciudad excelsa, Caristo y Estira, eran capitaneados por el magnánimo Elefenor Calcodontíada, vástago de Ares. Con tal caudillo llegaron los ligeros abantes, que dejaban crecer la cabellera en la parte posterior de la cabeza: eran belicosos y deseaban siempre romper con sus lanzas de fresno las corazas en los pechos de los enemigos. Seguíanle cuarenta negras naves.

546 Los que habitaban en la bien edificada ciudad de Atenas y constituían el pueblo del magnánimo Erecteo, a quien Atenea, hija de Zeus, crió—habíale dado a luz la fértil tierra—y puso en su rico templo de Atenas, donde los jóvenes atenienses ofrecen todos los años sacrificios propiciatorios de toros y corderos a la diosa, tenían por jefe a Menesteo, hijo de Peteo. Ningún hombre de la tierra sabía como ése poner en orden de batalla, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos; sólo Néstor competía con él, porque era más anciano. Cincuenta negras naves le seguían.

557 Ayante había partido de Salamina con doce naves, que colocó cerca de las falanges atenienses.

559 Los habitantes de Argos, Tirinto amurallada, Hermíone y Ásine en profundo golfo situadas, Trecena, Eyonas y Epidauro abundante en vides, y los jóvenes aqueos de Egina y Masete, eran acaudillados por Diomedes, valiente en la pelea, Esténelo, hijo del famoso Capaneo, y Euríalo, igual a un dios, que tenía por padre al rey Mecisteo Talayónida. Era jefe supremo Diomedes, valiente en la pelea. Ochenta negras naves les seguían.

569 Los que poseían la bien construida ciudad de Micenas, la opulenta Corinto y la bien edificada Cleonas; los que cultivaban la tierra en Ornías, Aretirea deleitosa y Sición, donde antiguamente reinó Adrasto; los que residían en Hiperesia y Gonoesa excelsa, y los que habitaban en Pelene, Egio, el Egíalo todo y la espaciosa Hélice: todos estos habían llegado en cien naves a las órdenes del rey Agamenón Atrida. Muchos y valientes varones condujo este príncipe que entonces vestía el luciente bronce, ufano de sobresalir entre todos los héroes por su valor y por mandar a mayor número de hombres.

581 Los de la honda y cavernosa Lacedemonia que residían en Faris, Esparta y Mesa, abundante en palomas; moraban en Brisías o Augías amena; poseían las ciudades de Amiclas y Helos marítima, y habitaban en Laa y Etilo: todos estos llegaron en sesenta naves al mando del hermano de Agamenón, de Menelao, valiente en el combate, y se armaban formando unidad aparte. Menelao, impulsado por su propio ardor, los animaba a combatir y anhelaba en su corazón vengar la huida y los gemidos de Helena.

591 Los que cultivaban el campo en Pilos, Arene deliciosa, Trío, vado del

Biblioteca Nacional de España

Alfeo, y la bien edificada Epi, y los que habitaban en Ciparisente, Anfigenia, Pteleo, Helos y Dorio (donde las Musas, saliéndole al camino a Tamiris el tracio, le privaron de cantar cuando volvía de la casa de Eurito el ecaleo; pues jactóse de que saldría vencedor, aunque cantaran las propias Musas, hijas de Zeus, que lleva la égida, y ellas irritadas le cegaron, le privaron del divino canto y le hicieron olvidar el arte de pulsar la cítara), eran mandados por Néstor, caballero gerenio, y habían llegado en noventa cóncavas naves.

603 Los que habitaban en la Arcadia al pie del alto monte de Cilene y cerca de la tumba de Epitio, país de belicosos guerreros; los de Féneo, Orcómeno abundante en ovejas, Ripe, Estratia y Enispe ventosa; y los que poseían las ciudades de Tegea, Mantinea deliciosa, Estínfalo y Parrasia: todos estos llegaron al mando del rey Agapenor, hijo de Anceo, en sesenta naves. En cada una de éstas se embarcaron muchos arcadios ejercitados en la guerra. El mismo rey de hombres, Agamenón, les facilitó las naves de muchos bancos, para que atravesaran el vinoso ponto; pues ellos no se cuidaban de las cosas del mar.

615 Los que habitaban en Buprasio y en el resto de la divina Élide, desde Hirmina y Mírsino la fronteriza por un lado y la roca Olenia y Alesio por el otro, tenían cuatro caudillos y cada uno de éstos mandaba diez veleras naves tripuladas por muchos epeos. De dos divisiones eran respectivamente jefes Anfímaco y Talpio, hijo aquél de Ctéato y éste de Eurito y nietos de Áctor; de la tercera, el fuerte Diores Amarincida, y de la cuarta, el deiforme Polixeno, hijo del rey Agástenes Augeíada.

625 Los de Duliquio y las sagradas islas Equinas, situadas al otro lado del mar frente a la Élide, eran mandados por Meges Filida, igual a Ares, a quien engendró el jinete Fileo, caro a Zeus, cuando por haberse enemistado con su padre emigró a Duliquio. Cuarenta negras naves le seguían.

631 Odiseo acaudillaba a los cefalenios de ánimo altivo. Los de Ítaca y su frondoso Nérito; los que cultivaban los campos de Crocilea y de la escarpada Egílipe; los que habitaban en Zacinto; los que vivían en Samos y sus alrededores; los que estaban en el continente y los que ocupaban la orilla opuesta: todos ellos obedecían a Odiseo, igual a Zeus en prudencia. Doce naves de rojas proas le seguían.

638 Toante, hijo de Andremón, regía a los etolos que habitaban en Pleurón, Óleno, Pilene, Calcis marítima y Calidón pedregosa. Ya no existían los hijos del magnánimo Eneo, ni éste; y muerto también el rubio Meleagro, diéronse a Toante todos los poderes para que reinara sobre los etolos. Cuarenta negras naves le seguían.

645 Mandaba a los cretenses Idomeneo, famoso por su lanza. Los que vivían en Cnoso, Gortina amurallada, Licto, Mileto, blanca Licasto, Festo y Ritio, ciudades populosas, y los que ocupaban la isla de Creta con sus cien ciudades: todos estos eran gobernados por Idomeneo, famoso por su lanza, que con Meriones, igual al homicida Enialio, compartía el mando. Seguíanle ochenta negras naves.

653 Tlepólemo Heraclida, valiente y alto de cuerpo, condujo en nueve buques a los fieros rodios que vivían, divididos en tres pueblos, en Lindo, Yaliso

Biblioteca Nacional de España

y Camiro la blanca. De éstos era caudillo Tlepólemo, famoso por su lanza, a quien Astioquía concibió del fornido Heracles cuando el héroe se la llevó de Éfira, de la ribera del río Seleente, después de haber asolado muchas ciudades defendidas por nobles mancebos. Cuando Tlepólemo, criado en el magnífico palacio, hubo llegado a la juventud, mató al anciano tío materno de su padre, a Licimnio, vástago de Ares; y como los demás hijos y nietos del fuerte Heracles le amenazaran, construyó naves, reunió mucha gente y huyó por el ponto. Errante y sufriendo penalidades pudo llegar a Rodas, y allí se estableció con los suyos, que formaron tres tribus. Se hicieron querer de Zeus, que reina sobre los dioses y los hombres, y el Cronión les dió abundante riqueza.

671 Nireo condujo desde Sime tres naves bien proporcionadas; Nireo, hijo de Aglaya y del rey Cáropo; Nireo, el más hermoso de los dánaos que fueron a Ilión, si exceptuamos al eximio Pelida; pero era tímido, y poca la gente que mandaba.

676 Los que habitaban en Nísiro, Crápato, Caso, Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas Calidnas, tenían por jefes a Fidipo y Ántifo, hijos del rey Tésalo Heraclida. Treinta cóncavas naves en orden le seguían.

681 Cuantos ocupaban el Argos pelásgico, los que vivían en Alo, Álope y Traquina y los que poseían la Ptía y la Hélade de lindas mujeres, y se llamaban mirmídones, helenos y aqueos, tenían por capitán a Aquileo y habían llegado en cincuenta naves. Mas éstos no se cuidaban entonces del combate horrísono, por no tener quien los llevara a la pelea: el divino Aquileo, el de los pies ligeros, no salía de las naves, enojado a causa de la joven Briseida, de hermosa cabellera, a la cual había hecho cautiva en Lirneso, cuando después de grandes fatigas destruyó esta ciudad y las murallas de Tebas, dando muerte a los belicosos Mines y Epístrofo, hijos del rey Eveno Selepíada. Afligido por ello, se entregaba al ocio; pero pronto había de levantarse.

695 Los que habitaban en Fílace, Píraso florida, que es lugar consagrado a Deméter; Itón, criadora de ovejas; Antrón marítima y Pteleo herbosa, fueron acaudillados por el aguerrido Protesilao mientras vivió, pues ya entonces teníalo en su seno la negra tierra: matóle un dárdano cuando saltó de la nave mucho antes que los demás aqueos, y en Fílace quedaron su desolada esposa y la casa a medio acabar. Con todo, no carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de menos al que antes tuvieron, pues los ordenaba para el combate Podarces, vástago de Ares, hijo de Ificlo Filácida, rico en ganado, y hermano menor del animoso Protesilao. Este era mayor y más valiente. Sus hombres, pues, no estaban sin caudillo; pero sentían soledad de aquél, que tan esforzado había sido. Cuarenta negras naves le seguían.

711 Los que moraban en Feras situada a orillas del lago Bebeís, Beba, Glafiras y Yaolco bien edificada, habían llegado en once naves al mando de Eumelo, hijo querido de Admeto y de Alcestis, divina entre las mujeres, que era la más hermosa de las hijas de Pelias.

716 Los que cultivaban los campos de Metone y Taumacia y los que poseían las ciudades de Melibea y Olizón fragosa, tuvieron por capitán a Filoctetes, hábil arquero, y llegaron en siete naves: en cada una de éstas se embarcaron

Biblioteca Nacional de España

cincuenta remeros muy expertos en combatir valerosamente con el arco. Mas Filoctetes se hallaba padeciendo fuertes dolores en la divina isla de Lemnos, donde lo dejaron los aqueos después que lo mordió ponzoñoso reptil. Allí permanecía afligido; pero pronto en las naves habían de acordarse los argivos del rey Filoctetes. No carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de menos a su caudillo, pues los ordenaba para el combate Medonte, hijo bastardo de Oileo, asolador de ciudades, de quien lo tuvo Rena.

729 De los de Trica, Itome de quebrado suelo, y Ecalia, ciudad de Eurito el ecaleo, eran capitanes dos hijos de Asclepio y excelentes médicos: Podalirio y Macaón. Treinta cóncavas naves en orden les seguían.

734 Los que poseían la ciudad de Ormenio, la fuente Hiperea, Asterio y las blancas cimas del Titano, eran mandados por Eurípilo, hijo preclaro de Evemón. Cuarenta negras naves le seguían.

738 A los de Argisa, Girtone, Orte, Elone y la blanca ciudad de Oloosón, los regía el intrépido Polipetes, hijo de Pirítoo y nieto de Zeus inmortal (habíalo dado a luz la ínclita Hipodamia el mismo día en que Pirítoo, castigando a los hirsutos centauros, los echó del Pelión y los obligó a retirarse hacia los etices). Pero no estaba solo, sino que con él compartía el mando Leonteo, vástago de Ares, hijo del animoso Corono Cenida. Cuarenta negras naves les seguían.

748 Guneo condujo desde Cifo en veintidós naves a los enienes e intrépidos perebos; aquéllos tenían su morada en Dodona, de fríos inviernos, y éstos cultivaban los campos a orillas del hermoso Titaresio, que vierte sus cristalinas aguas en el Peneo de argénteos vórtices; pero no se mezcla con él, sino que sobrenada como aceite, porque es un arroyo del agua de la Estix que se invoca en los terribles juramentos.

756 A los magnetes gobernábalos Prótoo, hijo de Tentredón. Los que habitaban a orillas del Peneo y en el frondoso Pelión tenían, pues, por jefe al ligero Prótoo. Cuarenta negras naves le seguían.

760 Tales eran los caudillos y príncipes de los dánaos. Dime, Musa, cuál fué el mejor de los varones y cuáles los más excelentes caballos de cuantos con los Atridas llegaron.

763 Entre los corceles sobresalían las yeguas del Feretíada, que guiaba Eumelo: eran ligeras como aves, apeladas, y de la misma edad y altura; criólas Apolo, el del arco de plata, en Perea, y llevaban consigo el terror de Ares. De los guerreros el más valiente fué Ayante Telamonio mientras duró la cólera de Aquileo, pues éste le superaba mucho; y también eran los mejores caballos los que llevaban al eximio Peleión. Mas Aquileo permanecía entonces en las corvas naves surcadoras del ponto, por estar irritado contra Agamenón Atrida, pastor de hombres; su gente se solazaba en la playa tirando discos, venablos o flechas; los corceles comían loto y apio palustre cerca de los carros de los capitanes que permanecían enfundados en las tiendas, y los guerreros, echando de menos a su jefe, caro a Ares, discurrían por el campamento y no peleaban.

780 Ya los demás avanzaban a modo de incendio que se propagase por toda

Biblioteca Nacional de España

la comarca; y como la tierra gime cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, airado, la azota en Arimos, donde dicen que está el lecho de Tifoeo; de igual manera gemía grandemente debajo de los que iban andando y atravesaban con ligero paso la llanura.

786 Dió a los teucros la triste noticia Iris, la de los pies ligeros como el viento, a quien Zeus, que lleva la égida, había enviado como mensajera. Todos ellos, jóvenes y viejos, hallábanse reunidos en los pórticos del palacio de Príamo y deliberaban. Iris, la de los pies ligeros, se les presentó tomando la figura y voz de Polites, hijo de Príamo; el cual, confiando en la agilidad de sus pies, se sentaba como atalaya de los teucros en la cima del túmulo del anciano Esietaes y observaba cuando los aqueos partían de las naves para combatir. Así transfigurada, dijo Iris, la de los pies ligeros:

796 *Iris.*—¡Oh anciano! Te placen los discursos interminables como cuando teníamos paz, y una obstinada guerra se ha promovido. Muchas batallas he presenciado, pero nunca vi un ejército tal y tan grande como el que viene por la llanura a pelear contra la ciudad, formado por tantos hombres cuantas son las hojas o las arenas. ¡Héctor! Te recomiendo encarecidamente que procedas de este modo: Como en la gran ciudad de Príamo hay muchos auxiliares y no hablan una misma lengua hombres de países tan diversos, cada cual mande a aquellos de quienes es príncipe y acaudille a sus conciudadanos, después de ponerlos en orden de batalla.

807 Así dijo; y Héctor, conociendo la voz de la diosa, disolvió el ágora. Apresuráronse a tomar las armas, abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que en carros combatían, y se produjo un gran tumulto.

811 Hay en la llanura, frente a la ciudad, una excelsa colina aislada de las demás y accesible por todas partes, a la cual los hombres llaman Batiea y los inmortales tumba de la ágil Mirina: allí fué donde los troyanos y sus auxiliares se pusieron en orden de batalla.

816 A los troyanos mandábalos el gran Héctor Priámida, el de tremolante casco. Con él se armaban las tropas más copiosas y valientes, que ardían en deseos de blandir las lanzas.

819 De los dardanios era caudillo Eneas, valiente hijo de Anquises, de quien lo tuvo la divina Afrodita después que la diosa se unió con el mortal en un bosque del Ida. Con Eneas compartían el mando dos hijos de Antenor: Arquéloco y Acamante, diestros en toda suerte de pelea.

824 Los ricos teucros que habitaban en Zelea, al pie del Ida, y bebían el agua del caudaloso Esepo, eran gobernados por Pándaro, hijo ilustre de Licaón, a quien Apolo en persona dió el arco.

828 Los que poseían las ciudades de Adrastea, Apeso, Pitiea y el alto monte de Terea, estaban a las órdenes de Adrasto y Anfio, de coraza de lino: ambos eran hijos de Mérope percosio, el cual conocía como nadie el arte adivinatoria y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no le obedecieron, impelidos por las parcas de la negra muerte.

835 Los que moraban en Percote, a orillas del Practio, y los que habitaban en Sestos, Abidos y la divina Arisbe eran mandados por Asio Hirtácida, prín-

Biblioteca Nacional de España

cipe de hombres, a quien fogosos y corpulentos corceles condujeron desde Arisbe, desde la ribera del río Seleenté.

840 Hipótoo acaudillaba las tribus de los valerosos pelasgos que habitaban en la fértil Larisa. Mandábanlos él y Pileo, vástago de Ares, hijos del pelasgo Leto Teutámida.

844 A los tracios, que viven a orillas del alborotado Helesponto, los regían Acamante y el héroe Píroo.

846 Eufemo, hijo de Treceno Céada, alumno de Zeus, era el capitán de los belicosos cícones.

848 Pirecmes condujo los peonios, de corvos arcos, desde la lejana Amidón, desde la ribera del anchuroso Axio; del Axio, cuyas límpidas aguas se esparcen por la tierra.

851 A los paflagones, procedentes del país de los énetos, donde se crían las mulas cerriles, los mandaba Pilémenes, de corazón varonil: aquéllos poseían la ciudad de Citoro, cultivaban los campos de Sésamo y habitaban magníficas casas a orillas del río Partenio, en Cromna, Egíalo y los altos montes Eritinos.

856 Los halizones eran gobernados por Odio y Epístrofo y procedían de lejos: de Álibe, donde hay yacimientos de plata.

858 A los misios los regían Cromis y el augur Énomo, que no pudo librarse, a pesar de los agüeros, de la negra muerte; pues sucumbió a manos del Eácida, el de los pies ligeros, en el río donde éste mató también a otros teucros.

862 Forcis y el deiforme Ascanio acaudillaban a los frigios, que habían llegado de la remota Ascania y anhelaban entrar en batalla.

864 A los meonios los gobernaban Mestles y Ántifo, hijos de Talémenes, a quienes dió a luz la laguna Gigea. Tales eran los jefes de los meonios, nacidos al pie del Tmolo.

867 Nastes estaba al frente de los carios de bárbaro lenguaje. Los que ocupaban la ciudad de Mileto, el frondoso monte de los ptiros, las orillas del Meandro y las altas cumbres de Micale tenían por caudillos a Nastes y Anfímaco, preclaros hijos de Nomión; Nastes y Anfímaco, que iba al combate cubierto de oro como una doncella. ¡Insensato! No por ello se libró de la triste muerte, pues sucumbió en el río a manos del celerípede Eácida, del aguerrido Aquileo, el de los pies ligeros; y éste se apoderó del oro.

876 Sarpedón y el eximio Glauco mandaban a los licios, que procedían de la remota Licia, de la ribera del voraginoso Janto.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA III

JURAMENTOS.—ATALAYANDO DESDE LA MURALLA.—COMBATE SINGULAR DE ALEJANDRO Y MENELAO

PUESTOS en orden de batalla con sus respectivos jefes, los teucros avanzaban chillando y gritando como aves—así profieren sus voces las grullas en el cielo, cuando, para huir del frío y de las lluvias torrenciales, vuelan gruyendo sobre la corriente del Océano y llevan la ruina y la muerte a los pigmeos, moviéndoles desde el aire cruda guerra—y los aqueos marchaban silenciosos, respirando valor y dispuestos a ayudarse mutuamente.

Así como el Noto derrama en las cumbres de un monte la niebla tan poco grata al pastor y más favorable que la noche para el ladrón, y sólo se ve el espacio a que alcanza una pedrada; así también, una densa polvareda se levantaba bajo los pies de los que se ponían en marcha y atravesaban con gran presteza la llanura.

Cuando ambos ejércitos se hubieron acercado el uno al otro, apareció en la primera fila de los teucros Alejandro, semejante a un dios, con una piel de leopardo en los hombros, el corvo arco y la espada; y blandiendo dos lanzas de broncínea punta, desafiaba a los más valientes argivos a que con él sostuvieran terrible combate.

Menelao, caro a Ares, vióle venir con arrogante paso al frente de la tropa, y como el león hambriento que ha encontrado un gran cuerpo de cornígero ciervo o de cabra montés, se alegra y lo devora, aunque lo persigan ágiles perros y robustos mozos; así Menelao se holgó de ver con sus propios ojos al deiforme Alejandro—figuróse que podría castigar al culpable—y al momento saltó del carro al suelo sin dejar las armas.

Pero el deiforme Alejandro, apenas distinguió a Menelao entre los combatientes delanteros, sintió que se le cubría el corazón, y para librarse de la muerte, retrocedió al grupo de sus amigos. Como el que descubre un dragón en la espesura de un monte, se echa con prontitud hacia atrás, tiémblanle las carnes y se aleja con la palidez pintada en sus mejillas; así el deiforme Alejandro, temiendo al hijo de Atreo, desapareció en la turba de los altivos teucros.

Advirtiólo Héctor y le reprendió con injuriosas palabras:

Héctor.—¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te contaras en el número de los nacidos o hubieses muerto céli-

Biblioteca Nacional de España

be. Yo así lo quisiera y te valdría más que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melenudos aqueos se ríen de haberte considerado como un bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en tu pecho ni fuerza ni valor. Y siendo cual eres, ¿reuniste a tus amigos, surcaste los mares en ligeros buques, visitaste a extranjeros, y trajiste de remota tierra una mujer linda, esposa y cuñada de hombres belicosos, que es una gran plaga para tu padre, la ciudad y el pueblo todo, y causa de gozo para los enemigos y de confusión para ti mismo? ¿No esperas a Menelao, caro a Ares? Conocerías de qué varón tienes la floreciente esposa, y no te valdrían la cítara, los dones de Afrodita, la cabellera y la hermosura, cuando rodaras por el polvo. Los troyanos son muy tímidos; pues si no, ya estarías revestido de una túnica de piedras por los males que les has causado.

58 Respondióle el deiforme Alejandro:

59 *Alejandro.*—¡Héctor! Con motivo me increpas y no más de lo justo; pero tu corazón es inflexible como el hacha que hiende un leño y multiplica la fuerza de quien la maneja hábilmente para cortar maderos de navío: tan intrépido es el ánimo que en tu pecho se encierra. No me eches en cara los amables dones de la dorada Afrodita, que no son despreciables los eximios presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Y si ahora quieres que luche y combata, detén a los demás teucros y a los aqueos todos, y dejadnos en medio a Menelao, caro a Ares, y a mí para que peleemos por Helena y sus riquezas: el que venza, por ser más valiente, lleve a su casa mujer y riquezas; y después de jurar paz y amistad, seguid vosotros en la fértil Troya y vuelvan aquéllos a la Argólide, criadora de caballos, y a la Acaya, de lindas mujeres.

76 Así dijo. Oyóle Héctor con intenso placer, y corriendo al centro de ambos ejércitos con la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaron quietas. Los melenudos aqueos le arrojaban flechas, dardos y piedras. Pero Agamenón, rey de hombres, gritóles con voz recia:

82 *Agamenón.*—Deteneos, argivos; no tiréis, jóvenes aqueos; pues Héctor, el de tremolante casco, quiere decirnos algo.

84 Así se expresó. Abstuviéronse de combatir y pronto quedaron silenciosos. Y Héctor, colocándose entre unos y otros, dijo:

86 *Héctor.*—Oíd de mis labios, teucros y aqueos de hermosas grebas, el ofrecimiento de Alejandro por quien se suscitó la contienda. Propone que teucros y aqueos dejemos las bellas armas en el fértil suelo, y él y Menelao, caro a Ares, peleen en medio por Helena y sus riquezas todas: el que venza, por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas, y los demás juraremos paz y amistad.

95 Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y Menelao, valiente en la pelea, les habló de este modo:

97 *Menelao.*—Ahora, oídme también a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor, y creo que ya, argivos y teucros, debéis separaros, pues padecisteis muchos males por mi contienda que Alejandro originó. Aquel de nosotros

Biblioteca Nacional de España

para quien se hallen aparejados el destino y la muerte, perezca; y los demás separaos cuanto antes. Traed un cordero blanco y una cordera negra para la Tierra y el Sol; nosotros traeremos otro para Zeus. Conducid acá a Príamo para que en persona sancione los juramentos, pues sus hijos son soberbios y fementidos: no sea que por alguna transgresión se quebranten los juramentos prestados invocando a Zeus. El alma de los jóvenes es siempre voluble, y el viejo, cuando interviene en algo, tiene en cuenta lo pasado y lo futuro a fin de que se haga lo más conveniente para ambas partes.

111 Así dijo. Gozáronse aqueos y teucros con la esperanza de que iba a terminar la calamitosa guerra. Detuvieron los corceles en las filas, bajaron de los carros y, dejando la armadura en el suelo, se pusieron muy cerca los unos de los otros. Un corto espacio mediaba entre ambos ejércitos.

116 Héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que en seguida le trajeran las víctimas y llamaran a Príamo. El rey Agamenón, por su parte, mandó a Taltibio que se llegara a las cóncavas naves por un cordero. El heraldo no desobedeció al divino Agamenón.

121 Entonces la mensajera Iris fué en busca de Helena, la de níveos brazos, tomando la figura de su cuñada Laódice, mujer del rey Helicaón Antenórida, que era la más hermosa de las hijas de Príamo. Hallóla en el palacio tejiendo una gran tela doble, purpúrea, en la cual entretejía muchos trabajos que los teucros, domadores de caballos, y los aqueos, de broncíneas corazas, habían padecido por ella por mano de Ares. Paróse Iris, la de los pies ligeros, junto a Helena, y así le dijo:

130 *Iris.*—Ven acá, ninfa querida, para que presencies los admirables hechos de los teucros, domadores de caballos, y de los aqueos, de broncíneas corazas. Los que antes, ávidos del funesto combate, llevaban por la llanura al luctuoso Ares unos contra otros, se sentaron—pues la batalla se ha suspendido—y permanecen silenciosos, reclinados en los escudos, con las luengas picas clavadas en el suelo. Alejandro y Menelao, caro a Ares, lucharán por ti con ingentes lanzas, y el que venza te llamará su amada esposa.

139 Cuando así hubo hablado, le infundió en el corazón dulce deseo de su anterior marido, de su ciudad y de sus padres. Y Helena salió al momento de la habitación, cubierta con blanco velo, derramando tiernas lágrimas; sin que fuera sola, pues la acompañaban dos doncellas, Etra, hija de Piteo, y Climene, la de ojos de novilla. Pronto llegaron a las puertas Esceas.

146 Allí, sobre las puertas Esceas, estaban Príamo, Pántoo, Timetes, Lampo, Clitio, Hicetaón, vástago de Ares, y los prudentes Ucalegonte y Antenor, ancianos del pueblo; los cuales a causa de su vejez no combatían, pero eran buenos arengadores, semejantes a las cigarras que, posadas en los árboles de la selva, dejan oír su aguda voz. Tales próceres troyanos había en la torre. Cuando vieron a Helena, que hacia ellos se encaminaba, dijéronse unos a otros, hablando quedo, estas aladas palabras:

156 *Los Ancianos.*—No es reprensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las diosas inmortales. Pero, aun siendo así, váyase en las naves,

Biblioteca Nacional de España

antes de que llegue a convertirse en una plaga para nosotros y para nuestros hijos.

161 Así hablaban. Príamo llamó a Helena y le dijo:

162 *Príamo.*—Ven acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus parientes y amigos—pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron contra nosotros la luctuosa guerra de los aqueos—y me digas cómo se llama ese ingente varón, quién es ese aqueo gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero jamás vieron mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey.

171 Contestó Helena, divina entre las mujeres:

172 *Helena.*—Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido grata cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija querida y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. Voy a responder a tu pregunta: Ése es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y esforzado combatiente, que fué cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido sueño.

181 Así dijo. El anciano contemplóle con admiración y exclamó:

182 *Príamo.*—¡Atrida feliz, nacido con suerte, afortunado! Muchos son los aqueos que te obedecen. En otro tiempo fuí a la Frigia, en viñas abundosa, y vi a muchos de sus naturales—los pueblos de Otreo y de Migdón, igual a un dios—que con los ágiles corceles acampaban a orillas del Sangario. Entre ellos me hallaba a fuer de aliado, el día en que llegaron las varoniles amazonas. Pero no eran tantos como los aqueos de ojos vivos.

191 Fijando la vista en Odiseo, el anciano volvió a preguntar:

192 *Príamo.*—Ea, dime también, hija querida, quién es aquél, menor en estatura que Agamenón Atrida, pero más ancho de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y recorre las filas como un carnero. Parece un velloso carnero que atraviesa un gran rebaño de cándidas ovejas.

199 Al momento le respondió Helena, hija de Zeus:

200 *Helena.*—Aquél es el hijo de Laertes, el ingenioso Odiseo que se crió en la áspera Ítaca; tan hábil en urdir engaños de toda especie, como en dar prudentes consejos.

203 El sensato Antenor replicó al momento:

204 *Antenor.*—Mujer, mucha verdad es lo que dices. Odiseo vino por ti, como embajador, con Menelao, caro a Ares; yo los hospedé y agasajé en mi palacio y pude conocer la condición y los prudentes consejos de ambos. Entre los troyanos reunidos, de pie, sobresalía Menelao por sus anchas espaldas; sentados, era Odiseo más majestuoso. Cuando hilvanaban razones y consejos para todos nosotros, Menelao hablaba de prisa, poco, pero muy claramente: pues no era verboso, ni, con ser el más joven, se apartaba del asunto; el ingenioso Odiseo, después de levantarse, permanecía en pie con la vista baja y los ojos clavados en el suelo, no meneaba el cetro que tenía inmóvil en la mano, y parecía un ignorante: lo hubieras tomado por un iracundo o por un estúpido. Mas tan pronto como salían de su pecho las palabras pronunciadas con voz sonora, como caen en invierno los copos de nieve, ningún mortal hu-

Biblioteca Nacional de España

biese disputado con Odiseo. Y entonces ya no admirábamos tanto la figura de héroe.

225 Reparando la tercera vez en Ayante, dijo el anciano:

226 *Príamo.*—¿Quién es esotro aqueo gallardo y alto, que descuella entre los argivos por su cabeza y anchas espaldas?

228 Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres:

229 *Helena.*—Ése es el ingente Ayante, antemural de los aqueos. Al otro lado está Idomeneo, como un dios, entre los cretenses; rodéanle los capitanes de sus tropas. Muchas veces Menelao, caro a Ares, le hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a los demás aqueos de ojos vivos, y me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a dos caudillos de hombres, Cástor, domador de caballos, y Polideuces, excelente púgil, hermanos carnales que me dió mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena Lacedemonia? ¿O llegaron en las naves, surcadoras del ponto, y no quieren entrar en combate para no hacerse partícipes de mi deshonra y de mis muchos oprobios?

243 Así habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya consigo, en Lacedemonia, en su misma patria.

245 Los heraldos atravesaban la ciudad con las víctimas para los divinos juramentos, los dos corderos, y el regocijador vino, fruto de la tierra, encerrado en un odre de piel de cabra. El heraldo Ideo llevaba además una reluciente crátera y copas de oro; y acercándose al anciano, invitóle diciendo:

250 *Ideo.*—¡Levántate, Laomedontíada! Los próceres de los teucros, domadores de caballos, y de los aqueos, de broncíneas corazas, te piden que bajes a la llanura y sanciones los fieles juramentos; pues Alejandro y Menelao, caro a Ares, combatirán con luengas lanzas por la esposa: mujer y riquezas serán del que venza, y después de pactar amistad con fieles juramentos, nosotros seguiremos habitando la fértil Troya, y aquéllos volverán a Argos, criador de caballos, y a Acaya, la de lindas mujeres.

259 Así dijo. Estremecióse el anciano y mandó a los amigos que engancharan los caballos. Obedeciéronle solícitos. Subió Príamo y cogió las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Antenor. É inmediatamente guiaron los ligeros corceles hacia la llanura por las puertas Esceas.

264 Cuando hubieron llegado al campo, descendieron del carro al almo suelo y se encaminaron al espacio que mediaba entre los teucros y los aqueos. Levantóse al punto el rey de hombres Agamenón, levantóse también el ingenioso Odiseo; y los heraldos conspicuos juntaron las víctimas que debían inmolarse para los sagrados juramentos, mezclaron vinos en la cratera y dieron aguamanos a los reyes. El Atrida, con la daga que llevaba junto a la gran vaina de la espada, cortó pelo de la cabeza de los corderos, y los heraldos lo repartieron a los próceres teucros y aqueos. Y, colocándose el Atrida en medio de todos, oró en alta voz con las manos levantadas:

276 *Agamenón.*—¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! ¡Sol, que todo lo ves y todo lo oyes! ¡Ríos! ¡Tierra! ¡Y vosotros que en lo profundo castigáis a los muertos que fueron perjuros! Sed todos testigos y

Biblioteca Nacional de España

guardad los fieles juramentos: Si Alejandro mata a Menelao, sea suya Helena con todas las riquezas y nosotros volvámonos en las naves, surcadoras del ponto; mas si el rubio Menelao mata a Alejandro, devuélvannos los troyanos a Helena y las riquezas todas, y paguen a los argivos la indemnización que sea justa para que llegue a conocimiento de los hombres venideros. Y si, vencido Alejandro, Príamo y sus hijos se negaren a pagar la indemnización, me quedaré a combatir por ella hasta que termine la guerra.

292 Dijo, cortóles el cuello a los corderos y los puso palpitantes, pero sin vida, en el suelo; el cruel bronce les había quitado el vigor. Llenaron las copas sacando vino de la cratera, y derramándolo oraban a los sempiternos dioses. Y algunos de los aqueos y de los teucros exclamaron:

298 *Algunos Aqueos y Teucros.*—¡Zeus gloriosísimo, máximo! ¡Dioses inmortales! Los primeros que obren contra lo jurado, vean derramárseles a tierra, como este vino, sus sesos y los de sus hijos, y sus esposas caigan en poder de extraños.

302 De esta manera hablaban, pero el Cronión no ratificó el voto. Y Príamo Dardánida les dijo:

304 *Príamo.*—¡Oídme, teucros y aqueos, de hermosas grebas! Yo regresaré a la ventosa Ilión, pues no podría ver con estos ojos a mi hijo combatiendo con Menelao, caro a Ares. Zeus y los demás dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino preparada la muerte.

310 Dijo, y el varón igual a un dios colocó los corderos en el carro, subió él mismo y tomó las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Antenor. Y al instante volvieron a Ilión.

314 Héctor, hijo de Príamo, y el divino Odiseo midieron el campo, y echando dos suertes en un casco de bronce, lo meneaban para decidir quién sería el primero en arrojar la broncínea lanza. Los hombres oraban y levantaban las manos a los dioses. Y algunos de los aqueos y de los teucros exclamaron:

320 *Algunos Aqueos y Teucros.*—¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concede que quien tantos males nos causó a unos y a otros, muera y descienda a la morada de Hades, y nosotros disfrutemos de la jurada amistad.

324 Así decían. El gran Héctor, el de tremolante casco, agitaba las suertes volviendo el rostro atrás: pronto saltó la de Paris. Sentáronse los guerreros, sin romper las filas, donde cada uno tenía los briosos corceles y las labradas armas. El divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, vistió una magnífica armadura: púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió el pecho con la coraza de su hermano Licaón, que se le acomodaba bien; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con clavos de plata; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la robusta cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la cimera, y asió una fornida lanza que su mano pudiera manejar. De igual manera vistió las armas el aguerrido Menelao.

340 Cuando hubieron acabado de armarse separadamente de la muchedumbre, aparecieron en el lugar que mediaba entre ambos ejércitos, mirándose

Biblioteca Nacional de España

de un modo terrible; y así los teucros, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, se quedaron atónitos al contemplarlos. Encontráronse aquéllos en el medido campo, y se detuvieron blandiendo las lanzas y mostrando el odio que recíprocamente se tenían. Alejandro arrojó el primero la luenga lanza y dió un bote en el escudo liso del Atrida, sin que el bronce lo rompiera: la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. Y Menelao Atrida, disponiéndose a acometer con la suya, oró al padre Zeus:

351 *Menelao.*—¡Soberano Zeus! Permíteme castigar al divino Alejandro que me ofendió primero, y hazle sucumbir a mis manos, para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los hospedare y les ofreciere su amistad.

355 Dijo, y blandiendo la luenga lanza, acertó a dar en el escudo liso del Priámida. La ingente lanza atravesó el terso escudo, se clavó en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar. Inclinóse el troyano y evitó la negra muerte. El Atrida desenvainó entonces la espada guarnecida de argénteos clavos; pero al herir al enemigo en la cimera del casco, se le cayó de la mano, rota en tres o cuatro pedazos. Y el Atrida, alzando los ojos al anchuroso cielo, se lamentó diciendo:

365 *Menelao.*—¡Padre Zeus, no hay dios más funesto que tú! Esperaba castigar la perfidia de Alejandro, y la espada se quiebra en mis manos, la lanza es arrojada inútilmente y no consigo vencerle.

369 Dice, y arremetiendo a Paris, cógele por el casco adornado con espesas crines de caballo, que retuerce; y lo arrastra hacia los aqueos de hermosas grebas, medio ahogado por la bordada correa que, atada por debajo de la barba para asegurar el casco, le apretaba el delicado cuello. Y se lo hubiera llevado, consiguiendo inmensa gloria, si al punto no lo hubiese advertido Afrodita, hija de Zeus, que rompió la correa hecha del cuero de un buey degollado: el casco vacío siguió a la robusta mano, el héroe lo volteó y arrojó a los aqueos, de hermosas grebas, y sus fieles compañeros lo recogieron. De nuevo asaltó Menelao a Paris para matarle con la broncínea lanza; pero Afrodita arrebató a su hijo con gran facilidad, por ser diosa, y llevóle, envuelto en densa niebla, al oloroso y perfumado tálamo. Luego fué a llamar a Helena, hallándola en la alta torre con muchas troyanas; tiró suavemente de su perfumado velo, y tomando la figura de una anciana cardadora que allá en Lacedemonia le preparaba a Helena hermosas lanas y era muy querida de ésta, díjole la diosa Afrodita:

390 *Afrodita.*—Ven acá. Te llama Alejandro para que vuelvas a tu casa. Hállase, esplendente por su belleza y sus vestidos, en el torneado lecho de la cámara nupcial. No dirías que viene de combatir, sino que va al baile o que reposa de reciente danza.

395 Así dijo. Helena sintió que en el pecho le palpitaba el corazón; pero al ver el hermosísimo cuello, los lindos pechos y los refulgentes ojos de la diosa, se asombró y le dijo:

399 *Helena.*—¡Cruel! ¿Por qué quieres engañarme? ¿Me llevarás acaso más allá, a cualquier populosa ciudad de la Frigia o de la Meonia amena donde algún hombre dotado de palabra te sea querido? ¿Vienes con engaños porque

Biblioteca Nacional de España

Menelao ha vencido al divino Alejandro, y quieres que yo, la odiosa, vuelva a su casa? Ve, siéntate al lado de Paris, deja el camino de las diosas, no te conduzcan tus pies al Olimpo; y llora, y vela por él, hasta que te haga su esposa o su esclava. No iré allá, ¡vergonzoso fuera!, a compartir su lecho; todas las troyanas me lo vituperarían, y ya son muchos los pesares que conturban mi corazón.

413 La divinal Afrodita le respondió airada:

414 *Afrodita.*—¡No me irrites, desgraciada! No sea que, enojándome, te desampare; te aborrezca de modo tan extraordinario como hasta aquí te amé; ponga funestos odios entre teucros y dánaos, y tú perezcas de mala muerte.

418 Así dijo. Helena, hija de Zeus, tuvo miedo; y echándose el blanco y espléndido velo, salió en silencio tras de la diosa, sin que ninguna de las troyanas lo advirtiera.

421 Tan pronto como llegaron al magnífico palacio de Alejandro, las esclavas volvieron a sus labores, y la divina entre las mujeres se fué derecha a la cámara nupcial de elevado techo. La risueña Afrodita colocó una silla delante de Alejandro; sentóse Helena, hija de Zeus, que lleva la égida, y apartando la vista de su esposo, le increpó con estas palabras:

428 *Helena.*—¡Vienes de la lucha, y hubieras debido perecer a manos del esforzado varón que fué mi anterior marido! Blasonabas de ser superior a Menelao, caro a Ares, en fuerza, en puños y en el manejo de la lanza; pues provócale de nuevo a singular combate. Pero no: te aconsejo que desistas, y no quieras pelear ni contender temerariamente con el rubio Menelao; no sea que en seguida sucumbas, herido por su lanza.

437 Respondióle Paris con estas palabras:

438 *Paris.*—Mujer, no me zahieras con amargos baldones. Hoy ha vencido Menelao con el auxilio de Atenea; otro día le venceré yo, pues también tenemos dioses que nos protegen. Mas, ea, acostémonos y volvamos a ser amigos. Jamás la pasión se apoderó de mi espíritu como ahora; ni cuando, después de robarte, partimos de la amena Lacedemonia en las naves surcadoras del ponto y llegamos a la isla de Cránae, donde me unió contigo amoroso consorcio: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

447 Dijo, y empezó a encaminarse al tálamo; y en seguida le siguió la esposa.

448 Acostáronse ambos en el torneado lecho, mientras el Atrida se revolvía entre la muchedumbre, como una fiera, buscando al deiforme Alejandro. Pero ningún troyano ni aliado ilustre pudo mostrárselo a Menelao, caro a Ares; que no por amistad le hubiesen ocultado, pues a todos se les había hecho tan odioso como la negra muerte. Y Agamenón, rey de hombres, les dijo:

456 *Agamenón.*—¡Oíd, troyanos, dárdanos y aliados! Es evidente que la victoria quedó por Menelao, caro a Ares; entregadnos la argiva Helena con sus riquezas y pagad una indemnización, la que sea justa, para que llegue a conocimiento de los hombres venideros.

461 Así dijo el Atrida, y los demás aqueos aplaudieron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA IV

VIOLACIÓN DE LOS JURAMENTOS.—AGAMENÓN REVISTA LAS TROPAS

SENTADOS en el áureo pavimento junto a Zeus, los dioses celebraban consejo. La venerable Hebe escanciaba néctar, y ellos recibían sucesivamente la copa de oro y contemplaban la ciudad de Troya. Pronto el Cronida intentó zaherir a Hera con mordaces palabras; y hablando fingidamente, dijo:

Zeus.—Dos son las diosas que protegen a Menelao, Hera argiva y Atenea alalcomenia; pero, sentadas a distancia, se contentan con mirarle; mientras que Afrodita, amante de la risa, acompaña constantemente al otro y le libra de las parcas, y ahora le acaba de salvar cuando él mismo creía perecer. Pero como la victoria quedó por Menelao, caro a Ares, deliberemos sobre sus futuras consecuencias: si conviene promover nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o reconciliar a entrambos pueblos. Si a todos pluguiera y agradara, la ciudad del rey Príamo continuaría poblada y Menelao se llevaría la argiva Helena.

Así dijo. Atenea y Hera, que tenían los asientos contiguos y pensaban en causar daño a los teucros, se mordieron los labios. Atenea, aunque airada contra su padre Zeus y poseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera no le cupo la ira en el pecho, y exclamó:

Hera.—¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¿Quieres que sea vano e ineficaz mi trabajo y el sudor que me costó? Mis corceles se fatigaron, cuando reunía el ejército contra Príamo y sus hijos. Haz lo que dices, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

Respondióle muy indignado Zeus, que amontona las nubes:

Zeus.—¡Desdichada! ¿Qué graves ofensas te infieren Príamo y sus hijos para que continuamente anheles destruir la bien edificada ciudad de Ilión? Si trasponiendo las puertas de los altos muros, te comieras crudo a Príamo, a sus hijos y a los demás troyanos, quizás tu cólera se apaciguara. Haz lo que te plazca; no sea que de esta disputa se origine una gran riña entre nosotros. Otra cosa voy a decirte que fijarás en la memoria: cuando yo tenga vehemente deseo de destruir alguna ciudad donde vivan amigos tuyos, no retardes mi cólera y déjame hacer lo que quiera, ya que ésta te la cedo espontáneamente, aunque contra los impulsos de mi alma. De las ciudades que los hom-

Biblioteca Nacional de España

bres terrestres habitan debajo del sol y del cielo estrellado, la sagrada Ilión era la preferida de mi corazón, con Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. Mi altar jamás careció en ella del alimento debido, libaciones y vapor de grasa quemada; que tales son los honores que se nos deben.

50 Contestóle en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

51 *Hera.*—Tres son las ciudades que más quiero: Argos, Esparta y Micenas, la de anchas calles; destrúyelas cuando las aborrezca tu corazón, y no las defenderé, ni me opondré siquiera. Y si me opusiere y no te permitiere destruirlas, nada conseguiría, porque tu poder es muy superior. Pero es preciso que mi trabajo no resulte inútil. También yo soy una deidad, nuestro linaje es el mismo y el artero Cronos engendróme la más venerable, por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos. Transijamos, yo contigo y tú conmigo, y los demás dioses inmortales nos seguirán. Manda presto a Atenea que vaya al campo de la terrible batalla de los teucros y los aqueos, y procure que los teucros empiecen a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

68 Así dijo. No desobedeció el padre de los hombres y de los dioses; y dirigiéndose a Atenea, profirió en seguida estas aladas palabras:

70 *Zeus.*—Ve muy presto al campo de los teucros y de los aqueos, y procura que los teucros empiecen a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

73 Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba; y Atenea bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo. Cual fúlgida estrella que, enviada como señal por el hijo del artero Cronos a los navegantes o a los individuos de un gran ejército, despide gran número de chispas; de igual modo Palas Atenea se lanzó a la tierra y cayó en medio del campo. Asombráronse cuantos la vieron, así los teucros, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, y no faltó quien dijera a su vecino:

82 *Una voz.*—O empezará nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o Zeus, árbitro de la guerra humana, pondrá amistad entre ambos pueblos.

85 De esta manera hablaban algunos de los aqueos y de los teucros. La diosa, transfigurada en varón—parecíase a Laódoco Antenórida, esforzado combatiente,—penetró por el ejército teucro buscando al deiforme Pándaro. Halló por fin al eximio y fuerte hijo de Licaón en medio de las filas de hombres valientes, escudados, que con él habían llegado de las orillas del Esepo; y deteniéndose cerca de él, le dijo estas aladas palabras:

93 *Atenea.*—¿Querrás obedecerme, hijo valeroso de Licaón? ¡Te atrevieras a disparar una veloz flecha contra Menelao! Alcanzarías gloria entre los teucros y te lo agradecerían todos, y particularmente el príncipe Alejandro; éste te haría espléndidos presentes, si viera que a Menelao, belicoso hijo de Atreo, le subían a la triste pira, muerto por una de tus flechas. Ea, tira una saeta al ínclito Menelao, y vota sacrificar a Apolo nacido en Licia, célebre por su arco, una hecatombe perfecta de corderos primogénitos cuando vuelvas a tu patria, la sagrada ciudad de Zelea.

104 Así dijo Atenea. El insensato se dejó persuadir, y asió en seguida el pulido arco hecho con las astas de un lascivo buco montés, a quien él había

Biblioteca Nacional de España

acechado y herido en el pecho cuando saltaba de un peñasco: el animal cayó de espaldas en la roca, y sus cuernos de dieciséis palmos fueron ajustados y pulidos por hábil artífice y adornados con anillos de oro. Pándaro tendió el arco, bajándolo e inclinándolo al suelo, y sus valientes amigos le cubrieron con los escudos, para que los belicosos aqueos no arremetieran contra él antes que Menelao, aguerrido hijo de Atreo, fuese herido. Destapó el carcaj y sacó una flecha nueva, alada, causadora de acerbos dolores; adaptó en seguida a la cuerda del arco la amarga saeta, y votó a Apolo nacido en Licia, el de glorioso arco, sacrificarle una espléndida hecatombe de corderos primogénitos cuando volviera a su patria, la sagrada ciudad de Zelea. Y cogiendo a la vez las plumas y el bovino nervio, tiró hacia su pecho y acercó la punta de hierro al arco. Armado así, rechinó el gran arco circular, crujió la cuerda, y saltó la puntiaguda flecha deseosa de volar sobre la multitud.

127 No se olvidaron de ti, oh Menelao, los felices e inmortales dioses y especialmente la hija de Zeus, que impera en las batallas; la cual, poniéndose delante, desvió la amarga flecha: apartóla del cuerpo como la madre ahuyenta una mosca de su niño que duerme con plácido sueño, y la dirigió al lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la coraza era doble. La amarga saeta atravesó el ajustado cinturón, obra de artífice; se clavó en la magnífica coraza, y rompiendo la chapa que el héroe llevaba para proteger el cuerpo contra las flechas y que le defendió mucho, rasguñó la piel y al momento brotó de la herida la negra sangre.

141 Como una mujer meonia o caria tiñe en púrpura el marfil que ha de adornar el freno de un caballo, muchos jinetes desean llevarlo y aquélla lo guarda en su casa para un rey a fin de que sea ornamento para el caballo y motivo de gloria para el caballero; de la misma manera, oh Menelao, se tiñeron de sangre tus bien formados muslos, las piernas, y más abajo los hermosos tobillos.

148 Estremecióse el rey de hombres Agamenón, al ver la negra sangre que manaba de la herida. Estremecióse asimismo Menelao, caro a Ares; mas como advirtiera que quedaban fuera el nervio y las plumas, recobró el ánimo en su pecho. Y el rey Agamenón, asiendo de la mano a Menelao, dijo entre hondos suspiros mientras los compañeros gemían:

155 *Agamenón.*—¡Hermano querido! Para tu muerte celebré el jurado convenio cuando te puse delante de todos a fin de que lucharas por los aqueos, tú solo, con los troyanos. Así te han herido: pisoteando los juramentos de fidelidad. Pero no serán inútiles el pacto, la sangre de los corderos, las libaciones de vino puro y el apretón de manos en que confiábamos. Si el Olímpico no los castiga ahora, lo hará más tarde, y pagarán cuanto hicieron con una gran pena: con sus propias cabezas, sus mujeres y sus hijos. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, y Príamo, y su pueblo armado con lanzas de fresno; el excelso Zeus Cronida, que vive en el éter, irritado por este engaño, agitará contra ellos su égida espantosa. Todo esto ha de suceder irremisiblemente. Pero será grande mi pesar, oh Menelao, si mueres y llegas al término fatal de tu vida, y

Biblioteca Nacional de España

he de volver con gran oprobio a la árida Argos; porque los aqueos se acordarán en seguida de su tierra patria, dejaremos como trofeo en poder de Príamo y de los troyanos a la argiva Helena, y tus huesos se pudrirán en Troya a causa de una empresa no llevada a cumplimiento. Y alguno de los troyanos soberbios exclamará, saltando sobre la tumba del glorioso Menelao: «Así efectúe Agamenón todas sus venganzas como ésta; pues trajo inútilmente un ejército aqueo y regresó a su patria con las naves vacías, dejando aquí al valiente Menelao.» Y cuando esto diga, ábraseme la anchurosa tierra.

183 Para tranquilizarle, respondió el rubio Menelao:

184 *Menelao.*—Ten ánimo y no espantes a los aqueos. La aguda flecha no se me ha clavado en sitio mortal, pues me protegió por fuera el labrado cinturón y por dentro la faja y la chapa que forjaron obreros broncistas.

188 Contestóle el rey Agamenón, diciendo:

189 *Agamenón.*—¡Ojalá sea así, querido Menelao! Un médico reconocerá la herida y le aplicará drogas que calmen los terribles dolores.

192 Dijo, y en seguida dió esta orden al divino heraldo Taltibio:

193 *Agamenón.*—¡Taltibio! Llama pronto a Macaón, el hijo del insigne médico Asclepio, para que reconozca al aguerrido Menelao, hijo de Atreo, a quien ha flechado un hábil arquero troyano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

198 Así dijo, y el heraldo al oírle no desobedeció. Fuése por entre los aqueos, de broncíneas corazas, buscó con la vista al héroe Macaón y le halló en medio de las fuertes filas de hombres escudados que le habían seguido desde Trica, criadora de caballos. Y deteniéndose cerca de él, le dirigió estas aladas palabras:

204 *Taltibio.*—¡Ven, Asclepíada! Te llama el rey Agamenón para que reconozcas al aguerrido Menelao, caudillo de los aqueos, a quien ha flechado hábil arquero troyano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

208 Así dijo, y Macaón sintió que en el pecho se le conmovía el ánimo. Atravesaron, hendiendo por la gente, el espacioso campamento de los aqueos; y llegando al lugar donde fué herido el rubio Menelao (éste aparecía como un dios entre los principales caudillos que en torno de él se habían congregado), Macaón arrancó la flecha del ajustado cíngulo; pero, al tirar de ella, rompiéronse las plumas, y entonces desató el vistoso cinturón y quitó la faja y la chapa que habían hecho obreros broncistas. Tan pronto como vió la herida causada por la cruel saeta, chupó la sangre y aplicó con pericia drogas calmantes que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad.

220 Mientras se ocupaban en curar a Menelao, valiente en la pelea, llegaron las huestes de los escudados teucros; vistieron aquéllos la armadura, y ya sólo pensaron en el combate.

223 Entonces no hubieras visto que el divino Agamenón se durmiera, temblara o rehuyera el combate; pues iba presuroso a la lid, donde los varones alcanzan gloria. Dejó los caballos y el carro de broncíneos adornos—Eurimedonte, hijo de Ptolomeo Piraída, se quedó a cierta distancia con los fogosos corceles,—encargó al auriga que no se alejara por si el cansancio se apoderaba de sus miembros, mientras ejercía el mando sobre aquella multitud de

Biblioteca Nacional de España

hombres, y empezó a recorrer a pie las hileras de guerreros. A cuantos veía, de entre los dánaos de ágiles corceles, que se apercibían para la pelea, los animaba diciendo:

234 *Agamenón.*—¡Argivos! No desmaye vuestro impetuoso valor. El padre Zeus no protegerá a los pérfidos: como han sido los primeros en faltar a lo jurado, sus tiernas carnes serán pasto de buitres y nosotros nos llevaremos en las naves a sus esposas e hijos cuando tomemos la ciudad.

240 A los que veía remisos en marchar al odioso combate, los increpaba con iracundas voces:

242 *Agamenón.*—¡Argivos que sólo con el arco sabéis pelear, hombres vituperables! ¿No os avergonzáis? ¿Por qué os hallo atónitos como cervatos que, habiendo corrido por espacioso campo, se detienen cuando ningún vigor queda en su pecho? Así estáis vosotros: pasmados y sin combatir. ¿Aguardáis acaso que los teucros lleguen a la orilla del espumoso mar donde tenemos las naves de lindas popas, para ver si el Cronión extiende su mano sobre vosotros?

250 De tal suerte revistaba, como generalísimo, las filas de guerreros. Andando por entre la muchedumbre, llegó al sitio donde los cretenses vestían las armas con el aguerrido Idomeneo. Este, semejante a un jabalí por su bravura, se hallaba en las primeras filas, y Meriones enardecía a los soldados de las últimas falanges. Al verlos, el rey de hombres Agamenón se alegró y al punto dijo a Idomeneo con suaves voces:

257 *Agamenón.*—¡Idomeneo! Te honro de un modo especial entre los dánaos, de ágiles corceles, así en la guerra u otra empresa, como en el banquete, cuando los próceres argivos beben el negro vino de honor mezclado en las crateras. A los demás aqueos de larga cabellera se les da su ración; pero tú tienes siempre la copa llena, como yo, y bebes cuanto te place. Corre ahora a la batalla y muestra el denuedo de que te jactas.

265 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

266 *Idomeneo.*—¡Atrida! Siempre he de ser tu amigo fiel, como te aseguré y prometí que lo sería. Pero exhorta a los demás melenudos aqueos, para que cuanto antes peleemos con los teucros, ya que éstos han roto los pactos. La muerte y toda clase de calamidades les aguardan, por haber sido los primeros en faltar a lo jurado.

272 Así dijo, y el Atrida con el corazón alegre pasó adelante. Andando por entre la muchedumbre llegó al sitio donde estaban los Ayantes. Estos se armaban, y una nube de infantes les seguía. Como el nubarrón, impelido por el céfiro, camina sobre el mar y se le ve a lo lejos negro como la pez y preñado de tempestad, y el cabrero se estremece al divisarlo desde una altura, y antecogiendo el ganado, lo conduce a una cueva; de igual modo iban al dañoso combate, con los Ayantes, las densas y obscuras falanges de jóvenes ilustres, erizadas de lanzas y escudos. Al verlos, el rey Agamenón se regocijó, y dijo estas aladas palabras:

285 *Agamenón.*—¡Ayantes, príncipes de los argivos de broncíneas corazas! A vosotros—inoportuno fuera exhortaros—nada os encargo, porque ya instigáis

Biblioteca Nacional de España

al ejército a que pelee valerosamente. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, que hubiese el mismo ánimo en todos los pechos, pues pronto la ciudad del rey Príamo sería tomada y destruida por nuestras manos.

292 Cuando así hubo hablado, los dejó y se fué hacia otros. Halló a Néstor, elocuente orador de los pilios, ordenando a los suyos y animándolos a pelear, junto con el gran Pelagonte, Alástor, Cromio, el poderoso Hemón y Biante, pastor de hombres. Ponía delante, con los respectivos carros y corceles, a los que desde aquéllos combatían; detrás, a gran copia de valientes peones que en la batalla formaban como un muro, y en medio, a los cobardes para que mal de su grado tuviesen que combatir. Y dando instrucciones a los primeros, les encargaba que sujetaran los caballos y no promoviesen confusión entre la muchedumbre:

303 *Néstor.*—Nadie, confiando en su pericia ecuestre o en su valor, quiera luchar solo y fuera de las filas con los teucros; que asimismo nadie retroceda; pues con mayor facilidad seríais vencidos. El que caiga del carro y suba al de otro, pelee con la lanza, pues hacerlo así es mucho mejor. Con tal prudencia y ánimo en el pecho, destruyeron los antiguos muchas ciudades y murallas.

310 De tal suerte el anciano, diestro desde antiguo en la guerra, les enardecía. Al verle, el rey Agamenón se alegró, y le dijo estas aladas palabras:

313 *Agamenón.*—¡Oh anciano! ¡Así como conservas el ánimo en tu pecho, tuvieras ágiles las rodillas y sin menoscabo las fuerzas! Pero te abruma la vejez, que a nadie respeta. Ojalá que otro cargase con ella y tú fueras contado en el número de los jóvenes.

317 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

318 *Néstor.*—¡Atrida! También yo quisiera ser como cuando maté al divino Ereutalión. Pero jamás las deidades lo dieron todo y a un mismo tiempo a los hombres: si entonces era joven, ya para mí llegó la senectud. Esto no obstante, acompañaré a los que combaten en carros para exhortarles con consejos y palabras, que tal es la misión de los ancianos. Las lanzas las blandirán los jóvenes, que son más vigorosos y pueden confiar en sus fuerzas.

326 Así dijo, y el Atrida pasó adelante con el corazón alegre. Halló al excelente jinete Menesteo, hijo de Peteo, de pie entre los atenienses ejercitados en la guerra. Estaba cerca de ellos el ingenioso Odiseo, y a poca distancia las huestes de los fuertes cefalenios, los cuales, no habiendo oído el grito de guerra—pues así las falanges de los teucros, domadores de caballos, como las de los aqueos, se ponían entonces en movimiento,—aguardaban que otra columna aquea cerrara con los troyanos y diera principio la batalla. Al verlos, el rey Agamenón los increpó con estas aladas palabras:

338 *Agamenón.*—¡Hijo del rey Peteo, alumno de Zeus; y tú, perito en malas artes, astuto! ¿Por qué, medrosos, os abstenéis de pelear y esperáis que otros tomen la ofensiva? Debierais estar entre los delanteros y correr a la ardiente pelea, ya que os invito antes que a nadie cuando los aqueos damos un banquete a los próceres. Entonces os gusta comer carne asada y beber sin tasa copas de dulce vino, y ahora veríais con placer que diez columnas aqueas combatieran delante de vosotros con el cruel bronce.

Biblioteca Nacional de España

Encarándole la torva vista, exclamó el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—¡Atrida! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Por qué dices que somos remisos en ir al combate? Cuando los aqueos excitemos al feroz Ares contra los troyanos domadores de caballos, verás, si quieres y te importa, cómo el padre amado de Telémaco penetra por las primeras filas de los teucros, domadores de caballos. Vano y sin fundamento es tu lenguaje.

Cuando el rey Agamenón comprendió que el héroe se irritaba, sonrióse, y retractándose dijo:

Agamenón.—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No ha sido mi intento ni reprenderte en demasía, ni darte órdenes. Conozco los benévolos sentimientos del corazón que tienes en el pecho, pues tu modo de pensar coincide con el mío. Pero ve, y si te dije algo ofensivo, luego arreglaremos este asunto. Hagan los dioses que todo se lo lleve el viento.

Esto dicho, los dejó allí, y se fué hacia otros. Halló al animoso Diomedes, hijo de Tideo, de pie entre los corceles y los sólidos carros; y a su lado a Esténelo, hijo de Capaneo. En viendo a aquél, el rey Agamenón le reprendió, profiriendo estas aladas palabras:

Agamenón.—¡Ay, hijo del aguerrido Tideo, domador de caballos! ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué miras azorado el espacio que de los enemigos nos separa? No solía Tideo temblar de este modo, sino que, adelantándose a sus compañeros, peleaba con el enemigo. Así lo refieren quienes le vieron combatir, pues yo no lo presencié ni lo vi, y dicen que a todos superaba. Estuvo en Micenas, no para guerrear, sino como huésped, junto con el divino Polinice, cuando ambos reclutaban tropas para dirigirse contra los sagrados muros de Tebas. Mucho nos rogaron que les diéramos auxiliares ilustres, y los ciudadanos querían concedérselos y prestaban asenso a lo que se les pedía; pero Zeus, con funestas señales, les hizo variar de opinión. Volviéronse aquéllos; después de andar mucho, llegaron al Asopo, cuyas orillas pueblan juncales y prados, y los aqueos nombraron embajador a Tideo para que fuera a Tebas. En el palacio del fuerte Eteocles encontrábanse muchos cadmeos reunidos en banquete; pero ni allí, siendo huésped y solo entre tantos, se turbó el eximio jinete Tideo: los desafiaba y vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal suerte le protegía Atenea! Cuando se fué, irritados los cadmeos, aguijadores de caballos, pusieron en emboscada a cincuenta jóvenes al mando de dos jefes: Meón Hemónida, que parecía un inmortal, y Polifonte, intrépido hijo de Autófono. A todos les dió Tideo ignominiosa muerte menos a uno, a Meón, a quien permitió, acatando divinales indicaciones, que volviera a la ciudad. Tal fué Tideo etolo, y el hijo que engendró le es inferior en el combate y superior en el ágora.

Así dijo. El fuerte Diomedes oyó con respeto la increpación del venerable rey y guardó silencio, pero el hijo del glorioso Capaneo hubo de replicarle:

Esténelo.—¡Atrida! No mientas, pudiendo decir la verdad. Nos gloriamos de ser más valientes que nuestros padres, pues hemos tomado a Tebas, la de las siete puertas, con un ejército menos numeroso que, confiando en divi-

Biblioteca Nacional de España

nales indicaciones y en el auxilio de Zeus, reunimos al pie de su muralla, consagrada a Ares; mientras que aquéllos perecieron por sus locuras. No nos consideres, pues, a nuestros padres y a nosotros dignos de igual estimación.

411 Mirándole con torva faz, le contestó el fuerte Diomedes:

412 *Diomedes.*—Calla, amigo; obedece mi consejo. Yo no me enfado porque Agamenón, pastor de hombres, anime a los aqueos, de hermosas grebas, antes del combate. Suya será la gloria, si los aqueos rindieren a los teucros y tomaren la sagrada Ilión; suyo el gran pesar, si los aqueos fueren vencidos. Ea, pensemos tan sólo en mostrar nuestro impetuoso valor.

419 Dijo, saltó del carro al suelo sin dejar las armas, y tan terrible fué el resonar del bronce sobre su pecho, que hubiera sentido pavor hasta un hombre muy esforzado.

422 Como las olas impelidas por el Céfiro se suceden en la ribera sonora, y primero se levantan en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, suben combándose a lo alto y escupen la espuma; así las falanges de los dánaos marchaban sucesivamente y sin interrupción al combate. Los capitanes daban órdenes a los suyos respectivos, y éstos andaban callados (no hubieras dicho que les siguieran a aquéllos tantos hombres con voz en el pecho) y temerosos de sus caudillos. En todos relucían las labradas armas de que iban revestidos.—Los teucros avanzaban también, y como muchas ovejas balan sin cesar en el establo de un hombre opulento, cuando, al serles extraída la blanca leche, oyen la voz de los corderos; de la misma manera elevábase un confuso vocerío en el vasto ejército de aquéllos. No era igual el sonido ni el modo de hablar de todos y las lenguas se mezclaban, porque los guerreros procedían de diferentes países.—A los unos los excitaba Ares; a los otros, Atenea, la de ojos de lechuza, y a entrambos pueblos, el Terror, la Fuga y la Discordia, insaciable en sus furores y hermana y compañera del homicida Ares, la cual al principio aparece pequeña y luego toca con la cabeza el cielo mientras anda sobre la tierra. Entonces la Discordia, penetrando por la muchedumbre, arrojó en medio de ella el combate funesto para todos y aumentó el afán de los guerreros.

446 Cuando los ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y el valor de los hombres armados de broncíneas corazas, y al aproximarse los abollonados escudos se produjo un gran alboroto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Como dos torrentes nacidos en grandes manantiales se despeñan por los montes, reunen las hirvientes aguas en hondo barranco abierto en el valle y producen un estruendo que oye desde lejos el pastor en la montaña; así eran la gritería y el trabajo de los que vinieron a las manos.

457 Fué Antíloco quien primeramente mató a un guerrero teucro, a Equepolo Talisíada, que peleaba valerosamente en la vanguardia: hirióle en la cimera del penachudo casco, y la broncínea lanza, clavándose en la frente, atravesó el hueso, las tinieblas cubrieron los ojos del guerrero y éste cayó como una torre en el duro combate. Al punto asióle de un pie el rey Elefenor

Biblioteca Nacional de España

Calcodontíada, caudillo de los bravos abantes, y lo arrastraba para ponerlo fuera del alcance de los dardos y quitarle la armadura. Poco duró su intento. El magnánimo Agenor le vió arrastrar el cadáver, e hiriéndole con la broncínea lanza en el costado, que al bajarse quedó descubierto junto al escudo, dejóle sin vigor los miembros. De este modo perdió Elefenor la vida y sobre su cuerpo trabaron enconada pelea teucros y aqueos: como lobos se acometían y unos a otros se mataban.

473 Ayante Telamonio tiróle un bote de lanza a Simoísio, hijo de Antemión, que se hallaba en la flor de la juventud. Su madre habíale dado a luz a orillas del Símois, cuando bajó del Ida con sus padres para ver las ovejas: por esto le llamaron Simoísio. Mas no pudo pagar a sus progenitores la crianza ni fué larga su vida, porque sucumbió vencido por la lanza del magnánimo Ayante: acometía el teucro cuando Ayante le hirió en el pecho junto a la tetilla derecha, y la broncínea punta salió por la espalda. Cayó el guerrero en el polvo como el terso álamo nacido en la orilla de una espaciosa laguna y coronado de ramas que corta el carrero con el hierro reluciente, para hacer las pinas de un hermoso carro, dejando que el tronco se seque en la ribera; de igual modo, Ayante, del linaje de Zeus, despojó a Simoísio Antémida.—Ántifo Priámida, que iba revestido de labrada coraza, lanzó por entre la muchedumbre su agudo dardo contra Ayante y no le tocó; pero hirió en la ingle a Leuco, compañero valiente de Odiseo, mientras arrastraba un cadáver: desprendióse éste y el guerrero cayó junto al mismo.—Odiseo, muy irritado por tal muerte, atravesó las primeras filas cubierto de refulgente bronce, detúvose muy cerca del matador, y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la brillante lanza. Al verle, huyeron los teucros. No fué vano el tiro, pues hirió a Democoonte, hijo bastardo de Príamo, que había venido de Abidos, país de corredoras yeguas: Odiseo, irritado por la muerte de su compañero, le envasó la lanza, cuya broncínea punta le entró por una sien y le salió por la otra; la obscuridad cubrió los ojos del guerrero, cayó éste con estrépito y sus armas resonaron.—Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, retiraron los muertos y avanzaron un buen trecho. Mas Apolo, que desde Pérgamo lo presenciaba, se indignó y con recios gritos exhortó a los teucros:

509 *Apolo.*—¡Acometed, teucros domadores de caballos! No cedáis en la batalla a los argivos, porque sus cuerpos no son de piedra ni de hierro para que puedan resistir, si los herís, el tajante bronce; ni pelea Aquileo, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, que se quedó en las naves y allí rumia la dolorosa cólera.

514 Así dijo el terrible dios desde la ciudadela. A su vez, la hija de Zeus, la gloriosísima Tritogenia, recorría el ejército aqueo y animaba a los remisos.

517 Fué entonces cuando el hado echó los lazos de la muerte a Diores Amarincida. Herido en el tobillo derecho por puntiaguda piedra que le tiró Píroo Imbrásida, caudillo de los tracios, que había llegado de Eno—la insolente piedra rompióle ambos tendones y el hueso,—cayó de espaldas en el polvo, y expirante tendía los brazos a sus camaradas cuando el mismo Píroo, que le

Biblioteca Nacional de España

había herido, acudió presuroso e hirióle nuevamente con la lanza junto al ombligo; derramáronse los intestinos y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

527 Mientras Píroo arremetía, Toante el etolo alanceóle en el pecho, por cima de una tetilla, y el bronce se le clavó en el pulmón. Acercósele Toante, le arrancó del pecho la ingente lanza, y hundiéndole la aguda espada en medio del vientre, le quitó la vida. Mas no pudo despojarle de la armadura, porque se vió rodeado por los compañeros del muerto, los tracios que dejan crecer la cabellera en lo más alto de la cabeza, quienes le asestaban sus largas picas; y aunque era corpulento, vigoroso e ilustre, fué rechazado y hubo de retroceder. Así cayeron y se juntaron en el polvo el caudillo de los tracios y el de los epeos, de broncíneas corazas, y a su alrededor murieron otros muchos.

539 Y quien, sin haber sido herido de cerca o de lejos por el agudo bronce, hubiera recorrido el campo, llevado de la mano y protegido de las saetas por Palas Atenea, no habría baldonado los hechos de armas; pues aquel día gran número de teucros y de aqueos yacían, unos junto a otros, caídos de cara al polvo.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA V

PRINCIPALÍA DE DIOMEDES

ENTONCES Palas Atenea infundió a Diomedes Tidida valor y audacia, para que brillara entre todos los argivos y alcanzase inmensa gloria, e hizo salir de su casco y de su escudo una incesante llama parecida al astro que en otoño luce y centellea después de bañarse en el Océano. Tal resplandor despedían la cabeza y los hombros del héroe, cuando Atenea lo llevó al centro de la batalla, allí donde era mayor el número de guerreros que tumultuosamente se agitaban.

9 Hubo en Troya un varón rico e irreprensible, sacerdote de Hefesto, llamado Dares; y de él eran hijos Fegeo e Ideo, ejercitados en toda especie de combates. Éstos iban en un mismo carro; y separándose de los suyos, cerraron con Diomedes, que desde tierra y en pie los aguardó. Cuando se hallaron frente a frente, Fegeo tiró el primero la luenga lanza, que pasó por cima del hombro izquierdo del Tidida sin herirle; arrojó éste la suya y no fué en vano, pues se la clavó a aquél en el pecho, entre las tetillas, y le derribó por tierra. Ideo saltó al suelo, desamparando el magnífico carro, sin que se atreviera a defender el cadáver de su hermano—no se hubiese librado de la negra muerte, —y Hefesto le sacó salvo, envolviéndole en densa nube, a fin de que el anciano padre no se afligiera en demasía. El hijo del magnánimo Tideo se apoderó de los corceles y los entregó a sus compañeros para que los llevaran a las cóncavas naves. Cuando los altivos teucros vieron que uno de los hijos de Dares huía y el otro quedaba muerto entre los carros, a todos se les conmovió el corazón. Y Atenea, la de ojos de lechuza, tomó por la mano al furibundo Ares y le habló diciendo:

31 *Atenea.*—¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de murallas! ¿No dejaremos que teucros y aqueos peleen solos—sean éstos o aquéllos a quienes el padre Zeus quiera dar gloria—y nos retiraremos, para librarnos de la cólera de Zeus?

35 Dicho esto, sacó de la liza al furibundo Ares y le hizo sentar en la herbosa ribera del Escamandro. Los dánaos pusieron en fuga a los teucros, y cada uno de sus caudillos mató a un hombre. Empezó el rey de hombres Agamenón con derribar del carro al corpulento Odio, caudillo de los halizones: al volverse para huir, envasóle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta salió por el pecho. Cayó el guerrero con estrépito y sus armas resonaron.

Biblioteca Nacional de España

43 Idomeneo quitó la vida a Festo, hijo de Boro el meonio, que había llegado de la fértil Tarne, hiriéndole con la formidable lanza en el hombro derecho, cuando subía al carro: desplomóse Festo, tinieblas horribles le envolvieron y los servidores de Idomeneo le despojaron de la armadura.

49 El Atrida Menelao mató con la aguda pica a Escamandrio, hijo de Estrofio, ejercitado en la caza. A tan excelente cazador la misma Ártemis le había enseñado a tirar a cuantas fieras crían las selvas de los montes. Mas no le valió ni Ártemis, que se complace en tirar flechas, ni el arte de arrojarlas en que tanto descollaba: tuvo que huir, y el Atrida Menelao, famoso por su lanza, le hirió con un dardo en la espalda, entre los hombros, y le atravesó el pecho. Cayó de cara y sus armas resonaron.

59 Meriones dejó sin vida a Fereclo, hijo del artífice Harmónida, que con las manos fabricaba toda clase de obras de ingenio porque era muy caro a Palas Atenea. Este, no conociendo los oráculos de los dioses, construyó las naves bien proporcionadas de Alejandro, las cuales fueron la causa primera de todas las desgracias y un mal para los teucros y para él mismo. Meriones, cuando alcanzó a aquél, le alanceó en la nalga derecha; y la punta, pasando por debajo del hueso y cerca de la vejiga, salió al otro lado. El guerrero cayó de hinojos, gimiendo, y la muerte le envolvió.

69 Meges hizo perecer a Pedeo, hijo bastardo de Antenor, a quien Teano, la divina, había criado con igual solicitud que a los hijos propios, para complacer a su esposo. El hijo de Fileo, famoso por su pica, fué a clavarle en la nuca la puntiaguda lanza, y el hierro cortó la lengua y asomó por los dientes del guerrero. Pedeo cayó en el polvo y mordía el frío bronce.

76 Eurípilo Evemónida dió muerte al divino Hipsenor, hijo del animoso Dolopión, que era sacerdote de Escamandro y el pueblo lo veneraba como a un dios. Perseguíale Eurípilo, hijo preclaro de Evemón; el cual, poniendo mano a la espada, de un tajo en el hombro le cercenó el robusto brazo, que ensangrentado cayó al suelo. La purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del troyano.

84 Así se portaban éstos en el reñido combate. En cuanto al Tidida, no hubieras conocido con quiénes estaba, ni si pertenecía a los teucros o a los aqueos. Andaba furioso por la llanura cual hinchado torrente que en su rápido curso derriba los diques—pues ni los diques más trabados, ni los setos de los floridos campos lo detienen,—y presentándose repentinamente, cuando cae espesa la lluvia de Zeus, destruye muchas hermosas labores de los jóvenes; tal tumulto promovía el Tidida en las densas falanges teucras que, con ser tan numerosas, no se atrevían a resistirle.

95 Tan luego como el preclaro hijo de Licaón vió que Diomedes corría furioso por la llanura y desordenaba las falanges, tendió el corvo arco y le hirió en el hombro derecho, por el hueco de la coraza, mientras aquél acometía. La cruel saeta atravesó el hombro y la coraza se manchó de sangre. Y el preclaro hijo de Licaón, al notarlo, gritó con voz recia:

102 *Pándaro.*—¡Arremeted, teucros de ánimo altivo, aguijadores de caballos! Herido está el más fuerte de los aqueos; y no creo que pueda resistir mucho

Biblioteca Nacional de España

tiempo la fornida saeta, si fué realmente Apolo, hijo de Zeus, quien me movió a venir aquí desde la Licia.

106 Así dijo gloriándose. Pero la veloz flecha no postró a Diomedes; el cual, retrocediendo hasta el carro y los caballos, se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo:

109 *Diomedes.*—Corre, buen hijo de Capaneo, baja del carro y arráncame del hombro la amarga flecha.

111 Así dijo. Esténelo saltó del carro al suelo, se le acercó, y sacóle del hombro la aguda flecha; la sangre chocaba, al salir a borbotones, contra las mallas de la túnica. Y entonces Diomedes, valiente en el combate, hizo esta plegaria:

115 *Diomedes.*—¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Si alguna vez amparaste benévola a mi padre en la cruel guerra, séme ahora propicia, ¡oh Atenea!, y haz que se ponga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano, quien se me anticipó hiriéndome, y ahora se jacta de que pronto dejaré de contemplar la fúlgida luz del sol.

121 Así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos, y poniéndose a su lado pronunció estas aladas palabras:

124 *Atenea.*—Cobra ánimo, Diomedes, y pelea con los teucros; pues ya infundí en tu pecho el paterno intrépido valor que acostumbraba tener el jinete Tideo, agitador del escudo, y aparté la niebla que cubría tus ojos para que en la batalla conozcas bien a los dioses y a los hombres. Si alguno de aquéllos viene a tentarte, no quieras combatir con los inmortales; pero si se presentara en la lid Afrodita, hija de Zeus, hiérela con el agudo bronce.

133 Dicho esto, fuése Atenea, la de ojos de lechuza. El Tidida volvió a mezclarse con los combatientes delanteros; y si antes ardía en deseos de pelear contra los troyanos, entonces sintió que se le triplicaba el brío, como un león a quien el pastor hiere levemente en el campo, al asaltar un redil de lanudas ovejas, y no lo mata, sino que le excita la fuerza: el pastor desiste de rechazarlo y entra en el establo; las ovejas, al verse sin defensa, huyen para caer pronto hacinadas unas sobre otras, y la fiera salta afuera de la elevada cerca. Con tal furia penetró en las filas troyanas el fuerte Diomedes.

144 Entonces hizo morir a Astínoo y a Hipirón, pastor de hombres. Al primero le hirió con la broncínea lanza encima del pecho; contra Hipirón desnudó la gran espada, y de un tajo en la clavícula separóle el hombro del cuello y la espalda. Dejólos y fué al encuentro de Abante y Poliido, hijos de Euridamante, que era de provecta edad e intérprete de sueños: cuando fueron a la guerra, el anciano no les interpretaría los sueños, pues sucumbieron a manos del fuerte Diomedes, que les despojó de las armas. Enderezó luego sus pasos hacia Janto y Toón, hijos de Fénope—éste los había tenido en la triste vejez que le abrumaba y no engendró otro hijo que heredara sus riquezas,—y a entrambos les quitó la dulce vida, causando llanto y triste pesar al anciano, que no pudo recibirlos de vuelta de la guerra; y más tarde los parientes se repartieron la herencia.

Biblioteca Nacional de España

159 En seguida alcanzó a Equemón y a Cromio, hijos de Príamo Dardánida, que iban en el mismo carro. Cual león que, penetrando en la vacada, despedaza la cerviz de una vaca o de una becerra que pace en el soto; así el hijo de Tideo los derribó violentamente del carro, les quitó la armadura y entregó los corceles a sus camaradas para que los llevaran a las naves.

166 Eneas advirtió que Diomedes destruía las hileras de los teucros, y fué en busca del divino Pándaro por la liza y entre el estruendo de las lanzas. Halló por fin al fuerte y eximio hijo de Licaón; y deteniéndose a su lado, le dijo:

171 *Eneas.*—¡Pándaro! ¿Dónde guardas el arco y las voladoras flechas? ¿Qué es de tu fama? Aquí no tienes rival y en la Licia nadie se gloria de aventajarte. Ea, levanta las manos a Zeus y dispara una flecha contra ese hombre que triunfa y causa males sin cuento a los troyanos—de muchos valientes ha quebrado ya las rodillas,—si por ventura no es un dios airado con los teucros a causa de los sacrificios, pues la cólera de una deidad es terrible.

179 Respondióle el preclaro hijo de Licaón:

180 *Pándaro.*—¡Eneas, consejero de los teucros, de broncíneas túnicas! Parécese por entero al aguerrido Tidida: reconozco su escudo, su casco de alta cimera y agujeros a guisa de ojos y sus corceles, pero no puedo asegurar si es un dios. Si ese guerrero es en realidad el belicoso hijo de Tideo, no se mueve con tal furia sin que alguno de los inmortales le acompañe, cubierta la espalda con una nube, y desvíe las veloces flechas que hacia él vuelan. Arrojéle una saeta que le hirió en el hombro derecho, penetrando por el hueco de la coraza; creí enviarle a Aidoneo, y sin embargo de esto no le maté; sin duda es un dios irritado. No tengo aquí corceles ni carros que me lleven, aunque en el palacio de Licaón quedaron once carros hermosos, sólidos, de reciente construcción, cubiertos con fundas y con sus respectivos pares de caballos que comen blanca cebada y avena. Licaón, el guerrero anciano, entre los muchos consejos que me dió cuando partí del magnífico palacio, me recomendó que en el duro combate mandara a los teucros subido en un carro; mas yo no me dejé convencer—mucho mejor hubiera sido seguir su consejo—y rehusé llevarme los corceles por el temor de que, acostumbrados a comer bien, se encontraran sin pastos en una ciudad sitiada. Dejélos, pues, y vine como infante a Ilión, confiando en el arco que para nada me había de servir. Contra dos próceres lo he disparado, el Tidida y el Atrida; a entrambos les causé heridas, de las que manaba verdadera sangre, y sólo conseguí excitarlos más. Con mala suerte descolgué del clavo el corvo arco el día en que vine con mis teucros a la amena Ilión para complacer al divino Héctor. Si logro regresar y ver con estos ojos mi patria, mi mujer y mi casa espaciosa y de elevado techo, córteme la cabeza un enemigo si no rompo y tiro al relumbrante fuego este arco, ya que su compañía me resulta inútil.

217 Replicóle Eneas, caudillo de los teucros:

218 *Eneas.*—No hables así. Las cosas no cambiarán hasta que, montados nosotros en el carro, acometamos a ese hombre y probemos la suerte de las armas. Sube a mi carro, para que veas cuáles son los corceles de Tros y cómo

Biblioteca Nacional de España

saben así perseguir acá y acullá de la llanura como huir ligeros; ellos nos llevarán salvos a la ciudad, si Zeus concede de nuevo la victoria a Diomedes Tidida. Ea, toma el látigo y las lustrosas riendas, y bajaré del carro para combatir; o encárgate tú de pelear, y yo me cuidaré de los caballos.

229 Contestó el preclaro hijo de Licaón:

230 *Pándaro.*—¡Eneas! Recoge tú las riendas y guía los corceles, porque tirarán mejor del corvo carro obedeciendo al auriga a que están acostumbrados, si nos pone en fuga el hijo de Tideo. No sea que, echando de menos tu voz, se espanten y desboquen y no quieran sacarnos de la liza, y el hijo del magnánimo Tideo nos embista y mate y se lleve los solípedos caballos. Guía, pues, el carro y los corceles, y yo con la aguda lanza esperaré su acometida.

239 Así hablaron; y subidos en el labrado carro, guiaron animosamente los briosos corceles en derechura al Tidida. Advirtiólo Esténelo, preclaro hijo de Capaneo, y al punto dijo al Tidida estas aladas palabras:

243 *Esténelo.*—¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! Veo que dos robustos varones, cuya fuerza es grandísima, desean combatir contigo: el uno, Pándaro, es hábil arquero y se jacta de ser hijo de Licaón; el otro, Eneas, se gloria de haber sido engendrado por el magnánimo Anquises y su madre es Afrodita. Ea, subamos al carro, retirémonos, y cesa de revolverte furioso entre los combatientes delanteros para que no pierdas la dulce vida.

251 Mirándole con torva faz, le respondió el fuerte Diomedes:

252 *Diomedes.*—No me hables de huir, pues no creo que me persuadas. Sería impropio de mí batirme en retirada o amedrentarme. Mis fuerzas aún siguen sin menoscabo. Desdeño subir al carro, y tal como estoy iré a encontrarlos, pues Palas Atenea no me deja temblar. Sus ágiles corceles no los llevarán lejos de aquí, si por ventura alguno de aquéllos puede escapar. Otra cosa voy a decir que tendrás muy presente: Si la sabia Atenea me concede la gloria de matar a entrambos, sujeta estos veloces caballos, amarrando las bridas al barandal, y no se te olvide de apoderarte de los corceles de Eneas para sacarlos de los teucros y traerlos a los aqueos de hermosas grebas; pues pertenecen a la raza de aquellos que el largovidente Zeus dió a Tros en pago de su hijo Ganimedes, y son, por tanto, los mejores de cuantos viven debajo del sol y la aurora. Anquises, rey de hombres, logró adquirir, a hurto, caballos de esta raza ayuntando yeguas con aquéllos sin que Laomedonte lo advirtiera; naciéronle seis en el palacio, crió cuatro en su pesebre y dió esos dos a Eneas, que pone en fuga a sus enemigos. Si los cogiéramos, alcanzaríamos gloria no pequeña.

274 Así éstos conversaban. Pronto Eneas y Pándaro, picando a los ágiles corceles, se les acercaron. Y el preclaro hijo de Licaón exclamó el primero:

277 *Pándaro.*—¡Corazón fuerte, hombre belicoso, hijo del ilustre Tideo! Ya que la veloz y dañosa flecha no te derribó, voy a probar si te hiero con la lanza.

280 Dijo; y blandiendo la ingente arma, dió un bote en el escudo del Tidida: la broncínea punta atravesó la rodela y llegó muy cerca de la coraza. El preclaro hijo de Licaón gritó en seguida:

284 *Pándaro.*—Tienes el ijar atravesado de parte a parte, y no creo que resistas largo tiempo. Inmensa es la gloria que acabas de darme.

Biblioteca Nacional de España

286 Sin turbarse, le replicó el fuerte Diomedes:

287 *Diomedes.*—Erraste el golpe, no has acertado; y creo que no dejaréis de combatir, hasta que uno de vosotros caiga y harte de sangre a Ares, el infatigable luchador.

290 Dijo, y le arrojó la lanza que, dirigida por Atenea a la nariz junto al ojo, le atravesó los blancos dientes. El duro bronce cortó la punta de la lengua y apareció por debajo de la barba. Pándaro cayó del carro, sus lucientes y labradas armas resonaron, espantáronse los corceles de ágiles pies, y allí acabaron la vida y el valor del guerrero.

297 Saltó Eneas del carro con el escudo y la larga pica; y temiendo que los aqueos le quitaran el cadáver, defendíalo como un león que confía en su bravura: púsose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, y profiriendo horribles gritos se disponía a matar a quien se le opusiera. Mas el Tidida, cogiendo una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente, hirió a Eneas en la articulación del isquion con el fémur que se llama *cótyla;* la áspera piedra rompió la cótila, desgarró ambos tendones y arrancó la piel. El héroe cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y la noche obscura cubrió sus ojos.

311 Y allí pereciera el rey de hombres Eneas, si al punto no lo hubiese advertido su madre Afrodita, hija de Zeus, que lo había concebido de Anquises, pastor de bueyes. La diosa tendió sus níveos brazos al hijo amado y le cubrió con un doblez del refulgente manto, para defenderle de los tiros; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida.

318 Mientras Afrodita sacaba a Eneas de la liza, el hijo de Capaneo no echó en olvido las órdenes que le diera Diomedes, valiente en el combate: sujetó allí, separadamente de la refriega, sus solípedos caballos, amarrando las bridas al barandal; y apoderándose de los corceles, de lindas crines, de Eneas, hízolos pasar de los teucros a los aqueos de hermosas grebas y entrególos a Deípilo, el compañero a quien más honraba entre los de la misma edad a causa de su prudencia, para que los llevara a las cóncavas naves. Acto continuo el héroe subió al carro, asió las lustrosas riendas y guió solícito hacia el Tidida los caballos de duros cascos. El héroe perseguía con el cruel bronce a Cipris, conociendo que era una deidad débil, no de aquellas que imperan en el combate de los hombres, como Atenea o Enio, asoladora de ciudades. Tan pronto como llegó a alcanzarla por entre la multitud, el hijo del magnánimo Tideo, calando la afilada pica, rasguñó la tierna mano de la diosa: la punta atravesó el peplo divino, obra de las mismas Gracias, y rompió la piel de la palma. Brotó la sangre divina, o por mejor decir, el *icor;* que tal es lo que tienen los bienaventurados dioses, pues no comen pan ni beben el negro vino, y por esto carecen de sangre y son llamados inmortales. La diosa, dando una gran voz, apartó a su hijo, que Febo Apolo recibió en sus brazos y envolvió en espesa nube; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida. Y Diomedes, valiente en el combate, dijo a voz en cuello:

Biblioteca Nacional de España

348 *Diomedes.*—¡Hija de Zeus, retírate del combate y la pelea! ¿No te basta engañar a las débiles mujeres? Creo que si intervienes en la batalla te dará horror la guerra, aunque te encuentres a gran distancia de donde la haya.

352 Así dijo. La diosa retrocedió turbada y muy afligida; Iris, de pies veloces como el viento, asiéndola por la mano, la sacó del tumulto cuando ya el dolor la abrumaba y el hermoso cutis se ennegrecía; y como aquélla encontrara al furibundo Ares sentado a la izquierda de la batalla, con la lanza y los veloces caballos envueltos en una nube, se hincó de rodillas y pidióle con instancia los corceles de áureas bridas:

359 *Afrodita.*—¡Querido hermano! Compadécete de mí y dame los caballos para que pueda volver al Olimpo, a la mansión de los inmortales. Me duele mucho la herida que me infirió un hombre, el Tidida, quien sería capaz de pelear con el padre Zeus.

363 Dijo, y Ares le cedió los corceles de áureas bridas. Afrodita subió al carro, con el corazón afligido; Iris se puso a su lado, y tomando las riendas avispó con el látigo a aquéllos, que gozosos alzaron el vuelo. Pronto llegaron a la morada de los dioses, al alto Olimpo; y la diligente Iris, la de pies ligeros como el viento, detuvo los caballos, los desunció del carro y les echó un pasto divino. La diosa Afrodita se refugió en el regazo de su madre Dione; la cual, recibiéndola en los brazos y halagándola con la mano, le dijo:

373 *Dione.*—¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te maltrató, como si a su presencia hubieses cometido alguna falta?

375 Respondióle al punto Afrodita, amante de la risa:

376 *Afrodita.*—Hirióme el hijo de Tideo, Diomedes soberbio, porque sacaba de la liza a mi hijo Eneas, carísimo para mí más que otro alguno. La enconada lucha ya no es sólo de teucros y aqueos, pues los dánaos ya se atreven a combatir con los inmortales.

381 Contestó Dione, divina entre las diosas:

382 *Dione.*—Sufre el dolor, hija mía, y sopórtalo aunque estés afligida; que muchos de los que habitamos olímpicos palacios hemos tenido que tolerar ofensas de los hombres, a quienes excitamos para causarnos, unos dioses a otros, horribles males.—Las toleró Ares cuando Oto y el fornido Efialtes, hijos de Aloeo, le tuvieron trece meses atado con fuertes cadenas en una cárcel de bronce: allí pereciera el dios insaciable de combate, si su madrastra, la bellísima Eribea, no lo hubiese participado a Hermes, quien sacó furtivamente de la cárcel a Ares casi exánime, pues las crueles ataduras le agobiaban.—Las toleró Hera cuando el vigoroso hijo de Anfitrión hirióla en el pecho diestro con trifurcada flecha; vehementísimo dolor atormentó entonces a la diosa.—Y las toleró también el ingente Hades cuando el mismo hijo de Zeus, que lleva la égida, disparándole en Pilos veloz saeta, lo entregó al dolor entre los muertos: con el corazón afligido, traspasado de dolor—pues la flecha se le había clavado en la robusta espalda y abatía su ánimo,—fué el dios al palacio de Zeus, al vasto Olimpo, y, como no había nacido mortal, curóle Peón, esparciendo sobre la herida drogas calmantes. ¡Osado! ¡Temerario! No se abstenía de cometer acciones nefandas y contristaba con el arco a los dioses que habitan el Olimpo.

Biblioteca Nacional de España

—A ése le ha excitado contra ti Atenea, la diosa de ojos de lechuza. ¡Insensato! Ignora el hijo de Tideo que quien lucha con los inmortales, ni llega a viejo ni los hijos le reciben, llamándole padre y abrazando sus rodillas, de vuelta del combate y de la terrible pelea. Aunque es valiente, tema el Tidida que le salga al encuentro alguien más fuerte que tú: no sea que luego la prudente Egialea, hija de Adrasto y cónyuge ilustre de Diomedes, domador de caballos, despierte con su llanto a los domésticos por sentir soledad de su legítimo esposo, el mejor de los aqueos todos.

416 Dijo, y con ambas manos restañó el icor; la mano se curó y los acerbos dolores se calmaron. Atenea y Hera, que lo presenciaban, intentaron zaherir a Zeus Cronida con mordaces palabras; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, empezó a hablar de esta manera:

421 *Atenea.*—¡Padre Zeus! ¿Te irritarás conmigo por lo que diré? Sin duda Cipris quiso persuadir a alguna aquea de hermoso peplo a que se fuera con los troyanos, que tan queridos le son; y acariciándola, áureo broche le rasguñó la delicada mano.

426 Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y llamando a la áurea Afrodita, le dijo:

428 *Zeus.*—A ti, hija mía, no te han sido asignadas las acciones bélicas: dedícate a los dulces trabajos del himeneo, y el impetuoso Ares y Atenea cuidarán de aquéllas.

431 Así los dioses conversaban. Diomedes, valiente en el combate, cerró con Eneas, no obstante comprender que el mismo Apolo extendía la mano sobre él; pues impulsado por el deseo de acabar con el héroe y despojarle de las magníficas armas, ya ni al gran dios respetaba. Tres veces asaltó a Eneas con intención de matarle; tres veces agitó Apolo el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, Apolo, el que hiere de lejos, le increpó con aterradoras voces:

440 *Apolo.*—¡Tidida, piénsalo mejor y retírate! No quieras igualarte a las deidades, pues jamás fueron semejantes la raza de los inmortales dioses y la de los hombres que andan por la tierra.

443 Así dijo. El Tidida retrocedió un poco para no atraerse la cólera de Apolo, el que hiere de lejos; y el dios, sacando a Eneas del combate, le llevó al templo que tenía en la sacra Pérgamo: dentro de éste, Leto y Ártemis, que se complace en tirar flechas, curaron al héroe y le aumentaron el vigor y la belleza del cuerpo. En tanto Apolo, que lleva arco de plata, formó un simulacro de Eneas y su armadura; y alrededor del mismo, teucros y divinos aqueos chocaban las rodelas de cuero de buey y los alados broqueles que protegían sus cuerpos. Y Febo Apolo dijo entonces al furibundo Ares:

455 *Apolo.*—¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de murallas! ¿Quieres entrar en la liza y sacar a ese hombre, al Tidida, que sería capaz de combatir hasta con el padre Zeus? Primero hirió a Cipris en el puño, y luego, semejante a un dios, cerró conmigo.

460 Cuando esto hubo dicho, sentóse en la excelsa Pérgamo. El funesto Ares, tomando la figura del ágil Acamante, caudillo de los tracios, enardeció

Biblioteca Nacional de España

a los que militaban en las filas troyanas y exhortó a los ilustres hijos de Príamo, alumnos de Zeus:

464 *Ares.*—¡Hijos del rey Príamo, alumno de Zeus! ¿Hasta cuándo dejaréis que el pueblo perezca a manos de los aqueos? ¿Acaso hasta que el enemigo llegue a las sólidas puertas de los muros? Yace en tierra un varón a quien honrábamos como al divino Héctor: Eneas, hijo del magnánimo Anquises. Ea, saquemos del tumulto al valiente amigo.

470 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. A su vez, Sarpedón reprendía así al divino Héctor:

472 *Sarpedón.*—¡Héctor! ¿Qué se hizo el valor que antes mostrabas? Dijiste que defenderías la ciudad sin tropas ni aliados, solo, con tus hermanos y tus deudos. De éstos a ninguno veo ni descubrir puedo: temblando están como perros en torno de un león, mientras combatimos los que únicamente somos auxiliares. Yo, que figuro como tal, he venido de muy lejos, de Licia, situada a orillas del voraginoso Janto; allí dejé a mi esposa amada, al tierno infante y riquezas muchas que el menesteroso apetece. Mas, sin embargo de esto y de no tener aquí nada que los aqueos puedan llevarse o apresar, animo a los licios y deseo luchar con ese guerrero; y tú estás parado y ni siquiera exhortas a los demás hombres a que resistan al enemigo y defiendan a sus esposas. No sea que, como si hubierais caído en una red de lino que todo lo envuelve, lleguéis a ser presa y botín de los enemigos, y éstos destruyan vuestra populosa ciudad. Preciso es que te ocupes en ello día y noche y supliques a los caudillos de los auxiliares venidos de lejas tierras, que resistan firmemente y no se hagan acreedores a graves censuras.

493 Así habló Sarpedón. Sus palabras royéronle el ánimo a Héctor, que en seguida saltó del carro al suelo, sin dejar las armas; y blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los teucros volvieron la cara a los aqueos para embestirlos, y los argivos sostuvieron apiñados la acometida y no se arredraron. Como en el abaleo, cuando la rubia Deméter separa el grano de la paja al soplo del viento, el aire lleva el tamo por las sagradas eras y los montones de paja blanquean; del mismo modo los aqueos se tornaban blanquecinos por el polvo que levantaban hasta el cielo de bronce los pies de los corceles de cuantos volvían a encontrarse en la refriega. Los aurigas guiaban los caballos al combate y los guerreros acometían de frente con toda la fuerza de sus brazos. El furibundo Ares cubrió el campo de espesa niebla para socorrer a los teucros y a todas partes iba; cumpliendo así el encargo que le hizo Febo Apolo, el de la áurea espada, de que excitara el ánimo de aquéllos, cuando vió que Palas Atenea, la protectora de los dánaos, se ausentaba.

512 El dios sacó a Eneas del suntuoso templo; e infundiendo valor al pastor de hombres, le dejó entre sus compañeros, que se alegraron de verle vivo, sano y revestido de valor; pero no le preguntaron nada, porque no se lo permitía el combate suscitado por el dios del arco de plata, por Ares, funesto a los mortales, y por la Discordia, cuyo furor es insaciable.

519 Ambos Ayantes, Odiseo y Diomedes enardecían a los dánaos en la pe-

Biblioteca Nacional de España

lea; y éstos, en vez de atemorizarse ante la fuerza y las voces de los teucros, aguardábanlos tan firmes como las nubes que el Cronida deja inmóviles en las cimas de los montes durante la calma, cuando duermen el Bóreas y demás vientos fuertes que con sonoro soplo disipan los pardos nubarrones; tan firmemente esperaban los dánaos a los teucros, sin pensar en la fuga. El Atrida bullía entre la muchedumbre y a todos exhortaba:

529 *Agamenón.*—¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón esforzado y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son más los que se salvan que los que mueren; los que huyen, ni alcanzan gloria, ni entre sí se ayudan.

533 Dijo, y despidiendo con ligereza el dardo, hirió al caudillo Deicoonte Pergásida, compañero del magnánimo Eneas; a quien veneraban los troyanos como a la prole de Príamo, por su arrojo en pelear en las primeras filas. El rey Agamenón acertó a darle un bote en el escudo, que no logró detener al dardo: éste lo atravesó, y rasgando el cinturón, clavóse el bronce en el empeine del guerrero. Deicoonte cayó con estrépito y sus armas resonaron.

541 Eneas mató a dos hijos de Diocles, Cretón y Orsíloco, varones valentísimos cuyo padre vivía en la bien construida Feras, abastado de bienes, y era descendiente del anchuroso Alfeo que riega el país de los pilios. El Alfeo engendró a Ortíloco, que reinó sobre muchos hombres; Ortíloco fué padre del magnánimo Diocles, y de éste nacieron los dos mellizos Cretón y Orsíloco, diestros en toda especie de combates; quienes, apenas llegados a la juventud, fueron en negras naves y junto con los argivos a Ilión, la de hermosos corceles, para vengar a los Atridas Agamenón y Menelao, y allí hallaron su fin, pues los envolvió la muerte. Como dos leones, criados por su madre en la espesa selva de la cumbre de un monte, devastan los establos, robando bueyes y pingües ovejas, hasta que los hombres los matan con afilado bronce; del mismo modo, aquéllos, que parecían altos abetos, cayeron vencidos por las manos de Eneas.

561 Al verlos derribados en el suelo, condolióse Menelao, caro a Ares, y en seguida, revestido de luciente bronce y blandiendo la lanza, se abrió camino por las primeras filas: Ares le excitaba el valor para que sucumbiera a manos de Eneas. Pero Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, que lo advirtió, se fué en pos del pastor de hombres temiendo que le ocurriera algo y les frustrara la empresa. Cuando los dos guerreros, deseosos de pelear, calaban las agudas lanzas para acometerse, colocóse Antíloco muy cerca del pastor de hombres; Eneas, al ver los dos varones que estaban juntos, aunque era luchador brioso, no se atrevió a esperarlos; y ellos pudieron llevarse hacia los aqueos los cadáveres de aquellos infelices, ponerlos en las manos de sus amigos y volver a combatir en el punto más avanzado.

576 Entonces mataron a Pilémenes, igual a Ares, caudillo de los valientes y escudados paflagones: el Atrida Menelao, famoso por su pica, envasóle la lanza junto a la clavícula. Antíloco hirió de una pedrada en el codo al buen escudero Midón Atimníada, cuando éste revolvía los solípedos caballos—las ebúrneas riendas cayeron de sus manos al polvo,—y acometiéndole con la espada,

Biblioteca Nacional de España

le dió un tajo en las sienes. Midón, anhelante, cayó del bien construido carro: hundióse su cabeza con el cuello y parte de los hombros en la arena que allí abundaba, y así permaneció un buen espacio hasta que los corceles, pataleando, lo tiraron al suelo; Antíloco se apoderó del carro, picó a los corceles, y se los llevó al campamento aqueo.

590 Héctor atisbó a los dos guerreros en las filas, arremetió a ellos, gritando, y le siguieron las fuertes falanges troyanas que capitaneaban Ares y la venerable Enío; ésta promovía el horrible tumulto de la pelea; Ares manejaba una lanza enorme, y ya precedía a Héctor, ya marchaba detrás del mismo.

596 Al verle, estremecióse Diomedes, valiente en el combate. Como el inexperto viajero, después que ha atravesado una gran llanura, se detiene al llegar a un río de rápida corriente que desemboca en el mar, percibe el murmurio de las espumosas aguas y vuelve con presteza atrás; de semejante modo retrocedió el Tidida, gritando a los suyos:

601 *Diomedes.*—¡Oh amigos! ¿Cómo nos admiramos de que el divino Héctor sea hábil lancero y audaz luchador? A su lado hay siempre alguna deidad para librarle de la muerte, y ahora es Ares, transfigurado en mortal, quien le acompaña. Emprended la retirada, con la cara vuelta hacia los teucros, y no queráis combatir denodadamente con los dioses.

607 Así dijo. Los teucros llegaron muy cerca de ellos, y Héctor mató a dos varones diestros en la pelea que iban en un mismo carro: Menestes y Anquíalo. Al verlos derribados por el suelo, compadecióse el gran Ayante Telamonio; y deteniéndose muy cerca del enemigo, arrojó la pica reluciente a Anfío, hijo de Selago, que moraba en Peso, era riquísimo en bienes y sembrados, y había ido—impulsábale el hado—a ayudar a Príamo y sus hijos. Ayante Telamonio acertó a darle en el cinturón, la larga pica se clavó en el empeine, y el guerrero cayó con estrépito. Corrió el esclarecido Ayante a despojarle de las armas—los teucros hicieron llover sobre el héroe agudos relucientes dardos, de los cuales recibió muchos el escudo,—y poniendo el pie encima del cadáver, arrancó la broncínea lanza; pero no pudo quitarle de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los tiros. Temió verse encerrado dentro de un fuerte círculo por los arrogantes teucros, que en gran número y con valentía le enderezaban sus lanzas; y aunque era corpulento, vigoroso e ilustre, fué rechazado y hubo de retroceder.

627 Así se portaban éstos en el duro combate. El hado poderoso llevó contra Sarpedón, igual a un dios, a Tlepólemo Heraclida, valiente y de gran estatura. Cuando ambos héroes, hijo y nieto de Zeus, que amontona las nubes, se hallaron frente a frente, Tlepólemo fué el primero en hablar y dijo:

633 *Tlepólemo.*—¡Sarpedón, príncipe de los licios! ¿Qué necesidad tienes, no estando ejercitado en la guerra, de venir a temblar? Mienten cuantos afirman que eres hijo de Zeus, que lleva la égida, pues desmereces mucho de los varones engendrados en tiempos anteriores por este dios, como dicen que fué mi intrépido padre, el fornido Heracles, que resistía audazmente y tenía el ánimo de un león; el cual, habiendo venido por los caballos de Laomedonte,

Biblioteca Nacional de España

con seis solas naves y pocos hombres, consiguió saquear la ciudad y despoblar sus calles. Pero tú eres de ánimo apocado, dejas que las tropas perezcan, y no creo que tu venida de la Licia sirva para la defensa de los troyanos por muy vigoroso que seas; pues, vencido por mí, entrarás por las puertas del Hades.

647 Respondióle Sarpedón, caudillo de los licios:

648 *Sarpedón.*—¡Tlepólemo! Aquél destruyó, con efecto, la sacra Ilión a causa de la perfidia del ilustre Laomedonte, que pagó con injuriosas palabras sus beneficios y no quiso entregarle los caballos por los que había venido de tan lejos. Pero yo te digo que la perdición y la negra muerte de mi mano te vendrán; y muriendo, herido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

655 Así dijo Sarpedón, y Tlepólemo alzó la lanza de fresno. Las luengas lanzas partieron a un mismo tiempo de las manos. Sarpedón hirió a Tlepólemo: la dañosa punta atravesó el cuello, y las tinieblas de la noche velaron los ojos del guerrero. Tlepólemo dió con su gran lanza en el muslo izquierdo de Sarpedón y el bronce penetró con ímpetu hasta el hueso; pero todavía su padre lo libró de la muerte.

663 Los ilustres compañeros de Sarpedón, igual a un dios, sacáronle del combate, con la gran lanza que, al arrastrarse, le pesaba; pues con la prisa nadie advirtió la lanza de fresno, ni pensó en arrancársela del muslo, para que aquél pudiera subir al carro. Tanta era la fatiga con que le cuidaban.

668 A su vez, los aqueos, de hermosas grebas, se llevaron del campo a Tlepólemo. El divino Odiseo, de ánimo paciente, viólo, sintió que se le enardecía el corazón, y revolvió en su mente y en su espíritu si debía perseguir al hijo de Zeus tonante o privar de la vida a muchos licios. No le había concedido el hado al magnánimo Odiseo matar con el agudo bronce al esforzado hijo de Zeus, y por esto Atenea le inspiró que acometiera a la multitud de los licios. Mató entonces a Cérano, Alástor, Cromio, Alcandro, Halio, Noemón y Prítanis, y aun a más licios hiciera morir el divino Odiseo, si no lo hubiese notado muy presto el gran Héctor, el de tremolante casco; el cual, cubierto de luciente bronce, se abrió calle por los combatientes delanteros e infundió terror a los dánaos. Holgóse de su llegada Sarpedón, hijo de Zeus, y profirió estas lastimeras palabras:

684 *Sarpedón.*—¡Priámida! No permitas que yo, tendido en el suelo, llegue a ser presa de los dánaos; socórreme y pierda la vida luego en vuestra ciudad, ya que no he de alegrar, volviendo a mi casa y a la patria tierra, ni a mi esposa querida ni al tierno infante.

689 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, pasó corriendo, sin responderle, porque ardía en deseos de rechazar cuanto antes a los argivos y quitar la vida a muchos guerreros. Los ilustres camaradas de Sarpedón, igual a un dios, lleváronle al pie de una hermosa encina consagrada a Zeus, que lleva la égida; y el valeroso Pelagonte, su compañero amado, le arrancó del muslo la lanza de fresno. Amortecido quedó el héroe y obscura niebla cubrió sus ojos; pero pronto volvió en su acuerdo, porque el soplo del Bóreas le reanimó cuando ya apenas respirar podía.

Biblioteca Nacional de España

699 Los argivos, al acometerlos Ares y Héctor armado de bronce, ni se volvían hacia las negras naves, ni rechazaban el ataque, sino que se batían en retirada desde que supieron que aquel dios se hallaba con los teucros.

703 ¿Cuál fué el primero, cuál el último de los que entonces mataron Héctor, hijo de Príamo, y el broncíneo Ares? Teutrante, igual a un dios; Orestes, aguijador de caballos; Treco, lancero etolo; Enomao; Héleno Enópida y Oresbio, el de tremolante mitra; quien, muy ocupado en cuidar de sus bienes, moraba en Hila, a orillas del lago Cefisis, con otros beocios que constituían un opulento pueblo.

711 Cuando Hera, la diosa de níveos brazos, vió que ambos mataban a muchos argivos en el duro combate, dijo a Atenea estas aladas palabras:

714 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Vana será la promesa que hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir la bien murada Ilión, si dejamos que el pernicioso Ares ejerza sus furores. Ea, pensemos en prestar al héroe poderoso auxilio.

719 Dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no desobedeció. Hera, deidad veneranda hija del gran Cronos, aparejó los corceles con sus áureas bridas, y Hebe puso diligentemente en el férreo eje, a ambos lados del carro, las corvas ruedas de bronce que tenían ocho rayos. Era de oro la indestructible pina, de bronce las ajustadas admirables llantas, y de plata los torneados cubos. El asiento descansaba sobre tiras de oro y de plata, y un doble barandal circundaba el carro. Por delante salía argéntea lanza, en cuya punta ató la diosa un hermoso yugo de oro con bridas de oro también; y Hera, que anhelaba el combate y la pelea, unció los corceles de pies ligeros.

733 Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo, en el palacio de su padre, el hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. Suspendió de sus hombros la espantosa égida floqueada que el terror corona: allí están la Discordia, la Fuerza y la Persecución horrenda; allí la cabeza de la Gorgona, monstruo cruel y horripilante, portento de Zeus, que lleva la égida. Cubrió su cabeza con áureo casco de doble cimera y cuatro abolladuras, apto para resistir a la infantería de cien ciudades. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, larga, fornida, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando contra ellos monta en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y de propio impulso abriéronse rechinando las puertas del cielo de que cuidan las Horas—a ellas está confiado el espacioso cielo y el Olimpo—para remover o colocar delante la densa nube. Por allí, por entre las puertas, dirigieron los corceles dóciles al látigo y hallaron al Cronión, sentado aparte de los otros dioses, en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Hera, la diosa de los níveos brazos, detuvo entonces los corceles, para hacer esta pregunta al excelso Zeus Cronida:

757 *Hera.*—¡Padre Zeus! ¿No te indignas contra Ares al presenciar sus atroces hechos? ¡Cuántos y cuáles varones aqueos ha hecho perecer temeraria e injustamente! Yo me aflijo, y Cipris y Apolo, que lleva arco de plata, se alegran de

Biblioteca Nacional de España

haber excitado a ese loco que no conoce ley alguna. Padre Zeus, ¿te irritarás conmigo si a Ares le ahuyento del combate causándole funestas heridas?

764 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

765 *Zeus.*—Ea, aguija contra él a Atenea, que impera en las batallas, pues es quien suele causarle más vivos dolores.

767 Así dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, le obedeció, y picó a los corceles, que volaron gozosos entre la tierra y el estrellado cielo. Cuanto espacio alcanza a ver el que, sentado en alta cumbre, fija sus ojos en el vinoso ponto, otro tanto salvan de un brinco los caballos, de sonoros relinchos, de los dioses. Tan luego como ambas deidades llegaron a Troya, Hera, la diosa de los níveos brazos, paró el carro en el lugar donde los dos ríos Símois y Escamandro juntan sus aguas; desunció los corceles, cubriólos de espesa niebla, y el Símois hizo nacer la ambrosía para que pacieran.

778 Las diosas empezaron a andar, semejantes en el paso a tímidas palomas, impacientes por socorrer a los argivos. Cuando llegaron al sitio donde estaba el fuerte Diomedes, domador de caballos, con los más y mejores de los adalides que parecían carniceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es grande, se detuvieron; y Hera, la diosa de los níveos brazos, tomando el aspecto del magnánimo Esténtor, que tenía vozarrón de bronce y gritaba tanto como otros cincuenta, exclamó:

787 *Hera.*—¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! Mientras el divino Aquileo asistía a las batallas, los teucros, amedrentados por su formidable pica, no pasaban de las puertas dardanias; y ahora combaten lejos de la ciudad, junto a las cóncavas naves.

792 Con tales palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, fué en busca del Tidida y halló a este príncipe junto a su carro y sus corceles, refrescando la herida que Pándaro con una flecha le había causado. El sudor le molestaba debajo de la ancha abrazadera del redondo escudo, cuyo peso sentía el héroe; y alzando éste con su cansada mano la correa, se enjugaba la denegrida sangre. La diosa apoyó la diestra en el yugo de los caballos y dijo:

800 *Atenea.*—¡Cuán poco se parece a su padre el hijo de Tideo! Era éste de pequeña estatura, pero belicoso. Y aunque no le dejase combatir ni señalarse —como en la ocasión en que, habiendo ido por embajador a Tebas, se encontró lejos de los suyos entre multitud de cadmeos y le dí orden de que comiera tranquilo en el palacio,—conservaba siempre su espíritu valeroso; y desafiando a los jóvenes cadmeos, los vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal modo le protegía! Ahora es a ti a quien asisto y defiendo, exhortándote a pelear animosamente con los teucros. Mas, o el excesivo trabajo de la guerra ha fatigado tus miembros, o te domina el exánime terror. No, tú no eres el hijo del aguerrido Tideo Enida.

814 Y, respondiéndole, el fuerte Diomedes le dijo:

815 *Diomedes.*—Te conozco, oh diosa, hija de Zeus, que lleva la égida. Por esto te hablaré gustoso, sin ocultarte nada. No me domina el exánime terror ni flojedad alguna; pero recuerdo todavía las órdenes que me diste. No me de-

Biblioteca Nacional de España

jabas combatir con los bienaventurados dioses; pero si Afrodita, hija de Zeus, se presentara en la pelea, debía herirla con el agudo bronce. Pues bien: ahora retrocedo y he mandado que todos los argivos se replieguen aquí, porque comprendo que Ares impera en la batalla.

825 Contestóle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

826 *Atenea.*—¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los inmortales; tanto te voy a ayudar. Ea, endereza los solípedos caballos a Ares el primero, hiérele de cerca y no respetes al furibundo dios, a ese loco voluble y nacido para dañar, que a Hera y a mí nos prometió combatir contra los teucros en favor de los argivos y ahora está con aquéllos y se ha olvidado de sus palabras.

835 Apenas hubo dicho estas palabras, asió de la mano a Esténelo, que saltó diligente del carro a tierra. Montó la enardecida diosa, colocándose al lado del ilustre Diomedes, y el eje de encina recrujió a causa del peso porque llevaba a una diosa terrible y a un varón fortísimo. Palas Atenea, habiendo recogido el látigo y las riendas, guió los solípedos caballos hacia Ares el primero; el cual quitaba la vida al gigantesco Perifante, preclaro hijo de Oquesio y el más valiente de los etolos. A tal varón mataba Ares, manchado de homicidios; y Atenea se puso el casco de Hades para que el furibundo dios no la conociera.

846 Cuando Ares, funesto a los mortales, vió al ilustre Diomedes, dejó al gigantesco Perifante tendido donde le había muerto y se encaminó hacia Diomedes, domador de caballos. Al hallarse a corta distancia, Ares, que deseaba quitar la vida a Diomedes, le dirigió la broncínea lanza por cima del yugo y las riendas; pero Atenea, la diosa de ojos de lechuza, cogiéndola y alejándola del carro, hizo que aquél diera el golpe en vano. A su vez Diomedes, valiente en el combate, atacó a Ares con la broncínea lanza, y Palas Atenea, apuntándola a la ijada del dios, donde el cinturón le ceñía, hirióle, desgarró el hermoso cutis y retiró el arma. El broncíneo Ares clamó como gritarían nueve o diez mil hombres que en la guerra llegaran a las manos; y temblaron, amedrentados, aqueos y teucros. ¡Tan fuerte bramó Ares, insaciable de combate!

864 Cual vapor sombrío que se desprende de las nubes por la acción de un impetuoso viento abrasador, tal le parecía a Diomedes Tidida el broncíneo Ares cuando, cubierto de niebla, se dirigía al anchuroso cielo. El dios llegó en seguida al alto Olimpo, mansión de las deidades; se sentó, con el corazón afligido, al lado de Zeus Cronión, mostró la sangre inmortal que manaba de la herida, y suspirando dijo estas aladas palabras:

872 *Ares.*—¡Padre Zeus! ¿No te indignas al presenciar tan atroces hechos? Siempre los dioses hemos padecido males horribles que recíprocamente nos causamos para complacer a los hombres; pero todos estamos airados contigo, porque engendraste una hija loca, funesta, que sólo se ocupa en acciones inicuas. Cuantos dioses hay en el Olimpo, todos te obedecen y acatan; pero a ella no la sujetas con palabras ni con obras, sino que la instigas, por ser tú el padre de esa hija perniciosa que ha movido al insolente Diomedes, hijo de Tideo, a combatir, en su furia, con los inmortales dioses. Primero hirió de cerca

Biblioteca Nacional de España

a Cipris en el puño, y después, cual si fuese un dios, arremetió contra mí. Si no llegan a salvarme mis ligeros pies, hubiera tenido que sufrir padecimientos durante largo tiempo entre espantosos montones de cadáveres, o quedar inválido, aunque vivo, a causa de las heridas que me hiciera el bronce.

888 Mirándole con torva faz, respondió Zeus, que amontona las nubes:

889 *Zeus.*—¡Inconstante! No te lamentes, sentado junto a mí, pues me eres más odioso que ningún otro de los dioses del Olimpo. Siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas, y tienes el espíritu soberbio, que nunca cede, de tu madre Hera, a quien apenas puedo dominar con mis palabras. Creo que cuanto te ha ocurrido, lo debes a sus consejos. Pero no permitiré que los dolores te atormenten, porque eres de mi linaje y para mí te parió tu madre. Si, siendo tan perverso, hubieses nacido de algún otro dios, tiempo ha que estarías en un abismo más profundo que el de los hijos de Urano.

899 Dijo, y mandó a Peón que lo curara. Este le sanó, aplicándole drogas calmantes; que nada mortal en él había. Como el jugo cuaja la blanca y líquida leche cuando se le mueve rápidamente con ella, con igual presteza curó aquél al furibundo Ares, a quien Hebe lavó y puso lindas vestiduras. Y el dios se sentó al lado de Zeus Cronión, ufano de su gloria.

907 Hera argiva y Atenea alalcomenia regresaron también al palacio del gran Zeus, cuando hubieron conseguido que Ares, funesto a los mortales, de matar hombres se abstuviera.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VI

COLOQUIO DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

QUEDARON solos en la batalla horrenda teucros y aqueos, que se arrojaban broncíneas lanzas; y la pelea se extendía, acá y acullá de la llanura, entre las corrientes del Símois y del Janto.

5 Ayante Telamonio, antemural de los aqueos, rompió el primero la falange troyana e hizo aparecer la aurora de la salvación entre los suyos, hiriendo de muerte al tracio más denodado, al alto y valiente Acamante, hijo de Eusoro. Acertóle en la cimera del casco guarnecido con crines de caballo, la lanza se clavó en la frente, la broncínea punta atravesó el hueso y las tinieblas cubrieron los ojos del g rrero.

12 Diomedes, valie..te en el combate, mató a Axilo Teutránida, que, abastado de bienes, moraba en la bien construida Arisbe; y era muy amigo de los hombres, porque en su casa, situada cerca del camino, a todos les daba hospitalidad. Pero ninguno de ellos vino entonces a librarle de la lúgubre muerte, y Diomedes le quitó la vida a él y a su escudero Calesio, que gobernaba los caballos. Ambos penetraron en el seno de la tierra.

20 Eurílo dió muerte a Dreso y Ofeltio, y fuése tras Esepo y Pédaso, a quienes la náyade Abarbárea había concebido en otro tiempo del eximio Bucolión, hijo primogénito y bastardo del ilustre Laomedonte (Bucolión apacentaba ovejas y tuvo amoroso consorcio con la ninfa, la cual quedó encinta y dió a luz los dos mellizos): el Mecistíada acabó con el valor de ambos, privó de vigor a sus bien formados miembros y les quitó la armadura de los hombros.

29 El belicoso Polipetes dejó sin vida a Astíalo; Odiseo, con la broncínea lanza, a Pidites percosio; y Teucro, a Aretaón divino. Antíloco Nestórida mató con la pica reluciente a Ablero; Agamenón, rey de hombres, a Élato, que habitaba en la excelsa Pédaso, a orillas del Sátniois, de hermosa corriente; el héroe Leito, a Fílaco mientras huía; y Eurípilo, a Melantio.

37 Menelao, valiente en la pelea, cogió vivo a Adrasto, cuyos caballos, corriendo despavoridos por la llanura, chocaron con las ramas de un tamarisco, rompieron el corvo carro por el extremo del timón, y se fueron a la ciudad con los que huían espantados. El héroe cayó al suelo y dió de boca en el polvo junto a la rueda; acercósele Menelao Atrida con la ingente lanza, y aquél, abrazando sus rodillas, así le suplicaba:

46 *Adrasto.*—Hazme prisionero, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate.

Biblioteca Nacional de España

Muchas cosas de valor tiene mi opulento padre en casa: bronce, oro, hierro labrado; con ellas te pagaría inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves aqueas.

51 Así dijo, y le conmovió el corazón. É iba Menelao a ponerle en manos del escudero, para que lo llevara a las veleras naves aqueas, cuando Agamenón corrió a su encuentro y le increpó diciendo:

55 *Agamenón.*—¡Ah, bondoso! ¡Ah, Menelao! ¿Por qué así te apiadas de estos hombres? ¡Excelentes cosas hicieron los troyanos en tu casa! Ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape! ¡Perezcan todos los de Ilión, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!

61 Así diciendo, cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Repelió Menelao al héroe Adrasto, que, herido en el ijar por el rey Agamenón, cayó de espaldas. El Atrida le puso el pie en el pecho y le arrancó la lanza.

66 Néstor, en tanto, animaba a los argivos, dando grandes voces:

67 *Néstor.*—¡Oh queridos, héroes dánaos, servidores de Ares! Nadie se quede atrás para recoger despojos y volver, llevando los más que pueda, a las naves; ahora matemos hombres y luego con más tranquilidad despojaréis en la llanura los cadáveres de cuantos mueran.

72 Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Y los teucros hubieran vuelto a entrar en Ilión, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía, si Heleno Priámida, el mejor de los augures, no se hubiese presentado a Eneas y a Héctor para decirles:

77 *Heleno.*—¡Eneas y Héctor! Ya que el peso de la batalla gravita principalmente sobre vosotros entre los troyanos y los licios, porque sois los primeros en toda empresa, ora se trate de combatir, ora de razonar, quedaos aquí, recorred las filas, y detened a los guerreros antes que se encaminen a las puertas, caigan huyendo en brazos de las mujeres y sean motivo de gozo para los enemigos. Cuando hayáis reanimado todas las falanges, nosotros, aunque estamos muy abatidos, nos quedaremos aquí a pelear con los dánaos porque la necesidad nos apremia. Y tú, Héctor, ve a la ciudad y di a nuestra madre que llame a las venerables matronas; vaya con ellas al templo dedicado a Atenea, la de ojos de lechuza, en la acrópolis; abra con la llave la puerta del sacro recinto; ponga sobre las rodillas de la deidad, de hermosa cabellera, el peplo que mayor sea, más lindo le parezca y más aprecie de cuantos haya en el palacio, y le vote sacrificar en el templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilión al hijo de Tideo, feroz guerrero, cuya bravura causa nuestra derrota y a quien tengo por el más esforzado de los aqueos todos. Nunca temimos tanto ni al mismo Aquileo, príncipe de hombres, que es, según dicen, hijo de una diosa. Con gran furia se mueve el hijo de Tideo y en valentía nadie le iguala.

102 Así dijo; y Héctor obedeció a su hermano. Saltó del carro al suelo sin dejar las armas; y blandiendo dos puntiagudas lanzas, recorrió el ejército por

Biblioteca Nacional de España

todas partes, animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los teucros volvieron la cara y afrontaron a los argivos; y éstos retrocedieron y dejaron de matar, figurándose que alguno de los inmortales habría descendido del estrellado cielo para socorrer a aquéllos; de tal modo se volvieron. Y Héctor exhortaba a los teucros diciendo en alta voz:

111 *Héctor.*—¡Animosos troyanos, aliados de lejas tierras venidos! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras voy a Ilión y encargo a los respetables próceres y a nuestras esposas que oren y ofrezcan hecatombes a los dioses.

116 Dicho esto, Héctor, el de tremolante casco, partió; y la negra piel que orlaba el abollonado escudo como última franja, le batía el cuello y los talones.

119 Glauco, vástago de Hipóloco, y el hijo de Tideo, deseosos de combatir, fueron a encontrarse en el espacio que mediaba entre ambos ejércitos. Cuando estuvieron cara a cara, Diomedes, valiente en la pelea, dijo el primero:

123 *Diomedes.*—¿Cuál eres tú, guerrero valentísimo, de los mortales hombres? Jamás te vi en las batallas, donde los varones adquieren gloria, pero al presente a todos los vences en audacia cuando te atreves a esperar mi fornida lanza. ¡Infelices de aquellos cuyos hijos se oponen a mi furor! Mas si fueses inmortal y hubieses descendido del cielo, no quisiera yo luchar con dioses celestiales. Poco vivió el fuerte Licurgo, hijo de Driante, que contendía con las celestes deidades: persiguió en los sacros montes de Nisa a las nodrizas de Dióniso, que estaba agitado por el delirio báquico, las cuales tiraron al suelo los tirsos al ver que el homicida Licurgo las acometía con la aguijada; el dios, espantado, se arrojó al mar, y Tetis le recibió en su regazo, despavorido y agitado por fuerte temblor por la amenaza de aquel hombre; pero los felices dioses se irritaron contra Licurgo, cególe el hijo de Cronos y su vida no fué larga, porque se había hecho odioso a los inmortales todos. Con los bienaventurados dioses no quisiera combatir; pero si eres uno de los mortales que comen los frutos de la tierra, acércate para que más pronto llegues al término de tu perdición.

144 Respondióle el preclaro hijo de Hipóloco:

145 *Glauco.*—¡Magnánimo Tidida! ¿Por qué me interrogas sobre el abolengo? Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación humana nace y otra perece. Pero ya que deseas saberlo, te diré cuál es mi linaje, de muchos conocido. Hay una ciudad llamada Éfira en el riñón de la Argólide, criadora de caballos, y en ella vivía Sísifo Eólida, que fué el más ladino de los hombres. Sísifo engendró a Glauco, y éste al eximio Belerofonte, a quien los dioses concedieron gentileza y envidiable valor. Mas Preto, que era múy poderoso entre los argivos, pues Zeus los había sometido a su cetro, hízole blanco de sus maquinaciones y le echó de la ciudad. La divina Antea, mujer de Preto, había deseado con locura juntarse clandestinamente con Belerofonte; pero no pudo persuadir al prudente héroe, que sólo pensaba en cosas honestas, y mintiendo dijo al rey

Biblioteca Nacional de España

Preto: «¡Preto! Ojalá te mueras, o mata a Belerofonte, que ha querido juntarse conmigo, sin que yo lo deseara.» Así dijo. El rey se encendió en ira al oírla; y si bien se abstuvo de matar a aquél por el religioso temor que sintió su corazón, le envió a la Licia; y haciendo mortíferas señales en una tablita que se doblaba, entrególe los perniciosos signos con orden de que los mostrase a su suegro para que éste le perdiera. Belerofonte, poniéndose en camino debajo del fausto patrocinio de los dioses, llegó a la vasta Licia y a la corriente del Janto: el rey recibióle con afabilidad, hospedóle durante nueve días y mandó matar otros tantos bueyes; pero al aparecer por décima vez la Aurora, la de rosáceos dedos, le interrogó y quiso ver la nota que de su yerno Preto le traía. Y así que tuvo la funesta nota, ordenó a Belerofonte que lo primero de todo matara a la ineluctable Quimera, ser de naturaleza no humana, sino divina, con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le dió muerte, alentado por divinales indicaciones. Luego tuvo que luchar con los afamados sólimos, y decía que éste fué el más recio combate que con hombres sostuvo. En tercer lugar quitó la vida a las varoniles amazonas. Y cuando regresaba a la ciudad, el rey, urdiendo otra dolosa trama, armóle una celada con los varones más fuertes que halló en la espaciosa Licia; y ninguno de éstos volvió a su casa, porque a todos les dió muerte el eximio Belerofonte. Comprendió el rey que el héroe era vástago ilustre de alguna deidad y le retuvo allí, le casó con su hija y compartió con él la dignidad regia; los licios, a su vez, acotáronle un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventajaba, para que pudiese cultivarlo. Tres hijos dió a luz la esposa del aguerrido Belerofonte: Isandro, Hipóloco y Laodamia; y ésta, amada por el próvido Zeus, dió a luz al deiforme Sarpedón, que lleva armadura de bronce. Cuando Belerofonte se atrajo el odio de todas las deidades, vagaba solo por los campos de Ale, royendo su ánimo y apartándose de los hombres; Ares, insaciable de pelea, hizo morir a Isandro en un combate con los afamados sólimos, y Ártemis, la que usa riendas de oro, irritada, mató a su hija. A mí me engendró Hipóloco—de éste, pues, soy hijo—y envióme a Troya, recomendándome muy mucho que descollara y sobresaliera siempre entre todos y no deshonrase el linaje de mis antepasados, que fueron los hombres más valientes de Éfira y la extensa Licia. Tal alcurnia y tal sangre me glorio de tener.

212 Así dijo. Alegróse Diomedes, valiente en el combate; y clavando la pica en el almo suelo, respondió con cariñosas palabras al pastor de hombres:

215 *Diomedes.*—Pues eres mi antiguo huésped paterno, porque el divino Eneo hospedó en su palacio al eximio Belerofonte, le tuvo consigo veinte días y ambos se obsequiaron con magníficos presentes de hospitalidad. Eneo dió un vistoso tahalí teñido de púrpura, y Belerofonte una áurea copa de doble asa, que en mi casa quedó cuando me vine. A Tideo no lo recuerdo; dejóme muy niño al salir para Tebas, donde pereció el ejército aqueo. Soy, por consiguiente, tu caro huésped en el centro de Argos, y tú lo serás mío en la Licia cuando vaya a tu pueblo. En adelante no nos acometamos con la lanza por entre la turba. Muchos troyanos y aliados ilustres me restan, para matar a

Biblioteca Nacional de España

quien, por la voluntad de un dios, alcance en la carrera; y asimismo te quedan muchos aqueos, para quitar la vida a quien te sea posible. Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos que de ser huéspedes paternos nos gloriamos.

232 Habiendo hablado así, descendieron de los carros y se estrecharon la mano en prueba de amistad. Entonces Zeus Cronida hizo perder la razón a Glauco; pues permutó sus armas por las de Diomedes Tidida, las de oro por las de bronce, las valoradas en cien bueyes por las que en nueve se apreciaban.

237 Al pasar Héctor por la encina y las puertas Esceas, acudieron corriendo las esposas e hijas de los troyanos y preguntáronle por sus hijos, hermanos, amigos y esposos; y él les encargó que unas tras otras orasen a los dioses, porque para muchas eran inminentes las desgracias.

242 Cuando llegó al magnífico palacio de Príamo, provisto de bruñidos pórticos (en él había cincuenta cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían los hijos de Príamo con sus legítimas esposas; y enfrente, dentro del mismo patio, otras doce construidas igualmente con sillares, continuas y techadas, donde se acostaban los yernos de Príamo y sus castas mujeres), le salió al encuentro su alma madre que iba en busca de Laódice, la más hermosa de las princesas; y asiéndole de la mano, le dijo:

254 *Hécabe.*—¡Hijo! ¿Por qué has venido, dejando el áspero combate? Sin duda los aqueos, de aborrecido nombre, deben de estrecharnos, combatiendo alrededor de la ciudad, y tu corazón te ha impulsado a volver con el fin de levantar desde la acrópolis las manos a Zeus. Pero aguarda, traeré vino dulce como la miel para que primeramente lo libes al padre Zeus y a los demás inmortales, y luego te aproveche también a ti, si bebes. El vino aumenta mucho el vigor del hombre fatigado y tú lo estás de pelear por los tuyos.

263 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

264 *Héctor.*—No me des vino dulce como la miel, veneranda madre; no sea que me enerves y me prives del valor, y yo me olvide de mi fuerza. No me atrevo a libar el negro vino en honor de Zeus sin lavarme las manos, ni es lícito orar al Cronión, el de las sombrías nubes, cuando uno está manchado de sangre y polvo. Pero tú congrega a las matronas, llévate perfumes, y entrando en el templo de Atenea, que impera en las batallas, pon sobre las rodillas de la deidad de hermosa cabellera el peplo mayor, más lindo y que más aprecies de cuantos haya en el palacio; y vota a la diosa sacrificar en su templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si, apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilión al hijo de Tideo, feroz guerrero cuya valentía causa nuestra derrota. Encamínate, pues, al templo de Atenea, que impera en las batallas, y yo iré a la casa de Paris a llamarle, si me quiere escuchar. ¡Así la tierra se lo tragara! Crióle el Olímpico como una gran plaga para los troyanos y el magnánimo Príamo y sus hijos. Creo que si le viera descender al Hades, mi alma se olvidaría de los enojosos pesares.

286 Así dijo. Hécabe, volviendo al palacio, llamó a las esclavas, y éstas anduvieron por la ciudad y congregaron a las matronas; bajó luego al fragante

Biblioteca Nacional de España

aposento donde se guardaban los peplos bordados, obra de las mujeres que se había llevado de Sidón el deiforme Alejandro en el mismo viaje por el ancho ponto en que se llevó a Helena, la de nobles padres; tomó, para ofrecerlo a Atenea, el peplo mayor y más hermoso por sus bordaduras, que resplandecía como un astro y se hallaba debajo de todos, y partió acompañada de muchas matronas.

297 Cuando llegaron a la acrópolis, abrióles las puertas del templo de Atenea Teano, la de hermosas mejillas, hija de Ciseo y esposa de Antenor, domador de caballos, a la cual habían elegido los troyanos sacerdotisa de Atenea. Todas, con lúgubres lamentos, levantaron las manos a la diosa. Teano, la de hermosas mejillas, tomó el peplo, lo puso sobre las rodillas de Atenea, la de hermosa cabellera, y orando rogó así a la hija del gran Zeus:

305 *Teano.*—¡Veneranda Atenea, protectora de la ciudad, divina entre las diosas! ¡Quiébrale la lanza a Diomedes y concédenos que caiga de pechos en el suelo, ante las puertas Esceas, para que te sacrifiquemos en este templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si de este modo te apiadas de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos!

311 Así dijo rogando, pero Palas Atenea no accedió. Mientras invocaban de este modo a la hija del gran Zeus, Héctor se encaminó al magnífico palacio que para Alejandro había labrado él mismo con los más hábiles constructores de la fértil Troya; éstos le hicieron una cámara nupcial, una sala y un patio, en la acrópolis, cerca de los palacios de Príamo y de Héctor. Allí entró Héctor, caro a Zeus, llevando una lanza de once codos, cuya broncínea y reluciente punta estaba sujeta por áureo anillo. En la cámara halló a Alejandro que acicalaba las magníficas armas, escudo y coraza, y probaba el corvo arco; y a la argiva Helena, que, sentada entre sus esclavas, ocupábalas en primorosas labores. Y en viendo a aquél, increpóle con injuriosas palabras:

326 *Héctor.*—¡Desgraciado! No es decoroso que guardes en el corazón ese rencor. Los hombres perecen combatiendo al pie de los altos muros de la ciudad; el bélico clamor y la lucha se encendieron por tu causa alrededor de nosotros, y tú mismo reconvendrías a quien cejara en la pelea horrenda. Ea, levántate. No sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces llamas.

332 Respondióle el deiforme Alejandro:

333 *Alejandro.*—¡Héctor! Justos y no excesivos son tus baldones, y por lo mismo voy a contestarte. Atiende y óyeme. Permanecía aquí, no tanto por estar airado o resentido con los troyanos, cuanto porque deseaba entregarme al dolor. En este instante mi esposa me exhortaba con blandas palabras a volver al combate; y también a mí me parece preferible, porque la victoria tiene sus alternativas para los guerreros. Ea, pues, aguarda, y visto las marciales armas; o vete y te sigo, y creo que lograré alcanzarte.

342 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, nada contestó. Y Helena habló-le con dulces palabras:

344 *Helena.*—¡Cuñado mío, de esta perra maléfica y abominable! ¡Ojalá que, cuando mi madre me dió a luz, un viento tempestuoso se me hubiese llevado al monte o al estruendoso mar, para hacerme juguete de las olas, antes que tales

Biblioteca Nacional de España

hechos ocurrieran! Y ya que los dioses determinaron causar estos males, debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien dolieran la indignación y los muchos baldones de los hombres. Este ni tiene firmeza de ánimo ni la tendrá nunca, y creo que recogerá el debido fruto. Pero, entra y siéntate en esta silla, cuñado, que la fatiga te oprime el corazón por mí, perra, y por la falta de Alejandro; a quienes Zeus nos dió mala suerte a fin de que a los venideros les sirvamos de asunto para sus cantos.

359 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

360 *Héctor.*—No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me aprecies, pues no lograrás persuadirme: ya mi corazón desea socorrer a los troyanos que me aguardan con impaciencia. Pero tú haz levantar a ése y él mismo se dé prisa para que me alcance dentro de la ciudad, mientras voy a mi casa y veo a los criados, a la esposa querida y al tierno niño; que ignoro si volveré de la batalla, o los dioses dispondrán que sucumba a manos de los aqueos.

369 Apenas hubo dicho estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, se fué. Llegó en seguida a su palacio, que abundaba de gente, mas no encontró a Andrómaca, la de níveos brazos, pues con el niño y la criada de hermoso peplo estaba en la torre llorando y lamentándose. Héctor, como no hallara dentro a su excelente esposa, detúvose en el umbral y habló con las esclavas:

376 *Héctor.*—¡Ea, esclavas, decidme la verdad! ¿Adónde ha ido Andrómaca, la de níveos brazos, desde el palacio? ¿A visitar a mis hermanas o a mis cuñadas de hermosos peplos? ¿O, acaso, al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible diosa?

381 Respondióle con estas palabras la fiel despensera:

382 *La Despensera.*—¡Héctor! Ya que tanto nos mandas decir la verdad, no fué a visitar a tus hermanas ni a tus cuñadas de hermosos peplos, ni al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible diosa, sino que subió a la gran torre de Ilión, porque supo que los teucros llevaban la peor parte y era grande el ímpetu de los aqueos. Partió hacia la muralla, ansiosa, como loca, y con ella se fué la nodriza que lleva el niño.

390 Así habló la despensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el camino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas—por allí había de salir al campo,—corrió a su encuentro su rica esposa Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, que vivía al pie del Placo en Tebas de Hipoplacia y era rey de los cilicios. Hija de éste era, pues, la esposa de Héctor, de broncínea armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta llevando en brazos al tierno infante, al Hectórida amado, parecido a una hermosa estrella, a quien su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se salvaba Ilión. Vió el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano le dijo:

407 *Andrómaca.*—¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesa-

Biblioteca Nacional de España

res; que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi padre matóle el divino Aquileo cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Tebas, la de altas puertas: dió muerte a Eetión, y sin despojarle, por el religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquileo, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las cándidas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras riquezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Ártemis, que se complace en tirar flechas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi venerable madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate aquí en la torre—¡no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda!—y pon el ejército junto al cabrahigo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar. Los más valientes—los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas y el fuerte hijo de Tideo con los suyos respectivos—ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar el asalto: alguien que conoce los oráculos se lo indicó, o su mismo arrojo los impele y anima.

440 Contestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

441 *Héctor.*—Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los teucros, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilión, Príamo y el pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécabe, del rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerás tú cuando alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas tela en Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente Meseída o Hiperea, muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y quizás alguien exclame, al verte derramar lágrimas: «Esta fué la esposa de Héctor, el guerrero que más se señalaba entre los teucros, domadores de caballos, cuando en torno de Ilión peleaban.» Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librarte de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus clamores o presencie tu rapto.

466 Así diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos a su hijo, y éste se recostó, gritando, en el seno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho de crines de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre amoroso y la veneranda madre. Héctor se apresuró a dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo amado, y rogó así a Zeus y a los demás dioses:

Biblioteca Nacional de España

476 *Héctor.*—¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre los teucros e igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilión; que digan de él cuando vuelva de la batalla: «¡Es mucho más valiente que su padre!;» y que, cargado de cruentos despojos del enemigo a quien haya muerto, regocije el alma de su madre.

482 Esto dicho, puso el niño en brazos de la esposa amada, que al recibirlo en el perfumado seno sonreía con el rostro todavía bañado de lágrimas. Notólo el esposo y, compadecido, acaricióla con la mano y le dijo:

486 *Héctor.*—¡Desdichada! No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al Hades antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún hombre, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de la guerra nos cuidaremos cuantos varones nacimos en Ilión, y yo el primero.

494 Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas. Pronto llegó Andrómaca al palacio, lleno de gente, de Héctor, matador de hombres; halló en él muchas esclavas, y a todas las movió a lágrimas. Lloraban en el palacio a Héctor vivo aún, porque no esperaban que volviera del combate librándose del valor y de las manos de los aqueos.

503 Paris no demoró en el alto palacio; pues así que hubo vestido las magníficas armas de labrado bronce, atravesó presuroso la ciudad haciendo gala de sus pies ligeros. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo, come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose a los acostumbrados sitios donde los caballos pacen; de aquel modo, Paris, hijo de Príamo, cuya armadura brillaba como un sol, descendía gozoso de la excelsa Pérgamo por sus ágiles pies llevado. Alejandro alcanzó en seguida a su hermano el divino Héctor cuando éste regresaba del lugar en que había pasado el coloquio con su esposa, y fué el primero en hablar diciendo:

518 *Alejandro.*—¡Mi buen hermano! Mucho te hice esperar deteniéndote, a pesar de tu impaciencia; pues no he venido oportunamente, como ordenaste.

520 Respondióle Héctor, el de tremolante casco:

521 *Héctor.*—¡Querido! Nadie que sea justo reprenderá tu trabajo en el combate, porque eres valiente; pero a veces te complaces en desalentarte y no quieres pelear, y mi corazón se aflige cuando oigo que te baldonan los troyanos que tantos trabajos sufren por ti. Pero vámonos y luego lo arreglaremos todo, si Zeus nos permite ofrecer en nuestro palacio la cratera de la libertad a los celestes sempiternos dioses, por haber echado de Troya a los aqueos de hermosas grebas.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VII

COMBATE SINGULAR DE HÉCTOR Y AYANTE.—LEVANTAMIENTO DE LOS CADÁVERES

DICHAS estas palabras, el esclarecido Héctor y su hermano Alejandro traspusieron las puertas, con el ánimo impaciente por combatir y pelear. Como cuando un dios envía próspero viento a navegantes que lo anhelan porque están cansados de romper las olas, batiendo los pulidos remos, y tienen relajados los miembros a causa de la fatiga; así, tan deseados, aparecieron aquéllos a los teucros.

8 Paris mató a Menestio, que vivía en Arna y era hijo del rey Areítoo, famoso por su clava, y de Filomedusa, la de ojos de novilla; y Héctor con la puntiaguda lanza tiró a Eyoneo un bote en la cerviz, debajo del casco de bronce, y dejóle sin vigor los miembros. Glauco, hijo de Hipóloco y príncipe de los licios, arrojó en la reñida pelea un dardo a Ifínoo Dexíada cuando subía al carro de corredoras yeguas, y le acertó en la espalda: Ifínoo cayó al suelo y sus miembros se relajaron.

17 Cuando Atenea, la diosa de ojos de lechuza, vió que aquéllos mataban a muchos argivos en el duro combate, descendiendo en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, se encaminó a la sagrada Ilión. Pero, al advertirlo Apolo desde Pérgamo, fué a oponérsele, porque deseaba que los teucros ganaran la victoria. Encontráronse ambas deidades junto a la encina; y el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló primero diciendo:

24 *Apolo.*—¿Por qué, enardecida nuevamente, oh hija del gran Zeus, vienes del Olimpo? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso quieres dar a los dánaos la indecisa victoria? Porque de los teucros no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Si quieres condescender con mi deseo—y sería lo mejor, —suspenderemos por hoy el combate y la pelea; y luego volverán a batallar hasta que logren arruinar a Ilión, ya que os place a vosotras, las inmortales, destruir esta ciudad.

33 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

34 *Atenea.*—Sea así, oh tú que hieres de lejos; con este propósito vine del Olimpo al campo de los teucros y de los aqueos. Mas ¿por qué medio has pensado suspender la batalla?

37 Contestó el soberano Apolo, hijo de Zeus:

38 *Apolo.*—Hagamos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos,

Biblioteca Nacional de España

provoque a los dánaos a pelear con él en terrible y singular combate; e indignados los aqueos, de hermosas grebas, susciten a alguien para que luche con el divino Héctor.

43 Así dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no se opuso. Heleno, hijo amado de Príamo, comprendió al punto lo que era grato a los dioses que conversaban, y llegándose a Héctor, le dirigió estas palabras:

47 *Heleno.*—¡Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus! ¿Querrás hacer lo que te diga yo, que soy tu hermano? Manda que suspendan la batalla los teucros y los aqueos todos, y reta al más valiente de éstos a luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha dispuesto el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. He oído sobre esto la voz de los sempiternos dioses.

54 Así dijo. Oyóle Héctor con intenso placer, y corriendo al centro de ambos ejércitos con la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quedaron quietas. Agamenón contuvo a los aqueos, de hermosas grebas; y Atenea y Apolo, el del arco de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la alta encina del padre Zeus, que lleva la égida, y se deleitaban en contemplar a los guerreros cuyas densas filas aparecían erizadas de escudos, cascos y lanzas. Como el Céfiro, cayendo sobre el mar, encrespa las olas, y el ponto negrea; de semejante modo sentáronse en la llanura las hileras de aquivos y teucros. Y Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

67 *Héctor.*—¡Oídme, teucros y aqueos, de hermosas grebas, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! El excelso Cronida no ratificó nuestros juramentos, y seguirá causándonos males a unos y a otros, hasta que toméis la torreada Ilión o sucumbáis junto a las naves, surcadoras del ponto. Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos; aquel a quien el ánimo incite a combatir conmigo, adelántese y será campeón con el divino Héctor. Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo: Si aquél con su bronce de larga punta consigue quitarme la vida, despójeme de las armas, lléveselas a las cóncavas naves, y entregue mi cuerpo a los míos para que los troyanos y sus esposas lo suban a la pira; y si yo le matare a él, por concederme Apolo tal gloria, me llevaré sus armas a la sagrada Ilión, las colgaré en el templo de Apolo que hiere de lejos, y enviaré el cadáver a las naves de muchos bancos, para que los aqueos, de larga cabellera, le hagan exequias y le erijan un túmulo a orillas del espacioso Helesponto. Y dirá alguno de los futuros hombres, atravesando el vinoso mar en una nave de muchos órdenes de remos: «Ésa es la tumba de un varón que peleaba valerosamente y fué muerto en edad remota por el esclarecido Héctor.» Así hablará, y mi gloria no perecerá jamás.

92 Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, pues por vergüenza no rehusaban el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo. Al fin levantóse Menelao, con el corazón afligidísimo, y los apostrofó de esta manera:

96 *Menelao.*—¡Ay de mí, hombres jactanciosos; aqueas, que no aqueos! Grande y horrible será nuestro oprobio si no sale ningún dánao al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua y tierra ahí mismo donde estáis sentados, hombres sin corazón y sin honor. Yo seré quien me arme y luche con aquél, pues la victoria la conceden desde lo alto los inmortales dioses.

Biblioteca Nacional de España

Esto dicho, empezó a ponerse la magnífica armadura. Entonces, oh Menelao, hubieras acabado la vida en manos de Héctor, cuya fuerza era muy superior, si los reyes aqueos no se hubiesen apresurado a detenerte. El mismo Agamenón Atrida, el de vasto poder, asióle de la diestra exclamando:

Agamenón.—¡Deliras, Menelao, alumno de Zeus! Nada te fuerza a cometer tal locura. Domínate, aunque estés afligido, y no quieras luchar por despique con un hombre más fuerte que tú, con Héctor Priámida, que a todos amedrenta y cuyo encuentro en la batalla, donde los varones adquieren gloria, causaba horror al mismo Aquileo que te aventaja tanto en bravura. Vuelve a juntarte con tus compañeros, siéntate, y los aqueos harán que se levante un campeón tal, que, aunque aquél sea intrépido e incansable en la pelea, con gusto, creo, se entregará al descanso si consigue escapar de tan fiero combate, de tan terrible lucha.

Así dijo; y el héroe cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Menelao obedeció; y sus servidores, alegres, quitáronle la armadura de los hombros. Entonces levantóse Néstor, y arengó a los argivos diciendo:

Néstor.—¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! ¡Cuánto gemiría el anciano jinete Peleo, ilustre consejero y arengador de los mirmidones, que en su palacio se gozaba con preguntarme por la prosapia y la descendencia de los argivos todos! Si supiera que éstos tiemblan ante Héctor, alzaría las manos a los inmortales para que su alma, separándose del cuerpo, bajara a la mansión de Hades. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, fuese yo tan joven como cuando, encontrándose los pilios con los belicosos arcadios al pie de las murallas de Fea, cerca de la corriente del Járdano, trabaron el combate a orillas del impetuoso Celadonte. Entre los arcadios aparecía en primera línea Ereutalión, varón igual a un dios, que llevaba la armadura del rey Areítoo; del divino Areítoo, a quien por sobrenombre llamaban *el macero* así los hombres como las mujeres de hermosa cintura, porque no peleaba con el arco y la formidable lanza, sino que rompía las falanges con la férrea maza. Al rey Areítoo matóle Licurgo, no empleando la fuerza, sino la astucia, en un camino estrecho, donde la férrea clava no podía librarle de la muerte: Licurgo se le adelantó, envasóle la lanza en medio del cuerpo, hízole caer de espaldas, y despojóle de la armadura, regalo del broncíneo Ares, que llevaba en las batallas. Cuando Licurgo envejeció en el palacio, entregó dicha armadura a Ereutalión, su escudero querido, para que la usara; y éste, con tales armas, desafiaba entonces a los más valientes. Todos estaban amedrentados y temblando, y nadie se atrevía a aceptar el reto; pero mi ardido corazón me impulsó a pelear con aquel presuntuoso—era yo el más joven de todos—y combatí con él y Atenea me dió gloria, pues logré matar a aquel hombre gigantesco y fortísimo que tendido en el suelo ocupaba un gran espacio. Ojalá me rejuveneciera tanto y mis fuerzas conservaran su robustez. ¡Cuán pronto Héctor, el de tremolante casco, tendría combate! ¡Pero ni los que sois los más valientes de los aqueos todos, ni siquiera vosotros, estáis dispuestos a ir al encuentro de Héctor!

De esta manera los increpó el anciano, y nueve por junto se levantaron.

Biblioteca Nacional de España

Levantóse, mucho antes que los otros, el rey de hombres Agamenón; luego el fuerte Diomedes Tidida; después, ambos Ayantes, revestidos de impetuoso valor; tras ellos, Idomeneo y su escudero Meriones, que al homicida Enialio igualaba; en seguida Eurípilo, hijo ilustre de Evemón; y, finalmente, Toante Andremónida y el divino Odiseo: todos éstos querían pelear con el ilustre Héctor. Y Néstor, caballero gerenio, les dijo:

171 *Néstor.*—Echad suertes, y aquel a quien le toque alegrará a los aqueos, de hermosas grebas, y sentirá regocijo en el corazón si logra escapar del fiero combate, de la terrible lucha.

175 Así dijo. Los nueve señalaron sus respectivas tarjas, y seguidamente las metieron en el casco de Agamenón Atrida. Los guerreros oraban y alzaban las manos a los dioses. Y alguno exclamó, mirando al anchuroso cielo:

179 *Una voz.*—¡Padre Zeus! Haz que le caiga la suerte a Ayante, al hijo de Tideo, o al mismo rey de Micenas, rica en oro.

181 Así decían. Néstor, caballero gerenio, meneaba el casco, hasta que por fin saltó la tarja que ellos querían, la de Ayante. Un heraldo llevóla por el concurso y, empezando por la derecha, la enseñaba a los próceres aqueos, quienes, al no reconocerla, negaban que fuese suya; pero cuando llegó al que la había marcado y echado en el casco, al ilustre Ayante, éste tendió la mano, y aquél se detuvo y le entregó la contraseña. El héroe la reconoció, con gran júbilo de su corazón, y tirándola al suelo, a sus pies, exclamó:

191 *Ayante Telamonio.*—¡Oh amigos! Mi tarja es, y me alegro en el alma porque espero vencer al divino Héctor. ¡Ea! Mientras visto la bélica armadura, orad al soberano Zeus Cronión, mentalmente, para que no lo oigan los teucros; o en alta voz, pues a nadie tememos. No habrá quien, valiéndose de la fuerza o de la astucia, me ponga en fuga contra mi voluntad; porque no creo que naciera y me criara en Salamina, tan inhábil para la lucha.

200 Tales fueron sus palabras. Ellos oraron al soberano Zeus Cronión, y algunos dijeron, mirando al anchuroso cielo:

202 *Una voz.*—¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédele a Ayante la victoria y un brillante triunfo; y si amas también a Héctor y por él te interesas, dales a entrambos igual fuerza y gloria.

206 Así hablaban. Púsose Ayante la armadura de luciente bronce; y vestidas las armas en torno de su cuerpo, marchó tan animoso como el terrible Ares cuando se encamina al combate de los hombres a quienes el Cronión hace venir a las manos por una roedora discordia. Tan terrible se levantó Ayante, antemural de los aqueos, que sonreía con torva faz, andaba a paso largo y blandía enorme lanza. Los argivos se regocijaron grandemente, así que le vieron, y un violento temblor se apoderó de los teucros; al mismo Héctor palpitóle el corazón en el pecho; pero ya no podía manifestar temor ni retirarse a su ejército, porque de él había partido la provocación. Ayante se le acercó con su escudo como una torre, broncíneo, de siete pieles de buey, que en otro tiempo le hiciera Tiquio, el cual habitaba en Hila y era el mejor de los curtidores. Éste formó el manejable escudo con siete pieles de corpulentos bueyes y puso encima, como octava capa, una lámina de bronce. Ayante Telamonio pa-

Biblioteca Nacional de España

róse, con el escudo al pecho, muy cerca de Héctor; y amenazándole, dijo:

226 *Ayante Telamonio.*—¡Héctor! Ahora sabrás claramente, de solo a solo, cuáles adalides pueden presentar los dánaos, aun prescindiendo de Aquileo que rompe filas de guerreros y tiene el ánimo de un león. Mas el héroe, enojado con Agamenón, pastor de hombres, permanece en las corvas naves surcadoras del ponto, y somos muchos los capaces de pelear contigo. Pero empiece ya la lucha y el combate.

233 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

234 *Héctor.*—¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! No me tientes cual si fuera un débil niño o una mujer que no conoce las cosas de la guerra. Versado estoy en los combates y en las matanzas de hombres; sé mover a diestro y a siniestro la seca piel de buey que llevo para luchar denodadamente; sé lanzarme a la pelea cuando en prestos carros se batalla, y sé deleitar al cruel Ares en el estadio de la guerra. Pero a ti, siendo cual eres, no quiero herirte con alevosía, sino cara a cara, si puedo conseguirlo.

244 Dijo, y blandiendo la enorme lanza, arrojóla y atravesó el bronce que cubría como octava capa el gran escudo de Ayante, formado por siete boyunos cueros: la indomable punta horadó seis de éstos y en el séptimo quedó detenida. Ayante, del linaje de Zeus, tiró a su vez su luenga lanza y dió en el escudo liso del Priámida, y la robusta lanza, pasando por el terso escudo, se hundió en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar; inclinóse el héroe, y evitó la negra muerte. Y arrancando ambos las luengas lanzas de los escudos, acometiéronse como carniceros leones o puercos monteses cuya fuerza es inmensa. El Priámida hirió con la lanza el centro del escudo de Ayante, y el bronce no pudo romperlo porque la punta se torció. Ayante, arremetiendo, clavó la suya en el escudo de aquél, e hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque; la punta abrióse camino hasta el cuello de Héctor, y en seguida brotó la negra sangre. Mas no por esto cesó de combatir Héctor, el de tremolante casco, sino que, volviéndose, cogió con su robusta mano un pedrejón negro y erizado de puntas que había en el campo; lo tiró, acertó a dar en el bollón central del gran escudo de Ayante, de siete boyunas pieles, e hizo resonar el bronce que lo cubría. Ayante entonces, tomando una piedra mucho mayor, la despidió haciéndola voltear con una fuerza inmensa. La piedra torció el borde inferior del hectóreo escudo, cual pudiera hacerlo una muela de molino, y chocando con las rodillas de Héctor le hizo caer de espaldas, asido al escudo; pero Apolo en seguida le puso en pie. Y ya se hubieran atacado de cerca con las espadas, si no hubiesen acudido dos heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres, que llegaron respectivamente del campo de los teucros y del de los aqueos, de broncíneas corazas: Taltibio e Ideo, prudentes ambos. Éstos interpusieron sus cetros entre los campeones, e Ideo, hábil en dar sabios consejos, pronunció estas palabras:

279 *Ideo.*—¡Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; a entrambos os ama Zeus, que amontona las nubes, y ambos sois belicosos. Esto lo sabemos todos. Pero la noche comienza ya, y será bueno obedecerla.

282 Respondióle Ayante Telamonio:

Biblioteca Nacional de España

283 *Ayante Telamonio.*—¡Ideo! Ordenad a Héctor que lo disponga, pues fué él quien retó a los más valientes. Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo hiciere.

287 Díjole el gran Héctor, el de tremolante casco:

288 *Héctor.*—¡Ayante! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y cordura, y en el manejo de la lanza descuellas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la lucha, y otro día volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe, después de otorgar la victoria a quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Así tú regocijarás, en las naves, a todos los aqueos y especialmente a tus amigos y compañeros; y yo alegraré, en la gran ciudad del rey Príamo, a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, que habrán ido a los sagrados templos a orar por mí. ¡Ea! Hagámonos magníficos regalos, para que digan aqueos y teucros: «Combatieron con roedor encono, y se separaron unidos por la amistad.»

303 Cuando esto hubo dicho, entregó a Ayante una espada guarnecida con argénteos clavos, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor; y Ayante regaló a Héctor un vistoso tahalí teñido de púrpura. Separáronse luego, volviendo el uno a las tropas aqueas y el otro al ejército de los teucros. Estos se alegraron al ver a Héctor vivo, y que regresaba incólume, libre de la fuerza y de las invictas manos de Ayante, cuando ya desesperaban de que se salvara; y le acompañaron a la ciudad. Por su parte, los aqueos, de hermosas grebas, llevaron a Ayante, ufano de la victoria, a la tienda del divino Agamenón.

313 Así que estuvieron en ella, Agamenón Atrida, rey de hombres, sacrificó al prepotente Cronión un buey de cinco años. Al instante lo desollaron y prepararon, lo partieron todo, lo dividieron con suma habilidad en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron sin que nadie careciese de su respectiva porción; y el poderoso héroe Agamenón Atrida obsequió a Ayante con el ancho lomo. Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor, comenzó a darles un consejo. Y arengándolos con benevolencia, así les dijo:

327 *Néstor.*—¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Ya que han muerto tantos melenudos aqueos, cuya negra sangre esparció el cruel Ares por la ribera del Escamandro de límpida corriente y cuyas almas descendieron a la mansión de Hades, conviene que suspendas los combates; y mañana, reunidos todos al comenzar del día, traeremos los cadáveres en carros tirados por bueyes y mulos, y los quemaremos cerca de los bajeles para llevar sus cenizas a los hijos de los difuntos cuando regresemos a la patria tierra. Erijamos luego con tierra de la llanura, amontonada en torno de la pira, un túmulo común; edifiquemos en seguida a partir del mismo una muralla con altas torres que sea un reparo para las naves y para nosotros mismos; dejemos puertas, que se cierren con bien ajustadas tablas, para que pasen los carros, y cavemos delante del muro un profundo foso, que detenga a los hombres y a los caballos si algún día no podemos resistir la acometida de los altivos teucros.

Biblioteca Nacional de España

344 Así habló, y los demás reyes aplaudieron. Reuniéronse los teucros en la acrópolis de Ilión, cerca del palacio de Príamo; y la junta fué agitada y turbulenta. El prudente Antenor comenzó a arengarles de esta manera:

348 *Antenor.*—¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ea, restituyamos la argiva Helena con sus riquezas y que los Atridas se la lleven. Ahora combatimos después de quebrar la fe ofrecida en los juramentos, y no espero que alcancemos éxito alguno mientras no hagamos lo que propongo.

354 Dijo, y se sentó. Levantóse el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, y, dirigiéndose a aquél, pronunció estas aladas palabras:

357 *Alejandro.*—¡Antenor! No me place lo que propones, y podías haber pensado algo mejor. Si realmente hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio. Y a los troyanos, domadores de caballos, les diré lo siguiente: Paladinamente lo declaro, no devolveré la mujer; pero sí quiero dar cuantas riquezas traje de Argos y aun otras que añadiré de mi casa.

365 Dijo, y se sentó. Levantóse Príamo Dardánida, consejero igual a los dioses, y les arengó con benevolencia diciendo:

368 *Príamo.*—¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Cenad en la ciudad, como siempre; acordaos de la guardia, y vigilad todos; al romper el alba vaya Ideo a las cóncavas naves; anuncie a los Atridas, Agamenón y Menelao, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda, y hágales esta prudente consulta: Si quieren que se suspenda el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

379 Así dijo; ellos le escucharon y obedecieron, tomando la cena en el campo sin romper las filas; y apenas comenzó a alborear, encaminóse Ideo a las cóncavas naves y halló a los dánaos, servidores de Ares, reunidos en junta cerca de la nave de Agamenón. El heraldo de voz sonora, puesto en medio, les dijo:

385 *Ideo.*—¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Mándanme Príamo y los ilustres troyanos que os participe, y ojalá os fuera acepta y grata, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda. Ofrece dar cuantas riquezas trajo a Ilión en las cóncavas naves—¡así hubiese perecido antes!—y aun añadir otras de su casa; pero se niega a devolver la legítima esposa del glorioso Menelao, a pesar de que los troyanos se lo aconsejan. Me han ordenado también que os haga esta consulta: Si queréis que se suspenda el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

398 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero al fin Diomedes, valiente en la pelea, dijo:

400 *Diomedes.*—No se acepten ni las riquezas de Alejandro, ni a Helena tampoco; pues es evidente, hasta para el más simple, que la ruina pende sobre los troyanos.

403 Así se expresó; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso

Biblioteca Nacional de España

de Diomedes, domador de caballos. Y el rey Agamenón dijo entonces a Ideo:

406 *Agamenón.*—¡Ideo! Tú mismo oyes las palabras con que te responden los aqueos; ellas son de mi agrado. En cuanto a los cadáveres, no me opongo a que sean quemados, pues ha de ahorrarse toda dilación para satisfacer prontamente a los que murieron, entregando sus cuerpos a las llamas. Zeus tonante, esposo de Hera, reciba el juramento.

412 Dicho esto, alzó el cetro a todos los dioses; e Ideo regresó a la sagrada Ilión, donde le esperaban, reunidos en junta, troyanos y dárdanos. El heraldo, puesto en medio, dijo la respuesta. En seguida dispusiéronse unos a recoger los cadáveres, y otros a ir por leña. A su vez, los argivos salieron de las naves de muchos bancos, unos para recoger los cadáveres, y otros para ir por leña.

421 Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida y profunda corriente del Océano, cuando aqueos y teucros se mezclaron unos con otros en la llanura. Difícil era reconocer a cada varón; pero lavaban con agua las manchas de sangre de los cadáveres y, derramando ardientes lágrimas, los subían a los carros. El gran Príamo no permitía que los teucros lloraran: éstos, en silencio y con el corazón afligido, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a la sacra Ilión. Del mismo modo, los aqueos, de hermosas grebas, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a las cóncavas naves.

433 Cuando aún no despuntaba la aurora, pero ya la luz del alba se difundía, un grupo escogido de aqueos se reunió en torno de la pira. Erigieron con tierra de la llanura un túmulo común; construyeron a partir del mismo una muralla con altas torres, que sirviese de reparo a las naves y a ellos mismos; dejaron puertas, que se cerraban con bien ajustadas tablas, para que pudieran pasar los carros, y cavaron delante del muro un gran foso profundo y ancho que defendieron con estacas.

442 De tal suerte trabajaban los melenudos aqueos; y los dioses, sentados junto a Zeus fulminador, contemplaban la grande obra de los aqueos, de broncíneas corazas. Y Posidón, que sacude la tierra, empezó a decirles:

446 *Posidón.*—¡Padre Zeus! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus pensamientos y proyectos? ¿No ves que los melenudos aqueos han construido delante de las naves un muro con su foso, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas? La fama de este muro se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que labramos yo y Febo Apolo cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe Laomedonte.

454 Zeus, que amontona las nubes, respondió muy indignado:

455 *Zeus.*—¡Oh dioses! ¡Tú, prepotente batidor de la tierra, qué palabras proferiste! A un dios muy inferior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no a ti, cuya fama se extenderá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, regresen en las naves a su patria tierra, derriba el muro, arrójalo entero al mar, y enarena otra vez la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquea.

Biblioteca Nacional de España

464 Así éstos conversaban. Al ponerse el sol, los aqueos tenían la obra acabada; inmolaron bueyes y se pusieron a cenar en las respectivas tiendas, cuando arribaron, procedentes de Lemnos, muchas naves cargadas de vino que enviaba Euneo Jasónida, hijo de Hipsipile y de Jasón, pastor de hombres. El hijo de Jasón mandaba separadamente, para los Atridas, Agamenón y Menelao, mil medidas de vino. Los melenudos aqueos acudieron a las naves; compraron vino, unos con bronce, otros con luciente hierro, otros con pieles, otros con vacas y otros con esclavos; y prepararon un festín espléndido. Toda la noche los melenudos aqueos disfrutaron del banquete, y lo mismo hicieron en la ciudad los troyanos y sus aliados. Toda la noche estuvo el próvido Zeus meditando cómo les causaría males y tronando de un modo horrible: el pálido temor se apoderó de todos, derramaron a tierra el vino de las copas, y nadie se atrevió a beber sin que antes hiciera libaciones al prepotente Cronión. Después se acostaron y el don del sueño recibieron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VIII

BATALLA INTERRUMPIDA

LA Aurora, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, reunió el ágora de los dioses en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Y así les habló, mientras ellos atentamente le escuchaban:

5 *Zeus.*—¡Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreva a transgredir mi mandato; antes bien, asentid todos, a fin de que cuanto antes lleve al cabo lo que pretendo. El dios que intente separarse de los demás y socorrer a los teucros o a los dánaos, como yo le vea, volverá afrentosamente golpeado al Olimpo; o cogiéndole, lo arrojaré al tenebroso Tártaro, muy lejos, en lo más profundo del báratro debajo de la tierra—sus puertas son de hierro, y el umbral, de bronce, y su profundidad desde el Hades como del cielo a la tierra,—y conocerá en seguida cuánto aventaja mi poder al de las demás deidades. Y si queréis, haced esta prueba, oh dioses, para que os convenzáis. Suspended del cielo áurea cadena, asíos todos, dioses y diosas, de la misma, y no os será posible arrastrar del cielo a la tierra a Zeus, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis; mas si yo me resolviese a tirar de aquélla, os levantaría con la tierra y el mar, ataría un cabo de la cadena en la cumbre del Olimpo, y todo quedaría en el aire. Tan superior soy a los dioses y a los hombres.

28 Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues fué mucha la vehemencia con que se expresó. Al fin, Atenea, la diosa de ojos de lechuza, dijo:

31 *Atenea.*—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los soberanos! Bien sabemos que es incontrastable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se cumplirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en el combate, si nos lo mandas; pero sugeriremos a los argivos consejos saludables, a fin de que no perezcan todos, a causa de tu cólera.

38 Sonriéndose, le contestó Zeus, que amontona las nubes:

39 *Zeus.*—Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente.

41 Esto dicho, unció los corceles de pies de bronce y áureas crines, que volaban ligeros; vistió la dorada túnica, tomó el látigo de oro y fina labor, y

Biblioteca Nacional de España

subió al carro. Picó a los caballos para que arrancaran; y éstos, gozosos, emprendieron el vuelo entre la tierra y el estrellado cielo. Pronto llegó al Ida, abundante en fuentes y criador de fieras, al Gárgaro, donde tenía un bosque sagrado y un perfumado altar; allí el padre de los hombres y de los dioses detuvo los corceles, los desenganchó del carro y los cubrió de espesa niebla. Sentóse luego en la cima, ufano de su gloria, y se puso a contemplar la ciudad troyana y las naves aqueas.

53 Los melenudos aqueos se desayunaron apresuradamente en las tiendas, y en seguida tomaron las armas. También los teucros se armaron dentro de la ciudad; y aunque eran menos, estaban dispuestos a combatir, obligados por la cruel necesidad de proteger a sus hijos y mujeres: abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que peleaban en carros, y se produjo un gran tumulto.

60 Cuando los dos ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y el valor de los guerreros armados de broncíneas corazas, y al aproximarse las abollonadas rodelas se produjo un gran tumulto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre.

66 Al amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los dardos alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido la mitad del cielo, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en ella dos destinos de la muerte que tiende a lo largo—el de los teucros, domadores de caballos, y el de los aqueos, de broncíneas lorigas;—cogió por el medio la balanza, la desplegó y tuvo más peso el día fatal de los aqueos. Los destinos de éstos bajaron hasta llegar a la fértil tierra, mientras los de los teucros subían al espacioso cielo. Zeus, entonces, tronó fuerte desde el Ida y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes, al verla, se pasmaron, sobrecogidos de pálido temor.

78 Ya no se atrevieron a permanecer en el campo ni Idomeneo, ni Agamenón, ni los dos Ayantes, servidores de Ares; y sólo se quedó Néstor gerenio, protector de los aqueos, contra su voluntad, por tener malparado uno de los corceles, al cual el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, había herido con una flecha en lo alto de la cabeza, donde las crines empiezan a crecer y las heridas son mortales. El caballo, al sentir el dolor, se encabritó, y la flecha le penetró el cerebro; y revolcándose para sacudir el bronce, espantó a los demás caballos. Mientras el anciano se daba prisa a cortar con la espada las correas del caído corcel, vinieron por entre la muchedumbre los veloces caballos de Héctor, tirando del carro en que iba tan audaz guerrero. Y el anciano perdiera allí la vida, si al punto no lo hubiese advertido Diomedes, valiente en la pelea; el cual, vociferando de un modo horrible, dijo a Odiseo:

93 *Diomedes.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¿Adónde huyes, confundido con la turba y volviendo la espalda como un cobarde? Mira que alguien, mientras huyes, no te clave la lanza en el dorso. Pero aguarda y apartaremos del anciano al feroz guerrero.

Biblioteca Nacional de España

97 Así dijo, y el paciente divino Odiseo pasó sin oírle, corriendo hacia las cóncavas naves de los aqueos. El Tidida, aunque estaba solo, se abrió paso por las primeras filas; y deteniéndose ante el carro del viejo Nelida, pronunció estas aladas palabras:

102 *Diomedes.*—¡Oh anciano! Los guerreros mozos te acosan y te hallas sin fuerzas, abrumado por la molesta senectud; tu escudero tiene poco vigor y tus caballos son tardos. Sube a mi carro para que veas cuáles son los corceles de Tros que quité a Eneas, el que pone en fuga a sus enemigos, y cómo saben tanto perseguir acá y acullá de la llanura, como huir ligeros. De los tuyos cuiden los servidores; y nosotros dirijamos éstos hacia los teucros, domadores de caballos, para que Héctor sepa con qué furia se mueve la lanza en mis manos.

112 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no desobedeció. Encargáronse de sus yeguas los bravos escuderos Esténelo y Eurimedonte valeroso; y habiendo subido ambos héroes al carro de Diomedes, Néstor cogió las lustrosas riendas y avispó a los caballos, y pronto se hallaron cerca de Héctor. El hijo de Tideo arrojóle un dardo, cuando Héctor deseaba acometerle, y si bien erró el tiro, hirió en el pecho cerca de la tetilla a Eniopeo, hijo del animoso Tebeo, que, como auriga, gobernaba las riendas: Eniopeo cayó del carro, cejaron los veloces corceles y allí terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejóle en el suelo y buscó otro auriga que fuese osado. Poco tiempo estuvieron los caballos sin conductor, pues Héctor encontróse con el ardido Arqueptólemo Ifítida, y haciéndole subir al carro de que tiraban los ágiles corceles, le puso las riendas en la mano.

130 Entonces gran estrago e irreparables males se hubieran producido y los teucros habrían sido encerrados en Ilión como corderos, si al punto no lo hubiese advertido el padre de los hombres y de los dioses. Tronando de un modo espantoso, despidió un ardiente rayo para que cayera en el suelo delante de los caballos de Diomedes; el azufre encendido produjo una terrible llama; los corceles, asustados, acurrucáronse debajo del carro; las lustrosas riendas cayeron de las manos de Néstor, y éste, con miedo en el corazón, dijo a Diomedes:

139 *Néstor.*—¡Tidida! Tuerce la rienda a los solípedos caballos y huyamos. ¿No conoces que la protección de Zeus ya no te acompaña? Hoy Zeus Cronida otorga a ése la victoria; otro día, si le place, nos la dará a nosotros. Ningún hombre, por fuerte que sea, puede impedir los propósitos de Zeus, porque el dios es mucho más poderoso.

145 Respondióle Diomedes, valiente en la pelea:

146 *Diomedes.*—Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir, pero un terrible pesar me llega al corazón y al alma. Quizás diga Héctor, arengando a los teucros: «El Tidida llegó a las naves, puesto en fuga por mi lanza.» Así se jactará; y entonces ábraseme la vasta tierra.

151 Replicóle Néstor, caballero gerenio:

152 *Néstor.*—¡Ay de mí! ¡Qué dijiste, hijo del belicoso Tideo! Si Héctor te

Biblioteca Nacional de España

llamare cobarde y flaco, no le creerán ni los troyanos, ni los dardanios, ni las mujeres de los teucros magnánimos, escudados, cuyos esposos florecientes derribaste en el polvo.

157 Dichas estas palabras, volvió la rienda a los solípedos caballos, y empezaron a huir por entre la turba. Los teucros y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover sobre ellos dañosos tiros. Y el gran Héctor, el de tremolante casco, gritaba con voz recia:

161 *Héctor.*—¡Tidida! Los dánaos, de ágiles corceles, te cedían la preferencia en el asiento y te obsequiaban con carne y copas de vino; mas ahora te despreciarán, porque te has vuelto como una mujer. Anda, tímida doncella; ya no escalarás nuestras torres, venciéndome a mí, ni te llevarás nuestras mujeres en las naves, porque antes te daré la muerte.

167 Así dijo. El Tidida estaba indeciso entre seguir huyendo o torcer la rienda a los corceles y volver a pelear. Tres veces se le presentó la duda en la mente y en el corazón, y tres veces el próvido Zeus tronó desde los montes ideos para anunciar a los teucros que suya sería en aquel combate la inconstante victoria. Y Héctor los animaba, diciendo a voz en grito:

173 *Héctor.*—¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor. Conozco que el Cronida me concede, benévolo, la victoria y una gloria inmensa y envía la perdición a los dánaos; quienes, oh necios, construyeron esos muros débiles y despreciables que no podrán contener mi arrojo, pues los caballos salvarán fácilmente el cavado foso. Cuando llegue a las cóncavas naves, acordaos de traerme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los argivos aturdidos por el humo.

184 Dijo, y exhortó a sus caballos con estas palabras:

185 *Héctor.*—¡Janto, Podargo, Etón, divino Lampo! Ahora debéis pagarme el exquisito cuidado con que Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, os ofrecía el regalado trigo y os mezclaba vinos para que pudieseis, bebiendo, satisfacer vuestro apetito; antes que a mí, que me glorio de ser su floreciente esposo. Seguid el alcance, esforzaos, para ver si nos apoderamos del escudo de Néstor, cuya fama llega hasta el cielo por ser todo de oro, sin exceptuar las abrazaderas, y le quitamos de los hombros a Diomedes, domador de caballos, la labrada coraza que Hefesto fabricó. Creo que si ambas cosas consiguiéramos, los aqueos se embarcarían esta misma noche en las veleras naves.

198 Así habló, vanagloriándose. La veneranda Hera, indignada, se agitó en su trono, haciendo estremecer el espacioso Olimpo, y dijo al gran dios Posidón:

201 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Prepotente Posidón que bates la tierra! ¿Tu corazón no se compadece de los dánaos moribundos, que tantos y tan lindos presentes te llevan a Hélice y a Egas? Decídete a darles la victoria. Si cuantos protegemos a los dánaos quisiéramos rechazar a los teucros y contener al largovidente Zeus, éste se aburriría sentado solo allá en el Ida.

208 Respondióle muy indignado el poderoso dios que sacude la tierra:

209 *Posidón.*—¿Qué palabras proferiste, audaz Hera? Yo no quisiera que

Biblioteca Nacional de España

los demás dioses lucháramos con Zeus Cronión, porque nos aventaja mucho en poder.

212 Así éstos conversaban. Cuanto espacio encerraba el foso desde la torre hasta las naves, llenóse de carros y hombres escudados que allí acorraló Héctor Priámida, igual al impetuoso Ares, cuando Zeus le dió gloria. Y el héroe hubiese pegado ardiente fuego a las naves bien proporcionadas a no haber sugerido la venerable Hera a Agamenón, aunque éste no se descuidaba, que animara pronto a los aqueos. Fuése el Atrida hacia las tiendas y las naves aqueas con el grande purpúreo manto en el robusto brazo, y subió a la ingente nave negra de Odiseo, que estaba en el centro, para que le oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ayante Telamonio y de Aquileo, los cuales habían puesto sus bajeles en los extremos porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Y con voz penetrante gritaba a los dánaos:

228 *Agamenón.*—¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! ¿Qué es de la jactancia con que nos gloriábamos de ser valentísimos, y con que decíais presuntuosamente en Lemnos, comiendo abundante carne de bueyes de erguida cornamenta y bebiendo crateras coronadas de vino, que cada uno haría frente en la batalla a ciento y a doscientos troyanos? Ahora ni con uno podemos, con Héctor, que pronto pegará ardiente fuego a las naves. ¡Padre Zeus! ¿Hiciste sufrir tamaña desgracia y privaste de una gloria tan grande a algún otro de los prepotentes reyes? Cuando vine, no pasé de largo en la nave de muchos bancos por ninguno de tus bellos altares, sino que en todos quemé grasa y muslos de buey, deseoso de asolar la bien murada Troya. Por tanto, oh Zeus, cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas que los teucros maten a los aqueos.

245 Así dijo. El padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su pueblo se salvara y no pereciese; y en seguida mandó un águila, la mejor de las aves agoreras, que tenía en las garras el hijuelo de una veloz cierva y lo dejó caer al pie del ara hermosa de Zeus, donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios, como autor de los presagios todos. Cuando ellos vieron que el ave había sido enviada por Zeus, arremetieron con más ímpetu contra los teucros y sólo en combatir pensaron.

253 Entonces ninguno de los dánaos, aunque eran muchos, pudo gloriarse de haber revuelto sus veloces caballos para pasar el foso y resistir el ataque, antes que el Tidida. Fué éste el primero que mató a un guerrero teucro, a Agelao Fradmónida, que, subido en el carro, emprendía la fuga: hundióle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta salió por el pecho; Agelao cayó del carro y sus armas resonaron.

261 Siguieron a Diomedes los Atridas, Agamenón y Menelao; los Ayantes, revestidos de impetuoso valor; Idomeneo y su servidor Meriones, igual al homicida Enialio; Eurípilo, hijo ilustre de Evemón; y en noveno lugar, Teucro, que, con el flexible arco en la mano, se escondía detrás del escudo de Ayante Telamoníada. Este levantaba el escudo; y Teucro, volviendo el rostro a todos lados, flechaba a uno de la turba que caía mortalmente herido, y al

Biblioteca Nacional de España

momento tornaba a refugiarse en Ayante (como un niño en su madre), quien le cubría otra vez con el refulgente escudo.

¿Cuál fué el primero, cuál el último de los que entonces mató el eximio Teucro? Orsíloco el primero, Ormeno, Ofelestes, Détor, Cromio, Licotontes igual a un dios, Amopaón Poliemónida y Melanipo. A tantos derribó sucesivamente al almo suelo. El rey de hombres Agamenón se holgó de ver que Teucro destruía las falanges troyanas, disparando el fuerte arco; y poniéndose a su lado, le dijo:

Agamenón.—¡Caro Teucro Telamonio, príncipe de hombres! Sigue arrojando flechas, por si acaso llegas a ser la aurora de salvación de los dánaos y honras a tu padre Telamón, que te crió cuando eras niño y te educó en su casa, a pesar de tu condición de bastardo; ya que está lejos de aquí, cúbrele de gloria. Lo que voy a decir se cumplirá: Si Zeus, que lleva la égida, y Atenea me permiten destruir la bien edificada ciudad de Ilión, te pondré en la mano, como premio de honor únicamente inferior al mío, o un trípode, o dos corceles con su correspondiente carro, o una mujer que comparta el lecho contigo.

Respondióle el eximio Teucro:

Teucro.—¡Gloriosísimo Atrida! ¿Por qué me instigas cuando ya, solícito, hago lo que puedo? Desde que los rechazamos hacia Ilión mato hombres, valiéndome del arco. Ocho flechas de larga punta tiré, y todas se clavaron en el cuerpo de jóvenes llenos de marcial furor; pero no consigo herir a ese perro rabioso.

Dijo; y apercibiendo el arco, envió otra flecha a Héctor con intención de herirle. Tampoco acertó; pero la saeta se clavó en el pecho del eximio Gorgitión, valeroso hijo de Príamo y de la bella Castianira, oriunda de Esima, cuyo cuerpo al de una diosa semejaba. Como en un jardín inclina la amapola su tallo, combándose al peso del fruto o de los aguaceros primaverales; de semejante modo inclinó el guerrero la cabeza que el casco hacía ponderosa.

Teucro armó nuevamente el arco, envió otra saeta a Héctor, con ánimo de herirle, y también erró el tiro, por haberlo desviado Apolo; pero hirió en el pecho cerca de la tetilla a Arqueptólemo, osado auriga de Héctor, cuando se lanzaba a la pelea. Arqueptólemo cayó del carro, cejaron los corceles de pies ligeros, y allí terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejóle y mandó a su propio hermano Cebriones, que se hallaba cerca, que empuñara las riendas de los caballos. Oyóle éste y no desobedeció. Héctor saltó del refulgente carro al suelo, y vociferando de un modo espantoso, cogió una piedra y encaminóse hacia Teucro con el propósito de herirle. Teucro, a su vez, sacó del carcaj una acerba flecha; y ya estiraba la cuerda del arco, cuando Héctor, el de tremolante casco, acertó a darle con la áspera piedra cerca del hombro, donde la clavícula separa el cuello del pecho y las heridas son mortales, y le rompió el nervio: entorpecióse el brazo, Teucro cayó de hinojos y el arco se le fué de las manos. Ayante no abandonó al hermano caído en el suelo, sino que, corriendo a defenderle, le cubrió con el

Biblioteca Nacional de España

escudo. Acudieron dos fieles compañeros, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor; y cogiendo a Teucro, que daba grandes suspiros, lo llevaron a las cóncavas naves.

335 El Olímpico volvió a excitar el valor de los teucros, los cuales hicieron arredrar a los aqueos en derechura al profundo foso. Héctor iba con los delanteros, haciendo gala de su fuerza. Como el perro que acosa con ágiles pies a un jabalí o a un león, le muerde por detrás, ya los muslos, ya las nalgas, y observa si vuelve la cara; de igual modo perseguía Héctor a los melenudos aqueos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. Cuando atravesaron la empalizada y el foso, muchos sucumbieron a manos de los teucros; los demás no pararon hasta las naves, y allí se animaban los unos a los otros, y con los brazos levantados oraban en voz alta a todas las deidades. Héctor revolvía por todas partes los corceles de hermosas crines; y sus ojos parecían los de Gorgo o los de Ares, peste de los hombres.

350 Hera, la diosa de los níveos brazos, al ver a los aqueos compadeciólos, y en seguida dirigió a Atenea estas aladas palabras:

352 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¿No nos cuidaremos de socorrer, aunque tarde, a los dánaos moribundos? Perecerán, cumpliéndose su aciago destino, por el arrojo de un solo hombre, de Héctor Priámida, que se enfurece de intolerable modo y ya ha causado gran estrago.

357 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

358 *Atenea.*—Tiempo ha que ése hubiera perdido fuerza y vida, muerto en su patria tierra por los aqueos; pero mi padre revuelve en su mente funestos propósitos, ¡cruel, siempre injusto, desbaratador de mis planes!, y no recuerda cuántas veces salvé a su hijo abrumado por los trabajos que Euristeo le había impuesto: clamaba al cielo, llorando, y Zeus me enviaba a socorrerle. Si mi precavida mente hubiese sabido lo de ahora, no hubiera escapado el hijo de Zeus de las hondas corrientes de la Estix, cuando aquél le mandó que fuera a la mansión de Hades, de sólidas puertas, y sacara del Érebo el horrendo can de Hades. Al presente Zeus me aborrece y cumple los deseos de Tetis, que besó sus rodillas y le tocó la barba, suplicándole que honrase a Aquileo, asolador de ciudades. Día vendrá en que me llame nuevamente su amada hija, la de ojos de lechuza. Pero unce los solípedos corceles, mientras yo, entrando en el palacio de Zeus, que lleva la égida, me armo para el combate; quiero ver si el hijo de Príamo, Héctor, el de tremolante casco, se alegrará cuando aparezcamos en el campo de la batalla. Alguno de los teucros, cayendo junto a las naves aqueas, saciará con su grasa y con su carne a los perros y a las aves.

381 Dijo; y Hera, la diosa de los níveos brazos, no fué desobediente. La venerable diosa Hera, hija del gran Cronos, aprestó solícita los caballos de áureos jaeces. Y Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo el hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, larga, fornida, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando

Biblioteca Nacional de España

contra ellos monta en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y abriéronse de propio impulso, rechinando, las puertas del cielo de que cuidan las Horas—a ellas está confiado el espacioso cielo y el Olimpo,—para remover o colocar delante la densa nube. Por allí, por entre las puertas, dirigieron aquellas deidades los corceles, dóciles al látigo.

397 El padre Zeus, apenas las vió desde el Ida, se encendió en cólera; y al punto llamó a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

399 *Zeus.*—¡Anda, ve, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no les dejes llegar a mi presencia, porque ningún beneficio les reportará luchar conmigo. Lo que voy a decir se cumplirá: Encojaréles los briosos corceles; las derribaré del carro, que romperé luego, y ni en diez años cumplidos sanarán de las heridas que les produzca el rayo, para que conozca la de ojos de lechuza que es con su padre contra quien combate. Con Hera no me irrito ni me encolerizo tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto digo.

409 De tal modo habló. Iris, la de los pies rápidos como el huracán, se levantó para llevar el mensaje; descendió de los montes ideos; y alcanzando a las diosas en la entrada del Olimpo, en valles abundoso, hizo que se detuviesen, y les transmitió la orden de Zeus:

413 *Iris.*—¿Adónde corréis? ¿Por qué en vuestro pecho el corazón se enfurece? No consiente el Cronida que se socorra a los argivos. Ved aquí lo que hará el hijo de Cronos si cumple su amenaza: Os encojará los briosos caballos, os derribará del carro, que romperá luego, y ni en diez años cumplidos sanaréis de las heridas que os produzca el rayo; para que conozcas tú, la de ojos de lechuza, que es con tu padre contra quien combates. Con Hera no se irrita ni se encoleriza tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto dice. Pero tú, temeraria, perra desvergonzada, si realmente te atrevieras a levantar contra Zeus la formidable lanza...!

425 Cuando esto hubo dicho, fuése Iris, la de los pies ligeros; y Hera dirigió a Atenea estas palabras:

427 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! Ya no permito que por los mortales peleemos con Zeus. Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; y aquél sea juez, como le corresponde, y dé a los teucros y a los dánaos lo que su espíritu acuerde.

432 Esto dicho, torció la rienda a los solípedos caballos. Las Horas desuncieron los corceles de hermosas crines, los ataron a pesebres divinos y apoyaron el carro en el reluciente muro. Y las diosas, que tenían el corazón afligido, se sentaron en áureos tronos mezcladamente con las demás deidades.

438 El padre Zeus, subiendo al carro de hermosas ruedas, guió los caballos desde el Ida al Olimpo y llegó a la mansión de los dioses; y allí el ínclito dios que sacude la tierra desunció los corceles, puso el carro en el estrado y lo cubrió con un velo de lino. El largovidente Zeus tomó asiento en el áureo trono y el inmenso Olimpo tembló debajo de sus pies. Atenea y Hera, sentadas aparte y a distancia de Zeus, nada le dijeron ni preguntaron; mas él comprendió en su mente lo que pensaban, y dijo:

447 *Zeus.*—¿Por qué os halláis tan abatidas, Atenea y Hera? No os habréis

Biblioteca Nacional de España

fatigado mucho en la batalla, donde los varones adquieren gloria, matando teucros, contra quienes sentís vehemente rencor. Son tales mi fuerza y mis manos invictas, que no me harían cambiar de resolución cuantos dioses hay en el Olimpo. Pero os temblaron los hermosos miembros antes que llegarais a ver el combate y sus terribles hechos. Diré lo que en otro caso hubiera ocurrido: Heridas por el rayo, no hubieseis vuelto en vuestro carro al Olimpo, donde se halla la mansión de los inmortales.

457 Así dijo. Atenea y Hera, que tenían los asientos contiguos y pensaban en causar daño a los teucros, mordiéronse los labios. Atenea, aunque airada contra su padre y poseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera la ira no le cupo en el pecho, y exclamó:

462 *Hera.*—¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Bien sabemos que es incontrastable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se cumplirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en la lucha, si nos lo mandas, pero sugeriremos a los argivos consejos saludables para que no perezcan todos víctimas de tu cólera.

469 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

470 *Zeus.*—En la próxima mañana verás, si quieres, oh Hera veneranda, la de ojos de novilla, cómo el prepotente Cronión hace gran riza en el ejército de los belicosos argivos. Y el impetuoso Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante el Pelida, el de los pies ligeros, el día aquel en que combatan cerca de las popas y en estrecho espacio por el cadáver de Patroclo. Así lo decretó el hado, y no me importa que te irrites. Aunque te vayas a los confines de la tierra y del mar, donde moran Japeto y Cronos, que no disfrutan de los rayos del Sol Hiperión ni de los vientos, y se hallan rodeados por el profundo Tártaro; aunque, errante, llegues hasta allí, no me importará verte enojada, porque no hay nada más impudente que tú.

484 Así dijo; y Hera, la de los níveos brazos, nada respondió. La brillante luz del sol se hundió en el Océano, trayendo sobre la alma tierra la noche obscura. Contrarió a los teucros la desaparición de la luz; mas para los aqueos llegó grata, muy deseada, la tenebrosa noche.

489 El esclarecido Héctor reunió a los teucros en la ribera del voraginoso Janto, lejos de las naves, en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres. Aquéllos descendieron de los carros y escucharon a Héctor, caro a Zeus, que arrimado a su lanza de once codos, cuya reluciente broncínea punta estaba sujeta por áureo anillo, así les arengaba:

497 *Héctor.*—¡Oídme, troyanos, dárdanos y aliados! En el día de hoy esperaba volver a la ventosa Ilión después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero nos quedamos a obscuras, y esto ha salvado a los argivos y a las naves que tienen en la playa. Obedezcamos ahora a la noche sombría y ocupémonos en preparar la cena; desuncid de los carros a los corceles de hermosas crines y echadles el pasto; traed pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de vuestras casas pan y vino, que alegra el corazón; amontonad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte la aurora, hija de la mañana, y cuyo resplandor llegue al cielo:

Biblioteca Nacional de España

no sea que los melenudos aqueos intenten huir esta noche por el ancho dorso del mar. No se embarquen tranquilos y sin ser molestados, sino que alguno tenga que curarse en su casa una lanzada o un flechazo recibido al subir a la nave, para que tema quien ose mover la luctuosa guerra a los teucros, domadores de caballos. Los heraldos, caros a Zeus, vayan a la población y pregonen que los adolescentes y los ancianos de canosas sienes se reúnan en las torres que fueron construidas por las deidades y circundan la ciudad; que las tímidas mujeres enciendan grandes fogatas en sus respectivas casas, y que la guardia sea continua para que los enemigos no entren insidiosamente en la ciudad mientras los hombres estén fuera. Hágase como os lo encargo, magnánimos teucros. Dichas quedan las palabras que al presente convienen; mañana os arengaré de nuevo, troyanos domadores de caballos; y espero que, con la protección de Zeus y de las otras deidades, echaré de aquí a esos perros rabiosos, traídos por las parcas en los negros bajeles. Durante la noche hagamos guardia nosotros mismos; y mañana, al comenzar del día, tomaremos las armas para trabar vivo combate junto a las cóncavas naves. Veré si el fuerte Diomedes Tidida me hace retroceder de las naves al muro, o si le mato con el bronce y me llevo sus cruentos despojos. Mañana probará su valor, si me aguarda cuando le acometa con la lanza; mas confío en que, así que salga el sol, caerá herido entre los combatientes delanteros, y con él muchos de sus camaradas. Así fuera yo inmortal, no tuviera que envejecer y gozara de los mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para los argivos.

542 De este modo arengó Héctor, y los teucros le aclamaron. Desuncieron de debajo del yugo los sudados corceles y atáronlos con correas junto a sus respectivos carros; sacaron pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de las casas pan y vino, que alegra el corazón, y amontonaron abundante leña. Después ofrecieron hecatombes perfectas a los inmortales, y los vientos llevaban de la llanura al cielo el suave olor de la grasa quemada; pero los bienaventurados dioses no quisieron aceptar la ofrenda, porque se les había hecho odiosa la sagrada Ilión y Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno.

553 Así, tan alentados, permanecieron toda la noche en el campo, donde ardían muchos fuegos. Como en noche de calma aparecen las radiantes estrellas en torno de la fulgente luna, y se descubren los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea, vense todos los astros, y al pastor se le alegra el corazón: en tan gran número eran las hogueras que, encendidas por los teucros, quemaban ante Ilión entre las naves y la corriente del Janto. Mil fuegos ardían en la llanura, y en cada uno se agrupaban cincuenta hombres a la luz de la ardiente llama. Y los caballos, comiendo cerca de los carros avena y blanca cebada, esperaban la llegada de la Aurora, la de hermoso trono.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA IX

EMBAJADA A AQUILEO.—SÚPLICAS

Así los teucros guardaban el campo. De los aqueos habíase enseñoreado la ingente fuga, compañera del glacial terror, y los más valientes estaban agobiados por insufrible pesar. Como conmueven el ponto, en peces abundante, los vientos Bóreas y Céfiro, soplando de improviso desde la Tracia, y las negruzcas olas se levantan y arrojan a la orilla multitud de algas; de igual modo les palpitaba a los aqueos el corazón en el pecho.

9 El Atrida, en gran dolor sumido el corazón, iba de un lado para otro y mandaba a los heraldos de voz sonora que convocaran al ágora, nominalmente y en voz baja, a todos los capitanes, y también él los iba llamando y trabajaba como los más diligentes. Los guerreros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón, llorando, como fuente profunda que desde altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías; y despidiendo hondos suspiros, habló de esta suerte a los argivos:

17 *Agamenón.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! En grave infortunio envolvióme Zeus Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Ilión y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me manda regresar a Argos, sin gloria, después de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que ha destruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras, porque su poder es inmenso. Ea, obremos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

29 Así dijo. Enmudecieron todos y permanecieron callados. Largo tiempo duró el silencio de los afligidos aqueos, mas al fin Diomedes, valiente en el combate, dijo:

32 *Diomedes.*—¡Atrida! Empezaré combatiéndote por tu imprudencia, como es permitido hacerlo, oh rey, en el ágora; pero no te irrites. Poco ha menospreciaste mi valor ante los dánaos, diciendo que soy cobarde y débil; lo saben los argivos todos, jóvenes y viejos. Mas a ti el hijo del artero Cronos de dos cosas te ha dado una: te concedió que fueras honrado como nadie por el cetro, y te negó la fortaleza, que es el mayor de los poderes. ¡Desgraciado! ¿Crees que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a regresar, parte: delante tienes el camino y cerca del mar gran copia de naves que desde Micenas te siguieron; pero los demás melenudos aqueos

Biblioteca Nacional de España

se quedarán hasta que destruyamos la ciudad de Troya. Y si también éstos quieren irse, huyan en los bajeles a su patria; y nosotros dos, yo y Esténelo, seguiremos peleando hasta que a Ilión le llegue su fin; pues vinimos debajo del amparo de los dioses.

50 Así habló; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y el caballero Néstor se levantó y dijo:

53 *Néstor.*—¡Tidida! Luchas con valor en el combate y superas en el consejo a los de tu edad; ningún aqueo osará vituperar ni contradecir tu discurso, pero no has llegado hasta el fin. Eres aún joven—por tus años podrías ser mi hijo menor—y, no obstante, dices cosas discretas a los reyes argivos y has hablado como se debe. Pero yo, que me vanaglorio de ser más viejo que tú, lo manifestaré y expondré todo; y nadie despreciará mis palabras, ni siquiera el rey Agamenón. Sin familia, sin ley y sin hogar debe de vivir quien apetece las horrendas luchas intestinas. Ahora obedezcamos a la negra noche: preparemos la cena y los guardias vigilen a orillas del cavado foso que corre delante del muro. A los jóvenes se lo encargo; y tú, oh Atrida, mándalo, pues eres el rey supremo. Ofrece después un banquete a los caudillos, que esto es lo que te conviene y lo digno de ti. Tus tiendas están llenas de vino que las naves aqueas traen continuamente de Tracia por el anchuroso ponto; dispones de cuanto se requiere para recibir a aquéllos, e imperas sobre muchos hombres. Una vez congregados, seguirás el parecer de quien te dé mejor consejo; pues de uno bueno y prudente tienen necesidad los aqueos, ahora que el enemigo enciende tal número de hogueras junto a las naves. ¿Quién lo verá con alegría? Esta noche se decidirá la ruina o la salvación del ejército.

79 Así dijo, y ellos le escucharon atentamente y le obedecieron. Al punto se apresuraron a salir con armas, para encargarse de la guardia, Trasimedes Nestórida, pastor de hombres; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Meriones, Afareo, Deipiro y el divino Licomedes, hijo de Creonte. Siete eran los capitanes de los centinelas, y cada uno mandaba cien mozos provistos de luengas picas. Situáronse entre el foso y la muralla, encendieron fuego, y todos sacaron su respectiva cena.

89 El Atrida llevó a su tienda a los príncipes aqueos, así que se hubieron reunido, y les dió un espléndido banquete. Ellos metieron mano en los manjares que tenían delante, y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor, empezó a aconsejarles; y arengándoles con benevolencia, les dijo:

96 *Néstor.*—¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres Agamenón! Por ti acabaré y por ti comenzaré también, ya que reinas sobre muchos hombres y Zeus te ha dado cetro y leyes para que mires por los súbditos. Por esto debes exponer tu opinión y oír la de los demás y aun llevarla a cumplimiento cuando cualquiera, siguiendo los impulsos de su ánimo, proponga algo bueno; que es atribución tuya ejecutar lo que se acuerde. Te diré lo que considero más conveniente y nadie concebirá una idea mejor que la que tuve y sigo teniendo, oh vástago de Zeus, desde que, contra mi parecer, te llevaste la joven Briseida arrebatándola de la tienda del enojado Aquileo. Gran empeño puse en

Biblioteca Nacional de España

disuadirte, pero venció tu ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón honrado por los dioses, arrebatándole la recompensa que todavía retienes. Mas veamos todavía si podremos aplacarle con agradables presentes y dulces palabras.

114 Respondióle el rey de hombres Agamenón:

115 *Agamenón.*—No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Procedí mal, no lo niego; vale por muchos el varón a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a ése, ha causado la derrota de los aqueos. Mas, ya que le falté, dejándome llevar por la funesta pasión, quiero aplacarle y le ofrezco la muchedumbre de espléndidos presentes que voy a enumerar: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que en la carrera alcanzaron la victoria. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos solípedos caballos lograron. Le daré también siete mujeres lesbias, hábiles en hacer primorosas labores, que yo mismo escogí cuando tomó la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. Con ellas le entregaré la hija de Briseo que entonces le quité, y juraré solemnemente que jamás subí a su lecho ni me uní con ella, como es costumbre entre hombres y mujeres. Todo esto se le presentará en seguida; mas si los dioses nos permiten destruir la gran ciudad de Príamo, entre en ella cuando los aqueos partamos el botín, cargue abundantemente de oro y de bronce su nave y elija él mismo las veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrá ser mi yerno y tendrá tantos honores como Orestes, mi hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejé en el alcázar bien construido, Crisótemis, Laódice e Ifianasa, llévese la que quiera, sin dotarla, a la casa de Peleo; que yo la dotaré tan espléndidamente, como nadie haya dotado jamás a su hija: ofrezco darle siete populosas ciudades—Cardámila, Énope, la herbosa Hira, la divina Feras, Antea, la de los hermosos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante,—situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres ricos en ganado y en bueyes, que le honrarán con ofrendas como a una deidad y pagarán, regidos por su cetro, crecidos tributos. Todo esto haría yo, con tal que depusiera la cólera. Que se deje ablandar; pues, por ser implacable e inexorable, Hades es para los mortales el más aborrecible de todos los dioses; y ceda a mí, que en poder y edad de aventajarle me glorio.

162 Contestó Néstor, caballero gerenio:

163 *Néstor.*—¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres Agamenón! No son despreciables los regalos que ofreces al rey Aquileo. Ea, elijamos esclarecidos varones que cuanto antes vayan a la tienda del Pelida. Y si quieres, yo mismo los designaré y ellos obedezcan: Fénix, caro a Zeus, que será el jefe, el gran Ayante y el divino Odiseo, acompañados de los heraldos Odio y Euríbates. Dadnos agua a las manos e imponed silencio, para rogar a Zeus Cronida que se apiade de nosotros.

173 Así dijo, y su discurso agradó a todos. Los heraldos dieron en seguida

Biblioteca Nacional de España

aguamanos a los caudillos, y los mancebos, coronando de bebida las crateras, distribuyéronla a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Luego que hicieron libaciones y cada cual bebió cuanto quiso, salieron de la tienda de Agamenón Atrida. Y Néstor, caballero gerenio, fijando sucesivamente los ojos en cada uno de los elegidos, les recomendaba mucho, y de un modo especial a Odiseo, que procuraran persuadir al eximio Pelión.

Fuéronse éstos por la orilla del estruendoso mar y dirigían muchos ruegos a Posidón, que ciñe y bate la tierra, para que les resultara fácil llevar la persuasión al altivo espíritu del Eácida. Cuando hubieron llegado a las tiendas y naves de los mirmidones, hallaron al héroe deleitándose con una hermosa lira labrada, de argénteo puente, que había cogido de entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión; con ella recreaba su ánimo, cantando hazañas de los hombres. Patroclo, solo y callado, estaba sentado frente a él y esperaba que el Eácida acabase de cantar. Entraron aquéllos, precedidos por Odiseo, y se detuvieron delante del héroe; Aquileo, atónito, se alzó del asiento sin dejar la lira, y Patroclo al verlos se levantó también. Aquileo, el de los pies ligeros, tendióles la mano y dijo:

Aquileo.—¡Salud, amigos que llegáis! Grande debe de ser la necesidad cuando venís vosotros, que sois para mí, aunque esté irritado, los más queridos de los aqueos todos.

En diciendo esto, el divino Aquileo les hizo sentar en sillas provistas de purpúreos tapetes, y en seguida dijo a Patroclo, que estaba cerca de él:

Aquileo.—¡Hijo de Menetio! Saca la cratera mayor, llénala del vino más añejo y distribuye copas; pues están debajo de mi techo los hombres que me son más caros.

Así dijo, y Patroclo obedeció al compañero amado. En un tajón que acercó a la lumbre puso los lomos de una oveja y de una pingüe cabra y la grasa espalda de un suculento jabalí. Automedonte sujetaba la carne; Aquileo, después de cortarla y dividirla, la espetaba en asadores; y el Menetíada, varón igual a un dios, encendía un gran fuego; y luego, quemada la leña y muerta la llama, extendió las brasas, colocó encima los asadores asegurándolos con piedras y sazonó la carne con la divina sal. Cuando aquélla estuvo asada y servida en la mesa, Patroclo repartió pan en hermosas canastillas; y Aquileo distribuyó la carne, sentóse frente al divino Odiseo, de espaldas a la pared, y ordenó a Patroclo, su amigo, que hiciera la ofrenda a los dioses. Patroclo echó las primicias al fuego. Metieron mano a los manjares que tenían delante, y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Ayante hizo una seña a Fénix; y Odiseo, al advertirlo, llenó de vino la copa y brindó a Aquileo:

Odiseo.—¡Salve, Aquileo! De igual festín hemos disfrutado en la tienda del Atrida Agamenón que ahora aquí, donde podríamos comer muchos y agradables manjares; pero los placeres del delicioso banquete no nos halagan porque tememos, oh alumno de Zeus, que nos suceda una gran desgracia: dudamos si nos será dado salvar o perder las naves de muchos bancos, si tú no te revistes de valor. Los orgullosos troyanos y sus auxiliares, venidos de lejas tierras, acampan junto a las naves y al muro y han encendido una porción de

Biblioteca Nacional de España

hogueras; y dicen que, como no podremos resistirles, asaltarán las negras naves; Zeus Cronida relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido por su bravura y confiando en Zeus, se muestra estupendamente furioso, no respeta a hombres ni a dioses, está poseído de cruel rabia, y pide que aparezca pronto la divina Aurora, asegurando que ha de cortar nuestras elevadas popas, quemar las naves con ardiente fuego, y matar cerca de ellas a los aqueos aturdidos por el humo. Mucho teme mi alma que los dioses cumplan sus amenazas y el destino haya dispuesto que muramos en Troya, lejos de la Argólide, criadora de caballos. Ea, levántate si deseas, aunque tarde, salvar a los aqueos, que están acosados por los teucros. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede repararse el mal una vez causado; piensa, pues, cómo librarás a los dánaos de tan funesto día. Amigo, tu padre Peleo te daba estos consejos el día en que desde Ptía te envió a Agamenón: «¡Hijo mío! La fortaleza, Atenea y Hera te la darán si quieren; tú refrena en el pecho el natural fogoso—la benevolencia es preferible—y abstente de perniciosas disputas para que seas más honrado por los argivos jóvenes y ancianos.» Así te amonestaba el anciano y tú lo olvidas. Cede ya y depón la funesta cólera; pues Agamenón te ofrece dignos presentes si renuncias a ella. Y si quieres, oye y te referiré cuanto Agamenón dijo en su tienda que te daría: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que alcanzaron la victoria en la carrera. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos caballos de Agamenón con sus pies lograron. Te dará también siete mujeres lesbias, hábiles en hacer primorosas labores, que él mismo escogió cuando tomaste la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. Con ellas te entregará la hija de Briseo, que te ha quitado, y jurará solemnemente que jamás subió a su lecho ni se unió con la misma, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres. Todo esto se te presentará en seguida; mas si los dioses nos permiten destruir la gran ciudad de Príamo, entra en ella cuando los aqueos partamos el botín, carga abundantemente de oro y de bronce tu nave y elige tú mismo las veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y si conseguimos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrás ser su yerno y tendrás tantos honores como Orestes, su hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejó en el palacio bien construido, Crisótemis, Laódice e Ifianasa, llévate la que quieras, sin dotarla, a la casa de Peleo, que él la dotará espléndidamente como nadie haya dotado jamás a su hija: ofrece darte siete populosas ciudades—Cardámila, Énope, la herbosa Hira, la divina Feras, Antea, la de los amenos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante,—situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres ricos en ganado y en bueyes, que te honrarán con ofrendas como a un dios y pagarán, regidos por tu cetro, crecidos tributos. Todo esto haría, con tal que depusieras la cólera. Y si el Atrida y sus regalos te son odiosos, apiádate de los aqueos todos, que, atribulados como están en el ejército, te venerarán como a un dios y conseguirás entre ellos inmensa gloria. Ahora podrías matar a Héctor, que llevado de su funesta

Biblioteca Nacional de España

rabia se acercará mucho a ti, pues dice que ninguno de los dánaos que trajeron las naves le iguala en valor.

307 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

308 *Aquileo.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Preciso es que os manifieste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme unos por un lado y otros por el opuesto. Me es tan odioso como las puertas de Hades quien piensa una cosa y manifiesta otra. Diré, pues, lo que me parece mejor. Creo que ni el Atrida Agamenón ni los dánaos lograrán convencerme, ya que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra hombres enemigos. La misma recompensa obtiene el que se queda en su tienda, que el que pelea con bizarría; en igual consideración son tenidos el cobarde y el valiente; y así muere el holgazán como el laborioso. Ninguna ventaja me ha procurado sufrir tantos pesares y exponer mi vida en el combate. Como el ave lleva a los implumes hijuelos la comida que coge, privándose de ella, así yo pasé largas noches sin dormir y días enteros entregado a la cruenta lucha con hombres que combatían por sus esposas. Conquisté doce ciudades por mar y once por tierra en la fértil región troyana; de todas saqué abundantes y preciosos despojos que dí al Atrida, y éste, que se quedaba en las veleras naves, recibiólos, repartió unos pocos y se guardó los restantes. Mas las recompensas que Agamenón concedió a los reyes y caudillos siguen en poder de éstos; y a mí, solo entre los aqueos, me quitó la dulce esposa y la retiene aún: que goce durmiendo con ella. ¿Por qué los argivos han tenido que mover guerra a los teucros? ¿Por qué el Atrida ha juntado y traído el ejército? ¿No es por Helena, la de hermosa cabellera? Pues ¿acaso son los Atridas los únicos hombres, de voz articulada, que aman a sus esposas? Todo hombre bueno y sensato quiere y cuida a la suya, y yo apreciaba cordialmente a la mía, aunque la había adquirido por medio de la lanza. Ya que me defraudó, arrebatándome de las manos la recompensa, no me tiente; le conozco y no me persuadirá. Delibere contigo, Odiseo, y con los demás reyes cómo podrá librar a las naves del fuego enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro, abriendo a su pie ancho y profundo foso que defiende una empalizada; mas ni con esto puede contener el arrojo de Héctor, matador de hombres. Mientras combatí por los aqueos, jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla; sólo llegaba a las puertas Esceas y a la encina; y una vez que allí me aguardó, costóle trabajo salvarse de mi acometida. Y puesto que ya no deseo guerrear contra el divino Héctor, mañana, después de ofrecer sacrificios a Zeus y a los demás dioses, echaré al mar los cargados bajeles, y verás, si quieres y te interesa, mis naves surcando el Helesponto, en peces abundoso, y en ellas hombres que remarán gustosos; y si el glorioso Agitador de la tierra me concede una navegación feliz, al tercer día llegaré a la fértil Ptía. En ella dejé muchas cosas cuando en mal hora vine, y de aquí me llevaré oro, rojizo bronce, mujeres de hermosa cintura y luciente hierro, que por suerte me tocaron; ya que el rey Agamenón Atrida, insultándome, me ha quitado la recompensa que él mismo me diera. Decídselo públicamente, os lo encargo, para que los demás aqueos se

Biblioteca Nacional de España

indignen, si con su habitual impudencia pretendiese engañar a algún otro dánao. No se atrevería, por desvergonzado que sea, a mirarme cara a cara; con él no deliberaré ni haré cosa alguna, y si me engañó y ofendió, ya no me embaucará más con sus palabras; séale esto bastante y corra tranquilo a su perdición, puesto que el próvido Zeus le ha quitado el juicio. Sus presentes me son odiosos, y hago tanto caso de él como de un cabello. Aunque me diera diez o veinte veces más de lo que posee o de lo que a poseer llegare, o cuanto entra en Orcómeno, o en Tebas de Egipto, cuyas casas guardan muchas riquezas—cien puertas dan ingreso a la ciudad y por cada una pasan diariamente doscientos hombres con caballos y carros,—o tanto, cuantas son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacaría Agamenón mi enojo, si antes no me pagaba la dolorosa afrenta. No me casaré con la hija de Agamenón Atrida, aunque en hermosura rivalice con la dorada Afrodita y en labores compita con Atenea, la de ojos de lechuza; ni siendo así me desposaré con ella; elija aquel otro aqueo que le convenga y sea rey más poderoso. Si salvándome los dioses, vuelvo a mi casa, el mismo Peleo me buscará consorte. Gran número de aqueas hay en la Hélade y en Ptía, hijas de príncipes que gobiernan las ciudades; la que yo quiera, será mi mujer. Mucho me aconseja mi corazón varonil que tome legítima esposa, digna cónyuge mía, y goce allá de las riquezas adquiridas por el anciano Peleo; pues no creo que valga lo que la vida ni cuanto dicen que se encerraba en la populosa ciudad de Ilión en tiempo de paz, antes que vinieran los aqueos, ni cuanto contiene el lapídeo templo de Apolo, que hiere de lejos, en la rocosa Pito. Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los trípodes y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma humana para que vuelva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes. Mi madre, la diosa Tetis, de argentados pies, dice que las parcas pueden llevarme al fin de la muerte de una de estas dos maneras: Si me quedo aquí a combatir en torno de la ciudad troyana, no volveré a la patria tierra, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderé la ínclita fama, pero mi vida será larga, pues la muerte no me sorprenderá tan pronto. Yo os aconsejo que os embarquéis y volváis a vuestros hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa Ilión: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella y sus hombres están llenos de confianza. Vosotros llevad la respuesta a los príncipes aqueos—que esta es la misión de los legados,—a fin de que busquen otro medio de salvar las cóncavas naves y a los aqueos que hay a su alrededor, pues aquel en que pensaron no puede emplearse mientras subsista mi enojo. Y Fénix quédese con nosotros, acuéstese y mañana volverá conmigo a la patria tierra, si así lo desea, que no he de llevarle a viva fuerza.

430 Así dijo, y todos enmudecieron, asombrados de oírle; pues fué mucha la vehemencia con que se negó. Y el anciano jinete Fénix, que sentía gran temor por las naves aqueas, dijo después de un buen rato y saltándole las lágrimas:

434 *Fénix.*—Si piensas en el regreso, preclaro Aquileo, y te niegas en absoluto a defender del voraz fuego las veleras naves, porque la ira penetró en tu corazón, ¿cómo podría quedarme solo y sin ti, hijo querido? El anciano ji-

Biblioteca Nacional de España

nete Peleo quiso que yo te acompañase el día en que te envió desde Ptía a Agamenón, todavía niño y sin experiencia de la funesta guerra ni del ágora, donde los varones se hacen ilustres; y me mandó que te enseñara a hablar bien y a realizar grandes hechos. Por esto, hijo querido, no querría verme abandonado de ti, aunque un dios en persona me prometiera rasparme la vejez y dejarme tan joven como cuando salí de la Hélade, de lindas mujeres, huyendo de las imprecaciones de Amíntor Orménida, mi padre, que se irritó conmigo por una concubina de hermosa cabellera, a quien amaba con ofensa de su esposa y madre mía. Ésta me suplicaba continuamente, abrazando mis rodillas, que me juntara con la concubina para que aborreciese al anciano. Quise obedecerla y lo hice; mi padre, que no tardó en conocerlo, me maldijo repetidas veces, pidió a las horrendas Erinies que jamás pudiera sentarse en sus rodillas un hijo mío, y los dioses—el Zeus subterráneo y la terrible Persefonea—ratificaron sus imprecaciones (1). Desde entonces no tuve ánimo para vivir en el palacio con mi padre enojado. Amigos y deudos querían retenerme allí y me dirigían insistentes súplicas: degollaron gran copia de pingües ovejas y flexípedes bueyes de retorcidos cuernos; pusieron a asar muchos puercos grasos sobre la llama de Hefesto; bebióse buena parte del vino que las tinajas del anciano contenían; y nueve noches seguidas durmieron aquéllos a mi lado, vigilándome por turno y teniendo encendidas dos hogueras, una en el pórtico del bien cercado patio y otra en el vestíbulo ante la puerta de la habitación. Al llegar por décima vez la tenebrosa noche, salí del aposento rompiendo las tablas fuertemente unidas de la puerta; salté con facilidad el muro del patio, sin que mis guardianes ni las sirvientas lo advirtieran, y huyendo por la espaciosa Hélade, llegué a la fértil Ptía, madre de ovejas, a la casa del rey Peleo. Éste me acogió benévolo; me amó como debe de amar un padre al hijo unigénito que haya tenido en la vejez, viviendo en la opulencia; enriquecióme y púsome al frente de numeroso pueblo, y desde entonces viví en un confín de la Ptía, reinando sobre los dólopes. Y te crié hasta hacerte cual eres, oh Aquileo semejante a los dioses, con cordial cariño; y tú ni querías ir con otro al banquete, ni comer en el palacio, hasta que, sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos y te acercaba el vino. ¡Cuántas veces durante la molesta infancia me manchaste la túnica en el pecho con el vino que devolvías! Mucho padecí y trabajé por tu causa, y considerando que los dioses no me habían dado descendencia, te adopté por hijo, oh Aquileo semejante a los dioses, para que un día me librases del cruel infortunio. Pero, Aquileo, refrena tu ánimo fogoso; no conviene que tengas un corazón despiadado, cuando los dioses mismos se dejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos agradables, libaciones y vapor de grasa quemada, los desenojan cuantos infringieron su ley y pecaron. Pues las Súplicas son hijas del gran Zeus, y aunque cojas, arrugadas y bizcas, cuidan de ir tras de

(1) Los versos 458-461, suprimidos por Aristarco y que aparecen todavía en varias de las ediciones modernas, como la de Dindorf-Hentze, dicen así: Pensé matar a mi padre con el agudo bronce; mas alguno de los inmortales calmó mi cólera, haciendo que mi corazón se representara la fama que tendría yo entre los hombres y los muchos baldones que de ellos recibiría, a fin de que no fuese llamado parricida entre los aqueos.

Biblioteca Nacional de España

Ate: ésta es robusta, de pies ligeros, y por lo mismo se adelanta, y recorriendo la tierra, ofende a los hombres: y aquéllas reparan luego el daño causado. Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan, consigue gran provecho y es por ellas atendido si alguna vez tiene que invocarlas. Mas si alguien las desatiende y se obstina en rechazarlas, se dirigen a Zeus Cronida y le piden que Ate acompañe siempre a aquél para que con el daño sufra la pena. Concede tú también a las hijas de Zeus, oh Aquileo, la debida consideración, por la cual el espíritu de otros valientes se aplacó. Si el Atrida no te brindara esos presentes, ni te hiciera otros ofrecimientos para lo futuro, y conservara pertinazmente su cólera, no te exhortaría a que, deponiendo la ira, socorrieras a los argivos, aunque es grande la necesidad en que se hallan. Pero te da muchas cosas, te promete más y te envía, para que por él rueguen, varones excelentes, escogiendo en el ejército aqueo los argivos que te son más caros. No desprecies las palabras de éstos, ni dejes sin efecto su venida, ya que no se te puede reprender que antes estuvieras irritado. Todos hemos oído contar hazañas de los héroes de antaño, y sabemos que cuando estaban poseídos de feroz cólera eran placables con dones y exorables a los ruegos. Recuerdo lo que pasó en cierto caso, no reciente, sino antiguo, y os lo voy a referir a vosotros, que sois todos amigos míos. Curetes y bravos etolos combatían en torno de Calidón y unos a otros se mataban, defendiendo los etolos su hermosa ciudad y deseando los curetes asolarla por medio de Ares. Había promovido esta contienda Ártemis, la de áureo trono, enojada porque Eneo no le dedicó los sacrificios de la siega en el fértil campo: los otros dioses regaláronse con las hecatombes, y sólo a la hija del gran Zeus dejó aquél de ofrecerlas, por olvido o por inadvertencia, cometiendo una gran falta. Airada la deidad que se complace en tirar flechas, hizo aparecer un jabalí, de albos dientes, que causó gran destrozo en el campo de Eneo, desarraigando altísimos árboles y echándolos por tierra cuando ya con la flor prometían el fruto. Al fin lo mató Meleagro, hijo de Eneo, ayudado por cazadores y perros de muchas ciudades —pues no era posible vencerle con poca gente, ¡tan corpulento era!, y ya a muchos los había hecho subir a la triste pira,—y la diosa suscitó entonces una clamorosa contienda entre los curetes y los magnánimos etolos por la cabeza y la hirsuta piel del jabalí. Mientras Meleagro, caro a Ares, combatió, les fué mal a los curetes, que no podían, a pesar de ser tantos, acercarse a los muros. Pero el héroe, irritado con su madre Altea, se dejó dominar por la cólera que perturba la mente de los más cuerdos y se quedó en el palacio con su linda esposa Cleopatra, hija de Marpesa Evenina, la de hermosos tobillos, y de Idas, el más fuerte de los hombres que entonces poblaban la tierra. (Atrevióse Idas a armar el arco contra el soberano Febo Apolo, a causa de la joven de hermosos tobillos, y desde entonces pusiéronle a Cleopatra su padre y su veneranda madre el sobrenombre de Alcione, porque la madre, sufriendo la suerte del sufridísimo alción, deshacíase en lágrimas mientras Febo Apolo, que hiere de lejos, se la llevaba.) Retirado, pues, con su esposa, devoraba Meleagro la acerba cólera que le causaron las imprecaciones de su madre; la cual, acongojada por la muerte violenta de un hermano, oraba mucho a los dioses, y puesta de

Biblioteca Nacional de España

rodillas y con el seno bañado en lágrimas, golpeaba mucho el fértil suelo invocando a Hades y a la terrible Persefonea para que dieran muerte a su hijo. Erinis, que vaga en las tinieblas y tiene un corazón inexorable, la oyó desde el Érebo, y en seguida creció el tumulto y la gritería ante las puertas de la ciudad, las torres fueron atacadas y los etolos ancianos enviaron a los eximios sacerdotes de los dioses para que suplicaran a Meleagro que saliera a defenderlos, ofreciéndole un rico presente: donde el suelo de la amena Calidón fuera más fértil, escogería él mismo un hermoso campo de cincuenta yugadas, mitad viña y mitad tierra labrantía. Presentóse también en el umbral del alto aposento el anciano jinete Eneo; y llamando a la puerta, dirigió a su hijo muchas súplicas. Rogáronle asimismo muchas veces sus hermanas y su venerable madre. Pero él se negaba cada vez más. Acudieron sus mejores y más caros amigos, y tampoco consiguieron mover su corazón, ni persuadirle a que no aguardara, para salir del cuarto, a que llegaran hasta él los enemigos. Y los curetes escalaron las torres y empezaron a pegar fuego a la gran ciudad. Entonces la esposa, de bella cintura, instó a Meleagro llorando y refiriéndole las desgracias que padecen los hombres, cuya ciudad sucumbe: Matan a los varones, le decía; el fuego destruye la ciudad, y son reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres de estrecha cintura. Meleagro, al oír estos males, sintió que se le conmovía el corazón; y dejándose llevar por su ánimo, vistió las lucientes armas y libró del funesto día a los etolos; pero ya no le dieron los muchos y hermosos presentes, a pesar de haberlos salvado de la ruina. Y ahora tú, amigo, no pienses de igual manera, ni un dios te induzca a obrar así; será peor que difieras el socorro para cuando las naves sean incendiadas; ve, pues, por los regalos, y los aqueos te venerarán como a un dios, porque si intervinieres en la homicida guerra cuando ya no te ofrezcan dones, no alcanzarás tanta honra aunque rechaces a los enemigos.

606 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

607 *Aquileo.*—¡Fénix, anciano padre, alumno de Zeus! Para nada necesito tal honor; y espero que si Zeus quiere, seré honrado en las cóncavas naves mientras la respiración no falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Otra cosa voy a decirte, que grabarás en tu memoria: No me conturbes el ánimo con llanto y gemidos por complacer al héroe Atrida, a quien no debes querer si deseas que el afecto que te profeso no se convierta en odio; mejor es que aflijas conmigo a quien me aflige. Ejerce el mando conmigo y comparte mis honores. Ésos llevarán la respuesta, tú quédate y acuéstate en blanda cama, y al despuntar la aurora determinaremos si nos conviene regresar a nuestros hogares o quedarnos aquí todavía.

620 Dijo, y ordenó a Patroclo, haciéndole con las cejas silenciosa señal, que dispusiera una mullida cama para Fénix, a fin de que los demás pensaran en salir cuanto antes de la tienda. Y Ayante Telamoníada, igual a un dios, habló diciendo:

624 *Ayante Telamoníada.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¡Vámonos! No espero lograr nuestro propósito por este camino, y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea desfavorable, a los dánaos que

Biblioteca Nacional de España

están aguardando. Aquileo tiene en su pecho un corazón feroz y soberbio. ¡Cruel! En nada aprecia la amistad de sus compañeros, con la cual le honrábamos en el campamento más que a otro alguno. ¡Despiadado! Por la muerte del hermano o del hijo se recibe una compensación; y una vez pagada la importante cantidad, el matador se queda en el pueblo, y el corazón y el ánimo airado del ofendido se apaciguan con la compensación recibida, y a ti los dioses te han llenado el pecho de implacable y funesto rencor por una sola joven. Siete excelentes te ofrecemos hoy y otras muchas cosas; séanos tu corazón propicio y respeta tu morada, pues estamos debajo de tu techo, enviados por el ejército dánao, y anhelamos ser para ti los más apreciados y los más amigos de los aqueos todos.

643 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

644 *Aquileo.*—¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Creo que has dicho lo que sientes, pero mi corazón se enciende en ira cuando me acuerdo de aquéllos y del menosprecio con que el Atrida me trató en presencia de los argivos, cual si yo fuera un miserable advenedizo. Id y publicad mi respuesta: No me ocuparé en la cruenta guerra hasta que el hijo del aguerrido Príamo, Héctor divino, llegue matando argivos a las tiendas y naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor, aunque esté enardecido, se abstendrá de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi negra nave.

656 Así dijo. Cada uno tomó una copa de doble asa; y hecha la libación, los enviados, con Odiseo a su frente, regresaron a las naves. Patroclo ordenó a sus compañeros y a las esclavas que aderezaran al momento una mullida cama para Fénix; y ellas, obedeciendo el mandato, hiciéronla con pieles de oveja una colcha y finísima cubierta del mejor lino. Allí descansó el viejo, aguardando la divina Aurora. Aquileo durmió en lo más retirado de la sólida tienda con una mujer que se había llevado de Lesbos: con Diomeda, hija de Forbante, la de hermosas mejillas. Y Patroclo se acostó junto a la pared opuesta, teniendo a su lado a Ifis, la de bella cintura, que le había regalado Aquileo al tomar la excelsa Esciro, ciudad de Enieo.

669 Cuando los enviados llegaron a la tienda del Atrida, los aqueos, puestos en pie, les presentaban áureas copas y les hacían preguntas. Y el rey de hombres Agamenón les interrogó diciendo:

673 *Agamenón.*—¡Ea! Dime, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos. ¿Quiere librar a las naves del fuego enemigo, o se niega porque su corazón soberbio se halla aún dominado por la cólera?

676 Contestó el paciente divino Odiseo:

677 *Odiseo.*—¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres Agamenón! No quiere aquél deponer la cólera, sino que se enciende aún más su ira y te desprecia a ti y tus dones. Manda que deliberes con los argivos cómo podrás salvar las naves y al pueblo aqueo, dice en son de amenaza que echará al mar sus corvos bajeles, de muchos bancos, al descubrirse la nueva aurora, y aconseja que los demás se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa Ilión: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella, y

Biblioteca Nacional de España

sus hombres están llenos de confianza. Así dijo, como pueden referirlo éstos que fueron conmigo: Ayante y los dos heraldos, que ambos son prudentes. El anciano Fénix se acostó allí por orden de aquél, para que mañana vuelva a la patria tierra, si así lo desea, porque no ha de llevarle a viva fuerza.

693 Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues era muy grave lo que acababa de decir. Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos; mas al fin exclamó Diomedes, valiente en el combate:

697 *Diomedes.*—¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres Agamenón! No debiste rogar al eximio Pelión, ni ofrecerle innumerables regalos; ya era altivo, y ahora has dado pábulo a su soberbia. Pero dejémosle, ya se vaya, ya se quede: volverá á combatir cuando el corazón que tiene en el pecho se lo ordene y un dios le incite. Ea, obremos todos como voy a decir. Acostaos después de satisfacer los deseos de vuestro corazón comiendo y bebiendo vino, pues esto da fuerza y vigor. Y cuando aparezca la hermosa Aurora de rosáceos dedos, haz que se reunan junto a las naves los hombres y los carros, exhorta al pueblo y pelea en primera fila.

710 Tales fueron sus palabras, que todos los reyes aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, domador de caballos. Y hechas las libaciones, volvieron a sus respectivas tiendas, acostáronse y el don del sueño recibieron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA X

DOLONÍA

Los príncipes aqueos durmieron toda la noche, vencidos por plácido sueño; mas no probó sus dulzuras el Atrida Agamenón, pastor de hombres, porque en su mente revolvía muchas cosas. Como el esposo de Hera, la de hermosa cabellera, relampaguea cuando prepara una lluvia torrencial, el granizo o una nevada que cubra los campos, o quiere abrir en alguna parte la boca inmensa de la amarga guerra; así, tan frecuentemente, se escapaban del pecho de Agamenón los suspiros, que salían de lo más hondo de su corazón, e interiormente le temblaban las entrañas. Cuando fijaba la vista en el campo teucro, pasmábanle las muchas hogueras que ardían delante de Ilión, los sones de las flautas y zampoñas y el bullicio de la gente; mas cuando a las naves y al ejército aqueo la volvía, arrancábase furioso los cabellos, alzando los ojos a Zeus, que mora en lo alto, y su generoso corazón lanzaba grandes gemidos. Al fin, creyendo que la mejor resolución sería acudir primeramente a Néstor Nelida, el más ilustre de los hombres, por si entrambos hallaban un excelente medio que librara de la desgracia a todos los dánaos, levantóse, vistió la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, echóse una rojiza piel de corpulento y fogoso león, que le llegaba hasta los pies, y asió la lanza.

25 También Menelao estaba poseído de terror y no conseguía que se posara el sueño en sus párpados, temiendo que les ocurriese algún percance a los argivos que por él habían llegado a Troya, atravesando el vasto mar, y promovido tan audaz guerra. Cubrió sus anchas espaldas con la manchada piel de un leopardo; púsose luego el casco de bronce, y tomando en la robusta mano una lanza, fué a despertar a su hermano, que imperaba poderosamente sobre los argivos todos y era venerado por el pueblo como un dios. Hallóle junto a la popa de su nave, vistiendo la magnífica armadura. Grata le fué a éste su venida. Y Menelao, valiente en el combate, habló el primero diciendo:

37 *Menelao.*—¿Por qué, hermano querido, tomas las armas? ¿Acaso deseas persuadir a algún compañero para que vaya como explorador al campo de los teucros? Mucho temo que nadie se ofrezca a prestarte este servicio de ir solo durante la divina noche a espiar al enemigo, porque para ello se requiere un corazón muy osado.

42 Respondióle el rey Agamenón:

43 *Agamenón.*—Tanto yo como tú, oh Menelao, alumno de Zeus, tenemos

Biblioteca Nacional de España

necesidad de un prudente consejo para defender y salvar a los argivos y las naves, pues la mente de Zeus ha cambiado, y en la actualidad le son más aceptos los sacrificios de Héctor. Jamás he visto ni oído decir que un hombre ejecutara en solo un día tantas proezas como ha hecho Héctor, caro a Zeus, contra los aqueos, sin ser hijo de un dios ni de una diosa. Digo que de sus hazañas se acordarán los argivos mucho y largo tiempo. ¡Tanto daño ha causado a los aqueos! Ahora, anda, encamínate corriendo a las naves y llama a Ayante y a Idomeneo; mientras voy en busca del divino Néstor y le pido que se levante por si quiere ir al sagrado cuerpo de los guardias y darles órdenes. Obedeceránle a él más que a nadie, puesto que los manda su hijo junto con Meriones, servidor de Idomeneo. A entrambos les hemos confiado de un modo especial esta tarea.

60 Dijo entonces Menelao, valiente en el combate:

61 *Menelao.*—¿Cómo me encargas y ordenas que lo haga? ¿Me quedaré con ellos y te aguardaré allí, o he de volver corriendo cuando les haya participado tu mandato?

64 Contestó el rey de hombres Agamenón:

65 *Agamenón.*—Quédate allí, no sea que luego no podamos encontrarnos, porque son muchas las sendas que hay por entre el ejército. Levanta la voz por donde pasares y recomienda la vigilancia, llamando a cada uno por su nombre paterno y ensalzándolos a todos. No te muestres soberbio. Trabajemos también nosotros, ya que, cuando nacimos, Zeus nos condenó a padecer tamaños infortunios.

72 Esto dicho, despidió al hermano bien instruido ya, y fué en busca de Néstor, pastor de hombres. Hallóle en su tienda, junto a la negra nave, acostado en blanda cama. A un lado veíanse diferentes armas—el escudo, dos lanzas, el luciente yelmo,—y el labrado bálteo con que se ceñía el anciano siempre que, como caudillo de su gente, se armaba para ir al homicida combate, pues aún no se rendía a la triste vejez. Incorporóse Néstor, apoyándose en el codo, alzó la cabeza, y dirigiéndose al Atrida le interrogó con estas palabras:

82 *Agamenón.*—¿Quién eres tú que vas solo por el ejército y las naves, durante la tenebrosa noche, cuando duermen los demás mortales? ¿Buscas acaso a algún centinela o compañero? Habla. No te acerques sin responder. ¿Qué deseas?

86 Respondióle el rey de hombres Agamenón:

87 *Agamenón.*—¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Reconoce al Atrida Agamenón, a quien Zeus envía y seguirá enviando sin cesar más trabajos que a nadie, mientras la respiración no le falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Vagando voy; pues, preocupado por la guerra y las calamidades que padecen los aqueos, no consigo que el dulce sueño se pose en mis ojos. Mucho temo por los dánaos; mi ánimo no está tranquilo, sino sumamente inquieto; el corazón se me arranca del pecho y tiemblan mis robustos miembros. Pero si quieres ocuparte en algo, ya que tampoco conciliaste el sueño, bajemos a ver los centinelas; no sea que, vencidos del trabajo y del sueño, se hayan dormido, dejando la guardia abandonada. Los enemigos se hallan cerca, y no sabemos si habrán decidido acometernos esta noche.

Biblioteca Nacional de España

102 Contestó Néstor, caballero gerenio:

103 *Néstor.*—¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres Agamenón! A Héctor no le cumplirá el próvido Zeus todos sus deseos, como él espera; y creo que mayores trabajos habrá de padecer aún, si Aquileo depone de su corazón el enojo funesto. Iré contigo y despertaremos a los demás: al Tidida, famoso por su lanza, a Odiseo, al veloz Ayante (1) y al esforzado hijo de Fileo. Alguien podría ir a llamar al deiforme Ayante (2) y al rey Idomeneo, pues sus naves no están cerca, sino muy lejos. Y reprenderé a Menelao por amigo y respetable que sea y aunque te me enojes, y no callaré que duerme y te ha dejado a ti el trabajo. Debía ocuparse en suplicar a los príncipes todos, pues la necesidad que se nos presenta no es llevadera.

119 Dijo el rey de hombres Agamenón:

120 *Agamenón.*—¡Oh anciano! Otras veces te exhorté a que le riñeras, pues a menudo es indolente y no quiere trabajar; no por pereza o escasez de talento, sino porque, volviendo los ojos hacia mí, aguarda mi impulso. Mas hoy se levantó mucho antes que yo mismo, presentóseme y le envié a llamar a aquellos que acabas de nombrar. Vayamos y los hallaremos delante de las puertas con la guardia; pues allí es donde les dije que se reunieran.

128 Respondió Néstor, caballero gerenio:

129 *Néstor.*—De esta manera ninguno de los argivos se irritará contra él, ni le desobedecerá, cuando los exhorte o les ordene algo.

131 Apenas hubo dicho estas palabras, abrigó el pecho con la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, y abrochóse un manto purpúreo, doble, amplio, adornado con lanosa felpa. Asió la fuerte lanza, cuya aguzada punta era de bronce, y se encaminó a las naves de los aqueos, de broncíneas corazas. El primero a quien despertó Néstor, caballero gerenio, fué Odiseo, que en prudencia igualaba a Zeus. Llamóle gritando, y Odiseo, al llegarle la voz a los oídos, salió de la tienda y dijo:

141 *Odiseo.*—¿Por qué andáis vagando así, por las naves y el ejército, solos, durante la noche inmortal? ¿Qué urgente necesidad se ha presentado?

143 Respondió Néstor, caballero gerenio:

144 *Néstor.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No te enojes, porque es muy grande el pesar que abruma a los aqueos. Síguenos y llamaremos a quien convenga, para tomar acuerdo sobre si es preciso huir o luchar todavía.

148 Así dijo. El ingenioso Odiseo, entrando en la tienda, colgó de sus hombros el labrado escudo y se juntó con ellos. Fueron en busca de Diomedes Tidida, y le hallaron delante de su pabellón con la armadura puesta. Sus compañeros dormían alrededor de él, con las cabezas apoyadas en los escudos y las lanzas clavadas por el regatón en tierra; el bronce de las puntas lucía a lo lejos como un relámpago del padre Zeus. El héroe descansaba sobre una piel de toro montaraz, teniendo debajo de la cabeza un espléndido tapete. Néstor,

---

(1) Ayante, hijo de Oileo.
(2) Ayante, hijo de Telamón.

Biblioteca Nacional de España

caballero gerenio, se detuvo a su lado, le movió con el pie para que despertara, y le daba prisa, increpándole de esta manera:

159 *Néstor.*—¡Levántate, hijo de Tideo! ¿Cómo duermes a sueño suelto toda la noche? ¿No sabes que los teucros acampan en una eminencia de la llanura, cerca de las naves, y que solamente un corto espacio los separa de nosotros?

162 Así dijo. Y aquél, recordando en seguida del sueño, profirió estas aladas palabras:

164 *Diomedes.*—Eres infatigable, anciano, y nunca dejas de trabajar. ¿Por ventura no hay otros aqueos más jóvenes, que vayan por el campo y despierten a los reyes? ¡No se puede contigo, anciano!

168 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

169 *Néstor.*—Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Tengo hijos excelentes y muchos hombres que podrían ir a llamarlos, pero es muy grande el peligro en que se hallan los aqueos: en el filo de una navaja están ahora una muy triste muerte y la salvación de todos. Ve y haz levantar al veloz Ayante y al hijo de Fileo, ya que eres más joven y de mí te compadeces.

177 Así dijo. Diomedes cubrió sus hombros con una piel talar de corpulento y fogoso león, tomó la lanza, fué a despertar a aquéllos y se los llevó consigo.

180 Cuando llegaron adonde se hallaban los guardias reunidos, no encontraron a sus jefes durmiendo, pues todos estaban alerta y sobre las armas. Como los canes que guardan las ovejas de un establo y sienten venir del monte, por entre la selva, una terrible fiera con gran clamoreo de hombres y perros, se ponen inquietos y ya no pueden dormir; así el dulce sueño huía de los párpados de los que hacían guardia en tan mala noche, pues miraban siempre hacia la llanura y acechaban si los teucros iban a atacarlos. El anciano viólos, alegróse, y para animarlos profirió estas aladas palabras:

192 *Néstor.*—¡Vigilad así, hijos míos! No sea que alguno se deje vencer del sueño y demos ocasión para que el enemigo se regocije.

194 Habiendo hablado así, atravesó el foso. Siguiéronle los reyes argivos que habían sido llamados al consejo, y además Meriones y el preclaro hijo de Néstor, porque aquéllos los invitaron a deliberar. Pasado el foso, sentáronse en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres: allí habíase vuelto el impetuoso Héctor, después de causar gran estrago a los argivos, cuando la noche los cubrió con su manto. Acomodados en aquel sitio, conversaban; y Néstor, caballero gerenio, comenzó a hablar diciendo:

204 *Néstor.*—¡Oh amigos! ¿No habrá nadie que, confiando en su ánimo audaz, vaya al campamento de los teucros de ánimo altivo? Quizás hiciera prisionero a algún enemigo que ande rezagado, o averiguara, oyendo algún rumor, lo que los teucros han decidido: si desean quedarse aquí, cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos. Si se enterara de esto y regresara incólume, sería grande su gloria debajo del cielo y entre los hombres todos, y tendría una hermosa recompensa: cada jefe de los que mandan en las naves, le daría una oveja con su corderito—presente sin igual—y se le admitiría además en todos los banquetes y festines,

Biblioteca Nacional de España

218 Así habló. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos, hasta que Diomedes, valiente en la pelea, les dijo:

220 *Diomedes.*—¡Néstor! Mi corazón y ánimo valeroso me incitan a penetrar en el campo de los enemigos que tenemos cerca, de los teucros; pero si alguien me acompañase, mi confianza y mi osadía serían mayores. Cuando van dos, uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarda y la resolución más difícil.

227 Así dijo, y muchos quisieron acompañar a Diomedes. Deseáronlo los dos Ayantes, servidores de Ares; quísolo Meriones; lo anhelaba el hijo de Néstor; deseólo el Atrida Menelao, famoso por su lanza; y por fin, también el sufrido Odiseo quiso penetrar en el ejército teucro, porque el corazón que tenía en el pecho aspiraba siempre a ejecutar audaces hazañas. Y el rey de hombres Agamenón dijo entonces:

234 *Agamenón.*—¡Tidida Diomedes, carísimo a mi corazón! Escoge por compañero al que quieras, al mejor de los presentes; pues son muchos los que se ofrecen. No dejes al mejor y elijas a otro peor, por respeto alguno que sientas en tu alma, ni por consideración al linaje, ni por atender a que sea un rey más poderoso.

240 Habló en estos términos, porque temía por el rubio Menelao. Y Diomedes, valiente en la pelea, replicó:

242 *Diomedes.*—Si me mandáis que yo mismo designe el compañero, ¿cómo no pensaré en el divino Odiseo, cuyo corazón y ánimo valeroso son tan dispuestos para toda suerte de trabajos, y a quien tanto ama Palas Atenea? Con él volveríamos acá aunque nos rodearan abrasadoras llamas, porque su prudencia es grande.

248 Respondióle el paciente divino Odiseo:

249 *Odiseo.*—¡Tidida! No me alabes en demasía ni me vituperes, puesto que hablas a los argivos de cosas que les son conocidas. Pero vámonos, que la noche está muy adelantada y la aurora se acerca; los astros han andado mucho, y la noche va ya en las dos partes de su jornada y sólo un tercio nos resta.

254 En diciendo esto, vistieron entrambos las terribles armas. El intrépido Trasimedes dió al Tidida una espada de dos filos—la de éste había quedado en la nave—y un escudo; y le puso un morrión de piel de toro sin penacho ni cimera, que se llama *catétyx* y lo usan los mancebos que se hallan en la flor de la juventud para proteger la cabeza. Meriones procuró a Odiseo arco, carcaj y espada, y le cubrió la cabeza con un casco de piel que por dentro se sujetaba con muchas y fuertes correas y por fuera presentaba los blancos dientes de un jabalí, ingeniosamente repartidos, y tenía un mechón de lana colocado en el centro. Este casco era el que Autólico había robado en Eleón a Amíntor Orménida, horadando la pared de su casa, y que luego dió en Escandía a Anfidamante de Citera; Anfidamante lo regaló, como presente de hospitalidad, a Molo; éste lo cedió a su hijo Meriones para que lo llevara, y entonces hubo de cubrir la cabeza de Odiseo.

272 Una vez revestidos de las terribles armas, partieron y dejaron allí a todos los príncipes. Palas Atenea envióles una garza, y si bien no pudieron verla

Biblioteca Nacional de España

con sus ojos, porque la noche era obscura, oyéronla graznar a la derecha del camino. Odiseo se holgó del presagio y oró a Atenea:

278 *Odiseo.*—¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! Tú que me asistes en todos los trabajos y conoces mis pasos, séme ahora propicia más que nunca, Atenea, y concede que volvamos a las naves cubiertos de gloria por haber realizado una gran hazaña que preocupe a los teucros.

283 Diomedes, valiente en la pelea, oró luego diciendo:

284 *Diomedes.*—¡Ahora óyeme también a mí, hija de Zeus! ¡Indómita! Acompáñame como acompañaste a mi padre, el divino Tideo, cuando fué a Tebas en representación de los aqueos. Dejando a los aqueos, de broncíneas corazas, a orillas del Asopo, llevó un agradable mensaje a los cadmeos; y a la vuelta ejecutó admirables proezas con tu ayuda, excelente diosa, porque benévola le socorrías. Ahora, socórreme a mí y préstame tu amparo. E inmolaré en tu honor una ternera de un año, de frente espaciosa, indómita y no sujeta aún al yugo, después de derramar oro sobre sus cuernos.

295 Así dijeron rogando, y les oyó Palas Atenea. Y después de rogar a la hija del gran Zeus, anduvieron en la obscuridad de la noche, como dos leones, por el campo donde tanta carnicería se había hecho, pisando cadáveres, armas y denegrida sangre.

299 Tampoco Héctor dejaba dormir a los valientes teucros; pues convocó a todos los próceres, a cuantos eran caudillos y príncipes de los troyanos, y una vez reunidos les expuso una prudente idea:

303 *Héctor.*—¿Quién, por un gran premio, se ofrecerá a llevar al cabo la empresa que voy a decir? La recompensa será proporcionada. Daré un carro y dos corceles de erguido cuello, los mejores que haya en las veleras naves aqueas, al que tenga la osadía de acercarse a las naves de ligero andar—con ello al mismo tiempo ganará gloria—y averigüe si éstas son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la huida y no quieren velar durante la noche porque el cansancio abrumador los rinde.

313 Así dijo. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos. Había entre los troyanos un cierto Dolón, hijo del divino heraldo Eumedes, rico en oro y en bronce; era de feo aspecto, pero de pies ágiles, y el único hijo varón de su familia con cinco hermanas. Éste dijo entonces a los teucros y a Héctor:

319 *Dolón.*—¡Héctor! Mi corazón y mi ánimo valeroso me incitan a acercarme a las naves, de ligero andar, para saberlo. Ea, alza el cetro y jura que me darás los corceles y el carro con adornos de bronce que conducen al eximio Pelión. No te será inútil mi espionaje, ni tus esperanzas se verán defraudadas; pues atravesaré todo el ejército hasta llegar a la nave de Agamenón, que es donde deben de haberse reunido los caudillos para deliberar si huirán o seguirán combatiendo.

328 Así dijo. Y Héctor, tomando en la mano el cetro, prestó el juramento:

329 *Héctor.*—Sea testigo el mismo Zeus tonante, esposo de Hera. Ningún otro teucro será llevado por estos corceles, y tú disfrutarás perpetuamente de ellos.

332 Con tales palabras, jurando lo que no había de cumplirse, animó a Do-

Biblioteca Nacional de España

lón. Éste, sin perder momento, colgó del hombro el corvo arco, vistió una pelicana piel de lobo, cubrió la cabeza con un morrión de piel de comadreja, tomó un puntiagudo dardo, y, saliendo del ejército, se encaminó a las naves, de donde no había de volver para darle a Héctor la noticia. Pues ya había dejado atrás la multitud de carros y hombres, y andaba animoso por el camino, cuando Odiseo, del linaje de Zeus, advirtiendo que se acercaba a ellos, habló así a Diomedes:

341 *Odiseo.*—Ese hombre, Diomedes, viene del ejército; pero ignoro si va como espía a nuestras naves o intenta despojar algún cadáver de los que murieron. Dejemos que se adelante un poco más por la llanura, y echándonos sobre él le cogeremos fácilmente; y si en correr nos aventajare, apártale del ejército, acometiéndole con la lanza, y persíguele siempre hacia las naves, para que no se guarezca en la ciudad.

349 Dichas estas palabras, tendiéronse entre los muertos, fuera del camino. El incauto Dolón pasó con pie ligero. Mas cuando estuvo a la distancia a que se extienden los surcos de las mulas—éstas son mejores que los bueyes para tirar de un sólido arado en tierra noval,—Odiseo y Diomedes corrieron a su alcance. Dolón oyó ruido y se detuvo, creyendo que algunos de sus amigos venían del ejército teucro a llamarle por encargo de Héctor. Pero así que aquéllos se hallaron a tiro de lanza o más cerca aún, conoció que eran enemigos y puso su diligencia en los pies huyendo, mientras ellos se lanzaban a perseguirle. Como dos perros de agudos dientes, adiestrados para cazar, acosan en una selva a un cervato o a una liebre que huye chillando delante de ellos; del mismo modo el Tidida y Odiseo, asolador de ciudades, perseguían constantemente a Dolón después que lograron apartarle del ejército. Ya en su fuga hacia las naves iba el troyano a topar con los guardias, cuando Atenea dió fuerzas al Tidida para que ninguno de los aqueos, de broncíneas corazas, se le adelantara y pudiera jactarse de haber sido el primero en herirle y él llegase después. El fuerte Diomedes arremetió a Dolón, con la lanza, y le gritó:

370 *Diomedes.*—Tente, o te alcanzará mi lanza; y no creo que puedas evitar mucho tiempo que mi mano te dé una muerte terrible.

372 Dijo, y arrojó la lanza; mas de intento erró el tiro, y ésta se clavó en el suelo después de volar por cima del hombro derecho de Dolón. Paróse el troyano dentellando—los dientes crujíanle en la boca,—tembloroso y pálido de miedo; Odiseo y Diomedes se le acercaron, jadeantes, y le asieron de las manos, mientras aquél lloraba y les decía:

378 *Dolón.*—Hacedme prisionero y yo me redimiré. Hay en casa bronce, oro y hierro labrado: con ellos os pagaría mi padre inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves aqueas.

382 Respondióle el ingenioso Odiseo:

383 *Odiseo.*—Tranquilízate y no pienses en la muerte. Ea, habla y dime con sinceridad: ¿Adónde ibas solo, separado de tu ejército y derechamente hacia las naves, en esta noche obscura, mientras duermen los demás mortales? ¿Acaso a despojar a algún cadáver? ¿Por ventura Héctor te envió como espía a las cóncavas naves? ¿O te dejaste llevar por los impulsos de tu corazón?

Biblioteca Nacional de España

390 Contestó Dolón, a quien le temblaban las carnes:

391 *Dolón.*—Héctor me hizo salir fuera de juicio con muchas y perniciosas promesas: accedió a darme los solípedos corceles y el carro con adornos de bronce del eximio Pelión, para que, acercándome durante la rápida y obscura noche a los enemigos, averiguase si las veleras naves son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la fuga y no quieren velar porque el cansancio abrumador los rinde.

400 Díjole sonriendo el ingenioso Odiseo:

401 *Odiseo.*—Grande es el presente que tu corazón anhelaba. ¡Los corceles del aguerrido Eácida! Difícil es que ninguno de los mortales los sujete y sea por ellos llevado, fuera de Aquileo, que tiene una madre inmortal. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Dónde, al venir, has dejado a Héctor, pastor de hombres? ¿En qué lugar tiene las marciales armas y los caballos? ¿Cómo se hacen las guardias y de qué modo están dispuestas las tiendas de los teucros? Cuenta también lo que están deliberando: si desean quedarse aquí cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos.

412 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

413 *Dolón.*—De todo voy a informarte con exactitud. Héctor y sus consejeros deliberan lejos del bullicio, junto a la tumba del divino Ilo; en cuanto a las guardias por que me preguntas, oh héroe, ninguna ha sido designada para que vele por el ejército ni para que vigile. En torno de cada hoguera los troyanos, apremiados por la necesidad, velan y se exhortan mutuamente a la vigilancia. Pero los auxiliares, venidos de lejas tierras, duermen y dejan a los troyanos el cuidado de la guardia, porque no tienen aquí a sus hijos y mujeres.

423 Volvió a preguntarle el ingenioso Odiseo:

424 *Odiseo.*—¿Éstos duermen mezclados con los troyanos o separadamente? Dímelo para que lo sepa.

426 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

427 *Dolón.*—De todo voy a informarte con exactitud. Hacia el mar están los carios, los peonios, armados de corvos arcos, y los léleges, caucones y divinos pelasgos. El lado de Timbra lo obtuvieron por suerte los licios, los arrogantes misios, los frigios, que combaten en carros, y los meonios, que armados de casco combaten en carros. Mas ¿por qué me hacéis esas preguntas? Si deseáis entraros por el ejército teucro, los tracios recién venidos están ahí, en ese extremo, con su rey Reso, hijo de Eyoneo. He visto sus corceles que son bellísimos, de gran altura, más blancos que la nieve y tan ligeros como el viento. Su carro tiene lindos adornos de oro y plata, y sus armas son de oro, magníficas, encanto de la vista, y más propias de los inmortales dioses que de hombres mortales. Pero llevadme ya a las naves de ligero andar, o dejadme aquí, atado con recios lazos, para que vayáis y comprobéis si os hablé como debía.

446 Mirándole con torva faz, le replicó el fuerte Diomedes:

447 *Diomedes.*—No esperes escapar de ésta, Dolón, aunque tus noticias son importantes, pues has caído en nuestras manos. Si te dejásemos libre o consintiéramos en el rescate, vendrías de nuevo a las veleras naves de los aqueos

Biblioteca Nacional de España

a espiar o a combatir contra nosotros; y si por mi mano pierdes la vida, no serás en adelante una plaga para los argivos.

454 Dijo; y Dolón iba, como suplicante, a tocarle la barba con su robusta mano, cuando Diomedes, de un tajo en medio del cuello, le rompió ambos tendones; y la cabeza cayó en el polvo, mientras el troyano hablaba todavía. Quitáronle el morrión de piel de comadreja, la piel de lobo, el flexible arco y la ingente lanza; y el divino Odiseo, cogiéndolo todo con la mano, levantólo para ofrecerlo a Atenea, que preside los saqueos, y oró diciendo:

462 *Odiseo.*—Huélgate de esta ofrenda, ¡oh diosa! Serás tú la primera a quien invocaremos entre las deidades del Olimpo. Y ahora guíanos hacia los corceles y las tiendas de los tracios.

465 Dichas estas palabras, apartó de sí los despojos y los colgó de un tamarisco, cubriéndolos con cañas y frondosas ramas del árbol, que fueran una señal visible para que no les pasaran inadvertidos, al regresar durante la rápida y obscura noche. Luego pasaron adelante por encima de las armas y de la negra sangre, y llegaron al grupo de los tracios que, rendidos de fatiga, dormían con las hermosas armas en el suelo, dispuestos ordenadamente en tres filas, y un par de caballos junto a cada guerrero. Reso descansaba en el centro, y tenía los ligeros corceles atados con correas a un extremo del carro. Odiseo vióle el primero y lo mostró a Diomedes:

477 *Odiseo.*—Éste es el hombre, Diomedes, y éstos los corceles de que nos habló Dolón, a quien matamos. Ea, muestra tu impetuoso valor y no tengas ociosas las armas. Desata los caballos, o bien mata hombres y yo me encargaré de aquéllos.

482 Así dijo, y Atenea, la de ojos de lechuza, infundió valor a Diomedes, que comenzó a matar a diestro y a siniestro: sucedíanse los horribles gemidos de los que daban la vida a los golpes de la espada, y su sangre enrojecía la tierra. Como un mal intencionado león acomete al rebaño de cabras o de ovejas, cuyo pastor está ausente; así el hijo de Tideo se abalanzaba a los tracios, hasta que mató a doce. A cuantos aquél hería con la espada, el ingenioso Odiseo, asiéndolos por un pie, los apartaba del camino, para que luego los corceles de hermosas crines pudieran pasar fácilmente y no se asustasen de pisar cadáveres, a lo cual no estaban acostumbrados. Llegó el hijo de Tideo adonde yacía el rey, y fué éste el décimotercio a quien privó de la dulce vida, mientras daba un suspiro; pues en aquella noche el nieto de Eneo aparecíase en desagradable ensueño a Reso, por orden de Atenea. Durante este tiempo el paciente Odiseo desató los solípedos caballos, los ligó con las riendas y los sacó del ejército aguijándolos con el arco, porque se le olvidó tomar el magnífico látigo que había en el labrado carro. Y en seguida silbó, haciendo seña al divino Diomedes.

503 Mas éste, quedándose aún, pensaba qué podría hacer que fuese muy arriesgado: si se llevaría el carro con las labradas armas, ya tirando del timón, ya levantándolo en alto; o quitaría la vida a más tracios. En tanto que revolvía tales pensamientos en su espíritu, presentóse Atenea y habló así al divino Diomedes:

Biblioteca Nacional de España

509 *Atenea.*—Piensa ya en volver a las cóncavas naves, hijo del magnánimo Tideo. No sea que hayas de llegar huyendo, si algún otro dios despierta a los teucros.

512 Así habló. Diomedes, conociendo la voz de la diosa, montó sin dilación a caballo, y también Odiseo, que los aguijó con el arco; y volaron hacia las veleras naves aqueas.

515 Apolo, que lleva arco de plata, estaba en acecho desde que advirtió que Atenea acompañaba al hijo de Tideo; e indignado contra ella, entróse por el ejército de los teucros y despertó a Hipocoonte, valeroso caudillo tracio y sobrino de Reso. Como Hipocoonte, recordando del sueño, viera vacío el lugar que ocupaban los caballos y a los hombres horriblemente heridos y palpitantes todavía, comenzó a lamentarse y a llamar por su nombre al querido compañero. Y pronto se promovió gran clamoreo e inmenso tumulto entre los teucros, que acudían en tropel y admiraban la peligrosa aventura a que unos hombres habían dado cima, regresando luego a las cóncavas naves.

526 Cuando ambos héroes llegaron al sitio en que habían dado muerte al espía de Héctor, Odiseo, caro a Zeus, detuvo los veloces caballos; y el Tidida, apeándose, tomó los cruentos despojos que puso en las manos de Odiseo, volvió a montar y picó a los corceles. Éstos volaron gozosos hacia las cóncavas naves, pues a ellas deseaban llegar. Néstor fué el primero que oyó las pisadas de los caballos, y dijo:

533 *Néstor.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir? El corazón me ordena hablar. Oigo pisadas de caballos de pies ligeros. Ojalá Odiseo y el fuerte Diomedes trajeran del campo troyano solípedos corceles; pero mucho temo que a los más valientes argivos les haya ocurrido algún percance en el ejército teucro.

540 Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando aquéllos llegaron y echaron pie a tierra. Todos los saludaban alegremente con la diestra y con afectuosas palabras. Y Néstor, caballero gerenio, les preguntó el primero:

544 *Néstor.*—¡Ea, dime, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! ¿Cómo hubisteis estos caballos: penetrando en el ejército teucro, o recibiéndolos de un dios que os salió al camino? Muy semejantes son a los rayos del sol. Siempre entro por las filas de los teucros; pues, aunque anciano, no me quedo en las naves, y jamás he visto ni advertido tales corceles. Supongo que los habréis recibido de algún dios que os salió al encuentro, pues a entrambos os aman Zeus, que amontona las nubes, y su hija Atenea, la de ojos de lechuza.

554 Respondióle el ingenioso Odiseo:

555 *Odiseo.*—¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Fácil le sería a un dios, si quisiera, dar caballos mejores aún que éstos, pues su poder es muy grande. Los corceles por los que preguntas, anciano, llegaron recientemente y son tracios: el valiente Diomedes mató al dueño y a doce de sus compañeros, todos aventajados. Y cerca de las naves dimos muerte al décimotercio, que era un espía enviado por Héctor y otros teucros ilustres a explorar este campamento.

Biblioteca Nacional de España

564 De este modo habló; y muy ufano, hizo que los solípedos caballos pasaran el foso, y los demás aqueos siguiéronle alborozados. Cuando estuvieron en la hermosa tienda del Tidida, ataron los corceles con bien cortadas correas al pesebre, donde los caballos de Diomedes comían el trigo dulce como la miel. Odiseo dejó en la popa de su nave los cruentos despojos de Dolón, para guardarlos hasta que ofrecieran un sacrificio a Atenea. Ambos entraron en el mar y se lavaron el abundante sudor de sus piernas, cuello y muslos. Cuando las olas les hubieron limpiado el abundante sudor del cuerpo y recreado el corazón, metiéronse en pulimentadas pilas y se bañaron. Lavados ya y ungidos con craso aceite, sentáronse a la mesa; y sacando de una rebosante cratera vino dulce como la miel, en honor de Atenea lo libaron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XI

PRINCIPALÍA DE AGAMENÓN

LA Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titón, para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando, enviada por Zeus, se presentó en las veleras naves aqueas la cruel Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la ingente nave negra de Odiseo, que estaba en medio de todas, para que le oyeran por ambos lados hasta las tiendas de Ayante Telamonio y de Aquileo; los cuales habían puesto sus bajeles en los extremos, porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Desde allí daba aquélla grandes, agudos y horrendos gritos, y ponía mucha fortaleza en el corazón de todos los aqueos, a fin de que pelearan y combatieran sin descanso. Y pronto les fué más agradable batallar que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

15 El Atrida alzó la voz mandando que los argivos se apercibiesen, y él mismo vistió la armadura de luciente bronce. Púsose en torno de las piernas hermosas grebas sujetas con broches de plata, y cubrió su pecho con la coraza que Ciniras le había dado por presente de hospitalidad. Porque hasta Chipre había llegado la noticia de que los aqueos se embarcaban para Troya, y Ciniras, deseoso de complacer al rey, le dió esta coraza que tenía diez filetes de pavonado acero, doce de oro y veinte de estaño, y a cada lado tres cerúleos dragones erguidos hacia el cuello y semejantes al iris que el Cronión fija en las nubes como señal para los hombres dotados de palabra. Luego, el rey colgó del hombro la espada, en la que relucían áureos clavos, con su vaina de plata sujeta por tirantes de oro. Embrazó después el labrado escudo, fuerte y hermoso, de la altura de un hombre, que presentaba diez círculos de bronce en el contorno, tenía veinte bollos de blanco estaño y en el centro uno de negruzco acero, y lo coronaba Gorgo, de ojos horrendos y torva vista, con el Terror y la Fuga a los lados. Su correa era argentada, y sobre la misma enroscábase cerúleo dragón de tres cabezas entrelazadas, que nacían de un solo cuello. Cubrió en seguida su cabeza con un casco de doble cimera, cuatro abolladuras y penacho de crines de caballo, que al ondear en lo alto causaba pavor; y asió dos fornidas lanzas de aguzada broncínea punta, cuyo brillo llegaba hasta el cielo. Y Atenea y Hera tronaron en las alturas para honrar al rey de Micenas, rica en oro.

47 Cada cual mandó entonces a su auriga que tuviera dispuestos el carro y

Biblioteca Nacional de España

los corceles junto al foso; salieron todos a pie y armados, y levantóse inmenso vocerío antes que la aurora despuntara. Delante del foso ordenáronse los infantes, y a éstos siguieron de cerca los que combatían en carros. Y el Cronida promovió entre ellos funesto tumulto y dejó caer desde el éter sanguinoso rocío porque había de precipitar al Hades a muchas y valerosas almas.

56 Los teucros pusiéronse también en orden de batalla en una eminencia de la llanura, alrededor del gran Héctor, del eximio Polidamante, de Eneas, honrado como un dios por el pueblo troyano, y de los tres Antenóridas: Pólibo, el divino Agenor y el joven Acamante, que parecía un inmortal. Héctor, armado de un escudo liso, llegó con los primeros combatientes. Cual astro funesto, que unas veces brilla en el cielo y otras se oculta detrás de las pardas nubes; así Héctor, ya aparecía entre los delanteros, ya se mostraba entre los últimos, siempre dando órdenes y brillando por la armadura de bronce como el relámpago del padre Zeus, que lleva la égida.

67 Como los segadores caminan en direcciones opuestas por los surcos de un campo de trigo o de cebada de un hombre opulento, y los manojos de espigas caen espesos; de la misma manera, teucros y aqueos se acometían y mataban, sin pensar en la perniciosa fuga. Igual andaba la pelea, y como lobos se embestían. Gozábase en verlos la luctuosa Discordia, única deidad que se hallaba entre los combatientes; pues los demás dioses permanecían quietos en los hermosos palacios que se les había construido en los valles del Olimpo y todos acusaban al Cronida, el dios de las sombrías nubes, porque quería conceder la victoria a los teucros. Mas el padre no se cuidaba de ellos; y, sentado aparte, ufano de su gloria, contemplaba la ciudad troyana, las naves aqueas, el brillo del bronce, a los que mataban y a los que la muerte recibían.

84 Al amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros y los hombres caían. Cuando llegó la hora en que el leñador prepara el almuerzo en la espesura del monte, porque tiene los brazos cansados de cortar grandes árboles, siente fatiga en su corazón y el dulce deseo de la comida le ha llegado al alma, los dánaos, exhortándose mutuamente por las filas y peleando con bravura, rompieron las falanges teucras. Agamenón, que fué el primero en arrojarse a ellas, mató primeramente a Bianor, pastor de hombres, y después a su compañero Oileo, hábil jinete. Éste se había apeado del carro para sostener el encuentro, pero el Atrida le hundió en la frente la aguzada pica, que no fué detenida por el casco de duro bronce, sino que pasó a través del mismo y del hueso, conmovióle el cerebro y postró al guerrero cuando contra aquél arremetía. Después de quitarles a entrambos la coraza, Agamenón, rey de hombres, dejólos allí, con el pecho al aire, y fué a dar muerte a Iso y a Ántifo, hijos bastardo y legítimo, respectivamente, de Príamo, que iban en el mismo carro. El bastardo guiaba y el ilustre Ántifo combatía. En otro tiempo Aquileo, habiéndolos sorprendido en un bosque del Ida, mientras apacentaban ovejas, atólos con tiernos mimbres; y luego, pagado el rescate, los puso en libertad. Mas entonces el poderoso Agamenón Atrida le envainó a Iso la lanza en el pecho, sobre la tetilla, y a Ántifo le hirió con la espada en la oreja y le derribó del carro. Y al ir presuroso a

Biblioteca Nacional de España

quitarles las magníficas armaduras, los reconoció; pues los había visto en las veleras naves cuando Aquileo, el de los pies ligeros, se los llevó del Ida. Bien así como un león penetra en la guarida de una ágil cierva, se echa sobre los hijuelos y despedazándolos con los fuertes dientes les quita la tierna vida, y la madre no puede socorrerlos, aunque esté cerca, porque le da un gran temblor, y atraviesa, azorada y sudorosa, selvas y espesos encinares, huyendo de la acometida de la terrible fiera; tampoco los teucros pudieron librar a aquéllos de la muerte, porque a su vez huían delante de los argivos.

122 Alcanzó luego el rey Agamenón a Pisandro y al intrépido Hipóloco, hijos del aguerrido Antímaco (éste, ganado por el oro y los espléndidos regalos de Alejandro, se oponía a que Helena fuese devuelta al rubio Menelao): ambos iban en un carro, y desde su sitio procuraban guiar los veloces corceles, pues habían dejado caer las lustrosas riendas y estaban aturdidos. Cuando el Atrida arremetió contra ellos, cual si fuese un león, arrodilláronse en el carro y así le suplicaron:

131 *Pisandro e Hipóloco.*—Haznos prisioneros, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de valor tiene en su casa Antímaco: bronce, oro, hierro labrado; con ellas nuestro padre te pagaría inmenso rescate, si supiera que estamos vivos en las naves aqueas.

136 Con tan dulces palabras y llorando, hablaban al rey; pero fué amarga la respuesta que escucharon:

138 *Agamenón.*—Pues si sois hijos del aguerrido Antímaco, que aconsejaba en el ágora de los troyanos matar a Menelao y no dejarle volver a los aqueos, cuando vino a título de embajador con el deiforme Odiseo, ahora pagaréis la insolente injuria que nos infirió vuestro padre.

143 Dijo, y derribó del carro a Pisandro: dióle una lanzada en el pecho y le tumbó de espaldas. De un salto apeóse Hipóloco, y ya en tierra, Agamenón le cercenó con la espada los brazos y la cabeza, que tiró, haciéndola rodar como un mortero, por entre las filas. El Atrida dejó a éstos, y seguido de otros aqueos, de hermosas grebas, fuése derecho al sitio donde más falanges, mezclándose en montón confuso, combatían. Los infantes mataban a los infantes, que se veían obligados a huir; los que combatían desde el carro daban muerte con el bronce a los enemigos que así peleaban, y a todos los envolvía la polvareda que en la llanura levantaban con sus sonoras pisadas los caballos. Y el rey Agamenón iba siempre adelante, matando teucros y animando a los argivos. Como al estallar voraz incendio en un boscaje, el viento hace oscilar las llamas y lo propaga por todas partes, y los arbustos ceden a la violencia del fuego y caen con sus mismas raíces; de igual manera caían las cabezas de los teucros puestos en fuga por Agamenón Atrida, y muchos caballos de erguido cuello arrastraban con estrépito por el campo los carros vacíos y echaban de menos a los eximios conductores; pero éstos, tendidos en tierra, eran ya más gratos a los buitres que a sus propias esposas.

163 A Héctor, Zeus le sustrajo de los tiros, el polvo, la matanza, la sangre y el tumulto; y el Atrida iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos. Los teucros corrían por la llanura, deseosos de refugiarse en la ciudad,

Biblioteca Nacional de España

y ya habían dejado a su espalda el sepulcro del antiguo Ilo Dardánida y el cabrahigo; y el Atrida les seguía al alcance, vociferando, con las invictas manos llenas de polvo y sangre. Los que primero llegaron a las puertas Esceas y a la encina detuviéronse para aguardar a sus compañeros, los cuales huían por la llanura como vacas aterrorizadas por un león que, presentándose en la obscuridad de la noche, da cruel muerte a una de ellas, rompiendo su cerviz con los fuertes dientes y tragando su sangre y sus entrañas; del mismo modo el rey Agamenón Atrida perseguía a los teucros, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. El Atrida, manejando la lanza con gran furia, derribó a muchos, ya de pechos, ya de espaldas, de sus respectivos carros. Mas cuando le faltaba poco para llegar al alto muro de la ciudad, el padre de los hombres y de los dioses bajó del cielo con el relámpago en la mano, se sentó en una de las cumbres del Ida, abundante en manantiales, y llamó a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

186 *Zeus.*—¡Anda, ve, rápida Iris! Dile a Héctor estas palabras: Mientras vea que Agamenón, pastor de hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza filas de hombres, retírese y ordene al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, le daré fuerzas para matar enemigos hasta que llegue a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche.

195 Así dijo; y la veloz Iris, de pies ligeros como el viento, no dejó de obedecerle. Descendió de los montes ideos a la sagrada Ilión, y hallando al divino Héctor, hijo del belicoso Príamo, de pie en el sólido carro, se detuvo a su lado, y le habló de esta manera:

200 *Iris.*—¡Héctor, hijo de Príamo, que en prudencia igualas a Zeus! El padre Zeus me manda para que te diga lo siguiente: Mientras veas que Agamenón, pastor de hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza sus filas, retírate de la lucha y ordena al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, te dará fuerzas para matar enemigos hasta que llegues a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche.

210 Cuando Iris, la de los pies ligeros, hubo dicho esto, se fué. Héctor saltó del carro al suelo sin dejar las armas; y blandiendo afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a luchar y promovió una terrible pelea. Los teucros volvieron la cara a los aqueos para embestirlos; los argivos, por su parte, cerraron las filas de las falanges; reanudóse el combate, y Agamenón acometió el primero, porque deseaba adelantarse a todos en la batalla.

218 Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fué el primer troyano o aliado ilustre que a Agamenón se opuso.

221 Fué Ifidamante Antenórida, valiente y alto de cuerpo, que se había criado en la fértil Tracia, madre de ovejas. Era todavía niño cuando su abuelo materno Ciseo, padre de Teano, la de hermosas mejillas, le acogió en su casa; y así que hubo llegado a la gloriosa edad juvenil, le conservó a su lado, dándole a su hija en matrimonio. Apenas casado, Ifidamante tuvo que dejar el tálamo para ir a guerrear contra los aqueos: llegó por mar hasta Percote, dejó

Biblioteca Nacional de España

allí las doce corvas naves que mandaba y se encaminó por tierra a Ilión. Tal era quien salió al encuentro de Agamenón Atrida. Cuando ambos se hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el tiro, porque la lanza se le desvió; Ifidamante dió con la pica un bote en la cintura de Agamenón, más abajo de la coraza, y aunque empujó el astil con toda la fuerza de su brazo, no logró atravesar el labrado tahalí, pues la punta al chocar con la lámina de plata se torció como plomo. Entonces el poderoso Agamenón asió de la pica, y tirando de ella con la furia de un león, la arrancó de las manos de Ifidamante, a quien hirió en el cuello con la espada, dejándole sin vigor los miembros. De este modo cayó el desventurado para dormir el sueño de bronce, mientras auxiliaba a los troyanos, lejos de su joven y legítima esposa, cuya gratitud no llegó a conocer después que tanto le había dado: habíale regalado cien bueyes y prometido mil cabras y mil ovejas de las innumerables que sus pastores apacentaban. El Atrida Agamenón le quitó la magnífica armadura y se la llevó, abriéndose paso por entre los aqueos.

248 Advirtiólo Coón, varón preclaro e hijo primogénito de Antenor, y densa nube de pesar cubrió sus ojos por la muerte del hermano. Púsose al lado de Agamenón sin que éste lo notara, dióle una lanzada en medio del brazo, en el codo, y se lo atravesó con la punta de la reluciente pica. Estremecióse el rey de hombres Agamenón, mas no por esto dejó de luchar ni de combatir; sino que arremetió con la impetuosa lanza a Coón, el cual se apresuraba a retirar, asiéndole por el pie, el cadáver de Ifidamante, su hermano de padre, y a voces pedía auxilio a los más valientes. Mientras arrastraba el cadáver por entre la turba, cubriéndole con el abollonado escudo, Agamenón le envasó la broncínea lanza; dejó sin vigor sus miembros, y le cortó la cabeza sobre el mismo Ifidamante. Y ambos hijos de Antenor, cumpliéndose su destino, acabaron la vida a manos del rey Atrida y descendieron a la morada de Hades.

264 Entróse luego Agamenón por las filas de otros guerreros, y combatió con la lanza, la espada y grandes piedras mientras la sangre caliente brotaba de la herida; mas así que ésta se secó y la sangre dejó de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. Como los dolores agudos y acerbos que a la parturienta envían las Ilitias, hijas de Hera, las cuales presiden los alumbramientos y disponen de los terribles dolores del parto; tales eran los agudos dolores que debilitaron las fuerzas del Atrida. De un salto subió al carro; con el corazón afligido mandó al auriga que le llevase a las cóncavas naves, y gritando fuerte dijo a los dánaos:

276 *Agamenón.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Apartad vosotros de las naves surcadoras del ponto el funesto combate; pues a mí el próvido Zeus no me permite combatir todo el día con los teucros.

280 Así dijo. El auriga picó con el látigo a los caballos de hermosas crines, dirigiéndolos a las cóncavas naves; ellos volaron gozosos, con el pecho cubierto de espuma, y envueltos en una nube de polvo sacaron del campo de la batalla al fatigado rey.

284 Héctor, al notar que Agamenón se ausentaba, con penetrantes gritos animó a los troyanos y a los licios:

Biblioteca Nacional de España

286 *Hector.*—¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor. El guerrero más valiente se ha ido, y Zeus Cronida me concede una gran victoria. Pero dirigid los solípedos caballos hacia los fuertes dánaos y la gloria que alcanzaréis será mayor.

291 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Como un cazador azuza a los perros de blancos dientes contra un montaraz jabalí o contra un león; así Héctor Priámida, igual a Ares, funesto a los mortales, incitaba a los magnánimos teucros contra los aqueos. Muy alentado, abrióse paso por los combatientes delanteros, y cayó en la batalla como tempestad que viene de lo alto y alborota el violáceo ponto.

299 ¿Cuál fué el primero, cuál el último de los que entonces mató Héctor Priámida cuando Zeus le dió gloria?

301 Aseo, el primero, y después Autónoo, Opites, Dólope Clítida, Ofeltio, Agelao, Esimno, Oro y el bravo Hipónoo. A tales caudillos dánaos dió muerte, y además a muchos hombres del pueblo. Como el Céfiro agita y se lleva en furioso torbellino las nubes que el veloz Noto tenía reunidas, y gruesas olas se levantan y la espuma llega a lo alto por el soplo del errabundo viento; de esta manera caían delante de Héctor muchas cabezas de gente del pueblo.

310 Entonces gran estrago e irreparables males se hubieran producido, y los aqueos, dándose a la fuga, no habrían parado hasta las naves, si Odiseo no hubiese exhortado al Tidida Diomedes:

313 *Odiseo.*—¡Tidida! ¿Por qué no mostramos nuestro impetuoso valor? Ea, ven aquí, amigo; ponte a mi lado. Vergonzoso fuera que Héctor, el de tremolante casco, se apoderase de las naves.

316 Respondióle el fuerte Diomedes:

317 *Diomedes.*—Yo me quedaré y resistiré, aunque será poco el provecho que logremos; pues Zeus, que amontona las nubes, quiere conceder la victoria a los teucros y no a nosotros.

320 Dijo, y derribó del carro a Timbreo, envasándole la pica en la tetilla izquierda; mientras Odiseo hería al escudero del mismo rey, a Molión, igual a un dios. Dejáronlos tan pronto como los pusieron fuera de combate, y penetrando por la turba causaron confusión y terror, como dos embravecidos jabalíes que acometen a perros de caza. Así, habiendo vuelto a combatir, mataban a los teucros; y en tanto los aqueos, que huían de Héctor, pudieron respirar placenteramente.

328 Dieron también alcance a dos hombres que eran los más valientes de su pueblo y venían en un mismo carro, a los hijos de Mérope percosio: éste conocía como nadie el arte adivinatoria, y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no le obedecieron, impelidos por las parcas de la negra muerte. Diomedes Tidida, famoso por su lanza, les quitó el alma y la vida y les despojó de las magníficas armaduras. Odiseo mató a Hipódamo y a Hipéroco.

336 Entonces el Cronida, que desde el Ida contemplaba la batalla, igualó el combate en que teucros y aqueos se mataban. El hijo de Tideo dió una lanza-

Biblioteca Nacional de España

da en la cadera al héroe Agástrofo Peónida, que por no tener cerca los corceles no pudo huir, y esta fué la causa de su desgracia: el escudero tenía el carro algo distante, y él se revolvía furioso entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida. Atisbó Héctor a Odiseo y a Diomedes, los arremetió gritando, y pronto siguieron tras él las falanges de los troyanos. Al verle, estremecióse el valeroso Diomedes, y dijo a Odiseo, que estaba a su lado:

347 *Diomedes.*—Contra nosotros viene esa calamidad, el impetuoso Héctor. Ea, aguardémosle a pie firme y cerremos con él.

349 Dijo; y apuntando a la cabeza de Héctor, blandió y arrojó la ingente lanza, y no le erró, pues fué a dar en la cima del yelmo; pero el bronce rechazó al bronce, y la punta no llegó al hermoso cutis por impedírselo el casco de tres dobleces y agujeros a guisa de ojos, regalo de Febo Apolo. Héctor entonces retrocedió un buen trecho, y penetrando por la turba, cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y obscura noche cubrió sus ojos. Mientras el Tidida atravesaba las primeras filas para recoger la lanza que en el suelo se había clavado, Héctor tornó en su sentido, subió de un salto al carro, y dirigiéndolo por en medio de la multitud, evitó la negra muerte. Y el fuerte Diomedes, que lanza en mano le perseguía, exclamó:

362 *Diomedes.*—¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero te salvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el estruendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde te encuentro y un dios me ayuda. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

368 Dijo; y empezó a despojar el cadáver del Peónida, famoso por su lanza. Pero Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que se apoyaba en una columna del sepulcro de Ilo Dardánida, antiguo anciano honrado por el pueblo, armó el arco y lo asestó al hijo de Tideo, pastor de hombres. Y mientras éste quitaba al cadáver del valeroso Agástrofo la labrada coraza, el manejable escudo de debajo del pecho, y el pesado casco, aquél tiró del arco y disparó; y la flecha no salió inútilmente de su mano, sino que le atravesó al héroe el empeine del pie derecho y se clavó en tierra. Alejandro salió de su escondite, y con grande y regocijada risa se gloriaba diciendo:

380 *Alejandro.*—Herido estás; no se perdió el tiro. Ojalá que, acertándote en un ijar, te hubiese quitado la vida. Así los teucros tendrían un desahogo en sus males, pues te temen como al león las baladoras cabras.

384 Sin turbarse le respondió el fuerte Diomedes.

385 *Diomedes.*—¡Flechero, insolente, experto sólo en manejar el arco, mirón de doncellas! Si frente a frente midieras conmigo las armas, no te valdría el arco ni las abundantes flechas. Ahora te alabas sin motivo, pues sólo me rasguñaste el empeine del pie. Tanto me cuido de la herida como si una mujer o un insipiente niño me la hubiese causado, que poco duele la flecha de un hombre vil y cobarde. De otra clase es el agudo dardo que yo arrojo: por poco que penetre deja exánime al que lo recibe, y la mujer del muerto desgarra sus mejillas, sus hijos quedan huérfanos, y el cadáver se pudre enroje-

Biblioteca Nacional de España

ciendo con su sangre la tierra y teniendo a su alrededor más aves de rapiña que mujeres.

396 Así dijo. Odiseo, famoso por su lanza, acudió y se le puso delante. Diomedes se sentó, arrancó del pie la aguda flecha y un dolor terrible recorrió su cuerpo. Entonces subió al carro y con el corazón afligido mandó al auriga que le llevase a las cóncavas naves.

401 Odiseo, famoso por su lanza, se quedó solo; ningún argivo permaneció a su lado, porque el terror los poseía a todos. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

404 *Odiseo.*—¡Ay de mí! ¿Qué me ocurrirá? Muy malo es huír, temiendo a la muchedumbre, y peor aún que me cojan, quedándome solo, pues a los demás dánaos el Cronión los puso en fuga. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? Sé que los cobardes huyen del combate, y quien descuella en la batalla debe mantenerse firme, ya sea herido, ya a otro hiera.

411 Mientras revolvía tales pensamientos en su mente y en su corazón, llegaron las huestes de los escudados teucros, y rodeándole, su propio mal entre ellos encerraron. Como los perros y los florecientes mozos cercan y embisten a un jabalí que sale de la espesa selva aguzando en sus corvas mandíbulas los blancos colmillos, y aunque la fiera cruja los dientes y aparezca terrible resisten firmemente; así los teucros acometían entonces por todos lados a Odiseo, caro a Zeus. Mas él dió un salto y clavó la aguda pica en un hombro del eximio Deyopites; mató luego a Toón y Énomo; alanceó en el ombligo por debajo del cóncavo escudo a Quersidamante, que se apeaba del carro y cayó en el polvo y cogió el suelo con las manos; y dejándolos a todos, envasó la lanza a Cárope Hipásida, hermano carnal del noble Soco. Éste, que parecía un dios, vino a defenderle, y deteniéndose cerca de Odiseo, hablóle de este modo:

430 *Soco.*—¡Célebre Odiseo, varón incansable en urdir engaños y en trabajar! Hoy, o podrás gloriarte de haber muerto y despojado de las armas a ambos Hipásidas, o perderás la vida, herido por mi lanza.

434 Cuando esto hubo dicho, le dió un bote en el liso escudo: la fornida lanza atravesó el luciente escudo, clavóse en la labrada coraza y levantó la piel del costado; pero Palas Atenea no permitió que llegara a las entrañas del varón. Entendió Odiseo que por el sitio la herida no era mortal, y retrocediendo dijo a Soco estas palabras:

441 *Odiseo.*—¡Ah infortunado! Grande es la desgracia que sobre ti ha caído. Lograste que cesara de luchar con los teucros, pero yo te digo que la perdición y la negra muerte te alcanzarán hoy; y, vencido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

446 Dijo; y como Soco se volviera para huir, clavóle la lanza en el dorso, entre los hombros, y le atravesó el pecho. El guerrero cayó con estrépito, y el divino Odiseo se jactó de su obra:

450 *Odiseo.*—¡Oh Soco, hijo del aguerrido Hípaso, domador de caballos! Te sorprendió la muerte antes de que pudieses evitarla. ¡Ah mísero! A ti, una vez muerto, ni el padre ni la veneranda madre te cerrarán los ojos, sino que

Biblioteca Nacional de España

te desgarrarán las carnívoras aves cubriéndote con sus tupidas alas; mientras que a mí, si muero, los divinos aqueos me harán honras fúnebres.

456 Así diciendo, arrancó de su cuerpo y del abollonado escudo la ingente lanza que Soco le había arrojado; brotó la sangre y afligióle el corazón. Los magnánimos teucros, al ver la sangre, se exhortaron mutuamente entre la turba y embistieron todos a Odiseo; y éste retrocedió, llamando a voces a sus compañeros. Tres veces gritó cuanto un varón puede hacerlo a voz en cuello; tres veces Menelao, caro a Ares, le oyó, y al punto dijo a Ayante, que estaba a su lado:

465 *Menelao.*—¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Oigo la voz del paciente Odiseo como si los teucros, habiéndole aislado en la terrible lucha, lo estuviesen acosando. Acudámosle, abriéndonos calle por la turba, pues lo mejor es llevarle socorro. Temo que a pesar de su valentía le suceda alguna desgracia solo entre los teucros, y que después los dánaos lo echen muy de menos.

472 Así diciendo, partió y siguióle Ayante, varón igual a un dios. Pronto dieron con Odiseo, caro a Zeus, a quien los teucros acometían por todos lados como los rojizos chacales circundan en el monte a un cornígero ciervo herido por la flecha que un hombre le disparó con el arco—sálvase el ciervo, merced a sus pies, y huye en tanto que la sangre está caliente y las rodillas ágiles; póstralo luego la veloz saeta, y cuando carnívoros chacales lo despedazan en la espesura de un monte, trae la fortuna un voraz león que, dispersando a los chacales, devora a aquél;—así entonces muchos y robustos teucros arremetían al aguerrido y sagaz Odiseo; y el héroe, blandiendo la pica, apartaba de sí la cruel muerte. Pero llegó Ayante con su escudo como una torre, se puso al lado de Odiseo y los teucros se espantaron y huyeron a la desbandada. Y el marcial Menelao, asiendo de la mano al héroe, sacóle de la turba mientras el escudero acercaba el carro.

489 Ayante, acometiendo a los teucros, mató a Doriclo, hijo bastardo de Príamo, e hirió a Pándoco, Lisandro, Píraso y Pilartes. Como el hinchado torrente que acreció la lluvia de Zeus baja rebosante por los montes a la llanura, arrastra muchos pinos y encinas secas, y arroja al mar gran cantidad de cieno; así entonces el ilustre Ayante desordenaba y perseguía por el campo a los enemigos y destrozaba corceles y guerreros. Héctor no lo había advertido, porque peleaba en la izquierda de la batalla, cerca de la orilla del Escamandro: allí las cabezas caían en mayor número, y un inmenso vocerío se dejaba oír alrededor del gran Néstor y del marcial Idomeneo. Entre todos revolvíase Héctor, que, haciendo arduas proezas con su lanza y su habilidad ecuestre, destruía las falanges de jóvenes guerreros. Y los divinos aqueos no retrocedieran aún, si Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, no hubiese puesto fuera de combate a Macaón, pastor de hombres, mientras descollaba en la pelea, hiriéndole en la espalda derecha con trifurcada saeta. Los aqueos, aunque respiraban valor, temieron que la lucha se inclinase, y aquél fuera muerto. Y al punto habló Idomeneo al divino Néstor:

511 *Idomeneo.*—¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Ea, sube al

Biblioteca Nacional de España

carro, póngase Macaón junto a ti, y dirige presto a las naves los solípedos corceles. Pues un médico vale por muchos hombres, por su pericia en arrancar flechas y aplicar drogas calmantes.

516 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no dejó de obedecerle. Subió al carro, y tan pronto como Macaón, hijo del eximio médico Asclepio, le hubo seguido, picó con el látigo a los caballos y éstos volaron de su grado hacia las cóncavas naves, pues les gustaba volver a ellas.

521 Cebriones, que acompañaba a Héctor en el carro, notó que los teucros eran derrotados, y le dijo:

523 *Cebriones.*—¡Héctor! Mientras nosotros combatimos aquí con los dánaos en un extremo de la batalla horrísona, los demás teucros son desbaratados y se agitan en confuso tropel hombres y caballos. Ayante Telamonio es quien los desordena; bien le conozco por el ancho escudo que cubre sus espaldas. Enderecemos a aquel sitio los corceles del carro, que allí es más empeñada la pelea, mayor la matanza de peones y de los que combaten en carros, e inmensa la gritería que se levanta.

531 Habiendo hablado así, azotó con el sonoro látigo a los caballos de hermosas crines. Sintieron éstos el golpe y arrastraron velozmente por entre teucros y aqueos el veloz carro, pisando cadáveres y escudos; el eje tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Héctor, deseoso de penetrar y deshacer aquel grupo de hombres, promovía gran tumulto entre los dánaos, no dejaba la lanza quieta, recorría las filas de aquéllos y peleaba con la lanza, la espada y grandes piedras; solamente evitaba el encuentro con Ayante Telamonio (1).

544 El padre Zeus, que tiene su trono en las alturas, infundió temor en Ayante y éste se quedó atónito, se echó a la espalda el escudo formado por siete boyunos cueros, paseó su mirada por la turba, como una fiera, y retrocedió volviéndose con frecuencia y andando a paso lento. Como los canes y los pastores del campo ahuyentan del boíl a un tostado león, y vigilando toda la noche, no le dejan llegar a los pingües bueyes; y el león, ávido de carne, acomete furioso y nada consigue, porque caen sobre él multitud de venablos arrojados por robustas manos y encendidas teas que le dan miedo, y cuando empieza a clarear el día, se escapa la fiera con ánimo afligido; así Ayante se alejaba entonces de los teucros, contrariado y con el corazón entristecido, porque temía mucho por las naves de los aqueos. De la suerte que un tardo asno se acerca a un campo, y venciendo la resistencia de los niños que rompen en sus espaldas muchas varas, penetra en él y destroza las crecidas mieses; los muchachos lo apalean; pero, como su fuerza es poca, sólo consiguen echarlo con trabajo, después que se ha hartado de comer; de la misma manera los animosos troyanos y sus auxiliares, reunidos en gran número, perseguían al gran Ayante, hijo de Telamón, y le golpeaban el escudo con las lanzas.

---

(1) El verso 543, omitido por no creérsele auténtico, añade: porque Zeus se irritaba contra él cuando combatía con un guerrero más valiente.

Biblioteca Nacional de España

Ayante unas veces mostraba su impetuoso valor, y revolviendo detenía las falanges de los teucros, domadores de caballos; otras, tornaba a huir; y moviéndose con furia entre los teucros y los aqueos, conseguía que los enemigos no se encaminasen a las veleras naves. Las lanzas que manos audaces despedían se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante del héroe, antes de llegar a su blanca piel, deseosas de saciarse de su carne.

575 Cuando Eurípilo, preclaro hijo de Evemón, vió que Ayante estaba tan abrumado por los copiosos tiros, se colocó a su lado, arrojó la reluciente lanza y se la clavó en el hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Fausíada, pastor de hombres, dejándole sin vigor las rodillas. Corrió en seguida hacia él y se puso a quitarle la armadura. Pero advirtiólo el deiforme Alejandro, y disparando el arco contra Eurípilo logró herirle en el muslo derecho: la caña de la saeta se rompió, quedó colgando y apesgaba el muslo del guerrero. Éste retrocedió al grupo de sus amigos, para evitar la muerte, y dando grandes voces, decía a los dánaos:

587 *Eurípilo.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Deteneos, volved la cara al enemigo, y librad del día cruel a Ayante que está abrumado por los tiros y no creo que escape con vida del horrísono combate. Pero deteneos afrontando a los contrarios, y rodead al gran Ayante, hijo de Telamón.

592 Tales fueron las palabras de Eurípilo al sentirse herido, y ellos se colocaron junto a él con los escudos sobre los hombros y las picas levantadas. Ayante, apenas se juntó con sus compañeros, detúvose y volvió la cara a los teucros.

596 Siguieron, pues, combatiendo con el ardor de encendido fuego; y, entre tanto, las yeguas de Neleo, cubiertas de sudor, sacaban del combate a Néstor y a Macaón, pastor de pueblos. Reconoció al último el divino Aquileo, el de los pies ligeros, que desde la popa de la ingente nave contemplaba la gran derrota y deplorable fuga, y en seguida llamó, desde la nave, a Patroclo, su compañero: oyóle éste, y, parecido a Ares, salió de la tienda. Tal fué el origen de su desgracia. El esforzado hijo de Menetio habló el primero, diciendo:

606 *Patroclo.*—¿Por qué me llamas, Aquileo? ¿Necesitas de mí?

607 Respondió Aquileo, el de los pies ligeros:

608 *Aquileo.*—¡Divino Menetíada, carísimo a mi corazón! Ahora espero que los aqueos vendrán a suplicarme y se postrarán a mis plantas, porque no es llevadera la necesidad en que se hallan. Pero ve Patroclo, caro a Zeus, y pregunta a Néstor quién es el herido que saca del combate. Por la espalda tiene gran semejanza con Macaón el Asclepíada, pero no le vi el rostro; pues las yeguas, deseosas de llegar cuanto antes, pasaron rápidamente por mi lado.

616 Así dijo. Patroclo obedeció al amado compañero y se fué corriendo a las tiendas y naves aqueas.

618 Cuando aquéllos hubieron llegado a la tienda del Nelida, descendieron del carro al almo suelo, y Eurimedonte, servidor del anciano, desunció los corceles. Néstor y Macaón dejaron secar el sudor que mojaba sus corazas, poniéndose al soplo del viento en la orilla del mar; y penetrando luego en la

Biblioteca Nacional de España

tienda, se sentaron en sillas. Entonces les preparó una mixtura Hecamede, la de hermosa cabellera, hija del magnánimo Arsínoo, que el anciano se había llevado de Ténedos cuando Aquileo entró a saco esta ciudad: los aqueos se la adjudicaron a Néstor, que a todos superaba en el consejo. Hecamede acercó una mesa magnífica, de pies de acero, pulimentada; y puso encima una fuente de bronce con cebolla, manjar propio para la bebida, miel reciente y sacra harina de flor, y una bella copa guarnecida de áureos clavos que el anciano se había llevado de su palacio y tenía cuatro asas—cada una entre dos palomas de oro—y dos sustentáculos. A otro anciano le hubiese sido difícil mover esta copa cuando después de llenarla se ponía en la mesa, pero Néstor la levantaba sin esfuerzo. En ella la mujer, que parecía una diosa, les preparó la bebida: echó vino de Pramnio, raspó queso de cabra con un rallo de bronce, espolvoreó la mezcla con blanca harina y les invitó a beber así que tuvo compuesto el potaje. Ambos bebieron, y, apagada la abrasadora sed, se entregaban al deleite de la conversación cuando Patroclo, varón igual a un dios, apareció en la puerta. Vióle el anciano; y levantándose del vistoso asiento, le asió de la mano, le hizo entrar y le rogó que se sentara; pero Patroclo se excusó diciendo.

648 *Patroclo.*—No puedo sentarme, anciano alumno de Zeus; no lograrás convencerme. Respetable y temible es quien me envía a preguntar a qué guerrero trajiste herido; pero ya lo sé, pues estoy viendo a Macaón, pastor de hombres. Voy a llevar, como mensajero, la noticia a Aquileo. Bien sabes tú, anciano alumno de Zeus, lo violento que es aquel hombre y cuán pronto culparía hasta a un inocente.

655 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

656 *Néstor.*—¿Cómo es que Aquileo se compadece de los aqueos que han recibido heridas? ¡No sabe en qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en las naves. Con arma arrojadiza fué herido el poderoso Tidida Diomedes; con la pica, Odiseo, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo, y acabo de sacar del combate a este otro, herido también por una saeta que un arco despidió. Pero Aquileo, a pesar de su valentía, ni se cura de los dánaos ni se apiada de ellos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego enemigo en la orilla del mar, sin que los argivos puedan impedirlo, y que unos en pos de otros sucumbamos todos? Ya el vigor de mis ágiles miembros no es el de antes. ¡Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando en la contienda levantada entre los eleos y nosotros por el robo de bueyes, maté a Itimoneo, al valiente Hiperóquida, que vivía en la Élide, y tomé represalias! Itimoneo defendía sus vacas, pero cayó en tierra entre los primeros, herido por el dardo que le arrojó mi mano, y los demás campesinos huyeron espantados. En aquel campo logramos un espléndido botín: cincuenta vacadas, otras tantas manadas de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, otros tantos rebaños copiosos de cabras y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas de ellas con sus potros. Aquella misma noche lo llevamos a Pilos, ciudad de Neleo, y éste se alegró en su corazón de que me correspondiera una gran parte,

Biblioteca Nacional de España

a pesar de ser yo tan joven cuando fuí al combate. Al alborear, los heraldos pregonaron con voz sonora que se presentaran todos aquellos a quienes se les debía algo en la divina Élide, y los caudillos pilios repartieron el botín. Con muchos de nosotros estaban en deuda los epeos, pues como en Pilos éramos pocos, nos ofendían; y en años anteriores había venido el fornido Heracles, que nos maltrató y dió muerte a los principales ciudadanos. De los doce hijos del irreprensible Neleo, tan sólo yo quedé con vida; todos los demás perecieron. Engreídos los epeos, de broncíneas corazas, por tales hechos, nos insultaban y urdían contra nosotros inicuas acciones.—El anciano Neleo tomó entonces un rebaño de bueyes y otro grande de cabras, escogiendo trescientas de éstas con sus pastores, por la gran deuda que tenía que cobrar en la divina Élide: había enviado cuatro corceles, vencedores en anteriores juegos, uncidos a un carro, para aspirar al premio de la carrera, el cual consistía en un trípode; y Augías, rey de hombres, se quedó con ellos y despidió al auriga, que se fué triste por lo ocurrido. Airado por tales insultos y acciones, el anciano escogió muchas cosas y dió lo restante al pueblo, encargando que se distribuyera y que nadie se viese privado de su respectiva porción. Hecho el reparto, ofrecimos en la ciudad sacrificios a los dioses.—Tres días después se presentaron muchos epeos con carros tirados por solípedos caballos y toda la hueste reunida; y entre sus guerreros se hallaban ambos Moliones, que entonces eran niños y no habían mostrado aún su impetuoso valor. Hay una ciudad llamada Trioesa, en la cima de un monte contiguo al Alfeo, en los confines de la arenosa Pilos: los epeos quisieron destruirla y la sitiaron. Mas así que hubieron atravesado la llanura, Atenea descendió presurosa del Olimpo, cual nocturna mensajera, para que tomáramos las armas, y no halló en Pilos un pueblo indolente, pues todos sentíamos vivos deseos de combatir. A mí Neleo no me dejaba vestir las armas y me escondió los caballos, no teniéndome por suficientemente instruido en las cosas de la guerra. Y con todo eso, sobresalí, siendo infante, entre los nuestros, que combatían en carros; pues fué Atenea la que dispuso de esta suerte el combate. Hay un río nombrado Minieo, que desemboca en el mar cerca de Arena: allí los caudillos de los pilios aguardamos que apareciera la divina Aurora, y en tanto afluyeron los infantes. Reunidos todos y vestida la armadura, marchamos, llegando al mediodía a la sagrada corriente del Alfeo. Hicimos hermosos sacrificios al prepotente Zeus, inmolamos un toro al Alfeo, otro a Posidón y una gregal vaca a Atenea, la de ojos de lechuza; cenamos sin romper las filas, y dormimos, con la armadura puesta, a orillas del río. Los magnánimos epeos estrechaban el cerco de la ciudad, deseosos de destruirla; pero antes de lograrlo se les presentó una gran acción de Ares. Cuando el resplandeciente sol apareció en lo alto, trabamos la batalla, después de orar a Zeus y a Atenea. Y en la lucha de los pilios con los epeos, fuí el primero que mató a un hombre, al belicoso Mulio, cuyos solípedos corceles me llevé. Era éste yerno de Augías, por estar casado con la rubia Agamede, la hija mayor, que conocía cuantas drogas produce la vasta tierra. Y acercándome a él, le envasé la broncínea lanza, le derribé en el polvo, salté a su carro y me coloqué entre los combatientes delanteros. Los magnánimos epeos huye-

Biblioteca Nacional de España

ron en desorden, aterrorizados de ver en el suelo al hombre que mandaba a los que combatían en carros y tan fuerte era en la batalla. Lancéme a ellos cual obscuro torbellino; tomé cincuenta carros, venciendo con mi lanza y haciendo morder la tierra a los dos guerreros que en cada uno venían; y hubiera matado a entrambos Molíones Actoriones, si su padre, el poderoso Posidón, que conmueve la tierra, no los hubiese salvado, envolviéndolos en espesa niebla y sacándolos del combate. Entonces Zeus concedió a los pilios una gran victoria. Perseguimos a los eleos por la espaciosa llanura, matando hombres y recogiendo magníficas armas, hasta que nuestros corceles nos llevaron a Buprasio, fértil en trigo, la roca Olenia y Alisio, al sitio llamado *la colina,* donde Atenea hizo que el ejército se volviera. Allí dejé tendido al último hombre que maté. Cuando desde Buprasio dirigieron los aqueos los rápidos corceles a Pilos, todos daban gracias a Zeus entre los dioses y a Néstor entre los hombres. Tal era yo entre los guerreros, si todo no ha sido un sueño.—Pero del valor de Aquileo sólo se aprovechará él mismo, y creo que ha de ser grandísimo su llanto cuando el ejército perezca. ¡Oh amigo! Menetio te hizo un encargo el día en que te envió desde Ptía a Agamenón; estábamos dentro del palacio yo y el divino Odiseo y oímos cuanto aquél te encargó. Nosotros, que entonces reclutábamos tropas en la fértil Acaya, habíamos llegado a la bien habitada casa de Peleo, donde encontramos al héroe Menetio, a ti y a Aquileo. Peleo, el anciano jinete, quemaba dentro del patio pingües muslos de buey en honor de Zeus, que se complace en lanzar rayos; y con una copa de oro vertía el negro vino en la ardiente llama del sacrificio, mientras vosotros preparabais carnes de buey. Nos detuvimos en el vestíbulo; Aquileo se levantó sorprendido, y cogiéndonos de la mano nos introdujo, nos hizo sentar y nos ofreció presentes de hospitalidad, como se acostumbra hacer con los forasteros. Satisficimos de bebida y de comida al apetito, y empecé a exhortaros para que os vinierais con nosotros; ambos lo anhelabais y vuestros padres os daban muchos consejos. El anciano Peleo recomendaba a su hijo Aquileo que descollara siempre y sobresaliera entre los demás, y a su vez Menetio, hijo de Áctor, te aconsejaba así: «¡Hijo mío! Aquileo te aventaja por su abolengo, pero tú le superas en edad; aquél es mucho más fuerte, pero hazle prudentes advertencias, amonéstale e instrúyele y te obedecerá para su propio bien.» Así te aconsejaba el anciano, y tú lo olvidas. Pero aún podrías recordárselo al aguerrido Aquileo y quizás lograras persuadirle. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoverías su corazón? Gran fuerza tiene la exhortación de un amigo. Y si se abstiene de combatir por algún vaticinio que su madre, enterada por Zeus, le ha revelado, que a lo menos te envíe a ti con los demás mirmidones, por si llegas a ser la aurora de salvación de los dánaos, y te permita llevar en el combate su magnífica armadura para que los teucros te confundan con él y cesen de pelear, los belicosos aqueos que tan abatidos están se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Vosotros que no os halláis extenuados de fatiga, rechazaríais fácilmente de las naves y tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

804 Así dijo, y conmovióle el corazón dentro del pecho. Patroclo fuése co-

Biblioteca Nacional de España

rriendo por entre las naves para volver a la tienda de Aquileo Eácida. Mas cuando, corriendo, llegó a los bajeles del divino Odiseo—allí se celebraba el ágora y se administraba justicia ante los altares erigidos a los dioses—regresaba del combate, cojeando, Eurípilo Evemónida, del linaje de Zeus, que había recibido un flechazo en el muslo: abundante sudor corría por su cabeza y sus hombros, y la negra sangre brotaba de la grave herida, pero su inteligencia permanecía firme. Vióle el esforzado hijo de Menetio, se compadeció de él, y suspirando dijo estas aladas palabras:

816 *Patroclo.*—¡Ah infelices caudillos y príncipes de los dánaos! ¡Así debíais en Troya, lejos de los amigos y de la patria tierra, saciar con vuestra blanca grasa a los ágiles perros! Pero dime, héroe Eurípilo, alumno de Zeus: ¿Podrán los aqueos sostener el ataque del ingente Héctor, o perecerán vencidos por su lanza?

822 Respondióle Eurípilo herido:

823 *Eurípilo.*—¡Patroclo, del linaje de Zeus! Ya no habrá defensa para los aqueos que corren a refugiarse en las negras naves. Cuantos fueron hasta aquí los más valientes, yacen en sus bajeles, heridos unos de cerca y otros de lejos por mano de los teucros, cuya fuerza va en aumento. Pero sálvame llevándome a la negra nave, arráncame la flecha del muslo, lava con agua tibia la negra sangre que fluye de la herida y ponme en ella drogas calmantes y salutíferas que, según dicen, te dió a conocer Aquileo, instruido por Quirón, el más justo de los centauros. Pues de los dos médicos, Podalirio y Macaón, el uno creo que está herido en su tienda, y a su vez necesita de un buen médico, y el otro sostiene vivo combate en la llanura troyana.

837 Contestó el esforzado hijo de Menetio:

838 *Patroclo.*—¿Cómo acabará esto? ¿Qué haremos, héroe Eurípilo? Iba a decir al aguerrido Aquileo lo que Néstor gerenio, protector de los aqueos, me encargó; pero no te dejaré así, abrumado por el dolor.

842 Dijo; y cogiendo al pastor de hombres por el pecho, llevólo a la tienda. El escudero, al verlos venir, extendió en el suelo pieles de buey. Patroclo recostó en ellas a Eurípilo y sacó del muslo, con la daga, la aguda y acerba flecha; y después de lavar con agua tibia la negra sangre, espolvoreó la herida con una raíz amarga y calmante que previamente había desmenuzado con la mano. La raíz le calmó todos los dolores, secóse la herida y la sangre dejó de correr.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XII

COMBATE EN LA MURALLA

EN tanto que el fuerte hijo de Menetio curaba, dentro de la tienda, a Eurípilo herido, acometíanse confusamente argivos y teucros. Ya no había de contener a éstos ni el foso ni el ancho muro que al borde del mismo construyeron los dánaos, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas, para que los defendiera a ellos y las veleras naves y el mucho botín que dentro se guardaba. Levantado el muro contra la voluntad de los inmortales dioses, no debía subsistir largo tiempo. Mientras vivió Héctor, estuvo Aquileo irritado y la ciudad del rey Príamo no fué expugnada, la gran muralla de los aqueos se mantuvo firme. Pero cuando hubieron muerto los más valientes teucros, de los argivos unos perecieron y otros se salvaron, la ciudad de Príamo fué destruida en el décimo año, y los argivos se embarcaron para regresar a su patria; Posidón y Apolo decidieron arruinar el muro con la fuerza de los ríos que corren de los montes ideos al mar: el Reso, el Heptáporo, el Careso, el Rodio, el Gránico, el Esepo, el divino Escamandro y el Símois, en cuya ribera cayeron al polvo muchos cascos, escudos de boyuno cuero y la generación de los hombres semidioses.—Febo Apolo desvió el curso de todos estos ríos y dirigió sus corrientes a la muralla por espacio de nueve días, y Zeus no cesó de llover para que más presto se sumergiese en el mar. Iba al frente de aquéllos el mismo Posidón, que bate la tierra, con el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras que con tanta fatiga echaron los aqueos, arrasó la orilla del Helesponto, de rápida corriente, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro, y volvió los ríos a los cauces por donde discurrían sus cristalinas aguas.

34 De tal modo Posidón y Apolo debían proceder más tarde. Entonces ardía el clamoroso combate al pie del bien labrado muro, y las vigas de las torres resonaban al chocar de los dardos. Los argivos, vencidos por el azote de Zeus, encerrábanse en el cerco de las cóncavas naves por miedo a Héctor, cuya valentía les causaba la derrota, y éste seguía peleando y parecía un torbellino. Como un jabalí o un león se revuelve, orgulloso de su fuerza, entre perros y cazadores que agrupados le tiran muchos venablos—la fiera no siente en su ánimo audaz ni temor ni espanto, y su propio valor la mata—y va de un lado a otro, probando las hileras de los hombres, y se apartan aquéllos hacia los que se dirige; de igual modo agitábase Héctor entre la turba y exhor-

Biblioteca Nacional de España

taba a sus compañeros a pasar el foso. Los corceles, de pies ligeros, no se atrevían a hacerlo, y parados en el borde relinchaban, porque el ancho foso les daba horror. No era fácil, en efecto, salvarlo ni atravesarlo, pues tenía escarpados precipicios a uno y otro lado, y en su parte alta grandes y puntiagudas estacas, que los aqueos clavaron espesas para defenderse de los enemigos. Un caballo tirando de un carro de hermosas ruedas difícilmente hubiera entrado en el foso, y los peones meditaban si podrían realizarlo. Entonces llegóse Polidamante al audaz Héctor, y dijo:

61 *Polidamante.*—¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus auxiliares! Dirigimos imprudentemente los veloces caballos al foso, y éste es muy difícil de pasar, porque está erizado de agudas estacas y a lo largo de él se levanta el muro de los aqueos. Allí no podríamos apearnos del carro ni combatir, pues se trata de un sitio estrecho donde temo que pronto seríamos heridos. Si Zeus altitonante, meditando males contra los aqueos, quiere destruirlos completamente para favorecer a los teucros, deseo que lo realice cuanto antes y que aquéllos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Pero si los aqueos se volviesen, y viniendo de las naves nos obligaran a repasar el profundo foso, me figuro que ni un mensajero podría retornar a la ciudad, huyendo de los aqueos que nuevamente entraran en combate. Ea, procedamos todos como voy a decir. Los escuderos tengan los caballos en la orilla del foso y nosotros sigamos a Héctor a pie, con armas y todos reunidos; pues los aqueos no resistirán el ataque si sobre ellos pende la ruina.

80 Así dijo Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, el cual, en seguida y sin dejar las armas, saltó del carro a tierra. Los demás teucros tampoco permanecieron en sus carros; pues así que vieron que el divino Héctor lo dejaba, apeáronse todos, mandaron a los aurigas que pusieran los caballos en línea junto al foso, y, habiéndose ordenado en cinco grupos, emprendieron la marcha con los respectivos jefes.

88 Iban con Héctor y Polidamante los más y mejores, que anhelaban romper el muro y pelear cerca de las cóncavas naves; su tercer jefe era Cebriones, porque Héctor había dejado a otro auriga inferior para cuidar del carro. De otro grupo eran caudillos Paris, Alcátoo y Agenor. El tercero lo mandaban Heleno y el deiforme Deífobo, hijos de Príamo, y el héroe Asio Hirtácida, que había venido de Arisbe, de las orillas del río Seleente, en un carro tirado por altos y fogosos corceles. El cuarto lo regía Eneas, valiente hijo de Anquises, y con él Arquéloco y Acamante, hijos de Antenor, diestros en toda suerte de combates. Por último, Sarpedón se puso al frente de los ilustres aliados, eligiendo por compañeros a Glauco y al belicoso Asteropeo, a quienes tenía por los más valientes después de sí mismo, pues él descollaba entre todos. Tan pronto como hubieron embrazado los fuertes escudos y cerrado las filas, marcharon animosos contra los dánaos; y esperaban que éstos, en vez de oponerles resistencia, se refugiarían en las negras naves.

108 Todos los troyanos y sus auxiliares venidos de lejas tierras siguieron el consejo del eximio Polidamante, menos Asio Hirtácida, príncipe de hombres, que negándose a dejar el carro y al auriga, se acercó con ellos a las veleras

Biblioteca Nacional de España

naves. ¡Insensato! No había de librarse de las funestas parcas, ni volver, ufano de sus corceles y de su carro, de las naves a la ventosa Ilión; porque su hado infausto le hizo morir atravesado por la lanza del ilustre Idomeneo Deucálida. Fuése, pues, hacia la izquierda de las naves, al sitio por donde los aqueos solían volver de la llanura con los caballos y carros; hacia aquel lugar dirigió los corceles, y no halló las puertas cerradas y aseguradas con el gran cerrojo, porque unos hombres las tenían abiertas, con el fin de salvar a los compañeros que, huyendo del combate, llegaran a las naves. A aquel paraje enderezó los caballos, y los demás le siguieron dando agudos gritos, porque esperaban que los aqueos, en vez de oponer resistencia, se refugiarían en las negras naves. ¡Insensatos! En las puertas encontraron a dos valentísimos guerreros, hijos gallardos de los belicosos lapitas: el esforzado Polipetes, hijo de Pirítoo, y Leonteo, igual a Ares, funesto a los mortales. Ambos estaban delante de las altas puertas, como en el monte unas encinas de elevada copa, fijas al suelo por raíces gruesas y extensas, desafían constantemente el viento y la lluvia; de igual manera aquéllos, confiando en sus manos y en su valor, aguardaron la llegada del gran Asio y no huyeron. Los teucros se encaminaron con gran alboroto al bien construido muro, levantando los escudos de secas pieles de buey, mandados por el rey Asio, Yámeno, Orestes, Adamante Asíada, Toón y Enomao. Polipetes y Leonteo hallábanse dentro e instigaban a los aqueos, de hermosas grebas, a pelear por las naves; mas así que vieron a los teucros atacando la muralla y a los dánaos en clamorosa fuga, salieron presurosos a combatir delante de las puertas, semejantes a montaraces jabalíes que en el monte .son terrero de la acometida de hombres y canes, y en curva carrera tronchan y arrancan de raíz las plantas de la selva, dejando oír el crujido de sus dientes, hasta que los hombres, tirándoles venablos, les quitan la vida; de parecido modo resonaba el luciente bronce en el pecho de los héroes a los golpes que recibían, pues peleaban con gran denuedo, confiando en los guerreros de encima de la muralla y en su propio valor. Desde las torres bien construidas los aqueos tiraban piedras para defenderse a sí mismos, las tiendas y las naves de ligero andar. Como caen al suelo los copos de nieve que impetuoso viento, agitando las pardas nubes, derrama en abundancia sobre la fértil tierra; así llovían los dardos que arrojaban aqueos y teucros, y los cascos y abollonados escudos sonaban secamente al chocar con ellos las ingentes piedras. Entonces Asio Hirtácida, dando un gemido y golpeándose el muslo, exclamó indignado:

162 *Asio.*—¡Padre Zeus! Muy falaz te has vuelto, pues yo no esperaba que los héroes aqueos opusieran resistencia a nuestro valor e invictas manos. Como las abejas o las flexibles avispas que han anidado en fragoso camino y no abandonan su hueca morada al acercarse los cazadores, sino que luchan por los hijuelos; así aquéllos, con ser dos solamente, no quieren retirarse de las puertas mientras no perezcan, o la libertad no pierdan.

173 Así dijo; pero sus palabras no cambiaron la mente de Zeus, que deseaba conceder tal gloria a Héctor.

175 Otros peleaban delante de otras puertas, y me sería difícil, no siendo un

Biblioteca Nacional de España

dios, contarlo todo. Por doquiera ardía el combate al pie del lapídeo muro; los argivos, aunque llenos de angustia, veíanse obligados a defender las naves; y estaban apesarados todos los dioses que en la guerra protegían a los dánaos. Entonces fué cuando los lapitas empezaron el combate y la refriega.

182 El fuerte Polipetes, hijo de Pirítoo, hirió a Dámaso con la lanza por el casco de broncíneas carrilleras: el casco de bronce no detuvo a aquélla cuya punta, de bronce también, rompió el hueso; conmovióse el cerebro, y el guerrero sucumbió mientras combatía con denuedo. Aquél mató luego a Pilón y a Órmeno. Leonteo, hijo de Antímaco y vástago de Ares, arrojó un dardo a Hipómaco y se lo clavó junto al ceñidor; luego desenvainó la aguda espada, y acometiendo por en medio de la muchedumbre a Antífates, le hirió y le tiró de espaldas; y después derribó sucesivamente a Menón, Yámeno y Orestes, que fueron cayendo al almo suelo.

195 Mientras ambos héroes quitaban a los muertos las lucientes armas, adelantaron la marcha con Polidamante y Héctor los más y más valientes de los jóvenes, que sentían un vivo deseo de romper el muro y pegar fuego a las naves. Pero detuviéronse indecisos en la orilla del foso, cuando ya se disponían a atravesarlo, por haber aparecido encima de ellos, y dejando el pueblo a la izquierda, un ave agorera: un águila de alto vuelo, llevando en las garras un enorme dragón sangriento, vivo, que se estremecía aún y no se había olvidado de la lucha, pues encorvándose hacia atrás hirióla en el pecho, cerca del cuello. El águila, penetrada de dolor, dejó caer el dragón en medio de la turba; y chillando, voló con la rapidez del viento. Los teucros estremeciéronse al ver en medio de ellos la manchada sierpe, prodigio de Zeus, que lleva la égida. Entonces acercóse Polidamante al audaz Héctor, y le dijo:

211 *Polidamante.*—¡Héctor! Siempre me increpas en las juntas, aunque lo que proponga sea bueno; mas no es decoroso que un ciudadano hable en las reuniones o en la guerra contra lo debido, sólo para acrecentar tu poder. También ahora he de manifestar lo que considero conveniente. No vayamos a combatir con los dánaos cerca de las naves. Creo que nos ocurrirá lo que diré, si vino realmente para los teucros, cuando deseaban atravesar el foso, esta ave agorera: un águila de alto vuelo, que dejaba el pueblo a la izquierda y llevaba en las garras un enorme dragón sangriento y vivo, y lo hubo de soltar presto antes de llegar al nido y darlo a sus polluelos. De semejante modo, si con gran ímpetu rompemos ahora las puertas y el muro, y los aqueos retroceden, luego no nos será posible volver de las naves en buen orden por el mismo camino; y dejaremos a muchos teucros tendidos en el suelo, a los cuales los aqueos, combatiendo en defensa de sus naves, habrán muerto con las broncíneas armas. Así lo interpretaría un augur que, por ser muy entendido en prodigios, mereciera la confianza del pueblo.

230 Encarándole la torva vista, respondió Héctor, el de tremolante casco:

231 *Héctor.*—¡Polidamante! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si realmente hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio; pues me aconsejas que, olvidando las promesas que Zeus tonante me hizo y ratificó luego, obedezca a las aves aliabiertas, de

Biblioteca Nacional de España

las cuales no me cuido ni en ellas paro mientes, sea que vayan hacia la derecha por donde aparecen la aurora y el sol, sea que se dirijan a la izquierda, al tenebroso ocaso. Confiemos en las promesas del gran Zeus que reina sobre todos, mortales e inmortales. El mejor agüero es este: combatir por la patria. ¿Por qué te dan miedo el combate y la pelea? Aunque los demás fuéramos muertos en las naves argivas, no debieras temer por tu vida; pues ni tu corazón es belicoso, ni te permite aguardar a los enemigos. Y si dejas de luchar, o con tus palabras logras que otro se abstenga, pronto perderás la vida, herido por mi lanza.

251 Así habiendo hablado, echó a andar. Siguiéronle todos con fuerte gritería, y Zeus, que se complace en lanzar rayos, enviando desde los montes ideos un viento borrascoso, levantó gran polvareda en las naves, abatió el ánimo de los aqueos, y dió gloria a los teucros y a Héctor, que, fiados en las prodigiosas señales del dios y en su propio valor, intentaban romper la gran muralla aquea. Arrancaban las almenas de las torres, demolían los parapetos y derribaban los zócalos salientes que los aqueos habían hecho estribar en el suelo para que sostuvieran las torres. También tiraban de éstas, con la esperanza de romper el muro de los aqueos. Mas los dánaos no les dejaban libre el camino; y protegiendo los parapetos con boyunas pieles, herían desde allí a los enemigos que al pie de la muralla se encontraban.

265 Los dos Ayantes recorrían las torres, animando a los aqueos y excitando su valor; a todas partes iban, y a uno le hablaban con suaves palabras y a otro le reñían con duras frases porque flojeaba en el combate:

269 *Los Ayantes.*—¡Oh amigos, ya entre los argivos seáis los preeminentes, los mediocres o los peores, pues no todos los hombres son iguales en la guerra! Ahora el trabajo es común a todos y vosotros mismos lo conocéis. Nadie se vuelva atrás, hacia los bajeles, por oír las amenazas de un teucro; id adelante y animaos mutuamente, por si Zeus olímpico, fulminador, nos permite rechazar el ataque y perseguir a los enemigos hasta la ciudad.

277 Dando tales voces animaban a los aqueos para que combatieran. Cuan espesos caen los copos de nieve cuando en un día de invierno Zeus decide nevar, mostrando sus armas a los hombres; y adormeciendo los vientos, nieva incesantemente hasta que cubre las cimas y los riscos de los montes más altos, las praderas cubiertas de loto y los fértiles campos cultivados por el hombre; y la nieve se extiende por los puertos y playas del espumoso mar, y únicamente la detienen las olas, pues todo lo restante queda cubierto cuando arrecia la nevada de Zeus: así, tan espesas, volaban las piedras por ambos lados, las unas hacia los teucros y las otras de éstos a los aqueos, y el estrépito se elevaba sobre todo el muro.

290 Mas los teucros y el esclarecido Héctor no habrían roto aún las puertas de la muralla y el gran cerrojo, si el próvido Zeus no hubiese incitado a su hijo Sarpedón contra los argivos, como a un león contra bueyes de retorcidos cuernos. Sarpedón levantó en seguida el escudo liso, hermoso, protegido por planchas de bronce, obra de un broncista que sujetó muchas pieles de buey con varitas de oro prolongadas por ambos lados hasta el borde circular; alzando,

Biblioteca Nacional de España

pues, la rodela y blandiendo un par de lanzas, se puso en marcha como el montaraz león que en mucho tiempo no ha probado la carne y su ánimo audaz le impele a acometer un rebaño de ovejas yendo a la alquería sólidamente construida; y aunque en ella encuentre pastores que, armados con venablos y provistos de perros, guardan las ovejas, no quiere que le echen del establo sin intentar el ataque, hasta que saltando dentro, o consigue hacer presa o es herido por un venablo que ágil mano le arroja; del mismo modo, el deiforme Sarpedón se sentía impulsado por su ánimo a asaltar el muro y destruir los parapetos. Y en seguida dijo a Glauco, hijo de Hipóloco:

310 *Sarpedón.*—¡Glauco! ¿Por qué a nosotros nos honran en la Licia con asientos preferentes, manjares y copas de vino, y todos nos miran como a dioses, y poseemos campos grandes y magníficos a orillas del Janto, con viñas y tierras de pan llevar? Preciso es que ahora nos sostengamos entre los más avanzados y nos lancemos a la ardiente pelea, para que diga alguno de los licios, armados de fuertes corazas: «No sin gloria imperan nuestros reyes en la Licia; y si comen pingües ovejas y beben exquisito vino, dulce como la miel, también son esforzados, pues combaten al frente de los licios.» ¡Oh amigo! Ojalá que, huyendo de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni yo me batiría en primera fila, ni te llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; pero como son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, sin que éstos puedan huir de ellas ni evitarlas, vayamos y daremos gloria a alguien, o alguien nos la dará a nosotros.

329 Así dijo; y Glauco ni retrocedió ni fué desobediente. Ambos fueron adelante en línea recta, siguiéndoles la numerosa hueste de los licios. Estremecióse al advertirlo Menesteo, hijo de Peteo, pues se encaminaban hacia su torre, llevando consigo la ruina. Ojeó la cohorte de los aqueos, por si divisaba a algún jefe que librara del peligro a los compañeros, y distinguió a entrambos Ayantes, incansables en el combate, y a Teucro, recién salido de la tienda, que se hallaban cerca. Pero no podía hacerse oír por más que gritara, porque era tanto el estrépito, que el ruido de los escudos al parar los golpes, el de los cascos guarnecidos con crines de caballo, y el de las puertas, llegaba al cielo; todas las puertas se hallaban cerradas, y los teucros, detenidos por las mismas, intentaban penetrar rompiéndolas a viva fuerza. Y Menesteo decidió enviar a Tootes, el heraldo, para que llamase a Ayante:

343 *Menesteo.*—Ve, divino Tootes, y llama corriendo a Ayante, o mejor a los dos; esto sería preferible, pues pronto habrá aquí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también allí se ha promovido recio combate, venga por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y sígale Teucro, excelente arquero.

351 Así dijo; y el heraldo oyóle y no desobedeció. Fuése corriendo a lo largo del muro de los aqueos, de broncíneas corazas; se detuvo cerca de los Ayantes, y les habló en estos términos:

354 *Tootes.*—¡Ayantes, jefes de los argivos, de broncíneas corazas! El caro hijo de Peteo, alumno de Zeus, os ruega que vayáis a tener parte en la refriega, aunque sea por breve tiempo. Que fuerais los dos, sería preferible; pues

Biblioteca Nacional de España

pronto habrá allí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también aquí se ha promovido recio combate, vaya por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y sígale Teucro, excelente arquero.

364 Así habló; y el gran Ayante Telamonio no fué desobediente. En el acto dijo al Oilíada estas aladas palabras:

366 *Ayante Telamonio.*—¡Ayante! Vosotros, tú y el fuerte Licomedes, seguid aquí y alentad a los dánaos para que peleen con denuedo. Yo voy allá, combatiré con aquéllos, y volveré tan pronto como los haya socorrido.

370 Así habiendo hablado, Ayante Telamonio partió; y con él fueron Teucro, su hermano de padre, y Pandión, que llevaba el corvo arco de Teucro. Llegaron a la torre del magnánimo Menesteo, y penetrando en el muro, se unieron a los defensores, que ya se veían acosados; pues los caudillos y esforzados príncipes de los licios asaltaban los parapetos como un obscuro torbellino. Trabaron el combate y se produjo gran vocerío.

378 Fué Ayante Telamonio el primero que mató a un hombre, al magnánimo Epicles, compañero de Sarpedón, arrojándole una piedra grande y áspera que había dentro del muro, en la parte más alta, cerca del parapeto. Difícilmente habría podido sospesarla con ambas manos uno de los actuales jóvenes, y aquél la levantó y, tirándola desde lo alto a Epicles, rompióle el casco de cuatro abolladuras y aplastóle los huesos de la cabeza; el teucro cayó de la elevada torre como salta un buzo, y el alma separóse de los miembros. Teucro, desde lo alto de la muralla, disparó una flecha a Glauco, esforzado hijo de Hipóloco, que valeroso acometía; y dirigiéndola adonde vió que el brazo aparecía desnudo, le puso fuera de combate. Saltó Glauco y se alejó del muro, ocultándose para que ningún aqueo, al advertir que estaba herido, profiriera jactanciosas palabras. Apesadumbróse Sarpedón al notarlo; mas no por esto se olvidó de la pelea, pues habiendo alcanzado a Alcmaón Testórida, le envasó la lanza, que al punto volvió a sacar: el guerrero, siguiendo a la lanza, dió de cara en el suelo, y las broncíneas labradas armas resonaron. Después, cogiendo con sus robustas manos un parapeto, tiró del mismo y lo arrancó entero; quedó el muro desguarnecido en su parte superior y con ello se abrió camino para muchos.

400 Pero en el mismo instante acertáronle a Sarpedón Ayante y Teucro: éste atravesó con una flecha el lustroso correón del gran escudo, cerca del pecho; mas Zeus apartó de su hijo las parcas, para que no sucumbiera junto a las naves; Ayante, arremetiendo, dió un bote de lanza en el escudo: la punta no lo atravesó, pero hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque. Sarpedón se apartó un poco del parapeto; pero no se retiró del todo, porque en su ánimo deseaba alcanzar gloria. Y volviéndose a los licios, iguales a los dioses, les exhortó diciendo:

409 *Sarpedón.*—¡Oh licios! ¿Por qué se afloja tanto vuestro impetuoso valor? Difícil es que yo solo, aunque haya roto la muralla y sea valiente, pueda abrir camino hasta las naves. Ayudadme todos, pues la obra de muchos siempre resulta mejor.

Biblioteca Nacional de España

413 Así habló. Los licios, temiendo la reconvención del rey, junto con éste y con mayores bríos que antes, cargaron a los argivos; quienes, a su vez, cerraron las filas de las falanges dentro del muro, porque era grande la acción que se les presentaba. Y ni los bravos licios, a pesar de haber roto el muro de los dánaos, lograban abrirse paso hasta las naves; ni los belicosos dánaos podían rechazar de la muralla a los licios desde que a la misma se habían acercado. Como dos hombres altercan, con la medida en la mano, sobre los lindes de campos contiguos y se disputan un pequeño espacio; así, licios y dánaos estaban separados por los parapetos, y por cima de los mismos hacían chocar delante de los pechos las rodelas de boyuno cuero y los ligeros broqueles. Ya muchos combatientes habían sido heridos con el cruel bronce, unos en la espalda, que al volverse dejaron indefensa, otros por entre el mismo escudo. Por doquiera torres y parapetos estaban regados con sangre de teucros y aqueos. Mas ni aun así los teucros podían hacer volver la espalda a los aqueos. Como una honrada obrera coge un peso y lana y los pone en los platillos de una balanza, equilibrándolos hasta que quedan iguales, para llevar a sus hijos el miserable salario; así el combate y la pelea andaban iguales para unos y otros, hasta que Zeus quiso dar excelsa gloria a Héctor Priámida, el primero que asaltó el muro aqueo. El héroe, con pujante voz, gritó a los teucros:

440 *Héctor.*—¡Acometed, teucros domadores de caballos! Romped el muro de los argivos y arrojad a las naves el fuego abrasador.

442 Así dijo para excitarlos. Escucháronle todos; y reunidos, fuéronse derechos al muro, subieron y pasaron por encima de las almenas, llevando siempre en las manos las afiladas lanzas.

445 Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de la puerta: dos de los más forzudos hombres del pueblo, tales como son hoy, con dificultad hubieran podido cargarla en un carro; pero aquél la manejaba fácilmente, porque el hijo del artero Cronos la volvió liviana. Bien así como el pastor lleva en una mano el vellón de un carnero, sin que el peso le fatigue; Héctor, alzando la piedra, la conducía hacia las tablas que fuertemente unidas formaban las dos hojas de la alta puerta y estaban aseguradas por dos cerrojos puestos en dirección contraria, que abría y cerraba una sola llave. Héctor se detuvo delante de la puerta, separó los pies, y, estribando en el suelo para que el golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de aquélla: rompiéronse ambos quiciales, cayó la piedra dentro por su propio peso, recrujieron las tablas, y como los cerrojos no ofrecieron bastante resistencia, desuniéronse las hojas y cada una se fué por su lado, al impulso de la piedra. El esclarecido Héctor, que por su aspecto a la rápida noche semejaba, saltó al interior: el bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo, y en la mano llevaba dos lanzas. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salirle al encuentro y detenerle cuando traspuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Y volviéndose a la turba, alentaba a los teucros para que pasaran la muralla. Obedecieron, y mientras unos asaltaban el muro, otros afluían a las bien construidas puertas. Los dánaos refugiáronse en las cóncavas naves y se promovió un gran tumulto.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIII

BATALLA JUNTO A LAS NAVES

CUANDO Zeus hubo acercado a Héctor y los teucros a las naves, dejó que sostuvieran el trabajo y la fatiga de la batalla; y volviendo a otra parte sus ojos refulgentes, miraba a lo lejos la tierra de los tracios, diestros jinetes; de los misios, que combaten de cerca; de los ilustres hipomolgos, que se alimentan con leche; y de los abios, los más justos de los hombres. Y ya no volvió a poner los brillantes ojos en Troya, porque su corazón no temía que inmortal alguno fuera a socorrer ni a los teucros ni a los dánaos.

10 Pero no en vano el poderoso Posidón, que bate la tierra, estaba al acecho en la cumbre más alta de la selvosa Samotracia, contemplando la lucha y la pelea. Desde allí se divisaba todo el Ida, la ciudad de Príamo y las naves aqueas. En aquel sitio habíase sentado Posidón al salir del mar; y compadecía a los aqueos, vencidos por los teucros, a la vez que cobraba gran indignación contra Zeus.

17 Pronto Posidón bajó del escarpado monte con ligera planta; las altas colinas y las selvas temblaban debajo de los pies inmortales, mientras el dios iba andando. Dió tres pasos, y al cuarto arribó al término de su viaje, a Egas; allí, en las profundidades del mar, tenía palacios magníficos, de oro, resplandecientes e indestructibles. Luego que hubo llegado, unció al carro un par de corceles de cascos de bronce y áureas crines que volaban ligeros; y seguidamente envolvió su cuerpo en dorada túnica, tomó el látigo de oro hecho con arte, subió al carro y lo guió por cima de las olas. Debajo saltaban los cetáceos, que salían de sus escondrijos, reconociendo al rey; el mar abría, gozoso, sus aguas, y los ágiles caballos con apresurado vuelo y sin dejar que el eje de bronce se mojara, conducían a Posidón hacia las naves de los aqueos.

32 Hay una vasta gruta en lo hondo del profundo mar entre Ténedos y la escabrosa Imbros; y al llegar a ella Posidón, que bate la tierra, detuvo los corceles, desunciólos del carro, dióles a comer un pasto divino, púsoles en los pies trabas de oro indestructibles e indisolubles, para que sin moverse de aquel sitio aguardaran su regreso, y se fué al ejército de los aqueos.

39 Los teucros, enardecidos y semejantes a una llama o a una tempestad, seguían apiñados a Héctor Priámida con alboroto y vocerío; y tenían esperanzas de tomar las naves de los aqueos y matar entre ellas a todos sus caudillos.

Biblioteca Nacional de España

43 Mas Posidón, que ciñe y bate la tierra, asemejándose a Calcante en el cuerpo y en la voz infatigable, incitaba a los argivos desde que salió del profundo mar, y dijo a los Ayantes, que ya estaban deseosos de combatir:

47 *Posidón.*—¡Ayantes! Vosotros salvaréis a los aqueos si os acordáis de vuestro valor y no de la fuga horrenda. No me ponen en cuidado las audaces manos de los teucros que asaltaron en tropel la gran muralla, pues a todos resistirán los aqueos, de hermosas grebas; pero es de temer, y mucho, que padezcamos algún daño en esta parte donde aparece a la cabeza de los suyos el rabioso Héctor, semejante a una llama, el cual blasona de ser hijo del prepotente Zeus. Una deidad levante el ánimo en vuestro pecho para resistir firmemente y exhortar a los demás; con esto podríais rechazar a Héctor de las naves, de ligero andar, por furioso que estuviera y aunque fuese el mismo Olímpico quien le instigara.

59 Dijo así Posidón, que ciñe y bate la tierra; y tocando a entrambos con el cetro, llenóles de fuerte vigor y agilitóles todos los miembros y especialmente los pies y las manos. Y como el gavilán de ligeras alas se arroja, después de elevarse a una altísima y abrupta peña, enderezando el vuelo a la llanura para perseguir a un ave; de aquel modo apartóse de ellos Posidón, que bate la tierra. El primero que le reconoció fué el ágil Ayante de Oileo, quien dijo al momento a Ayante, hijo de Telamón:

68 *Ayante de Oileo.*—¡Ayante! Un dios del Olimpo nos instiga, transfigurado en adivino, a pelear cerca de las naves; pues ése no es Calcante, el inspirado augur: he observado las huellas que dejan sus plantas y su andar, y a los dioses se les reconoce fácilmente. En mi pecho el corazón siente un deseo más vivo de luchar y combatir, y mis manos y pies se mueven con impaciencia.

76 Respondió Ayante Telamonio:

77 *Ayante Telamonio.*—También a mí se me enardecen las audaces manos en torno de la lanza y mi fuerza aumenta y mis pies saltan, y deseo pelear yo solo con Héctor Priámida, cuyo furor es insaciable.

81 Así éstos conversaban, alegres por el bélico ardor que una deidad puso en sus corazones; en tanto, Posidón, que ciñe la tierra, animaba a los aqueos de las últimas filas, que junto a las veleras naves reparaban las fuerzas. Tenían los miembros relajados por el penoso cansancio, y se les llenó el corazón de pesar cuando vieron que los teucros asaltaban en tropel la gran muralla: contemplábanlo con los ojos arrasados de lágrimas, y no creían escapar de aquel peligro. Pero Posidón, que bate la tierra, intervino y reanimó fácilmente las esforzadas falanges. Fué primero a incitar a Teucro, Leito, el héroe Penéleo, Toante, Deípiro, Meriones y Antíloco, aguerridos campeones; y para alentarlos, les dijo estas aladas palabras:

95 *Posidón.*—¡Qué vergüenza, argivos, jóvenes adolescentes! Figurábame que peleando conseguiríais salvar nuestras naves; pero si cejáis en el funesto combate, ya luce el día en que sucumbiremos a manos de los teucros. ¡Oh dioses! Veo con mis ojos un prodigio grande y terrible que jamás pensé que llegara a realizarse. ¡Venir los troyanos a nuestros bajeles! Parecíanse antes a las medrosas ciervas que vagan por el monte, débiles y sin fuerza para

Biblioteca Nacional de España

la lucha, y son el pasto de chacales, panteras y lobos; semejantes a ellas, nunca querían los teucros afrontar a los aqueos, aunque fuese un instante, ni osaban resistir su valor y sus manos. Y ahora pelean lejos de la ciudad, junto a las naves, por la culpa del caudillo y la indolencia de los hombres que, no obrando de acuerdo con él, se niegan a defender los bajeles, de ligero andar, y reciben la muerte cerca de los mismos. Mas, aunque el héroe Atrida, el poderoso Agamenón, sea el verdadero culpable de todo, porque ultrajó al Pelida de pies ligeros, en modo alguno nos es lícito dejar de combatir. Remediemos con presteza el mal, que la mente de los buenos es aplacable. No es decoroso que decaiga vuestro impetuoso valor, siendo como sois los más valientes del ejército. Yo no increparía a un hombre tímido porque se abstuviera de pelear; pero contra vosotros se enciende en ira mi corazón. ¡Oh cobardes! Con vuestra indolencia, haréis que pronto se agrave el mal. Poned en vuestros pechos vergüenza y pundonor, ahora que se promueve esta gran contienda. Ya el fuerte Héctor, valiente en la pelea, combate cerca de las naves y ha roto las puertas y el gran cerrojo.

125 Con tales amonestaciones, el que ciñe la tierra instigó a los aqueos. Rodeaban a ambos Ayantes fuertes falanges que hubieran declarado irreprensibles Ares y Atenea, que enardece a los guerreros, si por ellas se hubiesen entrado. Los tenidos por más valientes aguardaban a los teucros y al divino Héctor, y las astas y los escudos se tocaban en las cerradas filas: la rodela apoyábase en la rodela, el yelmo en otro yelmo, cada hombre en su vecino, y chocaban los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apiñadas estaban las filas! Cruzábanse las lanzas, que blandían audaces manos, y ellos deseaban arremeter a los enemigos y trabar la pelea.

136 Los teucros acometieron unidos, siguiendo a Héctor que deseaba ir en derechura a los aqueos. Como la piedra insolente que cae de una cumbre y lleva consigo la ruina, porque se ha desgajado, cediendo a la fuerza de torrencial avenida causada por la mucha lluvia, y desciende dando tumbos con ruido que repercute en el bosque, corre segura hasta el llano, y allí se detiene, a pesar de su ímpetu; de igual modo, Héctor amenazaba con atravesar fácilmente por las tiendas y naves aqueas, matando siempre, y no detenerse hasta el mar; pero encontró las densas falanges, y tuvo que hacer alto después de un violento choque. Los aqueos le afrontaron; procuraron herirle con las espadas y lanzas de doble filo, y apartáronle de ellos; de suerte que fué rechazado, y tuvo que retroceder. Y con voz penetrante, gritó a los teucros.

150 *Héctor.*—¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo peleáis! Persistid en el ataque; pues los aqueos no me resistirán largo tiempo, aunque se hayan formado en columna cerrada; y creo que mi lanza les hará retroceder pronto, si verdaderamente me impulsa el dios más poderoso, el tonante esposo de Hera.

155 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entre los teucros iba muy ufano Deífobo Priámida, que se adelantaba ligero y se cubría con el liso escudo. Meriones arrojóle una reluciente lanza, y no erró el tiro:

Biblioteca Nacional de España

acertó a dar en la rodela hecha de pieles de toro, sin conseguir atravesarla, porque aquélla se rompió en la unión del asta con el hierro. Deífobo apartó de sí el escudo de pieles de toro, temiendo la lanza del aguerrido Meriones; y este héroe retrocedió al grupo de sus amigos, muy disgustado, así por la victoria perdida, como por la rotura del arma, y luego se encaminó a las tiendas y naves aqueas para tomar otra lanza grande de las que en su bajel tenía.

169 Los demás combatían, y una vocería inmensa se dejaba oír. Teucro Telamonio fué el primero que mató a un hombre, al belicoso Imbrio, hijo de Méntor, rico en caballos. Antes de llegar los aqueos, Imbrio moraba en Pedeo con su esposa Medesicasta, hija bastarda de Príamo; mas así que llegaron las corvas naves de los dánaos, volvió a Ilión, descolló entre los teucros y vivió en el palacio de Príamo, que le honraba como a sus propios hijos. Entonces el hijo de Telamón hirióle debajo de la oreja con la gran lanza, que retiró en seguida; y el guerrero cayó como el fresno nacido en una cumbre que desde lejos se divisa, cuando es cortado por el bronce y vienen al suelo sus tiernas hojas. Así cayó Imbrio, y sus armas, de labrado bronce, resonaron. Teucro acudió corriendo, movido por el deseo de quitarle la armadura; pero Héctor le tiró una reluciente lanza; viólo aquél y hurtó el cuerpo, y la broncínea punta se clavó en el pecho de Anfímaco, hijo de Ctéato Actorión, que acababa de entrar en combate. El guerrero cayó con estrépito, y sus armas resonaron. Héctor fué presuroso a quitarle al magnánimo Anfímaco el casco que llevaba adaptado a las sienes; Ayante levantó, a su vez, la reluciente lanza contra Héctor, y si bien no pudo hacerla llegar a su cuerpo, protegido todo por horrendo bronce, dióle un bote en medio del escudo, y rechazó al héroe con gran ímpetu; éste dejó los cadáveres, y los aqueos los retiraron. Estiquio y el divino Menesteo, caudillos atenienses, llevaron a Anfímaco al campamento aqueo; y los dos Ayantes, que siempre anhelaban la impetuosa pelea, levantaron el cadáver de Imbrio. Como dos leones que, habiendo arrebatado una cabra a unos perros de agudos dientes, la llevan en la boca por los espesos matorrales, en alto, levantada de la tierra; así los belicosos Ayantes, alzando el cuerpo de Imbrio, lo despojaron de las armas; y el Oilíada, irritado por la muerte de Anfímaco, le separó la cabeza del tierno cuello y la hizo rodar por entre la turba, cual si fuese una bola, hasta que cayó en el polvo a los pies de Héctor.

206 Entonces Posidón, airado en el corazón porque su nieto había sucumbido en la terrible pelea, se fué hacia las tiendas y naves de los aqueos para reanimar a los dánaos y causar males a los teucros. Encontróse con él Idomeneo, famoso por su lanza, que volvía de acompañar a un amigo a quien sacaron del combate porque los teucros le habían herido en la corva con el agudo bronce. Idomeneo, una vez lo hubo confiado a los médicos, se encaminaba a su tienda, con intención de volver a la batalla. Y el poderoso Posidón, que bate la tierra, díjole, tomando la voz de Toante, hijo de Andremón, que en Pleurón entera y en la excelsa Calidón reinaba sobre los etolos y era honrado por el pueblo cual si fuese un dios:

219 *Posidón.*—¡Idomeneo, príncipe de los cretenses! ¿Qué se hicieron las amenazas que los aqueos hacían a los teucros?

Biblioteca Nacional de España

221 Respondió Idomeneo, caudillo de los cretenses:

222 *Idomeneo.*—¡Oh Toante! No creo que ahora se pueda culpar a ningún guerrero, porque todos sabemos combatir y nadie está poseído del exánime terror, ni deja por flojedad la funesta batalla; sin duda debe de ser grato al prepotente Cronida que los aqueos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Mas, oh Toante, puesto que siempre has sido belicoso y sueles animar al que ves remiso, no dejes de pelear y exhorta a los demás varones.

231 Contestó Posidón, que bate la tierra:

232 *Posidón.*—¡Idomeneo! No vuelva desde Troya a su patria y venga a ser juguete de los perros, quien en el día de hoy deje voluntariamente de combatir. Ea, toma las armas y ven a mi lado; apresurémonos por si, a pesar de estar solos, podemos hacer algo provechoso. Nace una fuerza de la unión de los hombres, aunque sean débiles; y nosotros somos capaces de luchar con los valientes.

239 Dichas estas palabras, el dios se entró de nuevo por el combate de los hombres; e Idomeneo, yendo a la bien construida tienda, vistió la magnífica armadura, tomó un par de lanzas y volvió a salir, semejante al encendido relámpago que el Cronión agita en su mano desde el resplandeciente Olimpo para mostrarlo a los hombres como señal; tanto centelleaba el bronce en el pecho de Idomeneo mientras éste corría. Encontróse con él, no muy lejos de la tienda, el valiente escudero Meriones, que iba en busca de una lanza; y el fuerte Diomedes dijo:

249 *Diomedes.*—¡Meriones, hijo de Molo, el de los pies ligeros, mi compañero más querido! ¿Por qué vienes, dejando el combate y la pelea? ¿Acaso estás herido y te agobia puntiaguda flecha? ¿Me traes, quizás, alguna noticia? Pues no deseo quedarme en la tienda, sino pelear.

254 Respondióle el prudente Meriones:

255 *Meriones.*—¡Idomeneo, príncipe de los cretenses, de broncíneas corazas! Vengo por una lanza, si la hay en tu tienda; pues la que tenía se ha roto al dar un bote en el escudo del feroz Deífobo.

259 Contestó Idomeneo, caudillo de los cretenses:

260 *Idomeneo.*—Si la deseas, hallarás, en la tienda, apoyadas en el lustroso muro, no una, sino veinte lanzas, que he quitado a los teucros muertos en la batalla; pues jamás combato a distancia del enemigo. He aquí por qué tengo lanzas, escudos abollonados, cascos y relucientes corazas.

266 Replicó el prudente Meriones:

267 *Meriones.*—También poseo yo en la tienda y en la negra nave muchos despojos de los teucros, mas no están cerca para tomarlos; que nunca me olvido de mi valor, y en el combate, donde los hombres se hacen ilustres, aparezco siempre entre los delanteros desde que se traba la batalla. Quizás algún otro de los aqueos de broncíneas corazas no habrá fijado su atención en mi persona cuando peleo, pero no dudo que tú me has visto.

274 Idomeneo, caudillo de los cretenses, díjole entonces:

275 *Idomeneo.*—Sé cuán grande es tu valor. ¿Por qué me refieres estas cosas?

Biblioteca Nacional de España

Si los más señalados nos reuniéramos junto a las naves para armar una celada, que es donde mejor se conoce la bravura de los hombres y donde fácilmente se distingue al cobarde del animoso—el cobarde se pone demudado, ya de un modo, ya de otro; y como no sabe tener firme ánimo en el pecho, no permanece tranquilo, sino que dobla las rodillas y se sienta sobre los pies y el corazón le da grandes saltos por el temor de las parcas y los dientes le crujen; y el animoso no se inmuta ni tiembla, una vez se ha emboscado, sino que desea que cuanto antes principie el funesto combate,—ni allí podrían baldonarse tu valor y la fuerza de tus brazos. Y si peleando te hirieran de cerca o de lejos, no sería en la nuca o en la espalda, sino en el pecho o en el vientre, mientras fueras hacia adelante con los guerreros más avanzados. Mas, ea, no hablemos de estas cosas, permaneciendo ociosos como unos simples; no sea que alguien nos increpe duramente. Ve a la tienda y toma la fornida lanza.

295 Así dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, entrando en la tienda, cogió en seguida una broncínea lanza y fué en seguimiento de Idomeneo, muy deseoso de volver al combate. Como va a la guerra Ares, funesto a los mortales, acompañado de la Fuga, su hija querida, fuerte e intrépida, que hasta al guerrero valeroso causa espanto; y los dos se arman y saliendo de la Tracia enderezan sus pasos hacia los éfiros y los magnánimos flegias, y no escuchan los ruegos de ambos pueblos, sino que dan la victoria a uno de ellos; de la misma manera, Meriones e Idomeneo, caudillos de hombres, se encaminaban a la batalla, armados de luciente bronce. Y Meriones fué el primero que habló, diciendo:

307 *Meriones.*—¡Deucálida! ¿Por dónde quieres que penetremos en la turba: por la derecha del ejército, por en medio o por la izquierda? Pues no creo que los melenudos aqueos dejen de pelear en parte alguna.

311 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

312 *Idomeneo.*—Hay en el centro quienes defiendan las naves: los dos Ayantes y Teucro, el más diestro arquero aquivo y esforzado también en el combate a pie firme; ellos se bastan para rechazar a Héctor Priámida por fuerte que sea y por incitado que esté a la batalla. Difícil será, aunque tenga muchos deseos de pelear, que, triunfando del valor y de las manos invictas de aquéllos, llegue a incendiar los bajeles; a no ser que el mismo Cronión arroje una tea encendida en las ligeras naves. El gran Ayante Telamonio no cedería a ningún hombre mortal que coma el fruto de Deméter y pueda ser herido con el bronce o con grandes piedras; ni siquiera se retiraría a vista de Aquileo, que rompe las filas de los guerreros, en un combate a pie firme; pues en la carrera Aquileo no tiene rival. Vamos, pues, a la izquierda del ejército, para ver si presto daremos gloria a alguien, o alguien nos la dará a nosotros.

328 Así dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, echó a andar hasta que llegaron al ejército por donde Idomeneo le aconsejaba.

330 Cuando los teucros vieron a Idomeneo, que por su impetuosidad parecía una llama, y a su escudero, ambos revestidos de labradas armas, animáronse unos a otros por entre la turba y arremetieron todos contra aquél. Y se trabó una refriega, sostenida con igual tesón por ambas partes, junto a las po-

Biblioteca Nacional de España

pas de las naves. Como aparecen de repente las tempestades, suscitadas por los sonoros vientos un día en que los caminos están llenos de polvo y se levanta una gran nube del mismo; así entonces unos y otros vinieron a las manos, deseando en su corazón matarse recíprocamente con el agudo bronce por entre la turba. La batalla, destructora de hombres, se presentaba horrible con las largas picas que desgarran la carne y que los guerreros manejaban; cegaba los ojos el resplandor del bronce de los lucientes cascos, de las corazas recientemente bruñidas y de los escudos refulgentes de cuantos iban a encontrarse; y hubiera tenido corazón muy audaz quien al contemplar aquella acción se hubiese alegrado en vez de afligirse.

345 Los dos hijos poderosos de Cronos, disintiendo en el modo de pensar, preparaban deplorables males a los héroes. Zeus quería que triunfaran Héctor y los teucros para glorificar a Aquileo, el de los pies ligeros; mas no por eso deseaba que el ejército aqueo pereciera totalmente delante de Ilión, pues sólo intentaba honrar a Tetis y a su hijo, de ánimo esforzado. Posidón había salido ocultamente del espumoso mar, recorría las filas y animaba a los argivos; porque le afligía que fueran vencidos por los teucros, y se indignaba mucho contra Zeus. Igual era el origen de ambas deidades y una misma su prosapia, pero Zeus había nacido primero y sabía más; por esto Posidón evitaba el socorrer abiertamente a aquéllos; y transfigurado en hombre, discurría, sin darse a conocer, por el ejército y le amonestaba. Y los dioses inclinaban alternativamente en favor de unos y de otros la reñida pelea y el indeciso combate; y tendían sobre ellos una cadena inquebrantable e indisoluble que a muchos les quebró las rodillas.

361 Entonces Idomeneo, aunque ya semicano, animó a los dánaos, arremetió contra los teucros, llenándoles de pavor, y mató a Otrioneo. Éste había acudido de Cabeso a Ilión cuando tuvo noticia de la guerra y pedido en matrimonio a Casandra, la más hermosa de las hijas de Príamo, sin obligación de dotarla; pero ofreciendo una gran cosa: que echaría de Troya a los aqueos. El anciano Príamo accedió y consintió en dársela; y el héroe combatía, confiando en la promesa. Idomeneo tiróle la reluciente lanza y le hirió mientras se adelantaba con arrogante paso: la coraza de bronce que llevaba no resistió, clavóse aquélla en medio del vientre, cayó el guerrero con estrépito, e Idomeneo dijo con jactancia:

374 *Idomeneo.*—¡Otrioneo! Te ensalzaría sobre todos los mortales si cumplieras lo que ofreciste a Príamo Dardánida cuando te prometió su hija. También nosotros te haremos promesas con intención de cumplirlas: traeremos de Argos la más bella de las hijas del Atrida y te la daremos por mujer, si junto con los nuestros destruyes la populosa ciudad de Ilión. Pero sígueme, y en las naves surcadoras del ponto nos pondremos de acuerdo sobre el casamiento; que no somos malos suegros.

383 Hablóle así el héroe Idomeneo, mientras le asía de un pie y le arrastraba por el campo de la dura batalla; y Asio se adelantó para vengarle, presentándose como peón delante de su carro, cuyos corceles, gobernados por el auriga, sobre los mismos hombros del guerrero resoplaban. Asio deseaba en su

Biblioteca Nacional de España

corazón herir a Idomeneo; pero anticipósele éste y le hundió la pica en la garganta, debajo de la barba, hasta que el bronce salió al otro lado. Cayó el teucro como en el monte la encina, el álamo o el elevado pino que unos artífices cortan con afiladas hachas para convertirlo en mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Turbóse el escudero, y ni siquiera se atrevió a torcer la rienda a los caballos para escapar de las manos de los enemigos. Y el belicoso Antíloco se llegó a él y le atravesó con la lanza, pues la broncínea coraza no pudo evitar que se la clavase en el vientre. El auriga, jadeante, cayó del bien construido carro; y Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, sacó los caballos de entre los teucros y se los llevó hacia los aqueos, de hermosas grebas.

402 Deífobo, irritado por la muerte de Asio, se acercó mucho a Idomeneo y le arrojó la reluciente lanza. Mas Idomeneo advirtiólo y burló el golpe encogiéndose debajo de su liso escudo, que estaba formado por boyunas pieles y una lámina de bruñido bronce con dos abrazaderas: la broncínea lanza resbaló por la superficie del escudo, que sonó roncamente, y no fué lanzada en balde por el robusto brazo de aquél, pues fué a clavarse en el hígado, debajo del diafragma, de Hipsenor Hipásida, pastor de hombres, haciéndole doblar las rodillas. Y Deífobo se jactaba así, dando grandes voces:

414 *Deífobo.*—Asio yace en tierra, pero ya está vengado. Figúrome que al descender a la morada de sólidas puertas del terrible Hades, se holgará su espíritu de que le haya procurado un compañero.

417 Así habló. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del belicoso Antíloco; pero éste, aunque afligido, no abandonó a su compañero, sino que corriendo se puso cerca de él y le cubrió con el escudo. É introduciéndose por debajo dos amigos fieles, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor, llevaron a Hipsenor, que daba hondos suspiros, hacia las cóncavas naves.

424 Idomeneo no dejaba que desfalleciera su gran valor y deseaba siempre o sumir a algún teucro en tenebrosa noche, o caer él mismo con estrépito, librando de la ruina a los aqueos. Posidón dejó que sucumbiera a manos de Idomeneo, el hijo querido de Esietes, alumno de Zeus, el héroe Alcátoo (era yerno de Anquises y tenía por esposa a Hipodamia, la hija primogénita, a quien el padre y la veneranda madre amaban cordialmente en el palacio porque sobresalía en hermosura, destreza y talento entre todas las de su edad, y a causa de esto casó con ella el hombre más ilustre de la vasta Troya): el dios ofuscóle los brillantes ojos y paralizó sus hermosos miembros, y el héroe no pudo huir ni evitar la acometida de Idomeneo, que le envainó la lanza en medio del pecho, mientras estaba inmóvil como una columna o un árbol de alta copa, y le rompió la coraza que siempre le había salvado de la muerte, y entonces produjo un sonido ronco al quebrarse por el golpe de la lanza. El guerrero cayó con estrépito; y como la lanza se había clavado en el corazón, movíanla las palpitaciones de éste; pero pronto el arma impetuosa perdió su fuerza. É Idomeneo con gran jactancia y a voz en grito exclamó:

Biblioteca Nacional de España

446 *Idomeneo.*—¡Deífobo! Ya que tanto te glorias, ¿no te parece que es una buena compensación haber muerto a tres, por uno que perdimos? Ven, hombre admirable, ponte delante y verás quién es este descendiente de Zeus que aquí ha venido; porque Zeus engendró a Minos, protector de Creta, Minos fué padre del eximio Deucalión, y de éste nací yo, que reino sobre muchos hombres en la vasta Creta y vine en las naves para ser una plaga para ti, para tu padre y para los demás troyanos.

455 Así dijo; y Deífobo vacilaba entre retroceder para que se le juntara alguno de los magnánimos teucros o atacar él solo a Idomeneo. Parecióle lo mejor ir en busca de Eneas, y le halló entre los últimos; pues siempre estaba irritado con el divino Príamo, que no le honraba como por su bravura merecía. Y deteniéndose a su lado, le dijo estas aladas palabras:

463 *Deífobo.*—¡Eneas, príncipe de los teucros! Es preciso que defiendas a tu cuñado, si por él sientes algún interés. Sígueme y vayamos a combatir por tu cuñado Alcátoo, que te crió cuando eras niño y ha muerto a manos de Idomeneo, famoso por su lanza.

468 Así dijo. Eneas sintió que en el pecho se le conmovía el corazón, y se fué hacia Idomeneo con grandes deseos de pelear. Éste no se dejó vencer del temor, cual si fuera un niño, sino que le aguardó como el jabalí que, confiando en su fuerza, espera en un paraje desierto del monte el gran tropel de hombres que se avecina, y con las cerdas del lomo erizadas y los ojos brillantes como ascuas, aguza los dientes y se dispone a rechazar la acometida de perros y cazadores: de igual manera Idomeneo, famoso por su lanza, aguardaba sin arredrarse a Eneas, ágil en la lucha, que le salía al encuentro; pero llamaba a sus compañeros, poniendo los ojos en Ascálafo, Afareo, Deípiro, Meriones y Antíloco, aguerridos campeones, y los exhortaba con estas aladas palabras:

481 *Idomeneo.*—Venid, amigos, y ayudadme; pues estoy solo y temo mucho a Eneas, ligero de pies, que contra mí arremete. Es muy vigoroso para matar hombres en el combate, y se halla en la flor de la juventud, cuando mayor es la fuerza. Si con el ánimo que tengo, fuésemos de la misma edad, pronto o alcanzaría él una gran victoria sobre mí, o yo la alcanzaría sobre él.

487 Así dijo; y todos con el mismo ánimo en el pecho y los escudos en los hombros, se pusieron al lado de Idomeneo. También Eneas exhortaba a sus amigos, echando la vista a Deífobo, Paris y el divino Agenor, que eran asimismo capitanes de los teucros. Inmediatamente marcharon las tropas detrás de los jefes, como las ovejas siguen al carnero cuando después del pasto van a beber, y el pastor se regocija en el alma; así se alegró el corazón de Eneas en el pecho, al ver el grupo de hombres que tras él seguía.

496 Pronto trabaron alrededor del cadáver de Alcátoo un combate cuerpo a cuerpo, blandiendo grandes picas; y el bronce resonaba de horrible modo en los pechos al darse botes de lanza los unos a los otros. Dos hombres belicosos y señalados entre todos, Eneas e Idomeneo, iguales a Ares, deseaban herirse recíprocamente con el cruel bronce. Eneas arrojó el primero la lanza a Idomeneo; pero como éste la viera venir, evitó el golpe: la broncínea punta clavóse en tierra, vibrando, y el arma fué echada en balde por el robusto brazo. Idome-

Biblioteca Nacional de España

neo hundió la suya en el vientre de Enomao y el bronce rompió la concavidad de la coraza y desgarró las entrañas: el teucro, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Acto continuo, Idomeneo arrancó del cadáver la ingente lanza, pero no le pudo quitar de los hombros la magnífica armadura porque estaba abrumado por los tiros. Como ya no tenía seguridad en sus pies para recobrar la lanza que había arrojado, ni para librarse de la que le arrojasen, evitaba la cruel muerte combatiendo a pie firme; y no pudiendo tampoco huir con ligereza, retrocedía paso a paso. Deífobo, que constantemente le odiaba, le tiró la lanza reluciente y erró el golpe, pero hirió a Ascálafo, hijo de Enialio; la impetuosa lanza se clavó en la espalda, y el guerrero, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Y el ruidoso y robusto Ares no se enteró de que su hijo hubiese sucumbido en el duro combate porque se hallaba detenido en la cumbre del Olimpo, debajo de áureas nubes, con otros dioses inmortales por la voluntad de Zeus, el cual no permitía que intervinieran en la batalla.

La pelea cuerpo a cuerpo se encendió entonces en torno de Ascálafo, a quien Deífobo logró quitar el reluciente casco; pero Meriones, igual al veloz Ares, dió a Deífobo una lanzada en el brazo y le hizo soltar el casco con agujeros a guisa de ojos, que cayó al suelo produciendo ronco sonido. Meriones, abalanzándose a Deífobo con la celeridad del buitre, arrancóle la impetuosa lanza de la parte superior del brazo y retrocedió hasta el grupo de sus amigos. A Deífobo sacóle del horrísono combate su hermano carnal Polites: abrazándole por la cintura, le condujo adonde tenía los rápidos corceles con el labrado carro, que estaban algo distantes de la lucha y del combate, gobernados por un auriga. Ellos llevaron a la ciudad al héroe, que se sentía agotado, daba hondos suspiros y le manaba sangre de la herida que en el brazo acababa de recibir.

Los demás combatían y alzaban una gritería inmensa. Eneas, acometiendo a Afareo Caletórida que contra él venía, hirióle en la garganta con la aguda lanza: la cabeza se inclinó a un lado, arrastrando el casco y el escudo, y la muerte destructora rodeó al guerrero. Antíloco, como advirtiera que Toón volvía pie atrás, arremetió contra él y le hirió: cortóle la vena que, corriendo por el dorso, llega hasta el cuello, y el teucro cayó de espaldas en el polvo y tendía los brazos a los compañeros queridos. Acudió Antíloco y le quitó de los hombros la armadura, mirando a todos lados, mientras los teucros iban cercándole ya por este, ya por aquel lado, e intentaban herirle; mas el ancho y labrado escudo paró los golpes, y ni aun consiguieron rasguñar la tierna piel del héroe con el cruel bronce, porque Posidón, que bate la tierra, defendió al hijo de Néstor contra los muchos tiros. Antíloco no se apartaba nunca de los enemigos, sino que se agitaba en medio de ellos; su lanza, jamás ociosa, siempre vibrante, se volvía a todas partes, y él pensaba en su mente si la arrojaría a alguien, o acometería de cerca.

No se le ocultó a Adamante Asíada lo que Antíloco meditaba en medio de la turba; y acercándosele, le dió con el agudo bronce un bote en medio del escudo; pero Posidón, el de cerúlea cabellera, no permitió que quitara la vida a Antíloco, e hizo vano el golpe rompiendo la lanza en dos partes, una de las

Biblioteca Nacional de España

cuales quedó clavada en el escudo, como estaca consumida por el fuego, y la otra cayó al suelo. Adamante retrocedió hacia el grupo de sus amigos, para evitar la muerte; pero Meriones corrió tras él y arrojóle la lanza, que penetró por entre el ombligo y las partes verendas, donde son muy peligrosas las heridas que reciben en la guerra los míseros mortales. Allí, pues, se hundió la lanza, y Adamante, cayendo encima de ella, se agitaba como un buey a quien los pastores han atado en el monte con recias cuerdas y llevan contra su voluntad; así aquél, al sentirse herido, se agitó algún tiempo, que no fué de larga duración porque Meriones se le acercó, arrancóle la lanza del cuerpo, y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

576 Héleno dió a Deípiro un tajo en una sien con su gran espada tracia, y le rompió el casco. Éste, sacudido por el golpe, cayó al suelo, y rodando fué a parar a los pies de un guerrero aquivo que lo alzó de tierra. A Deípiro tenebrosa noche le cubrió los ojos.

581 Gran pesar sintió por ello el Atrida Menelao, valiente en el combate; y blandiendo la aguda lanza, arremetió, amenazador, contra el héroe y príncipe Héleno, quien, a su vez, armó el arco. Ambos fueron a encontrarse, deseosos el uno de alcanzar al contrario con la aguda lanza, y el otro de herir a su enemigo con una flecha arrojada por el arco. El Priámida dió con la saeta en el pecho de Menelao, donde la coraza presentaba una concavidad; pero la cruel flecha fué rechazada y voló a otra parte. Como en la espaciosa era saltan del bieldo las negruzcas habas o los garbanzos al soplo sonoro del viento y al impulso del aventador; de igual modo, la amarga flecha, repelida por la coraza del glorioso Menelao, voló a lo lejos. Por su parte Menelao Atrida, valiente en la pelea, hirió a Héleno en la mano en que llevaba el pulimentado arco: la broncínea lanza atravesó la palma y penetró en el arco. Héleno retrocedió hasta el grupo de sus amigos, para evitar la muerte; y su mano, colgando, arrastraba el asta de fresno. El magnánimo Agenor se la arrancó y le vendó la mano con una honda de lana de oveja, bien tejida, que les facilitó el escudero del pastor de hombres.

601 Pisandro embistió al glorioso Menelao. El hado funesto le llevaba al fin de su vida, empujándole para que fuese vencido por ti, oh Menelao, en la terrible pelea. Así que entrambos se hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el golpe porque la lanza se le desvió; Pisandro dió un bote en el escudo del glorioso Menelao, pero no pudo atravesar el bronce: resistió el ancho escudo y quebróse la lanza por el asta cuando aquél se regocijaba en su corazón con la esperanza de salir victorioso. Pero el Atrida desnudó la espada guarnecida de argénteos clavos y asaltó a Pisandro; quien, cubriéndose con el escudo, aferró una hermosa hacha, de bronce labrado, provista de un largo y liso mango de madera de olivo. Acometiéronse, y Pisandro dió un golpe a Menelao en la cimera del yelmo, adornado con crines de caballo, debajo del penacho; y Menelao hundió su espada en la frente del teucro, encima de la nariz: crujieron los huesos, y los ojos, ensangrentados, cayeron en el polvo, a los pies del guerrero, que se encorvó y vino a tierra. El Atrida, poniéndole el pie en el pecho, le despojó de la armadura; y blasonando del triunfo, dijo:

Biblioteca Nacional de España

620 *Menelao.*—¡Así dejaréis las naves de los aqueos, de ágiles corceles, oh teucros soberbios e insaciables de la pelea horrenda! No os basta haberme inferido una vergonzosa afrenta, infames perros, sin que vuestro corazón temiera la ira terrible del tonante Zeus hospitalario, que algún día destruirá vuestra ciudad excelsa. Os llevasteis, además de muchas riquezas, a mi legítima esposa que os había recibido amigablemente; y ahora deseáis arrojar el destructor fuego en las naves surcadoras del ponto, y dar muerte a los héroes aqueos; pero quizás os hagamos renunciar al combate, aunque tan enardecidos os mostréis. ¡Padre Zeus! Dicen que superas en inteligencia a los demás dioses y hombres, y todo esto procede de ti. ¿Cómo favoreces a los teucros, a esos hombres insolentes, de espíritu siempre perverso, y que nunca se pueden hartar de la guerra a todos tan funesta? De todo llega el hombre a saciarse: del sueño, del amor, del dulce canto y de la agradable danza, cosas más apetecibles que la pelea; pero los teucros no se cansan de combatir.

640 En diciendo esto, el eximio Menelao quitóle al cadáver la ensangrentada armadura; y entregándola a sus amigos, volvió a pelear entre los combatientes delanteros.

643 Entonces le salió al encuentro Harpalión, hijo del rey Pilémenes, que fué a Troya con su padre a combatir y no había de volver a la patria tierra: el teucro dió un bote de lanza en medio del escudo del Atrida, pero no pudo atravesar el bronce y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte, mirando a todos lados; no fuera alguien a herirle con el bronce. Mientras él se iba, Meriones le asestó el arco, y la broncínea saeta se hundió en la nalga derecha del teucro, atravesó la vejiga por debajo del hueso y salió al otro lado. Y Harpalión, cayendo allí en brazos de sus amigos, dió el alma y quedó tendido en el suelo como un gusano; de su cuerpo fluía negra sangre que mojaba la tierra. Pusiéronse a su alrededor los magnánimos paflagones, y colocando el cadáver en un carro, lleváronlo, afligidos, a la sagrada Ilión; el padre iba con ellos derramando lágrimas, y ninguna venganza pudo tomar de aquella muerte.

660 Paris, muy irritado en su espíritu por la muerte de Harpalión, que era su huésped en la populosa Paflagonia, arrojó una broncínea flecha. Había un cierto Euquenor, rico y valiente, que era vástago del adivino Poliido, habitaba en Corinto y se embarcó para Troya, no obstante saber la funesta suerte que allí le aguardaba. El buen anciano Poliido habíale dicho repetidas veces que moriría de penosa dolencia en el palacio o sucumbiría a manos de los teucros en las naves aqueas, y él, queriendo evitar los baldones de los aqueos y la enfermedad odiosa con sus dolores, decidió ir a Ilión. A éste, pues, Paris le clavó la flecha por debajo de la quijada y de la oreja: la vida huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió.

673 Así combatían, con el ardor de encendido fuego. Héctor, caro a Zeus, aún no se había enterado, e ignoraba por entero que sus tropas fuesen destruidas por los argivos a la izquierda de las naves. Pronto la victoria hubiera sido de los aqueos. ¡De tal suerte Posidón, que ciñe y sacude la tierra, los alentaba y hasta los ayudaba con sus propias fuerzas! Estaba Héctor en el

Biblioteca Nacional de España

mismo lugar adonde había llegado después que pasó las puertas y el muro y rompió las cerradas filas de los escudados dánaos. Allí, en la playa del espumoso mar, habían sido colocadas las naves de Ayante y Protesilao; y se había levantado para defenderlas un muro bajo, porque los hombres y corceles acampados en aquel paraje eran muy valientes en la guerra.

685 Los beocios, los yáones, de rozagante vestidura, los locros, los ptiotas y los ilustres epeos detenían al divino Héctor que, semejante a una llama, porfiaba en su empeño de ir hacia las naves; pero no conseguían que se apartase de ellos. Los atenienses habían sido designados para las primeras filas y los mandaba Menesteo, hijo de Peteo, a quien seguían Fidante, Estiquio y el valeroso Biante. De los epeos eran caudillos Meges Filida, Anfión y Dracio. Al frente de los ptiotas estaban Medonte y el belicoso Podarces: aquél era hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y vivía en Fílace, lejos de su patria, por haber dado muerte a un hermano de Eriopis, su madrastra y mujer de Oileo; y el otro era hijo de Ificlo Filácida. Ambos se habían armado y puesto al frente de los magnánimos ptiotas, y combatían en unión con los beocios para defender las naves.

701 El ágil Ayante de Oileo no se apartaba un instante de Ayante Telamonio: como en tierra noval dos negros bueyes tiran con igual ánimo del sólido arado, abundante sudor brota en torno de sus cuernos, y sólo los separa el pulimentado yugo mientras andan por los surcos para abrir el hondo seno de la tierra; así, tan cercanos el uno del otro, estaban los Ayantes. Al Telamonio seguíanle muchos y valientes hombres, que tomaban su escudo cuando la fatiga y el sudor llegaban a las rodillas del héroe. Mas al Oilíada, de corazón valiente, no le acompañaban los locros, porque no podían sostener una lucha a pie firme: no llevaban broncíneos cascos, adornados con crines de caballo, ni tenían rodelas ni lanzas de fresno; habían ido a Ilión, confiando en sus arcos y en sus hondas de retorcida lana de oveja, y disparando a menudo destrozaban las falanges teucras. Aquéllos peleaban al frente con Héctor y los suyos; éstos, ocultos detrás, disparaban; y los teucros apenas pensaban en combatir, porque las flechas los ponían en desorden.

723 Entonces los teucros hubieran vuelto en deplorable fuga de las naves y tiendas a la ventosa Ilión, si Polidamante no se hubiese acercado al audaz Héctor para decirle:

726 *Polidamante.*—¡Héctor! Eres reacio en seguir los pareceres ajenos. Porque un dios te ha dado esa superioridad en las cosas de la guerra, ¿crees que aventajas a los demás en prudencia? No es posible que tú solo lo reunas todo. La divinidad a uno le concede que sobresalga en las acciones bélicas, a otro en la danza, al de más allá en la cítara y el canto; y el largovidente Zeus pone en el pecho de algunos un espíritu prudente que aprovecha a gran número de hombres, salva las ciudades y lo aprecia particularmente quien lo posee. Pero voy a decir lo que considero más conveniente. Alrededor de ti arde la pelea por todas partes; pero de los magnánimos teucros que pasaron la muralla, unos se han retirado con sus armas, y otros, dispersos por las naves, combaten con mayor número de hombres. Retrocede y llama a los más valientes cau-

Biblioteca Nacional de España

dillos para deliberar si nos conviene arrojarnos a las naves, de muchos bancos, por si un dios nos da la victoria, o alejarnos de ellas antes que seamos heridos. Temo que los aqueos se desquiten de lo de ayer, porque en las naves hay un varón incansable en la pelea, y me figuro que no se abstendrá de combatir.

748 Así habló Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, que saltó en seguida del carro a tierra, sin dejar las armas, y le dijo estas aladas palabras:

751 *Héctor.*—¡Polidamante! Reúne tú a los más valientes caudillos, mientras voy a la otra parte de la batalla y vuelvo tan pronto como haya dado las convenientes órdenes.

754 Dijo; y semejante a un monte cubierto de nieve, partió volando y profiriendo gritos por entre los troyanos y sus auxiliares. Todos los caudillos se encaminaron hacia el bravo Polidamante Pantoída así que oyeron las palabras de Héctor. Éste buscaba en los combatientes delanteros a Deífobo, al robusto rey Héleno, a Adamante Asíada, y a Asio, hijo de Hírtaco; pero no los halló ilesos ni a todos salvados de la muerte: los unos yacían, muertos por los argivos, junto a las naves aqueas; y los demás, heridos, quién de cerca, quién de lejos, estaban dentro de los muros de la ciudad. Pronto se encontró, en la izquierda de la batalla luctuosa, con el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear; y deteniéndose a su lado, díjole estas injuriosas palabras:

769 *Héctor.*—¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! ¿Dónde están Deífobo, el robusto rey Héleno, Adamante Asíada y Asio, hijo de Hírtaco? ¿Qué es de Otrioneo? Hoy la excelsa Ilión se arruina desde la cumbre; hoy te aguarda a ti horrible muerte.

774 Respondióle a su vez el deiforme Alejandro:

775 *Alejandro.*—¡Héctor! Ya que tienes intención de culparme sin motivo, quizás otras veces fuí más remiso en la batalla, aunque no del todo pusilánime me dió a luz mi madre. Desde que al frente de los compañeros promoviste el combate junto a las naves, peleamos sin cesar contra los dánaos. Los amigos por quienes preguntas han muerto, menos Deífobo y el robusto rey Héleno; los cuales, heridos en el brazo por ingentes lanzas, se fueron, y el Cronión les salvó la vida. Llévanos adonde el corazón y el ánimo te ordenen; nosotros te seguiremos presurosos, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras fuerzas. Más allá de lo que éstas permiten, nada es posible hacer en la guerra, por enardecido que uno esté.

788 Así diciendo, cambió el héroe la mente de su hermano. Enderezaron al sitio donde era más ardiente el combate y la pelea; allí estaban Cebriones, el eximio Polidamante, Falces, Orteo, Polifetes, igual a un dios, Palmis, Ascanio y Moris, hijos los dos últimos de Hipotión; todos los cuales habían llegado el día anterior de la fértil Ascania para reemplazar a otros, y entonces Zeus les impulsó a combatir. A la manera que un torbellino de vientos impetuosos desciende a la llanura, acompañado del trueno del padre Zeus, y al caer en el mar con ruido inmenso levanta grandes y espumosas olas que se van suce-

Biblioteca Nacional de España

diendo; así los teucros seguían en filas cerradas a los caudillos, y el bronce de sus armas relucía. Iba a su frente Héctor Priámida, cual si fuese Ares, funesto a los mortales: llevaba por delante un escudo liso, formado por muchas pieles de buey y una gruesa lámina de bronce, y el refulgente casco temblaba en sus sienes. Movíase Héctor, defendiéndose con la rodela, y probaba por todas partes si las falanges cedían; pero no logró turbar el ánimo en el pecho de los aqueos. Entonces Ayante adelantóse con ligero paso y provocóle con estas palabras:

810 *Ayante.*—¡Varón admirable! ¡Acércate! ¿Por qué quieres amedrentar de este modo a los argivos? No somos inexpertos en la guerra, sino que los aqueos sucumben debajo del cruel azote de Zeus. Tú esperas destruir las naves, pero nosotros tenemos los brazos prontos para defenderlas; y mucho antes que lo consigas, vuestra populosa ciudad será tomada y destruida por nuestras manos. Yo te aseguro que está cerca el momento en que tú mismo, puesto en fuga, pedirás al padre Zeus y a los demás inmortales que tus corceles de hermosas crines sean más veloces que los gavilanes; y los caballos te llevarán a la ciudad, levantando gran polvareda en la llanura.

821 Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila de alto vuelo; y los aquivos gritaron, animados por el agüero. El esclarecido Héctor respondió:

824 *Héctor.*—¡Ayante lenguaz y fanfarrón! ¿Qué dijiste? Así fuera yo para siempre hijo de Zeus, que lleva la égida, y me hubiese dado a luz la venerable Hera y gozara de los mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para todos los argivos. Tú también serás muerto entre ellos si tienes la osadía de aguardar mi larga pica: ésta te desgarrará el delicado cuerpo; y tú, cayendo junto a las naves aqueas, saciarás a los perros de los troyanos y a las aves con tu grasa y tus carnes.

833 En diciendo esto, pasó adelante; los otros capitanes le siguieron con vocerío inmenso; y detrás las tropas gritaban también. Los argivos movían por su parte gran alboroto y, sin olvidarse de su valor, aguardaban la acometida de los más valientes teucros. Y el estruendo que producían ambos ejércitos llegaba al éter y a la morada resplandeciente de Zeus.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIV

ENGAÑO DE ZEUS

NÉSTOR, aunque estaba bebiendo, no dejó de advertir la gritería; y hablando al Asclepíada, pronunció estas aladas palabras:

3 *Néstor.*—¿Cómo crees, divino Macaón, que acabarán estas cosas? Junto a las naves es cada vez mayor el vocerío de los robustos jóvenes. Tú, sentado aquí, bebe el negro vino, mientras Hecamede, la de hermosas trenzas, pone a calentar el agua del baño y te lava después la sangrienta herida; y yo subiré prestamente a un altozano para ver lo que ocurre.

9 Dijo; y después de embrazar el labrado escudo de reluciente bronce, que su hijo Trasimedes, domador de caballos, había dejado allí por haberse llevado el del anciano, asió la fuerte lanza de broncínea punta y salió de la tienda. Pronto se detuvo ante el vergonzoso espectáculo que se ofreció a sus ojos: los aqueos eran derrotados por los feroces teucros y la gran muralla aquea estaba destruida. Como el piélago inmenso empieza a rizarse con sordo ruido y purpurea, presagiando la rápida venida de los sonoros vientos, pero no mueve las olas hasta que Zeus envía un viento determinado; así el anciano hallábase perplejo entre encaminarse a la turba de los dánaos, de ágiles corceles, o enderezar sus pasos hacia el Atrida Agamenón, pastor de hombres. Parecióle que sería lo mejor ir en busca del Atrida, y así lo hizo; mientras los demás, combatiendo, se mataban unos a otros, y el duro bronce resonaba alrededor de sus cuerpos a los golpes de las espadas y de las lanzas de doble filo.

27 Encontráronse con Néstor los reyes, alumnos de Zeus, que antes fueron heridos con el bronce—el Tidida, Odiseo y el Atrida Agamenón,—y entonces venían de sus naves. Éstas habían sido colocadas lejos del campo de batalla, en la orilla del espumoso mar: sacáronlas a la llanura las primeras, y labraron un muro delante de las popas. Porque la ribera, con ser vasta, no hubiera podido contener todos los bajeles en una sola fila y además el ejército se hubiera sentido estrecho; y por esto los pusieron escalonados y llenaron con ellos el gran espacio de costa que limitaban altos promontorios. Los reyes iban juntos, con el ánimo abatido, apoyándose en las lanzas, porque querían presenciar el combate y la clamorosa pelea; y cuando vieron venir al anciano Néstor, se les sobresaltó el corazón en el pecho. Y el rey Agamenón, dirigiéndole la palabra, exclamó:

42 *Agamenón.*—¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! ¿Por qué

Biblioteca Nacional de España

vienes, dejando la homicida batalla? Temo que el impetuoso Héctor cumpla la amenaza que me hizo en su arenga a los teucros: Que no regresaría a Ilión antes de pegar fuego a las naves y matar a los aqueos. Así decía, y todo se va cumpliendo. ¡Oh dioses! Los aqueos, de hermosas grebas, tienen, como Aquileo, el ánimo poseído de ira contra mí y no quieren combatir junto a las naves.

52 Respondió Néstor, caballero gerenio:

53 *Néstor.*—Patente es lo que dices, y ni el mismo Zeus altitonante puede modificar lo que ya ha sucedido. Derribado está el muro que esperábamos fuese indestructible reparo para las veleras naves y para nosotros mismos; y junto a ellas los teucros sostienen vivo e incesante combate. No conocerías, por más que lo miraras, hacia qué parte van los aqueos acosados y puestos en desorden: en montón confuso reciben la muerte, y la gritería llega hasta el cielo. Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si nuestra mente da con alguna traza provechosa; y no propongo que entremos en combate, porque es imposible que peleen los que están heridos.

64 Díjole el rey de hombres Agamenón:

65 *Agamenón.*—¡Néstor! Puesto que ya los teucros combaten junto a las popas de las naves y de ninguna utilidad ha sido el muro con su foso que los dánaos construyeron con tanta fatiga, esperando que fuese indestructible reparo para las naves y para ellos mismos; sin duda debe de ser grato al prepotente Zeus que los aqueos perezcan sin gloria aquí, lejos de Argos. Antes yo veía que el dios auxiliaba, benévolo, a los dánaos; mas al presente da gloria a los teucros, cual si fuesen dioses bienaventurados, y encadena nuestro valor y nuestros brazos. Ea, procedamos todos como voy a decir. Arrastremos las naves que se hallan más cerca de la orilla, echémoslas al mar divino y que estén sobre las anclas hasta que venga la noche inmortal; y si entonces los teucros se abstienen de combatir, podremos echar las restantes. No es reprensible evitar una desgracia, aunque sea durante la noche. Mejor es librarse huyendo, que dejarse coger.

82 El ingenioso Odiseo, mirándole con torva faz, exclamó:

83 *Odiseo.*—¡Atrida! ¿Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes? ¡Hombre funesto! Debieras estar al frente de un ejército de cobardes y no mandarnos a nosotros, a quienes Zeus concedió llevar al cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud a la vejez, hasta que perezcamos. ¿Quieres que dejemos la ciudad troyana de anchas calles, después que hemos padecido por ella tantas fatigas? Calla y no oigan los aqueos esas palabras, las cuales no saldrían de la boca de ningún varón que supiera hablar con espíritu prudente, llevara cetro y fuera obedecido por tantos hombres cuantos son los argivos sobre quienes imperas. Repruebo del todo la proposición que hiciste: sin duda nos aconsejas que echemos al mar las naves de muchos bancos durante el combate y la pelea, para que más presto se cumplan los deseos de los teucros, ya al presente vencedores, y nuestra perdición sea inminente. Porque los aqueos no sostendrán el combate si las naves son echadas al mar; sino que, volviendo los ojos adonde puedan huir, cesarán de pelear, y tu consejo, príncipe de hombres, habrá sido dañoso.

Biblioteca Nacional de España

103 Contestó el rey de hombres Agamenón:

104 *Agamenón.*—¡Odiseo! Tu dura reprensión me ha llegado al alma; pero yo no mandaba que los aqueos arrastraran al mar, contra su voluntad, las naves de muchos bancos. Ojalá que alguien, joven o viejo, propusiera una cosa mejor, pues le oiría con gusto.

109 Y entonces les dijo Diomedes, valiente en la pelea:

110 *Diomedes.*—Cerca tenéis a tal hombre—no habremos de buscarle mucho—si os halláis dispuestos a obedecer; y no me vituperéis ni os irritéis contra mí, recordando que soy más joven que vosotros, pues me glorio de haber tenido por padre al valiente Tideo, cuyo cuerpo está enterrado en Tebas. Engendró Porteo tres hijos ilustres que habitaron en Pleurón y en la excelsa Calidón: Agrio, Melas y el caballero Eneo, mi abuelo paterno, que era el más valiente. Eneo quedóse en su país; pero mi padre, después de vagar algún tiempo, se estableció en Argos porque así lo quisieron Zeus y los demás dioses, casó con una hija de Adrasto y vivió en una casa abastada de riqueza: poseía muchos trigales, no pocas plantaciones de árboles en los alrededores, y copiosos rebaños; y aventajaba a todos los aqueos en el manejo de la lanza. Tales cosas las habréis oído referir como ciertas que son. No sea que, figurándoos quizás que por mi linaje he de ser cobarde y débil, despreciéis lo bueno que os diga. Ea, vayamos a la batalla, no obstante estar heridos, pues la necesidad apremia; pongámonos fuera del alcance de los tiros para no recibir herida sobre herida; animemos a los demás y hagamos que entren en combate cuantos, cediendo a su ánimo indolente, permanecen alejados y no pelean.

133 Así se expresó, y ellos le escucharon y obedecieron. Echaron a andar, y el rey de hombres Agamenón iba delante.

135 El ilustre Posidón, que sacude la tierra, estaba al acecho; y transfigurándose en un viejo, se dirigió a los reyes, tomó la diestra de Agamenón Atrida y le dijo estas aladas palabras:

139 *Posidón.*—¡Atrida! Aquileo, al contemplar la matanza y la derrota de los aqueos, debe de sentir que en el pecho se le regocija el corazón pernicioso, porque está totalmente falto de juicio. ¡Así pereciera y una deidad le cubriese de ignominia! Pero los bienaventurados dioses no se hallan irritados del todo contigo, y los caudillos y príncipes de los teucros serán puestos en fuga y levantarán nubes de polvo en la llanura espaciosa; tú mismo los verás huir desde las tiendas y naves a la ciudad.

147 Cuando así hubo hablado, dió un gran alarido y empezó a correr por la llanura. Cual es la gritería de nueve o diez mil guerreros al trabarse la contienda de Ares, tan pujante fué la voz que el soberano Posidón, que bate la tierra, arrojó de su pecho. Y el dios infundió valor en el corazón de todos los aqueos para que lucharan y combatieran sin descanso.

153 Hera, la de áureo trono, miró con sus ojos desde la cima del Olimpo, conoció a su hermano y cuñado, que se movía en la batalla donde se hacen ilustres los hombres, y se regocijó en el alma; pero vió a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en manantiales, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de ojos de novilla, pensaba cómo podría en-

Biblioteca Nacional de España

gañar a Zeus, que lleva la égida. Al fin parecióle que la mejor resolución sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en amor, quería dormir a su lado y ella lograba derramar dulce y placentero sueño sobre los párpados y el prudente espíritu del dios. Sin perder un instante, fuése a la habitación labrada por su hijo Hefesto—la cual tenía una sólida puerta con cerradura oculta que ninguna otra deidad sabía abrir,—entró, y habiendo entornado la puerta, lavóse con ambrosía el cuerpo encantador y lo untó con un aceite craso, divino, suave y tan oloroso que, al moverlo en el palacio de Zeus, erigido sobre bronce, su fragancia se difundió por el cielo y la tierra. Ungido el hermoso cutis, se compuso el cabello y con sus propias manos formó los rizos lustrosos, bellos, divinales, que colgaban de la cabeza inmortal. Echóse en seguida el manto divino, adornado con muchas bordaduras, que Atenea le había labrado; y sujetólo al pecho con broche de oro. Púsose luego un ceñidor que tenía cien borlones, y colgó de las perforadas orejas unos pendientes de tres piedras preciosas grandes como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Después, la divina entre las diosas se cubrió con un velo hermoso, nuevo, tan blanco como el sol; y calzó sus nítidos pies con bellas sandalias. Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de la estancia; y llamando a Afrodita aparte de los dioses, hablóle en estos términos:

190 *Hera.*—¿Querrás complacerme, hija querida, en lo que yo te diga, o te negarás, irritada en tu ánimo, porque yo protejo a los dánaos y tú a los teucros?

193 Respondióle Afrodita, hija de Zeus:

194 *Afrodita.*—¡Hera, venerable diosa, hija del gran Cronos! Di qué quieres; mi corazón me impulsa a efectuarlo, si puedo hacerlo y ello es factible.

197 Contestóle dolosamente la venerable Hera:

198 *Hera.*—Dame el amor y el deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los mortales hombres. Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los dioses, y a la madre Tetis, los cuales me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio, cuando el largovidente Zeus puso a Cronos debajo de la tierra y del mar estéril. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Si apaciguara con mis palabras su ánimo y lograra que reanudasen el amoroso consorcio, me llamarían siempre querida y venerable.

211 Respondió de nuevo la risueña Afrodita:

212 *Afrodita.*—No es posible ni sería conveniente negarte lo que pides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus.

214 Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los encantos: hallábanse allí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes. Púsolo en las manos de Hera, y pronunció estas palabras:

219 *Afrodita.*—Toma y esconde en tu seno el bordado ceñidor donde todo se halla. Yo te aseguro que no volverás sin haber logrado lo que tu corazón desea.

Biblioteca Nacional de España

222 Así dijo. Sonrióse Hera veneranda, la de ojos de novilla; y, sonriente aún, escondió el ceñidor en el seno.

224 Afrodita, hija de Zeus, volvió a su morada y Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pasando por la Pieria y la deleitosa Ematia, salvó las altas y nevadas cumbres de las montañas donde viven los jinetes tracios, sin que sus pies tocaran la tierra; descendió por el Atos al fluctuoso ponto y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toante. Allí se encontró con el Sueño, hermano de la Muerte; y asiéndole de la diestra, le dijo estas palabras:

233 *Hera.*—¡Sueño, rey de todos los dioses y de todos los hombres! Si en otra ocasión escuchaste mi voz, obedéceme también ahora, y mi gratitud será perenne. Adormece los brillantes ojos de Zeus debajo de sus párpados, tan pronto como, vencido por el amor, se acueste conmigo. Te daré como premio un trono hermoso, incorruptible, de oro; y mi hijo Hefesto, el cojo de ambos pies, te hará un escabel que te sirva para apoyar las nítidas plantas, cuando asistas a los festines.

242 Respondióle el dulce Sueño:

243 *El Sueño.*—¡Hera, venerable diosa, hija del gran Cronos! Fácilmente adormecería a cualquier otro de los sempiternos dioses y aun a las corrientes del río Océano, del cual son oriundos todos, pero no me acercaré ni adormeceré a Zeus Cronión, si él no lo manda. Me hizo cuerdo tu mandato el día en que el muy animoso hijo de Zeus se embarcó en Ilión, después de destruir la ciudad troyana. Entonces sumí en grato sopor la mente de Zeus, que lleva la égida, difundiéndome suave en torno suyo; y tú, que intentabas causar daño a Heracles, conseguiste que los vientos impetuosos soplaran sobre el ponto y lo llevaran a la populosa Cos, lejos de sus amigos. Zeus despertó y encendióse en ira: maltrataba a los dioses en el palacio, me buscaba a mí, y me hubiera hecho desaparecer, arrojándome del éter al ponto, si la Noche, que rinde a los dioses y a los hombres, no me hubiese salvado; lleguéme a ella huyendo, y aquél se contuvo, aunque irritado, porque temió hacer algo que a la rápida Noche desagradara. Y ahora me mandas realizar otra cosa peligrosísima.

263 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

264 *Hera.*—Oh Sueño, ¿por qué en la mente revuelves tales cosas? ¿Crees que el largovidente Zeus favorecerá tanto a los teucros, como en la época en que se irritó protegía a su hijo Heracles? Ea, ve y prometo darte, para que te cases con ella y lleve el nombre de esposa tuya, la más joven de las Gracias (1).

270 Así habló. Alegróse el Sueño, y respondió diciendo:

271 *El Sueño.*—Ea, jura por el agua inviolable de la Estix, tocando con una mano la fértil tierra y con la otra el brillante mar, para que sean testigos los dioses de debajo de la tierra que están con Cronos, que me darás la más joven de las Gracias, Pasitea, de la cual estoy deseoso todos los días.

277 Así dijo. No desobedeció Hera, la diosa de los níveos brazos, y juró,

(1) Algunos textos añaden el verso 269: Pasitea, de la cual estás deseoso todos los días.

Biblioteca Nacional de España

como se le pedía, nombrando a todos los dioses subtartáreos, llamados Titanes. Prestado el juramento, partieron ocultos en una nube, dejaron atrás a Lemnos y la ciudad de Imbros, y siguiendo con rapidez el camino llegaron a Lecto, en el Ida, abundante en manantiales y criador de fieras; allí pasaron del mar a tierra firme, y anduvieron haciendo estremecer debajo de sus pies la cima de los árboles de la selva. Detúvose el Sueño, antes que los ojos de Zeus pudieran verle, y encaramándose en un abeto altísimo que había nacido en el Ida y por el aire llegaba al éter, se ocultó entre las ramas como la montaraz ave canora llamada por los dioses *calcis* y por los hombres *cymindis*.

292 Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, la vió venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo deseo que cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus padres. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

298 *Zeus.*—¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro que podrían conducirte?

300 Respondióle dolosamente la venerable Hera:

301 *Hera.*—Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, origen de los dioses, y a la madre Tetis, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del tálamo, porque la cólera invadió sus corazones. Tengo al pie del Ida, abundante en manantiales, los corceles que me llevarán por tierra y por mar, y vengo del Olimpo a participártelo; no fuera que te irritaras si me encaminase, sin decírtelo, al palacio del Océano, de profunda corriente.

312 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

313 *Zeus.*—¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como ahora: nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Pirítoo, consejero igual a los dioses; ni a Dánae Acrisione, la de bellos talones, que dió a luz a Perseo, el más ilustre de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fué madre de Minos y de Radamantis igual a un dios; ni a Semele, ni a Alcmena en Tebas, de la que tuve a Heracles, de ánimo valeroso, y de Semele a Baco, alegría de los mortales; ni a Deméter, la soberana de hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

329 Replicóle dolosamente la venerable Hera:

330 *Hera.*—¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¡Quieres acostarte y gozar del amor en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los sempiternos dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no volvería a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso fuera. Mas, si lo deseas y a tu corazón le es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con sólidas tablas que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que el lecho apeteces.

341 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

Biblioteca Nacional de España

342 *Zeus.*—¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube dorada que ni el Sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para mirarnos.

346 Dijo, y el hijo de Cronos estrechó en sus brazos a la esposa. La divina tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes gotas de rocío.

352 Tan tranquilamente dormía el padre sobre el alto Gárgaro, vencido por el sueño y el amor y abrazado con su esposa. El dulce Sueño corrió hacia las naves aqueas para llevar la noticia al que ciñe y bate la tierra; y deteniéndose cerca de él, pronunció estas aladas palabras:

357 *El Sueño.*—¡Posidón! Socorre pronto a los dánaos y dales gloria, aunque sea breve, mientras duerme Zeus, a quien he sumido en dulce letargo, después que Hera, engañándole, logró que se acostara para gozar del amor.

361 Dicho esto, fuése hacia las ínclitas tribus de los hombres. Y Posidón, más incitado que antes a socorrer a los dánaos, saltó en seguida a las primeras filas y les exhortó diciendo:

364 *Posidón.*—¡Argivos! ¿Cederemos nuevamente la victoria a Héctor Priámida, para que se apodere de los bajeles y alcance gloria? Así se lo figura él y de ello se jacta, porque Aquileo permanece en las cóncavas naves con el corazón irritado. Pero Aquileo no hará gran falta, si los demás procuramos auxiliarnos mutuamente. Pero ea, procedamos todos como voy a decir. Embrazad los escudos mayores y más fuertes que haya en el ejército, cubrios la cabeza con el refulgente casco, coged las picas más largas, y pongámonos en marcha: yo iré delante, y no creo que Héctor Priámida, por enardecido que esté, se atreva a esperarnos. Y el varón, que siendo bravo, tenga un escudo pequeño para proteger sus hombros, déselo al menos valiente y tome otro mejor.

378 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Los mismos reyes—el Tidida, Odiseo y el Atrida Agamenón,—sin embargo de estar heridos, los pusieron en orden de batalla, y recorriendo las hileras, hacían el cambio de las marciales armas. El esforzado tomaba las más fuertes y daba las peores al que le era inferior. Tan pronto como hubieron vestido el luciente bronce, se pusieron en marcha: precedíales Posidón, que sacude la tierra, llevando en la robusta mano una espada terrible, larga y puntiaguda, que parecía un relámpago; y a nadie le era posible luchar con el dios en el funesto combate, porque el temor se lo impedía a todos.

388 Por su parte, el esclarecido Héctor puso en orden a los teucros. Y Posidón, el de cerúlea cabellera, y el preclaro Héctor, auxiliando éste a los teucros y aquél a los argivos, extendieron el campo de la terrible pelea. El mar, agitado, llegó hasta las tiendas y naves de los argivos, y los combatientes se embistieron con gran alboroto. No braman tanto las olas del mar cuando, levantadas por el soplo terrible del Bóreas, se rompen en la tierra; ni hace tanto estrépito el ardiente fuego en la espesura del monte, al quemarse una selva; ni suena tanto el viento en las altas copas de las encinas, si arreciando

Biblioteca Nacional de España

muge; cuanta fué la grita de teucros y aqueos en el momento en que, vociferando de un modo espantoso, vinieron a las manos.

402 El preclaro Héctor arrojó el primero la lanza a Ayante, que contra él arremetía, y no le erró; pero acertó a darle en el sitio en que se cruzaban sobre el pecho la correa del escudo y el tahalí de la espada, guarnecida con argénteos clavos, y ambos protegieron el delicado cuerpo. Irritóse Héctor porque la lanza había sido arrojada inútilmente por su mano, y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte. El gran Ayante Telamonio, al ver que Héctor se retiraba, cogió una de las muchas piedras que servían para calzar las naves y rodaban entonces entre los pies de los combatientes, y con ella le hirió en el pecho, por cima del escudo, junto a la garganta; la piedra, lanzada con ímpetu, giraba como un torbellino. Como viene a tierra la encina arrancada de raíz por el rayo del padre Zeus, despidiendo un fuerte olor de azufre, y el que se halla cerca desfallece, pues el rayo del gran Zeus es formidable; de igual manera, el robusto Héctor dió consigo en el suelo y cayó en el polvo: la pica se le fué de la mano, quedaron encima de él escudo y casco, y la armadura de labrado bronce resonó en torno del cuerpo. Los aqueos corrieron hacia Héctor, dando recias voces, con la esperanza de arrastrarlo a su campo; mas, aunque arrojaron muchas lanzas, no consiguieron herir al pastor de hombres, ni de cerca ni de lejos, porque fué rodeado por los más valientes teucros—Polidamante, Eneas, el divino Agenor, Sarpedón, caudillo de los licios, y el eximio Glauco,—y los otros tampoco le abandonaron, pues se pusieron delante con sus rodelas. Los amigos de Héctor lo levantaron en brazos, sacáronlo del combate, condujéronle adonde tenía los ágiles corceles con el labrado carro y el auriga, y se lo llevaron hacia la ciudad, mientras daba profundos suspiros.

433 Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus engendró, bajaron a Héctor del carro y le rociaron el rostro con agua: el héroe cobró los perdidos espíritus, miró a lo alto, y poniéndose de rodillas, tuvo un vómito de negra sangre; luego cayó de espaldas, y la noche obscura cubrió sus ojos, porque aún tenía débil el ánimo a consecuencia del golpe recibido.

440 Los argivos, cuando vieron que Héctor se ausentaba, arremetieron con más ímpetu a los teucros, y sólo pensaron en combatir. Entonces el veloz Ayante de Oileo fué el primero que, acometiendo con la puntiaguda lanza, hirió a Satnio Enópida, a quien una náyade había tenido de Énope, mientras éste apacentaba rebaños a orillas del Sátniois; Ayante Oilíada, famoso por su lanza, llegóse a él, le hirió en el ijar y le tumbó de espaldas; y en torno del cadáver, teucros y dánaos trabaron un duro combate. Fué a vengarle Polidamante Pantoida, hábil en blandir la lanza; e hirió en el hombro derecho a Protoenor, hijo de Areilico: la impetuosa lanza atravesó el hombro, y el guerrero, cayendo en el polvo, cogió el suelo con sus manos. Y Polidamante exclamó con gran jactancia y a voz en grito:

454 *Polidamante.*—No creo que el brazo robusto del valeroso Pantoida haya despedido la lanza en vano; algún argivo la recibió en su cuerpo, y me figuro

Biblioteca Nacional de España

que le servirá de báculo para apoyarse en ella y descender a la morada de Hades.

458 Así dijo. Sus jactanciosas palabras apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del aguerrido Ayante Telamoníada, a cuyo lado cayó Protoenor. En el acto arrojó Ayante una reluciente lanza a Polidamante, que ya se retiraba; éste dió un salto oblicuo y evitóla, librándose de la negra muerte; pero en cambio la recibió Arquéloco, hijo de Antenor, a quien los dioses habían destinado a morir: la lanza se clavó en la unión de la cabeza con el cuello, en la extremidad de la vértebra, y cortó ambos ligamentos; cayó el guerrero, y cabeza, boca y narices llegaron al suelo antes que las piernas y las rodillas. Y Ayante, vociferando, al eximio Polidamante le decía:

470 *Ayante.*—Reflexiona, oh Polidamante, y dime sinceramente: ¿La muerte de ese hombre no compensa la de Protoenor? No parece vil, ni de viles nacido, sino hermano o hijo de Antenor, domador de caballos, pues tiene el mismo aire de familia.

475 Así dijo, porque le conocía bien; y a los teucros se les llenó el corazón de pesar. Entonces Acamante, que se hallaba junto al cadáver de su hermano para protegerlo, envasó la lanza a Prómaco, el beocio, cuando éste cogía por los pies al muerto e intentaba llevárselo. Y en seguida jactóse Acamante grandemente, dando recias voces:

479 *Acamante.*—¡Argivos que sólo con el arco sabéis combatir y nunca os cansáis de proferir amenazas! El trabajo y los pesares no han de ser solamente para nosotros, y algún día recibiréis la muerte de este mismo modo. Mirad a Prómaco, que yace en el suelo, vencido por mi lanza, para que la venganza por la muerte de un hermano no sufra dilación. Por esto el hombre que es víctima de alguna desgracia, anhela dejar un hermano que pueda vengarle.

486 Así dijo. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el corazón del aguerrido Penéleo, que arremetió contra Acamante; el cual no aguardó la acometida del rey Penéleo. Éste hirió a Ilioneo, hijo único que a Forbante—hombre rico en ovejas y amado sobre todos los teucros por Hermes, que le dió muchos bienes—su esposa le había parido: la lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, le atravesó el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. Penéleo, desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el casco; y como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogióla, levantó la cabeza cual si fuese una flor de adormidera, la mostró a los teucros, y blasonando del triunfo, dijo:

501 *Penéleo.*—¡Teucros! Decid en mi nombre a los padres del ilustre Ilioneo que le lloren en su palacio; ya que tampoco la esposa de Prómaco Alegenórida recibirá con alegre rostro a su marido cuando, embarcándonos, nos vayamos de Troya los aqueos.

506 Así habló. A todos les temblaban las carnes de miedo, y cada cual buscaba adonde huir para librarse de una muerte espantosa.

508 Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios, cuál fué el primer

Biblioteca Nacional de España

aqueo que alzó del suelo cruentos despojos, cuando el ilustre Posidón, que bate la tierra, inclinó el combate en favor de los aqueos.

511 Ayante Telamonio, el primero, hirió a Hirtio Girtíada; Antíloco hizo perecer a Falces y a Mérmero, despojándolos luego de las armas; Meriones mató a Moris e Hipotión; Teucro quitó la vida a Protoón y Perifetes; y el Atrida hirió en el ijar a Hiperénor, pastor de hombres: el bronce atravesó los intestinos, el alma salió presurosa por la herida, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. Y el veloz Ayante, hijo de Oileo, mató a muchos; porque nadie le igualaba en perseguir a los guerreros aterrorizados, cuando Zeus los ponía en fuga.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XV

NUEVA OFENSIVA DESDE LAS NAVES

CUANDO los teucros hubieron atravesado en su huida el foso y la estacada, muriendo muchos a manos de los dánaos, llegaron al sitio donde tenían los corceles e hicieron alto, amedrentados y pálidos de miedo. En aquel instante despertó Zeus en la cumbre del Ida, al lado de Hera, la de áureo trono. Levantóse y vió a los teucros perseguidos por los aqueos, que los ponían en desorden; y entre éstos, al soberano Posidón. Vió también a Héctor tendido en la llanura y rodeado de amigos, jadeante, privado de conocimiento, vomitando sangre; que no fué el más débil de los aqueos quien le causó la herida. El padre de los hombres y de los dioses, compadeciéndose de él, miró con torva y terrible faz a Hera, y así le dijo:

14 *Zeus.*—Tu engaño, Hera maléfica e incorregible, ha hecho que Héctor dejara de combatir y que sus tropas se dieran a la fuga. No sé si castigarte con azotes, para que seas la primera en gozar de tu funesta astucia. ¿Por ventura no te acuerdas de cuando estuviste colgada en lo alto y puse en tus pies sendos yunques, y en tus manos áureas e inquebrantables esposas? Te hallabas suspendida en medio del éter y de las nubes, los dioses del vasto Olimpo te rodeaban indignados, pero no podían desatarte—si entonces llego a coger a alguno, le arrojo de estos umbrales y llega a la tierra casi sin vida—y yo no lograba echar del corazón el continuo pesar que sentía por el divino Heracles, a quien tú, promoviendo una tempestad con el auxilio del viento Bóreas, arrojaste con perversa intención al mar estéril y llevaste luego a la populosa Cos; allí le libré de los peligros y le conduje nuevamente a la Argólide, criadora de caballos, después que hubo padecido muchas fatigas. Te lo recuerdo para que pongas fin a tus engaños y sepas si te será provechoso haber venido de la mansión de los dioses a burlarme con los goces del amor.

34 Así dijo. Estremecióse Hera veneranda, la de ojos de novilla, y hablándole pronunció estas aladas palabras:

36 *Hera.*—Sean testigos la Tierra y el anchuroso Cielo y el agua de la Estix, de subterránea corriente—que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses,—y tu cabeza sagrada y nuestro tálamo nupcial, por el que nunca juraría en vano: No es por mi consejo que Posidón, el que sacude la tierra, daña a los teucros y a Héctor y auxilia a los otros; quizás su mismo ánimo le incita e impele, y ha debido compadecerse de los aqueos

Biblioteca Nacional de España

al ver que son derrotados junto a las naves. Mas yo aconsejaría a Posidón que fuera por donde tú, el de las sombrías nubes, le mandaras.

47 Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y le respondió con estas aladas palabras:

49 *Zeus.*—Si tú, Hera veneranda, la de ojos de novilla, cuando te sientas entre los inmortales estuvieras de acuerdo conmigo, Posidón, aunque otra cosa mucho deseara, acomodaría muy pronto su modo de pensar al nuestro. Pero si en este momento hablas franca y sinceramente, ve a la mansión de los dioses y manda venir a Iris y a Apolo, famoso por su arco; para que aquélla, encaminándose al ejército de los aqueos, de corazas de bronce, diga al soberano Posidón que cese de combatir y vuelva a su palacio; y Febo Apolo incite a Héctor a la pelea, le infunda valor y le haga olvidar los dolores que le oprimen el corazón, a fin de que rechace nuevamente a los aqueos, los cuales llegarán en cobarde fuga a las naves, de muchos bancos, del Pelida Aquileo. Éste enviará a la lid a su compañero Patroclo, que morirá, herido por la lanza del preclaro Héctor, cerca de Ilión, después de quitar la vida a muchos jóvenes, y entre ellos al divino Sarpedón, mi hijo. Irritado por la muerte de Patroclo, el divino Aquileo matará a Héctor. Desde aquel instante haré que los teucros sean perseguidos continuamente desde las naves, hasta que los aqueos tomen la excelsa Ilión. Y no cesará mi enojo, ni dejaré que ningún inmortal socorra a los dánaos, mientras no se cumpla el voto del Pelida, como lo prometí, asintiendo con la cabeza, el día en que la diosa Tetis abrazó mis rodillas y me suplicó que honrase a Aquileo, asolador de ciudades.

78 Así dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, no fué desobediente, y pasó de los montes ideos al vasto Olimpo. Como corre veloz el pensamiento del hombre que, habiendo viajado por muchas tierras, las recuerda en su reflexivo espíritu, y dice «estuve aquí o allí» y revuelve en la mente muchas cosas, tan rápida y presurosa volaba la venerable Hera, y pronto llegó al excelso Olimpo. Los dioses inmortales, que se hallaban reunidos en el palacio de Zeus, levantáronse al verla y le ofrecieron copas de néctar. Y Hera, rehusando las demás, aceptó la que le presentaba Temis, la de hermosas mejillas, que fué la primera que corrió a su encuentro, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

90 *Temis.*—¡Hera! ¿Por qué vienes con esa cara de espanto? Sin duda te atemorizó tu esposo, el hijo de Cronos.

92 Respondióle Hera, la diosa de los níveos brazos:

93 *Hera.*—No me lo preguntes, diosa Temis; tú misma sabes cuán soberbio y despiadado es el ánimo de Zeus. Preside tú en el palacio el festín de los dioses, y oirás con los demás inmortales qué desgracias anuncia Zeus; figúrome que nadie, sea hombre o dios, se regocijará en el alma por más alegre que esté en el banquete.

100 Dichas estas palabras, sentóse la venerable Hera. Afligiéronse los dioses en la morada de Zeus. Aquélla, aunque con la sonrisa en los labios, no mostraba alegría en la frente, sobre las negras cejas. É indignada, exclamó:

104 *Hera.*—¡Cuán necios somos los que tontamente nos irritamos contra Zeus! Queremos acercarnos a él y contenerle con palabras o por medio de la

Biblioteca Nacional de España

violencia; y él, sentado aparte, ni de nosotros hace caso, ni se le da nada, porque dice que en fuerza y poder es muy superior a todos los dioses inmortales. Por tanto, sufrid los infortunios que respectivamente os envíe. Creo que al impetuoso Ares le ha ocurrido ya una desgracia; pues murió en la pelea Ascálafo, a quien amaba sobre todos los hombres y reconocía por su hijo.

113 Así habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo:

115 *Ares.*—No os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las naves de los aqueos para vengar la muerte de mi hijo; iría aunque el destino hubiese dispuesto que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, entre sangre y polvo.

119 Dijo, y mandó al Terror y a la Fuga que uncieran los caballos, mientras vestía las refulgentes armas. Mayor y más terrible hubiera sido entonces el enojo y la ira de Zeus contra los inmortales; pero Atenea, temiendo por todos los dioses, se levantó del trono, salió por el vestíbulo, y quitándole a Ares de la cabeza el casco, de la espalda el escudo y de la robusta mano la pica de bronce, que apoyó contra la pared, dirigió al impetuoso dios estas palabras:

128 *Atenea.*—¡Loco, insensato! ¿Quieres perecer? En vano tienes oídos para oír, o has perdido la razón y la vergüenza. ¿No oyes lo que dice Hera, la diosa de los níveos brazos, que acaba de ver a Zeus olímpico? ¿Ó deseas, acaso, tener que regresar al Olimpo a viva fuerza, triste y habiendo padecido muchos males, y causar gran daño a los otros dioses? Porque Zeus dejará en seguida a los altivos teucros y a los aqueos, vendrá al Olimpo a promover tumulto entre nosotros, y castigará así al culpable como al inocente. Por esta razón te exhorto a templar tu enojo por la muerte del hijo. Algún otro superior a él en valor y fuerza ha muerto o morirá, porque es difícil conservar todas las familias de los hombres y salvar a todos los individuos.

142 Dicho esto, condujo a su asiento al furibundo Ares. Hera llamó afuera del palacio a Apolo y a Iris, la mensajera de los inmortales dioses, y les dijo estas aladas palabras:

146 *Hera.*—Zeus os manda que vayáis al Ida lo antes posible, y cuando hubiereis llegado a su presencia, haced lo que os encargue y ordene.

149 La venerable Hera, apenas acabó de hablar, volvió al palacio y se sentó en su trono. Ellos bajaron en raudo vuelo al Ida, abundante en manantiales y criador de fieras, y hallaron al largovidente Cronida sentado en la cima del Gárgaro, debajo de olorosa nube. Al llegar a la presencia de Zeus, que amontona las nubes, se detuvieron; y Zeus, al verlos, no se irritó, porque habían obedecido con presteza las órdenes de la querida esposa. Y hablando primero con Iris, profirió estas aladas palabras:

158 *Zeus.*—¡Anda, ve, rápida Iris! Anuncia esto al soberano Posidón y no seas mensajera falaz: Mándale que, cesando de pelear y combatir, se vaya a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quiere obedecer mis palabras y las desprecia, reflexione en su mente y en su corazón si, aunque sea poderoso, se atreverá a esperarme cuando me dirija contra él; pues le aventajo mucho en fuerza y edad, por más que en su ánimo no tema decirse igual a mí, a quien todos temen.

Biblioteca Nacional de España

168 Así dijo. La veloz Iris, de pies veloces como el viento, no desobedeció; y bajó de los montes ideos a la sagrada Ilión. Como cae de las nubes la nieve o el helado granizo, a impulso del Bóreas, nacido en el éter; tan rápida y presurosa volaba la ligera Iris; y deteniéndose cerca del ínclito Posidón, así le dijo:

174 *Iris.*—Vengo, oh Posidón, el de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, a traerte un mensaje de parte de Zeus, que lleva la égida. Te manda que, cesando de pelear y combatir, te vayas a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quieres obedecer sus palabras y las desprecias, te amenaza con venir a luchar contigo y te aconseja que evites sus manos; porque dice que te supera mucho en fuerza y edad, por más que en tu ánimo no temas decirte igual a él, a quien todos temen.

184 Respondióle muy indignado el ínclito Posidón, que bate la tierra:

185 *Posidón.*—¡Oh dioses! Con soberbia habla, aunque sea valiente, si dice que me sujetará por fuerza y contra mi querer; a mí, que disfruto de sus mismos honores. Tres somos los hermanos hijos de Cronos, a quienes Rea dió a luz: Zeus, yo y el tercero Hades, que reina en los infiernos. Todas las cosas se agruparon en tres porciones, y cada uno de nosotros participó del mismo honor. Yo saqué a la suerte habitar constantemente en el espumoso mar, tocáronle a Hades las tinieblas sombrías, correspondió a Zeus el anchuroso cielo en medio del éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. Por tanto, no procederé según lo decida Zeus; y éste, aunque sea poderoso, permanezca tranquilo en la tercia parte que le pertenece. No pretenda asustarme con sus manos como si tratase con un cobarde. Mejor fuera que con esas vehementes palabras riñese a los hijos e hijas que engendró, pues éstos tendrían que obedecer necesariamente lo que les ordenare.

200 Replicó la veloz Iris, de pies veloces como el viento:

201 *Iris.*—¿He de llevar a Zeus, oh Posidón, de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, una respuesta tan dura y fuerte? ¿No querrías modificarla? La mente de los sensatos es flexible. Ya sabes que las Erinies se declaran siempre por los de más edad.

205 Contestó Posidón, que sacude la tierra:

206 *Posidón.*—¡Diosa Iris! Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Bueno es que el mensajero comprenda lo que es conveniente. Pero el pesar me llega al corazón y al alma, cuando aquél quiere increpar con iracundas voces a quien el hado hizo su igual en suerte y destino. Ahora cederé, aunque estoy irritado. Mas te diré otra cosa y haré una amenaza: Si a despecho de mí, de Atenea, que impera en las batallas, de Hera, de Hermes y del rey Hefesto, conservare la excelsa Ilión e impidiere que, destruyéndola, alcancen los argivos una gran victoria, sepa que nuestra ira será implacable.

218 Cuando esto hubo dicho, el dios que bate la tierra desamparó a los aqueos y se sumergió en el mar; pronto los héroes aqueos le echaron de menos. Entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

221 *Zeus.*—Ve ahora, querido Febo, a encontrar a Héctor, el de broncíneo casco. Ya el que ciñe y bate la tierra se fué al mar divino, para librarse de mi terrible cólera; pues hasta los dioses que están en torno de Cronos, debajo

Biblioteca Nacional de España

de la tierra, hubieran oído el estrépito de nuestro combate. Mucho mejor es para mí y para él que, temeroso, haya cedido a mi fuerza, porque no sin sudor se hubiera efectuado la lucha. Ahora, toma en tus manos la égida floqueada, agítala, y espanta a los héroes aqueos; y luego, cuídate, oh tú que hieres de lejos, del esclarecido Héctor e infúndele gran vigor, hasta que los aqueos lleguen, huyendo, a las naves y al Helesponto. Entonces pensaré lo que fuere conveniente hacer o decir para que los aqueos respiren de sus cuitas.

236 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos, semejante al gavilán que mata a las palomas y es la más veloz de las aves, y halló al divino Héctor, hijo del belicoso Príamo, ya no postrado en el suelo, sino sentado: iba cobrando ánimo y aliento, y reconocía a los amigos que le circundaban, porque el ahogo y el sudor habían cesado desde que Zeus que lleva la égida decidió animar al héroe. Apolo, el que hiere de lejos, se detuvo a su lado y le dijo:

244 *Apolo.*—¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué te encuentro sentado, lejos de los demás y desfallecido? ¿Te abruma algún pesar?

246 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

247 *Héctor.*—¿Quién eres tú, oh el mejor de los dioses, que vienes a mi presencia y me interrogas? ¿No sabes que Ayante, valiente en la pelea, me hirió en el pecho con una piedra, mientras yo mataba a sus compañeros junto a las naves de los aqueos, e hizo desfallecer mi impetuoso valor? Figurábame que vería hoy mismo a los muertos y la morada de Hades, porque ya iba a exhalar el alma.

253 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

254 *Apolo.*—Cobra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y ayudarte, a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí, que ya antes protegía tu persona y tu excelsa ciudad. Ea, ordena a tus muchos caudillos que guíen los veloces caballos hacia las cóncavas naves; y yo, marchando a su frente, allanaré el camino a los corceles y pondré en fuga a los héroes aqueos.

262 Dijo, e infundió un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebada del pesebre, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas encaminándose al sitio donde los caballos pacen; tan ligeramente movía Héctor pies y rodillas, exhortando a los capitanes, después que oyó la voz de Apolo. Así como, cuando perros y pastores persiguen a un cornígero ciervo o a una cabra montés que se refugia en escarpada roca o umbría selva, porque no estaba decidido por el hado que el animal fuese cogido; si atraído por la gritería, se presenta un melenudo león, a todos los pone en fuga a pesar de su empeño; así también los dánaos avanzaban en tropel, hiriendo a sus enemigos con espadas y lanzas de doble filo; mas al notar que Héctor recorría las hileras de los suyos, turbáronse y a todos se les cayó el alma a los pies.

281 Entonces Toante, hijo de Andremón y el más señalado de los etolos—era diestro en arrojar el dardo, valiente en el combate a pie firme y pocos

Biblioteca Nacional de España

aqueos vencíanle en el ágora cuando los jóvenes contendían sobre la elocuencia,—benévolo les arengó diciendo:

286 *Toante.*—¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. ¡Cómo Héctor, librándose de las parcas, se ha vuelto a levantar! Gran esperanza teníamos de que hubiese sido muerto por Ayante Telamoníada; pero algún dios protegió y salvó nuevamente a Héctor, que ha quebrado las rodillas de muchos dánaos, como ahora volverá a hacerlo también, pues no sin la voluntad de Zeus tonante aparece tan resuelto al frente de sus tropas. Ea, procedamos todos como voy a decir. Ordenemos a la muchedumbre que vuelva a las naves, y cuantos nos gloriamos de ser los más valientes, permanezcamos aquí y rechacémosle, yendo a su encuentro con las picas levantadas. Creo que, por embravecido que tenga el corazón, temerá penetrar por entre los dánaos.

300 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Ayante, el rey Idomeneo, Teucro, Meriones y Meges, igual a Ares, llamando a los más valientes, los dispusieron para la batalla contra Héctor y los troyanos; y la turba se retiró a las naves aqueas.

306 Los teucros acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con arrogante paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida impetuosa, terrible, hirsuta, magnífica, que Hefesto, el broncista, diera a Zeus para que llevándola amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas.

312 Los argivos, apiñados también, resistieron el ataque. Levantóse en ambos ejércitos aguda gritería, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces manos arrojaban buen número de lanzas, de las cuales unas pocas se hundían en el cuerpo de los jóvenes poseídos de marcial furor, y las demás clavábanse en el suelo, entre los dos campos, antes de llegar a la blanca carne de que estaban codiciosas. Mientras Febo Apolo tuvo la égida inmóvil, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Mas así que la agitó frente a los dánaos, de ágiles corceles, dando un fortísimo grito, debilitó el ánimo en los pechos de los aqueos y logró que se olvidaran de su impetuoso valor. Como ponen en desorden una vacada o un hato de ovejas dos fieras que se presentan muy entrada la obscura noche, cuando el guardián está ausente; de la misma manera, los aqueos huían desanimados, porque Apolo les infundió terror y dió gloria a Héctor y a los teucros.

328 Entonces, ya extendida la batalla, cada caudillo teucro mató a un hombre. Héctor dió muerte a Estiquio y a Arcesilao: éste era caudillo de los beocios, de broncíneas corazas; el otro, compañero fiel del magnánimo Menesteo. Eneas hizo perecer a Medonte y a Yaso; de los cuales el primero era hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y habitaba en Fílace, lejos de su patria, por haber muerto a un hermano de su madrastra Eriopis, y Yaso, caudillo de los atenienses, era conocido como hijo de Esfelo Bucólida. Polidamante quitó la vida a Mecisteo, Polites a Equio al trabarse el combate, y el divino Agenor a Clonio. Y Paris arrojó su lanza a Deíoco, que huía por entre los combatientes delanteros; le hirió en la extremidad del hombro, y el bronce salió al otro lado.

Biblioteca Nacional de España

343 En tanto que los teucros despojaban de las armas a los muertos, los aqueos, arrojándose al foso y a la estacada, huían por todas partes y penetraban en el muro, constreñidos por la necesidad. Y Héctor exhortaba a los teucros, diciendo a voz en grito:

347 *Héctor.*—Arrojaos a las naves y dejad los cruentos despojos. Al que yo encuentre lejos de los bajeles, allí mismo le daré muerte, y luego sus hermanos y hermanas no le entregarán a las llamas, sino que lo despedazarán los perros fuera de la ciudad.

352 En diciendo esto, azotó con el látigo el lomo de los caballos; y mientras atravesaba las filas, animaba a los teucros. Éstos, dando amenazadores gritos, guiaban los corceles de los carros con fragor inmenso; y Febo Apolo, que iba delante, holló con sus pies las orillas del foso profundo, echó la tierra dentro y formó un camino largo y tan ancho como la distancia que media entre el hombre que arroja una lanza para probar su fuerza y el sitio donde la misma cae. Por allí se extendieron en buen orden; y Apolo, que con la égida preciosa iba a su frente, derribaba el muro de los aqueos, con la misma facilidad con que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos lo que de arena había construido. Así tú, Febo, que hieres de lejos, destruías la obra que había costado a los aqueos muchos trabajos y fatigas, y a ellos los ponías en fuga.

367 Los aqueos no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros, y con los brazos alzados, profiriendo grandes voces, imploraban el auxilio de las deidades. Y especialmente Néstor gerenio, protector de los aqueos, oraba levantando las manos al estrellado cielo:

372 *Néstor.*—¡Padre Zeus! Si alguien en Argos, abundante en trigales, quemó en tu obsequio pingües muslos de buey o de oveja, y te pidió que lograra volver a su patria, y tú se lo prometiste asintiendo; acuérdate de ello, oh Olímpico, aparta de nosotros el día funesto, y no permitas que los aqueos sucumban a manos de los teucros.

377 Así dijo rogando. El próvido Zeus atendió las preces del anciano Nelida, y tronó fuertemente.

379 Los teucros, al oír el trueno de Zeus, que lleva la égida, arremetieron con más furia a los argivos, y sólo en combatir pensaron. Como las olas del vasto mar salvan el costado de una nave y caen sobre ella, cuando el viento arrecia y las levanta a gran altura; así los teucros pasaron el muro, e introduciendo los carros, peleaban junto a las popas con lanzas de doble filo; mientras los aqueos, subidos en las negras naves, se defendían con pértigas largas, fuertes, de punta de bronce, que para los combates navales llevaban en aquéllas.

390 Mientras aqueos y teucros combatieron cerca del muro, lejos de las veleras naves, Patroclo permaneció en la tienda del bravo Eurípilo, entreteniéndole con la conversación y curándole la grave herida con drogas que mitigaran los acerbos dolores. Mas, al ver que los teucros asaltaban con ímpetu el muro y se producía clamoreo y fuga entre los dánaos, gimió; y bajando los brazos, golpeóse los muslos, suspiró, y dijo:

399 *Patroclo.*—¡Eurípilo! Ya no puedo seguir aquí, aunque me necesites,

Biblioteca Nacional de España

porque se ha trabado una gran batalla. Te cuidará el escudero, y yo volveré presuroso a la tienda de Aquileo para incitarle a pelear. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoveré su ánimo? Gran fuerza tiene la exhortación de un compañero.

405 Dijo, y salió. Los aqueos sostenían firmemente la acometida de los teucros, pero, aunque éstos eran menos, no podían rechazarlos de las naves; y tampoco los teucros lograban romper las falanges de los dánaos y entrar en sus tiendas y bajeles. Como la plomada nivela el mástil de un navío en manos del hábil constructor que conoce bien su arte por habérselo enseñado Atenea; de la misma manera andaba igual el combate y la pelea, y unos luchaban en torno de unas naves y otros alrededor de otras.

415 Héctor fué a encontrar al glorioso Ayante; y, luchando los dos por una nave, ni aquél conseguía arredrar a éste y pegar fuego a los bajeles, ni éste lograba rechazar a aquél, a quien un dios había acercado al campamento. Entonces el esclarecido Ayante dió una lanzada en el pecho a Calétor, hijo de Clitio, que iba a echar fuego en un barco: el teucro cayó con estrépito, y la tea desprendióse de su mano. Y Héctor, como viera con sus ojos que su primo caía en el polvo delante de la negra nave, exhortó a troyanos y licios, diciendo a grandes voces:

425 *Héctor.*—¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo peleáis! No dejéis de combatir en esta angostura; defended el cuerpo del hijo de Clitio, que cayó en la pelea junto a las naves, para que los aqueos no lo despojen de las armas.

429 Dichas estas palabras, arrojó a Ayante la luciente pica y erró el tiro; pero, en cambio, hirió a Licofrón de Citera, hijo de Mástor y escudero de Ayante, en cuyo palacio vivía desde que en aquella ciudad mató a un hombre: el agudo bronce penetró en la cabeza por encima de una oreja; y el guerrero, que se hallaba junto a Ayante, cayó de espaldas desde la nave al polvo de la tierra, y sus miembros quedaron sin vigor. Estremecióse Ayante, y dijo a su hermano:

437 *Ayante.*—¡Querido Teucro! Nos han muerto al Mastórida, el compañero fiel a quien honrábamos en el palacio como a nuestros padres, desde que vino de Citera. El magnánimo Héctor le quitó la vida. Pero ¿dónde tienes las mortíferas flechas y el arco que te dió Febo Apolo?

442 Así dijo. Oyóle Teucro y acudió corriendo, con el flexible arco y el carcaj lleno de flechas; y una vez a su lado, comenzó a disparar saetas contra los teucros. E hirió a Clito, preclaro hijo de Pisenor y compañero del ilustre Polidamante Pantoida, que con las riendas en la mano dirigía los corceles adonde más falanges en montón confuso se agitaban, para congraciarse con Héctor y los teucros; pero pronto ocurrióle la desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarle: la dolorosa flecha se le clavó en el cuello por detrás; el guerrero cayó del carro, y los corceles retrocedieron arrastrando con estrépito el carro vacío. Al notarlo Polidamante, su dueño, se adelantó y los detuvo; entrególos a Astínoo, hijo de Protiaón, con el encargo de que los tuviera cerca, y se mezcló de nuevo con los combatientes delanteros.

Biblioteca Nacional de España

458 Teucro sacó otra flecha para tirarla a Héctor, armado de bronce; y si hubiese conseguido herirle y quitarle la vida mientras peleaba valerosamente, con ello diera fin al combate que junto a las naves aqueas se sostenía. Mas no dejó de advertirlo en su mente el próvido Zeus, y salvó la vida de Héctor, a la vez que privaba de gloria a Teucro Telamonio, rompiéndole a éste la cuerda del magnífico arco cuando lo tendía: la flecha, que el bronce hacía ponderosa, torció su camino, y el arco cayó de las manos del guerrero. Estremecióse Teucro, y dijo a su hermano:

467 *Teucro.*—¡Oh dioses! Alguna deidad que quiere frustrar nuestros medios de combate, me quitó el arco de la mano y rompió la cuerda recién torcida, que até esta mañana para que pudiera despedir, sin romperse, multitud de flechas.

471 Respondióle el gran Ayante Telamonio:

472 *Ayante Telamonio.*—¡Oh amigo! Deja quieto el arco con las abundantes flechas, ya que un dios lo inutilizó por odio a los dánaos; toma una larga pica y un escudo que cubra tus hombros, pelea contra los teucros y anima a la tropa. Que aun siendo vencedores, no tomen sin trabajo las naves de muchos bancos. Sólo en combatir pensemos.

478 Así dijo. Teucro dejó el arco en la tienda, colgó de sus hombros un escudo formado por cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado casco, cuyo penacho de crines de caballo ondeaba terriblemente en la cimera, asió una fuerte lanza de aguzada broncínea punta, salió y volvió corriendo al lado de Ayante.

484 Héctor, al ver que las saetas de Teucro quedaban inútiles, exhortó a los troyanos y a los licios, gritando recio:

486 *Héctor.*—¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor junto a las cóncavas naves; pues acabo de ver con mis ojos que Zeus ha dejado inútiles las flechas de un eximio guerrero. El influjo de Zeus lo reconocen fácilmente, así los que del dios reciben excelsa gloria, como aquellos a quienes abate y no quiere socorrer: ahora debilita el valor de los argivos y nos favorece a nosotros. Combatid juntos cerca de los bajeles; y quien sea herido mortalmente, de cerca o de lejos, cumpliéndose su destino, muera; que será honroso para él morir combatiendo por la patria, y su esposa e hijos se verán salvos, y su casa y hacienda no padecerán menoscabo, si los aqueos regresan en las naves a su patria tierra.

500 Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Ayante, a su vez, exhortó asimismo a sus compañeros:

502 *Ayante.*—¡Qué vergüenza, argivos! Ya llegó el momento de morir o de salvarse rechazando de las naves a los teucros. ¿Esperáis acaso volver a pie a la patria tierra, si Héctor, el de tremolante casco, toma los bajeles? ¿No oís cómo anima a todos los suyos y desea quemar las naves? No les manda que vayan a un baile, sino que peleen. No hay mejor pensamiento o consejo para nosotros que éste: combatir cuerpo a cuerpo y valerosamente con el enemigo. Es preferible morir de una vez o asegurar la vida, a dejarse matar paulatina e

Biblioteca Nacional de España

infructuosamente en la terrible contienda, junto a las naves, por guerreros que nos son inferiores.

514 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Héctor mató a Esquedio, hijo de Perimedes y caudillo de los focenses; Ayante quitó la vida a Laodamante, hijo ilustre de Antenor, que mandaba los peones; y Polidamante acabó con Oto de Cilene, compañero del Filida y jefe de los magnánimos epeos. Meges, al verlo, arremetió con la lanza a Polidamante; pero éste hurtó el cuerpo—Apolo no quiso que el hijo de Panto sucumbiera entre los combatientes delanteros,—y aquél hirió en medio del pecho a Cresmo, que cayó con estrépito, y el aqueo le despojó de la armadura que cubría sus hombros. En tanto, Dólope Lampétida, hábil en manejar la lanza (Lampo Laomedontíada había engendrado este hijo bonísimo que estuvo dotado de impetuoso valor), se lanzó contra el Filida y, acometiéndole de cerca, dióle un bote en el centro del escudo; pero el Filida se salvó, gracias a una fuerte coraza que protegía su cuerpo, la cual había sido regalada en otro tiempo a Fileo en Éfira, a orillas del río Seleente, por su huésped el rey Eufetes, para que en la guerra le defendiera de los enemigos, y entonces libró de la muerte a su hijo Meges. Éste, a su vez, dió una lanzada a Dólope en la parte inferior de la cimera del broncíneo casco, adornado con crines de caballo, rompióla y derribó en el polvo el penacho recién teñido de vistosa púrpura. Y mientras Dólope seguía combatiendo con la esperanza de vencer, el belicoso Menelao fué a ayudar a Meges; y poniéndose a su lado sin ser visto, clavó la lanza en la espalda de aquél: la punta impetuosa salió por el pecho, y el guerrero cayó de cara. Ambos caudillos corrieron a quitarle la broncínea armadura de los hombros; y Héctor exhortaba a todos sus deudos e increpaba especialmente al esforzado Melanipo Hicetaónida; el cual, antes de presentarse los enemigos, apacentaba flexípedes bueyes en Percote, y, cuando llegaron los dánaos en las encorvadas naves, fuése a Ilión, sobresalió entre los troyanos y habitó el palacio de Príamo, que le honraba como a sus hijos. A Melanipo, pues, le reprendía Héctor, diciendo:

553 *Héctor.*—¿Seremos tan indolentes, Melanipo? ¿No te conmueve el corazón la muerte del primo? ¿No ves cómo tratan de llevarse las armas de Dólope? Sígueme; que ya es necesario combatir de cerca con los argivos, hasta que los destruyamos o arruinen ellos la excelsa Ilión desde su cumbre y maten a los ciudadanos.

559 Habiendo hablado así, echó a andar, y siguióle el varón, que parecía un dios. A su vez, el gran Ayante Telamonio exhortó a los argivos:

561 *Ayante Telamonio.*—¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón pundonoroso, y avergonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son más los que se salvan que los que mueren; los que huyen no alcanzan gloria ni socorro alguno.

565 Así dijo; y ellos, que ya antes deseaban derrotar al enemigo, pusieron en su corazón aquellas palabras y cercaron las naves con un muro de bronce. Zeus incitaba a los teucros contra los aqueos. Y Menelao, valiente en la pelea, exhortó a Antíloco:

Biblioteca Nacional de España

569 *Menelao.*—¡Antíloco! Ningún aqueo de los presentes es más joven que tú, ni más ligero de pies, ni tan fuerte en el combate. Si arremetieses a los teucros e hirieras a alguno...

572 Así dijo, y alejóse de nuevo. Antíloco, animado, saltó más allá de los combatientes delanteros; y revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la luciente lanza. Al verlo, huyeron los teucros. No fué vano el tiro, pues hirió en el pecho, cerca de la tetilla, a Melanipo, animoso hijo de Hicetaón, que acababa de entrar en combate: el teucro cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. Como el perro se abalanza al cervato herido por una flecha que al saltar de la madriguera le tira un cazador, dejándole sin vigor los miembros; así el belicoso Antíloco se arrojó sobre ti, oh Melanipo, para quitarte la armadura. Mas no pasó inadvertido para el divino Héctor; el cual, corriendo por el campo de batalla, fué al encuentro de Antíloco; y éste, aunque era luchador brioso, huyó sin esperarle, parecido a la fiera que causa algún daño, como matar a un perro o a un pastor junto a sus bueyes, y huye antes que se reúnan muchos hombres; así huyó el Nestórida; y sobre él, los teucros y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover dolorosos tiros. Y Antíloco, tan pronto como llegó a juntarse con sus compañeros, se detuvo y volvió la cara al enemigo.

592 Los teucros, semejantes a carniceros leones, asaltaban las naves y cumplían los designios de Zeus, el cual les infundía continuamente gran valor y les excitaba a combatir, y al propio tiempo abatía el ánimo de los argivos, privándoles de la gloria del triunfo, porque deseaba en su corazón dar gloria a Héctor Priámida, a fin de que éste arrojase el abrasador y voraz fuego en las corvas naves, y se efectuara de todo en todo la funesta súplica de Tetis. El próvido Zeus sólo aguardaba ver con sus ojos el resplandor de una nave incendiada, pues desde aquel instante haría que los teucros fuesen perseguidos desde las naves y daría gloria a los dánaos. Pensando en tales cosas, el dios incitaba a Héctor Priámida, ya de por sí muy enardecido, a encaminarse hacia las cóncavas naves. Como se enfurece Ares blandiendo la lanza, o se embravece el pernicioso fuego en la espesura de poblada selva, así se enfurecía Héctor: su boca estaba cubierta de espuma, los ojos le centelleaban debajo de las torvas cejas y el casco se agitaba terriblemente en sus sienes mientras peleaba. Y desde el éter Zeus protegía únicamente a Héctor, entre tantos hombres, y le daba honor y gloria; porque el héroe debía vivir poco, y ya Palas Atenea apresuraba la llegada del día fatal en que había de sucumbir a manos del Pelida. Héctor deseaba romper las filas de los combatientes, y probaba por donde veía mayor turba y mejores armas; mas, aunque ponía gran empeño, no pudo conseguirlo, porque los dánaos, dispuestos en columna cerrada, hicieron frente al enemigo. Cual un peñasco escarpado y grande, que en la ribera del espumoso mar resiste el ímpetu de los sonoros vientos y de las ingentes olas que allí se rompen; así los dánaos aguardaban a pie firme a los teucros y no huían. Y Héctor, resplandeciente como el fuego, saltó al centro de la turba como la ola impetuosa levantada por el viento cae desde lo alto sobre la ligera nave, llenándola de espuma, mientras el soplo terrible del huracán bra-

Biblioteca Nacional de España

ma en las velas y los marineros tiemblan amedrentados porque se hallan muy cerca de la muerte; de tal modo vacilaba el ánimo en el pecho de los aqueos. Como dañino león acomete un rebaño de muchas vacas que pacen a orillas de extenso lago y son guardadas por un pastor que, no sabiendo luchar con las fieras para evitar la muerte de alguna vaca de retorcidos cuernos, va siempre con las primeras o con las últimas reses; y el león salta al centro, devora una vaca y las demás huyen espantadas: así los aqueos todos fueron puestos en fuga por Héctor y el padre Zeus, pero Héctor mató a uno solo, a Perifetes de Micenas, hijo de aquel Copreo que llevaba los mensajes del rey Euristeo al fornido Heracles. De este padre obscuro nació tal hijo, que superándole en toda clase de virtudes, en la carrera y en el combate, campeó por su talento entre los primeros ciudadanos de Micenas y entonces dió a Héctor gloria excelsa. Pues al volverse, tropezó con el borde del escudo que le cubría de pies a cabeza y que llevaba para defenderse de los tiros; y enredándose con él, cayó de espaldas, y el casco resonó de un modo horrible en torno de las sienes. Héctor lo advirtió en seguida, acudió corriendo, metió la pica en el pecho de Perifetes y le mató cerca de sus mismos compañeros que, aunque afligidos, no pudieron socorrerle, pues temían mucho al divino Héctor.

653 Por fin llegaron a las naves. Defendíanse los argivos detrás de las que se habían sacado primero a la playa, y los teucros fueron a perseguirlos. Aquéllos, al verse obligados a retirarse de las primeras naves, se colocaron apiñados cerca de las tiendas, sin dispersarse por el ejército porque la vergüenza y el temor se lo impedían, y mutua e incesantemente se exhortaban. Y especialmente Néstor, protector de los aqueos, dirigíase a todos los guerreros, y en nombre de sus padres así les suplicaba:

661 *Néstor.*—¡Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón pundonoroso delante de los demás varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes, y de los padres, vivan aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis firmemente y no os entreguéis a la fuga.

667 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Atenea les quitó de los ojos la densa y divina nube que los cubría, y apareció la luz por ambos lados, en las naves y en la lid sostenida por los dos ejércitos con igual tesón. Vieron a Héctor, valiente en la pelea, y a sus propios compañeros, así a cuantos estaban detrás de los bajeles y no combatían, como a los que junto a las veleras naves daban batalla al enemigo.

674 No le era grato al corazón del magnánimo Ayante permanecer donde los demás aqueos se habían retirado; y el héroe, andando a paso largo, iba de nave en nave llevando en la mano una gran percha de combate naval que medía veintidós codos y estaba reforzada con clavos. Como un diestro cabalgador escoge cuatro caballos entre muchos, los guía desde la llanura a la gran ciudad por la carretera, muchos hombres y mujeres le admiran, y él salta continuamente y con seguridad del uno al otro, mientras los corceles vuelan; así Ayante, andando a paso seguido, recorría las cubiertas de muchas naves y su voz llegaba al éter. Sin cesar daba horribles gritos, para exhortar a los dánaos a defender naves y tiendas. Tampoco Héctor permanecía en la turba de los

Biblioteca Nacional de España

teucros, armados de fuertes corazas: como el águila negra se echa sobre una bandada de alígeras aves—gansos, grullas o cisnes cuellilargos—que están comiendo a orillas de un río; así Héctor corría en derechura a una nave de negra proa, empujado por la mano poderosa de Zeus, y el dios incitaba también a la tropa para que le acompañara.

696 De nuevo se trabó un reñido combate al pie de los bajeles. Hubieras dicho que, sin estar cansados ni fatigados, comenzaban entonces a pelear. ¡Con tal denuedo luchaban! He aquí cuáles eran sus respectivos pensamientos: los aqueos no creían escapar de aquel desastre, sino perecer; los teucros esperaban en su corazón incendiar las naves y matar a los héroes aqueos. Y con estas ideas, asaltábanse unos a otros.

704 Héctor llegó a tocar la popa de una nave surcadora del ponto, bella y de curso rápido; aquella en que Protesilao llegó a Troya y que luego no había de llevarle otra vez a la patria tierra. Por esta nave se mataban los aqueos y los teucros: sin aguardar desde lejos los tiros de flechas y dardos, combatían de cerca y con igual ánimo, valiéndose de agudas hachas, segures, grandes espadas y lanzas de doble filo. Muchas hermosas dagas, de obscuro recazo, provistas de mango, cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los hombros de los combatientes; y la negra tierra manaba sangre. Héctor, desde que cogió la popa, no la soltaba; y teniendo entre sus manos la parte superior de la misma, animaba a los teucros:

718 *Héctor.*—¡Traed fuego, y todos apiñados, trabad la batalla! Zeus nos concede un día que lo compensa todo, pues vamos a tomar las naves que vinieron contra la voluntad de los dioses y nos han ocasionado muchas calamidades por la cobardía de los viejos, que no me dejaban pelear cerca de aquéllas y detenían al ejército. Mas si entonces el largovidente Zeus ofuscaba nuestra razón, ahora él mismo nos impele y anima.

726 Así dijo; y ellos acometieron con mayor ímpetu a los argivos. Ayante ya no resistió, porque estaba abrumado por los tiros: temiendo morir, dejó la cubierta, retrocedió hasta un banco de remeros que tenía siete pies, púsose a vigilar, y con la pica apartaba del navío a cuantos llevaban el voraz fuego, en tanto que exhortaba a los dánaos con espantosos gritos:

733 *Ayante.*—¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Sed hombres y mostrad vuestro impetuoso valor. ¿Creéis, por ventura, que hay a nuestra espalda otros defensores o un muro más sólido que libre a los hombres de la muerte? Cerca de aquí no existe ciudad alguna defendida con torres, en la que hallemos refugio y cuyo pueblo nos dé auxilio para alcanzar ulterior victoria; sino que nos hallamos en la llanura de los troyanos, de fuertes corazas, a orillas del mar y lejos de la patria tierra. La salvación, por consiguiente, está en los puños; no en ser flojos en la pelea.

742 Dijo, y acometió furioso con la aguda lanza. Y cuantos teucros, movidos por las excitaciones de Héctor, quisieron llevar ardiente fuego a las cóncavas naves, a todos los hirió Ayante con su larga pica. Doce fueron los que hirió de cerca, delante de los bajeles.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVI

PATROCLEA

Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquileo, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vió el divino Aquileo, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

7 *Aquileo.*—¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, la tira del vestido, la detiene a pesar de que lleva prisa, y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas. ¿Vienes a participarnos algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ptía? Dicen que Menetio, hijo de Áctor, existe aún; vive también Peleo Eácida entre los mirmidones; y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos perecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

20 Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo:

21 *Patroclo.*—¡Oh Aquileo, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! No te irrites, porque es muy grande el pesar que los abruma. Los que antes eran los más fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, yacen en las naves—con arma arrojadiza fué herido el poderoso Diomedes Tidida; con la pica Odiseo, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo,—y los médicos, que conocen muchas drogas, ocúpanse en curarles las heridas. Tú, Aquileo, eres implacable. ¡Jamás se apodere de mí rencor como el que guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los argivos de muerte indigna? ¡Despiadado! No fué tu padre el jinete Peleo, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, porque tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu veneranda madre, enterada por Zeus, te haya revelado, envíame a mí con los demás mirmidones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los teucros me confundan contigo y cesen de pelear, los belicosos dánaos que tan abatidos están se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos

Biblioteca Nacional de España

extenuados de fatiga, rechazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

46 Así le suplicó el muy insensato; y con ello llamaba a la terrible muerte y a la parca. Aquileo, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

49 *Aquileo.*—¡Ay de mí, Patroclo, del linaje de Zeus, qué dijiste! No me abstengo por ningún vaticinio que sepa y tampoco la veneranda madre me dijo nada de parte de Zeus; sino que se me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha padecido. La joven que los aqueos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar una bien murada ciudad, el rey Agamenón Atrida me la quitó como si yo fuera un miserable advenedizo. Mas dejemos lo pasado; no es posible guardar siempre la ira en el corazón, aunque había resuelto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate llegaran a mis bajeles. Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los belicosos mirmidones y llévalos a la pelea; pues negra nube de teucros cerca ya las naves con gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de un corto espacio. Toda la ciudad de los troyanos ha comparecido confiadamente, porque no ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey Agamenón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten alrededor de nuestro ejército. Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los dánaos de la muerte, ni he oído un solo grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida: sólo resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los teucros, que con vocerío ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, para que me procures mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan la muy hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de las naves, vuelve atrás; y aunque el tonante esposo de Hera te dé gloria, no quieras luchar sin mí contra los belicosos teucros, pues contribuirías a mi deshonra. Y tampoco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilión; no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos los quiere mucho Apolo, el que hiere de lejos. Retrocede tan pronto como hayas hecho brillar la luz de la salvación en las naves, y deja que se siga peleando en la llanura. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, ninguno de los teucros ni de los argivos escape de la muerte, y nos libremos de ella nosotros dos, para que podamos derribar las almenas sagradas de Troya.

101 Así éstos conversaban. Ayante ya no resistía: vencíanle el poder de Zeus y los animosos teucros que le arrojaban dardos; su refulgente casco resonaba de un modo horrible en torno de las sienes, golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el héroe tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo; pero no lograban hacerle mover de su

Biblioteca Nacional de España

sitio por más tiros que le enderezaban. Ayante estaba abrumado por continuo y fatigoso jadeo, abundante sudor manaba de todos sus miembros y apenas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

112 Decidme, Musas que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el fuego en las naves aqueas.

114 Héctor, que se hallaba cerca de Ayante, le dió con la gran espada un golpe en la pica de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ayante blandir la truncada pica, y la broncínea punta cayó a lo lejos con gran ruido. Entonces el eximio Ayante reconoció en su espíritu irreprensible la intervención de los dioses, estremecióse porque Zeus altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria a los teucros, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los teucros arrojaron voraz fuego a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así que el fuego rodeó la popa, Aquileo, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

126 *Aquileo.*—¡Sus, Patroclo, del linaje de Zeus, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa llama del fuego destructor: no sea que se apoderen de ellas, y ni medios para huir tengamos. Apresúrate a vestir las armas, y yo entre tanto reuniré la gente.

130 Así dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegantes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó al hombro una espada de bronce, guarnecida de argénteos clavos; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la fuerte cabeza con un hermoso casco, cuyo penacho, de crines de caballo, ondeaba terriblemente en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza pesada, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquileo era el único aqueo capaz de manejarla: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquileo, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a Automedonte—el amigo a quien más honraba después de Aquileo, destructor de hombres, y el más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas—que enganchara en seguida los caballos. Automedonte unció debajo del yugo a Janto y Balio, corceles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual paciendo en una pradera junto a la corriente del Océano, los concibió del Céfiro. Y con ellos puso al excelente Pédaso, que Aquileo se llevó de la ciudad de Eetión cuando la tomó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales.

155 Aquileo, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Como carniceros lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande cornígero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre; luego van en tropel a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sangre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el pecho; de igual manera, los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos el

Biblioteca Nacional de España

belicoso Aquileo animaba, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos.

168 Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquileo, caro a Zeus, condujo a Ilión sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperquio, que las celestiales lluvias alimentan: habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó con una deidad, con el infatigable Esperquio; aunque se creyera que lo había tenido de Boro, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con ella y le constituyó una gran dote.—Mandaba la segunda sección el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la hermosa Polimela, hija de Filante; de la cual enamoróse el poderoso Argifontes al verla con sus ojos entre las que danzaban al son del canto en un coro de Ártemis, la diosa que lleva arco de oro y ama el bullicio de la caza: el benéfico Hermes subió en seguida al aposento de la joven, uniéronse clandestinamente y ella le dió un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el correr y belicoso. Cuando Ilitia, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vió los rayos del sol, el fuerte Equecles Actórida tomó a Filomela por esposa, constituyéndole una gran dote, y el anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si hubiera sido hijo suyo.—Estaba al frente de la tercera división el belicoso Pisandro Memálida, que, después del compañero del Pelión, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir con la lanza.—La cuarta línea estaba a las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y la quinta tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquileo los hubo puesto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

200 *Aquileo.*—¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves dirigíais a los teucros mientras duró mi cólera, ni las acusaciones con que todos me acriminabais: «¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. ¡Despiadado, pues retienes a tus compañeros en las naves contra su voluntad! Embarquémonos en las naves surcadoras del ponto y volvamos a la patria, ya que la cólera funesta anidó de tal suerte en tu corazón.» Así acostumbrabais hablarme cuando os reuníais. Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y ahora cada uno pelee con valeroso corazón contra los teucros.

210 Así diciendo, les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oír a su rey, cerraron más las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada casa, para que resista el ímpetu de los vientos; así, tan unidos, estaban los cascos y los abollonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada hombre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Delante de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales tenían igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquileo entró en su tienda y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada que Tetis, la de ar-

Biblioteca Nacional de España

gentados pies, había puesto en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y mantos, que le abrigasen contra el viento, y de afelpados cobertores. Allí tenía una copa de primorosa labor que no usaba nadie para beber el negro vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre Zeus. Sacóla del arca, y purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; acto continuo lavóse las manos, llenó la copa, y puesto en medio del recinto con los ojos levantados al cielo, libó el negro vino y oró a Zeus, que se complace en lanzar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido:

233 *Aquileo.*—¡Zeus soberano, Dodoneo, Pelásgico, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno, donde moran los selos, tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el suelo! Escuchaste mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues también ahora cúmpleme este voto: Yo me quedo donde están reunidas las naves y mando al combate a mi compañero con muchos mirmidones: haz que le siga la victoria, largovidente Zeus, e infúndele valor en el corazón para que Héctor vea si mi escudero sabe pelear solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven con furia cuando va conmigo a la contienda de Ares. Y cuando haya apartado de los bajeles la gritería y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y con los compañeros que de cerca combaten.

249 Así dijo rogando. El próvido Zeus le oyó; y de las dos cosas el padre le otorgó una: concedióle que apartase de las naves el combate y la pelea, y nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la libación y la rogativa al padre Zeus, entró Aquileo en la tienda, dejó la copa en el arca, y apareció otra vez delante de la tienda, porque deseaba en su corazón presenciar la terrible lucha de teucros y aquivos.

257 Los mirmidones seguían con armas y en buen orden al magnánimo Patroclo, hasta que alcanzaron a los teucros y les arremetieron con grandes bríos, esparciéndose como las avispas que moran en el camino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre de molestarlas, las irritan y consiguen con su imprudencia que dañen a buen número de personas, pues, si algún caminante pasa por allí y sin querer las mueve, vuelan y defienden con ánimo valeroso a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejantes, se esparcieron los mirmidones desde las naves, y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhortaba a sus compañeros, diciendo con voz recia:

269 *Patroclo.*—¡Mirmidones, compañeros del Pelida Aquileo! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor para que honremos al Pelida, que es el más valiente de cuantos argivos hay en las naves, como lo son también sus guerreros, que de cerca combaten; y conozca el poderoso Atrida Agamenón la falta que cometió no honrando al mejor de los aqueos.

275 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron apiñados sobre los teucros y en las naves resonaban de un modo horrible los gritos de los aqueos.

278 Cuando los teucros vieron al esforzado hijo de Menetio y a su escudero, ambos con lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Figurábanse que, junto a las naves, el Pelida, ligero de pies,

Biblioteca Nacional de España

había renunciado a su cólera y había preferido volver a la amistad. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse de una muerte terrible.

284 Patroclo fué el primero que tiró la reluciente lanza en medio de la pelea, allí donde más hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Protesilao; e hirió a Pirecmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio de ancha corriente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; el guerrero, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los peonios compañeros suyos huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. La nave quedó allí medio quemada, los teucros huyeron con gran alboroto, los dánaos se dispersaron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como cuando Zeus fulminador quita una espesa nube de la elevada cumbre de una gran montaña y aparecen todos los promontorios y las cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego destructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Pues los teucros no huían a carrera abierta desde las negras naves, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún resistían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

306 Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre. El esforzado hijo de Menetio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areílico, que había vuelto la espalda para huir: el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el teucro dió de ojos en el suelo. El belicoso Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a acometerle, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, donde más grueso es el músculo: la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la broncínea lanza a Atimnio, clavándosela en el ijar, y el teucro cayó a sus pies; el hermano de Atimnio, Maris, irritado por tal muerte, se puso delante del cadáver y arremetió con la lanza a Antíloco; y entonces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, le previno y antes que Maris pudiera herir a Antíloco le acertó él en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte superior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles tiradores, e hijos de Amisodaro, el que alimentó a la indomable Quimera, causa de males para muchos hombres, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Érebo.—Ayante Oilíada acometió y cogió vivo a Cleobulo, atropellado por la turba; y le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero.—Penéleo y Liconte fueron a encontrarse, y habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues ambos erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Liconte dió a su enemigo un tajo en la cimera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el cue-

Biblioteca Nacional de España

llo de Liconte, debajo de la oreja, y se lo cortó por entero: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros perdieron su vigor.—Meriones dió alcance con sus ligeros pies a Acamante, cuando subía al carro, y le hirió en el hombro derecho: el teucro cayó en tierra, y las tinieblas cubrieron sus ojos.—A Erimante metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los dientes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la muerte, cual si fuese obscura nube, envolvió al guerrero.

351 Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces lobos acometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el monte por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y despedazan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los teucros, y éstos, pensando en la fuga horrísona, olvidábanse de su impetuoso valor.

358 El gran Ayante deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de bronce; pero el héroe, que era muy experto en la guerra, cubriendo sus anchos hombros con un escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los dardos. Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía aún y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

364 Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día sereno, cuando Zeus prepara una tempestad; así los teucros huyeron de las naves, dando gritos, y ya no fué con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con sus armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los teucros, a quienes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo los carros de los caudillos por el extremo del timón, allí los dejaron.—Patroclo iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los teucros; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo con gran clamoreo; la polvareda llegaba a lo alto debajo de las nubes, y los solípedos caballos volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía más gente del pueblo desordenada, allí se encaminaba vociferando; los guerreros caían de cara debajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban con gran estruendo. Al llegar al foso, los caballos inmortales que los dioses habían regalado a Peleo como espléndido presente, lo salvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y cuando a Patroclo el ánimo le impulsó a ir hacia Héctor para herirle, ya los veloces corceles de éste se lo habían llevado. Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Zeus envía violenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y echan a la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y todos los ríos salen de madre y los torrentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al mar purpúreo y destruyen las labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas troyanas, dando lastimeros relinchos.

Biblioteca Nacional de España

394 Patroclo, cuando hubo separado de los demás enemigos a los que formaban las últimas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen a la ciudad; y acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para vengar a muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la brillante lanza en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el teucro cayó con estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Énope, que se hallaba encogido en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las riendas se le fuesen de la mano: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar por los dientes y lo levantó por cima del barandal. Como el pescador sentado en una roca prominente saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del reluciente bronce; así Patroclo, alzando la brillante lanza, sacó del carro a Téstor con la boca abierta y le arrojó de cara al suelo; el teucro, al caer, perdió la vida.—Después hirió de una pedrada en medio de la cabeza a Erilao, que a acometerle venía, y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el teucro dió de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte.—Y sucesivamente fué derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epaltes, Tlepólemo Damastórida, Equio, Piris, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

419 Sarpedón, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos de Patroclo Menetíada, increpó a los deiformes licios:

422 *Sarpedón.*—¡Qué vergüenza, oh licios! ¿Adónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuento de ese hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los teucros, pues ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas.

426 Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se apeó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, sobre elevada roca; así aquéllos se acometieron vociferando. Viólos el hijo del artero Cronos; y compadecido, dijo a Hera, su hermana y esposa:

433 *Zeus.*—¡Ay de mí! La parca dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menetíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿lo arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para llevarlo al opulento pueblo de la Licia, o dejaré que sucumba a manos del Menetíada?

439 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

440 *Hera.*—¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria: Piensa que si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá sacar a su hijo del duro combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de la gran ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero si Sarpedón te es caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo Menetíada en reñido combate; y cuando el alma y la vida le abando-

Biblioteca Nacional de España

nen, ordena a la Muerte y al dulce Sueño que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exequias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

458 Así dijo. El padre de los hombres y de los dioses no desobedeció, e hizo caer sobre la tierra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en la fértil Troya, lejos de su patria.

462 Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patroclo arrojó la lanza, y acertando a dar en el empeine del ilustre Trasimelo, escudero valeroso del rey Sarpedón, dejóle sin vigor los miembros. Sarpedón acometió a su vez; y despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó mientras perdía el vital aliento. El caballo cayó en el polvo, y el ánimo voló de su cuerpo. Forcejaron los otros dos corceles por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas a causa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su lanza, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta, que llevaba junto al fornido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se enderezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor encono.

477 Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquélla pasó por cima del hombro izquierdo de Patroclo sin herirle. Patroclo despidió la suya y no en balde; ya que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó el héroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas hachas los artífices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha presentado entre los flexípedes bueyes, brama al morir entre las mandíbulas del león; así el caudillo de los licios escudados, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y llamando al compañero, le hablaba de este modo:

492 *Sarpedón.*—¡Caro Glauco, guerrero afamado entre los hombres! Ahora debes portarte como fuerte y audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Ve por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y defiéndeme tú mismo con el bronce. Constantemente, todos los días, seré para ti motivo de vergüenza y oprobio si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me despojan de la armadura. ¡Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!

502 Así dijo; y el velo de la muerte le cubrió los ojos y las narices. Patroclo, sujetándole el pecho con el pie, le arrancó el asta; con ella siguió el diafragma, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los corceles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños.

509 Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón y se le turbó el ánimo porque no podía socorrerle. Apretóse con la mano el brazo, pues le abrumaba una herida que Teucro le había causado disparándole una flecha cuan-

Biblioteca Nacional de España

do él asaltaba el alto muro y el aqueo defendía a los suyos; y oró de esta suerte a Apolo, el que hiere de lejos:

514 *Glauco.*—Óyeme, oh soberano, ya te halles en el opulento pueblo de Licia, ya te encuentres en Troya; pues desde cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy ahora. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se seca; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear con los enemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Zeus, el cual ya ni a su prole defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame fortaleza para que mi voz anime a los licios a combatir y yo mismo luche en defensa del cadáver.

527 Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra sangre de la grave herida e infundió valor en el ánimo del teucro. Glauco, al notarlo, se holgó de que el gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida fué por todas partes y exhortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. Después, encaminóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoida, al divino Agenor, a Eneas y a Héctor armado de bronce; y deteniéndose cerca de los mismos, dijo estas aladas palabras:

538 *Glauco.*—¡Héctor! Te olvidas del todo de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los amigos y de la patria tierra, y ni socorrerles quieres. Yace en tierra Sarpedón, el rey de los licios escudados, que con su justicia y su valor gobernaba la Licia. El broncíneo Ares lo ha matado con la lanza de Patroclo. Oh amigos, venid e indignaos en vuestro corazón: no sea que los mirmidones le quiten la armadura e insulten el cadáver, irritados por la muerte de los dánaos a quienes dieron muerte nuestras picas junto a las veleras naves.

548 Así dijo. Los troyanos sintieron grande e inconsolable pena, porque Sarpedón, aunque forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a ella muchos hombres y en la pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse aquéllos contra los dánaos, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo Menetíada, de corazón valiente, animó a los aqueos; y dijo a los Ayantes, que ya de combatir estaban deseosos:

556 *Patroclo.*—¡Ayantes! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como habéis sido hasta aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que primero asaltó nuestra muralla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarle, quitarle la armadura de los hombros y matar con el cruel bronce a alguno de los compañeros que lo defienden!...

562 Así dijo, aunque ellos ya deseaban rechazar al enemigo. Y troyanos y licios por una parte, y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y empezaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de los guerreros, y Zeus cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que produjese mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

Biblioteca Nacional de España

569 En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fué herido un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epigeo, hijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budío; luego, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a Tetis, la de argénteos pies, y ellos le enviaron a Ilión, abundante en hermosos corceles, con Aquileo, destructor de las filas de guerreros, para que combatiera contra los troyanos. Epigeo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dió una pedrada en la cabeza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo de Sarpedón, y a su alrededor esparcióse la destructora muerte. Apesadumbróse Patroclo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el veloz gavilán persigue a unos grajos o estorninos: de la misma manera acometiste, oh hábil jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu corazón por la muerte del amigo. Y cogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le rompió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. Cuanto espacio recorre el luengo venablo que lanza un hombre, ya en el juego para ejercitarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan, otro tanto se retiraron los teucros, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, fué el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, que tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y riquezas: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió repentinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los teucros, muy alegres, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no se olvidaron de su impetuoso valor y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meríones mató a un combatiente teucro, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Zeus Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la vida huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas arrojó la broncínea lanza, con el intento de herir a Meríones, que se adelantaba protegido por el escudo. Pero Meríones la vió venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la ingente lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Penetró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza fué echada en vano por el robusto brazo. Eneas, con el corazón irritado, dijo:

617 *Eneas.*—¡Meríones! Aunque eres ágil saltador, mi lanza te habría apartado para siempre del combate si te hubiese herido.

619 Respondióle Meríones, célebre por su lanza:

620 *Meríones.*—¡Eneas! Difícil te será, aunque seas valiente, aniquilar la fuerza de cuantos hombres salgan a pelear contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del cuerpo con el agudo bronce, en seguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu brazo, me darías gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

Biblioteca Nacional de España

626 Así dijo; y el valeroso hijo de Menetio le reprendió, diciendo:

627 *Patroclo.*—¡Meríones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los teucros dejen el cadáver; preciso será que alguno de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños, y las palabras sirven en el consejo. Conviene, pues, no hablar, sino combatir.

632 En diciendo esto, echó a andar y siguióle Meríones, varón igual a un dios. Como el estruendo que producen los leñadores en la espesura de un monte y que se deja oír a lo lejos, tal era el estrépito que se elevaba de la tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, el cuero y los bien construidos escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de doble filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los dardos, la sangre y el polvo lo cubrían completamente de pies a cabeza. Agitábanse todos alrededor del cadáver como en la primavera zumban las moscas en el establo por cima de las escudillas llenas de leche, cuando ésta hace rebosar los tarros: de igual manera bullían aquéllos en torno del muerto. Zeus no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; y contemplando a los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas acerca de la muerte de Patroclo: vacilaba entre si en la encarnizada contienda el esclarecido Héctor debería matar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de los hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como lo más conveniente que el bravo escudero del Pelida Aquileo hiciera arredrar a los teucros y a Héctor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vida a muchos guerreros, comenzó infundiendo timidez primeramente a Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y exhortó a los demás teucros a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se inclinaba la balanza sagrada de Zeus. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y huyeron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; pues cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Cronión avivó el duro combate. Los aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de Menetio la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y entonces Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

667 *Zeus.*—¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale la negra sangre; condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río; úngele con ambrosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el rico pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

676 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la terrible batalla, y en seguida levantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y conduciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, púsole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejaron en el rico pueblo de la vasta Licia.

Biblioteca Nacional de España

684 Patroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y licios, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atenido a la orden del Pelida, se hubiera visto libre de la funesta parca, de la negra muerte. Pero siempre el pensamiento de Zeus es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

692 ¿Cuál fué el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses te llamaron a la muerte?

694 Fueron primeramente Adrasto, Autónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y Melanipo; y después, Élaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la fuga.

698 Entonces los aqueos habrían tomado a Troya, la de altas puertas, por las manos de Patroclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en la bien construida torre para dañar a aquél y ayudar a los teucros. Tres veces encaminóse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazóle Apolo, agitando con sus manos inmortales el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, increpóle la deidad terriblemente con estas aladas palabras:

707 *Apolo.*—¡Retírate, Patroclo del linaje de Zeus! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los altivos troyanos sea destruida por tu lanza, ni por Aquileo, que tanto te aventaja.

710 Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera de Apolo, el que hiere de lejos.

712 Héctor se hallaba con el carro y los solípedos corceles en las puertas Esceas, y estaba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a voces que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, presentósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécabe e hijo de Dimante, y habitaba en la Frigia, junto a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, hijo de Zeus:

721 *Apolo.*—¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara tanto en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. Mas, ea, guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo te da gloria.

726 En diciendo esto, el dios volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a Cebríones que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la turba, suscitó entre los argivos funesto tumulto y dió gloria a Héctor y a los teucros. Héctor dejó entonces a los demás dánaos, sin que fuera a matarlos, y enderezó a Patroclo los caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la izquierda; cogió con la diestra una piedra blanca y erizada de puntas que le llenaba la mano; y estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el tiro no salió vano: dió la aguda piedra en la frente de Cebríones, auriga de Héctor, que era hijo bastardo del ilustre Príamo y entonces gobernaba las rien-

Biblioteca Nacional de España

das de los caballos. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los pies de Cebríones; y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento bien construido, porque la vida huyó de sus miembros. Y burlándote de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

745 *Patroclo.*—¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el hombre! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se hallara en el ponto, en peces abundante, ese hombre saltaría de la nave aunque el mar estuviera tempestuoso y podría saciar a muchas personas con las ostras que pescara. ¡Con tanta facilidad ha dado la voltereta del carro a la llanura! Es indudable que también los troyanos tienen buzos.

751 En diciendo esto, corrió hacia el héroe con la impetuosidad de un león que devasta los establos hasta que es herido en el pecho y su mismo valor le mata; de la misma manera, oh Patroclo, te arrojaste enardecido sobre Cebríones. Héctor, por su parte, saltó del carro al suelo sin dejar las armas. Y entrambos luchaban en torno de Cebríones como dos hambrientos leones que en la cumbre de un monte pelean furiosos por el cadáver de una cierva; así los dos aguerridos campeones, Patroclo Menetíada y el esclarecido Héctor, deseaban herirse el uno al otro con el cruel bronce. Héctor había cogido al muerto por la cabeza y no lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los demás teucros y dánaos sostenían encarnizado combate.

765 Como el Euro y el Noto contienden en la espesura de un monte, agitando la poblada selva, y las largas ramas de los fresnos, encinas y cortezudos cornejos chocan entre sí con inmenso estrépito, y se oyen los crujidos de las que se rompen; de semejante modo teucros y aqueos se acometían y mataban, sin acordarse de la perniciosa fuga. Alrededor de Cebríones se clavaron en tierra muchas agudas lanzas y aladas flechas que saltaban de los arcos; buen número de grandes piedras herían los escudos de los que combatían en torno suyo; y el héroe yacía en el suelo, sobre un gran espacio, envuelto en un torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros.

777 Hasta que el sol hubo recorrido la mitad del cielo, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se encaminó al ocaso, los aqueos eran vencedores, contra lo dispuesto por el destino; y habiendo arrastrado el cadáver del héroe Cebríones fuera del alcance de los dardos y del tumulto de los teucros, le quitaron la armadura de los hombros.

783 Patroclo acometió furioso a los teucros: tres veces los acometió, cual si fuera el rápido Ares, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando, semejante a un dios, arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, vióse claramente que ya llegabas al término de tu vida, pues el terrible Febo salió a tu encuentro en el duro combate. Mas Patroclo no vió al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y alargando la mano, le dió un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al punto los ojos del héroe padecieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquileo. Entonces Zeus permitió

Biblioteca Nacional de España

también que lo llevara Héctor, porque ya la muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, pesada, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y el soberano Apolo, hijo de Zeus, desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se detuvo atónito, y entonces desde cerca clavóle aguda lanza en la espalda, entre los hombros, el dárdano Euforbo Pantoida; el cual aventajaba a todos los de su edad en el manejo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se presentó con su carro para aprender a combatir, derribó a veinte guerreros de sus carros respectivos. Este fué, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza; pero aún no te hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y retrocediendo, se mezcló con la turba, sin esperar a Patroclo, aunque le viera desarmado; mientras éste, vencido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para evitar la muerte.

818 Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fué en su seguimiento, por entre las filas, y le envainó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso manantial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira anhelante; así Héctor Priámida privó de la vida, hiriéndole de cerca con la lanza, al esforzado hijo de Menetio, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, profirió estas aladas palabras:

830 *Héctor.*—¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria tierra. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicosos teucros, aparto de los míos el día de la servidumbre; mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquileo, con ser valiente, te ha socorrido. Cuando saliste de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y hablarte de este modo: «No vuelvas a las cóncavas naves, caballero Patroclo, antes de haber roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, matador de hombres, teñida en sangre.» Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir.

843 Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo:

844 *Patroclo.*—¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Zeus Cronida y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los hombros. Si veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto vencidos por mi lanza. Matáronme la parca funesta y el hijo de Leto, y Euforbo entre los hombres; y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y la parca cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquileo Eácida.

Biblioteca Nacional de España

855 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque muerto le veía:

859 *Hector.*—¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquileo, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?

862 Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncínea lanza, y lo tumbó de espaldas. Inmediatamente se encaminó, lanza en mano, hacia Automedonte, el deiforme servidor del Eácida, de pies ligeros, pues deseaba herirle; pero los veloces caballos inmortales, que a Peleo le dieron los dioses como espléndido presente, ya lo sacaban de la batalla.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVII

PRINCIPALÍA DE MENELAO

No dejó de advertir el Atrida Menelao, caro a Ares, que Patroclo había sucumbido en la lid a manos de los teucros; y, armado de luciente bronce, se abrió camino por los combatientes delanteros y empezó a moverse en torno del cadáver para defenderlo. Como la vaca primeriza da vueltas alrededor de su becerrillo, mugiendo tiernamente, porque antes ignoraba lo que era el parto; de semejante manera bullía el rubio Menelao cerca de Patroclo. Y colocándose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, se aprestaba a matar a quien se le opusiera. Tampoco Euforbo, el hábil lancero hijo de Panto, se descuidó al ver en el suelo al eximio Patroclo; sino que se detuvo a su lado y dijo a Menelao, caro a Ares:

12 *Euforbo.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Retírate, suelta el cadáver y desampara estos sangrientos despojos; pues, en la reñida pelea, ninguno de los troyanos ni de los auxiliares ilustres envasó su lanza a Patroclo antes que yo lo hiciera. Déjame alcanzar inmensa gloria entre los teucros. No sea que, hiriéndote, te quite la dulce vida.

18 Respondióle muy indignado el rubio Menelao:

19 *Menelao.*—¡Padre Zeus! No es bueno que nadie se vanaglorie con tanta soberbia. Ni la pantera, ni el león, ni el dañino jabalí que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su fuerza, se presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Panto. Pero el fuerte Hiperenor, domador de caballos, no siguió gozando de su juventud cuando me aguardó, después de injuriarme diciendo que yo era el más cobarde de los guerreros dánaos; y no creo que haya podido volverse con sus pies para regocijar a su esposa y a sus venerandos padres. Del mismo modo te quitaré la vida a ti, si osas afrontarme, y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te pongas delante; pues el necio sólo conoce el mal cuando ya está hecho.

33 Así habló, sin persuadir a Euforbo, que contestó diciendo:

34 *Euforbo.*—Menelao, alumno de Zeus, ahora pagarás la muerte de mi hermano, de que tanto te jactas. Dejaste viuda a su mujer en el reciente tálamo; causaste a nuestros padres llanto y dolor profundo. Yo conseguiría que aquellos infelices cesaran de llorar, si llevándome tu cabeza y tus armas, las pusiera en las manos de Panto y de la divina Frontis. Pero no se diferirá mucho

Biblioteca Nacional de España

tiempo el combate, ni quedará sin decidir quién haya de ser el vencedor y quién el vencido.

43 Dicho esto, dió un bote en el escudo liso del Atrida; pero no pudo romper el bronce, porque la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. El Atrida Menelao acometió, a su vez, con la pica, orando al padre Zeus; y al ir Euforbo a retroceder, se la clavó en la parte inferior de la garganta, empujó el asta con la robusta mano y la punta atravesó el delicado cuello. Euforbo cayó con estrépito, resonaron sus armas y se mancharon de sangre sus cabellos, semejantes a los de las Gracias, y los rizos, que llevaba sujetos con anillos de oro y plata. Cual frondoso olivo que, plantado por el labrador en un lugar solitario donde abunda el agua, crece hermoso, es mecido por vientos de toda clase y se cubre de blancas flores; y viniendo de repente el huracán, lo arranca de la tierra y lo tiende en el suelo; así el Atrida Menelao dió muerte a Euforbo, hijo de Panto y hábil lancero, y en seguida comenzó a quitarle la armadura.

61 Como un montaraz león, confiado en su fuerza, coge del rebaño que está paciendo la mejor vaca, le rompe la cerviz con los fuertes dientes, y despedazándola, traga la sangre y todas las entrañas; y así los perros como los pastores gritan mucho a su alrededor, pero de lejos, sin atreverse a ir contra la fiera porque el pálido temor los domina; de la misma manera ninguno tuvo bastante ánimo en su pecho para salir al encuentro del glorioso Menelao. Y el Atrida se habría llevado fácilmente las magníficas armas del Pantoida, si no lo hubiese impedido Febo Apolo; el cual, tomando la figura de Mentes, caudillo de los cícones, suscitó contra aquél a Héctor, igual al veloz Ares, con estas aladas palabras:

75 *Apolo.*—¡Héctor! Tú corres ahora tras lo que no es posible alcanzar: los corceles del aguerrido Eácida. Difícil es que ninguno ni de los hombres ni de los dioses los sujete y sea por ellos llevado, fuera de Aquileo, que tiene una madre inmortal. Y en tanto, Menelao, belicoso hijo de Atreo, que defiende el cadáver de Patroclo, ha muerto a uno de los más esforzados teucros, a Euforbo Pantoida, acabando con el impetuoso valor de este caudillo.

82 El dios, habiendo hablado así, volvió a la batalla. Héctor sintió profundo dolor en las negras entrañas, ojeó las hileras y vió en seguida al Atrida que despojaba de la espléndida armadura a Euforbo, y a éste tendido en el suelo y vertiendo sangre por la herida. Acto continuo, armado como se hallaba de luciente bronce y dando agudos gritos, abrióse paso por los combatientes delanteros cual si fuese una llama inextinguible encendida por Hefesto. No le pasó inadvertido al hijo de Atreo, que gimió al oír las voces, y a su magnánimo espíritu así le dijo:

91 *Menelao.*—¡Ay de mí! Si abandono estas magníficas armas y a Patroclo, que por vengarme yace aquí tendido, temo que se irritará cualquier dánao que lo presencie. Y si por vergüenza peleo con Héctor y los teucros, como ellos son muchos y yo estoy solo, quizás me cerquen; pues Héctor, el de tremolante casco, trae aquí a todos los troyanos. Mas ¿por qué el corazón me hace pensar en tales cosas? Cuando, oponiéndose a la divinidad, el hombre lucha con un guerrero protegido por algún dios, pronto le sobreviene grave daño. Así,

Biblioteca Nacional de España

pues, ninguno de los dánaos se irritará conmigo porque me vean ceder a Héctor, que combate amparado por las deidades. Pero si a mis oídos llegara la voz de Ayante, valiente en la pelea, volvería aquí con él y sólo pensaríamos en luchar, aunque fuese contra un dios, para ver si lográbamos arrastrar el cadáver y entregarlo al Pelida Aquileo. Sería esto lo mejor para hacer llevaderos los presentes males.

106 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegaron las huestes de los teucros, acaudilladas por Héctor. Menelao dejó el cadáver y retrocedió, volviéndose de cuando en cuando. Como el melenudo león a quien alejan del establo los canes y los hombres con gritos y venablos, siente que el corazón audaz se le encoge y abandona de mala gana el redil; de la misma suerte apartábase de Patroclo el rubio Menelao; quien, al juntarse con sus amigos, se detuvo, volvió la cara a los teucros y buscó con los ojos al gran Ayante, hijo de Telamón. Pronto le distinguió a la izquierda de la batalla, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear, pues Febo Apolo les había infundido un gran terror. Corrió a encontrarle; y poniéndose a su lado, le dijo estas palabras:

120 *Menelao.*—¡Ayante! Ven, amigo; apresurémonos a combatir por Patroclo muerto, y quizás podamos llevar a Aquileo el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

123 Así dijo; y conmovió el corazón del aguerrido Ayante, que atravesó al momento las primeras filas junto con el rubio Menelao. Héctor había despojado a Patroclo de las magníficas armas y se lo llevaba arrastrando, para separarle con el agudo bronce la cabeza de los hombros y entregar el cadáver a los perros de Troya. Pero acercósele Ayante con su escudo como una torre; y Héctor, retrocediendo, llegó al grupo de sus amigos, saltó al carro y entregó las magníficas armas a los troyanos para que las llevaran a la ciudad, donde habían de causarle inmensa gloria. Ayante cubrió con su gran escudo al Menetíada y se mantuvo firme. Como el león anda en torno de sus cachorros cuando llevándolos por el bosque le salen al encuentro los cazadores, y haciendo gala de su fuerza, baja los párpados ocultando sus ojos; de aquel modo corría Ayante alrededor del héroe Patroclo. En la parte opuesta hallábase el Atrida Menelao, caro a Marte, en cuyo pecho el dolor iba creciendo.

140 Glauco, hijo de Hipóloco, caudillo de los licios, dirigió entonces la torva faz a Héctor, y le increpó con estas palabras:

142 *Glauco.*—¡Héctor, el de más hermosa figura, muy falto estás del valor que la guerra demanda! Inmerecida es tu buena fama, cuando solamente sabes huir. Piensa cómo en adelante defenderás la ciudad y sus habitantes, solo y sin más auxilio que los hombres nacidos en Ilión. Ninguno de los licios ha de pelear ya con los dánaos en favor de la ciudad, puesto que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra el enemigo. ¿Cómo, oh cruel, salvarás en la turba a un obscuro combatiente, si dejas que Sarpedón, huésped y amigo tuyo, llegue a ser presa y botín de los argivos? Mientras estuvo vivo, prestó grandes servicios a la ciudad y a ti mismo; y ahora no te atreves a apartar de su cadáver a los perros. Por esto, si los licios me obedecieren, volvería-

Biblioteca Nacional de España

mos a nuestra patria, y la ruina más espantosa amenazaría a Troya. Mas, si ahora tuvieran los troyanos el valor audaz e intrépido que suelen mostrar los que por la patria sostienen contiendas y luchas con los enemigos, pronto arrastraríamos el cadáver de Patroclo hasta Ilión. Y en seguida que el cuerpo de éste fuera retirado del campo y conducido a la gran ciudad del rey Príamo, los argivos nos entregarían, para rescatarlo, las hermosas armas de Sarpedón, y también podríamos llevar a Ilión el cadáver del héroe; pues Patroclo fué escudero del argivo más valiente que hay en las naves, como asimismo lo son sus tropas, que combaten cuerpo a cuerpo. Pero tú no osaste esperar al magnánimo Ayante, ni resistir su mirada en la lucha, ni combatir con él, porque te aventaja en fortaleza.

169 Mirándole con torva faz, respondió Héctor, el de tremolante casco:

170 *Héctor.*—¡Glauco! ¿Por qué, siendo cual eres, hablas con tanta soberbia? ¡Oh dioses! Te consideraba como el hombre de más seso de cuantos viven en la fértil Licia, y ahora he de reprenderte por lo que pensaste y dijiste al asegurar que no puedo sostener la acometida del ingente Ayante. Nunca me espantó la batalla, ni el ruido de los caballos; pero siempre el pensamiento de Zeus, que lleva la égida, es más eficaz que el de los hombres, y el dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir. Mas, ea, ven acá, amigo, ponte a mi lado, contempla mis hechos, y verás si seré cobarde en la batalla, como has dicho, aunque dure todo el día; o si haré que alguno de los dánaos, no obstante su ardimiento y valor, cese de defender el cadáver de Patroclo.

183 Cuando así hubo hablado, exhortó a los teucros, dando grandes voces:

184 *Héctor.*—¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo peleáis! Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso valor, mientras visto las armas hermosas del eximio Aquileo, de que despojé al fuerte Patroclo después de matarle.

188 Dichas estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, salió de la funesta lid, y corriendo con ligera planta, alcanzó pronto y no muy lejos a sus amigos que llevaban hacia la ciudad las magníficas armas del hijo de Peleo. Allí, fuera del luctuoso combate, se detuvo y cambió de armadura: entregó la propia a los belicosos troyanos, para que la dejaran en la sacra Ilión, y vistió las armas divinas del Pelida Aquileo, que los dioses celestiales dieron a Peleo, y éste, ya anciano, cedió a su hijo, quien no había de usarlas tanto tiempo que llegara a la vejez llevándolas todavía.

198 Cuando Zeus, que amontona las nubes, vió que Héctor, apartándose, vestía las armas del divino Pelida, moviendo la cabeza, habló consigo mismo y dijo:

201 *Zeus.*—¡Ah, mísero! No piensas en la muerte, que ya se halla cerca de ti, y vistes las armas divinas de un hombre valentísimo a quien todos temen. Has muerto a su amigo, tan bueno como fuerte, y le has quitado ignominiosamente la armadura de la cabeza y de los hombros. Mas todavía dejaré que alcances una gran victoria como compensación de que Andrómaca no recibirá de tus manos, volviendo tú del combate, las magníficas armas del Pelión.

Biblioteca Nacional de España

209 Dijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento. La armadura de Aquileo le vino bien a Héctor; apoderóse de éste un terrible furor bélico, y sus miembros se vigorizaron y fortalecieron; y el héroe, dando recias voces, enderezó sus pasos a los aliados ilustres y se les presentó con las resplandecientes armas del magnánimo Pelión. Y acercándose a cada uno para animarlos con sus palabras—a Mestles, Glauco, Medonte, Tersíloco, Asteropeo, Disenor, Hipótoo, Forcis, Cromio y el augur Énomo,—los instigó con estas aladas palabras:

220 *Héctor.*—¡Oíd, tribus innúmeras de aliados que habitáis alrededor de Troya! No ha sido por el deseo ni por la necesidad de reunir una muchedumbre por lo que os he traído de vuestras ciudades; sino para que defendáis animosamente de los belicosos aqueos a las esposas y a los tiernos infantes de los troyanos. Con este pensamiento abrumo a mi pueblo y le exijo dones y víveres para excitar vuestro valor. Ahora cada uno haga frente y embista al enemigo, ya muera, ya se salve; que tales son los lances de la guerra. Al que arrastre el cadáver de Patroclo hasta las filas de los troyanos, domadores de caballos, y haga ceder a Ayante, le daré la mitad de los despojos, reservándome la otra mitad, y su gloria será tan grande como la mía.

233 Así dijo. Todos arremetieron con las picas levantadas y cargaron sobre los dánaos, pues tenían grandes esperanzas de arrancar el cuerpo de Patroclo de las manos de Ayante Telamoníada. ¡Insensatos! Sobre el mismo cadáver, Ayante hizo perecer a muchos de ellos. Y este héroe dijo entonces a Menelao, valiente en la pelea:

238 *Ayante Telamonio.*—¡Oh amigo, oh Menelao, alumno de Zeus! Ya no espero que salgamos con vida de esta batalla. Ni temo tanto por el cadáver de Patroclo, que pronto saciará en Troya a los perros y aves de rapiña, cuanto por tu cabeza y por la mía; pues el nublado de la guerra, Héctor, todo lo cubre, y a nosotros nos espera una muerte cruel. Ea, llama a los más valientes dánaos, por si alguno te oye.

246 Así dijo. Menelao, valiente en la pelea, no desobedeció; y alzando recio la voz, dijo a los dánaos:

248 *Menelao.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos; los que bebéis en la tienda de los Atridas Agamenón y Menelao el vino que el pueblo paga, mandáis las tropas y os viene de Zeus el honor y la gloria! Me es difícil ver a cada uno de los caudillos. ¡Tan grande es el combate que aquí se ha empeñado! Pero acercaos vosotros, indignándoos en vuestro corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos.

256 Así dijo. Oyóle en seguida el veloz Ayante de Oileo, y acudió antes que nadie, corriendo a través del campo. Siguiéronle Idomeneo y su escudero Meríones, igual al homicida Enialio. ¿Y quién podría retener en la memoria y decir los nombres de cuantos aqueos fueron llegando para reanimar la pelea?

262 Los teucros acometieron apiñados, con Héctor a su frente. Como en la desembocadura de un río que las celestiales lluvias alimentan, las ingentes olas chocan bramando contra la corriente del mismo, refluyen al mar y las altas orillas resuenan en torno; con una gritería tan grande marchaban los teu-

Biblioteca Nacional de España

cros. Mientras tanto, los aqueos permanecían firmes alrededor del cadáver del Menetíada, conservando el mismo ánimo y defendiéndose con los escudos de bronce; y el Cronión rodeó de espesa niebla sus relucientes cascos, porque nunca había aborrecido al Menetíada mientras vivió y fué servidor del Eácida, y entonces veía con desagrado que el cadáver pudiera llegar a ser juguete de los perros troyanos. Por esto el dios incitaba a los compañeros a que lo defendieran.

274 En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, y éstos, desamparando al muerto, huyeron espantados. Y si bien los altivos teucros no consiguieron matar con sus lanzas a ningún aqueo, como deseaban, empezaron a arrastrar el cadáver. Poco tiempo debían los aqueos permanecer alejados de éste, pues los hizo volver Ayante; el cual, así por su figura, como por sus obras, era el mejor de los dánaos, después del eximio Pelión. Atravesó el héroe las primeras filas, y parecido por su bravura al jabalí que en el monte dispersa fácilmente, dando vueltas por los matorrales, a los perros y a los florecientes mancebos; de la misma manera el esclarecido Ayante, hijo del ilustre Telamón, acometió y dispersó las falanges de troyanos que se agitaban en torno de Patroclo con el decidido propósito de llevarlo a la ciudad y alcanzar gloria.

288 Hipótoo, hijo preclaro del pelasgo Leto, había atado una correa a un tobillo de Patroclo, alrededor de los tendones; y arrastraba el cadáver por el pie, a través del reñido combate, para congraciarse con Héctor y los teucros. Pronto le ocurrió una desgracia, de que nadie, por más que lo deseara, pudo librarle. Pues el hijo de Telamón, acometiéndole por entre la turba, le hirió de cerca por el casco de broncíneas carrilleras: el casco, guarnecido de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran lanza manejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinolento por la herida, a lo largo del asta; el guerrero perdió las fuerzas, dejó escapar de sus manos al suelo el pie del magnánimo Patroclo, y cayó de pechos, junto al cadáver, lejos de la fértil Larisa; y así no pudo pagar a sus progenitores la crianza, ni fué larga su vida, porque sucumbió vencido por la lanza del magnánimo Ayante. A su vez, Héctor arrojó la reluciente lanza a Ayante, pero éste, al notarlo, hurtó un poco el cuerpo, y la broncínea arma alcanzó a Esquedio, hijo del magnánimo Ifito y el más valiente de los focenses, que tenía su casa en la célebre Panopeo y reinaba sobre muchos hombres: clavóse la broncínea punta debajo de la clavícula y, atravesándola, salió por la extremidad del hombro. El guerrero cayó con estrépito, y sus armas resonaron.

312 Ayante hirió en medio del vientre al aguerrido Forcis, hijo de Fénope, que defendía el cadáver de Hipótoo; y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró las entrañas: el teucro, caído en el polvo, cogió el suelo con las manos. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, retiraron los cadáveres de Forcis y de Hipótoo, y quitaron de sus hombros las respectivas armaduras.

319 Entonces los teucros hubieran vuelto a entrar en Ilión, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía; y los argivos hubiesen alcanza-

Biblioteca Nacional de España

do gloria, contra la voluntad de Zeus, por su fortaleza y su valor; pero el mismo Apolo instigó a Eneas, tomando la figura del heraldo Perifante Epítida, que había envejecido ejerciendo de pregonero en la casa del padre del héroe y sabía dar saludables consejos. Así transfigurado, habló Apolo, hijo de Zeus, diciendo:

327 *Apolo.*—¡Eneas! ¿De qué modo podríais salvar la excelsa Ilión, hasta si un dios se opusiera? Como he visto hacerlo a otros varones que confiaban en su fuerza y vigor, en su bravura y en la muchedumbre de tropas formadas por un pueblo intrépido. Mas, al presente, Zeus desea que la victoria quede por vosotros y no por los dánaos; y vosotros huís temblando, sin combatir.

333 Así dijo. Eneas, como viera delante de sí a Apolo, el que hiere de lejos, le reconoció, y a grandes voces dijo a Héctor:

335 *Eneas.*—¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus aliados! Es una vergüenza que entremos en Ilión, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por nuestra cobardía. Una deidad ha venido a decirme que Zeus, el árbitro supremo, será aún nuestro auxiliar en la batalla. Marchemos, pues, en derechura a los dánaos, para que no se lleven tranquilamente a las naves el cadáver de Patroclo.

342 Así habló; y saltando mucho más allá de los combatientes delanteros, se detuvo. Los teucros volvieron la cara y afrontaron a los aqueos. Entonces Eneas dió una lanzada a Leócrito, hijo de Arisbante y compañero valiente de Licomedes. Al verle derribado en tierra, compadecióse Licomedes, caro a Ares; y parándose muy cerca del enemigo, arrojó la reluciente lanza, hirió en el hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Hipásida, pastor de hombres, y le dejó sin vigor las rodillas: este guerrero procedía de la fértil Peonia, y era, después de Asteropeo, el que más descollaba en el combate. Vióle caer el belicoso Asteropeo, y apiadándose, corrió hacia él, dispuesto a pelear con los dánaos. Mas no le fué posible; pues cuantos rodeaban por todas partes a Patroclo, se cubrían con los escudos y calaban las lanzas. Ayante recorría las filas y daba muchas órdenes: mandaba que ninguno retrocediese, abandonando el cadáver; ni combatiendo se adelantara a los demás aqueos; sino que todos rodearan al muerto y pelearan de cerca. Así se lo encargaba el ingente Ayante. La tierra estaba regada de purpúrea sangre y caían muertos, unos en pos de otros, muchos troyanos, poderosos auxiliares, y dánaos; pues estos últimos no peleaban sin derramar sangre, aunque perecían en mucho menor número porque cuidaban siempre de defenderse recíprocamente en medio de la turba, para evitar la cruel muerte.

366 Así combatían, con el ardor del fuego. No hubieras dicho que aún subsistiesen el sol y luna; pues hallábanse cubiertos por la niebla todos los guerreros ilustres que peleaban alrededor del cadáver del Menetíada. Los restantes teucros y aqueos, de hermosas grebas, libres de la obscuridad, luchaban al cielo sereno: los vivos rayos del sol herían el campo, sin que apareciera ninguna nube sobre la tierra ni en las montañas, y ellos combatían y descansaban alternativamente, hallándose a gran distancia unos de otros y procurando librarse de los dolorosos tiros que les dirigían los contrarios. Y en tanto,

Biblioteca Nacional de España

los del centro padecían muchos males a causa de la niebla y del combate, y los más valientes estaban dañados por el cruel bronce. Dos varones insignes, Trasimedes y Antíloco, ignoraban aún que el eximio Patroclo hubiese muerto y creían que, vivo aún, luchaba con los teucros en la primera fila. Ambos, aunque estaban en la cuenta de que sus compañeros eran muertos o derrotados, peleaban separadamente de los demás; que así se lo había ordenado Néstor, cuando desde las negras naves los envió a la batalla.

384 Todo el día sostuvieron la gran contienda y el cruel combate. Cansados y sudosos tenían las rodillas, las piernas y más abajo los pies, y manchados de polvo las manos y los ojos, cuantos peleaban en torno del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Como un hombre da a los obreros, para que la estiren, una piel grande de toro cubierta de grasa; y ellos, cogiéndola, se distribuyen a su alrededor, y tirando todos sale la humedad, penetra la grasa y la piel queda perfectamente extendida por todos lados; de la misma manera tiraban aquéllos del cadáver acá y acullá, en un reducido espacio, y tenían grandes esperanzas de arrastrarlo los teucros hacia Ilión, y los aqueos a las cóncavas naves. Un tumulto feroz se producía alrededor del muerto; y ni Ares, que enardece a los guerreros, ni Atenea por airada que estuviera, habrían hallado nada que baldonar, si lo hubiesen presenciado: tan funesto combate de hombres y caballos suscitó Zeus aquel día sobre el cadáver de Patroclo. El divino Aquileo ignoraba aún la muerte del héroe, porque la pelea se había empeñado muy lejos de las veleras naves, al pie del muro de Troya. No se figuraba que hubiese muerto, sino que después de acercarse a las puertas volvería vivo; porque tampoco esperaba que llegara a tomar la ciudad, ni solo, ni con él mismo. Así se lo había oído muchas veces a su madre cuando, hablándole separadamente de los demás, le revelaba el pensamiento del gran Zeus. Pero entonces la diosa no le anunció la gran desgracia que acababa de ocurrir: la muerte del compañero a quien más amaba.

412 Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, se acometían continuamente alrededor del cadáver; y unos a otros se mataban. Y hubo quien entre los aqueos, de broncíneas corazas, habló de esta manera:

415 *Un aqueo.*—¡Oh amigos! No sería para nosotros acción gloriosa la de volver a las cóncavas naves. Antes la negra tierra se nos trague a todos; que preferible fuera, si hemos de permitir a los troyanos, domadores de caballos, que arrastren el cadáver a la ciudad y alcancen gloria.

420 Y a su vez alguno de los magnánimos teucros así decía:

421 *Un teucro.*—¡Oh amigos! Aunque la parca haya dispuesto que sucumbamos todos junto a ese hombre, nadie abandone la batalla.

423 Con tales palabras excitaban el valor de sus compañeros. Seguía el combate, y el férreo estrépito llegaba al cielo de bronce, a través del infecundo éter.

426 Los corceles de Aquileo lloraban, fuera del campo de la batalla, desde que supieron que su auriga había sido postrado en el polvo por Héctor, matador de hombres. Por más que Automedonte, hijo valiente de Diores, los aguijaba con el flexible látigo y les dirigía palabras, ya suaves, ya amenaza-

Biblioteca Nacional de España

doras; ni querían volver atrás, a las naves y al vasto Helesponto, ni encaminarse hacia los aqueos que estaban peleando. Como la columna se mantiene firme sobre el túmulo de un varón difunto o de una matrona, tan inmóviles permanecían aquéllos con el magnífico carro. Inclinaban la cabeza al suelo, de sus párpados caían a tierra ardientes lágrimas con que lloraban la pérdida del auriga, y las lozanas crines estaban manchadas y caídas a ambos lados del yugo.

441 Al verlos llorar, el Cronión se compadeció de ellos, movió la cabeza; y hablando consigo mismo, dijo:

443 *Zeus.*—¡Ah, infelices! ¿Por qué os entregamos al rey Peleo, a un mortal, estando vosotros exentos de la vejez y de la muerte? ¿Acaso para que tuvieseis penas entre los míseros mortales? Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre la tierra. Héctor Priámida no será llevado por vosotros en el labrado carro; no lo permitiré. ¿Por ventura no es bastante que se haya apoderado de las armas y se glorie de esta manera? Daré fuerza a vuestras rodillas y a vuestro espíritu, para que llevéis salvo a Automedonte desde la batalla a las cóncavas naves; y concederé gloria a los teucros, los cuales seguirán matando hasta que lleguen a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y la sagrada obscuridad sobrevenga.

456 Así diciendo, infundió gran vigor a los caballos: sacudieron éstos el polvo de las crines y arrastraron velozmente el ligero carro hacia los teucros y los aqueos. Automedonte, aunque afligido por la suerte de su compañero, quería combatir desde el carro, y con los corceles se echaba sobre los enemigos como el buitre sobre los ánsares; y con la misma facilidad huía del tumulto de los teucros, que arremetía a la gran turba de ellos para seguirles el alcance. Pero no mataba hombres cuando se lanzaba a perseguir, porque, estando solo en el sagrado asiento, no le era posible acometer con la lanza y sujetar al mismo tiempo los veloces caballos. Vióle al fin su compañero Alcimedonte, hijo de Laerces Hemónida; y poniéndose detrás del carro, dijo a Automedonte:

469 *Alcimedonte.*—¡Automedonte! ¿Qué dios te ha sugerido tan inútil propósito dentro del pecho y te ha privado de tu buen juicio? ¿Por qué, estando solo, combates con los teucros en la primera fila? Tu compañero recibió la muerte, y Héctor se vanagloria de cubrir sus hombros con las armas del Eácida.

474 Respondióle Automedonte, hijo de Diores:

475 *Automedonte.*—¡Alcimedonte! ¿Cuál otro aqueo podría sujetar o aguijar estos caballos inmortales mejor que tú, si no fuera Patroclo, consejero igual a los dioses, mientras estuvo vivo? Pero ya la muerte y la parca le alcanzaron. Recoge el látigo y las lustrosas riendas, y yo bajaré del carro para combatir.

481 Así dijo. Alcimedonte, subiendo en seguida al veloz carro, empuñó el látigo y las riendas, y Automedonte saltó a tierra. Advirtiólo el esclarecido Héctor; y al momento dijo a Eneas, que a su lado estaba:

485 *Héctor.*—¡Eneas, consejero de los teucros, de broncíneas corazas! Advierto que los corceles del Eácida, ligero de pies, aparecen nuevamente en la lid guiados por aurigas débiles. Y creo que me apoderaría de los mismos, si tú quisieras ayudarme; pues arremetiendo nosotros a los aurigas, éstos no se atreverán a resistir ni a pelear frente a frente.

Biblioteca Nacional de España

491 Así dijo; y el valeroso hijo de Anquises no dejó de obedecerle. Ambos pasaron adelante, protegiendo sus hombros con sólidos escudos de pieles secas de buey, cubiertas con gruesa capa de bronce. Siguiéronles Cromio y el deiforme Areto, que tenían grandes esperanzas de matar a los aurigas y llevarse los corceles de erguido cuello. ¡Insensatos! No sin derramar sangre habían de escapar de Automedonte. Éste, orando al padre Zeus, llenó de fuerza y vigor las negras entrañas; y en seguida dijo a Alcimedonte, su fiel compañero:

501 *Automedonte.*—¡Alcimedonte! No tengas los caballos lejos de mí; sino tan cerca, que sienta su resuello sobre mi espalda. Creo que Héctor Priámida no calmará su ardor hasta que suba al carro de Aquileo y gobierne los corceles de hermosas crines, después de darnos muerte a nosotros y desbaratar las filas de los guerreros argivos; o él mismo sucumba, peleando con los combatientes delanteros.

507 Así habiendo hablado, llamó a los dos Ayantes y a Menelao:

508 *Automedonte.*—¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Menelao! Dejad a los más fuertes el cuidado de rodear al muerto y defenderle, rechazando las haces enemigas; y venid a librarnos del día cruel a nosotros que aún vivimos, pues se dirigen a esta parte, corriendo por el luctuoso combate, Héctor y Eneas, que son los más valientes de los teucros. En la mano de los dioses está lo que haya de ocurrir. Yo arrojaré mi lanza, y Zeus se cuidará del resto.

516 Dijo; y blandiendo la ingente lanza, acertó a dar en el escudo liso de Areto, que no logró detener a aquélla: atravesólo la punta de bronce, y rasgando el cinturón se clavó en el empeine del guerrero. Como un joven hiere con afilada segur a un buey montaraz por detrás de las astas, le corta el nervio y el animal da un salto y cae; de esta manera el teucro saltó y cayó boca arriba, y la lanza aguda, vibrando aún en sus entrañas, dejóle sin vigor los miembros.—Héctor arrojó la reluciente lanza contra Automedonte; pero éste, como la viera venir, evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la fornida lanza se clavó en el suelo detrás de él, y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Y se atacaran de cerca con las espadas, si no les hubiesen obligado a separarse los dos Ayantes; los cuales, enardecidos, abriéronse paso por la turba y acudieron a las voces de su amigo. Temiéronlos Héctor, Eneas y el deiforme Cromio, y, retrocediendo, dejaron a Areto, que yacía en el suelo con el corazón traspasado. Automedonte, igual al veloz Ares, despojóle de las armas; y gloriándose, pronunció estas palabras:

538 *Automedonte.*—El pesar de mi corazón por la muerte del Menetíada se ha aliviado un poco; aunque le es inferior el varón a quien he dado muerte.

540 Así diciendo, tomó y puso en el carro los sangrientos despojos; y en seguida subió al mismo, con los pies y las manos ensangrentados como el león que ha devorado un toro.

543 De nuevo se trabó una pelea encarnizada, funesta, luctuosa, en torno de Patroclo. Excitó la lid Atenea, que vino del cielo, enviada a socorrer a los dánaos por el largovidente Zeus, cuya mente había cambiado. De la suerte que Zeus tiende en el cielo el purpúreo arco iris, como señal de una guerra o

Biblioteca Nacional de España

de un invierno tan frío que obliga a suspender las labores del campo y entristece a los rebaños; de este modo la diosa, envuelta en purpúrea nube, penetró por las tropas aqueas y animó a cada guerrero. Primero enderezó sus pasos hacia el fuerte Menelao, hijo de Atreo, que se hallaba cerca; y tomando la figura y voz infatigable de Fénix, le exhortó diciendo:

556 *Atenea.*—Sería para ti, oh Menelao, motivo de vergüenza y de oprobio que los veloces perros despedazaran cerca del muro de Troya el cadáver de quien fué compañero fiel del ilustre Aquileo. ¡Combate denodadamente y anima a todo el ejército!

560 Respondióle Menelao, valiente en la pelea:

561 *Menelao.*—¡Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librase del ímpetu de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderle, porque su muerte conmovió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y no cesa de matar con el bronce, protegido por Zeus, que le da gloria.

567 Así dijo. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, holgándose de que aquél la invocara la primera entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, e infundió en su pecho la audacia de la mosca, la cual, aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a picar porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa las negras entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y despidió la reluciente lanza. Hallábase entre los teucros Podes, hijo de Eetión, rico y valiente, a quien Héctor honraba mucho en la ciudad porque era su compañero querido en los festines; a éste, que ya emprendía la fuga, atravesólo el rubio Menelao con la broncínea lanza que se clavó en el ceñidor, y el teucro cayó con estrépito. Al punto, el Atrida Menelao arrastró el cadáver desde los teucros adonde se hallaban sus amigos.

582 Apolo incitó a Héctor, poniéndose a su lado después de tomar la figura de Fénope Asíada; éste tenía la casa en Abidos, y era para el héroe el más querido de sus huéspedes. Así transfigurado, dijo Apolo, el que hiere de lejos:

586 *Apolo.*—¡Héctor! ¿Cuál otro aqueo te temerá, cuando huyes temeroso ante Menelao, que siempre fué guerrero débil y ahora él solo ha levantado y se lleva fuera del alcance de los teucros el cadáver de tu fiel amigo a quien mató, del que peleaba con denuedo entre los combatientes delanteros, de Podes, hijo de Eetión?

591 Así dijo, y negra nube de pesar envolvió a Héctor, que en seguida atravesó las primeras filas, cubierto de reluciente bronce. Entonces el Cronida tomó la esplendorosa égida floqueada, cubrió de nubes el Ida, relampagueó y tronó fuertemente, agitó la égida, y dió la victoria a los teucros, poniendo en fuga a los aqueos.

597 El primero que huyó fué Penéleo, el beocio, por haber recibido, vuelto siempre de cara a los teucros, una herida leve en el hombro; y Polidamante, acercándose a él, le arrojó la lanza, que desgarró la piel y llegó hasta el hueso.—Héctor, a su vez, hirió en la muñeca y dejó fuera de combate a Leito, hijo del magnánimo Alectrión; el cual huyó espantado y mirando en torno

Biblioteca Nacional de España

suyo, porque ya no esperaba que con la lanza en la mano pudiese combatir con los teucros.—Contra Héctor, que perseguía a Leito, arrojó Idomeneo su lanza y le dió un bote en el peto de la coraza, junto a la tetilla; pero rompióse aquélla en la unión del asta con el hierro; y los teucros gritaron. Héctor despidió su lanza contra Idomeneo Deucálida, que iba en un carro; y por poco no acertó a herirle; pero el bronce se clavó en Cérano, escudero y auriga de Meríones, a quien acompañaba desde que partieron de la bien construida Licto. Idomeneo salió aquel día de las corvas naves al campo, como intante; y hubiera procurado a los teucros un gran triunfo, si no hubiese llegado Cérano guiando los veloces corceles: éste fué su salvador, porque le libró del día cruel al perder la vida a manos de Héctor, matador de hombres. A Cérano, pues, hirióle Héctor debajo de la quijada y de la oreja: la punta de la lanza hizo saltar los dientes y atravesó la lengua. El guerrero cayó del carro, y dejó que las riendas vinieran al suelo. Meríones, inclinándose, recogiólas, y dijo a Idomeneo:

622 *Meríones.*—Aguija con el látigo los caballos hasta que llegues a las veleras naves; pues ya tú mismo conoces que no serán los aqueos quienes alcancen la victoria.

624 Así habló; e Idomeneo fustigó los corceles de hermosas crines, guiándolos hacia las cóncavas naves, porque el temor había entrado en su corazón.

626 No les pasó inadvertido al magnánimo Ayante y a Menelao que Zeus otorgaba a los teucros la inconstante victoria. Y el gran Ayante Telamonio fué el primero en decir:

629 *Ayante Telamonio.*—¡Oh dioses! Ya hasta el más simple conocería que el padre Zeus favorece a los teucros. Los tiros de todos ellos, sea cobarde o valiente el que dispara, no yerran el blanco, porque Zeus los encamina; mientras que los nuestros caen al suelo sin dañar a nadie. Ea, pensemos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y volvernos, para regocijar a nuestros amigos; los cuales deben de afligirse mirando hacia acá, y sin duda piensan que ya no podemos resistir la fuerza y las invictas manos de Héctor, matador de hombres, y pronto tendremos que caer en las negras naves. Ojalá algún amigo avisara rápidamente al Pelida, pues no creo que sepa la infausta nueva de que ha muerto su compañero amado. Pero no puedo distinguir entre los aqueos a nadie capaz de hacerlo, cubiertos como están por densa niebla hombres y caballos. ¡Padre Zeus! Libra de la espesa niebla a los aqueos, serena el cielo, concede que nuestros ojos vean, y destrúyenos en la luz, ya que así te place!

648 Así dijo; y el padre, compadecido de verle derramar lágrimas, disipó en el acto la obscuridad y apartó la niebla. Brilló el sol y toda la batalla quedó alumbrada. Y entonces dijo Ayante a Menelao, valiente en la pelea:

651 *Ayante Telamonio.*—Mira ahora, Menelao, alumno de Zeus, si ves a Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, vivo aún; y envíale para que vaya corriendo a decir al belicoso Aquileo que ha muerto su compañero más amado.

655 Así dijo; y Menelao, valiente en la pelea, obedeció y se fué, como se aleja del establo un león después de irritar a los canes y a los hombres que, vigilando toda la noche, no le han dejado comer los pingües bueyes—el ani-

Biblioteca Nacional de España

mal, ávido de carne, acomete, pero nada consigue porque audaces manos le arrojan muchos venablos y teas encendidas que le hacen temer, aunque está enfurecido;—y al despuntar la aurora se va con el corazón afligido: de tan mala gana, Menelao, valiente en la pelea, se apartaba de Patroclo, porque sentía gran temor de que los aqueos, vencidos por el fuerte miedo, lo dejaran y fuera presa de los enemigos. Y se lo recomendó mucho a Meríones y a los Ayantes, diciéndoles:

669 *Menelao.*—¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Meríones! Acordaos ahora de la mansedumbre del mísero Patroclo, el cual supo ser amable con todos mientras gozó de vida. Pero ya la muerte y la parca le alcanzaron.

673 Dicho esto, el rubio Menelao partió mirando a todas partes como el águila (el ave, según dicen, de vista más perspicaz entre cuantas vuelan por el cielo), a la cual, aun estando en las alturas, no le pasa inadvertida una liebre de pies ligeros echada debajo de un arbusto frondoso, y se abalanza a ella y en un instante la coge y le quita la vida; del mismo modo, oh Menelao, alumno de Zeus, tus brillantes ojos dirigíanse a todos lados, por la turba numerosa de los compañeros, para ver si podrías hallar vivo al hijo de Néstor. Pronto le distinguió a la izquierda del combate, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear. Y deteniéndose a su lado, hablóle así el rubio Menelao:

685 *Menelao.*—¡Ea, ven acá, Antíloco, alumno de Zeus, y sabrás una infausta nueva que ojalá no debiera darte! Creo que tú mismo conocerás, con sólo tender la vista, que un dios nos manda la derrota a los dánaos y que la victoria es de los teucros. Ha muerto el más valiente aqueo, Patroclo, y los dánaos le echan muy de menos. Corre hacia las naves aqueas y anúncialo a Aquileo; por si, dándose prisa en venir, puede llevar a su bajel el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

694 Así dijo. Estremecióse Antíloco al oírle, estuvo un buen rato sin poder hablar, llenáronse de lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas no por esto descuidó de cumplir la orden de Menelao: entregó las armas a Laódoco, el eximio compañero que a su lado regía los solípedos caballos, y echó a correr.

700 Llevado por sus pies fuera del combate, fuése llorando a dar al Pelida Aquileo la triste noticia. Y a ti, oh Menelao, alumno de Zeus, no te aconsejó el ánimo que te quedaras allí para socorrer a los fatigados compañeros de Antíloco; aunque los pilios echaban muy de menos a su jefe. Envióles, pues, el divino Trasimedes; y volviendo a la carrera hacia el cadáver del héroe Patroclo, se detuvo junto a los Ayantes, y en seguida les dijo:

708 *Menelao.*—Ya he enviado a aquél a las veleras naves, para que se presente a Aquileo, el de los pies ligeros; pero no creo que Aquileo venga en seguida, por más airado que esté con el divino Héctor, porque sin armas no podrá combatir con los troyanos. Pensemos nosotros mismos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y librarnos, en la lucha con los teucros, de la muerte y la parca.

715 Respondióle el gran Ayante Telamonio:

716 *Ayante Telamonio.*—Oportuno es cuanto dijiste, ínclito Menelao. Tú y

Biblioteca Nacional de España

Meríones introducíos prontamente, levantad el cadáver y sacadlo de la lid. Y nosotros dos, que tenemos igual ánimo, llevamos el mismo nombre y siempre hemos sostenido juntos el vivo combate, os seguiremos, peleando a vuestra espalda con los teucros y el divino Héctor.

722 Así dijo. Aquéllos cogieron al muerto y alzáronlo muy alto; y gritó el ejército teucro al ver que los aqueos levantaban el cadáver. Arremetieron los teucros como los perros que, adelantándose a los jóvenes cazadores, persiguen al jabalí herido: así como éstos corren detrás del jabalí y anhelan despedazarle, pero cuando el animal, fiado en su fuerza, se vuelve, retroceden y espantados se dispersan; del mismo modo los teucros seguían en tropel y herían a los aqueos con las espadas y lanzas de doble filo; pero cuando los Ayantes volvieron la cara y se detuvieron, a todos se les mudó el color del semblante y ninguno osó adelantarse para disputarles el cadáver.

735 De tal manera ambos caudillos llevaban presurosos el cadáver desde la batalla hacia las cóncavas naves. Tras ellos suscitóse feroz combate: como el fuego que prende en una ciudad, se levanta de pronto y resplandece, y las casas se arruinan entre grandes llamas que el viento, enfurecido, mueve; de igual suerte, un horrísono tumulto de caballos y guerreros acompañaba a los que se iban retirando. Así como mulos vigorosos sacan del monte y arrastran por áspero camino una viga o un gran tronco destinado a mástil de navío, y apresuran el paso, pero su ánimo está abatido por el cansancio y el sudor: de la misma manera ambos caudillos transportaban animosamente el cadáver. Detrás de ellos, los Ayantes contenían a los teucros como el valladar selvoso extendido por gran parte de la llanura refrena las corrientes perjudiciales de los ríos de curso arrebatado, les hace torcer el camino y les señala el cauce por donde todos han de correr, y jamás los ríos pueden romperlo con la fuerza de sus aguas; de semejante modo, los Ayantes apartaban a los teucros que les seguían peleando, especialmente Eneas Anquisíada y el preclaro Héctor. Como vuela una bandada de estorninos o grajos, dando horribles chillidos, cuando ven al gavilán que trae la muerte a los pajarillos; así entonces los aqueos, perseguidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de combatir. Muchas armas hermosas de los dánaos fugitivos cayeron en el foso o en sus orillas, y la batalla continuaba sin intermisión alguna.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVIII

FABRICACIÓN DE LAS ARMAS

MIENTRAS los teucros y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fué en busca de Aquileo. Hallóle junto a las naves, de altas popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

6 *Aquileo.*—¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados, y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los teucros, antes de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menetio. ¡Infeliz! Yo le mandé que tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor.

15 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor; y derramando ardientes lágrimas, dióle la triste noticia:

18 *Antíloco.*—¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido. Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura.

22 Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquileo. El héroe cogió ceniza con ambas manos, derramóla sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y la negra ceniza manchó la divina túnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos. Las esclavas que Aquileo y Patroclo habían cautivado salieron afligidas; y dando agudos gritos, fueron desde la puerta a rodear a Aquileo; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquileo, cuyo gran corazón deshacíase en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dió Aquileo un horrendo gemido; oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos; y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Talía, Cimódoce, Nesea, Espio, Toe, Halia, la de ojos de novilla, Cimótoe, Actea, Limnorea, Melita, Yera, Anfítoe, Agave, Doto, Pro-

Biblioteca Nacional de España

to, Ferusa, Dinámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Doris, Pánope, la célebre Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Climene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía, Amatía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en lo hondo del mar. La blanquecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando principio a los lamentos, exclamó:

52 *Tetis.*—Oíd, hermanas nereidas, para que sepáis cuántas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí un hijo ilustre, fuerte e insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves para que combatiera con los teucros; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Iré a ver al hijo querido y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en las batallas.

65 Así diciendo, salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del mar se rompían en torno de ellas. Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la playa donde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas junto a la del veloz Aquileo. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y rompiendo el aire con agudos clamores, abrazóle la cabeza, y en tono lastimero pronunció estas aladas palabras:

73 *Tetis.*—¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me lo ocultes. Zeus ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que todos los aqueos, privados de ti, fueran acorralados junto a las naves y padecieran vergonzosos desastres.

78 Exhalando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

79 *Aquileo.*—¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de matarlo, le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que te colocaron en el tálamo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la patria; pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menetíada.

94 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

95 *Tetis.*—Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca.

97 Contestó muy afligido Aquileo, el de los pies ligeros:

98 *Aquileo.*—Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria tierra,

Biblioteca Nacional de España

ni he salvado a Patroclo ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra; siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de broncíneas corazas, pues en el ágora otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el rey de hombres Agamenón. Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor; y yo recibiré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el fornido Heracles pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Zeus Cronida, sino que la parca y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual muerte, yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que algunas de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y con ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que durante largo tiempo me he abstenido de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohibas que pelee, pues no lograrás persuadirme.

127 Respondióle Tetis, la de argénteos pies:

128 *Tetis.*—Sí, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de una muerte terrible; pero tu magnífica armadura de luciente bronce la tienen los teucros, y Héctor, el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo eso, me figuro que no durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no penetres en la contienda de Ares hasta que con tus ojos me veas volver; y mañana, al romper el alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefesto.

138 Cuando así hubo hablado, dejó a su hijo; y volviéndose a sus hermanas de la mar, les dijo:

140 *Tetis.*—Bajad vosotras al anchuroso seno del mar para ver al anciano marino y el palacio del padre, a quien se lo contaréis todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefesto, el ilustre artífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.

145 Así habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la diosa de argénteos pies, enderezó sus pasos al Olimpo para procurar a su hijo las magníficas armas.

148 Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, huyendo con gritería inmensa a vista de Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves y al Helesponto; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero de Aquileo, porque de nuevo los alcanzaron los teucros con sus carros y Héctor, hijo de Príamo, que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a Patroclo por los pies e intentó arrastrarlo, exhortando con horrendos gritos a los teucros; tres veces los dos Ayantes, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, confiando en su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea, otras se detenía y daba grandes voces; pero nunca se retiraba del todo. Como los pastores pasan la noche en el campo y no consiguen apartar de la presa a un fogoso león muy ham-

Biblioteca Nacional de España

briento; de semejante modo, los belicosos Ayantes no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste lo arrastrara, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Pelión, para aconsejarle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento; a la cual enviaba Hera, sin que lo supieran Zeus ni los demás dioses. Colocóse la diosa cerca de Aquileo y pronunció estas aladas palabras:

170 *Iris.*—¡Levántate, Pelida, el más portentoso de los hombres! Ve a defender a Patroclo, por cuyo cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse allí, los aqueos defendiendo el cadáver, y los teucros acometiendo con el fin de arrastrarlo a la ventosa Ilión. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su ánimo le incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. Levántate, no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún ultraje.

181 Respondióle el divino Aquileo, el de los pies ligeros:

182 *Aquileo.*—¡Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?

183 Díjole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

184 *Iris.*—Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronida ni los demás dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.

187 Replicóle Aquileo, el de los pies ligeros:

188 *Aquileo.*—¿Cómo puedo ir a la batalla? Los teucros tienen mis armas, y mi madre no me permite entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguró que me traería una hermosa armadura fabricada por Hefesto. Entre tanto, no sé de cuál guerrero podría vestir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayante Telamoníada; pero creo que éste se halla entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de Patroclo.

196 Contestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

197 *Iris.*—Bien sabemos nosotros que aquéllos tienen tu magnífica armadura; pero muéstrate a los teucros en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos aqueos, que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo.

202 En diciendo esto, fuése Iris, ligera de pies. Aquileo, caro a Zeus, se levantó, y Atenea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada, y además la divina entre las diosas circundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama. Como se ve desde lejos el humo que saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por los enemigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en horrenda batalla, fuera de la ciudad, al ponerse el sol encienden muchos fuegos, cuyo resplandor sube a lo alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del apuro; de igual modo el resplandor de la cabeza de Aquileo llegaba al éter. Y acercándose a la orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque respetaba el prudente mandato de su madre. Allí dió recias voces y a alguna distancia Palas Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los teucros. Como se oye la voz sonora de la trompeta cuando

Biblioteca Nacional de España

vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida quitan; tan sonora fué entonces la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del héroe, a todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse hacia atrás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se quedaron atónitos al ver el terrible e incesante fuego que en la cabeza del magnánimo Pelión hacía arder Atenea, la diosa de ojos de lechuza. Tres veces el divino Aquileo gritó a orillas del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares; y doce de los más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias lanzas. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y colocáronlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquileo, el de los pies ligeros, derramando ardientes lágrimas, desde que vió al fiel compañero desgarrado por el agudo bronce y tendido en el féretro. Habíale mandado a la batalla con su carro y sus corceles, y ya no podía recibirle, porque de ella no tornaba vivo.

239 Hera veneranda, la de ojos de novilla, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de su grado, en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron la enconada pelea y el general combate.

243 Los teucros, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los carros los veloces corceles y se reunieron en el ágora antes de preparar la cena. Celebraron el ágora de pie y nadie osó sentarse; pues a todos les hacía temblar el que Aquileo se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto combate. Fué el primero en arengarles el prudente Polidamante Pantoida, el único que conocía lo futuro y lo pasado: era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche; pero Polidamante superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba más que él en el manejo de la lanza. Y arengándoles benévolo, así les dijo:

254 *Polidamante.*—Pensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar a la divinal aurora en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente nos hallamos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamenón, fué más fácil combatir contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las veleras naves, esperando que acabaríamos tomando los corvos bajeles. Ahora temo mucho al Pelida, de pies ligeros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la llanura, donde teucros y aqueos sostienen el furor de Ares, sino que luchará para apoderarse de la ciudad y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que ocurra lo que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Pelida, de pies ligeros; pero si mañana nos acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es, y llegará gozoso a la sagrada Ilión el que logre escapar, pues a muchos de los troyanos se los comerán los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aunque estéis afligidos, seguís mi consejo, tendremos el ejército reunido en el ágora durante la noche, pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas grandes, labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos armados a las torres; y si aquél viniere de las

Biblioteca Nacional de España

naves a combatir con nosotros al pie del muro, peor para él; pues habrá de volverse después de cansar a los caballos, de erguido cuello, con carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad. Pero no tendrá ánimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se lo comerán los veloces perros.

284 Mirándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco:

285 *Héctor.*—¡Polidamante! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ella. ¿Aún no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados de palabra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce, pero ya las hermosas joyas desaparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la encantadora Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora que el hijo del artero Cronos me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y acorralar contra el mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano te obedecerá, porque no lo permitiré. Ea, procedamos todos como voy a decir. Cenad en el campamento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano que sienta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común se consuman; pues es mejor que los disfrute éste que no los aqueos. Mañana, al apuntar la aurora, vestiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto a las cóncavas naves. Y si verdaderamente el divino Aquileo pretende salir del campamento, le pesará tanto más, cuanto más se arriesgue. Porque intento no huir de él, sino afrontarle en la batalla horrísona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Enialio es a todos común y suele causar la muerte del que matar deseaba.

310 Así se expresó Héctor, y los teucros le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas Atenea les quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno siquiera a Polidamante, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el campamento; y los aqueos pasaron la noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El Pelida, poniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dió comienzo a las sentidas lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a quien un cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su madriguera se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel hombre; de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquileo entre los mirmidones:

324 *Aquileo.*—¡Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié un día en el palacio para tranquilizar al héroe Menetio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte tan pronto como, tomada Ilión, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los hombres todos sus deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una misma tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano caballero Peleo, ni Tetis, mi madre; sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ahora, ya que tengo de penetrar en la tierra, oh Patroclo, después que tú, no te haré las honras fúnebres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo mata-

Biblioteca Nacional de España

dor. Degollaré ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos. Y en tanto permanezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las troyanas y dardanias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente lanza, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres de voz articulada.

343 Cuando esto hubo dicho, el divino Aquileo mandó a sus compañeros que pusieran al fuego un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de sangre. Y ellos colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida por un trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron: el fuego rodeó la caldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, lavaron el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un ungüento que tenía nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron de pies a cabeza en fina tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los mirmidones pasaron la noche alrededor de Aquileo, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus habló de este modo a Hera, su hermana y esposa:

357 *Zeus.*—Lograste al fin, Hera veneranda, la de ojos de novilla, que Aquileo, ligero de pies, volviera a la batalla. Sin duda nacieron de ti los melenudos aqueos.

360 Respondió Hera veneranda, la de ojos de novilla:

361 *Hera.*—¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su condición de mortal y no saber tanto, puede realizar su propósito contra otro hombre, ¿cómo yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos, no había de causar males a los teucros estando irritada contra ellos?

368 Así éstos conversaban. Tetis, la de argénteos pies, llegó al palacio imperecedero de Hefesto, que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y habíalo edificado el cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en torno de los fuelles, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio impulso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa admirable! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios preparaba los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, llegó Tetis, la diosa de argénteos pies. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era esposa del ilustre cojo, vióla venir, salió a recibirla, y, asiéndola por la mano, le dijo:

385 *Caris.*—¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Pero, sígueme, y te ofreceré los dones de la hospitalidad.

388 Dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en un hermoso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para los pies. Y llamando a Hefesto, ilustre artífice, le dijo:

Biblioteca Nacional de España

392 *Caris.*—¡Hefesto! Ven acá, pues Tetis te necesita para algo.
393 Respondió el ilustre cojo de ambos pies:
394 *Hefesto.*—Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fué mi salvadora cuando me tocó padecer, pues vime arrojado del cielo y caí a lo lejos por la voluntad de mi insolente madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón hubiera tenido que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en su seno Eurínome y Tetis; Eurínome, hija del refluente Océano. Nueve años viví con ellas fabricando muchas piezas de bronce—broches, redondos brazaletes, sortijas y collares—en una cueva profunda, rodeada por la inmensa, murmurante y espumosa corriente del Océano. De todos los dioses y los mortales hombres, sólo lo sabían Tetis y Eurínome, las mismas que antes me salvaron. Hoy que Tetis, la de hermosas trenzas, viene a mi casa, tengo que pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírvele hermosos presentes de hospitalidad, mientras recojo los fuelles y demás herramientas.
410 Dijo; y levantóse de cabe al yunque el gigantesco e infatigable numen que al andar cojeaba arrastrando sus gráciles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón de plata las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, de las manos, del vigoroso cuello y del velludo pecho; vistió la túnica; tomó el fornido cetro, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes jóvenes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras propias de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, andando, se sentó en un trono reluciente cerca de Tetis, asió la mano de la deidad, y le dijo:
424 *Hefesto.*—¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? Antes no solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a ejecutarlo, si puedo ejecutarlo y es hacedero.
428 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:
429 *Tetis.*—¡Hefesto! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tantos y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronida Zeus? De las ninfas del mar, únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra toda mi voluntad, el tálamo de un hombre que yace ya en el palacio, rendido a la triste vejez. Ahora me envía otros males: concedióme que pariera y alimentara un hijo insigne entre los héroes, que creció semejante a un árbol, lo crié como a una planta en terreno fértil y lo mandé a Ilión en las corvas naves, para que combatiera con los teucros; y ya no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Los aqueos le habían asignado, como recompensa, una joven, y el rey Agamenón se la quitó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón; pero los teucros acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaban salir del campamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquileo y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus

Biblioteca Nacional de España

armas Patroclo y envióle a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las puertas Esceas; y los aqueos hubieran destruido la ciudad, a no haber sido por Apolo, el cual mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menetio, que tanto estrago causaba, y dió gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y coraza; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los teucros, y Aquileo yace en tierra con el corazón afligido.

462 Contestóle el ilustre cojo de ambos pies:

463 *Hefesto.*—Cobra ánimo y no te apures por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte horrísona cuando el terrible destino se le presente, como tendrá una hermosa armadura que admirarán cuantos la vean.

468 Así habló; y dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama y les mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivaba el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de prisa, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al fuego duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con una mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

478 Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple cenefa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

483 Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las estrellas que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada por sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la única que deja de bañarse en el Océano.

490 Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas.—Los hombres estaban reunidos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la multa que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que ya la tenía satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el pleito presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos que aplaudían sucesivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los ancianos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los cetros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que mejor demostrara la justicia de su causa.

509 La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban

Biblioteca Nacional de España

arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. Pero los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Mujeres, niños y ancianos, subidos en la muralla, la defendían. Los sitiados marchaban, llevando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, hermosos, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de estatura menor. Luego, en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río y cerca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y de los bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que se recreaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados los veían venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes y de los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, que se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y montando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con broncíneas lanzas. Allí se agitaban la Discordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y recientemente herido y a otro ileso, y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la batalla a un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teñido de sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los muertos.

541 Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba por tercera vez: acá y acullá muchos labradores guiaban las yuntas, y al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos volvían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval profundo. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de oro; lo cual constituía una singular maravilla.

550 Grabó asimismo un campo real donde los jóvenes segaban las mieses con hoces afiladas: muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas los atadores. Tres eran éstos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban a brazados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el corazón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para el banquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida de los trabajadores, haciendo abundantes puches de blanca harina.

561 También entalló una hermosa viña de oro cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco acero y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los acarreadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, llevaban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la harmoniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso lino, y todos le acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

Biblioteca Nacional de España

573 Puso luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y estaño, y salían del establo, mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río, junto a un flexible cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ligeros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y conducían a un toro que daba fuertes mugidos. Perseguíanlos mancebos y perros. Pero los leones lograban desgarrar la piel del corpulento toro y tragaban los intestinos y la negra sangre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los ágiles canes: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y rehuían el encuentro de las fieras.

587 Hizo también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde pacían las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

590 El ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó en la vasta Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de rico dote, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino y bonitas guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceite, y sables de oro suspendidos de argénteos tahalíes. Unas veces, moviendo los diestros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero, sentándose, aplica su mano al torno y lo prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se colocaban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se holgaba en contemplarlo. Entre ellos un divino aedo cantaba, acompañándose con la cítara; y así que se oía el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

606 En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano.

609 Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquileo una coraza más reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea cimera, que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

614 Cuando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado todas las armas, entrególas a la madre de Aquileo. Y Tetis saltó, como un gavilán desde el nevado Olimpo, llevando la reluciente armadura que Hefesto había construido.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIX

RENUNCIAMIENTO DE LA CÓLERA

LA Aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del Océano para llevar la luz a los dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que Hefesto le había entregado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, llorando ruidosamente y en torno suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La divina entre las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquileo, y hablóle de este modo:

8 *Tetis.*—¡Hijo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por la voluntad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefesto, tan excelente y bella como jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros.

12 La diosa, apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquileo las labradas armas, y éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y sin atreverse a mirarlas de frente, huyeron espantados. Mas Aquileo, así que las vió, sintió que se le recrudecía la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los párpados; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad. Y cuando hubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió a su madre estas aladas palabras:

21 *Aquileo.*—¡Madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de los inmortales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo que mientras tanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado hijo de Menetio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo—pues le falta la vida—y corrompan todo el cadáver.

28 Respondióle Tetis, la diosa de argénteos pies:

29 *Tetis.*—Hijo, no te turbe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los importunos enjambres de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y aunque estuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual que ahora o mejor todavía. Tú convoca al ágora a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamenón, pastor de pueblos, ármate en seguida para el combate y revístete de valor.

37 Dicho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo néctar en la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

Biblioteca Nacional de España

40 El divino Aquileo se encaminó a la orilla del mar, y dando horribles voces, convocó a los héroes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves, y hasta los pilotos que las gobernaban y como despenseros distribuían los víveres, fueron entonces al ágora; porque Aquileo se presentaba, después de haber permanecido alejado del triste combate durante mucho tiempo. El intrépido Tidida y el divino Odiseo, servidores de Ares, acudieron cojeando, apoyándose en el arrimo de la lanza—aún no tenían curadas las graves heridas,—y se sentaron delante de todos. Agamenón, rey de hombres, llegó el último y también estaba herido, pues Coón Antenórida habíale clavado su broncínea pica durante la encarnizada lucha. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado, levantándose entre ellos dijo Aquileo, el de los pies ligeros:

56 *Aquileo.*—¡Atrida! Mejor hubiera sido para entrambos, para ti y para mí, continuar unidos que sostener, con el corazón angustiado, roedora disputa por una joven. Así la hubiese muerto Ártemis en las naves con una de sus flechas, el mismo día que la cautivé al tomar a Lirneso; y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aqueos como sucumbieron a manos del enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fué el beneficio, y me figuro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra disputa. Mas dejemos lo pasado, aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. Desde ahora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas, ea, incita a los melenudos aqueos a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, si querrán pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso el que logre escapar del feroz combate, puesto en fuga por mi lanza.

74 Así habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgáronse de que el magnánimo Pelión renunciara a la cólera. Y el rey de hombres Agamenón les dijo desde su asiento, sin levantarse en medio del concurso:

78 *Agamenón.*—¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Bueno será que escuchéis sin interrumpirme, pues lo contrario molesta hasta al que está ejercitado en hablar. ¿Cómo se podría oír o decir algo en medio del tumulto producido por muchos hombres? Turbaríase el orador aunque fuese elocuente. Yo me dirigiré al Pelida; pero vosotros, los demás argivos, prestadme atención y cada uno penetre bien mis palabras. Muchas veces los aqueos me han dirigido las mismas palabras, increpándome por lo ocurrido, y yo no soy el culpable, sino Zeus, la Parca y Erinis, que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron padecer a mi alma, durante el ágora, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquileo la recompensa. Mas, ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija veneranda de Zeus es la perniciosa Ate, a todos tan funesta: sus pies son delicados y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a quienes causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro tiempo fué aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderoso de los hombres y de los dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmena había de parir al fornido Heracles en Tebas, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo así ante todas las deidades: «Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que en el

Biblioteca Nacional de España

pecho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un varón que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará sobre todos sus vecinos.» Y hablándole con astucia, le replicó la venerable Hera: «Mentirás, y no llevarás al cabo lo que dices. Y si no, ea, Olímpico, jura solemnemente que reinará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de tu sangre, caiga hoy entre los pies de una mujer.» Así dijo; Zeus, no sospechando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Pues Hera dejó en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la esposa ilustre de Esténelo Perseíada; y como ésta se hallara encinta de siete meses cumplidos, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de Alcmena, deteniendo a las Ilitias. Y en seguida participóselo a Zeus Cronida, diciendo: «¡Padre Zeus, fulminador! Una noticia tengo que darte. Ya nació el noble varón que reinará sobre los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Perseíada, descendiente tuyo. No es indigno de reinar sobre aquéllos.» Así dijo, y un agudo dolor penetró el alma del dios, que, irritado en su corazón, cogió a Ate por los nítidos cabellos y prestó solemne juramento de que Ate, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo estrellado. Y volteándola con la mano, la arrojó del cielo. En seguida llegó Ate a los campos cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que contemplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le iba imponiendo. Por esto, cuando el gran Héctor, el de tremolante casco, mataba a los argivos junto a las popas de las naves, yo no podía olvidarme de Ate, cuyo funesto influjo había experimentado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y hacerte muchos regalos, y tú ve al combate y anima a los demás guerreros. Voy a darte cuanto ayer te ofreció en tu tienda el divino Odiseo. Y si quieres, aguarda, aunque estés impaciente por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas si son capaces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.

Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

Aquileo.—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Luego podrás regalarme estas cosas, como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es que no perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción—la gran empresa está aún por acabar,—para que vean nuevamente a Aquileo entre los combatientes delanteros, aniquilando con su broncínea lanza las falanges teucras. Y vosotros pensad también en combatir con los enemigos.

Contestó el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—Aunque seas valiente, deiforme Aquileo, no exhortes a los aqueos a que peleen en ayunas con los teucros, cerca de Ilión; que no durará poco tiempo la batalla cuando las falanges vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, por el contrario, a los aqueos que en las veleras naves se harten de manjares y vino, pues esto da fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la puesta del sol, con el enemigo; aunque su corazón lo desee, los miembros se

Biblioteca Nacional de España

le entorpecen sin que él lo advierta, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al andar. Pero el que pelea todo el día con los enemigos, saciado de vino y de manjares, tiene en el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan hasta que todos se han retirado de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de hombres Agamenón traiga los regalos en medio del ágora para que los vean todos los aqueos con sus propios ojos y te regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los argivos, que nunca subió al lecho de Briseida ni se juntó con ella, como es costumbre, oh rey, entre hombres y mujeres; y tú, Aquileo, procura tener en el pecho un ánimo benigno. Que luego se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para que nada falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos; pues no se puede reprender que se apacigüe a un rey, a quien primero se injurió.

184 Dijo entonces el rey de hombres Agamenón:

185 *Agamenón.*—Con agrado escuché tus palabras, Laertíada, pues en todo lo que narraste y expusiste has sido oportuno. Quiero hacer el juramento: mi ánimo me lo aconseja, y no será para un perjurio mi invocación a la divinidad. Aquileo aguarde, aunque esté impaciente por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mi tienda los presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo te lo encargo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y encaminándoos a mi nave, traed cuanto ayer ofrecimos a Aquileo, sin dejar las mujeres. Y Taltibio, atravesando el anchuroso campamento aqueo, vaya a buscar y prepare un jabalí para inmolarlo a Zeus y al Sol.

198 Replicó Aquileo, el de los pies ligeros:

199 *Aquileo.*—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Todo esto debierais hacerlo cuando se suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. ¡Yacen insepultos los que mató Héctor Priámida cuando Zeus le dió gloria, y vosotros nos aconsejáis que comamos! Yo mandaría a los aqueos que combatieran en ayunas, sin tomar nada; y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran banquete. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas, a causa de la muerte de mi compañero; el cual yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, con los pies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, aquellas cosas en nada interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los guerreros.

215 Respondióle el ingenioso Odiseo:

216 *Odiseo.*—¡Oh Aquileo, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aqueos! Eres más fuerte que yo y me superas no poco en el manejo de la lanza; pero te aventajo mucho en el pensar, porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, tu corazón a lo que voy a decir. Pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas espigas al suelo, la mies es escasa porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al otro lado la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre, pues siendo tantos los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podría-

Biblioteca Nacional de España

mos respirar sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al que muere y llorarle un día, y luego cuantos hayan escapado del combate funesto piensen en comer y beber para vestir otra vez el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los enemigos. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra exhortación, que para su daño la esperará quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y excitemos al cruel Ares contra los teucros, domadores de caballos.

238 Dijo; mandó que le siguiesen los hijos del glorioso Néstor, Meges Filida, Toante, Meríones, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de Agamenón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la tienda los siete trípodes que el Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce caballos; e hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseida, la de hermosas mejillas, que fué la octava. Al volver, Odiseo iba delante con los diez talentos de oro que él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Pusiéronlo todo en medio del ágora; alzóse Agamenón, y al lado del pastor de hombres se puso Taltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El Atrida sacó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por primicias algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los argivos, sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Éste, alzando los ojos al anchuroso cielo, hizo esta plegaria:

258 *Agamenón.*—Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego la Tierra, el Sol y las Erinies que debajo de la tierra castigan a los muertos que fueron perjuros, de que jamás he puesto la mano sobre la joven Briseida para yacer con ella ni para otra cosa alguna; sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjurare, envíenme los dioses los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca.

266 Dijo; y con el cruel bronce degolló el jabalí que Taltibio arrojó, haciéndole dar vueltas, al gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquileo, levantándose entre los belicosos argivos, habló en estos términos:

270 *Aquileo.*—¡Zeus padre! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el Atrida me hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebatarme la joven contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. Ahora id a comer para que luego trabemos el combate.

276 Así se expresó; y al momento disolvió el ágora. Cada uno volvió a su respectiva nave. Los magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y llevándolos hacia el bajel del divino Aquileo, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y servidores ilustres guiaron a los caballos al sitio en que los demás estaban.

282 Briseida, que a la áurea Afrodita se asemejaba, cuando vió a Patroclo atravesado por el agudo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras con las manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el lindo rostro. Y llorando aquella mujer semejante a una diosa, así decía:

Biblioteca Nacional de España

287 *Briseida.*—¡Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al partir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me persigue una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi venerable madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los tres hermanos queridos que una misma madre me diera, murieron también. Pero tú, cuando el ligero Aquileo mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me dejabas llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquileo, que éste me llevaría en su nave a Ptía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el banquete nupcial. Y ahora que has muerto, no me cansaré de llorar por ti, que siempre has sido afable.

301 Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en realidad por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquileo y le suplicaron que comiera; pero él se negó, dando suspiros:

305 *Aquileo.*—Yo os ruego, si alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me invitéis a saciar el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mí. Aguardaré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.

309 Así diciendo, despidió a los demás reyes, y sólo se quedaron los dos Atridas, el divino Odiseo, Néstor, Idomeneo y el anciano jinete Fénix para distraer a Aquileo, que estaba profundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no entrara en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes suspiros, y así decía:

315 *Aquileo.*—En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta tienda, diligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por trabar el luctuoso combate con los teucros, domadores de caballos. Y ahora yaces, atravesado por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, por la soledad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir; ni que supiera que ha muerto mi padre, el cual quizás llora allá en Ptía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras peleo con los teucros en país extranjero a causa de la odiosa Helena; ni que falleciera mi hijo amado que se cría en Esciros, si el deiforme Neoptólemo vive todavía. Antes el corazón abrigaba en mi pecho la esperanza de que sólo yo perecería aquí en Troya, lejos de Argos, criador de caballos, y de que tú, volviendo a Ptía, irías en una veloz nave negra a Esciros, recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los esclavos y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe; y si le queda un poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerá siempre recibir la triste noticia de mi muerte.

338 Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de aquellos a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronión, al verlos sollozar, se compadeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

342 *Zeus.*—¡Hija mía! Desamparas de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya no se cuida de Aquileo? Hállase junto a las naves de altas

Biblioteca Nacional de España

popas, llorando a su compañero amado; los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y derrama en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente.

349 Con tales palabras instigóle a hacer lo que ella misma deseaba. Atenea emprendió el vuelo, cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo a través del éter. Ya los aqueos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de Aquileo un poco de néctar y de ambrosía deliciosa, para que el hambre molesta no hiciera flaquear las rodillas del héroe; y en seguida regresó al sólido palacio del prepotente padre. Los guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuan numerosos caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del Bóreas, nacido en el éter; en tan gran número veíanse salir del recinto de las naves los refulgentes cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El brillo llegaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce despedía, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos el divino Aquileo: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida llama y el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira contra los teucros, vestía el héroe la armadura regalo del dios Hefesto, que la había fabricado. Púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos y embrazó el grande y fuerte escudo cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la luna. Como aparece el fuego encendido en un sitio solitario en lo alto de un monte a los navegantes que vagan por el mar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la misma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquileo llegaba al éter. Cubrió después la cabeza con el fornido yelmo de crines de caballo que brillaba como un astro; y a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefesto había colocado en la cimera. El divino Aquileo probó si la armadura se le ajustaba, y si, llevándola puesta, movía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que levantaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, pesada, grande y robusta, que entre todos los aqueos solamente él podía manejar: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquileo para que con ella matara héroes. En tanto, Automedonte y Álcimo se ocupaban en uncir los caballos: sujetáronlos con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas hacia atrás, atándolas al fuerte asiento. Sin dilación cogió Automedonte el magnífico látigo y saltó al carro. Aquileo, cuya armadura relucía como el fúlgido Hiperión, subió también y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre:

400 *Aquileo.*—¡Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo a la muchedumbre de los dánaos al que hoy os guía cuando nos hayamos saciado de combatir, y no le dejéis muerto allá como a Patroclo.

404 Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza—sus crines, cayendo en torno de la extremidad del yugo, llegaban al suelo,—y habiéndole dotado

Biblioteca Nacional de España

de voz Hera, la diosa de los níveos brazos, respondió desde debajo del yugo:

408 *Janto.*—Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquileo; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Parca cruel. No fué por nuestra lentitud ni por nuestra pereza que los teucros quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el más fuerte de los dioses, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dió gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Céfiro, que es tenido por el más rápido. Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un hombre.

418 Dichas estas palabras, las Erinies le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquileo, el de los pies ligeros, le dijo:

420 *Aquileo.*—¡Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya sé que mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas con todo eso, no he de descansar hasta que harte de combate a los teucros.

424 Dijo; y dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XX

COMBATE DE LOS DIOSES

MIENTRAS los aqueos se armaban junto a los corvos bajeles, alrededor de ti, oh hijo de Peleo, incansable en la batalla, los teucros se apercibían también para el combate en una eminencia de la llanura.

4 Zeus ordenó a Temis que, partiendo de las cumbres del Olimpo, en valles abundante, convocase al ágora a los dioses; y ella fué de un lado para otro y a todos les mandó que acudieran al palacio de Zeus. No faltó ninguno de los ríos, a excepción del Océano; y de cuantas ninfas habitan los bellos bosques, las fuentes de los ríos y los herbosos prados, ninguna dejó de presentarse. Tan luego como llegaban al palacio de Zeus, que amontona las nubes, sentábanse en bruñidos pórticos, que para el padre Zeus había construido Hefesto con sabia inteligencia.

13 Allí, pues, se reunieron. Tampoco el que bate la tierra desobedeció a la diosa, sino que, dirigiéndose desde el mar a los dioses, se sentó en medio de todos y exploró la voluntad de Zeus:

16 *Posidón.*—¿Por qué, oh tú que lanzas encendidos rayos, llamas de nuevo a los dioses al ágora? ¿Acaso tienes algún propósito acerca de los teucros y de los aqueos? El combate y la pelea vuelven a encenderse entre ambos pueblos.

19 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

20 *Zeus.*—Entendiste, tú que bates la tierra, el designio que encierra mi pecho y por el cual os he reunido. Me cuido de ellos, aunque van a perecer. Yo me quedaré sentado en la cumbre del Olimpo y recrearé mi espíritu contemplando la batalla; y los demás idos hacia los teucros y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera. Pues si Aquileo combatiese solo con los teucros, éstos no resistirían ni un instante la acometida del Pelión, el de los pies ligeros. Ya antes huían espantados al verle; y temo que ahora, que tan enfurecido tiene el ánimo por la muerte de su compañero, destruya el muro de Troya contra la decisión del hado.

31 Así habló el Cronida y promovió una gran batalla. Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves Hera, Palas Atenea, Posidón, que ciñe la tierra, el benéfico Hermes de prudente espíritu, y con ellos Hefesto que, orgulloso de su fuerza, cojeaba arrastrando sus grácil es piernas; y enderezaron sus pasos a los teucros Ares, el de tremolante cas-

Biblioteca Nacional de España

co, el intonso Febo, Ártemis, que se complace en tirar flechas, Leto, el Janto y la risueña Afrodita.

41 Mientras los dioses se mantuvieron alejados de los hombres, mostráronse los aqueos muy ufanos porque Aquileo volvía a la batalla después del largo tiempo en que se había abstenido de tener parte en la triste guerra; y los teucros se espantaron y un fuerte temblor les ocupó los miembros, tan pronto como vieron al Pelión, ligero de pies, que con su reluciente armadura semejaba al dios Ares, funesto a los mortales. Mas luego que las olímpicas deidades penetraron por entre la muchedumbre de los guerreros, levantóse la terrible Discordia, que enardece a los varones; Atenea daba fuertes gritos, unas veces a orillas del foso cavado al pie del muro, y otras en los altos y sonoros promontorios; y Ares, que parecía un negro torbellino, vociferaba también y animaba vivamente a los teucros, ya desde el punto más alto de la ciudad, ya corriendo por la Colina hermosa, a orillas del Símois.

54 De este modo los felices dioses, instigando a unos y a otros, los hicieron venir a las manos y promovieron una reñida contienda. El padre de los hombres y de los dioses tronó horriblemente en las alturas; Posidón, por debajo, sacudió la inmensa tierra y las excelsas cumbres de los montes; y retemblaron, así las laderas y las cimas del Ida, abundante en manantiales, como la ciudad troyana y las naves aqueas. Asustóse Aidoneo, rey de los infiernos, y saltó del trono gritando; no fuera que Posidón, que sacude la tierra, la desgarrase y se hicieran visibles las mansiones horrendas y tenebrosas que las mismas deidades aborrecen. ¡Tanto estrépito se produjo cuando los dioses entraron en combate! Al soberano Posidón le hizo frente Febo Apolo con sus aladas flechas; a Enialio, Atenea, la diosa de ojos de lechuza; a Hera, Ártemis, que lleva arco de oro, ama el bullicio de la caza, se complace en tirar saetas y es hermana del que hiere de lejos; a Leto, el poderoso y benéfico Hermes; y a Hefesto, el gran río de profundos vórtices, llamado por los dioses Janto y por los hombres Escamandro.

75 Así los dioses salieron al encuentro los unos de los otros. Aquileo deseaba romper por el gentío en derechura a Héctor Priámida, pues el ánimo le impulsaba a saciar con la sangre del héroe a Ares, infatigable luchador. Mas Apolo, que enardece a los guerreros, movió a Eneas a oponerse al Pelión, infundiéndole gran valor y hablándole así, después de tomar la voz y la figura de Licaón, hijo de Príamo:

83 *Apolo.*—¡Eneas, consejero de los teucros! ¿Qué es de aquellas amenazas hechas por ti en los banquetes de los reyes troyanos, de que saldrías a combatir con el Pelida Aquileo?

86 Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

87 *Eneas.*—¡Priámida! ¿Por qué me ordenas que luche, sin desearlo mi voluntad, con el animoso Pelión? No fuera la primera vez que me viese frente a Aquileo, el de los pies ligeros: en otro tiempo, cuando vino adonde pacían nuestras vacas y tomó a Lirneso y a Pédaso, persiguióme por el Ida con su lanza; y Zeus me salvó, dándome fuerzas y agilitando mis rodillas. Sin su ayuda hubiese sucumbido a manos de Aquileo y de Atenea, que le precedía, le

Biblioteca Nacional de España

daba la victoria y le animaba a matar léleges y troyanos con la broncínea lanza. Por eso ningún hombre puede combatir con Aquileo, porque a su lado asiste siempre alguna deidad que le libra de la muerte. En cambio, su lanza vuela recta y no se detiene hasta que ha atravesado el cuerpo de un enemigo. Si un dios igualara las condiciones del combate, Aquileo no me vencería fácilmente; aunque se gloriase de ser todo de bronce.

103 Replicóle el soberano Apolo, hijo de Zeus:

104 *Apolo.*—¡Héroe! Ruega tú también a los sempiternos dioses, pues dicen que naciste de Afrodita, hija de Zeus, y aquél es hijo de una divinidad inferior. La primera desciende de Zeus, ésta tuvo por padre al anciano del mar. Levanta el indomable bronce y no te arredres por oír palabras duras o amenazas.

110 Apenas acabó de hablar, infundió grandes bríos al pastor de hombres; y éste, que llevaba una reluciente armadura de bronce, se abrió paso por los combatientes delanteros. Hera, la de los níveos brazos, no dejó de advertir que el hijo de Anquises atravesaba la muchedumbre para salir al encuentro del Pelión; y llamando a otros dioses, les dijo:

115 *Hera.*—Considerad en vuestra mente, Posidón y Atenea, cómo esto acabará; pues Eneas, armado de reluciente bronce, se encamina en derechura al Pelión por excitación de Febo Apolo. Ea, hagámosle retroceder, o alguno de nosotros se ponga junto a Aquileo, le infunda gran valor y no deje que su ánimo desfallezca; para que conozca que le quieren los inmortales más poderosos, y que son débiles los dioses que en el combate y la pelea protegen a los teucros. Todos hemos bajado del Olimpo a intervenir en esta batalla, para que Aquileo no padezca hoy ningún daño de parte de los teucros; y luego sufrirá lo que la Parca dispuso, hilando el lino, cuando su madre lo dió a luz. Si Aquileo no se entera por la voz de los dioses, sentirá temor cuando en el combate le salga al encuentro alguna deidad; pues los dioses, en dejándose ver, son terribles.

132 Respondióle Posidón, que sacude la tierra:

133 *Posidón.*—¡Hera! No te irrites más de lo razonable, pues no te es preciso. Ni yo quisiera que nosotros, que somos los más fuertes, promoviéramos la contienda entre los dioses. Vayámonos de este camino y sentémonos en aquella altura, y de la batalla cuidarán los hombres. Y si Ares o Febo Apolo dieren principio a la pelea o detuvieren a Aquileo y no le dejaren combatir, iremos en seguida a luchar con ellos, y me figuro que pronto tendrán que retirarse y volver al Olimpo, a la reunión de los demás dioses, vencidos por la fuerza de nuestros brazos.

144 Dichas estas palabras, el dios de los cerúleos cabellos llevólos al alto terraplén que los troyanos y Palas Atenea habían levantado en otro tiempo para que el divino Heracles se librara de la ballena cuando, perseguido por ésta, pasó de la playa a la llanura. Allí Posidón y los otros dioses se sentaron, extendiendo en derredor de sus hombros una impenetrable nube; y al otro lado, en la cima de la Colina hermosa, en torno de ti, oh Febo, que hieres de lejos, y de Ares, que destruye las ciudades, acomodáronse las deidades protectoras de los teucros.

Biblioteca Nacional de España

153 Así unos y otros, sentados en dos grupos, deliberaban y no se decidían a empezar el funesto combate. Y Zeus desde lo alto les incitaba a comenzarlo.

156 Todo el campo, lleno de hombres y caballos, resplandecía con el lucir del bronce; y la tierra retumbaba debajo de los pies de los guerreros que a luchar salían. Dos varones, señalados entre los más valientes, deseosos de combatir, se adelantaron a los suyos para encontrarse entre ambos ejércitos: Eneas, hijo de Anquises, y el divino Aquileo. Presentóse primero Eneas, amenazador, tremolando el sólido casco: protegía el pecho con el fuerte escudo y vibraba broncínea lanza. Y el Pelida desde el otro lado fué a oponérsele como un voraz león, para matar al cual se reunen los hombres de todo un pueblo; y el león al principio sigue su camino despreciándolos; mas, así que uno de los belicosos jóvenes le hiere con un venablo, se vuelve hacia él con la boca abierta, muestra los dientes cubiertos de espuma, siente gemir en su pecho el corazón valeroso, se azota con la cola muslos y caderas para animarse a pelear, y con los ojos centelleantes arremete fiero hasta que mata a alguien o él mismo perece en la primera fila; así le instigaban a Aquileo su valor y ánimo esforzado a salir al encuentro del magnánimo Eneas. Y tan pronto como se hallaron frente a frente, el divino Aquileo, el de los pies ligeros, habló diciendo:

178 *Aquileo.*—¡Eneas! ¿Por qué te adelantas tanto a la turba y me aguardas? ¿Acaso el ánimo te incita a combatir conmigo por la esperanza de reinar sobre los troyanos, domadores de caballos, con la dignidad de Príamo? Si me matases, no pondría Príamo en tu mano tal recompensa; porque tiene hijos, conserva entero el juicio y no es insensato. ¿O quizás te han prometido los troyanos acotarte un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventaje, para que puedas cultivarlo, si me quitas la vida? Me figuro que te será difícil conseguirlo. Ya otra vez te puse en fuga con mi lanza. ¿No recuerdas que, hallándote solo, te aparté de tus bueyes y te perseguí por el monte Ida corriendo con ligera planta? Entonces huías sin volver la cabeza. Luego te refugiaste en Lirneso y yo tomé la ciudad con la ayuda de Atenea y del padre Zeus, y me llevé las mujeres haciéndolas esclavas; mas a ti te salvaron Zeus y los demás dioses. No creo que ahora te guarden, como espera tu corazón; y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te quedes frente a mí, antes que padezcas algún daño; que el necio sólo conoce el mal cuando ha llegado.

199 Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

200 *Eneas.*—¡Pelida! No creas que con esas palabras me asustarás como a un niño, pues también sé proferir injurias y baldones. Conocemos el linaje de cada uno de nosotros y cuáles fueron nuestros respectivos padres, por haberlo oído contar a los mortales hombres; que ni tú viste a los míos, ni yo a los tuyos. Dicen que eres prole del eximio Peleo y tienes por madre a Tetis, ninfa marina de hermosas trenzas; mas yo me glorio de ser hijo del magnánimo Anquises y mi madre es Afrodita: aquéllos o éstos tendrán que llorar hoy la muerte de su hijo, pues no pienso que nos separemos sin combatir, después de dirigirnos pueriles insultos. Si deseas saberlo, te diré cuál es mi linaje, de muchos conocido. Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano, y éste fundó la Dardania al pie del Ida, en manantiales abundoso; pues

Biblioteca Nacional de España

aún la sacra Ilión, ciudad de hombres de voz articulada, no había sido edificada en la llanura. Dárdano tuvo por hijo al rey Erictonio, que fué el más opulento de los mortales hombres: poseía tres mil yeguas que, ufanas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano.—El Bóreas enamoróse de algunas de las que vió pacer, y transfigurado en caballo de negras crines, hubo de ellas doce potros que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas y en el ancho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas.—Erictonio fué padre de Tros, que reinó sobre los troyanos; y éste dió el ser a tres hijos irreprensibles: Ilo, Asáraco y el deiforme Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron los dioses a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los inmortales. Ilo engendró al eximio Laomedonte, que tuvo por hijos a Titono, Príamo, Lampo, Clitio e Hicetaón, vástago de Ares. Asáraco engendró a Capis, cuyo hijo fué Anquises. Anquises me engendró a mí, y Príamo al divino Héctor. Tal alcurnia y tal sangre me glorio de tener. Pero Zeus aumenta o disminuye el valor de los guerreros como le place, porque es el más poderoso. Ea, no nos digamos más palabras como si fuésemos niños, parados así en medio del campo de batalla. Fácil nos sería inferirnos tantas injurias, que una nave de cien bancos de remeros no podría llevarlas. Es voluble la lengua de los hombres, y de ella salen razones de todas clases; hállanse muchas palabras acá y allá, y cual hablares, tal oirás la respuesta. Mas ¿qué necesidad tenemos de altercar, disputando e injuriándonos, como mujeres irritadas, las cuales, movidas por roedor encono, salen a la calle y se zahieren diciendo muchas cosas, verdaderas unas y falsas otras, que la cólera les dicta? No lograrás con tus palabras que yo, estando deseoso de combatir, pierda el valor antes de que con el bronce y frente a frente peleemos. Ea, acometámonos en seguida con las broncíneas lanzas.

259 Dijo; y arrojando la fornida lanza, clavóla en el terrible y horrendo escudo de Aquileo, que resonó grandemente en torno de ella. El Pelida, temeroso, apartó el escudo con la robusta mano, creyendo que la luenga lanza del magnánimo Eneas lo atravesaría fácilmente. ¡Insensato! No pensó en su mente ni en su espíritu que los eximios presentes de los dioses no pueden ser destruidos con facilidad por los mortales hombres, ni ceder a sus fuerzas. Y así la pesada lanza de Eneas no perforó entonces la rodela por haberlo impedido la lámina de oro que el dios puso en medio, sino que atravesó dos capas y dejó tres intactas, porque eran cinco las que el dios cojo había reunido: las dos de bronce, dos interiores de estaño, y una de oro, que fué donde se detuvo la lanza de fresno.

273 Aquileo despidió luego la ingente lanza, y acertó a dar en el borde del liso escudo de Eneas, sitio en que el bronce era más delgado y el boyuno cuero más tenue: el fresno del Pelión atravesólo, y todo el escudo resonó. Eneas, amedrentado, se encogió y levantó el escudo; la lanza, deseosa de proseguir su curso, pasóle por cima del hombro, después de romper los dos círculos de la rodela, y se clavó en el suelo; y el héroe, evitado ya el golpe, quedóse inmóvil y con los ojos muy espantados de ver que aquélla había caído tan

Biblioteca Nacional de España

cerca. Aquileo desnudó la aguda espada; y profiriendo horribles voces, arremetió contra Eneas; y éste, a su vez, cogió una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente. Y Eneas tirara la piedra a Aquileo y le acertara en el casco o en el escudo que habría apartado del héroe la triste muerte, y el Pelida privara de la vida a Eneas, hiriéndole de cerca con la espada, si al punto no lo hubiese advertido Posidón, que sacude la tierra, el cual dijo entre los dioses inmortales:

293 *Posidón.*—¡Oh dioses! Me causa pesar el magnánimo Eneas que pronto, sucumbiendo a manos del Pelión, descenderá al Hades por haber obedecido las palabras de Apolo, que hiere de lejos. ¡Insensato! El dios no le librará de la triste muerte. Mas ¿por qué ha de padecer, sin ser culpable, las penas que otros merecen, habiendo ofrecido siempre gratos presentes a los dioses que habitan el anchuroso cielo? Ea, librémosle de la muerte, no sea que el Cronida se enoje si Aquileo lo mata, pues el destino quiere que se salve a fin de que no perezca sin descendencia ni se extinga del todo el linaje de Dárdano, que fué amado por el Cronida con preferencia a los demás hijos que tuvo de mujeres mortales. Ya el Cronión aborrece a los descendientes de Príamo; pero el fuerte Eneas reinará sobre los troyanos, y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan.

309 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

310 *Hera.*—¡Oh tú que sacudes la tierra! Resuelve tú mismo si has de salvar a Eneas o permitir que, no obstante su valor, sea muerto por el Pelida Aquileo. Pues así Palas Atenea como yo hemos jurado repetidas veces a vista de los inmortales todos, que jamás libraríamos a los teucros del día funesto, aunque Troya entera fuese pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos.

318 Cuando Posidón, que sacude la tierra, oyó estas palabras, fuése; y andando por la liza, entre el estruendo de las lanzas, llegó adonde estaban Eneas y el ilustre Aquileo. Al momento cubrió de niebla los ojos del Pelida Aquileo, arrancó del escudo del magnánimo Eneas la lanza de fresno con punta de bronce que depositó a los pies de aquél, y arrebató al teucro alzándolo de la tierra. Eneas, sostenido por la mano del dios, pasó por cima de muchas filas de héroes y caballos hasta llegar al otro extremo del impetuoso combate, donde los caucones se armaban para pelear. Y entonces Posidón, que sacude la tierra, se le presentó, y le dijo estas aladas palabras:

332 *Posidón.*—¡Eneas! ¿Cuál de los dioses te ha ordenado que cometieras la locura de luchar cuerpo a cuerpo con el animoso Pelión, que es más fuerte que tú y más caro a los inmortales? Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que te haga descender a la morada de Hades antes de lo dispuesto por el hado. Mas cuando Aquileo haya muerto, por haberse cumplido su destino, pelea confiadamente entre los combatientes delanteros, que no te matará ningún otro aqueo.

340 Así diciendo, dejó a Eneas allí, después que le hubo amonestado, y apartó la obscura niebla de los ojos de Aquileo. Éste volvió a ver con claridad, y, gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

Biblioteca Nacional de España

344 *Aquileo.*—¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece: esta lanza yace en el suelo y no veo al varón contra quien la arrojé, con intención de matarle. Ciertamente, a Eneas le aman los inmortales dioses; ¡y yo creía que se jactaba de ello vanamente! Váyase, pues; que no tendrá ánimo para medir de nuevo sus fuerzas conmigo, quien ahora huyó gustoso de la muerte. Exhortaré a los belicosos dánaos y probaré el valor de los demás enemigos, saliéndoles al encuentro.

353 Dijo; y saltando por entre las filas, animaba a los guerreros:

354 *Aquileo.*—¡No permanezcáis alejados de los teucros, divinos aqueos! Ea, cada hombre embista a otro y sienta anhelo por pelear. Difícil es que yo solo, aunque sea valiente, persiga a tantos guerreros y con todos luche; y ni a Ares, que es un dios inmortal, ni a Atenea, les sería posible recorrer un campo de batalla tan vasto y combatir en todas partes. En lo que puedo hacer con mis manos, mis pies o mi fuerza, no me muestro remiso. Entraré por todos lados en las hileras de las falanges enemigas, y me figuro que no se alegrarán los teucros que a mi lanza se acerquen.

364 Con estas palabras los animaba. También el esclarecido Héctor exhortaba a los teucros, dando gritos, y aseguraba que saldría al encuentro de Aquileo:

366 *Héctor.*—¡Animosos teucros! ¡No temáis al Pelión! Yo de palabra combatiría hasta con los inmortales; pero es difícil hacerlo con la lanza, siendo, como son, mucho más fuertes. Aquileo no llevará al cabo todo cuanto dice, sino que en parte lo cumplirá y en parte lo dejará a medio hacer. Iré a encontrarle, aunque por sus manos se parezca a la llama; sí, aunque por sus manos se parezca a la llama, y por su fortaleza al reluciente hierro.

373 Con tales voces los excitaba. Los teucros calaron las lanzas; trabóse el combate y se produjo gritería, y entonces Febo Apolo se acercó a Héctor y le dijo:

376 *Apolo.*—¡Héctor! No te adelantes para luchar con Aquileo; espera su acometida mezclado con la muchedumbre, confundido con la turba. No sea que consiga herirte desde lejos con arma arrojadiza, o de cerca con la espada.

379 Así habló. Héctor se fué, amedrentado, por entre la multitud de guerreros apenas acabó de oír las palabras del dios. Aquileo, con el corazón revestido de valor y dando horribles gritos, arremetió a los teucros, y empezó por matar al valeroso Ifitión Otrintida, caudillo de muchos hombres, a quien una ninfa náyade había tenido de Otrinteo, asolador de ciudades, en el opulento pueblo de Hida, al pie del nevado Tmolo: el divino Aquileo acertó a darle con la lanza en medio de la cabeza, cuando arremetía contra él, y se la dividió en dos partes. El teucro cayó con estrépito, y el divino Aquileo se glorió diciendo:

389 *Aquileo.*—¡Yaces en el suelo, Otrintida, el más portentoso de todos los hombres! En este lugar te sorprendió la muerte; a ti, que habías nacido a orillas del lago Gigeo, donde tienes la heredad paterna, junto al Hilo, abundante en peces, y el Hermo voraginoso.

393 Así dijo jactándose. Las tinieblas cubrieron los ojos de Ifitión, y los carros de los aqueos lo despedazaron con las llantas de sus ruedas en el pri-

Biblioteca Nacional de España

mer reencuentro. Aquileo hirió, después, en la sien, atravesándole el casco de broncíneas carrilleras, a Demoleonte, valiente adalid en el combate, hijo de Antenor; y el casco de bronce no detuvo la lanza, pues la punta entró y rompió el hueso, conmovióse interiormente el cerebro, y el teucro sucumbió cuando peleaba con ardor. Luego, como Hipodamante saltara del carro y se diese a la fuga, le envasó la pica en la espalda: aquél exhalaba el aliento y bramaba como el toro que los jóvenes arrastran a los altares del soberano Heliconio y el dios que sacude la tierra se goza al verlo; así bramaba Hipodamante cuando el alma valerosa dejó sus huesos. Seguidamente acometió con la lanza al deiforme Polidoro Priámida, a quien su padre no permitía que fuera a las batallas porque era el menor y el predilecto de sus hijos. Nadie vencía a Polidoro en la carrera; y entonces, por pueril petulancia, haciendo gala de la ligereza de sus pies, agitábase el troyano entre los combatientes delanteros, hasta que perdió la vida: al verle pasar, el divino Aquileo, ligero de pies, hundióle la lanza en medio de la espalda, donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y era doble la coraza, y la punta salió al otro lado cerca del ombligo; el joven cayó de rodillas dando lastimeros gritos; obscura nube le envolvió; e inclinándose, procuraba sujetar con sus manos los intestinos, que le salían por la herida.

Tan pronto como Héctor vió a su hermano Polidoro cogiéndose las entrañas y encorvado hacia el suelo, se le puso una nube ante los ojos y ya no pudo combatir a distancia; sino que, blandiendo la aguda lanza e impetuoso como una llama, se dirigió al encuentro de Aquileo. Y éste, al advertirlo, saltó hacia él, y dijo muy ufano estas palabras:

Aquileo.—Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que mató a mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos del combate.

Dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor, le gritó:

Aquileo.—¡Acércate para que más pronto llegues de tu perdición al término!

Sin turbarse, le respondió Héctor, el de tremolante casco:

Héctor.—¡Pelida! No esperes amedrentarme con palabras como a un niño; también yo sé proferir injurias y baldones. Reconozco que eres valiente y que te soy muy inferior. Pero en la mano de los dioses está si yo, siendo inferior, te quitaré la vida con mi lanza; pues también tiene afilada punta.

En diciendo esto, blandió y arrojó su lanza; pero Atenea con un tenue soplo apartóla del glorioso Aquileo, y el arma volvió hacia el divino Héctor y cayó a sus pies. Aquileo acometió, dando horribles gritos, a Héctor, con intención de matarle; pero Apolo arrebató al troyano, haciéndolo con gran facilidad por ser dios, y lo cubrió con densa niebla. Tres veces el divino Aquileo, ligero de pies, atacó con la broncínea lanza; tres veces dió el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por cuarta vez, increpó el héroe a Héctor con voz terrible, dirigiéndole estas aladas palabras:

Aquileo.—¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero te salvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sa-

Biblioteca Nacional de España

les al campo antes de oír el estruendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde te encuentro y un dios me ayuda. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

Así dijo; y con la lanza hirió en medio del cuello a Dríope, que cayó a sus pies. Dejóle, y al momento detuvo a Demuco Filetórida, valeroso y alto, a quien pinchó con la lanza en una rodilla, y luego quitóle la vida con la gran espada. Después acometió a Laógono y a Dárdano, hijos de Biante: habiéndolos derribado del carro en que iban, a aquél le hizo perecer arrojándole la lanza, y a éste hiriéndole de cerca con la espada. También mató a Tros Alastórida, que vino a abrazarle las rodillas por si compadeciéndose de él, que era de la misma edad del héroe, en vez de matarle le hacía prisionero y le dejaba vivo. ¡Insensato! No conoció que no podría persuadirle, pues Aquileo no era hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento. Ya aquél le tocaba las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió la espada en el hígado: derramóse éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del teucro, que quedó exánime. Inmediatamente Aquileo se acercó a Mulio; y metiéndole la lanza en una oreja, la broncínea punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la cabeza a Equeclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero. Posteriormente atravesó con la broncínea lanza el brazo de Deucalión, en el sitio donde se juntan los tendones del codo; y el teucro esperóle, con la mano entorpecida y viendo que la muerte se le acercaba: Aquileo le cercenó de un tajo la cabeza, que con el casco arrojó a lo lejos, la medula salió de las vértebras y el guerrero quedó tendido en el suelo. Dirigióse acto seguido contra Rigmo, ilustre hijo de Píroo, que había llegado de la fértil Tracia, y le hirió en medio del cuerpo: clavóle la broncínea lanza en el pulmón, y le derribó del carro. Y como viera que su escudero Areítoo torcía la rienda a los caballos, envasóle la aguda lanza en la espalda, y también le derribó en tierra, mientras los corceles huían espantados.

De la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida montaña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de la misma manera, Aquileo se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al yugo dos bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien dispuesta, se desmenuzan presto las espigas debajo de los pies de los mugientes bueyes; así los solípedos corceles, guiados por el magnánimo Aquileo, hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Y el Pelida deseaba alcanzar gloria y tenía las invictas manos manchadas de sangre y polvo.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXI

BATALLA JUNTO AL RÍO

Así que los teucros llegaron al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente a quien el inmortal Zeus engendró, Aquileo los dividió en dos grupos. A los del primero echólos el héroe por la llanura hacia la ciudad, por donde los aqueos huían espantados el día anterior, cuando el esclarecido Héctor se mostraba furioso; por allí se derramaron entonces los teucros en su fuga, y Hera, para detenerlos, los envolvió en una densa niebla. Los otros rodaron al caudaloso río de argénteos vórtices, y cayeron en él con gran estrépito: resonaba la corriente, retumbaban ambas orillas y los teucros nadaban acá y acullá, gritando, mientras eran arrastrados en torno de los remolinos. Como las langostas, acosadas por la violencia de un fuego que estalla de repente, vuelan hacia el río y se echan medrosas en el agua; de la misma manera la corriente sonora del Janto de profundos vórtices se llenó, por la persecución de Aquileo, de hombres y caballos que en el mismo caían confundidos.

17 Aquileo, vástago de Zeus, dejó su lanza arrimada a un tamariz de la orilla; saltó al río, cual si fuese una deidad, con sólo la espada y meditando en su corazón acciones crueles; y comenzó a herir a diestro y a siniestro: al punto levantóse un horrible clamoreo de los que recibían los golpes, y el agua bermejeó con la sangre. Como los peces huyen del ingente delfín, y, temerosos, llenan los senos del hondo puerto, porque aquél devora a cuantos coge; de la misma manera, los teucros iban por la impetuosa corriente del río y se refugiaban, temblando, debajo de las rocas. Cuando Aquileo tuvo las manos cansadas de matar, cogió vivos, dentro del río, a doce mancebos para inmolarlos más tarde en expiación de la muerte de Patroclo Menetíada. Sacólos atónitos como cervatos, les ató las manos por detrás con las correas bien cortadas que llevaban en las flexibles túnicas y encargó a los amigos que los condujeran a las cóncavas naves. Y el héroe acometió de nuevo a los teucros, para hacer en ellos gran destrozo.

34 Allí se encontró Aquileo con Licaón, hijo de Príamo Dardánida; el cual, huyendo, iba a salir del río. Ya anteriormente le había hecho prisionero encaminándose de noche a un campo de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un cabrahigo para hacer los barandales de un carro, cuando el divinal Aquileo, presentándose cual imprevista calamidad,

Biblioteca Nacional de España

se lo llevó mal de su grado. Transportóle luego en una nave a la bien construida Lemnos, y allí lo puso en venta: el hijo de Jasón pagó el precio. Después Eetión de Imbros, que era huésped del troyano, dió por él un cuantioso rescate y enviólo a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y volviendo a la casa paterna, estuvo celebrando con sus amigos durante once días su regreso de Lemnos; mas, al duodécimo, un dios le hizo caer nuevamente en manos de Aquileo, que debía mandarle al Hades, sin que Licaón lo deseara. Como el divino Aquileo, el de los pies ligeros, le viera inerme—sin casco, escudo ni lanza, porque todo lo había tirado al suelo—y que salía del río con el cuerpo abatido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio; sorprendióse, y a su magnánimo espíritu así le habló:

54 *Aquileo.*—¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los teucros a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del día cruel, ha vuelto de la divina Lemnos donde fué vendido, y las olas del espumoso mar que a tantos detienen no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de mi lanza para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil tierra que hasta a los fuertes retiene.

64 Pensando en tales cosas, Aquileo continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó a tocarle las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de librarse de la triste muerte y de la negra Parca. El divino Aquileo levantó en seguida la enorme lanza con intención de herirle, pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole por cima del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. En tanto Licaón suplicaba a Aquileo; y abrazando con una mano sus rodillas y sujetándole con la otra la aguda lanza, sin que la soltara, estas aladas palabras le decía:

74 *Licaón.*—Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquileo: respétame y apiádate de mí. Has de tenerme, oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en tu tienda el fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, y llevándome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te valió mi persona. Ahora te daría el triple por rescatarme. Doce días ha que, habiendo padecido mucho, volví a Ilión; y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de ser odioso al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, me parió Laótoe, hija del anciano Altes que reina sobre los belicosos léleges y posee la excelsa Pédaso junto al Sátniois. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras muchas; de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya hiciste sucumbir entre los infantes delanteros al deiforme Polidoro, hiriéndole con la aguda pica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos después que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No me mates; pues no soy del mismo vientre que Héctor, el que dió muerte a tu dulce y esforzado amigo.

97 Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquileo; pero fué amarga la respuesta que escuchó:

Biblioteca Nacional de España

99 *Aquileo.*—¡Insensato! No me hables del rescate, ni lo menciones siquiera. Antes que a Patroclo le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los teucros y fueron muchos los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un dios lo pone en mis manos delante de Ilión y especialmente si es hijo de Príamo. Por tanto, amigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este modo? Murió Patroclo, que tanto te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un padre ilustre y dió a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y la Parca cruel. Vendrá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el combate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco.

114 Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del teucro que, soltando la lanza, se sentó y tendió ambos brazos. Aquileo puso mano a la tajante espada e hirió a Licaón en la clavícula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano dió de ojos por el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, arrojólo al río para que la corriente se lo llevara, y profirió con jactancia estas aladas palabras:

122 *Aquileo.*—Yaz ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te colocará tu madre en un lecho para llorarte, sino que serás llevado por el voraginoso Escamandro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y encrespada superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcáis los demás teucros hasta que lleguemos a la sacra ciudad de Ilión, vosotros huyendo y yo detrás haciendo gran riza. No os salvará ni siquiera el río de hermosa corriente y argénteos remolinos, a quien desde antiguo sacrificáis muchos toros y en cuyos vórtices echáis vivos los solípedos caballos. Así y todo, pereceréis miserablemente unos en pos de otros, hasta que hayáis expiado la muerte de Patroclo y el estrago y la matanza que hicisteis en los aqueos junto a las naves, mientras estuve alejado de la lucha.

136 Así habló, y el río, con el corazón irritado, revolvía en su mente cómo haría cesar al divinal Aquileo de combatir y libraría de la muerte a los troyanos. En tanto, el hijo de Peleo dirigió su ingente lanza a Asteropeo, hijo de Pelegón, con ánimo de matarle. A Pelegón le habían engendrado el Axio, de ancha corriente, y Peribea, la hija mayor de Acesámeno; que con ésta se unió aquel río de profundos remolinos. Encaminóse, pues, Aquileo hacia Asteropeo, el cual salió a su encuentro llevando dos lanzas; y el Janto, irritado por la muerte de los jóvenes a quienes Aquileo había hecho perecer sin compasión en la misma corriente, infundió valor en el pecho del troyano. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, el divino Aquileo, el de los pies ligeros, fué el primero en hablar, y dijo:

150 *Aquileo.*—¿Quién eres tú y de dónde, que osas salirme al encuentro? Infelices de aquellos cuyos hijos se oponen a mi furor.

152 Respondióle el preclaro hijo de Pelegón:

153 *Asteropeo.*—¡Magnánimo Pelida! ¿Por qué sobre el abolengo me interrogas? Soy de la fértil Peonia, que está lejos; vine mandando a los peonios, que combaten con largas picas, y hace once días que llegué a Ilión. Mi linaje trae

Biblioteca Nacional de España

su origen del Axio de ancha corriente, del Axio que esparce su hermosísimo raudal sobre la tierra: Axio engendró a Pelegón, famoso por su lanza, y de éste dicen que he nacido. Pero peleemos ya, esclarecido Aquileo.

161 Así habló, en son de amenaza. El divino Aquileo levantó el fresno del Pelión, y el héroe Asteropeo, que era ambidextro, tiróle a un tiempo las dos lanzas: la una dió en el escudo, pero no lo atravesó porque la lámina de oro que el dios puso en el mismo la detuvo; la otra rasguñó el brazo derecho del héroe, junto al codo, del cual brotó negra sangre; mas el arma pasó por encima y se clavó en el suelo, codiciosa de la carne. Aquileo arrojó entonces la lanza, de recto vuelo, a Asteropeo con intención de matarle, y erró el tiro: la lanza de fresno cayó en la elevada orilla y se hundió hasta la mitad del palo. El Pelida, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, arremetió enardecido a Asteropeo, quien con la mano robusta intentaba arrancar del escarpado borde la lanza de Aquileo: tres veces la meneó para arrancarla, y otras tantas careció de fuerza. Y cuando, a la cuarta vez, quiso doblar y romper la lanza de fresno del Eácida, acercósele Aquileo y con la espada le quitó la vida: hirióle en el vientre, junto al ombligo; derramáronse en el suelo todos los intestinos, y las tinieblas cubrieron los ojos del teucro, que cayó anhelante. Aquileo se abalanzó a su pecho, le quitó la armadura; y blasonando del triunfo, dijo estas palabras:

184 *Aquileo.*—Yaz ahí. Difícil era que tú, aunque engendrado por un río, pudieses disputar la victoria a los hijos del prepotente Cronión. Dijiste que tu linaje procede de un río de ancha corriente; mas yo me jacto de pertenecer al del gran Zeus. Engendróme un varón que reina sobre muchos mirmidones, Peleo, hijo de Éaco; y este último era hijo de Zeus. Y como Zeus es más poderoso que los ríos, que corren al mar, así también los descendientes de Zeus son más fuertes que los de los ríos. A tu lado tienes uno grande, si es que puede auxiliarte. Mas no es posible combatir con Zeus Cronión. A éste no le igualan ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente, del que nacen todos los ríos, todo el mar y todas las fuentes y grandes pozos; pues también el Océano teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, cuando retumba desde el cielo.

200 Dijo; arrancó del escarpado borde la broncínea lanza y abandonó a Asteropeo allí, tendido en la arena, tan pronto como le hubo quitado la vida: el agua turbia bañaba el cadáver, y anguilas y peces acudieron a comer la grasa que cubría los riñones. Aquileo se fué para los peonios que peleaban en carros; los cuales huían por las márgenes del voraginoso río, desde que vieron que el más fuerte caía en el duro combate, vencido por las manos y la espada del Pelida. Éste mató entonces a Tersíloco, Midón, Astípilo, Mneso, Trasio, Enio y Ofelestes. Y a más peonios diera muerte el veloz Aquileo, si el río de profundos remolinos, irritado y transfigurado en hombre, no le hubiese dicho desde uno de los profundos vórtices:

214 *Escamandro.*—¡Oh Aquileo! Superas a los demás hombres tanto en el valor como en la comisión de acciones nefandas; porque los propios dioses te prestan constantemente su auxilio. Si el hijo de Cronos te ha concedido que

Biblioteca Nacional de España

destruyas a todos los teucros, apártalos de mí y ejecuta en el llano tus proezas. Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que obstruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar divina; y tú sigues matando de un modo atroz. Pero, ea, cesa ya; pues me tienes asombrado, oh príncipe de hombres.

222 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

223 *Aquileo.*—Se hará, oh Escamandro, alumno de Zeus, como tú lo ordenas; pero no me abstendré de matar a los altivos teucros hasta que los encierre en la ciudad y, peleando con Héctor, él me mate a mí o yo acabe con él.

227 Esto dicho, arremetió a los teucros, cual si fuese un dios. Y entonces el río de profundos remolinos dirigióse a Apolo:

229 *Escamandro.*—¡Oh dioses! Tú, el del arco de plata, hijo de Zeus, no cumples las órdenes del Cronión, el cual te encargó muy mucho que socorrieras a los teucros y les prestaras tu auxilio hasta que, llegada la tarde, se pusiera el sol y quedara a obscuras el fértil campo.

233 Dijo. Aquileo, famoso por su lanza, saltó desde la escarpada orilla al centro del río. Pero éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente, y arrastrando muchos cadáveres de hombres muertos por Aquileo, que había en el cauce, arrojólos a la orilla mugiendo como un toro; y en tanto salvaba a los vivos dentro de la hermosa corriente, ocultándolos en los profundos y anchos remolinos. Las revueltas olas rodeaban a Aquileo, la corriente caía sobre su escudo y le empujaba, y el héroe ya no se podía tener en pie. Asióse entonces con ambas manos a un olmo corpulento y frondoso; pero éste, arrancado de raíz, rompió el borde escarpado, oprimió la hermosa corriente con sus muchas ramas, cayó entero al río y se convirtió en un puente. Aquileo, amedrentado, dió un salto, salió del abismo y voló con pie ligero por la llanura. Mas no por esto el gran dios desistió de perseguirle, sino que lanzó tras él olas de sombría cima con el propósito de hacer cesar al divino Aquileo de combatir y librar de la muerte a los troyanos. El Pelida salvó cerca de un tiro de lanza, dando un brinco con la impetuosidad de la rapaz águila negra, que es la más forzuda y veloz de las aves; parecido a ella, el héroe corría y el bronce resonaba horriblemente sobre su pecho. Aquileo procuraba huir, desviándose a un lado; pero la corriente se iba tras él y le perseguía con gran ruido. Como el fontanero conduce el agua desde el profundo manantial por entre las plantas de un huerto y con un azadón en la mano quita de la reguera los estorbos; y la corriente sigue su curso, y mueve las piedrecitas, pero al llegar a un declive murmura, acelera la marcha y pasa delante del que la guía; de igual modo, la corriente del río alcanzaba continuamente a Aquileo, porque los dioses son más poderosos que los hombres. Cuantas veces el divino Aquileo, el de los pies ligeros, intentaba esperarla, para ver si le perseguían todos los inmortales que tienen su morada en el espacioso cielo; otras tantas, las grandes olas del río, que las celestiales lluvias alimentan, le azotaban los hombros. El héroe, afligido en su corazón, saltaba; pero el río, siguiéndole con la rápida y tortuosa corriente, le cansaba las rodillas y le robaba el suelo allí donde ponía los pies. Y el Pelida, levantando los ojos al vasto cielo, gimió y dijo:

Biblioteca Nacional de España

273 *Aquileo.*—¡Zeus padre! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserando, de la persecución del río; y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo tiene tanta culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me matarían al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Apolo. ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo! Entonces un valiente hubiera muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca de miserable muerte, cercado por un gran río; como el niño porquerizo a quien arrastran las aguas invernales del torrente que intentaba atravesar.

284 Así se expresó. En seguida Posidón y Atenea, con figura humana, se le acercaron y le asieron de las manos mientras le animaban con palabras. Posidón, que sacude la tierra, fué el primero en hablar y dijo:

288 *Posidón.*—¡Pelida! No tiembles, ni te asustes. ¡Tal socorro vamos a darte, con la venia de Zeus, nosotros los dioses, yo y Palas Atenea! Porque no dispone el hado que seas muerto por el río, y éste dejará pronto de perseguirte, como verás tú mismo. Te daremos un prudente consejo, por si quieres obedecer: no descanse tu brazo en la batalla funesta hasta haber encerrado dentro de los ínclitos muros de Ilión a cuantos teucros logren escapar. Y cuando hayas privado de la vida a Héctor, vuelve a las naves; que nosotros te concedemos que alcances gloria.

298 Dichas estas palabras, ambas deidades fueron a reunirse con los demás inmortales. Aquileo, impelido por el mandato de los dioses, enderezó sus pasos a la llanura inundada por el agua del río, en la cual flotaban cadáveres y hermosas armas de jóvenes muertos en la pelea. El héroe caminaba derechamente, saltando por el agua, sin que el anchuroso río lograse detenerlo; pues Atenea le había dado muchos bríos. Pero el Escamandro no cedía en su furor; sino que, irritándose aún más contra el Pelión, hinchaba y levantaba a lo alto sus olas, y a gritos llamaba al Símois:

308 *Escamandro.*—¡Hermano querido! Juntémonos para contener la fuerza de ese hombre, que pronto tomará la gran ciudad del rey Príamo, pues los teucros no le resistirán en la batalla. Ven al momento en mi auxilio: aumenta tu caudal con el agua de las fuentes, concita a todos los arroyos, levanta grandes olas y arrastra con estrépito troncos y piedras, para que anonademos a ese feroz guerrero que ahora triunfa y piensa en hazañas propias de los dioses. Creo que no le valdrán ni su fuerza, ni su hermosura, ni sus magníficas armas, que han de quedar en el fondo de este lago cubiertas de cieno. A él le envolveré en abundante arena, derramando en torno suyo mucho cascajo; y ni siquiera sus huesos podrán ser recogidos por los aqueos: tanto limo amontonaré encima. Y tendrá su túmulo aquí mismo, y no necesitará que los aqueos se lo erijan cuando le hagan las exequias.

324 Dijo; y, revuelto, arremetió contra Aquileo, alzándose furioso y mugiendo con la espuma, la sangre y los cadáveres. Las purpúreas ondas del río, que las celestiales lluvias alimentan, se mantenían levantadas y arrastraban al Pelida. Pero Hera, temiendo que el gran río derribara a Aquileo, gritó, y dijo en seguida a Hefesto, su hijo amado:

Biblioteca Nacional de España

331 *Hera.*—¡Levántate, estevado, hijo querido; pues creemos que el Janto voraginoso es tu igual en el combate! Socorre pronto a Aquileo, haciendo aparecer inmensa llama. Voy a suscitar con el Céfiro y el veloz Noto una gran borrasca, para que viniendo del mar extienda el destructor incendio y se quemen las cabezas y las armas de los teucros. Tú abrasa los árboles de las orillas del Janto, métele en el fuego, y no te dejes persuadir ni con palabras dulces ni con amenazas. No cese tu furia hasta que yo te lo diga gritando; y entonces apaga el fuego infatigable.

342 Así dijo; y Hefesto, arrojando una abrasadora llama, incendió primeramente la llanura y quemó muchos cadáveres de guerreros a quienes había muerto Aquileo; secóse el campo, y el agua cristalina dejó de correr. Como el Bóreas seca en el otoño un campo recién inundado y se alegra el que lo cultiva; de la misma suerte, el fuego secó la llanura entera y quemó los cadáveres. Luego Hefesto dirigió al río la resplandeciente llama y ardieron, así los olmos, los sauces y los tamariscos, como el loto, el junco y la juncia que en abundancia habían crecido junto a la hermosa corriente. Anguilas y peces padecían y saltaban acá y allá, en los remolinos o en la corriente, oprimidos por el soplo del ingenioso Hefesto. Y el río, quemándose también, así hablaba:

357 *Escamandro.*—¡Hefesto! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo ni con tu llama ardiente. Cesa de perseguirme y en seguida el divino Aquileo arroje de la ciudad a los troyanos. ¿Qué interés tengo en la contienda ni en auxiliar a nadie?

361 Así habló, abrasado por el fuego; y la hermosa corriente hervía. Como, en una caldera puesta sobre un gran fuego, la grasa de un puerco cebado se funde, hierve y rebosa por todas partes, mientras la leña seca arde debajo; así la hermosa corriente se quemaba con el fuego y el agua hervía, y no pudiendo ir hacia adelante, paraba su curso oprimida por el vapor que con su arte produjera el ingenioso Hefesto. Y el río, dirigiendo muchas súplicas a Hera, estas aladas palabras le decía:

369 *Escamandro.*—¡Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente, atacándome a mí solo entre los dioses? No debo de ser para ti tan culpable como todos los demás que favorecen a los teucros. Yo desistiré de ayudarlos, si tú lo mandas; pero que éste cese también. Y juraré no librar a los troyanos del día fatal, aunque Troya entera llegue a ser pasto de las voraces llamas por haberla incendiado los belicosos aqueos.

377 Cuando Hera, la diosa de los níveos brazos, oyó estas palabras, dijo en seguida a Hefesto, su hijo amado:

379 *Hera.*—¡Hefesto, hijo ilustre! Cesa ya, pues no conviene que a causa de los mortales, a un dios inmortal atormentemos.

381 Así dijo. Hefesto apagó la abrasadora llama, y las olas retrocedieron a la hermosa corriente.

383 Y tan pronto como el ánimo del Janto fué abatido, ellos cesaron de luchar porque Hera, aunque irritada, los contuvo; pero una reñida y espantosa pelea se suscitó entonces entre los demás dioses: divididos en dos bandos, vinieron a las manos con fuerte estrépito; bramó la vasta tierra, y el gran cielo resonó

Biblioteca Nacional de España

como una trompeta. Oyólo Zeus, sentado en el Olimpo, y con el corazón alegre reía al ver que los dioses iban a embestirse. Y ya no estuvieron separados largo tiempo; pues el primero Ares, que horada los escudos, acometiendo a Atenea con la broncínea lanza, estas injuriosas palabras le decía:

394 *Ares.*—¿Por qué nuevamente, oh mosca de perro, promueves la contienda entre los dioses con insaciable audacia? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso no te acuerdas de cuando incitabas a Diomedes Tidida a que me hiriese, y cogiendo tú misma la reluciente pica la enderezaste contra mí y me desgarraste el hermoso cutis? Pues me figuro que ahora pagarás cuanto me hiciste.

400 Apenas acabó de hablar, dió un bote en el escudo floqueado, horrendo, que ni el rayo de Zeus rompería; allí acertó a dar Ares, manchado de homicidios, con la ingente lanza. Pero la diosa, volviéndose, aferró con su robusta mano una gran piedra negra y erizada de puntas que estaba en la llanura y había sido puesta por los antiguos como linde de un campo; e hiriendo con ella al furibundo Ares en el cuello, dejóle sin vigor los miembros. Vino a tierra el dios y ocupó siete yugadas, el polvo manchó su cabellera y las armas resonaron. Rióse Palas Atenea; y gloriándose de la victoria, profirió estas aladas palabras:

410 *Atenea.*—¡Necio! Aún no has comprendido que me jacto de ser mucho más fuerte, puesto que osas oponer tu furor al mío. Así padecerás, cumpliéndose las imprecaciones de tu airada madre que maquina males contra ti porque abandonaste a los aqueos y favoreces a los orgullosos teucros.

415 Cuando esto hubo dicho, volvió a otra parte los ojos refulgentes. Afrodita, hija de Zeus, asió por la mano a Ares y le acompañaba, mientras el dios daba muchos suspiros y apenas podía recobrar el aliento. Pero la vió Hera, la diosa de los níveos brazos, y al punto dijo a Atenea estas aladas palabras:

420 *Hera.*—¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus que lleva la égida! ¡Indómita! Aquella mosca de perro vuelve a sacar del dañoso combate, por entre el tumulto, a Ares, funesto a los mortales. ¡Anda tras ella!

423 De tal modo habló. Alegrósele el alma a Atenea, que corrió hacia Afrodita, y alzando la robusta mano descargóle un golpe sobre el pecho. Desfallecieron las rodillas y el corazón de la diosa, y ella y Ares quedaron tendidos en la fértil tierra. Y Atenea, vanagloriándose, pronunció estas aladas palabras:

428 *Atenea.*—¡Ojalá fuesen tales cuantos auxilian a los teucros en las batallas contra los argivos, armados de coraza; así, tan audaces y atrevidos como Afrodita que vino a socorrer a Ares desafiando mi furor; y tiempo ha que habríamos puesto fin a la guerra con la toma de la bien construida ciudad de Ilión!

434 Así se expresó. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos. Y el soberano Posidón, que sacude la tierra, dijo entonces a Apolo:

436 *Posidón.*—¡Febo! ¿Por qué nosotros no luchamos también? No conviene abstenerse, una vez que los demás han dado principio a la pelea. Vergonzoso fuera que volviésemos al Olimpo, a la morada de Zeus erigida sobre bronce, sin haber combatido. Empieza tú, pues eres el menor en edad y no parecería decoroso que comenzara yo que nací primero y tengo más experiencia. ¡Oh

Biblioteca Nacional de España

necio, y cuán irreflexivo es tu corazón! Ya no te acuerdas de los muchos males que en torno de Ilión padecimos los dos, solos entre los dioses, cuando enviados por Zeus trabajamos un año entero para el soberbio Laomedonte; el cual, con la promesa de darnos el salario convenido, nos mandaba como señor. Yo cerqué la ciudad de los troyanos con un muro ancho y hermosísimo, para hacerla inexpugnable; y tú, Febo, pastoreabas los flexípedes bueyes de curvas astas en los bosques y selvas del Ida, en valles abundoso. Mas cuando las alegres horas trajeron el término del ajuste, el soberbio Laomedonte se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó con venderte, atado de pies y manos, en lejanas islas; aseguraba además que con el bronce nos cortaría a entrambos las orejas; y nosotros nos fuimos pesarosos y con el ánimo irritado porque no nos dió la paga que había prometido. ¡Y todavía se lo agradeces, favoreciendo a su pueblo, en vez de procurar con nosotros que todos los troyanos perezcan de mala muerte con sus hijos y castas esposas!

461 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

462 *Apolo.*—¡Batidor de la tierra! No me tendrías por sensato si combatiera contigo por los míseros mortales que, semejantes a las hojas, ya se hallan florecientes y vigorosos comiendo los frutos de la tierra, ya se quedan exánimes y mueren. Pero abstengámonos en seguida de combatir y peleen ellos entre sí.

468 Así diciendo, le volvió la espalda; pues por respeto no quería llegar a las manos con su tío paterno. Y su hermana, la campestre Ártemis, que de las fieras es señora, lo increpó duramente con injuriosas voces:

472 *Ártemis.*—¿Huyes ya, tú que hieres de lejos, y das la victoria a Posidón, concediéndole inmerecida gloria? ¡Necio! ¿Por qué llevas ese arco inútil? No oiga yo que te jactes en el palacio de mi padre, como hasta aquí lo hiciste ante los inmortales dioses, de luchar cuerpo a cuerpo con Posidón.

478 Así dijo, y Apolo, que hiere de lejos, nada respondió. Pero la venerable esposa de Zeus, irritada, increpó con injuriosas voces a la que se complace en tirar flechas:

481 *Hera.*—¿Cómo es que pretendes, perra atrevida, oponerte a mí? Difícil te será resistir mi fortaleza, aunque lleves arco y Zeus te haya hecho leona entre las mujeres y te permita matar a la que te plazca. Mejor es cazar en el monte fieras agrestes o ciervos, que luchar denodadamente con quienes son más poderosos. Y si quieres probar el combate, empieza, para que sepas bien cuanto más fuerte soy que tú; ya que contra mí quieres emplear tus fuerzas.

489 Dijo; asióla con la mano izquierda por ambas muñecas, quitóle de los hombros, con la derecha, el arco y el carcaj, y riendo se puso a golpear con éstos las orejas de Ártemis, que volvía la cabeza, ora a un lado, ora a otro, mientras las veloces flechas se esparcían por el suelo. Ártemis huyó llorando, como la paloma que perseguida por el gavilán vuela a refugiarse en el hueco de excavada roca, porque no había dispuesto el hado que aquél la cogiese. De igual manera huyó la diosa, vertiendo lágrimas y dejando allí arco y aljaba. Y el mensajero Argifontes dijo a Leto:

498 *Hermes.*—¡Leto! Yo no pelearé contigo, porque es arriesgado luchar con las esposas de Zeus, que amontona las nubes. Jáctate muy satisfecha, de-

Biblioteca Nacional de España

lante de los inmortales dioses, de que me venciste con tu poderosa fuerza.

502 Así dijo. Leto recogió el corvo arco y las saetas que habían caído acá y acullá, en medio de un torbellino de polvo; y se fué en pos de su hija. Llegó ésta al Olimpo, a la morada de Zeus erigida sobre bronce; sentóse llorando en las rodillas de su padre, y el divino velo temblaba alrededor de su cuerpo. El padre Cronida cogióla en el regazo; y sonriendo dulcemente, le preguntó:

509 *Zeus.*—¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te ha maltratado, como si en su presencia hubieses cometido alguna falta?

511 Respondióle Ártemis, que se recrea con el bullicio de la caza y lleva hermosa diadema:

512 *Ártemis.*—Tu esposa Hera, la de los níveos brazos, me ha maltratado, padre; por ella la discordia y la contienda han surgido entre los inmortales.

514 Así éstos conversaban. En tanto, Febo Apolo entró en la sagrada Ilión, temiendo por el muro de la bien edificada ciudad: no fuera que en aquella ocasión lo destruyesen los dánaos, contra lo ordenado por el destino. Los demás dioses sempiternos volvieron al Olimpo, irritados unos y envanecidos otros por el triunfo; y se sentaron junto a Zeus, el de las sombrías nubes. Aquileo, persiguiendo a los teucros, mataba hombres y solípedos caballos. De la suerte que cuando una ciudad es presa de las llamas y llega el humo al anchuroso cielo, porque los dioses se irritaron contra ella, todos los habitantes trabajan y muchos padecen grandes males; de igual modo Aquileo causaba a los teucros fatigas y daños.

526 El anciano Príamo estaba en la sagrada torre; y como viera al ingente Aquileo, y a los teucros puestos en confusión, huyendo espantados y sin fuerzas para resistirle, empezó a gemir y bajó de aquélla para exhortar a los ínclitos varones que custodiaban las puertas de la muralla:

531 *Príamo.*—Abrid las puertas y sujetadlas con la mano hasta que lleguen a la ciudad los guerreros que huyen espantados. Aquileo es quien los estrecha y pone en desorden, y temo que han de ocurrir desgracias. Mas, tan pronto como aquéllos respiren, refugiados dentro del muro, entornad las hojas fuertemente unidas; pues estoy con miedo de que ese hombre funesto entre por el muro.

537 Así dijo. Abrieron las puertas, quitando los cerrojos, y a esto se debió la salvación de las tropas. Apolo saltó fuera del muro para librar de la ruina a los teucros. Éstos, acosados por la sed y llenos de polvo, huían por el campo en derechura a la ciudad y su alta muralla. Y Aquileo los perseguía impetuosamente con la lanza, teniendo el corazón poseído de violenta rabia y deseando alcanzar gloria.

544 Entonces los aqueos hubieran tomado a Troya, la de altas puertas, si Febo Apolo no hubiese incitado al divino Agenor, hijo ilustre y valiente de Antenor, a esperar a Aquileo. El dios infundióle audacia en el corazón, y para apartar de él a las crueles Parcas, se quedó a su lado, recostado en una encina y cubierto de espesa niebla. Cuando Agenor vió llegar a Aquileo, asolador de ciudades, se detuvo, y en su agitado corazón vacilaba sobre el partido que debería tomar. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

Biblioteca Nacional de España

553 *Agenor.*—¡Ay de mí! Si huyo del valiente Aquileo por donde los demás corren espantados y en desorden, me cogerá también y me matará sin que me pueda defender. Si dejando que éstos sean derrotados por el Pelida Aquileo, me fuese por la llanura troyana, lejos del muro, hasta llegar a los bosques del Ida, y me escondiera en los matorrales, podría volver a Ilión por la tarde, después de tomar un baño en el río para refrescarme y quitarme el sudor. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No sea que aquél advierta que me alejo de la ciudad por la llanura, y persiguiéndome con ligera planta me dé alcance; y ya no podré evitar la muerte y las Parcas, porque Aquileo es el más fuerte de todos los hombres. Y si delante de la ciudad le salgo al encuentro... Vulnerable es su cuerpo por el agudo bronce, hay en él una sola alma y dicen los hombres que el héroe es mortal; pero Zeus Cronida le da gloria.

571 Esto, pues, se decía; y encogiéndose, aguardó a Aquileo, porque su corazón esforzado estaba impaciente por luchar y combatir. Como la pantera, cuando oye el ladrido de los perros, sale de la poblada selva y va al encuentro del cazador, sin que arrebaten su ánimo ni el miedo ni el espanto; y si aquél se le adelanta y la hiere desde cerca o desde lejos, no deja de luchar, aunque esté atravesada por la jabalina, hasta venir con él a las manos o sucumbir; de la misma suerte, el divino Agenor, hijo del preclaro Antenor, no quería huir antes de entrar en combate con Aquileo. Y cubriéndose con el liso escudo, le apuntaba la lanza, mientras decía con fuertes voces:

583 *Agenor.*—Grandes esperanzas concibe tu ánimo, esclarecido Aquileo, de tomar en el día de hoy la ciudad de los altivos troyanos. ¡Insensato! Buen número de males habrán de padecerse todavía por causa de ella. Estamos dentro muchos y fuertes varones que, peleando por nuestros padres, esposas e hijos, salvaremos a Ilión; y tú recibirás aquí mismo la muerte, a pesar de ser un terrible y audaz guerrero.

590 Dijo. Con la robusta mano arrojó el agudo dardo, y no erró el tiro; pues acertó a dar en la pierna del héroe, debajo de la rodilla. La greba de estaño recién construida resonó horriblemente, y el bronce fué rechazado sin que lograra penetrar, porque lo impidió la armadura, regalo del dios. El Pelida arremetió a su vez con Agenor, igual a una deidad; pero Apolo no le dejó alcanzar gloria, pues arrebatando al teucro, le cubrió de espesa niebla y le mandó a la ciudad para que saliera tranquilo de la batalla.

599 Luego el que hiere de lejos apartó del ejército al Pelión, valiéndose de un engaño. Tomó la figura de Agenor, y se puso delante del héroe, que se lanzó a perseguirle. Mientras Aquileo iba tras de Apolo, por un campo paniego, hacia el río Escamandro, de profundos vórtices, y corría muy cerca de él, pues el dios le engañaba con esta astucia a fin de que tuviera siempre la esperanza de darle alcance en la carrera, los demás teucros, huyendo en tropel, llegaron alegres a la ciudad, que se llenó con los que allí se refugiaron. Ni siquiera se atrevieron a esperarse los unos a los otros, fuera de la ciudad y del muro, para saber quiénes habían escapado y quiénes habían muerto en la batalla, sino que afluyeron presurosos a la ciudad cuantos, merced a sus pies y a sus rodillas, lograron salvarse.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXII

MUERTE DE HÉCTOR

Los teucros, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos baluartes, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto, los aqueos se iban acercando a la muralla, con los escudos levantados encima de los hombros. La Parca funesta sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilión, en las puertas Esceas. Y Febo Apolo dijo al Pelión:

8 *Apolo.*—¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios inmortal? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa tu deseo de alcanzarme. Ya no te cuidas de pelear con los teucros, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la población, mientras te extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no me condenó a morir.

14 Muy indignado le respondió Aquileo, el de los pies ligeros:

15 *Aquileo.*—¡Oh tú, que hieres de lejos, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste, trayéndome acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra antes de llegar a Ilión. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me vengaría de ti, si mis fuerzas lo permitieran.

21 Dijo, y muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad; como el corcel vencedor en la carrera de carros trota veloz por el campo, tan ligeramente movía Aquileo pies y rodillas.

25 El anciano Príamo fué el primero que con sus propios ojos le vió venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche obscura y recibe el nombre de perro de Orión, el cual con ser brillantísimo constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquileo. Y el anciano, tendiéndole los brazos, le decía en tono lastimero:

38 *Príamo.*—¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los ami-

Biblioteca Nacional de España

gos, a ese hombre, para que no mueras presto a manos del Pelión, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera tan caro a los dioses, como a mí: pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y los buitres, y mi corazón se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y valientes hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los teucros se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y Polidoro, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los rescataremos con bronce y oro, que todavía lo hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó espléndidamente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero si han muerto y se hallan en la morada de Hades, el mayor dolor será para su madre y para mí que los engendramos; porque el del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquileo. Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras procurar inmensa gloria al Pelida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón; pues el padre Cronida me quitará la vida en la senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. Y cuando, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo bronce o con arma arrojadiza, los voraces perros que con comida de mi mesa crié en el palacio para que lo guardasen, despedazarán mi cuerpo en la puerta exterior, beberán mi sangre, y, saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido atravesado en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda verse, todo es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destrocen la cabeza y la barba encanecidas y las partes verendas de un anciano muerto en la guerra, es lo más triste de cuanto les puede ocurrir a los míseros mortales.

77 Así se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas; pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, desnudó el seno, mostróle el pecho, y derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras:

82 *Hécabe.*—¡Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no podré llorarte en tu lecho, querido pimpollo a quien parí, y tampoco podrá hacerlo tu rica esposa; porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves argivas.

90 De esta manera Príamo y Hécabe hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas súplicas, sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquileo, que ya se acercaba. Como silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante su guarida a un hombre y, con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la entrada de la cueva; así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que arrimó el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

Biblioteca Nacional de España

99 *Héctor.*—¡Ay de mí! Si transpongo las puertas y el muro, el primero en dirigirme baldones será Polidamante, el cual me aconsejaba que trajera el ejército a la ciudad la noche funesta en que el divinal Aquileo decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir—mucho mejor hubiera sido aceptar su consejo,—y ahora que he causado la ruina del ejército con mi imprudencia, temo a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y que alguien menos valiente que yo exclame: «Héctor, fiado en su pujanza, perdió las tropas.» Así hablarán; y preferible fuera volver a la población después de matar a Aquileo, o morir gloriosamente delante de ella. ¿Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuentro del irreprensible Aquileo, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilión en las cóncavas naves, que esto fué lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?... Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión ni respeto, me mataría inerme, como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es mantener con él, desde una encina o desde una roca, un coloquio, como un mancebo y una doncella; como un mancebo y una doncella suelen mantener. Mejor será empezar el combate cuanto antes, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria.

131 Tales pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le acercó Aquileo, igual a Enialio, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión sobre el hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce que brillaba como el resplandor del encendido fuego o del sol naciente. Héctor, al verle, se puso a temblar y ya no pudo permanecer allí; sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Pelida, confiando en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo. Como en el monte el gavilán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma; ésta huye con tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola repetidas veces, porque su ánimo le incita a cogerla; así Aquileo volaba enardecido y Héctor movía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Troya. Corrían siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el lugar ventoso donde estaba el cabrahigo; y llegaron a los dos cristalinos manantiales, que son las fuentes del Escamandro voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el humo como si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el verano como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por allí pasaron, el uno huyendo y el otro persiguiéndole: delante, un valiente huía, pero otro más fuerte le perseguía con ligereza; porque la contienda no era por una víctima o una piel de buey, premios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino por la vida de Héctor, domador

Biblioteca Nacional de España

de caballos. Como los solípedos corceles que toman parte en los juegos en honor de un difunto, corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como premio importante un trípode o una mujer; de semejante modo, aquéllos dieron tres veces la vuelta a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los contemplaban. Y Zeus, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

168 *Zeus.*—¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi corazón se compadece de Héctor que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio en las cumbres del Ida, en valles abundoso, y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino Aquileo le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, deliberad, oh dioses, y decidid si le salvaremos de la muerte o dejaremos que, a pesar de ser esforzado, sucumba a manos del Pelida Aquileo.

177 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

178 *Atenea.*—¡Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De nuevo quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

182 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

183 *Zeus.*—Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas.

186 Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Atenea bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo.

188 Entre tanto, el veloz Aquileo perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el perro va en el monte por valles y cuestas tras el cervatillo que levantó de la cama, y si éste se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que nuevamente lo descubre; de la misma manera, el Pelión, de pies ligeros, no perdía de vista a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al pie de las torres bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas; otras tantas Aquileo, adelantándosele, lo apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin descanso cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al perseguido, ni éste huir de aquél; de igual manera, ni Aquileo con sus pies podía dar alcance a Héctor, ni Héctor escapar de Aquileo. ¿Y cómo Héctor se hubiera librado entonces de las Parcas de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por la postrera y última vez, no le hubiese dado fuerzas y agilitado sus rodillas?

205 El divino Aquileo hacía con la cabeza señales negativas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la gloria de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los manantiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes de la muerte que tiende a lo largo—la de Aquileo y la de Héctor, domador de caballos;—cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió

Biblioteca Nacional de España

hasta el Hades. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, se acercó al Pelión, y le dijo estas aladas palabras:

216 *Atenea.*—Espero, oh esclarecido Aquileo, caro a Zeus, que nosotros dos procuraremos a los aqueos inmensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea infatigable en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga Apolo, el que hiere de lejos, postrándose a los pies del padre Zeus, que lleva la égida. Párate y respira; e iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente.

224 Así habló Atenea. Aquileo obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo en seguida, apoyándose en el arrimo de la pica de asta de fresno y broncínea punta. La diosa dejóle y fué a encontrar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, llegóse al héroe y pronunció estas aladas palabras:

229 *Atenea.*—¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquileo, persiguiéndote con ligero pie alrededor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque.

232 Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco:

233 *Héctor.*—¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos hijos de Hécabe y de Príamo; pero desde ahora hago cuenta de tenerte en mayor aprecio, porque al verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro.

238 Contestó Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

239 *Atenea.*—¡Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos—¡de tal modo tiemblan todos!;—pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar reposo a la pica, para que veamos si Aquileo nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a las cóncavas naves, o sucumbe vencido por tu lanza.

246 Así diciendo, Atenea, para engañarle, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, el de tremolante casco:

250 *Héctor.*—No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces dí la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquileo, entregaré el cadáver a los aqueos. Pórtate tú conmigo de la misma manera.

260 Mirándole con torva faz, respondió Aquileo, el de los pies ligeros:

261 *Aquileo.*—¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros; tampoco puede haber entre nosotros

Biblioteca Nacional de España

ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la pica.

273 En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse la broncínea lanza en el suelo, y Palas Atenea la arrancó y devolvió a Aquileo, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Pelión:

279 *Héctor.*—¡Erraste el golpe, oh Aquileo, semejante a los dioses! Nada te había revelado Zeus acerca de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que toda ella penetrara en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los teucros, si tú murieses; porque eres su mayor azote.

289 Así habló; y blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro; pues dió un bote en medio del escudo del Pelida. Pero la lanza fué rechazada por la rodela, y Héctor se irritó al ver que aquélla había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su lado. Entonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó:

297 *Héctor.*—¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fué Atenea quien me engañó. Cercana tengo la perniciosa muerte que ni tardará, ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde hace tiempo, a Zeus y a su hijo, el que hiere de lejos; los cuales, benévolos para conmigo, me salvaban de los peligros. Ya la Parca me ha cogido. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros.

306 Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquileo embistióle, a su vez, con el corazón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Hefesto había colocado en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche; de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquileo, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia.

Biblioteca Nacional de España

Éste lo tenía protegido por la excelente armadura de bronce que quitó a Patroclo después de matarle, y sólo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquileo envasóle la pica a Héctor que ya le atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el garguero con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquileo se jactó del triunfo, diciendo:

331 *Aquileo.*—¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros y las aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres.

336 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

337 *Héctor.*—Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

344 Mirándole con torva faz, le contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

345 *Aquileo.*—No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni aun así, la veneranda madre que te dió a luz te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo.

355 Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco:

356 *Héctor.*—Bien te conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Febo Apolo te darán la muerte, no obstante tu valor, en las puertas Esceas.

361 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquileo le dijo, aunque muerto le viera:

365 *Aquileo.*—¡Muere! Y yo recibiré la Parca cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino.

367 Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los hombros las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron todos el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirle. Y hubo quien, contemplándole, habló así a su vecino:

373 *Una voz.*—¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando incendió las naves con el ardiente fuego.

375 Así algunos hablaban, y acercándose le herían. El divino Aquileo, lige-

Biblioteca Nacional de España

ro de pies, tan pronto como hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció estas aladas palabras:

378 *Aquileo.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Ya que los dioses nos concedieron vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, ea, sin dejar las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los troyanos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a quedarse todavía a pesar de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no le olvidaré, mientras me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Hades se olvida a los muertos, aun allí me acordaré del compañero amado. Ahora, ea, volvamos, cantando el peán, a las cóncavas naves, y llevémonos este cadáver. Hemos ganado una gran victoria: matamos al divino Héctor, a quien dentro de la ciudad los troyanos dirigían votos cual si fuese un dios.

395 Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y le ató al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica armadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado; la negra cabellera se esparcía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía toda en el polvo; porque Zeus la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

405 Así toda la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que toda la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado por el pesar, quería salir por las puertas Dardanias; y revolcándose en el estiércol, les suplicaba a todos llamando a cada varón por sus respectivos nombres:

416 *Príamo.*—Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de la ciudad, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso respete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le engendró y crió para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado más pesares. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero no me lamento tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya pérdida me causa el vivo dolor que me precipitará en el Hades: por Héctor, que hubiera debido morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la infortunada madre que le dió a luz y yo mismo.

429 Así habló llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécabe comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

431 *Hécabe.*—¡Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué, después de haber padecido terribles penas, seguiré viviendo ahora que has muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo para mí y el baluarte de todos, de los

Biblioteca Nacional de España

troyanos y de las troyanas, que te saludaban como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya la muerte y la Parca te alcanzaron.

437 Así dijo llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún veraz mensajero le llevó la noticia de que su marido se quedara fuera de las puertas; y en lo más hondo del alto palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. Había mandado en su casa a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un trípode grande, para que Héctor se bañase en agua caliente al volver de la batalla. ¡Insensata! Ignoraba que Atenea, la de ojos de lechuza, le había hecho sucumbir muy lejos del baño a manos de Aquileo. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre, estremeciéronse sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

450 *Andrómaca.*—Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el corazón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumecen: algún infortunio amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero mucho temo que el divino Aquileo haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le persiga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque jamás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba mucho y en bravura a nadie cedía.

460 Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón; y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo; en seguida vió a Héctor arrastrado delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo arrastraban despiadadamente hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los vistosos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la áurea Afrodita le había dado el día en que Héctor se la llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una gran dote. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la sostenían aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconsuelo dijo entre las troyanas:

477 *Andrómaca.*—¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Tebas, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú desciendes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni él el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los mojones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, dirígese a los amigos de su padre, tirán-

Biblioteca Nacional de España

doles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándole con injuriosas voces: «¡Vete, enhoramala!, le dice, que tu padre no come a escote con nosotros.» Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía medula y grasa pingüe de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así porque sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los perros se hayan saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves, lejos de tus padres; habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas, que las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; y ya que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas.

515 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXIII

JUEGOS EN HONOR DE PATROCLO

ASÍ gemían los teucros en la ciudad. Los aqueos, una vez llegados a las naves y al Helesponto, se fueron a sus respectivos bajeles. Pero a los mirmidones no les permitió Aquileo que se dispersaran; y puesto en medio de los belicosos compañeros, les dijo:

6 *Aquileo.*—¡Mirmidones, de rápidos corceles, mis compañeros amados! No desatemos del yugo los solípedos corceles; acerquémonos con ellos y los carros a Patroclo, y llorémosle, que éste es el honor que a los muertos se les debe. Y cuando nos hayamos saciado de triste llanto, desunciremos los caballos y aquí mismo cenaremos todos.

12 Así habló. Ellos seguían a Aquileo en compacto grupo y gemían con frecuencia. Y sollozando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermoso pelo: Tetis se hallaba entre los guerreros y les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas quedaron las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. ¡Tal era el héroe, causa de fuga para los enemigos, de quien entonces padecían soledad! Y el Pelida comenzó entre ellos el funeral lamento colocando sus manos homicidas sobre el pecho de su amigo:

19 *Aquileo.*—¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te prometiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para que lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, por la cólera que me causó tu muerte.

24 Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, lo tendió boca abajo en el polvo, cabe al lecho del Menetíada. Quitáronse todos la luciente armadura de bronce, desuncieron los corceles de sonoros relinchos, y sentáronse en gran número cerca de la nave del Eácida, el de los pies ligeros, que les dió un banquete funeral espléndido. Muchos bueyes blancos, ovejas y balantes cabras palpitaban al ser degollados con el hierro; gran copia de grasos puercos, de albos dientes, se asaban, extendidos sobre la llama de Hefesto; y en torno del cadáver la sangre corría en abundancia por todas partes.

35 Los reyes aqueos llevaron al Pelida, el de los pies ligeros, que tenía el corazón afligido por la muerte del compañero, a la tienda de Agamenón Atrida, después de persuadirle con mucho trabajo; ya en ella, mandaron a los heraldos, de voz sonora, que pusieran al fuego un gran trípode por si lograban

Biblioteca Nacional de España

que aquél se lavase las manchas de sangre y polvo. Pero Aquileo se negó obstinadamente, e hizo, además, un juramento:

43 *Aquileo.*—¡No, por Zeus, que es el supremo y más poderoso de los dioses! No es justo que el baño moje mi cabeza hasta que ponga a Patroclo en la pira, le erija un túmulo y me corte la cabellera; porque un pesar tan grande no volverá jamás a sentirlo mi corazón mientras me cuente entre los vivos. Ahora celebremos el triste banquete; y cuando se descubra la aurora, manda, oh rey de hombres Agamenón, que traigan leña y la coloquen como conviene a un muerto que baja a la región sombría, para que pronto el fuego infatigable consuma y haga desaparecer de nuestra vista el cadáver de Patroclo, y los guerreros vuelvan a sus ocupaciones.

54 Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Dispuesta con prontitud la cena, comieron todos, y nadie careció de su respectiva porción. Mas después que hubieron satisfecho de comida y de bebida al apetito, se fueron a dormir a sus tiendas. Quedóse el Pelida con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la ventosa Ilión. Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un todo a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquileo, le dijo estas palabras:

69 *El alma de Patroclo.*—¿Duermes, Aquileo, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; pues ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquileo semejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquileo, que pongan tus huesos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que Menetio me llevó de Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio—cuando encolerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamante,—y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu escudero; así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dió tu veneranda madre, guarde nuestros huesos.

93 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

94 *Aquileo.*—¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.

Biblioteca Nacional de España

99 En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquileo se levantó atónito, dió una palmada y exclamó con voz lúgubre:

103 *Aquileo.*—¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía.

108 Así dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del cadáver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos para ir por leña; y a su frente se puso un varón excelente, Meríones, escudero del valeroso Idomeneo. Los mulos iban delante; tras ellos caminaban los hombres, llevando en sus manos hachas de cortar madera y sogas bien torcidas; y así subieron y bajaron cuestas, y recorrieron atajos y veredas. Mas, cuando llegaron a los bosques del Ida, abundante en manantiales, se apresuraron a cortar con el afilado bronce encinas de alta copa que caían con estrépito. Los aqueos las partieron en rajas y las cargaron sobre los mulos. En seguida éstos, midiendo con sus pasos la tierra, volvieron atrás por los espesos matorrales, deseosos de regresar a la llanura. Todos los leñadores llevaban troncos, porque así lo había ordenado Meríones, escudero del valeroso Idomeneo. Y los fueron dejando sucesivamente en un sitio de la orilla del mar, que Aquileo indicó para que allí se erigiera el gran túmulo de Patroclo y de sí mismo.

127 Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos juntos y aguardaron. Aquileo mandó en seguida a los belicosos mirmidones que tomaran las armas y uncieran los caballos; y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los caudillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguíales la nube de la copiosa infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto de cabello que en su honor se habían cortado. El divino Aquileo sosteníale la cabeza, y estaba triste porque despedía para el Hades al eximio compañero.

138 Cuando llegaron al lugar que Aquileo les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y en seguida amontonaron abundante leña. Entonces el divino Aquileo, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba espléndida para ofrecerla al río Esperquio; y exclamó, apenado, fijando los ojos en el vinoso ponto:

144 *Aquileo.*—¡Esperquio! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra patria, me cortaría la cabellera en tu honor y te inmolaría una sacra hecatombe de cincuenta carneros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a ti consagrados. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como no he de volver a la tierra patria, daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve consigo.

152 Habiendo hablado así, puso la cabellera en las manos del compañero querido, y a todos les excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara

Biblioteca Nacional de España

el sol al ponerse, si Aquileo no se hubiese acercado a Agamenón para decirle:

156 *Aquileo.*—¡Atrida! Puesto que la gente aquea te obedecerá más que a nadie, y tiempo habrá para saciarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; y de lo que resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial honrar al muerto. Quédense tan sólo los caudillos.

161 Al oírlo, el rey de hombres Agamenón despidió la gente para que volviera a las naves bien proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaron leña, levantaron una pira de cien pies por lado, y, con el corazón afligido, pusieron en lo alto de ella el cuerpo de Patroclo. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y flexípedes bueyes de curvas astas; y el magnánimo Aquileo tomó la grasa de aquéllas y de éstos, cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos desollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de aceite, y las abocó al lecho; y exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro corceles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y degollando a dos, echólos igualmente en la pira. Siguiéronles doce hijos valientes de troyanos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón acciones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la devorara, gimió y nombró al compañero amado:

179 *Aquileo.*—¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometí. El fuego devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priámida no le entregaré a la hoguera para que lo consuma, sino a los perros.

184 Así dijo en son de amenaza. Pero los canes no se acercaron a Héctor. La diosa Afrodita, hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite rosado para que Aquileo no lo lacerase al arrastrarlo. Y Febo Apolo cubrió el espacio ocupado por el muerto con una sombría nube que hizo pasar del cielo a la llanura, a fin de que el ardor del sol no secara el cuerpo, con sus nervios y miembros.

192 En tanto, la pira en que se hallaba el cadáver de Patroclo no ardía. Entonces el divino Aquileo, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: apartóse de la pira, oró a los vientos Bóreas y Céfiro y votó ofrecerles solemnes sacrificios; y haciéndoles repetidas libaciones con una copa de oro, les rogó que acudieran para que la leña ardiese bien y los cadáveres fueran consumidos prestamente por el fuego. La veloz Iris oyó las súplicas, y fué a avisar a los vientos, que estaban reunidos celebrando un banquete en la morada del impetuoso Céfiro. Iris llegó corriendo y se detuvo en el umbral de piedra. Así que la vieron, levantáronse todos, y cada uno la llamaba a su lado. Pero ella no quiso sentarse, y pronunció estas palabras:

205 *Iris.*—No puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de los etíopes, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte en los sacrificios. Aquileo ruega al Bóreas y al estruendoso Céfiro, prometiéndoles solemnes sacrificios, que vayan y ha-

Biblioteca Nacional de España

gan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los aqueos todos.
212 Habló así y fuése. Los vientos se levantaron con inmenso ruido, esparciendo las nubes; pasaron por cima del ponto, y las olas crecían al impulso del sonoro soplo; llegaron, por fin, a la fértil Troya, cayeron en la pira y el fuego abrasador bramó grandemente. Durante toda la noche, los dos vientos, soplando con agudos silbidos, agitaron la llama de la pira; durante toda la noche, el veloz Aquileo, sacando vino de una cratera de oro, con una copa de doble asa, lo vertió y regó la tierra, e invocó el alma del mísero Patroclo. Como solloza un padre, quemando los huesos del hijo recién casado, cuya muerte ha sumido en el dolor a sus progenitores; de igual modo sollozaba Aquileo al quemar los huesos del amigo; y arrastrándose en torno de la hoguera, gemía sin cesar.
226 Cuando el lucero de la mañana apareció sobre la tierra, anunciando el día, y poco después la aurora, de azafranado velo, se esparció por el mar, apagábase la hoguera y moría la llama. Los vientos regresaron a su morada por el ponto de Tracia, que gemía a causa de la hinchazón de las olas alborotadas, y el Pelida, habiéndose separado un poco de la pira, acostóse, rendido de cansancio, y el dulce sueño le venció. Pronto los caudillos se reunieron en gran número alrededor del Atrida; y el alboroto y ruido que hacían al llegar, despertaron a Aquileo. Incorporóse el héroe; y, sentándose, les dijo estas palabras:
236 *Aquileo.*—¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Primeramente apagad con negro vino cuanto de la pira alcanzó la violencia del fuego; recojamos después los huesos de Patroclo Menetíada, distinguiéndolos bien—fácil será reconocerlos, porque el cadáver estaba en medio de la pira y en los extremos se quemaron confundidos hombres y caballos,—y pongámoslos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa, donde se guarden hasta que yo descienda al Hades. Quiero que le erijáis un túmulo no muy grande, sino cual corresponde al muerto; y más adelante, aqueos, los que estéis vivos en las naves de muchos bancos cuando yo muera, hacedlo anchuroso y alto.
249 Así dijo, y ellos obedecieron al Pelión, de pies ligeros. Primeramente apagaron con negro vino la parte de la pira a que alcanzó la llama, y la ceniza cayó en abundancia; después recogieron, llorando, los blancos huesos del dulce amigo y los encerraron en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa; dejaron la urna en la tienda, tendiendo sobre la misma un sutil velo; trazaron el ámbito del túmulo en torno de la pira; echaron los cimientos, e inmediatamente amontonaron la tierra que antes habían excavado. Y, erigido el túmulo, volvieron a su sitio. Aquileo detuvo al pueblo y le hizo sentar, formando un gran circo; y al momento sacó de las naves, para premio de los que vencieren en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, mujeres de hermosa cintura, y luciente hierro.
262 Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara, se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en su vientre un feto de mulo; para el terce-

Biblioteca Nacional de España

ro, una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y para el quinto, un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. Y estando en pie, dijo a los argivos:

272 *Aquileo.*—¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios que en medio he colocado, son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me llevaría a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los demás, porque son inmortales: Posidón se los regaló a mi padre Peleo, y éste me los ha dado a mí. Pero yo me quedaré, y también los solípedos corceles, porque perdieron al ilustre y benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de lavarlos con agua pura. Ambos, habiéndose quedado quietos, sienten soledad de él; y con las crines colgando hasta tocar la tierra, permanecen en pie y afligidos en su corazón. ¡Adelantaos, pues, los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros!

287 Así habló el Pelida, y los veloces aurigas se reunieron. Levantóse mucho antes que nadie el rey de hombres Eumelo, hijo amado de Admeto, que descollaba en el arte de guiar el carro. Presentóse después el fuerte Diomedes Tidida, el cual puso el yugo a los corceles de Tros que había quitado a Eneas cuando Apolo salvó a este héroe. Alzóse luego el rubio Menelao Atrida, del linaje de Zeus, y unció al carro una yegua y un caballo veloces: Eta, propia de Agamenón, y Podargo, que era suyo. Había dado la yegua a Agamenón, como presente, Equepolo, hijo de Anquises, por no seguirle a la ventosa Ilión y gozar tranquilo en la vasta Sición, donde moraba, de la abundante riqueza que Zeus le había concedido; ésta fué la yegua que Menelao unció al yugo, la cual estaba deseosa de correr.—Fué el cuarto en aparejar los corceles de hermoso pelo Antíloco, hijo ilustre del magnánimo rey Néstor Nelida: de su carro tiraban caballos de Pilos, de pies ligeros. Y su padre se le acercó y empezó a darle buenos consejos, aunque no le faltaba inteligencia:

306 *Néstor.*—¡Antíloco! Si bien eres joven, Zeus y Posidón te quieren y te han enseñado todo el arte del auriga. No es preciso, por tanto, que yo te instruya. Sabes perfectamente cómo los caballos deben dar la vuelta en torno de la meta; pero tus corceles son los más lentos en correr, y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte. Empero, si otros caballos son más veloces, sus conductores no te aventajan en obrar sagazmente. Ea, pues, querido, piensa en emplear toda clase de habilidades para que los premios no se te escapen. El leñador más hace con la habilidad que con la fuerza; con su habilidad el piloto gobierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos; y con su habilidad puede un auriga vencer a otro. El que confía en sus caballos y en su carro, les hace dar vueltas imprudentemente acá y acullá, y luego los corceles divagan en la carrera y no los puede sujetar; mas el que conoce los arbitrios del arte y guía caballos inferiores, clava los ojos continuamente en la meta, da la vuelta cerca de la misma, y no le pasa inadvertido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey: así los domina siempre, a la vez que observa a quien le precede. La meta de ahora es muy fácil de conocer,

Biblioteca Nacional de España

y voy a indicártela para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de pino, que la lluvia no ha podrido aún, sobresale un codo de la tierra; encuéntranse a uno y otro lado del mismo, cuando el camino acaba, sendas piedras blancas; y luego el terreno es llano por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe de haber pertenecido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió, o fué puesto como mojón por los antiguos; y ahora el divino Aquileo, el de los pies ligeros, lo ha elegido por meta. Acércate a ésta y den la vuelta casi tocándola carro y caballos; y tú inclínate en el fuerte asiento hacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado, aflojándole las riendas. El caballo izquierdo se aproxime tanto a la meta, que parezca que el cubo de la bien construida rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: no sea que hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la confusión de ti mismo. Procura, oh querido, ser cauto y prudente. Pero, si aguijando los caballos, logras dar la vuelta a la meta, ya nadie se te podrá anticipar ni alcanzarte siquiera, aunque guíe al divino Arión—el veloz caballo de Adrasto, que descendía de un dios—o sea arrastrado por los corceles de Laomedonte, que se criaron aquí tan excelentes.

349 Así dijo Néstor Nelida, y volvió a sentarse cuando hubo enterado a su hijo de lo más importante de cada cosa.

351 Meríones fué el quinto en aparejar los caballos de hermoso pelo. Subieron los aurigas a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquileo. Salió primero la de Antíloco Nestórida; después, la del rey Eumelo; luego, la de Menelao Atrida, famoso por su lanza; en seguida, la de Meríones; y por último, la del Tidida, que era el más hábil. Pusiéronse en fila, y Aquileo les indicó la meta a lo lejos, en el terreno llano; y encargó a Fénix, escudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la carrera, a fin de que, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese, les dijese luego la verdad.

362 Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los animaron con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con suma rapidez; la polvareda que levantaban envolvíales el pecho como una nube o un torbellino, y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban al fértil suelo, y otras daban saltos en el aire; los aurigas permanecían en los asientos con el corazón palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos volaban, levantando polvo, por la llanura.

373 Mas, cuando los veloces caballos llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya volvían hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor, pues todos aquéllos empezaron a galopar. Venían delante las yeguas, de pies ligeros, de Eumelo Feretíada. Seguíanlas los caballos de Diomedes, procedentes de los de Tros; y estaban tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento calentaban la espalda y anchos hombros de Eumelo, y volaban poniendo la cabeza sobre el mismo. Diomedes le hubiera pasado delante, o por lo menos hubiera conseguido que la victoria

Biblioteca Nacional de España

quedase indecisa si Febo Apolo, que estaba irritado con el hijo de Tideo, no le hubiese hecho caer de las manos el lustroso látigo. Afligióse el héroe, y las lágrimas humedecieron sus ojos al ver que las yeguas corrían más que antes, y en cambio sus caballos aflojaban, porque ya no sentían el azote. No le pasó inadvertido a Atenea que Apolo jugara esta treta al Tidida; y corriendo hacia el pastor de hombres, devolvióle el látigo, a la vez que daba nuevos bríos a sus caballos. Y la diosa, irritada, se encaminó al momento hacia el hijo de Admeto y le rompió el yugo: cada yegua se fué por su lado, fuera de camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda, hirióse en los codos, boca y narices, se rompió la frente por encima de las cejas, se le arrasaron los ojos de lágrimas, y la voz, vigorosa y sonora, se le cortó. El Tidida guió los solípedos caballos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque Atenea dió vigor a sus corceles y le concedió a él la gloria del triunfo. Seguíale el rubio Menelao Atrida. E inmediato a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre:

403 *Antíloco.*—Corred y alargad el paso cuanto podáis. No os mando que compitáis con aquéllos, con los caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dió ligereza, concediéndole a él la gloria del triunfo. Mas alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis rezagados para que no os avergüence Eta con ser hembra. ¿Por qué os atrasáis, excelentes caballos? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el palacio de Néstor, pastor de hombres, y éste os matará en seguida con el agudo bronce si por vuestra desidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo pensaré cómo, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el camino; no se me escapará la ocasión.

417 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más diligentemente un breve rato. Pronto el belicoso Antíloco alcanzó a descubrir el punto más estrecho del camino—había allí una hendedura de la tierra, producida por el agua estancada durante el invierno, la cual robó parte de la senda y cavó el suelo,—y por aquel sitio guiaba Menelao sus corceles, procurando evitar el choque con los demás carros. Pero Antíloco, torciendo la rienda a sus caballos, sacó el carro fuera del camino, y por un lado y de cerca seguía a Menelao. El Atrida temió un choque, y le dijo gritando:

426 *Menelao.*—¡Antíloco! De temerario modo guías el carro. Detén los corceles; que ahora el camino es angosto, y en seguida, cuando sea más ancho, podrás ganarme la delantera. No sea que choquen los carros y seas causa de que recibamos daño.

429 Así dijo. Pero Antíloco, como si no le oyese, hacía correr más a sus caballos picándolos con el aguijón. Cuanto espacio recorre el disco que tira un joven desde lo alto de su hombro para probar la fuerza, tanto aquéllos se adelantaron. Las yeguas del Atrida cejaron, y él mismo, voluntariamente, dejó de avivarlas; no fuera que los solípedos caballos, tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y ellos cayeran en el polvo por el anhelo de alcanzar la victoria. Y el rubio Menelao, reprendiendo a Antíloco, exclamó:

439 *Menelao.*—¡Antíloco! Ningún mortal es más funesto que tú. Ve enhora-

Biblioteca Nacional de España

mala; que los aqueos no estábamos en lo cierto cuando te teníamos por sensato. Pero no te llevarás el premio sin que antes jures.

442 Después de hablar así, animó a sus caballos con estas palabras:

443 *Menelao.*—No aflojéis el paso, ni tengáis el corazón afligido. A aquéllos se les cansarán los pies y las rodillas antes que a vosotros, pues ya ambos pasaron de la edad juvenil.

446 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más diligentemente, y pronto se hallaron cerca de los otros.

448 Los argivos, sentados en el circo, no quitaban los ojos de los caballos; y éstos volaban, levantando polvo por la llanura. Idomeneo, caudillo de los cretenses, fué quien distinguió antes que nadie los primeros corceles que llegaban; pues era el que estaba en el sitio más alto por haberse sentado en un altozano, fuera del circo. Oyendo desde lejos la voz del auriga que animaba a los corceles, la reconoció; y al momento vió que corría, adelantándose a los demás, un caballo magnífico, todo bermejo, con una mancha en la frente, blanca y redonda como la luna. Y poniéndose en pie, dijo estas palabras a los argivos:

457 *Idomeneo.*—¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Veo los caballos yo solo o también vosotros? Paréceme que no son los mismos de antes los que vienen delanteros, ni el mismo el auriga: deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que poco ha eran vencedoras. Las vi cuando doblaban la meta; pero ahora no puedo distinguirlas, aunque registro con mis ojos todo el campo troyano. Quizás las riendas se le fueron al auriga, y, siéndole imposible gobernar las yeguas al llegar a la meta, no dió felizmente la vuelta: me figuro que habrá caído, el carro estará roto, y las yeguas, dejándose llevar por su ánimo enardecido, se habrán echado fuera del camino. Pero levantaos y mirad, pues yo no lo distingo bien: paréceme que el que viene delante es un varón etolo, el fuerte Diomedes, hijo de Tideo, domador de caballos, que reina sobre los argivos.

473 Y el veloz Ayante de Oileo increpóle con injuriosas voces:

474 *Ayante de Oileo.*—¡Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de lo debido? Las voladoras yeguas vienen corriendo a lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más joven de los argivos, ni tu vista es la mejor; pero siempre hablas mucho y sin substancia. Preciso es que no seas tan gárrulo, estando presentes otros que te son superiores. Esas yeguas que aparecen las primeras, son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas.

482 El caudillo de los cretenses le respondió enojado:

483 *Idomeneo.*—Ayante, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo de los argivos a causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro al Atrida Agamenón para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen delante y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.

488 Así habló. En seguida el veloz Ayante de Oileo se alzó colérico para contestarle con palabras duras. Y la contienda habría pasado más adelante entre ambos, si el propio Aquileo, levantándose, no les hubiese dicho:

492 *Aquileo.*—¡Ayante e Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pe-

Biblioteca Nacional de España

sadas, porque no es decoroso; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así lo hiciera. Sentaos en el circo y fijad la vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la victoria, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados.

499 Así dijo; el Tidida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba a los corceles, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto los pies, recorrían velozmente el camino y rociaban de polvo al auriga. El carro, guarnecido de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no dejaban huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando Diomedes llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del pecho de los corceles hasta el suelo, y el héroe, saltando a tierra, dejó el látigo colgado del yugo. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el premio y lo entregó a los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva a la tienda y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro a los corceles.

514 Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había anticipado a Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro; pero, así y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuanto el corcel dista de las ruedas del carro en que lleva a su señor por la llanura (las últimas cerdas de la cola tocan la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo inmenso): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues si bien al principio se quedó a la distancia de un tiro de disco, pronto volvió a alcanzarle porque el fuerte vigor de la yegua de Agamenón, de Eta, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera hubiese sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria.—Meríones, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como a un tiro de lanza; pues sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar el carro en un certamen.—Presentóse, por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso carro y conduciendo por delante los caballos. Al verle, el divino Aquileo, el de los pies ligeros, se compadeció de él, y dirigió a los argivos estas aladas palabras:

536 *Aquileo.*—Viene el último con los solípedos caballos el varón que más descuella en guiarlos. Ea, démosle, como es justo, el segundo premio, y llévese el primero el hijo de Tideo.

539 Así habló y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua—pues los aqueos lo aprobaban,—si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera levantado para decir con razón al Pelida Aquileo:

544 *Antíloco.*—¡Oh Aquileo! Mucho me irritaré contigo si llevas al cabo lo que dices. Vas a quitarme el premio, atendiendo a que recibieron daño su carro y los veloces corceles y él es esforzado; pero tenía que rogar a los inmortales y no habría llegado el último de todos. Si le compadeces y es grato a tu corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees bronce, rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un premio

Biblioteca Nacional de España

aún mejor que éste, para que los aqueos te alaben. Pero la yegua no la daré, y pruebe de quitármela quien desee llegar a las manos conmigo.

555 Así habló. Sonrióse el divino Aquileo, el de los pies ligeros, holgándose de que Antíloco se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole estas aladas palabras:

558 *Aquileo.*—¡Antíloco! Me ordenas que dé a Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así lo haré. Voy a entregarle la coraza de bronce que quité a Asteropeo, la cual tiene en sus orillas una franja de luciente estaño, y constituirá para él un presente de valor.

563 Dijo, y mandó a Automedonte, el compañero querido, que la sacara de la tienda; fué éste y llevósela; y Aquileo la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegremente.

566 Pero levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El heraldo le dió el cetro, y ordenó a los argivos que callaran. Y el varón igual a un dios habló diciendo:

570 *Menelao.*—¡Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y atropellaste mis corceles, haciendo pasar delante a los tuyos, que son mucho peores. ¡Ea, capitanes y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente a entrambos: no sea que alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, exclame: «Menelao, violentando con mentiras a Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, a pesar de la inferioridad de sus corceles, por ser más valiente y poderoso.» Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que ningún dánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco, alumno de Zeus, ven aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo en la mano el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura, por el que ciñe y sacude la tierra, que si detuviste mi carro fué involuntariamente y sin dolo.

586 Respondióle el prudente Antíloco:

587 *Antíloco.*—Perdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente. No te son desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido y su juicio escaso. Apacígüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he recibido; y si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferiría dártelo en seguida, oh alumno de Zeus, a perder para siempre tu afecto y ser culpable delante de los dioses.

596 Así habló el hijo del magnánimo Néstor, y conduciendo la yegua adonde estaba el Atrida, se la puso en la mano. A éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de las espigas cuando las mieses crecen y los campos se erizan; del mismo modo, oh Menelao, tu espíritu se bañó en gozo. Y respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:

602 *Menelao.*—¡Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has sido imprudente ni ligero y ahora la juventud venció a la razón. Absténte en lo sucesivo de querer engañar a los que te son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan pronto; pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano también; accederé, pues, a

Biblioteca Nacional de España

tus súplicas y te daré la yegua, que es mía, para que éstos sepan que mi corazón no fué nunca ni soberbio ni cruel.

612 Dijo; entregó a Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y tomó la reluciente caldera. Meríones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos de oro. Quedaba el quinto premio, el vaso con dos asas; y Aquileo levantólo, atravesó el circo, y lo ofreció a Néstor con estas palabras:

618 *Aquileo.*—Toma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, a quien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte ni en el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera; que ya te abruma la vejez penosa.

624 Así diciendo, se lo puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió con estas aladas palabras:

626 *Néstor.*—Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor de antes; ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al poderoso Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían celebrarse en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los magnánimos etolos, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de Énope, y en la lucha a Anceo Pleuronio, que osó afrontarme; en la carrera pasé delante de Ificlo, que era robusto; y en arrojar la lanza superé a Fileo y a Polidoro. Sólo los hijos de Áctor me dejaron atrás con su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria a causa de haberse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos gemelos, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los caballos, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Ahora los más jóvenes entren en las luchas; que ya debo ceder a la triste senectud, aunque entonces sobresaliera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo. Acepto gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que te acuerdas siempre del buen Néstor y no dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos. Las deidades te concedan por ello abundantes gracias.

651 Así habló; y el Pelida, oído todo el elogio que de él hizo el Nelida, fuése por entre la muchedumbre de los aqueos. En seguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al circo y ató en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que había de ser sufridora del trabajo; y puso para el vencido una copa de doble asa. Y estando en pie, dijo a los argivos:

658 *Aquileo.*—¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitemos a los dos varones que sean más diestros, a que levanten los brazos y combatan a puñadas por estos premios. Aquel a quien Apolo conceda la victoria, reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca a su tienda la mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa de doble asa.

664 Así habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: Epeo, hijo de Panopeo. Y poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo:

Biblioteca Nacional de España

667 *Epeo.*—Acérquese el que haya de llevarse la copa de doble asa, pues no creo que ningún aqueo consiga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorio de mantenerlo mejor que nadie. ¿No basta acaso que sea inferior a otros en la batalla? No es posible que un hombre sea diestro en todo. Lo que voy a decir se cumplirá: al campeón que se me oponga le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense aquí reunidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos.

676 Así se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó para luchar con él Eurípalo, varón igual a un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida; el cual fué a Tebas cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos. El Tidida, famoso por su lanza, animaba a Eurípalo con razones, pues tenía un gran deseo de que alcanzara la victoria, y le ayudaba a disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le dió unas bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, comparecieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los fornidos brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor brotaba de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dió un golpe en la mejilla de su rival que le espiaba; y Eurípalo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos miembros desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez en la orilla poblada de algas y las negras olas lo cubren en seguida; así Eurípalo, al recibir el golpe, dió un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo levantó; rodeáronle los compañeros y se lo llevaron del circo—arrastraba los pies, escupía espesa sangre y la cabeza se le inclinaba a un lado;—sentáronle entre ellos, desvanecido, y fueron a recoger la copa doble.

700 El Pelida sacó después otros premios para el tercer juego, la penosa lucha, y se los mostró a los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los aqueos apreciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores y valorada en cuatro bueyes, que sacó en medio de ellos. Y estando en pie, dijo a los argivos:

707 *Aquileo.*—Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

708 Así habló. Alzóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el ingenioso Odiseo, fecundo en ardides. Puesto el ceñidor, fueron a encontrarse en medio del circo y se cogieron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, al construir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, estrechadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el cuerpo; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ambos contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construido trípode. Pero ni Odiseo lograba hacer caer y derribar por el suelo a Ayante, ni éste a aquél, porque la gran fuerza de Odiseo se lo impedía. Y cuando los aqueos de hermosas grebas ya empezaban a cansarse de la lucha, dijo el gran Ayante Telamonio:

723 *Ayante Telamonio.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus, Odiseo, fecundo en ardides! Levántame, o te levantaré yo; y Zeus se cuidará del resto.

Biblioteca Nacional de España

725 Habiendo hablado así, lo levantaba; mas Odiseo no se olvidó de sus ardides, pues dándole por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al suelo, de espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al contemplarlo. Luego, el divino y paciente Odiseo alzó un poco a Ayante, pero no consiguió sostenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo, el uno cerca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por tercera vez, si Aquileo, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

735 *Aquileo.*—No luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria quedó por ambos. Recibid igual premio y retiraos para que entren en los juegos otros aquivos.

738 Así dijo. Ellos le escucharon y obedecieron; pues en seguida, después de haberse limpiado el polvo, vistieron la túnica.

740 El Pelida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una cratera de plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura a todas las de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los fenicios, después de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron a Toante; más tarde, Euneo Jasónida la dió al héroe Patroclo para rescatar a Licaón, hijo de Príamo; y entonces Aquileo la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuese más veloz en correr con los pies ligeros. Para el que llegase el segundo señaló un buey corpulento y pingüe, y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo a los argivos:

753 *Aquileo.*—Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

754 Así habló. Levantóse al instante el veloz Ayante de Oileo, después el ingenioso Odiseo, y por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía a todos los jóvenes. Pusiéronse en fila y Aquileo les indicó la meta. Empezaron a correr desde el sitio señalado, y el Oilíada se adelantó a los demás, aunque el divino Odiseo le seguía de cerca. Cuanto dista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve en su mano, mientras devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno, tan inmediato a Ayante corría el divinal Odiseo: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera en torno de las mismas y le echaba el aliento a la cabeza, corriendo siempre con suma rapidez. Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Odiseo por el deseo de alcanzar la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para terminar la carrera, Odiseo oró en su corazón a Atenea, la de ojos de lechuza:

770 *Odiseo.*—Óyeme, diosa, y ven a socorrerme propicia, dando a mis pies más ligereza.

771 Así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, y agilitóle los miembros todos y especialmente los pies y las manos. Ya iban a coger el premio, cuando Ayante, corriendo, dió un resbalón—pues Atenea quiso perjudicarle—en el lugar que habían llenado de estiércol los bueyes mugidores sacrificados por Aquileo, el de los pies ligeros, en honor de Patroclo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente Odiseo le pasó delante y se llevó

Biblioteca Nacional de España

la cratera; y el preclaro Ayante se detuvo, tomó el buey silvestre, y, asiéndolo por el asta, mientras escupía el estiércol, habló así a los argivos:

782 *Ayante de Oileo.*—¡Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquella que desde antiguo acorre y favorece a Odiseo cual una madre.

784 Así dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y dirigió estas palabras a los argivos:

787 *Antíloco.*—Os diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran a los hombres de más edad, hasta en los juegos. Ayante es un poco mayor que yo; Odiseo pertenece a la generación precedente, a los hombres antiguos, dicen que es ya de edad provecta, pero vigoroso, y contender con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea Aquileo.

793 Así dijo, ensalzando al Pelida, de pies ligeros. Aquileo respondióle con estas palabras:

795 *Aquileo.*—¡Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añado a tu premio medio talento de oro.

797 Así diciendo, se lo puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto continuo el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que eran las armas que Patroclo había quitado a Sarpedón. Y puesto en pie, dijo a los argivos:

802 *Aquileo.*—Invitemos a los dos varones que sean más esforzados, a que, vistiendo las armas y asiendo el tajante bronce, pongan a prueba su valor ante el concurso. Al primero que logre tocar el gallardo cuerpo de su adversario, le rasguñe el vientre atravesándole la armadura y le haga brotar la negra sangre, daréle esta magnífica espada tracia, tachonada con clavos de plata, que quité a Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes armas y les daremos un espléndido banquete en nuestra tienda.

811 Así dijo. Levantóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el fuerte Diomedes Tidida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la muchedumbre, fueron a encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y mirándose con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron frente a frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ayante dió un bote en el escudo liso del adversario, pero no pudo llegar a su cuerpo porque la coraza lo impidió. El Tidida intentaba alcanzar con la punta de la luciente lanza el cuello de aquél, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ayante, mandaron que cesara la lucha y ambos contendientes se llevaran igual premio; pero el héroe dió al Tidida la gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

826 Luego el Pelida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el forzudo Eetión: el divino Aquileo, el de los pies ligeros, mató a este príncipe y se llevó en las naves la bola con otras riquezas. Y puesto en pie, dijo a los argivos:

831 *Aquileo.*—¡Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola procurará al que venciere cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus fértiles campos; y sus pastores y labradores no tendrán que ir por hierro a la ciudad.

Biblioteca Nacional de España

Así habló. Levantóse en seguida el intrépido Polipetes; después, el vigoroso Leonteo, igual a un dios; luego, Ayante Telamoníada, y por fin, el divino Epeo. Pusiéronse en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla; y todos los aquivos se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Ares. El gran Ayante Telamonio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los anteriores tiros. Tomóla entonces el intrépido Polipetes y cuanta es la distancia a que llega el cayado cuando lo lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la bola el espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos del esforzado Polipetes, levantándose, llevaron a las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

Luego sacó Aquileo azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez hachas grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, a lo lejos, un mástil de navío después de atar en su punta, por el pie y con delgado cordel, una tímida paloma; e invitóles a tirarle saetas, diciendo:

Aquileo.—El que hiera a la tímida paloma, llévese a su casa todas las hachas grandes; el que acierte a dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas.

Así dijo. Levantóse en seguida el robusto caudillo Teucro y luego Meríones, esforzado escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y, agitándolas, salió primero la de Teucro. Éste arrojó al momento y con vigor una flecha, sin ofrecer a Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y si bien no tocó al ave—negóselo Apolo,—la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la cual se había atado a la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos aplaudieron. Meríones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó a la cuerda la flecha que de antemano tenía preparada, votó a Apolo sacrificarle una hecatombe de corderos primogénitos; y viendo a la tímida paloma que daba vueltas allá en lo alto del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino al suelo, a los pies de Meríones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, inclinó el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla cayó del mástil a lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Meríones tomó, por tanto, todas las diez hachas grandes, y Teucro se llevó a las cóncavas naves las pequeñas.

Luego el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta aún al fuego, que era del valor de un buey y estaba decorada con flores. Dos hombres diestros en arrojar la lanza se levantaron: el poderoso Agamenón Atrida, y Meríones, escudero esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquileo, el de los pies ligeros, les dijo:

Aquileo.—¡Atrida! Pues sabemos cuánto aventajas a todos y que así en la fuerza como en arrojar la lanza eres el más señalado, toma este premio y vuelve a las cóncavas naves. Y entregaremos la pica al héroe Meríones, si te place lo que te propongo.

Así habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquileo dió a Meríones la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al heraldo Taltibio.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXIV

RESCATE DE HÉCTOR

DISOLVIÓSE la junta y los guerreros se dispersaron por las veloces naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquileo lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerle: daba vueltas acá y allá, y con amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él había llevado al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrumpía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba inquieto por la orilla del mar. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de la aurora sobre el mar y sus riberas: entonces uncía al carro los ligeros corceles y, atando al mismo el cadáver de Héctor, arrastrábalo hasta dar tres vueltas al túmulo del difunto Menetíada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquileo no lacerase el cuerpo mientras lo llevaba por el suelo.

22 De tal manera Aquileo, enojado, insultaba al divino Héctor. Al contemplarlo, compadecíanse los bienaventurados dioses e instigaban al vigilante Argifontes a que hurtase el cadáver. A todos les gustaba tal propósito, menos a Hera, a Posidón y a la virgen de ojos de lechuza, que odiaban como antes a la sagrada Ilión, a Príamo y a su pueblo por la injuria que Alejandro había inferido a las diosas cuando fueron a su cabaña y declaró vencedora a la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando, después de la muerte de Héctor, llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

33 *Apolo.*—Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en vuestro honor muslos de bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento lo entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el contrario, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquileo, el cual concibe pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que, dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo

Biblioteca Nacional de España

perdió Aquileo la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquel a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse; porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquileo, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irritemos contra él, aunque sea valiente, porque enfureciéndose insulta a lo que tan sólo es ya insensible tierra.

55 Respondióle irritada Hera, la de los níveos brazos:

56 *Hera.*—Sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquileo y a Héctor los tuvierais en igual estima. Pero Héctor fué mortal y dióle el pecho una mujer; mientras que Aquileo es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crié y casé luego con Peleo, varón cordialmente amado por los inmortales. Todos los dioses presenciasteis la boda; y tú pulsaste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín, ¡oh amigo de los malos, siempre pérfido!

64 Replicó Zeus, el que amontona las nubes:

65 *Zeus.*—¡Hera! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilión, porque nunca se olvidó de dedicarnos agradables ofrendas. Jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor: es imposible que se haga a hurto de Aquileo, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas si alguno de los dioses llamase a Tetis para que se me acercara, yo le diría a ésta lo que fuere oportuno para que Aquileo, recibiendo los dones de Príamo, restituyera el cadáver.

77 Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; saltó al negro ponto entre Samos y la escarpada Imbros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó a lo profundo, como desciende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz que lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a otras muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa lloraba, en medio de ellas, la suerte de su hijo irreprensible, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

88 *Iris.*—Ven, Tetis, pues te llama Zeus, el conocedor de los eternales decretos.

89 Respondióle la diosa Tetis, de argénteos pies:

90 *Tetis.*—¿Por qué aquel gran dios me ordena que vaya? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto.

93 En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la playa, ascendieron al cielo y hallaron

Biblioteca Nacional de España

al largovidente Cronida con los demás felices sempiternos dioses congregados en torno suyo. Sentóse Tetis al lado de Zeus, porque Atenea le cedió el sitio, y Hera púsole en la mano una copa de oro y la consoló con palabras. Tetis devolvió la copa después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de los dioses comenzó a hablar de esta manera:

104 *Zeus.*—Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda acerca del cadáver de Héctor, y de Aquileo, asolador de ciudades, e instigaban al vigilante Argifontes a que hurtase el muerto; pero yo prefiero dar a Aquileo la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve en seguida al ejército y amonesta a tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndose retiene a Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman; por si, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré la diosa Iris al magnánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a Aquileo dones que aplaquen su enojo.

120 Así se expresó; y Tetis, la diosa de argénteos pies, no fué desobediente. Bajando en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado dentro de la tienda una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos:

128 *Tetis.*—¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni de la cama? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no has de vivir mucho tiempo; la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes a Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate.

138 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

139 *Aquileo.*—Sea así. Quien traiga el rescate, se lleve el muerto; ya que con ánimo benévolo el mismo Olímpico lo ha dispuesto.

141 De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Cronida envió a Iris a la sagrada Ilión:

144 *Zeus.*—¡Anda, ve, rápida Iris! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilión y dí al magnánimo Príamo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquileo dones que aplaquen su enojo. Vaya solo, sin que ningún troyano se le junte, y acompáñele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquileo. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo, pues le daremos por guía el Argifontes, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquileo. Y cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no le matará, e impedirá que los demás lo

Biblioteca Nacional de España

hagan. Pues Aquileo no es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante.

159 Así dijo. Levantóse Iris, la de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; y, en llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas, y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. Detúvose la mensajera de Zeus cerca de Príamo, y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo:

171 *Iris.*—Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquileo dones que aplaquen su enojo. Ve solo, sin que ningún troyano se te junte, acompañado de un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas, y conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquileo. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía el Argifontes, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquileo. Y cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te matará e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquileo no es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante.

188 Cuando esto hubo dicho, fuése Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la sujetaran con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y llamando a su esposa Hécabe, hablóle en estos términos:

194 *Príamo.*—¡Oh infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido, por orden de Zeus, a encargarme que vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquileo dones que aplaquen su enojo. Ea, dime: ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan vivamente a ir allá, a las naves, al campamento vasto de los aqueos.

200 Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos y respondió diciendo:

201 *Hécabe.*—¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquellos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos y presentarte ante los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor desde lejos, sentados en el palacio; ya que cuando le dí a luz, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincándole los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que

Biblioteca Nacional de España

ha hecho a mi hijo; que éste, cuando aquél le mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los troyanos y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el combate.

217 Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios:

218 *Príamo.*—No te opongas a mi resolución, ni me seas ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que viven en la tierra, aunque fuera adivino, arúspice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo mismo he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos, de broncíneas corazas, lo acepto: máteme Aquileo tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle.

228 Dijo; y, levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce palios blancos, y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y, por fin, sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fué, como embajador, a su país, y era un soberbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente deseo que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras:

239 *Príamo.*—¡Idos ya, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venís a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Zeus Cronida me envía, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo a la mansión de Hades.

247 Dijo, y con el cetro echó a los hombres. Éstos salieron, apremiados por el anciano. Y en seguida Príamo reprendió a sus hijos Héleno, Paris, Agatón divino, Pamón, Antífono, Polites, valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el conspicuo Dío; a los nueve los increpó y les dió órdenes, diciendo:

253 *Príamo.*—¡Daos prisa, malos hijos, ruines! Ojalá que en lugar de Héctor hubieseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troílo, que combatía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal, sino de una divinidad, Ares les dió muerte; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo corderos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino?

265 Así dijo. Ellos, temiendo la reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una correa de nueve codos que servía para atarlo. Colgaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, a la cual hicie-

Biblioteca Nacional de España

ron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunieron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el pulimentado carro los innumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron las mulas de tiro, de fuertes cascos, que en otro tiempo habían regalado los misios a Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

281 Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécabe, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y deteniéndose delante del carro, dijo a Príamo:

287 *Hécabe.*—Toma, haz la libación al padre Zeus y suplícale que puedas volver del campamento de los enemigos a tu casa; ya que tu ánimo te incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, pues, al Cronión Ideo, el dios de las sombrías nubes que desde lo alto contempla a Troya entera, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es más querida y cuya fuerza es inmensa, para que, en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el largovidente Zeus no te enviase su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los argivos por mucho que lo desees.

299 Respondióle Príamo, semejante a un dios:

300 *Príamo.*—¡Oh mujer! No dejaré de hacer lo que me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Zeus, para que de nosotros se apiade.

302 Dijo así el anciano, y mandó a la esclava despensera que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

308 *Príamo.*—¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que al llegar a la tienda de Aquileo le sea yo grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más querida y cuya fuerza es inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles.

314 Así dijo rogando. Oyóle el próvido Zeus, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de *percnón*. Cuanta anchura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo, tanto espacio ocupaba con sus alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. Al verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

322 El anciano subió presuroso al carro y lo guió a la calle, pasando por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Iban delante las mulas que tiraban del carro de cuatro ruedas, y eran gobernadas por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo para que atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas,

Biblioteca Nacional de España

como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilión. Mas al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo el largovidente Zeus, que vió al anciano y se compadeció de él. Y llamando en seguida a su hijo Hermes, le habló diciendo:

334 *Zeus.*—¡Hermes! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que ningún dánao le vea ni le descubra hasta que haya llegado a la tienda del Pelida.

339 Así habló. El mensajero Argifontes no fué desobediente: calzóse al instante los áureos divinos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece los ojos de cuantos quiere o despierta a los que duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Argifontes emprendió el vuelo, llegó muy pronto a Troya y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a quien comienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

349 Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron las mulas y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la tierra. Advirtió el heraldo la presencia de Hermes, que estaba junto a él, y hablando a Príamo dijo:

354 *Ideo.*—Atiende, Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un hombre y me figuro que al punto nos ha de matar. Ea, huyamos en el carro, o supliquémosle, abrazando sus rodillas, para ver si se compadece de nosotros.

358 Así dijo. Turbósele al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en los flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Hermes se llegó al viejo, tomóle por la mano y le interrogó diciendo:

362 *Hermes.*—¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulas durante la noche divina, mientras duermen los demás mortales? ¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño y, además, te defendería de cualquier hombre, porque te encuentro semejante a mi querido padre.

372 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

373 *Príamo.*—Así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, cuando me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que tienes cuerpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres felices.

378 Díjole a su vez el mensajero Argifontes:

379 *Hermes.*—Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en cobro; o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilión, por haber muerto el varón más fuerte, tu hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?

Biblioteca Nacional de España

386 Contestóle el anciano Príamo, semejante á un dios:

387 *Príamo.*—¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta oportunidad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?

389 Replicó el mensajero Argifontes:

390 *Hermes.*—Me quieres probar, oh anciano, y por eso me hablas del divino Héctor. Muchas veces le vieron estos ojos en la batalla, donde los varones se hacen ilustres, y también cuando llegó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros le admirábamos sin movernos, porque Aquileo estaba irritado contra el Atrida y no nos dejaba pelear. Pues yo soy servidor de Aquileo, con quien vine en la misma nave bien construida; desciendo de mirmidones y tengo por padre a Políctor, que es rico y anciano como tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme a mí acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura, porque mañana los aqueos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad: se aburren de estar ociosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en combate.

405 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

406 *Príamo.*—Si eres servidor del Pelida Aquileo, ea, dime toda la verdad: ¿mi hijo yace aún cerca de las naves, o Aquileo lo ha desmembrado y entregado a sus perros?

410 Contestóle el mensajero Argifontes:

411 *Hermes.*—¡Oh anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto a la nave de Aquileo, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando apunta la divinal aurora, Aquileo lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compañero querido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, te admirarías de ver cuán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas heridas recibió—pues fueron muchos los que le envasaron el bronce—todas se han cerrado. De tal modo los bienaventurados dioses cuidan de tu buen hijo, aun después de muerto, porque era muy caro a su corazón.

424 Así habló. Alegróse el anciano, y respondió diciendo:

425 *Príamo.*—¡Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. Jamás mi hijo, si no ha sido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el Olimpo, y por esto se acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de mis manos esta linda copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta que llegue a la tienda del Pelida.

432 Díjole a su vez el mensajero Argifontes:

433 *Hermes.*—Quieres tentarme, anciano, porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus ruegos a que acepte el regalo sin saberlo Aquileo. Le temo y me da mucho miedo defraudarle: no fuera que después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría cuidadosamente en una velera nave o a pie, aunque fuera hasta la famosa Argos, y nadie osaría acometerte, despreciando al guía.

Biblioteca Nacional de España

Dijo; y subiendo el benéfico Hermes al carro, recogió al instante el látigo y las riendas e infundió gran vigor a los corceles y mulas. Cuando llegaron al foso y a las torres que protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el mensajero Argifontes los adormeció a todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los cerrojos, e introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, por fin, a la elevada tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos de abeto, cubriéndola con un techo inclinado de frondosas cañas que cortaron en la pradera; rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquileo la descorría sin ayuda. Entonces el benéfico Hermes abrió la puerta e introdujo al anciano y los presentes para el Pelida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

Hermes.—¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Hermes; y mi padre me envió para que fuese tu guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquileo, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, abraza las rodillas del Pelida y suplícale por su padre, por su madre de hermosa cabellera y por su hijo, para que conmuevas su corazón.

Cuando esto hubo dicho, Hermes se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo con el fin de que cuidase de los caballos y mulas, y fué derecho a la tienda en que moraba Aquileo, caro a Zeus. Hallóle dentro y sus amigos estaban sentados aparte; sólo dos de ellos, el héroe Automedonte y Álcimo, vástago de Ares, le servían, pues acababa de cenar; y si bien ya no comía ni bebía, aun la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse a Aquileo, abrazóle las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, poseído de la cruel Ate, mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño; de igual manera asombróse Aquileo de ver al deiforme Príamo; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquileo, dirigiéndole estas palabras:

Príamo.—Acuérdate de tu padre, Aquileo, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diez y nueve procedían de un solo vientre; a los restantes diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a los dioses, Aquileo,

Biblioteca Nacional de España

y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos.

507 Así habló. A Aquileo le vino deseo de llorar por su padre; y, asiendo de la mano a Príamo, apartóle suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los pies de Aquileo, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquileo lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda. Mas así que el divino Aquileo se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y en sus miembros, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, díjole estas aladas palabras:

518 *Aquileo.*—¡Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste venir solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe penas, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le impuso un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo engendró uno, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, muy lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, donde reinó Mácar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucédense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que de tu corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante; antes tendrás que padecer un nuevo mal.

552 Respondió en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

553 *Príamo.*—No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el cuantioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver al patrio suelo, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol.

559 Mirándole con torva faz, le dijo Aquileo, el de los pies ligeros:

Biblioteca Nacional de España

560 *Aquileo.*—¡No me irrites más, oh anciano! Tengo acordado entregarte a Héctor, pues para ello Zeus me envió como mensajera la madre que me dió a luz, la hija del anciano del mar. Comprendo también, oh Príamo, y no se me oculta, que un dios te trajo a las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni desatrancaría con facilidad nuestras puertas. Absténte, pues, de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea que a ti, oh anciano, no te respete en mi tienda, aunque siendo mi suplicante, y viole las órdenes de Zeus.

571 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como un león, salió de la tienda: y no se fué solo, pues le siguieron dos de sus servidores: el héroe Automedonte y Álcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba desde que había muerto Patroclo. En seguida desengancharon caballos y mulas, introdujeron el heraldo, vocero del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los inmensos rescates de la cabeza de Héctor. Tan sólo dejaron dos mantos y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver antes que lo entregara para que se lo llevasen a casa. Aquileo llamó entonces a las esclavas y les mandó que lo lavaran y ungieran, trasladándolo a otra parte para que Príamo no viese a su hijo; no fuera que, afligiéndose al verlo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquileo, y éste le matara, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el hermoso palio; después el mismo Aquileo lo levantó y colocó en un lecho, y por fin los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe suspiró y dijo, nombrando a su amigo:

592 *Aquileo.*—No te enojes conmigo, oh Patroclo, si en el Hades te enteras de que he entregado el divino Héctor a su padre; pues me ha traído un rescate digno, y de él te dedicaré la debida parte.

596 Habló así el divino Aquileo y volvió a la tienda. Sentóse en la silla, labrada con mucho arte, de que antes se había levantado y que se hallaba adosada al muro, y en seguida dirigió a Príamo estas palabras:

599 *Aquileo.*—Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar la aurora podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas dióles muerte Ártemis, que se complace en tirar flechas; porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había tenido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Cronión a la gente la había vuelto de piedra; pero, al llegar el décimo, los dioses celestiales los sepultaron. Y Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas de los montes yermos de Sípilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto

Biblioteca Nacional de España

al Aqueloo; y, aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas, ea, divino anciano, cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado el hijo a Ilión, podrás hacer llanto sobre el mismo, y será por ti muy llorado.

626 En diciendo esto, el veloz Aquileo levantóse y degolló una blanca oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon bien, como era debido; la descuartizaron con arte, y, cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. Automedonte repartió pan en hermosas cestas, y Aquileo distribuyó la carne. Ellos alargaron la diestra a los manjares que tenían delante; y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquileo, pues el héroe parecía un dios; y a su vez, Aquileo admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y cuando se hubieron deleitado, mirándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

635 *Príamo.*—Mándame ahora, sin tardanza, a la cama, oh alumno de Zeus, para que, acostándonos, gocemos del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió a tus manos, pues continuamente gimo y devoro innumerables congojas, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, pues desde entonces nada había probado.

643 Dijo. Aquileo mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusieran camas debajo del pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen sobre ellos tapetes y dejasen encima afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando antorchas en sus manos, y aderezaron diligentemente dos lechos. Y Aquileo, el de los pies ligeros, chanceándose, dijo a Príamo:

650 *Aquileo.*—Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos aqueos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno de ellos te viera durante la veloz y obscura noche, podría decirlo en seguida a Agamenón, pastor de pueblos, y quizás se diferiría la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad durante cuántos días quieres hacer honras al divino Héctor, para, mientras tanto, permanecer yo mismo quieto y contener el ejército.

659 Respondióle en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

660 *Príamo.*—Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, haciendo lo que voy a decirte, oh Aquileo, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad; y la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días lo lloraremos en el palacio, el décimo lo sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre, el undécimo le erigiremos un túmulo y el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere.

668 Contestóle el divino Aquileo, el de los pies ligeros:

669 *Aquileo.*—Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé la guerra tanto tiempo como me pides.

Biblioteca Nacional de España

671 Así, pues, diciendo, estrechó por el puño la diestra del anciano para que no sintiera en su alma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron, allí en el vestíbulo de la mansión. Aquileo durmió en el interior de la tienda, sólidamente construida, y a su lado descansó Briseida, la de hermosas mejillas.

677 Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la noche, vencidos del dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Hermes, que meditaba cómo sacaría del recinto de las naves al rey Príamo sin que lo advirtiesen los sagrados guardianes de las puertas. E inclinándose sobre la cabeza del rey, así le dijo:

683 *Hermes.*—¡Oh anciano! No te inquieta el peligro cuando duermes así, en medio de los enemigos, después que Aquileo te ha respetado. Acabas de rescatar a tu hijo, dando muchos presentes; pero los otros hijos que allá se quedaron tendrían que dar tres veces más para redimirte vivo, si llegaran a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos.

689 Así dijo. El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Hermes unció caballos y mulas, y acto continuo los guió por entre el ejército sin que nadie lo advirtiera.

692 Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Zeus había engendrado, Hermes se fué al vasto Olimpo. La Aurora de azafranado velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían las mulas con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vió llegar antes que Casandra, semejante a la áurea Afrodita; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro y en él a su padre y al heraldo, pregonero de la ciudad, y vió detrás a Héctor, tendido en un lecho que las mulas conducían. En seguida prorrumpió en sollozos y fué clamando por toda la ciudad:

704 *Casandra.*—Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.

707 Así dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó allí, en la ciudad. Todos sintieron intolerable congoja y fueron a juntarse cerca de las puertas con el que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tocando con sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

716 *Príamo.*—Haceos a un lado para que yo pase con las mulas; y una vez lo haya conducido al palacio, os hartaréis de llanto.

718 Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en torneado lecho e hicieron sentar a su alrededor cantores que preludiaran el treno: éstos cantaban dolientes querellas, y las mujeres respondían con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de níveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de

Biblioteca Nacional de España

Héctor, matador de hombres, dió comienzo a las lamentaciones, exclamando:

725 *Andrómaca.*—¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue a la mocedad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un amo cruel; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos.

746 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécabe empezó a su vez el funeral lamento:

748 *Hécabe.*—¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquileo, el de los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger, vendiólos al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas.

760 Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fué la tercera en dar principio al funeral lamento:

762 *Helena.*—¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquéllos, o la suegra—pues el suegro fué siempre cariñoso como un padre,—contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan.

776 Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo:

778 *Príamo.*—Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquileo, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora.

Biblioteca Nacional de España

782 Así dijo. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulas, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearon abundante leña; y cuando por décima vez apuntó la aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron llorando el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego.

788 Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del fuego había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas, los acometían. Levantado el túmulo, volviéronse; y, reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Zeus, celebraron un espléndido banquete fúnebre.

804 Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

FIN DE LA «ILÍADA»

Biblioteca Nacional de España

ODISEA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA PRIMERA

CONCILIO DE LOS DIOSES.—EXHORTACIÓN DE ATENEA A TELÉMACO

HÁBLAME, Musa, de aquel varón de multiforme ingenio que, después de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo peregrinando larguísimo tiempo, vió las poblaciones y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció en su ánimo gran número de trabajos en su navegación por el ponto, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria. Mas ni aun así pudo librarlos, como deseaba, y todos perecieron por sus propias locuras. ¡Insensatos! Comiéronse las vacas del Sol, hijo de Hiperión; el cual no permitió que les llegara el día del regreso. ¡Oh diosa, hija de Zeus!, cuéntanos aunque no sea más que una parte de tales cosas.

11 Ya en aquel tiempo los que habían podido escapar de una muerte horrorosa estaban en sus hogares, salvos de los peligros de la guerra y del mar; y solamente Odiseo, que tan gran necesidad sentía de restituirse a su patria y ver a su consorte, hallábase detenido en hueca gruta por Calipso, la ninfa veneranda, la divina entre las deidades, que anhelaba tomarlo por esposo. Con el transcurso de los años llegó por fin la época en que los dioses habían decretado que volviese á su patria, a Ítaca, aunque no por eso debía poner fin a sus trabajos, ni siquiera después de juntarse con los suyos. Y todos los dioses le compadecían, a excepción de Posidón, que permaneció constantemente irritado contra el divinal Odiseo hasta que el héroe no arribó a su tierra.

22 Mas entonces habíase ido aquél al lejano pueblo de los etíopes—los cuales son los postreros de los hombres y forman dos grupos, que habitan respectivamente hacia el ocaso y hacia el orto del Hiperión—para asistir a una hecatombe de toros y de corderos. Mientras aquél se deleitaba presenciando el festín, congregáronse las otras deidades en el palacio de Zeus Olímpico. Y fué el primero en hablar el padre de los hombres y de los dioses, porque en su ánimo tenía presente al ilustre Egisto a quien dió muerte el preclaro Orestes Agamenónida. Acordándose de él, dijo a los inmortales estas palabras:

32 *Zeus.*—¡Oh dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los númenes! Dicen que las cosas malas les vienen de nosotros, y son ellos quienes se atraen con sus locuras infortunios no decretados por el destino. Así ocurrió con Egisto, que, oponiéndose a la voluntad del hado, casó con la mujer legítima del Atrida, y mató a éste cuando tornaba a su patria, no obstante que supo la

Biblioteca Nacional de España

terrible muerte que padecería luego. Nosotros mismos le habíamos enviado a Hermes, el vigilante Argifontes, con el fin de advertirle que no matase a aquél, ni pretendiera a su esposa; pues Orestes Atrida tenía que tomar venganza no bien llegara a la juventud y sintiese el deseo de volver a su tierra. Así se lo declaró Hermes; mas no logró persuadirlo, con ser tan excelente el consejo, y ahora Egisto lo ha pagado todo junto.

44 Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

45 *Atenea.*—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Aquél yace en la tumba por haber padecido una muerte muy justificada. ¡Así perezca quien obre de semejante modo! Pero se me parte el corazón a causa del prudente y desgraciado Odiseo, que, mucho tiempo ha, padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, en el centro del mar; isla poblada de árboles, en la cual tiene su mansión una diosa, la hija del terrible Atlante, de aquél que conoce todas las profundidades del ponto y sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo. La hija de este dios retiene al infortunado y afligido Odiseo, no cejando en su propósito de embelesarle con tiernas y seductoras palabras para que olvide a Ítaca; mas Odiseo, que está deseoso de ver el humo de su país natal, ya de morir siente anhelos. ¿Y a ti, Zeus Olímpico, no se te conmueve el corazón? ¿No te era grato Odiseo cuando sacrificaba junto a las naves de los argivos? ¿Por qué así te has airado contra él, oh Zeus?

63 Contestóle Zeus, que amontona las nubes:

64 *Zeus.*—¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Cómo quieres que ponga en olvido al divinal Odiseo, que por su inteligencia se señala sobre los demás mortales y siempre ofreció muchos sacrificios a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo? Pero Posidón, que ciñe la tierra, le guarda vivo y constante rencor porque cegó al ciclope, al deiforme Polifemo; que es el más fuerte de todos los ciclopes y nació de la ninfa Toosa, hija de Forcis que impera en el mar estéril, después que ésta se unió con Posidón en honda cueva. Desde entonces Posidón, que sacude la tierra, si bien no intenta matar a Odiseo, hace que vaya errante lejos de su patria. Mas, ea, tratemos todos nosotros de la vuelta del mismo y del modo como haya de llegar a su patria; y Posidón depondrá la cólera, que no le fuera posible contender, solo y contra la voluntad de los dioses, con los inmortales todos.

80 Respondióle en seguida Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

81 *Atenea.*—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Si les place a los bienaventurados dioses que el prudente Odiseo vuelva a su casa, mandemos en seguida a Hermes, el mensajero Argifontes, a la isla Ogigia; y manifieste cuanto antes a la ninfa de hermosas trenzas la verdadera resolución que hemos tomado sobre la vuelta del paciente Odiseo, para que el héroe se ponga en camino. Yo, en tanto, yéndome a Ítaca, instigaré vivamente a su hijo, y le infundiré valor en el pecho para que llame al ágora a los melenudos aqueos y prohiba la entrada en su casa a todos los pretendientes, que de continuo le degüellan muchísimas ovejas y flexípedes bueyes de retor-

Biblioteca Nacional de España

cidos cuernos. Y le llevaré después a Esparta y a la arenosa Pilos para que, preguntando y viendo si puede adquirir noticias de su padre, consiga ganar honrosa fama entre los hombres.

96 Dicho esto, calzóse los áureos divinos talares que la llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento; y asió la lanza fornida, de aguda punta de bronce, pesada, larga, robusta, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes siempre que contra ellos monta en cólera. Descendió presurosa de las cumbres del Olimpo y, encaminándose al pueblo de Ítaca, detúvose en el vestíbulo de la morada de Odiseo, en el umbral que precedía al patio: empuñaba la broncínea lanza y había tomado la figura de un extranjero, de Mentes, rey de los tafios. Halló a los soberbios pretendientes, que para recrear el ánimo jugaban a los dados ante la puerta de la casa, sentados sobre cueros de bueyes que ellos mismos habían degollado. Varios heraldos y diligentes servidores escanciábanles vino y agua en las crateras; y otros limpiaban las mesas con esponjas de muchos ojos, colocábanlas en su sitio, y trinchaban carne en abundancia.

113 Fué el primero en advertir la presencia de la diosa el deiforme Telémaco, pues se hallaba en medio de los pretendientes con el corazón apesadumbrado, y tenía el pensamiento fijo en su valeroso padre por si, volviendo, dispersaba a aquéllos por la casa y recuperaba la dignidad real y el dominio de sus riquezas. Tales cosas meditaba, sentado con los pretendientes, cuando vió a Atenea. A la hora fuése derecho al vestíbulo, muy indignado en su corazón de que un huésped tuviese que esperar tanto tiempo a la puerta, asió por la mano a la diosa, tomóle la broncínea lanza y, hablándole, le dijo estas aladas palabras:

123 *Telémaco.*—¡Salve, huésped! Entre nosotros has de recibir amistoso acogimiento. Y después que hayas comido, nos dirás de qué estás necesitado.

125 Hablando así, empezó a caminar y Palas Atenea le fué siguiendo. Ya entrados en el interior del excelso palacio, Telémaco arrimó la lanza a una alta columna, metiéndola en la pulimentada lancera donde había muchas lanzas del paciente Odiseo; hizo sentar a la diosa en un sillón, después de tender en el suelo linda alfombra bordada y de colocar el escabel para los pies, y acercó para sí una labrada silla; poniéndolo todo aparte de los pretendientes para que al huésped no le desplaciera la comida, molestado por el tumulto de aquellos varones soberbios, y él, a su vez, pudiera interrogarle sobre su padre ausente. Una esclava les dió aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y les puso delante una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándoles con los que tenía guardados. El trinchante sirvióles platos de carne de todas suertes y colocó a su lado áureas copas. Y un heraldo se acercaba a menudo para escanciarles vino.

144 Ya en esto, entraron los orgullosos pretendientes. Apenas se hubieron sentado por orden en sillas y sillones, los heraldos diéronles aguamanos, las esclavas amontonaron el pan en los canastillos, los mancebos coronaron de bebida las crateras, y todos los comensales echaron mano a las viandas que

Biblioteca Nacional de España

les habían servido. Satisfechas las ganas de comer y de beber, ocupáronles el pensamiento otras cosas: el canto y el baile, que son los ornamentos del convite. Un heraldo puso la bellísima cítara en las manos de Femio, a quien obligaban a cantar ante los pretendientes. Y mientras Femio comenzaba al son de la cítara un hermoso canto, Telémaco dijo estas razones a Atenea, la de ojos de lechuza, después de aproximar su cabeza a la deidad para que los demás no se enteraran:

158 *Telémaco.*—¡Caro huésped! ¿Te enojarás conmigo por lo que voy a decir? Éstos sólo se ocupan en cosas tales como la cítara y el canto; y nada les cuesta, pues devoran impunemente la hacienda de otro, la de un varón cuyos blancos huesos se pudren en el continente por la acción de la lluvia o los revuelven las olas en el seno del mar. Si le vieran regresar a Ítaca, todos preferirían tener los pies ligeros a ser ricos de oro y de vestidos. Mas aquél ya murió, a causa de su aciago destino, y ninguna esperanza nos resta, aunque alguno de los hombres terrestres afirme que aún ha de volver: el día de su regreso no amanecerá jamás. Pero, ea, habla y responde sinceramente: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En qué linaje de embarcación llegaste? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que hayas venido andando. Dime también la verdad de esto para que me entere: ¿Vienes ahora por vez primera o has sido huésped de mi padre? Que son muchos los que conocen nuestra casa, porque Odiseo acostumbraba visitar a los demás hombres.

178 Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

179 *Atenea.*—De todo esto voy a informarte circunstanciadamente. Me jacto de ser Mentes, hijo del belicoso Anquíalo, y de reinar sobre los tafios, amantes de manejar los remos. He llegado en mi bajel, con mi gente, pues navego por el vinoso ponto hacia unos hombres que hablan otro lenguaje: voy a Témesa para traer bronce, llevándoles luciente hierro. Anclé la embarcación cerca del campo, antes de llegar a la ciudad, en el puerto Retro que está al pie del selvoso Neyo. Nos cabe la honra de que ya nuestros progenitores se daban mutua hospitalidad desde muy antiguo, como se lo puedes preguntar al héroe Laertes; el cual, según me han dicho, ya no viene a la población, sino que mora en el campo, atorméntanle los pesares, y tiene una anciana esclava que le apareja la comida y le da de beber cuando se le cansan los miembros de arrastrarse por la fértil viña. Vine porque me aseguraron que tu padre estaba de vuelta en la población, mas sin duda lo impiden las deidades, poniendo obstáculos a su retorno; que el divinal Odiseo no desapareció aún de la tierra, pues vive y está detenido en el vasto ponto, en una isla que surge entre las olas, desde que cayó en poder de hombres crueles y salvajes que lo retienen a su despecho. Voy ahora a predecir lo que ha de suceder, según los dioses me lo inspiran en el ánimo y yo creo que ha de verificarse porque no soy adivino ni hábil intérprete de sueños: «Aquél no estará largo tiempo fuera de su patria, aunque lo sujeten férreos vínculos; antes hallará algún medio para volver, ya que es ingenioso en sumo grado.» Mas, ea, habla y dime con sinceridad si eres el hijo del propio Odiseo. Eres pintiparado a él así

Biblioteca Nacional de España

en la cabeza como en los bellos ojos; y bien lo recuerdo, pues nos reuníamos a menudo antes de que se embarcara para Troya, adonde fueron los príncipes argivos en las cóncavas naves. Desde entonces ni yo he visto a Odiseo ni él a mí.

213 Contestóle el prudente Telémaco:

214 *Telémaco.*—Voy a hablarte, oh huésped, con gran sinceridad. Mi madre afirma que soy hijo de aquél, y no sé más; que nadie consiguió conocer por sí su propio linaje. ¡Ojalá que fuera vástago de un hombre dichoso que envejeciese en su casa, rodeado de sus riquezas!; mas ahora dicen que desciendo, ya que me lo preguntas, del más infeliz de los mortales hombres.

221 Replicóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

222 *Atenea.*—Los dioses no deben de haber dispuesto que tu linaje sea obscuro, cuando Penelopea te ha parido cual eres. Mas, ea, habla y dime con franqueza: ¿Qué comida, qué reunión es ésta, y qué necesidad tienes de darla? ¿Se celebra convite o casamiento?, que no nos hallamos evidentemente en un festín a escote. Paréceme que los que comen en el palacio con tal arrogancia ultrajan a alguien; pues cualquier hombre sensato se indignaría al presenciar sus muchas torpezas.

230 Contestóle el prudente Telémaco:

231 *Telémaco.*—¡Huésped! Ya que tales cosas preguntas e inquieres, sabe que esta casa hubo de ser opulenta y respetada en cuanto aquel varón permaneció en el pueblo. Mudóse después la voluntad de los dioses, quienes, maquinando males, han hecho de Odiseo el más ignorado de todos los hombres; que yo no me afligiera de tal suerte, si acabara la vida entre sus compañeros en el país de Troya o en brazos de sus amigos luego que terminó la guerra, pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiese dejado a su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las Harpías; su muerte fué oculta e ignota; y tan sólo me dejó pesares y llanto. Y no me lamento y gimo únicamente por él, pues los dioses me han enviado otras funestas calamidades. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zacinto, y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nupcias, ni sabe poner fin a tales cosas; y aquéllos comen y agotan mi hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.

252 Contestóle Atenea, muy indignada:

253 *Atenea.*—¡Oh dioses! ¡Qué falta no te hace el ausente Odiseo, para que ponga las manos en los desvergonzados pretendientes! Si volviera y se mostrara ante el portal de esta casa, con su yelmo, su escudo y sus dos lanzas, como la primera vez que le vi en la mía, bebiendo y recreándose, cuando volvió de Éfira, del palacio de Ilo Mermérida—allá fué Odiseo en su velera nave por un veneno mortal con que pudiese teñir las broncíneas flechas; pero Ilo, temeroso de los sempiternos dioses, no se lo procuró y entregóselo mi padre que le quería muchísimo;—si, pues, mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de éstos y bien amargas sus nupcias. Mas está puesto en mano de los dioses si ha de volver y tomar venganza en su palacio, y te exhorto a que desde luego medites cómo arrojarás de aquí a los pre-

Biblioteca Nacional de España

tendientes. Ea, óyeme, si te place, y presta atención a mis palabras. Mañana convoca en el ágora a los héroes aqueos, háblales a todos y sean testigos las propias deidades. Intima a los pretendientes que se separen, yéndose a sus casas; y si a tu madre el ánimo la mueve a casarse, vuelva al palacio de su muy poderoso padre y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. También a ti te daré un prudente consejo, por si te decidieras a seguirlo: Apresta la mejor embarcación que hallares, con veinte remeros; ve a preguntar por tu padre, cuya ausencia se hace ya tan larga, y quizás algún mortal te hablará del mismo o llegará a tus oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Trasládate primeramente a Pilos e interroga al divinal Néstor; y desde allí ve a Esparta, al rubio Menelao, que ha llegado el postrero de los argivos de broncíneas corazas. Si oyeres decir que tu padre vive y ha de volver, súfrelo todo un año más, aunque estés afligido; pero si te participaren que ha muerto y ya no existe, retorna sin dilación a la patria, erígele un túmulo, hazle las muchas exequias que se le deben, y búscale a tu madre un esposo. Y así que hayas ejecutado y llevado a cumplimiento todas estas cosas, medita en tu mente y en tu corazón cómo matarás a los pretendientes en tu palacio: si con dolo o a la descubierta; porque es preciso que no andes en niñerías, que ya no tienes edad para ello. ¿Por ventura no sabes cuánta gloria ha ganado ante los hombres el divinal Orestes, desde que hizo perecer al matador de su padre, al doloso Egisto, que le había muerto a su ilustre progenitor? También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien. Y yo me voy hacia la velera nave y los amigos, que ya deben de estar cansados de esperarme. Cuida de hacer cuanto te dije y acuérdate de mis consejos.

306 Respondióle el prudente Telémaco:

307 *Telémaco.*—¡Oh forastero! Me dices estas cosas de una manera tan benévola, como un padre a su hijo, que nunca jamás podré olvidarlas. Pero, ea, aguarda un poco, aunque tengas prisa por irte, y después que te bañes y deleites tu corazón, volverás alegremente a tu nave, llevándote un regalo precioso, muy bello, para guardarlo como presente mío, que tal es la costumbre que suele seguirse con los huéspedes amados.

314 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

315 *Atenea.*—No me detengas, oponiéndote a mi deseo de irme en seguida. El regalo con que tu corazón quiere obsequiarme, me lo entregarás a la vuelta para que me lo lleve a mi casa: escógelo muy hermoso y será justo que te lo recompense con otro semejante.

319 Diciendo así, partió Atenea, la de ojos de lechuza: fuése la diosa, volando como un pájaro, después de infundir en el espíritu de Telémaco valor y audacia, y de avivarle aún más la memoria de su padre. Telémaco, considerando en su mente lo ocurrido, quedóse atónito, porque ya sospechó que había hablado con una deidad. Y aquel varón, que parecía un dios, se fué en seguida hacia los pretendientes.

325 Ante éstos, que le oían sentados y silenciosos, cantaba el ilustre aedo la

Biblioteca Nacional de España

vuelta deplorable que Palas Atenea había deparado a los aqueos cuando partieron de Troya. La discreta Penelopea, hija de Icario, oyó de lo alto de la casa la divinal canción, que le llegaba al alma; y bajó por la larga escalera, pero no sola, pues la acompañaban dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres llegó adonde estaban los pretendientes, detúvose junto a la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Y arrasándosele los ojos de lágrimas, hablóle así al divinal aedo:

337 *Penelopea.*—¡Femio! Pues que sabes otras muchas hazañas de hombres y de dioses, que recrean a los mortales y son celebradas por los aedos, cántales alguna de las mismas sentado ahí, en el centro, y óiganla todos silenciosamente y bebiendo vino; pero deja ese canto triste que constantemente me angustia el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es la persona de quien padezco soledad, por acordarme siempre de aquel varón cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos!

345 Replicóle el prudente Telémaco:

346 *Telémaco.*—¡Madre mía! ¿Por qué quieres prohibir al amable aedo que nos divierta como su mente se lo sugiera? No son los aedos los culpables, sino Zeus que distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place. No ha de increparse a Femio porque canta la suerte aciaga de los dánaos, pues los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo que llega a sus oídos. Resígnate en tu corazón y en tu ánimo a oír ese canto, ya que no fué Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver; hubo otros muchos que también perecieron. Mas, vuelve ya a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de hablar nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.

360 Volvióse Penelopea, muy asombrada, a su habitación, revolviendo en el ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo subido con las esclavas a lo alto de la casa, lloró a Odiseo, su caro consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, le infundió en los párpados el dulce sueño.

365 Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala y todos deseaban acostarse con Penelopea en su mismo lecho. Mas el prudente Telémaco comenzó a decirles:

368 *Telémaco.*—¡Pretendientes de mi madre, que os portáis con orgullosa insolencia! Gocemos ahora del festín y cesen vuestros gritos; pues es muy hermoso escuchar a un aedo como éste, tan parecido por su voz a las propias deidades. Al romper el alba, nos reuniremos en el ágora para que yo os diga sin rebozo que salgáis del palacio: disponed otros festines y comeos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Mas si os pareciere mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos; que yo invocaré a los sempiternos dioses, por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas, y quizás muráis en este palacio sin que nadie os vengue.

Biblioteca Nacional de España

381 Así dijo; y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia.

383 Pero Antínoo, hijo de Eupites, le repuso diciendo:

384 *Antínoo.*—¡Telémaco! Son ciertamente los mismos dioses quienes te enseñan a ser grandílocuo y a arengar con audacia; mas no quiera el Cronión que llegues a ser rey de Ítaca, rodeada por el mar, como te corresponde por el linaje de tu padre.

388 Contestóle el prudente Telémaco:

389 *Telémaco.*—¡Antínoo! ¿Te enojarás acaso por lo que voy a decir? Es verdad que me gustaría serlo, si Zeus me lo concediera. ¿Crees por ventura que el reinar sea la peor desgracia para los hombres? No es malo ser rey, porque su casa se enriquece pronto y su persona se ve más honrada. Pero muchos príncipes aqueos, entre jóvenes y ancianos, viven en Ítaca, rodeada por el mar: reine cualquiera de ellos, ya que murió el divinal Odiseo, y yo seré señor de mi casa y de los esclavos que éste adquirió para mí como botín de guerra.

399 Respondióle Eurímaco, hijo de Polibo:

400 *Eurímaco.*—¡Telémaco! Está puesto en mano de los dioses cuál de los aqueos ha de ser el rey de Ítaca, rodeada por el mar; pero tú sigue disfrutando de tus bienes, manda en tu palacio, y jamás, mientras Ítaca sea habitada, venga hombre alguno a despojarte de tus riquezas contra tu querer. Y ahora, óptimo Telémaco, deseo preguntarte por el huésped. ¿De dónde vino tal sujeto? ¿De qué tierra se gloria de ser? ¿En qué país se hallan su familia y su patria? ¿Te ha traído noticias de la vuelta de tu padre o ha llegado con el único propósito de cobrar alguna deuda? ¿Cómo se levantó y se fué tan rápidamente, sin aguardar a que le conociéramos? De su aspecto colijo que no debe de ser un miserable.

412 Contestóle el prudente Telémaco:

413 *Telémaco.*—¡Eurímaco! Ya se acabó la esperanza del regreso de mi padre; y no doy fe a las noticias, vengan de donde vinieren, ni me curo de las predicciones que haga un adivino a quien mi madre llame e interrogue en el palacio. Este huésped mío lo era ya de mi padre y viene de Tafos: se precia de ser Mentes, hijo del belicoso Anquíalo, y reina sobre los tafios, amantes de manejar los remos.

420 Así habló Telémaco, aunque en su mente había reconocido a la diosa inmortal. Volvieron los pretendientes a solazarse con la danza y el deleitoso canto, y así esperaban que llegase la obscura noche. Sobrevino ésta cuando aún se divertían, y entonces partieron para acostarse en sus respectivas casas. Telémaco subió al elevado aposento que para él se había construido dentro del hermoso patio, en un lugar visible por todas partes; y se fué derecho a la cama, meditando en su ánimo muchas cosas. Acompañábale, con teas encendidas en la mano, Euriclea, hija de Ops Pisenórida, la de castos pensamientos; a la cual había comprado Laertes con sus bienes en otro tiempo, apenas llegada a la pubertad, por el precio de veinte bueyes; y en el palacio la honró como a una casta esposa, pero jamás se acostó con ella a fin de que su mujer

Biblioteca Nacional de España

no se irritase. Aquélla, pues, alumbraba a Telémaco con teas encendidas, por ser la esclava que más le amaba y la que le había criado desde niño; y, en llegando, abrió la puerta de la habitación sólidamente construida. Telémaco se sentó en la cama, desnudóse la delicada túnica y diósela en las manos a la prudente anciana; la cual, después de componer los pliegues, la colgó de un clavo que había junto al torneado lecho, y al punto salió de la estancia, entornó la puerta, tirando del anillo de plata, y echó el cerrojo por medio de una correa. Y Telémaco, bien cubierto de un vellón de oveja, pasó toda la noche revolviendo en su mente el viaje que Atenea le había aconsejado.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA II

ÁGORA DE LOS ITACENSES.—PARTIDA DE TELÉMACO

CUANDO apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el caro hijo de Odiseo se levantó de la cama, vistióse, colgó del hombro la aguda espada, ató a sus nítidos pies hermosas sandalias y, semejante por su aspecto a una deidad, salió del cuarto. En seguida mandó que los heraldos, de voz sonora, llamaran al ágora a los melenudos aqueos. Hízose el pregón y empezaron a reunirse muy prestamente. Y así que hubieron acudido y estuvieron congregados, Telémaco se fué al ágora con la broncínea lanza en la mano y dos perros de ágiles pies que le seguían, adornándolo Atenea con tal gracia divinal que, al verle llegar, todo el pueblo le contemplaba con asombro, y se sentó en la silla de su padre, pues le hicieron lugar los ancianos.

Fué el primero en arengarles el héroe Egiptio, que ya estaba encorvado de vejez y sabía muchísimas cosas. Un hijo suyo muy amado, el belicoso Ántifo, había ido a Ilión, la de hermosos corceles, en las cóncavas naves con el divinal Odiseo; y el feroz Ciclope lo mató en la excavada gruta e hizo del mismo la última de aquellas cenas. Otros tres tenía el anciano—uno, Eurínomo, hallábase con los pretendientes, y los demás cuidaban los campos de su padre, —mas no por eso se había olvidado de Ántifo y por él lloraba y se afligía. Egiptio, pues, les arengó, derramando lágrimas, y les dijo de esta suerte:

Egiptio.—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ni una sola vez fué convocada nuestra ágora, ni en ella tuvimos sesión, desde que el divinal Odiseo partió en las cóncavas naves. ¿Quién al presente nos reúne? ¿Es joven o anciano aquél a quien le apremia necesidad tan grande? ¿Recibió alguna noticia de que el ejército vuelve y desea manifestarnos públicamente lo que supo antes que otros? ¿O quiere exponer y decir algo que interesa al pueblo? Paréceme que debe de ser un varón honrado y proficuo. Cúmplale Zeus, llevándolo a feliz término, lo que en su ánimo revuelve.

Así les habló. Holgóse del presagio el hijo amado de Odiseo, que ya no permaneció mucho tiempo sentado: deseoso de arengarles, se levantó en medio del ágora, y el heraldo Pisenor, que sabía dar prudentes consejos, le puso el cetro en la mano. Telémaco, dirigiéndose primeramente al viejo, se expresó de esta guisa:

Telémaco.—¡Oh anciano! No está lejos ese hombre y ahora sabrás que quien ha reunido el pueblo soy yo, que me hallo sumamente afligido. Ningu-

Biblioteca Nacional de España

na noticia recibí de la vuelta del ejército, para que pueda manifestaros públicamente lo que haya sabido antes que otros, y tampoco quiero exponer ni decir cosa alguna que interese al pueblo: trátase de un asunto particular mío, de la doble cuita que se entró por mi casa. La una es que perdí a mi excelente progenitor, el cual reinaba sobre vosotros con blandura de padre; la otra, la actual, de más importancia todavía, pronto destruirá mi casa y acabará con toda mi hacienda. Los pretendientes de mi madre, hijos queridos de los varones más señalados de este país, la asedian a pesar suyo y no se atreven a encaminarse a la casa de Icario, su padre, para que la dote y la entregue al que él quiera y a ella le plazca; sino que, viniendo todos los días a nuestra morada, nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran banquetes, beben locamente el vino tinto y así se consumen muchas cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo, que sea capaz de librar a nuestra casa de tal ruina. No me hallo yo en disposición de llevarlo a efecto—sin duda debo de ser en adelante débil y ha de faltarme el valor marcial,—que ya arrojaría esta calamidad si tuviera bríos suficientes, porque se han cometido acciones intolerables y mi casa se pierde de la peor manera. Participad vosotros de mi indignación, sentid vergüenza ante los vecinos circunstantes y temed que os persiga la cólera de los dioses, irritados por las malas obras. Os lo ruego por Zeus Olímpico y por Temis, la cual disuelve y reúne las ágoras de los hombres: no prosigáis, amigos; dejad que padezca a solas la triste pena; a no ser que mi padre, el excelente Odiseo, haya querido mal y causado daño a los aqueos de hermosas grebas y vosotros ahora, para vengaros en mí, me queráis mal y me causéis daño, incitando a éstos. Mejor fuera que todos juntos devorarais mis inmuebles y mis rebaños, que si tal hicierais quizás algún día se pagaran, pues iría por la ciudad reconviniéndoos con palabras y reclamándoos los bienes hasta que todos me fuesen devueltos. Mas ahora las penas que a mi corazón inferís son incurables.

80 Así dijo encolerizado; y, rezumándole las lágrimas, arrojó el cetro en tierra. Movióse a piedad el pueblo entero, y todos callaron; sin que nadie se atreviese a contestar a Telémaco con ásperas palabras, salvo Antínoo, que respondió diciendo:

85 *Antínoo.*—¡Telémaco altílocuo, incapaz de moderar tús ímpetus! ¿Qué has dicho para ultrajarnos? Tú deseas cubrirnos de baldón. Mas la culpa no la tienen los aqueos que pretenden a tu madre, sino ella, que sabe proceder con gran astucia. Tres años van con éste, y pronto llegará el cuarto, que contrista el ánimo que los aquivos tienen en su pecho. A todos les da esperanzas, y a cada uno en particular le hace promesas y le envía mensajes; pero son muy diferentes los pensamientos que en su inteligencia revuelve. Y aun discurrió su espíritu este otro engaño: se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y a la hora nos habló de esta guisa: «¡Jóvenes, pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo—no sea que se me pierdan inútilmente los hilos,—a fin de que tenga sudario el héroe Laertes cuando le sorprenda la Parca de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo,

Biblioteca Nacional de España

si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!» Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como se alumbraba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas, así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, nos lo reveló una de las mujeres, que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendímosla cuando destejía la espléndida tela. Así fué como, mal de su grado, se vió en la necesidad de acabarla. Oye, pues, lo que te responden los pretendientes, para que lo alcance tu ingenio y lo sepan también los aqueos todos. Haz que tu madre vuelva a su casa, y ordénale que tome por esposo a quien su padre le aconseje y a ella le plazca. Y si atormentare largo tiempo a los aqueos, confiando en las dotes que Atenea le otorgó en tal abundancia—ser diestra en labores primorosas, gozar de buen juicio, y valerse de astucias que jamás hemos oído decir que conocieran las anteriores aqueas Tiro, Alcmena y Micene, la de hermosa diadema, pues ninguna concibió pensamientos semejantes a los de Penelopea—no se habrá decidido por lo más conveniente, ya que tus bienes y riquezas serán devorados mientras siga con las trazas que los dioses le infundieron en el pecho. Ella ganará ciertamente mucha fama, pero a ti te quedará tan sólo la añoranza de los copiosos bienes que hayas poseído; y nosotros ni volveremos a nuestros negocios, ni nos llegaremos a otra parte, hasta que Penelopea no se haya casado con alguno de los aqueos.

129 Contestóle el prudente Telémaco:

130 *Telémaco.*—¡Antínoo! No es razón que eche de mi casa, contra su voluntad, a la que me dió el ser y me ha criado. Mi padre quizás esté vivo en otra tierra, quizás haya muerto; pero me será gravoso haber de restituir a Icario muchísimas cosas si voluntariamente le envío mi madre. Y entonces no sólo padeceré infortunios a causa de la ausencia de mi padre, sino que los dioses me causarán otros; pues mi madre, al salir de la casa, imprecará las odiosas Erinies y caerá sobre mí la indignación de los hombres. Jamás, por consiguiente, daré yo semejante orden. Si os indigna el ánimo lo que ocurre, salid del palacio, disponed otros festines y comeos vuestros bienes, convidándoos sucesiva y recíprocamente en vuestras casas. Pero si os parece mejor y más acertado destruir impunemente los bienes de un solo hombre, seguid consumiéndolos; que yo invocaré a los sempiternos dioses por si algún día nos concede Zeus que vuestras obras sean castigadas, y quizás muráis en este palacio sin que nadie os vengue.

146 Así habló Telémaco; y el largovidente Zeus envióle dos águilas que echaron a volar desde la cumbre de un monte. Ambas volaban muy juntas, con las alas extendidas, y tan rápidas como el viento; y al hallarse en medio de la ruidosa ágora, anduvieron volteando ligeras, batiendo las tupidas alas; miráronles a todos a la cabeza como presagio de muerte, desgarráronse con las uñas la cabeza y el cuello, y se lanzaron hacia la derecha por cima de las casas y a través de la ciudad. Quedáronse todos los presentes muy admirados de ver con sus propios ojos las susodichas aves, y pensaban en sus adentros qué

Biblioteca Nacional de España

fuera lo que tenía que suceder; cuando el anciano héroe Haliterses Mastórida, el único que se señalaba entre los de su edad en conocer los augurios y explicar las cosas fatales, les arengó con benevolencia diciendo:

161 *Haliterses.*—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir, aunque he de referirme de un modo especial a los pretendientes. Grande es el infortunio que a éstos les amenaza, porque Odiseo no estará mucho tiempo alejado de los suyos, sino que ya quizás se halla cerca y les apareja a todos la muerte y el destino; y también les ha de venir daño a muchos de los que moran en Ítaca, que se ve de lejos. Antes que así ocurra, pensemos cómo les haríamos cesar de sus demasías, o cesen espontáneamente, que fuera lo más provechoso para ellos mismos. Pues no lo vaticino sin saberlo, sino muy enterado; y os aseguro que al héroe se le ha cumplido todo lo que yo le declaré, cuando los argivos se embarcaron para Ilión y fuése con ellos el ingenioso Odiseo. Díjele entonces que, después de pasar muchos males y de perder sus compañeros, tornaría a su patria en el vigésimo año sin que nadie le conociera; y ahora todo se va cumpliendo.

177 Respondióle Eurímaco, hijo de Polibo:

178 *Eurímaco.*—¡Oh anciano! Vuelve a tu casa y adivínales a tus hijos lo que quieras, a fin de que en lo sucesivo no padezcan ningún daño; mas en estas cosas sé yo vaticinar harto mejor que tú. Muchas aves se mueven debajo de los rayos del sol, pero no todas son agoreras; Odiseo murió lejos de nosotros, y tú debieras haber perecido con él, y así no dirías tantos vaticinios ni incitarías al irritado Telémaco, esperando que mande algún presente a tu casa. Lo que ahora voy a decir se cumplirá: si tú, que conoces muchas cosas antiquísimas, engañares con tus palabras a ese hombre más mozo y le incitares a que permanezca airado, primeramente será mayor su aflicción, pues no por las predicciones le será dable proceder de otra suerte; y a ti, oh anciano, te impondremos una multa para que te duela el pagarla y te cause grave pesar. Yo mismo, delante de todos vosotros, daré a Telémaco un consejo: ordene a su madre que vuelva a la casa paterna y allí le dispondrán las nupcias y le aparejarán una dote tan cuantiosa como debe llevar una hija amada. No creo que hasta entonces desistamos los jóvenes aqueos de nuestra laboriosa pretensión, porque no tememos absolutamente a nadie, ni siquiera a Telémaco a pesar de su facundia; ni nos curamos de la vana profecía que nos haces y por la cual has de sernos aún más odioso. Sus bienes serán devorados de la peor manera, como hasta aquí, sin que jamás se le resarza el daño, en cuanto ella entretenga a los aqueos con diferir la boda. Y nosotros, esperando día tras día, competiremos unos con otros por sus eximias prendas y no nos dirigiremos a otras mujeres que nos pudieran convenir para casarnos.

208 Contestóle el prudente Telémaco:

209 *Telémaco.*—¡Eurímaco y cuantos sois ilustres pretendientes! No os he de suplicar ni arengar más acerca de esto, porque ahora ya están enterados los dioses y los aqueos todos. Mas, ea, aprestadme una embarcación muy velera y veinte compañeros que me abran camino acá y acullá del ponto. Iré a Esparta y a la arenosa Pilos a preguntar por el regreso de mi padre, cuya ausencia se

Biblioteca Nacional de España

hace ya tan larga; y quizás algún mortal me hablará de él o llegará a mis oídos la fama que procede de Zeus y es la que más difunde la gloria de los hombres. Si oyere decir que mi padre vive y ha de volver, lo sufriré todo un año más, aunque estoy afligido; pero si me participaren que ha muerto y ya no existe, regresaré sin dilación a la patria, le erigiré un túmulo, le haré las muchas exequias que se le deben, y a mi madre le buscaré un esposo.

224 Cuando así hubo hablado, tomó asiento. Entonces levantóse Méntor, el amigo del preclaro Odiseo—éste, al embarcarse, le había encomendado su casa entera para que los suyos obedeciesen al anciano y él se lo guardara todo y lo mantuviese en pie,—y benévolo les arengó del siguiente modo:

229 *Méntor.*—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ningún rey que empuñe cetro sea benigno, ni blando, ni suave, ni ocupe la mente en cosas justas; antes, al contrario, obre siempre con crueldad y lleve al cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divinal Odiseo entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con blandura de padre. Y no aborrezco tanto a los orgullosos pretendientes por la violencia con que proceden, llevados de sus malos intentos —pues si devoran la casa de Odiseo, ponen en aventura sus cabezas y creen que el héroe ya no ha de volver,—como me indigno contra la restante población, al contemplar que permanecéis sentados y en silencio, sin que intentéis, sin embargo de ser tantos, refrenar con vuestras palabras a los pretendientes que son pocos.

242 Respondióle Leócrito Evenórida:

243 *Leócrito.*—¡Méntor perverso e insensato! ¡Qué dijiste! ¡Incitarles a que nos hagan desistir! Dificultoso les sería, y hasta a un número mayor de hombres, luchar con nosotros para privarnos de los banquetes. Pues si el mismo Odiseo de Ítaca, viniendo en persona, encontrase a los ilustres pretendientes comiendo en el palacio y resolviera en su corazón echarlos de su casa, no se alegraría su esposa de que hubiese vuelto, aunque mucho lo desea, porque allí mismo recibiría el héroe indigna muerte si osaba combatir con tantos varones. En verdad que no has hablado como debías. Mas, ea, separaos y volved a vuestras ocupaciones. Méntor y Haliterses, que siempre han sido amigos de Telémaco por su padre, le animarán para que emprenda el viaje; pero se me figura que, permaneciendo quieto durante mucho tiempo, oirá en Ítaca las noticias que vengan y jamás hará semejante viaje.

257 Así dijo, y al punto disolvió el ágora. Dispersáronse todos para volver a sus respectivas casas y los pretendientes enderezaron su camino a la morada del divinal Odiseo.

260 Telémaco se alejó hacia la playa y, después de lavarse las manos en el espumoso mar, oró a Atenea, diciendo:

262 *Telémaco.*—¡Óyeme, oh numen que ayer viniste a mi casa y me ordenaste que fuese en una nave por el obscuro ponto en busca de noticias del regreso de mi padre, cuya ausencia se hace ya tan larga! Á todo se oponen los aqueos y en especial los en mal hora ensoberbecidos pretendientes.

267 Así dijo rogando. Acercósele Atenea, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor, y le dijo estas aladas palabras:

Biblioteca Nacional de España

Atenea.—¡Telémaco! No serás en lo sucesivo ni cobarde ni imprudente, si has heredado el buen ánimo que tu padre tenía para llevar a su término acciones y palabras; si así fuere, el viaje no lo harás en vano, ni quedará por hacer. Mas, si no eres el hijo de aquél y de Penelopea, no creo que llegues a efectuar lo que anhelas. Contados son los hijos que se asemejan a sus padres, los más salen peores, y tan solamente algunos los aventajan. Pero tú, como no serás en lo futuro ni cobarde ni imprudente, ni te falta del todo la inteligencia de Odiseo, puedes concebir la esperanza de dar fin a tales obras. No te dé cuidado, pues, lo que resuelvan o mediten los insensatos pretendientes; que éstos ni tienen cordura ni practican la justicia, y no saben que se les acerca la muerte y la negra Parca para que todos acaben en un mismo día. Ese viaje que anhelas no se diferirá largo tiempo: soy tan amigo tuyo por tu padre, que aparejaré una velera nave y me iré contigo. Vuelve a tu casa, mézclate con los pretendientes y ordena que se dispongan provisiones en las oportunas vasijas, echando el vino en ánforas y la harina, que es la sustentación de los hombres, en fuertes pellejos; y mientras tanto juntaré, recorriendo la población, a los que voluntariamente quieran acompañarte. Muchas naves hay, entre nuevas y viejas, en Ítaca, rodeada por el mar: después de registrarlas, elegiré para ti la que sea mejor y luego que esté equipada la entregaremos al anchuroso ponto.

Así habló Atenea, hija de Zeus; y Telémaco no demoró mucho tiempo después que hubo escuchado la voz de la deidad. Fuése a su casa con el corazón afligido, y halló a los soberbios pretendientes que desollaban cabras y asaban puercos cebones en el recinto del patio. Entonces Antínoo, riéndose, salió al encuentro de Telémaco, le tomó la mano y le dijo estas palabras:

Antínoo.—¡Telémaco altílocuo, incapaz de moderar tus ímpetus! No revuelvas en tu pecho malas acciones o palabras, y come y bebe conmigo como hasta aquí lo hiciste. Y los aqueos te prepararán todas aquellas cosas, una nave y remeros escogidos, para que muy pronto vayas a la divina Pilos en busca de nuevas de tu ilustre padre.

Replicóle el prudente Telémaco:

Telémaco.—¡Antínoo! No es posible que yo permanezca callado entre vosotros, tan soberbios, y coma y me regocije tranquilamente. ¿Acaso no basta que los pretendientes me hayáis destruido muchas y excelentes cosas, mientras fuí muchacho? Ahora que soy mayor y sé lo que ocurre, escuchando lo que los demás dicen, y crece en mi pecho el ánimo, intentaré enviaros las funestas Parcas, sea acudiendo a Pilos, sea aquí en esta población. Pasajero me iré—y no será infructuoso el viaje de que hablo,—pues no tengo nave ni remadores; que sin duda os pareció más conveniente que así fuera.

Dijo, y desasió fácilmente su mano de la de Antínoo. Los pretendientes, que andaban preparando el banquete dentro de la casa, se mofaban de Telémaco y le zaherían con palabras. Y uno de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

Un pretendiente.—Sin duda piensa Telémaco cómo darnos muerte: traerá valedores de la arenosa Pilos o de Esparta, ¡tan vehemente es su deseo!, o

Biblioteca Nacional de España

quizás intente ir a la fértil tierra de Éfira para llevarse drogas mortíferas y echarlas luego en la cratera, a fin de acabar con todos nosotros.

331 Y otro de los jóvenes soberbios repuso acto continuo:

332 *Otro pretendiente.*—¿Quién sabe si, después de partir en la cóncava nave, morirá lejos de los suyos vagando como Odiseo? Mayor fuera entonces nuestro trabajo, pues repartiríamos todos sus bienes y daríamos esta casa a su madre y a quien la desposara para que en común la poseyesen.

337 Así decían. Telémaco bajó a la anchurosa y elevada cámara de su padre, donde había montones de oro y de bronce, vestiduras guardadas en arcas y gran copia de oloroso aceite. Allí estaban las tinajas del dulce vino añejo, repletas de bebida pura y divinal, y arrimadas ordenadamente a la pared; por si algún día volviere Odiseo a su casa, después de haber padecido multitud de pesares. La puerta tenía dos hojas sólidamente adaptadas y sujetas por la cerradura; y junto a ella hallábase de día y de noche, custodiándolo todo con precavida mente, una despensera: Euriclea, hija de Ops Pisenórida. Entonces Telémaco la llamó a la estancia y le dijo:

349 *Telémaco.*—¡Ama! Ea, ponme en ánforas dulce vino, el que sea más suave después del que guardas para aquel infeliz; esperando siempre que vuelva Odiseo, del linaje de Zeus, por haberse librado de la muerte y de las Parcas. Llena doce ánforas y ciérralas con sus tapaderas. Aparta también veinte medidas de harina de trigo, y échalas en pellejos bien cosidos. Tú sola lo sepas. Esté todo aparejado y junto, pues vendré por ello al anochecer, así que mi madre se vaya arriba a recogerse. Que quiero hacer un viaje a Esparta y a la arenosa Pilos, por si logro averiguar u oír algo del regreso de mi padre.

361 Así habló. Echóse a llorar su ama Euriclea y, suspirando, díjole estas aladas palabras:

363 *Euriclea.*—¡Hijo amado! ¿Cómo te ha venido a las mientes tal propósito? ¿Adónde quieres ir por apartadas tierras, siendo unigénito y tan querido? Odiseo, del linaje de Zeus, murió lejos de la patria, en un pueblo ignoto. Así que partas, éstos maquinarán cosas inicuas para matarte con algún engaño y repartirse después todo lo tuyo. Quédate aquí, cerca de tus bienes; que nada te obliga a padecer infortunios yendo por el estéril ponto, ni a vagar de una parte a otra.

371 Contestóle el prudente Telémaco:

372 *Telémaco.*—Tranquilízate, ama; que esta resolución no se ha tomado sin que un dios lo quiera. Pero júrame que nada dirás a mi madre hasta que transcurran once o doce días, o hasta que la aqueje el deseo de verme u oiga decir que he partido; para evitar que llore y dañe así su hermoso cuerpo.

377 Así dijo; y la anciana prestó el solemne juramento de los dioses. En acabando de jurar, ella, sin perder un instante, envasó el vino en ánforas y echó la harina en pellejos bien cosidos; y Telémaco volvió a subir y se juntó con los pretendientes.

382 Entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Tomó la figura de Telémaco, recorrió la ciudad, habló con distintos varones y les encargó que al anochecer se reunieran junto al barco. Pidió también una ve-

Biblioteca Nacional de España

lera nave al hijo preclaro de Fronio, a Noemón, y éste se la cedió gustoso.
388 Púsose el sol y las tinieblas ocuparon todos los caminos. En aquel instante la diosa echó al mar la ligera embarcación y colocó en la misma cuantos aparejos llevan las naves de muchos bancos. Condújola después a una extremidad del puerto, juntáronse muchos y excelentes compañeros, y Atenea los alentó a todos.
393 Entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Fuése al palacio del divinal Odiseo, infundióles a los pretendientes dulce sueño, les entorpeció la mente en tanto que bebían, e hizo que las copas les cayeran de las manos. Todos se apresuraron a irse por la ciudad y acostarse, pues no estuvieron mucho tiempo sentados desde que el sueño les cayó sobre los párpados. Y Atenea, la de ojos de lechuza, que había tomado la figura y la voz de Méntor, dijo a Telémaco después de llamarle afuera del cómodo palacio:
402 *Atenea.*—¡Telémaco! Tus compañeros, de hermosas grebas, ya se han sentado en los bancos para remar, y sólo esperan tus órdenes. Vámonos y no tardemos en comenzar el viaje.
405 Cuando así hubo hablado, Palas Atenea echó a andar aceleradamente, y Telémaco fué siguiendo las pisadas de la diosa. Llegaron a la nave y al mar, y hallaron en la orilla a los melenudos compañeros. Y el esforzado y divinal Telémaco les habló diciendo:
410 *Telémaco.*—Venid, amigos, y traigamos los víveres; que ya están dispuestos y apartados en el palacio. Mi madre nada sabe, ni las criadas tampoco; a excepción de una, que es la única persona a quien se lo he dicho.
413 Cuando así hubo hablado, se puso en camino y los demás le siguieron. En seguida se lo llevaron todo y lo cargaron en la nave de muchos bancos, como el amado hijo de Odiseo lo tenía ordenado. Al punto embarcóse Telémaco, precedido por Atenea, que tomó asiento en la popa y él a su lado, mientras los compañeros soltaban las amarras y se acomodaban en los bancos. Atenea, la de ojos de lechuza, envióles próspero viento: el fuerte Céfiro, que resonaba por el vinoso ponto. Telémaco exhortó a sus compañeros, mandándoles que aparejasen las jarcias, y su amonestación fué atendida. Izaron el mástil de abeto, lo metieron en el travesaño, lo ataron con sogas, y al instante descogieron la blanca vela con correas bien torcidas. Hinchió el viento la vela, y las purpúreas olas resonaban grandemente en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Así que hubieron atado los aparejos a la veloz nave negra, levantaron crateras rebosantes de vino e hicieron libaciones a los sempiternos inmortales dioses y especialmente a la hija de Zeus, la de ojos de lechuza. Y la nave continuó su rumbo toda la noche y la siguiente aurora.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA III

LO DE PILOS

YA el sol desamparaba el hermosísimo lago, subiendo al broncíneo cielo para alumbrar a los inmortales dioses y a los mortales hombres sobre la fértil tierra; cuando Telémaco y los suyos llegaron a Pilos, la bien construida ciudad de Neleo, y hallaron en la orilla del mar a los habitantes, que inmolaban toros de negro pelaje al que sacude la tierra, al dios de cerúlea cabellera. Nueve asientos había, y en cada uno estaban sentados quinientos hombres y se sacrificaban nueve toros. Mientras los pilios quemaban los muslos para el dios, después de probar las entrañas, los de Ítaca tomaron puerto, amainaron las velas de la bien proporcionada nave, ancláronla y saltaron en tierra. Telémaco desembarcó, precedido por Atenea. Y la deidad de ojos de lechuza rompió el silencio con estas palabras:

Atenea.—¡Telémaco! Ya no te cumple mostrar vergüenza en cosa alguna, habiendo atravesado el ponto con el fin de saber noticias de tu padre: qué tierra lo tiene oculto y qué suerte le ha cabido. Ea, ve directamente a Néstor, domador de caballos, y sepamos qué guarda allá en su pecho. Ruégale tú mismo que sea veraz, y no mentirá porque es muy sensato.

Repuso el prudente Telémaco:

Telémaco.—¡Méntor! ¿Cómo quieres que yo me acerque a él, cómo puedo ir a saludarle? Aún no soy práctico en hablar con discreción y da vergüenza que un joven interrogue a un anciano.

Díjole Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

Atenea.—¡Telémaco! Discurrirás en tu mente algunas cosas y un numen te sugerirá las restantes, pues no creo que tu nacimiento y tu crianza se hayan efectuado contra la voluntad de los dioses.

Cuando así hubo hablado, Palas Atenea caminó a buen paso y Telémaco fué siguiendo las pisadas de la deidad. Llegaron adonde estaba la junta de los varones pilios en los asientos: allí se había sentado Néstor con sus hijos y a su alrededor los compañeros preparaban el banquete, ya asando carne, ya espetándola en los asadores. Y apenas vieron a los huéspedes, adelantáronse todos juntos, los saludaron con las manos y les invitaron a sentarse. Pisístrato Nestórida fué el primero que se les acercó, y asiéndolos de la mano, los hizo sentar para el convite en unas blandas pieles, sobre la arena del mar, cerca de su hermano Trasimedes y de su propio padre. En seguida dióles parte de las en-

Biblioteca Nacional de España

trañas, echó vino en una copa de oro y, ofreciéndosela a Palas Atenea, hija de Zeus que lleva la égida, así le dijo:

43 *Pisístrato.*—¡Forastero! Eleva tus preces al soberano Posidón, ya que al venir acá os habéis encontrado con el festín que en su honor celebramos. Mas, tan pronto como hicieres la libación y hubieres rogado, como es justo, dale a ése la copa de dulce vino para que lo libe también, pues supongo que ruega asimismo a los inmortales; ya que todos los hombres están necesitados de los dioses. Pero por ser el más joven—debe de tener mis años—te daré primero a ti la áurea copa.

51 En diciendo esto, púsole en la mano la copa de dulce vino. Atenea holgóse de ver la prudencia y la equidad del varón que le daba la copa de oro a ella antes que a Telémaco. Y al punto hizo muchas súplicas al soberano Posidón:

55 *Atenea.*—¡Óyeme, Posidón, que circundas la tierra! No te niegues a llevar al cabo lo que ahora te pedimos. Ante todas cosas llena de gloria a Néstor y a sus vástagos; dales a los pilios grata recompensa por tan ínclita hecatombe y concede también que Telémaco y yo no nos vayamos sin lograr el intento que nos trajo en la veloz nave negra.

62 Tal fué su ruego, y ella misma cumplió lo que acababa de pedir. Entregó en seguida la hermosa copa doble a Telémaco, y el caro hijo de Odiseo oró de semejante manera. Asados ya los cuartos delanteros, retiráronlos, dividiéronlos en partes y celebraron un gran banquete. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

69 *Néstor.*—Esta es la ocasión más oportuna para interrogar a los huéspedes e inquirir quiénes son, ahora que se han saciado de comida: «¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis, navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?»

75 Respondióle el prudente Telémaco, muy alentado, pues la misma Atenea le infundió audacia en el pecho para que preguntara por el ausente padre y adquiriera gloriosa fama entre los hombres:

79 *Telémaco.*—¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Preguntas de dónde somos. Pues yo te lo diré. Venimos de Ítaca, situada al pie del Neyo, y el negocio que nos trae no es público, sino particular. Ando en pos de la gran fama de mi padre, por si oyere hablar del divino y paciente Odiseo; el cual, según afirman, destruyó la ciudad troyana, combatiendo contigo. De todos los que guerrearon contra los teucros sabemos dónde padecieron deplorable muerte; pero el Cronión ha querido que la de aquél sea ignorada: nadie puede indicarnos claramente dónde pereció, ni si ha sucumbido en el continente, por mano de enemigos, o en el piélago, entre las ondas de Anfitrite. Por esto he venido a abrazar tus rodillas, por si quisieras contarme la triste muerte de aquél, ora la hayas visto con tus ojos, ora te la haya relatado algún peregrino, que muy sin ventura le parió su madre. Y nada atenúes por respeto o compasión que me tengas; al contrario, entérame bien de lo que hayas visto. Yo te lo ruego: si mi padre, el noble Odiseo, te cumplió algún día la palabra que te hubiese dado; o llevó a su término una acción que te hubiera prometido,

Biblioteca Nacional de España

allá en el pueblo de los troyanos donde tantos males padecisteis los aqueos; acuérdate de ello y dime la verdad de lo que te pregunto.

102 Respondióle Néstor, el caballero gerenio:

103 *Néstor.*—¡Oh amigo! Me traes a la memoria las calamidades que en aquel pueblo padecimos los aqueos, indomables por el valor, unas veces vagando en las naves por el sombrío ponto hacia donde nos llevaba Aquileo en busca de botín y otras combatiendo alrededor de la gran ciudad del rey Príamo. Allí recibieron la muerte los mejores capitanes: allí yace el belicoso Ayante; allí, Aquileo; allí, Patroclo, consejero igual a los dioses; allí, mi amado hijo fuerte y eximio, Antíloco, muy veloz en el correr y buen guerrero. Padecimos, además, muchos infortunios. ¿Cuál de los mortales hombres podría referirlos totalmente? Aunque, deteniéndote aquí cinco o seis años, te ocuparas en preguntar cuántos males padecieron allá los divinos aqueos, no te fuera posible saberlos todos; sino que, antes de llegar al término, cansado ya, te irías a tu patria tierra. Nueve años estuvimos tramando cosas malas contra ellos y poniendo a su alrededor asechanzas de toda clase, y apenas entonces puso fin el Cronión a nuestros trabajos. Allí no hubo nadie que en prudencia quisiese igualarse con el divinal Odiseo, con tu padre, que entre todos descollaba por sus ardides de todo género, si verdaderamente eres tú su hijo, pues me he quedado atónito al contemplarte. Semejantes son, asimismo, tus palabras a las suyas y no se creería que un hombre tan joven pudiera hablar de modo tan parecido. Nunca Odiseo y yo estuvimos discordes al arengar en el ágora o en el consejo; sino que, teniendo el mismo ánimo, aconsejábamos con inteligencia y prudente decisión a los argivos para que todo fuese de la mejor manera. Mas tan pronto como, después de haber destruido la excelsa ciudad de Príamo, nos embarcamos en las naves y una deidad dispersó a los aqueos, Zeus tramó en su mente que fuera luctuosa la vuelta de los argivos; que no todos habían sido sensatos y justos, y a causa de ello les vino a muchos una funesta suerte por la perniciosa cólera de la deidad de ojos de lechuza, hija del prepotente padre, la cual suscitó entre ambos Atridas gran contienda. Llamaron al ágora a los aqueos, pero temeraria e inoportunamente—fué al ponerse el sol y todos comparecieron cargados de vino,—y expusiéronles la razón de haber congregado al pueblo. Menelao exhortó a todos los aqueos a que pensaran en volver a la patria por el ancho dorso del mar; cosa que desplugo totalmente a Agamenón, pues quería detener al pueblo y aplacar con sacras hecatombes la terrible cólera de Atenea. ¡Oh necio! ¡No alcanzaba que no había de convencerla, porque no cambia de súbito la mente de los sempiternos dioses! Así ambos, después de altercar con duras palabras, seguían en pie; y los aqueos, de hermosas grebas, se levantaron, produciéndose un vocerío inmenso, porque uno y otro parecer tenían sus partidarios. Aquella noche la pasamos revolviendo en nuestra inteligencia graves trazas los unos contra los otros, pues ya Zeus nos aparejaba funestas calamidades. Al descubrirse la aurora, echamos las naves al mar divino y embarcamos nuestros bienes y las mujeres de estrecha cintura. La mitad del pueblo se quedó allí con el Atrida Agamenón, pastor de hombres; y los restantes nos hicimos a la mar, pues un numen calmó el ponto,

Biblioteca Nacional de España

que abunda en grandes cetáceos. No bien llegamos a Ténedos, ofrecimos sacrificios a los dioses con el anhelo de tornar a nuestras casas; pero Zeus aún no tenía ordenada la vuelta y suscitó ¡oh cruel! una nueva y perniciosa disputa. Y los que acompañaban a Odiseo, rey prudente y sagaz, se volvieron en los corvos bajeles para complacer nuevamente a Agamenón Atrida. Pero yo, con las naves que juntas me seguían, continué huyendo, porque entendí que alguna divinidad meditaba causarnos daño. Huyó también el belicoso hijo de Tideo con los suyos, después de incitarlos a que le siguieran, y juntósenos algo más tarde el rubio Menelao, el cual nos encontró en Lesbos mientras deliberábamos acerca de la larga navegación que nos esperaba, a saber, si pasaríamos por cima de la escabrosa Quíos, hacia la isla de Psiria, para dejar esta última a la izquierda, o por debajo de la primera a lo largo del ventoso Mimante. Suplicamos a la divinidad que nos mostrase alguna señal y nos la dió ordenándonos que atravesáramos el piélago hacia la Eubea, a fin de que huyéramos lo antes posible del infortunio venidero. Comenzó a soplar un sonoro viento, y las naves, surcando con gran celeridad el camino abundante en peces, llegaron por la noche a Geresto: allí ofrecimos a Posidón buen número de perniles de toro por haber hecho la travesía del dilatado piélago. Ya era el cuarto día cuando los compañeros de Diomedes Tidida, domador de caballos, se detuvieron en Argos con sus bien proporcionadas naves; pero yo tomé la rota de Pilos y nunca me faltó el viento desde que un dios lo envió para que soplase. Así vine, hijo querido, sin saber nada, ignorando cuáles aqueos se salvaron y cuáles perecieron. Mas, cuanto oí referir desde que torné a mi palacio lo sabrás ahora, como es justo; que no debo ocultarte nada. Dicen que han llegado bien los valerosos mirmidones a quienes conducía el hijo ilustre del magnánimo Aquileo; que asimismo aportó con felicidad Filoctetes, hijo preclaro de Peante; y que Idomeneo llevó a Creta todos sus compañeros que escaparon de los combates, sin que el mar le quitara ni uno solo. Del Atrida vosotros mismos habréis oído contar, aunque vivís tan lejos, cómo vino y cómo Egisto le aparejó una deplorable muerte. Pero de lamentable modo hubo de pagarlo. ¡Cuán bueno es para el que muere dejar un hijo! Así Orestes se ha vengado del matador de su padre, del doloso Egisto, que le había muerto a su ilustre progenitor. También tú, amigo, ya que veo que eres gallardo y de elevada estatura, sé fuerte para que los venideros te elogien.

201 Contestóle el prudente Telémaco:

202 *Telémaco.*—¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Aquél tomó no poca venganza y los aqueos difundirán su excelsa gloria que llegará a conocimiento de los futuros hombres. ¡Hubiéranme concedido los dioses bríos bastantes para castigar la penosa soberbia de los pretendientes, que me insultan maquinando inicuas acciones! Mas los dioses no nos otorgaron tamaña ventura ni a mi padre ni a mí, y ahora es preciso pasar por todo sufridamente.

210 Respondióle Néstor, el caballero gerenio:

211 *Néstor.*—¡Oh amigo! Ya que me recuerdas lo que has contado, afirman que son muchos los que, pretendiendo a tu madre, cometen a despecho tuyo acciones inicuas en el palacio. Dime si te sometes voluntariamente o te odia

Biblioteca Nacional de España

quizás la gente del pueblo, a causa de lo revelado por un dios. ¿Quién sabe si algún día castigará esas demasías tu propio padre viniendo solo o juntamente con todos los aqueos? Ojalá Atenea, la de ojos de lechuza, te quisiera como en otro tiempo se cuidaba del glorioso Odiseo en el país troyano, donde los aqueos arrostramos tantos males—nunca oí que los dioses amasen tan manifiestamente a ninguno como manifiestamente le asistía Palas Atenea,—pues si de semejante modo la diosa te quisiera y se cuidara de ti en su corazón, alguno de los pretendientes tendría que despedir de sí la esperanza de la boda.

225 Replicóle el prudente Telémaco:

226 *Telémaco.*—¡Oh anciano! Ya no creo que tales cosas se cumplan. Es muy grande lo que dijiste y me tienes pasmado, mas no espero que se realice aunque así lo quieran los mismos dioses.

229 Díjole Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

230 *Atenea.*—¡Telémaco! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! Fácil le es a una deidad, cuando lo quiere, salvar a un hombre aun desde lejos. Y yo preferiría restituirme a mi casa y ver lucir el día de la vuelta, habiendo pasado muchos males, a perecer tan luego como llegara a mi hogar; como Agamenón, que murió en la celada que le tendieron Egisto y su propia esposa. Mas ni aun los dioses pueden librar de la muerte, igual para todos, a un hombre que les sea caro, después que se apoderó de él la Parca funesta de la aterradora muerte.

239 Contestóle el prudente Telémaco:

240 *Telémaco.*—¡Méntor! No hablemos más de tales cosas, aunque nos sintamos afligidos. Ya la vuelta de aquél no puede verificarse; pues los inmortales deben de haberle enviado la muerte y la negra Parca. Pero ahora quiero interrogar a Néstor y hacerle otra pregunta, ya que en justicia y prudencia sobresale entre todos y dicen que ha reinado durante tres generaciones de hombres; de suerte que, al contemplarlo, me parece un inmortal. ¡Oh Néstor Nelida! Dime la verdad. ¿Cómo murió el poderosísimo Agamenón Atrida? ¿Dónde estaba Menelao? ¿Qué género de muerte fué la que urdió el doloso Egisto, para que pereciera un varón que tanto le aventajaba? ¿Fué quizás el no encontrarse Menelao en Argos, la de Acaya, pues andaría peregrino entre otras gentes, la causa de que Egisto cobrara espíritu y matase a aquel héroe?

253 Respondióle Néstor, el caballero gerenio:

254 *Néstor.*—Te diré, hijo mío, la verdad entera. Ya puedes imaginar cómo el hecho ocurrió. Si el rubio Menelao Atrida, al volver de Troya, hubiera hallado en el palacio a Egisto, vivo aún, ni tan sólo hubiesen cubierto de tierra el cadáver de éste: arrojado a la llanura, lejos de la ciudad, hubiera sido despedazado por los perros y las aves de rapiña, sin que le llorase ninguna de las aqueas, porque había cometido una maldad muy grande. Pues mientras nosotros permanecíamos allá, llevando al cabo muchas empresas belicosas, él se estaba tranquilo en lo más hondo de Argos, tierra criadora de corceles, y ponía gran empeño en seducir con sus palabras a la esposa de Agamenón. Al principio la divinal Clitemnestra rehusó cometer el hecho infame, porque tenía buenos sentimientos y la acompañaba un aedo a quien el Atrida, al partir

Biblioteca Nacional de España

para Troya, encargó en gran manera que la guardase. Mas, cuando vino el momento en que, cumpliéndose el hado de los dioses, tenía que sucumbir, Egisto condujo al aedo a una isla inhabitada, donde lo abandonó para que fuese presa y pasto de las aves de rapiña; y llevóse de buen grado a su casa a la mujer, que también lo deseaba, quemando después gran cantidad de muslos en los sacros altares de los dioses y colgando muchas figuras, tejidos y oro, por haber salido con la gran empresa que nunca su ánimo había esperado ejecutar. Veníamos, pues, de Troya el Atrida y yo, navegando juntos y en buena amistad; pero, así que arribamos al sacro promontorio de Sunio, cerca de Atenas, Febo Apolo mató con sus suaves flechas al piloto de Menelao, a Frontis Onetórida, que entonces tenía en las manos el timón de la nave y a todos vencía en el arte de gobernar una embarcación cuando arreciaban las tempestades. Así fué cómo, a pesar de su deseo de proseguir el camino, se vió obligado a detenerse para enterrar al compañero y hacerle las honras funerales. Luego, atravesando el vinoso ponto en las cóncavas naves, pudo llegar a toda prisa al elevado promontorio de Malea, y el largovidente Zeus hízole trabajoso el camino con enviarle vientos de sonoro soplo y olas hinchadas, enormes, que parecían montañas. Entonces el dios dispersó las naves y a algunas las llevó hacia Creta, donde habitaban los Cidones, junto a las corrientes del Yárdano. Hay en el obscuro ponto una peña escarpada y alta que sale al mar cerca de Gortina en el tenebroso ponto: allí el Noto lanza grandes olas contra el promontorio de la izquierda, contra Festo, y una roca pequeña rompe la grande oleada. En semejante sitio fueron a dar y costóles mucho escapar con vida; pues, habiendo las olas arrojado los bajeles contra los escollos, padecieron naufragio. Menelao, con cinco naves de cerúlea proa, aportó a Egipto, adonde el viento y el mar le habían conducido; y en tanto que con sus galeras iba errante por extraños países, juntando riquezas y mucho oro, Egisto tramó en el palacio aquellas deplorables acciones. Siete años reinó éste en Micenas, rica en oro, y tuvo sojuzgado al pueblo, con posterioridad a la muerte del Atrida. Mas, por su desgracia, en el octavo llegó de Atenas el divinal Orestes, quien dió muerte al matador de su padre, al doloso Egisto, que le había muerto su ilustre progenitor. Después de matarle, Orestes dió a los argivos el banquete fúnebre en las exequias de su odiosa madre y del cobarde Egisto; y aquel día llegó Menelao, valiente en el combate, con muchas riquezas, tantas como los barcos podían llevar. Y tú, amigo, no andes mucho tiempo fuera de tu casa, habiendo dejado en ella las riquezas y unos hombres tan soberbios: no sea que se repartan tus bienes y los devoren y luego el viaje te salga en vano. Pero yo te exhorto e incito a que endereces tus pasos hacia Menelao; el cual poco ha que volvió de gentes de donde no esperara tornar quien se viera, desviado por las tempestades, en un piélago tal y tan extenso que ni las aves vendrían del mismo en todo un año, pues es dilatadísimo y horrendo. Ve ahora en tu nave y con tus compañeros a dar con él, y si deseas ir por tierra, aquí tienes carro y corceles, y a mis hijos que te acompañarán hasta la divina Lacedemonia, donde se halla el rubio Menelao, y, en llegando, ruégale tú mismo que sea veraz, y no mentirá porque es muy sensato.

Biblioteca Nacional de España

329 Así dijo. Púsose el sol y sobrevino la obscuridad. Y entonces habló Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

331 *Atenea.*—¡Oh anciano! Todo lo has referido discretamente. Pero, ea, cortad las lenguas y mezclad vino, para que, después de hacer libación a Posidón y a los demás inmortales, pensemos en acostarnos, que ya es hora. La luz del sol se fué al ocaso y no conviene permanecer largo tiempo en el banquete de los dioses, pues es preciso recogerse.

337 Así habló la hija de Zeus, y todos la obedecieron. Los heraldos diéronles aguamanos; unos mancebos coronaron de bebida las crateras y distribuyeron el vino a los presentes, después de haber ofrecido en copas las primicias; y, una vez arrojadas las lenguas al fuego, pusiéronse de pie e hicieron libaciones. Ofrecidas éstas y habiendo bebido cuanto desearan, Atenea y el deiforme Telémaco quisieron retirarse a la cóncava nave. Pero Néstor los detuvo, reprendiéndolos con estas palabras:

346 *Néstor.*—Zeus y los otros dioses inmortales nos libren de que vosotros os vayáis de mi lado para volver a la velera nave, como si os fuerais de junto a un varón que carece de ropa; del lado de un pobre, en cuya casa no hay mantos ni gran cantidad de colchas para que él y sus huéspedes puedan dormir blandamente. Pero a mí no me faltan mantos ni lindas colchas. Y el caro hijo de Odiseo no se acostará ciertamente en las tablas de su bajel, mientras yo viva o queden mis hijos en el palacio para alojar a los huéspedes que a mi casa vengan.

356 Díjole Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

357 *Atenea.*—Bien hablaste, anciano querido, y conviene que Telémaco te obedezca porque es lo mejor que puede hacer. Iráse, pues, contigo para dormir en tu palacio, y yo volveré al negro bajel a fin de animar a los compañeros y ordenarles cuanto sea oportuno. Pues me glorio de ser entre ellos el más anciano; que todos los hombres que vienen con nosotros por amistad son jóvenes y tienen los mismos años que el magnánimo Telémaco. Allí me acostaré en el cóncavo y negro bajel, y al rayar el día, me llegaré a los magnánimos caucones en cuyo país he de cobrar una deuda antigua y no pequeña; y tú, puesto que Telémaco ha venido a tu casa, envíale en compañía de un hijo tuyo, y dale un carro y los corceles que más ligeros sean en el correr y mejores por su fuerza.

371 Dicho esto, partió Atenea, la de ojos de lechuza, cual si fuese águila; y pasmáronse todos al contemplarlo. Admiróse también el anciano cuando lo vió con sus propios ojos y, asiendo de la mano a Telémaco, pronunció estas palabras:

375 *Néstor.*—¡Amigo! No temo que en lo sucesivo seas cobarde ni débil, ya que de tan joven te acompañan y guían los propios dioses. Pues esa deidad no es otra, de las que poseen olímpicas moradas, que la hija de Zeus, la gloriosísima Tritogenia, la que también honraba a tu esforzado padre entre los argivos. Mas tú, oh reina, sénos propicia y danos gloria ilustre a mí, y a mis hijos, y a mi venerable consorte; y te sacrificaré una novilla añal de espaciosa frente, que jamás hombre alguno haya domado ni uncido al yugo, inmolándola en tu honor después de verter oro alrededor de sus cuernos.

385 Así dijo rogando, y le oyó Palas Atenea. Néstor, el caballero gerenio,

Biblioteca Nacional de España

se puso al frente de sus hijos y de sus yernos, y con ellos se encaminó al hermoso palacio. Tan presto como llegaron a la ínclita morada del rey, sentáronse por orden en sillas y sillones. De allí a poco mezclábales el viejo una cratera de dulce vino, el cual había estado once años en una tinaja que abrió la despensera; mezclábalo, pues, el anciano y, haciendo libaciones, rogaba fervientemente a la hija de Zeus, que lleva la égida.

395 Hechas las libaciones y habiendo bebido todos cuanto les plugo, fueron a recogerse a sus respectivas casas; pero Néstor, el caballero gerenio, hizo que Telémaco, el caro hijo del divinal Odiseo, se acostase allí, en torneado lecho, debajo del sonoro pórtico, y que a su lado durmiese el belicoso Pisístrato, caudillo de los hombres, que era en el palacio el único hijo que se conservaba mozo. Y Néstor durmió, a su vez, en el interior de la excelsa morada, donde se hallaba la cama en que su esposa, la reina, le aderezó el lecho.

404 Mas, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, levantóse de la cama Néstor, el caballero gerenio, y fué a tomar asiento en unas piedras muy pulidas, blancas, lustrosas por el aceite, que estaban ante el elevado portón y en ellas se sentaba anteriormente Neleo, consejero igual a los dioses; pero ya éste, vencido por la Parca, se hallaba en el Hades, y entonces quien ocupaba aquel sitio era Néstor, el caballero gerenio, el protector de los aqueos, cuya mano empuñaba el cetro. En torno suyo juntáronse los hijos, que iban saliendo de sus habitaciones—Equefrón, Estratio, Perseo, Areto, Trasimedes, igual a un dios, y el héroe Pisístrato que llegó el sexto,—y juntos acompañaron al deiforme Telémaco y le hicieron sentar cerca del anciano. Entonces comenzó a decirles Néstor, el caballero gerenio:

418 *Néstor.*—¡Hijos amados! Cumplid pronto mi deseo, para que sin tardar me haga propicia a Atenea, la cual acudió visiblemente al opíparo festín que celebramos en honor del dios. Ea, uno de vosotros vaya al campo para que el vaquero traiga con la mayor prontitud una novilla; encamínese otro al negro bajel del magnánimo Telémaco y conduzca aquí todos los compañeros, sin dejar más que dos; y mande otro al orífice Laerces que venga a verter el oro alrededor de los cuernos. Los demás permaneced reunidos y decid a las esclavas que están dentro de la ínclita casa, que preparen un banquete y saquen asientos, leña y agua clara.

430 Así habló, y todos se dispusieron a obedecerle. Vino del campo la novilla; llegaron de junto a la velera y bien proporcionada nave los compañeros del magnánimo Telémaco; presentóse el broncista trayendo en la mano las broncíneas herramientas—el yunque, el martillo y las bien construidas tenazas,—instrumentos de su oficio con los cuales trabajaba el oro; compareció Atenea para asistir al sacrificio; y Néstor, el anciano jinete, dió el oro, y el artífice, después de prepararlo, lo vertió alrededor de los cuernos de la novilla para que la diosa se holgase de ver tal adorno. Estratio y el divinal Equefrón trajeron la novilla asiéndola por las astas; Areto salió de su estancia con un lebrillo floreado, lleno de agua para lavarse, en una mano, y una cesta con la mola en la otra; el intrépido Trasimedes se presentó empuñando aguda segur para herir la novilla; Perseo sostenía el vaso para recoger la sangre; y Néstor,

Biblioteca Nacional de España

el anciano jinete, comenzó a derramar el agua y a esparcir la mola, y ofreciendo las primicias, oraba con gran fervor a Atenea y arrojaba en el fuego los pelos de la cabeza de la víctima.

447 Hecha la plegaria y esparcida la mola, aquel hijo de Néstor, el magnánimo Trasimedes, dió desde cerca un golpe a la novilla y le cortó con la segur los tendones del cuello, dejándola sin fuerzas; y gritaron las hijas y nueras de Néstor, y también su venerable esposa, Eurídice, que era la mayor de las hijas de Clímeno. Seguidamente alzaron de la espaciosa tierra la novilla, sostuviéronla en alto y degollóla Pisístrato, príncipe de hombres. Tan pronto como la novilla se desangró y los huesos quedaron sin vigor, la descuartizaron, cortáronle luego los muslos, haciéndolo según el rito, y, después de pringarlos con grasa por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de vino tinto. Cerca de él, unos mancebos tenían en sus manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y sin parar dividieron lo restante en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos y lo asaron, sosteniendo con sus manos las puntiagudas varillas.

464 En esto lavaba a Telémaco la bella Policasta, hija menor de Néstor Nelida. Después que lo hubo lavado y ungido con pingüe aceite, vistióle un hermoso manto y una túnica; y Telémaco salió del baño, con el cuerpo parecido al de los inmortales, y fué a sentarse junto a Néstor, pastor de pueblos.

470 Asados los cuartos delanteros, retiráronlos de las llamas; y, sentándose todos, celebraron el banquete. Varones excelentes se levantaban a escanciar el vino en áureas copas. Y una vez saciado el deseo de comer y de beber, Néstor, el caballero gerenio, comenzó a decirles:

475 *Néstor.*—Ea, hijos míos, aparejad caballos de hermosas crines y uncidlos al carro, para que Telémaco pueda llevar a término su viaje.

477 Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron, unciendo prestamente al carro los veloces corceles. La despensera les trajo pan, vino y manjares como los que suelen comer los reyes, alumnos de Zeus. Subió Telémaco al magnífico carro y tras él Pisístrato Nestórida, príncipe de hombres, quien empuñó las riendas y azotó a los caballos para que arrancasen. Y éstos volaron gozosos hacia la llanura, dejando atrás la excelsa ciudad de Pilos y no cesando en todo el día de agitar el yugo.

487 Poníase el sol y las tinieblas empezaban a ocupar los caminos, cuando llegaron a Feras, a la morada de Diocles, hijo de Orsíloco, a quien había engendrado Alfeo. Allí durmieron aquella noche, pues Diocles les dió hospitalidad.

491 Mas, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, uncieron los corceles, subieron al labrado carro y guiáronlo por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Pisístrato azotó a los corceles, para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Y habiendo llegado a una llanura que era un trigal, en seguida terminaron el viaje: ¡con tal rapidez los condujeron los briosos caballos! Y el sol se puso y las tinieblas ocuparon todos los caminos.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA IV

LO DE LACEDEMONIA

APENAS llegaron a la vasta y cavernosa Lacedemonia, fuéronse derechos a la mansión del glorioso Menelao y halláronle con muchos amigos, celebrando el banquete de la doble boda de su hijo y de su hija ilustre. A ésta la enviaba al hijo de Aquileo, el que rompía filas de guerreros; pues allá en Troya prestó su asentimiento y prometió entregársela, y los dioses hicieron que por fin las nupcias se llevasen al cabo. Mandábala, pues, con caballos y carros, a la ínclita ciudad de los mirmidones donde aquél reinaba. Y al propio tiempo casaba con una hija de Aléctor, llegada de Esparta, a su hijo, el fuerte Megapentes, que ya en edad madura había procreado en una esclava; pues a Helena no le concedieron las deidades otra prole que la amable Hermíone, la cual tenía la belleza de la áurea Afrodita.

Así se holgaban en celebrar el festín, dentro del gran palacio de elevada techumbre, los vecinos y amigos del glorioso Menelao. Un divinal aedo estábales cantando al son de la cítara y, tan pronto como tocaba el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la muchedumbre.

Entonces fué cuando los dos jóvenes, el héroe Telémaco y el preclaro hijo de Néstor, detuvieron los corceles en el vestíbulo del palacio. Vióles, saliendo del mismo, el noble Eteoneo, diligente servidor del ilustre Menelao, y fuése por la casa a dar la nueva al pastor de hombres. Y, en llegando a su presencia, le dijo estas aladas palabras:

Eteoneo.—Dos hombres acaban de llegar, oh Menelao alumno de Zeus, dos varones que se asemejan a los descendientes del gran Zeus. Dime si hemos de desuncir sus veloces corceles o enviarlos a alguien que les dé amistoso acogimiento.

Replicóle, poseído de vehemente indignación, el rubio Menelao:

Menelao.—Antes no eras tan simple, Eteoneo Boetoida; mas ahora dices tonterías como un muchacho. También nosotros, hasta que logramos volver acá, comimos frecuentemente en la hospitalaria mesa de otros varones; y quiera Zeus librarnos de la desgracia para en adelante. Desunce los caballos de los forasteros y hazles entrar a fin de que participen del banquete.

Así dijo. Eteoneo salió corriendo del palacio y llamó a otros diligentes servidores para que le acompañaran. Al punto desuncieron los corceles, que sudaban debajo del yugo, los ataron a sus pesebres y les echaron espelta,

Biblioteca Nacional de España

mezclándola con blanca cebada; arrimaron el carro a las relucientes paredes, e introdujeron a los huéspedes en aquella divinal morada. Ellos caminaban absortos viendo el palacio del rey, alumno de Zeus; pues resplandecía con el brillo del sol o de la luna la mansión excelsa del glorioso Menelao. Después que se hartaron de contemplarla con sus ojos, fueron a lavarse en unos baños muy pulidos. Y una vez lavados y ungidos con aceite por las esclavas, que les pusieron túnicas y lanosos mantos, acomodáronse en sillas junto al Atrida Menelao. Una esclava dióles aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y colocó delante de ellos una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándoles con los que tenía guardados. El trinchante sirvióles platos de carne de todas suertes y puso a su alcance áureas copas. Y el rubio Menelao, saludándolos con la mano, les habló de esta manera:

Menelao.—Tomad manjares, refocilaos; y después que hayáis comido os preguntaremos cuáles sois de los hombres. Pues el linaje de vuestros padres no se ha perdido seguramente en la obscuridad y debéis de ser hijos de reyes, alumnos de Zeus, que llevan cetro; ya que de gente vil no nacerían semejantes varones.

Así dijo; y les presentó con sus manos un pingüe lomo de buey asado, que para honrarle le habían servido. Aquéllos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y cuando hubieron satisfecho las ganas de comer y de beber, Telémaco habló así al hijo de Néstor, acercando la cabeza para que los demás no se enteraran:

Telémaco.—Observa, oh Nestórida carísimo a mi corazón, el resplandor del bronce en el sonoro palacio; y también el del oro, del electro, de la plata y del marfil. Así debe de ser por dentro la morada de Zeus Olímpico. ¡Cuántas cosas inenarrables! Me quedo atónito al contemplarlas.

Y el rubio Menelao, adivinando lo que aquél decía, les habló con estas aladas palabras:

Menelao.—¡Hijos amados! Ningún mortal puede competir con Zeus, cuyas moradas y posesiones son eternas; mas entre los hombres habrá quien rivalice conmigo y quien no me iguale en las riquezas que traje en mis bajeles, cumplido el año octavo, después de haber padecido y vagado mucho, pues en mis peregrinaciones fuí a Chipre, a Fenicia, a los egipcios, a los etíopes, a los sidonios, a los erembos y a Libia, donde los corderitos echan cuernos muy pronto y las ovejas paren tres veces en un año. Allí nunca les faltan, ni al amo ni al pastor, ni queso, ni carnes, ni dulce leche, pues las ovejas están en disposición de ser ordeñadas en cualquier tiempo. Mientras yo andaba perdido por aquellas tierras y juntaba muchos bienes, otro me mató el hermano a escondidas, de súbito, con engaño que hubo de tramar su perniciosa mujer; y por esto vivo ahora sin alegría entre estas riquezas que poseo. Sin duda habréis oído relatar tales cosas a vuestros padres, sean quienes fueren, pues padecí muchísimo y arruiné una magnífica casa, muy buena para ser habitada, que contenía abundantes y preciosos bienes. Ojalá morara en este palacio con sólo la tercia parte de lo que tengo, y se hubiesen salvado los que perecieron

Biblioteca Nacional de España

en la vasta Troya, lejos de Argos, la criadora de corceles. Mas, si bien lloro y me apesadumbro por todos—muchas veces, sentado en la sala, ya recreo mi ánimo con las lágrimas, ya dejo de hacerlo porque cansa muy pronto el terrible llanto,—por nadie vierto tal copia de lágrimas ni me aflijo de igual suerte como por uno, y en acordándome de él aborrezco el dormir y el comer, porque ningún aqueo padeció lo que Odiseo hubo de sufrir y pasar: para él habían de ser los dolores y para mí una pesadumbre continua e inolvidable a causa de su prolongada ausencia y de la ignorancia en que nos hallamos de si vive o ha muerto. Y seguramente le lloran el viejo Laertes, la discreta Penelopea y Telémaco, a quien dejó en su casa recién nacido.

113 Así habló, e hizo que Telémaco sintiera el deseo de llorar por su padre: al oír lo de su progenitor, desprendióse de sus ojos una lágrima que cayó en tierra; y entonces, levantando con ambas manos el purpúreo manto, se lo puso ante el rostro. Menelao lo advirtió y estuvo indeciso en su mente y en su corazón entre esperar a que él mismo hiciera mención de su padre, o interrogarle previamente e irle probando en cada cosa.

120 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, salió Helena de su perfumada estancia de elevado techo, semejante a Ártemis, la que lleva arco de oro. Púsole Adrasta un sillón hermosamente construido, sacóle Alcipe un tapete de mórbida lana y trájole Filo el canastillo de plata que le había dado Alcandra, mujer de Pólibo, el cual moraba en Tebas la de Egipto, en cuyas casas hay gran riqueza.—Pólibo regaló a Menelao dos argénteas bañeras, dos trípodes y diez talentos de oro; y por separado dió la mujer a Helena estos hermosos presentes: una rueca de oro y un canastillo redondo, de plata, con los bordes de oro.—La esclava Filo dejó, pues, el canastillo repleto de hilo ya devanado; y puso encima la rueca con lana de color violáceo. Sentóse Helena en el sillón, que estaba provisto de un escabel para los pies, y al momento interrogó a su marido con estas palabras:

138 *Helena.*—¿Sabemos ya, oh Menelao, alumno de Zeus, quiénes se glorian de ser esos hombres que han venido a nuestra morada? ¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir? El corazón me dice que hable. Jamás vi persona alguna, ni hombre, ni mujer, tan parecida a otra—¡me quedo atónita al contemplarlo!—como éste se asemeja al hijo del magnánimo Odiseo, a Telémaco, a quien dejó recién nacido en su casa cuando los aqueos fuisteis por mí, ojos de perra, a empeñar fieros combates con los troyanos.

147 Respondióle el rubio Menelao:

148 *Menelao.*—Ya se me había ocurrido, oh mujer, lo que supones; que tales eran los pies de aquél, y las manos, y el mirar de los ojos, y la cabeza, y el pelo que la cubría. Ahora mismo, acordándome de Odiseo, les relataba cuantos trabajos padeció por mi causa, y ése comenzó a verter amargas lágrimas y se puso ante los ojos el purpúreo manto.

155 Entonces Pisístrato Nestórida habló diciendo:

156 *Pisístrato.*—¡Menelao Atrida, alumno de Zeus, príncipe de hombres! En verdad que es hijo de quien dices, pero tiene discreción y no cree decoroso, habiendo llegado por vez primera, decir palabras frívolas delante de ti, cuya

Biblioteca Nacional de España

voz escuchamos con el mismo placer que si fuese la de alguna deidad. Con él me ha enviado Néstor, el caballero gerenio, para que le acompañe, pues deseaba verte a fin de que le aconsejaras lo que ha de decir o llevar al cabo; que muchos males padece en su casa el hijo cuyo padre está ausente, si no tiene otras personas que le auxilien como ahora le ocurre a Telémaco: fuése su padre y no hay en todo el pueblo quien pueda librarle del infortunio.

168 Respondióle el rubio Menelao:

169 *Menelao.*—¡Oh dioses! Ha llegado a mi casa el hijo del caro varón que por mí sostuvo tantas y tan trabajosas luchas y a quien había hecho intención de amar, cuando volviese, más que a ningún otro de los argivos, si el largovidente Zeus Olímpico permitía que nos restituyéramos a la patria, atravesando el mar con las veloces naves. Y le asignara una ciudad en Argos, para que la habitase, y le labrara un palacio, trayéndolo de Ítaca a él con sus riquezas y su hijo y todo el pueblo, después de hacer evacuar una sola de las ciudades circunvecinas sobre las cuales se ejerce mi imperio. Y nos hubiésemos tratado frecuentemente y, siempre amigos y dichosos, nada nos habría separado hasta que se extendiera sobre nosotros la nube sombría de la muerte. Mas de esto debió de tener envidia el dios que ha privado a aquel infeliz, a él tan sólo, de tornar a la patria.

183 Así dijo, y a todos les excitó el deseo del llanto. Lloraba la argiva Helena, hija de Zeus; lloraban Telémaco y el Atrida Menelao; y el hijo de Néstor no se quedó con los ojos muy enjutos de lágrimas, pues le volvía a la memoria el irreprensible Antíloco a quien había dado muerte el hijo ilustre de la resplandeciente Aurora. Y, acordándose del mismo, pronunció estas aladas palabras:

190 *Pisístrato.*—¡Atrida! Decíanos el anciano Néstor, siempre que en el palacio se hablaba de ti, conversando los unos con los otros, que en prudencia excedes a los demás mortales. Pues ahora pon en práctica, si posible fuere, este mi consejo. Yo no gusto de lamentarme en la cena; pero, cuando apunte la Aurora, hija de la mañana, no llevaré a mal que se llore a aquel que haya muerto en cumplimiento de su destino, porque tan sólo esta honra les queda a los míseros mortales: que los suyos se corten la cabellera y surquen con lágrimas las mejillas. También murió mi hermano, que no era ciertamente el peor de los argivos; y tú le debiste de conocer—yo ni estuve allá, ni llegué a verle—y dicen que descollaba entre todos, así en la carrera como en las batallas.

203 Respondióle el rubio Menelao:

204 *Menelao.*—¡Amigo! Has hablado como lo hiciera un varón sensato que tuviese más edad. De tal padre eres hijo, y por esto te expresas con gran prudencia. Fácil es conocer la prole del hombre a quien el Cronión tiene destinada la dicha desde que se casa o desde que ha nacido; como ahora concedió a Néstor constantemente, todos los días, que disfrute de placentera vejez en el palacio y que sus hijos sean discretos y sumamente hábiles en manejar la lanza. Pongamos fin al llanto que ahora hicimos, tornemos a acordarnos de la cena, y dennos agua a las manos. Y en cuanto aparezca la Aurora no nos faltarán palabras a Telémaco y a mí para que juntos conversemos.

Biblioteca Nacional de España

216 Así habló. Dióles aguamanos Asfalión, diligente servidor del glorioso Menelao, y acto continuo echaron mano a las viandas que tenían delante.

219 Entonces Helena, hija de Zeus, ordenó otra cosa. Echó en el vino que estaban bebiendo una droga contra el llanto y la cólera, que hacía olvidar todos los males. Quien la tomare, después de mezclarla en la cratera, no logrará que en todo el día le caiga una sola lágrima en las mejillas, aunque con sus propios ojos vea morir a su madre y a su padre o degollar con el bronce a su hermano o a su mismo hijo. Tan excelentes y bien preparadas drogas guardaba en su poder la hija de Zeus por habérselas dado la egipcia Polidamna, mujer de Ton, cuya fértil tierra produce muchísimas, y la mezcla de unas es saludable y la de otras nociva. Allí cada individuo es un médico que descuella por su saber entre todos los hombres, porque vienen del linaje de Peón. Y Helena, al punto que hubo echado la droga, mandó escanciar el vino y volvió a hablarles de esta manera:

235 *Helena.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, y vosotros, hijos de nobles varones! En verdad que el dios Zeus, como lo puede todo, ya nos manda bienes, ya nos envía males; comed ahora, sentados en esta sala, y deleitaos con la conversación, que yo os diré cosas oportunas. No podría narrar ni referir todos los trabajos del paciente Odiseo y contaré tan sólo esto, que el fuerte varón ejecutó y sobrellevó en el pueblo troyano donde tantos males padecisteis los aqueos. Infirióse vergonzosas heridas, echóse a la espalda unos viles andrajos, como si fuera un siervo, y se entró por la ciudad de anchas calles donde sus enemigos habitaban. Así, encubriendo su persona, se transfiguró en otro varón, en un mendigo, quien no era tal ciertamente junto a las naves aqueas. Con tal figura penetró en la ciudad de Troya. Todos se dejaron engañar y yo sola le reconocí e interrogué, pero él con sus mañas se me escabullía. Mas cuando lo hube lavado y ungido con aceite, y le entregué un vestido, y le prometí con firme juramento que a Odiseo no se le descubriría a los troyanos hasta que llegara nuevamente a las tiendas y a las veleras naves, entonces me refirió todo lo que tenían proyectado los aqueos. Y después de matar con el bronce de larga punta a buen número de troyanos, volvió a los argivos, llevándose el conocimiento de muchas cosas. Prorrumpieron las troyanas en fuertes sollozos, y a mí el pecho se me llenaba de júbilo porque ya sentía en mi corazón el deseo de volver a mi casa y deploraba el error en que me había puesto Afrodita cuando me condujo allá, lejos de mi patria, y hube de abandonar a mi hija, el tálamo y un marido que a nadie le cede ni en inteligencia ni en gallardía.

265 Respondióle el rubio Menelao:

266 *Menelao.*—Sí, mujer, con gran exactitud lo has contado. Conocí el modo de pensar y de sentir de muchos héroes, pues llevo recorrida gran parte de la tierra; pero mis ojos jamás pudieron dar con un hombre que tuviera el corazón de Odiseo, de ánimo paciente. ¡Qué no hizo y sufrió aquel fuerte varón en el caballo de pulimentada madera, cuyo interior ocupábamos los mejores argivos para llevar a los troyanos la carnicería y la muerte! Viniste tú en persona—pues debió de moverte algún numen que anhelaba dar gloria a los troyanos—

Biblioteca Nacional de España

y te seguía Deífobo, semejante a los dioses. Tres veces anduviste alrededor de la hueca emboscada, tocándola y llamando por su nombre a los más valientes dánaos; y, al hacerlo, remedabas la voz de las esposas de cada uno de los argivos. Yo y el Tidida, que con el divinal Odiseo estábamos en el centro, te oímos cuando nos llamaste y queríamos salir o responder desde dentro; mas Odiseo lo impidió y nos contuvo a pesar de nuestro deseo. Entonces todos los demás hijos de los aqueos permanecieron en silencio y sólo Anticlo deseaba responderte con palabras; pero Odiseo le tapó la boca con sus robustas manos y salvó a todos los aqueos con sujetarle continuamente hasta que te apartó de allí Palas Atenea.

290 Replicóle el prudente Telémaco:

291 *Telémaco.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Más doloroso es que sea así, pues ninguna de estas cosas le libró de una muerte deplorable, ni la evitara aunque tuviese un corazón de hierro. Mas, ea, mándanos a la cama para que, acostándonos, nos regalemos con el dulce sueño.

296 Así dijo. La argiva Helena mandó a las esclavas que pusieran lechos debajo del pórtico, los proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen por encima colchas, y dejasen en ellos afelpadas túnicas para abrigarse. Las doncellas salieron del palacio con hachas encendidas y aderezaron las camas, y un heraldo acompañó a los huéspedes. Así se acostaron en el vestíbulo de la casa el héroe Telémaco y el ilustre hijo de Néstor; mientras que el Atrida durmió en el interior de la excelsa morada y junto a él Helena, la de largo peplo, la divina sobre todas las mujeres.

306 Mas, al punto que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, Menelao, valiente en el combate, se levantó de la cama, púsose sus vestidos, colgóse al hombro la aguda espada, calzó sus blancos pies con hermosas sandalias y, parecido a un dios, salió de la habitación, fué a sentarse junto a Telémaco, llamóle y así le dijo:

312 *Menelao.*—¡Héroe Telémaco! ¿Qué necesidad te ha obligado a venir aquí, a la divina Lacedemonia, por el ancho dorso del mar? ¿Es algún asunto del pueblo o propio tuyo? Dímelo francamente.

315 Respondióle el prudente Telémaco:

316 *Telémaco.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! He venido por si me pudieres dar alguna nueva de mi padre. Consúmese todo lo de mi casa y se pierden las ricas heredades: el palacio está lleno de hombres malévolos que, pretendiendo a mi madre y portándose con gran insolencia, matan continuamente las ovejas de mis copiosos rebaños y los flexípedes bueyes de retorcidos cuernos. Por tal razón vengo a abrazar tus rodillas, por si quisieras contarme la triste muerte de aquél, ora la hayas visto con tus ojos, ora la hayas oído referir a algún peregrino, que muy sin ventura lo parió su madre. Y nada atenúes por respeto o compasión que me tengas; al contrario, entérame bien de lo que hayas visto. Yo te lo ruego: si mi padre, el noble Odiseo, te cumplió algún día su palabra o llevó al cabo alguna acción que te hubiese prometido, allá en el pueblo de los troyanos donde tantos males padecisteis los aqueos, acuérdate de la misma y dime la verdad de lo que te pregunto.

Biblioteca Nacional de España

332 Y el rubio Menelao le contestó indignadísimo:

333 *Menelao.*—«¡Oh dioses! En verdad que pretenden dormir en la cama de un varón muy esforzado aquellos hombres tan cobardes. Así como una cierva acostó sus hijuelos recién nacidos en la guarida de un bravo león y fuése a pacer por los bosques y los herbosos valles, y el león volvió a la madriguera y dió a entrambos cervatillos indigna muerte; de semejante modo también Odiseo les ha de dar a aquéllos vergonzosa muerte. Ojalá se mostrase, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, tal como era cuando en la bien construida Lesbos se levantó contra el Filomelida, en una disputa, y luchó con él, y lo derribó con ímpetu, de lo cual se alegraron todos los aqueos; si, mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de éstos y las bodas se les volverían muy amargas. Pero en lo que me preguntas y suplicas que te cuente, no querría apartarme de la verdad ni engañarte; y de cuantas cosas me refirió el veraz anciano de los mares, no te callaré ni ocultaré ninguna.

351 »Los dioses me habían detenido en Egipto, a pesar de mi anhelo de volver acá, por no haberles sacrificado hecatombes perfectas; que las deidades quieren que no se nos vayan de la memoria sus mandamientos. Hay en el alborotado ponto una isla, enfrente del Egipto, que la llaman Faro y se halla tan lejos de él cuanto puede andar en todo el día una cóncava embarcación si la empuja sonoro viento. Tiene la isla un puerto excelente para fondear, desde el cual echan al ponto las bien proporcionadas naves, después de hacer aguada en un manantial profundo. Allí me tuvieron los dioses veinte días, sin que se alzaran los vientos favorables que soplan en el mar y conducen los bajeles por su ancho dorso. Ya todos los bastimentos se me iban agotando y también menguaba el ánimo de los hombres; pero me salvó una diosa que tuvo piedad de mí: Idotea, hija del fuerte Proteo, el anciano de los mares; la cual, sintiendo conmovérsele el corazón, se me hizo encontradiza mientras vagaba solo y apartado de mis hombres, que andaban continuamente por la isla pescando con corvos anzuelos, pues el hambre les atormentaba el vientre. Paróse Idotea y díjome estas palabras:

371 »*Idotea.*—¡Forastero! ¿Eres así, tan simple e inadvertido? ¿O te abandonas voluntariamente y te huelgas de pasar dolores, puesto que, detenido en la isla desde largo tiempo, no hallas medio de poner fin a semejante situación a pesar de que ya desfallece el ánimo de tus amigos?

375 »Así habló, y le respondí de este modo:

376 »*Menelao.*—Te diré, seas cual fueres de las diosas, que no estoy detenido por mi voluntad; sino que debo de haber pecado contra los inmortales que habitan el anchuroso cielo. Mas revélame—ya que los dioses lo saben todo—cuál de los inmortales me detiene y me cierra el camino, y cómo podré llegar a la patria, atravesando el mar en peces abundoso.

382 »Así le hablé. Contestóme al punto la divina entre las diosas:

383 »*Idotea.*—¡Oh forastero! Voy a informarte con gran sinceridad. Frecuenta este sitio el veraz anciano de los mares, el inmortal Proteo egipcio, que conoce las honduras de todo el mar y es servidor de Posidón: dicen que es mi padre, que fué él quien me engendró. Si, poniéndote en asechanza, lograres

Biblioteca Nacional de España

agarrarlo de cualquier manera, te diría el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás restituirte a la patria, atravesando el mar en peces abundoso. Y también te relataría, oh alumno de Zeus, si deseares saberlo, lo malo o lo bueno que haya ocurrido en tu casa desde que te ausentaste para hacer este viaje largo y dificultoso.

394 »Así dijo; y le contesté diciendo:

395 »*Menelao.*—Enséñame tú misma la asechanza que he de tender al divinal anciano: no sea que me descubra antes de tiempo o llegue a conocer mi treta, y se escape; que es muy difícil para un hombre mortal sujetar a un dios.

398 »Así le dije, y respondióme la divina entre las diosas:

399 »*Idotea.*—¡Oh forastero! Voy a instruirte con gran sinceridad. Cuando el sol, siguiendo su curso, llega al centro del cielo, el veraz anciano de los mares, oculto por negras y encrespadas olas, salta en tierra al soplo del Céfiro. En seguida se acuesta en honda gruta y a su alrededor se ponen a dormir, todas juntas, las focas de natátiles pies, hijas de la hermosa Halosidne, que salen del espumoso mar exhalando el acerbo olor del mar profundísimo. Allí he de llevarte, al romper el día, a fin de que te pongas acostado y contigo los tuyos por el debido orden; que para ello escogerás tres compañeros, los mejores que tengas en las naves de muchos bancos. Voy a decirte todas las astucias del anciano. Primero contará las focas, paseándose por entre ellas; y, después de contarlas de cinco en cinco y de mirarlas todas, se acostará en el centro como un pastor en medio de un rebaño de ovejas. Tan pronto como le viereis dormido, cuidad de tener fuerza y valor, y sujetadle allí mismo aunque desee e intente escaparse. Entonces probará de convertirse en todos los seres que se arrastran por la tierra, y en agua, y en ardentísimo fuego; pero vosotros tenedle con firmeza y apretadle más. Y cuando te interrogue con palabras, mostrándose tal como lo visteis dormido, absténte de emplear la violencia: deja libre al anciano, oh héroe, y pregúntale cuál de las deidades se te opone y cómo podrás volver a la patria, atravesando el mar en peces abundoso.

425 »Cuando esto hubo dicho, sumergióse en el agitado ponto. Yo me encaminé a las naves, que se hallaban sobre la arena, mientras mi corazón revolvía muchas trazas. Apenas hube llegado a mi bajel y al mar, aparejamos la cena; vino en seguida la divinal noche y nos acostamos en la playa. Y, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, me fuí a la orilla del mar, de anchos caminos, haciendo fervientes súplicas a los dioses; y me llevé los tres compañeros en quienes tenía más confianza para cualquier empresa.

435 »En tanto, la diosa, que se había sumergido en el vasto seno del mar, sacó cuatro pieles de focas recientemente desolladas; pues con ellas pensaba urdir la asechanza contra su padre. Y, habiendo cavado unos hoyos en la arena de la playa, nos aguardaba sentada. No bien llegamos, hizo que nos tendiéramos por orden dentro de los hoyos y nos echó encima sendas pieles de foca. Fué la tal asechanza molesta en extremo, pues el malísimo hedor de las focas, criadas en el mar, nos encalabrinaba terriblemente. ¿Quién podría acostarse junto a un monstruo marino? Pero ella nos salvó con idear un gran re-

Biblioteca Nacional de España

medio: nos puso en las narices una poca de ambrosía, la cual, despidiendo olor suave, quitó el hedor de aquellos monstruos. Toda la mañana estuvimos esperando con ánimo paciente; hasta que al fin las focas salieron juntas del mar y se tendieron por orden en la ribera. Era mediodía cuando vino del mar el anciano: halló las obesas focas, paseóse por entre ellas y contó su número. La cuenta de los cetáceos la comenzó por nosotros, sin que en su corazón sospechase el engaño; y, luego, acostóse también. Entonces acometímosle con inmensa gritería y todos le echamos mano. No olvidó el viejo sus dolosos artificios: transfiguróse sucesivamente en melenudo león, en dragón, en pantera y en corpulento jabalí; después se nos convirtió en agua líquida y hasta en árbol de excelsa copa. Mas, como lo teníamos reciamente asido, con ánimo firme, aburrióse al cabo aquel astuto viejo y díjome de esta suerte:

462 »*Proteo.*—¡Hijo de Atreo! ¿Cuál de los dioses te aconsejó para que me asieras contra mi voluntad, armándome tal asechanza? ¿Qué deseas?

464 »Así se expresó; y le contesté diciendo:

465 »*Menelao.*—Lo sabes, anciano. ¿Por qué hablas de ese modo, con ánimo de engañarme? Sabes que, detenido en la isla desde largo tiempo, no hallo medio de poner fin a tal situación y ya mi ánimo desfallece. Mas revélame—puesto que los dioses lo saben todo—cuál de los inmortales me detiene y me cierra el camino, y cómo podré llegar a la patria atravesando el mar en peces abundoso.

471 »Así le dije. Y en seguida me respondió de esta manera:

472 »*Proteo.*—Debieras haber ofrecido, antes de embarcarte, hermosos sacrificios a Zeus y a los demás dioses para llegar sin dilación a tu patria, navegando por el vinoso ponto. El hado ha dispuesto que no veas a tus amigos, ni vuelvas a tu casa bien construida y a la patria tierra, hasta que tornes a las aguas del Egipto, río que las lluvias celestiales alimentan, y sacrifiques sacras hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo: entonces te permitirán las deidades hacer el camino que apeteces.

481 »De esta suerte habló: se me partía el corazón al considerar que me ordenaba volver a Egipto por el obscuro ponto, viaje largo y dificultoso. Mas, con todo eso, le contesté diciendo:

485 »*Menelao.*—Haré, oh anciano, lo que me mandas. Pero, ea, dime sinceramente si volvieron salvos en sus naves los aqueos a quienes Néstor y yo dejamos al partir de Troya, o si alguno pereció de cruel muerte en su nave o en brazos de los amigos, después que se acabó la guerra.

491 »Así le hablé; y me respondió acto seguido:

492 »*Proteo.*—¡Atrida! ¿Por qué me preguntas tales cosas? No te cumple a ti conocerlas, ni explorar mi pensamiento; y me figuro que no estarás mucho rato sin llorar tan luego como las sepas todas. Muchos de aquéllos sucumbieron y muchos se salvaron. Sólo dos capitanes de los aqueos, de broncíneas corazas, perecieron en la vuelta; pues en cuanto a las batallas, tú mismo las presenciaste. Uno, vivo aún, se encuentra detenido en el anchuroso ponto. Ayante sucumbió con sus naves de largos remos: primeramente acercóle Posidón a las grandes rocas Giras, sacándole incólume del mar; y se librara de la muerte,

Biblioteca Nacional de España

aunque aborrecido de Atenea, si no hubiese soltado una expresión soberbia que le ocasionó gran daño: dijo que, aun a despecho de los dioses, escaparía del gran abismo del mar. Posidón oyó sus jactanciosas palabras, y, al instante, agarrando con las robustas manos el tridente, golpeó la roca Girea y partióla en dos: uno de los pedazos quedó allí, y el otro, en el cual hubo de sentarse Ayante anteriormente para recibir gran daño, cayó en el piélago y llevóse el héroe al inmenso y undoso ponto. Y allí murió, después de engullir la salobre agua del mar. Tu hermano huyó los hados en las cóncavas naves, pues le salvó la veneranda Hera. Mas, cuando iba a llegar al excelso monte de Malea, arrebatóle una tempestad que le llevó por el ponto abundante en peces, mientras daba grandes gemidos, a una extremidad del campo donde antiguamente tuvo Tiestes la casa que habitaba entonces Egisto Tiestíada. Ya desde allí les pareció la vuelta segura y, como los dioses hicieron que cambiara el viento, llegaron por fin a sus casas. Agamenón pisó alegre el suelo de su patria, que tocaba y besaba, y de sus ojos corrían ardientes lágrimas al contemplar con júbilo aquella tierra. Pero vióle desde una eminencia un atalaya, puesto allí por el doloso Egisto que le prometió como gratificación dos talentos de oro, el cual hacía un año que vigilaba—no fuera que Agamenón viniese sin ser advertido y mostrase su impetuoso valor;—y en seguida se fué al palacio a dar la nueva al pastor de hombres. Y Egisto urdió al momento una engañosa trama: escogió de entre el pueblo veinte hombres muy valientes y los puso en emboscada, mientras, por otra parte, ordenaba que se aparejase un banquete. Fuése después a invitar a Agamenón, pastor de hombres, con caballos y carros, revolviendo en su ánimo indignas tramoyas. Y se llevó al héroe, que nada sospechaba acerca de la muerte que le habían preparado, dióle de comer y le quitó la vida como se mata a un buey junto al pesebre. No quedó ninguno de los compañeros del Atrida que con él llegaron, ni se escapó ninguno de los de Egisto, sino que todos fueron muertos en el palacio.

538 »Así dijo. Sentí destrozárseme el corazón y, sentado en la arena, lloraba y no quería vivir ni contemplar ya la lumbre del sol. Mas, cuando me harté de llorar y de revolcarme por el suelo, hablóme así el veraz anciano de los mares:

543 »*Proteo.*—No llores, oh hijo de Atreo, mucho tiempo y sin tomar descanso, que ningún remedio se puede hallar. Pero haz por volver lo antes posible a la patria tierra y hallarás a aquél, vivo aún; y, si Orestes se te adelantara y lo matase, llegarás para el banquete fúnebre.

548 »Así se expresó. Regocijéme en mi corazón y en mi ánimo generoso, aunque me sentía afligido, y hablé al anciano con estas aladas palabras:

551 »*Menelao.*—Ya sé de éstos. Nómbrame el tercer varón, aquél que, vivo aún, hállase detenido en el anchuroso ponto, o quizás ha muerto. Pues, a pesar de que estoy triste, deseo tener noticias suyas.

554 »Así le dije, y me respondió en el acto:

555 »*Proteo.*—Es el hijo de Laertes, el que tiene en Ítaca su morada: Le vi en una isla y echaba de sus ojos abundantes lágrimas: está en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza, y no le es posible llegar a su patria

Biblioteca Nacional de España

tierra porque no dispone de naves provistas de remos ni de compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar. Por lo que a ti se refiere, oh Menelao, alumno de Zeus, el hado no ordena que acabes la vida y cumplas tu destino en Argos, país fértil de corceles, sino que los inmortales te enviarán a los Campos Elíseos, al extremo de la tierra, donde se halla el rubio Radamantis—allí los hombres viven dichosamente, allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el Océano manda siempre las brisas del Céfiro, de sonoro soplo, para dar a los hombres más frescura,—porque siendo Helena tu mujer, eres para los dioses el yerno de Zeus.

570 »Cuando esto hubo dicho, sumergióse en el agitado ponto. Yo me encaminé hacia los bajeles, con mis divinales compañeros, y mi corazón revolvía muchas trazas. Así que hubimos llegado a mi embarcación y al mar, aparejamos la cena; vino muy pronto la divina noche y nos acostamos en la playa. Y al punto que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, echamos las bien proporcionadas naves en el mar divino y les pusimos sus mástiles y velas; después, sentáronse mis compañeros ordenadamente en los bancos y comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Volví a detener las naves en el Egipto, río que las celestiales lluvias alimentan, y sacrifiqué cumplidas hecatombes. Aplacada la ira de los sempiternos dioses, erigí un túmulo a Agamenón para que su gloria fuera inextinguible. En acabando estas cosas, emprendí la vuelta y los inmortales concediéronme próspero viento y trajéronme con gran rapidez a mi querida patria. Mas, ea, quédate en el palacio hasta que llegue la undécima o duodécima aurora y entonces te despediré, regalándote como espléndidos presentes tres caballos y un carro hermosamente labrado; y también tengo de darte una magnífica copa para que hagas libaciones a los inmortales dioses y te acuerdes de mí todos los días.»

593 Respondióle el prudente Telémaco:

594 *Telémaco.*—¡Atrida! No me detengas mucho tiempo. Yo pasaría un año a tu lado, sin sentir soledad de mi casa ni de mis padres—pues me deleita muchísimo oír tus palabras y razones;—mas deben de aburrirse mis compañeros en la divina Pilos y hace ya mucho que me detienes. El don que me hagas consista en algo que se pueda guardar. Los corceles no pienso llevarlos a Ítaca, sino que los dejaré para tu ornamento, ya que reinas sobre un gran llano en que hay mucho loto, juncia, trigo, espelta y blanca cebada muy lozana. Ítaca no tiene lugares espaciosos donde se pueda correr, ni prado alguno, que es tierra apta para pacer cabras y más agradable que las que nutren caballos. Las islas, que se inclinan hacia el mar, no son propias para la equitación ni tienen hermosos prados, e Ítaca menos que ninguna.

609 Así dijo. Sonrióse Menelao, valiente en la pelea, y, acariciándole con la mano, le habló de esta manera:

611 *Menelao.*—¡Hijo querido! Bien se muestra en lo que hablas la noble sangre de que procedes. Cambiaré el regalo, ya que puedo hacerlo, y de cuantas cosas se guardan en mi palacio voy a darte la más bella y preciosa. Te haré el presente de una cratera labrada, toda de plata con los bordes de oro, que es obra de Hefesto y diómela el héroe Fédimo, rey de los sidonios, cuan-

Biblioteca Nacional de España

do me acogió en su casa al volver yo a la mía. Tal es lo que deseo regalarte.

620 Así éstos conversaban. Los convidados fueron llegando a la mansión del divino rey: unos traían ovejas, otros confortante vino; y sus esposas, que llevaban hermosas cintas, enviáronles el pan. De tal suerte se ocupaban, dentro del palacio, en preparar la comida.

625 Mientras tanto solazábanse los pretendientes ante el palacio de Odiseo, tirando discos y jabalinas en el labrado pavimento donde acostumbraban ejecutar sus insolentes acciones. Antínoo estaba sentado y también el deiforme Eurímaco, que eran los príncipes de los pretendientes y sobre todos descollaban por su bravura. Y fué a buscarlos Noemón, hijo de Fronio; el cual, dirigiéndose a Antínoo, interrogóle con estas palabras:

632 *Noemón.*—¡Antínoo! ¿Sabemos, por ventura, cuándo Telémaco volverá de la arenosa Pilos? Se fué en mi nave y ahora la necesito para ir a la vasta Élide, que allí tengo doce yeguas de vientre y sufridos mulos aún sin desbravar, y traería alguno de éstos para domarlo.

638 Así dijo; y quedáronse atónitos porque no se figuraban que Telémaco hubiese tomado la rota de Pilos, la ciudad de Neleo; sino que estaba en el campo, viendo las ovejas, o en la cabaña del porquerizo.

641 Mas al fin Antínoo, hijo de Eupites, contestóle diciendo:

642 *Antínoo.*—Habla con sinceridad. ¿Cuándo se fué y qué jóvenes le siguieron? ¿Son mancebos de Ítaca escogidos o quizás hombres asalariados y esclavos suyos? Pues también pudo hacerlo de semejante manera. Refiéreme asimismo la verdad de esto, para que yo me entere: ¿te quitó la negra nave por fuerza y mal de tu grado, o se la diste voluntariamente cuando fué a hablarte?

648 Noemón, hijo de Fronio, le respondió de esta guisa:

649 *Noemón.*—Se la di yo mismo y de buen grado. ¿Qué hiciera cualquier otro, pidiéndosela un varón tan ilustre y lleno de cuidados? Difícil hubiera sido negársela. Los mancebos que le acompañan son los que más sobresalen en el pueblo, entre nosotros, y como capitán vi embarcarse a Méntor o a un dios que en todo le era semejante. Mas, de una cosa estoy asombrado: ayer, cuando alboreaba la aurora, vi aquí al divinal Méntor y entonces se embarcó para ir a Pilos.

657 Dicho esto, fuése Noemón a la casa de su padre. Indignáronse en su corazón soberbio Antínoo y Eurímaco; y los demás pretendientes se sentaron con ellos, cesando de jugar. Y ante todos habló Antínoo, hijo de Eupites, que estaba afligido y tenía las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego:

663 *Antínoo.*—¡Oh dioses! ¡Gran proeza ha ejecutado orgullosamente Telémaco con ese viaje! ¡Y decíamos que no lo llevaría a efecto! Contra la voluntad de muchos se fué el niño, habiendo logrado botar una nave y elegir a los mejores del pueblo. De aquí en adelante comenzará a ser un peligro para nosotros; ojalá que Zeus le aniquile las fuerzas, antes que llegue a la flor de la juventud. Mas, ea, facilitadme ligero bajel y veinte compañeros, y le armaré una emboscada cuando vuelva, acechando su retorno en el estrecho que sepa-

Biblioteca Nacional de España

ra a Ítaca de la escabrosa Samos, a fin de que le resulte funestísima la navegación que emprendió para saber noticias de su padre.

673 Así les dijo. Todos lo aprobaron, exhortándole a ponerlo por obra; y levantándose, se fueron en seguida al palacio de Odiseo.

675 No tardó Penelopea en saber los intentos que los pretendientes formaban en secreto, porque se lo dijo el heraldo Medonte, que oyó lo que hablaban desde el exterior del patio mientras en éste urdían la trama. Entró, pues, en la casa para contárselo a Penelopea; y ésta, al verle en el umbral, le habló diciendo:

681 *Penelopea.*—¡Heraldo! ¿Con qué fin te envían los ilustres pretendientes? ¿Acaso para decir a las esclavas del divino Odiseo que suspendan el trabajo y les preparen el festín? Ojalá dejaran de pretenderme y de frecuentar esta morada, celebrando hoy su postrera y última comida. Oh vosotros, los que, reuniéndoos a menudo, consumís los muchos bienes que constituyen la herencia del prudente Telémaco: ¿no oísteis decir a vuestros padres, cuando erais todavía niños, de qué manera los trataba Odiseo que a nadie hizo agravio ni profirió en el pueblo palabras ofensivas, como suelen hacer los divinales reyes, que aborrecen a unos hombres y aman a otros? Jamás cometió aquél la menor iniquidad contra hombre alguno; y ahora son bien patentes vuestro ánimo y vuestras malvadas acciones, porque ninguna gratitud mostráis a los beneficios.

696 Entonces le respondió Medonte, que concebía sensatos pensamientos:

697 *Medonte.*—Fuera ése, oh reina, el mal mayor. Pero los pretendientes fraguan ahora otro más grande y más grave, que ojalá el Cronión no lleve a término. Intentan matar a Telémaco con el agudo bronce, al punto que llegue a este palacio; pues ha ido a la sagrada Pilos y a la divina Lacedemonia en busca de noticias de su padre.

703 Así dijo. Penelopea sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, estuvo un buen rato sin poder hablar, llenáronse de lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas al fin hubo de responder con estas palabras:

707 *Penelopea.*—¡Heraldo! ¿Por qué se fué mi hijo? Ninguna necesidad tenía de embarcarse en las naves de ligero curso, que sirven a los hombres como caballos por el mar y atraviesan la grande extensión del agua. ¿Lo hizo acaso para que ni memoria quede de su nombre entre los mortales?

711 Le contestó Medonte, que concebía sensatos pensamientos:

712 *Medonte.*—Ignoro si le incitó alguna deidad o fué únicamente su corazón quien le impulsó a ir a Pilos para saber noticias de la vuelta de su padre, y tampoco sé cuál suerte le haya cabido.

715 En diciendo esto, fuése por la morada de Odiseo. Apoderóse de Penelopea el dolor, que destruye los ánimos, y ya no pudo permanecer sentada en la silla, habiendo muchas en la casa; sino que se sentó en el umbral del labrado aposento y lamentábase de tal modo que movía a compasión. En torno suyo plañían todas las esclavas del palacio, así las jóvenes como las viejas. Y díjoles Penelopea, mientras derramaba abundantes lágrimas:

722 *Penelopea.*—Oídme, amigas; pues el Olímpico me ha dado más pesares que a ninguna de las que conmigo nacieron y se criaron: anteriormente perdí

Biblioteca Nacional de España

un egregio esposo que tenía el ánimo de un león y descollaba sobre los dánaos en toda clase de excelencias, varón ilustre cuya fama se difundía por la Hélade y en medio de Argos; y ahora las tempestades se habrán llevado del palacio a mi hijo querido, sin gloria y sin que ni siquiera me enterara de su partida. ¡Crueles! ¡A ninguna de vosotras le vino a las mientes hacerme levantar de la cama, y supisteis con certeza cuándo aquél se fué a embarcar en la cóncava y negra nave! Pues, a llegar a mis oídos que proyectaba ese viaje, quedárase en casa, por deseoso que estuviera de partir, o me hubiese dejado muerta en el palacio. Vaya alguna a llamar prestamente al anciano Dolio, mi esclavo, el que me dió mi padre cuando vine aquí y cuida de mi huerto poblado de muchos árboles, para que corra en busca de Laertes y se lo cuente todo; por si Laertes, ideando algo, sale a quejarse de los ciudadanos que desean exterminarle el linaje, el de Odiseo igual a un dios.

742 Díjole entonces Euriclea, su nodriza amada:

743 *Euriclea.*—¡Niña querida! Ya me mates con el cruel bronce, ya me dejes viva en el palacio, nada te quiero ocultar. Yo lo supe todo y di a Telémaco cuanto me ordenó—pan y dulce vino;—pero me hizo prestar solemne juramento de que no te lo dijese hasta el duodécimo día o hasta que te aquejara el deseo de verle ú oyeras decir que había partido, a fin de evitar que lloraras, dañando así tu hermoso cuerpo. Mas ahora, sube con tus esclavas a lo alto de la casa, lávate, envuelve tu cuerpo en vestidos puros, ora a Atenea hija de Zeus, que lleva la égida, y la diosa salvará a tu hijo de la muerte. No angusties más a un anciano afligido, pues yo no creo que el linaje del Arcesíada les sea odioso hasta tal grado a los bienaventurados dioses; sino que siempre quedará alguien que posea la casa de elevada techumbre y los extensos y fértiles campos.

758 Así le dijo y calmóle el llanto, consiguiendo que sus ojos dejaran de llorar. Lavóse Penelopea, envolvió su cuerpo en vestidos puros, subió con las esclavas a lo alto de la casa, puso la mola en un cestillo, y oró de este modo a la diosa Atenea:

762 *Penelopea.*—¡Óyeme, hija de Zeus que lleva la égida, Indómita! Si alguna vez el ingenioso Odiseo quemó en tu honor, dentro del palacio, pingües muslos de buey o de oveja; acuérdate de ellos, sálvame el hijo amado y aparta a los perversos y ensoberbecidos pretendientes.

767 En acabando de hablar dió un grito; y la diosa oyó la plegaria. Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala, y uno de los soberbios jóvenes dijo de esta guisa:

770 *Una voz.*—La reina, a quien tantos pretenden, debe de aparejar el casamiento e ignora que su hijo ya tiene la muerte preparada.

772 Así habló; pero no sabían lo que dentro pasaba. Y Antínoo arengóles diciendo:

774 *Antínoo.*—¡Desgraciados! Absteneos todos de pronunciar palabras insolentes; no sea que alguno vaya a contarlas a Penelopea. Mas, ea, levantémonos y pongamos en obra, silenciosamente, el proyecto que a todos nos place.

778 Dicho esto, escogió los veinte hombres más esforzados y fuése con ellos

Biblioteca Nacional de España

a la orilla del mar, donde estaba la velera nave. Primeramente echaron la negra embarcación al mar profundo, después le pusieron el mástil y las velas, luego aparejaron los remos con correas de cuero, haciéndolo como era debido, desplegaron más tarde las blancas velas y sus bravos servidores trajéronles las armas. Anclaron la nave, después de llevarla adentro del mar; saltaron en tierra y se pusieron a comer, aguardando que viniese la tarde.

787 Mientras tanto, la prudente Penelopea yacía en el piso superior y estaba en ayunas, sin haber comido ni bebido, pensando siempre en si su intachable hijo escaparía de la muerte o sucumbiría a manos de los orgullosos pretendientes. Y cuantas cosas piensa un león al verse cercado por multitud de hombres que forman a su alrededor insidioso círculo, otras tantas revolvía Penelopea en su mente cuando le sobrevino dulce sueño. Durmió recostada, y todos sus miembros se relajaron.

795 Entonces Atenea, la de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Hizo un fantasma parecido a una mujer, a Iftima, hija del magnánimo Icario, con la cual estaba casado Eumelo, que tenía su casa en Feras; y enviólo a la morada del divinal Odiseo, para poner fin de algún modo al llanto y a los gemidos de Penelopea, que se lamentaba sollozando. Entró, pues, deslizándose por la correa del cerrojo, se le puso sobre la cabeza y díjole estas palabras:

804 *El fantasma.*—¿Duermes, Penelopea, con el corazón afligido? Los dioses, que viven felizmente, no te permiten llorar ni angustiarte; pues tu hijo aún ha de volver, que en nada pecó contra las deidades.

808 Respondióle la prudente Penelopea desde las puertas del sueño, donde estaba muy suavemente dormida:

810 *Penelopea.*—¡Hermana! ¿A qué has venido? Hasta ahora no solías frecuentar el palacio, porque se halla muy lejos de tu morada. ¡Mandas que cese mi aflicción y los muchos pesares que me conturban la mente y el ánimo! Anteriormente perdí un egregio esposo que tenía el ánimo de un león y descollaba sobre los dánaos en toda clase de excelencias, varón ilustre cuya fama se difundía por la Hélade y en medio de Argos; y ahora mi hijo amado se fué en cóncavo bajel, niño aún, inexperto en el trabajo y en el habla. Por éste me lamento todavía más que por aquél; por éste tiemblo, y temo que padezca algún mal en el país de aquellos adonde fué, o en el ponto. Que son muchos los enemigos que están maquinando contra él, deseosos de matarle antes de que llegue a su patria tierra.

824 El obscuro fantasma le respondió diciendo:

825 *El fantasma.*—Cobra ánimo y no sientas en tu pecho excesivo temor. Tu hijo va acompañado por quien desearan muchos hombres que a ellos les protegiese como puede hacerlo, por Palas Atenea, que se compadece de ti y me envía a participarte estas cosas.

830 Entonces hablóle de esta manera la prudente Penelopea:

831 *Penelopea.*—Pues si eres diosa y has oído la voz de una deidad, ea, dime si aquel desgraciado vive aún y goza de la lumbre del sol, o ha muerto y se halla en la morada de Hades.

835 El obscuro fantasma le contestó diciendo:

Biblioteca Nacional de España

836 *El fantasma.*—No te revelaré claramente si vive o ha muerto, porque es malo hablar de cosas vanas.

838 Cuando esto hubo dicho, fuése por la cerradura de la puerta como un soplo de viento. Despertóse la hija de Icario y se le alegró el corazón porque había tenido tan claro sueño en la obscuridad de la noche.

842 Ya los pretendientes se habían embarcado y navegaban por la líquida llanura, maquinando en su pecho una muerte cruel para Telémaco. Hay en el mar una isla pedregosa, en medio de Ítaca y de la áspera Samos—Ásteris,—que no es extensa, pero tiene puertos de doble entrada, excelentes para que fondeen los navíos: allí los aqueos se pusieron en emboscada para aguardar a Telémaco.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA V

LA BALSA DE ODISEO

LA Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titón, para llevar la luz a los inmortales y a los mortales, cuando los dioses se reunieron en junta, sin que faltara Zeus altitonante cuyo poder es grandísimo. Y Atenea, trayendo a la memoria los muchos infortunios de Odiseo, los refirió a las deidades; interesándose por el héroe, que se hallaba entonces en el palacio de la ninfa:

7 *Atenea.*—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Ningún rey, que empuñe cetro, sea benigno, ni blando, ni suave, ni emplee el entendimiento en cosas justas; antes, por el contrario, proceda siempre con crueldad y lleve al cabo acciones nefandas; ya que nadie se acuerda del divino Odiseo, entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con blandura de padre. Hállase en una isla atormentado por fuertes pesares: en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza; y no le es posible llegar a su patria porque le faltan naves provistas de remos y compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar. Y ahora quieren matarle el hijo amado así que torne a su casa, pues ha ido a la sagrada Pilos y a la divina Lacedemonia en busca de noticias de su padre.

21 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

22 *Zeus.*—¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿No formaste tú misma ese proyecto: que Odiseo, al tornar a su tierra, se vengaría de aquéllos? Pues acompaña con discreción a Telémaco, ya que puedes hacerlo, a fin de que se restituya incólume a su patria y los pretendientes que están en la nave tengan que volverse.

28 Dijo; y, dirigiéndose a Hermes, su hijo amado, hablóle de esta suerte:

29 *Zeus.*—¡Hermes! Ya que en lo demás eres tú el mensajero, ve a decir a la ninfa de hermosas trenzas nuestra firme resolución—que el paciente Odiseo torne a su patria—para que el héroe emprenda el regreso sin ir acompañado ni por los dioses ni por los mortales hombres: navegando en una balsa hecha con gran número de ataduras, llegará en veinte días y padeciendo trabajos a la fértil Esqueria, a la tierra de los feacios, que por su linaje son cercanos a los dioses; y ellos le honrarán cordialmente, como a una deidad, y le enviarán en un bajel a su patria tierra, después de regalarle bronce, oro en abundancia, vestidos, y tantas cosas como jamás sacara de Troya si llegase indemne y

Biblioteca Nacional de España

habiendo obtenido la parte de botín que le correspondiese. Dispuesto está por la Parca que Odiseo vea a sus amigos y llegue a su casa de alto techo y a su patria.

43 Así dijo. El mensajero Argifontes no fué desobediente: al punto ató a sus pies los áureos divinos talares, que le llevaban sobre el mar y sobre la tierra inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece los ojos de los hombres que quiere o despierta a los que duermen. Teniéndola en las manos, el poderoso Argifontes emprendió el vuelo y, al llegar a la Pieria, bajó del éter al ponto y comenzó a volar rápidamente sobre las olas, como la gaviota que, pescando peces en los grandes senos del mar estéril, moja en el agua del mar sus tupidas alas: tal parecía Hermes mientras volaba por encima del gran oleaje. Cuando hubo arribado a aquella isla tan lejana, salió del violáceo ponto, saltó en tierra, prosiguió su camino hacia la vasta gruta donde moraba la ninfa de hermosas trenzas, y hallóla dentro. Ardía en el hogar un gran fuego, y el olor del hendible cedro y de la tuya, que en él se quemaban, difundíase por la isla hasta muy lejos; mientras ella, cantando con voz hermosa, tejía en el interior con lanzadera de oro. Rodeando la gruta, había crecido una verde selva de chopos, álamos y cipreses olorosos, donde anidaban aves de luengas alas: buhos, gavilanes y cornejas marinas, de ancha lengua, que se ocupan en cosas del mar. Allí mismo, junto a la honda cueva, extendíase una viña floreciente, cargada de uvas; y cuatro fuentes manaban, muy cerca la una de la otra, dejando correr en varias direcciones sus aguas cristalinas. Veíanse en contorno verdes y amenos prados de violetas y apio; y, al llegar allí, hasta un inmortal se hubiese admirado, sintiendo que se le alegraba el corazón. Detúvose el Argifontes a contemplar aquello; y, después de admirarlo, penetró en la ancha gruta, y fué conocido por Calipso, la divina entre las diosas, desde que a ella se presentó—que los dioses inmortales se reconocen mutuamente aunque vivan apartados;—pero no halló al magnánimo Odiseo, que estaba llorando en la ribera, donde tantas veces, consumiendo su ánimo con lágrimas, suspiros y dolores, fijaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y Calipso, la divina entre las diosas, hizo sentar a Hermes en espléndido y magnífico sitial, y preguntóle de esta suerte:

87 *Calipso.*—¿Por qué, oh Hermes, el de la áurea vara, venerable y caro, vienes a mi morada? Antes no solías frecuentarla. Di qué deseas, pues mi ánimo me impulsa a ejecutarlo si de mí depende y es ello posible. Pero sígueme, a fin de que te ofrezca los dones de la hospitalidad.

92 Habiendo hablado de semejante modo, la diosa púsole delante una mesa, que había llenado de ambrosía, y mezcló el rojo néctar. Allí bebió y comió el mensajero Argifontes. Y cuando hubo cenado y repuesto su ánimo con la comida, respondió a Calipso con estas palabras:

97 *Hermes.*—Me preguntas, oh diosa, a mí, que soy dios, por qué he venido. Voy a decírtelo con sinceridad, ya que así lo mandas. Zeus me ordenó que viniese, sin que yo lo deseara: ¿quién pasaría de buen grado tanta agua salada que ni decirse puede, mayormente no habiendo por ahí ninguna ciudad en que los mortales hagan sacrificios a los dioses y les inmolen selectas heca-

Biblioteca Nacional de España

tombes? Mas no le es posible a ningún dios ni traspasar ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida. Dice que está contigo un varón, que es el más infortunado de cuantos combatieron alrededor de la ciudad de Príamo durante nueve años y, en el décimo, habiéndola destruido, tornaron a sus casas; pero en la vuelta ofendieron a Atenea y la diosa hizo que se levantara un viento desfavorable e hinchadas olas. En éstas hallaron la muerte sus esforzados compañeros; y a él trajéronlo acá el viento y el oleaje. Y Zeus te manda que a tal varón le permitas que se vaya cuanto antes; porque no es su destino morir lejos de los suyos, sino que la Parca tiene dispuesto que los vuelva a ver, llegando a su casa de elevada techumbre y a su patria tierra.

116 Así dijo. Estremecióse Calipso, la divina entre las diosas, y respondió con estas aladas palabras:

118 *Calipso.*—Sois, oh dioses, malignos y celosos como nadie, pues sentís envidia de las diosas que no se recatan de dormir con el hombre a quien han tomado por esposo. Así, cuando la Aurora de rosáceos dedos arrebató a Orión, le tuvisteis envidia vosotros los dioses, que vivís sin cuidados, hasta que la casta Ártemis, la de trono de oro, lo mató en Ortigia alcanzándole con sus dulces flechas. Asimismo, cuando Deméter, la de hermosas trenzas, cediendo a los impulsos de su corazón, juntóse en amor y cama con Yasión en una tierra noval labrada tres veces, Zeus, que no tardó en saberlo, mató al héroe hiriéndole con el ardiente rayo. Y así también me tenéis envidia, oh dioses, porque está conmigo un hombre mortal; a quien salvé cuando bogaba solo y montado en una quilla, después que Zeus le hendió la nave, en medio del vinoso ponto, arrojando contra la misma el ardiente rayo. Allí acabaron la vida sus fuertes compañeros; mas a él trajéronlo acá el viento y el oleaje. Y le acogí amigablemente, le mantuve y díjele a menudo que le haría inmortal y libre de la vejez por siempre jamás. Pero, ya que no le es posible a ningún dios ni transgredir ni dejar sin efecto la voluntad de Zeus, que lleva la égida, váyase aquél por el mar estéril, si ése le incita y se lo manda; que yo no le he de despedir—pues no dispongo de naves provistas de remos, ni puedo darle compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar,—aunque le aconsejaré de muy buena voluntad, sin ocultarle nada, para que llegue sano y salvo a su patria tierra.

145 Replicóle el mensajero Argifontes:

146 *Hermes.*—Despídele pronto y teme la cólera de Zeus; no sea que este dios, irritándose, se ensañe contra ti en lo sucesivo.

148 En diciendo esto, partió el poderoso Argifontes; y la veneranda ninfa, oído el mensaje de Zeus, fuése a buscar al magnánimo Odiseo. Hallóle sentado en la playa, que allí se estaba, sin que sus ojos se secasen del continuo llanto, y consumía su dulce vida suspirando por el regreso; pues la ninfa ya no le era grata. Obligado a pernoctar en la profunda cueva, durmiendo con la ninfa que le quería sin que él la quisiese, pasaba el día sentado en las rocas de la ribera del mar y, consumiendo su ánimo en lágrimas, suspiros y dolores, clavaba los ojos en el ponto estéril y derramaba copioso llanto. Y, parándose cerca de él, díjole de esta suerte la divina entre las diosas:

Biblioteca Nacional de España

160 *Calipso.*—¡Desdichado! No llores más ni consumas tu vida, pues de muy buen grado dejaré que partas. Ea, corta maderos grandes; y, ensamblándolos con el bronce, forma una extensa balsa y cúbrela con piso de tablas, para que te lleve por el obscuro ponto. Yo pondré en ella pan, agua y el rojo vino, regocijador del ánimo, que te librarán de padecer hambre; te daré vestidos y te mandaré próspero viento, a fin de que llegues sano y salvo a tu patria tierra si lo quieren los dioses que habitan el anchuroso cielo; los cuales me aventajan, así en trazar designios como en llevarlos a término.

171 Así dijo. Estremecióse el paciente divinal Odiseo y respondió con estas aladas palabras:

173 *Odiseo.*—Algo revuelves en tu pensamiento, oh diosa, y no por cierto mi partida, al ordenarme que atraviese en una balsa el gran abismo del mar, tan terrible y peligroso que no lo pasaran fácilmente naves de buenas proporciones, veleras, animadas por un viento favorable que les enviara Zeus. Yo no subiría en la balsa, mal de tu grado, si no te resolvieras a prestar firme juramento de que no maquinarás causarme ningún otro pernicioso daño.

180 Así habló. Sonrióse Calipso, la divina entre las diosas; y, acariciándole con la mano, le dijo estas palabras:

182 *Calipso.*—Eres en verdad injusto, aunque no sueles pensar cosas livianas, cuando tales palabras te has atrevido a proferir. Sépalo ahora la Tierra y desde arriba el anchuroso Cielo y el agua corriente de la Estix—que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses:—no maquinaré contra ti ningún pernicioso daño, y pienso y he de aconsejarte cuanto para mí misma discurriera si en tan grande necesidad me viese. Mi intención es justa, y en mi pecho no se encierra un ánimo férreo, sino compasivo.

192 Cuando así hubo hablado, la divina entre las diosas echó a andar aceleradamente y Odiseo fué siguiendo las pisadas de la deidad. Llegaron a la profunda cueva la diosa y el varón, éste se acomodó en la silla de donde se había levantado Hermes, y la ninfa sirvióle toda clase de alimentos, así comestibles como bebidas, de los que se mantienen los mortales hombres. Luego sentóse ella enfrente del divino Odiseo, y sirviéronle las criadas ambrosía y néctar. Cada uno echó mano a las viandas que tenía delante; y, apenas se hubieron saciado de comer y de beber, Calipso, la divina entre las diosas, rompió el silencio y dijo:

203 *Calipso.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Así, pues, ¿deseas irte en seguida a tu casa y a tu patria tierra? Sé, esto no obstante, dichoso. Pero, si tu inteligencia conociese los males que habrás de padecer fatalmente antes de llegar a tu patria, te quedaras conmigo, custodiando esta morada, y fueras inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu esposa, de la que padeces soledad todos los días. Yo me jacto de no serle inferior ni en el cuerpo ni en el natural, que no pueden las mortales competir con las diosas ni por su cuerpo ni por su belleza.

214 Respondióle el ingenioso Odiseo:

215 *Odiseo.*—¡No te enojes conmigo, veneranda deidad! Conozco muy bien que la prudente Penelopea te es inferior en belleza y en estatura; siendo ella

Biblioteca Nacional de España

mortal y tú inmortal y exenta de la vejez. Esto no obstante, deseo y anhelo continuamente irme a mi casa y ver lucir el día de mi vuelta. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el vinoso ponto, lo sufriré con el ánimo que llena mi pecho y tan paciente es para los dolores; pues he padecido muy mucho así en el mar como en la guerra, y venga este mal tras de los otros.»

225 Así habló. Púsose el sol y sobrevino la obscuridad. Retiráronse entonces a lo más hondo de la profunda cueva; y allí, muy juntos, hallaron en el amor contentamiento.

228 Mas, no bien se mostró la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, vistióse Odiseo la túnica y el manto; y ella se puso amplia vestidura, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro, veló su cabeza, y ocupóse en disponer la partida del magnánimo Odiseo. Dióle una gran segur que pudiera manejar, de bronce, aguda de entrambas partes, con un hermoso astil de olivo bien ajustado; entrególe después una azuela muy pulimentada; y le llevó a un extremo de la isla, donde habían crecido altos árboles—chopos, álamos y el abeto que sube hasta el cielo,—todos los cuales estaban secos desde antiguo y eran muy duros y a propósito para mantenerse a flote sobre las aguas. Y tan presto como le hubo enseñado donde habían crecido aquellos grandes árboles, Calipso, la divina entre las diosas, volvió a su morada, y él se puso a cortar troncos y no tardó en dar fin a su trabajo. Derribó veinte, que desbastó con el bronce, pulió con habilidad y enderezó por medio de un nivel. Calipso, la divina entre las diosas, trájole unos barrenos con los cuales taladró el héroe todas las piezas que unió luego, sujetándolas con clavos y clavijas. Cuan ancho es el redondeado fondo de un buen navío de carga, que hábil artífice construyera, tan grande hizo Odiseo la balsa. Labró después la cubierta, adaptándola a espesas vigas y dándole remate con un piso de largos tablones; puso en el centro un mástil con su correspondiente entena, y fabricó un timón para regir la balsa. A ésta la protegió por todas partes con mimbres entretejidos, que fuesen reparo de las olas, y la lastró con abundante madera. Mientras tanto Calipso, la divina entre las diosas, trájole lienzo para las velas; y Odiseo las construyó con gran habilidad. Y, atando en la balsa cuerdas, maromas y bolinas, echóla por medio de unos parales al mar divino.

262 Al cuarto día ya todo estaba terminado, y al quinto despidióle de la isla la divina Calipso, después de lavarlo y de vestirle perfumadas vestiduras. Entrególe la diosa un pellejo de negro vino, otro grande de agua, un saco de provisiones y muchos manjares gratos al ánimo; y mandóle favorable y plácido viento. Gozoso desplegó las velas el divinal Odiseo y, sentándose, comenzó a regir hábilmente la balsa con el timón, sin que el sueño cayese en sus párpados, mientras contemplaba las Pléyades, el Bootes, que se pone muy tarde, y la Osa, llamada el Carro por sobrenombre, la cual gira siempre en el mismo lugar, acecha a Orión y es la única que no se baña en el Océano; pues habíale ordenado Calipso, la divina entre las diosas, que tuviera la Osa a la mano izquierda durante la travesía. Diecisiete días navegó, atravesando el mar, y al décimoctavo pudo ver los umbrosos montes del país de los feacios

Biblioteca Nacional de España

en la parte más cercana, apareciéndosele como un escudo en medio del sombrío ponto.

282 El poderoso Posidón, que sacude la tierra, regresaba entonces del país de los etíopes y vió a Odiseo de lejos, desde los montes Solimos, pues se le apareció navegando por el ponto. Encendióse en ira la deidad y, sacudiendo la cabeza, habló entre sí de semejante modo:

286 *Posidón.*—¡Oh dioses! Sin duda cambiaron las deidades sus propósitos en orden a Odiseo, mientras yo me hallaba entre los etíopes. Ya está junto a la tierra de los feacios, donde es fatal que se libre del cúmulo de desgracias que le han alcanzado. Creo, no obstante, que aún habrán de cargar sobre él no pocos males.

291 Dijo; y, echando mano al tridente, congregó las nubes y turbó el mar; suscitó grandes torbellinos de toda clase de vientos; cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céfiro y el Bóreas que, nacido en el éter, levanta grandes olas. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo; y el héroe, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

299 *Odiseo.*—¡Ay de mí, desdichado! ¿Qué es lo que, por fin, me va a suceder? Temo que salgan verídicas las predicciones de la diosa, la cual me aseguraba que había de pasar grandes trabajos en el ponto antes de volver a la patria tierra, pues ahora todo se está cumpliendo. ¡Con qué nubes ha cerrado Zeus el anchuroso cielo! Y ha conturbado el mar; y arrecian los torbellinos de toda clase de vientos. Ahora me espera, a buen seguro, una terrible muerte. ¡Oh!, una y mil veces dichosos los dánaos que perecieron en la vasta Troya, luchando por complacer a los Atridas! ¡Así hubiera yo muerto también, cumpliéndose mi destino, el día en que multitud de teucros me arrojaban broncíneas lanzas junto al cadáver del Pelión! Allí obtuviera honras fúnebres y los aqueos ensalzaran mi gloria; pero dispone el hado que yo sucumba con deplorable muerte.

313 Mientras esto decía, vino una grande ola que desde lo alto cayó horrendamente sobre Odiseo e hizo que la balsa zozobrara. Fué arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, llegó un horrible torbellino de mezclados vientos que rompió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. Mucho tiempo permaneció Odiseo sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente por el gran ímpetu de las olas y porque le pesaban los vestidos que le había entregado la divinal Calipso. Sobrenadó, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo le corría de la cabeza en sonoros chorros. Mas, aunque fatigado, no perdía de vista la balsa; sino que, moviéndose con vigor por entre las olas, la asió y se sentó en medio de ella para evitar la muerte. El gran oleaje llevaba la balsa de acá para allá, según la corriente. Del mismo modo que el otoñal Bóreas arrastra por la llanura unos vilanos, que entre sí se entretejen espesos; así los vientos conducían la balsa por el piélago, de acá para allá: unas veces el Noto la arrojaba al Bóreas, para que se la llevase, y en otras ocasiones el Euro la cedía al Céfiro a fin de que éste la persiguiera.

Biblioteca Nacional de España

333 Pero vióle Ino Leucotea, hija de Cadmo, la de pies hermosos, que antes había sido mortal dotada de voz, y entonces, residiendo en lo hondo del mar, disfrutaba de honores divinos. Y como se apiadara de Odiseo, al contemplarle errabundo y abrumado por la fatiga, transfiguróse en mergo, salió volando del abismo del mar y, posándose en la balsa construida con muchas ataduras, díjole estas palabras:

339 *Ino.*—¡Desdichado! ¿Por qué Posidón, que sacude la tierra, se airó tan fieramente contigo y te está suscitando multitud de males? No logrará anonadarte por mucho que lo anhele. Haz lo que voy a decir, pues me figuro que no te falta prudencia: quítate esos vestidos, deja la balsa para que los vientos se la lleven y, nadando con las manos, procura llegar a la tierra de los feacios, donde la Parca ha dispuesto que te salves. Toma, extiende este velo inmortal debajo de tu pecho y no temas padecer, ni morir tampoco. Y así que toques con tus manos la tierra firme, quítatelo y arrójalo en el vinoso ponto, muy lejos del continente, volviéndote a otro lado.

351 Dichas estas palabras, la diosa le entregó el velo y, transfigurada en mergo, tornó a sumergirse en el undoso ponto y las negruzcas olas la cubrieron. Mas el paciente divinal Odiseo estaba indeciso y, gimiendo, habló de esta guisa a su corazón magnánimo:

356 *Odiseo.*—¡Ay de mí! No sea que alguno de los inmortales me tienda un lazo, cuando me da la orden de que desampare la balsa. No obedeceré todavía, que con mis ojos veo que está muy lejana la tierra donde, según afirman, he de hallar refugio; antes procederé de esta suerte por ser, a mi juicio, lo mejor: mientras los maderos estén sujetados por las clavijas, seguiré aquí y sufriré los males que haya de padecer, y luego que las olas deshagan la balsa me pondré a nadar; pues no se me ocurre nada más provechoso.

365 Tales cosas revolvía en su mente y en su corazón, cuando Posidón, que sacude la tierra, alzó una oleada tremenda, difícil de resistir, alta como un techo, y empujóla contra el héroe. De la suerte que impetuoso viento revuelve un montón de pajas secas, dispersándolas por este y por el otro lado; de la misma manera desbarató la ola los grandes leños de la balsa. Pero Odiseo asió una de las tablas y se puso a caballo en ella; desnudóse los vestidos que la divinal Calipso le había regalado, extendió prestamente el velo debajo de su pecho y se dejó caer en el agua boca abajo, con los brazos abiertos, deseoso de nadar. Vióle el poderoso dios que sacude la tierra y, moviendo la cabeza, habló entre sí de semejante modo:

377 *Posidón.*—Ahora, que has padecido tantos males, vaga por el ponto hasta que llegues a juntarte con esos hombres, alumnos de Zeus. Se me figura que ni aun así te parecerán pocas tus desgracias.

380 Dicho esto, picó con el látigo a los corceles de hermosas crines, y se fué a Egas, donde posee ínclita morada.

382 Entonces Atenea, hija de Zeus, ordenó otra cosa. Cerró el camino a los vientos, y les mandó que se sosegaran y durmieran; y, haciendo soplar el rápido Bóreas, quebró las olas hasta que Odiseo, del linaje de Zeus, librándose de la muerte y de las Parcas, llegase a los feacios, amantes de manejar los remos.

Biblioteca Nacional de España

388 Dos días con sus noches anduvo errante el héroe sobre las densas olas, y su corazón presagióle la muerte en repetidos casos. Mas, tan luego como la Aurora, de hermosas trenzas, dió principio al tercer día, cesó el vendaval, reinó sosegada calma y Odiseo pudo ver, desde lo alto de una ingente ola y aguzando mucho la vista, que la tierra se hallaba cerca. Cuan grata se les presenta a los hijos la vida de un padre que estaba postrado por la enfermedad y padecía graves dolores, consumiéndose desde largo tiempo a causa de la persecución de horrendo numen, si los dioses le libran felizmente del mal: tan agradable apareció para Odiseo la tierra y el bosque. Nadaba, pues, esforzándose por asentar el pie en tierra firme; mas, así que estuvo tan cercano a la orilla que hasta ella hubieran llegado sus gritos, oyó el estrépito con que en las peñas se rompía el mar. Bramaban las inmensas olas, azotando horrendamente la árida costa, y todo estaba cubierto de salada espuma; pues allí no había puertos, donde las naves se acogiesen, ni siquiera ensenadas, sino orillas abruptas, rocas y escollos. Entonces desmayaron las rodillas y el corazón de Odiseo; y el héroe, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

408 *Odiseo.*—¡Ay de mí! Después que Zeus me concedió que viese inesperada tierra, y acabé de surcar este abismo, ningún paraje descubro por donde consiga salir del espumoso mar. Por defuera hay agudos peñascos a cuyo alrededor braman las olas impetuosamente, y la roca se levanta lisa; y aquí es el mar tan hondo que no puedo afirmar los pies para librarme del mal. No sea que, cuando me disponga a salir, ingente ola me arrebate y dé conmigo en el pétreo peñasco; y me salga en vano mi intento. Mas, si voy nadando, en busca de una playa o de un puerto de mar, temo que nuevamente me arrebate la tempestad y me lleve al ponto, abundante en peces, haciéndome proferir hondos suspiros; o que una deidad incite contra mí algún monstruo marino, como los que cría en gran abundancia la ilustre Anfitrite; pues sé que el ínclito dios que bate la tierra está enojado conmigo.

424 Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, una oleada lo llevó a la áspera ribera. Allí se habría desgarrado la piel y roto los huesos, si Atenea, la deidad de ojos de lechuza, no le hubiese sugerido en el ánimo lo que llevó a efecto: lanzóse a la roca, la asió con ambas manos y, gimiendo, permaneció adherido a ella hasta que la enorme ola hubo pasado. De esta suerte la evitó; mas, al refluir, dióle tal acometida, que lo echó en el ponto y bien adentro. Así como el pulpo, cuando lo sacan de su escondrijo, lleva pegadas a los tentáculos muchas pedrezuelas; así, la piel de las fornidas manos de Odiseo se desgarró y quedó en las rocas, mientras le cubría inmensa ola. Y allí acabara el infeliz Odiseo contra lo dispuesto por el hado, si Atenea, la deidad de ojos de lechuza, no le inspirara prudencia. Salió a flote y, apartándose de las olas que se estrellan con estrépito en la ribera, nadó a lo largo de la orilla, mirando a la tierra, por si hallaba alguna playa que las olas batieran oblicuamente o algún puerto de mar. Mas, como llegase, nadando, a la boca de un río de hermosa corriente, el lugar parecióle muy a propósito por carecer de rocas y formar un reparo contra el viento. Y conociendo que era un río que desbalagaba, suplicóle así en su corazón:

Biblioteca Nacional de España

445 *Odiseo.*—¡Óyeme, oh soberano, quienquiera que seas! Vengo a ti, tan deseado, huyendo del ponto y de las amenazas de Posidón. Es digno de respeto aun para los inmortales dioses el hombre que se presenta errabundo, como llego ahora a tu corriente y a tus rodillas después de pasar muchos trabajos. ¡Oh rey, apiádate de mí, ya que me glorio de ser tu suplicante!

451 Así dijo. En seguida suspendió el río su corriente, apaciguó las olas, mandó la calma delante de sí y salvó a Odiseo en la desembocadura. El héroe dobló entonces las rodillas y los fuertes brazos, pues su corazón estaba fatigado de luchar con el mar. Tenía Odiseo todo el cuerpo hinchado, de su boca y de su nariz manaba en abundancia el agua del mar; y, falto de aliento y de voz, quedóse tendido y sin fuerzas porque el terrible cansancio le abrumaba. Cuando ya respiró y recobró el ánimo en su corazón, desató el velo de la diosa y arrojólo en el río, que corría hacia el mar: llevóse el velo una ola grande en la dirección de la corriente y pronto Ino lo tuvo en sus manos. Odiseo se apartó del río, echóse al pie de unos juncos, besó la fértil tierra y, gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

465 *Odiseo.*—¡Ay de mí! ¿Qué no padezco? ¿Qué es lo que al fin me va a suceder? Si paso la molesta noche junto al río, quizás la dañosa helada y el fresco rocío me acaben y exhale yo el último aliento a causa de mi debilidad; y una brisa glacial viene del río antes de rayar el alba. Y si subo al collado y me duermo entre los espesos arbustos de la selva umbría, como me dejen el frío y el cansancio y me venga dulce sueño, temo ser presa y pasto de las fieras.

474 Después de meditarlo, se le ofreció como mejor el último lance. Fuése, pues, a la selva que halló cerca del agua, en un altozano, y metióse debajo de dos arbustos que habían nacido en un mismo lugar y eran un acebuche y un olivo. Ni el húmedo soplo de los vientos pasaba por entre ambos, ni el resplandeciente sol los hería con sus rayos, ni la lluvia los penetraba del todo: tan espesos y entrelazados habían crecido. Debajo de ellos se introdujo Odiseo y al instante aparejóse con sus manos ancha cama, pues había tal abundancia de serojas que bastaran para abrigar a dos o tres hombres en lo más fuerte del invierno por riguroso que fuese. Mucho holgó de verlas el paciente divinal Odiseo, que se acostó en medio y se cubrió con multitud de ellas. Así como el que vive en remoto campo y no tiene vecinos, esconde un tizón en la negra ceniza para conservar el fuego y no tener que ir a encenderlo a otra parte; de esta suerte se cubrió Odiseo con la hojarasca. Y Atenea infundióle en los ojos dulce sueño y le cerró los párpados para que cuanto antes se librara del penoso cansancio.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VI

LLEGADA DE ODISEO AL PAIS DE LOS FEACIOS

MIENTRAS así dormía el paciente y divinal Odiseo, rendido del sueño y del cansancio, Atenea se fué al pueblo y a la ciudad de los feacios, los cuales habitaron antiguamente en la espaciosa Hiperea, junto a los Cíclopes, varones soberbios que les causaban daño porque eran más robustos. De allí los sacó Nausítoo, semejante a un dios: condújolos a Esqueria, lejos de los hombres industriosos, donde hicieron morada; construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a las divinidades y repartió los campos. Mas ya entonces, vencido por la Parca, había bajado al Hades y reinaba Alcínoo, cuyos consejos eran inspirados por los propios dioses; y al palacio de éste enderezó Atenea, la deidad de ojos de lechuza, pensando en la vuelta del magnánimo Odiseo. Penetró la diosa en la estancia labrada con gran primor en que dormía una doncella parecida a las inmortales por su natural y por su hermosura: Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo; junto a ella, a uno y otro lado de la entrada, hallábanse dos esclavas a quienes las Gracias habían dotado de belleza, y las magníficas hojas de la puerta estaban entornadas. Atenea se lanzó, como un soplo de viento, a la cama de la joven; púsose sobre su cabeza y empezó a hablarle, tomando el aspecto de la hija de Dimante, el célebre marino, que tenía la edad de Nausícaa y érale muy grata. De tal suerte transfigurada, dijo Atenea, la de ojos de lechuza:

Atenea.—¡Nausícaa! ¿Por qué tu madre te parió tan floja? Tienes descuidadas las espléndidas vestiduras y está cercano tu casamiento, en el cual has de llevar lindas ropas, dando parte también a los que te conduzcan; que así se consigue gran fama entre los hombres y se huelgan el padre y la veneranda madre. Vayamos, pues, a lavar tan luego como despunte la aurora, y te acompañaré y ayudaré para que en seguida lo tengas aparejado todo; que no ha de prolongarse mucho tu doncellez, puesto que ya te pretenden los mejores de todos los feacios, cuyo linaje es también el tuyo. Ea, insta a tu ilustre padre para que mande prevenir antes de rayar el alba las mulas y el carro en que llevarás los cíngulos, los peplos y los espléndidos cobertores. Para ti misma es mejor ir de este modo que no a pie, pues los lavaderos se hallan a gran distancia de la ciudad.

Cuando así hubo hablado, Atenea, la de ojos de lechuza, fuése al Olimpo, donde dicen que está la mansión perenne y segura de las deidades; a la

Biblioteca Nacional de España

cual ni la agitan los vientos, ni la lluvia la moja, ni la nieve la cubre—pues el tiempo es allí constantemente sereno y sin nubes,—y en cambio la envuelve esplendorosa claridad: en ella disfrutan perdurable dicha los bienaventurados dioses. Allí se encaminó, pues, la de ojos de lechuza tan luego como hubo aconsejado a la doncella.

48 Pronto llegó la Aurora, la de hermoso trono, y despertó a Nausícaa, la del lindo peplo; y la doncella, admirada del sueño, se fué por el palacio a contárselo a sus progenitores, al padre querido y a la madre, y a entrambos los halló dentro: a ésta, sentada junto al fuego, con las siervas, hilando lana de color purpúreo; y a aquél, cuando iba a salir para reunirse en consejo con los ilustres príncipes, pues los más nobles feacios le habían llamado. Detúvose Nausícaa muy cerca de su padre y así le dijo:

57 *Nausícaa.*—¡Padre querido! ¿No querrías aparejarme un carro alto, de fuertes ruedas, en el cual lleve al río, para lavarlos, los hermosos vestidos que tengo sucios? A ti mismo te conviene llevar vestiduras limpias, cuando con los varones más principales deliberas en el consejo. Tienes, además, cinco hijos en el palacio: dos ya casados, y tres que son mancebos florecientes y cuantas veces van al baile quieren llevar vestidos limpios; y tales cosas están a mi cuidado.

66 Así dijo; pues dióle vergüenza mentar las florecientes nupcias a su padre. Mas él, comprendiéndolo todo, le respondió con estas palabras:

68 *Alcínoo.*—No te negaré, oh hija, ni las mulas ni cosa alguna. Ve, y los esclavos te aparejarán un carro alto, de fuertes ruedas, provisto de tablado.

71 Dichas tales palabras, dió la orden a los esclavos, que al punto le obedecieron. Aparejaron fuera de la casa un carro de fuertes ruedas, propio para mulas; y, trayéndolas, unciéronlas al yugo. Mientras tanto, la doncella sacaba de la habitación los espléndidos vestidos y los colocaba en el pulido carro. Su madre púsole en una cesta toda clase de gratos manjares y viandas; echóle vino en un cuero de cabra; y cuando aquélla subió al carro, entrególe líquido aceite en una ampolla de oro a fin de que se ungiese con sus esclavas. Nausícaa tomó el látigo y, asiendo las lustrosas riendas, azotó las mulas para que corrieran. Arrancaron éstas con estrépito y trotaron ágilmente, llevando los vestidos y a la doncella que no iba sola, sino acompañada de sus criadas.

85 Tan pronto como llegaron a la bellísima corriente del río, donde había unos lavaderos perennes con agua abundante y cristalina para lavar hasta lo más sucio, desuncieron las mulas y echáronlas hacia el vorticoso río a pacer la dulce grama. Tomaron del carro los vestidos, lleváronlos al agua profunda y los pisotearon en las pilas, compitiendo unas con otras en hacerlo con presteza. Después que los hubieron limpiado, quitándoles toda la inmundicia, tendiéronlos con orden en los guijarros de la costa, que el mar lavaba con gran frecuencia. Acto continuo se bañaron, se ungieron con pingüe aceite y se pusieron a comer a orillas del río, mientras las vestiduras se secaban a los rayos del sol. Apenas las esclavas y Nausícaa se hubieron saciado de comida, quitáronse los velos y jugaron a la pelota; y entre ellas Nausícaa, la de los níveos brazos, comenzó a cantar. Cual Ártemis, que se complace en tirar fle-

Biblioteca Nacional de España

chas, va por el altísimo monte Taigeto o por el Erimanto, donde se deleita en perseguir a los jabalíes o a los veloces ciervos, y en sus juegos tienen parte las ninfas agrestes, hijas de Zeus que lleva la égida, holgándose Leto de contemplarlo; y aquélla levanta su cabeza y su frente por encima de las demás y es fácil distinguirla, aunque todas son hermosas: de igual suerte la doncella, libre aún, sobresalía entre las esclavas.

110 Mas cuando ya estaba a punto de volver a su morada unciendo las mulas y plegando los hermosos vestidos, Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa para que Odiseo recordara del sueño y viese a aquella doncella de lindos ojos, que debía llevarlo a la ciudad de los feacios. La princesa arrojó la pelota a una de las esclavas y erró el tiro, echándola en un hondo remolino; y todas gritaron muy recio. Despertó entonces el divinal Odiseo y, sentándose, revolvía en su mente y en su corazón estos pensamientos:

119 *Odiseo.*—¡Ay de mí! ¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? Desde aquí se oyó la femenil gritería de jóvenes ninfas que residen en las altas cumbres de las montañas, en las fuentes de los ríos y en los prados cubiertos de hierba. ¿Me hallo, por ventura, cerca de hombres de voz articulada? Ea, yo mismo probaré a salir e intentaré verlo.

127 Hablando así, el divinal Odiseo salió de entre los arbustos y en la poblada selva desgajó con su fornida mano una rama frondosa con que pudiera cubrirse las partes verendas. Púsose en camino de igual manera que un montaraz león, confiado en sus fuerzas, sigue andando a pesar de la lluvia o del viento, y le arden los ojos, y se echa sobre los bueyes, las ovejas o las agrestes ciervas, pues el vientre le incita a que vaya a una sólida casa e intente acometer al ganado; de tal modo había de presentarse Odiseo a las doncellas de hermosas trenzas, aunque estaba desnudo, pues la necesidad le obligaba. Y se les apareció horrible, afeado por el sarro del mar; y todas huyeron, dispersándose por las orillas prominentes. Pero se quedó sola e inmóvil la hija de Alcínoo, porque Atenea dióle ánimo a su corazón y libró del temor a sus miembros. Siguió, pues, delante del héroe sin huir; y Odiseo meditaba si convendría rogar a la doncella de lindos ojos, abrazándola por las rodillas, o suplicarle, desde lejos y con dulces palabras, que le mostrara la ciudad y le diera con que vestirse. Pensándolo bien, le pareció que lo mejor sería rogarle desde lejos con suaves voces: no fuese a irritarse la doncella si le abrazaba las rodillas. Y entonces pronunció estas dulces e insinuantes palabras:

149 *Odiseo.*—¡Yo te imploro, oh reina, seas diosa o mortal! Si eres una de las deidades que poseen el anchuroso cielo, te hallo muy parecida a Ártemis, hija del gran Zeus, por tu hermosura, por tu grandeza y por tu natural; y si naciste de los hombres que moran en la tierra, dichosos mil veces tu padre, tu veneranda madre y tus hermanos, pues su alma debe de alegrarse a todas horas intensamente cuando ven a tal retoño salir a las danzas. Y dichosísimo en su corazón, más que otro alguno, quien consiga, descollando por la esplendidez de sus donaciones nupciales, llevarte a su casa por esposa. Que nunca se

Biblioteca Nacional de España

ofreció a mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer, y me he quedado atónito al contemplarte. Solamente una vez vi algo que se te pudiera comparar en un joven retoño de palmera, que creció en Delos, junto al ara de Apolo (estuve allá con numeroso pueblo, en aquel viaje del cual habían de seguírseme funestos males): de la suerte que a la vista del retoño quedéme estupefacto mucho tiempo, pues jamás había brotado de la tierra un vástago como aquél; de la misma manera te contemplo con admiración, oh mujer, y me tienes absorto y me infunde miedo abrazar tus rodillas, aunque estoy abrumado por un pesar muy grande. Ayer pude salir del vinoso ponto, después de veinte días de permanencia en el mar, en el cual me vi a merced de las olas y de los veloces torbellinos desde que desamparé la isla Ogigia; y algún numen me ha echado acá, para que padezca nuevas desgracias, que no espero que éstas se hayan acabado, antes los dioses deben de prepararme otras muchas todavía. Pero tú, oh reina, apiádate de mí, ya que eres la primera persona a quien me acerco después de soportar tantos males y me son desconocidos los hombres que viven en la ciudad y en esta comarca. Muéstrame la población y dame un trapo para atármelo alrededor del cuerpo, si al venir trajiste alguno para envolver la ropa. Y los dioses te concedan cuanto en tu corazón anheles: marido, familia y feliz concordia: pues no hay nada mejor ni más útil que el que gobiernen su casa el marido y la mujer con ánimo concorde, lo cual produce gran pena a sus enemigos y alegría a los que los quieren, y son ellos los que más aprecian sus ventajas.

186 Respondió Nausícaa, la de los níveos brazos:

187 *Nausícaa.*—¡Forastero! Ya que no me pareces ni vil ni insensato, sabe que el mismo Zeus Olímpico distribuye la felicidad a los buenos y a los malos, y si te envió esas penas debes sufrirlas pacientemente; mas ahora, que has llegado a nuestra ciudad y a nuestra tierra, no carecerás de vestido ni de ninguna de las cosas que por decoro ha de alcanzar un mísero suplicante. Te mostraré la población y te diré el nombre de sus habitantes: los feacios poseen la ciudad y la comarca, y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, cuyo es el imperio y el poder entre los feacios.

198 Dijo; y dió esta orden a las esclavas, de hermosas trenzas:

199 *Nausícaa.*—¡Deteneos, esclavas! ¿Adónde huís, por ver a un hombre? ¿Pensáis acaso que sea un enemigo? No hay ni habrá nunca un mortal terrible que venga a hostilizar la tierra de los feacios, pues a éstos los quieren mucho los inmortales. Vivimos separadamente y nos circunda el mar alborotado; somos los últimos de los hombres, y ningún otro mortal tiene comercio con nosotros. Éste es un infeliz que viene perdido y es necesario socorrerle, pues todos los forasteros y pobres son de Zeus y un exiguo don que se les haga les es grato. Así, pues, esclavas, dadle de comer y de beber al forastero, y lavadle en el río, en un lugar que esté resguardado del viento.

211 Así dijo. Detuviéronse las esclavas y, animándose mutuamente, hicieron sentar a Odiseo en un lugar abrigado, conforme a lo dispuesto por Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo; dejaron cerca de él un manto y una túnica para que se vistiera; entregáronle, en ampolla de oro, líquido aceite, y le invi-

Biblioteca Nacional de España

taron a lavarse en la corriente del río. Y entonces el divinal Odiseo les habló diciendo:

218 *Odiseo.*—¡Esclavas! Alejaos un poco a fin de que lave de mis hombros el sarro del mar y me unja después con el aceite, del cual mucho ha que mi cuerpo se ve privado. Yo no puedo tomar el baño ante vosotras, pues haríaseme vergüenza ponerme desnudo entre jóvenes de hermosas trenzas.

223 Así dijo. Ellas se apartaron y fueron a contárselo a Nausícaa. Entretanto el divinal Odiseo se lavaba en el río, quitando de su cuerpo el sarro del mar que le cubría la espalda y los anchurosos hombros, y se limpiaba la cabeza de la espuma que en ella había dejado el mar estéril. Mas después que, ya lavado, se ungió con el pingüe aceite y se puso los vestidos que la doncella, libre aún, le había dado, Atenea, hija de Zeus, hizo que pareciese más alto y más grueso, y que de su cabeza colgaran ensortijados cabellos que a flores de jacinto semejaban. Y así como el hombre experto, a quien Hefesto y Palas Atenea enseñaron artes de toda especie, cerca de oro la plata y hace lindos trabajos, de semejante modo Atenea difundió la gracia por la cabeza y por los hombros de Odiseo. Éste, apartándose un poco, se sentó en la ribera del mar y resplandecía por su gracia y hermosura. Admiróse la doncella y dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

239 *Nausícaa.*—Oíd, esclavas de níveos brazos, lo que os voy a decir: no sin la voluntad de los dioses que habitan el Olimpo, viene ese hombre a los deiformes feacios. Al principio se me ofreció como un fulano despreciable, pero ahora se asemeja a los dioses que poseen el anchuroso cielo. ¡Ojalá a tal varón pudiera llamársele mi marido, viviendo acá; ojalá le pluguiera quedarse con nosotros! Mas, oh esclavas, dadle de comer y de beber al forastero.

247 Así dijo. Ellas la escucharon y obedecieron, llevándole alimentos y bebida. Y el paciente divinal Odiseo bebió y comió ávidamente, pues hacía mucho tiempo que estaba en ayunas.

251 Entonces Nausícaa, la de los níveos brazos, ordenó otras cosas: puso en el hermoso carro la ropa bien doblada, unció las mulas de fuertes cascos, montó ella misma y, llamando a Odiseo, exhortóle de semejante modo:

255 *Nausícaa.*—Levántate ya, oh forastero, y partamos para la población; a fin de que te guíe a la casa de mi discreto padre, donde te puedo asegurar que verás a los más ilustres de todos los feacios. Pero procede de esta manera, ya que no me pareces falto de juicio: mientras vayamos por el campo, por terrenos cultivados por el hombre, anda ligeramente con las esclavas detrás de las mulas y el carro, y yo te enseñaré el camino por donde se sube a la ciudad, que está cercada por alto y torreado muro y tiene a uno y otro lado un hermoso puerto de boca estrecha adonde son conducidas las corvas embarcaciones, pues hay estancias seguras para todas. Junto a un magnífico templo de Posidón se halla el ágora, labrada con piedras de acarreo profundamente hundidas: allí guardan los aparejos de las negras naves, las gúmenas y los cables, y aguzan los remos; pues los feacios no se cuidan de arcos ni de aljabas, sino de mástiles y de remos y de navíos bien proporcionados con los cuales atraviesan alegres el espumoso mar. Ahora quiero evitar sus amargos dichos; no sea

Biblioteca Nacional de España

que al guien me censure después—que hay en la población hombres insolentísimos—u otro peor hable así al encontrarnos: «¿Quién es ese forastero tan alto y tan hermoso que sigue a Nausícaa? ¿Dónde lo halló? Debe de ser su esposo. Quizás haya recogido a un hombre de lejanas tierras que iría errante por haberse extraviado de su nave, puesto que no los hay en estos contornos; o por ventura es un dios que, accediendo a sus repetidas instancias, descendió del cielo y lo tendrá consigo todos los días. Tanto mejor si ella fué a buscar marido en otra parte y menosprecia el pueblo de los feacios, en el cual la pretenden muchos e ilustres varones.» Así dirán y tendré que sufrir tamaños ultrajes. Y también yo me indignaría contra la que tal hiciera; contra la que, a despecho de su padre y de su madre todavía vivos, se juntara con hombres antes de haber contraído público matrimonio. Oh forastero, entiende bien lo que voy a decir, para que pronto logres de mi padre que te dé compañeros y te haga conducir a tu patria. Hallarás junto al camino un hermoso bosque de álamos, consagrado a Atenea, en el cual mana una fuente y a su alrededor se extiende un prado: allí tiene mi padre un campo y una viña floreciente, tan cerca de la ciudad que puede oírse el grito que en ésta se dé. Siéntate en aquel lugar y aguarda que nosotras, entrando en la población, lleguemos al palacio de mi padre. Y cuando juzgues que ya habremos de estar en casa, encamínate también a la ciudad de los feacios y pregunta por la morada de mi padre, del magnánimo Alcínoo; la cual es fácil de conocer y a ella te guiaría hasta un niño, pues las demás casas de los feacios son muy diferentes de la del héroe Alcínoo. Después que entrares en el palacio y en el patio del mismo, atravesarás la sala rápidamente hasta que llegues adonde mi madre, sentada al resplandor del fuego del hogar, de espaldas a una columna, hila lana purpúrea, cosa admirable de ver, y tiene detrás de ella a las esclavas. Allí también, cerca del hogar, se levanta el trono en que mi padre se sienta y bebe vino como un inmortal. Pasa por delante de él y tiende los brazos a las rodillas de mi madre, para que pronto amanezca el alegre día de tu regreso a la patria, por lejos que ésta se halle. Pues si mi madre te fuere benévola, puedes concebir la esperanza de ver a tus amigos y de llegar a tu casa bien labrada y a tu patria tierra.

316 Diciendo así, arreó con el lustroso azote las mulas, que dejaron al punto la corriente del río, pues trotaban muy bien y alargaban el paso en la carrera. Nausícaa tenía las riendas, para que pudiesen seguirla a pie las esclavas y Odiseo, y aguijaba con gran discreción a las mulas. Poníase el sol cuando llegaron al magnífico bosque consagrado a Atenea. Odiseo se quedó en él y acto seguido suplicó de esta manera a la hija del gran Zeus:

324 *Odiseo.*—¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Atiéndeme ahora, ya que nunca lo hiciste cuando me maltrataba el ínclito dios que bate la tierra. Concédeme que, al llegar a los feacios, me reciban éstos como amigo y de mí se apiaden.

328 Así dijo rogando y le oyó Palas Atenea. Pero la diosa no se le apareció aún, porque temía a su tío paterno, quien estuvo vivamente irritado contra el divinal Odiseo, en tanto el héroe no arribó a su patria.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VII

ENTRADA DE ODISEO EN EL PALACIO DE ALCÍNOO

MIENTRAS así rogaba el paciente divinal Odiseo, la doncella era conducida a la ciudad por las vigorosas mulas. Apenas hubo llegado a la ínclita morada de su padre, paró en el umbral; sus hermanos, que se asemejaban a los dioses, pusiéronse a su alrededor, desengancharon las mulas y llevaron los vestidos adentro de la casa; y ella se encaminó a su habitación donde encendía fuego la anciana Eurimedusa de Apira, su camarera, a quien en otro tiempo habían traído de allá en las corvas naves y elegido para ofrecérsela como regalo a Alcínoo, que reinaba sobre todos los feacios y era escuchado por el pueblo cual si fuese un dios. Ésta fué la que crió a Nausícaa, de níveos brazos, en el palacio; y entonces le encendía fuego y le aparejaba cena.

14 En aquel punto levantábase Odiseo, para ir a la ciudad; y Atenea, que le quería bien, envolvióle en copiosa nube: no fuera que alguno de los magnánimos feacios, saliéndole al camino, le zahiriese con palabras y le preguntase quién era. Mas, al entrar el héroe en la agradable población, se le hizo encontradiza Atenea, la deidad de ojos de lechuza, transfigurada en joven doncella que llevaba un cántaro, y se detuvo delante de él. Y el divinal Odiseo le dirigió esta pregunta:

22 *Odiseo.*—¡Oh hija! ¿No podrías llevarme al palacio de Alcínoo, que reina sobre estos hombres? Soy un forastero que, después de padecer mucho, he llegado acá, viniendo de lejos, de una tierra apartada; y no conozco a ninguno de los hombres que habitan esta ciudad y estos campos.

27 Respondióle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

28 *Atenea.*—Yo te mostraré, oh forastero venerable, el palacio de que hablas, pues está cerca de la mansión de mi eximio padre. Anda sin desplegar los labios, y te guiaré en el camino; pero no mires a los hombres ni les hagas preguntas, que ni son muy sufridos con los forasteros ni acogen amistosamente al que viene de otro país. Aquéllos, fiando en sus rápidos bajeles, atraviesan el gran abismo del mar por concesión de Posidón, que sacude la tierra; y sus embarcaciones son tan ligeras como las alas o el pensamiento.

37 Cuando así hubo dicho, Palas Atenea caminó a buen paso y Odiseo fué siguiendo las pisadas de la diosa. Y los feacios, ínclitos navegantes, no cayeron en la cuenta de que anduviese por la ciudad y entre ellos porque no lo permitió Atenea, la terrible deidad de hermosas trenzas, la cual, usando de

Biblioteca Nacional de España

benevolencia, cubrióle con una niebla divina. Atónito contemplaba Odiseo los puertos, las naves bien proporcionadas, las ágoras de aquellos héroes y los muros grandes, altos, provistos de empalizadas, que era cosa admirable de ver. Pero, no bien llegaron al magnífico palacio del rey, Atenea, la deidad de ojos de lechuza, comenzó a hablarle de esta guisa:

48 *Atenea.*—Éste es, padre huésped, el palacio que me pediste te mostrara: hallarás en él a los reyes, alumnos de Zeus, celebrando un banquete; pero vete adentro y no se turbe tu ánimo, que el hombre, si es audaz, es más afortunado en lo que emprende, aunque haya venido de otra tierra. Entrado en la sala, hallarás primero a la reina, cuyo nombre es Arete y procede de los mismos ascendientes que engendraron al rey Alcínoo. En un principio, engendraron a Nausítoo el dios Posidón, que sacude la tierra, y Peribea, la más hermosa de las mujeres, hija menor del magnánimo Eurimedonte, el cual había reinado en otro tiempo sobre los orgullosos Gigantes. Pero éste perdió a su pueblo malvado y pereció él mismo; y Posidón tuvo en aquélla un hijo, el magnánimo Nausítoo, que luego imperó sobre los feacios. Nausítoo engendró a Rexénor y a Alcínoo: mas, estando el primero recién casado y sin hijos varones, fué muerto por Apolo, el del arco de plata, y dejó en el palacio una sola hija, Arete, a quien Alcínoo tomó por consorte y se ve honrada por él como ninguna de las mujeres de la tierra que gobiernan una casa y viven sometidas a sus esposos. Así, tan cordialmente, ha sido y es honrada de sus hijos, del mismo Alcínoo y de los ciudadanos, que la contemplan como a una diosa y la saludan con cariñosas palabras cuando anda por la ciudad. No carece de buen entendimiento y dirime los litigios de aquéllos, para los cuales siente benevolencia, aunque sean hombres. Si ella te fuere benévola, ten esperanza de ver a tus amigos y de llegar a tu casa de elevado techo y a tu patria tierra.

78 Cuando Atenea, la de ojos de lechuza, hubo dicho esto, se fué por cima del mar; y, saliendo de la encantadora Esqueria, llegó a Maratón y a Atenas, la de anchas calles, y entróse en la tan sólidamente construida morada de Erecteo. Ya Odiseo enderezaba sus pasos a la ínclita casa de Alcínoo y, antes de llegar frente al broncíneo umbral, meditó en su ánimo muchas cosas; pues la mansión excelsa del magnánimo Alcínoo resplandecía con el brillo del sol o de la luna. A derecha e izquierda corrían sendos muros de bronce desde el umbral al fondo; en lo alto de ellos extendíase una cornisa de laspislázuli; puertas de oro cerraban por dentro la casa sólidamente construida; las dos jambas eran de plata y arrancaban del broncíneo umbral; apoyábase en ellas argénteo dintel, y el anillo de la puerta era de oro. Estaban a entrambos lados unos perros de plata y de oro, inmortales y exentos para siempre de la vejez, que Hefesto había fabricado con sabia inteligencia para que guardaran la casa del magnánimo Alcínoo. Había sillones arrimados a la una y a la otra de las paredes, cuya serie llegaba sin interrupción desde el umbral a lo más hondo, y cubríanlos delicados tapices hábilmente tejidos, obra de las mujeres. Sentábanse allí los príncipes feacios a beber y a comer, pues de continuo celebraban banquetes. Sobre pedestales muy bien hechos hallábanse de pie unos ni-

Biblioteca Nacional de España

ños de oro, los cuales alumbraban de noche, con hachas encendidas en las manos, a los convidados que hubiera en la casa. Cincuenta esclavas tiene Alcínoo en su palacio; unas quebrantan con la muela el rubio trigo; otras tejen telas y, sentadas, hacen voltear los husos, moviendo las manos cual si fuesen hojas de excelso plátano, y las bien labradas telas relucen como si destilaran aceite líquido. Cuanto los feacios son expertos sobre todos los hombres en conducir una velera nave por el ponto, así sobresalen grandemente las mujeres en fabricar lienzos, pues Atenea les ha concedido que sepan hacer bellísimas labores y posean excelente ingenio. En el exterior del patio, cabe a las puertas, hay un gran jardín de cuatro yugadas, y alrededor del mismo se extiende un seto por entrambos lados. Allí han crecido grandes y florecientes árboles: perales, granados, manzanos de espléndidas pomas, dulces higueras y verdes olivos. Los frutos de estos árboles no se pierden ni faltan, ni en invierno ni en verano: son perennes; y el Céfiro, soplando constantemente, a un tiempo mismo produce unos y madura otros. La pera envejece sobre la pera, la manzana sobre la manzana, la uva sobre la uva y el higo sobre el higo. Allí han plantado una viña muy fructífera y parte de sus uvas se secan al sol en un lugar abrigado y llano, a otras las vendimian, a otras las pisan, y están delante las verdes, que dejan caer la flor, y las que empiezan a negrear. Allí, en el fondo del huerto, crecían liños de legumbres de toda clase, siempre lozanas. Hay en él dos fuentes: una corre por todo el huerto; la otra va hacia la excelsa morada y sale debajo del umbral, adonde acuden por agua los ciudadanos. Tales eran los espléndidos presentes de los dioses en el palacio de Alcínoo.

133 Detúvose el paciente divinal Odiseo a contemplar todo aquello; y, después de admirarlo, pasó rápidamente el umbral, entró en la casa y halló a los caudillos y príncipes de los feacios ofreciendo con las copas libaciones al vigilante Argifontes, que era el último a quien las hacían cuando ya determinaban acostarse; mas el paciente divinal Odiseo anduvo por el palacio, envuelto en la espesa nube con que lo cubrió Atenea, hasta llegar adonde estaban Arete y el rey Alcínoo. Entonces tendió Odiseo sus brazos a las rodillas de Arete, disipóse la divinal niebla, enmudecieron todos los de la casa al reparar en aquel hombre a quien contemplaban admirados, y Odiseo comenzó su ruego de esta manera:

146 *Odiseo.*—¡Arete, hija de Rexénor, que parecía un dios! Después de sufrir mucho, vengo a tu esposo, a tus rodillas y a estos convidados, a quienes permitan los dioses vivir felizmente y entregar su herencia a los hijos que dejen en sus palacios, así como también los honores que el pueblo les haya conferido. Mas aprestadme hombres que me conduzcan, para que muy pronto vuelva a la patria; pues hace mucho tiempo que ando lejos de los amigos, padeciendo infortunios.

153 Dicho esto, sentóse junto a la lumbre del hogar, en la ceniza; y todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero, al fin, el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad entre los varones feacios y descollaba por su elocuencia, sabiendo muchas y muy antiguas cosas, les arengó benévolamente y les dijo:

Biblioteca Nacional de España

159 *Equeneo.*—¡Alcínoo! No es bueno ni decoroso para ti que el huésped esté sentado en tierra, sobre la ceniza del hogar; y éstos se hallan cohibidos, esperando que hables. Ea, pues, levántale, hazle sentar en una silla de clavazón de plata, y manda a los heraldos que mezclen vino para ofrecer libaciones a Zeus, que se huelga con el rayo, dios que acompaña a los venerandos suplicantes. Y tráigale de cenar la despensera, de aquellas viandas que allá dentro se guardan.

167 Cuando esto oyó la sacra potestad de Alcínoo, asiendo por la mano al prudente y sagaz Odiseo, alzóle de junto al fuego e hízolo sentar en una silla espléndida, mandando que se la cediese un hijo suyo, el valeroso Laodamante, que se sentaba a su lado y érale muy querido. Una esclava dióle aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de Odiseo una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájole pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándole con los que tenía guardados. El paciente divinal Odiseo comenzó a beber y a comer; y entonces el poderoso Alcínoo dijo al heraldo:

179 *Alcínoo.*—¡Pontónoo! Mezcla vino en la cratera y distribúyelo a cuantos se encuentren en el palacio, a fin de que hagamos libaciones a Zeus, que se huelga con el rayo, dios que acompaña a los venerandos suplicantes.

182 Así se expresó. Pontónoo mezcló el dulce vino y lo distribuyó a todos los presentes, después de haber ofrecido en copas las primicias. Y cuando hubieron hecho la libación y bebido cuanto plugo a su ánimo, Alcínoo les arengó diciéndoles de esta suerte:

186 *Alcínoo.*—¡Oíd, caudillos y príncipes de los feacios, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Ahora, que habéis cenado, idos a acostar en vuestras casas: mañana, así que rompa el día, llamaremos a un número mayor de ancianos, trataremos al forastero como a huésped en el palacio, ofreceremos a las deidades hermosos sacrificios, y hablaremos de su acompañamiento para que pueda, sin fatigas ni molestias y acompañándole nosotros, llegar rápida y alegremente a su patria tierra, aunque esté muy lejos, y no haya de padecer mal ni daño alguno antes de tornar a su país; que, ya en su casa, padecerá lo que el hado y las graves Hilanderas dispusieron al hilar el hilo cuando su madre lo dió a luz. Y si fuere uno de los inmortales, que ha bajado del cielo, algo nos preparan los dioses; pues hasta aquí, siempre se nos han aparecido claramente cuando les ofrecemos magníficas hecatombes, y comen, sentados con nosotros, donde comemos los demás. Y si algún solitario caminante se encuentra con ellos, no se le ocultan; porque estamos tan cercanos a los mismos por nuestro linaje como los Ciclopes y la salvaje raza de los Gigantes.

208 Respondióle el ingenioso Odiseo:

209 *Odiseo.*—¡Alcínoo! Piensa otra cosa, pues no soy semejante ni en cuerpo ni en natural a los inmortales que poseen el anchuroso cielo, sino a los mortales hombres: puedo equipararme por mis penas a los varones de quienes sepáis que han soportado más desgracias y contaría males aún mayores que los suyos, si os dijese cuántos he padecido por la voluntad de los dioses. Mas dejadme cenar, aunque me siento angustiado; que no hay cosa tan importuna como

Biblioteca Nacional de España

el vientre, que nos obliga a pensar en él, aun hallándonos muy afligidos o con el ánimo lleno de pesares como me veo yo ahora, nos incita siempre a comer y a beber, y en la actualidad me hace echar en olvido los trabajos que he padecido, mandándome que lo sacie. Y vosotros daos prisa, así que se muestre la aurora, y haced que yo, oh desgraciado, vuelva a mi patria, no obstante lo mucho que he padecido. No se me acabe la vida sin ver nuevamente mis posesiones, mis esclavos y mi gran casa de elevado techo.

226 Así dijo. Todos aprobaron sus palabras y aconsejaron que al huésped se le llevase a la patria, ya que era razonable cuanto decía. Hechas las libaciones y habiendo bebido todos cuanto les plugo, fueron a recogerse en sus respectivas moradas; pero el divinal Odiseo se quedó en el palacio y a par de él sentáronse Arete y el deiforme Alcínoo, mientras las esclavas retiraban lo que había servido para el banquete. Arete, la de los níveos brazos, fué la primera en hablar, pues, contemplando los hermosos vestidos de Odiseo, reconoció el manto y la túnica que había labrado con sus siervas. Y en seguida habló al héroe con estas aladas palabras:

237 *Arete.*—¡Huésped! Primeramente quiero preguntarte yo misma: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Quién te dió esos vestidos? ¿No dices que llegaste, vagando por el ponto?

240 Respondióle el ingenioso Odiseo:

241 *Odiseo.*—Difícil sería, oh reina, contar menudamente mis infortunios, pues me los enviaron en gran abundancia los dioses celestiales; mas te hablaré de aquello de lo que me preguntas e interrogas. Hay en el mar una isla lejana, Ogigia, donde mora la hija de Atlante, la dolosa Calipso, de lindas trenzas, deidad poderosa que no se comunica con ninguno de los dioses ni de los mortales hombres; pero a mí, oh desdichado, me llevó a su hogar algún numen, después que Zeus hendió con el ardiente rayo mi veloz nave en medio del vinoso ponto. Perecieron mis esforzados compañeros, mas yo me abracé a la quilla del corvo bajel, anduve errante nueve días y en la décima y obscura noche lleváronme los dioses a la isla Ogigia donde mora Calipso, de lindas trenzas, terrible diosa: ésta me recogió, me trató solícita y amorosamente, me mantuvo y díjome a menudo que me haría inmortal y exento de la senectud para siempre, sin que jamás lograra llevar la persuasión a mi ánimo. Allí estuve detenido siete años, y regué incesantemente con lágrimas las divinales vestiduras que me dió Calipso. Pero cuando vino el año octavo, me exhortó y me invitó a partir; sea a causa de algún mensaje de Zeus, sea porque su mismo pensamiento hubiese variado. Envióme en una balsa hecha con buen número de ataduras, me dió abundante pan y dulce vino, me puso vestidos divinales y me mandó favorable y plácido viento. Diez y siete días navegué, atravesando el ponto; al décimoctavo pude divisar los umbrosos montes de vuestra tierra y a mí, oh infeliz, se me alegró el corazón. Mas aún había de encontrarme con grandes trabajos que me suscitaría Posidón, que sacude la tierra: el dios levantó vientos contrarios, impidiéndome el camino, y conmovió el mar inmenso; de suerte que las olas no me permitían a mí, que daba profundos suspiros, ir en la balsa, y ésta fué desbaratada muy pronto por la

Biblioteca Nacional de España

tempestad. Entonces nadé, atravesando el abismo, hasta que el viento y el agua me acercaron a vuestro país. Al salir del mar, la ola me hubiese estrellado contra la tierra firme, arrojándome a unos peñascos y a un lugar funesto; pero retrocedí nadando y llegué a un río, paraje que me pareció muy oportuno por carecer de rocas y formar como un reparo contra los vientos. Me dejé caer sobre la tierra, cobrando aliento; pero sobrevino la divinal noche y me alejé del río, que las celestiales lluvias alimentan, me eché a dormir entre unos arbustos, después de haber amontonado serojas a mi alrededor, e infundióme un dios profundísimo sueño. Allí, entre las hojas y con el corazón triste, dormí toda la noche, toda la mañana y el mediodía; y al ponerse el sol dejóme el dulce sueño. Vi entonces a las siervas de tu hija jugando en la playa junto con ella, que parecía una diosa. La imploré y no le faltó buen juicio, como no era de esperar que demostrase en sus actos una persona joven que se hallara en tal trance, porque los mozos siempre se portan inconsideradamente. Dióme abundante pan y vino tinto, mandó que me lavaran en el río y me entregó estas vestiduras. Tal es lo que, aunque angustiado, deseaba contarte, conforme a la verdad de lo ocurrido.

298 Respondióle Alcínoo diciendo:

299 *Alcínoo.*—¡Huésped! En verdad que mi hija no tomó el acuerdo más conveniente; ya que no te trajo a nuestro palacio, con las esclavas, habiendo sido la primera persona a quien suplicaste.

302 Contestóle el ingenioso Odiseo:

303 *Odiseo.*—¡Oh héroe! No por eso reprendas a tan eximia doncella, que ya me invitó a seguirla con las esclavas; mas yo no quise por temor y respeto: no fuera que mi vista te irritara, pues somos muy suspicaces los hombres que vivimos en la tierra.

308 Respondióle Alcínoo diciendo:

309 *Alcínoo.*—¡Huésped! No encierra mi pecho corazón de tal índole que se irrite sin motivo, y lo mejor es siempre lo más justo. Ojalá, ¡por el padre Zeus, Atenea y Apolo!, que siendo cual eres y pensando como yo pienso, tomases a mi hija por mujer y fueras llamado yerno mío, permaneciendo con nosotros. Diérate casa y riquezas, si de buen grado te quedaras; que contra tu voluntad ningún feacio te ha de detener, pues eso disgustaría al padre Zeus. Y desde ahora decido, para que lo sepas bien, que tu viaje se haga mañana: en durmiéndote, vencido del sueño, los compañeros remarán por el mar en calma hasta que llegues a tu patria y a tu casa, o adonde te fuere grato, aunque esté mucho más lejos que Eubea; la cual dicen que se halla muy distante los ciudadanos que la vieron cuando llevaron al rubio Radamantis a visitar a Titio, hijo de la Tierra: fueron allá y en un solo día y sin cansarse terminaron el viaje y se restituyeron a sus casas. Tú mismo apreciarás cuán excelentes son mis naves y cuán hábiles los jóvenes en batir el mar con los remos.

329 Así dijo. Alegróse el paciente divinal Odiseo y, orando, habló de esta manera:

331 *Odiseo.*—¡Padre Zeus! Ojalá que Alcínoo lleve a cumplimiento cuanto

Biblioteca Nacional de España

ha dicho; que su gloria jamás se extinga sobre la fértil tierra y que logre yo volver a mi patria.

334 Así éstos conversaban. Arete, la de los níveos brazos, mandó a las esclavas que pusieran un lecho debajo del pórtico, lo proveyesen de hermosas colchas de púrpura, extendiesen por encima tapetes, y dejasen afelpadas túnicas para abrigarse. Las doncellas salieron del palacio llevando en sus manos hachas encendidas, y en acabando de hacer diligentemente la cama, presentáronse a Odiseo y le llamaron con estas palabras:

342 *Las doncellas.*—Levántate, huésped, y vete a acostar, que ya está hecha tu cama. Así dijeron, y le pareció grato dormir. De este modo el paciente divinal Odiseo durmió allí, en torneado lecho, debajo del sonoro pórtico. Y Alcínoo se acostó en el interior de la excelsa mansión, y a su lado la reina, después de aparejarle lecho y cama.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA VIII

PRESENTACIÓN DE ODISEO A LOS FEACIOS

No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, levantáronse de la cama la sacra potestad de Alcínoo y Odiseo, del linaje de Zeus, asolador de ciudades. La sacra potestad de Alcínoo se puso al frente de los demás, y juntos se encaminaron al ágora, que los feacios habían construido cerca de las naves. Tan luego como llegaron, sentáronse en unas piedras pulidas, los unos al lado de los otros; mientras Palas Atenea, transfigurada en heraldo del prudente Alcínoo, recorría la ciudad y pensaba en la vuelta del magnánimo Odiseo a su patria. Y la diosa, allegándose a cada varón, decíales estas palabras:

Atenea.—¡Ea, caudillos y príncipes de los feacios! Id al ágora para que oigáis hablar del forastero que no ha mucho llegó a la casa del prudente Alcínoo, después de andar errante por el ponto, y es un varón que se asemeja por su cuerpo a los inmortales.

Diciendo así, movíales el corazón y el ánimo. El ágora y los asientos llenáronse bien presto de varones que se iban juntando, y eran en gran número los que contemplaban con admiración al prudente hijo de Laertes, pues Atenea esparció mil gracias por la cabeza y los hombros de Odiseo e hizo que pareciese más alto y más grueso para que a todos los feacios les fuera grato, temible y venerable, y llevara a término los muchos juegos con que éstos habían de probarlo. Y no bien acudieron los ciudadanos, una vez reunidos todos, Alcínoo les arengó de esta manera:

Alcínoo.—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios, y os diré lo que en el pecho mi corazón me dicta! Este forastero, que no sé quién es, llegó errante a mi palacio—ya venga de los hombres de Oriente, ya de los de Occidente—y nos suplica con mucha insistencia que tomemos la firme resolución de acompañarlo a su patria. Apresurémonos, pues, a conducirle, como anteriormente lo hicimos con tantos otros; ya que ninguno de los que vinieron a mi casa hubo de estar largo tiempo suspirando por la vuelta. Ea, pues, echemos al mar divino una negra nave sin estrenar y escójanse de entre el pueblo los cincuenta y dos mancebos que hasta aquí hayan sido los más excelentes. Y, atando bien los remos a los bancos, salgan de la embarcación y aparejen en seguida un convite en mi palacio; que a todos lo he de dar muy abundante. Esto mando a los jóvenes; pero vosotros, reyes portadores de cetro, venid a

Biblioteca Nacional de España

mi hermosa mansión para que festejemos en la sala a nuestro huésped. Nadie se me niegue. Y llamad a Demódoco, el divino aedo a quien los númenes otorgaron gran maestría en el canto para deleitar a los hombres, siempre que a cantar le incita su ánimo.

46 Cuando así hubo hablado, comenzó a caminar; siguiéronle los reyes, portadores de cetro, y el heraldo fué a llamar al divinal aedo. Los cincuenta y dos jóvenes elegidos, cumpliendo la orden del rey, enderezaron a la ribera del estéril mar; y, en llegando a do estaba la negra embarcación, echáronla al mar profundo, pusieron el mástil y el velamen, y ataron los remos con correas, haciéndolo todo de conveniente manera. Extendieron después las blancas velas, anclaron la nave donde el agua era profunda, y acto continuo se fueron a la gran casa del prudente Alcínoo. Llenáronse los pórticos, el recinto de los patios y las salas con los hombres que allí se congregaron; pues eran muchos, entre jóvenes y ancianos. Para ellos inmoló Alcínoo doce ovejas, ocho puercos de albos dientes y dos flexípedes bueyes: todos fueron desollados y preparados, y aparejóse una agradable comida.

62 Presentóse el heraldo con el amable aedo a quien la Musa quería extremadamente y le había dado un bien y un mal: privóle de la vista, pero le concedió el dulce canto. Pontónoo le puso en medio de los convidados una silla de clavazón de plata, arrimándola a excelsa columna; y el heraldo le colgó de un clavo la melodiosa cítara más arriba de la cabeza, enseñóle a tomarla con las manos y le acercó un canastillo, una linda mesa y una copa de vino para que bebiese siempre que su ánimo se lo aconsejara. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y apenas saciado el deseo de comer y de beber, la Musa excitó al aedo a que celebrase la gloria de los guerreros con un cantar cuya fama llegaba entonces al anchuroso cielo: la disputa de Odiseo y del Pelida Aquileo, quienes en el suntuoso banquete en honor de los dioses contendieron con horribles palabras, mientras el rey de hombres Agamenón se regocijaba en su ánimo al ver que reñían los mejores de los aqueos; pues Febo Apolo se lo había pronosticado en la divina Pito, cuando el héroe pasó el umbral de piedra y fué a consultarle, diciéndole que desde aquel punto comenzaría a desarrollarse la calamidad entre teucros y dánaos por la decisión del gran Zeus.

83 Tal era lo que cantaba el ínclito aedo. Odiseo tomó con sus robustas manos el gran manto de color de púrpura y se lo echó por encima de la cabeza, cubriendo su faz hermosa, pues dábale vergüenza que brotaran lágrimas de sus ojos delante de los feacios; y así que el divinal aedo dejó de cantar, enjugóse las lágrimas, se quitó el manto de la cabeza y, asiendo una copa doble, hizo libaciones a las deidades. Pero, cuando aquél volvió a comenzar—habiéndole pedido los más nobles feacios que cantase, porque se deleitaban con sus relatos,—Odiseo se cubrió nuevamente la cabeza y tornó a llorar. A todos les pasó inadvertido que derramara lágrimas menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo reparó y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y entonces dijo el rey a los feacios, amantes de manejar los remos:

97 *Alcínoo.*—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Como ya hemos

Biblioteca Nacional de España

gozado del común banquete y de la cítara, que es la compañera del festín espléndido, salgamos a probar toda clase de juegos; para que el huésped participe a sus amigos, después que se haya restituido a la patria, cuánto superamos a los demás hombres en el pugilato, lucha, salto y carrera.

104 Cuando así hubo hablado, comenzó a caminar, y los demás le siguieron. El heraldo colgó del clavo la melodiosa cítara y, asiendo de la mano a Demódoco, lo sacó de la casa y le fué guiando por el mismo camino por donde iban los nobles feacios a admirar los juegos. Encamináronse todos al ágora, seguidos de una turba numerosa, inmensa; y allí se pusieron en pie muchos y vigorosos jóvenes. Levantáronse Acróneo, Ocíalo, Elatreo, Nauteo, Primneo, Anquíalo, Eretmeo, Ponteo, Proreo, Toón, Anabesíneo y Anfíalo, hijo de Políneo Tectónida; levantóse también Euríalo, igual a Ares, funesto a los mortales, y Naubólides, el más excelente en cuerpo y hermosura de todos los feacios después del intachable Laodamante; y alzáronse, por fin, los tres hijos del egregio Alcínoo: Laodamante, Halio y Clitoneo, parecido a un dios. Empezaron a competir en la carrera. Partieron simultáneamente de la raya, y volaban ligeros y levantando polvo por la llanura. Entre ellos descollaba mucho en el correr el eximio Clitoneo, y cuan largo es el surco que abren dos mulas en campo noval, tanto se adelantó a los demás que le seguían rezagados. Salieron a desafío otros en la fatigosa lucha, y Euríalo venció a cuantos en ella sobresalían. En el salto fué Anfíalo superior a los demás; en arrojar el disco señalóse Elatreo sobre todos; y en el pugilato, Laodamante, el buen hijo de Alcínoo. Y cuando todos hubieron recreado su ánimo con los juegos, Laodamante, hijo de Alcínoo, hablóles de esta suerte:

133 *Laodamante.*—Venid, amigos, y preguntemos al huésped si conoce o ha aprendido algún juego. Que no tiene mala presencia a juzgar por su naturaleza, por sus muslos, piernas y brazos, por su robusta cerviz y por su gran vigor; ni le ha desamparado todavía la juventud; aunque está quebrantado por muchos males, pues no creo que haya cosa alguna que pueda compararse con el mar para abatir a un hombre por fuerte que sea.

140 Euríalo le contestó en seguida:

141 *Euríalo.*—¡Laodamante! Muy oportunas son tus razones. Ve tú mismo y provócale repitiéndoselas.

143 Apenas lo oyó, adelantóse el buen hijo de Alcínoo, púsose en medio de todos y dijo a Odiseo:

145 *Laodamante.*—Ea, padre huésped, ven tú también a probar la mano en los juegos, si aprendiste alguno; y debes de conocerlos, que no hay gloria más ilustre para el varón en esta vida, que la de campear por las obras de sus pies o de sus manos. Ea, pues, ven a ejercitarte y echa del alma las penas, pues tu viaje no se diferirá mucho: ya la nave ha sido botada y los que te han de acompañar están prestos.

152 Respondióle el ingenioso Odiseo:

153 *Odiseo.*—¡Laodamante! ¿Por qué me ordenáis tales cosas para hacerme burla? Más que en los juegos ocúpase mi alma en sus penas, que son muchísimas las que he padecido y arrostrado. Y ahora, anhelando volver a la

Biblioteca Nacional de España

patria, me siento en vuestra ágora, para suplicar al rey y a todo el pueblo.

158 Mas Euríalo le contestó, echándole en cara este baldón:

159 *Eurialo.*—¡Huésped! No creo, en verdad, que seas varón instruido en los muchos juegos que se usan entre los hombres; antes pareces capitán de marineros traficantes, sepultado asiduamente en la nave de muchos bancos para cuidar de la carga y vigilar las mercancías y el lucro debido a las rapiñas. No, no tienes traza de atleta.

165 Mirándole con torva faz, le repuso el ingenioso Odiseo:

166 *Odiseo.*—¡Huésped! Mal hablaste y me pareces un insensato. Los dioses no han repartido de igual modo a todos los hombres sus amables presentes: hermosura, ingenio y elocuencia. Hombre hay que, inferior por su aspecto, recibe de una deidad el adorno de la facundia y ya todos se complacen en mirarlo, cuando los arenga con firme voz y suave modestia, y le contemplan como a un numen si por la ciudad anda; mientras que, por el contrario, otro se parece a los inmortales por su exterior y no tiene donaire alguno en sus dichos. Así tu aspecto es distinguido y un dios no te habría configurado de otra suerte; mas tu inteligencia es ruda. Me has movido el ánimo en el pecho con decirme cosas inconvenientes. No soy ignorante en los juegos, como tú afirmas, antes pienso que me podían contar entre los primeros mientras tuve confianza en mi juventud y en mis manos. Ahora me halló agobiado por la desgracia y las fatigas, pues he tenido que sufrir mucho, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles olas. Pero aun así, siquiera haya padecido gran copia de males, probaré la mano en los juegos: tus palabras fueron mordaces y me incitaste al proferirlas.

186 Dijo; y, levantándose impetuosamente sin dejar el manto, tomó un disco mayor, más grueso y mucho más pesado que el que solían tirar los feacios. Hízole dar algunas vueltas, despidiólo del robusto brazo, y la piedra partió silbando y con tal ímpetu que los feacios, ilustres navegantes que usan largos remos, se inclinaron al suelo. El disco, corriendo veloz desde que lo soltó la mano, pasó las señales de todos los tiros. Y Atenea, transfigurada en varón, puso la conveniente señal y así les dijo:

195 *Atenea.*—Hasta un ciego, oh huésped, distinguiría a tientas la señal de tu golpe, porque no está mezclada con la multitud de las otras, sino mucho más allá. En este juego puedes estar tranquilo, que ninguno de los feacios llegará a tu golpe y mucho menos logrará pasarlo.

199 Así habló. Regocijóse el paciente divinal Odiseo, holgándose de haber dado, dentro del circo, con un compañero benévolo. Y entonces dijo a los feacios, con voz ya más suave:

202 *Odiseo.*—Llegad a esta señal, oh jóvenes, y espero que pronto enviaré otro disco o tan lejos o más aún. Y en los restantes juegos, aquél a quien le impulse el corazón y el ánimo a probarse conmigo, venga acá—ya que me habéis encolerizado fuertemente,—pues en el pugilato, la lucha o la carrera, a nadie rehuso de entre todos los feacios a excepción del mismo Laodamante, que es mi huésped: ¿quién lucharía con el que le acoge amistosamente? Insensato y miserable es el que provoca en los juegos al que le ha recibido como

Biblioteca Nacional de España

huésped en tierra extraña, pues con ello a sí mismo se perjudica. De los demás a ninguno rechazo ni desprecio; sino que mi ánimo es conocerlos y probarme con todos frente a frente; pues no soy completamente inepto para cuantos juegos se hallan en uso entre los hombres. Sé manejar bien el pulido arco, y sería quien primero hiriese a un hombre, si lo disparara contra una turba de enemigos, aunque gran número de compañeros estuviesen a mi lado, tirándoles flechas. El único que lograba vencerme, cuando los aqueos nos servíamos del arco allá en el pueblo de los troyanos, era Filoctetes; mas yo os aseguro que les llevo gran ventaja a todos los demás, a cuantos mortales viven actualmente y comen pan en el mundo, pues no me atreviera a competir con los antiguos varones—ni con Heracles, ni con Eurito ecaliense—que hasta con los inmortales contendían con el arco. Por ello murió el gran Eurito en edad temprana y no pudo llegar a viejo en su palacio: lo mató Apolo, irritado de que le desafiase a tirar con el arco. Con la lanza llego adonde otro no tirará una flecha. Tan sólo en el correr temería que alguno de los feacios me superara, pues me quebrantaron de deplorable manera muchísimas olas, no siempre tuve provisiones en la nave, y mis miembros están desfallecidos.

234 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y solamente Alcínoo le contestó diciendo:

236 *Alcínoo.*—¡Huésped! No nos desplacieron tus palabras, ya que con ellas te propusiste mostrar el valor que tienes, enojado de que ese hombre te increpase dentro del circo, siendo así que ningún mortal que pensara razonablemente pondría tacha a tu bravura. Mas ahora, presta atención a mis palabras para que, cuando estés en tu casa y comiendo con tu esposa y tus hijos te acuerdes de nuestra destreza, puedas referir a algún otro héroe qué obras nos asignó Zeus desde nuestros antepasados. No somos irreprensibles púgiles ni luchadores, sino muy ligeros en el correr y excelentes en gobernar las naves; y siempre nos placen los convites, la cítara, los bailes, las vestiduras limpias, los baños calientes y la cama. Pero, ea, danzadores feacios, salid los más hábiles a bailar; para que el huésped diga a sus amigos, al volver a su morada, cuánto sobrepujamos a los demás hombres en la navegación, la carrera, el baile y el canto. Y vaya alguno en busca de la cítara, que quedó en nuestro palacio, y tráigala presto a Demódoco.

256 Así dijo el deiforme Alcínoo. Levantóse el heraldo y fué a traer del palacio del rey la hueca cítara. Alzáronse también nueve jueces, que habían sido elegidos entre los ciudadanos y cuidaban de todo lo relativo a los juegos; y al instante allanaron el piso y formaron un ancho y hermoso corro. Volvió el heraldo y trajo la melodiosa cítara a Demódoco; éste se puso en medio, y los adolescentes hábiles en la danza, habiéndose colocado a su alrededor, hirieron con los pies el divinal circo. Y Odiseo contemplaba con gran admiración los rápidos y deslumbradores movimientos que con los pies hacían.

266 Mas el aedo, pulsando la cítara, empezó a cantar hermosamente los amores de Ares y Afrodita, la de bella corona: cómo se unieron a hurto y por vez primera en casa de Hefesto, y cómo aquél hizo muchos regalos e infamó el lecho marital del soberano dios. El Sol, que vió el amoroso acceso, fué en se-

Biblioteca Nacional de España

guida a contárselo a Hefesto; y éste, al oír la punzante nueva, se encaminó a su fragua, agitando en lo íntimo de su alma ardides siniestros, puso encima del tajo el enorme yunque, y fabricó unos hilos inquebrantables para que permanecieran firmes donde los dejara. Después que, poseído de cólera contra Ares, construyó esta trampa, fuése a la habitación en que tenía el lecho y extendió los hilos en círculo y por todas partes alrededor de los pies de la cama y colgando de las vigas; como tenues hilos de araña que nadie hubiese podido ver, aunque fuera alguno de los bienaventurados dioses, por haberlos labrado aquél con gran artificio. Y no bien acabó de sujetar la trampa en torno de la cama, fingió que se encaminaba a Lemnos, ciudad bien construida, que es para él la más agradable de todas las tierras. No en balde estaba al acecho Ares, que usa áureas riendas; y cuando vió que Hefesto, el ilustre artífice, se alejaba, fuése al palacio de este ínclito dios, ávido del amor de Citerea, la de hermosa corona. Afrodita, recién venida de junto a su padre, el prepotente Cronión, se hallaba sentada; y Ares, entrando en la casa, tomóla de la mano y así le dijo: «Ven al lecho, amada mía, y acostémonos; que ya Hefesto no está entre nosotros, pues partió sin duda hacia Lemnos y los sinties de bárbaro lenguaje.» Así se expresó; y a ella parecióle grato acostarse. Metiéronse ambos en la cama, y se extendieron a su alrededor los lazos artificiosos del prudente Hefesto, de tal suerte que aquéllos no podían mover ni levantar ninguno de sus miembros; y entonces comprendieron que no había medio de escapar. No tardó en presentárseles el ínclito Cojo de ambos pies, que se volvió antes de llegar a la tierra de Lemnos, porque el Sol estaba en acecho y fué a avisarle. Encaminóse a su casa con el corazón triste, detúvose en el umbral y, poseído de feroz cólera, gritó de un modo tan horrible que le oyeron todos los dioses: «¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Venid a presenciar estas cosas ridículas e intolerables: Afrodita, hija de Zeus, me infama de continuo, a mí, que soy cojo, queriendo al pernicioso Ares porque es gallardo y tiene los pies sanos, mientras que yo nací débil; mas de ello nadie tiene la culpa sino mis padres que no debieron haberme engendrado. Veréis cómo se han acostado en mi lecho y duermen, amorosamente unidos, y yo me angustio al contemplarlo. Mas no espero que les dure el yacer de este modo ni siquiera breves instantes, aunque mucho se amen: pronto querrán entrambos no dormir, pero los engañosos lazos los sujetarán hasta que el padre me restituya íntegra la dote que le entregué por su hija desvergonzada. Que ésta es hermosa, pero no sabe contenerse.» Así dijo; y los dioses se juntaron en la morada de pavimento de bronce. Compareció Posidón, que ciñe la tierra; presentóse también el benéfico Hermes; llegó asimismo el soberano Apolo, que hiere de lejos. Las diosas quedáronse, por pudor, cada una en su casa. Detuviéronse los dioses, dadores de los bienes, en el umbral; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados númenes al ver el artificio del ingenioso Hefesto. Y uno de ellos dijo al que tenía más cerca: «No prosperan las malas acciones y el más tardo alcanza al más ágil; como ahora Hefesto, que es cojo y lento, aprisionó con su artificio a Ares, el más veloz de los dioses que poseen el Olimpo; quien tendrá que pagarle la multa del adulterio.» Así

Biblioteca Nacional de España

éstos conversaban. Mas el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló a Hermes de esta manera: «¡Hermes, hijo de Zeus, mensajero, dador de bienes! ¿Querrías, preso en fuertes vínculos, dormir en la cama con la áurea Afrodita?» Respondióle el mensajero Argifontes: «¡Ojalá sucediera lo que has dicho, oh soberano Apolo, que hieres de lejos! ¡Envolviéranme triple número de inextricables vínculos, y vosotros los dioses y aun las diosas todas me estuvierais mirando, con tal que yo durmiese con la áurea Afrodita!» Así se expresó; y alzóse nueva risa entre los inmortales dioses. Pero Posidón no se reía, sino que suplicaba continuamente a Hefesto, el ilustre artífice, que pusiera en libertad a Ares. Y, hablándole, estas aladas palabras le decía: «Desátale, que yo te prometo que pagará, como lo mandas, cuanto sea justo entre los inmortales dioses.» Replicóle entonces el ínclito Cojo de ambos pies: «No me ordenes semejante cosa, oh Posidón que ciñes la tierra, pues son malas las cauciones que por los malos se prestan. ¿Cómo te podría apremiar yo ante los inmortales dioses, si Ares se fuera suelto y, libre ya de los vínculos, rehusara satisfacer la deuda?» Contestóle Posidón, que sacude la tierra: «Si Ares huyere, rehusando satisfacer la deuda, yo mismo te lo pagaré todo.» Respondióle el ínclito Cojo de ambos pes: «No es posible, ni sería conveniente, negarte lo que pides.» Dicho esto, la fuerza de Hefesto les quitó los lazos. Ellos, al verse libres de los mismos, que tan recios eran, se levantaron sin tardanza y fuéronse él a Tracia y la risueña Afrodita a Chipre y Pafos, donde tiene un bosque y un perfumado altar: allí las Gracias la lavaron, la ungieron con el aceite divino que hermosea a los sempiternos dioses y le pusieron lindas vestiduras que dejaban admirado a quien las contemplaba.

367 Tal era lo que cantaba el ínclito aedo, y holgábanse de oírlo Odiseo y los feacios, que usan largos remos y son ilustres navegantes.

370 Alcínoo mandó entonces que Halio y Laodamante bailaran solos, pues con ellos no competía nadie. Al momento tomaron en sus manos una linda pelota de color de púrpura, que les había hecho el habilidoso Pólibo; y el uno, echándose hacia atrás, la arrojaba a las sombrías nubes, y el otro, dando un salto, la cogía fácilmente antes de volver a tocar con sus pies el suelo. Tan pronto como se probaron en tirar la pelota rectamente, pusiéronse a bailar en la fértil tierra, alternando con frecuencia. Aplaudieron los demás jóvenes que estaban en el circo, y se promovió una recia gritería. Y entonces el divinal Odiseo habló a Alcínoo de esta manera:

382 *Odiseo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Prometiste demostrar que vuestros danzadores son excelentes y lo has cumplido. Atónito me quedo al contemplarlos.

385 Así dijo. Alegróse la sacra potestad de Alcínoo y al punto habló así a los feacios, amantes de manejar los remos:

387 *Alcínoo.*—¡Oíd, caudillos y príncipes de los feacios! Paréceme el huésped muy sensato. Ea, pues, ofrezcámosle los dones de la hospitalidad, que esto es lo que cumple. Doce preclaros reyes gobernáis como príncipes la población y yo soy el treceno: traiga cada uno un manto bien lavado, una túnica y un talento de precioso oro; y vayamos todos juntos a llevárselo al hués-

Biblioteca Nacional de España

ped para que, al verlo en sus manos, asista a la cena con el corazón alegre. Y apacigüelo Eurialo con palabras y un regalo, porque no habló de conveniente modo.

398 Así les arengó. Todos lo aplaudieron y, poniéndolo por obra, enviaron a sus respectivos heraldos para que les trajeran los presentes. Y Eurialo respondió de esta suerte:

401 *Eurialo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Yo apaciguaré al huésped, como lo mandas, y le daré esta espada de bronce, que tiene la empuñadura de plata y en torno suyo una vaina de marfil recién cortado. Será un presente muy digno de tal persona.

406 Diciendo así, puso en las manos de Odiseo la espada guarnecida de argénteos clavos y pronunció estas aladas palabras:

408 *Eurialo.*—¡Salud, padre huésped! Si alguna de mis palabras te ha molestado, llévensela cuanto antes los impetuosos torbellinos. Y las deidades te permitan ver nuevamente a tu esposa y llegar a tu patria, ya que hace tanto tiempo que padeces trabajos lejos de los tuyos.

412 Respondióle el ingenioso Odiseo:

413 *Odiseo.*—¡Muchas saludes te doy también, amigo! Los dioses te concedan felicidades y ojalá que nunca eches de menos esta espada de que me haces presente, después de apaciguarme con tus palabras.

416 Dijo; y echóse al hombro aquella espada guarnecida de argénteos clavos. Al ponerse el sol, ya Odiseo tenía delante de sí los hermosos presentes. Introdujéronlos en la casa de Alcínoo los conspicuos heraldos e hiciéronse cargo de ellos los vástagos del ilustre rey, quienes transportaron los bellísimos regalos adonde estaba su veneranda madre. Volvieron todos al palacio, precedidos por la sacra potestad de Alcínoo, y sentáronse en elevadas sillas. Y entonces la potestad de Alcínoo dijo a Arete:

424 *Alcínoo.*—Trae, mujer, un arca muy hermosa, la que mejor sea; y mete en la misma un manto bien lavado y una túnica. Poned al fuego una caldera de bronce y calentad agua para que el huésped se lave y, viendo colocados por orden cuantos presentes acaban de traerle los eximios feacios, se regocije con el banquete y el canto del aedo. Y yo le daré mi hermosísima copa de oro, a fin de que se acuerde de mí todos los días al ofrecer en su casa libaciones a Zeus y a los restantes dioses.

433 Así dijo. Arete mandó a las esclavas que pusiesen en seguida un gran trípode al fuego. Ellas llevaron al ardiente fuego un trípode que servía para los baños, echaron agua en la caldera y, recogiendo leña, encendiéronla debajo. Las llamas rodearon el vientre de la caldera y calentóse el agua. Entretanto sacó Arete de su habitación un arca muy hermosa y puso en la misma los bellos dones—vestiduras y oro—que habían traído los feacios, y además un manto y una hermosa túnica. Y seguidamente habló al héroe con estas aladas palabras:

443 *Arete.*—Examina tú mismo la tapa y échale pronto un nudo: no sea que te hurten alguna cosa en el camino, cuando en la negra nave estés entregado al dulce sueño.

Biblioteca Nacional de España

446 Apenas oyó estas palabras el paciente divinal Odiseo, encajó la tapa y le echó un complicado nudo que le enseñó a hacer la veneranda Circe. Acto seguido invitóle la despensera a bañarse en una pila; y Odiseo vió con agrado el baño caliente, porque no cuidaba de su persona desde que partió de la casa de Calipso, la de los hermosos cabellos; que en ella estuvo siempre atendido como un dios. Y lavado ya y ungido con aceite por las esclavas, que le pusieron una túnica y un hermoso manto, salió y fuése hacia los hombres, bebedores de vino, que allí estaban; pero Nausícaa, a quien las deidades habían dotado de belleza, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, se admiró al clavar los ojos en Odiseo y le dijo estas aladas palabras:

461 *Nausícaa.*—Salve, huésped, para que en alguna ocasión, cuando estés de vuelta en tu patria, te acuerdes de mí; que me debes antes que a nadie el rescate de tu vida.

463 Respondióle el ingenioso Odiseo:

464 *Odiseo.*—¡Nausícaa, hija del magnánimo Alcínoo! Concédame Zeus, el tonante esposo de Hera, que llegue a mi casa y vea el día de mi regreso; que allí te invocaré todos los días, como a una diosa, porque fuiste tú, oh doncella, quien me salvó la vida.

469 Dijo, y fué a sentarse junto al rey Alcínoo, cuando ya se distribuían las porciones y se mezclaba el vino. Presentóse el heraldo con el amable aedo Demódoco, tan honrado por la gente, y le hizo sentar en medio de los convidados, arrimándolo a excelsa columna. Y entonces el ingenioso Odiseo, cortando una tajada del espinazo de un puerco de blancos dientes, del cual quedaba aún la mayor parte y estaba cubierto de abundante grasa, habló al heraldo de esta manera:

477 *Odiseo.*—¡Heraldo! Toma, llévale esta carne a Demódoco para que coma y así le obsequiaré, aunque estoy afligido; que a los aedos por doquier les tributan honor y reverencia los hombres terrestres, porque la Musa les ha enseñado el canto y los ama a todos.

482 Así dijo; y el heraldo puso la carne en las manos del héroe Demódoco, quien, al recibirla, sintió que se le alegraba el alma. Todos echaron mano a las viandas que tenían delante. Y cuando hubieron satisfecho las ganas de beber y de comer, el ingenioso Odiseo habló a Demódoco de esta manera:

487 *Odiseo.*—¡Demódoco! Yo te alabo más que a otro mortal cualquiera, pues deben de haberte enseñado la Musa, hija de Zeus, o el mismo Apolo, a juzgar por lo primorosamente que cantas el azar de los aqueos y todo lo que llevaron al cabo, padecieron y soportaron, como si tú en persona lo hubieras visto o se lo hubieses oído referir a alguno de ellos. Mas, ea, pasa a otro asunto y canta cómo estaba dispuesto el caballo de madera construido por Epeo con la ayuda de Atenea; máquina engañosa que el divinal Odiseo llevó a la acrópolis, después de llenarla con los guerreros que arruinaron a Troya. Si esto lo cuentas como se debe, yo diré a todos los hombres que una deidad benévola te concedió el divino canto.

499 Así habló; y el aedo, movido por divinal impulso, entonó un canto cuyo

Biblioteca Nacional de España

comienzo era que los argivos diéronse a la mar en sus naves de muchos bancos, después de haber incendiado el campamento, mientras algunos ya se hallaban con el celebérrimo Odiseo en el ágora de los teucros, ocultos por el caballo que estos mismos llevaron arrastrando hasta la acrópolis. El caballo estaba en pie, y los teucros, sentados a su alrededor, decían muy confusas razones y vacilaban en la elección de uno de estos tres pareceres: hender el vacío leño con el cruel bronce, subirlo a una altura y despeñarlo, o dejar el gran simulacro como ofrenda propiciatoria a los dioses; esta última resolución debía prevalecer, porque era fatal que la ciudad se arruinase cuando tuviera dentro aquel enorme caballo de madera donde estaban los más valientes argivos que causaron a los teucros el estrago y la muerte. Cantó cómo los aqueos, saliendo del caballo y dejando la hueca emboscada, asolaron la ciudad; cantó asimismo cómo, dispersos unos por un lado y otros por otro, iban devastando la excelsa urbe, mientras que Odiseo, cual si fuese Ares, tomaba el camino de la casa de Deífobo, juntamente con el deiforme Menelao. Y refirió cómo aquél había osado sostener un terrible combate, del cual alcanzó victoria por el favor de la magnánima Atenea.

521 Tal fué lo que cantó el eximio aedo; y en tanto consumíase Odiseo, y las lágrimas manaban de sus párpados y le regaban las mejillas. De la suerte que una mujer llora, abrazada a su marido que cayó delante de su población y de su gente para que se libraran del día cruel la ciudad y los hijos—al verlo moribundo y palpitante se le echa encima y profiere agudos gritos, los contrarios la golpean con las picas en el dorso y en las espaldas trayéndole la esclavitud a fin de que padezca trabajos e infortunios, y el dolor miserando deshace sus mejillas;—de semejante manera Odiseo derramaba de sus ojos tantas lágrimas que movía a compasión. A todos les pasó inadvertido que vertiera lágrimas menos a Alcínoo; el cual, sentado junto a él, lo advirtió y notó, oyendo asimismo que suspiraba profundamente. Y en seguida dijo a los feacios, amantes de manejar los remos:

536 *Alcínoo.*—¡Oídme, caudillos y príncipes de los feacios! Cese Demódoco de tocar la melodiosa cítara, pues quizás lo que canta no les sea grato a todos los oyentes. Desde que empezamos la cena y se levantó el divinal aedo, el huésped no ha dejado de verter doloroso llanto: sin duda le vino al alma algún pesar. Mas, ea, cese aquél para que nos regocijemos todos, así los albergadores del huésped como el huésped mismo; que es lo mejor que se puede hacer, ya que por el venerable huésped se han preparado estas cosas, su conducción y los dones que le hemos hecho en demostración de aprecio. Como a un hermano debe tratar al huésped y al suplicante, quien tenga un poco de sensatez. Y así, no has de ocultar tampoco con astuto designio lo que voy a preguntarte, sino que será mucho mejor que lo manifiestes. Dime el nombre con que allá te llamaban tu padre y tu madre, los habitantes de la ciudad y los vecinos de los alrededores; que ningún hombre bueno o malo deja de tener el suyo desde que nace, porque los padres lo imponen a cuantos engendran. Nómbrame también tu país, tu pueblo y tu ciudad, para que nuestros bajeles, proponiéndose cumplir tu propósito con su inteligencia, te conduzcan allá; pues

Biblioteca Nacional de España

entre los feacios no hay pilotos, ni sus naves están provistas de timones como los restantes barcos, sino que ya saben ellas los pensamientos y el querer de los hombres, conocen las ciudades y los fértiles campos de todos los países, atraviesan rápidamente el abismo del mar, aunque cualquier vapor o niebla las cubra, y no sienten temor alguno de recibir daño o de perderse; si bien oí decir a mi padre Nausítoo que Posidón nos mira con malos ojos porque conducimos sin recibir daño a todos los hombres, y afirmaba que el dios haría naufragar en el obscuro ponto un bien construido bajel de los feacios, al volver de conducir a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así se expresaba el anciano; mas el dios lo cumplirá o no, según le plegue. Ea, habla y cuéntame sinceramente por dónde anduviste perdido y a qué regiones llegaste, especificando qué gentes y qué ciudades bien pobladas había en ellas; así como también cuáles hombres eran crueles, salvajes e injustos, y cuáles hospitalarios y temerosos de los dioses. Dime por qué lloras y te lamentas en tu ánimo cuando oyes referir el azar de los argivos, de los dánaos y de Ilión. Diéronselo las deidades, que decretaron la muerte de aquellos hombres para que sirvieran a los venideros de asunto para sus cantos. ¿Acaso perdiste delante de Ilión algún deudo como tu yerno ilustre o tu suegro, que son las personas más queridas después de las ligadas con nosotros por la sangre y el linaje? ¿O fué, por ventura, un esforzado y agradable compañero, ya que no es inferior a un hermano el compañero dotado de prudencia?

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA IX

RELATOS A ALCÍNOO.—CICLOPEA

RESPONDIÓLE el ingenioso Odiseo:

2 *Odiseo.*—«¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! En verdad que es linda cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja a la de un numen. No creo que haya cosa tan agradable como ver que la alegría reina en todo el pueblo y que los convidados, sentados ordenadamente en el palacio ante las mesas abastecidas de pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el escanciador saca vino de la cratera y lo va echando en las copas. Tal espectáculo me parece bellísimo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuente mis luctuosas desdichas, para que llore aún más y prorrumpa en gemidos. ¿Cuál cosa relataré en primer término, cuál en último lugar, siendo tantos los infortunios que me enviaron los celestiales dioses? Lo primero, quiero deciros mi nombre para que lo sepáis y en adelante, después que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro huésped, a pesar de vivir en una casa que está muy lejos. Soy Odiseo Laertíada, tan conocido de los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Ítaca, que se ve a distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí, como Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente—las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía,—es áspera, pero buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo allá, en huecas grutas, anhelando que fuese su esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Eea me acogió anteriormente en su palacio, deseando también tomarme por marido; ni aquélla ni ésta consiguieron infundir convicción a mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, aunque se habite en una casa opulenta, pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos. Pero voy a contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Zeus desde que salí de Troya.

39 »Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cícones, a Ismaro: entré a saco la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras dego-

Biblioteca Nacional de España

llaban en la playa gran número de ovejas y de flexípedes bueyes de retorcidos cuernos, los cícones fueron a llamar a otros cícones vecinos suyos; los cuales eran más en número y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantas son las hojas y flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las broncíneas lanzas. Mientras duró la mañana y fuése aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran en superior número. Mas luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cícones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

62 »Desde allí seguimos adelante con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas no comenzaron a moverse los corvos bajeles hasta haber llamado tres veces a cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cícones. Zeus, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha, cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres o cuatro pedazos. Entonces las amainamos, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, llevamos aquéllas a tierra firme. Allí permanecimos constantemente echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y habría llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado a vagar lejos de Citera.

82 »Desde allí dañosos vientos llevároнme nueve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros—dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fué un heraldo—para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaban este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Mas yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida

Biblioteca Nacional de España

y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

105 »Desde allí continuamos la navegación con ánimo afligido, y llegamos a la tierra de los ciclopes soberbios y sin ley; quienes, confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada—trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos—y se lo hace crecer la lluvia enviada por Zeus. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se entrometen los unos con los otros.

116 »Delante del puerto, no muy cercana ni a gran distancia tampoco de la región de los ciclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los ciclopes no tienen naves de rojas proas, ni poseen artífices que se las construyan de muchos bancos—como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos en busca de los otros,—los cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblada aquella isla, que no es mala y daría a su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte interior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar áncoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí, se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita a partir y el viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allá, pues, nos llevaron las naves, y algún dios debió de guiarnos en aquella noche obscura en la que nada distinguíamos, pues la niebla era cerrada alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vió con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina Aurora.

152 »No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves,

Biblioteca Nacional de España

pues habíamos hecho gran provisión en ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cícones. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los ciclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

172 »*Odiseo.*—Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y procuraré averiguar qué hombres son aquéllos: si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

177 »Cuando así hube hablado, subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta, a la cual daban sombra algunos laureles: en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

193 »Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de cabra lleno de negro y dulce vino que me había dado Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándole, lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Hízome Marón ricos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan sólo él, su esposa y una despensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel, echaban una copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino llevaba un gran odre completamente lleno y además viandas en un zurrón; pues ya desde el primer instante se figuró mi ánimo generoso que se nos presentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje, e ignorante de la justicia y de las leyes.

216 »Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admiración y una por una todas las cosas: había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos, hallándose encerrados separadamente los mayores, los medianos y los recentales; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñar. Los compañeros empezaron a suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fué-

Biblioteca Nacional de España

ramos; y que luego, sacando prestamente de los establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos a la velera nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir—mucho mejor hubiera sido seguir su consejo—con el propósito de ver a aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su venida no había de serles grata a mis compañeros.

231 »Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida y descargóla dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar, dejando a la puerta, dentro del recinto de altas paredes, los carneros y los bucos. Después cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó en la entrada! Sentóse en seguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le serviría de cena. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego y, al vernos, nos hizo estas preguntas:

252 »*Polifemo.*—¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

256 »Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

259 »*Odiseo.*—Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase que nos llevan por el gran abismo del mar: deseosos de volver a nuestra patria, llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamenón Atrida cuya gloria es inmensa debajo del cielo—¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer!—y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacernos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerandos huéspedes.

272 »Así le hablé; y respondióme en seguida con ánimo cruel:

273 »*Polifemo.*—¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera; que los Cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aún les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida em-

Biblioteca Nacional de España

barcación: si fué, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.

281 »Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mí, que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

283 »*Odiseo.*—Posidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines de vuestra tierra; el viento que soplaba del ponto se la llevó y pude librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.

287 »Así le dije. El Ciclope, con ánimo cruel, no me dió respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos a tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó al suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montaraz león, no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El Ciclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Ciclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

307 »Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, el Ciclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un carcaj le pusiera su tapa. Mientras el Ciclope aguijaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivo verde, que el Ciclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Acerquéme a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo, deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el

Biblioteca Nacional de España

ojo del Ciclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Ciclope con el rebaño de hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingües reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios así se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón, que llevó a pulso; sentóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces llegueme al Ciclope y, teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

»*Odiseo.*—Toma, Ciclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mí y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?

»Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

»*Polifemo.*—Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual te huelgues. Pues también a los Ciclopes la fértil tierra les produce vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

»Así habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Ciclope, díjele con suaves palabras:

»*Odiseo.*—¡Ciclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre, y voy a decírtelo; pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

»Así le hablé; y en seguida me respondió, con ánimo cruel:

»*Polifemo.*—A Nadie me lo comeré el último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

»Dijo, tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle el sueño, que todo lo rinde: salíale de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros; no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fuí y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Ciclope; y yo, alzándome, hacíala girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven por debajo con una co-

Biblioteca Nacional de España

rrea, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Ciclope y la sangre brotaba alrededor del caliente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitaban por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente: de igual manera rechinaba el ojo del Ciclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Ciclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Ciclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces acudieron muchos, quién por un lado y quién por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

403 »*Los ciclopes.*—¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?

407 »Respondióles desde la cueva el robusto Polifemo:

408 »*Polifemo.*—¡Oh amigos! Nadie me mata con engaño, no con fuerza.

409 »Y ellos le contestaron con estas aladas palabras:

410 »*Los ciclopes.*—Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus; pero, ruega a tu padre, el soberano Posidón.

413 »Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Ciclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó en la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; ¡tan mentecato esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría algún arbitrio para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y obscura lana; y, sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Ciclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entrambos lados para que salvaran a mis compañeros. Tres carneros llevaban, por tanto, a cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al vedijudo vientre y me quedé agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

437 »Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las ha-

Biblioteca Nacional de España

bía ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses, que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fué mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

447 »*Polifemo.*—¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso, pacías el primero las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mientes con el vino, Nadie, pero me figuro que aún no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido a golpes, se esparciría acá y acullá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable Nadie.

461 »Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, soltéme del carnero y desaté a los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de grráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Pero yo, haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. Y, en estando tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, hablé al Ciclope con estas mordaces palabras:

475 »*Odiseo.*—¡Ciclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada: por esto Zeus y los demás dioses te han castigado.

480 »Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojóla delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorváronse todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Ciclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

494 »*Los compañeros.*—¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre

Biblioteca Nacional de España

feroz que con lo que tiró al ponto hizo volver la nave a tierra firme donde creímos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero peñón. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

500 »Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

502 »*Odiseo.*—¡Ciclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fué Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca.

506 »Así dije; y él, dando un suspiro, respondió:

507 »*Polifemo.*—¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Télemo Eurímida, el cual descollaba en el arte adivinatoria y llegó a la senectud profetizando entre los ciclopes: éste, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tierra, a que te conduzca a la patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y será él, si le place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.

522 »Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

523 »*Odiseo.*—¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, como ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

526 »Así dije. Y el Ciclope oró en seguida al soberano Posidón, alzando las manos al estrellado cielo:

528 »*Polifemo.*—¡Óyeme, Posidón, que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y se encuentre con nuevas cuitas en su morada.

536 »Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Ciclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciéndolo voltear con fuerza inmensa, arrojólo detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hiciéronla llegar a tierra firme.

543 »Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cóncava embarcación las reses del Ciclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ga-

Biblioteca Nacional de España

nado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero además de lo que me correspondía; y yo lo sacrifiqué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba cómo podrían llegar a perderse todas mis naves, de muchos bancos, con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

565 »Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA X

LO RELATIVO A ÉOLO, A LOS LESTRIGONES Y A CIRCE

LLEGAMOS a la isla Eolia, donde moraba Éolo Hipótada, caro a los inmortales dioses; isla flotante, a la cual cerca broncíneo e inquebrantable muro, y en cuyo interior álzase escarpada roca. A Éolo naciéronle doce vástagos en el palacio: seis hijas y seis hijos florecientes; y dió aquéllas a éstos para que fuesen sus esposas. Todos juntos, a la vera de su padre querido y de su madre veneranda, disfrutan de un continuo banquete en el que se les sirven muchísimos manjares. Durante el día percíbese en la casa el olor del asado y resuena toda con la flauta; y por la noche duerme cada uno con su púdica mujer sobre tapetes, en torneado lecho. Llegamos, pues, a su ciudad y a sus magníficas viviendas, y Éolo tratóme como a un amigo por espacio de un mes y me hizo preguntas sobre muchas cosas—sobre Ilión, sobre las naves de los argivos, sobre la vuelta de los aqueos,—de todo lo cual le informé debidamente. Cuando quise partir y le rogué que me despidiera, no se negó y preparó mi viaje. Dióme entonces, encerrados en un cuero de un buey de nueve años que antes había desollado, los soplos de los mugidores vientos; pues el Cronida habíale hecho árbitro de ellos, con facultad de aquietar o de excitar al que quisiera. Y ató dicho pellejo en la cóncava nave con un reluciente hilo de plata, de manera que no saliese ni el menor soplo; enviándome el Céfiro para que, soplando, llevara nuestras naves y a nosotros en ellas. Mas, en vez de suceder así, había de perdernos nuestra propia imprudencia.

28 »Navegamos seguidamente por espacio de nueve días con sus noches. Y en el décimo se nos mostró la tierra patria, donde vimos a los que encendían fuego cerca del mar. Entonces me sentí fatigado y me rindió el dulce sueño; pues había gobernado continuamente el timón de la nave, que no quise confiar a ninguno de los amigos para que llegáramos más pronto. Los compañeros hablaban los unos con los otros de lo que yo llevaba a mi palacio, figurándose que era oro y plata, recibidos como dádiva del magnánimo Éolo Hipótada. Y alguno de ellos dijo de esta suerte al que tenía más cercano:

38 »*Una voz.*—¡Oh dioses! ¡Cuán querido y honrado es este varón, de cuantos hombres habitan en las ciudades y tierras adonde llega! Muchos y valiosos objetos se ha llevado del botín de Troya; mientras que los demás, con haber hecho el mismo viaje, volveremos a casa con las manos vacías. Y ahora

Biblioteca Nacional de España

Éolo, obsequiándole como a un amigo, acaba de darle estas cosas. Ea, veamos pronto lo que son, y cuánto oro y plata hay en el cuero.

46 »Así hablaban. Prevaleció aquel mal consejo y, desatando mis amigos el odre, escapáronse con gran ímpetu todos los vientos. En seguida arrebató las naves una tempestad y llevólas al ponto: ellos lloraban, al verse lejos de la patria; y yo, recordando, medité en mi inocente pecho si debía tirarme del bajel y morir en el ponto, o sufrirlo todo en silencio y permanecer entre los vivos. Lo sufrí, quedéme en el barco y, cubriéndome, me acosté de nuevo. Las naves tornaron a ser llevadas a la isla Eolia por la funesta tempestad que promovió el viento, mientras gemían cuantos me acompañaban.

56 »Llegados allá, saltamos en tierra, hicimos aguada, y a la hora empezamos a comer junto a las veleras naves. Mas, así que hubimos gustado la comida y la bebida, tomé un heraldo y un compañero y encaminándonos al ínclito palacio de Éolo, hallamos a éste celebrando un banquete con su esposa y sus hijos. Llegados a la casa, nos sentamos al umbral, cerca de las jambas; y ellos se pasmaron al vernos y nos hicieron estas preguntas:

64 »*Los hijos de Éolo.*—¿Cómo aquí, Odiseo? ¿Qué funesto numen te persigue? Nosotros te enviamos con gran recaudo para que llegases a tu patria y a tu casa, o a cualquier sitio que te pluguiera.

67 »Así hablaron. Y yo, con el corazón afligido, les dije:

68 »*Odiseo.*—Mis imprudentes compañeros y un sueño pernicioso causáronme este daño; pero remediadlo vosotros, oh amigos, ya que podéis hacerlo.

70 »Así me expresé, halagándoles con suaves palabras. Todos enmudecieron y, por fin, el padre me respondió:

72 »*Éolo.*—¡Sal de la isla y muy pronto, malvado más que ninguno de los que hoy viven! No me es permitido tomar a mi cuidado y asegurarle la vuelta a varón que se ha hecho odioso a los bienaventurados dioses. Vete noramala; pues si viniste ahora, es porque los inmortales te aborrecen.

76 »Hablando de esta manera me despidió del palacio, a mí, que profería hondos suspiros. Luego seguimos adelante, con el corazón angustiado. Y ya iba agotando el ánimo de los hombres aquel molesto remar, que a nuestra necedad debíamos; pues no se presentaba medio alguno de volver a la patria.

80 »Navegamos sin interrupción seis días con sus noches, y al séptimo llegamos a Telépilo de Lamos, la excelsa ciudad de la Lestrigonia, donde el pastor, al recoger su rebaño, llama a otro que sale en seguida con el suyo. Allí un hombre que no durmiese, podría ganar dos salarios: uno, guardando bueyes; y otro, apacentando blancas ovejas. ¡Tan inmediatamente sucede al pasto del día el de la noche! Apenas arribamos al magnífico puerto, el cual estaba rodeado de ambas partes por escarpadas rocas y tenía en sus extremos riberas prominentes y opuestas que dejaban un estrecho paso, todos llevaron a éste las corvas naves y las amarraron en el cóncavo puerto, muy juntas, porque allí no se levantan olas ni grandes ni pequeñas y una plácida calma reina en derredor; mas yo dejé mi negra embarcación fuera del puerto, cabe a uno de sus extremos, e hice atar las amarras a un peñasco. Subí luego a una áspera atalaya y desde ella no columbré labores de bueyes ni de hombres, sino tan

Biblioteca Nacional de España

sólo el humo que se alzaba de la tierra. Quise enviar algunos compañeros para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella comarca; y designé a dos, haciéndoles acompañar por un tercero, que fué un heraldo. Fuéronse y, siguiendo un camino llano por donde las carretas arrastraban la leña de los altos montes a la ciudad, poco antes de llegar a la población encontraron una doncella, la eximia hija del lestrigón Antífates, que bajaba a la fuente Artacia, de hermosa corriente, pues allá iban a proveerse de agua los ciudadanos. Detuviéronse y hablaron a la joven, preguntándole quién era el rey y sobre quiénes reinaba; y ella les mostró en seguida la elevada casa de su padre. Llegáronse entonces a la magnífica morada, hallaron dentro a la esposa, que era alta como la cumbre de un monte, y cobráronle no poco miedo. La mujer llamó del ágora a su marido el preclaro Antífates, y éste maquinó contra mis compañeros cruda muerte: agarrando prestamente a uno, aparejóse con su cuerpo la cena, mientras los otros dos volvían a los barcos en precipitada fuga. Antífates gritó por la ciudad y, al oírle, acudieron de todos lados innumerables forzudos lestrigones, que no parecían hombres, sino gigantes, y desde las peñas tiraron pedruscos muy pesados: pronto se alzó en las naves un deplorable estruendo causado a la vez por los gritos de los que morían y por la rotura de los barcos; y los lestrigones, atravesando a los hombres como si fueran peces, se los llevaban para celebrar nefando festín. Mientras así los mataban en el hondísimo puerto, saqué la aguda espada que llevaba junto al muslo y corté las amarras de mi bajel de azulada proa. Acto continuo exhorté a mis amigos, mandándoles que batieran los remos para librarnos de aquel peligro; y todos azotaron el mar por temor de la muerte. Con satisfacción huimos en mi nave desde las rocas prominentes al ponto; mas las restantes se perdieron en aquel sitio, todas juntas.

133 »Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Llegamos luego a la isla Eea, donde moraba Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz, hermana carnal del terrible Eetes; pues ambos fueron engendrados por el Sol, que alumbra a los mortales, y tienen por madre a Perse, hija del Océano. Acercamos silenciosamente el barco a la ribera, haciéndolo entrar en un amplio puerto, y alguna divinidad debió de conducirnos. Saltamos en tierra, permanecimos echados dos días con sus noches, y nos roían el ánimo el cansancio y los pesares. Mas, al punto que la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, tomé mi lanza y mi aguda espada y me fuí prestamente desde la nave a una atalaya, por si conseguía ver labores de hombres mortales u oír su voz. Y, habiendo subido a una altura muy escarpada, me paré y apareció-seme el humo que se alzaba de la espaciosa tierra, en el palacio de Circe, entre un espeso encinar y una selva. Al punto que divisé el negro humo, se me ocurrió en la mente y en el ánimo ir yo en persona a enterarme; mas, considerándolo bien, parecióme mejor regresar a la orilla, donde se hallaba la velera nave, disponer que comiesen mis compañeros y enviar a algunos para que se informaran. Emprendí la vuelta, y ya estaba a poca distancia del corvo bajel, cuando algún dios me tuvo compasión al verme solo, y me deparó en el camino

Biblioteca Nacional de España

un gran ciervo de altos cuernos; que desde el pasto de la selva bajaba al río para beber, pues el calor del sol le había entrado. Apenas se presentó, acertéle con la lanza en el espinazo, en medio de la espalda, de tal manera que el bronce lo atravesó de lleno en lleno. Cayó el ciervo, quedando tendido en el polvo, y perdió la vida. Lleguéme a él y saquéle la broncínea lanza, poniéndola en el suelo; arranqué después varitas y mimbres, y formé una soga como de una braza, bien torcida de ambas partes, con la cual pude atar juntos los pies de la enorme bestia. Me la colgué al cuello y enderecé mis pasos a la negra nave, apoyándome en la pica; ya que no hubiera podido sostenerla en la espalda con sólo la otra mano, por ser tan grande aquella pieza. Por fin la dejé en tierra, junto a la embarcación; y comencé a animar a mis compañeros, acercándome a los mismos y hablándoles con dulces palabras:

174 »*Odiseo.*—¡Amigos! No descenderemos a la morada de Hades, aunque nos sintamos afligidos, hasta que no nos llegue el día fatal. Mas, ea, en cuanto haya víveres y bebida en la embarcación, pensemos en comer y no nos dejemos consumir por el hambre.

178 »Así les dije; y, obedeciendo al instante mis palabras, quitáronse la ropa con que se habían tapado allí, en la playa del mar estéril, y admiraron el ciervo, pues era grandísimo aquel bestión. Después que se hubieron deleitado en contemplarlo con sus propios ojos, laváronse las manos y aparejaron un banquete espléndido. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y llegó la noche, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, no bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, reuní en junta a mis amigos y les hablé de esta manera:

189 »*Odiseo.*—Oíd mis palabras, compañeros, aunque padezcáis tantos males. ¡Oh amigos! Puesto que ignoramos dónde está el poniente y el sitio en que aparece la aurora, por dónde el sol que alumbra a los mortales desciende debajo de la tierra y por dónde vuelve a salir; examinemos prestamente si nos será posible tomar alguna resolución, aunque yo no lo espero. Desde escarpada altura he contemplado esta isla, que es baja y a su alrededor forma una corona el ponto inmenso, y con mis propios ojos he visto salir humo de en medio de ella, por entre los espesos encinares y la selva.

198 »Así dije. A todos se les quebraba el corazón, acordándose de los hechos del lestrigón Antífates y de las violencias del feroz Ciclope, que se comía a los hombres, y se echaron a llorar ruidosamente, vertiendo abundantes lágrimas; aunque de nada les sirvió su llanto.

203 »Formé con mis compañeros de hermosas grebas dos secciones, a las que di sendos capitanes; pues yo me puse al frente de una y el deiforme Euríloco mandaba la otra. Echamos suertes en broncíneo yelmo y, como saliera la del magnánimo Euríloco, partió con veintidós compañeros que lloraban; y nos dejaron a nosotros, que también sollozábamos. Dentro de un valle y en lugar vistoso descubrieron el palacio de Circe, construido de piedra pulimentada. En torno suyo encontrábanse lobos montaraces y leones, a los que Circe había encantado, dándoles funestas drogas; pero estos animales no acometieron

Biblioteca Nacional de España

a mis hombres, sino que, levantándose, fueron a halagarles con sus colas larguísimas. Bien así como los perros halagan a su amo siempre que vuelve del festín, porque les trae algo que satisface su apetito; de esa manera los lobos, de uñas fuertes, y los leones fueron a halagar a mis compañeros, que se asustaron de ver tan espantosos monstruos. En llegando a la mansión de la diosa de lindas trenzas, detuviéronse en el vestíbulo y oyeron a Circe que con voz pulcra cantaba en el interior, mientras labraba una tela grande, divinal y tan fina, elegante y espléndida, como son las labores de las diosas. Y Polites, caudillo de hombres, que era para mí el más caro y respetable de los compañeros, empezó a hablarles de esta manera:

226 »*Polites*.—¡Oh amigos! En el interior está cantando hermosamente alguna diosa o mujer que labra una gran tela, y hace resonar todo el pavimento. Llamémosla cuanto antes.

229 »Así les dijo; y ellos la llamaron a voces. Circe se alzó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, a excepción de Euríloco, que se quedó fuera por temor de algún engaño. Cuando los tuvo dentro, los hizo sentar en sillas y sillones, confeccionó un potaje de queso, harina y miel fresca con vino de Pramnio, y echó en él drogas perniciosas para que los míos olvidaran por entero la tierra patria. Dióselo, bebieron, y, de contado, los tocó con una varita y los encerró en pocilgas. Y tenían la cabeza, la voz, las cerdas y el cuerpo como los puercos, pero sus mientes quedaron tan enteras como antes. Así fueron encerrados y todos lloraban; y Circe les echó, para comer, fabucos, bellotas y el fruto del cornejo, que es lo que comen los puercos, que se echan en la tierra.

244 »Euríloco volvió sin dilación al ligero y negro bajel, para enterarnos de la aciaga suerte que les había cabido a los compañeros. Mas no le era posible proferir una sola palabra, no obstante su deseo, por tener el corazón sumido en grave dolor; los ojos se le llenaron de lágrimas y su ánimo únicamente en sollozar pensaba. Todos le contemplábamos con asombro y le hacíamos preguntas, hasta que por fin nos contó la pérdida de los demás compañeros:

251 »*Euríloco*.—Nos alejamos por el encinar como mandaste, preclaro Odiseo, y dentro de un valle y en lugar vistoso descubrimos un hermoso palacio, hecho de piedra pulimentada. Allí, alguna diosa o mujer cantaba con voz sonora, labrando una gran tela. Llamáronla a voces. Alzóse en seguida, abrió la magnífica puerta, nos llamó, y siguiéronla todos imprudentemente; pero yo me quedé fuera, temiendo que hubiese algún engaño. Todos a una desaparecieron y ninguno ha vuelto a presentarse, aunque he permanecido acechándolos un buen rato.

261 »Así dijo. Yo entonces, colgándome del hombro la grande broncínea espada, de clavazón de plata, y tomando el arco, le mandé que sin pérdida de tiempo me guiase por el camino que habían seguido. Mas él comenzó a suplicarme, abrazando con entrambas manos mis rodillas; y entre lamentos decíame estas aladas palabras:

266 »*Euríloco*.—¡Oh alumno de Zeus! No me lleves allá, mal de mi grado; déjame aquí; pues sé que no volverás ni traerás a ninguno de tus compañe-

Biblioteca Nacional de España

ros. Huyamos en seguida con los presentes, que aún nos podremos librar del día cruel.

270 »Así me habló; y le contesté diciendo:

271 »*Odiseo.*—¡Eurílоco! Quédate tú en este lugar, a comer y beber junto a la cóncava y negra embarcación; mas yo iré, que la dura necesidad me lo manda.

274 »Dicho esto, alejéme de la nave y del mar. Pero cuando, yendo por el sacro valle, estaba a punto de llegar al gran palacio de Circe, la conocedora de muchas drogas, y ya enderezaba mis pasos al mismo, salióme al encuentro Hermes, el de la áurea vara, en figura de un mancebo barbiponiente y graciosísimo en la flor de la juventud. Y, tomándome la mano, me habló diciendo:

281 »*Hermes.*—¡Ah, infeliz! ¿Adónde vas por estos altozanos, solo y sin conocer la comarca? Tus amigos han sido encerrados en el palacio de Circe, como puercos, y se hallan en pocilgas sólidamente labradas. ¿Vienes quizás a libertarlos? Pues no creo que vuelvas, antes te quedarás donde están ellos. Ea, quiero preservarte de todo mal, quiero salvarte: toma este excelente remedio, que apartará de tu cabeza el día cruel, y ve a la morada de Circe cuyos malos intentos he de referirte íntegramente. Te preparará una mixtura y te echará drogas en el manjar; mas, con todo eso, no podrá encantarte porque lo impedirá el excelente remedio que vas a recibir. Te diré ahora lo que ocurrirá después. Cuando Circe te hiriere con su larguísima vara, tira de la aguda espada que llevas cabe al muslo, y acométela como si desearas matarla. Entonces, cobrándote algún temor, te invitará a que yazgas con ella: tú no te niegues a participar del lecho de la diosa, para que libre a tus amigos y te acoja benignamente, pero hazle prestar el solemne juramento de los bienaventurados dioses de que no maquinará contra ti ningún otro funesto daño: no sea que, cuando te desnudes de las armas, te prive de tu valor y de tu fuerza.

302 »Cuando así hubo dicho, el Argifontes me dió el remedio, arrancando de tierra una planta cuya naturaleza me enseñó. Tenía negra la raíz y era blanca como la leche su flor, llámanla *moly* los dioses, y es muy difícil de arrancar para un mortal; pero las deidades lo pueden todo.

307 »Hermes se fué al vasto Olimpo, por entre la selvosa isla; y yo me encaminé a la morada de Circe, revolviendo en mi corazón muchas trazas. Llegado al palacio de la diosa de lindas trenzas, paréme en el umbral y empecé a dar gritos; la deidad oyó mi voz y, alzándose al punto, abrió la magnífica puerta y me llamó; y yo, con el corazón angustiado, me fuí tras ella. Cuando me hubo introducido, hízome sentar en una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada, con un escabel para los pies; y en copa de oro preparóme la mixtura para que bebiese, echando en la misma cierta droga y maquinando en su mente cosas perversas. Mas, tan luego como me la dió y bebí, sin que lograra encantarme, tocóme con la vara mientras me decía estas palabras:

320 »*Circe.*—Ve ahora a la pocilga y échate con tus compañeros.

321 »Así habló. Desenvainé entonces la aguda espada que llevaba cerca del muslo y arremetí contra Circe, como deseando matarla. Ella lanzó agudos gritos, se echó al suelo, me abrazó por las rodillas y me dirigió entre sollozos estas aladas palabras:

Biblioteca Nacional de España

325 »*Circe.*—¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas sin quedar encantado, pues ningún otro pudo resistirlas, tan luego como las tomó y pasaron el cerco de sus dientes. Alienta en tu pecho un ánimo indomable. Eres sin duda aquel Odiseo de multiforme ingenio, de quien me hablaba siempre el Argifontes que lleva áurea vara, asegurándome que vendrías cuando volvieses de Troya en la negra y velera nave. Mas, ea, envaina la espada y vámonos a la cama para que, unidos por el lecho y el amor, crezca entre nosotros la confianza.

336 »Así se expresó; y le repliqué diciendo:

337 »*Odiseo.*—¡Oh Circe! ¿Cómo me pides que te sea benévolo, después que en este mismo palacio convertiste a mis compañeros en cerdos y ahora me detienes a mí, maquinas engaños y me ordenas que entre en tu habitación y suba a tu lecho a fin de privarme del valor y de la fuerza, apenas deje las armas? Yo no querría subir a la cama, si no te atrevieras, oh diosa, a prestar solemne juramento de que no maquinarás contra mí ningún otro pernicioso daño.

345 »Así le dije. Juró al instante, como se lo mandaba. Y en seguida que hubo prestado el juramento, subí al magnífico lecho de Circe.

348 »Aderezaban el palacio cuatro siervas, que son las criadas de Circe y han nacido de las fuentes, de los bosques, o de los sagrados ríos que corren hacia el mar. Ocupábase una en cubrir los sillones con hermosos tapetes de púrpura, dejando a los pies un lienzo; colocaba otra argénteas mesas delante de los asientos, poniendo encima canastillos de oro; mezclaba la tercera el dulce y suave vino en una cratera de plata y lo distribuía en áureas copas; y la cuarta traía agua y encendía un gran fuego debajo del trípode donde aquélla se calentaba. Y cuando el agua hirvió dentro del reluciente bronce, llevóme a la bañera y allí me lavó, echándome la deliciosa agua del gran trípode a la cabeza y a los hombros hasta quitarme de los miembros la fatiga que roe el ánimo. Después que me hubo lavado y ungido con pingüe aceite, vistióme un hermoso manto y una túnica, y me condujo, para que me sentase, a una silla de argénteos clavos, hermosa, labrada y provista de un escabel para los pies. Una esclava dióme aguamanos que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata y me puso delante una pulimentada mesa. La veneranda despensera trajo pan, y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándome con los que tenía guardados. Circe invitóme a comer, pero no le plugo a mi ánimo y seguí quieto, pensando en otras cosas, pues mi corazón presagiaba desgracias.

375 »Cuando Circe notó que yo seguía quieto, sin echar mano a los manjares, y abrumado por fuerte pesar, se vino a mi lado y me habló con estas aladas palabras:

378 »*Circe.*—¿Por qué, Odiseo, permaneces así, como un mudo, y consumes tu ánimo, sin tocar la comida ni la bebida? Sospechas que haya algún engaño y has de desechar todo temor, pues ya te presté solemne juramento.

382 »Así se expresó; y le repuse diciendo:

383 »*Odiseo.*—¡Oh Circe! ¿Qué hombre, que fuese razonable, osara probar la comida y la bebida antes de libertar a los compañeros y contemplarlos con

Biblioteca Nacional de España

sus propios ojos? Si me invitas de buen grado a beber y a comer, suelta mis fieles amigos para que con mis ojos pueda verlos.

388 »Así dije. Circe salió del palacio con la vara en la mano, abrió las puertas de la pocilga y sacó a mis compañeros en figura de puercos de nueve años. Colocáronse delante y anduvo por entre ellos, untándolos con una nueva droga: en el acto cayeron de los miembros las cerdas que antes les hizo crecer la perniciosa droga suministrada por la veneranda Circe, y mis amigos tornaron a ser hombres, pero más jóvenes aún y mucho más hermosos y más altos. Conociéronme y uno por uno me estrecharon la mano. Alzóse entre todos un dulce llanto, la casa resonaba fuertemente y la misma deidad hubo de apiadarse. Y deteniéndose junto a mí, dijo de esta suerte la divina entre las diosas:

401 »*Circe.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ve ahora adonde tienes la velera nave en la orilla del mar y ante todo sacadla a tierra firme; llevad a las grutas las riquezas y los aparejos todos, y trae en seguida tus fieles compañeros.

406 »Así habló, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Enderecé el camino a la velera nave y a la orilla del mar, y hallé junto a aquélla a mis fieles compañeros, que se lamentaban tristemente y derramaban abundantes lágrimas. Así como las terneras que tienen su cuadra en el campo, saltan y van juntas al encuentro de las gregales vacas que vuelven al aprisco hartas de hierba; y ya los cercados no las detienen, sino que, mugiendo sin cesar, corren en torno de las madres: así aquéllos, al verme con sus propios ojos, me rodearon llorando, pues a su ánimo les produjo casi el mismo efecto que si hubiesen llegado a su patria y a su ciudad, a la áspera Ítaca donde se habían criado y nacido. Y sollozando estas aladas palabras me decían:

419 »*Los compañeros.*—Tu vuelta, oh alumno de Zeus, nos alegra tanto como si hubiésemos llegado a Ítaca, nuestra patria tierra. Mas, ea, cuéntanos la pérdida de los demás compañeros.

422 »Así hablaban. Entonces les dije con suaves palabras:

423 »*Odiseo.*—Primeramente saquemos la nave a tierra firme y llevemos a las grutas nuestras riquezas y los aparejos todos; y después daos prisa en seguirme juntos para que veáis cómo los amigos beben y comen en la sagrada mansión de Circe, pues todo lo tienen en gran abundancia.

428 »Así les hablé; y al instante obedecieron mi mandato. Euríloco fué el único que intentó detener a los compañeros, diciéndoles estas aladas palabras:

431 »*Euríloco.*—¡Ah, infelices! ¿Adónde vamos? ¿Por qué buscáis vuestro daño, yendo al palacio de Circe que a todos nos transformará en puercos, lobos o leones para que le guardemos, mal de nuestro grado, su espaciosa mansión? Se repetirá lo que ocurrió con el Ciclope cuando los nuestros llegaron a su cueva con el audaz Odiseo y perecieron por la loca temeridad de éste.

438 »Así dijo. Yo revolvía en mi pensamiento desenvainar la espada de larga punta, que llevaba a un lado del vigoroso muslo, y de un golpe echarle la cabeza al suelo, aunque Euríloco era deudo mío muy cercano; pero me contuvieron los amigos, unos por un lado y otros por el opuesto, diciéndome con dulces palabras:

Biblioteca Nacional de España

443 »*Los compañeros.*—¡Alumno de Zeus! A éste lo dejaremos aquí, si tú lo mandas, y se quedará a guardar la nave; pero a nosotros llévanos a la sagrada mansión de Circe.

446 »Hablando así, alejáronse de la nave y del mar. Y Euríloco no se quedó cerca del cóncavo bajel; pues fué siguiéndonos, amedrentado por mi terrible amenaza.

449 »En tanto Circe lavó cuidadosamente en su morada a los demás compañeros, los ungió con pingüe aceite, les puso lanosos mantos y túnicas; y ya los hallamos celebrando alegre banquete en el palacio. Después que se vieron los unos a los otros y contaron lo ocurrido, comenzaron a sollozar y la casa resonaba en torno suyo. La divina entre las diosas se detuvo entonces a mi lado y me habló de esta manera:

456 »*Circe.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ahora dad tregua al copioso llanto: sé yo también cuántas fatigas habéis soportado en el ponto, abundante en peces, y cuántos hombres enemigos os dañaron en la tierra. Mas, ea, comed viandas y bebed vino hasta que recobréis el ánimo que teníais en el pecho cuando por primera vez dejasteis vuestra patria, la escabrosa Ítaca. Actualmente estáis flacos y desmayados, trayendo de continuo a la memoria la peregrinación molesta, y no cabe en vuestro ánimo la alegría por lo mucho que habéis padecido.

466 »Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Allí nos quedamos día tras día un año entero y siempre tuvimos en los banquetes carne en abundancia y dulce vino. Mas cuando se acabó el año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, llamáronme los fieles compañeros y me hablaron de este modo:

472 »*Los compañeros.*—¡Ilustre! Acuérdate ya de la patria tierra, si el destino ha decretado que te salves y llegues a tu casa, de alta techumbre, y a la patria tierra.

475 »Así dijeron, y mi ánimo generoso se dejó persuadir. Y todo aquel día hasta la puesta del sol estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, acostáronse los compañeros en las obscuras salas.

480 »Mas yo subí a la magnífica cama de Circe y empecé a suplicar a la deidad, que oyó mi voz y a la cual abracé las rodillas. Y, hablándole, estas aladas palabras le decía:

483 »*Odiseo.*—¡Oh Circe! Cúmpleme la promesa que me hiciste de mandarme a mi casa. Ya mi ánimo me incita a partir y también el de los compañeros, quienes apuran mi corazón, rodeándome llorosos, cuando tú estás lejos.

487 »Así le hablé. Y la divina entre las diosas contestóme acto seguido:

488 »*Circe.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No os quedéis por más tiempo en esta casa, mal de vuestro grado. Pero ante todas cosas habéis de emprender un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Persefonea, para consultar el alma del tebano Tiresias, adivino ciego, cuyas mientes se conservan íntegras. A él tan sólo, después de muerto, dióle Persefonea inteligencia y saber; pues los demás revolotean como sombras.

Biblioteca Nacional de España

496 »Así dijo. Sentí que se me partía el corazón y, sentado en el lecho, lloraba y no quería vivir ni ver más la lumbre del sol. Pero cuando me harté de llorar y de dar vuelcos en la cama, le contesté con estas palabras:

501 »*Odiseo.*—¡Oh Circe! ¿Quién nos guiará en ese viaje, ya que ningún hombre ha llegado jamás al Hades en negro navío?

503 »Así le hablé. Respondióme en el acto la divina entre las diosas:

504 »*Circe.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! No te dé cuidado el deseo de tener quien guíe el negro bajel: iza el mástil, descoge las blancas velas y quédate sentado, que el soplo del Bóreas conducirá la nave. Y cuando hayas atravesado el Océano y llegues adonde hay una playa estrecha y bosques consagrados a Persefonea y elevados álamos y estériles sauces, detén la nave en el Océano, de profundos remolinos, y encamínate a la tenebrosa morada de Hades. Allí el Piriflegetón y el Cocito, que es un arroyo del agua de la Estix, llevan sus aguas al Aqueronte; y hay una roca en el lugar donde confluyen aquellos sonoros ríos. Acercándote, pues, a este paraje, como te lo mando, oh héroe, abre un hoyo que tenga un codo por cada lado; haz en torno suyo una libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y a la tercera vez con agua; y polvoréalo de blanca harina. Eleva después muchas súplicas a las inanes cabezas de los muertos y vota que, en llegando a Ítaca, les sacrificarás en el palacio una vaca no paridera, la mejor que haya, y llenarás la pira de cosas excelentes, en su obsequio; y también que a Tiresias le inmolarás aparte un carnero completamente negro que descuelle entre vuestros rebaños. Así que hayas invocado con tus preces al ínclito pueblo de los difuntos, sacrifica un carnero y una oveja negra, volviendo el rostro al Érebo, y apártate un poco hacia la corriente del río: allí acudirán muchas almas de los que murieron. Exhorta en seguida a los compañeros y mándales que desuellen las reses, tomándolas del suelo donde yacerán degolladas por el cruel bronce, y las quemen prestamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Persefonea; y tú desenvaina la espada que llevas cabe al muslo, siéntate y no permitas que las inanes cabezas de los muertos se acerquen a la sangre hasta que hayas interrogado a Tiresias. Pronto comparecerá el adivino, príncipe de hombres, y te dirá el camino que has de seguir, cuál será su duración y cómo podrás volver a la patria, atravesando el mar en peces abundoso.

541 »Así dijo, y al momento llegó la Aurora, de áureo trono. Circe me vistió un manto y una túnica; y se puso amplia vestidura blanca, fina y hermosa, ciñó el talle con lindo cinturón de oro y veló su cabeza. Yo anduve por la casa y amonesté a los compañeros, acercándome a ellos y hablándoles con dulces palabras:

548 »*Odiseo.*—No permanezcáis acostados, disfrutando del dulce sueño. Partamos ya, pues la veneranda Circe me lo aconseja.

550 »Así les dije; y su ánimo generoso se dejó persuadir. Mas ni de allí pude llevarme indemnes todos los compañeros. Un tal Elpénor, el más joven de todos, que ni era muy valiente en los combates, ni estaba muy en su juicio, yendo a buscar la frescura después que se cargara de vino, habíase acostado

Biblioteca Nacional de España

separadamente de sus compañeros en la sagrada mansión de Circe; y al oír el vocerío y estrépito de los camaradas que empezaban a moverse, se levantó de súbito, olvidósele volver atrás a fin de bajar por la larga escalera, cayó desde el techo, se le rompieron las vértebras del cuello y su alma descendió al Hades.

561 »Cuando ya todos se hubieron reunido, les dije estas palabras:

562 »*Odiseo.*—Creéis sin duda que vamos a casa, a nuestra patria tierra; pues bien, Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la morada de Hades y de la veneranda Persefonea para consultar el alma del tebano Tiresias.

566 »Así les hablé. A todos se les partía el corazón y, sentándose allí mismo, lloraban y se mesaban los cabellos. Mas ningún provecho sacaron de sus lamentaciones.

569 »Tan luego como nos encaminamos, afligidos, a la velera nave y a la orilla del mar, vertiendo copiosas lágrimas, acudió Circe y ató al obscuro bajel un carnero y una oveja negra. Y al hacerlo logró pasar inadvertida muy fácilmente, ¿pues quién podrá ver con sus propios ojos a una deidad que va o viene, si a ella no le place?

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XI

EVOCACIÓN DE LOS MUERTOS

EN llegando a la nave y al divino mar, echamos al agua la negra embarcación, izamos el mástil y descogimos el velamen; cargamos luego las reses, y por fin nos embarcamos nosotros, muy tristes y vertiendo copiosas lágrimas. Por detrás de la nave de azulada proa soplaba favorable viento, que henchía las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados cada uno de los aparejos en su sitio, nos sentamos en la nave. A ésta conducíanla el viento y el piloto, y durante el día fué andando a velas desplegadas, hasta que se puso el sol y las tinieblas ocuparon todos los caminos.

13 »Entonces arribamos a los confines del Océano, de profunda corriente. Allí están el pueblo y la ciudad de los Cimerios entre nieblas y nubes, sin que jamás el sol resplandeciente los ilumine con sus rayos, ni cuando sube al cielo estrellado, ni cuando vuelve del cielo a la tierra, pues una noche perniciosa se extiende sobre los míseros mortales. A este paraje fué nuestro bajel, que sacamos a la playa; y nosotros, asiendo las ovejas, anduvimos a lo largo de la corriente del Océano hasta llegar al sitio indicado por Circe.

23 »Allí Perimedes y Euríloco sostuvieron las víctimas, y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba, abrí un hoyo de un codo por lado; hice a su alrededor libación a todos los muertos, primeramente con aguamiel, luego con dulce vino y a la tercera vez con agua; y lo despolvoreé todo con blanca harina. Acto seguido supliqué con fervor a las inanes cabezas de los muertos, y voté que, cuando llegara a Ítaca, les sacrificaría en el palacio una vaca no paridera, la mejor que hubiese, y que en su obsequio llenaría la pira de cosas excelentes, y también que a Tiresias le inmolaría aparte un carnero completamente negro que descollase entre nuestros rebaños. Después de haber rogado con votos y súplicas al pueblo de los difuntos, tomé las reses, las degollé encima del hoyo, corrió la negra sangre y al instante se congregaron, saliendo del Érebo, las almas de los fallecidos: mujeres jóvenes, mancebos, ancianos que en otro tiempo padecieron muchos males, tiernas doncellas con el ánimo angustiado por reciente pesar, y muchos varones que habían muerto en la guerra, heridos por broncíneas lanzas, y mostraban ensangrentadas armaduras: agitábanse todas con grandísimo murmurio alrededor del hoyo, unas por un lado y otras por otro; y el pálido terror se enseñoreó de mí. Al punto

Biblioteca Nacional de España

exhorté a los compañeros y les di orden de que desollaran las reses, tomándolas del suelo donde yacían degolladas por el cruel bronce, y las quemaran inmediatamente, haciendo votos al poderoso Hades y a la veneranda Persefonea; y yo, desenvainando la aguda espada que cabe al muslo llevaba, me senté y no permití que las inanes cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes que hubiese interrogado a Tiresias.

51 »La primera que vino fué el alma de nuestro compañero Elpénor, el cual aún no había recibido sepultura en la tierra inmensa; pues dejamos su cuerpo en la mansión de Circe sin enterrarlo ni llorarlo porque nos apremiaban otros trabajos. Al verlo lloré, le compadecí en mi corazón, y, hablándole, le dije estas aladas palabras:

57 »*Odiseo.*—¡Oh Elpénor! ¿Cómo viniste a estas tinieblas caliginosas? Tú has llegado a pie, antes que yo en la negra nave.

59 »Así le hablé; y él, dando un suspiro, me respondió con estas palabras:

60 »*Elpénor.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Dañáronme la mala voluntad de algún dios y el exceso de vino. Habiéndome acostado en la mansión de Circe, no pensé en volver atrás, a fin de bajar por la larga escalera, y caí desde el techo; se me rompieron las vértebras del cuello, y mi alma descendió a la mansión de Hades. Ahora te suplico en nombre de los que se quedaron en tu casa y no están presentes—de tu esposa, de tu padre, que te crió cuando eras niño, y de Telémaco, el único vástago que dejaste en el palacio:—sé que, partiendo de acá, de la morada de Hades, detendrás la bien construida nave en la isla Eea: pues yo te ruego, oh rey, que al llegar te acuerdes de mí. No te vayas, dejando mi cuerpo sin llorarle ni enterrarle, a fin de que no excite contra ti la cólera de los dioses; por el contrario, quema mi cadáver con las armas de que me servía y erígeme un túmulo en la ribera del espumoso mar, para que de este hombre desgraciado tengan noticia los venideros. Hazlo así y clava en el túmulo aquel remo con que, estando vivo, bogaba yo con mis compañeros.

79 »Tales fueron sus palabras; y le respondí diciendo:

80 »*Odiseo.*—Todo te lo haré, oh infeliz, todo te lo llevaré a cumplimiento.

81 »De tal suerte, sentados ambos, nos decíamos estas tristes razones: yo tenía la espada levantada sobre la sangre; y mi compañero, desde la parte opuesta, hablaba largamente.

84 »Vino luego el alma de mi difunta madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico; a la cual había dejado viva cuando partí para la sagrada Ilión. Lloré al verla, compadeciéndola en mi corazón; mas con todo eso, a pesar de sentirme muy afligido, no permití que se acercara a la sangre antes de interrogar a Tiresias.

90 »Vino después el alma de Tiresias, el tebano, que empuñaba áureo cetro. Conocióme, y me habló de esta manera:

92 »*Tiresias.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¿Por qué, oh infeliz, has dejado la luz del sol y vienes a ver a los muertos y esta región desapacible? Apártate del hoyo y retira la aguda espada, para que, bebiendo sangre, te revele la verdad de lo que quieras.

Biblioteca Nacional de España

»Así dijo. Me aparté y metí en la vaina la espada guarnecida de argénteos clavos. El eximio vate bebió la negra sangre, y habló me al punto con estas palabras:

»*Tiresias.*—Buscas la dulce vuelta, preclaro Odiseo, y un dios te la hará difícil; pues no creo que le pases inadvertido al que sacude la tierra, quien te guarda rencor en su corazón, porque se irritó cuando le cegaste el hijo. Pero aún llegaríais a la patria, después de padecer trabajos, si quisieras contener tu ánimo y el de tus compañeros así que ancles la bien construida embarcación en la isla Trinacia, escapando del violáceo ponto, y halléis paciendo las vacas y las pingües ovejas del Sol, que todo lo ve y todo lo oye. Si las dejaras indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu vuelta, aún llegaríais a Ítaca, después de soportar muchas fatigas; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú te libres, llegarás tarde y mal, habiendo perdido todos los compañeros, en nave ajena, y hallarás en tu palacio otra plaga: unos hombres soberbios, que se comen tus bienes y pretenden a tu divinal consorte, a la cual ofrecen regalos de boda. Tú, en llegando, vengarás sus demasías. Mas, luego que en tu mansión hayas dado muerte a los pretendientes, ya con astucia, ya cara a cara con el agudo bronce, toma un manejable remo y anda hasta que llegues a aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares sazonados con sal, ni conocen las naves de encarnadas proas, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los buques. Para ello te diré una señal muy manifiesta, que no te pasará inadvertida. Cuando encontrares otro caminante y te dijere que llevas un aventador sobre el gallardo hombro, clava en tierra el manejable remo, haz al soberano Posidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelve a tu casa, donde sacrificarás sagradas hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo, a todos por su orden. Te vendrá más adelante y lejos del mar una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez; y a tu alrededor los ciudadanos serán dichosos. Cuanto te digo es cierto.

»Así se expresó; y yo le respondí:

»*Odiseo.*—¡Tiresias! Esas cosas decretáronlas sin duda los propios dioses. Mas, ea, habla y responde sinceramente. Veo el alma de mi difunta madre, que está silenciosa junto a la sangre, sin que se atreva a mirar frente a frente a su hijo ni a dirigirle la voz. Dime, oh rey, cómo podrá reconocerme.

»Así le hablé; y al punto me contestó diciendo:

»*Tiresias.*—Con unas sencillas palabras que pronuncie te lo daré a entender. Aquel de los difuntos a quien permitieres que se acerque a la sangre, te dará noticias ciertas; aquel a quien se lo negares, se volverá en seguida.

»Diciendo así, el alma del soberano Tiresias se fué a la morada de Hades apenas hubo proferido los oráculos. Mas yo me estuve quedo hasta que vino mi madre y bebió la negruzca sangre. Reconocióme de súbito y díjome entre sollozos estas aladas palabras:

»*Anticlea.*—¡Hijo mío! ¿Cómo has bajado en vida a esta obscuridad tenebrosa? Difícil es que los vivientes puedan contemplar estos lugares, separa-

Biblioteca Nacional de España

dos como están por grandes ríos, por impetuosas corrientes y, principalmente, por el Océano, que no se puede atravesar a pie sino en una nave bien construida. ¿Vienes acaso de Troya, después de vagar mucho tiempo con la nave y los amigos? ¿Aún no llegaste a Ítaca, ni viste a tu mujer en el palacio?

163 »Así dijo; y yo le respondí de esta suerte:

164 »*Odiseo.*—¡Madre mía! La necesidad me trajo a la morada de Hades, a consultar el alma de Tiresias el tebano; pero aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, pues voy siempre errante y padeciendo desgracias desde el punto que seguí al divino Agamenón hasta Ilión, la de hermosos corceles, para combatir con los troyanos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Cuál hado de la aterradora muerte acabó contigo? ¿Fué una larga enfermedad, o Ártemis, que se complace en tirar flechas, la que te mató con sus suaves tiros? Háblame de mi padre y del hijo que dejé, y cuéntame si mi dignidad real la conservan ellos o la tiene algún otro varón, porque se figuran que ya no he de volver. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi legítima esposa: si vive con mi hijo y todo lo guarda y mantiene en pie, o ya se casó con el mejor de los aqueos.

180 »Así le hablé; y respondióme en seguida mi veneranda madre:

181 »*Anticlea.*—Aquélla continúa en tu palacio, con el ánimo afligido, y pasa los días y las noches tristemente, llorando sin cesar. Nadie posee aún tu hermosa autoridad real: Telémaco cultiva en paz tus heredades y asiste a decorosos banquetes, como debe hacerlo el varón que administra justicia, pues todos le convidan. Tu padre se queda en el campo, sin bajar a la ciudad, y no tiene lecho, ni cama, ni mantas, ni colchas espléndidas: sino que en el invierno duerme entre los esclavos de la casa, en la ceniza, junto al hogar, llevando miserables vestiduras; y, no bien llega el verano y el fructífero otoño, se le ponen por todas partes, en la fértil viña, humildes lechos de hojas secas donde yace afligido y acrecienta sus penas anhelando tu regreso, además de sufrir las molestias de la senectud a que ha llegado. Así morí yo también, cumpliendo mi destino: ni la que con certera vista se complace en arrojar saetas, me hirió con sus suaves tiros en el palacio, ni me acometió enfermedad alguna de las que se llevan el vigor de los miembros por una odiosa consunción; antes bien la soledad que de ti sentía y la memoria de tus cuidados y de tu ternura, preclaro Odiseo, me privaron de la dulce vida.

204 »Así se expresó. Quise entonces efectuar el designio, que tenía formado en mi espíritu, de abrazar el alma de mi difunta madre. Tres veces me acerqué a ella, pues el ánimo incitábame a abrazarla; tres veces se me fué volando de entre las manos como sombra o sueño. Entonces sentí en mi corazón un agudo dolor que iba en aumento, y dije a mi madre estas aladas palabras:

210 »*Odiseo.*—¡Madre mía! ¿Por qué huyes cuando a ti me acerco, ansioso de asirte, a fin de que en la misma morada de Hades nos echemos en brazos el uno del otro y nos saciemos de triste llanto? ¿Por ventura envióme esta vana imagen la ilustre Persefonea, para que se acrecienten mis lamentos y suspiros?

215 »Así le dije; y al momento me contestó mi veneranda madre:

Biblioteca Nacional de España

»*Anticlea.*—¡Ay de mí, hijo mío, el más desgraciado de todos los hombres! No te engaña Persefonea, hija de Zeus, sino que esta es la condición de los mortales cuando fallecen: los nervios ya no mantienen unidos la carne y los huesos, pues los consume la viva fuerza de las ardientes llamas tan pronto como la vida desampara la blanca osamenta; y el alma se va volando, como un sueño. Mas, procura volver lo antes posible a la luz y llévate sabidas todas estas cosas para que luego las refieras a tu consorte.

»Mientras así conversábamos, vinieron—enviadas por la ilustre Persefonea—cuantas mujeres fueron esposas o hijas de eximios varones. Reuniéronse en tropel alrededor de la negra sangre, y yo pensaba de qué modo podría interrogarlas por separado. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente: desenvainé la espada de larga punta que traía al lado del muslo y no permití que bebieran a un tiempo la denegrida sangre. Entonces se fueron acercando sucesivamente, me declararon su respectivo linaje, y a todas les hice preguntas.

»La primera que vi fué Tiro, de ilustre nacimiento, la cual manifestó que era hija del insigne Salmoneo y esposa de Creteo Eólida. Habíase enamorado de un río que es el más bello de los que discurren por el orbe, el divinal Enipeo, y frecuentaba los sitios próximos a su hermosa corriente; pero el que ciñe y bate la tierra, tomando la figura de Enipeo, se acostó con ella en la desembocadura del vorticoso río. La ola purpúrea, grande como una montaña, se encorvó alrededor de entrambos, y ocultó al dios y a la mujer mortal. Posidón desatóle a la doncella el virgíneo cinto y le infundió sueño. Mas, tan pronto como hubo logrado sus amorosos deseos, le tomó la mano y le dijo estas palabras:

»*Posidón.*—Huélgate, mujer, con este amor. En el transcurso del año parirás hijos ilustres, que nunca son estériles las uniones de los inmortales. Cúidalos y críalos. Ahora vuelve a tu casa y abstente de nombrarme, pues sólo para ti soy Posidón, que sacude la tierra.

»Cuando esto hubo dicho, sumergióse en el agitado ponto. Tiro quedó encinta y parió a Pelias y a Neleo, que habían de ser esforzados servidores del gran Zeus; y vivieron Pelias, rico en ganado, en la extensa Yaolco, y Neleo, en la arenosa Pilos. Además, la reina de las mujeres tuvo de Creteo otros hijos: Esón, Feres y Amitaón, que combatía en carro.

»Después vi a Antíope, hija de Asopo, que se gloriaba de haber dormido en brazos de Zeus. Parió dos hijos—Anfión y Zeto,—los primeros que fundaron y torrearon a Tebas, la de las siete puertas; pues no hubieran podido habitar aquella vasta ciudad desguarnecida de torres, no obstante ser ellos muy esforzados.

»Después vi a Alcmena, esposa de Anfitrión, la cual del abrazo del gran Zeus tuvo al fornido Heracles, de corazón de león; y luego parió a Megara, hija del animoso Creonte, a la cual tuvo por mujer el Anfitriónida, de valor siempre indómito.

»Vi también a la madre de Edipo, la bella Epicasta, que cometió sin querer una gran falta, casándose con su hijo; pues éste, luego de matar a su pro-

Biblioteca Nacional de España

pio padre, la tomó por esposa. No tardaron los dioses en revelar a los hombres lo que había ocurrido: y, con todo, Edipo, si bien tuvo sus contratiempos, siguió reinando sobre los cadmeos en la agradable Tebas, por los perniciosos designios de las deidades; mas ella, abrumada por el dolor, fuése a la morada de Hades, de sólidas puertas, atando un lazo al elevado techo, y dejóle tantos dolores como causan las Erinies de una madre.

281 »Vi igualmente a la bellísima Cloris—a quien por su hermosura tomó Neleo por esposa, consignándole una dote inmensa,—hija menor de Anfión Yásida, el que imperaba poderosamente en Orcómeno Minieo: ésta reinó en Pilos y tuvo de Neleo hijos ilustres: Néstor, Cromio y el arrogante Periclímeno. Parió después a la ilustre Pero, encanto de los mortales, que fué pretendida por todos sus vecinos; mas Neleo se empeñó en no darla sino al que le trajese de Fílace las vacas de retorcidos cuernos y espaciosa frente del robusto Ificlo; empresa difícil de llevar al cabo. Tan sólo un eximio vate prometió presentárselas; pero el hado funesto de un dios, juntamente con unas fuertes cadenas y los boyeros del campo, se lo impidieron. Mas, después que pasaron días y meses y, transcurrido el año, volvieron a sucederse las estaciones, el robusto Ificlo soltó al adivino, que le había revelado todos los oráculos, y cumplióse entonces la voluntad de Zeus.

298 »Vi también a Leda, la esposa de Tíndaro, que le parió dos hijos de ánimo esforzado: Cástor, domador de caballos, y Polideuces, excelente púgil. A éstos los mantiene vivos la alma tierra, y son honrados por Zeus debajo de ella; de suerte que viven y mueren alternativamente, pues el día que vive el uno muere el otro y viceversa. Ambos disfrutan de los mismos honores que los númenes.

305 »Después vi a Ifimedia, esposa de Aloeo, la cual se preciaba de haber tenido acceso con Posidón. Había dado a luz dos hijos de corta vida: Oto, igual a un dios, y el celebérrimo Efialtes; que fueron los mayores hombres que criara la fértil tierra y los más gallardos, si se exceptúa el ínclito Orión, pues a los nueve años tenían nueve codos de ancho y nueve brazas de estatura. Oto y Efialtes amenazaron a los inmortales del Olimpo con llevarles el tumulto de la impetuosa guerra. Quisieron poner el Osa sobre el Olimpo, y encima del Osa el frondoso Pelión, para que el cielo les fuese accesible. Y dieran fin a su traza, si hubiesen llegado a la flor de la juventud; pero el hijo de Zeus, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera, exterminólos a entrambos antes que el vello floreciese debajo de sus sienes y su barba se cubriera de suaves pelos.

321 »Vi a Fedra, a Procris y a la hermosa Ariadna, hija del artero Minos, que Teseo se llevó de Creta al feraz territorio de la sagrada Atenas; mas no pudo lograrla, porque Ártemis la mató en Día, situada en medio de las olas, por la acusación de Dióniso.

326 »Vi a Mera, a Clímene y a la odiosa Erifile que aceptó el preciado oro por traicionar a su marido. Y no pudiera decir ni nombrar todas las mujeres e hijas de héroes que vi después, porque antes llegara a su término la divinal noche. Mas ya es hora de dormir, sea yendo a la velera nave donde están los

Biblioteca Nacional de España

compañeros, sea permaneciendo aquí. Y cuidarán de acompañarme a mi patria los dioses, y también vosotros.»

333 Así se expresó. Enmudecieron los oyentes en el obscuro palacio, y quedaron silenciosos, arrobados por el placer de oírle. Pero Arete, la de los níveos brazos, empezó a hablarles diciendo:

336 *Arete.*—¡Feacios! ¿Qué os parece este hombre por su aspecto, estatura y sereno juicio? Es mi huésped, pero de semejante honra participáis todos. Por tanto, no apresuréis su partida; ni le escatiméis las dádivas, ya que se halla en la necesidad y abundan en vuestros palacios las riquezas, por la voluntad de los dioses.

342 Entonces el anciano héroe Equeneo, que era el de más edad de los feacios, hablóles de esta suerte:

344 *Equeneo.*—¡Amigos! Nada nos ha dicho la sensata reina que no sea a propósito y conveniente. Obedecedla, pues; aunque Alcínoo es quien puede, con sus palabras y obras, dar el ejemplo.

347 Alcínoo le contestó de esta manera:

348 *Alcínoo.*—Se cumplirá lo que decís en cuanto yo viva y reine sobre los feacios, amantes de manejar los remos. El huésped, siquiera esté deseoso de volver a su patria, resígnese a quedarse aquí hasta mañana, a fin de que le prepare todos los regalos. Y de su partida se cuidarán todos los varones y principalmente yo, cuyo es el mando en este pueblo.

354 El ingenioso Odiseo respondióle diciendo:

355 *Odiseo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Si me mandarais quedarme aquí un año entero y durante el mismo dispusierais mi vuelta y me hicierais espléndidos presentes, me quedaría de muy buena gana; pues fuera mejor llegar a la patria con las manos llenas y verme así más honrado y querido de cuantos hombres presenciasen mi regreso a Ítaca.

362 Entonces Alcínoo le contestó, hablándole de esta guisa:

363 *Alcínoo.*—¡Oh Odiseo! Al verte no sospechamos que seas un impostor ni un embustero, como otros muchos que cría la obscura tierra; los cuales, dispersos por doquier, forjan mentiras que nadie lograra descubrir: tú das belleza a las palabras, tienes excelente ingenio e hiciste la narración con tanta habilidad como un aedo, contándonos los deplorables trabajos de todos los argivos y de ti mismo. Mas, ea, habla y dime sinceramente si viste a algunos de los deiformes amigos que te acompañaron a Ilión y allí recibieron la fatal muerte. La noche es muy larga, inmensa, y aún no llegó la hora de recogerse en el palacio. Cuéntame, pues, esas hazañas admirables; que yo me quedaría hasta la divinal aurora, si te decidieras a referirme en esta sala tus desventuras.

377 Respondióle el ingenioso Odiseo:

378 *Odiseo.*—«¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Hay horas oportunas para largos relatos y horas destinadas al sueño; mas si tienes todavía voluntad de escucharme, no me niego a referirte otros hechos aún más miserandos: los infortunios de mis compañeros que, después de haber escapado de la luctuosa guerra de los teucros, murieron al volver a su patria porque así lo quiso una mujer perversa.

Biblioteca Nacional de España

385 »Después que la casta Persefonea hubo dispersado acá y acullá las almas de las mujeres, presentóse muy angustiada la de Agamenón Atrida; a cuyo alrededor se congregaban las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Reconocióme así que bebió la negra sangre y al punto comenzó a llorar ruidosamente: derramaba copiosas lágrimas y me tendía las manos con el deseo de abrazarme; mas ya no disfrutaba del firme vigor, ni de la fortaleza que antes tenía en los flexibles miembros. Al verlo lloré, y, compadeciéndole en mi corazón, le dije estas aladas palabras:

397 »*Odiseo.*—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! ¿Cuál hado de la aterradora muerte te quitó la vida? ¿Acaso Posidón te mató en tus naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, o unos hombres enemigos acabaron contigo en la tierra firme, porque te llevabas sus bueyes y sus hermosos rebaños de ovejas o porque combatías por apoderarte de su ciudad y de sus mujeres?

404 »Así le dije; y me respondió en seguida:

405 »*Agamenón.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ni Posidón me mató en las naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos, ni hombres enemigos acabaron conmigo en la tierra firme; Egisto fué quien me preparó la muerte y el hado, pues, de acuerdo con mi funesta esposa, me llamó a su casa, me dió de comer y me quitó la vida como se mata a un buey junto al pesebre. Morí de este modo, padeciendo deplorable muerte; y a mi alrededor fueron asesinados mis compañeros, unos en pos de otros, como en la casa de un hombre rico y poderosísimo son degollados los puercos de albos dientes para una comida de bodas, un festín a escote, o un banquete espléndido. Ya has presenciado la matanza de un tropel de hombres que son muertos aisladamente en el duro combate; pero hubieras sentido grandísima compasión al contemplar aquel espectáculo, al ver cómo yacíamos en la sala alrededor de la cratera y de las mesas llenas, y cómo el suelo manaba sangre por todos lados. Oí la misérrima voz de Casandra, hija de Príamo, a la cual estaba matando, junto a mí, la dolosa Clitemnestra; y yo, en tierra y moribundo, alzaba los brazos para asirle la espada. Mas la descarada fuése luego, sin que se dignara bajarme los párpados ni cerrarme la boca, aunque me veía descender a la morada de Hades. Así es que nada hay tan horrible e impudente como la mujer que concibe en su espíritu intentos como el de aquélla, que cometió la inicua acción de tramar la muerte contra su esposo legítimo. Figurábame que, al tornar a mi casa, se alegrarían de verme mis hijos y mis esclavos; pero aquélla, ladina más que otra alguna en cometer maldades, cubrióse de infamia a sí misma y hasta a las mujeres que han de nacer, por virtuosas que fueren.

435 »Así se expresó; y le contesté diciendo:

436 »*Odiseo.*—¡Oh dioses! En verdad que el largovidente Zeus aborreció de extraordinaria manera la estirpe de Atreo, ya desde su origen, a causa de la perfidia de las mujeres: por Helena nos perdimos muchos, y Clitemnestra te preparó una celada mientras te hallabas ausente.

440 »Así le hablé; y en seguida me respondió:

441 »*Agamenón.*—Por tanto, jamás seas benévolo con tu mujer ni le descu-

Biblioteca Nacional de España

bras todo lo que pienses; antes bien, participale unas cosas y ocúltale otras. Mas a ti, oh Odiseo, no te vendrá la muerte por culpa de tu mujer, porque la prudente Penelopea, hija de Icario, es muy sensata y sus intentos son razonables. La dejamos recién casada al partir para la guerra y daba el pecho a su hijo, infante todavía; el cual debe de contarse ahora, feliz y dichoso, en el número de los hombres. Y su padre, volviendo a la patria, le verá; y él abrazará a su padre, como es justo. Pero mi esposa no dejó que me saciara contemplando con estos ojos al mío, ya que me mató antes. Otra cosa voy a decir que pondrás en tu corazón: al tomar puerto en la patria tierra, hazlo ocultamente y no a la descubierta, pues ya no hay que fiar en las mujeres. Mas, ea, habla y dime sinceramente si oíste que mi hijo vive en Orcómeno, o en la arenosa Pilos o quizás con Menelao en la extensa Esparta; pues el divinal Orestes aún no ha desaparecido de la tierra.

462 »De esta suerte habló; y le respondí diciendo:

463 »*Odiseo.*—¡Oh Atrida! ¿Por qué me haces esa pregunta? Ignoro si aquél vive o ha muerto, y es malo hablar inútilmente.

465 »Mientras nosotros estábamos afligidos, diciéndonos tan tristes razones y derramando copiosas lágrimas, vinieron las almas de Aquileo Pelida, de Patroclo, del intachable Antíloco y de Ayante, que fué el más excelente de todos los dánaos en cuerpo y hermosura, después del eximio Pelión. Reconocióme el alma del Eácida, el de los pies ligeros, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

473 »*Aquileo.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¡Desdichado! ¿Qué otra empresa mayor que las pasadas revuelves en tu pecho? ¿Cómo te atreves a bajar a la mansión de Hades, donde residen los muertos, que están privados de sentido y son imágenes de los hombres que ya fallecieron?

477 »Así se expresó; y le respondí diciendo:

478 »*Odiseo.*—¡Oh Aquileo, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! Vine por el oráculo de Tiresias, a ver si me daba algún consejo para llegar a la escabrosa Ítaca; que aún no me acerqué a la Acaya, ni entré en mi tierra, sino que padezco infortunios continuamente. Pero tú, oh Aquileo, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquileo, no has de entristecerte porque estés muerto.

487 »Así le dije; y me contestó en seguida:

488 »*Aquileo.*—No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerse, a reinar sobre todos los muertos. Mas, ea, háblame de mi ilustre hijo: dime si fué a la guerra para ser el primero en las batallas, o se quedó en casa. Cuéntame también si oíste algo del eximio Peleo y si conserva la dignidad real entre los numerosos mirmidones, o le menosprecian en la Hélade y en Ptía porque la senectud debilitó sus pies y sus manos. ¡Así pudiera valerle, a los rayos del sol, siendo yo cual era en la vasta Troya,

Biblioteca Nacional de España

cuando mataba guerreros muy fuertes, combatiendo por los argivos! Si, siendo tal, volviese, aunque por breve tiempo, a la casa de mi padre, daríales terrible prueba de mi valor y de mis invictas manos a cuantos le hagan violencia o intenten quitarle la dignidad regia.

504 »Así habló; y le contesté diciendo:

505 »*Odiseo.*—Nada ciertamente he sabido del intachable Peleo; mas de tu hijo Neoptólemo te diré toda la verdad, como lo mandas, pues yo mismo lo llevé, en una cóncava y bien proporcionada nave, desde Esciro al campamento de los aqueos, de hermosas grebas. Cuando teníamos consejo en los alrededores de la ciudad de Troya, hablaba siempre antes que ninguno y sin errar; y de ordinario tan sólo el divino Néstor y yo le aventajábamos. Mas, cuando peleábamos con las broncíneas armas en la llanura de los troyanos, nunca se quedaba entre muchos guerreros ni en la turba; sino que se adelantaba a toda prisa un buen espacio, no cediendo a nadie en valor, y mataba a gran número de hombres en el terrible combate. Yo no pudiera decir ni nombrar a cuantos guerreros dió muerte, luchando por los argivos; pero referiré que mató con el bronce a un varón como el héroe Eurípilo Teléfida, en torno del cual perdieron la vida muchos de sus compañeros ceteos a causa de los presentes que se habían enviado a una mujer. Aún no he conseguido ver un hombre más gallardo, fuera del divinal Memnón. Y cuando los más valientes argivos penetramos en el caballo que fabricó Epeo y a mí se me confió todo (así el abrir como el cerrar la sólida emboscada), los caudillos y príncipes de los dánaos se enjugaban las lágrimas y les temblaban los miembros; pero nunca vi con estos ojos que a él se le mudara el color de la linda faz, ni que se secara las lágrimas de las mejillas: sino que me suplicaba con insistencia que le dejase salir del caballo, y acariciaba el puño de la espada y la lanza que el bronce hacía ponderosa, meditando males contra los teucros. Y así que devastamos la excelsa ciudad de Príamo y hubo recibido su parte de botín y además una señalada recompensa, embarcóse sano y salvo, sin que le hubiesen herido con el agudo bronce ni de cerca ni de lejos, como ocurre frecuentemente en las batallas, pues Ares se enfurece contra todos sin distinción alguna.

538 »Así le dije; y el alma del Eácida, el de pies ligeros, se fué a buen paso por la pradera de asfódelos, gozosa de que le hubiese participado que su hijo era insigne.

541 »Las otras almas de los muertos se quedaron aún y nos refirieron, muy tristes, sus respectivas cuitas. Sólo el alma de Ayante Telamoníada permanecía algo distante, enojada porque le vencí en el juicio que se celebró cerca de las naves para adjudicar las armas de Aquileo; juicio propuesto por la veneranda madre del héroe y fallado por los teucros y por Palas Atenea. ¡Ojalá no le hubiese vencido en el fallo! Por tales armas guarda la tierra en su seno una cabeza cual la de Ayante, quien, por su gallardía y sus proezas, descollaba entre los dánaos después del intachable Pelión. Mas entonces le dije con suaves palabras:

553 »*Odiseo.*—¡Oh Ayante, hijo del egregio Telamón! ¿No debías, ni aun después de muerto, deponer la cólera que contra mí concebiste con motivo de

Biblioteca Nacional de España

las perniciosas armas? Los dioses las convirtieron en una plaga contra los argivos, ya que pereciste tú que tal baluarte eras para todos. A los aqueos nos ha dejado tu muerte constantemente afligidos, tanto como la del Pelida Aquileo. Mas nadie tuvo culpa sino Zeus, que, tocado del odio contra los belicosos dánaos, te impuso semejante destino. Ea, ven aquí, oh rey, a escuchar mis palabras; y reprime tu ira y tu corazón valeroso.

563 »Así le hablé; pero nada me respondió y se fué hacia el Érebo á juntarse con las otras almas de los difuntos. Desde allí quizás me hubiese dicho algo, aunque estaba irritado, o por lo menos yo a él, pero en mi pecho incitábame el corazón a ver las almas de los demás muertos.

568 »Allí vi a Minos, ilustre vástago de Zeus, sentado y empuñando áureo cetro, pues administraba justicia a los difuntos. Éstos, unos sentados y otros en pie a su alrededor, exponían sus causas al soberano en la morada, de anchas puertas, de Hades.

572 »Vi después al gigantesco Orión, el cual perseguía por la pradera de asfódelos las fieras que antes había herido de muerte en las solitarias montañas, manejando irrompible clava toda de bronce.

576 »Vi también a Titio, el hijo de la augusta Tierra, echado en el suelo, donde ocupaba nueve yugadas. Dos buitres, uno a cada lado, le roían el hígado, penetrando con el pico en sus entrañas, sin que pudiera rechazarlos con las manos; porque intentó hacer fuerza a Leto, la gloriosa consorte de Zeus, que se encaminaba a Pito por entre la amena Panopeo.

582 »Vi asimismo a Tántalo, el cual padecía crueles tormentos, de pie en un lago cuya agua le llegaba a la barba. Tenía sed y no conseguía tomar el agua y beber: cuantas veces se bajaba el anciano con la intención de beber, otras tantas desaparecía el agua absorbida por la tierra; la cual se mostraba negruzca en torno a sus pies y un dios la secaba. Encima de él colgaban las frutas de altos árboles—perales, manzanos de espléndidas pomas, higueras y verdes olivos;—y cuando el viejo levantaba los brazos para cogerlas, el viento se las llevaba a las sombrías nubes.

593 »Vi de igual modo a Sísifo, el cual padecía duros trabajos empujando con entrambas manos una enorme piedra. Forcejaba con los pies y las manos e iba conduciendo la piedra hacia la cumbre de un monte; pero cuando ya le faltaba poco para doblarla, una fuerza poderosa derrocaba la insolente piedra que caía rodando a la llanura. Tornaba entonces a empujarla, haciendo fuerza, y el sudor le corría de los miembros y el polvo se levantaba sobre su cabeza.

601 »Vi después al fornido Heracles o, por mejor decir, su imagen; pues él está con los inmortales dioses, se deleita en sus banquetes, y tiene por esposa a Hebe, la de los pies hermosos, hija de Zeus y de Hera, la de las áureas sandalias. En torno suyo dejábase oír la gritería de los muertos—cual si fueran aves,—que huían espantados a todas partes; y Heracles, semejante a tenebrosa noche, traía desnudo el arco con la flecha sobre la cuerda, y volvía los ojos atrozmente como si fuese a disparar. Llevaba alrededor del pecho un tahalí de oro, de horrenda vista, en el cual se habían labrado obras admirables: osos,

Biblioteca Nacional de España

agrestes jabalíes, leones de relucientes ojos, luchas, combates, matanzas y homicidios. Ni el mismo que con su arte construyó aquel tahalí, hubiera podido hacer otro igual. Reconocióme Heracles, apenas me vió con sus ojos, y lamentándose me dijo estas aladas palabras:

617 »*Heracles.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! ¡Ah, mísero! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo padecía mientras me alumbraban los rayos del sol. Aunque era hijo de Zeus Cronida, hube de arrostrar males sin cuento por verme sometido a un hombre muy inferior que me ordenaba penosos trabajos. Una vez me envió aquí para que sacara el can, figurándose que ningún otro trabajo sería más difícil; y yo me lo llevé y lo saqué del Hades, guiado por Hermes y por Atenea, la de ojos de lechuza.

627 »Cuando así hubo dicho, volvió a internarse en la morada de Hades; y yo me quedé inmóvil, por si acaso venía algún héroe de los que murieron anteriormente. Y hubiera visto a los hombres antiguos a quienes deseaba conocer (a Teseo y a Pirítoo, hijos gloriosos de las deidades); pero congregóse, antes que llegaran, un sinnúmero de difuntos con gritería inmensa, y el pálido terror se apoderó de mí, temiendo que la ilustre Persefonea no me enviase del Hades la cabeza de Gorgo, horrendo monstruo. Volví en seguida al bajel y ordené a mis compañeros que se embarcaran y desataran las amarras. Embarcáronse acto continuo y se sentaron en los bancos. Y la onda de la corriente llevaba nuestra embarcación por el río Océano, empujada al principio por los remos y más adelante por próspero viento.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XII

LAS SIRENAS, ESCILA, CARIBDIS, LAS VACAS DEL SOL

Tan luego como la nave, dejando la corriente del río Océano, llegó a las olas del vasto mar y a la isla Eea—donde están la mansión y las danzas de la Aurora, hija de la mañana, y el orto del Sol,—la sacamos a la arena, después de saltar a la playa, nos entregamos al sueño, y aguardamos la aparición de la divinal Aurora.

8 »Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, envié algunos compañeros a la morada de Circe para que trajesen el cadáver del difunto Elpénor. Luego cortamos troncos y, afligidos y vertiendo abundantes lágrimas, celebramos las exequias en el lugar más eminente de la orilla. Y no bien hubimos quemado el cadáver y las armas del difunto, le erigimos un túmulo, con su correspondiente cipo, y clavamos en la parte más alta el manejable remo.

16 »Mientras en tales cosas nos ocupábamos, no se le encubrió a Circe nuestra llegada del Hades, y se atavió y vino muy presto con criadas que traían pan, mucha carne y vino rojo, de color de fuego. Y puesta en medio de nosotros, dijo así la divina entre las diosas:

21 »*Circe.*—¡Oh desdichados, que, viviendo aún, bajasteis a la morada de Hades, y habréis muerto dos veces cuando los demás hombres mueren una sola! Ea, quedaos aquí, y comed manjares y bebed vino, todo el día de hoy; pues así que despunte la aurora volveréis a navegar, y yo os mostraré el camino y os indicaré cuanto sea preciso para que no padezcáis, a causa de una maquinación funesta, ningún infortunio ni en el mar ni en la tierra firme.

28 »Así dijo; y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Apenas el sol se puso y sobrevino la obscuridad, los demás se acostaron junto a las amarras del buque. Pero a mí Circe me cogió de la mano, me hizo sentar separadamente de los compañeros y, acomodándose cerca de mí, me preguntó cuanto me había ocurrido; y yo se lo conté por su orden. Entonces me dijo estas palabras la veneranda Circe:

37 »*Circe.*—Así, pues, se han llevado a cumplimiento todas estas cosas. Oye ahora lo que voy a decir y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no

Biblioteca Nacional de España

vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares; sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; mas si tú deseares oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil, y que las sogas se liguen al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas. Y caso de que supliques o mandes a los compañeros que te suelten, átente con más lazos todavía.

55 »Después que tus compañeros hayan conseguido llevaros más allá de las Sirenas, no te indicaré con precisión cuál de dos caminos te cumple recorrer; considéralo en tu ánimo, pues voy a decir lo que hay a entrambas partes. A un lado se alzan peñas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfitrite: llámanlas Erráticas los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las aves sin peligro, ni aun las tímidas palomas que llevan la ambrosía al padre Zeus; pues cada vez la lisa peña arrebata alguna y el padre manda otra para completar el número. Ninguna embarcación de hombres, en llegando allá, pudo escapar salva; pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. Tan sólo logró doblar aquellas rocas una nave surcadora del ponto, Argo, por todos tan celebrada, al volver del país de Eetes; y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar junto a ellas por su afecto a Jasón.

73 »Al lado opuesto hay dos escollos. El uno alcanza al anchuroso cielo con su pico agudo, coronado por el pardo nubarrón que jamás le suelta; en términos que la cima no aparece despejada nunca, ni siquiera en verano, ni en otoño. Ningún hombre mortal, aunque tuviese veinte manos e igual número de pies, podría subir al tal escollo ni bajar de él, pues la roca es tan lisa que semeja pulimentada. En medio del escollo hay un antro sombrío que mira al ocaso, hacia el Érebo, y a él enderezaréis el rumbo de la cóncava nave, preclaro Odiseo. Ni un hombre joven, que disparara el arco desde la cóncava nave, podría llegar con sus tiros a la profunda cueva. Allí mora Escila, que aúlla terriblemente, con voz semejante a la de una perra recién nacida, y es un monstruo perverso a quien nadie se alegrara de ver, aunque fuese un dios el que con ella se encontrase. Tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes, llenos de negra muerte. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera de aquel horrendo báratro y, registrando alrededor del escollo, pesca delfines, perros de mar, y también, si puede cogerlo, alguno de los monstruos mayores que cría en cantidad inmensa la ruidosa Anfitrite. Por allí jamás pasó embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de haber escapado indemnes; pues Escila les arrebata con sus cabezas sendos hombres de la nave de azulada proa.

101 »El otro escollo es más bajo y lo verás, Odiseo, cerca del primero; pues

Biblioteca Nacional de España

hállase a tiro de flecha. Hay allí un cabrahigo grande y frondoso, y a su pie la divinal Caribdis sorbe la turbia agua. Tres veces al día la echa afuera y otras tantas vuelve a sorberla de un modo horrible. No te encuentres allí cuando la sorbe, pues ni el que sacude la tierra podría librarte de la perdición. Debes, por el contrario, acercarte mucho al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente; pues mejor es que eches de menos a seis compañeros que no a todos juntos.

111 »Así se expresó; y le contesté diciendo:

112 »*Odiseo.*—Ea, oh diosa, háblame sinceramente: Si por algún medio lograse escapar de la funesta Caribdis, ¿podré rechazar a Escila cuando quiera dañar a mis compañeros?

115 »Así le dije, y al punto me respondió la divina entre las diosas:

116 »*Circe.*—¡Oh infeliz! ¿Aún piensas en obras y trabajos bélicos, y no has de ceder ni ante los inmortales dioses? Escila no es mortal, sino una plaga imperecedera, grave, terrible, cruel e ineluctable. Contra ella no hay que defenderse; huir de su lado es lo mejor. Si, armándote, demorares junto al peñasco, temo que se lanzará otra vez y te arrebatará con sus cabezas sendos varones. Debes hacer, por tanto, que tu navío pase ligero, e invocar, dando gritos, a Crateis, madre de Escila, que les parió tal plaga a los mortales; y ésta la contendrá, para que no os acometa nuevamente.

127 »Llegarás más tarde a la isla de Trinacia, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas del Sol. Siete son las vacadas, otras tantas las hermosas greyes de ovejas, y cada una está formada por cincuenta cabezas. Dicho ganado no se reproduce ni muere, y son sus pastoras dos deidades, dos ninfas de hermosas trenzas: Faetusa y Lampetia; las cuales concibió del Sol Hiperión la divina Neera. La veneranda madre, después que las dió a luz y las hubo criado, llevólas a la isla de Trinacia, allá muy lejos, para que guardaran las ovejas de su padre y las vacas de retorcidos cuernos. Si a éstas las dejaras indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu regreso, aún llegaríais a Ítaca, después de pasar muchos trabajos; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú escapes, llegarás tarde y mal a la patria, después de perder todos los compañeros.

142 »Así dijo; y al punto apareció la Aurora, de áureo solio. La divina entre las diosas se internó en la isla, y yo, encaminándome al bajel, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse acto continuo y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Por detrás de la nave de azulada proa soplaba próspero viento que henchía las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz. Colocados los aparejos cada uno en su sitio, nos sentamos en la nave, que era conducida por el viento y el piloto. Entonces alcé la voz a mis compañeros, con el corazón triste, y les hablé de este modo:

154 »*Odiseo.*—¡Oh amigos! No conviene que sean únicamente uno o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, la divina entre las diosas; y os los voy a referir para que, sabedores de ellos, o muramos o nos salvemos,

Biblioteca Nacional de España

librándonos de la muerte y de la Parca. Nos ordena lo primero rehuir la voz de las divinales sirenas y el florido prado en que éstas moran. Manifestóme que tan sólo yo debo oírlas; pero atadme con fuertes lazos, de pie y arrimado a la parte inferior del mástil—para que me esté allí sin moverme—y las sogas líguense al mismo. Y en el caso de que os ruegue o mande que me soltéis, atadme con más lazos todavía.

165 »Mientras hablaba, declarando estas cosas a mis compañeros, la nave bien construida llegó muy presto a la isla de las sirenas, pues la empujaba favorable viento. Desde aquel instante echóse el viento y reinó sosegada calma, pues algún numen adormeció las olas. Levantáronse mis compañeros, amainaron las velas y pusiéronlas en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto. Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Sol Hiperiónida, y fuí tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme éstos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las sogas al mismo; y, sentándose en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. Hicimos andar la nave muy rápidamente, y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto:

184 »*Las sirenas.*—¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuantas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra.

192 »Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen; pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Euríloco, atáronme con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, quitáronse mis fieles compañeros la cera con que había yo tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras.

201 »Al poco rato de haber dejado atrás la isla de las sirenas, vi humo e ingentes olas y percibí fuerte estruendo. Los míos, amedrentados, hicieron volar los remos que cayeron con gran fragor en la corriente; y la nave se detuvo porque ya las manos no batían los largos remos. A la hora anduve por la embarcación y amonesté a los compañeros, acercándome a ellos y hablándoles con dulces palabras:

208 »*Odiseo.*—¡Oh amigos! No somos novatos en padecer desgracias y la que se nos presenta no es mayor que la experimentada cuando el Ciclope, valiéndose de su poderosa fuerza, nos encerró en la excavada gruta. Pero de allí nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como me figuro que

Biblioteca Nacional de España

todos recordaréis. Ahora, ea, hagamos todos lo que voy a decir. Vosotros, sentados en los bancos, batid con los remos las grandes olas del mar, por si acaso Zeus nos concede que escapemos de esta desgracia, librándonos de la muerte. Y a ti, piloto, voy a darte una orden que fijarás en tu memoria, puesto que gobiernas el timón de la cóncava nave. Apártala de ese humo y de esas olas, y procura acercarla al escollo: no sea que la nave se lance allá, sin que tú lo adviertas, y a todos nos lleves a la ruina.

222 »Así les dije, y obedecieron sin tardanza mi mandato. No les hablé de Escila, azar inevitable, para que los compañeros no dejaran de remar, escondiéndose dentro del navío. Olvidé entonces la penosa recomendación de Circe de que no me armase en ningún modo; y, poniéndome la magnífica armadura, tomé dos grandes lanzas y subí al tablado de proa, lugar desde donde esperaba ver primeramente a la pétrea Escila que iba a producir tal estrago en mis compañeros. Mas no pude verla en lado alguno y mis ojos se cansaron de mirar a todas partes, registrando la obscura peña.

234 »Pasábamos el estrecho llorando, pues a un lado estaba Escila y al otro la divina Caribdis, que sorbía de horrible manera la salobre agua del mar. Al vomitarla dejaba oír sordo murmurio, revolviéndose toda como una caldera que está sobre un gran fuego, y la espuma caía sobre las cumbres de ambos escollos. Mas, apenas sorbía la salobre agua del mar, mostrábase agitada interiormente, el peñasco sonaba alrededor con espantoso ruido y en lo hondo se descubría la tierra mezclada con cerúlea arena. El pálido temor se enseñoreó de los míos, y mientras contemplábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató de la cóncava embarcación los seis compañeros que más sobresalían por sus manos y por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la velera nave y a los amigos, ya vi en el aire los pies y las manos de los que eran arrebatados a lo alto y me llamaban con el corazón afligido, pronunciando mi nombre por la vez postrera. De la suerte que el pescador, al echar desde un promontorio el cebo a los pececillos valiéndose de la luenga caña, arroja al ponto el cuerno de un toro montaraz y así que coge un pez lo saca palpitante; de esa manera, mis compañeros, palpitantes también, eran llevados a las rocas y allí, en la entrada de la cueva, devorábalos Escila mientras gritaban y me tendían los brazos en aquella lucha horrible. De todo lo que padecí, peregrinando por el mar, fué este espectáculo el más lastimoso que vieron mis ojos.

260 »Después que nos hubimos escapado de aquellas rocas, de la horrenda Caribdis y de Escila, llegamos muy pronto a la intachable isla del dios, donde estaban las hermosas vacas de ancha frente, y muchas pingües ovejas del Sol, hijo de Hiperión. Desde el mar, en la negra nave, oí el mugido de las vacas encerradas en los establos y el balido de las ovejas, y me acordé de las palabras del vate ciego Tiresias el tebano, y de Circe de Eea, los cuales me encargaron reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales. Y entonces, con el corazón afligido, dije a los compañeros:

271 »*Odiseo.*—Oíd mis palabras, amigos, aunque padezcáis tantos males, para que os revele los oráculos de Tiresias y de Circe de Eea; los cuales me encar-

Biblioteca Nacional de España

garon reiteradamente que huyese de la isla del Sol, que alegra a los mortales, diciendo que allí nos aguarda el más terrible de los infortunios. Por tanto, encaminad el negro bajel por fuera de la isla.

277 »Así les dije. A todos se les partía el corazón, y Eurílocо me respondió en seguida con estas odiosas palabras:

279 »*Eurílocо.*—Eres cruel, Odiseo, disfrutas de vigor grandísimo, y tus miembros no se cansan, y debes de ser de hierro, ya que no permites a los tuyos, molidos de la fatiga y del sueño, tomar tierra en esa isla azotada por las olas, donde aparejaríamos una agradable cena; sino que les mandas que se alejen y durante la rápida noche anden a la ventura por el sombrío ponto. Por la noche se levantan fuertes vientos, azotes de las naves. ¿Adónde iremos, para librarnos de una muerte cruel, si de súbito viene una borrasca suscitada por el Noto o por el impetuoso Céfiro, que son los primeros en destruir una embarcación hasta contra la voluntad de los soberanos dioses? Obedezcamos ahora a la obscura noche y aparejemos la comida junto a la velera nave; y al amanecer nos embarcaremos nuevamente para lanzarnos al dilatado ponto.

294 »Tales razones profirió Eurílocо y los demás compañeros las aprobaron. Conocí entonces que algún dios meditaba causarnos daño y, dirigiéndome a aquél, le dije estas aladas palabras:

297 »*Odiseo.*—¡Eurílocо! Gran fuerza me hacéis, porque estoy solo. Mas, ea, prometed todos con firme juramento que si damos con alguna manada de vacas o grey numerosa de ovejas, ninguno de vosotros matará, cediendo a funesta locura, ni una vaca tan sólo, ni una oveja; sino que comeréis tranquilos los manjares que nos dió la inmortal Circe.

303 »Así les hablé; y en seguida juraron, como se lo mandaba. Apenas hubieron acabado de prestar el juramento, detuvimos la bien construida nave en el hondo puerto, cabe a una fuente de agua dulce; y los compañeros desembarcaron, y luego aparejaron muy hábilmente la comida. Ya satisfecho el deseo de comer y de beber, lloraron, acordándose de los amigos a quienes devoró Escila después de arrebatarlos de la cóncava embarcación; y mientras lloraban les sobrevino dulce sueño. Cuando la noche hubo llegado a su último tercio y ya los astros declinaban, Zeus, que amontona las nubes, suscitó un viento impetuoso y una tempestad deshecha, cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, pusimos la nave en seguridad, llevándola a una profunda cueva, donde las Ninfas tenían asientos y hermosos lugares para las danzas. Acto continuo los reuní a todos en junta y les hablé de esta manera:

320 »*Odiseo.*—¡Oh amigos! Puesto que hay en la velera nave alimentos y bebida, abstengámonos de tocar esas vacas, a fin de que no nos venga ningún mal, porque tanto las vacas como las pingües ovejas son de un dios terrible, del Sol, que todo lo ve y todo lo oye.

324 »Así les dije y su ánimo generoso se dejó persuadir. Durante un mes entero sopló incesantemente el Noto, sin que se levantaran otros vientos que el Euro y el Noto; y mientras no les faltó pan y rojo vino, abstuviéronse de tocar las vacas por el deseo de conservar la vida. Pero tan pronto como, agota-

Biblioteca Nacional de España

dos todos los víveres de la nave, viéronse obligados a ir errantes tras de alguna presa—peces o aves, cuanto les viniese a las manos,—pescando con corvos anzuelos, porque el hambre les atormentaba el vientre; yo me interné en la isla con el fin de orar a los dioses y ver si alguno me mostraba el camino para llegar a la patria. Después que, andando por la isla, estuve lejos de los míos, me lavé las manos en un lugar resguardado del viento, y oré a todos los dioses que habitan el Olimpo, los cuales infundieron en mis párpados dulces sueños. Y en tanto, Euríloco comenzó a hablar con los amigos para darles este pernicioso consejo:

340 »*Euríloco.*—Oíd mis palabras, compañeros, aunque padezcáis tantos infortunios. Todas las muertes son odiosas a los infelices mortales, pero ninguna es tan mísera como morir de hambre y cumplir de esta suerte el propio destino. Ea, tomemos las más excelentes de las vacas del Sol y ofrezcamos un sacrificio a los dioses que poseen el anchuroso cielo. Si consiguiésemos volver a Ítaca, la patria tierra, erigiríamos un rico templo al Sol, hijo de Hiperión, poniendo en él muchos y preciosos simulacros. Y si, irritado a causa de las vacas de erguidos cuernos, quisiera el Sol perder nuestra nave y lo consintiesen los restantes dioses, prefiero morir de una vez, tragando el agua de las olas, a consumirme con lentitud, en una isla inhabitada.

352 »Así habló Euríloco y aplaudiéronle los demás compañeros. Seguidamente, habiendo echado mano a las más excelentes vacas del Sol, que estaban allí cerca—pues las hermosas vacas de retorcidos cuernos y ancha frente pacían a poca distancia de la nave de azulada proa,—se pusieron a su alrededor y oraron a los dioses, después de arrancar tiernas hojas de una alta encina porque ya no tenían blanca cebada en la nave de muchos bancos. Terminada la plegaria, degollaron y desollaron las reses; luego cortaron los muslos, los pringaron con gordura por uno y otro lado y los cubrieron de trozos de carne; y como carecían de vino que pudiesen verter en el fuego sacro, hicieron libaciones con agua mientras asaban los intestinos. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo espetaron en los asadores.

366 »Entonces huyó de mis párpados el dulce sueño y emprendí el regreso a la velera nave y a la orilla del mar. Al acercarme al corvo bajel, llegó hasta mí el suave olor de la grasa quemada y, dando un suspiro, clamé de este modo a los inmortales dioses:

371 »*Odiseo.*—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Para mi daño, sin duda, me adormecisteis con el cruel sueño; y mientras tanto los compañeros, quedándose aquí, han consumado un gran delito.

374 »Lampetia, la del ancho peplo, fué como mensajera veloz a decirle al Sol, hijo de Hiperión, que habíamos dado muerte a sus vacas. Inmediatamente el Sol, con el corazón airado, habló de esta guisa a los inmortales:

377 »*El Sol.*—¡Padre Zeus, bienaventurados y sempiternos dioses! Castigad a los compañeros de Odiseo Laertíada, pues, ensoberbeciéndose, han matado mis vacas; y yo me holgaba de verlas así al subir al estrellado cielo, como al volver nuevamente del cielo a la tierra. Que si no se me diere la condigna

Biblioteca Nacional de España

compensación por estas vacas, descenderé a la morada de Hades y alumbraré a los muertos.

384 »Y Zeus, que amontona las nubes, le respondió diciendo:

385 »*Zeus.*—¡Oh Sol! Sigue alumbrando a los inmortales y a los mortales hombres que viven en la fértil tierra; pues yo despediré el ardiente rayo contra su velera nave, y la haré pedazos en el vinoso ponto.

389 »Esto me lo refirió Calipso, la de hermosa cabellera, y afirmaba que se lo había oído contar a Hermes, el mensajero.

391 »Luego que hube llegado a la nave y al mar, reprendí a mis compañeros —acercándome ora a éste, ora a aquél,—mas no pudimos hallar remedio alguno, porque ya las vacas estaban muertas. Pronto los dioses les mostraron varios prodigios: los cueros serpeaban, las carnes asadas y las crudas mugían en los asadores, y dejábanse oír voces como de vacas.

397 »Por seis días mis fieles compañeros celebraron festines, para los cuales echaban mano a las mejores vacas del Sol; mas, así que Zeus Cronión nos trajo el séptimo día, cesó la violencia del vendaval que causaba la tempestad y nos embarcamos, lanzando la nave al vasto ponto después de izar el mástil y de descoger las blancas velas.

403 »Cuando hubimos dejado atrás aquella isla y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente cielo y mar, Zeus colocó por cima de la cóncava nave una parda nube debajo de la cual se obscureció el ponto. No anduvo la embarcación largo rato, pues sopló en seguida el estridente Céfiro y, desencadenándose, produjo gran tempestad: un torbellino rompió los dos cables del mástil, que se vino hacia atrás, y todos los aparejos se juntaron en la sentina. El mástil, al caer en la popa, hirió la cabeza del piloto, aplastándole todos los huesos; cayó el piloto desde el tablado, como salta un buzo, y su alma generosa se separó de los huesos. Zeus despidió un trueno y al propio tiempo arrojó un rayo en nuestra nave: ésta se estremeció, al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre; y mis hombres cayeron en el agua. Llevábalos el oleaje alrededor del negro bajel como cornejas, y un dios les privó de la vuelta a la patria.

420 »Seguí andando por la nave, hasta que el ímpetu del mar separó los flancos de la quilla, la cual flotó sola en el agua; y el mástil se rompió en su unión con ella. Sobre el mástil hallábase una soga hecha de cuero de buey: até con ella mástil y quilla y, sentándome en ambos, dejéme llevar por los perniciosos vientos.

426 »Pronto cesó el soplo violento del Céfiro, que causaba la tempestad, y de repente sobrevino el Noto, el cual me afligió el ánimo con llevarme de nuevo hacia la perniciosa Caribdis. Toda la noche anduve a merced de las olas, y al salir el sol llegué al escollo de Escila y a la horrenda Caribdis, que estaba sorbiendo la salobre agua del mar; pero yo me lancé al alto cabrahigo y me agarré como un murciélago, sin que pudiera afirmar los pies en parte alguna ni tampoco encaramarme en el árbol, porque estaban lejos las raíces y a gran altura los largos y gruesos ramos que daban sombra a Caribdis. Me mantuve, pues, reciamente asido, esperando que Caribdis devolviera el mástil y la qui-

Biblioteca Nacional de España

lla; y éstos aparecieron por fin, cumpliéndose mi deseo. A la hora en que el juez se levanta en el ágora, después de haber fallado muchas causas de jóvenes litigantes, dejáronse ver los maderos fuera ya de Caribdis. Soltéme de pies y manos y caí con gran estrépito en medio del agua, junto a los larguísimos maderos; y, sentándome encima, me puse a remar con los brazos. Y no permitió el padre de los hombres y de los dioses que Escila me viese; pues no me hubiera librado de una terrible muerte.

447 »Desde aquel lugar fuí errante nueve días y en la noche del décimo lleváronme los dioses a la isla Ogigia donde vive Calipso, la de lindas trenzas, deidad poderosa, dotada de voz; la cual me acogió amistosamente y tuvo gran cuenta conmigo. Mas, ¿a qué contar el resto? Os lo referí ayer en esta casa a ti y a tu ilustre esposa, y me es enojoso repetir lo que queda explicado claramente.»

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIII

PARTIDA DE ODISEO DEL PAÍS DE LOS FEACIOS Y SU LLEGADA A ÍTACA

Así dijo. Enmudecieron los oyentes y, arrobados por el placer de escucharle, se quedaron silenciosos en el obscuro palacio. Mas Alcínoo le respondió diciendo:

4 *Alcínoo.*—¡Oh Odiseo! Pues llegaste a mi mansión de pavimento de bronce y elevada techumbre, creo que tornarás a tu patria sin tener que andar vagueando, aunque sean en tan gran número los males que hasta ahora has padecido. Y dirigiéndome a vosotros todos, los que siempre bebéis en mi palacio el negro vino de honor y oís al aedo, mirad lo que os encargo: ya tiene el huésped en pulimentada arca vestiduras y oro labrado y los demás presentes que los consejeros feacios le han traído; ea, démosle sendos trípodes grandes y calderos; y reunámonos después para hacer una colecta por la población, porque nos sería difícil a cada uno de nosotros obsequiarle con tal regalo, valiéndonos de sola nuestra posibilidad.

16 Así les habló Alcínoo, y a todos les plugo cuanto dijo. Salieron entonces para acostarse en sus respectivas casas; y así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, encamináronse diligentemente hacia la nave, llevando a ella el varonil bronce. La sacra potestad de Alcínoo fué también, y él mismo colocó los presentes debajo de los bancos: no fuera que se dañara alguno de los hombres cuando, para mover la embarcación, apretasen con los remos. Acto continuo trasladáronse al palacio de Alcínoo y se ocuparon en aparejar el convite.

24 Para ellos la sacra potestad de Alcínoo sacrificó un buey a Zeus Cronida, el dios de las sombrías nubes, que reina sobre todos. Quemados los muslos, celebraron suntuoso festín, y cantó el divinal aedo, Demódoco, tan honrado por el pueblo. Mas Odiseo volvía a menudo la cabeza hacia el sol resplandeciente, con gran afán de que se pusiera, pues ya anhelaba irse a su patria. Como el labrador apetece la cena después de pasar el día rompiendo con la yunta de negros bueyes y el sólido arado una tierra noval, se le pone el sol muy a su gusto para ir a comer, y, al andar, siente el cansancio en las rodillas; así, con ese gozo, vió Odiseo que se ponía el sol. Y al momento, dirigiéndose a los feacios, amantes de manejar los remos, y especialmente a Alcínoo, les habló de esta manera:

Biblioteca Nacional de España

38 *Odiseo.*—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! Ofreced las libaciones, despedidme sano y salvo, y vosotros quedad con alegría. Ya se ha cumplido cuanto mi ánimo deseaba: mi expedición y las amistosas dádivas; hagan los dioses celestiales que éstas sean para mi dicha y que halle en mi palacio a mi irreprensible consorte e incólumes a los amigos. Y vosotros, que os quedáis, sed el gozo de vuestras legítimas mujeres y de vuestros hijos; los dioses os concedan toda clase de bienes, y jamás a esta población le sobrevenga mal alguno.

47 Así se expresó. Todos aplaudieron sus palabras y aconsejaron que se llevase al huésped a su patria, puesto que hablaba razonablemente. Y entonces la potestad de Alcínoo dijo al heraldo:

50 *Alcinoo.*—¡Pontónoo! Mezcla el vino en la cratera y distribúyelo a cuantos se hallan en la sala, a fin de que, después de orar al padre Zeus, enviemos el huésped a su patria tierra.

53 Así habló. Pontónoo mezcló el vino dulce como la miel y lo sirvió a todos, ofreciéndoselo sucesivamente: ellos lo libaban, desde sus mismos asientos, a los bienaventurados dioses que poseen el anchuroso cielo; y el divinal Odiseo, levantándose, puso en las manos de Arete una copa doble, mientras le decía estas aladas palabras:

59 *Odiseo.*—Sé constantemente dichosa, oh reina, hasta que vengan la senectud y la muerte, de las cuales no se libran los humanos. Yo me voy. Tú prosigue holgándote en esta casa con tus hijos, el pueblo y el rey Alcínoo.

63 Dicho esto, el divino Odiseo transpuso el umbral. La potestad de Alcínoo le hizo acompañar por un heraldo que lo condujese a la velera nave, a la orilla del mar. Y Arete le envió también algunas esclavas: cuál le llevaba un manto muy limpio y una túnica; cuál, una sólida arca; y cual otra, pan y rojo vino.

70 Cuando hubieron llegado a la nave y al mar, los ilustres conductores, tomando estas cosas juntamente con la bebida y los víveres, lo colocaron todo en la cóncava embarcación y tendieron una colcha y una tela de lino sobre las tablas de la popa a fin de que Odiseo pudiese dormir profundamente. Subió éste y acostóse en silencio. Los otros se sentaron por orden en sus bancos, desataron de la piedra agujereada la amarra del barco e, inclinándose, azotaron el mar con los remos; mientras caía en los párpados de Odiseo un sueño profundo, suave, dulcísimo, muy semejante a la muerte. Del modo que los caballos de una cuadriga se lanzan a correr en un campo, a los golpes del látigo y, galopando ligeros, terminan prontamente la carrera; así se alzaba la popa del navío y dejaba tras sí muy agitadas las olas purpúreas del estruendoso mar. Corría el bajel con un andar seguro e igual, y ni el gavilán, que es el ave más ligera, hubiera atenido con él: así, corriendo con tal rapidez, cortaba las olas del mar, pues llevaba consigo un varón que en el consejo se parecía a los dioses; el cual tuvo el ánimo acongojado muchas veces, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles ondas, pero entonces dormía plácidamente, olvidado de cuanto había padecido.

93 Cuando salía la más rutilante estrella, la que de modo especial anuncia

Biblioteca Nacional de España

la luz de la Aurora, hija de la mañana, entonces la nave, surcadora del ponto, llegó a la isla.

96 Está en el país de Ítaca el puerto de Forcis, el anciano del mar, formado por dos orillas prominentes y escarpadas que convergen hacia las puntas y protegen exteriormente las grandes olas contra los vientos de funesto soplo; y en el interior las corvas naves, de muchos bancos, permanecen sin amarras así que llegan al fondeadero. Al cabo del puerto está un olivo de largas hojas y muy cerca una gruta agradable, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman. Hállanse allí crateras y ánforas de piedra donde las abejas fabrican los panales. Allí pueden verse unos telares también de piedra, muy largos, donde tejen las ninfas mantos de color de púrpura, encanto de la vista. Allí el agua constantemente nace. Dos puertas tiene el antro: la una mira al Bóreas y es accesible a los hombres; la otra, situada frente al Noto, es más divina, pues por ella no entran hombres, siendo el camino de los inmortales.

113 A este sitio, que ya con anterioridad conocían, fueron a llegarse; y la embarcación andaba velozmente y varó en la playa, saliendo del agua hasta la mitad. ¡Tales eran los remeros por cuyas manos era conducida! Apenas hubieron saltado de la nave de hermosos bancos en tierra firme, comenzaron sacando del cóncavo bajel a Odiseo con la colcha espléndida y la tela de lino, y lo pusieron en la arena, entregado todavía al sueño; y seguidamente, desembarcando las riquezas que los ilustres feacios le habían dado al volver a su patria, gracias a la magnánima Atenea, las amontonaron todas al pie del olivo, algo apartadas del camino: no fuera que algún viandante se acercara a ellas en tanto que Odiseo dormía y le hurtara algo. Después de esto, volviéronse los feacios a su país. Pero el que sacude la tierra no olvidó las amenazas que desde un principio hizo a Odiseo, semejante a un dios, y quiso explorar la voluntad de Zeus:

128 *Posidón.*—¡Padre Zeus! Ya no seré honrado nunca entre los inmortales dioses, puesto que no me honran en lo más mínimo ni tan siquiera los mortales, los feacios, que son de mi propia estirpe. No dejaba de figurarme que Odiseo tornaría a su patria, aunque a costa de multitud de infortunios, pues nunca le quité del todo que volviese por considerar que con tu asentimiento se lo habías prometido; mas los feacios, llevándole por el ponto en velera nave, lo han dejado en Ítaca, dormido, después de hacerle innumerables regalos: bronce, oro en abundancia, vestiduras tejidas, y tantas cosas como nunca sacara de Troya si volviese indemne y después de lograr la parte que del botín le correspondiera.

130 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

131 *Zeus.*—¡Ah, poderoso dios que bates la tierra! ¡Qué dijiste! No te desprecian los dioses, que sería difícil herir con el desprecio al más antiguo y más ilustre. Pero si deja de honrarte alguno de los hombres, por confiar en sus fuerzas y en su poder, está en tu mano tomar venganza. Obra, pues, como quieras y a tu ánimo le agrade.

146 Contestóle Posidón, que sacude la tierra:

147 *Posidón.*—Al punto hubiera obrado como me aconsejas, oh dios de las sombrías nubes, pero me espanta tu cólera y procuro evitarla. Ahora quiero

Biblioteca Nacional de España

que naufrague en el obscuro ponto la bellísima nave de los feacios que vuelve de conducir a aquél—con el fin de que en adelante se abstengan y cesen de llevar a los hombres—y cubrir luego la vista de la ciudad con una gran montaña.

153 Repuso Zeus, que amontona las nubes:

154 *Zeus.*—¡Oh querido! Tengo para mí que lo mejor será que, cuando todos los ciudadanos estén mirando desde la población como el barco llega, lo tornes un peñasco, junto a la costa, de suerte que guarde la semejanza de una velera nave para que todos los hombres se maravillen, y cubras luego la vista de la ciudad con una gran montaña.

159 Apenas lo oyó Posidón, que sacude la tierra, fuése a Esqueria donde viven los feacios, y allí se detuvo. La nave, surcadora del ponto, se acercó con rápido impulso, y el que sacude la tierra, saliéndole al encuentro, la tornó un peñasco y de un puñetazo hizo que echara raíces en el suelo, después de lo cual fuése a otra parte.

165 Mientras tanto los feacios, que usan largos remos y son ilustres navegantes, hablaban entre sí con aladas palabras. Y uno de ellos se expresó de esta suerte, dirigiéndose a su vecino:

168 *Una voz.*—¡Ay! ¿Quién encadenó en el ponto la velera nave que tornaba a la patria y ya se descubría toda?

170 Así alguien decía, pues ignoraban lo que había pasado. Entonces Alcínoo les arengó de esta manera:

172 *Alcínoo.*—¡Oh dioses! Cumpliéronse las antiguas predicciones de mi padre, el cual solía decir que Posidón nos miraba con malos ojos porque conducíamos sin recibir daño a todos los hombres; y aseguraba que el dios haría naufragar en el obscuro ponto una hermosísima nave de los feacios, al volver de llevar a alguien, y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña. Así lo afirmaba el anciano y ahora todo se va cumpliendo. Ea, hagamos lo que voy a decir. Absteneos de conducir los mortales que lleguen a nuestra población y sacrifiquemos doce toros escogidos a Posidón, para ver si se apiada de nosotros y no nos cubre la vista de la ciudad con la enorme montaña.

184 Así habló. Entróles el miedo y aparejaron los toros. Y mientras los caudillos y príncipes del pueblo feacio oraban al soberano Posidón, permaneciendo de pie en torno de su altar, Odiseo recordó de su sueño en la tierra patria, de la cual había estado ausente mucho tiempo, y no pudo reconocerla porque una diosa—Palas Atenea, hija de Zeus—le cercó de una nube con el fin de hacerle incognoscible y enterarle de todo: no fuese que su esposa, los ciudadanos y los amigos lo reconocieran antes que los pretendientes pagaran por entero sus demasías. Por esta causa todo se le presentaba al rey en otra forma, así los largos caminos, como los puertos cómodos para fondear, las rocas escarpadas y los árboles florecientes. El héroe se puso en pie y contempló la patria tierra; pero en seguida gimió y, bajando los brazos, golpeóse los muslos mientras suspiraba y decía de esta suerte:

200 *Odiseo.*—¡Ay de mí! ¿Qué hombres deben de habitar esta tierra a que he llegado? ¿Serán violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses? ¿Adónde podré llevar tantas riquezas? ¿Adónde iré perdido?

Biblioteca Nacional de España

Ojalá me hubiese quedado allí, con los feacios, pues entonces me llegara a otro de los magnánimos reyes, que, recibiéndome amistosamente, me habría enviado a mi patria. Ahora ni sé dónde poner estas cosas, ni he de dejarlas aquí: no vayan a ser presa de otros hombres. ¡Oh dioses! No eran, pues, enteramente sensatos ni justos los caudillos y príncipes feacios, ya que me traen a estotra tierra; dijeron que me conducirían a Ítaca, que se ve de lejos, y no lo han cumplido. Castíguelos Zeus, el dios de los suplicantes, que vigila a los hombres e impone castigos a cuantos pecan. Mas, ea, contaré y examinaré estas riquezas: no se hayan llevado alguna cosa en la cóncava nave cuando de aquí partieron.

217 Hablando así, contó los bellísimos trípodes, los calderos, el oro y las hermosas vestiduras tejidas; y, aunque nada echó de menos, lloraba por su patria tierra, arrastrándose en la orilla del estruendoso mar y suspirando con mucha congoja. Acercósele entonces Atenea en figura de un joven pastor de ovejas, tan delicado como el hijo de un rey; que llevaba en los hombros un manto doble, hermosamente hecho; en los nítidos pies, sandalias; y en la mano, una jabalina. Odiseo se holgó de verla, salió a su encuentro y le dijo estas aladas palabras:

228 *Odiseo.*—¡Amigo! Ya que te encuentro a ti antes que a nadie en este lugar, ¡salud!, y ojalá no vengas con mala intención para conmigo; antes bien, salva estas cosas y sálvame a mí mismo, que yo te lo ruego como a un dios y me postro a tus plantas. Mas dime con verdad para que yo me entere: ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué pueblo? ¿Qué hombres hay en la comarca? ¿Estoy en una isla que se ve a distancia o en la ribera de un fértil continente que hacia el mar se inclina?

236 Atenea, la deidad de ojos de lechuza, le respondió diciendo:

237 *Atenea.*—¡Forastero! Eres un simple o vienes de lejos cuando me preguntas por esta tierra, cuyo nombre no es tan obscuro, ya que la conocen muchísimos así de los que viven hacia el lado por donde salen la aurora y el sol, como de los que moran en la otra parte, hacia el tenebroso ocaso. Es, en verdad, áspera e impropia para la equitación; pero no completamente estéril, aunque pequeña, pues produce trigo en abundancia y también vino; nunca le falta ni la lluvia ni el fecundo rocío; es muy a propósito para apacentar cabras y bueyes; cría bosques de todas clases, y tiene abrevaderos que jamás se agotan. Por lo cual, oh forastero, el nombre de Ítaca llegó hasta Troya, que, según dicen, está muy apartada de la tierra aquea.

250 Así habló. Alegróse el paciente divinal Odiseo, holgándose de su tierra patria que le nombraba Palas Atenea, hija de Zeus que lleva la égida; y pronunció en seguida estas aladas palabras, ocultándole la verdad con hacerle un relato fingido, pues siempre revolvía en su pecho trazas muy astutas:

256 *Odiseo.*—Oí hablar de Ítaca allá en la espaciosa Creta, muy lejos, allende el ponto, y he llegado ahora con estas riquezas. Otras tantas dejé a mis hijos y voy huyendo porque maté al hijo querido de Idomeneo, a Orsíloco, el de los pies ligeros, que aventajaba en la ligereza de sus pies a los hombres industriosos de la vasta Creta; el cual deseó privarme del botín de Troya por el

Biblioteca Nacional de España

que tantas fatigas había yo arrostrado, ya combatiendo con los hombres, ya surcando las temibles olas, a causa de no haber consentido en complacer a su padre, sirviéndole en el pueblo de los troyanos, donde yo era caudillo de otros compañeros. Como en cierta ocasión aquél volviera del campo, envainéle la broncínea lanza, habiéndole acechado con un amigo junto a la senda: obscurísima noche cubría el cielo, ningún hombre fijó su atención en nosotros y así quedó oculto que le hubiese dado muerte. Después que lo maté con el agudo bronce, fuíme hacia la nave de unos ilustres fenicios a quienes supliqué y pedí, dándoles buena parte del botín, que me llevasen y me dejasen en Pilos o en la divina Élide, donde ejercen su dominio los epeos. Mas la fuerza del viento extraviólos, mal de su grado, pues no querían engañarme; y, errabundos, llegamos acá por la noche. Con mucha fatiga pudimos entrar en el puerto a fuerza de remos; y, aunque muy necesitados de tomar alimento, nadie pensó en la cena: desembarcamos todos y nos echamos en la playa. Entonces me vino a mí, que estaba cansadísimo, un dulce sueño; sacaron aquéllos de la cóncava nave mis riquezas, las dejaron en la arena donde me hallaba tendido y volvieron a embarcarse para ir a la populosa Sidón; y yo me quedé aquí con el corazón triste.

287 Así se expresó. Sonrióse Atenea, la deidad de ojos de lechuza, le halagó con la mano y, transfigurándose en una mujer hermosa, alta y diestra en eximias labores, le dijo estas aladas palabras:

291 *Atenea.*—Astuto y falaz habría de ser quien te aventajara en cualquier clase de engaños, aunque fuese un dios el que te saliera al encuentro. ¡Temerario, artero, incansable en el dolo! ¿Ni aun en tu patria habías de renunciar a los fraudes y a las palabras engañosas, que siempre fueron de tu gusto? Mas, ea, no se hable más de ello, que ambos somos peritos en astucias; pues si tú sobresales mucho entre los hombres por tu consejo y tus palabras, yo soy celebrada entre todas las deidades por mi prudencia y mis astucias. Pero aún no has reconocido en mí a Palas Atenea, hija de Zeus, que siempre te asisto y protejo en tus cuitas e hice que les fueras agradable a todos los feacios. Vengo ahora a fraguar contigo un designio, a esconder cuantas riquezas te dieron los ilustres feacios por mi voluntad e inspiración cuando viniste a la patria, y a revelarte todos los trabajos que has de soportar fatalmente en tu morada bien construida: toléralos, ya que es preciso, y no digas a ninguno de los hombres ni de las mujeres que llegaste peregrinando; antes bien sufre en silencio los muchos pesares y aguanta las violencias que te hicieren los hombres.

311 Respondióle el ingenioso Odiseo:

312 *Odiseo.*—Difícil es, oh diosa, que un mortal al encontrarse contigo logre conocerte, aunque fuere muy sabio, porque tomas la figura que te place. Bien sé que me fuiste propicia mientras los aqueos peleamos en Troya; pero después que arruinamos la excelsa ciudad de Príamo, partimos en las naves y un dios dispersó a los aqueos, nunca te he visto, oh hija de Zeus, ni he advertido que subieras a mi bajel para ahorrarme ningún pesar. Por el contrario, anduve errante constantemente, teniendo en mi pecho el corazón atravesado de dolor, hasta que los dioses me libraron del infortunio; y tú, en el rico pueblo de los feacios, me confortaste con tus palabras y me condujiste a la población,

Biblioteca Nacional de España

Ahora por tu padre te lo suplico—pues no creo haber arribado a Ítaca, que se ve de lejos, sino que estoy en otra tierra y que hablas de burlas para engañarme:—dime si en verdad he llegado a mi querida tierra.

329 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

330 *Atenea.*—Siempre guardas en tu pecho la misma cordura, y no puedo desampararte en la desgracia porque eres afable, perspicaz y sensato. Cualquiera que volviese después de vagar tanto, deseara ver en su palacio a los hijos y a la esposa; mas a ti no te place saber de ellos ni preguntar por los mismos hasta que hayas probado a tu mujer, la cual permanece en tu morada y consume los días y las noches tristemente, pues de continuo está llorando. Yo jamás puse en duda, pues me constaba con certeza, que volverías a tu patria después de perder todos los compañeros; mas no quise luchar con Posidón, mi tío paterno, cuyo ánimo se encolerizó e irritó contigo porque le cegaste su caro hijo. Pero, ea, voy a mostrarte el suelo de Ítaca para que te convenzas. Éste es el puerto de Forcis, el anciano del mar; aquél, el olivo de largas hojas que existe al cabo del puerto; cerca del mismo se halla la gruta deliciosa, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman: aquí tienes la abovedada cueva donde sacrificabas a las ninfas gran número de perfectas hecatombes; y allá puedes ver el Nérito, el frondoso monte.

352 Cuando así hubo hablado, la deidad disipó la nube, apareció el país y el paciente divinal Odiseo se alegró, holgándose de su tierra, y besó el fértil suelo. Y acto continuo oró a las ninfas, con las manos levantadas:

356 *Odiseo.*—¡Ninfas náyades, hijas de Zeus! Ya me figuraba que no os vería más. Ahora os saludo con tiernos votos y os haremos ofrendas, como antes, si la hija de Zeus, la que impera en las batallas, permite benévola que yo viva y vea crecer a mi hijo.

361 Díjole entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

362 *Atenea.*—Cobra ánimo y eso no te dé cuidado. Pero metamos ahora mismo las riquezas en lo más hondo del divino antro a fin de que las tengas seguras, y deliberemos para que todo se haga de la mejor manera.

366 Cuando así hubo hablado, penetró la diosa en la sombría cueva y fué en busca de los escondrijos; y Odiseo le fué llevando todas las cosas—el oro, el duro bronce y las vestiduras bien hechas—que le habían regalado los feacios. Así que estuvieron colocadas del modo más conveniente, Atenea, hija de Zeus que lleva la égida, cerró la entrada con una piedra.

372 Sentáronse después en las raíces del sagrado olivo y deliberaron acerca del exterminio de los orgullosos pretendientes. Atenea, la deidad de ojos de lechuza, fué quien rompió el silencio pronunciando estas palabras:

375 *Atenea.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Piensa cómo pondrás las manos en los desvergonzados pretendientes, que tres años ha mandan en tu palacio y solicitan a tu divinal consorte, a la que ofrecen regalos de boda; mas ella, suspirando en su ánimo por tu regreso, si bien a todos les da esperanzas y a cada uno le hace promesas, enviándole mensajes, revuelve en su espíritu muy distintos pensamientos.

382 El ingenioso Odiseo le respondió diciendo:

Biblioteca Nacional de España

383 *Odiseo.*—¡Oh númenes! Sin duda iba a perecer en el palacio, con el mismo hado funesto de Agamenón Atrida, si tú, oh diosa, no me hubieses instruido convenientemente acerca de estas cosas. Mas, ea, traza un plan para que los castigue y ponte a mi lado, infundiéndome fortaleza y audacia, como en aquel tiempo en que destruíamos las lucientes almenas de Troya. Si con el mismo ardor de entonces me acompañases, oh deidad de ojos de lechuza, yo combatiría contra trescientos hombres; pero con tu ayuda, veneranda diosa, siempre que benévola me socorrieres.

392 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

393 *Atenea.*—Te asistiré ciertamente, sin que me pases inadvertido cuando en tales cosas nos ocupemos, y creo que alguno de los pretendientes que devoran tus bienes manchará con su sangre y sus sesos el extensísimo pavimento. Mas, ea, voy a hacerte incognoscible para todos los mortales: arrugaré el hermoso cutis de tus ágiles miembros, raeré de tu cabeza los blondos cabellos, te pondré unos andrajos que causen horror al que te vea y haré sarnosos tus ojos, antes tan lindos, para que les parezcas despreciable a todos los pretendientes y a la esposa y al hijo que dejaste en tu palacio. Llégate primero al porquerizo, al guardián de tus puercos, que te quiere bien y adora a tu hijo y a la prudente Penelopea. Lo hallarás sentado entre los puercos, los cuales pacen junto a la roca del Cuervo, en la fuente de Aretusa, comiendo abundantes bellotas y bebiendo aguas turbias, cosas ambas que hacen crecer en ellos la floreciente grosura. Quédate allí de asiento e interrógale sobre cuanto deseares, mientras yo voy a Esparta, la de hermosas mujeres, y llamo a Telémaco, tu hijo, oh Odiseo, que se fué junto a Menelao, en la vasta Lacedemonia, para saber por la fama si aún estabas vivo en alguna parte.

416 Respondióle el ingenioso Odiseo:

417 *Odiseo.*—¿Y por qué no se lo dijiste, ya que tu mente todo lo sabía? ¿Acaso para que también pase trabajos, vagando por el estéril ponto, y los demás se le coman los bienes?

420 Contestóle Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

421 *Atenea.*—Muy poco has de apurarte por él. Yo misma le llevé para que, yendo allá, adquiriese ilustre fama; y no padece trabajo alguno, sino que se está muy tranquilo en el palacio del Atrida, teniéndolo todo en gran abundancia. Cierto que los jóvenes le acechan, embarcados en negro bajel, y quieren matarle cuando vuelva al patrio suelo; pero me parece que no sucederá así y que antes la tierra tendrá en su seno a alguno de los pretendientes que devoran lo tuyo.

429 Dicho esto, tocóle Atenea con una varita. La diosa le arrugó el hermoso cutis en los ágiles miembros, le rayó de la cabeza los blondos cabellos, púsole la piel de todo el cuerpo de tal forma que parecía la de un anciano; hízole sarnosos los ojos, antes tan bellos; vistióle unos andrajos y una túnica, que estaban rotos, sucios y manchados feamente por el humo; le echó encima el cuero grande, sin pelambre ya, de una veloz cierva; y le entregó un palo y un astroso zurrón lleno de agujeros, con su correa retorcida.

439 Después de deliberar así, se separaron, yéndose Atenea a la divinal Lacedemonia donde se hallaba el hijo de Odiseo.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIV

CONVERSACIÓN DE ODISEO CON EUMEO

ODISEO, dejando el puerto, empezó áspero camino por lugares selvosos, entre unas eminencias, hacia donde le había indicado Atenea que hallaría al porquerizo; el cual era, entre todos los criados adquiridos por el divinal Odiseo, quien con mayor solicitud le cuidaba los bienes.

5 Hallóle sentado en el vestíbulo de la majada excelsa, hermosa y grande, construida en lugar descubierto, que se andaba toda ella alrededor; la cual había labrado el mismo porquerizo para los cerdos del ausente rey, sin ayuda de su ama ni del anciano Laertes, empleando piedras de acarreo y cercándola con un seto espinoso. Puso fuera de la majada, acá y acullá, una larga serie de espesas estacas, que había cortado del corazón de unas encinas; y construyó dentro doce pocilgas muy juntas en que se echaban los puercos. En cada una tenía encerradas cincuenta hembras paridas de puercos, que se acuestan en el suelo; y los machos pasaban la noche fuera, siendo su número mucho menor porque los pretendientes, iguales a los dioses, los disminuían comiéndose siempre el mejor de los puercos gordos, que les enviaba el porquerizo. Eran los cerdos trescientos sesenta. Junto a ellos hallábanse constantemente cuatro perros, semejantes a fieras, que había criado el porquerizo, mayoral de los pastores. Éste cortaba entonces un cuero de buey de color vivo y hacía unas sandalias, ajustándolas a sus pies; y de los otros pastores, tres se habían encaminado a diferentes lugares con las piaras de los cerdos y el cuarto había sido enviado a la ciudad por Eumeo a llevarles a los orgullosos pretendientes el obligado puerco que inmolarían para saciar con la carne su apetito.

29 De súbito los perros ladradores vieron a Odiseo y, ladrando, corrieron hacia él; mas el héroe se sentó astutamente y dejó caer el garrote que llevaba en la mano. Entonces quizás hubiera padecido vergonzoso infortunio junto a sus propios establos; pero el porquerizo siguió en seguida y con ágil pie a los canes, y, atravesando apresuradamente el umbral donde se le cayó de la mano aquel cuero, les dió voces, los echó a pedradas a cada uno por su lado, y habló al rey de esta manera:

37 *Eumeo.*—¡Oh anciano! En un tris estuvo que los perros te despedazaran súbitamente, con lo cual me habrías causado gran oprobio. Ya los dioses me tienen dolorido y me hacen gemir por una causa bien distinta; pues mientras lloro y me angustio, pensando en mi señor, igual a un dios, he de criar estos

Biblioteca Nacional de España

puercos gordos para que otros se los coman; y quizás él esté hambriento y ande peregrino por pueblos y ciudades de gente de extraño lenguaje, si aún vive y contempla la lumbre del sol. Pero ven, anciano, sígueme a la cabaña, para que, después de saciarte de manjares y de vino conforme a tu deseo, me digas dónde naciste y cuántos infortunios has sufrido.

48 Diciendo así, el divinal porquerizo guióle a la cabaña, introdújole en ella, e hízole sentar, después de esparcir por el suelo muchas ramas secas, las cuales cubrió con la piel de una cabra montés, grande, vellosa y tupida, que le servía de lecho. Holgóse Odiseo del recibimiento que le hacía Eumeo, y le habló de esta suerte:

53 *Odiseo.*—¡Zeus y los inmortales dioses te concedan, oh huésped, lo que más anheles; ya que con tal benevolencia me has acogido!

55 Y tú le contestaste así, porquerizo Eumeo:

56 *Eumeo.*—¡Oh forastero! No me es lícito despreciar al huésped que se presente, aunque sea más miserable que tú, pues son de Zeus todos los forasteros y todos los pobres. Cualquier donación nuestra les es grata, aunque sea exigua; que así suelen hacerlas los siervos, siempre temerosos cuando mandan amos jóvenes. Pues las deidades atajaron sin duda la vuelta del mío, el cual, amándome por todo extremo, me habría procurado una posesión, una casa, un peculio y una mujer muy codiciada; todo lo cual da un amo benévolo a su siervo, cuando ha trabajado mucho para él y las deidades hacen prosperar su obra como hicieron prosperar ésta en que me ocupo. Grandemente me ayudara mi señor, si aquí envejeciese; pero murió ya: ¡así hubiera perecido completamente la estirpe de Helena, por la cual a tantos hombres les quebraron las rodillas! Que aquél fué a Troya, la de hermosos corceles, para honrar a Agamenón combatiendo contra los teucros.

72 Diciendo así, en un instante se sujetó la túnica con el cinturón, se fué a las pocilgas donde estaban las piaras de los puercos, volvió con dos, y a entrambos los sacrificó, los chamuscó y, después de descuartizarlos, los espetó en los asadores. Cuando la carne estuvo asada, se la llevó a Odiseo, caliente aún y en los mismos asadores, polvoreándola de blanca harina; echó en una copa de hiedra vino dulce como la miel, sentóse enfrente de Odiseo, e, invitándole, hablóle de esta suerte:

80 *Eumeo.*—Come, oh huésped, esta carne de puerco, que es la que está a la disposición de los esclavos; pues los pretendientes devoran los cerdos más gordos, sin pensar en la venganza de las deidades, ni sentir piedad alguna. Pero los bienaventurados númenes no se agradan de las obras perversas, sino que honran la justicia y las acciones sensatas de los hombres. Y aun los varones malévolos y enemigos que invaden el país ajeno y, permitiéndoles Zeus que recojan botín, vuelven a la patria con las naves repletas; aun éstos sienten que un fuerte temor de la venganza divina les oprime el corazón. Mas los pretendientes algo deben de saber de la deplorable muerte de aquél, por la voz de alguna deidad que han oído, cuando no quieren pedir de justo modo el casamiento, ni restituirse a sus casas; antes muy tranquilos consumen los bienes orgullosa e inmoderadamente. En ninguno de los días ni de las noches, que

Biblioteca Nacional de España

proceden de Zeus, se contentan con sacrificar una víctima, ni dos tan sólo; y agotan el vino, bebiéndolo sin tasa alguna. Pues la hacienda de mi amo era cuantiosísima, tanto como la de ninguno de los héroes que viven en el negro continente o en la propia Ítaca y ni juntando veinte hombres la suya pudieran igualarla. Te la voy a especificar. Doce vacadas hay en el continente; y otros tantos ganados de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, y otras tantas copiosas manadas de cabras apacientan allá sus pastores y gente asalariada. Aquí pacen once hatos numerosos de cabras en la extremidad del campo, y los vigilan buenos pastores, cada uno de los cuales lleva todos los días a los pretendientes una res, aquella de las bien nutridas cabras que le parece mejor. Y yo guardo y protejo estas marranas y, separando siempre el mejor de los puercos, se lo envío también.

109 Así habló. Odiseo, sin desplegar los labios, devoraba aprisa la vianda y bebía vino con avidez, maquinando males contra los pretendientes. Después que hubo cenado y repuesto el ánimo con la comida, dióle Eumeo la copa que usaba para beber, llena de vino. Aceptóla el héroe y, alegrándose en su corazón, pronunció estas aladas palabras:

115 *Odiseo.*—¡Oh amigo! ¿Quién fué el que te compró con sus bienes y era tan opulento y poderoso, según cuentas? Decías que pereció por causa de la honra de Agamenón. Nómbramelo por si acaso en alguna parte hubiese conocido a tal hombre. Zeus y los dioses inmortales saben si lo he visto y podré darte alguna nueva, pues anduve perdido por muchos pueblos.

121 Respondióle el porquerizo, mayoral de los pastores:

122 *Eumeo.*—¡Oh viejo! A ningún vagabundo que llegue con noticias de mi amo, le darán crédito ni la mujer de éste ni su hijo; pues los que van errantes y necesitan socorro mienten sin reparo y se niegan a hablar sinceramente. Todo aquel que, peregrinando, llega al pueblo de Ítaca, va a referirle patrañas a mi ama; y ésta le acoge amistosamente, le hace preguntas sobre cada punto, y al momento solloza y destila lágrimas de sus párpados, como es costumbre de la mujer cuyo marido ha muerto en otra tierra. Tú mismo, oh anciano, inventarías muy pronto cualquier relación, si te diesen un manto y una túnica con que vestirte. Mas ya los perros y las veloces aves han debido de separarle la piel de los huesos, y el alma le habrá dejado; o quizás los peces lo devoraron en el ponto y sus huesos yacen en la playa, dentro de un gran montón de arena. De tal suerte murió aquél y nos ha dejado pesares a todos sus amigos y especialmente a mí, que ya no hallaré un amo tan benévolo en ningún lugar a que me encamine, ni aun si me fuere a la casa de mi padre y de mi madre donde nací y ellos me criaron. Y lloro no tanto por ellos, aunque deseara verlos con mis ojos en la patria tierra, como porque me aqueja el deseo del ausente Odiseo; a quien, oh huésped, temo nombrar, no hallándose acá, pues me amaba mucho y se interesaba por mí en su corazón, y yo le llamo hermano del alma por más que esté lejos.

148 Díjole entonces el paciente divinal Odiseo:

149 *Odiseo.*—¡Oh amigo! Ya que a todo te niegas, asegurando que aquél no ha de volver, y tu ánimo permanece incrédulo; no sólo quiero repetirte, sino

Biblioteca Nacional de España

hasta jurarte, que Odiseo volverá. Por albricias de la buena nueva revestidme de un manto y una túnica, que sean hermosas vestiduras, tan presto como aquél llegue a su palacio; pues antes nada aceptaría, no obstante la gran necesidad en que me veo. Me es tan odioso como las puertas del Hades aquel que, cediendo a la miseria, refiere embustes. Sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del intachable Odiseo a que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Odiseo vendrá aquí este mismo año; al terminar el corriente mes y comenzar el otro volverá a su casa, y se vengará de quien ultraje a su mujer y a su preclaro hijo.

165 Y tú le contestaste así, porquerizo Eumeo:

166 *Eumeo.*—¡Oh anciano! Ni tendré que pagar albricias por la buena nueva, ni Odiseo tornará a su casa; pero bebe tranquilo, cambiemos de conversación y no me traigas tal asunto a la memoria; que el ánimo se me aflige en el pecho cada vez que oigo mentar a mi venerable señor. No hagamos caso del juramento y preséntese Odiseo, como yo quisiera y también Penelopea, el anciano Laertes y Telémaco, semejante a los dioses. Por este niño me lamento ahora sin cesar, por Telémaco, a quien engendró Odiseo: como las deidades le criaran a par de un pimpollo, pensé que más adelante no sería entre los hombres inferior a su padre, sino tan digno de admiración por su cuerpo y su gentileza; mas, habiéndole trastornado alguno de los inmortales o de los hombres el buen juicio de que disfrutaba, se ha ido a la divina Pilos en busca de noticias de su progenitor, y los ilustres pretendientes le preparan asechanzas para cuando torne, a fin de que desaparezca de Ítaca sin gloria alguna el linaje de Arcesio, semejante a los dioses. Pero dejémoslo, ora sea capturado, ora logre escapar porque el Cronida extienda su brazo encima de él. Ea, anciano, refiéreme tus cuitas, y dime la verdad de esto para que yo me entere: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿En qué embarcación llegaste? ¿Cómo los marineros te trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que hayas venido andando.

191 Respondióle el ingenioso Odiseo:

192 *Odiseo.*—«De todo esto voy a informarte circunstanciadamente. Si tuviéramos comida y dulce vino para mucho tiempo, y nos quedásemos a celebrar festines en esta cabaña mientras los demás fueran al trabajo, no me sería fácil referirte en todo el año cuantos pesares ha padecido mi alma por la voluntad de los dioses.

199 »Por mi linaje, me precio de ser natural de la espaciosa Creta, donde tuve por padre un varón opulento. Otros muchos hijos le nacieron también y se criaron en el palacio, todos legítimos, de su esposa, pero a mí me parió una mujer comprada, que fué su concubina; pero guardábame igual consideración que a sus hijos legítimos Cástor Hilácida, cuyo vástago me glorio de ser, y a quien honraban los cretenses como a un dios por su felicidad, por sus riquezas y por su gloriosa prole. Cuando las Parcas de la muerte se lo llevaron a la morada de Hades, sus hijos magnánimos partieron entre sí las riquezas, echando suertes sobre ellas, y me dieron muy poco, asignándome una casa. Tomé mujer de gente muy rica, por sólo mi valor; que no era yo despre-

Biblioteca Nacional de España

ciable, ni tímido en la guerra. Ahora ya todo lo he perdido; esto no obstante, viendo la paja conocerás la mies, aunque me tiene abrumado un gran infortunio. Diéronme Ares y Atenea audacia y valor para destruir las huestes de los contrarios, y en ninguna de las veces que hube de elegir los hombres de más bríos y llevarlos a una emboscada, maquinando males contra los enemigos, mi ánimo generoso me puso la muerte ante los ojos; sino que, arrojándome a la lucha mucho antes que nadie, era quien primero mataba con la lanza al enemigo que no me aventajase en la ligereza de sus pies. De tal modo me portaba en la guerra. No me gustaban las labores campestres, ni el cuidado de la casa que cría hijos ilustres, sino tan solamente las naves con sus remos, los combates, los pulidos dardos y las saetas; cosas tristes y horrendas para los demás y gratas para mí, por haberme dado algún dios esa inclinación; que no todos hallamos deleite en las mismas acciones. Ya antes que los aqueos pusieran el pie en Troya, había capitaneado nueve veces hombres y naves de ligero andar contra extranjeras gentes, y todas las cosas llegaban a mis manos en gran abundancia. De ellas me reservaba las más agradables y luego me tocaban muchas por suerte; de manera que, creciendo mi casa con rapidez, fuí poderoso y respetado entre los cretenses. Mas cuando dispuso el largovidente Zeus aquella expedición odiosa, en la cual a tantos varones les quebraron las rodillas, se nos mandó a mí y al perínclito Idomeneo que fuéramos capitanes de los bajeles que iban a Ilión, y no hubo medio de negarse por el temor de adquirir mala fama entre el pueblo. Allá peleamos los aqueos nueve años, y al décimo, asolada por nosotros la ciudad de Príamo, partimos en las naves hacia nuestras casas; pero un dios dispersó a los aqueos. Y el próvido Zeus meditó males contra mí, desgraciado, que estuve holgando un mes tan sólo con mis hijos, mi legítima esposa y mis riquezas; pues luego incitóme el ánimo a navegar hacia Egipto, preparando debidamente los bajeles con los compañeros iguales a los dioses. Equipé nueve barcos y pronto se reunió la gente necesaria.

249 »Seis días pasaron mis fieles compañeros celebrando banquetes, y yo les deparé muchas víctimas para los sacrificios y para su propia comida. Al séptimo subimos a los barcos y, partiendo de la espaciosa Creta, navegamos al soplo de un próspero y fuerte Bóreas, con igual facilidad que si nos llevara la corriente. Ninguna de las naves recibió daño y todos estábamos en ellas sanos y salvos, pues el viento y los pilotos las conducían. En cinco días llegamos al río Egipto, de hermosa corriente, en el cual detuve las corvas naves. Entonces, después de mandar a los fieles compañeros que se quedasen a custodiar las embarcaciones, envié espías a los lugares oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosos campos de los egipcios; y se llevaban las mujeres y los niños, y daban muerte a los varones. No tardó el clamoreo en llegar a la ciudad. Sus habitantes, habiendo oído los gritos, vinieron al amanecer: el campo se llenó de infantería, de caballos y de reluciente bronce; Zeus, que se huelga con el rayo, envió a mis compañeros la perniciosa fuga; y ya, desde aquel momento, nadie se atrevió a resistir, pues los males

Biblioteca Nacional de España

nos cercaban por todas partes. Allí nos mataron con el agudo bronce muchos hombres, y a otros se los llevaron vivos para obligarles a trabajar en pro de los ciudadanos. A mí el mismo Zeus púsome en el alma esta resolución—ojalá me hubiese muerto entonces y se hubiera cumplido mi hado allí, en Egipto, pues la desgracia tenía que perseguirme aún:—al instante me quité de la cabeza el bien labrado yelmo y de los hombros el escudo, arrojé la lanza lejos de las manos y me fuí hacia los corceles del rey, a quien abracé por las rodillas, besándoselas. El rey me protegió y salvó; pues, haciéndome subir al carro en que iba montado, me condujo a su casa mientras mis ojos despedían lágrimas. Acometiéronme muchísimos con sus lanzas de fresno e intentaron matarme, porque estaban muy irritados; pero aquél los apartó, temiendo la cólera de Zeus hospitalario, el cual se indigna en gran manera por las malas acciones. Allí me detuve siete años y junté muchas riquezas entre los egipcios, pues todos me daban alguna cosa. Mas, cuando llegó el octavo, presentóse un fenicio muy trapacero y falaz, que ya había causado a otros hombres multitud de males; y, persuadiéndome con su ingenio, llevóme a Fenicia donde se hallaban su casa y sus bienes. Estuve con él un año entero; y tan pronto como, transcurriendo el año, los meses y los días del mismo se acabaron y las estaciones volvieron a sucederse, urdió otros engaños y me llevó a la Libia en su nave, surcadora del ponto, con el aparente fin de que le ayudase a conducir sus mercancías; pero, en realidad, para venderme allí por un precio cuantioso. Tuve que seguirle, aunque ya sospechaba algo, y me embarqué en su nave. Corría ésta por el mar al soplo de un próspero y fuerte Bóreas, a la altura de Creta; y en tanto meditaba Zeus cómo a la perdición lo llevaría.

301 »Cuando hubimos dejado a Creta y ya no se divisaba tierra alguna, sino tan solamente el cielo y el mar, Zeus colocó por cima de la cóncava embarcación una parda nube, debajo de la cual se obscureció el ponto, despidió un trueno y al propio tiempo arrojó un rayo en nuestra nave: ésta se estremeció al ser herida por el rayo de Zeus, llenándose del olor del azufre; y mis hombres cayeron en el agua. Llevábalos el oleaje alrededor del negro bajel como cornejas, y un dios les privó de la vuelta a la patria. Pero a mí, aunque afligido en el ánimo, el propio Zeus echóme en las manos el mástil larguísimo de la nave de azulada proa, para que aun entonces escapase de la desgracia. Abrazado con él fuí juguete de los perniciosos vientos durante nueve días; y al décimo, en una noche obscura, ingente ola me arrojó a la tierra de los tesprotos. Allí el héroe Fidón, rey de los tesprotos, acogióme graciosamente; pues habiéndose presentado su hijo donde yo me encontraba, me levantó con su mano y me llevó a la mansión del padre, cuando ya me rendían el frío y el cansancio, y me entregó un manto y una túnica para que me vistiera.

321 »Allí me hablaron de Odiseo: participóme el rey que le estaba dando amistoso acogimiento y que ya el héroe iba a volver a su patria tierra; y me mostró todas las riquezas que Odiseo había juntado en bronce, oro y labrado hierro, con las cuales pudieran mantenerse un hombre y sus descendientes hasta la décima generación: ¡tantas alhajas tenía en el palacio de aquel monarca! Añadió que Odiseo se hallaba en Dodona para saber por la alta encina

Biblioteca Nacional de España

la voluntad de Zeus sobre si convendría que volviese manifiesta o encubiertamente al rico país de Ítaca, del cual se había ausentado hacía mucho tiempo. Y juró en mi presencia, ofreciendo libaciones en su casa, que ya habían echado la nave al mar y estaban a punto los compañeros para conducirlo a su patria tierra. Pero antes despidióme a mí, porque se ofreció casualmente una nave de marineros tesprotos que iba a Duliquio, la abundosa en trigo. Mandóles que me llevasen con toda solicitud al rey Acasto; mas a ellos les plugo tomar una perversa resolución, para que aún me cayeran encima toda suerte de desgracias e infortunios. Así que la nave surcadora del ponto estuvo muy distante de la tierra, decidieron que hubiese llegado para mí el día de la esclavitud; y, desnudándome del manto y de la túnica que llevaba puestos, vistiéronme estos miserables andrajos y esta túnica, llenos de agujeros, que ahora contemplas con tus ojos. Por la tarde vinimos a los campos de Ítaca, que se ve de lejos; en llegando, atáronme fuertemente a la nave de muchos bancos con una soga retorcida, y acto continuo saltaron en tierra y tomaron la cena a orillas del mar. Pero los propios dioses desligáronme fácilmente las ataduras; y entonces, liándome yo los andrajos a la cabeza, me deslicé por el pulido timón, di a la mar el pecho, nadé con ambas manos, y muy pronto me hallé alejado de aquéllos y fuera de su alcance. Salí del mar adonde hay un bosque de florecientes encinas y me quedé echado en tierra; ellos no cesaban de agitarse y de proferir hondos suspiros, pero al fin no les pareció ventajoso continuar la busca y tornaron a la cóncava nave; y los dioses me encubrieron con facilidad y me trajeron a la majada de un varón prudente porque quiere el hado que mi vida sea más larga.»

360 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

361 *Eumeo.*—¡Ah, el más infortunado de los huéspedes! Me has conmovido hondamente el ánimo al relatarme tan en particular cuanto padeciste y cuanto erraste de una parte a otra. Pero no me parece que hayas hablado como debieras en lo referente a Odiseo, ni me convencerás con tus palabras. ¿Qué es lo que te obliga, siendo cual eres, a mentir inútilmente? Sé muy bien a qué atenerme en orden a la vuelta de mi señor, el cual debió de serles muy odioso a todas las deidades cuando éstas no quisieron que acabara sus días entre los teucros, ni en brazos de sus amigos después que terminó la guerra; pues entonces todos los aqueos le habrían erigido un túmulo y hubiera alcanzado para su hijo una gloria inmensa. Ahora desapareció sin fama, arrebatado por las Harpías. Mas yo vivo apartado, junto a los puercos, y sólo voy a la ciudad cuando la prudente Penelopea me llama porque le traen de alguna parte cualquier noticia: sentados los de allá junto al recién venido, hácenle toda suerte de preguntas, así los que se entristecen por la prolongada ausencia del rey, como los que de ella se regocijan porque devoran impunemente sus bienes; pero a mí no me place escudriñar ni preguntar cosa alguna desde que me engañó con sus palabras un hombre etolo, el cual, habiendo vagado por muchas regiones a causa de un homicidio, llegó a mi morada y le traté afectuosamente. Aseguró que había visto a Odiseo en Creta, junto a Idomeneo, donde reparaba el daño que en sus embarcaciones habían causado las tempestades; y

Biblioteca Nacional de España

dijo que llegaría hacia el verano o el otoño con muchas riquezas, y juntamente con los compañeros iguales a los dioses. Y tú, oh viejo que tantos males padeciste, ya que un dios te ha traído a mi casa, no quieras congraciarte ni halagarme con embustes; que no te respetaré ni te querré por eso, sino por el temor de Zeus hospitalario y por la compasión que me das.

390 Respondióle el ingenioso Odiseo:

391 *Odiseo.*—Muy incrédulo es, en verdad, el ánimo que en tu pecho se encierra, cuando ni con el juramento he podido lograr que de mí te fiases y creyeses cuanto te dije. Mas, ea, hagamos un convenio y por cima de nosotros sean testigos los dioses, que en el Olimpo tienen su morada. Si tu señor volviere a esta casa, me darás un manto y una túnica para vestirme y me enviarás a Duliquio, que es el lugar adonde a mi ánimo le place ir; y si no volviere como te he dicho, incita contra mí a tus criados, y arrójenme de elevada peña, a fin de que los demás pordioseros se abstengan de engañarte.

401 Respondióle el divinal porquerizo:

402 *Eumeo.*—¡Oh huésped! Buena fama y opinión de virtud ganara entre los hombres ahora y en lo sucesivo, si, después de traerte a mi cabaña y de presentarte los dones de la hospitalidad, te fuera a matar, privándote de la vida. ¡Con qué disposición rogaría a Zeus Cronión! Pero ya es hora de cenar: ojalá viniesen pronto los compañeros, para que aparejáramos dentro de la cabaña una agradable cena.

409 Así éstos conversaban. Entretanto acercáronse los puercos con sus pastores, quienes encerraron las marranas en las pocilgas, para que durmiesen; y un gruñido inmenso se dejó oír mientras los puercos se acomodaban en los establos. Entonces el divinal porquerizo dió esta orden a sus compañeros:

414 *Eumeo.*—Traed el mejor de los puercos para que lo sacrifique en honra de este forastero venido de lejanas tierras y nos sea de provecho a nosotros que ha mucho tiempo que nos fatigamos por los cerdos de blanca dentadura y otros se comen impunemente el fruto de nuestros afanes.

418 Diciendo así, cortó leña con el despiadado bronce, mientras los pastores introducían un gordísimo puerco de cinco años que dejaron junto al hogar; y el porquerizo no se olvidó de los inmortales, pues tenía buenos sentimientos: ofrecióles las primicias, arrojando en el fuego algunas cerdas de la cabeza del puerco de blanca dentadura, y pidió a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa. Después alzó el brazo y con un tronco de encina que había dejado al cortar leña hirió al puerco, que cayó exánime. Ellos lo degollaron, lo chamuscaron y seguidamente lo partieron en pedazos. El porquerizo empezó tomando una parte de cada miembro del animal, envolvió en pingüe grasa los trozos crudos y, polvoreándolos de blanca harina, los echó en el fuego. Dividieron lo restante en pedazos más chicos que espetaron en los asadores, los asaron cuidadosamente y, retirándolos del fuego, los colocaron todos juntos encima de la mesa. Levantóse a hacer partes el porquerizo, cuya mente tanto apreciaba la justicia, y, dividiendo los trozos, formó siete porciones: ofreció una a las Ninfas y a Hermes, hijo de Maya, a quienes dirigió votos, y distribuyó las demás a los comensales, honrando a Odiseo con el ancho lomo del puer-

Biblioteca Nacional de España

co de blanca dentadura, cual obsequio alegróle el espíritu a su señor. En seguida el ingenioso Odiseo le habló diciendo:

440 *Odiseo.*—¡Ojalá seas, oh Eumeo, tan caro al padre Zeus como a mí mismo, pues, aun estando como estoy, me honras con excelentes dones!

442 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

443 *Eumeo.*—Come, oh el más infortunado de los huéspedes, y disfruta de lo que tienes delante; pues la divinidad te dará esto y te rehusará aquello, según le plegue a su ánimo, puesto que es todopoderosa.

446 Dijo, sacrificó las primicias a los sempiternos dioses y, libando el negro vino, puso la copa en manos de Odiseo, asolador de ciudades, que junto a su porción estaba sentado. Repartióles el pan Mesaulio, a quien el porquerizo había adquirido por sí solo, en la ausencia de su amo y sin ayuda de su dueña ni del anciano Laertes, comprándolo a unos tafios con sus propios bienes. Todos metieron mano en las viandas que tenían delante. Y así que hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Mesaulio quitó el pan, y ellos, hartos de pan y de carne, fuéronse sin dilación a la cama.

457 Sobrevino una noche mala y sin luna, en la cual Zeus llovió sin cesar, y el lluvioso Céfiro sopló constantemente y con gran furia. Y Odiseo habló del siguiente modo, tentando al porquerizo a fin de ver si se quitaría el manto para dárselo o exhortaría a alguno de los compañeros a que así lo hiciese, ya que tan gran cuidado con él tenía.

462 *Odiseo.*—¡Oídme ahora, Eumeo y demás compañeros! Voy a proferir algunas palabras para gloriarme, que a ello me impulsa el perturbador vino; pues hasta al más sensato le hace cantar y reír blandamente, le incita a bailar y le mueve a revelar cosas que más conviniera tener calladas. Pero, ya que empecé a hablar, no callaré lo que me resta decir. ¡Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas tan robustas, como cuando guiábamos al pie del muro de Troya la emboscada previamente dispuesta! Eran sus capitanes Odiseo y el Atrida Menelao, y yo iba como tercer jefe, pues ellos mismos me lo ordenaron. Tan pronto como llegamos cerca de la ciudad y de su alto muro, nos tendimos en unos espesos matorrales, entre las cañas de un pantano, acurrucándonos debajo de las armas. Sobrevino una noche mala, glacial; porque soplaba el Bóreas, caía de lo alto una nieve menuda y fría, como escarcha, y condensábase el hielo en torno de los escudos. Los demás, que tenían mantos y túnicas, estaban durmiendo tranquilamente con las espaldas cubiertas por los escudos; pero yo, al partir, cometí la necedad de entregar el manto a mis compañeros, porque no pensaba que hubiera de padecer tanto frío, y eché a andar con solo el escudo y una espléndida cota. Mas, tan luego como la noche hubo llegado a su último tercio y ya los astros declinaban, toqué con el codo a Odiseo, que estaba cerca y me atendió muy pronto, y díjele de esta guisa: «¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Ya no me contarán en el número de los vivientes, porque el frío me rinde. No tengo manto. Engañóme algún dios, cuando partí con la sola túnica, y ahora no hallo medio alguno para escapar con vida.» Así me expresé. Pronto se le ofreció a su ánimo una treta, siendo como era tan señalado en aconsejar como en combatir; y, hablándome quedo, pro-

Biblioteca Nacional de España

nunció estas palabras: «¡Calla! No sea que te oiga alguno de los aqueos.» Dijo; y, apoyándose en el codo, levantó la cabeza y comenzó a hablar de esta manera: «¡Oídme, amigos! Un sueño divinal se me ofreció mientras dormía. Como estamos tan lejos de las naves, vaya alguno a decirle al Atrida Agamenón, pastor de hombres, si nos enviará más guerreros de junto a las naves.» Así dijo; y levantándose con presteza Toante, hijo de Andremón, tiró el purpúreo manto y se fué corriendo hacia las naves. Me envolví en su vestido, me acosté alegremente y en seguida apareció la Aurora de áureo trono. Ojalá fuese tan joven y mis fuerzas se hallaran tan robustas como entonces, pues alguno de los porquerizos de esta cuadra me daría su manto por amistad y por respeto a un valiente; mas ahora me desprecian porque cubren mi cuerpo miserables vestidos.

507 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

508 *Eumeo.*—¡Oh viejo! El relato que acabas de hacer es irreprensible, y nada has dicho que sea inútil o inconveniente: por esto no carecerás ni de vestido ni de cosa alguna que deba obtener el infeliz suplicante que nos sale al encuentro; mas, apenas amanezca, tornarás a sacudir tus andrajos, pues aquí no tenemos mantos y túnicas para mudarnos, sino que cada cual lleva puestos los suyos. Y cuando venga el caro hijo de Odiseo, te dará un manto y una túnica para vestirte y te conducirá adonde tu corazón y tu ánimo deseen.

518 Dichas estas palabras, se levantó, puso cerca del fuego una cama para el huésped y la llenó de pieles de ovejas y de cabras. Odiseo se tendió en ella y Eumeo echóle un manto muy tupido y ancho que guardaba para mudarse siempre que alguna recia tempestad le sobrecogía.

523 De este modo se acostó Odiseo y cerca de él los jóvenes pastores; mas al porquerizo no le plugo tener allí su cama y dormir apartado de los puercos; sino que se armó y se dispuso a salir, y holgóse Odiseo al ver con qué solicitud le cuidaba los bienes durante su ausencia. Eumeo empezó colgando de sus robustos hombros la aguda espada; vistióse después un manto muy grueso, reparo contra el viento; tomó en seguida la piel de una cabra grande y bien nutrida; y, finalmente, asió un agudo dardo para defenderse de los canes y de los hombres. Y se fué a acostar en la concavidad de una elevada peña, donde los puercos de blanca dentadura dormían al abrigo del Bóreas.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XV

LLEGADA DE TELÉMACO A LA MAJADA DE EUMEO

MIENTRAS tanto encaminóse Palas Atenea a la vasta Lacedemonia, para traerle a las mientes la idea del regreso al hijo ilustre del magnánimo Odiseo e incitarle a que volviera a su morada. Halló a Telémaco y al preclaro hijo de Néstor acostados en el zaguán de la casa del glorioso Menelao: el Nestórida estaba vencido del blando sueño; mas no se habían señoreado de Telémaco las dulzuras del mismo, porque durante la noche inmortal desvelábale el cuidado de la suerte que a su padre le hubiese cabido. Y, parándose a su lado, dijo Atenea, la de ojos de lechuza:

10 *Atenea.*—¡Telémaco! No es bueno que demores fuera de tu casa, habiendo dejado en ella riquezas y hombres tan soberbios: no sea que se repartan tus bienes y se los coman, y luego el viaje te salga en vano. Solicita con instancia y lo antes posible de Menelao, valiente en la pelea, que te deje partir, a fin de que halles aún en tu palacio a tu eximia madre; pues ya su padre y sus hermanos le exhortan a que contraiga matrimonio con Eurímaco, el cual sobrepuja en las dádivas a todos los pretendientes y va aumentando la ofrecida dote: no sea que, a pesar tuyo, se lleven de tu mansión alguna alhaja. Bien sabes qué ánimo tiene en su pecho la mujer: desea hacer prosperar la casa de quien la ha tomado por esposa; y ni de los hijos primeros, ni del marido difunto con quien se casó virgen, se acuerda más, ni por ellos pregunta. Mas tú, volviendo allá, encarga lo tuyo a aquella criada que tengas por mejor, hasta que las deidades te den ilustre consorte. Otra cosa te diré, que pondrás en tu corazón. Los más conspicuos de los pretendientes se emboscaron, para acechar tu llegada, en el estrecho que media entre Ítaca y la escabrosa Samos; pues quieren matarte cuando vuelvas al patrio suelo; pero me parece que no sucederá así y que antes sepultará la tierra en su seno a alguno de los pretendientes que devoran lo tuyo. Por eso, haz que pase el bien construido bajel a alguna distancia de las islas y navega de noche; y aquel de los inmortales que te guarda y te protege, enviará detrás de tu barco próspero viento. Así que arribes a la costa de Ítaca, manda la nave y todos los compañeros a la ciudad; y llégate ante todas cosas al porquerizo, que guarda tus cerdos y te quiere bien. Pernocta allí y envíale a la ciudad para que lleve a la discreta Penelopea la noticia de que estás salvo y has llegado de Pilos.

43 Cuando así hubo hablado, fuése Atenea al vasto Olimpo. Telémaco des-

Biblioteca Nacional de España

pertó al Nestórida de su dulce sueño, moviéndolo con el pie, y le dijo estas palabras:

46 *Telémaco.*—¡Despierta, Pisístrato Nestórida! Lleva al carro los solípedos corceles y úncelos, para que nos pongamos en camino.

48 Mas Pisístrato Nestórida le repuso:

49 *Pisístrato.*—¡Telémaco! Aunque tengamos prisa por emprender el viaje, no es posible guiar los corceles durante la tenebrosa noche; y ya pronto despuntará la aurora. Pero aguarda que el héroe Menelao Atrida, famoso por su lanza, traiga los presentes, los deje en el carro y nos despida con suaves palabras. Que para siempre dura en el huésped la memoria del varón hospitalario que le recibió amistosamente.

56 Así le habló; y al momento vino la Aurora, de áureo trono. Entonces se les acercó Menelao, valiente en los combates, que se había levantado de la cama, de junto a Helena, la de hermosa cabellera. El caro hijo de Odiseo, no bien lo hubo visto, cubrió apresuradamente su cuerpo con la espléndida túnica, se echó el gran manto a las robustas espaldas y salió a su encuentro. Y, deteniéndose junto a él, hablóle así el hijo amado del divinal Odiseo:

64 *Telémaco.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Deja que parta ahora mismo a mi querida patria, que ya siento deseos de volver a mi morada.

67 Respondióle Menelao, valiente en la pelea:

68 *Menelao.*—¡Telémaco! No te detendré mucho tiempo, ya que deseas irte; pues me es odioso así el que, recibiendo a un huésped, lo ama sin medida, como el que lo aborrece en extremo; más vale usar de moderación en todas las cosas. Tan mal procede con el huésped quien le incita a que se vaya cuando no quiere irse, como el que lo detiene si le cumple partir. Se le debe tratar amistosamente mientras esté con nosotros y despedirlo cuando quiera ponerse en camino. Pero aguarda que traiga y coloque en el carro hermosos presentes que tú veas con tus propios ojos, y mande a las mujeres que aparejen en el palacio la comida con las abundantes provisiones que tenemos en él; porque hay a la vez honra, gloria y provecho en que coman los huéspedes antes de irse por la tierra inmensa. Dime también si acaso prefieres volver por la Hélade y por el centro de Argos, a fin de que yo mismo te acompañe; pues unciré los corceles, te llevaré por las ciudades populosas y nadie nos dejará partir sin darnos alguna cosa que nos llevemos, ya sea un hermoso trípode de bronce, ya un caldero, ya un par de mulos, ya una copa de oro.

86 Respondióle el prudente Telémaco:

87 *Telémaco.*—¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Quiero restituirme pronto a mis hogares, pues a nadie dejé encomendada la custodia de los bienes: no sea que mientras busco a mi padre igual a los dioses, muera yo o pierda alguna excelente y preciosa alhaja que se lleven del palacio.

92 Al oír esto, Menelao, valiente en la pelea, mandó en seguida a su esposa y a las esclavas que preparasen la comida en el palacio con las abundantes provisiones que en él se guardaban. Llegó entonces Eteoneo Boetoida, que

Biblioteca Nacional de España

se acababa de levantar, pues no vivía muy lejos; y, habiéndole ordenado Menelao, valiente en la batalla, que encendiera fuego y asara las carnes, obedeció acto continuo. Menelao bajó entonces a una estancia perfumada; sin que fuera solo, pues le acompañaron Helena y Megapentes. En llegando adonde estaban los objetos preciosos, el Atrida tomó una copa de doble asa y mandó a su hijo Megapentes que se llevase una cratera de plata; y Helena se detuvo junto a las arcas en que se hallaban los peplos de muchas bordaduras, que ella en persona había labrado. La propia Helena, la divina entre las mujeres, escogió y se llevó el peplo mayor y más hermoso por sus bordados, que resplandecía como una estrella y estaba debajo de los otros. Y anduvieron otra vez por el palacio hasta juntarse con Telémaco, a quien el rubio Menelao habló de esta manera:

111 *Menelao.*—¡Telémaco! Ojalá Zeus, el tonante esposo de Hera, te deje hacer el viaje como tu corazón desea. De cuantas cosas se guardan en mi palacio, voy a darte la más bella y preciosa. Te haré el presente de una cratera labrada, toda de plata con los bordes de oro, que es obra de Hefesto y diómela el héroe Fédimo, rey de los sidonios, cuando me acogió en su casa al volver yo a la mía. Tal es lo que deseo regalarte.

120 Diciendo así, el héroe Atrida le puso en la mano la copa de doble asa; el fuerte Megapentes le trajo la espléndida cratera que dejó delante de él; y Helena, la de hermosas mejillas, presentósele con el peplo en las manos y hablóle de esta suerte:

125 *Helena.*—También yo, hijo querido, te haré este regalo, que será una memoria de las manos de Helena, para que lo lleve tu esposa en la ansiada hora del casamiento; y hasta entonces guárdelo tu madre en el palacio. Y ojalá vuelvas alegre a tu casa bien construida y a tu patria tierra.

130 Diciendo así, se lo puso en las manos y él lo recibió con alegría. El héroe Pisístrato tomó los presentes y fué colocándolos en la cesta del carro, después de contemplarlos todos con admiración. Luego el rubio Menelao se los llevó a entrambos al palacio, donde se sentaron en sillas y sillones. Una esclava dióles aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de ellos una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándolos con los que tenía guardados. Junto a ellos, el Boetoida cortaba la carne y repartía las porciones; y el hijo del glorioso Menelao escanciaba el vino. Todos metieron mano en las viandas que tenían delante. Y apenas hubieron satisfecho la gana de beber y de comer, Telémaco y el preclaro hijo de Néstor engancharon los corceles, subieron al labrado carro y lo guiaron por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Tras ellos se fué el rubio Menelao Atrida, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y, deteniéndose ante el carro, se la presentó y les dijo:

151 *Menelao.*—¡Salud, oh jóvenes, y llevad también mi saludo a Néstor, pastor de hombres; que me fué benévolo, como un padre, mientras los aqueos peleamos en Troya!

154 Respondióle el prudente Telémaco:

Biblioteca Nacional de España

155 *Telémaco.*—En llegando allá, oh alumno de Zeus, le diremos a Néstor cuanto nos encargas. ¡Así me fuera posible, al tornar a Ítaca, hablando a Odiseo en su morada, contarle que vuelvo de tu palacio después de recibir toda clase de pruebas de amistad y llevando conmigo muchas y excelentes alhajas.

160 Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila que llevaba en las uñas un ánsar doméstico, blanco, enorme, arrebatado de algún corral; seguíanla, gritando, hombres y mujeres; y, al llegar junto al carro, torció el vuelo a la derecha, enfrente mismo de los corceles. Al verla se holgaron; a todos se les regocijó el ánimo en el pecho, y Pisístrato Nestórida dijo de esta suerte:

167 *Pisístrato.*—Considera, ¡oh Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres!, si el dios que nos mostró este presagio lo hizo visible para nosotros o para ti mismo.

169 Así habló. Menelao, caro a Ares, se puso a meditar cómo le respondería convenientemente; mas Helena, la de largo peplo, adelantósele pronunciando estas palabras:

172 *Helena.*—Oídme, pues os voy a predecir lo que sucederá, según los dioses me lo inspiran en el ánimo y yo me figuro que ha de llevarse a cumplimiento. Así como esta águila, viniendo del monte donde nació y tiene su cría, ha arrebatado el ánsar criado dentro de una casa: así Odiseo, después de padecer mucho y de ir errante largo tiempo, volverá a la suya y conseguirá vengarse; si ya no está en ella, maquinando males contra los pretendientes todos.

179 Respondióle el prudente Telémaco:

180 *Telémaco.*—¡Así lo haga Zeus, el tonante esposo de Hera; y allá te invocaré todos los días, como a una diosa!

182 Dijo, y arreó con el azote a los corceles. Éstos, que eran muy fogosos, arrancaron al punto hacia el campo, por entre la ciudad, y en todo el día no cesaron de agitar el yugo.

185 Poníase el sol y las tinieblas empezaban a ocupar los caminos cuando llegaron a Feras, a la morada de Diocles, hijo de Orsíloco, a quien había engendrado Alfeo. Allí durmieron aquella noche, pues Diocles les dió hospitalidad.

189 Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, engancharon los corceles, subieron al labrado carro y guiáronlo por el vestíbulo y el pórtico sonoro. Pisístrato avivó con el látigo a los corceles para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Prestamente llegaron a la excelsa ciudad de Pilos, y entonces Telémaco habló de esta suerte al hijo de Néstor:

195 *Telémaco.*—¡Nestórida! ¿Cómo llevarías a efecto, conforme prometiste, lo que te voy a decir? Nos gloriamos de ser para siempre y recíprocamente huéspedes el uno del otro, por la amistad de nuestros padres; tenemos la misma edad, y este viaje habrá acrecentado aún más la concordia entre nosotros. Pues no me lleves, oh alumno de Zeus, más adelante de donde está mi bajel; déjame aquí, en este sitio: no sea que el anciano me detenga en su casa, contra mi voluntad, por el deseo de tratarme amistosamente; y a mí me conviene llegar allá lo antes posible.

Biblioteca Nacional de España

202 Así dijo. El Nestórida pensó en su alma cómo llevaría al cabo, de una manera conveniente, lo que había prometido. Y considerándolo bien, le pareció que lo mejor sería lo siguiente: dió la vuelta a los caballos hacia donde estaba la veloz nave en la orilla del mar; tomó del carro los hermosos presentes —los vestidos y el oro—que les había entregado Menelao, y los dejó en la popa del barco; y, exhortando a Telémaco, le dijo estas aladas palabras:

209 *Pisístrato.*—Corre a embarcarte y manda que lo hagan asimismo todos tus compañeros, antes que llegue a mi casa y se lo refiera al anciano. Bien sabe mi entendimiento y presiente mi corazón que, con su vehemencia de ánimo, no dejará que te vayas, antes vendrá él en persona a llamarte; y yo te aseguro que no se volverá de vacío, pues entonces fuera grande su cólera.

215 Diciendo de esta manera, volvió los caballos de hermosas crines hacia la ciudad de los pilios, y muy pronto llegó a su casa. Mientras tanto, Telémaco daba órdenes a sus compañeros y les exhortaba diciendo:

218 *Telémaco.*—Poned en su sitio los aparejos de la negra nave, compañeros, y embarquémonos para emprender el viaje.

220 Así les dijo; y ellos le escucharon y obedecieron; pues, entrando inmediatamente en la nave, tomaron asiento en los bancos.

222 Ocupábase Telémaco en tales cosas, hacía votos y sacrificaba en honor de Atenea junto a la popa de la nave, cuando se le presentó un extranjero que venía huyendo de Argos, donde había dado muerte a un hombre, y era adivino, del linaje de Melampo. Este último vivió anteriormente en Pilos, criadora de ovejas, y allí fué opulento entre sus habitantes y habitó una magnífica morada; pero trasladóse después a otro país, huyendo de su patria y del magnánimo Neleo, el más esclarecido de los vivientes, quien le retuvo por fuerza muchas y ricas cosas un año entero. En todo él permaneció Melampo atado con duras cadenas en el palacio de Fílaco, pasando muchos tormentos, por la grave falta que, para alcanzar la hija de Neleo, le había inducido a cometer una diosa: la horrenda Erinis. Al fin se libró de la Parca, llevóse las mugidoras vacas de Fílace a Pilos, castigó por aquella mala acción al deiforme Neleo, y, después de conducir a su casa la mujer para el hermano, fuése a otro pueblo, a Argos, tierra criadora de corceles, donde el hado había dispuesto que habitara reinando sobre muchos argivos. Allí tomó mujer, labró una excelsa mansión y le nacieron dos hijos esforzados: Antífates y Mantio. Antífates engendró al magnánimo Oicleo y éste a Anfiarao, el que enardecía a los guerreros; al cual así Zeus, que lleva la égida, como Apolo quisieron entrañablemente con toda suerte de amistad; pero no llegó a los umbrales de la vejez por haber muerto en Tebas a causa de los regalos que su mujer recibió. Fueron sus hijos Alcmeón y Anfíloco. Por su parte, Mantio engendró a Polifides y a Clito: a éste la Aurora, de áureo trono, lo arrebató por su hermosura, a fin de tenerlo con los inmortales; y al magnánimo Polifides hízole Apolo el más excelente de los adivinos entre los hombres después que murió Anfiarao. Mas, como Polifides se irritara contra su padre, emigró a Hiperesia y, viviendo allí, daba oráculos a todos los mortales.

256 Era un hijo de éste, llamado Teoclímeno, el que entonces se presentó a

Biblioteca Nacional de España

Telémaco. Hallóle que oraba y ofrecía libaciones junto al negro bajel; y, hablándole, profirió estas aladas palabras:

260 *Teoclímeno.*—¡Oh amigo! Puesto que te encuentro sacrificando en este lugar, ruégote por estos sacrificios, por el dios y también por tu cabeza y la de los compañeros que te siguen, que me digas la verdad de cuanto te pregunte, sin ocultarme nada: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres?

265 Respondióle el prudente Telémaco:

266 *Telémaco.*—De todo, oh forastero, voy a informarte con sinceridad. Por mi familia soy de Ítaca y tuve por padre a Odiseo, si todo no ha sido sueño; pero ya aquél debe de haber acabado de deplorable manera. Por esto vine con los compañeros y el negro bajel, por si lograba adquirir noticias de mi padre, cuya ausencia se va haciendo tan larga.

271 Díjole entonces Teoclímeno, semejante a un dios:

272 *Teoclímeno.*—También yo desamparé la patria por haber muerto a un varón de mi tribu, cuyos hermanos y compañeros son muchos en Argos, tierra criadora de corceles, y gozan de gran poder entre los aqueos; y ahora huyo de ellos, evitando la muerte y la negra Parca, porque mi hado es andar errante entre los hombres. Pero acógeme en tu bajel, ya que huyendo he venido a suplicarte: no sea que me maten, pues sospecho que me persiguen.

279 Respondióle el prudente Telémaco:

280 *Telémaco.*—No te rechazaré del bien proporcionado bajel, ya que deseas embarcarte. Sígueme, y allá te trataremos amistosamente, según los medios de que dispongamos.

282 Dicho esto, tomóle la broncínea lanza que dejó tendida en el tablado del corvo bajel; subió a la nave, surcadora del ponto, sentóse en la popa y colocó cerca de sí a Teoclímeno. Al punto soltaron las amarras. Telémaco, exhortando a sus compañeros, les mandó que aparejasen la jarcia, y obedecióronle todos diligentemente. Izaron el mástil de abeto, lo metieron en el travesaño, lo ataron con sogas, y acto continuo extendieron la blanca vela con correas bien torcidas. Atenea, la de ojos de lechuza, envióles próspero viento que soplaba impetuoso por el aire, a fin de que el navío corriera y atravesara lo más pronto posible la salobre agua del mar. Así pasaron por delante de Crunos y del Calcis, de hermoso raudal.

296 Púsose el sol, y las tinieblas ocuparon todos los caminos. La nave, impulsada por el favorable viento de Zeus, se acercó a Feas y pasó a lo largo de la divina Élide, donde ejercen su dominio los epeos. Y desde allá Telémaco puso la proa hacia las islas Agudas, con gran cuidado de si se libraría de la muerte o caería preso.

301 Mientras tanto Odiseo y el divinal porquerizo cenaban en la cabaña y junto con ellos los demás hombres. Y apenas satisficieron el apetito de comer y de beber, Odiseo—probando si el porquerizo aún le trataría con amistosa solicitud, mandándole que se quedara allí, en el establo, o le incitaría a que ya se fuese a la ciudad—les habló de esta manera:

Biblioteca Nacional de España

307 *Odiseo.*—¡Oídme, Eumeo y demás compañeros! Así que amanezca, quiero ir a la ciudad para mendigar y no seros gravoso ni a ti ni a tus amigos. Aconséjame bien y señálame un guía experto que me conduzca; y vagaré por la población, obligado por la necesidad, para ver si alguien me da una copa de vino y un cantero de pan. Yendo al palacio del divinal Odiseo, podré comunicar nuevas a la prudente Penelopea y mezclarme con los soberbios pretendientes por si me dieren de comer, ya que disponen de innumerables viandas. Yo les serviría muy bien en cuanto me ordenaren. Voy a decirte una cosa y tú atiende y óyeme: merced a Hermes, el mensajero, el cual da gracia y fama a los trabajos de los hombres, ningún otro mortal competiría conmigo en el servir, lo mismo si tratase de amontonar debidamente la leña para encender un fuego, o de cortarla cuando está seca, de trinchar o asar carne, o de escanciar el vino, que son los servicios que los inferiores prestan a los mayores.

325 Y tú, muy afligido, le hablaste de esta manera, porquerizo Eumeo:

326 *Eumeo.*—¡Ay, huésped! ¿Cómo se te aposentó en el alma tal pensamiento? Quieres, sin duda, perecer allá, cuando te decides a penetrar por entre la muchedumbre de los pretendientes cuya insolencia y orgullo llegan al férreo cielo. Sus criados no son como tú, pues siempre les sirven jóvenes ricamente vestidos de mantos y túnicas, de luciente cabellera y lindo rostro; y las mesas están cargadas de pan, de carnes y de vino. Quédate con nosotros, que nadie se enoja de que estés presente: ni yo, ni ninguno de mis compañeros. Y cuando venga el amado hijo de Odiseo, te dará manto y túnica para vestirte y te conducirá adonde tu corazón y tu ánimo prefieran.

340 Respondióle el paciente divinal Odiseo:

341 *Odiseo.*—¡Ojalá seas, Eumeo, tan caro al padre Zeus como a mí; ya que pones término a mi fatigosa y miserable vagancia! Nada hay tan malo para los hombres como la vida errante: por el funesto vientre pasan los mortales muchas fatigas, cuando los abruman la vagancia, el infortunio y los pesares. Mas ahora, ya que me detienes, mandándome que aguarde la vuelta de aquél, ea, dime si la madre del divinal Odiseo y su padre, a quien al partir dejé en los umbrales de la vejez, viven aún y gozan de los rayos del sol o han muerto y se hallan en la mansión de Hades.

351 Díjole entonces el porquerizo, mayoral de los pastores:

352 *Eumeo.*—De todo, oh huésped, voy a informarte con exactitud. Laertes vive aún y en su morada ruega continuamente a Zeus que el alma se le separe de los miembros; porque padece grandísimo dolor por la ausencia de su hijo y por el fallecimiento de su legítima y prudente esposa, que le llenó de tristeza y le ha anticipado la senectud. Ella tuvo deplorable muerte por el pesar que sentía por su glorioso hijo; ojalá no perezca de tal modo persona alguna, que, habitando en esta comarca, sea amiga mía y como a tal me trate. Mientras vivió, aunque apenada, holgaba yo de preguntarle y consultarle muchas cosas, porque me había criado juntamente con Ctímene, la de largo peplo, su hija ilustre, a quien parió la postrimera: juntos nos criamos, y era yo honrado poco menos que su hija. En llegando ambos a la deseable pubertad, a Ctímene casáronla en Same, recibiendo por su causa infinitos dones; y

Biblioteca Nacional de España

a mí púsome aquélla un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, dióme con que calzar los pies, me envió al campo y aun me quiso más en su corazón. Ahora me falta su amparo, pero las bienaventuradas deidades prosperan la obra en que me ocupo, de la cual como y bebo, y hasta doy limosna a venerandos suplicantes. Pero no me es posible oír al presente dulces palabras de mi dueña ni lograr de ella ninguna merced, pues el infortunio entró en el palacio con la llegada de esos hombres tan soberbios; y, con todo, tienen los criados gran precisión de hablar con su dueña y hacerle preguntas sobre cada asunto, y comer y beber, y llevarse al campo alguno de aquellos presentes que alegran el ánimo de los servidores.

380 Respondióle el ingenioso Odiseo:

381 *Odiseo.*—¡Oh dioses! ¡Cómo, niño aún, oh porquerizo Eumeo, tuviste que vagar tanto y tan lejos de tu patria y de tus padres! Mas, ea, dime, hablando sinceramente, si fué destruida la ciudad de anchas calles en que habitaban tu padre y tu veneranda madre; o si, habiéndote quedado solo junto a las ovejas o junto a los bueyes, hombres enemigos te echaron mano y te trajeron en sus naves para venderte en la casa de este varón que les entregó un buen precio.

389 Díjole entonces el porquerizo, mayoral de los pastores:

390 *Eumeo.*—«¡Huésped! Ya que sobre esto me preguntas e interrogas, óyeme en silencio, y recréate, sentado y bebiendo vino. Estas noches son inmensas, hay en ellas tiempo para dormir y tiempo para deleitarse oyendo relatos, y a ti no te cumple irte a la cama antes de la hora, puesto que daña el dormir demasiado. De los demás, aquél a quien el corazón y el ánimo se lo aconseje, salga y acuéstese; y, no bien raye el día, tome el desayuno y váyase con los puercos de su señor. Nosotros, bebiendo y comiendo en la cabaña, deleitémonos con renovar la memoria de nuestros tristes infortunios; pues halla placer en el recuerdo de los trabajos sufridos, quien padeció muchísimo y anduvo errante largo tiempo. Voy, pues, a hablarte de lo que me preguntas e interrogas.

403 »Hay una isla que se llama Siria—quizás la oíste nombrar—sobre Ortigia, donde el sol hace su vuelta: no está muy poblada, pero es fértil y abundosa en bueyes, en ovejas, en vino y en trigales. Jamás se padece hambre en aquel pueblo y ninguna dolencia aborrecible les sobreviene a los míseros mortales: cuando en la ciudad envejecen los hombres de una generación, preséntanse Apolo, que lleva arco de plata, y Ártemis, y los van matando con suaves flechas. Hay en la isla dos ciudades, que se han repartido todo el territorio, y en ambas reinaba mi padre, Ctesio Orménida, semejante a los inmortales.

415 »Allí vinieron unos fenicios, hombres ilustres en la navegación, pero falaces, que traían innúmeros joyeles en su negra nave. Había entonces en casa de mi padre una mujer fenicia, hermosa, alta y diestra en espléndidas labores; y los astutos fenicios la sedujeron. Uno, que la encontró lavando, unióse con ella, junto a la cóncava nave, en amor y concúbito, lo cual les turba la razón a las débiles mujeres, aunque sean laboriosas. Preguntóle luego quién era y de

Biblioteca Nacional de España

dónde había venido; y la mujer, señalándole al punto la alta casa de mi padre, le respondió de esta guisa:

»*La mujer.*—Me jacto de haber nacido en Sidón, que abunda en bronce, y soy hija del opulento Aribante. Robáronme unos piratas tafios un día que volvía del campo y, habiéndome traído aquí, me vendieron al amo de esa morada, quien les entregó un buen precio.

»Díjole a su vez el hombre que con ella se había unido secretamente:

»*El fenicio.*—¿Querrías volver a tu patria con nosotros, para ver la alta casa de tu padre y de tu madre y a ellos mismos? Pues aún viven y gozan fama de ricos.

»La mujer le respondió con estas palabras:

»*La mujer.*—Así lo hiciera si vosotros, oh navegantes, os obligaseis de buen grado y con juramento a conducirme sana y salva a mi patria.

»Así les habló; y todos juraron, como se lo mandaba. Tan pronto como hubieron acabado de prestar el juramento, la mujer les dirigió nuevamente el habla y les dijo:

»*La mujer.*—Silencio ahora, y ninguno de vuestros compañeros me hable si me encuentra en la calle o en la fuente: no sea que vayan a decírselo al viejo, allá en su morada; y éste, poniéndose receloso, me ate con duras cadenas y maquine cómo exterminaros a vosotros. Guardad en vuestra mente lo convenido y apresurad la compra de las provisiones para el viaje. Y así que el bajel esté lleno de vituallas, penetre alguien en el palacio para anunciármelo; y traeré cuanto oro me venga a las manos. Encima de esto quisiera daros otra recompensa por mi pasaje: en la casa cúidome de un hijo de ese noble señor, y es tan despierto que ya corre conmigo fuera del palacio; lo traeré a vuestra nave y os granjeará una suma inmensa dondequiera que en el país de otras gentes lo vendiereis.

»Cuando así hubo dicho, fuése al hermoso palacio. Quedáronse los fenicios un año entero con nosotros y compraron muchas vituallas para la cóncava nave; mas, así que estuvo cargada y en disposición de partir, enviaron un propio para decírselo a la mujer. Presentóse en casa de mi padre un hombre muy sagaz, que traía un collar de oro engastado con ámbar; y, mientras las esclavas y mi veneranda madre lo tomaban en las manos, lo contemplaban con sus ojos y ofrecían precio, aquél hizo a la mujer silenciosa señal y se volvió acto continuo a la cóncava nave. La fenicia, tomándome por la mano, me sacó del palacio, y, como hallara en el vestíbulo las copas y las mesas de los convidados que frecuentaban la casa de mi padre y que entonces habían ido a sentarse en la reunión y junta del pueblo, llevóse tres copas que escondió en su seno; y yo la fuí siguiendo simplemente. Poníase el sol y las tinieblas ocupaban todos los caminos, en el momento en que nosotros, andando a buen paso, llegamos al famoso puerto donde se hallaba la veloz embarcación de los fenicios. Nos hicieron subir, embarcáronse todos, empezó la navegación por la líquida llanura y Zeus nos envió próspero viento. Navegamos seguidamente por espacio de seis días con sus noches; mas, cuando Zeus Cronión nos trajo el séptimo día, Ártemis, que se complace en tirar flechas, hirió a la mujer, y ésta cayó con estré-

Biblioteca Nacional de España

pito en la sentina, cual si fuese una paviota. Echáronla al mar, para pasto de focas y de peces; y yo me quedé con el corazón afligido. El viento y las olas los trajeron a Ítaca, y acá Laertes me compró con sus bienes. Así fué como mis ojos vieron esta tierra.»

485 Odiseo, del linaje de Zeus, respondióle con estas palabras:

486 *Odiseo.*—¡Eumeo! Has conmovido hondamente mi corazón al contarme por menudo los males que padeciste. Mas Zeus te ha puesto cerca del mal un bien, ya que, aunque a costa de muchos trabajos, llegaste a la morada de un hombre benévolo que te da solícitamente de comer y de beber, y disfrutas de buena vida; mientras que yo tan sólo he podido llegar aquí, después de peregrinar por gran número de ciudades.

493 Así éstos conversaban. Echáronse después a dormir, mas no fué por mucho tiempo; que en seguida llegó la Aurora de hermoso trono.

495 Los compañeros de Telémaco, cuando ya la nave se acercó a la tierra, amainaron las velas, abatieron rápidamente el mástil, y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa y aparejaron la comida, mezclando el negro vino. Y así que hubieron satisfecho el apetito de beber y de comer, el prudente Telémaco empezó a decirles:

503 *Telémaco.*—Llevad ahora el negro bajel a la ciudad; pues yo me iré hacia el campo y los pastores; y al caer de la tarde, cuando haya visto mis tierras, bajaré a la población. Y mañana os daré, por premio de este viaje, un buen convite de carnes y dulce vino.

508 Díjole entonces Teoclímeno, semejante a un dios:

509 *Teoclímeno.*—¿Y yo, hijo amado, adónde iré? ¿A qué casa de los varones que imperan en la áspera Ítaca? ¿Habré de encaminarme acaso adonde está tu madre, a tu morada?

512 Respondióle el prudente Telémaco:

513 *Telémaco.*—En otras circunstancias te mandaría a mi casa, donde no faltan arbitrios para hospedar al forastero: mas ahora fuera lo peor para ti, porque yo no estaré y mi madre tampoco te ha de ver; que en el palacio no se muestra a menudo a los pretendientes, antes vive muy apartada en la estancia superior, labrando una tela. Voy a indicarte un varón a cuya casa puedes ir: Eurímaco, preclaro hijo del prudente Pólibo, a quien los itacenses miran ahora como a un numen, pues es, con mucho, el mejor de todos y anhela casarse con mi madre y alcanzar la dignidad real que tuvo Odiseo. Mas Zeus Olímpico, que vive en el éter, sabe si antes de las bodas hará que luzca para los pretendientes un infausto día.

525 No hubo acabado de hablar, cuando voló en lo alto, hacia la derecha, un gavilán, el rápido mensajero de Apolo; el cual desplumaba una paloma que tenía entre sus garras, dejando caer las plumas a tierra entre la nave y el mismo Telémaco. Entonces Teoclímeno llamó a éste, separadamente de los compañeros, le tomó la mano y así le dijo:

532 *Teoclímeno.*—¡Telémaco! No sin ordenarlo un dios, voló el ave a tu de-

Biblioteca Nacional de España

recha; pues, mirándola de frente, entendí que es agorera. No hay en la población de Ítaca un linaje más real que el vuestro y mandaréis allá perpetuamente.

Respondióle el prudente Telémaco:

Telémaco.—Ojalá se cumpliese lo que dices, oh forastero, que bien pronto conocerías mi amistad, pues te hacía tantos presentes que te considerara dichoso quien contigo se encontrase.

Dijo; y habló así a Pireo, su fiel amigo:

Telémaco.—¡Pireo Clítida! Tú, que en las restantes cosas eres el más obediente de los compañeros que me han seguido a Pilos, llévate ahora mi huésped a tu casa, trátale con solícita amistad y hónrale hasta que yo llegue.

Respondióle Pireo, señalado por su lanza:

Pireo.—¡Telémaco! Aunque fuere mucho el tiempo que aquí te detengas, yo me cuidaré de él y no echará de menos los dones de la hospitalidad.

Cuando así hubo hablado, subió a la nave y ordenó a los compañeros que se embarcaran y desataran las amarras. Éstos se embarcaron en seguida, sentándose por orden en los bancos.

Telémaco se calzó las hermosas sandalias y tomó del tablado del bajel la lanza fuerte y de broncínea punta, mientras los marineros soltaban las amarras. Hiciéronse a la vela y navegaron con rumbo a la población, como se lo había mandado Telémaco, hijo amado del divinal Odiseo. Y él se fué a buen paso hacia la majada donde tenía innumerables puercos, junto a los cuales pasaba la noche el porquerizo, que tan afecto era a sus señores.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVI

RECONOCIMIENTO DE ODISEO POR TELÉMACO

No bien rayó la luz de la aurora, Odiseo y el divinal porquerizo encendieron fuego en la cabaña y prepararon el desayuno, después de despedir a los pastores que se fueron con los cerdos repartidos en piaras. Cuando Telémaco llegó a la majada, los perros ladradores le halagaron, sin que ninguno ladrase. Advirtió Odiseo que los perros meneaban la cola, percibió el ruido de las pisadas, y en seguida dijo a Eumeo estas aladas palabras:

Odiseo.—¡Eumeo! Sin duda viene algún compañero tuyo u otro conocido, porque los perros, en vez de ladrar, mueven la cola y oigo ruido de pasos.

Aún no había terminado de proferir estas palabras, cuando su caro hijo se detuvo en el umbral. Levantóse atónito el porquerizo, se le cayeron las tazas con que se ocupaba en mezclar el negro vino, fuése al encuentro de su señor, y le besó la cabeza, los bellos ojos y ambas manos, vertiendo abundantes lágrimas. De la suerte que el padre amoroso abraza al hijo unigénito que le nació en la senectud y por quien ha pasado muchas fatigas, cuando éste torna de lejanos países después de una ausencia de diez años; así el divinal porquerizo estrechaba al deiforme Telémaco y le besaba, como si el joven se hubiera librado de la muerte. Y sollozando, estas aladas palabras le decía:

Eumeo.—¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! No pensaba verte más, desde que te fuiste en la nave a Pilos. Mas, ea, entra, hijo querido, para que se huelgue mi ánimo en contemplarte, ya que estás en mi cabaña recién llegado de otras tierras. Pues no vienes a menudo a ver el campo y los pastores, sino que te quedas en la ciudad: ¡tanto te place fijar la vista en la multitud de los funestos pretendientes!

Respondióle el prudente Telémaco:

Telémaco.—Se hará como deseas, abuelo, que por ti vine, por verte con mis ojos y saber si mi madre permanece todavía en el palacio o ya alguno de aquellos varones se casó con ella, y el lecho de Odiseo, no habiendo quien yazga en él, está por las telarañas ocupado.

Le dijo entonces el porquerizo, mayoral de los pastores:

Eumeo.—Ella permanece en tu palacio, con el ánimo afligido, y consume tristemente los días y las noches, llorando sin cesar.

Cuando así hubo hablado, tomóle la broncínea lanza; y Telémaco entró

Biblioteca Nacional de España

por el umbral de piedra. Su padre Odiseo quiso ceder el asiento al que llegaba, pero Telémaco prohibióselo con estas palabras:

44 *Telémaco.*—Siéntate, huésped, que ya hallaremos asiento en otra parte de nuestra majada, y está muy próximo el varón que ha de prepararlo.

46 Así le dijo; y el héroe tornó a sentarse. Para Telémaco, el porquerizo esparció por tierra ramas verdes y cubriólas con una pelleja, en la cual se acomodó el caro hijo de Odiseo. Luego sirvióles el porquerizo platos de carne asada que habían sobrado de la comida de la víspera, amontonó diligentemente el pan en los canastillos, vertió en una copa de hiedra vino dulce como la miel, y sentóse enfrente del divinal Odiseo. Todos metieron mano en las viandas que tenían delante. Y ya satisfecho el apetito de beber y de comer, Telémaco habló de este modo al divinal porquerizo:

57 *Telémaco.*—¡Abuelo! ¿De dónde te ha llegado ese huésped? ¿Cómo los marineros lo trajeron a Ítaca? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no me figuro que haya venido andando.

60 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

61 *Eumeo.*—¡Oh hijo! De todo voy a decirte la verdad. Se precia de tener su linaje en la espaciosa Creta, y dice que ha andado vagabundo por muchas de las poblaciones de los mortales porque un numen así lo dispuso. Ahora llegó a mi establo, huyendo del bajel de unos tesprotos, y a ti te lo entrego: haz por él lo que quieras, pues a honra tiene el ser tu suplicante.

68 Contestóle el prudente Telémaco:

69 *Telémaco.*—¡Eumeo! En verdad que me causa gran pena lo que has dicho. ¿Cómo acogeré en mi casa al forastero? Yo soy joven y no tengo confianza en mis manos para rechazar a quien lo injurie; y mi madre trae en su pecho el ánimo indeciso entre quedarse a mi lado y cuidar de la casa, por respeto al lecho conyugal y temor del dicho de la gente, o irse con quien sea el mejor de los aqueos que la pretenden en el palacio y le haga más donaciones. Pero, ya que ese huésped llegó a tu morada, le entregaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, le daré una espada de doble filo y sandalias para los pies, y le enviaré adonde su corazón y su ánimo prefieran. Y si quieres, cúidate de él, teniéndolo en la majada; que yo te enviaré vestidos y manjares de toda especie para que coma y no os sea gravoso ni a ti ni a tus compañeros. Mas, no he de permitir que vaya allá, a juntarse con los pretendientes cuya malvada insolencia es tan grande, para evitar que lo zahieran y me causen un grave disgusto; pues un hombre, por fuerte que sea, nada consigue revolviéndose contra tantos, que al fin son mucho más poderosos.

90 Díjole entonces el paciente divinal Odiseo:

91 *Odiseo.*—¡Oh amigo! Puesto que es justo que te responda, se me desgarra el corazón cuando te oigo hablar de las iniquidades que, según decís, maquinan los pretendientes en el palacio, contra tu voluntad y siendo cual eres. Dime si te sometes voluntariamente, o te odia quizás la gente del pueblo a causa de lo revelado por una deidad, o si por acaso te quejas de tus hermanos; pues, con la ayuda de éstos, cualquier hombre pelea confiadamente, aunque sea grande la lucha que se levante. Ojalá que, con el ánimo que tengo,

Biblioteca Nacional de España

gozara de tu juventud y fuera hijo del eximio Odiseo o éste en persona que, vagando, volviese a su patria—pues aún hay esperanza de que así suceda:—cortárame la cabeza un varón enemigo, si no me convertía entonces en una calamidad para todos aquéllos, encaminándome al palacio de Odiseo Laertíada. Y si, con estar yo solo, hubiera de sucumbir ante la multitud de los mismos, más querría recibir la muerte en mi palacio que presenciar continuamente esas acciones inicuas: huéspedes maltratados, siervas forzadas indignamente en las hermosas estancias, el vino exhausto; y los pretendientes comiendo de temerario modo, sin cesar, y por una empresa que no ha de llevarse a cumplimiento.

112 Respondióle el prudente Telémaco:

113 *Telémaco.*—¡Oh forastero! Voy a informarte con gran sinceridad. No me hice odioso para que se airara conmigo todo el pueblo; ni tampoco he de quejarme de los hermanos, con cuya ayuda cualquier hombre pelea confiadamente aunque sea grande la lucha que se levante, pues el Cronión hizo que fueran siempre unigénitos los de mi linaje. Arcesio engendró a Laertes, su hijo único; éste no engendró más que a mi padre Odiseo; y Odiseo, después de haberme engendrado a mí tan solamente, dejóme en el palacio y no disfrutó de mi compañía. Por esto hay en nuestra mansión innumerables enemigos. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zacinto, y cuantos imperan en la áspera Ítaca, todos pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre ni rechaza las odiosas nupcias, ni sabe poner fin a tales cosas; y ellos comen y agotan mi hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo. Mas el asunto está en mano de los dioses. Y ahora tú, abuelo, ve aprisa y dile a la discreta Penelopea que estoy en salvo y que he llegado de Pilos. Yo me quedaré aquí y tú vuelve inmediatamente que se lo hayas participado, pero a ella sola y sin que ninguno de los demás aqueos se entere; pues son muchos los que maquinan en mi daño cosas malas.

135 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

136 *Eumeo.*—Entiendo, hágome cargo, lo mandas a quien te comprende. Mas, ea, habla y dime con sinceridad si me iré de camino a participárselo al infortunado Laertes; el cual, aunque pasaba gran pena por la ausencia de Odiseo, iba a vigilar las labores y dentro de su casa comía y bebía con los siervos cuando su ánimo se lo aconsejaba; pero dicen que ahora, desde que te fuiste en la nave a Pilos, no come ni bebe como acostumbraba, ni vigila las labores, antes está sollozando y lamentándose, y la piel se le seca en torno a los huesos.

146 Contestóle el prudente Telémaco:

147 *Telémaco.*—Muy triste es, pero dejémoslo aunque nos duela; que si todo se hiciese al arbitrio de los mortales, escogeríamos primeramente que luciera el día del regreso de mi padre. Tú vuelve así que hayas dado la noticia y no vagues por los campos en busca de aquél; pero encarga a mi madre que le envíe escondidamente y sin perder tiempo la esclava despensera; y ésta se lo participará al anciano.

154 Dijo, y dió prisa al porquero; quien tomó las sandalias y, atándoselas a

Biblioteca Nacional de España

los pies, se fué a la ciudad. No dejó Atenea de advertir que el porquerizo Eumeo salía de la majada; y se acercó a ésta, transfigurándose en una mujer hermosa, alta y entendida en espléndidas labores. Paróse al umbral de la cabaña y se le apareció a Odiseo, sin que Telémaco la viese, ni notara su llegada, pues los dioses no se hacen visibles para todos; mas Odiseo la vió y también los canes, que no ladraron, sino que huyeron, dando gañidos, a otro lugar de la majada. Hizo Atenea una señal con las cejas; la entendió el divino Odiseo y salió de la cabaña, transponiendo el alto muro del patio. Detúvose luego ante la deidad y oyó a Atenea que le decía:

167 *Atenea.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Habla con tu hijo y nada le ocultes, para que, después de tramar cómo daréis la muerte y la Parca a los pretendientes, os vayáis a la ínclita ciudad; que yo no permaneceré mucho tiempo lejos de vosotros, deseosa como estoy de entrar en combate.

172 Dijo Atenea; y, tocándole con la varita de oro, le cubrió el pecho con una túnica y un manto limpio, y le aumentó la talla y el vigor juvenil. El héroe recobró también su color moreno, se le redondearon las mejillas y ennegrecióse el pelo de la barba. Hecho esto, la diosa se fué, y Odiseo volvió a la cabaña. Vióle con gran asombro su hijo amado, el cual se turbó, volvió los ojos a otra parte, por si acaso aquella persona fuese alguna deidad, y le dijo estas aladas palabras:

181 *Telémaco.*—¡Oh forastero! Te muestras otro en comparación de antes, pues se han cambiado tus vestiduras y tu cuerpo no se parece al que tenías. Indudablemente debes de ser uno de los dioses que poseen el anchuroso cielo. Pues sénos propicio, a fin de que te ofrezcamos sacrificios agradables y áureos presentes de fina labor. ¡Apiádate de nosotros!

186 Contestóle el paciente divinal Odiseo:

187 *Odiseo.*—No soy ningún dios. ¿Por qué me confundes con los inmortales? Soy tu padre, por quien gimes y sufres tantos dolores y aguantas las violencias de los hombres.

190 Diciendo así, besó a su hijo y dejó que las lágrimas, que hasta entonces había detenido, le cayeran por las mejillas en tierra. Mas Telémaco, como aún no estaba convencido de que aquél fuese su padre, respondióle nuevamente con estas palabras:

194 *Telémaco.*—Tú no eres mi padre Odiseo, sino un dios que me engaña para que luego me lamente y suspire aún más; que un mortal no haría tales cosas con su inteligencia, a no ser que se le acercase un dios y lo transformara fácilmente y a su antojo en joven o viejo. Poco ha eras anciano y estabas vestido miserablemente; mas ahora te pareces a los dioses que habitan el anchuroso cielo.

201 Replicóle el ingenioso Odiseo:

202 *Odiseo.*—¡Telémaco! No conviene que te admires de tan extraordinaria manera, ni que te asombres de tener a tu padre aquí dentro; pues ya no vendrá otro Odiseo, que ése soy yo, tal como ahora me ves, que, habiendo padecido y vagado mucho, torno en el vigésimo año a la patria tierra. Lo que has

Biblioteca Nacional de España

presenciado es obra de Atenea, que impera en las batallas; la cual me transforma a su gusto, porque puede hacerlo; y unas veces me cambia en un mendigo y otras en un joven que cubre su cuerpo con hermosas vestiduras. Muy fácil es para las deidades que residen en el anchuroso cielo dar gloria a un mortal o envilecerle.

213 Dichas estas palabras, se sentó. Telémaco abrazó a su buen padre, entre sollozos y lágrimas. A entrambos les vino el deseo del llanto y lloraron ruidosamente, plañendo más que las aves—águilas o buitres de corvas uñas—cuando los rústicos les quitan los hijuelos que aún no volaban: de semejante manera, derramaron aquéllos tantas lágrimas que movían a compasión. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si Telémaco no hubiese dicho repentinamente a su padre:

222 *Telémaco.*—¿En qué nave los marineros te han traído acá, a Ítaca, padre amado? ¿Quiénes se precian de ser? Pues no creo que hayas venido andando.

225 Díjole entonces el paciente divinal Odiseo:

226 *Odiseo.*—Yo te contaré, oh hijo, la verdad. Trajéronme los feacios, navegantes ilustres que suelen conducir a cuantos hombres arriban a su tierra: me transportaron por el ponto en su velera nave mientras dormía y me dejaron en Ítaca, habiéndome dado espléndidos presentes—bronce, oro en abundancia y vestiduras tejidas—que se hallan en una cueva por la voluntad de los dioses. Y he venido acá, por consejo de Atenea, a fin de que tramemos la muerte de nuestros enemigos. Mas, ea, enumérame y descríbeme los pretendientes para que, sabiendo yo cuántos y cuáles son, medite en mi ánimo irreprensible si nosotros dos nos bastaremos contra todos o será preciso buscar ayuda.

240 Respondióle el prudente Telémaco:

241 *Telémaco.*—¡Oh padre! Siempre oí decir que eres famoso por el valor de tus manos y por la prudencia de tus consejos; pero es muy grande lo que dijiste y me tienes asombrado, que no pudieran dos hombres solos luchar contra muchos y esforzados varones. Pues los pretendientes no son una decena justa, ni dos tan solamente, sino muchos más, y pronto vas a saber el número. De Duliquio vinieron cincuenta y dos mozos escogidos, a los que acompañan seis criados; otros veinticuatro mancebos son de Same; de Zacinto hay veinte jóvenes aqueos; y de la misma Ítaca, doce, todos ilustres; y están con ellos el heraldo Medonte, un divinal aedo y dos criados peritos en el arte de trinchar. Si arremetemos contra todos los que se hallan dentro, temo que, ahora que has llegado, pagues muy amarga y terriblemente el propósito de castigar sus demasías. Pero tú piensa si es posible hallar algún defensor que nos ayude con ánimo benévolo.

258 Contestóle el paciente divinal Odiseo:

259 *Odiseo.*—Voy a decirte una cosa; atiende y óyeme. Reflexiona si nos bastarán Atenea y el padre Zeus, o he de buscar algún otro defensor.

262 Respondióle el prudente Telémaco:

263 *Telémaco.*—Buenos son los defensores de que me hablas, aunque residen en lo alto, en las nubes; que ellos imperan sobre los hombres y los inmortales dioses.

Biblioteca Nacional de España

266 Díjole a su vez el paciente divinal Odiseo:

267 *Odiseo.*—No permanecerán mucho tiempo apartados de la encarnizada lucha, así que la fuerza de Ares ejerza el oficio de juez en el palacio entre los pretendientes y nosotros. Ahora tú, apenas se descubra la aurora, vete a casa y mézclate con los soberbios pretendientes, y a mí el porquerizo me llevará más tarde a la población, transformado en viejo y miserable mendigo. Si me ultrajaren en el palacio, sufre en el corazón que tienes en el pecho que yo padezca malos tratamientos. Y si vieres que me echan, arrastrándome en el palacio por los pies, o me hieren con saetas, pasa por ello también. Mándales únicamente, amonestándolos con dulces palabras, que pongan fin a sus locuras; mas ellos no te harán caso, que ya les llegó el día fatal. Otra cosa te diré que guardarás en tu corazón: tan luego como la sabia Atenea me lo inspire, te haré una señal con la cabeza; así que la notes, llévate las marciales armas que hay en el palacio, colócalas en lo hondo de mi habitación de elevado techo y engaña a los pretendientes con suaves palabras cuando, echándolas de menos, te pregunten por ellas: «Las he llevado lejos del humo, porque ya no parecen las que dejó Odiseo al partir para Troya; sino que están afeadas en la parte que alcanzó el ardor del fuego. Además, el Cronión sugirióme en la mente esta otra razón más poderosa: no sea que, embriagándoos, trabéis una disputa, os hiráis los unos a los otros, y mancilléis el convite y el noviazgo; que ya el hierro por sí solo atrae al hombre.» Tan solamente dejarás para nosotros dos espadas, dos lanzas y dos escudos de boyuno cuero, que podamos tomar al acometer a los pretendientes, y a éstos los ofuscarán después Palas Atenea y el próvido Zeus. Otra cosa te diré que guardarás en tu corazón: si en verdad eres hijo mío y de mi sangre, ninguno oiga decir que Odiseo está dentro, ni lo sepa Laertes, ni el porquerizo, ni los domésticos, ni la misma Penelopea, sino solos tú y yo procuremos conocer la disposición en que se hallan las mujeres y pongamos a prueba los esclavos, para averiguar cuáles nos honran y nos temen en su corazón y cuáles no se cuidan de nosotros y te desprecian a ti siendo cual eres.

308 Contestándole, le habló así su preclaro hijo:

309 *Telémaco.*—¡Oh padre! Figúrome que pronto te será conocido mi ánimo, que no es la flaqueza de espíritu lo que me domina; mas no creo que lo que propones haya de sernos ventajoso y te invito a meditarlo. Andarás mucho tiempo y en vano si quieres probar à cada uno, yéndote por los campos; mientras ellos, muy tranquilos en el palacio, devoran nuestros bienes orgullosa e inmoderadamente. Yo te exhorto a que averigües cuáles mujeres te hacen poco honor y cuáles están sin culpa; pero no quisiera ir a probar a los hombres por las majadas, sino dejarlo para más tarde, en el supuesto de que hayas visto verdaderamente alguna señal enviada por Zeus, que lleva la égida.

321 Así éstos conversaban. En tanto, arribaba a Ítaca la bien construida nave que traía de Pilos a Telémaco y a todos sus compañeros; los cuales, así que llegaron al profundo puerto, sacaron la negra embarcación a tierra firme, y, después de llevarse los aparejos unos diligentes servidores, transportaron ellos los magníficos presentes a la morada de Clitio. Luego enviaron un heraldo a la

Biblioteca Nacional de España

casa de Odiseo, que diese nuevas a la prudente Penelopea de cómo Telémaco estaba en el campo y había ordenado que el bajel navegase hacia la ciudad, para evitar que la ilustre reina, sintiendo temor en su corazón, derramara tiernas lágrimas. Encontráronse el heraldo y el divinal porquerizo, que iban a dar a la reina la misma nueva, y tan pronto como llegaron a la casa del divino rey, dijo el heraldo en medio de las esclavas:

337 *El heraldo.*—¡Oh reina! Ya llegó de Pilos tu hijo amado.

338 El porquerizo se acercó a Penelopea, le refirió cuanto su hijo ordenaba que se le dijese y, hecho el mandado, volvióse a sus puercos, dejando atrás la cerca y el palacio.

342 Los pretendientes, afligidos y confusos, salieron del palacio, transpusieron el alto muro del patio y sentáronse delante de la puerta. Y Eurímaco, hijo de Pólibo, comenzó a arengarles:

346 *Eurímaco.*—¡Oh amigos! ¡Gran proeza ha ejecutado orgullosamente Telémaco con ese viaje! ¡Y decíamos que no lo llevaría a efecto! Mas, ea, echemos al agua la mejor nave negra, proveámosla de remadores, y vayan al punto a decir a aquéllos que vuelvan prestamente al palacio.

351 Apenas hubo dicho estas palabras, cuando Anfínomo, volviéndose desde su sitio, vió que el bajel entraba en el hondísimo puerto y sus tripulantes amainaban las velas o tenían el remo en la mano. Y con suave risa dijo a sus compañeros:

355 *Anfínomo.*—No enviemos ningún mensaje, que ya están en el puerto, sea porque un dios se lo haya dicho, sea porque vieron pasar la nave y no lograron alcanzarla.

358 Así habló. Levantáronse todos, fuéronse a la ribera del mar, sacaron en el acto la negra nave a tierra firme y los diligentes servidores se llevaron los aparejos. Seguidamente se encaminaron juntos al ágora, no dejando que se sentase con ellos ningún otro hombre, ni mozo ni anciano. Y Antínoo, hijo de Eupites, hablóles de esta suerte:

364 *Antínoo.*—¡Oh dioses! ¡Cómo las deidades libraron del mal a ese hombre! Durante el día los atalayas estaban sentados en las ventosas cumbres, sucediéndose sin interrupción; y después de ponerse el sol, jamás pasamos la noche en tierra firme, pues, yendo por el ponto en la velera nave hasta la aparición de la divinal Aurora, acechábamos la llegada de Telémaco para aprisionarle y acabar con él; y en tanto lo condujo a su casa alguna deidad. Mas, tramemos algo ahora mismo para que le podamos dar deplorable muerte: no sea que se nos escape; pues se me figura que mientras viva no se llevarán a cumplimiento nuestros intentos, ya que él sobresale por su consejo e inteligencia y nosotros no nos hemos congraciado totalmente con el pueblo. Ea, antes que Telémaco reúna a los aqueos en el ágora—y opino que no dejará de hacerlo, sino que guardará su cólera y, levantándose en medio de todos, les participará que tramamos contra él una muerte terrible, sin que lográramos alcanzarle; y los demás, en oyéndolo, no han de alabar estas malas acciones y quizás nos causen algún daño y nos echen de nuestra tierra, y tengamos que irnos a otro país,—prevengámosle con darle muerte en el campo, lejos de

Biblioteca Nacional de España

la ciudad, o en el camino; apoderémonos de sus bienes y heredades a fin de repartírnoslos equitativamente; y entreguemos el palacio a su madre y a quien la despose, para que en común lo posean. Y si esta proposición os desplace y queréis que Telémaco viva y conserve íntegros los bienes paternos, de hoy más no le comamos en gran abundancia, reunidos todos aquí, las agradables riquezas; antes bien, pretenda cada cual desde su casa a Penelopea solicitándola con regalos de boda, y cásese ella con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.

393 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, hasta que les arengó el preclaro hijo del rey Niso Aretíada, Anfínomo, que había venido de la herbosa Duliquio, abundante en trigo, estaba a la cabeza de los pretendientes y era el más grato a Penelopea porque sus palabras manifestaban buenos sentimientos. Éste, pues, les arengó con benevolencia diciendo:

400 *Anfínomo.*—¡Oh amigos! Yo no quisiera matar de esa suerte a Telémaco, que es grave cosa destruir el linaje de los reyes; sino consultar primeramente la voluntad de las deidades. Si los decretos del gran Zeus lo aprobaren, yo mismo lo mataría, exhortándoos a todos a que me ayudarais; mas si los dioses nos apartaran de ese intento, os invitaría a que desistierais.

406 Así se expresó Anfínomo y a todos les plugo lo que dijo. Levantáronse en seguida, fuéronse a la casa de Odiseo y, en llegando, tomaron asiento en pulimentadas sillas.

409 Entonces la prudente Penelopea decidió otra cosa: mostrarse a los pretendientes que se portaban con orgullosa insolencia; pues supo por el heraldo Medonte, el cual había oído las deliberaciones, que en el palacio se tramaba la muerte de su propio hijo. Fuése hacia la sala, acompañándola sus esclavas. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo, e increpó a Antínoo, diciéndole de esta suerte:

418 *Penelopea.*—¡Antínoo, poseído de insolencia, urdidor de maldades! Dicen en el pueblo de Ítaca que descuellas sobre los de tu edad en el consejo y en la elocuencia, mas no eres ciertamente cual se figuran. ¡Desatinado! ¿Por qué estás maquinando cómo dar a Telémaco la muerte y el destino, y no te cuidas de los suplicantes, los cuales tienen por testigo a Zeus? No es justo que traméis males los unos contra los otros. ¿Acaso ignoras que tu padre vino acá huido, por temer al pueblo? Hallábase éste muy irritado contra él, porque había ido, siguiendo a unos piratas tafios, a causar daño a los tesprotos, nuestros aliados; y querían matarlo, y arrancarle el corazón, y devorar sus muchos y agradables bienes; pero Odiseo los contuvo e impidió que lo hicieran, no obstante su deseo. Y ahora te comes ignominiosamente su casa, pretendes a su mujer, intentas matarle el hijo y me tienes grandemente contristada. Mas yo te requiero que ceses ya y mandes a los demás que hagan lo propio.

434 Respondióle Eurímaco, hijo de Pólibo:

435 *Eurímaco.*—¡Hija de Icario! ¡Discreta Penelopea! Cobra ánimo y no te apures por tales cosas. No hay hombre, ni lo habrá, ni nacerá siquiera, que

Biblioteca Nacional de España

ponga sus manos en tu hijo Telémaco mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra. Lo que voy a decir llevárase al cabo: presto su negruzca sangre correría en torno de mi lanza. Muchas veces Odiseo, el asolador de ciudades, tomándome sobre sus rodillas, me puso en la mano carne asada y me dió a beber rojo vino: por esto Telémaco me es caro sobre todos los hombres y le exhorto a no temer la muerte que pueda venirle de los pretendientes; que la enviada por los dioses es inevitable.

448 Así le habló para tranquilizarla; pero también maquinaba la muerte de Telémaco. Y Penelopea se fué nuevamente a la espléndida habitación superior, donde lloró a Odiseo, su querido esposo, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, le difundió en los párpados el dulce sueño.

452 Al caer de la tarde, el divinal porquerizo volvió junto a Odiseo y su hijo, los cuales habían sacrificado un puerco añal y aparejaban la cena. Entonces se les acercó Atenea y, tocando con su vara a Odiseo Laertíada, lo convirtió otra vez en anciano y le cubrió el cuerpo con miserables vestiduras: no fuera que el porquerizo, al verle cara a cara, lo reconociese, y, en vez de guardar la noticia en su pecho, partiera para anunciársela a la discreta Penelopea.

460 Telémaco fué el primero en hablar y dijo de esta suerte:

461 *Telémaco.*—¡Llegaste ya, divinal Eumeo! ¿Qué se dice por la población? ¿Están en ella, de regreso de la emboscada, los soberbios pretendientes o me acechan aún, esperando que vuelva a mi casa?

464 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

465 *Eumeo.*—No me cuidé de inquirir ni de preguntar tales cosas mientras anduve por la ciudad; pues tan luego como di la noticia, incitóme el ánimo a venirme con toda diligencia. Encontróse conmigo un heraldo, diligente nuncio de tus compañeros, que fué el primero que le habló a tu madre. También sé otra cosa, que he visto con mis ojos. Al volver, cuando ya me hallaba más alto que la ciudad, donde está el cerro de Hermes, vi que una velera nave bajaba a nuestro puerto; y en ella había multitud de hombres, y estaba cargada de escudos y de lanzas de doble filo. Creí que serían ellos, mas no puedo asegurarlo.

476 Así se expresó. Sonrióse el esforzado y divinal Telémaco y volvió los ojos a su padre, recatándose de que lo viera el porquerizo.

478 Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y a nadie le faltó su respectiva porción. Y ya satisfecha la gana de beber y de comer, pensaron en acostarse y el don del sueño recibieron.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVII

VUELTA DE TELÉMACO A ÍTACA

Así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, Telémaco, hijo amado del divino Odiseo, ató a sus pies hermosas sandalias, asió una fornida lanza que se adaptaba a su mano y, disponiéndose a partir para la ciudad, habló de este modo a su porquerizo:

6 *Telémaco.*—¡Abuelo! Voyme a la ciudad, para que me vea mi madre; pues no creo que deje el triste llanto, ni el luctuoso gemir, hasta que nuevamente me haya visto. A ti te ordeno que lleves el infeliz huésped a la población, a fin de que mendigue en ella para comer, y el que quiera le dará un mendrugo y una copa de vino; pues yo tengo el ánimo apesarado y no puedo hacerme cargo de todos los hombres. Y si el huésped se irritase mucho, peor para él; que a mí me gusta decir las verdades.

16 Respondióle el ingenioso Odiseo:

17 *Odiseo.*—¡Amigo! También yo prefiero que no me detengan, pues más le conviene a un pobre mendigar la comida por la ciudad que por los campos. Me dará el que quiera. Por mi edad ya no estoy para quedarme en la majada y obedecer a un amo en todas las cosas que me ordenare. Vete, pues; que a mí me acompañará ese hombre a quien se lo mandas, tan pronto como me caliente al fuego y venga el calor del día: no fuera que, hallándose en tan mal estado mis vestiduras, el frío de la mañana acabase conmigo, pues decís que la ciudad está lejos.

26 Así se expresó. Salió Telémaco de la majada, andando a buen paso y maquinando males contra los pretendientes. Cuando llegó al cómodo palacio, arrimó su lanza a una alta columna y entróse más adentro, pasando el lapídeo umbral.

31 Vióle la primera de todas Euriclea, su nodriza, que se ocupaba en cubrir con pieles los labrados asientos, y corrió a su encuentro derramando lágrimas. Asimismo se juntaron a su alrededor las demás esclavas de Odiseo, de ánimo paciente; y todas le abrazaron, besándole la cabeza y los hombros.

36 Salió de su estancia la discreta Penelopea, que parecía Ártemis o la áurea Afrodita; y, muy llorosa, echó los brazos sobre el hijo amado, besóle la cabeza y los lindos ojos, y dijo, sollozando, estas aladas palabras:

41 *Penelopea.*—¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! Ya no pensaba verte más desde que te fuiste en la nave a Pilos, ocultamente y contra mi deseo, en busca de noticias de tu padre. Mas, ea, relátame lo que hayas visto.

Biblioteca Nacional de España

45 Contestóle el prudente Telémaco:

46 *Telémaco.*—¡Madre mía! Ya que me he salvado de una terrible muerte, no me incites a que llore, ni me conmuevas el corazón dentro del pecho; antes bien, vete con tus esclavas a lo alto de la casa, lávate, envuelve tu cuerpo en vestidos puros y haz voto de sacrificar a todos los dioses perfectas hecatombes, si Zeus permite que tenga cumplimiento la venganza. Y yo, en tanto, iré al ágora para llamar a un huésped que se vino conmigo al volver acá y lo envié con los compañeros iguales a los dioses, con orden de que Pireo, llevándoselo a su morada, lo tratase con solícita amistad y lo honrara hasta que yo viniera.

57 Así le dijo; y ninguna palabra voló de los labios de Penelopea. Lavóse ésta, envolvió su cuerpo en vestidos puros, e hizo voto de sacrificar a todos los dioses perfectas hecatombes, si Zeus permitía que tuviese cumplimiento la venganza.

61 Telémaco salió del palacio, lanza en mano, y dos canes de ágiles pies le siguieron. Y Atenea puso en él tal gracia divinal que, al verle llegar, todo el pueblo lo contemplaba con admiración. Pronto le rodearon los soberbios pretendientes, pronunciando buenas palabras y revolviendo en su espíritu cosas malas; pero se apartó de la gran muchedumbre de ellos y fué a sentarse donde estaban Méntor, Ántifo y Haliterses, antiguos compañeros de su padre, que le hicieron preguntas sobre muchas cosas. Presentóseles Pireo, señalado por su lanza, que traía el huésped al ágora, por la ciudad; y Telémaco no se quedó lejos de él, sino que en seguida se le puso al lado. Pireo fué el primero en hablar y dijo de semejante modo:

75 *Pireo.*—¡Telémaco! Manda presto mujeres a mi casa, para que te remita los presentes que te dió Menelao.

77 Respondióle el prudente Telémaco:

78 *Telémaco.*—¡Pireo! Aún no sabemos cómo acabarán estas cosas. Si los soberbios pretendientes, matándome a traición en el palacio, se repartieran los bienes de mi padre, quiero más que goces tú de los presentes, que no alguno de ellos; y si yo alcanzare a darles la muerte y la Parca, entonces, estando yo alegre, me los traerás alegre a mi morada.

84 Diciendo así, llevóse el infortunado huésped a su casa. Llegados al cómodo palacio, dejaron sus mantos en sillas y sillones, y fueron a lavarse en unas bañeras muy pulidas. Y una vez lavados y ungidos con aceite por las esclavas, que les pusieron túnicas y lanosos mantos, salieron del baño y sentáronse en sillas. Una esclava dióles aguamanos, que traía en magnífico jarro de oro y vertió en fuente de plata, y puso delante de ellos una pulimentada mesa. La veneranda despensera trájoles pan y dejó en la mesa buen número de manjares, obsequiándolos con los que tenía guardados. Sentóse la madre enfrente de los dos jóvenes, cerca de la columna en que se apoyaba el techo de la habitación; y, reclinada en una silla, se puso a sacar de la rueca delgados hilos. Aquéllos metieron mano en las viandas que tenían delante. Y cuando hubieron satisfecho las ganas de beber y de comer, la discreta Penelopea comenzó a hablarles de esta suerte:

101 *Penelopea.*—¡Telémaco! Me iré a la estancia superior para acostarme en

Biblioteca Nacional de España

aquel lecho que tan luctuoso es para mí y que siempre está regado de mis lágrimas desde que Odiseo se fué a Ilión con los Atridas; y aún no habrás querido decirme con claridad, antes que los soberbios pretendientes vuelvan a esta casa, si en algún sitio oíste hablar del regreso de tu padre.

107 Respondióle el prudente Telémaco:

108 *Telémaco.*—Yo te referiré, oh madre, la verdad. Fuimos a Pilos para ver a Néstor, pastor de hombres; el cual me recibió en su excelso palacio y me trató tan solícita y amorosamente como un padre al hijo que vuelve tras larga ausencia. ¡Con tal solicitud me acogieron él y sus gloriosos hijos! Pero me aseguró que no había oído que ningún hombre de la tierra hablara del paciente Odiseo, vivo o muerto; y envióme al Atrida Menelao, famoso por su lanza, dándome corceles y un sólido carro. Vi allí a la argiva Helena, que fué causa, por la voluntad de los dioses, de que tantas fatigas padecieran argivos y teucros. No tardó en preguntarme Menelao, valiente en la pelea, qué necesidad me llevaba a la divina Lacedemonia; yo se lo relaté todo sinceramente, y entonces me respondió con estas palabras: «¡Oh dioses! En verdad que quieren acostarse en la cama de un varón muy esforzado aquellos hombres tan cobardes. Así como cuando una cierva pone sus hijuelos recién nacidos, de teta todavía, en la madriguera de un bravo león y se va a pacer por los bosques y los herbosos valles, el león vuelve a la madriguera y da a entrambos cervatillos indigna muerte, de semejante modo también Odiseo les ha de dar a aquéllos vergonzosa muerte. Ojalá se mostrase, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, tal como era cuando en la bien construida Lesbos se levantó contra el Filomelida, en una disputa, y luchó con él, y lo derribó con ímpetu, de lo cual se alegraron todos los aqueos; si, mostrándose tal, se encontrara Odiseo con los pretendientes, fuera corta la vida de éstos y las bodas les saldrían muy amargas. Pero en lo que me preguntas y suplicas que te cuente, no quisiera apartarme de la verdad ni engañarte; y de cuantas cosas me refirió el veraz anciano de los mares, no te callaré ni ocultaré ninguna. Dijo que lo vió en una isla, abrumado por recios pesares—en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza—y que no le es posible llegar a la patria tierra porque no tiene naves provistas de remos ni compañeros que lo conduzcan por el ancho dorso del mar. Así habló el Atrida Menelao, famoso por su lanza. Ejecutadas tales cosas, emprendí la vuelta, y los inmortales concediéronme próspero viento y me han traído con gran rapidez a mi querida patria.

150 Así dijo; y ella sintió que en el pecho se le conmovía el corazón. Entonces Teoclímeno, semejante a un dios, les dijo de esta suerte:

152 *Teoclímeno.*—¡Oh veneranda esposa de Odiseo Laertíada! Aquél nada sabe con claridad; pero oye mis palabras, que yo te haré un vaticinio cierto y no he de ocultarte cosa alguna. Sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del intachable Odiseo a que he llegado, de que el héroe ya se halla en su patria tierra, sentado o moviéndose; tiene noticia de esas inicuas acciones, y maquina males contra todos los pretendientes. Tal augurio observé desde la nave de muchos bancos, como se lo dije a Telémaco.

Biblioteca Nacional de España

162 Respondióle la discreta Penelopea:

163 *Penelopea.*—Ojalá se cumpliese lo que dices, oh forastero, que bien pronto conocerías mi amistad; pues te haría tantos presentes que te consideraría dichoso quien contigo se encontrase.

166 Así éstos conversaban. En tanto divertíanse los pretendientes, delante del palacio de Odiseo, tirando discos y jabalinas en el labrado pavimento donde acostumbraban hacer sus insolencias. Mas cuando fué hora de cenar y vinieron de todos los campos reses conducidas por los pastores que solían traerlas, dijo Medonte, el heraldo que más grato les era a los pretendientes y a cuyos banquetes asistía:

174 *Medonte.*—¡Jóvenes! Ya que todos habéis recreado vuestro ánimo con los juegos, venid al palacio y dispondremos la cena, pues conviene que se tome en tiempo oportuno.

177 Así les habló; y ellos se levantaron y obedecieron sus palabras. Llegados al cómodo palacio, dejaron sus mantos en sillas y sillones, y sacrificaron ovejas muy crecidas, pingües cabras, puercos gordos y una gregal vaca, aparejando con ello su banquete.

182 En esto, disponíanse Odiseo y el divinal porquerizo a partir del campo hacia la ciudad. Y el porquerizo, mayoral de los pastores, comenzó a decir:

185 *Eumeo.*—¡Huésped! Ya que deseas encaminarte hoy mismo a la ciudad, como lo ordenó mi señor—yo preferiría que permanecieses aquí para guardar los establos; mas respeto a aquél y temo que me riña, y las increpaciones de los amos son muy pesadas,—ea, vámonos ahora, que ya pasó la mayor parte del día y pronto vendrá la tarde y sentirás el fresco.

192 Respondióle el ingenioso Odiseo:

193 *Odiseo.*—Entiendo, hágome cargo, lo mandas a quien te comprende. Vamos, pues, y guíame hasta que lleguemos. Y si has cortado algún bastón, dámelo para apoyarme; que os oigo decir que la senda es muy resbaladiza.

197 Dijo, y echóse al hombro el astroso zurrón lleno de agujeros, con su correa retorcida. Eumeo le entregó el palo que deseaba; y seguidamente emprendieron el camino. Quedáronse allí, custodiando la majada, los perros y los pastores; mientras Eumeo conducía hacia la ciudad a su rey, transformado en viejo y miserable mendigo que se apoyaba en el bastón y llevaba el cuerpo entrapado con feas vestiduras.

204 Mas cuando, recorriendo el áspero camino, halláronse a poca distancia de la ciudad y llegaron a la labrada fuente de claras linfas, de la cual tomaban el agua los ciudadanos—era obra de Ítaco, Nérito y Polictor; rodeábala por todos lados un bosque de álamos, que se nutren en la humedad; vertía el agua, sumamente fresca, desde lo alto de una roca; y en su parte superior se había construido un altar a las ninfas, donde todos los caminantes sacrificaban,—encontróse con ellos el hijo de Dolio, Melantio, que llevaba las mejores cabras de sus rebaños para la cena de los pretendientes y le seguían dos pastores.

Biblioteca Nacional de España

Así que los vió, increpóles con palabras amenazadoras y groseras, que conmovieron el corazón de Odiseo:

217 *Melantio.*—Ahora se ve muy cierto que un ruin guía a otro ruin, pues un dios junta siempre a cada cual con su pareja. ¿Adónde, no envidiable porquero, conduces ese glotón, ese mendigo importuno, esa peste de los banquetes, que con su espalda frotará las jambas de muchas puertas no pidiendo ciertamente trípodes ni calderos, sino tan sólo mendrugos de pan? Si me lo dieses para guardar mi majada, barrer el establo y llevarles el forraje a los cabritos, bebería suero y echaría gordo muslo. Mas, como ya es ducho en malas obras, no querrá aplicarse al trabajo; antes irá mendigando por la población para llenar su vientre insaciable. Lo que voy a decir se cumplirá: si fuere al palacio del divino Odiseo, rozarán sus costados muchos escabeles que habrán hecho llover sobre su cabeza las manos de aquellos varones.

233 Así dijo; y, acercándose, dióle una coz en la cadera, locamente; pero no le pudo arrojar del camino, sino que el héroe permaneció muy firme. Entonces se le ocurrió a Odiseo acometerle y quitarle la vida con el palo, o levantarlo un poco y estrellarle la cabeza contra el suelo. Mas al fin sufrió el ultraje y contuvo la cólera en su corazón. Y el porquerizo baldonó al otro, mirándole cara a cara, y oró fervientemente levantando las manos:

240 *Eumeo.*—¡Ninfas de las fuentes! ¡Hijas de Zeus! Si Odiseo os quemó alguna vez muslos de corderos y de cabritos, cubriéndolos de pingüe grasa, cumplidme este voto: Ojalá vuelva aquel varón, traído por algún dios; pues él te quitaría toda esa jactancia con que ahora nos insultas, vagando siempre por la ciudad mientras pastores perversos acaban con los rebaños.

247 Replicóle el cabrero Melantio:

248 *Melantio.*—¡Oh dioses! ¡Qué dice ese perro, que sólo entiende en bellaquerías! Un día me lo tengo de llevar lejos de Ítaca, en negro bajel de muchos bancos, para que, vendiéndolo, me procure una buena ganancia. Ojalá Apolo, que lleva arco de plata, hiriera a Telémaco hoy mismo en el palacio, o sucumbiera el joven a manos de los pretendientes; como pereció para Odiseo, lejos de aquí, el día de su regreso.

254 Cuando así hubo hablado, dejólos atrás, pues caminaban lentamente, y llegó muy presto al palacio del rey. Acto continuo entró en él, sentándose en medio de los pretendientes, frente a Eurímaco, que era a quien más quería. Sirviéronle unos trozos de carne los que en esto se ocupaban, y trájole pan la veneranda despensera. En tanto, detuviéronse Odiseo y el divinal porquerizo junto al palacio, y oyeron los sones de la hueca cítara, pues Femio empezaba a cantar. Y tomando aquél la mano del porquerizo, hablóle de esta suerte:

264 *Odiseo.*—¡Eumeo! Es ésta, sin duda, la hermosa mansión de Odiseo, y sería fácil conocerla aunque entre muchas la viéramos. Tiene más de un piso, cerca su patio almenado muro, las puertas están bien ajustadas y son de dos hojas: ningún hombre despreciaría una casa semejante. Conozco que, dentro de ella, multitud de varones celebran un banquete; pues llegó hasta mí el olor de la carne asada y se oye la cítara, que los dioses hicieron compañera de los festines.

Biblioteca Nacional de España

272 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

273 *Eumeo.*—Fácilmente lo habrás conocido, que tampoco te falta discreción para las demás cosas. Mas, ea, deliberemos sobre lo que puede hacerse. O entra tú primero en el cómodo palacio y mézclate con los pretendientes, y yo me detendré un poco; o, si lo prefieres, quédate tú y yo iré delante, pero no tardes: no sea que alguien, al verte fuera, te tire algo o te dé un golpe. Yo te invito a que pienses en esto.

280 Contestóle el paciente divino Odiseo:

281 *Odiseo.*—Entiendo, hágome cargo, lo mandas a quien te comprende. Mas, adelántate tú y yo me quedaré, que ya he probado lo que son golpes y heridas y mi ánimo es sufrido por lo mucho que hube de padecer así en el mar como en la guerra; venga, pues, ese mal tras de los otros. No se pueden disimular las instancias del ávido y funesto vientre, que tantos perjuicios les origina a los hombres y por el cual se arman las naves de muchos bancos que surcan el estéril mar y van a causar daño a los enemigos.

290 Así éstos conversaban. Y un perro, que estaba echado, alzó la cabeza y las orejas: era Argos, el can del paciente Odiseo, a quien éste había criado, aunque luego no se aprovechó del mismo porque tuvo que partir a la sagrada Ilión. Anteriormente llevábanlo los jóvenes a correr cabras montesas, ciervos y liebres; mas entonces, en la ausencia de su dueño, yacía abandonado sobre mucho fimo de mulos y de bueyes, que vertían junto a la puerta a fin de que los siervos de Odiseo lo tomasen para estercolar los dilatados campos: allí estaba tendido Argos, todo lleno de garrapatas. Al advertir que Odiseo se aproximaba, le halagó con la cola y dejó caer ambas orejas, mas ya no pudo salir al encuentro de su amo; y éste, cuando lo vió, enjugóse una lágrima que con facilidad logró ocultar a Eumeo, a quien hizo después esta pregunta:

306 *Odiseo.*—¡Eumeo! Es de admirar que este can yazga en el fimo, pues su cuerpo es hermoso; aunque ignoro si, con tal belleza, fué ligero para correr o como los que algunos tienen en su mesa y sólo por lujo los crían sus señores.

311 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

312 *Eumeo.*—Ese can perteneció a un hombre que ha muerto lejos de nosotros. Si fuese tal como era en el cuerpo y en la actividad cuando Odiseo lo dejó al irse a Troya, pronto admirarías su ligereza y su vigor: no se le escapaba ninguna fiera que levantase, ni aun en lo más hondo de intrincada selva, porque era sumamente hábil en seguir un rastro. Mas ahora abrúmanle los males a causa de que su amo murió fuera de la patria, y las negligentes mozas no lo cuidan, porque los siervos, así que el amo deja de mandarlos, no quieren trabajar como es razón; que el largovidente Zeus le quita al hombre la mitad de la virtud el mismo día en que cae esclavo.

324 Diciendo así, entróse por el cómodo palacio y se fué derecho a la sala, hacia los ilustres pretendientes. Entonces la Parca de la negra muerte se apoderó de Argos, después que tornara a ver a Odiseo al vigésimo año.

328 Advirtió el deiforme Telémaco mucho antes que nadie la llegada del porquerizo; y, haciéndole una señal, lo llamó a su lado. Eumeo miró en contorno suyo, tomó una silla desocupada—la que solía utilizar el trinchante al

Biblioteca Nacional de España

distribuir carne en abundancia a los pretendientes cuando celebraban sus festines en el palacio—y fué a colocarla junto a la mesa de Telémaco, enfrente de éste, que se hallaba sentado. Y luego sirvióle el heraldo vianda y pan, sacándolo de un canastillo.

Poco después que Eumeo penetró Odiseo en el palacio, transfigurado en un viejo y miserable mendigo que se apoyaba en el bastón y llevaba feas vestiduras. Sentóse en el umbral de fresno, a la parte interior de la puerta, y se recostó en la jamba de ciprés que en otro tiempo el artífice había pulido hábilmente y enderezado valiéndose de un nivel. Y Telémaco llamó al porquerizo y le dijo, después de tomar un pan entero del hermoso canasto y tanta carne como le cupo en las manos:

Telémaco.—Dáselo al forastero y mándale que pida a todos los pretendientes, acercándose a ellos; que al que está necesitado no le conviene ser vergonzoso.

Así se expresó. Fuése el porquero al oírlo y, llegado que hubo adonde estaba Odiseo, díjole estas aladas palabras:

Eumeo.—¡Oh forastero! Telémaco te da lo que te traigo y te manda que pidas a todos los pretendientes, acercándote a ellos; pues dice que al mendigo no le conviene ser vergonzoso.

Respondióle el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—¡Zeus soberano! Haz que Telémaco sea dichoso entre los hombres y que se cumpla cuanto su corazón desea.

Dijo; tomó las viandas con ambas manos, las puso delante de sus pies, encima del astroso zurrón, y comió mientras el aedo cantaba en el palacio; de suerte que cuando acabó la cena, el divinal aedo llegaba al fin de su canto. Los pretendientes empezaron a mover alboroto en la sala, y Atenea se acercó a Odiseo Laertíada excitándole a que les pidiera algo y fuera recogiendo mendrugos, para conocer cuáles de aquéllos eran justos y cuáles malvados, aunque ninguno tenía que librarse de la ruina. Fué, pues, el héroe a pedirle a cada varón, comenzando por la derecha, y a todos les alargaba la mano como si desde largo tiempo mendigase. Ellos, compadeciéndole, le daban limosna, le miraban con extrañeza y preguntábanse unos a otros quién era y de dónde había venido. Y el cabrero Melantio hablóles de esta suerte:

Melantio.—Oídme, pretendientes de la ilustre reina, que os voy a hablar del forastero, a quien vi antes de ahora. Guiábalo hacia acá el porquerizo, pero a él no le conozco, ni sé de dónde se precia de ser por su linaje.

Así les habló; y Antínoo increpó al porquerizo con estas palabras:

Antínoo.—¡Ah, famoso porquero! ¿Por qué lo trajiste a la ciudad? ¿Acaso no tenemos bastantes vagabundos, que son mendigos importunos y peste de los festines? ¿O te parece poco que los que aquí se juntan devoren los bienes de tu señor y has ido a otra parte a llamar a éste?

Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

Eumeo.—¡Antínoo! No hablas bien, aunque seas noble. ¿Quién iría a parte alguna a llamar a nadie, como no fuese de los que ejercen su profesión en el pueblo: un adivino, un médico para curar las enfermedades, un carpin-

Biblioteca Nacional de España

tero o un divinal aedo que nos deleite cantando? Estos son los mortales a quienes se llama en la tierra inmensa; pero nadie traería a un pobre para que le arruinase. Siempre has sido el más áspero de todos los pretendientes para los esclavos de Odiseo y en especial para mí; aunque no por ello he de resentirme, mientras me vivan en el palacio la discreta Penelopea y Telémaco, semejante a un dios.

392 Contestóle el prudente Telémaco:

393 *Telémaco.*—Calla, no le respondas largamente; que Antínoo suele irritarnos siempre y de mal modo con ásperas palabras, e incita a los demás a hacer lo propio.

396 Dijo; y hablóle a Antínoo con estas aladas palabras:

397 *Telémaco.*—¡Antínoo! ¡En verdad que miras por mí con tanto cuidado como un padre por su hijo, cuando con duras voces me ordenas arrojar del palacio a ese huésped! ¡No permita la divinidad que así suceda! Coge algo y dáselo, que no te lo prohibo, antes bien te invito a hacerlo; y no temas que lo lleven a mal ni mi madre, ni ninguno de los esclavos que viven en la casa del divino Odiseo. Mas no hay en tu pecho tal propósito, que prefieres comértelo a darlo a nadie.

405 Antínoo le respondió diciendo:

406 *Antínoo.*—¡Telémaco altílocuo, incapaz de moderar tus ímpetus! ¿Qué has dicho? Si todos los pretendientes le dieran tanto como yo, se estaría tres meses en su casa, lejos de nosotros.

409 Así habló; y mostróle, tomándolo de debajo de la mesa, el escabel en que apoyaba sus nítidas plantas cuando asistía a los banquetes. Pero todos los demás le dieron algo, de modo que el zurrón se llenó de pan y de carne. Y ya Odiseo iba a tornar al umbral para comer lo que le habían regalado los aqueos, pero se detuvo cerca de Antínoo y le dijo estas palabras:

415 *Odiseo.*—Dame algo, amigo; que no me pareces el peor de los aqueos, sino, por el contrario, el mejor; ya que te asemejas a un rey. Por eso te corresponde a ti, más aún que a los otros, darme alimento; y yo divulgaré tu fama por la tierra inmensa. En otra época, también yo fuí dichoso entre los hombres, habité una rica morada, y di muchas veces limosna al vagabundo, cualquiera que fuese y hallárase en la necesidad en que se hallase; entonces tenía innúmeros esclavos y otras muchas cosas con las cuales los hombres viven en regalo y gozan fama de opulentos. Mas Zeus Cronión me arruinó, porque así lo quiso, incitándome a ir al Egipto con errabundos piratas; viaje largo, en el cual había de hallar mi perdición. Así que detuve en el río Egipto los corvos bajeles, después de mandar a los fieles compañeros que se quedaran a custodiar las embarcaciones, envié espías a los parajes oportunos para explorar la comarca. Pero los míos, cediendo a la insolencia por seguir su propio impulso, empezaron a devastar los hermosísimos campos de los egipcios; y se llevaban las mujeres y los niños, y daban muerte a los varones. No tardó el clamoreo en llegar a la ciudad. Sus habitantes, habiendo oído los gritos, vinieron al amanecer; el campo se llenó de infantería, de caballos y de reluciente bronce; Zeus, que se huelga con el rayo, mandó a mis compañeros la

Biblioteca Nacional de España

perniciosa fuga; y ya, desde entonces, nadie se atrevió a resistir, pues los males nos cercaban por todas partes. Allí nos mataron con el agudo bronce muchos hombres, y a otros se los llevaron vivos para obligarles a trabajar en provecho de los ciudadanos. A mí me entregaron a un forastero que se halló presente, a Dmétor Yásida; el cual me llevó a Chipre, donde reinaba con gran poder, y de allí he venido, después de padecer muchos infortunios.

445 Antínoo le respondió diciendo:

446 *Antínoo.*—¿Qué dios nos trajo esa peste, esa amargura del banquete? Quédate ahí, en medio, a distancia de mi mesa: no sea que pronto vayas al amargo Egipto y a Chipre, por ser un mendigo tan descarado y audaz. Ahora te detienes ante cada uno de éstos que te dan locamente, porque ni usan de moderación ni sienten piedad al regalar cosas ajenas de que disponen en gran abundancia.

453 Díjole, retrocediendo, el ingenioso Odiseo:

454 *Odiseo.*—¡Oh dioses! En verdad que el juicio que tienes no se corresponde con tu presencia. No darías de tu casa ni tan siquiera sal a quien te la pidiera cuando, sentado a la mesa ajena, no has querido entregarme un poco de pan, con tener a mano tantas cosas.

458 Así se expresó. Irritóse Antínoo aún más en su corazón y, encarándole la torva vista, le dijo estas aladas palabras:

460 *Antínoo.*—Ya no creo que puedas volver atrás y salir impune de esta sala, habiendo proferido tales injurias.

462 Así habló; y, tomando el escabel, tiróselo y acertóle en el hombro derecho, hacia la extremidad de la espalda. Odiseo se mantuvo firme como una roca, sin que el golpe de Antínoo le hiciera vacilar; pero meneó en silencio la cabeza, agitando en lo íntimo de su pecho siniestros ardides. Retrocedió en seguida al umbral, sentóse, puso en tierra el zurrón que llevaba repleto, y dijo a los pretendientes:

468 *Odiseo.*—Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os manifieste lo que en el pecho el ánimo me ordena deciros. Ningún varón siente dolor en el alma ni pesar alguno, al ser herido cuando pelea por sus haciendas, por sus bueyes o por sus blancas ovejas; mas Antínoo hiriómе a mí por causa del odioso y funesto vientre, que tantos males acarrea a los hombres. Si en alguna parte hay dioses y Erinies para los mendigos, cójale la muerte a Antínoo antes que el casamiento se lleve a término.

477 Díjole nuevamente Antínoo, hijo de Eupites:

478 *Antínoo.*—Come sentado tranquilamente, oh forastero, o vete a otro lugar: no sea que, con motivo de lo que hablas, estos jóvenes te arrastren por la casa, asiéndote de un pie o de una mano, y te laceren todo el cuerpo.

481 Así dijo. Todos sintieron vehemente indignación y alguno de aquellos soberbios mozos habló de esta manera:

483 *Una voz.*—¡Antínoo! No procediste bien, hiriendo al infeliz vagabundo. ¡Insensato! ¿Y si por acaso fuese alguna celestial deidad? Que los dioses, haciéndose semejantes a huéspedes de otros países y tomando toda clase de figuras, recorren las ciudades para conocer la insolencia o la justicia de los hombres.

Biblioteca Nacional de España

488 Así hablaban los pretendientes, pero Antínoo no hizo caso de sus palabras. Telémaco sintió en su pecho una gran pena por aquel golpe, sin que por esto le cayese ninguna lágrima desde los ojos al suelo; pero meneó en silencio la cabeza, agitando en lo íntimo de su pecho siniestros ardides.

492 Cuando la discreta Penelopea oyó decir que al huésped lo había herido Antínoo en la sala, habló así en medio de sus esclavas:

494 *Penelopea.*—¡Ojalá Apolo, célebre por su arco, te hiriese a ti de la misma manera!

495 Díjole entonces Eurínome, la despensera:

496 *Eurínome.*—Si nuestros votos se cumpliesen, ninguno de aquellos viviría cuando llegue la Aurora de hermoso trono.

498 Respondióle la discreta Penelopea:

499 *Penelopea.*—¡Ama! Todos son aborrecibles porque traman acciones inicuas; pero Antínoo casi tanto como la negra Parca. Un infeliz forastero anda por el palacio y pide limosna, pues la necesidad le apremia; los demás le llenaron el zurrón con sus dádivas, y éste le ha tirado el escabel, acertándole en el hombro derecho.

505 Así habló, sentada en su estancia entre las siervas, mientras el divinal Odiseo cenaba. Y luego, habiendo llamado al divinal porquero, le dijo:

508 *Penelopea.*—Ve, divinal Eumeo, acércate al huésped y mándale que venga para que yo le salude y le interrogue también acerca de si oyó hablar de Odiseo, de ánimo paciente, o lo vió acaso con sus propios ojos, pues parece que ha ido errante por muchas tierras.

512 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

513 *Eumeo.*—Ojalá se callaran los aqueos, oh reina; pues cuenta tales cosas, que encantaría tu corazón. Tres días con sus noches lo detuve en mi cabaña, pues fuí el primero a quien acudió al escaparse del bajel, pero ni aun así pudo terminar la narración de sus desventuras. Como se contempla al aedo, que, instruido por los dioses, les canta a los mortales deleitosos relatos, y ellos no se cansan de oírle cantar; así me tenía transportado mientras permaneció en mi majada. Asegura que fué huésped del padre de Odiseo y que vive en Creta, donde está el linaje de Minos. De allí viene, habiendo padecido infortunios y vagado de una parte a otra; y refiere que oyó hablar de Odiseo, el cual vive, está cerca—en el opulento país de los tesprotos—y trae a esta casa muchas preciosidades.

528 Respondióle la discreta Penelopea:

529 *Penelopea.*—Anda y hazle venir para que lo relate en mi presencia. Regocíjense los demás, sentados en la puerta o aquí en la sala, ya que tienen el corazón alegre porque sus bienes, el pan y el dulce vino, se guardan íntegros en sus casas, si no es lo que comen los criados; mientras que ellos vienen día tras día a nuestro palacio, nos degüellan los bueyes, las ovejas y las pingües cabras, celebran espléndidos festines, beben el vino locamente y así se consumen muchas de las cosas, porque no tenemos un hombre como Odiseo que fuera capaz de librar a nuestra casa de la ruina. Si Odiseo tornara y volviera a su patria, no tardaría en vengar, juntándose con su hijo, las violencias de estos hombres.

Biblioteca Nacional de España

541 Así dijo; y Telémaco estornudó tan recio que el palacio retumbó horrendamente. Rióse Penelopea y en seguida dirigió a Eumeo estas aladas palabras:

544 *Penelopea.*—Anda y tráeme ese forastero. ¿No ves que mi hijo estornudó a todas mis palabras? Esto indica que no dejará de llevarse al cabo la matanza de los pretendientes, sin que ninguno escape de la muerte y de las Parcas. Otra cosa te diré que pondrás en tu corazón: Si llego a conocer que cuanto me relatare es verdad, le entregaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos.

551 Así se expresó; fuése el porquero al oírlo y, llegándose adonde estaba Odiseo, le dijo estas aladas palabras:

553 *Eumeo.*—¡Padre huésped! Te llama la discreta Penelopea, madre de Telémaco; pues, aunque afligida por los pesares, su ánimo la incita a hacerte algunas preguntas sobre su esposo. Y si llega a conocer que cuanto le relatares es cierto, te entregará un manto y una túnica, de que tienes gran falta; y en lo sucesivo mantendrás tu vientre yendo por el pueblo a pedir pan, pues te dará limosna el que quiera.

560 Respondióle el paciente divinal Odiseo:

561 *Odiseo.*—¡Eumeo! Yo diría de contado la verdad de todas estas cosas a la hija de Icario, a la discreta Penelopea, porque sé muy bien de su esposo y hemos padecido igual infortunio; mas temo a la muchedumbre de los crueles pretendientes, cuya insolencia y orgullo llegan al férreo cielo. Ahora mismo, mientras andaba yo por la casa sin hacer daño a nadie, dióme este varón un doloroso golpe y no lo impidió Telémaco ni otro alguno. Así, pues, exhorta a Penelopea, aunque esté impaciente, a que aguarde en el palacio hasta la puesta del sol; e interrógueme entonces sobre su marido y el día que volverá, haciéndome sentar junto a ella, cerca del fuego, pues mis vestidos están en mísero estado, como sabes tú muy bien por haber sido el primero a quien dirigí mis súplicas.

574 Así dijo. El porquero se fué así que oyó estas palabras. Y ya repasaba el umbral, cuando Penelopea le habló de esta manera:

576 *Penelopea.*—¿No lo traes, Eumeo? ¿Por qué se niega el vagabundo? ¿Siente hacia alguien un gran temor o se avergüenza en el palacio por otros motivos? Malo es que un vagabundo peque de vergonzoso.

579 Y tú le respondiste así, porquerizo Eumeo:

580 *Eumeo.*—Habla razonablemente y dice lo que otro pensara en su caso, queriendo evitar la insolencia de varones tan soberbios. Te invita a que aguardes hasta la puesta del sol. Y será mucho mejor para ti, oh reina, que estés sola cuando le hables al huésped y escuches sus respuestas.

585 Contestóle la discreta Penelopea:

586 *Penelopea.*—No pensó neciamente el forastero, sea quien fuere; pues no hay en país alguno, entre los mortales hombres, quienes insulten de esta manera, maquinando inicuas acciones.

589 Así habló. El divinal porquero se fué hacia la turba de los pretendientes, tan pronto como dijo a Penelopea cuanto deseaba, y acto seguido dirigió

Biblioteca Nacional de España

a Telémaco estas aladas palabras, acercando la cabeza para que los demás no se enteraran:

593 *Eumeo.*—¡Oh amigo! Yo me voy a guardar los puercos y todas aquellas cosas que son tus bienes y los míos; y lo de acá quede a tu cuidado. Mas lo primero de todo sálvate a ti mismo y considera en tu espíritu cómo evitarás que te hagan daño; pues traman maldades muchos de los aqueos, a quienes Zeus destruya antes que se conviertan en una plaga para nosotros.

598 Respondióle el prudente Telémaco:

599 *Telémaco.*—Así se hará, abuelo. Vete después de cenar, y al romper el alba traerás hermosas víctimas; que de las cosas presentes cuidaré yo y también los inmortales.

602 Así dijo. Sentóse Eumeo nuevamente en la bien pulimentada silla, y después que satisfizo las ganas de comer y de beber volvióse a sus puercos, dejando atrás la cerca y la casa que rebosaban de convidados. Y recreábanse éstos con el baile y el canto, porque ya la tarde había venido.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XVIII

PUGILATO DE ODISEO CON IRO

LEGÓ entonces un mendigo que andaba por todo el pueblo; el cual pedía limosna en la ciudad de Ítaca, se señalaba por su vientre glotón —por comer y beber incesantemente—y hallábase falto de fuerza y de vigor, aunque tenía gran presencia. Arneo era su nombre, el que al nacer le puso su veneranda madre; pero llamábanle Iro todos los jóvenes, porque hacía los mandados que se le ordenaban. Intentó el tal sujeto, cuando llegó, echar a Odiseo de su propia casa e insultóle con estas aladas palabras:

Iro.—Retírate del umbral, oh viejo, para que no hayas de verte muy pronto asido de un pie y arrastrado afuera. ¿No adviertes que todos me guiñan el ojo, instigándome a que te arrastre, y no lo hago porque me da vergüenza? Mas, ea, álzate, si no quieres que en la disputa lleguemos a las manos.

Mirándole con torva faz, le respondió el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—¡Infeliz! Ningún daño te causo, ni de palabra ni de obra; ni me opongo a que te den, aunque sea mucho. En este umbral hay sitio para entrambos y no has de envidiar las cosas de otro; me parece que eres un guitón como yo, y son las deidades quienes envían la opulencia. Pero no me provoques demasiado a venir a las manos, ni excites mi cólera: no sea que, viejo como soy, te llene de sangre el pecho y los labios; y así gozaría mañana de mayor descanso, pues no creo que asegundaras la vuelta a la mansión de Odiseo Laertíada.

Contestóle, muy enojado, el vagabundo Iro:

Iro.—¡Oh dioses! ¡Cuán atropelladamente habla el glotón, que parece la vejezuela del horno! Algunas cosas malas pudiera tramar contra él: golpeándole con mis brazos, le echaría todos los dientes de las mandíbulas al suelo como a una marrana que destruye las mieses. Cíñete ahora, a fin de que éstos nos juzguen en el combate. Pero ¿cómo podrás luchar con un hombre más joven?

De tal modo se zaherían ambos con gran enojo en el pulimentado umbral, delante de las elevadas puertas. Advirtiólo la sacra potestad de Antínoo y con dulce risa dijo a los pretendientes:

Antínoo.—¡Amigos! Jamás hubo una diversión como la que un dios nos ha traído a esta casa. El forastero e Iro riñen y están para venir a las manos: hagamos que peleen cuanto antes.

Así se expresó. Todos se levantaron con gran risa y se pusieron alrededor

Biblioteca Nacional de España

de los andrajosos mendigos. Y Antínoo, hijo de Eupites, díjoles de esta suerte:

43 *Antínoo.*—Oíd, ilustres pretendientes, lo que voy a proponeros. De los vientres de cabra que llenamos de gordura y de sangre y pusimos a la lumbre para la cena, escoja el que quiera aquel que salga vencedor por más fuerte; y en lo sucesivo comerá con nosotros y no dejaremos que entre ningún otro mendigo a pedir limosna.

50 Así se expresó Antínoo y a todos les plugo cuanto dijo. Pero el ingenioso Odiseo, meditando engaños, hablóles de esta suerte:

52 *Odiseo.*—¡Oh amigos! Aunque no es justo que un hombre viejo y abrumado por la desgracia luche con otro más joven, el maléfico vientre me instiga a aceptar el combate para sucumbir a los golpes que me dieren. Ea, pues, prometed todos con firme juramento que ninguno, para socorrer a Iro, me golpeará con pesada mano, procediendo inicuamente y empleando la fuerza para someterme a aquél.

58 Así dijo; y todos juraron, como se lo mandaba. Y tan pronto como hubieron acabado de prestar el juramento, el esforzado y divinal Telémaco hablóles con estas palabras:

61 *Telémaco.*—¡Huésped! Si tu corazón y tu ánimo valiente te impulsan a quitar a ése de en medio, no temas a ningún otro de los aqueos; pues con muchos tendría que luchar quien te pegare. Yo soy aquí el que da hospitalidad, y aprueban mis palabras los reyes Antínoo y Eurímaco, prudentes ambos.

66 Así le dijo; y todos lo aprobaron. Odiseo se ciñó los andrajos, ocultando las partes verendas, y mostró sus muslos hermosos y grandes; asimismo dejáronse ver las anchas espaldas, el pecho y los fuertes brazos; y Atenea, poniéndose a su lado, acrecentóle los miembros al pastor de hombres. Admiráronse muchísimo los pretendientes y uno de ellos dijo al que tenía más cercano:

73 *Una voz.*—Pronto a Iro, al infortunado Iro, le alcanzará el mal que se buscó. ¡Tal muslo ha descubierto el viejo, al quitarse los andrajos!

75 Así decían; y a Iro se le turbó el ánimo miserablemente. Mas con todo eso, ciñéronle a viva fuerza los criados, y sacáronlo lleno de temor, pues las carnes le temblaban en sus miembros. Y Antínoo le reprendió, diciéndole de esta guisa:

79 *Antínoo.*—Ojalá no existieras, fanfarrón, ni hubieses nacido, puesto que tiemblas y temes de tal modo a un viejo abrumado por el infortunio que le persigue. Lo que voy a decir se cumplirá. Si ése quedare vencedor por tener más fuerza, te echaré en una negra embarcación y te mandaré al continente, al rey Équeto, plaga de todos los mortales, que te cortará la nariz y las orejas con el cruel bronce y te arrancará las vergüenzas para dárselas crudas a los perros.

88 Así habló; y a Iro crecióle el temblor que agitaba sus miembros. Condujéronlo al centro y entrambos contendientes levantaron los brazos. Entonces pensó el paciente y divinal Odiseo si le daría tal golpe a Iro que el alma se le fuera en cayendo a tierra, o le daría con más suavidad, derribándolo al suelo. Y después de considerarlo bien, le pareció que lo mejor sería pegarle suavemente, para no ser reconocido por los aqueos. Alzados los brazos, Iro dió un golpe a Odiseo en el hombro derecho; y Odiseo tal puñada a Iro en la cerviz,

Biblioteca Nacional de España

debajo de la oreja, que le quebrantó los huesos allá en el interior y le hizo echar roja sangre por la boca: cayó Iro y, tendido en el polvo, rechinó los dientes y pateó con los pies la tierra; y en tanto los ilustres pretendientes levantaban los brazos y se morían de risa. Pero Odiseo cogió a Iro del pie y, arrastrándolo por el vestíbulo hasta llegar al patio y a las puertas del pórtico, lo asentó recostándolo contra la cerca, le puso un bastón en la mano y le dirigió estas aladas palabras:

105 *Odiseo.*—Quédate ahí sentado para ahuyentar los puercos y los canes; y no quieras, siendo tan ruin, ser el señor de los huéspedes y de los pobres: no sea que te atraigas un daño aún peor que el de ahora.

108 Dijo; y colgándose del hombro el astroso zurrón lleno de agujeros, con su cuerda retorcida, volvióse al umbral y allí tomó asiento. Y entrando los demás, que se reían placenteramente, le festejaron con estas palabras:

112 *Los pretendientes.*—Zeus y los inmortales dioses te den, oh huésped, lo que más anheles y a tu ánimo le sea grato, ya que has conseguido que ese pordiosero insaciable deje de mendigar por el pueblo; pues en seguida lo llevaremos al continente, al rey Équeto, plaga de todos los mortales.

117 Así dijeron; y el divinal Odiseo holgó del presagio. Antínoo le puso delante un vientre grandísimo, lleno de gordura y de sangre, y Anfínomo le sirvió dos panes, que sacó del canastillo, ofrecióle vino en copa de oro, y le habló de esta manera:

122 *Anfínomo.*—¡Salve, padre huésped! Sé dichoso en lo sucesivo, ya que ahora te abruman tantos males.

124 Respondióle el ingenioso Odiseo:

125 *Odiseo.*—¡Anfínomo! Me pareces muy discreto, como hijo de tal padre. Llegó a mis oídos la buena fama que el duliquiense Niso gozaba de bravo y de rico; dicen que él te ha engendrado, y en verdad que tu apariencia es la de un varón afable. Por esto voy a decirte una cosa, y tú atiende y óyeme. La tierra no cría animal alguno inferior al hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre el suelo. No se figura el hombre que haya de padecer infortunios mientras las deidades le otorgan la felicidad y sus rodillas se mueven; pero cuando los bienaventurados dioses le mandan la desgracia, ha de cargar con ella mal de su grado, con ánimo paciente, pues es tal el pensamiento de los terrestres varones, que se muda según el día que les trae el padre de los hombres y de los dioses. También yo, en otro tiempo, tenía que ser feliz entre los hombres; pero cometí repetidas maldades, aprovechándome de mi fuerza y de mi poder y confiando en mi padre y en mis hermanos. Nadie, por consiguiente, sea injusto en cosa alguna; antes bien disfrute sin ruido las dádivas que los númenes le deparen. Reparo que los pretendientes maquinan muchas iniquidades, consumiendo las posesiones y ultrajando a la esposa de un varón que te aseguro que no estará largo tiempo apartado de sus amigos y de su patria, porque ya se halla muy cerca de nosotros. Ojalá un dios te conduzca a tu casa y no te encuentres con él cuando torne a la patria tierra; que no ha de ser incruenta la lucha que entable con los pretendientes tan luego como vuelva a vivir debajo de la techumbre de su morada.

Biblioteca Nacional de España

151 Así habló; y, hecha la libación, bebió el dulce vino y puso nuevamente la copa en manos del príncipe de hombres. Éste se fué por la casa, con el corazón angustiado y meneando la cabeza, pues su ánimo le presagiaba desventuras; aunque no por eso había de librarse de la muerte, pues Atenea lo detuvo, a fin de que cayera vencido por las manos y la robusta lanza de Telémaco. Mas entonces volvióse a la silla que antes había ocupado.

158 Entretanto Atenea, la deidad de ojos de lechuza, puso en el corazón de la discreta Penelopea, hija de Icario, el deseo de mostrarse a los pretendientes para que se les alegrara grandemente el ánimo y fuese ella más honrada que nunca por su esposo y por su hijo. Rióse Penelopea sin motivo y profirió estas palabras:

164 *Penelopea.*—¡Eurínome! Mi ánimo desea lo que antes no apetecía: que me muestre a los pretendientes, aunque a todos los detesto. Quisiera hacerle a mi hijo una advertencia, que le será provechosa: que no trate de continuo a estos soberbios que dicen buenas palabras y maquinan acciones inicuas.

169 Respondióle Eurínome, la despensera:

170 *Eurínome.*—Sí, hija, es muy oportuno cuanto acabas de decir. Ve, hazle a tu hijo esa advertencia y nada le ocultes, pero antes lava tu cuerpo y unge tus mejillas: no te presentes con el rostro afeado por las lágrimas, que es malísima cosa afligirse siempre y sin descanso, ahora que tu hijo ya tiene la edad que anhelabas cuando pedías a las deidades que pudieses verle barbilucio.

177 Respondióle la discreta Penelopea:

178 *Penelopea.*—¡Eurínome! Aunque andes solícita de mi bien, no me aconsejes tales cosas—que lave mi cuerpo y me unja con aceite,—pues destruyeron mi belleza los dioses que habitan el Olimpo cuando aquél se fué en las cóncavas naves. Pero manda que Autónoe e Hipodamia vengan y me acompañarán por el palacio; que sola no iría adonde están los hombres, porque me da vergüenza.

185 Así habló; y la vieja se fué por el palacio a decirlo a las mujeres y mandarles que se presentaran.

187 Entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. Infundióle dulce sueño a la hija de Icario, que se quedó recostada en el lecho y todas las articulaciones se le relajaron; y acto continuo la divina entre las diosas la favoreció con inmortales dones, para que la admiraran los aqueos: primeramente le lavó la bella faz con ambrosía, que aumenta la hermosura, del mismo modo que se unge Citerea, la de linda corona, cuando va al amable coro de las Gracias; y luego hizo que pareciese más alta y más gruesa, y que su blancura aventajara la del marfil recientemente labrado. Después de lo cual, partió la divina entre las diosas.

198 Llegaron del interior de la casa, hablando, las doncellas de níveos brazos; y el dulce sueño dejó a Penelopea, que se enjugó las mejillas con las manos y habló de esta manera:

201 *Penelopea.*—Blando sopor se apoderó de mí, que estoy tan apenada. Ojalá que ahora mismo me diera la casta Artemis una muerte tan dulce, para que no tuviese que consumir mi vida lamentándome en mi corazón y echando

Biblioteca Nacional de España

de menos las cualidades de toda especie que adornaban a mi esposo, el más señalado de todos los aqueos.

206 Diciendo así, bajó del magnífico aposento superior, no yendo sola, sino acompañada de dos esclavas. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por espléndido velo y una honrada doncella a cada lado. Los pretendientes sintieron flaquear sus rodillas, fascinada su alma por el amor, y todos deseaban acostarse con Penelopea en su mismo lecho. Mas ella habló de esta suerte a Telémaco, su hijo amado:

215 *Penelopea.*—¡Telémaco! Ya no tienes ni firmeza de voluntad ni juicio. Cuando estabas en la niñez, revolvías en tu inteligencia pensamientos más sensatos; pero ahora que eres mayor por haber llegado a la flor de la juventud, y que un extranjero, al contemplar tu estatura y tu belleza, consideraría dichoso al varón de quien eres prole, no muestras ni recta voluntad ni tampoco juicio. ¡Qué acción no se ha ejecutado en esta sala, donde permitiste que se maltratara a un huésped de semejante modo! ¿Qué sucederá si el huésped que se halle en nuestra morada es blanco de una vejación tan penosa? La vergüenza y el oprobio caerán sobre ti, a la faz de todos los hombres.

226 Respondióle el prudente Telémaco:

227 *Telémaco.*—¡Madre mía! No me causa indignación que estés irritada; mas ya en mi ánimo conozco y entiendo muchas cosas buenas y malas, pues hasta ahora he sido un niño. Esto no obstante, me es imposible resolverlo todo prudentemente, porque me turban los que se sientan en torno mío, pensando cosas inicuas, y no tengo quien me auxilie. El combate del huésped con Iro no se efectuó por haberlo acordado los pretendientes, y fué aquél quien tuvo más fuerza. Ojalá, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, que los pretendientes ya hubieran sido vencidos en este palacio y se hallaran, unos en el patio y otros dentro de la sala, con la cabeza caída y los miembros relajados; del mismo modo que Iro, sentado a la puerta del patio, mueve la cabeza como un ebrio y no logra ponerse en pie ni volver a su morada por donde solía ir, porque tiene los miembros relajados.

243 Así éstos conversaban. Y Eurímaco habló con estas palabras a Penelopea:

245 *Eurímaco.*—¡Hija de Icario! ¡Discreta Penelopea! Si todos los aqueos te viesen en Argos de Yaso, muchos más serían los pretendientes que desde el amanecer celebrasen banquetes en tu palacio, porque sobresales entre las mujeres por tu belleza, por tu talle y por tu buen juicio.

250 Contestóle la discreta Penelopea:

251 *Penelopea.*—¡Eurímaco! Mis atractivos—la hermosura y la gracia de mi cuerpo—destruyéronlos los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión, y se fué con ellos mi esposo Odiseo. Si éste, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más bella sería mi gloria. Ahora estoy angustiada por tantos males como me envió algún dios. Por cierto que Odiseo, al dejar la tierra patria, me tomó por la diestra y me habló de esta guisa: ¡Oh mujer! No creo que todos los aqueos de hermosas grebas tornen de Troya sanos y salvos; pues

Biblioteca Nacional de España

dicen que los teucros son belicosos, sumamente hábiles en tirar dardos y flechas, y peritos en montar carros de veloces corceles, que suelen decidir muy pronto la suerte de un empeñado y dudoso combate. No sé, por tanto, si algún dios me dejará volver o sucumbiré en Troya. Todo lo de aquí quedará a tu cuidado; acuérdate, mientras estés en el palacio, de mi padre y de mi madre, como lo haces ahora o más aún durante mi ausencia; y así que notes que a nuestro hijo le asoma la barba, cásate con quien quieras y desampara esta morada.» Así habló aquél y todo se va cumpliendo. Vendrá la noche en que ha de celebrarse el casamiento tan odioso para mí, ¡oh infeliz!, a quien Zeus ha privado de toda ventura. Pero un pesar terrible me llega al corazón y al alma, porque antes de ahora no se portaban de tal modo los pretendientes. Los que pretenden a una mujer ilustre, hija de un hombre opulento, y compiten entre sí por alcanzarla, traen bueyes y pingües ovejas para dar convite a los amigos de la novia, hácenle espléndidos regalos y no devoran impunemente los bienes ajenos.

281 Así dijo; y el paciente divinal Odiseo se holgó de que les sacase regalos y les lisonjeara el ánimo con dulces palabras, cuando era tan diferente lo que en su inteligencia revolvía.

284 Respondióle Antínoo, hijo de Eupites:

285 *Antínoo.*—¡Hija de Icario! ¡Prudente Penelopea! Admite los regalos que cualquiera de los aqueos te trajere, porque no está bien que se rehuse una dádiva; pero nosotros ni volveremos a nuestros campos, ni nos iremos a parte alguna, hasta que te cases con quien sea el mejor de los aqueos.

290 Así se expresó Antínoo; a todos les plugo cuanto dijo, y cada uno envió su propio heraldo para que le trajese los presentes. El de Antínoo le trajo un peplo grande, hermosísimo, bordado, que tenía doce hebillas de oro sujetas por sendos anillos muy bien retorcidos. El de Eurímaco le presentó luego un collar magníficamente labrado, de oro engastado en electro, que parecía un sol. Dos servidores le trajeron a Euridamante unos pendientes de tres piedras preciosas grandes como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Un siervo trajo de la casa del príncipe Pisandro Polictórida un collar, que era un adorno bellísimo, y otros aqueos mandaron a su vez otros regalos. Y la divina entre las mujeres volvió luego a la estancia superior con las esclavas, que se llevaron los magníficos presentes.

304 Los pretendientes volvieron a solazarse con la danza y el deleitoso canto, aguardando que llegase la noche. Sobrevino la obscura noche cuando aún se divertían, y entonces colocaron en la sala tres tederos para que alumbrasen, amontonaron a su alrededor leña seca cortada desde mucho tiempo, muy dura, y partida recientemente con el bronce, mezclaron teas con la misma, y las esclavas de Odiseo, de ánimo paciente, cuidaban por turno de mantener el fuego. A ellas el ingenioso Odiseo, del linaje de Zeus, les dijo de esta suerte:

313 *Odiseo.*—¡Mozas de Odiseo, del rey que se halla ausente desde largo tiempo! Idos a la habitación de la venerable reina y dad vueltas a los husos, y alegradla, sentadas en su estancia, o cardad lana con vuestras manos; que yo cuidaré de alumbrarles a todos los que están aquí. Pues aunque deseen es-

Biblioteca Nacional de España

perar a la Aurora de hermoso trono, no me cansarán, que estoy habituado a sufrir mucho.

320 Así dijo; ellas se rieron, mirándose las unas a las otras, e increpóle groseramente Melanto, la de bellas mejillas, a la cual engendró Dolio y crió y educó Penelopea como a hija suya, dándole cuanto le pudiese recrear el ánimo; mas con todo eso, no compartía los pesares de Penelopea y se juntaba con Eurímaco, de quien era amante. Ésta, pues, zahirió a Odiseo con injuriosas palabras:

327 *Melanto.*—¡Miserable forastero! Estás falto de juicio y en vez de irte a dormir a una herrería o a la Lesque, hablas aquí largamente y con audacia ante tantos varones, sin que el ánimo se te turbe: o el vino te trastornó el seso, o tienes este genio, y tal es la causa de que digas necedades. ¿Acaso te desvanece la victoria que conseguiste contra el vagabundo Iro? Mira no se levante de súbito alguno más valiente que Iro, que te golpee la cabeza con su mano robusta y te arroje de la casa, llenándote de sangre.

337 Mirándola con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo:

338 *Odiseo.*—Voy ahora mismo a contarle a Telémaco lo que dices, ¡perra!, para que aquí mismo te despedace.

340 Diciendo así, espantó con sus palabras a las mujeres. Fuéronse éstas por la casa, y las piernas les flaqueaban del gran temor, pues figurábanse que había hablado seriamente. Y Odiseo se quedó junto a los encendidos tederos, cuidando de mantener la lumbre y dirigiendo la vista a los que allí estaban, mientras en su pecho revolvía otros pensamientos que no dejaron de llevarse al cabo.

346 Pero tampoco permitió Atenea aquella vez que los ilustres pretendientes se abstuvieran del todo de la dolorosa injuria, a fin de que el pesar atormentara aún más el corazón de Odiseo Laertíada. Y Eurímaco, hijo de Pólibo, comenzó a hablar para hacer mofa de Odiseo, causándoles risa a sus compañeros:

351 *Eurímaco.*—¡Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os manifieste lo que en el pecho el ánimo me ordena deciros! No sin la voluntad de los dioses vino ese hombre a la casa de Odiseo. Paréceme como si el resplandor de las antorchas saliese de él y de su cabeza, en la cual ya no queda cabello alguno.

356 Dijo; y luego habló de esta manera a Odiseo, asolador de ciudades:

357 *Eurímaco.*—¡Huésped! ¿Querrías servirme en un rincón de mis campos, si te tomase a jornal—y te lo diera muy cumplido,—atando setos y plantando árboles grandes? Yo te facilitaría pan todo el año, y vestidos, y calzado para tus pies. Mas como ya eres ducho en malas obras, no querrás aplicarte al trabajo, sino tan sólo pedir limosna por la población a fin de poder llenar tu vientre insaciable.

365 Respondióle el ingenioso Odiseo:

366 *Odiseo.*—¡Eurímaco! Si nosotros hubiéramos de competir sobre el trabajo de la siega en la estación vernal, cuando los días son más largos, y yo tuviese una bien corvada hoz y tú otra tal para probarnos en la faena, y nos quedáramos en ayunas hasta el anochecer, y la hierba no faltara; o si conviniera guiar unos magníficos bueyes de luciente pelaje, grandes, hartos de hierba, parejos en la edad, de una carga, cuyo vigor no fuera menguado, para la

Biblioteca Nacional de España

labranza de un campo de cuatro jornales y de tan buen tempero que los terrones cediesen al arado: veríasme rompiendo un no interrumpido surco. Y de igual modo, si el Cronión suscitara hoy una guerra en cualquier parte y yo tuviese un escudo, dos lanzas y un casco de bronce que se adaptara a mis sienes, veríasme mezclado con los que mejor y más adelante lucharan, y ya no me increparías por mi vientre como ahora. Pero tú te portas con gran insolencia, tienes ánimo cruel y quizás presumas de grande y fuerte, porque estás entre pocos y no de los mejores. Si Odiseo tornara y volviera a su patria, estas puertas tan anchas te serían angostas cuando salieses huyendo por el zaguán.

387 Así habló. Irritóse Eurímaco todavía más en su corazón y, encarándole la torva vista, le dijo estas aladas palabras:

389 *Eurímaco.*—¡Ah, miserable! Pronto he de imponerte el castigo que mereces por la audacia con que hablas ante tantos varones y sin que tu ánimo se turbe: o el vino te trastornó el seso, o tienes este natural, y tal es la causa de que digas necedades. ¿Te desvanece acaso la victoria que conseguiste contra el vagabundo Iro?

394 En acabando de hablar, cogió un escabel; pero, como Odiseo, temiéndole, se sentara en las rodillas del duliquiense Anfínomo, acertó al copero en la mano derecha: el jarro de éste cayó a tierra con gran estrépito, y él mismo fué a dar, gritando, de espaldas en el polvo. Los pretendientes movían alboroto en la obscura sala, y uno de ellos dijo al que tenía más cerca:

401 *Una voz.*—Ojalá acabara sus días el forastero, vagando por otros lugares, antes que viniese; y así no hubiera originado este gran tumulto. Ahora disputamos por los mendigos; y ni en el banquete se hallará placer alguno porque prevalece lo peor.

405 Y el esforzado y divinal Telémaco les habló diciendo:

406 *Telémaco.*—¡Desgraciados! Os volvéis locos y vuestro ánimo ya no puede disimular los efectos de la comida y del vino: algún dios os excita sin duda. Mas, ya que comisteis bien, vaya cada cual a recogerse en su casa, cuando el ánimo se lo aconseje; que yo no pienso echar a nadie.

410 Esto les dijo; y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia. Y Anfínomo, el preclaro hijo del rey Niso Aretíada, les arengó de esta manera:

414 *Anfínomo.*—¡Amigos! Nadie se irrite, oponiendo contrarias razones al dicho justo de Telémaco; y no maltratéis al huésped, ni a ninguno de los esclavos que moran en la casa del divino Odiseo. Mas, ea, comience el escanciano a repartir las copas para que, en haciendo la libación, nos vayamos a recoger en nuestras casas; y dejaremos que el huésped se quede en el palacio de Odiseo, al cuidado de Telémaco, ya que a la morada de éste enderezó el camino.

422 Así habló; y su discurso les plugo a todos. El héroe Mulio, heraldo duliquiense y criado de Anfínomo, mezcló la bebida en una cratera, y sirvióla a cuantos se hallaban presentes, llevándosela por su orden; y ellos, después de ofrecer la libación a los bienaventurados dioses, bebieron el dulce vino. Mas después que hubieron libado y bebido cuanto desearan, cada cual se fué a acostar a su propia casa.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XIX

COLOQUIO DE ODISEO Y PENELOPEA.—EL LAVATORIO O RECONOCIMIENTO DE ODISEO POR EURICLEA

QUEDÓSE en el palacio el divinal Odiseo y, junto con Atenea, pensaba en la matanza de los pretendientes, cuando de súbito dijo a Telémaco estas aladas palabras:

4 *Odiseo.*—¡Telémaco! Es preciso llevar adentro todas las marciales armas y engañar a los pretendientes con blandos dichos cuando las echen de menos y te pregunten por ellas: «Las he llevado lejos del humo, porque ya no parecen las que dejó Odiseo al partir para Troya; sino que están afeadas en la parte que alcanzó el ardor del fuego. Además, alguna deidad me sugirió en la mente esta otra razón más poderosa: no sea que, embriagándoos, trabéis una disputa, os hiráis los unos a los otros, y mancilléis el convite y el noviazgo; que ya el hierro por sí solo atrae al hombre.»

14 Así se expresó. Telémaco obedeció a su padre y, llamando a su nodriza Euriclea, hablóle de esta suerte:

16 *Telémaco.*—¡Ama! Ea, tenme encerradas las mujeres en sus habitaciones, mientras llevo a otro cuarto las magníficas armas de mi padre, pues en su ausencia nadie las cuida y el humo las enmohece. Hasta aquí he sido niño. Mas ahora quiero depositarlas donde no las alcance el ardor del fuego.

21 Respondióle su nodriza Euriclea:

22 *Euriclea.*—¡Oh hijo! Ojalá hayas adquirido la necesaria prudencia para cuidarte de la casa y conservar tus heredades. Pero, ¿quién será la que vaya contigo llevándote la luz, si no dejas venir las esclavas, que te habrían alumbrado?

26 Contestóle el prudente Telémaco:

27 *Telémaco.*—Ese huésped; pues no toleraré que permanezca ocioso quien coma de lo mío, aunque haya llegado de lejas tierras.

29 Así dijo; y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, que cerró las puertas de las cómodas habitaciones. Odiseo y su ilustre hijo se apresuraron a llevar adentro los cascos, los abollonados escudos y las agudas lanzas; y precedíales Palas Atenea con lámpara de oro, que daba luz hermosísima. Y Telémaco dijo de repente a su padre:

36 *Telémaco.*—¡Oh padre! Grande es el prodigio que contemplo con mis propios ojos: las paredes del palacio, los bonitos intercolumnios, las vigas de

Biblioteca Nacional de España

abeto y los pilares encumbrados, aparecen a mi vista como si fueran ardiente fuego. Sin duda debe de estar aquí alguno de los dioses que poseen el anchuroso cielo.

41 Respondióle el ingenioso Odiseo:

42 *Odiseo.*—Calla, refrena tu pensamiento y no me interrogues; pero de este modo suelen proceder, en efecto, los dioses que habitan el Olimpo. Ahora acuéstate, y yo me quedaré para provocar todavía a las esclavas y departir con tu madre; la cual, lamentándose, me preguntará muchas cosas.

47 Así habló; y Telémaco se fué por el palacio, a la luz de las resplandecientes antorchas, y se recogió en el aposento donde solía dormir cuando el dulce sueño le vencía: allí se acostó para aguardar la divinal Aurora. Mas el divino Odiseo se quedó en la sala, y junto con Atenea pensaba en la matanza de los pretendientes.

53 Salió de su cuarto la discreta Penelopea, que parecía Ártemis o la dorada Afrodita, y colocáronle junto al hogar el torneado sillón, con adornos de marfil y plata, en que se sentaba; el cual había sido fabricado antiguamente por el artífice Icmalio, que le puso un escabel para los pies, adherido al mismo y cubierto con una grande piel. Allí se sentó la discreta Penelopea. Llegaron de dentro de la casa las doncellas de níveos brazos, retiraron el abundante pan, las mesas, y las copas en que bebían los soberbios pretendientes, y, echando por tierra las brasas de los tederos, amontonaron en ellos gran cantidad de leña para que hubiese luz y calor. Y Melanto reprendió a Odiseo por segunda vez:

66 *Melanto.*—¡Forastero! ¿Nos importunarás todavía, andando por la casa durante la noche y espiando a las mujeres? Vete afuera, oh mísero, y conténtate con lo que comiste, o muy pronto te echarán a tizonazos.

70 Mirándola con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo:

71 *Odiseo.*—¡Desdichada! ¿Por qué me acometes de esta manera, con ánimo irritado? ¿Quizás porque voy sucio, cubro mi cuerpo con miserables vestiduras y pido limosna por la población? La necesidad me fuerza a ello, y así son los mendigos y los vagabundos. Pues en otra época también yo fuí dichoso entre los hombres, habité una rica morada y en multitud de ocasiones di limosna al vagabundo, cualquiera que fuese y hallárase en la necesidad en que se hallase; entonces poseía innumerables siervos y otras muchas cosas con las cuales los hombres viven en regalo y gozan fama de opulentos. Mas Zeus Cronión me arruinó, porque así lo quiso. No sea que también tú, oh mujer, vayas a perder toda la hermosura de que haces gala entre las esclavas; que tu señora, irritándose, se embravezca contigo; o que Odiseo llegue, pues aún hay esperanza de que torne. Y si, por haber muerto, no volviese, ya su hijo Telémaco es tal, por la voluntad de Apolo, que ninguna de las mujeres del palacio le pasará inadvertida si fuere mala; pues ya tiene edad para entenderlo.

89 Así habló. Oyóle la discreta Penelopea y reprendió a la esclava diciéndole estas palabras:

91 *Penelopea.*—¡Atrevida! ¡Perra desvergonzada! No se me oculta en lo más mínimo la mala acción que estás cometiendo y que pagarás con tu cabeza.

Biblioteca Nacional de España

Muy bien te constaba, por haberlo oído de mi boca, que he de preguntar al forastero en esta sala, acerca de mi esposo; pues me hallo sumamente afligida.

Dijo; y acto continuo dirigió estas palabras a Eurínome, la despensera:

Penelopea.—¡Eurínome! Trae una silla y cúbrela con una pelleja, a fin de que se acomode el forastero, y hable y me escuche, que deseo interrogarle.

Así habló. Con gran diligencia trajo Eurínome una pulimentada silla, la cubrió con una pelleja, y en ella tomó asiento el paciente divinal Odiseo. Entonces rompió el silencio la discreta Penelopea, hablando de esta suerte:

Penelopea.—¡Forastero! Ante todas cosas quiero hacerte yo misma estas preguntas: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres?

Respondióle el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—¡Oh mujer! Ninguno de los mortales de la vasta tierra podría censurarte, pues tu gloria llega hasta el anchuroso cielo como la de un rey eximio y temeroso de los dioses, que impera sobre muchos y esforzados hombres, hace que triunfe la justicia, y al amparo de su buen gobierno la negra tierra produce trigo y cebada, los árboles se cargan de fruta, las ovejas paren hijuelos robustos, el mar da peces, y son dichosos los pueblos que le están sometidos. Mas ahora, que nos hallamos en tu casa, hazme otras preguntas, y no te empeñes en averiguar mi linaje, ni mi patria: no sea que con la memoria acrecientes los pesares de mi corazón, pues he sido muy desgraciado. Y tampoco conviene que en casa ajena esté llorando y lamentándome, porque es muy malo afligirse siempre y sin descanso: no fuera que alguna de las esclavas se enojara conmigo, o tú misma, y dijerais que derramo lágrimas porque el vino me perturbó el entendimiento.

Contestóle en seguida la discreta Penelopea:

Penelopea.—¡Forastero! Mis gracias—la belleza y la gala de mi cuerpo—destruyéronlas los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión y se fué con ellos mi esposo Odiseo. Si éste, volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más hermosa fuera mi gloria; pues estoy angustiada por tantos males como me envió algún dios. Cuantos próceres mandan en las islas, en Duliquio, en Same y en la selvosa Zacinto, y cuantos viven en la propia Ítaca, que se ve de lejos, me pretenden contra mi voluntad y arruinan la casa. Por esto no me curo de los huéspedes, ni de los suplicantes, ni de los heraldos, que son ministros públicos; sino que, padeciendo soledad de Odiseo, se me consume el ánimo. Ellos me dan prisa a que me case, y yo tramo engaños. Primeramente sugirióme un dios que me pusiese a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y entonces les hablé de este modo: «¡Jóvenes pretendientes míos! Ya que ha muerto el divino Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo—no sea que se me pierdan inútilmente los hilos,—a fin de que tenga sudario el héroe Laertes cuando le sorprenda la Parca fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo, si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!» Así les dije y su ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante, pasábame el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como me alum-

Biblioteca Nacional de España

braba con las antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logré ocultar el engaño y que mis palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas, así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, entonces, por las perras de mis esclavas que de nada se cuidan, vinieron a sorprenderme y me reprendieron con sus palabras. Así fué como, mal de mi grado, me vi en la necesidad de acabar la tela. Ahora ni me es posible evitar las bodas, ni hallo ningún otro consejo que me valga. Mis padres desean apresurar el casamiento y mi hijo siente gran pena al notar cómo son devorados nuestros bienes, porque ya es hombre apto para regir la casa y Zeus le da gloria. Mas, con todo eso, dime tu linaje y de dónde eres; que no serán tus progenitores la encina o el peñasco de la vieja fábula.

164 Respondióle el ingenioso Odiseo:

165 *Odiseo.*—«¡Oh veneranda esposa de Odiseo Laertíada! ¿No cesarás de interrogarme acerca de mi progenie? Pues bien, voy a decírtela, aunque con ello acrecientes los pesares que me agobian; pues así le ocurre al hombre que, como yo, anduvo mucho tiempo fuera de su patria, peregrinando por tantas ciudades y padeciendo fatigas. Mas, con todo, te hablaré de aquello que me preguntas y acerca de lo cual me interrogas.

172 »En medio del vinoso ponto, rodeada del mar, hay una tierra hermosa y fértil, Creta; y en ella muchos, innumerables hombres, y noventa ciudades. Allí se oyen mezcladas varias lenguas, pues viven en aquel país los aqueos, los magnánimos cretenses indígenas, los cidones, los dorios, que están divididos en tres tribus, y los divinos pelasgos. Entre las ciudades se halla Cnoso, gran población, en la cual reinó por espacio de nueve años Minos, que conversaba con el gran Zeus y fué padre de mi padre, del magnánimo Deucalión. Éste engendróme a mí y al rey Idomeneo, que fué a Ilión en las corvas naves, juntamente con los Atridas; mi preclaro nombre es Etón y soy el más joven de los dos hermanos, pues aquél es el mayor y el más valiente. En Cnoso conocí a Odiseo y aun le ofrecí los dones de la hospitalidad. El héroe enderezaba el viaje para Troya cuando la fuerza del viento lo apartó de Malea y lo llevó a Creta: y entonces ancoró sus barcos en un puerto peligroso, en la desembocadura del Amniso, donde está la gruta de Ilitia, y a duras penas pudo escapar de la tormenta. Entróse en seguida por la ciudad y preguntó por Idomeneo, que era, según afirmaba, su huésped querido y venerado; mas ya la aurora había aparecido diez u once veces desde que había zarpado para Ilión con sus corvas naves. Al punto lo conduje al palacio, le procuré digna hospitalidad, tratándole solícita y amistosamente—que en nuestra casa reinaba la abundancia,—e hice que a él y a los compañeros que llevaba se les diera harina y negro vino en común por el pueblo, y también bueyes para que los sacrificaran y satisficieran de este modo su apetito. Los divinos aqueos permanecieron con nosotros doce días, por soplar el Bóreas tan fuertemente que casi no se podía estar ni aun en la tierra. Debió de excitarlo alguna deidad malévola. Mas en el día treceno echóse el viento y se dieron a la vela.»

203 De tal suerte forjaba su relato, refiriendo muchas cosas falsas que pare-

Biblioteca Nacional de España

cían verdaderas; y a Penelopea, al oírlo, le brotaban las lágrimas de los ojos y se le deshacía el cuerpo. Así como en las altas montañas se derrite la nieve al soplo del Euro, después que el Céfiro la derribó, y la corriente de los ríos crece con la que se funde; así se derretían con el llanto las hermosas mejillas de Penelopea, que lloraba por su marido teniéndolo junto a sí. Odiseo, aunque interiormente compadecía a su mujer, que sollozaba, tuvo los ojos tan firmes dentro de los párpados cual si fueran de cuerno o de hierro, y logró con astucia que no se le rezumasen las lágrimas. Y Penelopea, después que se hubo hartado de llorar y de gemir, tornó a hablarle con estas palabras:

215 *Penelopea.*—Ahora, oh huésped, pienso someterte a una prueba para saber si es verdad, como lo afirmas, que en tu palacio hospedaste a mi esposo con sus compañeros iguales a los dioses. Dime qué vestiduras llevaba su cuerpo y cómo eran el propio Odiseo y los compañeros que le seguían.

220 Respondióle el ingenioso Odiseo:

221 *Odiseo.*—¡Oh mujer! Es difícil referirlo después de tanto tiempo, porque hace ya veinte años que se fué de allá y dejó mi patria; esto no obstante, te diré cómo se lo representa mi corazón. Llevaba el divinal Odiseo un manto lanoso, doble, purpúreo, con áureo broche de dos agujeros: en la parte anterior del manto estaba bordado un perro que tenía entre sus patas delanteras un manchado cervatillo, mirándole forcejar; y a todos pasmaba que, siendo entrambos de oro, aquél mirara al cervatillo a quien ahogaba, y éste forcejara con los pies, deseando escapar. En torno del cuerpo de Odiseo vi una espléndida túnica que semejaba árida binza de cebolla, ¡tan suave era!, y relucía como un sol; y muchas mujeres la contemplaban admiradas. Pero tengo de decirte una cosa que fijarás en la memoria: no sé si Odiseo ya llevaría estas vestiduras en su casa o se las dió alguno de los compañeros, cuando iba en su velera nave, o quizás algún huésped; que Odiseo tenía muchos amigos, pues eran pocos los aqueos que pudieran comparársele. También yo le regalé una broncínea espada, un hermoso manto doble de color de púrpura, y una túnica talar; después de lo cual fuí a despedirle con gran respeto hasta su nave de muchos bancos. Acompañábale un heraldo un poco más viejo que él, y voy a decirte cómo era: metido de hombros, de negra tez y rizado cabello, y su nombre Euríbates. Honrábale Odiseo mucho más que a otro alguno de sus compañeros, porque ambos solían pensar de igual manera.

249 Así le dijo, y acrecentóle el deseo del llanto, pues Penelopea reconoció las señales que Odiseo iba describiendo con tal certidumbre. Y cuando estuvo harta de llorar y de gemir, le respondió con estas palabras:

253 *Penelopea.*—¡Oh forastero! Aunque ya antes de ahora te tuve compasión, en adelante has de ser querido y venerado en esta casa; pues yo misma le entregué esas vestiduras que dices, sacándolas bien plegadas de mi estancia, y les puse el lustroso broche, para que le sirviese de ornamento a aquel a quien ya no tornaré a recibir, de vuelta a su hogar y a su patria tierra; que con hado funesto partió en las cóncavas naves, para ver aquella Ilión perniciosa y nefanda.

261 Respondióle el ingenioso Odiseo:

Biblioteca Nacional de España

262 *Odiseo.*—¡Oh veneranda mujer de Odiseo Laertíada! No mortifiques más el hermoso cuerpo, ni consumas el ánimo, llorando a tu marido; bien que por ello no he de reprenderte, porque la mujer suele sollozar cuando perdió el varón con quien se casó virgen y de cuyo amor tuvo hijos, aunque no sea como Odiseo, que, según cuentan, se asemejaba a los dioses. Suspende el llanto y presta atención a mis palabras, pues voy a hablarte con sinceridad y no te callaré nada de cuanto sé sobre el regreso de Odiseo; el cual vive, está cerca—en el opulento país de los tesprotos—y trae muchas y excelentes preciosidades que ha logrado recoger por entre el pueblo. Perdió sus fieles compañeros y la cóncava nave en el vinoso ponto, al venir de la isla de Trinacia, porque contra él se airaron Zeus y el Sol, a cuyas vacas habían dado muerte sus compañeros. Los demás perecieron en el alborotado ponto, y Odiseo, que montó en la quilla de su nave, fué arrojado por las olas a tierra firme, al país de los feacios, que son cercanos por su linaje a los dioses; y ellos le honraron cordialmente como a un numen, le hicieron muchos regalos y deseaban conducirlo sano y salvo a su casa. Y ya estuviera Odiseo aquí mucho tiempo ha, si no le hubiese parecido más útil irse por la vasta tierra para juntar riquezas, pues sobresale por sus ardides entre los mortales hombres y con él nadie puede. Así me lo dijo Fidón, rey de los tesprotos, y juró en mi presencia, haciendo libaciones en su casa, que ya habían echado la nave al mar y estaban a punto los compañeros para conducirlo a su patria tierra. Pero antes envióme a mí, porque se ofreció casualmente un barco de varones tesprotos que iba a Duliquio, la abundosa en trigo. Y me mostró todos los bienes que Odiseo había juntado, con los cuales pudiera mantenerse un hombre y sus descendientes hasta la décima generación: ¡tantos objetos preciosos tenía en el palacio de aquel rey! Añadió que Odiseo estaba en Dodona para saber por la alta encina la voluntad de Zeus acerca de si convendría que volviese manifiesta o encubiertamente a su patria, de la cual tanto ha que se halla ausente. Salvo está, pues, y vendrá pronto, que no permanecerá mucho tiempo alejado de sus amigos y de su patria tierra; y sobre este punto voy a prestar un juramento: Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y el hogar del intachable Odiseo a que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Odiseo vendrá aquí este año, al terminar el corriente mes y comenzar el próximo.

308 Respondióle la discreta Penelopea:

309 *Penelopea.*—Ojalá se cumpliese cuanto dices, oh forastero, que bien pronto conocerías mi amistad, pues te haría tantos regalos que te considerara dichoso quien contigo se encontrase. Pero mi ánimo presiente lo que ha de suceder: ni Odiseo volverá a esta casa, ni tú conseguirás que te lleven a la tuya; que no hay en el palacio quienes lo rijan, siendo cual era Odiseo entre los hombres—si todo no fué sueño—para acoger y conducir a los venerables huéspedes. Mas vosotras, criadas, lavad al huésped y aparejadle un lecho, con su cama, mantas y colchas espléndidas; para que, calentándose bien, aguarde la aparición de la Aurora, de áureo trono. Mañana, muy temprano, bañadle y ungidle; y coma aquí dentro, sentado en esta sala, al lado de Telémaco. Mal para

Biblioteca Nacional de España

aquél que con el ánimo furioso le molestare, pues será la última acción que aquí ejecute por muy irritado que se ponga. ¿Cómo sabrías, oh forastero, si aventajo a las demás mujeres en inteligencia y prudente consejo, si dejara que así, tan sucio y miserablemente vestido, comieras en el palacio? Son los hombres de vida corta: el cruel, el que procede inicuamente, consigue que todos los mortales le imprequen desventuras mientras vive y que todos lo insulten después de muerto; mas el intachable, el que procede intachablemente, alcanza una fama grandísima que sus huéspedes difunden entre todos los hombres y son muchos los que le llaman bueno.

335 Respondióle el ingenioso Odiseo:

336 *Odiseo.*—¡Oh veneranda mujer de Odiseo Laertíada! Los mantos y las colchas lucientes me dan en rostro desde la hora en que dejé los nevados montes de Creta y partí en la nave de largos remos. Me acostaré como antes, cuando pasaba las noches sin pegar el ojo; pues en muchas de ellas descansé en ruin lecho, aguardando la aparición de la divina Aurora de hermoso trono. Tampoco le agradan a mi ánimo los baños de pies, ni tocará los míos ninguna mujer de las que te sirven en el palacio, si no hay alguna muy vieja y de honestos pensamientos, que en su alma haya sufrido tanto como yo; pues a ésa no la he de impedir que toque mis pies.

349 Contestóle la discreta Penelopea:

350 *Penelopea.*—¡Forastero querido! Jamás llegó a mi casa otro varón de tan buen juicio entre los amigables huéspedes que vinieron de lejas tierras a mi morada: tal perspicuidad y cordura denotan tus palabras. Tengo una anciana de prudente ingenio, que fué la que alimentó y crió a aquel infeliz después de recibirlo en sus brazos cuando la madre lo parió: ésta te lavará los pies aunque sus fuerzas son ya menguadas. Ea, prudente Euriclea, levántate y lava a este varón coetáneo de tu señor; que en los pies y en las manos debe de estar Odiseo de semejante modo, pues los mortales envejecen presto en la desgracia.

361 Así habló. La vieja cubrióse el rostro con ambas manos, rompió en ardientes lágrimas y dijo estas lastimeras razones:

363 *Euriclea.*—¡Ay, hijo mío, que no puedo salvarte! Sin duda Zeus te cobró más odio que a hombre alguno, a pesar de que tu ánimo era tan temeroso de las deidades. Ningún mortal quemó tantos pingües muslos en honor de Zeus, que se huelga con el rayo, ni le sacrificó tantas y tan selectas hecatombes, como tú le ofreciste rogándole que te diese placentera senectud y te dejara criar a tu hijo ilustre; y ahora te privó, a ti tan sólo, de ver lucir el día de la vuelta. Quizás se mofaron de mi señor las criadas de lejano huésped a cuyo magnífico palacio llegara, como se burlan de ti, oh forastero, estas perras cuyos denuestos y abundantes infamias quieres evitar no permitiendo que te laven; y por tal razón me manda que lo haga yo, no ciertamente contra mi deseo, la hija de Icario, la discreta Penelopea. Y así, te lavaré los pies por consideración a la propia Penelopea y a ti mismo; pues siento que en el interior me conmueven el ánimo tus desventuras. Mas, ea, oye lo que voy a decir: muchos huéspedes infortunados vinieron a esta casa, pero en ninguno he ad-

Biblioteca Nacional de España

vertido una semejanza tan grande con Odiseo en el cuerpo, en la voz y en los pies, como en ti la echo de ver.

382 Respondióle el ingenioso Odiseo:

383 *Odiseo.*—¡Oh anciana! Lo mismo dicen cuantos nos vieron con sus propios ojos: que somos muy semejantes, como tú lo has reparado.

386 Así se expresó. La vieja tomó un reluciente caldero en el que acostumbraba lavar los pies, echóle gran cantidad de agua fría y derramó sobre ella otra caliente. Mientras tanto, sentóse Odiseo cabe al hogar y se volvió hacia lo obscuro, pues súbitamente le entró en el alma el temor de que la anciana, al asirle el pie, reparase en cierta cicatriz y todo quedara descubierto. Euriclea se acercó a su señor, comenzó a lavarlo y pronto reconoció la cicatriz de la herida que le había hecho un jabalí con su blanco diente, con ocasión de haber ido aquél al Parnaso, a ver a Autólico y sus hijos. Era ése el padre ilustre de la madre de Odiseo, y descollaba sobre los hombres en hurtar y jurar, presentes que le había hecho el propio Hermes, en cuyo honor quemaba agradables muslos de corderos y de cabritos; por esto el dios le asistía benévolo. Cuando anteriormente fué Autólico a la opulenta población de Ítaca, halló un niño recién nacido de su hija; y, después de cenar, Euriclea se lo puso en las rodillas, y le habló de semejante modo:

403 *Euriclea.*—¡Autólico! Busca tú ahora algún nombre para ponérselo al nieto, que tanto deseaste.

405 Y Autólico respondió diciendo:

406 *Autólico.*—¡Yerno, hija mía! Ponedle el nombre que os voy a decir. Como llegué aquí después de haberme airado (1) contra muchos hombres y mujeres, yendo por la fértil tierra, sea Odiseo el nombre que se le ponga. Y cuando llegue a mozo y vaya al Parnaso, a la grande casa materna donde se hallan mis riquezas, le daré parte de las mismas y os lo enviaré contento.

413 Por esto fué Odiseo: para que aquél le entregara los espléndidos dones. Autólico y sus hijos recibiéronlo afectuosamente, con apretones de mano y dulces palabras; y Anfitea, su abuela materna, lo abrazó y le besó la cabeza y los lindos ojos. Autólico mandó seguidamente a sus gloriosos hijos que aparejasen la comida; y, habiendo ellos atendido la exhortación, trajeron un buey de cinco años. Al instante lo desollaron y prepararon, lo partieron todo, lo dividieron con suma habilidad en trocitos que espetaron en los asadores y asaron cuidadosamente, y acto continuo distribuyeron las raciones. Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su correspondiente porción. Y tan pronto como el sol se puso y sobrevino la noche, acostáronse y el don del sueño recibieron.

428 Así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los hijos de Autólico y el divino Odiseo se fueron a cazar llevándose los perros. Encamináronse al alto monte Parnaso, cubierto de bosque, y pronto llegaron a sus ventosos collados. Ya el sol hería con sus rayos los campos, saliendo de la

(1) Ὀδυσσάμενος (odyssámenos), participio de aoristo del verbo ὀδύσσομαι, que significa *airarse, ser irritado.*

Biblioteca Nacional de España

plácida y profunda corriente del Océano, cuando los cazadores penetraron en un valle: iban al frente los perros, que rastreaban la caza; detrás, los hijos de Autólico, y con éstos, pero a poca distancia de los canes, el divino Odiseo, blandiendo ingente lanza. En aquel sitio estaba echado un enorme jabalí, en medio de una espesura tan densa que ni el húmedo soplo de los vientos la atravesaba, ni la herían los rayos del resplandeciente sol, ni la lluvia la penetraba del todo, ¡tan densa era!, habiendo en la misma abundante seroja amontonada. El ruido de los pasos de los hombres y de los canes, que se acercaban cazando, llegó hasta el jabalí; y éste dejó el soto, fué a su encuentro con las crines del cuello erizadas y los ojos echando fuego, y se detuvo muy cerca de ellos. Odiseo, que fué el primero en acometerle, levantó con su mano robusta la luenga lanza, deseando herirle; pero adelantósele el jabalí, le dió un golpe sobre la rodilla, y, como arremetiera al sesgo, desgarró con su diente mucha carne sin llegar al hueso. Entonces Odiseo le acertó en la espalda derecha, se la atravesó con la punta de la luciente lanza, y el animal quedó tendido en el polvo y perdió la vida. Los caros hijos de Autólico reuniéronse en torno del intachable Odiseo, igual a un dios, para socorrerle: vendáronle hábilmente la herida, restañaron la negruzca sangre con un ensalmo, y volvieron todos a la casa paterna. Autólico y sus hijos, después de curarle bien, le hicieron espléndidos regalos, y pronto lo enviaron alegre a su patria. El padre y la veneranda madre de Odiseo holgáronse de su vuelta y le preguntaron muchas cosas y qué le había ocurrido que llevaba aquella cicatriz; y él refirióles por menor cómo, habiendo ido al Parnaso a cazar con los hijos de Autólico, hirióle un jabalí con su blanco diente.

467 Al tocar la vieja con la palma de la mano esta cicatriz, reconocióla y soltó el pie de Odiseo: dió la pierna contra el caldero, resonó el bronce, inclinóse la vasija hacia atrás, y el agua se derramó en tierra. El gozo y el dolor invadieron simultáneamente el corazón de Euriclea, se le arrasaron los ojos de lágrimas y la voz sonora se le cortó. Mas luego tomó a Odiseo de la barba y habióle así:

474 *Euriclea.*—Tú eres ciertamente Odiseo, hijo querido; y yo no te conocí hasta que pude tocar todo mi señor con estas manos.

476 Dijo; y volvió los ojos a Penelopea, queriendo indicarle que tenía dentro de la casa a su marido. Mas ella no pudo notarlo ni advertirlo desde la parte opuesta, porque Atenea le distrajo el pensamiento. Odiseo, tomando del pescuezo a la anciana con la mano derecha, con la otra la atrajo a sí y le dijo:

482 *Odiseo.*—¡Ama! ¿Por qué quieres perderme? Sí, tú me criaste a tus pechos, y ahora, después de pasar muchas fatigas, he llegado en el vigésimo año a la patria tierra. Mas, ya que lo entendiste y un dios lo sugirió a tu mente, calla y nadie lo sepa en el palacio. Lo que voy a decir llevárase a efecto. Si un dios hiciese sucumbir a mis manos los ilustres pretendientes, no te perdonara a ti, a pesar de que fuiste mi ama, cuando mate a las demás esclavas en el palacio.

491 Contestóle la prudente Euriclea:

492 *Euriclea.*—¡Hijo mío! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! Bien sabes que mi ánimo es firme e indomable, y guardaré el secreto

Biblioteca Nacional de España

como una sólida piedra o como el hierro. Otra cosa quiero manifestarte que pondrás en tu corazón: Si un dios hace sucumbir a tus manos los ilustres pretendientes, te diré cuáles mujeres no te honran en el palacio y cuáles están sin culpa.

499 Respondióle el ingenioso Odiseo:

500 *Odiseo.*—¡Ama! ¿A qué nombrarlas? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Yo mismo las observaré para conocerlas una por una. Guarda silencio y confía en los dioses.

503 Así dijo; y la vieja se fué por el palacio a buscar agua para lavarle los pies, porque la primera se había derramado toda. Después que lo hubo lavado y ungido con pingüe aceite, Odiseo acercó nuevamente la silla al fuego, para calentarse, y cubrióse la cicatriz con los andrajos. Entonces rompió el silencio la discreta Penelopea, hablando de este modo:

509 *Penelopea.*—¡Forastero! Aún te haré algunas preguntas, muy pocas; que presto será hora de dormir plácidamente, para quien logre conciliar el dulce sueño aunque esté afligido. A mí me ha dado algún dios un pesar inmenso, pues durante el día me complazco en llorar, gemir y ver mis labores y las de las siervas de la casa; pero, así que viene la noche y todos se acuestan, yazgo en mi lecho y fuertes y punzantes inquietudes me asedian el oprimido corazón y me excitan los sollozos. Como cuando la hija de Pandáreo, la pardusca Aedón, canta hermosamente al comenzar la primavera, posada en el tupido follaje de los árboles, y deja oír su voz de variados sones que muda a cada momento, llorando a Ítilo, el vástago que tuvo del rey Zeto y mató con el bronce por imprudencia: de semejante manera está mi ánimo, vacilando entre dos partidos, pues no sé si seguir viviendo con mi hijo y guardar y mantener en pie todas las cosas—mis posesiones, mis esclavas y esta casa grande y de elevada techumbre—por atención al tálamo conyugal y temor del dicho de la gente; o irme ya con quien sea el mejor de los aqueos que me pretenden en el palacio y me haga muchísimas donaciones nupciales. Mi hijo, mientras fué insipiente muchacho, no quiso que me casara y me fuera de esta mansión de mi esposo; mas ahora, que ya es adulto por haber llegado a la flor de la juventud, desea que desampare el palacio, viendo con indignación que sus bienes son devorados por los aqueos. Pero, ea, oye y declárame este sueño. Hay en la casa veinte gansos que comen trigo remojado en agua y yo me huelgo de contemplarlos; mas hete aquí que bajó del monte un aguilón de corvo pico, y, rompiéndoles el cuello, los mató a todos; quedaron éstos tendidos en montón y subióse él al divino éter. Yo, aunque entre sueños, lloré y di gritos; y las aqueas, de hermosas trenzas, fueron juntándose a mi alrededor, mientras me lamentaba tanto de que el aguilón hubiese matado mis gansos, que movía a compasión. Entonces el aguilón tornó a venir, se posó en el borde de la techumbre, y me calmó diciendo con voz humana: «¡Cobra ánimo, hija del celebérrimo Icario!, pues no es sueño, sino visión veraz que ha de cumplirse. Los gansos son los pretendientes, y yo, que era el aguilón, soy tu esposo que he llegado y daré a todos los pretendientes ignominiosa muerte.» Así dijo. Ausentóse de mí el dulce sueño, y mirando en derredor, vi los gansos en el palacio, junto al pesebre, que comían trigo como antes.

Biblioteca Nacional de España

554 Respondióle el ingenioso Odiseo:

555 *Odiseo.*—¡Oh mujer! No es posible declarar el sueño de otra manera, ya que el propio Odiseo te manifestó cómo lo llevará al cabo: aparece clara la perdición de todos los pretendientes y ninguno escapará de la muerte y de las Parcas.

559 Contestóle la discreta Penelopea:

560 *Penelopea.*—¡Forastero! Hay sueños inescrutables y de lenguaje obscuro, y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres. Hay dos puertas para los leves sueños: una, construida de cuerno; y otra, de marfil. Los que vienen por el bruñido marfil nos engañan, trayéndonos palabras sin efecto; y los que salen por el pulimentado cuerno anuncian, al mortal que los ve, cosas que realmente han de verificarse. Mas no me figuro yo que mi terrible sueño haya salido por el último, que nos fuera muy grato a mí y a mi hijo. Otra cosa voy a decirte que pondrás en tu corazón. No tardará en lucir la infausta aurora que ha de alejarme de la casa de Odiseo, pues ya quiero ofrecer a los pretendientes un certamen: las segures, que aquél fijaba en línea recta y en número de doce, dentro de su palacio, cual si fuesen los puntales de un navío en construcción, y desde muy lejos hacía pasar una flecha por los anillos. Ahora, pues, los invitaré a esta lucha, y aquel que más fácilmente maneje el arco, lo arme y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual imagino que habré de acordarme aun entre sueños.

582 Respondióle el ingenioso Odiseo:

583 *Odiseo.*—¡Oh veneranda mujer de Odiseo Laertíada! No difieras por más tiempo ese certamen que ha de efectuarse en el palacio, pues el ingenioso Odiseo vendrá antes que ellos, manejando el pulido arco, logren tirar de la cuerda y consigan que la flecha traspase el hierro.

588 Díjole entonces la discreta Penelopea:

589 *Penelopea.*—¡Forastero! Si quisieras deleitarme con tus dichos, sentado junto a mí, en esta sala, no caería ciertamente el sueño en mis ojos; mas no es posible que los hombres estén sin dormir, porque los inmortales han ordenado que los mortales de la fértil tierra empleen una parte del tiempo en cada cosa. Voyme a la estancia superior y me acostaré en mi lecho tan luctuoso, que siempre está regado de lágrimas desde que Odiseo partió para ver aquella Ilión perniciosa y nefanda. Allí descansaré. Acuéstate tú en el interior del palacio, tendiendo algo por el suelo, o que te hagan una cama.

600 Diciendo así, subió a la espléndida habitación superior no yendo sola, pues la acompañaban las esclavas. Y, en llegando con ellas a lo alto de la casa, echóse a llorar por Odiseo, su caro marido, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, le difundió en los párpados el dulce sueño.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XX

LO QUE PRECEDIÓ A LA MATANZA DE LOS PRETENDIENTES

ACOSTÓSE a su vez el divinal Odiseo en el vestíbulo de la casa: tendió la piel cruda de un buey, echó encima otras muchas pieles de ovejas sacrificadas por los aqueos, y, tan pronto como se tendió, cobijóle Eurínome con un manto. Mientras Odiseo estaba echado y en vela, y discurría males contra los pretendientes, salieron del palacio, riendo y bromeando unas con otras, las mujeres que con ellos solían juntarse. El héroe sintió conmovérsele el ánimo en el pecho, y revolvió muchas cosas en su mente y en su corazón, pues se hallaba indeciso entre arremeter a las criadas y matarlas o dejar que por la última y postrera vez se uniesen con los orgullosos pretendientes; y en tanto el corazón desde dentro le ladraba. Como la perra que anda alrededor de sus tiernos cachorrillos ladra y desea acometer cuando ve a un hombre a quien no conoce; así, al presenciar con indignación aquellas malas acciones, ladraba interiormente el corazón de Odiseo. Y éste, dándose de golpes en el pecho, reprendiólo con semejantes palabras:

18 *Odiseo.*—¡Aguanta, corazón, que algo más vergonzoso hubiste de soportar aquel día en que el Ciclope, de fuerza indómita, me devoraba los esforzados compañeros; y tú lo toleraste, hasta que mi astucia nos sacó del antro donde nos dábamos por muertos!

22 Así dijo, increpando en su pecho al corazón que en todo instante se mostraba sufrido y obediente; mas Odiseo revolvíase ya a un lado, ya al opuesto. Así como, cuando un hombre asa a un grande y encendido fuego un vientre repleto de gordura y de sangre, le da vueltas acá y acullá con el propósito de acabar pronto; así se revolvía Odiseo a una y a otra parte, mientras pensaba de qué manera conseguiría poner las manos en los desvergonzados pretendientes, hallándose solo contra tantos. Pero acercósele Atenea, que había descendido del cielo; y, transfigurándose en mujer, se detuvo sobre su cabeza y le habló diciendo:

33 *Atenea.*—¿Por qué velas todavía, oh desdichado sobre todos los varones? Esta es tu casa y tienes dentro a tu mujer y a tu hijo, que es tal como todos desearan que fuese el suyo.

36 Respondióle el ingenioso Odiseo:

37 *Odiseo.*—Sí, muy oportuno es, oh diosa, cuanto acabas de decir; pero mi ánimo me hace pensar cómo lograré poner las manos en los desvergonza-

Biblioteca Nacional de España

dos pretendientes, hallándome solo, mientras que ellos están siempre reunidos en el palacio. Considero también otra cosa aún más importante: Si logro matarlos, por la voluntad de Zeus y la tuya, ¿adónde me podré refugiar? Yo te invito a que me lo declares.

44 Díjole entonces Atenea, la deidad de ojos de lechuza:

45 *Atenea.*—¡Desdichado! Se tiene confianza en un compañero peor, que es mortal y no sabe dar tantos consejos; y yo soy una diosa que te guarda en todos tus trabajos. Te hablaré muy claramente. Aunque nos rodearan cincuenta compañías de hombres de voz articulada, ansiosos de acabar con nosotros por medio de Ares, te sería posible llevarte sus bueyes y sus pingües ovejas. Pero ríndete al sueño, que es gran molestia pasar la noche sin dormir y vigilando; y ya en breve saldrás de estos males.

54 Así le habló; y, apenas hubo infundido el sueño en los párpados de Odiseo, la divina entre las diosas volvió al Olimpo.

56 Cuando al héroe le vencía el sueño, que deja el ánimo libre de inquietudes y relaja los miembros, despertaba su honesta esposa, la cual rompió en llanto, sentándose en la mullida cama. Y así que su ánimo se cansó de sollozar, la divina entre las mujeres elevó a Ártemis la siguiente súplica:

61 *Penelopea.*—¡Ártemis, venerable diosa hija de Zeus! ¡Ojalá que, tirándome una saeta al pecho, ahora mismo me quitaras la vida; o que una tempestad me arrebatara, conduciéndome hacia las sombrías sendas, y me dejara caer en los confines del refluente Océano! Como las borrascas se llevaron las hijas de Pandáreo, pues los númenes les mataron los padres y ellas se quedaron huérfanas en el palacio, y entonces críolas la diosa Afrodita con queso, dulce miel y suave vino; dotólas Hera de hermosura y prudencia sobre las mujeres; dióles la casta Ártemis buena estatura, y adiestrólas Atenea en labores eximias; pero, mientras la diosa Afrodita se encaminaba al vasto Olimpo a pedirle a Zeus, que se huelga con el rayo, florecientes nupcias para las doncellas—pues aquel dios lo sabe todo y conoce el destino favorable o adverso de los mortales,—arrebatáronlas las Harpías y se las dieron a las odiosas Erinies como esclavas: de igual suerte háganme desaparecer a mí los que viven en olímpicos palacios o máteme Ártemis, la de lindas trenzas, para que yo penetre en la odiosa tierra, teniendo ante mis ojos a Odiseo, y no haya de alegrar el ánimo de ningún hombre inferior. Cualquier mal es sufridero, aunque pasemos el día llorando y con el corazón muy triste, si por la noche viene el sueño, que nos trae el olvido de todas las cosas, buenas y malas, al cerrarnos los ojos. Pero a mí me envía algún dios funestas pesadillas. Esta misma noche acostóse a mi lado un fantasma muy semejante a él, tal como era Odiseo cuando partió con el ejército; y mi corazón se alegraba, figurándose que no era sueño, sino veras.

91 Así dijo; y al punto llegó la Aurora, de áureo trono. Odiseo oyó las voces que Penelopea daba en su llanto, meditó luego y le pareció como si la tuviese junto a su cabeza por haberle reconocido. Al punto recogió el manto y las pieles en que estaba echado y lo puso todo en una silla del palacio, sacó afuera la piel de buey y, alzando las manos, dirigió a Zeus esta súplica:

98 *Odiseo.*—¡Padre Zeus! Si vosotros los dioses me habéis traído de buen

Biblioteca Nacional de España

grado, por tierra y por mar, a mi patrio suelo, después de enviarme multitud de infortunios; haz que diga algún presagio cualquiera de los que en el interior despiertan y muéstrese en el exterior otro prodigio tuyo.

102 Así dijo rogando. Oyóle el próvido Zeus y en el acto mandó un trueno desde el resplandeciente Olimpo, desde lo alto de las nubes, que le causó a Odiseo profunda alegría. El presagio dióselo en la casa una mujer que molía el grano cerca de él, donde estaban las muelas del pastor de hombres. Doce eran las que allí trabajaban solícitamente, fabricando harinas de cebada y de trigo, que son el alimento de los hombres; pero todas descansaban ya, por haber molido su parte correspondiente de trigo, a excepción de una que aún no había terminado porque era muy débil. Ésta, pues, paró la muela y dijo las siguientes palabras, que fueron una señal para su amo:

112 *La mujer.*—¡Padre Zeus, que imperas sobre los dioses y sobre los hombres! Has enviado un fuerte trueno desde el cielo estrellado y no hay nube alguna; indudablemente es una señal que haces a alguien. Cúmpleme ahora también a mí, a esta mísera, lo que te voy a pedir: Tomen hoy los pretendientes por última y postrera vez la agradable comida en el palacio de Odiseo; y, ya que hicieron flaquear mis rodillas con el penoso trabajo de fabricarles harina, sea también ésta la última vez que cenen.

120 Así se expresó; y holgóse el divinal Odiseo con el presagio y el trueno enviado por Zeus, pues creyó que podría castigar a los culpables.

122 Las demás esclavas, juntándose en la bella mansión de Odiseo, encendían en el hogar el fuego infatigable. Telémaco, varón igual a un dios, se levantó de la cama, vistióse, colgó del hombro la aguda espada, ató a sus nítidos pies hermosas sandalias y asió la fuerte lanza de broncínea punta. Salió luego y, parándose en el umbral, dijo a Euriclea:

129 *Telémaco.*—¡Ama querida! ¿Honrasteis al huésped dentro de la casa, dándole lecho y cena, o yace por ahí sin que nadie le cuide? Pues mi madre es tal, aunque discreción no le falta, que suele honrar inconsideradamente al peor de los hombres de voz articulada y despedir sin honra alguna al que más vale.

134 Respondióle la prudente Euriclea:

135 *Euriclea.*—No la acuses ahora, hijo mío, que no es culpable. El huésped estuvo sentado y bebiendo vino hasta que le plugo; y en cuanto a comer, manifestó que ya no tenía más gana, y fué ella misma quien le hizo la pregunta. Tan luego como decidió acostarse para dormir, ordenó tu madre a las esclavas que le aderezasen la cama; pero, como es tan mísero y desventurado, no quiso descansar en lecho ni entre colchas y se tendió en el vestíbulo sobre una piel cruda de buey y otras de ovejas. Y nosotras le cubrimos con un manto.

144 Así le dijo. Telémaco salió del palacio con su lanza en la mano y dos perros de ágiles pies que le seguían; y fuése al ágora a juntarse con los aqueos de hermosas grebas. Entonces la divina entre las mujeres, Euriclea, hija de Ops Pisenórida, comenzó a mandar de este modo a las esclavas:

149 *Euriclea.* — Ea, algunas de vosotras barran el palacio diligentemente,

Biblioteca Nacional de España

riéguenlo y pongan tapetes purpúreos en las labradas sillas; pasen otras la esponja por las mesas y limpien las crateras y las copas de doble asa, artísticamente fabricadas; y vayan las demás por agua a la fuente y tráiganla presto. Pues los pretendientes no han de tardar en venir al palacio; antes acudirán muy de mañana, que hoy es día de fiesta para todos.

157 Así les habló; y ellas en seguida la escucharon y obedecieron. Veinte esclavas se encaminaron a la fuente de aguas profundas y las otras se pusieron a trabajar hábilmente allí mismo, dentro de la casa.

160 Presentáronse poco después los bravos sirvientes y cortaron leña con gran pericia; volvieron de la fuente las esclavas; e inmediatamente llegó el porquerizo con tres cerdos, los mejores de cuantos tenía a su cuidado. Eumeo dejó que pacieran en el hermoso cercado y hablóle a Odiseo con dulces palabras:

166 *Eumeo.*—¡Forastero! ¿Te ven los aqueos con mejores ojos, o siguen ultrajándote en el palacio como anteriormente?

168 Respondióle el ingenioso Odiseo:

169 *Odiseo.*—Ojalá castiguen los dioses, oh Eumeo, los ultrajes que con tal descaro infieren, maquinando inicuas acciones en la casa de otro, sin tener ni pizca de vergüenza.

172 De tal suerte conversaban. Acercóseles el cabrero Melantio, que traía las mejores cabras de sus rebaños para la comida de los pretendientes, y le acompañaban dos pastores. Y, atándolas debajo del sonoro pórtico, le dijo a Odiseo estas mordaces palabras:

178 *Melantio.*—¡Forastero! ¿Nos importunarás todavía en esta casa, con pedir limosna a los varones? ¿Por ventura no saldrás de aquí? Ya me figuro que no nos separaremos hasta haber probado la fuerza de nuestros brazos; porque tú no mendigas como se debe, que hay otros convites de los aqueos.

183 Así se expresó. El ingenioso Odiseo no le dió respuesta; pero meneó la cabeza silenciosamente, agitando en lo íntimo de su alma siniestros ardides.

185 Fué el tercero en llegar Filetio, mayoral de los pastores, que traía una vaca no paridera y pingües cabras. Los barqueros, que conducen a cuantos hombres se les presentan, los habían transportado. Y, atando aquél las reses debajo del sonoro pórtico, paróse junto al porquerizo y le interrogó de esta manera:

191 *Filetio.*—¡Porquerizo! ¿Quién es ese forastero recién llegado a nuestra casa? ¿A qué hombres se gloria de pertenecer? ¿Dónde se hallan su familia y su patria tierra? ¡Infeliz! Parece, por su cuerpo, un rey soberano; mas los dioses anegan en males a los hombres que han vagado mucho, cuando hasta a los reyes les destinan infortunios.

197 Dijo; y, parándose junto a Odiseo, le saludó con la diestra y le habló con estas aladas palabras:

199 *Filetio.*—¡Salve, padre huésped! Sé dichoso en lo sucesivo, ya que ahora te abruman tantos males. ¡Oh padre Zeus! No hay dios más funesto que tú; pues, sin compadecerte de los hombres, a pesar de haberlos criado, los entregas al infortunio y a los tristes dolores. Desde que te vi, empecé a sudar y se

Biblioteca Nacional de España

me arrasaron los ojos de lágrimas, acordándome de Odiseo; porque me figuro que aquél vaga entre los hombres, cubierto con unos andrajos semejantes, si aún vive y goza de la lumbre del sol. Y si ha muerto y está en la morada de Hades, ¡ay de mí, a quien, desde niño, puso el intachable Odiseo al frente de sus vacadas en el país de los cefalenos! Hoy las vacas son innumerables y a ningún hombre podría crecerle más el ganado vacuno de ancha frente; pero unos extraños me ordenan que les traiga vacas para comérselas, y no se cuidan del hijo de la casa, ni temen la venganza de las deidades, pues ya desean repartirse las posesiones del rey cuya ausencia se hace tan larga. Muy a menudo mi ánimo revuelve en el pecho estas ideas: muy malo es que en vida del hijo me vaya a otro pueblo, emigrando con las vacas hacia los hombres de un país extraño; pero se me hace más duro quedarme, guardando las vacas para otros y sufriendo pesares. Y mucho ha que me habría ido a refugiarme cerca de alguno de los prepotentes reyes, porque lo de acá ya no es tolerable; pero aguardo aún a aquel infeliz, por si, viniendo de algún sitio, dispersa a los pretendientes que están en el palacio.

226 Respondióle el ingenioso Odiseo:

227 *Odiseo.*—¡Boyero! Como no me pareces ni vil ni insensato, y conozco que la prudencia rige tu espíritu, voy a decirte una cosa que afirmaré con solemne juramento: «Sean testigos primeramente Zeus entre los dioses y luego la mesa hospitalaria y el hogar del intachable Odiseo a que he llegado, de que Odiseo vendrá a su casa, estando tú en ella; y podrás ver con tus ojos, si quieres, la matanza de los pretendientes que hoy señorean en el palacio.»

235 Díjole entonces el boyero:

236 *Filetio.*—¡Forastero! Ojalá el Cronión llevara a cumplimiento cuanto dices; que no tardarías en conocer cuál es mi fuerza y de qué brazos dispongo.

238 Eumeo suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa.

240 Así éstos conversaban. Los pretendientes maquinaban contra Telémaco la muerte y el destino, cuando de súbito apareció un ave a su izquierda, un águila altanera, con una tímida paloma entre las garras. Y Anfínomo les arengó diciendo:

245 *Anfínomo.*—¡Oh amigos! Esta trama—la muerte de Telémaco—no tendrá buen éxito para nosotros; pero pensemos ya en la comida.

247 Así se expresó Anfínomo, y a todos les plugo lo que dijo. Volviendo, pues, al palacio del divinal Odiseo, dejaron sus mantos en sillas y sillones; sacrificaron ovejas muy crecidas, pingües cabras, puercos gordos y una gregal vaca; pusieron al fuego y distribuyeron más tarde las asaduras; mezclaron el vino en las crateras; y el porquerizo les sirvió las copas. Filetio, mayoral de los pástores, repartióles el pan en hermosos canastillos; y Melantio les escanciaba el vino. Y todos metieron mano en las viandas que tenían delante.

257 Telémaco, con astuta intención, hizo sentar a Odiseo dentro de la sólida casa, junto al umbral de piedra, donde le había colocado una pobre silla y una

Biblioteca Nacional de España

mesa pequeña; sirvióle parte de las asaduras, escancióle vino en una copa de oro y le habló de esta manera:

262 *Telémaco.*—Siéntate aquí, entre estos varones, y bebe vino. Yo te libraré de las injurias y de las manos de todos los pretendientes; pues esta casa no es pública, sino de Odiseo que la adquirió para mí. Y vosotros, oh pretendientes, reprimid el ánimo y absteneos de las amenazas y de los golpes, para que no se arme disputa ni altercado alguno.

268 Así se expresó; y todos se mordieron los labios, admirándose de que Telémaco les hablase con tanta audacia. Entonces Antínoo, hijo de Eupites, dijo de esta suerte:

271 *Antínoo.*—¡Aqueos! Cumplamos, aunque es dura, la orden de Telémaco, que con tono tan amenazador acaba de hablarnos. No lo ha querido Zeus Cronión; pues, de otra suerte, ya le habríamos hecho callar en el palacio, aunque sea arengador sonoro.

275 Así habló Antínoo; pero Telémaco no hizo caso de sus palabras. En esto, ya los heraldos conducían por la ciudad la sacra hecatombe de las deidades; y los melenudos aqueos se juntaban en el umbrío bosque consagrado a Apolo, el que hiere de lejos.

279 No bien los pretendientes hubieron asado los cuartos delanteros, retiráronlos de la lumbre, dividiéronlos en partes, y celebraron un gran banquete. A Odiseo sirviéronle, los que en esto se ocupaban, una parte tan cumplida como la que a ellos mismos les cupo en suerte; pues así lo ordenó Telémaco, el hijo amado del divino Odiseo.

284 Tampoco dejó entonces Atenea que los ilustres pretendientes se abstuvieran totalmente de la dolorosa injuria, a fin de que el pesar atormentara aún más el corazón de Odiseo Laertíada. Hallábase entre ellos un hombre de ánimo perverso, llamado Ctesipo, que tenía su morada en Same, y, confiando en sus posesiones inmensas, solicitaba a la esposa de Odiseo ausente a la sazón desde largo tiempo. Este tal dijo a los ensoberbecidos pretendientes:

292 *Ctesipo.*—¡Oíd, ilustres pretendientes, lo que os voy a decir! Rato ha que el forastero tiene su parte igual a la nuestra, como es debido; que no fuera decoroso ni justo privar del festín a los huéspedes de Telémaco, sean cuales fueren los que vengan a este palacio. Mas, ea, también yo voy a ofrecerle el don de la hospitalidad, para que él a su vez haga un presente al bañero o a algún otro de los esclavos que viven en la casa del divinal Odiseo.

299 Habiendo hablado así, tiróle con fuerte mano una pata de buey, que tomó de un canastillo; Odiseo evitó el golpe, inclinando ligeramente la cabeza, y en seguida se sonrió con risa sardonia; y la pata fué a dar en el bien construido muro. Acto continuo reprendió Telémaco a Ctesipo con estas palabras:

304 *Telémaco.*—¡Ctesipo! Mucho mejor ha sido para ti no acertar al forastero, porque éste evitó el golpe; que yo te traspasara con mi aguda lanza y tu padre te hiciera acá los funerales en vez de celebrar tu casamiento. Por tanto, nadie se porte insolentemente dentro de la casa, que ya conozco y entiendo muchas cosas, buenas y malas, aunque antes fuese niño. Y si toleramos lo que vemos—que sean degolladas las ovejas, y se beba el vino, y se consuma

Biblioteca Nacional de España

el pan,—es por la dificultad de que uno solo refrene a muchos. Mas, ea, no me causéis más daño, siéndome malévolos; y si deseáis matarme con el bronce, yo quisiera que lo llevaseis a cumplimiento, pues más valdría morir que ver de continuo esas inicuas acciones: maltratados los huéspedes y forzadas indignamente las siervas en las hermosas estancias.

320 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Mas al fin les dijo Agelao Damastórida:

322 *Agelao.*—¡Oh amigos! Nadie se irrite, oponiendo contrarias razones al dicho justo de Telémaco; y no maltratéis al huésped, ni a ningún esclavo de los que moran en la casa del divinal Odiseo. A Telémaco y a su madre les diría yo unas suaves palabras, si fuere grato al corazón de entrambos. Mientras en vuestro pecho esperaba el ánimo que el prudente Odiseo volviese, no podíamos indignarnos por la demora, ni porque se entretuviera en la casa a los pretendientes; y aun habría sido lo mejor, si Odiseo viniera y tornara a su palacio. Pero ahora ya es evidente que no volverá. Mas, ea, siéntate al lado de tu madre y dile que tome por esposo al varón más eximio y que más donaciones le haga; para que tú sigas en posesión de los bienes de tu padre, comiendo y bebiendo en los mismos, y ella cuide la casa de otro.

338 Respondióle el prudente Telémaco:

339 *Telémaco.*—No, ¡por Zeus y por los trabajos de mi padre que ha fallecido o va errante lejos de Ítaca!, no difiero, oh Agelao, las nupcias de mi madre; antes la exhorto a casarse con aquel que, siéndole grato, le haga muchísimos presentes; pero me daría vergüenza arrojarla del palacio contra su voluntad y con duras palabras. ¡No permitan los dioses que así suceda!

345 Así dijo Telémaco. Palas Atenea movió a los pretendientes a una risa inextinguible y les perturbó la razón. Reían con risa forzada, devoraban sanguinolentas carnes, se les llenaron de lágrimas los ojos y su ánimo presagiaba el llanto. Entonces Teoclímeno, semejante a un dios, les habló de esta manera:

351 *Teoclímeno.*—¡Ah, míseros! ¿Qué mal es ése que padecéis? Noche obscura os envuelve la cabeza, y el rostro, y abajo las rodillas; crecen los gemidos; báñanse en lágrimas las mejillas; y así los muros como los hermosos intercolumnios están rociados de sangre. Llenan el vestíbulo y el patio las sombras de los que descienden al tenebroso Érebo; el sol desapareció del cielo y una horrible obscuridad se extiende por doquier.

358 Así se expresó, y todos rieron dulcemente. Entonces Eurímaco, hijo de Pólibo, comenzó a decirles:

360 *Eurímaco.*—Está loco ese huésped venido de país extraño. Ea, jóvenes, llevadle ahora mismo a la puerta y váyase al ágora, ya que aquí le parece que es de noche.

363 Contestóle Teoclímeno, semejante a un dios.

364 *Teoclímeno.*—¡Eurímaco! No pido que me acompañen. Tengo ojos, orejas y pies, y en mi pecho la razón que está sin menoscabo: con su auxilio me iré afuera, porque veo claro que viene sobre vosotros la desgracia, de la cual no podréis huir ni libraros ninguno de los pretendientes que en el pa-

Biblioteca Nacional de España

lacio del divino Odiseo insultáis a los hombres, maquinando inicuas acciones.
371 Cuando esto hubo dicho, salió del cómodo palacio y se fué a la casa de Pireo, que lo acogió benévolo. Los pretendientes se miraban los unos a los otros y zaherían a Telémaco, riéndose de sus huéspedes. Y entre los jóvenes soberbios hubo quien habló de esta manera:
376 *Una voz.*—¡Telémaco! Nadie tiene con los huéspedes más desgracia que tú. El uno es tal como ese mendigo vagabundo, necesitado de que le den pan y vino, inhábil para todo, sin fuerzas, carga inútil de la tierra; y el otro se ha levantado a pronunciar vaticinios. Si quieres creerme—y sería lo mejor,—echemos a los huéspedes en una nave de muchos bancos y mandémoslos a Sicilia; y allí te los comprarán por razonable precio.
384 Así decían los pretendientes, pero Telémaco no hizo ningún caso de estas palabras; sino que miraba silenciosamente a su padre, aguardando el momento en que había de poner las manos en los desvergonzados pretendientes.
387 La discreta Penelopea, hija de Icario, mandó colocar su magnífico sillón enfrente de los hombres, y oía cuanto se hablaba en la sala. Y los pretendientes reían y se preparaban el almuerzo, que fué dulce y agradable, pues sacrificaron multitud de reses; pero ninguna cena tan triste como la que pronto iban a darles la diosa y el esforzado varón, porque habían sido los primeros en maquinar acciones inicuas.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXI

LA PROPUESTA DEL ARCO

ATENEA, la deidad de ojos de lechuza, inspiróle en el corazón a la discreta Penelopea, hija de Icario, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro, a fin de celebrar el certamen que había de ser el preludio de su matanza. Subió Penelopea la alta escalera de la casa; tomó en su robusta mano una hermosa llave bien curvada, de bronce, con el cabo de marfil; y se fué con las siervas al aposento más interior donde guardaba las alhajas del rey—bronce, oro y labrado hierro—y también el flexible arco y la aljaba para las flechas, que contenía muchas y dolorosas saetas; dones ambos que a Odiseo le había hecho su huésped Ífito Eurítida, semejante a los inmortales, cuando se juntó con él en Lacedemonia. Encontráronse en Mesena, en casa del belicoso Ortíloco. Odiseo iba a cobrar una deuda de todo el pueblo, pues los mesenios se habían llevado de Ítaca, en naves de muchos bancos, trescientas ovejas con sus pastores: por esta causa Odiseo, que aún era joven, emprendió como embajador aquel largo viaje, enviado por su padre y otros ancianos. A su vez, Ífito iba en busca de doce yeguas de vientre con sus potros, pacientes en el trabajo, que antes le habían robado y que luego habían de ser la causa de su muerte y miserable destino; pues, habiéndose llegado a Heracles, hijo de Zeus, varón de ánimo esforzado que sabía acometer grandes hazañas, ése le mató en su misma casa, sin embargo de tenerlo por huésped. ¡Inicuo! No temió la venganza de los dioses, ni respetó la mesa que le puso él en persona: matóle y retuvo en su palacio las yeguas de fuertes cascos. Cuando Ífito iba, pues, en busca de las mentadas yeguas, se encontró con Odiseo y le dió el arco que antiguamente había usado el gran Eurito y que éste legó a su vástago al morir en su excelsa casa; y Odiseo, por su parte, regaló a Ífito afilada espada y fornida lanza; presentes que hubieran originado entre ambos cordial amistad, mas los héroes no llegaron a verse el uno en la mesa del otro, porque el hijo de Zeus mató antes a Ífito Eurítida, semejante a los inmortales. Y el divino Odiseo llevaba en su patria el arco que le había dado Ífito, pero no lo quiso tomar al partir para la guerra en las negras naves; y lo dejó en el palacio como memoria de su caro huésped.

42 Así que la divina entre las mujeres llegó al aposento y puso el pie en el umbral de encina que en otra época había pulido el artífice con gran habilidad y enderezado por medio de un nivel, alzando los dos postes en que había de

Biblioteca Nacional de España

encajar la espléndida puerta; desató la correa del anillo, metió la llave y corrió los cerrojos de la puerta, empujándola hacia dentro. Rechinaron las hojas como muge un toro que pace en la pradera—¡tanto ruido produjo la hermosa puerta al empuje de la llave!—y abriéronse inmediatamente. Penelopea subió al excelso tablado donde estaban las arcas de los perfumados vestidos; y, tendiendo el brazo, descolgó de un clavo el arco con la funda espléndida que lo envolvía. Sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fuése hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes; y llevó en su mano el flexible arco y la aljaba para las flechas, la cual contenía abundantes y dolorosas saetas. Juntamente con Penelopea, llevaban las siervas una caja con mucho hierro y bronce que servía para los juegos del rey. Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por luciente velo y una honrada doncella a cada lado. Entonces habló a los pretendientes, diciéndoles estas palabras:

68 *Penelopea.*—Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Ea, pretendientes míos, os espera este certamen: pondré aquí el gran arco del divino Odiseo, y aquel que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual me figuro que habré de acordarme aun entre sueños.

80 Tales fueron sus palabras; y mandó en seguida a Eumeo, el divinal porquerizo, que ofreciera a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro. Eumeo lo recibió llorando y lo puso en tierra; y desde la parte contraria el boyero, al ver el arco de su señor, lloró también. Y Antínoo les increpó, diciéndoles de esta suerte:

85 *Antínoo.*—¡Rústicos necios, que no pensáis más que en lo del día! ¡Ah, míseros! ¿Por qué, vertiendo lágrimas, conmovéis el ánimo de esta mujer, cuando ya lo tiene sumido en el dolor desde que perdió a su consorte? Comed ahí, en silencio, o idos afuera a llorar; dejando ese pulido arco que ha de ser causa de un certamen fatigoso para los pretendientes, pues creo que nos será difícil armarlo. Que no hay entre todos los que aquí estamos un hombre como fué Odiseo. Le vi y de él guardo memoria, aunque en aquel tiempo era yo niño.

96 Así les habló, pero allá dentro en su ánimo tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha por el hierro; aunque debía gustar antes que nadie la saeta despedida por las manos del intachable Odiseo, a quien estaba ultrajando en su palacio y aun incitaba a sus compañeros a que también lo hiciesen. Mas el esforzado y divinal Telémaco les dijo:

102 *Telémaco.*—¡Oh dioses! En verdad que Zeus Cronión me ha vuelto el

Biblioteca Nacional de España

juicio. Díceme mi madre querida, siendo tan discreta, que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo me río y me deleito con ánimo insensato. Ea, pretendientes, ya que os espera este certamen por una mujer que no tiene par en el país aqueo, ni en la sacra Pilos, ni en Argos, ni en Micenas, ni en la misma Ítaca, ni en el obscuro continente, como vosotros mismos lo sabéis. ¿Qué necesidad tengo yo de alabar a mi madre? Ea, pues, no difiráis la lucha con pretextos y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré; y si logro armarlo y traspasar con la flecha el hierro, mi veneranda madre no me dará el disgusto de irse con otro y desamparar el palacio; pues me dejaría en él, cuando ya pudiera alcanzar la victoria en los hermosos juegos de mi padre.

118 Dijo; y, poniéndose en pie, se quitó el purpúreo manto y descolgó de su hombro la aguda espada. Acto continuo comenzó hincando las segures, abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel, y poniendo tierra a entrambos lados. Todos se quedaron pasmados al notar con qué buen orden las colocaba, sin haber visto nunca aquel juego. Seguidamente fuése al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de armarlo, y tres veces hubo de desistir de su intento; aunque sin perder la esperanza de tirar de la cuerda y hacer pasar la flecha a través del hierro. Y lo habría armado, tirando con gran fuerza por la cuarta vez; pero Odiseo se lo prohibió con una seña y le contuvo contra su deseo. Entonces habló de esta manera el esforzado y divinal Telémaco:

131 *Telémaco.*—¡Oh dioses! O tengo que ser en adelante ruin y menguado, o soy aún demasiado joven y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraje. Mas, ea, probad el arco vosotros, que me superáis en fuerzas, y acabemos el certamen.

136 Diciendo así, puso el arco en el suelo, arrimándolo a las tablas de la puerta que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas; dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba. Y Antínoo, hijo de Eupites, les habló de esta manera:

141 *Antínoo.*—Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha del lugar donde se escancia el vino.

143 Así se expresó Antínoo y a todos les plugo cuanto dijo. Levantóse el primero Leodes, hijo de Énope, el cual era el arúspice de los pretendientes y acostumbraba sentarse en lo más hondo, al lado de la magnífica cratera, siendo el único que aborrecía las iniquidades y que se indignaba contra los demás pretendientes. Tal fué quien primero tomó el arco y la veloz flecha. En seguida se encaminó al umbral y probó el arco; mas no pudo tenderlo, que antes se le fatigaron, con tanto tirar, sus manos blandas y no encallecidas. Y al momento hablóles así a los demás pretendientes:

152 *Leodes.*—¡Oh amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Este arco privará del ánimo y de la vida a muchos príncipes, porque es preferible la muerte a vivir sin realizar el intento que nos reúne aquí continuamente y que nos hace aguardar día tras día. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penelopea, la esposa de Odiseo; mas, tan pronto

Biblioteca Nacional de España

como vea y pruebe el arco, ya puede dedicarse a pretender a otra aquea, de hermoso peplo, solicitándola con regalos de boda; y luego se casará aquélla con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.

163 Dichas estas palabras, apartó de sí el arco, arrimándolo a las tablas de la puerta, que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba. Y Antínoo le increpó, diciéndole de esta suerte:

168 *Antínoo.*—¡Leodes! ¡Qué palabras tan graves y molestas se te escaparon del cerco de los dientes! Me indigné al oírlas. Dices que este arco privará del ánimo y de la vida a los príncipes, tan sólo porque no puedes armarlo. No te parió tu madre veneranda para que entendieses en manejar el arco y las saetas; pero verás cómo lo tienden muy pronto otros ilustres pretendientes.

175 Así le dijo; y al punto dió al cabrero Melantio la siguiente orden:

176 *Antínoo.*—Ve, Melantio, enciende fuego en la sala, coloca junto al hogar un sillón con una pelleja, y trae una gran bola de sebo del que hay en el interior, para que los jóvenes, calentando el arco y untándolo con grasa, probemos de armarlo y terminemos este certamen.

181 Así dijo. Melantio se puso inmediatamente a encender el fuego infatigable, colocó junto al mismo un sillón con una pelleja y sacó una gran bola de sebo del que había en el interior. Untándolo con sebo y calentándolo en la lumbre, fueron probando el arco todos los jóvenes; mas no consiguieron tenderlo, porque les faltaba gran parte de la fuerza que para ello se requería. Y ya sólo quedaban sin probarlo Antínoo y el deiforme Eurímaco, que eran los príncipes entre los pretendientes y a todos superaban por su fuerza.

188 Entonces salieron juntos de la casa el boyero y el porquerizo del divinal Odiseo; siguióles éste y díjoles con suaves palabras así que dejaron a su espalda la puerta y el patio:

193 *Odiseo.*—¡Boyero y tú, porquerizo! ¿Os revelaré lo que pienso o lo mantendré oculto? Mi ánimo me ordena que lo diga. ¿Cuáles fuerais para ayudar a Odiseo, si llegara de súbito porque alguna deidad nos lo trajese? ¿Os pondríais de parte de los pretendientes o del propio Odiseo? Contestad como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo dicten.

199 Dijo entonces el boyero:

200 *Filetio.*—¡Padre Zeus! Ojalá me cumplas este voto: que vuelva aquel varón, traído por alguna deidad. Tú verías, si así sucediese, cuál es mi fuerza y de qué brazos dispongo.

203 Eumeo suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa. Cuando el héroe conoció el verdadero sentir de entrambos, hablóles nuevamente diciendo de esta suerte:

207 *Odiseo.*—Pues dentro está, aquí lo tenéis, yo soy, que después de pasar muchos trabajos, he vuelto en el vigésimo año a la patria tierra. Conozco que entre mis esclavos tan solamente vosotros deseabais mi vuelta, pues no he oído que ningún otro hiciera votos para que tornara a esta casa. Os voy a revelar con sinceridad lo que ha de llevarse a efecto. Si, por ordenarlo un dios, sucumben a mis manos los eximios pretendientes, os buscaré esposa, os daré

Biblioteca Nacional de España

bienes y sendas casas labradas junto a la mía, y os consideraré en lo sucesivo como compañeros y hermanos de Telémaco. Y, si queréis, ea, voy a mostraros una manifiesta señal para que me reconozcáis y se convenza vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me hizo un jabalí con su blanco diente cuando fuí al Parnaso con los hijos de Autólico.

221 Apenas hubo dicho estas palabras, apartó los andrajos para enseñarles la extensa cicatriz. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente, y acto continuo rompieron en llanto, echaron los brazos sobre el prudente Odiseo y, apretándole, le besaron la cabeza y los hombros. Odiseo, a su vez, besóles la cabeza y las manos. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si el propio Odiseo no les hubiese calmado, diciéndoles de esta suerte:

228 *Odiseo.*—Cesad ya de llorar y de gemir: no sea que alguno salga del palacio, lo vea y se vaya a contarlo allá dentro. Entraréis en el palacio, pero no juntos, sino uno tras otro: yo primero y vosotros después. Tened sabida la señal que os quiero dar y es la siguiente: los otros, los ilustres pretendientes, no han de permitir que se me dé el arco y el carcaj; pero tú, divinal Eumeo, llévalo por la habitación, pónmelo en las manos, y di a las mujeres que cierren las sólidas puertas de las estancias, y que si alguna oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor. Y a ti, divinal Filetio, te confío las puertas del patio para que las cierres, corriendo el cerrojo que sujetarás mediante un nudo.

242 Hablando así, entróse por el cómodo palacio y fué a sentarse en el mismo sitio que antes ocupaba. Luego penetraron también los dos esclavos del divinal Odiseo.

245 Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, ora por esta, ora por aquella parte, al resplandor del fuego. Mas ni aun así consiguió armarlo; por lo cual, sintiendo gran angustia en su corazón glorioso, suspiró y dijo de esta suerte:

249 *Eurímaco.*—¡Oh dioses! Grande es el pesar que siento por mí y por vosotros todos. Y aunque me afligen las frustradas nupcias, no tanto me lamento por ellas—pues hay muchas aqueas en la propia Ítaca, rodeada por el mar, y en las restantes ciudades,—como por ser nuestras fuerzas de tal modo inferiores a las del divinal Odiseo que no podamos tender su arco: ¡vergüenza será que lleguen a saberlo los venideros!

256 Entonces Antínoo, hijo de Eupites, le habló diciendo:

257 *Antínoo.*—¡Eurímaco! No será así y tú mismo lo conoces. Ahora, mientras se celebra en la población la sacra fiesta del dios, ¿quién lograría tender el arco? Ponedlo en tierra tranquilamente y permanezcan clavadas todas las segures, pues no creo que se las lleve ninguno de los que frecuentan el palacio de Odiseo Laertíada. Mas, ea, comience el escanciano a repartir las copas para que hagamos la libación, y dejemos ya el corvo arco. Y ordenad al cabrero Melantio que al romper el día se venga con algunas cabras, las mejores de todos sus rebaños, a fin de que, en ofreciendo los muslos a Apolo, célebre por su arco, probemos de armar el de Odiseo y terminemos este certamen.

259 Así se expresó Antínoo y a todos les plugo lo que proponía. Los he-

Biblioteca Nacional de España

raldos diéronles aguamanos y los mancebos coronaron de bebida las crateras y la distribuyeron después de ofrecer en copas las primicias. No bien se hicieron las libaciones y bebió cada uno cuanto deseara, el ingenioso Odiseo, meditando engaños, les habló de este modo:

Odiseo.—Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os exponga lo que en mi pecho el ánimo me ordena deciros; y he de rogárselo en particular a Eurímaco y al deiforme Antínoo que ha pronunciado estas oportunas palabras: dejad por ahora el arco y atended a los dioses, y mañana algún numen dará bríos a quien le plazca. Ea, entregadme el pulido arco y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza: si por ventura hay en mis flexibles miembros el mismo vigor que antes, o ya se lo hicieron perder la vida errante y la carencia de cuidado.

Así dijo. Todos sintieron gran indignación, temiendo que armase el pulido arco. Y Antínoo le increpó, hablándole de esta manera:

Antínoo.—¡Oh, el más miserable de los forasteros! No hay en ti ni pizca de juicio. ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros, los ilustres, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete, y escuchar nuestras palabras y conversaciones que no oye forastero ni mendigo alguno? Sin duda te trastorna el dulce vino, que suele perjudicar a quien lo bebe ávida y descomedidamente. El vino dañó al ínclito centauro Euritión cuando fué al país de los lapitas y se halló en el palacio del magnánimo Pirítoo. Tan luego como tuvo la razón ofuscada por el vino, enloqueciendo, llevó al cabo perversas acciones en la morada de Pirítoo; los héroes, poseídos de dolor, arrojáronse sobre él y, arrastrándolo hacia la puerta, le cortaron con el cruel bronce orejas y narices; y así se fué, con la inteligencia trastornada y sufriendo el castigo de su falta con ánimo demente. Tal origen tuvo la contienda entre los centauros y los hombres; mas aquél fué quien primero se atrajo el infortunio por haberse llenado de vino. De semejante modo, te anuncio a ti una gran desgracia si llegares a tender el arco; pues no habrá quien te defienda en este pueblo, y pronto te enviaremos en negra nave al rey Équeto, plaga de todos los mortales, del cual no has de escapar sano y salvo. Bebe, pues, tranquilamente y no te metas a luchar con hombres que son más jóvenes.

Entonces la discreta Penelopea le habló diciendo:

Penelopea.—¡Antínoo! No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco, sean cuales fueren los que vengan a este palacio. ¿Por ventura crees que si el huésped, confiando en sus manos y en su fuerza, tendiese el grande arco de Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho semejante esperanza, ni por su causa ha de comer ninguno de vosotros con el ánimo triste; pues esto no se puede pensar razonablemente.

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólibo:

Eurímaco.—¡Hija de Icario! ¡Discreta Penelopea! No creemos que éste se te haya de llevar, ni el pensarlo fuera razonable, pero nos dan vergüenza los dizques de los hombres y de las mujeres; no sea que exclame algún aqueo peor que nosotros: «Hombres muy inferiores pretenden la esposa de un varón

Biblioteca Nacional de España

intachable y no pueden armar el pulido arco; mientras que un mendigo que llegó errante, tendiólo con facilidad e hizo pasar la flecha a través del hierro.» Así dirán, cubriéndonos de oprobio.

330 Repuso entonces la discreta Penelopea:

331 *Penelopea.*—¡Eurímaco! No es posible que en el pueblo gocen de buena fama los que injurian a un varón principal, devorando lo de su casa: ¿por qué os hacéis merecedores de estos oprobios? El huésped es alto y vigoroso, y se precia de tener por padre a un hombre de buen linaje. Ea, entregadle el pulido arco y veamos. Lo que voy a decir se llevará a cumplimiento: Si tendiere el arco, por concederle Apolo esta gloria, le pondré un manto y una túnica, vestidos magníficos; le regalaré un agudo dardo, para que se defienda de los hombres y de los perros, y también una espada de doble filo; le daré sandalias para los pies y le enviaré adonde su corazón y su ánimo deseen.

343 Respondióle el prudente Telémaco:

344 *Telémaco.*—¡Madre mía! Ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca, entre cuantos mandan en la áspera Ítaca o en las islas cercanas a la Élide, tierra fértil de caballos: por consiguiente, ninguno de éstos podría forzarme, oponiéndose a mi voluntad, si quisiera dar de una vez este arco al huésped aunque fuese para que se lo llevara. Vuelve a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y del arco nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando en esta casa.

354 Asombrada se fué Penelopea a su habitación, poniendo en su ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo llegado con las esclavas al aposento superior, lloró por Odiseo, su querido consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, difundióle en los párpados el dulce sueño.

359 En tanto, el divinal porquerizo tomó el corvo arco para llevárselo al huésped; mas todos los pretendientes empezaron a baldonarle dentro de la sala, y uno de aquellos jóvenes soberbios le habló de esta manera:

362 *Una voz.*—¿Adónde llevas el corvo arco, oh porquero no digno de envidia, oh vagabundo? Pronto te devorarán, junto a los marranos y lejos de los hombres, los ágiles canes que tú mismo has criado, si Apolo y los demás inmortales dioses nos fueren propicios.

366 Así decían; y él volvió a poner el arco en el mismo sitio, asustado de que le baldonaran tantos hombres dentro de la sala. Mas Telémaco le amenazó, gritándole desde el otro lado:

369 *Telémaco.*—¡Abuelo! Sigue adelante con el arco, que muy pronto verías que no obras bien obedeciendo a todos: no sea que yo, aun siendo el más joven, te eche al campo y te hiera a pedradas, ya que te aventajo en fuerzas. Ojalá superase de igual modo, en brazos y fuerzas, a todos los pretendientes que hay en el palacio; pues no tardaría en arrojar a alguno vergonzosamente de la casa, porque maquinan acciones malvadas.

376 Así les habló; y todos los pretendientes lo recibieron con blandas risas, olvidando su terrible cólera contra Telémaco. El porquerizo tomó el arco, atravesó la sala y, deteniéndose cabe al prudente Odiseo, se lo puso en

Biblioteca Nacional de España

las manos. Seguidamente, llamó al ama Euriclea y le habló de este modo:

381 *Eumeo.*—Telémaco te manda, prudente Euriclea, que cierres las sólidas puertas de las estancias y que si alguna de las esclavas oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor.

386 Así le dijo; y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, que cerró las puertas de las cómodas habitaciones.

388 Filetio, a su vez, salió de la casa silenciosamente, fué a entornar las puertas del bien cercado patio y, como hallara debajo del pórtico el cable de papiro de una corva embarcación, las ató con él. Luego volvió a entrar y sentóse en el mismo sitio que antes ocupaba, con los ojos clavados en Odiseo. Ya éste manejaba el arco, dándole vueltas por todas partes y probando acá y acullá: no fuese que la carcoma hubiera roído el cuerno durante la ausencia del rey. Y uno de los presentes dijo al que tenía más cercano:

397 *Una voz.*—Debe de ser experto y hábil en manejar arcos, o quizás haya en su casa otros semejantes, o lleve traza de construirlos: de tal modo le da vueltas en sus manos acá y acullá ese vagabundo instruido en malas artes.

401 Otro de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

402 *Otra voz.*—¡Así alcance tanto provecho, como en su vida podrá armar el arco!

404 De tal suerte se expresaban los pretendientes. Mas el ingenioso Odiseo, no bien hubo tentado y examinado el grande arco por todas partes, cual un hábil citarista y cantor tiende fácilmente con la clavija nueva la cuerda formada por el retorcido intestino de una oveja que antes atara del uno y del otro lado: de este modo, sin esfuerzo alguno, armó Odiseo el grande arco. Seguidamente probó la cuerda, asiéndola con la diestra, y dejóse oír un hermoso sonido muy semejante a la voz de una golondrina. Sintieron entonces los pretendientes gran pesar y a todos se les mudó el color. Zeus despidió un gran trueno como señal y holgóse el paciente divino Odiseo de que el hijo del artero Cronos le enviase aquel presagio. Tomó el héroe una veloz flecha que estaba encima de la mesa, porque las otras se hallaban dentro de la hueca aljaba, aunque muy pronto habían de sentir su fuerza los aqueos. Y acomodándola al arco, tiró a la vez de la cuerda y de las barbas, allí mismo, sentado en la silla; apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró a ninguna de las segures, desde el primer agujero hasta el último: la flecha, que el bronce hacía ponderosa, las atravesó todas y salió afuera. Después de lo cual dijo a Telémaco:

424 *Odiseo.*—¡Telémaco! No te afrenta el huésped que está en tu palacio: ni erré el blanco, ni me costó gran fatiga armar el arco; mis fuerzas están enteras todavía, no cual los pretendientes, menospreciándome, me lo echaban a la cara. Pero ya es hora de aprestar la cena a los aqueos, mientras hay luz; para que después se deleiten de otro modo, con el canto y la cítara, que son los ornamentos del banquete.

431 Dijo, e hizo con las cejas una señal. Y Telémaco, el caro hijo del divino Odiseo, ciñó la aguda espada, asió su lanza y, armado de reluciente bronce, se puso en pie al lado de la silla, junto a su padre.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXII

MATANZA DE LOS PRETENDIENTES

ENTONCES se desnudó de sus andrajos el ingenioso Odiseo, saltó al grande umbral con el arco y la aljaba repleta de veloces flechas y, derramándolas delante de sus pies, habló de esta guisa a los pretendientes:

Odiseo.—Ya este certamen fatigoso está acabado; ahora apuntaré a otro blanco adonde jamás tiró varón alguno, y he de ver si lo acierto por concederme Apolo tal gloria.

Dijo, y enderezó la amarga saeta hacia Antínoo. Levantaba éste una bella copa de oro, de doble asa, y teníala ya en las manos para beber el vino, sin que el pensamiento de la muerte embargara su ánimo: ¿quién pensara que, entre tantos convidados, un solo hombre, por valiente que fuera, había de darle tan mala muerte y negro hado? Pues Odiseo, acertándole en la garganta, hirióle con la flecha y la punta asomó por la tierna cerviz. Desplomóse hacia atrás Antínoo, al recibir la herida, cayósele la copa de las manos, y brotó de sus narices un espeso chorro de humana sangre. Seguidamente empujó la mesa, dándole con el pie, y esparció las viandas por el suelo, donde el pan y la carne asada se mancharon. Al verle caído, los pretendientes levantaron un gran tumulto dentro del palacio; dejaron las sillas y, moviéndose por la sala, recorrieron con los ojos las bien labradas paredes; pero no había ni un escudo siquiera, ni una fuerte lanza de que echar mano. E increparon a Odiseo con airadas voces:

Los pretendientes.—¡Oh forastero! Mal haces en disparar el arco contra los hombres. Pero ya no te hallarás en otros certámenes: ahora te aguarda una terrible muerte. Quitaste la vida a un varón que era el más señalado de los jóvenes de Ítaca, y por ello te comerán aquí mismo los buitres.

Así hablaban, figurándose que había muerto a aquel hombre involuntariamente. No pensaban los muy simples que la ruina pendía sobre ellos. Pero, encarándoles la torva faz, les dijo el ingenioso Odiseo:

Odiseo.—¡Ah, perros! No creíais que volviese del pueblo troyano a mi morada y me arruinabais la casa, forzabais las mujeres esclavas y, estando yo vivo, pretendíais a mi esposa; sin temer a los dioses que habitan el vasto cielo, ni recelar venganza alguna de parte de los hombres. Ya pende la ruina sobre vosotros todos.

Así se expresó. Todos se sintieron poseídos del pálido temor y cada uno

Biblioteca Nacional de España

buscaba por donde huir para librarse de una muerte espantosa. Y Eurímaco fué el único que le contestó diciendo:

45 *Eurímaco.*—Si eres en verdad Odiseo itacense, que has vuelto, te asiste la razón al hablar de este modo de cuanto solían hacer los aqueos; pues se han cometido muchas iniquidades en el palacio y en el campo. Pero yace en tierra quien fué el culpable de todas estas cosas, Antínoo; el cual promovió dichas acciones, no porque tuviera necesidad o deseo de casarse, sino por haber concebido otros designios que el Cronión no llevó al cabo, es a saber, para reinar sobre el pueblo de la bien construida Ítaca, matando a tu hijo con asechanzas. Ya lo ha pagado con su vida, como era justo; mas tú perdona a tus conciudadanos, que nosotros, para aplacarte públicamente, te resarciremos de cuanto se ha comido y bebido en el palacio, estimándolo en el valor de veinte bueyes por cabeza, y te daremos bronce y oro hasta que tu corazón se satisfaga, pues antes no se te puede echar en cara que estés irritado.

60 Mirándole con torva faz, le contestó el ingenioso Odiseo:

61 *Odiseo.*—¡Eurímaco! Aunque todos me dierais vuestro peculiar patrimonio, añadiendo a cuanto tengáis otros bienes de distinta procedencia, ni aun así se abstendrían mis manos de matar hasta que los pretendientes hayáis pagado todas las demasías. Ahora se os ofrece la ocasión de combatir conmigo o de huir, si alguno puede evitar la muerte y las Parcas; mas no creo que nadie se libre de un fin desastroso.

68 Así dijo; y todos sintieron desfallecer sus rodillas y su corazón. Pero Eurímaco habló otra vez para decirles:

70 *Eurímaco.*—¡Amigos! No contendrá este hombre sus manos indómitas: habiendo tomado el pulido arco y la aljaba, disparará desde el liso umbral hasta que a todos nos mate. Pensemos, pues, en combatir. Sacad las espadas, poned las mesas por reparo a las saetas, que causan rápida muerte, y acometámosle juntos por si logramos apartarle del umbral y de la puerta e irnos por la ciudad, donde se promovería gran alboroto. Y quizás disparara el arco por la vez postrera.

79 Diciendo así, desenvainó la espada de bronce, aguda y de doble filo, y arremetió contra aquél, gritando de un modo horrible. Pero en el mismo punto tiróle el divino Odiseo una saeta y, acertándole en el pecho junto a la tetilla, le clavó en el hígado la veloz flecha. Cayó en el suelo la espada que empuñaba Eurímaco, y éste, tambaleándose y dando vueltas, vino a dar encima de la mesa y derribó los manjares y la copa de doble asa; después, angustiado en su espíritu, hirió con la frente el suelo y golpeó con los pies la silla; y por fin obscura nube se extendió sobre sus ojos.

89 También Anfínomo se fué derecho hacia el glorioso Odiseo, con la espada desenvainada, para ver si habría medio de echarlo de la puerta. Mas Telémaco le previno con arrojarle la broncínea lanza, la cual se le hundió en la espalda, entre los hombros, y le atravesó el pecho; y aquél cayó ruidosamente y dió de cara contra el suelo. Retiróse Telémaco con prontitud, dejando la luenga pica clavada en Anfínomo; pues temió que, mientras la arrancase, le hiriera alguno de los aqueos con la punta o con el filo de la espada. Fué corriendo,

Biblioteca Nacional de España

llegó en seguida adonde se hallaba su padre y, parándose cerca de él, díjole estas aladas palabras:

101 *Telémaco.*—¡Oh padre! Voy a traerte un escudo, dos lanzas y un casco de bronce que se ajuste a tus sienes; y de camino me pondré también las armas y daré otras al porquerizo y al boyero; porque es mejor estar armados.

105 Respondióle el ingenioso Odiseo:

106 *Odiseo.*—Tráelo corriendo, mientras tengo saetas para rechazarlos: no sea que, por estar solo, me lancen de la puerta.

108 Así le dijo. Telémaco obedeció a su padre, y se fué al aposento donde estaban las magníficas armas. Tomó cuatro escudos, ocho lanzas y cuatro yelmos de bronce adornados con espesas crines de caballo; y, llevándoselo todo, volvió presto adonde se hallaba su padre. Primeramente protegió Telémaco su cuerpo con el bronce; los dos esclavos vistieron asimismo hermosas armaduras, y luego colocáronse todos junto al prudente y sagaz Odiseo.

116 Mientras el héroe tuvo flechas para defenderse, fué apuntando e hiriendo sin interrupción en su propia casa a los pretendientes, los cuales caían unos en pos de otros. Mas, en el momento en que se le acabaron las saetas al rey, que las tiraba, arrimó el arco a un poste de la sala sólidamente construida, apoyándolo contra el lustroso muro; echóse al hombro un escudo de cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado yelmo cuyo penacho de crines de caballo ondeaba terriblemente en la cimera, y asió dos fuertes lanzas de broncínea punta.

126 Había en la bien labrada pared un postigo con su umbral mucho más alto que el pavimento de la sala sólidamente construida, que daba paso a una callejuela y lo cerraban unas tablas perfectamente ajustadas. Odiseo mandó que lo custodiara el divinal porquero, quedándose de pie junto al mismo, por ser aquella la única salida. Y Agelao hablóles a todos con estas palabras:

132 *Agelao.*—¡Oh amigos! ¿No podría alguno subir al postigo, hablarle a la gente y levantar muy pronto un clamoreo? Haciéndolo así, quizás este hombre disparara el arco por la vez postrera.

135 Mas el cabrero Melantio le replicó:

136 *Melantio.*—No es posible, oh Agelao, alumno de Zeus. Hállase el postigo muy próximo a la hermosa puerta que conduce al patio, la salida al callejón es difícil y un solo hombre que fuese esforzado bastaría para detenernos a todos. Mas, ea, para que os arméis traeré armas del aposento en el cual me figuro que las colocaron—y no será seguramente en otra parte—Odiseo con su preclaro hijo.

142 Diciendo de esta suerte, el cabrero Melantio subió a la estancia de Odiseo por la escalera del palacio. Tomó doce escudos, igual número de lanzas y otros tantos broncíneos yelmos guarnecidos de espesas crines de caballo; y, llevándoselo todo, lo puso en las manos de los pretendientes. Desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo cuando les vió coger las armas y blandear las luengas picas; porque era grande el trabajo que se le presentaba. Y al momento dirigió a Telémaco estas aladas palabras:

Biblioteca Nacional de España

151 *Odiseo.*—¡Telémaco! Alguna de las mujeres del palacio, o Melanteo, enciende contra nosotros el funesto combate.

153 Respondióle el prudente Telémaco:

154 *Telémaco.*—¡Oh padre! Yo tuve la culpa y no otro alguno, pues dejé sin cerrar la puerta sólidamente encajada del aposento. Su espía ha sido más hábil. Ve tú, divinal Eumeo, a cerrar la puerta y averigua si quien hace tales cosas es una mujer o Melanteo, el hijo de Dolio, como yo presumo.

160 Así éstos conversaban, cuando el cabrero Melantio volvió a la estancia para sacar otras magníficas armas. Advirtiólo el divinal porquerizo y al punto dijo a Odiseo, que estaba a su lado:

164 *Eumeo.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Aquel hombre pernicioso de quien sospechábamos vuelve al aposento. Dime claramente si lo he de matar, caso de ser yo el más fuerte, o traértelo aquí, para que pague las muchas bellaquerías que cometió en tu casa.

169 Respondióle el ingenioso Odiseo:

170 *Odiseo.*—Yo y Telémaco resistiremos en esta sala a los ilustres pretendientes aunque están muy enardecidos; y vosotros id, retorcedle hacia atrás los pies y las manos, echadle en el aposento y, cerrando la puerta, atadle una soga bien torcida y levantadlo a la parte superior de una columna, junto a las vigas, para que viva y padezca fuertes dolores por largo tiempo.

178 Así habló; y ellos le escucharon y obedecieron, encaminándose a la cámara sin que lo advirtiese aquél, que ya estaba metido en ella. Halláronle ocupado en buscar armas en lo más hondo de la habitación y pusiéronse respectivamente a derecha e izquierda de la entrada, delante de las jambas. Y apenas el cabrero Melantio iba a pasar el umbral con un hermoso yelmo en una mano y en la otra un escudo grande, muy antiguo, cubierto de moho, que el héroe Laertes solía llevar en su juventud y que se hallaba desechado y con las correas descosidas, ellos se le echaron encima, lo asieron y lo llevaron adentro, arrastrándolo por la cabellera; en seguida derribáronlo en tierra, angustiado en su corazón, y, retorciéndole hacia atrás los pies y las manos, sujetáronselos juntamente con un penoso lazo, conforme a lo dispuesto por el hijo de Laertes, por el paciente divino Odiseo; atáronle luego una soga bien torcida y levantáronle a la parte superior de una columna, junto a las vigas. Entonces fué cuando, haciendo burla de él, le dijiste así, porquerizo Eumeo:

195 *Eumeo.*—Ya, oh Melantio, velarás toda la noche, acostado en esa blanda cama cual te mereces; y no te pasará inadvertida la Aurora de áureo trono, hija de la mañana, cuando salga de las corrientes del Océano a la hora en que sueles traerles las cabras a los pretendientes para aparejar su almuerzo.

200 Así se quedó, suspendido del funesto lazo; y ellos se armaron en seguida, cerraron la espléndida puerta y fuéronse hacia el prudente y sagaz Odiseo. Allí se detuvieron, respirando valor. Eran, pues, cuatro los del umbral, y muchos y fuertes los de dentro de la sala. Poco tardó en acercárseles Atenea, hija de Zeus, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor. Odiseo se alegró de verla y le dijo estas palabras:

Biblioteca Nacional de España

208 *Odiseo.*—¡Méntor! Aparta de nosotros el infortunio y acuérdate del compañero amado que tanto bien solía hacerte; pues eres coetáneo mío.

210 Así habló, sin embargo de haber reconocido a Atenea, que enardece a los guerreros. Por su parte zaherían la los pretendientes en la sala, comenzando por Agelao Damastórida, que le habló diciendo:

213. *Agelao.*—¡Méntor! No te persuada Odiseo con sus palabras a que le auxilies, luchando contra los pretendientes, pues me figuro que se llevará al cabo nuestro intento de la siguiente manera: así que los matemos a entrambos, al padre y al hijo, también tú perecerás por las cosas que quieres hacer en el palacio y que has de expiar con tu cabeza. Y cuando el bronce haya dado fin a vuestra violencia, juntaremos a los de Odiseo todos los bienes de que disfrutas dentro y fuera de la población, y no permitiremos ni que tus hijos e hijas habiten en tu palacio, ni que tu casta esposa ande por la ciudad de Ítaca.

224 Así dijo. Acrecentósele a Atenea el enojo que sentía en su corazón y abochornó a Odiseo con airadas voces:

226 *Atenea.*—Ya no hay en ti, Odiseo, aquel vigor ni aquella fortaleza con que durante nueve años luchaste continuamente contra los teucros por Helena, la de níveos brazos, hija de nobles padres; y diste muerte a muchos varones en la terrible pelea; y por tu consejo fué tomada la ciudad de Príamo, la de anchas calles. ¿Cómo, pues, llegado a tu casa y a tus posesiones, no te atreves a ser esforzado contra los pretendientes? Mas, ea, ven acá, amigo, colócate junto a mí, contempla mi obra, y sabrás cómo Méntor Alcímida se porta con tus enemigos para devolverte los favores que le hiciste.

236 Dijo; mas no le dió cabalmente la indecisa victoria, porque deseaba probar la fuerza y el valor de Odiseo y de su hijo glorioso. Y, tomando el aspecto de una golondrina, cogió el vuelo y fué a posarse en una de las vigas de la espléndida sala.

241 En esto concitaban a los demás pretendientes Agelao Damastórida, Eurínomo, Anfimedonte, Demoptólemo, Pisandro Policrórida y el valeroso Pólibo, que eran los más señalados por su bravura entre los que aún vivían y peleaban por conservar sus personas; pues a los restantes habíanlos derribado las numerosas flechas por el arco arrojadas. Y Agelao hablóles a todos con estas palabras:

248 *Agelao.*—¡Oh amigos! Ya este hombre contendrá sus manos indómitas; pues Méntor se le fué, después de proferir inútiles baladronadas, y vuelven a estar solos en el umbral de la puerta. Por tanto, no arrojéis todos a una la luenga pica; ea, tírenla primeramente estos seis, por si Zeus nos concede herir a Odiseo y alcanzar gloria. Que ningún cuidado nos darían los otros, si él cayese.

255 Así les habló; arrojaron sus lanzas con gran ímpetu aquellos a quienes se lo había ordenado, e hizo Atenea que todos los tiros dieran en vacío. Uno acertó a dar en la columna de la habitación sólidamente construida, otro en la puerta fuertemente ajustada, y otro hirió el muro con la lanza de fresno que el bronce hacía ponderosa. Mas, apenas se hubieron librado de las lanzas arro-

Biblioteca Nacional de España

jadas por los pretendientes, el paciente divino Odiseo fué el primero en hablar a los suyos de esta manera:

262 *Odiseo.*—¡Oh amigos! Ya os invito a tirar las lanzas contra la turba de los pretendientes, que desean acabar con nosotros después de habernos causado los anteriores males.

265 Así se expresó; y ellos arrojaron las agudas lanzas, apuntando a su frente. Odiseo mató a Demoptólemo, Telémaco a Euríades, el porquerizo a Élato y el boyero a Pisandro; los cuales mordieron juntos la vasta tierra. Retrocedieron los pretendientes al fondo de la sala; y Odiseo y los suyos corrieron a sacar de los cadáveres las lanzas que les habían clavado.

272 Los pretendientes tornaron a arrojar con gran ímpetu las agudas lanzas, pero Atenea hizo que los más de los tiros dieran en vacío. Uno acertó a dar en la columna de la habitación sólidamente construida, otro en la puerta fuertemente ajustada, y otro hirió el muro con la lanza de fresno que el bronce hacía ponderosa. Anfimedonte hirió a Telémaco en la muñeca, pero muy levemente, pues el bronce tan sólo desgarró el cutis. Y Ctesipo logró que su ingente lanza rasguñase el hombro de Eumeo por cima del escudo; pero el arma voló al otro lado y cayó en tierra.

281 El prudente y sagaz Odiseo y los que con él se hallaban arrojaron otra vez sus agudas lanzas contra la turba de los pretendientes. Odiseo, asolador de ciudades, hirió a Euridamante, Telémaco a Anfimedonte y el porquerizo a Pólibo; y en tanto el boyero acertó a dar en el pecho a Ctesipo y, gloriándose, hablóle de esta manera:

287 *Eumeo.*—¡Oh Politersida, amante de la injuria! No cedas nunca al impulso de tu mentecatez para hablar altaneramente; antes bien, cede la elocuencia a las deidades, que son mucho más poderosas. Y recibirás este presente de hospitalidad a cuenta de la pata que diste a Odiseo, igual a un dios, cuando mendigaba en su propio palacio.

292 Así habló el pastor de bueyes, de retorcidos cuernos; y en tanto Odiseo le envainaba de cerca su gran pica al Damastórida. Telémaco hirió por su parte a Leócrito Evenórida con hundirle la lanza en el ijar, que el bronce traspasó enteramente; y el varón cayó de frente, dando de cara contra el suelo. Atenea, desde lo alto del techo, levantó su égida, perniciosa a los mortales; y los ánimos de todos los pretendientes quedaron espantados. Huían éstos por la sala como las vacas de un rebaño al cual agita el movedizo tábano en la estación vernal, cuando los días son muy largos. Y aquéllos, a la manera que los buitres de retorcidas uñas y corvo pico bajan del monte y acometen a las aves que, temerosas de quedarse en las nubes, descendieron a la llanura, y las persiguen y matan sin que puedan resistirse ni huir, mientras los hombres se regocijan presenciando la captura: de ese modo arremetieron en la sala contra los pretendientes, dando golpes a diestro y siniestro; los que se sentían heridos en la cabeza levantaban horribles suspiros, y el suelo manaba sangre por todos lados.

310 En esto, Leodes corrió hacia Odiseo, le abrazó por las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

Biblioteca Nacional de España

312 *Leodes.*—Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Odiseo: respétame y apiádate de mí. Yo te aseguro que a las mujeres del palacio ninguna bellaquería les dije ni les hice jamás; antes bien, contenía a los pretendientes que de tal suerte se portaban. Mas no me obedecieron en términos que sus manos se abstuviesen de las malas obras; y por eso se han atraído con sus iniquidades una deplorable muerte. Y yo, que era su arúspice y ninguna maldad cometí, yaceré con ellos; pues ningún agradecimiento se siente hacia los bienhechores.

320 Mirándole con torva faz, exclamó el ingenioso Odiseo:

321 *Odiseo.*—Si te jactas de haber sido su arúspice, debiste de rogar muchas veces en el palacio que se alejara el dulce instante de mi regreso, y se fuera mi esposa contigo, y te diese hijos; por tanto, no escaparás tampoco de la cruel muerte.

326 Diciendo así, tomó con la robusta mano la espada que Agelao, al morir, arrojó al suelo, y le dió tal golpe en medio de la cerviz, que la cabeza rodó por el polvo mientras Leodes hablaba todavía.

330 Pero libróse de la negra Parca el aedo Femio Terpíada; el cual, obligado por la necesidad, cantaba ante los pretendientes. Hallábase de pie junto al postigo, con la sonora cítara en la mano, y revolvía en su corazón dos resoluciones: o salir de la habitación y sentarse junto al bien construido altar del gran Zeus, protector del recinto, donde Laertes y Odiseo habían quemado tantos muslos de buey; o correr hacia Odiseo, abrazarle las rodillas y dirigirle súplicas. Considerándolo bien, parecióle mejor tocarle las rodillas a Odiseo Laertíada. Y dejando en el suelo la cóncava cítara, entre la cratera y la silla de clavazón de plata, corrió hacia Odiseo, abrazóle las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

344 *Femio.*—Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Odiseo: respétame y apiádate de mí. A ti mismo te pesará más adelante haber quitado la vida a un aedo como yo, que canto a los dioses y a los hombres. Yo de mío me he enseñado, que un dios me inspiró en la mente canciones de toda especie y soy capaz de entonarlas en tu presencia como si fueses una deidad: no quieras, pues, degollarme. Telémaco, tu caro hijo, te podrá decir que no entraba yo en esta casa de propio impulso, ni obligado por la penuria, a cantar después de los festines de los pretendientes; sino que éstos, que eran muchos y me aventajaban en poder, forzábanme a que viniera.

354 Así habló; y, al oírlo el vigoroso y divinal Telémaco, dijo a su padre, que estaba cerca:

356 *Telémaco.*—Tente y no hieras con el bronce a ese inculpado. Y salvaremos asimismo al heraldo Medonte, que siempre me cuidaba en esta casa mientras fuí niño; si ya no le han muerto Filetio o el porquerizo, ni se encontró contigo cuando arremetías por la sala.

361 Así dijo; y oyólo el discreto Medonte, que se hallaba acurrucado debajo de una silla, tapándose con un cuero reciente de buey para evitar la negra Parca. Salió en seguida de debajo de la silla, apartó la piel de buey, y corriendo hacia Telémaco, le abrazó las rodillas y comenzó a suplicarle con estas aladas palabras:

Biblioteca Nacional de España

367 *Medonte.*—¡Oh amigo! Ése soy yo. Deténte y di a tu padre que no me cause daño con el agudo bronce, braveando con su fuerza, irritado como está contra los pretendientes que agotaban sus bienes en el palacio, y a ti, los muy necios, no te honraban en lo más mínimo.

371 Díjole sonriendo el ingenioso Odiseo:

372 *Odiseo.*—Tranquilízate, ya que éste te libró y salvó para que conozcas en tu ánimo y puedas decir a los demás cuánta ventaja llevan las buenas acciones a las malas. Pero salid de la habitación tú y el aedo tan afamado y tomad asiento en el patio, fuera de este lugar de matanza, mientras doy fin a lo que debo hacer en mi morada.

378 Así les habló; y ambos salieron de la sala y se sentaron junto al altar del gran Zeus, mirando a todas partes y temiendo recibir la muerte a cada paso.

381 Odiseo registraba con los ojos toda la estancia por si hubiese quedado vivo alguno de aquellos hombres, librándose de la negra Parca. Pero los vió, a tantos como eran, caídos todos entre la sangre y el polvo. Como los peces que los pescadores sacan del espumoso mar a la corva orilla en una red de infinidad de mallas, yacen amontonados en la arena, anhelantes de las olas, y el resplandeciente sol les arrebata la vida: de esa manera estaban tendidos los pretendientes los unos sobre los otros. Entonces el ingenioso Odiseo dijo a Telémaco:

391 *Odiseo.*—¡Telémaco! Ve y llámame al ama Euriclea para que sepa lo que tengo pensado.

393 Así se expresó. Telémaco obedeció a su padre y, moviendo la puerta, hablóle de este modo al ama Euriclea:

395 *Euriclea.*—¡Levántate y ven, añosa vieja que cuidas de vigilar las esclavas en nuestro palacio! Te llama mi padre para decirte algo.

398 Así dijo; y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea, la cual abrió las puertas de las cómodas habitaciones, echó a andar, precedida por Telémaco, y halló a Odiseo entre los cadáveres de aquellos a quienes acababa de matar, todo manchado de sangre y polvo. Así como un león que acaba de devorar a un buey montés, se presenta con el pecho y ambos lados de las mandíbulas teñidos en sangre, e infunde horror a los que lo ven: de igual manera tenía manchados Odiseo los pies y las manos. Cuando ella vió los cadáveres y aquella inmensidad de sangre, empezó a romper en exclamaciones de alegría porque contemplaba una grandiosa hazaña; pero Odiseo se lo estorbó y contuvo su afán de clamoreo, dirigiéndole estas aladas palabras:

411 *Odiseo.*—¡Anciana! Regocíjate en tu corazón, pero conténte y no profieras exclamaciones de alegría; que no es piadoso alborozarse por la muerte de estos varones. Diéronles muerte la Parca de los dioses y sus obras perversas, pues no respetaban a ningún hombre de la tierra, malo o bueno, que a ellos se llegase; por esta causa con sus iniquidades se han atraído una deplorable muerte. Mas, ea, cuéntame ahora qué mujeres me hacen poco honor en el palacio y quiénes están sin culpa.

419 Contestóle Euriclea, su ama querida:

420 *Euriclea.*—Yo te diré, oh hijo, la verdad. Cincuenta esclavas tienes en

Biblioteca Nacional de España

el palacio, a las cuales enseñé a hacer labores, a cardar lana y a soportar la servidumbre; de ellas doce se entregaron a la impudencia, no respetándome a mí ni a la propia Penelopea. Telémaco ha muy poco que llegó a la juventud, y su madre no le dejaba tener mando en las mujeres. Mas, ea, voy a subir a la espléndida habitación superior para enterar de lo que ocurre a tu esposa, a la cual debe de haberle enviado alguna deidad el sueño en que está sumida.

430 Respondióle el ingenioso Odiseo:

431 *Odiseo.*—No la despiertes aún; pero di que vengan cuantas mujeres cometieron acciones indignas.

433 Así le habló; y la vieja se fué por el palacio a decirlo a las mujeres y mandarles que se presentaran. Entonces llamó el héroe a Telémaco, al boyero y al porquerizo, y les dijo estas aladas palabras:

437 *Odiseo.*—Proceded primeramente a la traslación de los cadáveres, que ordenaréis a las mujeres; y seguidamente limpien éstas con agua y esponjas de muchos ojos las magníficas sillas y las mesas. Y cuando hubiereis puesto en orden toda la estancia, llevaos las esclavas afuera del sólido palacio, y allá, entre la rotonda y la bella cerca del patio, heridlas a todas con la espada de larga punta hasta que les arranquéis el alma y se olviden de Afrodita, de cuyos placeres disfrutaban uniéndose en secreto con los pretendientes.

446 Así se lo encargó. Llegaron todas las mujeres juntas, las cuales suspiraban gravemente y derramaban abundantes lágrimas. Comenzaron sacando los cadáveres de los muertos, y, apoyándose las unas en las otras, los colocaron debajo del pórtico, en el bien cercado patio: Odiseo se lo ordenó, dándoles prisa, y ellas se vieron obligadas a transportarlos. Después limpiaron con agua y esponjas de muchos ojos las magníficas sillas y las mesas. Telémaco, el boyero y el porquerizo pasaron la rasqueta por el pavimento de la sala sólidamente construida y las esclavas se llevaron las raeduras y las echaron afuera. Cuando hubieron puesto en orden toda la estancia, sacaron aquéllos las esclavas de palacio a un lugar angosto, entre la rotonda y la bella cerca del patio, de donde no era posible que escaparan. Y el prudente Telémaco dijo a los otros:

462 *Telémaco.*—No quiero privar de la vida con muerte honrosa a estas esclavas que derramaron el oprobio sobre mi cabeza y sobre mi madre, durmiendo con los pretendientes.

465 Así habló; y, atando a excelsa columna la soga de una nave de azulada proa, cercó con ella la rotonda, tendiéndola en lo alto para que ninguna de las esclavas llegase con sus pies al suelo. Así como los tordos de anchas alas o las palomas que, al entrar en un seto, dan con una red tendida ante un matorral, encuentran en ella odioso lecho; así las esclavas tenían las cabezas en línea y sendos lazos alrededor de sus cuellos, para que muriesen del modo más deplorable. Tan solamente agitaron los pies por un breve espacio de tiempo, que no fué de larga duración.

474 Después sacaron a Melantio al vestíbulo y al patio; le cortaron con el cruel bronce las narices y las orejas; le arrancaron las partes verendas, para

Biblioteca Nacional de España

que los perros las despedazaran crudas; y amputáronle las manos y los pies, con ánimo irritado.

478 Tras esto, laváronse las manos y los pies, y volvieron a penetrar en la casa de Odiseo; pues la obra estaba consumada. Entonces dijo el héroe a su ama Euriclea:

481 *Odiseo.*—¡Anciana! Trae azufre, medicina contra lo malo, y trae también fuego, para azufrar la casa. E invitarás a Penelopea a venir acá con sus criadas, y mandarás asimismo que se presenten todas las esclavas del palacio.

485 Respondióle su ama Euriclea:

486 *Euriclea.*—Sí, hijo mío, es muy oportuno lo que acabas de decir. Mas, ea, voy a traerte un manto y una túnica para que te vistas y no andes por tu palacio con los anchos hombros cubiertos de andrajos; que esto fuera reprensible.

490 Contestóle el ingenioso Odiseo:

491 *Odiseo.*—Ante todas cosas enciéndase fuego en esta sala.

492 Así dijo; y no le desobedeció su ama Euriclea, pues le trajo fuego y azufre. Acto seguido azufró Odiseo la sala, las demás habitaciones y el patio.

495 La vieja se fué por la hermosa mansión de Odiseo a llamar a las mujeres y mandarles que se presentaran. Pronto salieron del palacio con hachas encendidas, rodearon a Odiseo y le saludaron y abrazaron, besándole la cabeza, los hombros y las manos que le tomaban con las suyas; y un dulce deseo de llorar y de suspirar se apoderó del héroe, pues en su alma las reconoció a todas.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXIII

RECONOCIMIENTO DE ODISEO POR PENELOPEA

MUY alegre se encaminó la vieja a la estancia superior para decirle a su señora que tenía dentro de la casa al amado esposo. Apenas llegó, moviendo firmemente las rodillas y dando saltos con sus pies, inclinóse sobre la cabeza de Penelopea y le dijo estas palabras:

Euriclea.—Despierta, Penelopea, hija querida, para ver con tus ojos lo que ansiabas todos los días. Ya llegó Odiseo, ya volvió a su casa, aunque tarde, y ha dado muerte a los ilustres pretendientes que contristaban el palacio, se comían los bienes y violentaban a tu hijo.

Respondióle la discreta Penelopea:

Penelopea.—¡Ama querida! Los dioses te han trastornado el juicio; que ellos pueden entontecer al muy discreto y dar prudencia al simple, y ahora te dañaron a ti, de ingenio tan sesudo. ¿Por qué te burlas de mí, que padezco en el ánimo multitud de pesares, refiriéndome embustes y despertándome del dulce sueño que me tenía amodorrada por haberse difundido sobre mis párpados? No había descansado de semejante modo desde que Odiseo se fué para ver aquella Ilión perniciosa y nefanda. Mas, ea, torna a bajar y ocupa tu sitio en el palacio: que si otra de mis mujeres viniese con tal noticia a despertarme, pronto la mandaría al interior de la casa de vergonzosa manera; pero a ti la senectud te salva.

Contestóle su ama Euriclea:

Euriclea.—No me burlo, hija querida; es verdad que vino Odiseo y llegó a esta casa, como te lo cuento: era aquel forastero a quien todos ultrajaban en el palacio. Tiempo ha sabía Telémaco que se hallaba aquí; mas con prudente ardid ocultó los intentos de su padre, para que pudiese castigar las violencias de aquellos hombres orgullosos.

Así habló. Alegróse Penelopea y, saltando de la cama, abrazó a la vieja, dejó que cayeran lágrimas de sus ojos, y profirió estas aladas palabras:

Penelopea.—Pues, ea, ama querida, cuéntame la verdad: si es cierto que vino a esta casa, como aseguras, y de qué manera logró poner las manos en los desvergonzados pretendientes estando él solo y hallándose los demás siempre reunidos en el interior del palacio.

Respondióle su ama Euriclea:

Euriclea.—No lo he visto, no lo sé, tan sólo percibí el suspirar de los

Biblioteca Nacional de España

que caían muertos; pues nosotras permanecimos, llenas de pavor, en lo más hondo de la sólida habitación con las puertas cerradas, hasta que tu hijo Telémaco fué desde la sala y me llamó por orden de su padre. Hallé a Odiseo de pie entre los cadáveres, que estaban tendidos en el duro suelo, a su alrededor, los unos encima de los otros: se te holgara el ánimo de verle manchado de sangre y polvo, como un león. Ahora yacen todos juntos en la puerta del patio y Odiseo ha encendido un gran fuego, azufra la magnífica morada y me envió a llamarte. Sígueme, pues, a fin de que ambos llenéis vuestro corazón de contento, ya que padecisteis tantos males. Por fin se cumplió aquel gran deseo: Odiseo tornó vivo a su hogar, hallándoos a ti y a tu hijo; y a los pretendientes que lo ultrajaban, los ha castigado en su mismo palacio.

58 Contestóle la discreta Penelopea:

59 *Penelopea.*—¡Ama querida! No cantes aún victoria, regocijándote con exceso. Bien sabes cuán grata nos había de ser su venida a todos los del palacio y especialmente a mí y al hijo que engendramos; pero la noticia no es cierta como tú la das, sino que alguno de los inmortales ha muerto a los ilustres pretendientes, indignado de ver sus dolorosas injurias y sus malvadas acciones. Que no respetaban a ningún hombre de la tierra, malo o bueno, que a ellos se llegara; y de ahí viene que, a causa de sus iniquidades, hayan padecido tal infortunio. Pero la esperanza de volver feneció lejos de Acaya para Odiseo, y éste también ha muerto.

69 Respondióle en el acto su ama Euriclea:

70 *Euriclea.*—¡Hija mía! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes, al decir que jamás volverá a esta casa tu marido, cuando ya está junto al hogar! Tu ánimo es siempre incrédulo. Mas, ea, voy a revelarte otra señal manifiesta: la cicatriz de la herida que le infirió un jabalí con su blanco diente. La reconocí mientras le lavaba y quise decírtelo; pero él, con sagaz previsión, me lo impidió tapándome la boca con sus manos. Sígueme; que yo misma me doy en prenda y, si te engaño, me matas haciéndome padecer la más deplorable de las muertes.

80 Contestóle la discreta Penelopea:

81 *Penelopea.*—¡Ama querida! Por mucho que sepas, difícil es que averigües los designios de los sempiternos dioses. Mas, con todo, vamos adonde está mi hijo, para que yo vea muertos a los pretendientes y a quien los ha matado.

85 Dijo así; y bajó de la estancia superior, revolviendo en su corazón muchas cosas: si interrogaría a su marido desde lejos, o si, acercándose a él, le besaría la cabeza y le tomaría las manos. Después que entró en la sala, transponiendo el pétreo umbral, fué a sentarse enfrente de Odiseo, al resplandor del fuego, en la pared opuesta; pues el héroe se hallaba sentado de espaldas a una elevada columna, con la vista baja, esperando si le hablaría su ilustre consorte así que en él pusiera los ojos. Mas Penelopea permaneció mucho tiempo sin desplegar los labios por tener el corazón estupefacto: unas veces, mirándole fijamente a los ojos, veía que aquél era realmente su aspecto; y otras no le reconocía a causa de las miserables vestiduras que llevaba. Y Telémaco la increpó con estas voces:

Biblioteca Nacional de España

97 *Telémaco.*—¡Madre mía, descastada madre, puesto que tienes ánimo cruel! ¿Por qué te pones tan lejos de mi padre, en vez de sentarte a su lado, y hacerle preguntas y enterarte de todo? Ninguna mujer se quedaría así, con ánimo tenaz, apartada de su esposo, cuando él, después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. Pero tu corazón ha sido siempre más duro que una piedra.

104 Respondióle la discreta Penelopea:

105 *Penelopea.*—¡Hijo mío! Estupefacto está mi ánimo en el pecho, y no podría decirle ni una sola palabra, ni hacerle preguntas, ni mirarlo de frente. Pero, si verdaderamente es Odiseo que vuelve a su casa, ya nos reconoceremos mejor; pues hay señas para nosotros, que los demás ignoran.

111 Así se expresó. Sonrióse el paciente divino Odiseo y en seguida dirigió a Telémaco estas aladas palabras:

113 *Odiseo.*—¡Telémaco! Deja a tu madre que me pruebe dentro del palacio; pues quizás de este modo me reconozca más fácilmente. Como estoy sucio y ando con miserables vestiduras, me tiene en poco y no cree todavía que sea aquél. Deliberemos ahora para que todo se haga de la mejor manera. Pues si quien mata a un hombre del pueblo, que no deja tras sí muchos vengadores, huye y desampara a sus deudos y su patria tierra, nosotros hemos dado muerte a los que eran el sostén de la ciudad, a los más eximios jóvenes de Ítaca. Yo te invito a pensar en esto.

123 Respondióle el prudente Telémaco:

124 *Telémaco.*—Conviene que tú mismo lo veas, padre amado, pues dicen que tu consejo es en todas las cosas el más excelente y que ninguno de los hombres mortales competiría contigo. Nosotros te seguiremos presurosos, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras fuerzas.

129 Contestóle el ingenioso Odiseo:

130 *Odiseo.*—Pues voy a decir lo que considero más conveniente. Empezad lavándoos, poneos las túnicas y ordenad a las esclavas que se vistan en el palacio; y acto seguido el divinal aedo, tomando la sonora cítara, nos guiará en la alegre danza; de suerte que, en oyéndolo desde fuera algún transeunte o vecino, piense que son las nupcias lo que celebramos. No sea que la gran noticia de la matanza de los pretendientes se divulgue por la ciudad antes de salirnos a nuestros campos llenos de arboledas. Allí examinaremos lo que nos presente el Olímpico como más provechoso.

141 Así les dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Comenzaron a lavarse y a ponerse las túnicas, ataviáronse las mujeres, y el divino aedo tomó la hueca cítara y movió en todos el deseo del dulce canto y de la eximia danza. Presto resonó la gran casa con el ruido de los pies de los hombres y de las mujeres de bella cintura que estaban bailando. Y los de fuera, al oírlo, solían exclamar:

149 *Una voz.*—Ya debe de haberse casado alguno con la reina que se vió tan solicitada. ¡Infeliz! No tuvo constancia para guardar la gran casa de su primer esposo hasta la vuelta del mismo.

152 Así hablaban, por ignorar lo que dentro había pasado. Entonces Eurínome, la despensera, lavó y ungió con aceite al magnánimo Odiseo en su casa,

Biblioteca Nacional de España

y le puso un hermoso manto y una túnica; y Atenea esmaltó con notable hermosura la cabeza del héroe e hizo que se ostentase más alto y más grueso, y que de su cabeza colgaran ensortijados cabellos que flores de jacinto semejaban. Y así como el hombre experto, a quien Hefesto y Palas Atenea han enseñado artes de toda especie, cerca de oro la plata y hace lindos trabajos; de semejante modo, Atenea difundió la gracia por la cabeza y por los hombros de Odiseo. El héroe salió del baño con el cuerpo parecido al de los inmortales; volvió a sentarse en la silla que antes había ocupado, frente a su esposa, y le dijo estas palabras:

166 *Odiseo.*—¡Desdichada! Los que viven en olímpicos palacios te dieron corazón más duro que a las otras débiles mujeres. Ninguna se quedaría así, con ánimo tenaz, alejada de su marido, cuando éste, después de pasar tantos males, vuelve en el vigésimo año a la patria tierra. Pero ve, nodriza, y aparéjame la cama para que pueda acostarme; que ésa tiene en su pecho corazón de hierro.

173 Contestóle la discreta Penelopea:

174 *Penelopea.*—¡Desdichado! Ni me entono, ni me tengo en poco, ni me admiro en demasía; pues sé muy bien cómo eras cuando partiste de Ítaca en la nave de largos remos. Ve, Euriclea, y ponle la fuerte cama en el exterior de la sólida habitación que construyó él mismo: sácale allí la fuerte cama y aderézale el lecho con pieles, mantas y colchas espléndidas.

181 Habló de semejante modo para probar a su marido; pero Odiseo, irritado, díjole a la honesta esposa:

183 *Odiseo.*—¡Oh mujer! En verdad que me da gran pena lo que has dicho. ¿Quién me habrá trasladado el lecho? Difícil le fuera hasta al más hábil, si no viniese un dios a cambiarlo fácilmente de sitio; mas ninguno de los mortales que hoy viven, ni aun de los más jóvenes, lo movería con facilidad, pues hay una gran señal en el labrado lecho que hice yo mismo y no otro alguno. Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas, robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna. En torno suyo labré las paredes de mi cámara, empleando multitud de piedras; la cubrí con excelente techo y la cerré con puertas sólidas, firmemente ajustadas. Después corté el ramaje de aquel olivo de alargadas hojas; pulí con el bronce su tronco desde la raíz, haciéndolo diestra y hábilmente; lo enderecé por medio de un nivel para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré todo con un barreno. Comenzando por este pie, fuí haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla; la adorné con oro, plata y marfil; y extendí en su parte interior unas vistosas correas de piel de buey, teñidas de púrpura. Tal es la señal que te doy; pero ignoro, oh mujer, si mi lecho sigue incólume o ya lo trasladó alguno, habiendo cortado el pie de olivo.

205 Así le dijo; y Penelopea sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales que Odiseo daba con tal certidumbre. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello, le besó en la cabeza y le dijo:

209 *Penelopea.*—No te enojes conmigo, Odiseo, ya que eres en todo el más circunspecto de los hombres; y las deidades nos enviaron la desgracia y no

Biblioteca Nacional de España

quisieron que gozásemos juntos de nuestra mocedad, ni que juntos llegáramos al umbral de la vejez. Pero no te enfades conmigo, ni te irrites si no te abracé, como ahora, tan luego como estuviste en mi presencia; que mi ánimo, acá dentro del pecho, temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman perversas astucias. La argiva Helena, hija de Zeus, no se hubiera juntado nunca en amor y cama con un extraño, si hubiese sabido que los belicosos aqueos habían de traerla nuevamente a su casa y a su patria tierra. Algún dios debió de incitarla a ejecutar aquella vergonzosa acción; pues antes nunca había pensado cometer la deplorable falta que fué el origen de nuestras penas. Ahora, como acabas de referirme las señales evidentes de nuestra cama, que no vió mortal alguno sino solos tú y yo, y una esclava, Áctoris, que me había dado mi padre al venirme acá y custodiaba la puerta de nuestra sólida estancia, has logrado dar el convencimiento a mi ánimo, con tenerlo yo tan obstinado.

231 Diciendo de esta guisa, acrecentóle el deseo de sollozar; y Odiseo lloraba, abrazado a su dulce y honesta esposa. Así como la tierra aparece grata a los que vienen nadando porque Posidón les hundió en el ponto la bien construida embarcación, haciéndola juguete del viento y del gran oleaje; y unos pocos, que consiguieron salir nadando del espumoso mar al continente, lleno el cuerpo de sarro, pisan la tierra muy alegres porque se ven libres de aquel infortunio: pues de igual manera le era agradable a Penelopea la vista del esposo y no le quitaba del cuello los níveos brazos. Llorando los hallara la Aurora de rosáceos dedos, si Atenea, la deidad de ojos de lechuza, no hubiese ordenado otra cosa: alargó la noche, cuando ya tocaba a su término, y detuvo en el Océano a la Aurora de áureo trono, no permitiéndole uncir los caballos de pies ligeros que traen la luz a los hombres, Lampo y Faetonte, que son los corceles que conducen a la Aurora. Y entonces dijo a su mujer el ingenioso Odiseo:

248 *Odiseo.*—¡Mujer! Aún no hemos llegado al fin de todos los trabajos, pues falta otra empresa muy grande, larga y difícil, que he de llevar a cumplimiento. Así me lo vaticinó el alma de Tiresias el día que bajé a la morada de Hades, procurando la vuelta de mis compañeros y la mía propia. Mas, ea, mujer, vámonos a la cama para que, acostándonos, nos regalemos con el dulce sueño.

256 Respondióle la discreta Penelopea:

257 *Penelopea.*—El lecho lo tendrás cuando a tu ánimo le parezca bien, ya que los dioses te hicieron tornar a tu casa bien construida y a tu patria tierra. Mas, puesto que pensaste en ese trabajo, por haberte sugerido su memoria alguna deidad, ea, explícame en qué consiste; me figuro que más tarde lo tengo de saber y no será malo que me entere desde ahora.

263 Respondióle el ingenioso Odiseo:

264 *Odiseo.*—¡Desdichada! ¿Por qué me incitas tanto, con tus súplicas, a que te lo explique? Voy a declarártelo sin omitir cosa alguna. No se alegrará tu ánimo de saberlo, como yo no me alegro tampoco, pues Tiresias me ordenó que recorriera muchísimas ciudades, llevando en la mano un manejable remo, hasta llegar a aquellos hombres que nunca vieron el mar, ni comen manjares

Biblioteca Nacional de España

sazonados con sal, ni conocen las naves de purpúreos flancos, ni tienen noticia de los manejables remos que son como las alas de los bajeles. Para ello me dió una señal muy manifiesta, que no te quiero ocultar. Me mandó que, cuando encuentre otro caminante y me diga que voy con un bieldo sobre el gallardo hombro, clave en tierra el manejable remo, haga al soberano Posidón hermosos sacrificios de un carnero, un toro y un verraco, y vuelva a esta casa donde ofreceré sagradas hecatombes a los inmortales dioses que poseen el anchuroso cielo, a todos por su orden. Me vendrá más adelante, y lejos del mar, una muy suave muerte, que me quitará la vida cuando ya esté abrumado por placentera vejez; y a mi alrededor los ciudadanos serán dichosos. Todas estas cosas aseguró Tiresias que habían de cumplirse.

285 Repuso entonces la discreta Penelopea:

286 *Penelopea.*—Si los dioses te conceden una feliz senectud, aún puedes esperar que te librarás de los infortunios.

288 Así éstos conversaban. Mientras tanto, Eurínome y el ama aderezaban el lecho con blandas ropas, alumbrándose con antorchas encendidas. En acabando de hacer la cama diligentemente, la vieja volvió al palacio para acostarse; y Eurínome, la camarera, fué delante de aquéllos, con una antorcha en la mano, hasta que los condujo a la cámara nupcial, retirándose en seguida. Y entrambos consortes llegaron muy alegres al sitio donde se hallaba su antiguo lecho.

297 Entonces Telémaco, el boyero y el porquerizo cesaron de bailar, mandaron que cesasen igualmente las mujeres, y acostáronse todos en el obscuro palacio.

300 Después que los esposos hubieron disfrutado del deseable amor, entregáronse al deleite de la conversación. La divina entre las mujeres refirió cuanto había sufrido en el palacio al contemplar la multitud de los funestos pretendientes, que por su causa degollaban muchos bueyes y pingües ovejas, en tanto que se concluía el copioso vino de las tinajas. Odiseo, del linaje de Zeus, contó a su vez cuantos males había inferido a otros hombres y cuantas penas había arrostrado en sus propios infortunios. Y ella se holgaba de oírlo y el sueño no le cayó en los ojos hasta que se acabó el relato.

310 Empezó narrándole cómo había vencido a los cícones; y le fué refiriendo su llegada al fértil país de los lotófagos; cuanto hizo el Ciclope y cómo él tomó venganza de que le hubiese devorado despiadadamente los fuertes compañeros; cómo pasó a la isla de Éolo, quien le acogió benévolo hasta que vino la hora de despedirle, pero el hado no había dispuesto que el héroe tornara aún a la patria y una tempestad lo arrebató nuevamente y lo llevó por el ponto, abundante en peces, mientras daba profundos suspiros; y cómo desde allí aportó a Telépilo, la ciudad de los lestrigones, que le destruyeron los bajeles y le mataron todos los compañeros, de hermosas grebas, escapando tan sólo Odiseo en su negra nave. Describióle también los engaños y diversas matrerías de Circe; y explicóle luego cómo había ido en su nave de muchos bancos a la lóbrega morada de Hades para consultar al alma del tebano Tiresias, y cómo pudo ver allí a todos sus compañeros y a la madre que lo dió a

Biblioteca Nacional de España

luz y que lo crió en su infancia; cómo oyó más tarde el cantar de las muchas sirenas, de voz sonora; cómo pasó por las peñas Erráticas, por la horrenda Caribdis y por la roca de Escila, de la cual nunca pudieron los hombres escapar indemnes; cómo sus compañeros mataron las vacas del Sol; cómo el altitonante Zeus hirió la velera nave con el ardiente rayo, habiendo perecido todos sus esforzados compañeros y librádose él de las perniciosas Parcas; cómo llegó a la isla Ogigia y a la ninfa Calipso, la cual le retuvo en huecas grutas, deseosa de tomarle por marido, le alimentó y le dijo repetidas veces que le haría inmortal y le eximiría perpetuamente de la senectud, sin que jamás consiguiera infundirle la persuasión en el pecho; y cómo, padeciendo muchas fatigas, arribó a los feacios, quienes le honraron cordialmente, cual si fuese un numen, y lo condujeron en una nave a la patria tierra, después de regalarle bronce, oro en abundancia y vestidos. Tal fué lo postrero que mencionó cuando ya le vencía el dulce sueño, que relaja los miembros y deja el ánimo libre de inquietudes.

344 Luego Atenea, la deidad de ojos de lechuza, ordenó otra cosa. No bien le pareció que Odiseo ya se habría recreado en su ánimo con su mujer y con el sueño, hizo que saliese del Océano la hija de la mañana, la de áureo trono, para que les trajera la luz a los humanos. Entonces se levantó Odiseo del blando lecho y dirigió a su esposa las siguientes palabras:

350 *Odiseo.*—¡Mujer! Los dos hemos padecido muchos trabajos: tú aquí, llorando por mi vuelta tan abundante en fatigas; y yo sufriendo los infortunios que me enviaron Zeus y los demás dioses para detenerme lejos de la patria cuando anhelaba volver a ella. Mas, ya que nos hemos reunido nuevamente en este deseado lecho, tú cuidarás de mis bienes en el palacio; y yo, para reponer el ganado que los soberbios pretendientes me devoraron, apresaré un gran número de reses y los aqueos me darán otras hasta que llenemos todos los establos. Ahora me iré al campo, lleno de árboles, a ver a mi padre que tan afligido se halla por mí; y a ti, oh mujer, aunque eres juiciosa, oye lo que te encomiendo: como al salir el sol se divulgará la noticia de que maté en el palacio a los pretendientes, vete a lo alto de la casa con tus siervas y quédate allí sin mirar a nadie ni preguntar cosa alguna.

366 Dijo; cubrió sus hombros con la magnífica armadura y, haciendo levantar a Telémaco, al boyero y al porquerizo, les mandó que tomasen las marciales armas. Ellos no dejaron de obedecerle: armáronse todos con el bronce, abrieron la puerta y salieron de la casa, precedidos por Odiseo. Ya la luz se esparcía por la tierra; pero cubriólos Atenea con obscura nube y los sacó de la ciudad muy prestamente.

Biblioteca Nacional de España

RAPSODIA XXIV

LAS PACES

El cilenio Hermes llamaba las almas de los pretendientes, teniendo en su mano la hermosa áurea vara con la cual adormece los ojos de cuantos quiere o despierta a los que duermen. Empleábala entonces para mover y guiar las almas y éstas le seguían profiriendo estridentes gritos. Como los murciélagos revolotean chillando en lo más hondo de una vasta gruta si alguno de ellos se separa del racimo colgado de la peña, pues se traban los unos con los otros: de la misma suerte, las almas andaban chillando, y el benéfico Hermes, que las precedía, llevábalas por lóbregos senderos. Transpusieron en primer lugar las corrientes del Océano y la roca de Léucade, después las puertas del Sol y el país de los Sueños, y pronto llegaron a la pradera de asfódelos donde residen las almas, que son imágenes de los difuntos.

15 Encontráronse allí con las almas del Pelida Aquileo, de Patroclo, del intachable Antíloco y de Ayante, que fué el más excelente de todos los dánaos, en cuerpo y hermosura, después del irreprensible Pelión. Éstos andaban en torno de Aquileo; y se les acercó, muy angustiada, el alma de Agamenón Atrida, a cuyo alrededor se reunían las de cuantos en la mansión de Egisto perecieron con el héroe, cumpliendo su destino. Y el alma del Pelión fué la primera que habló, diciendo de esta suerte:

24 *Aquileo.*—¡Oh Atrida! Imaginábamos que entre todos los héroes eras siempre el más acepto a Zeus, que se huelga con el rayo, porque imperabas sobre muchos y fuertes varones allá en Troya, donde los aqueos padecimos tantos infortunios; y, con todo, te había de alcanzar antes de tiempo la funesta Parca, de la cual nadie puede librarse una vez nacido. Ojalá se te hubiesen presentado la muerte y el destino en el país teucro, cuando disfrutabas de la dignidad suprema con la cual reinabas; pues entonces todos los aqueos te erigieran un túmulo, y le dejaras a tu hijo una gloria inmensa. Ahora el hado te encadenó con deplorabilísima muerte.

35 Respondióle el alma del Atrida:

36 *Agamenón.*—¡Dichoso tú, oh hijo de Peleo, Aquileo semejante a los dioses, que expiraste en Troya, lejos de Argos, y a tu alrededor murieron, defendiéndote, otros valentísimos troyanos y aqueos; y tú yacías en tierra sobre un gran espacio, envuelto en un torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros! Nosotros luchamos todo el día y por nada hubiésemos sus-

Biblioteca Nacional de España

pendido el combate; pero Zeus nos obligó a desistir, enviándonos una tormenta. Después de haber trasladado tu hermoso cuerpo del campo de la batalla a las naves, lo pusimos en un lecho, lo lavamos con agua tibia y lo ungimos; y los dánaos, cercándote, vertían muchas y ardientes lágrimas y se cortaban las cabelleras. También vino tu madre, que salió del mar, con las inmortales diosas marinas, en oyendo la nueva: levantóse en el ponto un clamoreo grandísimo y tal temblor les entró a todos los aqueos, que se lanzaran a las cóncavas naves si no los detuviera un hombre que conocía muchas y antiguas cosas, Néstor, cuya opinión era considerada siempre como la mejor. Éste, pues, arengándolos con benevolencia, les habló diciendo: «¡Deteneos, argivos; no huyáis, varones aqueos! Esta es la madre que viene del mar, con las inmortales diosas marinas, a ver a su hijo muerto.» Así se expresó; y los magnánimos aqueos suspendieron la fuga. Rodeáronte las hijas del anciano del mar, lamentándose de tal suerte que movían a compasión, y te pusieron divinales vestidos. Las nueve Musas entonaron el canto fúnebre, alternando con su hermosa voz, y no vieras a ningún argivo que no llorase: ¡tanto les conmovía la canora Musa! Diecisiete días con sus noches te lloramos así los inmortales dioses como los mortales hombres, y al dieciocheno te entregamos al fuego, degollando a tu alrededor y en gran abundancia pingües ovejas y bueyes de retorcidos cuernos. Ardió tu cadáver, adornado con vestidura de dios, con gran cantidad de ungüento y de dulce miel; agitáronse con sus armas multitud de héroes aqueos, unos a pie y otros en carros, en torno de la pira en que te quemaste; y produjose un gran tumulto. Después que la llama de Hefesto acabó de consumirte, oh Aquileo, al apuntar el día, recogimos tus blancos huesos y los echamos en vino puro y ungüento. Tu madre nos entregó un ánfora de oro, diciendo que se la había regalado Dióniso y era obra del ínclito Hefesto; y en ella están tus blancos huesos, preclaro Aquileo, junto con los del difunto Patroclo Menetíada, y aparte los de Antíloco, que fué el compañero a quien más apreciaste después de la muerte de Patroclo. En torno de los restos el sacro ejército de los belicosos argivos te erigió un túmulo grande y eximio en un lugar prominente, a orillas del dilatado Helesponto, para que pudieran verlo a gran distancia, desde el ponto, los hombres que ahora viven y los que nazcan en lo futuro. Tu madre puso en la liza, con el consentimiento de los dioses, hermosos premios para el certamen que habían de celebrar los argivos más señalados. Tú te hallaste en las exequias de muchos héroes cuando, con motivo de la muerte de algún rey, se ciñen los jóvenes y se aprestan para los juegos fúnebres; esto no obstante, te habrías asombrado muchísimo en tu ánimo al ver cuán hermosos eran los que en honor tuyo estableció la diosa Tetis, la de argénteos pies, porque siempre fuiste muy querido de las deidades. Así, pues, ni muriendo has perdido tu nombradía; y tu gloriosa fama, oh Aquileo, subsistirá perpetuamente entre todos los hombres. Pero yo, ¿cómo he de gozar de tal satisfacción, si, después que acabé la guerra y volví a la patria, me aparejó Zeus una deplorable muerte por mano de Egisto y de mi funesta esposa?

98 Mientras de tal modo conversaban, presentóseles el mensajero Argifontes guiando las almas de los pretendientes a quienes Odiseo había quitado la

Biblioteca Nacional de España

vida. Ambos, al punto que los vieron, fuéronse muy admirados a su encuentro. El alma del Atrida Agamenón reconoció al hijo amado de Melaneo, al perínclito Anfimedonte, cuyo huésped había sido en la casa que éste habitaba en Ítaca, y comenzó a hablarle de esta manera:

106 *Agamenón.*—¡Anfimedonte! ¿Qué os ha sucedido, que penetráis en la obscura tierra tantos y tan selectos varones, y todos de la misma edad? Si se escogieran por la población, no se hallaran otros más excelentes. ¿Acaso Posidón os mató en vuestras naves, desencadenando el fuerte soplo de terribles vientos y levantando grandes olas? ¿O quizás hombres enemigos acabaron con vosotros en el continente porque os llevabais sus bueyes y sus magníficos rebaños de ovejas o porque combatíais para apoderaros de su ciudad y de sus mujeres? Responde a lo que te digo, pues tengo a honra el ser huésped tuyo. ¿No recuerdas que fuí allá, a vuestra casa, junto con el deiforme Menelao, a exhortar a Odiseo para que nos siguiera a Ilión en las naves de muchos bancos? Un mes entero empleamos en atravesar el anchuroso ponto, y a duras penas persuadimos a Odiseo, asolador de ciudades.

120 Díjole a su vez el alma de Anfimedonte:

121 *Anfimedonte.*—¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres Agamenón! Recuerdo cuanto dices, oh alumno de Zeus, y te contaré exacta y circunstanciadamente de qué triste modo ocurrió que llegáramos al término de nuestra vida. Pretendíamos a la esposa de Odiseo, ausente a la sazón desde largo tiempo, y ni rechazaba las odiosas nupcias ni quería celebrarlas, preparándonos la muerte y la negra Parca; y entonces discurrió en su inteligencia este nuevo engaño. Se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, y a la hora nos habló de esta guisa: «¡Jóvenes, pretendientes míos! Ya que ha muerto el divinal Odiseo, aguardad, para instar mis bodas, que acabe este lienzo—no sea que se me pierdan inútilmente los hilos,—a fin de que tenga sudario el héroe Laertes cuando le alcance la Parca fatal de la aterradora muerte. ¡No se me vaya a indignar alguna de las aqueas del pueblo, si ve enterrar sin mortaja a un hombre que ha poseído tantos bienes!» Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela, y por la noche, tan luego como se alumbraba con antorchas, deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y que sus palabras fueran creídas por los aqueos durante un trienio; mas, así que vino el cuarto año y volvieron a sucederse las estaciones, después de transcurrir los meses y de pasar muchos días, nos lo reveló una de las mujeres, que conocía muy bien lo que pasaba, y sorprendimos a Penelopea destejiendo la espléndida tela. Así fué cómo, mal de su grado, se vió en la necesidad de acabarla. Cuando, después de tejer y lavar la gran tela, nos mostró aquel lienzo que se asemejaba al sol o a la luna, funesta deidad trajo a Odiseo de alguna parte a los confines del campo donde el porquero tenía su morada. Allí fué también el hijo amado del divinal Odiseo, cuando volvió de la arenosa Pilos en su negra nave; y, concertándose para dar mala muerte a los pretendientes, vinieron a la ínclita ciudad, y Odiseo entró el último, pues Telémaco se le adelantó algún tanto. El porquero acompañó a Odiseo; y éste, con sus pobres

Biblioteca Nacional de España

andrajos, parecía un viejo y miserable mendigo que se apoyaba en el bastón y llevaba feas vestiduras. Ninguno de nosotros pudo conocerle, ni aun los más viejos, cuando se presentó de súbito; y lo maltratábamos, dirigiéndole injuriosas palabras y dándole golpes. Con ánimo paciente sufría Odiseo que en su propio palacio se le hiriera e injuriara; mas apenas le incitó Zeus, que lleva la égida, comenzó a quitar de las paredes, ayudado de Telémaco, las magníficas armas, que depositó en su habitación, corriendo los cerrojos; y luego, con refinada astucia, aconsejó a su esposa que nos sacara a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro a fin de celebrar el certamen que había de ser para nosotros, oh infelices, el preludio de la matanza. Ninguno logró tender la cuerda del recio arco, pues nos faltaba mucha parte del vigor que para ello se requería. Cuando el gran arco iba a llegar a manos de Odiseo, todos increpábamos al porquero para que no se lo diese, por más que lo solicitara; y tan sólo Telémaco, animándole, mandó que se lo entregase. El paciente divinal Odiseo lo tomó en las manos, tendiólo con suma facilidad, e hizo pasar la flecha por el hierro; inmediatamente se fué al umbral, derramó por el suelo las veloces flechas, echando terribles miradas, y mató al rey Antínoo. Pero en seguida disparó contra los demás las dolorosas saetas, apuntando a su frente; y caían los unos en pos de los otros. Era evidente que alguno de los dioses les ayudaba; pues muy pronto, dejándose llevar de su furor, empezaron a matar a diestro y siniestro por la sala: los que recibían los golpes en la cabeza levantaban horribles suspiros, y el suelo manaba sangre por todos lados. Así hemos perecido, Agamenón, y los cadáveres yacen abandonados todavía en el palacio de Odiseo; porque la nueva aún no ha llegado a las casas de nuestros amigos, los cuales nos llorarían después de lavarnos la negra sangre de las heridas y de colocarnos en lechos; que tales son los honores que han de tributarse a los difuntos.

191 Contestóle el alma del Atrida:

192 *Agamenón.*—¡Feliz hijo de Laertes! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Tú acertaste a poseer una esposa virtuosísima. Como la intachable Penelopea, hija de Icario, ha tenido tan excelentes sentimientos y ha guardado tan buena memoria de Odiseo, el varón con quien se casó virgen, jamás se perderá la gloriosa fama de su virtud y los inmortales inspirarán a los hombres de la tierra graciosos cantos en loor de la discreta Penelopea. No se portó así la hija de Tíndaro, que, maquinando inicuas acciones, dió muerte al marido con quien se había casado virgen; por lo cual ha de ser objeto de odiosos cantos, y ya acarreó triste fama a las débiles mujeres, sin exceptuar las que son virtuosas.

203 Así conversaban en la morada de Hades, dentro de las profundidades de la tierra.

205 Mientras tanto, Odiseo y los suyos, descendiendo de la ciudad, llegaron muy pronto al bonito y bien cultivado predio de Laertes, que éste compró en otra época después de pasar muchas fatigas. Allí estaba la casa del anciano, con un cobertizo a su alrededor adonde iban a comer, a sentarse y a dormir los siervos propios de aquél; siervos que le hacían cuantas labores eran de su

Biblioteca Nacional de España

agrado. Una vieja siciliana le cuidaba con gran solicitud allá en el campo, lejos de la ciudad. En llegando, pues, a tal paraje, Odiseo habló de esta manera a sus servidores y a su hijo:

214 *Odiseo.*—Vosotros, entrando en la bien labrada casería, sacrificad al punto el mejor de los cerdos para el almuerzo; y yo iré a probar si mi padre me reconoce al verme ante sus ojos, o no distingue quién soy después de tanto tiempo de hallarme ausente.

219 Diciendo así, entregó las marciales armas a los criados. Fuéronse éstos a buen paso hacia la casería, y Odiseo se encaminó al huerto, en frutas abundoso, para hacer aquella prueba. Y, bajando al grande huerto, no halló a Dolio, ni a ninguno de los esclavos, ni a los hijos de éste; pues todos habían salido a coger espinos para hacer el seto del huerto, y el anciano Dolio los guiaba. Por esta razón halló en el bien cultivado huerto a su padre solo, aporcando una planta. Vestía Laertes una túnica sucia, remendada y miserable; llevaba atadas a las piernas unas polainas de vaqueta cosida para reparo contra los rasguños y en las manos guantes por causa de las zarzas; y cubría su angustiada cabeza con un gorro de piel de cabra. Cuando el paciente divinal Odiseo le vió abrumado por la vejez y con tan grande dolor allá en su espíritu, se detuvo al pie de un alto peral y le saltaron las lágrimas. Después hallóse indeciso en su mente y en su corazón, no sabiendo si besar y abrazar a su padre, contárselo todo y explicarle cómo había llegado al patrio suelo; o interrogarle primeramente con el fin de hacer aquella prueba. Así que lo hubo pensado, parecióle qué era mejor tentarle con burlonas palabras. Con este propósito fuése el divino Odiseo derecho a él, que estaba con la cabeza baja cavando en torno de una planta. Y, deteniéndose a su lado, hablóle así su preclaro hijo:

244 *Odiseo.*—¡Oh anciano! No te falta pericia para cultivar un huerto, pues en éste se halla todo muy bien cuidado y no se ve planta alguna, ni higuera, ni vid, ni olivo, ni peral, ni cuadro de legumbres, que no lo esté de igual manera. Otra cosa te diré, mas no por ello recibas enojo en tu corazón: no tienes tan buen cuidado de ti mismo, pues no sólo te agobia la triste vejez, sino que estás sucio y mal vestido. No será sin duda a causa de tu ociosidad el que un señor te tenga en semejante desamparo; y, además, nada servil se advierte en ti, pues por tu aspecto y grandeza te asemejas a un rey, a un varón que después de lavarse y de comer haya de dormir en blando lecho; que tal es la costumbre de los ancianos. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿De quién eres siervo? ¿Cúyo es el huerto que cultivas? Dime con verdad, a fin de que lo sepa, si realmente he llegado a Ítaca; como me aseguró un hombre que encontré al venir y que no debe de ser muy sensato, pues no tuvo paciencia para referirme algunas cosas ni para escuchar mis palabras cuando le pregunté si cierto huésped mío aun vive y existe o ha muerto y se halla en la morada de Hades. Voy a contártelo a ti: atiende y óyeme. En mi patria hospedé en otro tiempo a un varón que llegó a nuestra morada; y jamás mortal alguno de los que vinieron de lejanas tierras a hospedarse en mi casa me fué más grato: tenía a honra ser de Ítaca por su linaje y decía que Laertes Arcesíada era su padre.

Biblioteca Nacional de España

Yo mismo lo conduje al palacio, le procuré digna hospitalidad, tratándolo solícita y amistosamente—que en mi mansión reinaba la abundancia,—y le hice los presentes hospitalarios que convenía dar a tal persona. Le entregué siete talentos de oro bien labrado; una argéntea cratera floreada; doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas; y, además, cuatro mujeres de hermosa figura, diestras en hacer irreprochables labores, que él mismo escogió entre mis esclavas.

280 Respondióle su padre, con los ojos anegados en lágrimas:

281 *Laertes.*—¡Forastero! Estás ciertamente en la tierra por la cual preguntas; pero la tienen dominada unos hombres insolentes y malvados, y te saldrán en vano esos innumerables presentes que a aquél le hiciste. Si lo hallaras vivo en el pueblo de Ítaca, no te despidiera sin corresponder a tus obsequios con otros dones y una buena hospitalidad, como es justo que se haga con quien anteriormente nos dejó obligados. Mas, ea, habla y responde sinceramente: ¿Cuántos años ha que acogiste a ese tu infeliz huésped, a mi hijo infortunado, si todo no ha sido sueño? Alejado de sus amigos y de su patria tierra, o se lo comieron los peces en el ponto o fué pasto, en el continente, de las fieras y de las aves: y ni su madre lo amortajó, llorándole conmigo que lo engendramos; ni su rica mujer, la discreta Penelopea, gimió sobre el lecho fúnebre de su marido, como era justo, ni le cerró los ojos; que tales son las honras debidas a los muertos. Dime también la verdad de esto, para que me entere: ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres? ¿Dónde está el rápido bajel que te ha traído con tus compañeros iguales a los dioses? ¿O viniste pasajero en la nave de otro, que después de dejarte en tierra continuó su viaje?

302 Díjole en respuesta el ingenioso Odiseo:

303 *Odiseo.*—De todo voy a informarte circunstanciadamente. Nací en Alibante, donde tengo magnífica morada, y soy hijo del rey Afidante Polipemónida; mi nombre es Epérito; algún dios me ha apartado de Sicania para traerme aquí a pesar mío, y mi nave está cerca del campo, antes de llegar a la población. Hace ya cinco años que Odiseo se fué de allá y dejó mi patria. ¡Infeliz! Propicias aves volaban a su derecha cuando partió, y, al notarlo, le despedí alegre y se alejó contento; porque nos quedaba en el corazón la esperanza de que la hospitalidad volvería a juntarnos y nos podríamos obsequiar con espléndidos presentes.

315 Tales fueron sus palabras; y negra nube de pesar envolvió a Laertes, que tomó ceniza con ambas manos y echóla sobre su cabeza cana, suspirando muy gravemente. Conmoviósele el corazón a Odiseo; sintió el héroe aguda picazón en la nariz al contemplar a su padre, y dando un salto, le besó y le dijo:

321 *Odiseo.*—Yo soy, oh padre, ése mismo por quien preguntas; que torno en el vigésimo año a la patria tierra. Pero cesen tu llanto, tus sollozos y tus lágrimas. Y te diré, ya que el tiempo nos apremia, que he muerto a los pretendientes en nuestra casa, vengando así sus dolorosas injurias y sus malvadas acciones.

327 Laertes le contestó diciendo:

Biblioteca Nacional de España

328 *Laertes.*—Pues si eres mi hijo Odiseo que ha vuelto, muéstrame alguna señal evidente para que me convenza.

330 Respondióle el ingenioso Odiseo:

331 *Odiseo.*—Primeramente vean tus ojos la herida que en el Parnaso me hizo un jabalí con su blanco diente, cuando tú y mi madre veneranda me enviasteis a Autólico, mi caro abuelo paterno, a recibir los dones que al venir acá prometió hacerme. Y, ea, si lo deseas, te enumeraré los árboles que una vez me regalaste en este bien cultivado huerto: pues yo, que era niño, te seguía y te los iba pidiendo uno tras otro; y, al pasar por entre ellos, me los mostrabas y me decías su nombre. Fueron trece perales, diez manzanos y cuarenta higueras; y me ofreciste, además, cincuenta liños de cepas, cada uno de los cuales daba fruto en diversa época, pues hay aquí racimos de uvas de todas clases cuando los hacen madurar las estaciones que desde lo alto nos envía Zeus.

345 Así le dijo; y Laertes sintió desfallecer sus rodillas y su corazón, reconociendo las señales que Odiseo iba describiendo con tal certidumbre. Echó los brazos sobre su hijo; y el paciente divinal Odiseo trajo hacia sí al anciano, que se hallaba sin aliento. Y cuando Laertes tornó a respirar y volvió en su acuerdo, respondió con estas palabras:

351 *Laertes.*—¡Padre Zeus! Vosotros los dioses permanecéis aún en el vasto Olimpo, si es verdad que los pretendientes recibieron el castigo de su temeraria insolencia. Mas ahora teme mucho mi corazón que se reúnan y vengan muy pronto todos los itacenses, y que además envíen emisarios a todas las ciudades de los cefalenos.

356 Respondióle el ingenioso Odiseo:

357 *Odiseo.*—Cobra ánimo y no te den cuidado tales cosas. Pero vámonos a la casa que se halla próxima a este huerto, que allí envié a Telémaco, al boyero y al porquerizo para que cuanto antes nos aparejen la comida.

361 Pronunciadas estas palabras, encamináronse al hermoso casar. Cuando hubieron llegado a la cómoda mansión, hallaron a Telémaco, al boyero y al porquerizo ocupados en cortar mucha carne y en mezclar el negro vino.

365 Al punto la esclava siciliana lavó y ungió con aceite al magnánimo Laertes dentro de la casa, echándole después un hermoso manto sobre las espaldas; y Atenea se acercó e hizo que le crecieran los miembros al pastor de hombres, de suerte que se ostentase más alto y más grueso que anteriormente. Cuando salió del baño, admiróse su hijo de verle tan parecido a los inmortales númenes y le dirigió estas aladas palabras:

373 *Odiseo.*—¡Oh padre! Alguno de los sempiternos dioses ha mejorado a buen seguro tu aspecto y tu grandeza.

375 Contestóle el discreto Laertes:

376 *Laertes.*—Ojalá me hallase, ¡oh padre Zeus, Atenea, Apolo!, como cuando reinaba sobre los cefalenos y tomé a Nérico, ciudad bien construida, allá en la punta del continente: si, siendo tal, me hubiera hallado ayer en nuestra casa, con los hombros cubiertos por la armadura, a tu lado y rechazando a los pretendientes, yo les quebrara a muchos las rodillas en el palacio y tu alma se regocijara al contemplarlo.

Biblioteca Nacional de España

383 Así éstos conversaban. Cuando los demás terminaron la faena y dispusieron el banquete, sentáronse por orden en sillas y sillones. Y así que comenzaban a tomar los manjares, llegó el anciano Dolio con sus hijos—que venían cansados de tanto trabajar;—pues salió a llamarlos su madre, la vieja siciliana, que los había criado y que cuidaba al anciano con gran esmero desde que éste había llegado a la senectud. Tan pronto como vieron a Odiseo y lo reconocieron en su espíritu, paráronse atónitos dentro de la sala; y Odiseo les habló halagándolos con dulces palabras:

394 *Odiseo.*—¡Oh anciano! Siéntate a comer y cese tu asombro, porque mucho ha que, con harto deseo de echar mano a los manjares, os estábamos aguardando en esta sala.

397 Así se expresó. Dolio se fué derechamente a él con los brazos abiertos, tomó la mano de Odiseo, se la besó en la muñeca, y le dirigió estas aladas palabras:

400 *Dolio.*—¡Oh amigo! Como quiera que has vuelto a nosotros que anhelábamos tu venida—aunque ya perdíamos la esperanza—y los mismos dioses te han traído, salve, sé muy dichoso, y las deidades te concedan toda clase de venturas. Dime ahora la verdad de lo que te voy a preguntar, para que me entere: ¿la discreta Penelopea sabe ciertamente que has regresado, o convendrá enviarle un mensajero?

406 Respondióle el ingenioso Odiseo:

407 *Odiseo.*—¡Oh anciano! Ya lo sabe. ¿Qué necesidad hay de hacer lo que propones?

408 Así le habló; y Dolio fué a sentarse en su pulimentada silla. De igual manera se allegaron al ínclito Odiseo los hijos de Dolio, le saludaron con palabras, le tomaron las manos y se sentaron por orden cerca de su padre.

412 Mientras éstos comían allá en la casa, fué la Fama anunciando rápidamente por toda la ciudad la horrorosa muerte y el hado de los pretendientes. Al punto que los ciudadanos la oían, presentábanse todos en la mansión de Odiseo, unos por éste y otros por aquel lado, profiriendo voces y gemidos. Sacaron los muertos; y, después de enterrar cada cual a los suyos y de entregar los de otras ciudades a los pescadores para que los transportaran en veleras naves, encamináronse al ágora todos juntos, con el corazón triste. Cuando hubieron acudido y estuvieron congregados, levantóse Eupites a hablar, porque era intolerable la pena que sentía en el alma por su hijo Antínoo, que fué el primero a quien mató el divinal Odiseo. Y, derramando lágrimas, los arengó diciendo:

426 *Eupites.*—¡Oh amigos! Grande fué la obra que ese varón maquinó contra los aqueos: Llevóse a muchos y valientes hombres en sus naves y perdió las cóncavas naves y los hombres; y, al volver, ha muerto a los más señalados entre los cefalenos. Mas, ea, marchemos a su encuentro antes que se escape a Pilos o a la divina Élide, donde ejercen su dominio los epeos, para que no nos veamos perpetuamente confundidos. Afrentoso será que lleguen a enterarse de estas cosas los venideros; y, si no castigáramos a los matadores de nuestros hijos y de nuestros hermanos, no me fuera grata la vida y ojalá me muriese

Biblioteca Nacional de España

cuanto antes para estar con los difuntos. Pero vamos pronto: no sea que nos prevengan con la huida.

438 Así les dijo, vertiendo lágrimas; y movió a compasión a los aqueos todos. Mas en aquel punto presentáronse Medonte y el divinal aedo, que al despertar habían salido de la morada de Odiseo; pusiéronse en medio, y el asombro se apoderó de los circunstantes. Y el discreto Medonte les habló de esta manera:

443 *Medonte.*—Oídme ahora a mí, oh itacenses; pues no sin voluntad de los inmortales dioses ha ejecutado Odiseo tal hazaña. Yo mismo vi a un dios inmortal que se hallaba cerca de él y era en un todo semejante a Méntor. Este dios inmortal a las veces aparecía delante de Odiseo, a quien animaba; y a las veces, corriendo furioso por el palacio, introducía la confusión entre los pretendientes, que caían los unos en pos de los otros.

450 Así se expresó; y todos se sintieron poseídos del pálido temor. Seguidamente dirigióles el habla el anciano héroe Haliterses Mastórida, el único que conocía lo pasado y lo venidero. Éste, pues, les arengó con benevolencia, diciendo:

454 *Haliterses.*—Oíd ahora, oh itacenses, lo que os digo. Por vuestra culpable debilidad ocurrieron tales cosas, amigos: que nunca os dejasteis persuadir ni por mí, ni por Méntor, pastor de hombres, cuando os exhortábamos a poner término a las locuras de vuestros hijos; y éstos, con su pernicioso orgullo, cometieron una gran falta, devorando los bienes y ultrajando a la mujer de un varón eximio que se figuraban que ya no había de volver. Y al presente, ojalá se haga lo que os voy a decir. Creedme a mí: no vayamos; no sea que alguien halle el mal que se habrá buscado.

463 Así les dijo. Levantáronse con gran clamoreo más de la mitad; y los restantes, que se quedaron allí porque no les agradó la arenga y en cambio los persuadió Eupites, corrieron muy pronto a tomar las armas. Apenas se hubieron revestido de luciente bronce, juntáronse en denso grupo fuera de la espaciosa ciudad. Y Eupites tomó el mando, dejándose llevar por su simpleza: pensaba vengar la muerte de su hijo y no había de volver a la población, porque estaba dispuesto que allá le alcanzase el hado.

472 Mientras esto ocurría, dijo Atenea a Zeus Cronida:

473 *Atenea.*—¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los que imperan! Responde a lo que voy a preguntarte. ¿Cuál es el intento que interiormente has formado? ¿Llevarás a efecto la perniciosa guerra y el horrible combate, o pondrás amistad entre unos y otros?

477 Contestóle Zeus, que amontona las nubes:

478 *Zeus.*—¡Hija mía! ¿Por qué inquieres y preguntas tales cosas? ¿No formaste tú misma ese proyecto: que Odiseo, al volver a su tierra, se vengaría de aquéllos? Haz ahora cuanto te plazca; mas yo te diré lo que es oportuno. Puesto que el divinal Odiseo se ha vengado de los pretendientes, inmólense víctimas y préstense juramentos de mutua fidelidad; tenga aquél siempre su reinado en Ítaca; hagamos que se olvide la matanza de los hijos y de los hermanos; ámense los unos a los otros, como anteriormente; y haya paz y riqueza en gran abundancia.

Biblioteca Nacional de España

487 Con tales palabras instigóle a hacer lo que ella deseaba; y Atenea bajó presurosa de las cumbres del Olimpo.

489 Cuando los de la casa de Laertes hubieron satisfecho el apetito con la agradable comida, el paciente divinal Odiseo rompió el silencio para decirles:

491 *Odiseo.*—Salga alguno a mirar: no sea que ya estén cerca los que vienen.

492 Así dijo. Salió uno de los hijos de Dolio, cumpliendo lo mandado por Odiseo; detúvose en el umbral, y, al verlos a todos ya muy próximos, dirigió al héroe estas aladas palabras:

495 *El hijo de Dolio.*—Ya están cerca; armémonos cuanto antes.

496 Así dijo. Levantáronse y vistieron la armadura los cuatro con Odiseo, los seis hijos de Dolio y además, aunque ya estaban canosos, Laertes y Dolio, pues la necesidad les obligó a ser guerreros. Y cuando se hubieron revestido de luciente bronce, abrieron la puerta y salieron de la casa, precedidos por Odiseo.

502 En aquel instante se les acercó Atenea, hija de Zeus, que había tomado la figura y la voz de Méntor. El paciente y divinal Odiseo se alegró de verla y al punto dijo a Telémaco, su hijo amado:

506 *Odiseo.*—¡Telémaco! Ahora que vas a la pelea, donde se señalan los más eximios, procura no afrentar el linaje de tus mayores; pues en ser esforzados y valientes hemos descollado todos sobre la haz de la tierra.

510 Respondióle el prudente Telémaco:

511 *Telémaco.*—Verás, si quieres, padre amado, que con el ánimo que tengo no afrentaré tu linaje como dices.

513 Así se expresó. Holgóse Laertes y dijo estas palabras:

514 *Laertes.*—¡Qué día éste para mí, amados dioses! ¡Cuán grande es mi júbilo! ¡Mi hijo y mi nieto se las apuestan en ser valientes!

516 Entonces Atenea, la de ojos de lechuza, se detuvo junto a él y hablóle en estos términos:

517 *Atenea.*—¡Oh Arcesíada, el más caro de todos mis amigos! Eleva tus preces a la doncella de ojos de lechuza y al padre Zeus, y acto continuo blande y arroja la ingente lanza.

520 Diciendo así, infundióle gran valor Palas Atenea. Al punto elevó sus preces a la hija del gran Zeus, blandió y arrojó la ingente lanza, e hirió a Eupites por entre el casco de broncíneas carrilleras, que no logró detener el arma, pues fué atravesado por el bronce. Eupites cayó con estrépito y sus armas resonaron. Odiseo y su ilustre hijo se habían arrojado a los enemigos que iban delante, y heríanlos con espadas y lanzas de doble filo. Y a todos los mataran, privándoles de volver a sus hogares, si Atenea, la hija de Zeus, que lleva la égida, no hubiese alzado su voz y detenido a todo el pueblo:

531 *Atenea.*—¡Dejad la terrible pelea, oh itacenses, para que os separéis en seguida sin derramar más sangre!

533 Así dijo Atenea; y todos se sintieron poseídos del pálido temor. No bien se oyó la voz de la deidad, las armas volaron de las manos y cayeron en tierra; y los itacenses, deseosos de conservar la vida, se volvieron hacia la población. El paciente divinal Odiseo gritó horriblemente y, encogiéndose, lan-

Biblioteca Nacional de España

zóse a perseguirlos como un águila de alto vuelo. Mas el Cronida despidió un ardiente rayo, que fué a caer ante la diosa de ojos de lechuza, hija del prepotente padre. Y entonces Atenea, la de ojos de lechuza, dijo a Odiseo:

542 *Atenea.*—¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Odiseo, fecundo en ardides! Tente y haz que termine esta lucha, este combate igualmente funesto para todos: no sea que el largovidente Zeus Cronida se enoje contigo.

545 Así habló Atenea; y Odiseo, muy alegre en su ánimo, cumplió la orden. Y luego hizo que juraran la paz entrambas partes la propia Palas Atenea, hija de Zeus que lleva la égida, que había tomado el aspecto y la voz de Méntor.

FIN DE LA «ODISEA»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

HIMNOS Ó PROEMIOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

FRAGMENTOS DEL HIMNO A DIÓNISO

NOS dicen que Semele, habiéndote concebido de Zeus que se complace en el rayo, te dió a luz en Drácano; otros, que en la ventosa Ícaro; otros, que en Naxos, oh retoño divino, Irafiota; otros, que junto al río Alfeo de profundos remolinos; y otros afirman, oh soberano, que naciste en Tebas. Pero mienten todos, que a ti te dió a luz el padre de los hombres y de los dioses, lejos de los humanos, escondiéndose de Hera, la de níveos brazos. Hay una montaña, Nisa, de gran altura, cubierta de bosque, situada lejos de Fenicia y cerca de la corriente del Egipto. . . . . .

. . . . . .

Y le erigirán muchas estatuas en los templos. Como lo dividió en tres partes, los hombres te ofrecen constantemente, cada tres años, perfectas hecatombes.

Dijo, y el Cronión bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremecióse el dilatado Olimpo (1).

Así habiendo hablado, lo ratificó con la cabeza el próvido Zeus.

Sénos propicio, Irafiota, apasionado por las mujeres; los aedos te cantamos al empezar y al terminar; y no es posible acordarse del sagrado canto y olvidarse de ti.

Y así, salve tú, oh Dióniso Irafiota, con tu madre Semele, a quien llaman Tiona.

II

A DEMÉTER

A Deméter de hermosa cabellera, veneranda diosa, comienzo a cantar; a ella y a su hija de anchos tobillos, que fué raptada por Aidoneo—por concesión del tonante largovidente Zeus y a hurto de Deméter, la de áurea hoz y espléndidos frutos—mientras jugaba con las hijas del Océano, las de profunda cintura, y cogía flores en un blando prado, a saber: rosas, azafrán, hermosas violetas, espadillas, jacintos y aquel narciso que la Tierra produjo tan admi-

(1) Versos iguales a los que se leen en la *Ilíada*, I, 528 a 530.

Biblioteca Nacional de España

rablemente lozano, por la voluntad de Zeus, con el fin de engañar a la doncella de cutis de rosa y complacer a Hades que a muchos recibe; y al verlo se asombraron así los inmortales dioses como los mortales hombres. Cien capullos brotaron de su raíz y, al esparcirse su olor suavísimo, sonreían todo el alto y anchuroso cielo, la tierra entera y la hinchada y salobre agua del mar. Ella, admirada, tendió los brazos para coger el hermoso juguete; pero entonces se abrió la tierra, de anchos caminos, en la llanura nisia, y surgió el soberano Polidegmón, hijo famoso de Cronos, llevado por sus corceles inmortales. Y arrebatándola contra su voluntad en carro de oro, se la llevó mientras lloraba y gritaba con aguda voz, invocando a su padre Cronida altísimo y poderosísimo. Pero ninguno de los inmortales ni de los mortales hombres escuchó su voz, ni tampoco sus compañeras (1) de espléndidas muñecas: sino que solamente la oyeron la hija de Perseo, la de tiernos pensamientos, desde su cueva, Hécate, la de luciente diadema, y el soberano Sol, hijo de Hiperión, cuando la doncella invocaba a su padre Cronida; pues éste se hallaba, lejos de los dioses, en un templo de muchos suplicantes, donde recibía hermosos sacrificios de los mortales hombres. Contra su voluntad, pues, por el consejo de Zeus, se la llevó su tío paterno con los caballos inmortales, aquél que sobre muchos impera y a muchos recibe, el hijo famoso de Cronos. Mientras la diosa no perdió de vista la tierra, el cielo estrellado, el impetuoso oleaje del ponto abundante en peces y los rayos del sol, aún confiaba que vería a su augusta madre y las familias de los sempiternos dioses; y entre tanto la esperanza acariciaba su gran ánimo, aunque estuviese afligida: su voz divina resonaba en las cumbres de las montañas y en las profundidades del ponto, y la oyó la veneranda madre. Sintió ésta que un agudo dolor le traspasaba el corazón, destrozó con sus manos la cinta que sujetaba su cabellera inmortal, echóse sobre los hombros un cerúleo manto, y salió presurosa, como un ave, a indagar por tierra y por mar; pero ninguno de los dioses ni de los mortales hombres quiso revelarle la verdad, ni ave alguna se le presentó como verídico mensajero. Durante nueve días vagó por la tierra la veneranda Deo, que llevaba teas encendidas en sus manos; y, angustiada, ni una sola vez probó la ambrosía ni la suave bebida del néctar, ni metió su cuerpo en el baño. Mas cuando le apareció por décima vez la resplandeciente Aurora, salió a su encuentro Hécate con una luz en la mano y, para darle noticias, le dirigió la palabra diciendo:

54 *Hécate.*—¡Veneranda Deméter, que nos traes los frutos a su tiempo y nos haces espléndidos dones! ¿Cuál de los númenes celestiales o de los mortales hombres te robó a Perséfone, contristando tu corazón? Oí sus gritos, pero no vi con mis ojos quién fuese el raptor. Me apresuro a decirte toda la verdad.

59 Así habló Hécate. Y la hija de Rea, la de hermosa cabellera, no le contestó con palabras; sino que al punto echó a correr con ella, llevando teas encendidas en sus manos. Y llegándose al Sol, atalaya de dioses y hombres, se detuvieron ambas ante sus corceles y preguntó la divina entre las diosas:

64 *Deméter.*—¡Oh Sol! Hónrame a mí que soy diosa, si alguna vez he re-

(1) Aceptamos la corrección de Runhken leyendo ἑταῖραι, compañeras, en vez de ἐλαῖαι, olivos.

Biblioteca Nacional de España

gocijado con palabras u obras tu corazón y tu ánimo; y también a la hija que di a luz, dulce retoño, famosa por su hermosura, cuya voz de angustia he oído a través del éter, cual si fuese violentada, aunque no lo vi con mis ojos. Pero tú, que con tus rayos contemplas desde el divino éter toda la tierra y el ponto, dime sinceramente, si es que en alguna parte viste a mi hija amada, cuál de los dioses o de los mortales hombres se la ha llevado, cogiéndola a viva fuerza, contra su voluntad y durante mi ausencia.

74 Así dijo. Y el Hiperiónida le respondió con estas palabras:

75 *El Sol.*—¡Hija de Rea, la de hermosa cabellera, soberana Deméter! Tú lo sabrás, pues te venero mucho y me apiado de ti al verte acongojada a causa de tu hija de hermosos tobillos: ninguno de los inmortales es culpable sino Zeus, que amontona las nubes, el cual se la dió a Hades, su propio hermano, para que la llamara su floreciente esposa; y Hades, raptándola, se la llevó en su carro a la obscuridad tenebrosa, mientras ella profería recios gritos. Pero, oh diosa, cese tu gran llanto: ninguna precisión tienes de sentir sin motivo esa cólera insaciable, pues no es un yerno indigno de ti, ante los inmortales, tu propio hermano Aidoneo que sobre muchos impera y es de tu mismo linaje; a quien le cupo en suerte, cuando en un principio se efectuó la división en tres partes, ser señor de aquellos entre los cuales mora.

88 Habiendo hablado así, gritó a los caballos; y éstos, con la increpación, arrastraron rápidamente el veloz carro con las alas extendidas a manera de aves; mientras a ella un pesar más terrible y más cruel le llegaba al alma. Irritada contra el Cronida, el de las sombrías nubes, desamparó el ágora de los dioses y el vasto Olimpo y se fué hacia las ciudades y los pingües cultivos de los hombres, afeando su figura durante mucho tiempo: ninguno de los hombres ni de las mujeres de profunda cintura la reconoció al contemplarla, hasta que llegó a la morada del belicoso Celeo, que entonces era rey de la perfumada Eleusis. Afligida en su corazón, sentóse cercá del camino, en el pozo Partenio, adonde iban por agua los ciudadanos, a la sombra, pues en su parte alta había brotado un frondoso olivo: semejaba una vieja nacida antaño que ya no es apta para dar a luz ni para gozar de los presentes de Afrodita, amante de las coronas, cuales son las mujeres que se dedican a criar los hijos de los reyes que administran justicia o tienen el cargo de despenseras de los palacios sonoros. Viéronla las hijas de Celeo Eleusínida que venían por agua, fácil de sacar, para llevarla en vasijas de bronce al palacio de su padre; eran cuatro, tales como diosas, en la flor de la juventud: Calídice, Clisídice, Demo la amable, y Calítoe, la mayor de todas; y no la conocieron, pues los dioses difícilmente se dejan ver de los mortales. Y acercándose a ella, le dijeron estas aladas palabras:

113 *Las hijas de Celeo.*—¿Quién y de dónde eres, anciana que naciste con los hombres de antaño? ¿Por qué permaneces lejos de la ciudad y no te acercas a sus casas? Allí, en los umbríos palacios, hay mujeres tan viejas como tú y otras más jóvenes que te acogerán con palabras y acciones benévolas.

118 Así dijeron. Y la veneranda entre las diosas les respondió con estas palabras:

Biblioteca Nacional de España

119 *Deméter.*—¡Hijas amadas, cualesquiera que seáis de las débiles mujeres, salud! Yo os hablaré, que no es inconveniente revelaros la verdad a vosotras que venís a hablarme. Mi nombre es Doso, que tal fué el que me impuso mi veneranda madre. Ahora he venido de Creta, sin que yo lo deseara, por el ancho dorso del mar; pues unos piratas se me llevaron fatal y violentamente, contra mi voluntad. Éstos, yendo en su nave veloz, aportaron a Tórico, donde las mujeres saltaron juntas a tierra, mientras ellos disponían la cena junto a las amarras del buque; pero mi ánimo no apetecía la agradable cena, y lanzándome secretamente por la obscura tierra, huí de mis soberbios señores para que no me vendieran—¡a mí, que nada les había costado!—y se lucraran con el precio. De esta manera, errante, vine aquí; y no sé qué tierra es ésta, ni quiénes la habitan. A vosotras, todos los que poseen olímpicas mansiones os concedan alcanzar juveniles maridos y tener hijos cuales los desean los padres; pero, apiadaos de mí, doncellas, sedme benévolas, hijas amadas, hasta que entre en la casa de unos esposos para trabajar gustosamente por ellos, haciéndoles cuantas faenas son propias de una mujer anciana: podría llevar en brazos y criar con esmero un niño recién nacido, guardar la casa, aparejar el lecho de los señores en lo más recóndito de la sólida habitación, y enseñar labores a las mujeres.

145 Así habló la deidad. Y al momento le respondió Calídice, doncella libre aún y la más hermosa de las hijas de Celeo:

147 *Calídice.*—¡Ama! Lo que nos deparan los dioses hemos de sufrirlo necesariamente los humanos, aunque estemos afligidos; pues aquéllos nos aventajan mucho en poder. Pero voy a informarte claramente de esas cosas y a nombrarte los varones en quienes reside aquí la honra del supremo mando; los cuales sobresalen en el pueblo y defienden las almenas de la ciudad con sus consejos y rectos fallos. Las esposas de todos éstos—del prudente Triptólemo, de Dioclo, de Polixeno, del irreprensible Eumolpo, de Dólico, y de nuestro esforzado padre—llevan el gobierno de sus moradas; y ninguna, en cuanto te vea, te alejará de su casa, menospreciando tu aspecto; sino que todas te admitirán, pues eres semejante a una diosa. Y, si quieres, aguarda, mientras nos llegamos a la morada de nuestro padre y referimos detalladamente todas estas cosas a nuestra madre Metanira, la de profunda cintura, por si acaso te manda que vayas a nuestra casa y no busques las de los demás. Pues le ha nacido en la vejez el último hijo muy deseado y recibido con júbilo, el cual se le cría en el palacio bien construido. Si lo criaras tú, y él llegara a la época de la pubertad, cualquiera de las débiles mujeres te envidiaría al verte: tan grande recompensa te daría por la crianza.

169 Así dijo, y ella asintió con la cabeza. Las doncellas llenaron de agua las resplandecientes vasijas y se las llevaron ufanamente. Presto llegaron a la espaciosa morada de su padre y al momento contaron a su madre lo que habían visto y oído, y ésta les mandó que fueran en seguida a llamarla, ofreciéndole un inmenso salario. Como las ciervas o las becerras retozan por el prado en la estación primaveral, después de saciarse de forraje; así las doncellas, cogiéndose los pliegues de sus lindos velos, se lanzaron por el cóncavo camino

Biblioteca Nacional de España

de carros, y alrededor de sus hombros flotaban las cabelleras que parecían flores de azafrán. Hallaron a la gloriosa deidad cerca del camino, donde antes la dejaran; y acto continuo la condujeron a la grata mansión de su padre: ella seguía detrás, acongojada en su corazón y cubierta desde la cabeza; y el cerúleo peplo ondulaba en torno de los ágiles pies de la diosa. Pronto llegaron a la morada de Celeo, alumno de Zeus, y penetraron en el pórtico donde la veneranda madre estaba sentada, cerca de la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con el niño, su nuevo retoño, en el regazo. Las doncellas corrieron hacia su madre y la diosa transpuso con sus pies el umbral, rozó con su cabeza la viga del techo y llenó las puertas de un resplandor divino. El respeto, la admiración y el pálido temor se apoderaron de Metanira, que le cedió el asiento y la invitó a sentarse. Pero Deméter, que nos trae los frutos a su tiempo y nos hace espléndidos dones, no quiso sentarse en el vistoso sillón, sino que permaneció callada y con los bellos ojos hincados en tierra, hasta que Yambe, la de castos pensamientos, puso para ella una fuerte silla que cubrió con blanca pelleja. Habiéndose sentado allí, con sus manos se echó el velo: largo tiempo estuvo sentada en la silla, sin voz, afligida, sin dirigirse a nadie ni con palabras ni con acciones; y así, sin reírse y en ayunas de comida y de bebida, continuó sentada consumiéndose por la soledad de su hija de profunda cintura, hasta que Yambe, la de castos pensamientos, bromeando mucho, movió con sus chistes a la casta señora a sonreír, a reír y a tener alegre ánimo; por lo cual, en adelante, le fué siempre grata por sus modales. Entonces Metanira le presentó la copa que había llenado de dulce vino; pero ella la rehusó—alegando que no le era lícito tomar el rojo vino—y mandó que le diera para beber harina y agua mezcladas con poleo tierno. Aquélla preparó la mixtura y se la ofreció a la diosa, como ésta lo ordenara; y la muy venerable Deo, habiéndola aceptado de conformidad con el rito. . . . . .

. . . . . .

y entre ellas Metanira, de profunda cintura, comenzó a decir:

213 *Metanira.*—Salve, mujer, pues no creo que tus padres sean viles, sino nobles: el pudor y la gracia brillan en tus ojos como si descendieras de reyes que administran justicia. Lo que nos deparan los dioses hemos de sufrirlo necesariamente los humanos, pues su yugo está sobre nuestro cuello. Ahora, puesto que has venido acá, tendrás cuanto tengo yo misma. Críame este niño que los inmortales me han dado tardía e inesperadamente, después de reiteradas súplicas. Si tú lo criaras y él llegara a la época de la pubertad, cualquiera de las débiles mujeres te envidiaría al verte: tan grande recompensa te daría por la crianza.

224 Respondióle a su vez Deméter, la de bella corona:

225 *Deméter.*—Salve también tú y mucho, oh mujer, y que los dioses te colmen de bienes. Gustosa recibiré tu hijo, como me lo mandas, y lo criaré; y espero que nunca lo dañará ningún sortilegio ni el hipotamno (1), por impru-

(1) Hierba que se cortaba para confeccionar brebajes mágicos (ὑποταμνόν, de ὑπό, por abajo, y τέμνειν, cortar).

Biblioteca Nacional de España

dencias del ama, pues conozco un antídoto mucho mejor que el hilótomo (1) y sé un remedio excelente contra el funestísimo sortilegio.

231 Habiendo hablado así, cogió con sus manos inmortales al niño y se lo puso en el fragante seno; y la madre se alegró en su corazón. Así ella criaba en el palacio al hijo ilustre del prudente Celeo, Demofoonte, a quien había dado a luz Metanira, la de bella cintura; y el niño crecía, semejante a un dios, sin comer pan ni mamar la leche de su madre. Deméter lo frotaba con ambrosía, cual si fuese hijo de una deidad, soplándolo suavemente y llevándolo en el seno; y por la noche lo ocultaba en el ardor del fuego, como un tizón, a escondidas de sus padres, para los cuales era gran maravilla que creciera tan floreciente y con un aspecto tan parecido al de las deidades. Y así le hubiera librado de la vejez y de la muerte; pero, espiándola durante la noche, lo vió desde la cámara nupcial Metanira, la de hermosa cintura; la cual sollozó, se golpeó ambos muslos, temiendo por su hijo, y cometió una gran falta en su corazón, pues, lamentándose, dijo estas aladas palabras:

248 *Metanira.*—¡Hijo Demofoonte! La forastera te esconde en un gran fuego, y me causa llanto y funestos pesares.

250 Así dijo gimiendo; y la oyó la divina entre las diosas. Irritada contra ella, Deméter, la de bella corona, sacó del fuego al niño amado, al que inesperadamente había dado a luz Metanira en el palacio, y con sus manos inmortales lo apartó de sí, dejándolo en el suelo. Y terriblemente enojada en su ánimo, dijo al mismo tiempo a Metanira, la de hermosa cintura:

256 *Deméter.*—¡Hombres ignorantes y sin juicio para prever el bien o el mal que el hado nos ha de traer! También tú, con tus imprudencias, has cometido una falta grandísima. Sépalo, pues, el agua implacable de la Estix, juramento de los dioses: hubiera librado de la muerte y de la vejez por todos los días a tu hijo amado, otorgándole imperecedero honor; y ahora ya no le será posible evitar la muerte y las Parcas. Mas el imperecedero honor le acompañará siempre, porque subió a mis rodillas y durmió en mis brazos. Cuando, transcurriendo los años, llegue a la edad madura (2), los hijos de los eleusinios trabarán mutuos combates y terribles luchas todos los días. Yo soy la venerada Deméter, que representa la mayor utilidad y alegría así para los inmortales como para los mortales. Mas, ea, lábreme todo el pueblo un gran templo con su altar al pie de la ciudad y de su alto muro, sobre el Calícoro, en la prominente colina; y yo, en persona, os enseñaré los misterios para que luego aplaquéis mi mente con santos sacrificios.

275 Habiendo hablado así, la diosa mudó de estatura y forma, arrojó la vejez y espiró belleza por todas partes: sus perfumados peplos esparcieron agradable olor, brilló hasta lejos la claridad que despedía el cuerpo inmortal de la diosa, flotaron sobre sus hombros los rubios cabellos, y la sólida casa se llenó de un resplandor parecido al relámpago. Entonces salió de la sala, y al punto desfallecieron las rodillas de Metanira, que estuvo largo tiempo sin voz y sin

(1) Antídoto formado por hierbas cortadas en el bosque (ὑλότομον = cortado en el bosque: de ὕλη, bosque, y τέμνω, cortar).

(2) Aceptamos la corrección de Fonteinius, leyendo τοῦγε en vez de τῷ γε.

Biblioteca Nacional de España

acordarse en absoluto del hijo que le había nacido en la vejez, para levantarlo del suelo. Pero la voz lastimera del niño fué oída por sus hermanas, que saltaron de los lechos de hermosas colchas: una de ellas levantó al infante con sus manos y se lo puso en el seno, otra encendió fuego, y otra acudió ligera moviendo las tiernas plantas para que su madre se alzara del flagrante tálamo. Reunidas alrededor del niño, que estaba palpitando, lo lavaron y acariciaron; pero no se le aquietó el ánimo, porque lo tenían unas amas y nodrizas muy inferiores.

292 Éstas, temblando de miedo, apaciguaron durante toda la noche la gloriosa deidad; y, al descubrirse la aurora, refirieron verazmente al poderoso Celeo lo que había mandado la diosa Deméter, la de bella corona. Celeo, habiendo convocado al numeroso pueblo para que se reuniera en el ágora, ordenó que se erigiera un rico templo y un altar a Deméter, la de hermosa cabellera, en la prominente colina. Muy pronto le obedecieron, escucháronle atentos mientras les hablaba y, tal como se lo mandó, labraron un templo que fué creciendo por la voluntad de la diosa. Después que lo acabaron y cesaron de trabajar, se fueron para volver a sus respectivas casas; y la blonda Deméter se estableció en él y allí se quedó, lejos de los bienaventurados todos, carcomiéndose de la soledad que sentía por su hija, la de profunda cintura. E hizo que sobre la fértil tierra fuese aquel año muy terrible y cruel para los hombres; y el suelo no produjo ninguna semilla, pues las escondía Deméter, la de bella corona. En vano arrastraron los bueyes muchos corvos arados por los campos e inútilmente cayó en abundancia la blanquecina cebada sobre la tierra. Y hubiera perecido por completo el linaje de los hombres dotados de palabra a causa del hambre feroz, privándose a los que poseen olímpicas moradas del honor de las ofrendas y de los sacrificios, si Zeus no lo hubiese notado y considerado en su ánimo. Primeramente incitó a Iris, la de áureas alas, a que llamara a Deméter, la de hermosa cabellera y aspecto amabilísimo. Así se lo recomendó; y ella, obedeciendo a Zeus Cronión, el de las negras nubes, recorrió velozmente con sus pies el espacio intermedio. Llegó a la perfumada ciudad de Eleusis, halló en el templo a Deméter, la del cerúleo peplo, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

321 *Iris.*—¡Deméter! Te llama el padre Zeus, conocedor de lo eterno, para que vayas a do están las familias de los sempiternos dioses. Ve, pues, y no sea ineficaz mi palabra que procede de Zeus.

324 Así dijo, rogando; pero el ánimo de aquélla no se dejó persuadir. Seguidamente Zeus le fué enviando todos los sempiternos bienaventurados dioses, y éstos se le presentaban unos en pos de otros, y la llamaban y le ofrecían muchos y hermosísimos dones y las honras que ella quisiera entre los inmortales dioses; pero ninguno pudo persuadir la mente y el pensamiento de la que estaba irritada en su corazón y rechazaba obstinadamente las razones. Porque afirmaba que no subiría al perfumado Olimpo ni permitiría que saliesen frutos de la tierra hasta que con sus ojos viera a su hija, la de lindos ojos.

334 Cuando esto supo el tonante largovidente Zeus, envió al Érebo al Argifontes, el de la áurea varita, para que, exhortando a Hades con suaves palabras, sacara a la casta Persefonea de la obscuridad tenebrosa y la llevara a la

Biblioteca Nacional de España

luz, a los dioses, con el fin de que la madre la viera con sus ojos y depusiera la cólera. Hermes no desobedeció; sino que, dejando su morada del Olimpo, se echó veloz a las profundidades de la tierra. Y halló a aquel rey, que estaba dentro de su casa, sentado en un lecho con su veneranda esposa; y a ésta, muy contrariada por la soledad de su madre, que a lo lejos revolvía en su mente algo contrario a los intereses de los bienaventurados dioses. Y, en llegando a su presencia, dijo el poderoso Argifontes:

347 *Hermes.*—¡Hades de cerúlea cabellera, que reinas sobre los muertos! Padre Zeus me manda sacar del Érebo la gloriosa Persefonea y llevársela a ellos; a fin de que la madre, viéndola con sus ojos, deponga la ira y la terrible cólera contra los inmortales. Porque ella maquina este grave propósito: destruir la débil raza de los terrígenas hombres, escondiendo la semilla dentro de la tierra y acabando así con los honores de los inmortales. Y, encendida en terrible cólera, no se junta con los dioses; sino que se sienta aparte, dentro de un perfumado templo, imperando sobre la escarpada ciudad de Eleusis.

357 Así dijo. Sonrióse, moviendo las cejas, el rey de los infiernos, Aidoneo, y no desobedeció el mandato del soberano Zeus; pues en seguida dió esta orden a la prudente Persefonea:

359 *Hades.*—Ve, Perséfone, con ánimo y corazón apacibles, a encontrar a tu madre de cerúleo peplo; y no te acongojes en demasía, ni mucho más de lo que se acongojaría otro cualquiera. Hermano como soy de tu padre Zeus, no seré un esposo indigno de ti, entre los inmortales; y tú, quedándote aquí, serás dueña de cuanto vive y se mueve, y disfrutarás de las mayores honras entre los dioses. Y habrá siempre, todos los días, una pena señalada para los delincuentes, que no aplacaren tu ánimo con sacrificios, ofrendándotelos santamente y ofreciéndote los debidos presentes.

370 Así dijo. Alegróse la prudente Persefonea y en seguida saltó de júbilo; mas él, atrayéndola a sí, le dió a comer misteriosamente un dulce grano de granada, para que no se quedase siempre allá, al lado de la veneranda Deméter, de cerúleo peplo. Acto continuo Aidoneo, que sobre muchos impera, enganchó los inmortales corceles a la parte delantera y baja del áureo carro; subió aquélla; y el poderoso Argifontes, puesto a su lado, tomó en sus manos las riendas y el látigo y aguijó a los caballos hacia el exterior de la casa; y ellos volaron gozosos. Con gran rapidez acabaron el largo camino; y ni el mar, ni el agua de los ríos, ni los valles herbosos, ni las cumbres contuvieron el ímpetu de los corceles inmortales; sino que éstos, pasando por cima, cortaban el denso aire mientras andaban. Hermes, que guiaba el carro, lo paró delante del perfumado templo donde residía Deméter, la de bella corona, y ésta, al advertirlo, salió corriendo como una ménade que baja por una montaña cubierta de bosque. Perséfone, a su vez, en cuanto vió los bellos ojos de su madre, dejando el carro y los caballos, saltó, se puso a correr y echándose a su cuello la abrazó. Mas a Deméter, cuando aún tenía entre sus brazos la hija amada, el corazón le presagió algún engaño y la hizo temblar horriblemente. Y dejando de acariciar a su hija, la interrogó con estas palabras:

393 *Deméter.*—¡Oh hija! ¿Por ventura es cierto que, estando abajo, no pro-

Biblioteca Nacional de España

baste ningún manjar? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambas lo sepamos. Si así fuere, habiendo subido de junto al odioso Hades, morarás desde ahora conmigo y con el padre Cronión, el de las obscuras nubes, honrada por todos los inmortales. Pero si no, volarás de nuevo a las profundidades de la tierra y habitarás allí la tercera parte de las estaciones del año, y las otras dos conmigo y con los demás inmortales. Cuando la tierra lozanee con toda suerte de olorosas flores primaverales, ascenderás nuevamente de la obscuridad tenebrosa, como un prodigio para los dioses y los mortales hombres. Mas, ¿con qué fraude te engañó el poderoso Polidegmón?

405 Respondióle a su vez la hermosísima Perséfone:

406 *Persefonea.*—Pues yo te diré, oh madre, toda la verdad. Cuando se me presentó el benéfico Hermes, nuncio veloz, de parte del padre Cronión y de los demás dioses celestiales, para sacarme del Érebo, a fin de que, viéndome con tus ojos, pusieras término a tu ira y a tu terrible cólera, en seguida salté de júbilo; mas él me hizo tragar misteriosamente un grano de granada, dulce alimento, y contra mi voluntad y a la fuerza me obligó a gustarlo. Diré ahora cómo, habiéndome raptado por oculto designio del Cronida, mi padre, fué a llevarme a las profundidades de la tierra; y te lo referiré todo, conforme lo pides. Todas nosotras—Leucipe, Feno, Electra, Yante, Melita, Yaque, Rodía, Calirroe, Melóbosis, Tique, Ocírroe de cutis de rosa, Criseida, Yanira, Acaste, Admeta, Ródope, Pluto, la deseable Calipso, Estix, Urania, Galaxaura amable, Palas, que aviva el combate, y Ártemis, que se complace en las flechas—jugábamos en el ameno prado y cogíamos con nuestras manos agradables flores, mezclando el tierno azafrán, las espadillas y el jacinto, y los capullos de rosa y los lirios—¡encanto de la vista!—y aquel narciso que produjo la vasta tierra cual si fuese azafrán. Y mientras yo las cogía con alborozo, abrióse la tierra y de ella salió el poderoso rey Polidegmón; y se me llevó a mí, muy contrariada, adentro de la tierra en su carro de oro; y yo gritaba con recia voz. Todas estas cosas que te cuento, aunque estoy angustiada, son verdaderas.

434 Así entonces, dotadas una y otra de iguales sentimientos, alegraban durante todo el día su corazón y su ánimo, abrazándose con ternura; y su espíritu descansaba de los pesares. Ambas, pues, se causaban y recibían mutuos gozos. Acercóseles Hécate, la de luciente diadema, y abrazó muchas veces a la hija de la casta Deméter, cuya servidora y compañera fué de allí en adelante dicha reina. Mas el tonante largovidente Zeus envióles como mensajera a Rea, la de hermosa diadema, para que las hiciera volver a las familias de las deidades; prometió dar a Deméter las honras que ella quisiera entre los inmortales dioses; y asintió con la cabeza a que, en el transcurso del año, su hija pasara un tercio del tiempo en la obscuridad tenebrosa y los otros dos con su madre y los demás inmortales.

448 Así dijo; y la diosa no desobedeció el mandato de Zeus. Lanzóse veloz desde las cimas del Olimpo y llegó a Rario, que anteriormente había sido ubre fecunda de la tierra; que entonces no era fértil, pues se hallaba inactiva y sin hojas, y escondía la blanquecina cebada por decisión de Deméter, la de hermosos tobillos; y que luego, entrada ya la primavera, había de cubrirse

Biblioteca Nacional de España

rápidamente de largas espigas, y los pingües surcos del suelo cargarse de mieses, y éstas ser atadas en manojos. Allí fué donde primero descendió Rea desde el éter estéril. Viéronse las diosas y se regocijaron en su corazón. Y Rea, la de luciente diadema, dijo así a Deméter:

460 *Rea.*—¡Ven acá, hija! Te llama el tonante largovidente Zeus para que vayas a las familias de las deidades; prometió darte las honras que quisieras entre los inmortales dioses; y asintió con la cabeza a que, en el transcurso del año, tu hija pase un tercio del tiempo en la obscuridad tenebrosa y los otros dos contigo y con los demás inmortales. Así dijo que se cumpliría y lo ratificó con un movimiento de su cabeza. Mas ve, hija mía, y obedece. No te irrites demasiada e incesantemente contra el Cronión, el de las sombrías nubes, y haz que crezcan rápidamente los frutos de que viven los hombres.

470 Así dijo; y no desobedeció Deméter, la de bella corona, que en seguida hizo salir fruto de los fértiles campos. Toda la ancha tierra se cargó de hojas y flores; y la diosa fué a mostrar a los reyes que administran justicia—a Triptólemo, a Diocles, domador de caballos; al fuerte Eumolpo y a Celeo, caudillo de pueblos—el ministerio de las cosas sagradas; y a todos—a Triptólemo, a Polixeno y además a Diocles—les explicó los venerandos misterios, que no es lícito descuidar, ni escudriñar, ni revelar, pues el gran respeto a los dioses corta la voz. Dichoso, entre los hombres terrestres, el que los ha contemplado; pues el no iniciado en estos misterios, el que de ellos no participa, no alcanza jamás una suerte como la de aquél, ni aun, después de muerto, en la obscuridad tenebrosa.

485 Mas después que la divina entre las deidades dió a conocer todas estas cosas, partieron ambas para dirigirse al Olimpo, a la junta de los demás dioses. Allí moran, augustas y venerables, junto a Zeus que se complace en el rayo. Muy dichoso es, entre los hombres terrestres, aquel a quien ellas aman benévolamente; pues en seguida le envían a su gran casa, como protector del hogar, a Pluto, que procura la riqueza a los mortales hombres.

490 Mas, ea, tú que posees el pueblo de la perfumada Eleusis, y Paros, cercada por las olas, y Antrón rocosa; oh venerable, que nos haces espléndidos dones y nos traes los frutos a su tiempo, soberana Deo; tú y tu hija, la muy hermosa Persefonea: dadme, benévolas, una vida agradable como recompensa de este canto. Y yo me acordaré de ti y de otro canto.

III

A APOLO

1 Me acordaré y nunca me he de olvidar de Apolo, el que hiere de lejos, a quien temen los mismos dioses cuando anda por la morada de Zeus; pues tan pronto como se acerca y tiende el glorioso arco, todos se apresuran a levantarse de sus sitiales. Leto es la única que permanece junto a Zeus, que se huelga con el rayo: ella desarma el arco y cierra la aljaba; con sus mismas ma-

Biblioteca Nacional de España

nos quita de las robustas espaldas el arco y lo cuelga de áureo clavo en la columna de su padre; y en seguida lleva a su hijo a un trono para que en él tome asiento. El padre, acogiendo a su hijo amado, le da néctar en áurea copa; se sientan en seguida los demás númenes, y alégrase la veneranda Leto por haber dado a luz un hijo que lleva arco y es vigoroso.

14 Salve, bienaventurada Leto, ya que diste a luz hijos preclaros: al soberano Apolo y a Ártemis, que se complace en las flechas (a ésta en Ortigia y a aquél en la áspera Delos), reclinada en la gran montaña y en la colina cintia, muy cerca de la palmera y junto a la corriente del Inopo.

19 ¿Cómo te celebraré a ti, que eres digno de ser celebrado por todos conceptos? Por ti, pues, oh Febo, en todas partes han sido fijadas las leyes del canto, así en el continente, criador de terneras, como en las islas. Te placen las atalayas todas, y la punta de las cimas de las altas montañas, y los ríos que corren hacia el mar, y los promontorios que hacia éste se inclinan, y los puertos del mismo. ¿Cantaré cómo primeramente Leto te dió a luz a ti, regocijo de los mortales, reclinada en el monte Cinto, en una isla áspera, en Delos cercada por el mar? A uno y a otro lado, la ola sombría saltaba sobre la tierra, empujada por vientos de estridente soplo. Salido de allí, reinas ahora sobre cuantos mortales contiene Creta, y el pueblo de Atenas, y la isla Egina, y Eubea célebre por sus naves, y Egas, e Iresias, y la marítima Pepareto, y el tracio Atos, y las cumbres más altas del Pelión, y la tracia Samos, y las umbrías montañas del Ida, y Esciro, y Focea, y el excelso monte de Autócane, y la bien construida Imbros, y Lemnos de escarpada costa, y la divina Lesbos sede de Mácar Eolión, y Quíos la más fértil de las islas del mar, y el escabroso Mimante, y las cumbres más altas de Córico, y la espléndida Claros, y el alto monte de Eságea, y Samos abundante en agua, y las altas cumbres de Mícale, y Mileto, y Cos, ciudad de los méropes, y la excelsa Cnido, y la ventosa Cárpato, y Naxos, y Paros, y la peñascosa Renea: a tantos lugares se dirigió Leto, al sentir los dolores del parto del que hiere de lejos, por si alguna de dichas tierras quería labrar un albergue para su hijo. Pero todas se echaban a temblar y experimentaban un gran terror; y ninguna, por fértil que fuese, se atrevió a recibir a Febo, hasta que la veneranda Leto subió a Delos y la interrogó, dirigiéndole estas aladas palabras:

51 *Leto.*—¡Oh Delos! ¡Ojalá quisieras ser la morada de mi hijo, de Febo Apolo, y labrarle dentro de ti un rico templo! Pues ningún otro se te acercará jamás, lo cual no se te oculta; y no me figuro que hayas de ser rica en bueyes ni en ovejas, ni producir uvas, ni criar innumerables plantas. Si poseyeres el templo de Apolo, el que hiere de lejos, todos los hombres te traerán hecatombes, reuniéndose aquí; y siempre se elevará en el aire un inmenso vapor de grasa quemada; y mantendrás a los que te conserven libre de ajenas manos, ya que tu suelo no es productivo.

61 Así habló. Alegróse Delos y, respondiéndole, dijo:

62 *Delos.*—¡Oh Leto, hija gloriosísima de Ceo el grande! Gustosa recibiría tu prole, el soberano que hiere de lejos; pues en verdad que tengo pésima fama entre los hombres, y de esta suerte llegaría a verme muy honrada. Pero me

Biblioteca Nacional de España

horroriza, oh Leto, este oráculo que no te ocultaré. Dicen que Apolo ha de ser presuntuoso en extremo y ha de ejercer una gran primacía entre los inmortales y también entre los mortales hombres de la fértil tierra. Por esto temo mucho en mi mente y en mi corazón que, en cuanto vea por vez primera la luz del sol, despreciará esta isla porque es de áspero suelo; y, trabucándola con sus pies, la sumergirá en el piélago del mar. Allí la gran ola me bañará siempre y abundantemente la cabeza; él se irá a otra tierra que le guste, para erigirse un templo y bosques abundantes en árboles; y los pólipos harán en mí sus madrigueras y las negras focas sus moradas, descuidadamente, por la falta de hombres. Mas, si te atrevieras, oh diosa, a asegurarme con un gran juramento que primeramente se construirá aquí el hermosísimo templo para que sea un oráculo para los hombres, y que después. . . . . .
. . . . . .
sobre todos los hombres, puesto que será muy celebrado.

83 Así dijo. Y Leto prestó el gran juramento de los dioses:

84 *Leto.*—Sépalo ahora la Tierra y desde arriba el anchuroso Cielo y el agua corriente de la Estix—que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses: —en verdad que siempre estarán aquí el perfumado altar y el bosque de Febo, y éste te honrará más que a ninguna.

89 Luego que juró y hubo acabado el juramento, Delos se alegró mucho por el próximo nacimiento del soberano que hiere de lejos, y Leto estuvo nueve días y nueve noches atormentada por desesperantes dolores de parto. Las diosas más ilustres se hallaban todas dentro de la isla—Dione, Rea, Temis, Icnea, la ruidosa Anfitrite y otras inmortales—a excepción de Hera, de níveos brazos, que se hallaba en el palacio de Zeus, el que amontona las nubes. La única que nada sabía era Ilitia, que preside a los dolores del parto, pues se hallaba en la cumbre del Olimpo, debajo de doradas nubes, por la astucia de Hera, la de níveos brazos, que la retenía por celos; porque Leto, la de hermosas trenzas, había de dar a luz un hijo irreprensible y fuerte.

102 Las diosas enviaron a Iris, desde la isla de hermosas moradas, para que les trajera a Ilitia, a la cual prometían un gran collar de nueve codos cerrado con hilos de oro; y encargaron a aquélla que la llamara a escondidas de Hera, la de níveos brazos: no fuera que con sus palabras la disuadiera de venir. Así que lo oyó la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, echó a correr y anduvo velozmente el espacio intermedio. Y en cuanto llegó a la mansión de los dioses, al excelso Olimpo, en seguida llamó a Ilitia afuera del palacio y le dijo todas aquellas aladas palabras, como se lo habían mandado las que poseen olímpicas moradas. Persuadióle el ánimo que tenía en su pecho y ambas partieron, semejantes en el paso a tímidas palomas. Cuando Ilitia, que preside los dolores del parto, hubo entrado en Delos, a Leto le llegó el parto y se dispuso a parir. Echó los brazos alrededor de una palmera, hincó las rodillas en el ameno prado y sonrió la tierra debajo: Apolo salió a la luz, y todas las diosas gritaron.

120 Entonces, oh Febo, que hieres de lejos, las diosas te lavaron casta y puramente con agua cristalina; y te fajaron con un lienzo blanco, fino y nuevo, que ciñeron con un cordón de oro. Pero la madre no amamantó a Apolo; sino

Biblioteca Nacional de España

que Temis, con sus manos inmortales, le propinó néctar y agradable ambrosía; y Leto se alegró por haber dado a luz un hijo que lleva arco y es belicoso.

127 Mas cuando hubiste comido el divinal manjar, oh Febo, el cordón de oro no te ciñó a ti todavía palpitante, ni las ataduras te sujetaron; pues todos los lazos cayeron. Y al punto Febo Apolo habló así entre las diosas:

131 *Apolo.*—Tenga yo la cítara amiga y el curvado arco, y con mis oráculos revelaré a los hombres la verdadera voluntad de Zeus.

133 Habiendo hablado así, echó a andar por la tierra de anchos caminos Febo intonso, que hiere de lejos. Todas las inmortales se admiraron. Y toda Delos estaba cargada de oro y contemplaba con júbilo la prole de Zeus y de Leto, porque el dios la había preferido a las demás islas y al continente para poner en ella su morada, y la había amado más en su corazón; y floreció como cuando la cima de un monte se cubre de silvestres flores.

140 Y tú, que llevas arco de plata, soberano Apolo, que hieres de lejos, ora subes al escarpado Cinto, ora vagas por las islas y por entre los hombres. Tienes muchos templos y bosques poblados de árboles, y te son agradables todas las atalayas y las puntas extremas de los altos montes y los ríos que corren hacia el mar; pero es en Delos donde más se regocija tu corazón, oh Febo, que allí se reúnen en tu honor los jonios de rozagantes vestiduras juntamente con sus hijos y sus venerandas esposas. Ellos, acordándose de ti, te deleitan con el pugilato, la danza y el canto, cada vez que celebran sus juegos. Dijera que los jonios son inmortales y se libran siempre de la vejez, quien se encontrara allí cuando aquéllos están reunidos; pues advertiría la gracia de todos y regocijaría su ánimo contemplando los hombres y las mujeres de bella cintura, y las naves veloces, y las muchas riquezas que tienen. Hay, fuera de esto, una gran maravilla, cuya gloria jamás se extinguirá: las doncellas de Delos, servidoras del que hiere de lejos, las cuales celebran primeramente a Apolo y luego, recordando a Leto y a Ártemis, que se huelga con las flechas, cantan el himno de los antiguos hombres y mujeres, y dejan encantado al humanal linaje. Saben imitar las voces y el repique de los crótalos de todos los hombres, y cada uno creería que es él quien habla: de tal suerte son aptas para el hermoso canto.

165 Mas, ea—y Apolo y Ártemis nos sean propicios,—salud a todas vosotras. Y en adelante, acordaos de mí cuando alguno de los hombres terrestres venga como huésped infortunado y os pregunte: «¡Oh doncellas! ¿Cuál es para vosotras el más agradable de los aedos y con cuál os deleitáis más?» Respondedle en seguida, hablándole de mí: «Un varón ciego, que habita en la escabrosa Quíos. Todos sus cantos prevalecerán en lo futuro.» Y nosotros llevaremos vuestra fama sobre cuanta tierra recorramos, al dar la vuelta por las ciudades populosas de los hombres; y éstos la creerán porque es verdad. Mas yo no cesaré de celebrar al que lleva arco de plata, a Apolo, el que hiere de lejos, a quien dió a luz Leto, la de hermosa cabellera.

179 Oh rey, posees la Licia, y la amable Meonia, y Mileto, la encantadora ciudad marítima; y, asimismo, reinas con gran poder en Delos, rodeada por el mar. El hijo de la ilustre Leto se encamina a la peñascosa Pito, pulsando la

Biblioteca Nacional de España

hueca cítara y llevando divinales y perfumadas vestiduras; y la cítara, herida por el plectro, suena deliciosamente. Allí desampara la tierra y, rápido como el pensamiento, se va al Olimpo, a la morada de Zeus, donde están reunidos los demás dioses; y en seguida los inmortales sólo se cuidan de la cítara y del canto. Las Musas todas, alternando con su hermosa voz, celebran los presentes inmortales de los dioses y cuantos infortunios padecen los hombres; los cuales, debajo del poder de los inmortales númenes, viven insensata y desaconsejadamente, y no pueden hallar medicina contra la muerte ni defensa contra la vejez. Las Gracias, de hermosas trenzas, las alegres Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita, hija de Zeus, bailan cogidas de las manos; y entre ellas canta una diosa ni fea ni humilde, sino de grandioso aspecto y de belleza admirable, Ártemis, la que se huelga con las flechas, que se crió juntamente con Apolo. También entre ellas Ares y el vigilante Argifontes juegan; y Febo Apolo tañe la cítara, andando gentil y majestuosamente, y brilla en torno suyo un resplandor al cual se juntan los rápidos y deslumbradores movimientos de sus pies y de su túnica bien tejida. Y Leto, de doradas trenzas, y el próvido Zeus se regocijan en su gran corazón, al contemplar como su hijo juega con los inmortales dioses.

207 ¿Cómo te celebraré a ti, que eres digno de ser celebrado por todos conceptos? ¿Te cantaré entre los pretendientes, enamorado, al ir a pretender la doncella Azántide con el deiforme Isquis Elatiónida, de hermosos corceles? ¿O cuando luchabas con Forbante, del linaje de Tríopo, o con Ereuteo? ¿O con Leucipo y la mujer de Leucipo, tú a pie y éste en carro? Y en verdad que Tríopo no se quedó atrás (1). ¿O diré acaso como anduviste por la tierra, buscando por primera vez un oráculo para los hombres, oh Apolo, que hieres de lejos?

216 Desde el Olimpo bajaste primeramente a la Pieria, atravesaste el arenoso Lecto y los enianes y perrebos; en seguida llegaste a Yaolcos, subiste a Ceneo de Eubea, gloriosa por sus naves, y te detuviste en la llanura Lelanto, pero no le fué grata a tu corazón para erigir allí un templo y bosques poblados de árboles. Desde allí atravesaste Euripo, oh Apolo, que hieres de lejos, y subiste a la verde divinal montaña; pero en seguida la dejaste, dirigiéndote a Micaleso y a la herbosa Teumeso. Y entraste en el suelo de Tebas cubierto de bosque; pues ninguno de los mortales habitaba aún la sagrada Tebas, ni había entonces sendas ni caminos en la llanura tebana, fértil en trigo, sino que la selva la ocupaba toda. Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, y llegaste a Onquesto, espléndido bosque de Posidón. Cuando se llega a este bosque, el potro recién domado que tira de un hermoso carro, resuella a pesar de la carga, pues el conductor—por diestro que sea—salta del carro y anda a pie el camino; y los potros arrastran con estrépito los carros vacíos, libres del imperio del auriga. Y si los conductores llevan el carro adentro del bosque poblado de árboles, atienden solícitos a los caballos y dejan el vehículo inclinado—tal fué la costumbre que se siguió desde un principio;—ruegan luego al

(1) Los versos 209 a 214 han llegado a nosotros muy alterados, sin que los críticos hayan podido depurarlos.

Biblioteca Nacional de España

rey, y el hado del dios guarda entonces el carro. Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, hasta alcanzar el Cefiso, de hermosa corriente; el cual, a partir de Lilea, esparce sus aguas que manan bellamente. Después de atravesarlo y de pasar por Ocálea, la de muchas torres, llegaste, oh tú que hieres de lejos, a la herbosa Haliasto. Allí te dirigiste a Telfusa—pues aquel favorable lugar te fué grato para erigir un templo y bosques poblados de árboles—y, deteniéndote muy cerca de aquélla, le hablaste con estas palabras:

247 *Apolo.*—¡Telfusa! Aquí me propongo construir un hermosísimo templo, que sea oráculo para los hombres, los cuales me traerán siempre perfectas hecatombes—así los que poseen el pingüe Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas bañadas por el mar—cuando vengan a consultarlo; y yo les profetizaré lo que verdaderamente esté decidido, dando oráculos en el opulento templo.

254 Diciendo así, Febo Apolo echó los cimientos anchos, muy largos, seguidos; y Telfusa, al verlo, se irritó en su corazón y profirió estas palabras:

257 *Telfusa.*—Febo soberano, que hieres de lejos, haré alguna advertencia a tu espíritu, ya que deseas construir un hermosísimo templo que sea oráculo para los hombres, los cuales te traerán constantemente perfectas hecatombes. Te diré, pues, una cosa que fijarás en tu memoria: aquí te molestará siempre el ruido de las veloces yeguas y de los mulos que se abrevan en mis sagradas fuentes, y los hombres preferirán ver en este sitio carros bien construidos y percibir el estrépito de corceles de ágiles pies, que no un templo grande y con muchas riquezas. Pero, si quieres dejarte persuadir—ya que eres, oh soberano, más poderoso y más excelente que yo, y tu fuerza es muy grande,—construyelo en Crisa, debajo de la garganta del Parnaso. Allá ni los hermosos carros te molestarán, ni el estrépito de los corceles de ágiles pies se alzará en torno del ara bien construida. Y las ilustres familias de los hombres ofrezcan dones al Ie-Peán; y tú, con espíritu regocijado, acepta los hermosos sacrificios de los hombres limítrofes.

275 Diciendo así, persuadió el espíritu del que hiere de lejos, con el fin de que la gloria sobre la tierra fuese no para él, sino para la misma Telfusa.

277 Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, y llegaste a la ciudad de los flegias, hombres violentos; los cuales no se cuidan de Zeus y viven sobre la tierra en un hermoso valle, cerca del lago Cefíside. Desde allí, lanzándote con ímpetu, subiste rápidamente la cordillera y llegaste a Crisa al pie del nevado Parnaso, monte vuelto hacia el céfiro; de la parte superior del cual cuelga una roca y por debajo se extiende un valle cóncavo y escabroso. El soberano Febo Apolo decidió construir allí un agradable templo y dijo estas palabras:

287 *Apolo.*—Aquí me propongo construir un hermosísimo templo, que sea oráculo para los hombres, los cuales me traerán siempre perfectas hecatombes—así los que poseen el pingüe Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas bañadas por el mar—cuando vengan a consultarlo; y yo les profetizaré lo que verdaderamente esté decidido, dando oráculos en el opulento templo.

294 Diciendo así, Febo Apolo echó los cimientos anchos, muy largos, segui-

Biblioteca Nacional de España

dos; sobre ellos pusieron el lapídeo umbral Trofonio y Agamedes, hijos de Ergino, caros a los inmortales dioses; y a su alrededor innumerables familias de hombres construyeron el templo con piedras labradas, para que siempre fuese digno de ser cantado. Cerca de allí había una fuente de hermoso raudal, donde el soberano hijo de Zeus mató con su robusto arco una dragona muy gorda y grande, monstruo feroz que causaba en aquella tierra muchos daños a los hombres, y no sólo a ellos, sino también a las reses de gráciles piernas; pues era una sangrienta calamidad. Ella fué la que alimentó en otro tiempo al terrible y pernicioso Tifaón, calamidad de los mortales, después de recibirlo de Hera, la de trono de oro; pues ésta lo había dado a luz, irritada contra el padre Zeus, porque el Cronida engendró en su cabeza la gloriosa Atenea. Así que lo supo se irritó la veneranda Hera y habló de esta suerte ante los dioses reunidos:

311 *Hera.*—Sabed por mí, todos los dioses y todas las diosas, que Zeus, que amontona las nubes, ha empezado a menospreciarme, él antes que nadie, después que me hizo su mujer entendida en cosas honestas: ahora, sin contar conmigo, ha dado a luz a Atenea, la de ojos de lechuza, que se distingue entre todos los bienaventurados inmortales; mientras que se ha quedado endeble, entre todos los dioses, este hijo mío, Hefesto, de pies deformes, a quien dí a luz yo misma, y, cogiéndolo con mis manos, lo arrojé y tiré al anchuroso ponto; pero la hija de Nereo, Tetis, la de argénteos pies, lo acogió y cuidó entre sus hermanas. ¡Ojalá hubiese obsequiado a los dioses con otro favor! Mas tú, cruel y artero, ¿qué nuevo propósito maquinarás ahora? ¿Cómo te atreviste a dar a luz tú solo a Atenea, la de ojos de lechuza? ¿No la hubiera parido yo? ¡Y, no obstante, yo era tenida por esposa tuya, entre los inmortales que poseen el anchuroso cielo! Guárdate de que yo medite algún mal contra ti en lo sucesivo: ahora me ingeniaré para que nazca un hijo mío, que se distinga entre los inmortales dioses, sin que yo manche tu lecho ni el mío, ni me acueste en tu cama; pues, aunque apartada de ti, permaneceré entre los inmortales dioses.

331 Diciendo así, se alejó de los dioses, enojada en su corazón. Acto continuo se puso a rogar Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, golpeando la tierra con su mano inclinada, dijo estas palabras:

334 *Hera.*—Oídme ahora, oh tierra y anchuroso cielo que estás arriba, y dioses Titanes que habitáis debajo de la tierra, junto al gran Tártaro, y de los cuales proceden hombres y dioses: ahora oídme, vosotros todos, y dadme un hijo, sin intervención de Zeus, que en modo alguno le sea inferior en fuerza, sino que le supere tanto como el largovidente Zeus supera a Cronos.

340 Diciendo así, azotó el suelo con su mano robusta y se movió la vivificante tierra; y ella, al notarlo, alegróse en su corazón, pues creyó que se cumpliría lo que había pedido. Desde entonces y por espacio de un año cumplido, ni una sola vez se acostó en la cama del próvido Zeus, ni se sentó en la silla artísticamente adornada, en que se sentaba antes para meditar juiciosos intentos; sino que, quedándose en sus templos frecuentados por muchos suplicantes, se deleitaba con los sacrificios Hera veneranda, la de ojos de novilla. Mas después que pasaron días y meses y, transcurrido el año, volvieron a suceder-

Biblioteca Nacional de España

se las estaciones, Hera dió a luz un hijo que no se parecía ni a los dioses ni a los hombres: el terrible y pernicioso Tifaón, calamidad de los mortales. Hera veneranda, la de ojos de novilla, lo cogió en seguida y, llevándoselo, entregó el monstruo al monstruo; la dragona lo recibió, y Tifaón causaba muchos males a las gloriosas familias de los hombres. Mas aquel que se encontraba con la dragona había dado con el día fatal; hasta que el soberano Apolo, el que hiere de lejos, le arrojó un fuerte dardo y quedó tendida, desgarrada por graves dolores, muy anhelante, revolcándose por el suelo. Entonces oyéronse una serie grande, inmensa, de chillidos; y la dragona daba muchas vueltas acá y acullá, dentro del bosque, hasta que por fin perdió la vida, exhalando un vaho sanguinolento. Y Febo Apolo, gloriándose, dijo:

363 *Apolo.*—Ahora púdrete ahí, sobre el suelo que alimenta a los hombres, y ya no serás funesta causa de perdición para los vivos, que comen el fruto de la fertilísima tierra y traerán acá perfectas hecatombes; pues no te librarán de la muerte ni Tifoeo ni la Quimera de odioso nombre, sino que te pudrirán aquí mismo la obscura tierra y el resplandeciente Hiperión.

370 Así dijo gloriándose; y a ella la obscuridad le cubrió los ojos. Allí la pudrió la sagrada fuerza del sol, y por esto aquel lugar es llamado Pito, y sus habitantes dan al rey el sobrenombre de Pitio, porque allí mismo la fuerza del penetrante sol pudrió el monstruo.

375 Entonces Febo Apolo comprendió en su espíritu que la fuente de hermoso raudal le había engañado. E, irritándose, se fué hacia Telfusa, la encontró en seguida, y, deteniéndose muy cerca de ella, le dijo estas palabras:

379 *Apolo.*—¡Telfusa! No hubieras debido, después de haber engañado mi mente, dejar correr tu agua de hermoso raudal por ese agradable lugar que posees. Aquí resplandecerá también mi gloria y no la de ti sola.

382 Dijo. Y el soberano Apolo, el que hiere de lejos, haciendo resbalar una cumbre con las prominencias de sus rocas, ocultó las corrientes y erigió un altar en un bosque cubierto de árboles muy cercano a la fuente de hermoso raudal; y allí todos ruegan al soberano, dándole el sobrenombre de Telfusio, porque oprobió las corrientes de la sagrada Telfusa.

388 Luego Febo Apolo meditó en su ánimo qué hombres llevaría como iniciados en sus ritos para que fueran sus sacerdotes en la pedregosa Pito; y mientras revolvía estas cosas, vió en el obscuro ponto una nave veloz en que iban muchos excelentes hombres, cretenses de la minoia Cnoso, los cuales ofrecen sacrificios al soberano y anuncian cuantas decisiones revela Apolo, el de espada de oro, dando oráculos desde el laurel en los valles del Parnaso. Éstos, para atender a sus negocios y para lucrarse, navegaban en una negra nave hacia Pilos y los hombres nacidos en Pilos; mas Febo Apolo les salió al encuentro en el ponto y, habiendo tomado la figura de un delfín, saltó a la nave veloz y en ella se echó como un monstruo grande y horrendo. Ninguno (1) de los marineros lo había notado ni advertido. . . . . .

. . . . . .

(1) Leemos οὔτις en vez de ὅστις.

Biblioteca Nacional de España

la sacudía por todas partes y agitaba los maderos de la nave. Y ellos, temerosos, estaban sentados silenciosamente dentro de la nave, y ni soltaban los aparejos de la negra nave ni desataban la vela de la nave de azulada proa; sino que, como en un principio la habían puesto con las correas de piel de buey, así navegaban; y el impetuoso noto empujaba por la popa la rápida nave. Primeramente navegaron a lo largo de Malea y de la tierra lacónica y llegaron a Helos (1), ciudad marítima, y a Ténaro, lugar del Sol que alegra a los mortales donde pacen los rebaños de largas crines de este soberano, y es sitio ameno. Allí quisieron detener la nave y, desembarcando, contemplar el gran prodigio y ver con sus ojos si el monstruo se quedaría sobre la cubierta de la cóncava nave o se lanzaría nuevamente a las olas del mar abundante en peces; pero la nave bien construida no obedecía al timón, y fué recorriendo el camino a lo largo y más allá del pingüe Peloponeso, pues el soberano Apolo, el que hiere de lejos, la dirigía fácilmente con su soplo; y así, prosiguiendo su rumbo, llegó a Arena, y a la agradable Argífea, y a Trío vado del Alfeo, y a la bien edificada Epi, y a la arenosa Pilos y a los hombres nacidos en Pilos; pasó a lo largo de Crunos y Calcis, a lo largo de Dima, y a lo largo de la Élide, donde dominan los epeos; y cuando, animada por el viento favorable de Zeus, llegó a Feras, les aparecieron por debajo de las nubes el alto monte de Ítaca, Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Mas, así que hubo pasado a lo largo de todo el Peloponeso y ya se veía el inmenso golfo de Crisa con que el pingüe Peloponeso termina, sopló por la voluntad de Zeus un recio viento, el sereno Céfiro, lanzándose impetuoso desde el éter para que la nave, corriendo, acabara de atravesar el agua salobre del mar. Entonces navegaron hacia atrás, hacia la aurora y el Sol, guiándoles el soberano Apolo, hijo de Zeus, y llegaron al puerto de Crisa, la que se ve de lejos y está cubierta de viña; y la nave surcadora del ponto rozó las arenas.

440 Entonces se lanzó de la nave el soberano Apolo, el que hiere de lejos, semejante a un astro en medio del día—de él salían abundantes chispas y su resplandor llegaba al cielo,—y en seguida penetró en el templo por entre los preciosos trípodes. Allí el dios encendió una llama, mostrando sus armas, y el resplandor ocupaba toda Crisa: las esposas de los criseos y sus hijas de hermosa cintura gritaron por la impetuosa entrada de Febo, y a cada uno le sobrevino un gran temor. De allí saltó nuevamente, rápido como el pensamiento, para volar a la nave; semejante a un hombre joven y fuerte que acaba de llegar a la juventud y lleva cubiertos por la cabellera sus anchurosos hombros. Y hablando a los marineros, díjoles estas aladas palabras:

452 *Apolo.*—¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras? ¿Por qué estáis pasmados de esta manera y ni saltáis a tierra, ni dejáis los aparejos de la negra nave? Que esta es la costumbre de los hombres industriosos, cuando en una negra nave llegan del ponto a la

(1) Aceptamos la corrección de Matthiae leyendo Ἕλος τ' ἔφαλον por ἁλιστέφανον.

Biblioteca Nacional de España

ciudad, rendidos de cansancio, y en seguida el deseo de una agradable comida se apodera de su corazón.

462 Así dijo, y les infundió audacia en el pecho. Y el capitán de los cretenses, respondiéndole, dijo a su vez:

464 *El capitán.*—¡Oh forastero! Puesto que en nada te pareces a los mortales ni por tu cuerpo ni por tu natural, sino solamente a los inmortales dioses, ¡salve y regocíjate mucho y que los dioses te colmen de bienes! Y ahora dime la verdad sobre esto, para que yo la sepa: ¿Cuál es este pueblo? ¿Cuál esta tierra? ¿Qué mortales han nacido aquí? Con otro intento navegábamos por el gran abismo del mar hacia Pilos desde Creta, donde nos gloriamos de tener nuestro linaje; y, aunque deseosos de volver a la patria, contra nuestra voluntad hemos venido aquí en la negra nave por otro camino, por otros derroteros, pues alguno de los inmortales nos ha traído sin que nosotros lo quisiéramos.

474 Díjoles en respuesta Apolo, el que hiere de lejos:

475 *Apolo.*—¡Forasteros! Antes habitabais Cnoso, poblada de muchos árboles; pero ahora ya no volveréis a vuestras amables ciudades y hermosas moradas, ni a vuestras queridas esposas, sino que guardaréis mi rico templo honrado por muchos hombres: yo soy hijo de Zeus y me glorio de ser Apolo, y os he traído aquí por el gran abismo del mar no meditando ningún mal contra vosotros, sino para que guardéis aquí mi rico templo, muy honrado por todos los hombres, y conozcáis las decisiones de los inmortales, por cuya voluntad seréis también honrados siempre, constantemente, todos los días. Mas, ea, obedeced muy prestamente lo que voy a decir: amainad primeramente las velas, desatando las cuerdas, arrastrad a tierra firme la veloz nave, sacad las riquezas y los aparejos de la nave bien proporcionada, y erigiendo un ara en la orilla del mar, encended fuego, quemad la blanca harina y rogad después, poniéndoos alrededor del altar. Como en el obscuro ponto salté primeramente a la veloz nave, parecido a un delfín, invocadme llamándome delfinio; y el mismo altar, igualmente delfinio, será siempre famoso. Cenad después junto a la veloz nave negra y ofreced libaciones a los bienaventurados dioses que poseen el Olimpo. Y cuando hubiereis satisfecho el deseo de la dulce comida, venid conmigo y cantad Ie-Peán hasta que lleguéis al sitio donde guardaréis el rico templo.

502 Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Primeramente amainaron las velas, desataron el correaje y abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía; luego saltaron a la orilla del mar, arrastraron la veloz nave desde el mar a tierra firme y la pusieron en alto, sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos; y, finalmente, erigieron un ara en la orilla del mar: entonces encendieron fuego, quemaron la blanca harina y rogaron, como se les había mandado, poniéndose alrededor del altar. Tomaron luego la cena junto a la veloz nave negra y ofrecieron libaciones a los bienaventurados dioses que poseen el Olimpo. Mas cuando hubieron satisfecho el deseo de la dulce comida, echaron a andar: precedíales el soberano Apolo, hijo de Zeus, con la cítara en la mano, tañéndola deliciosamente y andando bella y majestuosamente; y los cretenses le seguían a Pito, golpeando el suelo y cantando el Ie-

Biblioteca Nacional de España

Peán, de la suerte que se cantan los peanes de los cretenses a quienes la Musa inspiró en el pecho el canto melodioso. Incansables, subieron con sus pies la colina y pronto llegaron al Parnaso y a un sitio agradable donde habían de habitar honrados por muchos hombres: en conduciéndolos allí, Apolo les mostró el recinto sagrado y el templo opulento. Conmovióseles el corazón en el pecho a los cretenses y su capitán dijo así, interrogando al dios:

526 *El capitán.*—¡Oh rey! Puesto que nos has llevado lejos de los amigos y de la patria tierra—así indudablemente le plugo a tu ánimo,—¿cómo viviremos ahora? Te invitamos a meditarlo. Pues esta agradable tierra ni es vinífera ni de hermosos prados, de suerte que de ella vivamos cómodamente y alternemos con los hombres.

531 Sonriendo les contestó Apolo, hijo de Zeus:

532 *Apolo.*—Hombres necios, desdichadísimos, que estáis ávidos de inquietudes, de graves pesares y de angustias en vuestro corazón: os diré unas gratas palabras que grabaréis en vuestra mente. Teniendo cada uno de vosotros un cuchillo en la diestra, degollad continuamente ovejas y tendréis en abundancia cuanto me traigan las gloriosas familias de los hombres; custodiad el templo y recibid las familias de los hombres que aquí se reúnan, y sobre todo cumplid mi voluntad. . . . . .

. . . . . .

sea que fuere una vana palabra o alguna obra, o una injuria, como es costumbre entre los mortales hombres . . . . . .

. . . . . .

luego tendréis por señores otros hombres por los cuales estaréis fatalmente subyugados todos los días. Todas las cosas te han sido reveladas: guárdalas en tu mente.

545 Y así, salve, hijo de Zeus y de Leto; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

IV

A HERMES

1 Canta, oh Musa, a Hermes, al hijo de Zeus y de Maya, que impera en Cilene y en Arcadia, muy rica en ovejas, y es nuncio utilísimo de los inmortales. Dióle a luz la veneranda Maya, ninfa de hermosas trenzas, después de unirse amorosamente con Zeus: huyendo del trato de los bienaventurados dioses, habitaba Maya una gruta sombría, y allí, en la obscuridad de la noche, tan pronto como el dulce sueño rendía a Hera, la de níveos brazos, juntábase el Cronión con la ninfa de hermosas trenzas a hurto de los inmortales dioses y de los mortales hombres. Mas, cuando el intento del gran Zeus se hubo cumplido y el décimo mes apareció en el cielo, la ninfa dió a luz y ocurrieron cosas notabilísimas: entonces, pues, parió un hijo de multiforme ingenio, de astutos pensamientos, ladrón, cuatrero de bueyes, capitán de los sueños, espía nocturno, guardián de las puertas; que muy pronto había de hacer alarde de

Biblioteca Nacional de España

gloriosas hazañas ante los inmortales dioses. Nacido al alba, al mediodía pulsaba la cítara y por la tarde robaba las vacas del flechador Apolo; y todo esto ocurría el día cuarto del mes, en el cual lo había dado a luz la veneranda Maya. Apenas salió de las entrañas inmortales de su madre, ya no se quedó largo tiempo tendido en la sagrada cuna, sino que se levantó prestamente y fué a buscar los bueyes de Apolo, transponiendo el umbral de la cueva de elevado techo. Allí encontró una tortuga y con ella adquirió un inmenso tesoro: Hermes, en efecto, fué quien primeramente hizo que cantara la tortuga, que le salió al encuentro en la puerta exterior, paciendo la verde hierba delante de la morada y andando lentamente con sus pies. Y el utilísimo hijo de Zeus, al verla, sonrió y en seguida dijo estas palabras:

30 *Hermes.*—Casual hallazgo que me serás muy provechoso: no te desprecio. Salve, criatura amable por naturaleza, reguladora de la danza, compañera del festín, que tan grata te me has aparecido: ¿de dónde vienes, hermoso juguete, pintada concha, tortuga que vives en la montaña? Pero te cogeré y te llevaré a mi morada, y me serás útil y no te desdeñaré; y me servirás a mí antes que a nadie. Mejor es estar en casa, pues es peligroso quedarse en la puerta. Tú serás, mientras vivas, preservadora del sortilegio tan dañoso; y cuando hayas muerto, cantarás muy bellamente.

39 Así, pues, decía; y al mismo tiempo la levantaba con ambas manos y se encaminaba nuevamente adentro de la morada, llevándose el amable juguete. Allí, vaciándola con un buril de blanquizco acero, arrancóle la vida a la montesina tortuga. Como un pensamiento cruza veloz por la mente de un hombre agitado por frecuentes inquietudes, o como se mueven los rayos que lanzan los ojos, así cuidaba el glorioso Hermes que fuesen simultáneas la palabra y su ejecución. En seguida cortó cañas y, atravesando con ellas el dorso de la tortuga de lapídea piel, las fijó a distancias calculadas; puso con destreza a su alrededor una tira de piel de buey, colocó sobre ella dos brazos que unió con un puente, y extendió siete cuerdas de tripa de oveja que sonaban acordadamente. Mas cuando hubo construido el amable juguete, llevóselo y fué probándolo parte por parte; y la cítara, pulsada por su mano, resonó con gran fuerza. Entonces comenzó el dios a cantar bellamente (intentándolo de improviso, a la manera que los jóvenes mancebos se zahieren lanzándose pullas unos a otros en los banquetes) a Zeus Cronida y a Maya, la de hermosas sandalias, refiriendo como antes vivían íntimamente, en compañía y amor; mencionó luego su propio linaje de glorioso renombre; y celebró las sirvientas y las espléndidas moradas de la ninfa y los trípodes y abundantes calderos de su casa. Cantaba, pues, estas cosas, pero revolvía otras en su ánimo. Pronto fué a dejar en la sagrada cuna la hueca cítara y, ávido de carne, saltó desde la olorosa mansión a una altura, meditando en su mente un golpe audaz como los que traman los ladrones durante las horas de la negra noche.

68 Hundíase el Sol con sus corceles y su carro en el Océano, debajo de la tierra, y Hermes llegaba corriendo a las montañas umbrías de la Pieria, donde las vacas inmortales de los bienaventurados dioses tenían su establo y pacían en deliciosas praderas que nunca se siegan. Entonces el hijo de Maya, el vigi-

Biblioteca Nacional de España

lante Argifontes, separó del rebaño cincuenta mugidoras vacas y se las llevó errantes por arenoso lugar, cambiando la dirección de sus huellas; pues no se olvidó de su arte engañador e hizo que las pezuñas de delante fuesen las de atrás y las de atrás las de delante; y él mismo andaba de espaldas. Tiró en seguida las sandalias sobre la arena del mar y trenzó otras que sería difícil explicar o entender, ¡cosa admirable!, entrelazando ramos de tamarisco con otros que parecían de mirto. Con ellos formó y ató un manojo de recién florida selva, que, como ligeras sandalias, ajustó a sus pies con las mismas hojas que él, el glorioso Argifontes, arrancó al venir de la Pieria, dejando el camino público, como si llevara prisa, y tomando espontáneamente el camino más largo. Un anciano, que cultivaba un florido jardín, vióle cuando se dirigía a la llanura por la herbosa Onquesto; mas el hijo de la gloriosa Maya le dijo el primero:

90 *Hermes.*—Oh anciano encorvado de hombros, que cavas la tierra en torno de las plantas; mucho vino tendrás cuando todas lleven fruto. Pero ahora, viendo, no veas; oyendo, sé sordo; y cállate; puesto que nada daña lo tuyo.

94 Dicho esto, empujó las fuertes cabezas de las vacas. Y el glorioso Hermes atravesó muchos montes umbríos y valles sonoros y llanuras floridas. Ya la obscura divinal noche, que le había ayudado, tocaba a su fin, por haber transcurrido en su mayor parte, y pronto iba a aparecer la aurora que llama el pueblo al trabajo; y la divina Luna, hija del rey Palante Megamedida, acababa de subir a su atalaya, cuando el fuerte hijo de Zeus llegó al Alfeo con las vacas de ancha frente de Febo Apolo. Los indómitos animales se dirigieron a un establo de elevado techo y a unos lagos que había delante de una magnífica pradera. Allí el dios dejó que se saciaran de hierba las mugidoras vacas, que comían loto y juncia bañada de rocío; y luego las metió todas en el establo, reunió abundante leña y practicó el arte de encender fuego. Habiendo cogido un espléndido ramo de laurel, lo descortezó con el hierro y lo frotó con la palma de la mano; y se elevó en el aire un cálido humo. Hermes dispuso primeramente el combustible y el fuego. Tomó muchos y gruesos trozos de leña seca, que colocó en un hoyo abierto en la tierra, y los amontonó en gran número; y brilló la llama, enviando a lo lejos el soplo de un fuego ardentísimo. Y mientras la fuerza del glorioso Hefesto encendía el fuego, Hermes sacó afuera, junto a la llama, dos mugidoras vacas de retorcidos cuernos—pues la fuerza del dios era grande—y las derribó, jadeantes, de espaldas al suelo; e, inclinándose, las volvió y les perforó la medula; y, añadiendo trabajo a trabajo, cortó sus carnes pingües de grasa. Luego, espetándolas en asadores de madera, asó las carnes juntamente con los dorsos honorables y la negra sangre encerrada en las entrañas. Y todas estas cosas las dejó allí, en el suelo. Después tendió las pieles sobre una áspera roca, donde están todavía hoy, habiéndose hecho muy añosas en el intervalo, después de tan largo y continuo tiempo como desde entonces ha transcurrido (1). En seguida Hermes, de ánimo alegre, retiró la pingüe vianda a un lugar plano y liso, y la dividió en doce

(1) Véase: Hignard, *Des hymnes homériques*, pág. 182, donde se exponen las diversas interpretaciones que a los obscuros versos 125 y 126 han dado los traductores.

Biblioteca Nacional de España

partes que debían ser repartidas por suerte, atribuyendo a cada una de ellas un gran honor. Entonces el glorioso Hermes apeteció una porción de las carnes sacrificadas, pues el suave olor le encalabrinaba; pero, no obstante su gran deseo, no le persuadió su ánimo generoso a que dejara pasar cosa alguna por su sagrada garganta. Llevólo todo al establo de elevado techo, así la grasa como las abundantes carnes, lo levantó rápidamente en el aire como señal del reciente hurto, y, habiendo amontonado leña seca, pies y cabezas fueron enteramente consumidas por el ardor del fuego. Cuando el dios hubo terminado todas estas cosas como era debido, tiró las sandalias al Alfeo de profundos remolinos, apagó las brasas, y estuvo toda la noche esparciendo la negra ceniza mientras brillaba la hermosa luz de la Luna. En seguida, ya al amanecer, llegó de nuevo a las divinales cumbres de Cilene, sin que en el largo camino le hubiese salido al encuentro ninguno ni de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres, ni le hubiesen ladrado los perros. Entonces el benéfico Hermes, hijo de Zeus, comprimiéndose, entró en la morada por el cerrojo, como aura de otoño o como neblina. Fuése directo de la cueva a la rica habitación avanzando quedamente con sus pies, sin hacer ruido, como si no anduviera sobre el suelo. El glorioso Hermes se metió apresuradamente en la cuna y apareció acostado, envolviéndose los hombros con los pañales como un infante, jugando con el lienzo que sujetaban sus manos y tenía alrededor de sus corvas, y asiendo la amada tortuga con la mano izquierda. Pero el dios no pasó inadvertido a la diosa, su madre, quien le dijo estas palabras:

155 *Maya.*—¿Qué has hecho, taimado, y de dónde vienes a estas horas de la noche, impudente? Mucho temo que muy pronto salgas por el vestíbulo con irrompibles ligaduras puestas en tus flancos por las manos del Letoída, o que éste te despoje llevándote al fondo de un valle. Vete de nuevo y enhoramala, que tu padre te engendró para que fueses una gran pesadilla para los mortales hombres y los inmortales dioses.

162 Y Hermes respondióle con astutas palabras:

163 *Hermes.*—Madre mía: ¿por qué me dices estas cosas para espantarme, como si yo fuese un temeroso infante que en su espíritu conoce muy pocas bellaquerías y teme las reprensiones de su madre? Mas yo dominaré un arte que es el mejor, honrándome a mí y a ti constantemente, y no sufriremos quedarnos aquí, solos entre los inmortales, sin recibir ofrendas ni súplicas, como tú lo mandas. Es mejor conversar todos los días con los inmortales, siendo rico, opulento y dueño de muchos campos de trigo, que permanecer en casa, en este antro sombrío; y yo obtendré los mismos divinales honores que Apolo. Y si mi padre no me los concede, probaré de ser—pues lo puedo—capitán de ladrones. Si el hijo de la gloriosa Leto me buscare, creo que algo todavía más grave habrá de ocurrirle. Iré a Pito, a horadarle su gran morada, de donde le robaré en abundancia hermosos trípodes, calderos y oro, en abundancia también blanquecino hierro, y muchos vestidos: tú misma lo verás, si quisieres.

182 Así, con estas palabras, platicaban el hijo de Zeus, que lleva la égida, y la veneranda Maya.

Biblioteca Nacional de España

184 Ya la Aurora, hija de la mañana, surgía del Océano, de profunda corriente, para llevar la luz a los mortales, cuando Apolo, dirigiéndose a Onquesto, llegaba al amenísimo y sagrado bosque del estruendoso Posidón, que ciñe la tierra. Allí encontró un viejo corcovado (1) que, fuera de camino, levantaba una cerca para su huerto. Y el hijo de la gloriosa Leto le dijo el primero:

190 *Apolo.*—¡Oh anciano, que arrancas zarzas en la herbosa Onquesto! Vengo de la Pieria, buscando las vacas de retorcidos cuernos de un rebaño: un toro negro pacía solo, apartado de ellas, y las seguían cuatro mastines, de ojos encendidos, de igual celo, que semejaban hombres; los perros y el toro se quedaron—lo cual es una gran maravilla—y las vacas se fueron de la blanda pradera y del dulce pasto poco después de ponerse el sol. Dime, anciano nacido desde largo tiempo, si acaso has visto algún varón que siguiera su camino detrás de esas vacas.

201 Y el anciano le respondió con estas palabras:

202 *El anciano.*—¡Oh amigo! Difícil es referir todo cuanto se ve con los ojos, pues son en gran número los caminantes que frecuentan este camino, ya maquinando muchas cosas malas, ya pensando en cosas muy buenas; y no es nada fácil conocerlos a todos. Mas yo todo el día, hasta que se puso el sol, cavé en torno de la fértil tierra del huerto plantado de viña; y me pareció ver—pues claramente no lo sé—un niño, un infante, que acompañaba unas vacas de hermosos cuernos, llevaba una varita, andaba yendo y viniendo, y hacía retroceder las vacas que tenían la cabeza vuelta hacia él.

212 Dijo el anciano; y el dios, habiendo oído estas palabras, continuó aún más rápidamente el camino. Pero vió un ave de anchas alas, y al punto conoció al ladrón, niño engendrado por Zeus Cronión. El soberano Apolo, hijo de Zeus, lanzóse entonces hacia la divina Pilos en busca de las vacas de tornadizos pies, llevando las anchas espaldas cubiertas por purpúrea nube; y así que el que hiere de lejos hubo advertido las pisadas, profirió estas palabras:

219 *Apolo.*—¡Oh dioses! Grande es la maravilla que con mis ojos contemplo. Estas son las pisadas de las vacas de enhiestos cuernos, pero se dirigen hacia atrás, hacia el prado de asfódelos; mas estas otras no son pisadas de hombre, ni de mujer, ni de blanquecinos lobos, ni de osos, ni de leones; ni creo que tenga nada de centauro de velludo cuello quien tan monstruosas pisadas deja al andar con sus pies ligeros; que si son espantosas las de este lado del camino, más espantosas son todavía las del lado opuesto.

227 Así habiendo hablado, el soberano Apolo, hijo de Zeus, partió apresuradamente y llegó a la montaña, vestida de bosque, de Cilene, al secreto y umbrío interior de la roca, donde la ninfa inmortal había dado a luz al hijo de Zeus Cronión. Un agradable olor se esparcía por la divinal montaña y muchas reses de gráciles piernas pacían la hierba. Por allí descendió apresuradamente al obscuro antro, transponiendo el umbral de piedra, el propio Apolo, que lanza a lo lejos.

235 Cuando el hijo de Zeus y de Maya vió a Apolo, el que hiere de lejos,

---

(1) Aceptamos la corrección de Stoll, leyendo καμπύλον en vez de κνώδαλον.

Biblioteca Nacional de España

irritado a causa de las vacas, se escondió dentro de los olorosos pañales: como la ceniza envuelve una gran brasa de leña de bosque, de semejante modo ocultóse Hermes al ver al que hiere de lejos. En un instante encogió cabeza, manos y pies como si estuviese recién bañado y se entregara al dulce sueño, aunque en realidad velaba; y en el sobaco tenía la tortuga. Mas el hijo de Zeus y de Leto lo comprendió, y reconoció en seguida la muy hermosa ninfa del monte y su amado hijo, infante chiquitito, lleno de engañosos ardides. Y echando la vista a todo el interior de la gran morada, tomó una reluciente llave y abrió tres lugares del fondo, colmados de néctar y de agradable ambrosía; y había allá dentro mucho oro y plata y muchos purpúreos y argénteos vestidos de la ninfa, cosas que contienen las sagradas mansiones de los bienaventurados dioses. Después que el Letoída hubo escudriñado las partes más interiores de la gran morada, habló en estos términos al glorioso Hermes:

254 *Apolo.*—¡Oh niño, que en esa cama estás acostado! Muéstrame en seguida las vacas, o pronto nos separaremos de inconveniente manera. Te cogeré y te arrojaré al Tártaro tenebroso, a la obscuridad siniestra e ineluctable; y ni tu madre ni tu padre podrán librarte y traerte a la luz, sino que andarás errabundo debajo de la tierra e imperarás sobre pocos hombres.

260 Y Hermes respondióle con astutas palabras:

261 *Hermes.*—¡Letoída! ¡Qué palabras tan crueles proferiste! ¿Y vienes aquí buscando las vacas agrestes? No las vi, no supe de ellas, ni oí que nadie hablara de las mismas; no puedo denunciarlas, ni alcanzar el premio de la denuncia; ni me parezco a un hombre fuerte, cuatrero de bueyes; ni es ésa mi labor, sino que antes me cuido de otras cosas: del sueño, de la leche de mi madre, de llevar los pañales en los hombros, y de los baños calientes. Que nadie sepa de donde se ha originado esta disputa, pues fuera para los inmortales una gran maravilla que un niño recién nacido atravesara el vestíbulo con las vacas agrestes; tú lo afirmas insensatamente. Y si quieres, prestaré un gran juramento por la cabeza de mi padre: ni confieso que yo mismo sea el autor, ni vi a ningún ladrón de tus vacas, sean cuales fueren, sino que sólo lo sé de oídas.

278 Así habló; y echando frecuentes relámpagos por debajo de sus párpados, movía las cejas, miraba acá y allá y silbaba fuerte, mientras oía el ineficaz discurso. Y, riendo blandamente, le dijo Apolo, el que hiere de lejos:

282 *Apolo.*—¡Oh querido, embustero, maquinador de engaños! Figúrome que con frecuencia horadarás por la noche casas ricamente habitadas, derribarás al suelo más de un varón y robarás sin estrépito la morada, cuando dices tales cosas. También afligirás a muchos pastores campestres, en los vericuetos del monte, cuando, ávido de carne, salgas al encuentro de las vacadas y de las lanudas ovejas. Mas, ea, para que no duermas ahora tu último y postrero sueño, baja de la cuna, oh compañero de la negra noche. Y luego tendrás este honor entre los inmortales: serás llamado capitán de ladrones todos los días.

293 Así dijo; y Febo Apolo cogió el niño y fué a llevárselo. Pero entonces el fuerte Argifontes, recapacitando, se levantó sobre las manos que lo sujetaban y dejó escapar un augurio, obrero atrevido del vientre, nuncio abomina-

Biblioteca Nacional de España

ble. Luego estornudó estrepitosamente, y Apolo, al oírlo, echó de sus manos al suelo al glorioso Hermes. Sentóse luego frente a él y, aunque deseoso de emprender el camino, dijo así zahiriendo a Hermes:

301 *Apolo.*—Tranquilízate, niño en pañales, hijo de Zeus y de Maya. Con estos augurios pronto hallaré las fuertes cabezas de mis vacas, y tú mismo me enseñarás el camino.

304 Así habló. Levantóse rápidamente el cilenio Hermes y, andando con pena, sujetó con las manos a ambas orejas los pañales que envolvían sus hombros y dijo estas palabras:

307 *Hermes.*—¿Adónde me llevas, oh tú, el que hiere de lejos, el más violento de todos los dioses? ¿Por qué me acometes, irritado de tal suerte por tus vacas? Oh dioses, ojalá pereciera la raza bovina, pues ni yo robé tus vacas ni vi que otro lo hiciera, sean cuales fueren las vacas, sino que sólo lo sé de oídas. Concédeme y acepta que este pleito lo falle Zeus Cronión.

313 Así exponían claramente estas cosas, una por una, el solitario Hermes y el preclaro hijo de Leto; pero su ánimo era diferente: el último, después de una verdadera pesquisa, no acusaba injustamente al glorioso Hermes respecto de las vacas; mientras que el cilenio se proponía engañar con ardides y con palabras seductoras al que lleva argénteo arco. Mas después que el muy ingenioso se encontró con el de los abundantes recursos, Hermes echó a andar apresuradamente por la arena y le seguía el hijo de Zeus y de Leto. Pronto los gallardos hijos de Zeus llegaron a la cima del oloroso Olimpo, al padre Cronión; pues allí estaba para ambos la balanza de la justicia. La serenidad envolvía el nevoso Olimpo, y los dioses imperecederos se habían reunido al descubrirse la aurora de áureo trono. Hermes y Apolo, el del arco de plata, se detuvieron ante las rodillas de Zeus; y Zeus altitonante interrogó a su ilustre hijo, dirigiéndole estas palabras:

330 *Zeus.*—¡Febo! ¿De dónde traes ese agradable botín, ese niño recién nacido que tiene el aspecto de un heraldo? Grave asunto se presenta al concilio de los dioses.

333 Respondióle a su vez el soberano Apolo, el que hiere de lejos:

334 *Apolo.*—Oh padre, pronto oirás una relación que no tiene desperdicio, tú que me zahieres diciendo que soy el único aficionado al botín. Después de recorrer un gran espacio, hallé a este niño, a este ladrón manifiesto, en los montes de Cilene; tan fullero, como yo no he visto otro, ni entre los dioses ni entre los hombres, de cuantos engañan a los mortales sobre la tierra. Habiéndome robado las vacas de la pradera, se las llevó por la tarde a lo largo del estruendoso mar, y las condujo derechamente a Pilos; y las huellas eran de dos maneras y de tal suerte monstruosas que podían admirarse como obra de un ilustre dios. En el negro polvo aparecían las pisadas de las vacas, pero con la dirección cambiada, mirando al prado de asfódelos; y él mismo (1), infatigable, andaba separadamente por el lugar arenoso, no con los pies ni con las manos, sino que recorría el camino poniendo en juego algún otro ardid, y de-

(1) Admitimos la corrección de Bothe: ὃδ' ἐκτός

Biblioteca Nacional de España

jaba unas señales monstruosas como si anduviera sobre tenues ramos de encina. Mientras fué por terreno arenoso, todas las huellas se destacaban muy fácilmente en el polvo; una vez pasado el gran camino de arena, ya se hicieron invisibles las pisadas de las vacas y las de él mismo en un suelo más duro; pero un mortal lo vió cuando llevaba derechamente a Pilos aquella casta de vacas de ancha frente. Luego que las tuvo encerradas en el establo y que hubo ejecutado astutamente durante el camino unas cosas acá y otras allá, se echó en su cuna, parecido a la negra noche, en el sombrío antro, en la obscuridad; y ni el águila de penetrante mirada le habría visto. A menudo se frotaba los ojos con las manos, urdiendo tretas. Y en seguida dijo sin rebozo estas palabras: «No las vi, no supe de ellas, ni sé que nadie hablara de las mismas; no puedo denunciarlas ni alcanzar el premio de la denuncia.»

365 Cuando así hubo hablado, sentóse Febo Apolo; y Hermes pronunció estas otras palabras ante los inmortales, dirigiéndose al Cronión que impera sobre todos los dioses:

368 *Hermes.*—¡Padre Zeus! Yo te diré solamente la verdad, pues soy sincero y no sé mentir. Hoy ha venido éste a mi casa, cuando apenas rayaba el sol, buscando unas vacas de tornadizos pies; y no traía dioses bienaventurados por testigos o veedores. Me mandó con gran violencia que se las mostrara y me amenazó muchas veces con arrojarme al anchuroso Tártaro; porque él está en la tierna flor de la gloriosa pubertad, mientras que yo nací ayer—cosas que sabe muy bien—y en nada me parezco a un hombre fuerte, cuatrero de bueyes. Convéncete, ya que te glorias de ser mi padre amado, de que no llevé las vacas a casa—¡así sea feliz como es cierto!—y de que ni siquiera transpuse el umbral: te lo digo sinceramente. Mucho reverencio al Sol y a los demás dioses, y te amo a ti, y temo a éste: sabes tú mismo que no tengo culpa, pero añadiré aún un gran juramento: No, por estos adornados vestíbulos de los inmortales, no soy culpable. Quizás algún día le pague a éste, por robusto que sea, tan cruel pesquisa; pero tú ayuda a los que son más jóvenes.

387 Así habló, guiñando los ojos, el cilenio Argifontes; el cual tenía los pañales encima del brazo y no los soltaba. Zeus se rió mucho al ver que el artero niño negaba tan bien y tan hábilmente lo de las vacas. Pero mandó a entrambos que, puestos de acuerdo, las buscaran; y al mensajero Hermes que fuese el guía y mostrase, sin dañosa intención, dónde había escondido las fuertes cabezas de las vacas. Hizo el Cronida una señal con su cabeza y obedeció el preclaro Hermes; pues la decisión de Zeus, que lleva la égida, persuade fácilmente.

396 Los dos gallardos hijos de Zeus se apresuraron a partir y llegaron a la arenosa Pilos y al vado del Alfeo y a los campos y al establo de elevada techumbre donde la presa había sido encerrada durante la noche. Allí Hermes atravesó en seguida el pétreo umbral y sacó a la luz las fuertes cabezas de las vacas; y el Letoída, volviendo los ojos a otro lado, vió las pieles bovinas sobre la escarpada roca y al momento interrogó al glorioso Hermes:

405 *Apolo.*—¿Cómo has podido degollar dos vacas, oh doloso, siendo como eres recién nacido e infante todavía? Yo mismo estoy admirado de la fuerza

Biblioteca Nacional de España

que tendrás luego, pues no te precisa crecer mucho, oh cilenio, hijo de Maya.
409 Así dijo; y con las manos retorció las fuertes ligaduras... de agnocasto; y ellas se plantaron pronto y con facilidad en la tierra, debajo de los pies, allí mismo, confusamente vueltas las unas hacia las otras, junto a todas las agrestes vacas, por la voluntad de Hermes, que oculta su pensamiento (1). Apolo, al verlo, quedó admirado. Entonces el fuerte Argifontes miró de soslayo el lugar, lanzando fuego por los ojos..., deseando ocultarse. Pero fácilmente apaciguó al hijo de la gloriosa Leto, al que hiere de lejos, de la manera que quiso, aunque este último era robusto: tomando la tortuga con la mano izquierda, la probó con el plectro parte por parte: resonó aquélla fuertemente debajo de la mano, y Febo Apolo sonrió gozoso, pues el grato sonido de la voz divina había penetrado en su mente y un dulce deseo se apoderaba de su ánimo al escucharla. Tocando, pues, amablemente la lira, el hijo de Maya cobró ánimo y se puso a la izquierda de Febo Apolo; y pronto, además de tocar melodiosamente, cantaba un preludio—una agradable voz salía de su garganta —y celebraba a los inmortales dioses y la tierra obscura, cómo las primeras cosas empezaron a existir y de qué manera alcanzó cada ser lo que le estaba destinado. Honró con el canto, antes que a las demás deidades, a Mnemosine, madre de las Musas, a quien fué asignado por la suerte el hijo de Maya; y, en seguida, el preclaro hijo de Zeus fué celebrando a los inmortales dioses según su antigüedad y la manera cómo nació cada uno, refiriéndolo todo convenientemente y pulsando la cítara que apoyaba en el brazo. Apolo sintió en su pecho que un irresistible deseo se le adueñaba del ánimo, y, dirigiéndose a Hermes, profirió estas aladas palabras:
436 *Apolo.*—¡Matador de vacas, maquinador hábil, compañero celoso del festín! Tú haces cosas que valen tanto como cincuenta vacas. Creo que pronto nos separaremos pacíficamente. Mas ea, dime ahora, oh ingenioso hijo de Maya: ¿esas obras admirables han sido propias de ti desde tu nacimiento, o alguno de los inmortales dioses o de los mortales hombres te dió ese espléndido presente y te enseñó el divino canto? Pues oigo esa nueva y admirable voz que nunca oí de ninguno de los hombres ni de ninguno de los inmortales que poseen olímpicas moradas, sino solamente de ti, oh ladrón, hijo de Zeus y de Maya. ¿Cuál es esta arte? ¿Cuál esta musa de las irremediables inquietudes? ¿Cuál esta habilidad? Verdaderamente tres cosas se presentan a un mismo tiempo en ella, pues sirve para el deleite, para el amor y para coger el dulce sueño. Soy compañero de las Musas Olímpicas que tienen a su cuidado las danzas, la ilustre norma del canto, la modulación floreciente y el sonido encantador de las flautas; pero jamás ninguna otra cosa preocupó de tal suerte a mi espíritu como las hábiles acciones de los mancebos en los festines. Admiro, oh hijo de Zeus, cuán deliciosamente tocas la cítara. Ahora, ya que, siendo aún pequeñito, tie-

(1) Según unos (Baumeister, Hignard), habiendo querido Apolo atar las manos de Hermes con varitas de agnocasto, las varitas cayeron al suelo y arraigaron entre los pies de las vacas; según otros (Hermann, Franckins, Schneidewin), las ligaduras habían sido puestas a las vacas. También es obscuro qué es lo que representa ταί (ellas): si las ligaduras o las vacas. El párrafo entero ha llegado tan alterado, que no faltan autores que suprimen los versos 409-510 como apócrifos. Nosotros hemos preferido traducirlos literalmente, palabra por palabra, a darles una interpretación infundada o caprichosa.

Biblioteca Nacional de España

nes nobles pensamientos, siéntate, querido, y canta las alabanzas de los más antiguos. Gloria habrá para ti y para tu madre entre los inmortales: voy a decírtelo sinceramente: sí, por este dardo de cornejo, yo te conduciré glorioso y feliz a los inmortales, te haré espléndidos presentes y no te engañaré jamás.

463 Respondióle Hermes con astutas palabras:

464 *Hermes.*—Muy hábilmente me interrogas, oh tú que hieres de lejos, pero no me opondré a que aprendas mi arte. Hoy mismo lo sabrás. Quiero ser suave contigo con el pensamiento y con las palabras, ya que tu mente conoce bien todas las cosas. Porque tú, que eres bueno y fuerte, te sientas el primero entre los inmortales; a ti te quiere el próvido Zeus con toda justicia y te ha dado espléndidos presentes y honores; y dicen, oh tú que hieres de lejos, que tú has aprendido de boca de Zeus los vaticinios y todas las cosas divinas: sé yo mismo que de todo ello eres rico. De ti depende aprender lo que anhelas. Mas, puesto que tu ánimo desea pulsar la cítara, canta y pulsa la cítara y toma a tu cargo los placeres, recibiéndolo todo de mí; y tú, oh querido, dame gloria. Canta con arte, teniendo en las manos esta compañera de melodiosos sonidos que sabe hablar pulcra y convenientemente; y llévala tranquilo al abundante festín, a la encantadora danza y al comos amante de la gloria, regocijo de la noche y del día. A quien la interrogue siendo docto en el arte y en la sabiduría, le enseñará toda suerte de cosas gratas a la inteligencia, jugando fácilmente con las acostumbradas blanduras y huyendo de un trabajo penoso; mas a aquel que, inexperto, empezare a interrogarla con violencia, al punto le sonará en vano, desentonada e imprecisamente. De ti depende aprender lo que anhelas. Yo te regalaré esta cítara, ilustre hijo de Zeus; y luego, oh tú que hieres de lejos, con las agrestes vacas ocuparemos los pastos del monte y de la llanura criadora de caballos. Allí las vacas, después de unirse con los toros, parirán en abundancia y mezcladamente machos y hembras; y así no es preciso, por ávido que seas, que continúes irritado con tan excesiva vehemencia.

496 Así habiendo hablado, le ofreció la cítara, que tomó Febo Apolo; y éste, a su vez, concedió a Hermes que cuidara de las vacadas, usando un luciente látigo, que el hijo de Maya aceptó gozoso. El hijo glorioso de Leto, el soberano Apolo, el que hiere de lejos, cogió la cítara con la mano izquierda y la fué probando con el plectro parte por parte; la cítara resonó de penetrante modo y el dios cantó hermosamente.

503 Entonces hicieron volver las vacas al florido prado, y ellos, los gallardos hijos de Zeus, regresaron al nevoso Olimpo, deleitándose con la cítara; y el próvido Zeus se alegró y los juntó en amistad. Hermes amó constantemente al Letoída, como le ama todavía, desde que entregara como prenda la deliciosa cítara al que hiere de lejos, y éste, una vez instruido, se la pusiera al brazo y la pulsara; y Hermes descubrió también el arte de otra habilidad, pues produjo la voz de las siringas que se oye de lejos. Entonces el Letoída dirigióse a Hermes con estas palabras:

514 *Apolo.*—Temo, oh hijo de Maya, mensajero, taimado, que me hurtes la cítara y los curvados arcos; pues has recibido de Zeus la honra de hacer permutables los trabajos de los hombres en la fértil tierra. Mas si te avinieras a

Biblioteca Nacional de España

prestarme el gran juramento de los dioses, ya asintiendo con la cabeza, ya invocando la impetuosa agua de la Estix, harías una cosa agradable y acepta a mi corazón.

521 Entonces el hijo de Maya prometió, asintiendo con la cabeza, no robar nada de cuanto el que hiere de lejos poseyera, ni acercarse a su sólida casa; y Apolo Letoída asintió, en concordia y amistad, a que ningún otro dios ni hombre descendiente de Zeus le sería más querido entre los inmortales; y perfecto

. . . . . .

te haré mensajero (1) de los inmortales y de todos los hombres, caro y honorable a mi corazón; y te daré luego la hermosísima varita de la felicidad y de la riqueza, áurea, de tres hojas, la cual te guardará incólume, siendo poderosa para todos los dioses en virtud de las palabras y acciones buenas que declaro haber aprendido de la voz de Zeus. Pero, en cuanto al arte adivinatoria por la cual preguntas, oh bonísimo alumno de Zeus, no está decretado por la divinidad que lo aprendas tú ni otro alguno de los inmortales, pues así lo ha decidido la inteligencia de Zeus; y yo, a quien aquella arte se ha confiado, he asentido con la cabeza y prometido con firme juramento que ningún otro de los sempiternos dioses, fuera de mí, conocerá las prudentes decisiones de Zeus. Y tú, hermano, el de la áurea varita, no me mandes que revele cuantos divinales proyectos medita el largovidente Zeus. De los hombres dañaré a unos y protegeré a otros, recorriendo las múltiples familias de los míseros humanos. Se aprovechará de mi vaticinio el que venga guiado por la voz y el vuelo de aves agoreras: ése se aprovechará de mi vaticinio, pues no le engañaré. Pero el que, fiándose de aves que gritan en vano, quiera escudriñar irracionalmente mi vaticinio y entenderlo más que los sempiternos dioses, afirmo que ése habrá hecho el viaje en balde aunque yo le acepte sus dones. Otra cosa te diré, hijo de la gloriosa Maya y de Zeus que lleva la égida, numen utilísimo de los dioses: existen unas venerandas ninfas, hermanas de nacimiento, vírgenes, que se enorgullecen de sus veloces alas y son en número de tres; llevan empolvada de blanca harina la cabeza, tienen sus moradas en un repliegue del Parnaso, y fueron secretamente las maestras del arte adivinatoria que yo, apacentando bueyes y siendo todavía niño, practiqué sin que mi padre se preocupara por ello. Volando desde su morada, unas a un lado y otras a otro, se alimentan de panales y llevan a cumplimiento cada uno de sus propósitos. Cuando son agitadas por el furor profético, después de haber comido miel fresca, se prestan benévolamente a decir la verdad; pero si se ven privadas de la agradable comida de los dioses, mienten promoviendo tumulto unas con otras. Yo te las doy: deleita tu ánimo interrogándolas cuidadosamente; y, si instruyeres a algún hombre mortal, éste escuchará muchas veces tu voz cuando la ocasión se le ofrezca. Ten estas cosas, hijo de Maya, y cuida de las agrestes vacas de tornadizos pies, y de los caballos y de los mulos pacientes en el trabajo.

. . . . . .

y el glorioso Hermes reine sobre los leones de torva mirada, y los jabalíes de

(1) Proponemos la corrección ἄγγελον, mensajero, por σύμβολον, medio de reconocimiento.

Biblioteca Nacional de España

blancos dientes, y los perros, y las ovejas que cría la anchurosa tierra; y sea el único mensajero irrecusable para Hades, el cual, aunque indotado, le hará un presente que no será sin duda el más pequeño.

574 Así el soberano Apolo amó con toda suerte de amistad al hijo de Maya; y también el Cronión le otorgó su gracia. Y Hermes se comunica con todos, mortales e inmortales, y pocas veces les es útil; mas en un sinnúmero de ocasiones engaña, durante la obscuridad de la noche, a las familias de los mortales hombres.

579 Así, pues, salve, oh hijo de Zeus y de Maya; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

V

A AFRODITA

1 Musa, cuéntame las obras de la áurea Afrodita Cipria, que infunde en los dioses suaves deseos y subyuga las razas de los mortales hombres, las aves mensajeras de Zeus y las fieras todas, así las que cría en gran número el continente como las que nutre el mar; que a todos les preocupan las obras de Citerea, la de hermosa corona.

7 Pero hay tres diosas a quienes no ha podido persuadir el ánimo ni engañar. Una es la hija de Zeus que lleva la égida, Atenea, de ojos de lechuza; a quien no le placen las obras de la áurea Afrodita, sino las guerras y las obras de Ares, y luchas y combates y cuidarse de preclaras acciones. Fué ella quien primeramente enseñó a los artesanos que viven en la tierra a construir carretas y carros con adornos de bronce; y a las doncellas de delicado cuerpo, a hacer, dentro de sus cámaras, espléndidas labores que les sugería en la mente. Tampoco la risueña Afrodita ha domado con el amor a Ártemis, la de las flechas de oro, clamorosa; pues a ésta le gustan los arcos y cazar fieras en los montes, y las cítaras, y los coros, y los gritos desgarradores, y los bosques umbríos y una ciudad de hombres justos. Tampoco le gustan las obras de Afrodita a Hestía, doncella respetable a quien engendró el artero Cronos antes que a nadie y es, no obstante, la más joven por la voluntad de Zeus que lleva la égida; virgen veneranda que fué pretendida por Posidón y Apolo, pero no los quiso en modo alguno, sino que los rechazó porfiadamente y, tocando la cabeza de su padre Zeus, prestó un gran juramento que se ha cumplido: ser virgen todos los días. Y el padre Zeus dióle una hermosa recompensa: colocóla en medio de las casas, para que recibiera el suculento olor de los sacrificios. Se la honra además en todos los templos de los dioses y es para todos los mortales la más augusta de las deidades.

33 A estas tres Afrodita no les ha podido convencer el entendimiento, ni tampoco engañar; pero ningún otro ser se libra de ella, ni entre los bienaventurados dioses, ni entre los mortales hombres. Y hasta perturba la mente de Zeus que se complace en el rayo, a pesar de ser el más grande y el que ha obtenido mayores honras: cuando ella quiere, engaña su precavida inteligencia

Biblioteca Nacional de España

y logra fácilmente que se junte con hembras mortales y se olvide de Hera, su hermana y mujer, que es la más notable por su aspecto entre las inmortales diosas, fué engendrada la más gloriosa por el artero Cronos y tuvo por madre a Rea; y Zeus, que conoce los eternales decretos, hízola su veneranda consorte, entendida en cosas honestas.

45 Zeus, a su vez, inspiró en el corazón de Afrodita un dulce deseo de acoplarse con varón mortal, para que muy pronto ni ella estuviera exenta del concúbito humano; ni la misma Afrodita, amante de la risa, pudiera decir, gloriándose entre todos los dioses y sonriéndose dulcemente, que unía a los dioses con mujeres mortales que daban a los inmortales hijos mortales, y que juntaba asimismo a las diosas con los mortales hombres.

53 Inspiróle, pues, en el corazón, un dulce deseo de Anquises, que se hallaba apacentando vacas en las alturas del monte Ida, abundante en manantiales, y por su cuerpo parecía un inmortal. Así que le vió Afrodita, amante de la risa, se enamoró de él, sintiendo que un vehemente deseo se adueñaba de su albedrío. Fuése en seguida a Chipre, penetró en el perfumado templo de Pafos donde tenía un campo sagrado y un perfumado altar, y cerró las puertas espléndidas. Allí las Gracias la lavaron y ungieron con aceite inmortal, divino y sutil, que siempre estaba perfumado para ella; cuales cosas embellecen todavía más a los sempiternos dioses. Luego Afrodita, amante de la risa, revistió su cuerpo de hermosos vestidos, se adornó con oro y, dejando la olorosa Chipre, se lanzó hacia Troya, haciendo el viaje rápidamente, por lo alto, por entre las nubes. Llegó al Ida, abundante en manantiales, procreador de fieras; y, atravesando la montaña, se fué directamente al establo: iban tras ella, moviendo la cola, blanquecinos lobos, leones de torva mirada y veloces panteras, insaciables de carne de ciervo; y la diosa, al notarlo, sintió que se le alegraba el ánimo en la mente, y les infundió en el pecho un dulce deseo, y todos fueron acostándose por parejas en los sombríos vericuetos. Llegó en esto a la bien construída cabaña y halló al héroe Anquises que tenía la belleza de un dios y se había quedado en el establo, solo, alejado de sus compañeros. Éstos se habían ido todos, con las vacas, por los prados herbosos; y él se había quedado en el establo, solo, alejado de los demás, e iba acá y acullá pulsando vigorosamente la cítara. Afrodita, hija de Zeus, se detuvo a su presencia, habiendo tomado la estatura y el aspecto de una doncella libre de todo yugo: no fuera que, al contemplarla Anquises con sus ojos, le tuviese temor. Anquises, al verla, se quedó pensativo y admiraba su aspecto, su estatura y sus vestidos espléndidos. Afrodita se había revestido de un peplo más brillante que el resplandor del fuego, llevaba retorcidos brazaletes y lucientes agujas; tenía alrededor de su tierno cuello bellísimos collares, pulcros, áureos, de variada forma; y en su tierno pecho brillaba una especie de luna, encanto de la vista. El deseo amoroso se apoderó de Anquises, quien, vuelto hacia ella, así le dijo:

92 *Anquises.*—Salve, oh reina, que has venido a estas moradas, seas cual fueres de las bienaventuradas diosas—o Ártemis, o Leto, o la áurea Afrodita, o la noble Temis, o Atenea, la de ojos de lechuza;—o quizás has

Biblioteca Nacional de España

llegado aquí siendo una de las Gracias, que acompañan a todos los dioses y son llamadas inmortales; o eres alguna de las ninfas que pueblan los hermosos bosques o de las que habitan este hermoso monte, las fuentes de los ríos y los prados herbosos. Yo te erigiré un altar en una atalaya, en sitio abierto por todos lados, y te ofreceré hermosos sacrificios en cada estación; y tú, con ánimo benévolo, concédeme que sea ilustre entre los troyanos y haz que tenga floreciente prole, que viva bien y largo tiempo, que mezclado con el pueblo contemple dichoso la luz del sol, y que llegue hasta el umbral de la vejez.

107 Afrodita, hija de Zeus, respondióle en el acto:

108 *Afrodita.*—Oh Anquises, el más glorioso de los hombres que de la tierra han nacido, no soy ciertamente una diosa—¿por qué me confundes con las inmortales?,—sino mortal, y mujer fué la madre que me dió a luz. Mi padre es Otreo, de ínclito nombre, si acaso lo has oído nombrar, y reina sobre toda la Frigia bien amurallada. Conozco bien vuestra lengua y la mía, por haberme criado en el palacio una nodriza troyana que me crió constantemente desde que me recibió de mi madre, siendo yo muy pequeñita; por esto conozco bien vuestra lengua. Ahora el Argifontes, el de la varita de oro, me arrebató de un coro de Ártemis, que lleva arco de oro y es amante del bullicio. Muchas ninfas y doncellas de rico dote jugábamos, y una multitud inmensa formaba en torno nuestro una corona: de allí me arrebató el Argifontes, el de la varita de oro, quien me condujo por cima de muchas tierras cultivadas por los mortales hombres y por cima de otras no sorteadas ni cultivadas en las cuales las fieras carnívoras vagan por los sombríos vericuetos—parecíame que no tocaba con mis pies la fértil tierra—y me dijo que cabe al lecho de Anquises sería llamada legítima esposa y te daría a ti hijos ilustres. Así que me mostró el sitio y me hubo hablado, volvióse el fuerte Argifontes a las familias de los inmortales; y yo vine a encontrarte, obligada por dura necesidad. Mas, por Zeus te lo suplico y por tus padres nobles, pues unos viles no te habrían engendrado tal cual eres: llévame, no rendida aún e inexperta en amores, y muéstrame a tu padre y a tu madre entendida en cosas honestas y a tus hermanos nacidos de tu mismo linaje; que no seré para aquéllos una nuera indigna, sino tal cual les corresponde. Manda pronto un mensajero a los frigios de ágiles corceles, para que se lo participen a mi padre y a mi madre que está ansiosa, los cuales te enviarán abundante oro y vestiduras tejidas; y tú recibe muchos y espléndidos regalos. Y después que esto hicieres, celebra con un convite las deseadas nupcias a fin de que sean honorables para los hombres y los inmortales dioses.

143 Dicho esto, la diosa inspiróle en el corazón un dulce deseo. El amor se apoderó de Anquises, quien profirió estas palabras dirigiéndose a ella:

145 *Anquises.*—Si eres mortal y fué mujer la madre que te dió a luz, y tu padre es Otreo de ínclito nombre, según dices, y has venido aquí por la voluntad de Hermes, el nuncio inmortal, en adelante serás llamada esposa mía todos los días; y ninguno de los dioses ni de los mortales hombres me detendrá hasta haberme unido amorosamente contigo, aunque el mismo Apolo, el que hiere de lejos, me tirara luctuosas flechas con su arco de plata. Yo qui-

Biblioteca Nacional de España

siera, oh mujer semejante a una diosa, subir a tu lecho y hundirme luego en la mansión de Hades.

155 Así diciendo, cogióle la mano; y Afrodita, amante de la risa, vuelta hacia atrás y con los ojos bajos, se deslizaba hacia el lecho bien aparejado, hacia el lugar donde solían disponerlo para el rey con suaves colchas, encima de las cuales estaban echadas pieles de osos y de leones de ronca voz que él mismo había matado en los altos montes. Así que llegaron al lecho bien construido, Anquises le fué quitando los relucientes adornos—broches, redondos brazaletes, sortijas y collares,—le desató la faja, la desnudó del espléndido vestido, que puso en una silla de clavazón de plata; y en seguida, por la voluntad de los dioses y por disposición del hado, él, que era mortal, se acostó con una diosa inmortal sin saberlo claramente.

168 A la hora en que los pastores hacen volver de los floridos prados al establo los bueyes y las pingües ovejas, la diosa derramó sobre Anquises un dulce y suave sueño, y empezó a cubrir su cuerpo con el hermoso vestido. Cuando la divina entre las diosas hubo colocado alrededor de su cuerpo todas las prendas, quedóse en pie dentro de la cabaña: su cabeza tocaba al techo bien construido y en sus mejillas brillaba una belleza inmortal, cual es la de Citerea, de hermosa corona. Entonces le despertó del sueño, le llamó y le dijo estas palabras:

177 *Afrodita.*—Levántate, Dardánida: ¿por qué duermes con sueño tan profundo? Dime si te parece que soy semejante a aquélla que contemplaste primeramente con tus ojos.

180 Así dijo; y él, recordando de su sueño, pronto la oyó. Y así que vió el cuello y los ojos hermosos de Afrodita, turbóse y, desviando la vista, la dirigió a otro lado. Cubrióse nuevamente el rostro con la manta, y, suplicante, estas aladas palabras le dijo:

185 *Anquises.*—Cuando por vez primera te vi con mis ojos, conocí, oh diosa, que eras una deidad; pero tú no me hablaste sinceramente. Mas ahora te suplico por Zeus, que lleva la égida, que no permitas que yo habite entre los hombres y viva lánguidamente; antes bien compadécete de mí, que no es de larga vida el varón que se acuesta con las inmortales diosas.

191 Afrodita, hija de Zeus, respondióle en el acto:

192 *Afrodita.*—¡Oh Anquises, el más glorioso de los mortales hombres! Cobra ánimo y no temas excesivamente en tu corazón; que ningún temor has de abrigar de que te venga algún mal de mi parte ni de la de los demás bienaventurados, pues eres caro a los dioses. Tendrás un hijo, que reinará sobre los troyanos y de su estirpe nacerán perpetuamente hijos tras hijos. Su nombre será Eneas (Αἰνείας) a causa del terrible dolor (αἰνὸν ἄχος) que se apoderó de mí por haber caído en la cama de un hombre mortal. Siempre los de vuestro linaje han sido, entre los mortales hombres, los más semejantes a los dioses por su aspecto y por su natural.—Así el próvido Zeus robó al rubio Ganimedes por su belleza, para que estuviera entre los inmortales y en la morada de Zeus escanciara a los dioses, ¡cosa admirable de ver!; y ahora, honrado por todos los inmortales, saca el dulce néctar de una cratera de oro. Inconsolable pesar se apoderó del alma de su padre Tros, que ignoraba adonde la divinal tem-

Biblioteca Nacional de España

pestad le había arrebatado el hijo, y desde entonces lo lloraba constantemente, todos los días; pero Zeus se apiadó de él y le dió a cambio del hijo caballos de ágiles pies, de los que usan los inmortales. Se los dió de regalo para que los poseyera, y el mensajero Argifontes se lo explicó todo por orden de Zeus: que Ganimedes sería inmortal y se libraría de la vejez como los dioses. Y desde que oyó el mensaje de Zeus ya no lloró más; sino que se alegró interiormente, en su corazón, y alegre se dejaba conducir por los caballos de pies rápidos como el viento.—A su vez la Aurora robó a Titono, de vuestro linaje, parecido a los inmortales. Fué luego a pedir a Zeus, el de las negras nubes, que aquél fuese inmortal y viviese todos los días; y Zeus asintió y le realizó el voto. ¡Oh insensata! No atinó en su mente la veneranda Aurora a impetrar para él una juventud perpetua a fin de arrancarle de la vejez funesta. Y así, mientras le duró la amabilísima juventud, habitaba junto a las corrientes del Océano en los confines de la tierra, y se deleitaba con la Aurora, la de áureo solio, hija de la mañana; mas cuando las primeras canas se esparcieron por su hermosa cabeza y por su poblada barba, la veneranda Aurora se abstuvo de su lecho y, conservándolo en el palacio, lo alimentaba con manjares y ambrosía, y le daba hermosas vestiduras. Pero al punto que lo abrumó completamente la odiosa vejez y ya no pudo mover ni levantar ninguno de sus miembros, a ella le vino a la mente que la mejor resolución sería la que tomó: lo puso en el tálamo y ajustó las puertas espléndidas. Desde entonces la voz de Titono fluye continuamente, pero ningún vigor le queda del que antes tenía en los flexibles miembros.—No de este modo te quisiera inmortal entre inmortales, y que vivieras todos los días. Si vivieras siendo cual eres en figura y cuerpo, y fueses llamado esposo mío, el pesar no envolvería mi prudente espíritu. Mas ahora pronto te envolverá la senectud cruel, que a todos los hombres alcanza, funesta, fatigosa, aborrecida de los mismos dioses. Y yo tendré que sufrir por tu causa perpetuamente, todos los días, una gran afrenta entre los inmortales dioses; quienes temían antes mis coloquios y ardides con los cuales junté en otro tiempo a todos los inmortales con mujeres mortales, pues mi inteligencia a todos los subyugaba. Mas ahora ya no se abrirá mi boca para hablar de tales cosas entre los inmortales, pues he cometido un pecado muy grande, atroz e infando: se me extravió la mente y, habiéndome acostado con un mortal, llevo un hijo debajo de la faja. Tan pronto como éste vea la luz del sol, lo criarán las ninfas montaraces, de profundo seno, que habitan este monte grande y divino; no obedecen ni a mortales ni a inmortales; viven largo tiempo, alimentándose con divinal manjar; y danzan en hermoso coro ante los inmortales. Con ellas se unen amorosamente los Silenos y el vigilante Argifontes en el fondo de deleitosas cuevas. Cuando nacen las ninfas, brotan simultáneamente de la fértil tierra abetos o encinas de elevada copa; árboles hermosos, que florecen en los altos montes, hállanse en lugares abruptos, forman los llamados bosques de los inmortales, y jamás los mortales los cortan con el hierro. Mas cuando la Parca de la muerte se les presenta a las ninfas, sécanse primero los hermosos árboles sobre la tierra, marchítase la corteza alrededor del tronco, caen las ramas, y al mismo tiempo dejan la luz del sol

Biblioteca Nacional de España

las almas de aquéllas. Las ninfas, pues, criarán mi hijo, teniéndolo con ellas, y así que le llegue la muy amable pubertad, las diosas lo traerán aquí y te mostrarán el niño. Y cinco años después—para que en mi espíritu pase revista a todas estas cosas—volveré en persona a traerte el hijo. Tan pronto como veas con tus ojos semejante retoño, gozarás contemplándolo—pues será muy semejante a los dioses—y lo llevarás en seguida a la ventosa Ilión. Y si alguno de los mortales hombres te preguntare qué madre puso, para ti, tu amado hijo debajo de su faja, acuérdate de hablarle así como te lo mando: dile que es prole de una de las ninfas de cutis suave como botón de rosa, que pueblan esta montaña vestida de bosque. Mas si, gloriándote con ánimo insensato, revelaras que te has unido amorosamente con Citerea de hermosa corona, Zeus, irritándose, te heriría con el ardiente rayo. Todo te lo he dicho: tú medítalo en tu mente, domínate y no me nombres, temiendo la cólera de los dioses.

291 Así habiendo hablado, lanzóse rápidamente al ventoso cielo.

292 Salve, diosa que reinas sobre la bien construida Chipre: habiendo empezado por ti, pasaré a otro himno.

VI

A AFRODITA

1 Cantaré a la de áurea corona, veneranda y hermosa Afrodita, a quien se adjudicaron las ciudadelas todas de la marítima Chipre, adonde el fuerte y húmedo soplo del Céfiro la llevó por las olas del estruendoso mar entre blanda espuma; las Horas, de vendas de oro, recibiéronla alegremente y la cubrieron con divinales vestiduras, pusieron sobre su cabeza inmortal una bella y bien trabajada corona de oro y en sus agujereados lóbulos flores de oricalco y de oro precioso, y adornaron su tierno cuello y su blanco pecho con los collares de oro con que se adornan las mismas Horas, de vendas de oro, cuando en la morada de su padre se juntan al coro encantador de las deidades. Mas, así que hubieron colocado todos estos adornos alrededor de su cuerpo, lleváronla a los inmortales: éstos, al verla, la saludaron, le tendieron las manos, y todos deseaban llevarla a su casa para que fuera su legítima esposa, admirados de la belleza de Citerea, de corona de violetas.

19 Salve, diosa de arqueadas cejas, dulce como la miel; concédeme que alcance la victoria en este certamen y da gracia a mi canto. Y yo me acordaré de ti y de otro canto.

VII

A DIÓNISO

1 Recordaré de Dióniso, hijo de la gloriosa Semele, cómo apareció en la orilla del mar estéril, sobre un promontorio saliente, parecido a un mancebo

Biblioteca Nacional de España

que acaba de llegar a la juventud: hermosos cabellos negros colgaban de su cabeza y llevaba en sus robustas espaldas una capa purpúrea. Pronto se le acercaron por el vinoso mar en nave de bellas tablas unos piratas tirrenos—¡su mala suerte los conducía!,—quienes, al verle, hiciéronse señas, saltaron rápidamente a tierra, lo cogieron en seguida y lo llevaron a la nave, alegrándose en su corazón. Figurábanse que sería hijo de reyes, alumnos de Zeus, y quisieron atarlo con fuertes ligaduras. Pero las ligaduras no le sujetaron, sino que los mimbres cayeron lejos de sus manos y de sus pies, y él se sentó sonriéndose en sus negros ojos. Advirtiólo el piloto y en seguida exhortó a sus compañeros, a quienes dijo:

17 *El piloto.*—¡Desdichados! ¿Qué dios poderoso es ése a quien habéis cogido y atado? Ni llevarle puede la nave bien construida. Ése es sin duda Zeus, o Apolo, el del arco de plata, o Posidón; pues no se parece a los mortales hombres, sino a los dioses que poseen olímpicas moradas. Mas, ea, dejémosle cuanto antes en la negra tierra y no pongáis en él vuestras manos: no sea que, irritado, suscite fuertes ventoleras y un recio huracán.

25 Así dijo, y el capitán le increpó con áspero lenguaje:

26 *El capitán.*—¡Desdichado! Observa tú el viento y tira de la vela, luego que hayas recogido los aparejos todos; que de ése se cuidarán los demás hombres. Espero que llegará a Egipto, a Chipre, a los Hiperbóreos o aún más lejos, y que al fin nos dará a conocer sus amigos, sus bienes todos y sus hermanos, pues un dios lo pone en nuestras manos.

32 Habiendo hablado así, izó el mástil y descogió la vela de la nave. El viento hinchió el centro de la vela, y a sus lados colocaron los aparejos; pero pronto se les presentaron cosas admirables. Primeramente un vino dulce y perfumado manaba en sonoros chorros dentro de la nave, despidiendo un olor divino: quedáronse atónitos los marineros cuando lo notaron. Luego, una parra se extendió al borde de la vela, acá y acullá, y de ella colgaban muchos racimos; se enroscó alrededor del mástil una obscura hiedra lozana y florida, de la cual salían lindos frutos; y aparecieron con coronas todos los escálamos: al advertirlo, mandaron al piloto que acercara la nave a tierra. Pero Dióniso, dentro de la nave y en su parte más alta, se transformó en espantoso león que dió un gran rugido; y, en medio de ella, creó—mostrando señales—una osa de erizado cuello, que se levantó furiosa, mientras el león desde las tablas más altas miraba torva y terriblemente. Entonces huyeron a la popa, junto al piloto de prudente espíritu, y allí se detuvieron estupefactos. Mas el león se lanzó de repente y cogió al capitán; y los demás, así que lo vieron, con el fin de librarse del funesto hado, saltaron todos juntos afuera, al mar divino, y convirtiéronse en delfines. Dióniso, compadecido del piloto, lo detuvo, lo hizo completamente feliz y le dijo:

55 *Dióniso.*—Tranquilízate, piloto divino, que has hallado gracia en mi corazón: yo soy el bullicioso Dióniso, a quien dió a luz una madre cadmea, Semele, después de unirse amorosamente con Zeus.

58 Salve, hijo de Semele, la de lindos ojos, que no es posible adornar el dulce canto sin acordarse de ti.

Biblioteca Nacional de España

VIII

A ARES

1 Ares prepotente, que combas los carros con tu peso, de casco de oro, portador de escudo, salvador de ciudades, armado de bronce, de fuerte brazo, infatigable, poderoso por tu lanza, antemural del Olimpo, padre de la Victoria de una guerra justa; auxiliar de Temis, dominador de los enemigos, caudillo de los hombres más justos, portacetro del valor, que haces girar el círculo de ígneos resplandores del éter entre la constelación de las siete estrellas, allí donde los caballos llenos de fuego te conducen siempre por cima del tercer círculo: oye, aliado de los mortales, dador de la robusta juventud, que desde lo alto haces brillar suave resplandor sobre nuestra vida y nos inspiras el marcial denuedo; ojalá yo pudiera apartar de mi cabeza la amarga cobardía, reprimir en mi mente el errado impulso del alma y contener el ardor estimulante de mi corazón, que me instiga a emprender la lucha horrenda. Pero tú, oh bienaventurado, dame valor para vivir bajo las leyes benéficas de la paz, después de haberme librado del tumulto de los enemigos y de las Parcas violentas.

IX

A ÁRTEMIS

1 Celebra, oh Musa, a Ártemis, hermana del que hiere de lejos, virgen que se complace en las flechas, criada juntamente con Apolo; la cual, después de abrevar sus caballos en el Meles, de altos juncos, conduce velozmente su carro de oro, a través de Esmirna, a Claros, abundante en viñas; donde se halla Apolo, el del arco de plata, aguardando a la que lanza a lo lejos y se huelga en las flechas.

7 Así, pues, regocíjate con este canto, y contigo todas las diosas; y yo, que te celebro primeramente a ti y por ti comienzo a cantar, habiendo ahora comenzado por ti, pasaré a otro himno.

X

A AFRODITA

1 Cantaré a Citerea, nacida en Chipre, la cual hace dulces presentes a los mortales y en su amable rostro siempre sonríe, y lleva (1) una amable flor.

4 Salve, oh diosa, que imperas en Salamina bien construida y en toda Chipre: dame el amable canto y yo me acordaré de ti y de otro canto.

---

(1) Aceptamos la variante φέρει en vez de θέει.

Biblioteca Nacional de España

XI

A ATENEA

1 Empiezo a cantar a la poderosa Palas Atenea, protectora de las ciudades, que se cuida, juntamente con Ares, de las acciones bélicas, de las ciudades tomadas, de la gritería y de los combates; y libra al pueblo al ir y al volver (del combate).

5 Salve, diosa; y danos suerte y felicidad.

XII

A HERA

1 Canto a Hera, la de áureo trono, a quien Rea dió a luz; reina inmortal de extremada belleza; hermana e ínclita esposa de Zeus tonante; a la cual todos los bienaventurados honran reverentes, en el vasto Olimpo, como a Zeus que se huelga con el rayo.

XIII

A DEMÉTER

1 A Deméter, la veneranda deidad de hermosa cabellera, comienzo a cantar; a ella y a su hija, la bellísima Persefonea.

3 Salud, oh diosa, salva esta ciudad y da principio al canto.

XIV

A LA MADRE DE LOS DIOSES

1 Celebra, oh Musa melodiosa, a la Madre de todos los dioses y de todos los hombres, hija del gran Zeus, a la cual agradan el chocar de los crótalos y de los tímpanos con el sonar simultáneo de las flautas, el aullar de los lobos, el rugir de los leones de relucientes ojos, los montes resonantes, y los valles cubiertos de bosque.

6 Así, pues, regocíjate con este canto y contigo todas las diosas.

XV

A HERACLES CORAZÓN DE LEÓN

1 Cantaré a Heracles, hijo de Zeus, a quien Alcmena parió el más valiente de los terrenales hombres en Tebas, de hermosos coros, después de haberse

Biblioteca Nacional de España

juntado con Zeus, el de las sombrías nubes. Heracles ejecutó en otro tiempo muchas cosas extraordinarias, acciones eminentes, vagando por la tierra inmensa y por el mar, según se lo ordenaba el rey Euristeo; mas ahora habita alegre una linda morada del nevoso Olimpo y posee a Hebe, la de hermosos tobillos.

9 Salve, soberano hijo de Zeus; dame valor y felicidad.

XVI

A ASCLEPIO

1 Empiezo cantando al que cura las enfermedades, a Asclepio, hijo de Apolo, que nació de la divina Coronis, hija del rey Flegias, en la llanura Dotio; alegría grande para los hombres y apaciguador de funestos dolores.

5 Así, pues, salve, oh rey; yo te imploro por medio de este canto.

XVII

A LOS DIOSCUROS

1 Canta, oh Musa melodiosa, a Cástor y Polideuces, Tindáridas, engendrados por Zeus Olímpico: diólos a luz bajo las cumbres del Taigeto la veneranda Leda, que se había unido secretamente con el Cronión, el de las sombrías nubes.

5 Salud, Tindáridas, jinetes de rápidos corceles.

XVIII

A HERMES

1 Canto a Hermes cilenio Argifontes que impera en Cilene y en Arcadia, abundante en ganado, utilísimo nuncio de los inmortales, a quien dió a luz la veneranda Maya, hija de Atlante, habiéndose unido amorosamente con Zeus: ésta evitaba la sociedad de los bienaventurados dioses, habitando una gruta sombría donde el Cronión acostumbraba unirse con la ninfa de hermosas trenzas en la obscuridad de la noche, tan pronto como el dulce sueño rendía a Hera, la de níveos brazos; y de esta manera logró pasar inadvertido para los inmortales dioses y para los mortales hombres.

10 Y así, salve, hijo de Zeus y de Maya; y yo, habiendo comenzado por ti, pasaré a otro himno.

12 Salve, Hermes, causante de alegría, internuncio, dador de bienes.

Biblioteca Nacional de España

XIX

A PAN

1 Háblame, Musa, del hijo amado de Hermes, caprípedo, bicorne, amante del bullicio, que frecuenta los valles poblados de árboles con las ninfas acostumbradas a las danzas; las cuales pisan las cumbres de escarpadas rocas invocando a Pan, dios de los pastores, de espléndida cabellera, escuálido, a quien se le adjudicaron las colinas nevadas, las cumbres de los montes y los senderos pedregosos. Aquél anda acá y acullá, y unas veces atraviesa espesos matorrales, atraído por las mansas corrientes, y otras pasa por entre escarpadas rocas y sube a la más alta cumbre para contemplar sus ovejas. A menudo corre por las altas blanquecinas montañas; a menudo sigue las laderas y mata fieras que distingue su penetrante vista; en ocasiones, por la tarde y al volver de la caza, grita y modula con sus cañas agradable canto: no le superaría en el cantar el ave que, lamentándose entre las hojas de la florida primavera, emite suavísimo canto. Entonces las melodiosas ninfas montaraces, acompañándole con pie ligero a la fuente de aguas profundas, cantan y el eco resuena en torno de la cumbre del monte; y el dios ora se dirige con pie ligero acá y acullá de los coros, ora penetra en medio de ellos, llevando una rojiza piel de lince sobre la espalda y alegrando su corazón con melodiosas canciones en la blanda pradera donde el azafrán y el jacinto, floridos y olorosos, se mezclan confusamente con la hierba.

27 Las ninfas celebran a los dioses bienaventurados y al vasto Olimpo: y así cantan también a Hermes, que sobresale entre los demás; dicen que es el veloz nuncio de todos los dioses, y cuentan cómo se fué a la Arcadia, rica en manantiales y madre de ovejas, donde está el bosque sagrado del cilenio. Allí, a pesar de ser dios, apacentaba ovejas de polvorienta lana en casa de un hombre mortal, porque ya echaba flor el tierno deseo que le había venido de unirse amorosamente con una ninfa de hermosas trenzas, hija de Dríope; y consumó al fin las floridas nupcias; y ella le dió a Hermes, en su casa, un hijo amado que desde luego se presentó monstruoso a su vista: caprípedo, bicorne, bullicioso, de dulce sonrisa; y la ninfa se levantó y echó a correr—abandonando al niño la que debía amamantarlo,—pues le entró miedo al ver aquella faz desagradable y barbuda. En seguida el benéfico Hermes lo recibió y tomó en sus brazos, y el dios se alegró extraordinariamente en su corazón. Y envolviendo al niño en las tupidas pieles de una liebre montés, encaminóse rápidamente a la mansión de los inmortales, sentóse junto a Zeus y los demás inmortales y les presentó su hijo: todos los inmortales se regocijaron en su corazón y más que nadie Dióniso Baquio, y le llamaron Pan porque a todos (πᾶσιν) les había regocijado el alma.

48 Y así, salve, oh rey, a quien imploro por medio de este canto; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

Biblioteca Nacional de España

XX

A HEFESTO

1 Canta, oh Musa melodiosa, a Hefesto célebre por su inteligencia, a aquél que juntamente con Atenea, la de ojos de lechuza, enseñó acá en la tierra trabajos espléndidos a los hombres, que antes vivían en las montañas, dentro de cuevas, y ahora, gracias a los trabajos que les enseñó Hefesto, el ilustre artífice, pasan agradablemente el tiempo, durante el año, tranquilos en sus casas.

8 Mas sénos propicio, oh Hefesto, y otórganos el valor y la felicidad.

XXI

A APOLO

1 Oh Febo, el cisne te canta melodiosamente debajo de sus alas mientras va saltando en la orilla, junto al río Peneo, abundante en remolinos; y el aedo de dulce lenguaje te canta siempre el primero y el último, pulsando la melodiosa cítara.

5 Así, pues, salve, oh rey, a quien intento propiciar con el canto.

XXII

A POSIDÓN

1 Empiezo un canto relativo a Posidón, gran dios, que sacude la tierra y el mar estéril, deidad marina que posee el Helicón y la anchurosa Egas. Una doble honra te asignaron los dioses, oh tú que bates la tierra: ser domador de caballos y salvador de naves.

6 Salve, Posidón, que ciñes la tierra y llevas cerúlea cabellera: oh bienaventurado, socorre a los navegantes con corazón benévolo.

XXIII

A ZEUS

1 Cantaré a Zeus, el mejor y más grande de los dioses, largovidente, poderoso y perfecto; que tiene frecuentes coloquios con Temis, sentada a su lado e inclinada hacia él.

4 Sénos propicio, largovidente Cronida, gloriosísimo, máximo.

Biblioteca Nacional de España

XXIV

A HESTÍA

1 Oh Hestía, que en la divinal Pilos proteges la sagrada mansión del soberano Apolo, el que hiere de lejos; de tus trenzas fluye siempre húmedo aceite. Ven a esta casa, ven con ánimo benévolo en compañía del próvido Zeus, y al mismo tiempo da gracia a mi canto.

XXV

A LAS MUSAS Y A APOLO

1 Voy a comenzar por las Musas, Apolo y Zeus. Pues gracias a las Musas y al flechador Apolo existen en la tierra aedos y citaristas, pero los reyes proceden de Zeus (1). Dichoso aquél a quien las Musas aman: de su boca fluye suavemente la palabra.

6 Salud, oh hijas de Zeus, honrad mi canto; y yo me acordaré de vosotras y de otro canto.

XXVI

A DIÓNISO

1 Empiezo cantando al bullicioso Dióniso, coronado de hiedra, hijo preclaro de Zeus y de la gloriosa Semele, a quien criaron las ninfas de hermosas trenzas, después de recibirlo en su seno de manos del soberano padre, en los valles de Nisa; y por la voluntad de su padre creció en una perfumada cueva, figurando en el número de los inmortales. Criado por las diosas el que tenía de ser objeto de tantos himnos, solía frecuentar los selvosos vericuetos, coronado de hiedra y de laurel; las ninfas le seguían y él las guiaba; y el estrépito llenaba la inmensa selva.

11 Y así, salve, ¡oh Dióniso, el de los muchos racimos! Concédenos que podamos llegar nuevamente y con alegría a estas horas; y, partiendo de estas horas, a muchos años.

XXVII

A ÁRTEMIS

1 Canto a Ártemis, la del arco de oro, tumultuosa, virgen veneranda, que hiere a los ciervos, que se huelga con las flechas, hermana germana de Apolo,

(1) Lo mismo se lee en la *Teogonía* de Hesíodo, v. 94 a 97.

Biblioteca Nacional de España

el de la espada de oro; la cual, deleitándose en la caza por los umbríos montes y las ventosas cumbres, tiende su arco, todo él de oro, y arroja dolorosas flechas; y tiemblan las cumbres de las altas montañas, resuena horriblemente la umbría selva con el bramido de las fieras y se agitan la tierra y el mar abundante en peces; y ella, con corazón esforzado, va y viene por todas partes destruyendo la progenie de las fieras. Mas cuando la que acecha las fieras y se complace en las flechas se ha deleitado, regocijando su mente, desarma su arco y se va a la gran casa de su querido hermano Febo Apolo, al rico pueblo de Delfos, para disponer el coro hermoso de las Musas y de las Gracias. Allí, después de colgar el flexible arco y las flechas, se pone al frente de los coros y los guía, llevando el cuerpo graciosamente adornado; y aquéllas, emitiendo su voz divina, cantan a Leto, la de hermosos tobillos, y cómo parió hijos que tanto superan a los demás inmortales por su inteligencia y por sus obras.

21 Salud, hijos de Zeus y de Leto, de hermosa cabellera; mas ya me acordaré de vosotros y de otro canto.

XXVIII

A ATENEA

1 Comienzo cantando a Palas Atenea, deidad gloriosa, de ojos de lechuza, sapientísima, de corazón implacable, virgen veneranda, protectora de ciudades, robusta, Tritogenia, a quien el próvido Zeus engendró por sí solo en su augusta cabeza, dándola a luz revestida de armas guerreras, áureas, resplandecientes: un sentimiento de admiración se apoderó de todos los inmortales que lo contemplaron. Delante de Zeus, que lleva la égida, saltó aquélla impetuosamente desde la cabeza inmortal, blandiendo el agudo dardo; y el vasto Olimpo se estremeció terriblemente por la fuerza de la de ojos de lechuza, la tierra resonó horrendamente a su alrededor, y el ponto se conmovió revolviendo sus olas purpúreas. Pero de repente se calmó el agua salobre y el preclaro hijo de Hiperión detuvo largo tiempo los corceles de pies ligeros, hasta que la virgen Palas Atenea se hubo quitado de sus hombros inmortales las divinas armas; y alegróse el próvido Zeus.

17 Y así, salve, hija de Zeus que lleva la égida; mas yo me acordaré de ti y de otro canto.

XXIX

A HESTÍA

1 Oh Hestía, tú en las excelsas mansiones de los dioses inmortales y de los hombres que andan por la tierra alcanzaste una morada eterna, honor antiguo. Tienes esta hermosa recompensa y honor, pues sin ti no hay banquetes para los mortales; que en ninguno deja de comenzarse libando el vino dulce como

Biblioteca Nacional de España

la miel a Hestía en primero y último lugar. Y también tú, Argifontes, hijo de Zeus y de Maya, mensajero de los bienaventurados, que llevas la varita de oro, dador de bienes, pues ambos habitáis bellas mansiones que a los dos os son gratas . . . . . .
séme propicio y socórreme con la veneranda y amada Hestía: ambos conocéis las bellas acciones de los hombres terrestres y sois los compañeros de la inteligencia y de la juventud.

13 Salve, hija de Cronos, tú y Hermes, el de la varita de oro; mas yo me acordaré de vosotros y de otro canto.

XXX

A LA TIERRA MADRE DE TODOS

1 Cantaré a la Tierra, madre de todas las cosas, bien cimentada, antiquísima, que nutre sobre la tierra todos los seres que existen: cuantos seres se mueven en la tierra divina o en el mar y cuantos vuelan, todos se nutren de tus riquezas. De ti proceden los hombres que tienen muchos hijos y abundantes frutos, oh venerable; a ti te corresponde dar y quitar la vida a los mortales hombres. Feliz aquel a quien tú honras, benévola, en tu corazón, pues todo lo tiene en gran abundancia. Para hombres tales la fértil tierra se carga de frutos, en el campo abunda el ganado, y la casa se les llena de bienes; ellos reinan, con leyes justas, en ciudades de hermosas mujeres, y una gran felicidad y riqueza los acompaña; sus hijos se vanaglorian con pueril alegría; las doncellas juegan y saltan, con ánimo alegre y en coros florecientes, sobre las blandas flores de la hierba. Tales son los que tú honras, veneranda, pródiga diosa.

17 Salve, madre de los dioses, esposa del estrellado Cielo. Dame, benévola, por este canto una vida que sea grata a mi ánimo; mas yo me acordaré de ti y de otro canto.

XXXI

AL SOL

1 Comienza, oh musa Calíope, hija de Zeus, a celebrar de nuevo al resplandeciente Sol, a quien Eurifaesa, de ojos de novilla, dió a luz para el hijo de la Tierra y del estrellado Cielo. Casó, pues, Hiperión con la gloriosa Eurifaesa, su hermana germana, la cual le dió hermosos hijos: la Aurora, de rosados brazos, la Luna, de lindas trenzas, y el infatigable Sol, parecido a los inmortales. Éste, subido en su carro, alumbra a los mortales y a los inmortales dioses y echa terribles miradas con sus ojos desde el interior del áureo casco; salen de él rayos relucientes que brillan espléndidamente; debajo de sus sienes, las mejillas centelleantes del casco encierran su faz gloriosa que resplandece de lejos; en

Biblioteca Nacional de España

torno de su cuerpo reluce, al soplo del viento, la hermosa y finamente labrada vestidura y, debajo, los corceles; y por la tarde (1) detiene el carro de áureo yugo y los caballos, y los envía al Océano a través del cielo.

17 Salve, oh rey; dame, benévolo, una vida que sea grata a mi ánimo; y, habiendo empezado por ti, celebraré el linaje de los hombres semidioses, de voz articulada, cuyas obras mostraron los númenes a los hombres.

XXXII

A LA LUNA

1 ¡Oh Musas de suave voz, hijas de Zeus Cronida, hábiles en el canto! Enseñadme a cantar la Luna, de abiertas alas, cuyo resplandor sale de su cabeza inmortal, aparece en el cielo y envuelve la tierra, donde todo surge muy adornado por su resplandor fulgurante. El aire obscuro brilla junto a la áurea corona y los rayos resplandecen en el aire cuando la divina Luna, después de lavar su hermoso cuerpo en el Océano, se viste con vestiduras que relumbran de lejos, unce los resplandecientes caballos de enhiesta cerviz y acelera el paso de tales corceles de hermosas crines, por la noche, a mediados del mes, cuando el gran disco está en su plenitud y los rayos de la creciente luna se hacen brillantísimos en el cielo; indicio y señal para los mortales. En otro tiempo el Cronida unióse con ella en amor y cama; y, habiendo ella quedado encinta, dió a luz la doncella Pandía, que descollaba por su belleza entre los inmortales dioses.

17 Salve, reina, diosa de níveos brazos, divina Luna, benévola, de hermosas trenzas; habiendo empezado por ti, cantaré las glorias de los varones semidioses, cuyas hazañas celebran con su boca amable los aedos servidores de las Musas.

XXXIII

A LOS DIOSCUROS

1 Habladme, oh Musas de ojos vivos, de los Dioscuros Tindáridas, hijos preclaros de Leda, la de hermosos tobillos—Cástor, domador de caballos, y el irreprensible Polideuces,—a los cuales aquélla, habiéndose unido amorosamente con el Cronión, el de las sombrías nubes, dió a luz bajo la cumbre del gran monte Taigeto para que fueran salvadores de los hombres terrestres y de las naves de curso rápido cuando las tempestades invernales arrecian en el implacable ponto. Entonces, los que navegan invocan suplicantes a los hijos del gran Zeus y, subiendo a la parte más alta de la popa, les ofrecen blancos corderos. Y cuando ya el fuerte viento y las olas del mar empiezan a sumergir la

(1) Aceptando la corrección propuesta por Ruhnk, leemos ἑσπέριος en vez de θεσπέσιος.

Biblioteca Nacional de España

nave, aparecen repentinamente los Dioscuros, lanzándose a través del éter con sus alas doradas, y en seguida calman los torbellinos de los terribles vientos y allanan las olas en el piélago del blanco mar, hermosos señales de su trabajo en favor de los marineros; quienes, al notarlo, se alegran y ponen fin a su penosa labor.

18 Salud, Tindáridas, cabalgadores de rápidos corceles; mas yo me acordaré de vosotros y de otro canto.

FIN DE LOS «HIMNOS O PROEMIOS»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BATRACOMIOMAQUIA

O LUCHA DE LAS RANAS CON LOS RATONES

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CANTO ÚNICO

AL comenzar esta primera página, ruego al coro del Helicón que venga a mi alma para entonar el canto que recientemente consigné en las tablas, sobre mis rodillas—una lucha inmensa, obra marcial llena de bélico tumulto;—deseando que llegue a oídos de todos los mortales cómo se distinguieron los ratones al atacar a las ranas, imitando las proezas de los gigantes, hijos de la tierra. Tal como entre los hombres se cuenta, su principio fué del siguiente modo:

9 Un ratón sediento, que se había librado del peligro de una comadreja, sumergía su ávida barba cerca de allí, en un lago, y se refocilaba con el agua dulce como la miel; cuando le vió una vocinglera rana, que en el lago tenía sus delicias, y le habló de esta suerte:

13 *Hinchacarrillos.*—Forastero, ¿quién eres? ¿De dónde viniste a estas riberas? ¿Quién te engendró? Dímelo todo sinceramente: no sea que yo advierta que mientes. Si te considerare digno de ser mi amigo, te llevaré a mi casa y te haré muchos y buenos presentes de hospitalidad. Yo soy Hinchacarrillos y en el lago me honran como perpetuo caudillo de las ranas: crióme mi padre Lodoso y me dió a luz Reinadelasaguas, que se había juntado amorosamente con él a orillas del Erídano. Pero noto que también eres hermoso y fuerte, más aún que los otros; y debes de ser rey portador de cetro y valeroso combatiente en las batallas. Mas, ea, declárame pronto tu linaje.

24 Hurtamigas le respondió diciendo:

25 *Hurtamigas.*—¿Por qué me preguntas por mi linaje? Conocido es de todos los hombres y dioses y hasta de las aves que vuelan por el cielo. Yo me llamo Hurtamigas, soy hijo del magnánimo Roepán y tengo por madre a Lamemuelas, hija del rey Roejamones. Pero, ¿cómo podrás conseguir que sea tu amigo, si mi naturaleza es completamente distinta de la tuya? Para ti la vida está en el agua, mas yo acostumbro roer cuanto poseen los hombres: no se me oculta el pan floreado que se guarda en el redondo cesto; ni la gran torta rociada de sésamo; ni la tajada de jamón; ni el hígado, dentro de su blanca túnica; ni el queso fresco, de dulce leche fabricado; ni los ricos melindres, que hasta los inmortales apetecen; ni cosa alguna de las que preparan los cocineros para los festines de los mortales, echando a las ollas condimentos de toda especie. Jamás huí de la gritería horrenda de las batallas, sino que siempre me encamino hacia el tumulto y pronto me mezclo con los combatientes más avanzados. No me espanta el hombre con su gran cuerpo, pues encara-

Biblioteca Nacional de España

mándome a la cama en que reposa le muerdo la punta del dedo y hasta le cojo por el talón sin que le venga ningún dolor ni le desampare el dulce sueño mientras yo le muerdo. Dos son los enemigos de quienes en gran manera lo temo todo en toda la tierra: el gavilán y la comadreja, que me causan terribles pesares; y también el luctuoso cepo, donde se oculta traidora muerte. Pero temo mucho más a la comadreja, que es fortísima y, cuando me escondo en un agujero, al mismo agujero va a buscarme. No como rábanos, ni coles, ni calabazas; ni me nutro de verdes acelgas ni de apio; que estos son vuestros manjares, alimentos propios de los que habitáis en la laguna.

56 A estas razones Hinchacarrillos contestó sonriendo:

57 *Hinchacarrillos.*—¡Oh forastero! Mucho te envaneces por lo del vientre; también las ranas tenemos muy muchas cosas admirables de ver, así en el lago como en tierra firme. Pues el Cronión nos dió un doble modo de vivir y podemos saltar en la tierra y zambullir nuestro cuerpo en el agua, habitando moradas que de ambos elementos participan. Si quieres comprobarlo, muy fácil te ha de ser: monta sobre mi espalda, agárrate a mí para que no resbales, y llegarás contento a mi palacio.

65 Así dijo; y le presentó la espalda. El otro, subiendo al punto con fácil salto (1), asióse con las manos al tierno cuello. Y al principio regocijábase contemplando los vecinos puertos y deleitándose con el nado de Hinchacarrillos; mas, así que se sintió bañado por las purpúreas olas, brotáronle copiosas lágrimas y, tardíamente arrepentido, se lamentaba y se arrancaba los pelos, apretaba con sus pies el vientre de la rana, le palpitaba el corazón por lo insólito de la aventura y anhelaba volver a tierra firme; y en tanto el glacial terror le hacía gemir horriblemente. Extendió entonces la cola sobre el agua, moviéndola como un remo; y, mientras pedía a las deidades que le dejaran arribar a tierra firme, iban bañándolo las purpúreas ondas. Gritó, por fin, y estas fueron las palabras que profirió su boca:

78 *Hurtamigas.*—No fué así ciertamente como llevó sobre sus hombros la amorosa carga el toro que, al través de las olas, condujo a Creta la ninfa Europa; como, nadando, me transporta a mí (2) sobre los suyos esta rana que apenas levanta el amarillo cuerpo entre la blanca espuma.

82 De súbito apareció una hidra, con el cuello erguido sobre el agua. ¡Amargo espectáculo para entrambos! Al verla, sumergióse Hinchacarrillos, sin parar mientes en la calidad del compañero que, abandonado, iba a perecer. Fuése, pues, la rana a lo hondo del lago y así evitó la negra muerte. El ratón, al soltarlo la rana, cayó en seguida de espaldas sobre el agua; y apretaba las manos; y, en su agonía, daba agudos chillidos. Muchas veces se hundió en el agua, otras muchas se puso a flote coceando; pero no logró escapar a su destino. El pelo, mojado, aumentaba aún más su pesantez. Y pereciendo en el agua, pronunció estas palabras:

93 *Hurtamigas.*—No pasará inadvertido tu doloso proceder, oh Hinchacarrillos, que a este náufrago despeñaste de tu cuerpo como de una roca. En

(1) Aceptamos la variante ἅλματι κούφῳ en vez de ἅμματι κούφῳ.

(2) Aceptamos la variante ὡς ἔμ' ἐπιπλώσας en vez de ὡς μὲν ἅπλωσας.

Biblioteca Nacional de España

tierra, oh muy perverso, no me vencieras ni en el pancracio, ni en la lucha, ni en la carrera; pero te valiste del engaño para tirarme al agua. Tiene la divinidad un ojo vengador, y pagarás la pena al ejército de los ratones sin que consigas escaparte.

99 Diciendo así, expiró en el agua. Mas acertó a verlo Lameplatos, que se hallaba en el blando césped de la ribera; y, profiriendo horribles chillidos, corrió a participarlo a los ratones. Así que éstos se enteraron de la desgracia, todos se sintieron poseídos de terrible cólera. En seguida ordenaron a los heraldos que al romper el alba convocaran a junta en la morada de Roepán, padre del desdichado Hurtamigas, cuyo cadáver aparecía tendido de espaldas en el estanque, pues el mísero ya no se hallaba próximo a la ribera, sino que iba flotando en medio del ponto. Y cuando, al descubrirse la aurora, todos acudieron diligentes, Roepán, irritado por la suerte de su hijo, se levantó el primero y les dijo estas palabras:

110 *Roepán.*—¡Oh amigos! Aunque a mí solo me han hecho padecer las ranas tantos males, la actual desventura a todos nos alcanza. Soy muy desgraciado, puesto que perdí tres hijos. Al mayor lo mató la odiosísima comadreja, echándole la zarpa por un agujero. Al segundo lleváronlo a la muerte los crueles hombres, con novísimas artes, inventando un lígneo armadijo que llaman ratonera y es la perdición de los ratones. Y el que era mi tercer hijo, tan caro a mí y a su veneranda madre, lo ha ahogado Hinchacarrillos, conduciéndolo al fondo de la laguna. Mas, ea, armaos y salgamos todos contra las ranas, bien guarnecido el cuerpo con las labradas armaduras.

122 Diciendo semejantes razones, a todos les persuadió a que se armaran; y a todos los armó Ares, que se cuida de la guerra. Primeramente ajustaron a sus muslos, como grebas, vainillas de verdes habas bien preparadas, que entonces abrieron y que durante la noche habían roído de la planta. Pusiéronse corazas de pieles con cañas, que ellos mismos habían dispuesto con gran habilidad, después de desollar una comadreja. Su escudo consistía en una tapa de las que llevan en el centro los candiles; sus lanzas eran larguísimas agujas, broncínea labor de Ares; y formaba su morrión una cáscara de guisante sobre las sienes.

132 Así se armaron los ratones. Las ranas, al notarlo, salieron del agua y, reuniéndose en cierto lugar, celebraron consejo para tratar de la perniciosa guerra. Y mientras inquirían cuál fuera la causa de aquel levantamiento y de aquel tumulto, acercóseles un heraldo con una varita en la mano—Penetraollas, hijo del magnánimo Roequeso—y les anunció la funesta declaración de guerra, hablándoles de esta suerte:

139 *Penetraollas.*—¡Oh ranas! Los ratones os amenazan con la guerra y me envían a deciros que os arméis para la lucha y el combate, pues vieron en el agua a Hurtamigas, a quien mató vuestro rey Hinchacarrillos. Pelead, pues, los que más valientes seáis entre las ranas.

144 Diciendo así, les declaró el mensaje. Su discurso penetró en todos los oídos y turbó la mente de las soberbias ranas. Y como ellas increparan a Hinchacarrillos, éste se levantó y les dijo:

147 *Hinchacarrillos.*—¡Amigos! Ni he dado muerte al ratón, ni le he visto

Biblioteca Nacional de España

perecer. Debió de ahogarse mientras jugaba a orillas del lago, imitando el nadar de las ranas; y los perversos me acusan a mí, que soy inocente. Mas, ea, busquemos de qué manera nos será posible destruir los pérfidos ratones. Voy a deciros la que me parece más conveniente. Cubramos el cuerpo con las armas y coloquémonos todos en los bordes más altos de la ribera, en el lugar más abrupto; y cuando aquéllos vengan a atacarnos, asgamos por el casco a los que a nosotros se aproximen y echémoslos prestamente al lago con sus mismas armaduras. Y después que se ahoguen en el agua, pues no saben nadar, erigiremos alegres un trofeo que el ratonicidio conmemore.

160 Diciendo así, a todos les persuadió a que se armaran. Cubrieron sus piernas con hojas de malva; pusiéronse corazas de verdes y hermosas acelgas, transformaron hábilmente en escudos unas hojas de col; tomaron a guisa de lanza sendos juncos, largos y punzantes; y cubrieron su cabeza con yelmos que eran conchas de tenues caracoles. Vestida la armadura, formáronse en lo alto de la ribera, blandiendo las lanzas, llenos de furor.

168 Entonces Zeus llamó a las deidades al estrellado cielo y, mostrándoles toda la batalla y los fuertes combatientes, que eran muchos y grandes y manejaban luengas picas—como si se pusiera en marcha un ejército de centauros o de gigantes,—preguntó sonriente: «¿Cuáles dioses auxiliarán a las ranas y cuáles a los ratones?» Y dijo a Atenea:

174 *Zeus.*—¡Hija! ¿Irás por ventura a dar auxilio a los ratones, puesto que todos saltan en tu templo, donde se deleitan con el vapor de la grasa quemada y con manjares de toda especie?

177 Así habló el Cronida. Y Atenea le contestó diciendo:

178 *Atenea.*—¡Oh padre! Jamás iré a prestar mi auxilio a los afligidos ratones, porque me han causado multitud de males, estropeando las diademas y las lámparas para beberse el aceite. Y aún me atormenta más el ánimo otra de sus fechorías: me han roído y agujereado un peplo de sutil trama y fino (1) estambre que tejí yo misma; y ahora el sastre me apremia por la usura —¡situación horrible para un inmortal!,—pues tomé al fiado lo que necesitaba para tejer y ahora no sé cómo devolverlo. Mas ni aún así querré auxiliar a las ranas, que tampoco tienen ellas sano juicio: pues recientemente, al volver de un combate en que me cansé mucho, me hallaba falta de sueño y no me dejaron pegar los ojos con su alboroto; y estuve acostada, sin dormir y doliéndome la cabeza, hasta que cantó el gallo. Ea, pues, oh dioses, abstengámonos de darles nuestra ayuda: no fuese que alguno de vosotros resultase herido por el punzante dardo, pues combatirán cuerpo a cuerpo, aunque una deidad se les oponga; y gocémonos todos en contemplar desde el cielo la contienda.

197 Así dijo. Obedeciéronla los restantes dioses y todos juntos se encaminaron a cierto paraje. Entonces los cínifes preludiaron con grandes trompetas el fragor horroroso del combate; y Zeus Cronida tronó desde el cielo, dando la señal de la funesta lucha.

202 Primeramente Chillafuerte hirió con su pica a Lamehombres, que se ha-

(1) Aceptamos la variante λεπτόν en vez de μακρόν.

Biblioteca Nacional de España

llaba entre los más avanzados luchadores, clavándosela en el vientre, en medio del hígado: el ratón cayó boca abajo, se le mancharon las tiernas crines, y, al venir a tierra con gran ruido, las armas resonaron sobre su cuerpo. Después Habitagujeros, como alcanzara a Cienolento, le hundió en el pecho la robusta lanza: hizo presa en el caído la negra muerte y el alma le voló del cuerpo. Acelguívoro mató a Penetraollas, tirándole un dardo al corazón (1), y en la propia orilla mató también a Roequeso.

224 Juncalero, al ver a Taladrajamones, entró en gran temor, tiró el escudo y huyó, echándose de un salto en el agua. El irreprensible Reposaenelcieno mató a Pastinascívoro, y Gozaenelagua dió muerte al rey Roejamones, hiriéndole con un canto en la parte superior de la cabeza: el cerebro le fluía al ratón por la nariz y la tierra se manchaba de sangre. Lameplatos mató al irreprensible Reposaenelcieno, acometiéndole con la lanza; y a éste la obscuridad le veló los ojos. Puerrívoro, al verlo, cogió por el pie a Oliscasado (2) y, apretándole con la mano el tendón, lo ahogó en el lago. Ladrondemigajas (3) quiso vengar a su difunto compañero e hirió a Puerrívoro en el vientre, en medio del hígado: cayó a sus pies la rana y el espíritu de la misma fuése al Hades. Andaentrecoles, cuando lo vió, tiróle desde lejos un puñado de cieno, que le manchó el rostro y por poco no le ciega. Encolerizóse el ratón y cogiendo con su robusta mano una enorme piedra que había en la llanura, verdadera carga de la tierra, con ella hirió a Andaentrecoles debajo de las rodillas: quebróse toda la pierna derecha de la rana, y cayó ésta de espaldas en el polvo. Vocinglero acudió en su auxilio y, acometiendo a Ladrondemigajas, le hirió en medio del vientre: envasóle todo el aguzado junco y, al arrancarle la pica con su robusto brazo, todos los intestinos se desparramaron por el suelo. Y así que lo vió en lo alto de la ribera Habitagujeros—el cual, hallándose sumamente abatido, se retiraba del combate cojeando,—saltó a un foso para escapar de la horrible muerte. Roepán hirió en la extremidad del pie a Hinchacarrillos; y éste, afligido, dióse en seguida a la fuga y saltó al lago (4). Alguí-

(1) Siguiendo a Allen, suprimimos los versos 210 a 222 cuya traducción es la siguiente: «Comepán hirió en el vientre a Muchavoz, que cayó boca abajo, y el alma le voló de los miembros. Gozalago, al ver que Muchavoz se moría, adelantóse e hirió a Habitagujeros en el delicado cuello con una piedra como de molino; y a éste la obscuridad le veló los ojos. Grandemente apesarado Albahaquero, hirió al ratón con el aguzado junco, sin que luego se le acercara para recobrar la lanza. Así que lo vió Lamehombres dirigióle un brillante dardo y no le erró, pues se lo clavó en el hígado. Y como viera que Comecosto huía, cayóse al pie de la elevada orilla. Pero ni aún así cesó de luchar, sino que le hirió; y éste vino al suelo para no levantarse más: tiñóse el lago con la purpúrea sangre y el ratón quedó en la ribera, envuelto en las delgadas cuerdas de sus intestinos.»

(2) Aceptamos la variante

Πρασσοφάγος δ' ἐσιδὼν ποδὸς ἕλκυσε Κνισσοδιώκτην

en vez de

Πρασσαῖος δὲ ἰδὼν ποδὸς εἵλκυσε νεκρὸν ἐόντα.

(3) Aunque el nombre de este ratón es Ψιχάρπαξ (Hurtamigas) como el de los versos 24, 27, 105 y 141, a cuya muerte se refiere el verso 99, lo hemos traducido aquí por *Ladrondemigajas* con el fin de evitar confusiones. Sin duda por semejante motivo en el códice 915 del Vaticano se lee Λειχάρπαξ en vez de Ψιχάρπαξ.

(4) Aceptamos la variante

ὦκα δὲ τειρόμενος ἐς λίμνην ἅλατο φεύγων

en vez de

ἔσχατος δ' ἐκ λίμνης ἀνεδύσετο, τείρετο δ' αἰνῶς.

Biblioteca Nacional de España

voro, cuando le vió caído y casi exánime, abrióse paso por entre los combatientes delanteros y acometió a Roepán con el aguzado junco, mas no logró romperle el escudo y en éste se quedó clavada la punta de la pica. Pero le hirió (1) en el eximio casco de cuádruple penacho, haciéndose émulo del propio Ares, el divinal Catorégano, único combatiente que sobresalía entre la muchedumbre de las ranas. Mas arremetieron (2) contra él y, al verlo, no se atrevió a esperar a los esforzados héroes y fué a sumergirse en lo profundo del lago.

260 Figuraba entre los ratones el mancebo Robaparte, señalado entre todos e hijo del irreprensible Roedor que acecha el pan. Roedor fué a su casa y mandó a su hijo que interviniera en el combate, y éste aseguró, braveando, que había de exterminar el linaje de las ranas. Púsose cerca de ellas con ganas de combatir reciamente; rompió por la mitad una cáscara de nuez y armóse metiendo las manos en ambos fragmentos. Temerosas las ranas, fuéronse todas al lago. Y aquél hubiera llevado al cabo su propósito, pues su fuerza era grande, si no lo hubiese advertido en seguida el padre de los hombres y de los dioses. El Cronión se compadeció entonces de las ranas, que perecían, y, moviendo la cabeza, dijo de esta suerte:

272 *Zeus.*—¡Oh dioses! Grande es la hazaña que van a contemplar mis ojos. Muy perplejo me dejó Robaparte al gloriarse fieramente de que ha de destruir las ranas en el lago (3). Mas enviemos cuanto antes a Palas, que produce el tumulto de la guerra, o a Ares, para que lo aparten de la batalla no obstante su valentía.

277 Así se expresó el Cronida, y Ares contestóle diciendo:

278 *Ares.*—Ni el poder de Atenea ni el de Ares bastarán, oh Cronida, para librar a las ranas de la perdición horrenda. Mas, ea, vayamos en su auxilio todos juntos o mueve tu arma con la cual mataste a los titanes, que eran con mucho los mejores de todos; y de esta manera quedará domeñado el más valiente, como en otro tiempo hiciste perecer al robusto varón Capaneo, al gran Enceladonte y a las feroces familias de los Gigantes.

285 Así dijo; y el Cronida arrojó el brillante rayo. Primeramente despidió un trueno, que hizo estremecer el vasto Olimpo, y en seguida lanzó el rayo—temible arma de Zeus,—que voló, serpeando, de la soberana mano. Su caída a todos les causó pavor, así a las ranas como a los ratones; mas no por eso

---

(1) Aceptamos la variante τοῦ δ'ἔβαλε en vez de οὐδ' ἔβαλε.

(2) Aceptamos la variante ὥρμησαν en vez de ὥρμησε.

(3) Aceptamos la variante

Ὦ πόποι, ἦ μέγα ἔργον ἐν ὀφθαλμοῖσιν ὁρῶμαι·
οὐ μικρόν μ' ἔκπληξε Μεριδάρπαξ, κατὰ λίμνην
ἐνναίρειν βατράχους βλεμεαίνων...

en vez de

Ὦ πόποι ἦ μέγα θαῦμα τόδ' ὀφθαλμοῖσιν ὁρῶμαι·
Ἅρπαξ ἐν βατράχοισιν ἀμείβεται...

cuya versión es: «¡Oh dioses! Veo con mis ojos esta gran maravilla: Rapaz se agita entre las ranas...»

Como Rapaz no había figurado hasta aquí y sólo se dice de él que va de un lado para otro entre las ranas, nos parece más conforme a la verosimilitud poética la otra variante, según la cual las bravatas de Robaparte dejaron perplejo a Zeus y le decidieron a enviar a Atenea o a Ares en socorro de la ranas.

Biblioteca Nacional de España

abandonó el combate el ejército de estos últimos, que hubiera esperado aún más que antes destruir el linaje de las belicosas ranas, si Zeus, compadeciéndose de ellas desde el Olimpo, no les hubiese enviado prestamente auxiliares.

294 De pronto se presentaron unos animales de espaldas como yunques, de garras corvas, de marcha oblicua, de pies torcidos, de bocas como tijeras, de piel crustácea, de consistencia ósea, de lomos anchos y relucientes, patizambos, de prolongados labios, que miraban por el pecho y tenían ocho pies y dos cabezas, indomables: eran cangrejos, los cuales se pusieron a cortar con sus bocas las colas, pies y manos de los ratones, cuyas lanzas se doblaban al acometer a los nuevos enemigos. Temiéronles los tímidos ratones y, cesando en su resistencia, se dieron a la fuga. Y, al ponerse el sol, terminó aquella batalla que había durado un solo día.

FIN DE LA «BATRACOMIOMAQUIA»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EPIGRAMAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

A LOS NEOTIQUENSES

COMPADECED a quien ni recibe hospitalario acogimiento ni tiene casa, vosotros que habitáis la excelsa ciudad de Hera, la ninfa de amables ojos (1), en las últimas estribaciones del Sedena de poblada cima; y bebéis la divina agua del Hermo, río rojizo de hermosa corriente (2), a quien engendró el inmortal Zeus.

II

ESTANDO PARA REGRESAR A CIME

1 Llévenme en seguida mis pies a la ciudad de hombres venerables, cuyo ánimo es benévolo y cuya prudencia es eximia.

III

A MIDAS

1 Soy una virgen de bronce y yazgo sobre el sepulcro de Midas. Mientras el agua mane, y los altos árboles reverdezcan, y salga el sol y alumbre, y haga lo propio la brillante luna, y los ríos se llenen, y el mar bañe la costa; permaneciendo en este mismo sitio, sobre su llorada tumba, anunciaré a los caminantes que aquí está sepultado Midas.

IV

A LOS CIMEOS

1 ¡De qué hado permitió Zeus que fuese yo la presa cuando me criaba, todavía niño, en las rodillas de una madre veneranda; a quien amurallaron en otro tiempo—por la voluntad de Zeus que lleva la égida—los pueblos de Fricón,

(1) Variante de la edición de F. Didot: en la excelsa ciudad, hermosa filial de Cime (Cumas).
(2) Variante de la edición de F. Didot: río vorticoso.

Biblioteca Nacional de España

jinetes de veloces caballos, belicosos, que se dedicaban a las obras de Ares con el ardor del impetuoso fuego: a la eolia Esmirna, situada junto al mar, azotada por el ponto, a través de la cual fluye la límpida agua del sagrado Meles!

8 Partiendo de allí, proponíanse las preclaras doncellas hijas de Zeus celebrar la divina tierra y la ciudad de los hombres; pero éstos, a causa de su insensatez, desdeñaron la sagrada voz, la fama del canto. Alguno de ellos, apesarado, pensará nuevamente que tramó mi desgracia para su oprobio. Sufriré la fortuna que la divinidad me asignó cuando nací, soportando con ánimo paciente el incumplimiento de lo que deseaba; pero mis miembros no me incitan a permanecer en las sagradas calles de Cime, y mi gran ánimo me impele a trasladarme a un pueblo de otro país, aunque me encuentre débil.

V

AL TESTÓRIDA

1 Oh Testórida, aunque las cosas obscuras para los mortales son en gran número, nada les resulta a los hombres tan difícil de conocer como su propia mente.

VI

A POSIDÓN

1 ¡Óyeme, vigorosísimo Posidón, batidor de la tierra, que en el espacioso y divino Helicón ejerces tu imperio! Concede próspero viento y feliz vuelta a los marineros que son pilotos y capitanes de esta nave. Concédeme también que, al llegar al pie del escarpado Mimante, encuentre hombres venerables y justos, y pueda vengarme del varón que, engañando mi mente, ha ofendido a Zeus y a la hospitalaria mesa.

VII

A LA CIUDAD DE ERITREA

1 ¡Veneranda tierra, munífica, dadora de la dulce riqueza! ¡Cuán fértil eres para algunos hombres, y cuán estéril y áspera para aquellos contra quienes te irritas!

VIII

A LOS MARINEROS

1 Marineros que atravesáis el ponto, semejantes a la odiosa Ate, llevando una vida que en lo mala rivaliza con la de los tímidos mergos: reverenciad la

Biblioteca Nacional de España

majestad de Zeus hospitalario que impera en lo alto, pues la venganza de Zeus hospitalario es terrible para quien le ofende.

IX

A LOS MISMOS

1 A vosotros, oh forasteros, os ha sorprendido un viento contrario; pero recibidme todavía ahora y os será posible la navegación.

X

A UN PINO

1 Cualquier otro árbol, oh pino, produce mejor fruto que tú en las cumbres del ventoso Ida, de muchos valles. Allí los terrestres hombres hallarán el hierro de Ares, cuando los varones cebrenios lo ocupen.

XI

A GLAUCO, EL CABRERO

1 ¡Glauco, guardián de los rebaños! Te pondré en la mente esta advertencia: Ante todo da de comer al perro junto a la puerta del patio, pues es quien primero oye al hombre que se acerca y a la fiera que entra en el cercado.

XII

A UNA SACERDOTISA DE SAMOS

1 Oye mi súplica, sustentador de los jóvenes: concédeme que esta mujer rechace el amor y el lecho de los mancebos y se deleite con los ancianos de sienes canosas, cuyas fuerzas se han debilitado, pero cuyo ánimo apetece todavía.

XIII

A LA CASA DE LOS COFRATRICIOS

1 Los hijos son la corona del hombre y las torres la de la ciudad; los caballos constituyen el adorno de la llanura y las naves el del mar; las riquezas

Biblioteca Nacional de España

acrecientan la casa; y los venerandos reyes, sentados en el ágora, son el ornamento de los ciudadanos que los contemplan. Pues todavía es más venerable, a nuestro ver, la casa con el hogar encendido en un día de invierno, cuando nieva el Cronión.

XIV

EL HORNO O EL VASO DE ARCILLA

1 Si me lo recompensáis, cantaré, oh alfareros. Ven acá, Atenea, y con tu mano protege este horno, para que tomen color los vasos y los barreños todos y se cuezan hermosamente, y alcancen elevado precio al ser vendidos en gran cantidad así en la plaza como en las calles, y les procuren a los alfareros buena ganancia y también a mí para cantar en su honor.

7 Pero si, entregándoos a la impudencia, forjáis mentiras, convocaré en seguida contra el horno a sus destructores: a Síntribe, a Esmárago, a Ásbeto, a Sabactes y a Omódamo, el que más daño causará a vuestra arte. ¡Destruye el pórtico y la casa, pegándoles fuego! ¡Tambaléese todo el horno, mientras los alfareros profieran grandes gemidos! ¡Cruja el horno como las mandíbulas de un caballo y desmenuce todos los cacharros! Ven acá, hija del Sol, Circe conocedora de muchos venenos: ¡échales tus crueles venenos y hazlos perecer a ellos y sus obras! Ven acá, Quirón, y trae muchos Centauros, así los que se escaparon de las manos de Heracles como los que perecieron: golpea de la peor manera estas cosas, derrúmbese el horno y vean aquéllos, sollozando, sus malas acciones; yo me alegraré al contemplar el arte de esos genios malos. Y a quien se inclinare sobre el horno, séale quemado el rostro por el fuego, para que todos aprendan a obrar rectamente.

XV

CANCIÓN DE MENDIGO

1 Hemos llegado a la casa de un hombre muy poderoso, el cual puede mucho y refunfuña en grande, siendo siempre feliz.

3 Abríos espontáneamente, oh puertas. Entrará abundante riqueza, y con la riqueza la floreciente alegría y la buena paz. Cuantas vasijas hay, estén todas colmadas; y la hinchada masa deslícese siempre por la artesa. Ahora una torta de cebada y sésamo, de aspecto agradable. . . . . .

. . . . . .

8 La mujer de vuestro hijo llegará en su carruaje: los mulos de vigorosos pies la traerán a esta casa. Teja en persona la tela, sentada en asiento de ámbar.

11 Vendré a ti, vendré cada año, como la golondrina.

Biblioteca Nacional de España

12 Estoy en el vestíbulo con los pies desnudos, pero trae pronto . . . .
. . . . . .
15 Si me dieres algo...; y si no, no nos quedaremos, que no hemos venido aquí para habitar con vosotros.

XVI

A LOS PESCADORES

HOMERO

1 Varones, pescadores de Arcadia, ¿tenemos algo?

PESCADORES

2 Cuanto cogimos, lo dejamos; cuanto no cogimos, eso llevamos.

HOMERO

3 Procedéis de la sangre de padres como vosotros; que ni eran ricos en campos, ni apacentaban numerosos rebaños.

XVII

EN EL SEPULCRO DE HOMERO

1 Aquí la tierra cubre una sagrada cabeza, al cantor de los héroes, al divino Homero.

FIN DE LOS «EPIGRAMAS»

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

FRAGMENTOS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL · VARIOS

DEL *MARGITES*

(ATRIBUIDO A HOMERO O A PIGRES, HERMANO DE LA REINA ARTEMISIA)

1 Sabía muchas cosas, pero todas las sabía mal.

PLATÓN, *Alcibíades*, II, 147.

2 Los dioses no le hicieron cavador, ni labrador, ‖ ni hábil en ninguna otra cosa: carecía de toda arte.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VI, 7.—CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strómata*, I, 4, 1.

3 Vino a Colofón un anciano y divino aedo, servidor de las Musas y de Apolo, el que hiere de lejos, ‖ teniendo en sus manos la melodiosa lira (1).

ATILIO FORTUNACIANO, p. 286 Keil (Gram. Lat., vol. VI).

4 Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo una grande.

ZENOBIO, v. 68 (Leutsch Paroem. gr. I. 147).

DE LA *CIPRIADA*

(ATRIBUIDA A HOMERO O A ESTASINO DE CHIPRE)

5 Hubo un tiempo en que innumerables tribus de hombres, vagando por la tierra..., la anchura de la tierra de profundo seno. Zeus, al notarlo, se apiadó y decidió en su prudente espíritu aligerar de hombres la tierra que todo lo nutre, excitando la gran contienda de la guerra ilíaca para que el peso de los hombres disminuyera por medio de la muerte; y los héroes matábanse en Troya los unos a los otros: cumplíase la voluntad de Zeus.

ESCOLIOS A HOMERO, *Ilíada*, I, 4 y 5.

6 Llevaba en su cuerpo vestido que las Gracias y las Horas hicieron y tiñeron—como los que llevan las Horas—en flores primaverales: en el azafrán;

---

(1) Atilio Fortunaciano y Fr. Lindemann creen que estos tres versos formaban parte del *Margites*. Otros dudan que sean auténticos el primero y el tercero, y especialmente este último por contener la palabra λύρα, que no usó Homero y que hallamos por primera vez en el himno a Hermes. El segundo verso es atribuido al *Margites* por el escoliasta de Aristófanes (*Aves*, 914).

Biblioteca Nacional de España

en el jacinto; en la florida violeta; en la bella, suave, nectárea flor de la rosa; y en divinos cálices, en las flores del narciso que hermosamente destila gotas de rocío: vestidos semejantes a los perfumados que a todas horas viste Afrodita.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί (*Banquete de los Sabios*), XV, p. 682 D.

7 ...y Afrodita, amante de la risa con sus sirvientas..., habiendo trenzado fragantes coronas, pusiéronse flores de la tierra en la cabeza las diosas de luciente diadema, Ninfas y Gracias, y juntamente con ellas la áurea Afrodita, cantando hermosamente por el monte Ida, abundoso en fuentes.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί (*Banquete de los Sabios*), XV, p. 682 F.

7 bis Cástor (es) mortal, le ha sido destinado el fin de la muerte; pero Polideuces, retoño de Ares, es inmortal.

CLEMENTE ALEJANDRINO, *Protreptieon*, II, 30.

8 ...(Leda) parió la tercera a Helena, causa de admiración para los mortales. Y a ella (a Leda) la había dado a luz Némesis, después que se hubo unido amorosamente con Zeus, cediendo a la dura necesidad. Huía, pues, Némesis, y no quería unirse amorosamente con el padre Zeus Cronión, por tener su espíritu abatido por la vergüenza y el pudor; huía por tierra y por la estéril obscura agua del mar, y Zeus la perseguía y deseaba en su corazón alcanzarla. Y ella unas veces tomaba la forma de pez, dentro de las olas del estruendoso mar, y conmovía el gran ponto; otras, vagaba por el río Océano y por los confines de la tierra; otras, andaba por el fertilísimo continente; y sin cesar se iba transformando en cuantas terribles fieras cría el continente, con el propósito de huir de aquél.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί (*Banquete de los Sabios*), VIII, p. 334 B.

9 Al punto Linceo, confiando en sus veloces pies, se encaminó al Taigeto. Y habiendo subido a la cumbre, recorrió con los ojos toda la isla de Pélope Tantálida, y el glorioso héroe los vió pronto con su aguda vista dentro de la hueca encina, a ambos, a Cástor, domador de caballos, y a Polideuces, premiado en los juegos; y deteniéndose cerca de ellos, hirió...

ESCOLIOS A PÍNDARO, *Nemea*, X, 114.

10 Los dioses, oh Menelao, inventaron el óptimo vino, para desvanecerles las inquietudes a los mortales hombres.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί (*Banquete de los Sabios*), II, p. 35 C.

11 No creía que (mi) corazón valeroso se irritara contra Aquileo, así, muy estupendamente; porque era muy amigo mío...

Les Papyrus Grecs du Musee du Louvre. París, 1866, papiro II, col. II, v. 27 (Versos atribuidos a la *Cipriada* por Letronne.)

Biblioteca Nacional de España

12 De Zeus, el que hizo y el que produjo todas estas cosas, no quieres hablar; pues donde hay temor, hay también pudor.

PLATÓN, *Eutifrón*, 12 A.—ESCOLIOS A SÓFOCLES, *Ayante*, 1074.

13 Habiendo quedado encinta, parióle las Gorgonas, monstruos crueles, que en el Océano de profundos remolinos habitaban Sarpedón, isla pedregosa.

HERODIANO ALEJANDRINO, Περὶ μονήρους λέξεως (De la palabra monosílaba), c. 9.

14 ¡Necio aquél que, matando al padre, deja los hijos!

CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strómata*, VI, ii, 19, 1.

DE LA *ETIÓPIDA*

(ATRIBUIDA A ARCTINO DE MILETO)

15 Así ellos celebraron el funeral de Héctor; y llegó la Amazona, hija del magnánimo Ares, matador de hombres.

ESCOLIOS A HOMERO, *Ilíada*, XXIV, 804.

DE LA *PEQUEÑA ILIADA*

(ATRIBUIDA A LESQUES, A CINETÓN, A DIODORO, ETC.)

16 Canto Ilión y la Dardania de hermosos corceles, por la cual padecieron muchos males los dánaos, servidores de Ares.

SEUDO HERODOTO, *Vida de Homero*, c. 16.

17 Ayante, pues, hizo levantar al héroe Pelida y lo sacó de la lucha; y el divino Odiseo no quería...

—¿Cómo hablaste? ¿Cómo dijiste esta mentira contra toda conveniencia?

ESCOLIOS A ARISTÓFANES, *Caballeros*, 1056.

18 También una mujer llevaría la carga, si un hombre se la impusiera; pero no combatiría, pues exoneraría el vientre si combatiese.

ARISTÓFANES, *Caballeros*, 1056 (versos tomados de la *Pequeña Ilíada*, según el escoliasta).

19 Una tempestad llevó el Pelida Aquileo a Esciro; donde él llegó al difícil puerto en la noche aquella.

ESCOLIOS A HOMERO, *Ilíada*, XIX, 326, y EUSTACIO, p. 1255.

20 En torno brillaba áureo anillo, y encima de él había una doble punta.

ESCOLIOS A HOMERO, *Ilíada*, XVI, 142. – ESCOLIOS A PÍNDARO, *Nemea*, VI, 85.

Biblioteca Nacional de España

21 ... una viña, la que el Cronida le entregó en rescate de su hijo, cubierta de suaves y áureas hojas y de racimos, que Hefesto construyó y dió al padre Zeus y luego entregó éste a Laomedonte en compensación de Ganimedes.

ESCOLIOS A EURÍPIDES, *Troyanas*, 822.

22 Entonces todos los demás hijos de los aqueos permanecieron en silencio y sólo Anticlo deseaba responderte con sus palabras; pero Odiseo tapóle la boca con sus robustas manos y salvó a todos los aqueos con sujetarle continuamente hasta que te apartó de allí Palas Atenea (1).

HOMERO, *Odisea*, IV, 285.

23 ... encubriendo su persona, se transfiguró en otro varón, en un mendigo; quien no era tal ciertamente junto a las naves aqueas...

HOMERO, *Odisea*, IV, 247 y 248.

24 Mediada estaba la noche y salía la brillante luna.

ESCOLIOS A EURÍPIDES, *Hécabe*, 910. – CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strómata*, I, 21, 104.

25 Mas el hijo ilustre del magnánimo Aquileo condujo la mujer de Héctor a las cóncavas naves y, arrebatando el niño a la nodriza de hermosas trenzas, lo cogió de un pie y lo tiró desde la torre: apoderáronse del niño, mientras caía, la purpúrea muerte y la mera violenta. Llevóse, pues, a Andrómaca, la de hermosa cintura, mujer de Héctor, que los príncipes de todos los aqueos le habían dado para que la tuviera, pagándole con esta grata recompensa; e hizo entrar en las naves surcadoras del ponto a Eneas, glorioso hijo de Anquises, domador de caballos, para llevárselo como la mejor de todas las recompensas.

ESCOLIOS A LICOFRÓN, *Alexandra*, 1268.

26 Musa, cuéntame aquellas cosas que ni sucedieron anteriormente, ni ocurrirán en lo sucesivo...

PLUTARCO, *Banquete de los Siete Sabios*, c. X.

DE LA *DESTRUCCIÓN DE TROYA*

(ATRIBUIDA A ARCTINO DE MILETO)

27 Introducid en la ciudad que vais a edificar un respeto imperecedero a los dioses y honradles con guardias, sacrificios y danzas. Mientras estas cosas venerandas en vuestra ciudad permanezcan, presentes de la hija de Zeus a tu esposa, la ciudad te será inexpugnable en el tiempo de siempre, todos los días.

DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades Romanas*, I, 68, 2.

(1) Este pasaje, que Aristarco consideraba como intercalado en la *Odisea*, fué atribuido a Arctino por Müller.

Biblioteca Nacional de España

28 El poderoso Agamenón hizo presentes a los Tesidas y a Menesteo, magnánimo pastor de pueblos.

LISÍMACO, según los *Escolios Vatic. a Eurípides, Troyanas*, 31.

29 El mismo padre que bate la tierra (Posidón) se lo dió a entrambos (los médicos Macaón y Podalirio), pero hizo al uno más glorioso que al otro. Al uno (a Macaón) le dió manos ligeras para arrancar de la carne los dardos, y cortarlos, y curar las heridas todas; y al otro (a Podalirio) le puso en el pecho toda suerte de pericia para conocer las cosas no vistas y aliviar lo insanable. Éste, pues, advirtió el primero los ojos brillantes y la mente cargada de Ayante encolerizado.

ESCOLIOS B. T. EUST. A HOMERO, *Iliada*, XI, 515.

30 El Yambo, pasando en seguida con el pie levantado para que sus miembros, extendiéndose, se agiten con fuerza y tengan robusto aspecto...

DIOMEDES *in Gramm. Lat.* i 477, ed. Keil.

DE LOS *REGRESOS*

(ATRIBUIDOS A AGIAS DE TRECENA)

31 En seguida convirtió (Medea) al amigo Esón en un mancebo floreciente, raspándole la vejez con sabia inteligencia, cociendo muchas drogas en vasijas de oro...

Argumento de la Medea de Eurípides.

32 ... pues las dádivas engañaron la mente de los hombres y también las obras...

CLEMENTE ALEJANDRINO, *Stromata*, VI, 2, 12, 8.

DE LA *TOMA DE ECALIA*

(ATRIBUIDA A HOMERO O A CREÓFILO DE SAMOS)

32 (Heracles dice a Iole): Oh mujer, tú misma ves estas cosas con tus ojos.

Homer. Epimerism. in Cramer. Anecd. Oxon, I, 327.

VERSOS HEROICOS ATRIBUIDOS A HOMERO QUE NO SE HALLAN NI EN LA *ILIADA*, NI EN LA *ODISEA*, NI EN LOS *HIMNOS*, NI EN LOS FRAGMENTOS CONOCIDOS DE LOS *CICLICOS*.

34 ... como cuando les llega la agradable primavera a los bueyes de retorcidos cuernos, que la alta hierba aparece gratísima para ellos...

HIPÓCRATES, Περὶ ἄρθρων (*De las articulaciones*), 8.

Biblioteca Nacional de España

35 Gusta de escucharle, ‖ sabedor, en su mente, de prudentes pensamientos.

JENOFONTE, *Banquete*, VIII, 30.

36 Los mortales le llaman Eros, volátil (alado) ‖ y los inmortales Pteros (que tiene o da alas) por la necesidad de ir con alas.

PLATÓN, *Fedro*, 252 B.

37 La fama llegó al ejército...

ESQUINES, I, § 128.

38 La herida se cerraba en torno de la sangre...

ESCOLIOS A HOMERO, *Ilíada*, XXIV, 420.

39 Héctor yacía en el suelo, desvanecido...

ARISTÓTELES, Περὶ ψυχῆς *(Del alma)*, lib. I, cap. II.

40 Infundióle vigor en el ánimo ‖ y excitóle el valor y el ánimo ‖ y aguda picazón en las narices ‖ y... hirvió la sangre.

ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, III.

41 Insuflóle en el pecho la fuerza del prepotente Zeus para comprender...

CRISIPO, citado por Galeno Περὶ τῶν Ὑπποκράτους καὶ Πλάτωνος δογμάτων βιβλία θ' (Nueve libros acerca de las opiniones de Hipócrates y Platón), III, 115.

42 Entonces simultáneamente Zeus quitóle del pecho la inteligencia...

IDEM, ID.

43 ... y otra cosa, pensamiento e inteligencia irreprensible en el pecho...

IDEM, ID.

44 ... entonces cuando los robustos jóvenes desmiembran a Deméter.

PLUTARCO, *Vida de Homero*, II, 23, y *De Isis y Osiris*, 66, 377 D

45 Gritó el que tenía las riendas de la nave de azulada proa...

PLUTARCO, *Vida de Homero*, II, 20

46 Los tizones ardían y el gran Hefesto se levantó.

ESCOLIOS A LICOFRÓN, 86.

47 ... después que lo dispuso sabio artífice.

AMMONIO, *Proemio a la Isagoge de Porfirio*, T. 30 (ed. Busse, p. 9).

Biblioteca Nacional de España

DE LA *TITANOMAQUIA*

(ATRIBUIDA TAMBIÉN A EUMELO, A ARCTINO, ETC.)

48 En él ágiles peces de dorada faz, nadando a flote, juegan por la divina agua.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί *(Banquete de los sabios)*, VII, p. 277.

49 En medio bailaba el padre de los hombres y de los dioses.

ATENEO, Δειπνοσοφισταί *(Banquete de los sabios)*, I, p. 22.

50 Condujo (Quirón) el linaje humano a la justicia, enseñándole el juramento, los sacrificios propiciatorios y las formas (1) del Olimpo.

CLEMENTE ALEJANDRINO, *Stromata*, I, p. 360.

DE LA *EDIPODIA*

(ATRIBUIDA A CINETÓN)

51 ...mas también al más hermoso y deseable de los demás, al hijo amado del irreprensible Creonte, al divino Hemón...

ESCOLIOS COD. MON. 560 A EURÍPIDES, *Fenicias*, 1760.

DE LA *TEBAIDA*

52 Canta, oh diosa, Argos la muy sedienta, de donde los reyes...

CERTAMEN DE HOMERO Y HESIODO, v. 265.

53 Mas el rubio héroe Polinice, del linaje de Zeus, primeramente puso delante de Edipo una hermosa mesa de plata, de Cadmo, el de divinal inteligencia; y luego llenó de dulce vino la copa de oro. Mas así que Edipo advirtió que los honorables dones de su padre estaban a su lado, sintió que una grande ira le penetraba el corazón y profirió contra sus dos hijos estas graves maldiciones que no le pasaron inadvertidas a la diosa Erinis: que no dividan entre sí los bienes paternos en la placidez de la amistad y que entre ambos haya guerras y luchas...

ATENEO, Δειπνοσοφισταί *(Banquete de os sabios)*, XI, p. 465.

54 Así que vió el muslo, lo tiró al suelo y dijo estas palabras: «¡Ay de mí! Mis hijos me lo envían para injuriarme.» Y rogó al soberano Zeus y a los de-

(1) ¿Estas formas (σχήματα) son las leyes que nos vienen del Olimpo o, como quieren otros, las constelaciones que se ven sobre el Olimpo?

Biblioteca Nacional de España

más inmortales que aquéllos descendieran al Hades, muriendo el uno a manos del otro.

ESCOLIOS LAUR. A SÓFOCLES, *Edipo en Colona*, 1375.

55 (Adrasto huye de Tebas) llevando miserables vestiduras, con el (caballo) Arión de cerúleas crines.

PAUSANIAS, Ἑλλάδος περιήγησις *(Descripción de Grecia)*, VIII, 25, 8.

DE LOS *EPIGONES*

56 Ahora, oh Musas, empecemos a cantar las hazañas de los más jóvenes...

CERTAMEN DE HOMERO Y HESÍODO, 265.

FIN DE LOS «FRAGMENTOS»

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

En este índice hallará el lector: 1.° Los nombres propios, así personales como geográficos, que figuran en el poema, tal como se escriben en griego; y de este modo distinguirá algunos que en castellano se confunden. – 2.° Una breve explicación de dichos nombres. – 3.° La serie de los principales hechos de cada personaje; con lo cual, bastará recordar el nombre de cualquiera de los que intervengan en una acción determinada, para dar en seguida con el pasaje que se busque. Para este fin se indican al principio de los párrafos los versos del texto original a que corresponden.

Il., Od., Him., Batr., Ep., Frag., indican respectivamente la *Ilíada*, la *Odisea*, los *Himnos*, la *Batracomiomaquia*, los *Epigramas* y los *Fragmentos;* el número romano, la rapsodia de la *Ilíada* o de la *Odisea*, o cada uno de los himnos, epigramas o fragmentos; y el arábigo, el verso.

ABANTE (Ἄβας): Teucro, hijo de Euridamante, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 148.

ABARBAREA (Ἀβαρβαρέη): Una de las náyades, madre de los mellizos Esepo y Pédaso que tuvo de Bucolión, *Il.*, VI, 22.

ABIDOS (Ἄβυδος): Ciudad y comarca del Helesponto, *Il.*, II, 836; IV, 500; XVII, 584.

ABLERO (Ἄβληρος): Teucro, muerto por Antiloco, *Il.*, VI, 32.

ACAMANTE (Ἀκάμας, de ἀ y κάμνω = infatigable): 1) Teucro, caudillo de los tracios, hijo de Eusoro, *Il.*, II, 844; Ares toma su figura para exhortar en el combate a los hijos de Príamo, V, 462; muere, herido por la lanza de Ayante, VI, 8.

2) Teucro, caudillo de los dardanios, *Il.*, II, 823; hace formar las tropas junto con Héctor y otros capitanes, XI, 60; manda, con Eneas y Arquéloco, uno de los cinco cuerpos en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla*, XII, 100; da muerte a Prómaco, XIV, 476 y 478; huye ante Penéleo, XIV, 488; muere, herido por Meriones, XVI, 342.

ACASTE (Ἀκάστη): Una de las doncellas que jugaban y cogían flores con Persefonea cuando ésta fué robada por Hades, *Himnos*, II, 421.

ACASTO (Ἄκαστος): Rey de Duliquio. Odiseo, en la fingida relación de sus aventuras a Eumeo, dice que Fidón, rey de los tesprotos, envióle a Acasto, *Od.*, XIV, 336.

ACAYA (Ἀχαιίς): Región del Peloponeso, se toma muchas veces por la Grecia en general, *Il.*, I, 254; II, 235; III, 75, 258; VII, 96, 124; XI, 770.

Od., XI, 166, 481; XXIII, 68.

ACELGUÍVORO (Σευτλαῖος): Rana. Mata a Penetraollas, tirándole un dardo al corazón, *Bat.*, 209; mata a Roequeso, 223.

ACESÁMENO (Ἀκεσσαμενός): Rey tracio, padre de Peribea, *Il.*, XXI, 142.

ACRISIONE (Ἀκρισιώνη): Hija de Acrisio. Nombre patronímico de Dánae, *Il.*, XIV, 319.

ACRÓNEO (Ἀκρόνεως): Uno de los jóvenes feacios que tomaron parte en los juegos celebrados en presencia de Odiseo, *Od.*, VIII, 111.

ACTEA (Ἀκταίη): Una de las nereidas, *Ilíada*, XVIII, 41.

ÁCTOR (Ἄκτωρ): 1) Padre de Ctéato y Eurito, *Il.*, II, 513, 621; XIII, 185.

2) Padre de Menetio y abuelo de Patroclo, *Il.*, XI, 785; XVI, 14.

3) Padre de Equecles, *Il.*, XVI, 189.

ACTÓRIDA (Ἀκτορίδης): Hijo de Áctor. Nombre patronímico de Equecles, griego, *Ilíada*, XVI, 189.

ACTORIÓN (Ἀκτορίων): Hijo de Áctor. Nombre patronímico de los Moliones (Ctéato y Eurito), hijos de Áctor y de Molione, *Il.*, XI, 750; XIII, 185; XXIII, 638, y también de Anfímaco y Talpio, nietos de Áctor, II, 620 y 621.

Biblioteca Nacional de España

ÁCTORIS (Ἀκτορίς): Esclava que dió a Penelopea su padre, cuando ésta se casó con Odiseo. Custodiaba las puertas de la cámara nupcial, *Od.*, XXIII, 228 y 229.

ADAMANTE (Ἀδάμας = indomable, inflexible): Caudillo teucro, hijo de Asio. En el *Combate en la muralla* acompaña a Asio cuando éste, montado en su carro, ataca a los griegos, *Il.*, XII, 140; da un bote de lanza en el escudo de Antiloco, retrocede, se le clava en el vientre la lanza que le arroja Meriones y muere, XIII, 560 a 575; Héctor pregunta por Adamante y otros guerreros a Paris, y éste le dice que han muerto, XIII, 771 a 780.

ADMETA (Ἀδμήτη, femenino de ἄδμητος, η, ον, de ἀ privativa y δάμνημι, domar = no domada, todavía doncella): Jugaba y cogía flores con Persefonea cuando ésta fué robada por Hades, *Him.*, II, 421.

ADMETO (Ἄδμητος, indómito): Rey de Tesalia, hijo de Feres, esposo de Alcestis y padre de Eumelo, *Il.*, II, 714; XXIII, 289, 391 y 532.

ADRASTA (Ἀδρήστη): Criada de Helena. Coloca el sillón en que ésta toma asiento, *Od.*, IV, 123.

ADRASTEA (Ἀδρήστεια): Ciudad de la Propóntide, *Il.*, II, 828.

ADRASTINA (Ἀδρηστίνη): Hija de Adrasto. Nombre patronímico de Egialea, mujer de Diomedes, *Il.*, III, 412.

ADRASTO (Ἄδρηστος, de ἀ y διδράσκω = que no procura huir): 1) Caudillo teucro, hijo de Mérope percosio, *Il.*, II, 830. Fué cogido por Menelao y muerto por Agamenón, VI, 37 a 65.

2) Rey de Sición, en la época de la guerra tebana, *Il.*, XIV, 121; uno de sus caballos era el célebre Arión, XXIII, 347.

3) Teucro, muerto por Patroclo, *Iliada*, XVI, 694.

AEDÓN (Ἀηδών): Hija de Pandáreo. Tuvo del rey Zeto un hijo llamado Itilo, a quien mató por imprudencia; fué transformada en ruiseñor, y al comenzar la primavera canta en la espesura llorando a su hijo, *Od.*, XX, 518 a 523.

AFAREO (Ἀφαρεύς): Caudillo griego, hijo de Calétor, *Il.*, IX, 83; XIII, 478; fué muerto por Eneas, XIII, 541.

AFIDANTE (Ἀφείδας): Nombre inventado por Odiseo. Llama así a un rey de quien se dice hijo, en su conversación con Laertes, antes de darse a conocer, *Od.*, XXIV, 305.

AFRODITA (Ἀφροδίτη, según Euripides de la palabra ἀφροσύνη porque hace perder el juicio a los que aman; según Platón, de ἀφρός [espuma] por haber nacido de la espuma; y según otros, de una palabra fenicia: = Astarté. Diosa, hija de Zeus y de Dione, y esposa de Hefesto; más conocida con el nombre latino de *Venus*. Sus principales epítetos son: δῖα [divina]; χρυσέη [áurea]; Διὸς θυγάτηρ [hija de Zeus]; φιλομμειδής [amante de la risa]; Κυπρογενής [nacida en Chipre]; Κυθερείη [Citerea, de Citera], etc.)

Il. Tuvo de Anquises a Eneas, II, 820 y 821; V, 248; XX, 105 y 209; da la hermosura, III, 54 y 64; cuando Menelao coge a Paris por el casco, la diosa rompe la correa del mismo y arrebata al troyano después de envolverlo en densa nube, III, 374 a 382; llama a Helena y la lleva a la cámara nupcial donde dejó a Paris, III, 383 a 425, a quien protege constantemente, IV, 10 a 12; Atenea dice a Diomedes que si en la batalla se presenta Afrodita procure herirla con la lanza, V, 131 y 132, 820; cuando Afrodita quiere salvar a Eneas, que ha recibido una pedrada de Diomedes, éste la hiere en la mano con la lanza; y la diosa, soltando al hijo, que es recogido por Apolo, sale del campo de batalla, pide a Ares sus corceles, vuelve al Olimpo, es curada por su madre Dione, y Atenea la zahiere con irónicas frases, V, 311 a 430; es la diosa de la hermosura, IX, 389; presta a Hera el cinto que encierra todos los encantos, XIV, 188 a 225; en el *Combate de los dioses* va con las deidades que protegen a los teucros, XX, 40; acompaña a Ares, que ha sido vencido por Atenea, y ésta la persigue, le da una puñada en el pecho y la derriba por tierra, XXI, 416 a 433; Andrómaca, al ver que Aquileo arrastra el cadáver de Héctor, arráncase el velo que la áurea Afrodita le había dado, XXII, 470; la diosa, para que el cadáver de Héctor se conserve, ahuyenta a los perros y lo unge con un divino aceite rosado, XXIII, 185 a 187; Paris le concedió el premio de la hermosura cuando las tres diosas (Hera, Atenea y Afrodita) fueron a su cabaña, XXIV, 29 y 30; Briseida y Casandra son comparadas por su belleza a la áurea Afrodita, XIX, 282; XXIV, 699.

Od. A Hermione se la compara con

Biblioteca Nacional de España

Afrodita por su hermosura, IV, 14; deplora Helena el error en que la puso Afrodita cuando la llevó a Troya, IV, 261 a 264; ayuntóse Afrodita con Ares, pero el Sol se lo dijo a Hefesto, y éste colocó unos lazos finísimos alrededor de la cama, aprisionó a los amantes y no los dejó en libertad hasta que Posidón afianzó el pago de la multa por Ares; entonces Afrodita se fué a Chipre, donde las Gracias la lavaron, la ungieron y le pusieron lindas vestiduras, VIII, 266 a 366; a Penelopea se la compara con Ártemis o con Afrodita, XVII, 36 y 37; XIX, 54; la diosa se lava el rostro con ambrosía cuando va al coro de las Gracias, XVIII, 193 y 194; crió a las hijas de Pandáreo con queso, miel y vino, y fué al Olimpo a pedir a Zeus florecientes bodas para estas doncellas, XX, 68 a 75; manda Odiseo que mueran las mujeres culpables para que se olviden de Afrodita, de cuyos placeres disfrutaban con los pretendientes, XXII, 443 a 445.

Him. Deméter, transfigurada en mortal, semejaba una vieja que ya no es apta para gozar de los presentes de Afrodita, II, 102; las Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita bailan en el Olimpo, cogidas de las manos, III, 195; el poeta pide a la Musa que le cuente las obras de la áurea Afrodita que subyuga a los hombres y a los dioses, menos a Atenea, Ártemis y Hestia, V, 1, 9, 17, 34; Zeus inspiró a Afrodita un dulce deseo de Anquises, V, 49; Afrodita se enamoró de Anquises así que le vió, V, 56, y en seguida la diosa se fué a Chipre, se lavó y se puso hermosos vestidos, V, 65; marchó luego a la cabaña de Anquises, V, 81, el cual la saludó como a diosa, no sabiendo si sería Ártemis, Leto, Afrodita, Temis o Atenea, V, 93; contestóle ella que no era diosa, sino hija de Otreo, que había sido llevada allí para ser esposa de Anquises, V, 107, y dejándose coger de la mano se acostó con Anquises, V, 155; a la hora en que vuelven los pastores del campo derramó un dulce sueño sobre Anquises, recobró su aspecto de diosa y, habiendo despertado a Eneas, éste se turbó al verla, V, 181, y ella tranquilizóle diciendo que nada temiera, que de ella le nacería un hijo llamado Eneas, y que no dijera nunca que se había unido con Citerea, V, 191; el poeta canta a Afrodita, a quien se adjudicó la isla de Chipre, adonde llegó después de nacer en la espuma del mar y en donde las Horas la adornaron para llevarla luego a los inmortales, VI, 1. Están dedicados a esta diosa los himnos V y VI.

Frag. Llevaba vestidos semejantes a los perfumados que a todas horas viste Afrodita, VI, 6; Afrodita, amante de la risa, Ninfas y Gracias pusiéronse flores en la cabeza, VII, 1 y 4.

AGACLES (Ἀγακλέης): Mirmidón, padre de Epigeo: *Il.*, XVI, 571.

AGAMEDE (Ἀγαμήδη): Hija mayor del rey Augías y esposa del caudillo epeo Mulio: *Iliada*, XI, 740.

AGAMEDES (Ἀγαμήδης, de ἄγαν, mucho, y μήδομαι, cuidarse = muy cuidadoso): Hijo de Ergino. Junto con su hermano Trofonio construyó el umbral de piedra del templo de Apolo sobre los cimientos echados por este dios, *Him.*, III, 296.

AGAMENÓN (Ἀγαμέμνων por Ἀγαμένμων, de ἄγαν, mucho, μένος, ánimo, y el sufijo μον que indica propensión. Significa, por tanto, *muy animoso*. Según Prellwitz, está por Ἀγα-μέδμων, dominante). Sus principales epítetos son: ἄναξ ἀνδρῶν (rey de hombres); κρείων, εὐρυκρείων (poderoso, muy poderoso); ποιμὴν λαῶν (pastor de pueblos); etc. Hijo de Atreo, rey de Micenas y jefe supremo de las tropas griegas que fueron a Troya.

Il. Sucedió a Tiestes en el poder real, II, 107; su reino, II, 108 y 569 a 575; llevó su gente a Ilión en cien naves, II, 576 a 580; facilitó a los arcadios sesenta bajeles para que pudieran ir a Troya, II, 610 a 614; y su contienda con Aquileo provocó la cólera de este héroe, I, 7.—Rechaza con amenazador lenguaje al sacerdote Crises, que deseaba redimir a su hija, I, 12 y 24 a 32; increpa a Calcante porque dice que la causa de estar irritado Apolo es no haber devuelto a Crises su hija, y ofrece hacerlo con la condición de que le den otra recompensa, I, 101 a 120; disputa con Aquileo, que le expone la imposibilidad de dársela hasta que tomen a Troya, envía a Criseida a su padre en una nave que manda Odiseo, y se apodera de Briseida, esclava de Aquileo, I, 130 a 147, 172 a 187, 247, 285 a 291, 313 a 347, 375 a 392; es engañado por un Sueño que le manda Zeus, reúne el consejo de los cau-

Biblioteca Nacional de España

dillos y luego el ágora de los guerreros y les propone que huyan todos a la patria, II, 6, 18 a 141; da el cetro a Odiseo para que vuelva a reunir a los griegos, II, 185; es zaherido por Tersites, II, 224 a 234; manda a los heraldos pregonar que los aqueos se aperciban para el combate, y junto con los demás caudillos pone a los guerreros en orden de batalla, II, 441 a 483; es visto desde la torre por Príamo, el cual describe su aspecto, y Helena le dice quién es y las cualidades que le adornan, III, 166 a 182; antes del combate singular de París y Menelao, levántase para recibir a Príamo, hace la plegaria a Zeus en la que expone las condiciones del combate, y degüella las víctimas del sacrificio con que se sanciona el pacto, III, 267, 271 a 294; después del desafío, pide a los troyanos que cumplan lo acordado, devolviendo a Helena y sus riquezas, III, 455 a 461; estremécese al ver que han herido a Menelao con una flecha y manda que Macaón le cure, IV, 148 a 207; dispónese para el combate y revista las tropas, reprendiendo o alabando a cada caudillo, IV, 223 a 418; mata a Odio, caudillo de los halizones, V, 37 a 42; a Élato, VI, 33; a Adrasto, VI, 53 a 65; no permite que Menelao luche en combate singular con Héctor, VII, 107 a 119; se ofrece a luchar con este héroe, VII, 162; afligido y desesperado, propone a los caudillos que huyan todos a la patria, IX, 9 a 28, y por consejo de Néstor da un banquete a los próceres, reconoce sus faltas, manda una embajada a Aquileo y le ofrece muchas cosas para aplacarle, IX, 61 a 160, 260 a 300; pregunta a Odiseo qué respuesta ha dado Aquileo a la embajada, IX, 673 a 679; no pudiendo conciliar el sueño, se levanta, y con Néstor y otros caudillos acuerda enviar dos espías al campo troyano, para lo cual son designados Odiseo y Diomedes, X, 3 a 253; al amanecer, ármase para el combate, pelea luego valerosamente, matando a muchos teucros, pero es herido y tiene que retirarse de la batalla, XI, 15 a 46, 91 a 180, 218 a 284; va con otros reyes, que están heridos como él, a presenciar el combate, se encuentra con Néstor y propone nuevamente la huida a la patria, XIV, 29 a 81; contestando a la increpación de Odiseo, dice que desearía encontrar otra solución mejor que la fuga, XIV, 103 a 108; se dirige al frente de los reyes a la batalla, es exhortado por Posidón, pone en orden a los combatientes y pelea valerosamente, XIV, 134 a 145, 380, 516 a 522; su reconciliación con Aquileo, XIX, 76 a 153, 184 a 197, 252 a 266; da un banquete a Aquileo después que este héroe mata a Héctor, XXIII, 35 a 56; quiere luchar en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, y Aquileo no se lo permite y le da el premio, XXIII, 887 a 897.

Od. Estuvo con Menelao en Ítaca para persuadir a Odiseo a que les siguiera a Ilión, según refiere su alma en el Hades, XXIV, 115 a 119; regocíjase al presenciar la disputa de Odiseo y Aquileo, la cual, según el oráculo, era la señal de que iba a terminar la contienda de teucros y dánaos, VIII, 77 a 82; después de la toma de Ilión, quiso detener al pueblo hasta ofrecer sacrificios a Atenea, y, al llegar a su patria, fué muerto por Egisto, que había seducido a Clitemnestra, y vengado más tarde por Orestes, I, 35 a 41; III, 143 a 164, 193 a 198, 234 y 235, 248 a 310; IV, 91 y 92, 512 a 537; como lo refiere en el Hades su misma alma, XI, 387 a 461, XXIV, 20 a 22 y 95 a 97; Menelao le erigió un túmulo en Egipto, IV, 584.

Frag. Hizo presentes a los Tesidas y a Menesteo, XXVIII, 1.

AGAMENÓNIDA (Ἀγαμεμνονίδης): Hijo de Agamenón. Nombre patronímico de Orestes, I, 30.

AGAPENOR (Ἀγαπήνωρ, de ἀγαπάω, amar, y ἀνήρ, varón, amante de la virilidad, valeroso): Hijo de Anceo, rey de los arcadios, *Iliada*, II, 609.

AGÁSTENES (Ἀγασθένης): Príncipe de los eleos, hijo de Augías y padre de Polixeno, *Iliada*, II, 624.

AGÁSTROFO (Ἀγάστροφος): Teucro, hijo de Peón, muerto por Diomedes, *Il.*, XI, 338 y 373.

AGATÓN (Ἀγάθων): Hijo de Príamo, *Iliada*, XXIV, 249.

AGAVE (Ἀγαυή): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 42.

AGELAO (Ἀγέλαος): 1) Teucro, hijo de Fradmon, muerto por Diomedes, *Il.*, VIII, 257.

2) Griego, muerto por Héctor, *Iliada*, XI, 302.

3) Hijo de Damástor y uno de los pretendientes de Penelopea. Exhorta a los de-

Biblioteca Nacional de España

más pretendientes a que no maltraten a los huéspedes ni a los criados de Telémaco y aconseja a éste que case a Penelopea, *Odisea*, XX, 321 a 337; durante la matanza, pregunta a sus amigos si podría salir alguien por el postigo, XXII, 131 a 136; increpa y amenaza a Atenea, que había tomado la figura de Méntor, XXII, 212 a 223; aconseja a los demás pretendientes que no arrojen todos a la vez el dardo, XXII, 247 a 254; y muere, atravesado por la lanza de Odiseo, XXII, 293.

AGENOR ('Αγήνωρ, de α aum. y γFανήρ (ἀνήρ) =viril, valeroso): Príncipe teucro, hijo de Antenor y padre de Equeclo. Mata a Elefenor, *Il.*, IV, 467; hace formar las tropas junto con sus dos hermanos y Héctor, XI, 59; manda con Paris y Alcátoo el segundo de los cinco cuerpos en que Héctor divide el ejército, XII, 93; ayuda a Eneas en el combate, XIII, 490; auxilia a Heleno, XIII, 598; defiende a Héctor, XIV, 425; mata a Clonio, XV, 340; combate, exhortado por Glauco, en defensa del cadáver de Sarpedón, XVI, 535; muere su hijo Equeclo, XX, 474; incitado por Apolo, aguarda a Aquileo y pelea con él, pero el dios le arrebata del campo y tomando su figura echa a correr; Aquileo, engañado, le sigue, y los troyanos entran en la ciudad, XXI, 545, 759, 595 y 600.

AGLAYA ('Αγλαΐη, forma jónica de 'Αγλαία, claridad, esplendor, belleza): Esposa del rey Cárope y madre de Nireo, *Il.*, II, 672.

AGRIO ('Άγριος): Hijo de Porteo y hermano de Melas y de Eneo. Este último fué el abuelo paterno de Diomedes, *Il.*, XIV, 117.

AGUDAS (Θοαί): Islas situadas frente a la desembocadura del río Aqueloo, *Od.*, XV, 299.

AIDONEO ('Αϊδωνεύς): Uno de los nombres de Hades, dios de los infiernos, hijo de Cronos y Rea: *Il.*, V, 190; XX, 61.

Him. Fué el raptor de Deméter, II, 2; dice el Sol que Aidoneo no es un nieto indigno de Deméter, II, 84; obedece la orden de Zeus de que deje sacar del Érebo a Persefonea, II, 357; engancha los inmortales corceles al áureo carro para que Persefonea vaya a reunirse con su madre, II, 376.

ALALCOMENIA ('Αλαλκομενηΐς): Epiteto de la diosa Atenea, *Il.*, IV, 8; V, 908. Según unos, significa *de Alalcomene*, ciudad de Beocia; según otros, procede de ἀλαλκεῖν y μένος, y ha de traducirse: *Auxiliar poderosa.*

ALÁSTOR ('Αλάστωρ, de ά y λανθάνω=que no olvida, que no deja impune un crimen): 1) Caudillo griego, uno de los capitanes de las tropas de Néstor, *Il.*, IV, 295; junto con Mecisteo saca a Teucro del combate, cuando es herido por Héctor, VIII, 333; y a Hipsenor cuando lo es por Deífobo, XIII, 422.

2) Caudillo licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 677.

3) Teucro, padre de Tros, que murió a manos de Aquileo, *Il.*, XX, 463.

ALASTÓRIDA ('Αλαστορίδης): Hijo de Alástor. Nombre patronímico del teucro Tros, *Il.*, XX, 463.

ALBAHAQUERO ('Ωκιμίδης): Rana. [Según unos versos intercalados: hiere a un ratón, *Batrac.*, 214; y es herido en el hígado por Lamehombres, 216].

ALCANDRA ('Αλκάνδρη): Esposa de Pólibo, que moraba en Tebas, ciudad de Egipto, *Odisea*, IV, 126 y 127.

ALCANDRO ('Άλκανδρος): Guerrero licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 678.

ALCÁTOO ('Αλκάθοος): Teucro, hijo de Esietes y yerno de Anquises por estar casado con Hipodamia, *Il.*, XIII, 427 a 433. Junto con Paris y Agenor, manda uno de los cuerpos en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla*, XII, 93; muere de una lanzada que le da Idomeneo, XIII, 427 a 444; Deífobo exhorta a Eneas a que defienda el cadáver, XIII, 465; Eneas e Idomeneo luchan por el mismo, XIII, 496.

ALCESTIS ('Άλκηστις, de ἀλκή, fuerza): La hija más hermosa de Pelias, esposa del rey Admeto y madre de Eumelo, *Il.*, II, 715.

ALCIMEDONTE ('Αλκιμέδων): Mirmidón, hijo de Laerces, uno de los cinco capitanes de las tropas de Aquileo, *Il.*, XVI, 197; Automedonte le invita a subir a su carro, después de la muerte de Patroclo, y le pone en las manos las riendas y el látigo, XVII, 466 a 482, 500 y 501.

ALCÍMIDA ('Αλκιμίδης): Hijo de Álcimo. Nombre patronímico de Méntor, *Od.*, XXII, 235.

ÁLCIMO ('Άλκιμος): Mirmidón, servidor de Aquileo. Junto con Automedonte unce los corceles del carro de Aquileo, *Il.*, XIX, 392; sirve al héroe, XXIV, 474; desengancha los caballos y los mulos de los carros de Príamo, cuando éste va a redimir el

Biblioteca Nacional de España

cadáver de Héctor, y entra en la tienda el rescate, XXIV, 574.

ALCÍNOO (Ἀλκίνοος): Rey de los feacios en Esqueria, hijo de Nausítoo, esposo de Arete y padre de Nausicaa y de cinco varones, *Od.*, VI, 12, 17. Accede a la súplica de Nausicaa de que le dé un carro para ir al río a lavar la ropa, VI, 56 a 71; su genealogía referida por Atenea a Odiseo, VI, 56 a 63; descripción de su palacio y del jardín que lo circunda, VII, 84 a 132; entra Odiseo en el palacio y llega hasta la habitación donde se hallan Alcínoo y Arete, abraza las rodillas de la reina, y Alcínoo, por exhortación de Equeneo, lo levanta, lo hace sentar a su lado, manda que se ofrezcan libaciones, VII, 139 a 181, y despide a los comensales, citándoles para el día siguiente en que tratarán de la conducción del héroe, VII, 185 a 207; siéntase con Arete al lado de Odiseo, VII, 231, oye el relato de éste acerca de cómo llegó a la isla de Calipso y ha venido de ella al país de los feacios, VII, 240 a 297, censura el proceder de Nausicaa por no haberlo traído ella misma a la casa, VII, 298 a 301, expresa su deseo de que Odiseo se quede y sea el marido de Nausicaa, VII, 307 a 333, y se acuesta con Arete, VII, 346, 347; levántase al día siguiente, se encamina al ágora, pide a los itacenses que conduzcan a Odiseo a su patria, ofrece un convite a los marineros y manda llamar a Demódoco, VIII, 1 a 45; vuelve al palacio, da un banquete en el cual canta Demódoco, y, al ver que Odiseo derrama lágrimas, propone que se trasladen a la plaza y se prueben en los juegos, VIII, 46 a 104; sus hijos se levantan y toman parte en los juegos, VIII, 118; increpado Odiseo por uno de los hijos de Alcínoo, VIII, 132, 140 a 151, el rey lo apacigua y manda que salgan los danzadores a bailar al son de la cítara, VIII, 236 a 256; Alcínoo ordena que bailen Halio y Laodamante, VIII, 370, 371; exprésale Odiseo su admiración por los danzadores y el rey manda que se ofrezcan presentes de hospitalidad a Odiseo y que Eurialo lo desenoje, y éste obedece, VIII, 381 a 405; vuelven todos al palacio y Alcínoo dice a Arete que traiga un arca para poner los presentes ofrecidos a Odiseo y le da a éste una copa de oro, VIII, 421 a 432; Odiseo, después de lavarse, se sienta junto a Alcínoo, VIII, 469; el rey, al ver que Odiseo llora mientras el aedo canta lo del caballo de madera, le pregunta quién es, de dónde viene y por qué llora, VIII, 532 a 586; oye el relato que hace Odiseo de sus aventuras, IX; X; XI, 1 a 333; pide a Odiseo que continúe el relato y el héroe obedece, XI, 347 a 640; XII; ruega a los comensales que den a Odiseo sendos trípodes y calderos, coloca por sí mismo en la nave todo lo del héroe, da un banquete y al ponerse el sol manda ofrecer libaciones, despide a Odiseo y lo hace acompañar por un heraldo, XIII, 1 a 65; manda ofrecer un sacrificio a Posidón cuando, al volver la nave que condujo a Odiseo, el dios la convierte en piedra, XIII, 171 a 183.

ALCÍONE (Ἀλκυόνη): Sobrenombre dado a Cleopatra por sus padres, *Il.*, IX, 562.

ALCIPE (Ἀλκίππη): Criada de Helena. Coloca un tapete en la silla en que ha de sentarse Helena, *Od.*, IV, 124.

ALCMAÓN (Ἀλκμάων): Griego, hijo de Téstor, muerto por Sarpedón, *Il.*, XII, 394.

ALCMENA (Ἀλκμήνη): Esposa de Anfitrión y madre de Heracles: *Il.*, XIV, 323; cuando iba a parir a éste, Hera retardó el parto para que Euristeo naciese antes, XIX, 99 y 119.

Od. Nunca se valió de astucias como las de Penelopea, II, 120; Odiseo la vió entre las sombras de los muertos cuando descendió a la morada de Hades, XI, 266 a 268.

Him. Fué madre de Heracles, que tuvo de Zeus, XV, 3.

ALCMEÓN (Ἀλκμαίων): Hijo de Anfiarao, *Odisea*, XV, 248.

ALE (Ἀλήϊον πεδίον): Comarca de Licia, donde vivió Belerofonte ya anciano, *Il.*, VI, 201.

ALÉCTOR (Ἀλέκτωρ): Suegro de Megapentes, *Od.*, IV, 10.

ALECTRIÓN (Ἀλεκτρυών = gallo; de ἀλέξω, rechazar, el que rechaza, luchador, por el carácter belicoso de este animal): Padre de Leito que era caudillo de los beocios, *Il.*, XVII, 602.

ALEGENÓRIDA (Ἀλεγηνορίδης): Hijo de Alegénor. Nombre patronímico del teucro Prómaco, *Il.*, XIV, 503.

ALEJANDRO (Ἀλέξανδρος, de ἀλέξειν, rechazar, y ἀνήρ, hombre): Hijo de Príamo y de Hécabe, raptor de Helena. Es más conocido con el nombre de París. (Véase esta palabra.) *Il.*, III, 16, 27, 30, 37, 58, 87, 100, 136,

Biblioteca Nacional de España

253, 281, 284, 289, 329, 346, 352, 366, 390, 403, 421, 425, 450, 452; IV, 96; V, 62; VI, 290, 313, 332, 356, 517; VII, 2, 355, 374, 388, 389, 400; VIII, 82; XI, 124, 369, 505, 581; XIII, 766, 774; XXII, 115; XXIV, 28, 763.

ALESIO (Ἀλήσιος): Ciudad de la Élide, *Il.*, II, 617; XI, 757.

ALFEO (Ἀλφειός): Río de Élide en la tierra de los pilios; padre del antiguo rey Orsíloco, nieto de Diocles y bisabuelo de los caudillos griegos Cretón y Orsíloco, *Il.*, II, 592; V, 545; XI, 712, 726 y 728.

Od., III, 489; XV, 187.

Him. Junto a él nació Diónisos, según algunos, I, 3; la nave de los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes pasó por delante de Trío, vado del Alfeo, III, 423; la noche tocaba a su fin cuando Hermes llegó al Alfeo con las vacas de Apolo, IV, 101; concluido el sacrificio de las vacas, Hermes tira sus sandalias al Alfeo, IV, 139; Hermes y Apolo llegan al vado del Alfeo, cerca del cual tenía aquél encerradas las vacas de Apolo, IV, 398.

ALGUÍVORO (Πρασσαῖος): Rana. Cuando ve a Roepán caído, le clava el junco en el escudo, *Batr.*, 252-254.

ALIBANTE (Ἀλύβας): Ciudad del Sud de Italia, *Od.*, XXIV, 304.

ÁLIBE (Ἀλύβη): Ciudad del Ponto Euxino, habitada por los halizones, *Il.*, II, 857.

ALISIO (Ἀλείσιον): Ciudad de Élide, *Il.*, II, 617.

ALO (Ἅλος): Ciudad de Ptiótide, *Il.*, II, 682.

ALOEO (Ἀλωεύς): Padre de Oto y Efialtes, que encadenaron a Ares, *Il.*, V, 386.

Od. Padre de Oto y de Efialtes, que tuvo de Ifimedia, XI, 305 a 308.

ÁLOPE (Ἀλόπη): Ciudad de Ptiótide, *Il.*, II, 682.

ALTEA (Ἀλθαίη): Hija de Testio, esposa de Eneo y madre de Meleagro, *Il.*, IX, 555.

ALTES (Ἅλτης): Rey de los léleges del Asia Menor, padre de Laótoe y abuelo materno de Licaón, *Il.*, XXI, 85, 86; XXII, 51.

AMARINCEO (Ἀμαρυγκεύς): Rey de los epeos, padre del caudillo griego Diores, *Il.*, II, 622; IV, 517; en los juegos fúnebres que se celebraron por su muerte, señalóse Néstor, XXIII, 630.

AMARINCIDA (Ἀμαρυγκείδης): Hijo de Amarinceo. Nombre patronímico de Diores, *Iliada*, II, 622; IV, 517.

AMATÍA (Ἀμάθεια): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 48.

AMICLAS (Ἀμύκλαι): Ciudad de Laconia, *Iliada*, II, 584.

AMIDÓN (Ἀμυδών): Ciudad de Peonia, *Iliada*, II, 849; XVI, 288.

AMÍNTOR (Ἀμύντωρ): Hijo de Órmeno y padre de Fénix; vivía en Eleón, población de Beocia, *Il.*, IX, 448; X, 266.

AMISODARO (Ἀμισώδαρος): Príncipe de Caria, suegro de Belerofonte; crió la Quimera, *Il.*, XVI, 328.

AMITAÓN (Ἀμυθάων): Hijo de Creteo y de Tiro, *Od.*, XI, 259.

AMNISO (Ἀμνισός): Puerto de Creta, donde está la gruta de Ilitia, *Od.*, XIX, 188.

AMOPAÓN (Ἀμοπάων): Troyano, hijo de Poliemón, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 276.

AMOR (Ἔρως): Los mortales llaman al Amor alado y los inmortales Pteros (que da alas), *Frag.*, XXXVI, 1.

ANABESÍNEO (Ἀναβησίνεως): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 113.

ANCEO (Ἀγκαῖος): 1) Rey de Arcadia, padre de Agapenor, *Il.*, II, 609.

2) Célebre púgil etolo vencido por Néstor en los juegos fúnebres de Amarinceo, *Il.*, XXIII, 635.

ANDAENTRECOLES (Κραμβοβάτης): Rana. Tira un puñado de cieno a Hurtamigas (que acababa de matar a Puerrívoro) y por poco no le ciega, *Batr.*, 237-238; recibe una pedrada, que le tira Hurtamigas, se le rompe la pierna derecha y cae de espaldas en el polvo, 239-242.

ANDREMÓN (Ἀνδραίμων): Príncipe etolo, padre del rey Toante: *Il.*, II, 638; XIII, 216; XV, 281.

Od., XIV, 499.

ANDREMÓNIDA (Ἀνδραιμονίδης): Hijo de Andremón. Nombre patronímico de Toante, *Il.*, VII, 168.

ANDRÓMACA (Ἀνδρομάχη = ἡ ἀνδρὶ μάχεται, de ἀνήρ, varón, y μάχεσθαι, combatir): Hija del rey Eetión y esposa de Héctor. Habla con su marido en las puertas Esceas (célebre coloquio llamado por muchos la *Despedida de Héctor y Andrómaca*), *Il.*, VI, 371, 377, 392 a 496; cuida de los caballos de Héctor, VIII, 187; XVII, 208; mientras está tejiendo en el palacio, oye gritos y sollozos; sube a la torre; ve que Aquileo se lleva el cadáver de Héctor atado a su carro y arras-

Biblioteca Nacional de España

trándolo por el polvo; pierde el sentido en brazos de sus cuñadas; y, vuelta en sí, deplora la suerte de Héctor, la suya y la que le aguarda a su hijo Astianacte, XXII, 437 a 515; se lamenta ante el cadáver de Héctor, rescatado por Príamo, XXIV, 723 a 746.

Frag. El hijo de Aquileo llevóse a Andrómaca, que le habían dado como recompensa los príncipes de los aqueos, XXV, 6.

ANEMORÍA (Ἀνεμώρεια): Ciudad de Fócide, *Il.*, II, 521.

ANFÍALO (Ἀμφίαλος): Hijo de Polineo. Uno de los jóvenes feacios qué toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Odisea*, VIII, 114; queda vencedor en el salto, VIII, 128.

ANFIARAO (Ἀμφιάραος): Hijo de Oicleo, nieto de Antífates y padre de Alcmeón y de Anfíloco. Fué muy caro a Zeus y a Apolo, y murió en Tebas a causa de los regalos que su mujer recibiera, *Od.*, XV, 243 a 253.

ANFICLO (Ἄμφικλος): Teucro, muerto por Meges Filida, *Il.*, XVI, 313.

ANFIDAMANTE (Ἀμφιδάμας): Griego que habitaba en Escandía, ciudad de la isla de Citera. Recibió como presente el casco que Autólico había robado a Amíntor, y lo regaló a Molo, *Il.*, X, 268 y 269; su hijo fué muerto por Patroclo en una riña motivada por el juego, XXIII, 87.

ANFIGENIA (Ἀμφιγένεια): Ciudad de Trifilia, en la Élide; formaba parte del reino de Néstor, *Il.*, II, 593.

ANFÍLOCO (Ἀμφίλοχος): Hijo de Anfiarao, *Od.*, XV, 248.

ANFÍMACO (Ἀμφίμαχος): 1) Caudillo de los epeos, hijo de Ctéato y nieto de Áctor, *Il.*, II, 620, 870, 871; Héctor lo mata y le despoja de la armadura, XIII, 185 y 189; su cadáver es retirado por los griegos, XIII, 195 y 203.

2) Caudillo de los carios, hijo de Nomión, muerto por Aquileo en la batalla junto al río, *Il.*, II, 870 y 871.

ANFIMEDONTE (Ἀμφιμέδων): Hijo de Melaneo y uno de los pretendientes de Penelopea. Concita a los demás pretendientes en la lucha que traban con Odiseo, *Od.*, XXII, 242; hiere a Telémaco en la muñeca, XXII, 277; es muerto por Odiseo, XXII, 284; al llegar su espíritu al Hades, es reconocido por Agamenón y, al preguntarle éste por qué llegan tantos y tan selectos varones, refiere que pretendían a Penelopea y cuenta detalladamente cómo Odiseo ha llevado al cabo su venganza, XXIV, 102 a 190.

ANFÍNOME (Ἀμφινόμη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 44.

ANFÍNOMO (Ἀμφίνομος): Hijo de Niso y uno de los pretendientes de Penelopea. Ve llegar la nave de los pretendientes que acechaban la vuelta de Telémaco, y se lo dice a sus compañeros para que no les envíen un mensaje, *Od.*, XVI, 351 a 357; es el pretendiente más grato a Penelopea y disuade a los demás de que maten a Telémaco, XVI, 394 a 406; cuando Odiseo vence a Iro, le sirve dos panes y una copa de vino, y le saluda, por lo cual el héroe le aconseja que se vaya del palacio antes de la matanza, XVIII, 119 a 396; Odiseo se sienta en las rodillas de Anfínomo, cuando se ve amenazado por Eurímaco, XVIII, 394 a 396; Anfínomo arenga a los demás pretendientes para que obedezcan a Telémaco, no maltraten al huésped (Odiseo) y se vayan a dormir a sus casas, XVIII, 412 a 421; su heraldo Mulio sirve el vino para las libaciones, XVIII, 424; se opone nuevamente a que se mate a Telémaco y aconseja que se prepare la comida, XX, 244 a 247; en la escena de la matanza, arremete contra Odiseo, pero Telémaco le envasa la lanza en la espalda, le atraviesa el pecho y le deja el arma clavada, XXII, 89 a 96.

ANFIO (Ἄμφιος): 1) Caudillo teucro, hijo de Mérope, *Il.*, II, 830; fué muerto por Diomedes, XI, 328 a 335.

2) Caudillo teucro, hijo de Selago; fué muerto por Ayante Telamonio, *Il.*, V, 612.

ANFIÓN (Ἀμφίων): 1) Uno de los capitanes que mandan a los epeos en la *Batalla junto a las naves*, *Il.*, XIII, 692.

2) Hijo de Zeus y de Antíope. Con su hermano Zeto fundó y fortificó a Tebas, *Od.*, XI, 260 a 265.

3) Hijo de Yaso y padre de Cloris, la esposa de Neleo. Era rey de Orcómeno, *Od.*, XI, 281 a 284.

ANFÍTEA (Ἀμφιθέη): Esposa de Autólico y, por tanto, abuela materna de Odiseo. Abrazó a Odiseo y le besó la cabeza y los ojos, cuando el héroe fué a la casa de Autólico, *Od.*, XIX, 416.

ANFÍTOE (Ἀμφιθόη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 42.

ANFITRIÓN (Ἀμφιτρύων): Rey de Tebas y es-

Biblioteca Nacional de España

poso de Alcmena, la madre de Heracles, *Il.*, V, 392.

Od., XI, 266 a 270.

ANFITRITE ('Αμφιτρίτη): Hija de Nereo y esposa de Posidón. Dice Telémaco que no se sabe si Odiseo murió en el continente o entre las ondas de Anfitrite, *Od.*, III, 91; Anfitrite cría muchos monstruos marinos, V, 422; XII, 97; sus grandes olas rugen contra las peñas Erráticas, XII, 60.

Him. Asistió, con otras diosas, al parto de Leto en que ésta dió a luz a Apolo, III, 94.

ANFÓTERO ('Αμφοτερός): Licio, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 415.

ANQUÍALO ('Αγχίαλος): 1) Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 609.

2) Padre de Mentes, rey de los tafios, *Od.*, I, 180 y 418, que proporcionó a Odiseo veneno para teñir las flechas, I, 264.

3) Uno de los jóvenes feacios que intervienen en los juegos, *Od.*, VIII, 112.

ANQUISES ('Αγχίσης): 1) Príncipe troyano, hijo de Capis. Tuvo de la diosa Afrodita a Eneas, *Il.*, II, 820; V, 247 y 313; adquirió caballos de la raza de los que Zeus dió a Tros, V, 268; su hija Hipodamia casó con el héroe Alcátoo, XIII, 428. Genealogía de Anquises, XX, 208 a 240.

Him. Hallábase en su cabaña cuando se le presentó Afrodita, que había tomado el aspecto de una doncella, V, 53, 77; al verla se quedó admirado, V, 84; sintió que el deseo amoroso se apoderaba de él y dirigió a la diosa una invocación, V, 91; ella le dijo que era hija de Otreo, rey de los frigios, y que el Argifontes la había llevado allí para que fuera esposa de Anquises, V, 108, 126; el amor se apoderó de Anquises, que se acostó con la diosa, V, 144, 166; a la hora en que vuelven del campo los pastores, la diosa derramó sobre Anquises un dulce sueño, se vistió y se dió a conocer a Anquises, diciendo que tendría un hijo (Eneas) que sería criado por las ninfas y al cumplir cinco años se lo llevaría a él, pero que se guardara de decir que lo había tenido de Afrodita, V, 170, 192.

2) Griego de Sición, padre de Equepolo, *Il.*, XXIII, 296.

Frag. El hijo de Aquileo hizo entrar en su nave a Eneas, hijo de Anquises, para llevárselo como la mejor de las recompensas, XXV, 6.

ANQUISÍADA ('Αγχισιάδης): Hijo de Anquises. Nombre patronímico de Eneas y de Equépolo, *Il.*, XVII, 754; XX, 160; XXIII, 296.

ANTEA ('Ανθεια): 1) Ciudad de Mesenia, *Iliada*, IX, 151 y 293.

2) Mujer del rey Preto, la cual calumnió a Belerofonte porque este héroe no correspondió a su amor, *Il.*, VI, 160 a 165.

ANTEDÓN ('Ανθηδών): Población en los confines de Beocia, *Il.*, II, 508.

ANTÉMIDA ('Ανθεμίδης): Hijo de Antemión. Nombre patronímico de Simoisio, *Il.*, IV, 488.

ANTEMIÓN ('Ανθεμίων): Teucro, padre de Simoisio, *Il.*, IV, 473 y 488.

ANTENOR ('Αντήνωρ): Príncipe troyano, esposo de Teano, que era hermana de Hécabe. Sus hijos Arquéloco y Acamante compartían con Eneas el mando de los dardanios, *Il.*, II, 822 y 823; XII, 99 y 100; es uno de los próceres que están en la torre con Príamo cuando Helena sube a la misma, III, 148; había hospedado en su palacio a Odiseo y a Menelao cuando fueron, como embajadores, a reclamar a Helena, III, 203 a 224, 262, 312; de sus hijos mueren: Pedeo, herido por Meges, V, 69; Ifiadamante y Coón, por Agamenón, XI, 221 a 263; Arquéloco y Laodamante, por Ayante, XIV, 463 a 474, y XV, 516 y 517; Demoleonte, por Aquileo, XX, 395 y 396; su esposa era sacerdotisa de Atenea, VI, 298 a 300; en la junta que se celebra junto al palacio de Príamo propone la devolución de Helena y sus riquezas a los Atridas, VII, 347 a 358; su hijo Agenor, instigado por Apolo, lucha con Aquileo, el dios le arrebata del campo y tomando su figura huye delante del Pelida para apartarle de la ciudad, XXI, 545 a 605.

ANTENÓRIDA ('Αντηνορίδης): Hijo de Antenor. Nombre patronímico de los teucros siguientes:

1) Helicaón, *Il.*, III, 122 y 123.

2) Laódoco, *Il.*, IV, 87.

3) Pólibo, Agenor y Acamante, *Iliada*, XI, 59.

4) Ifidamante, *Il.*, XI, 221.

5) Coón, *Il.*, XI, 249; XIX, 53.

ANTICLEA ('Αντίκλεια): Hija de Autólico, esposa de Laertes y madre de Odiseo. Su alma se le presenta a Odiseo en el Hades antes de que llegue Tiresias, y el héroe no le

Biblioteca Nacional de España

permite beber la sangre, *Od.*, XI, 84 a 89; luego que se va Tiresias, Anticlea bebe la sangre, reconoce a su hijo, le explica cómo murió, le refiere lo que ocurre en el palacio y la exhorta a salir a la luz lo antes posible, XI, 151 a 224; murió por el pesar que le causaba la ausencia de Odiseo, XV, 358; crió a Eumeo junto con su propia hija Ctimene, XV, 363 a 370.

ÁNTICLO ('Αντικλος): Uno de los héroes que se encerraron en el caballo de madera. Quiso contestar a Helena cuando ésta fué adonde se hallaba el caballo y llamó a los caudillos, imitando la voz de sus mujeres; pero Odiseo le tapó la boca con sus robustas manos, *Od.*, IV, 286 a 289.—*Fragmentos,* XXII, 2.

ANTÍFATES ('Αντιφάτης): 1) Teucro, muerto por Leonteo, *Il.*, XII, 191.

2) Rey de los lestrigones, que no parecían hombres, sino gigantes. Cuando los griegos enviados por Odiseo llegan a su casa, echa mano a uno y con él se apareja la comida; luego llama a los demás lestrigones y destruyen la flota del héroe, de la cual se salva un solo bajel, atraviesan a los hombres y se los llevan para comérselos, *Od.*, X, 106 a 124, 199.

3) Hijo de Melampo, padre de Oicleo y abuelo de Anfiarao, *Od.*, XV, 242 a 244.

ÁNTIFO ('Αντιφος): 1) Caudillo griego, hijo de Tésalo, *Il.*, II, 678.

2) Caudillo griego, de los meonios, hijo de Talémenes, *Il.*, II, 864.

3) Hijo de Príamo; mata a Leuco, *Iliada,* IV, 489; es muerto por Agamenón, XI, 101, 104, 109.

4) Hijo del héroe Egiptio. Fué con Odiseo a Ilión y al regresar lo mató el Cíclope, que hizo de él la última de aquellas cenas, *Od.*, II, 17 a 20.

5) Anciano de Ítaca, amigo de Odiseo. Al volver de su viaje, Telémaco va al ágora y se sienta donde están Méntor, Ántifo y Haliterses, *Od.*, XVII, 67 a 70.

ANTÍFONO ('Αντίφονος): Hijo de Príamo, *Iliada,* XXIV, 250.

ANTÍLOCO ('Αντίλοχος): Caudillo griego, hijo de Néstor y de Eurídice. Mata a Equepolo, *Il.*, IV, 457 a 462; a Midón, auriga de Pilémenes, V, 565 a 589; a Ablero, VI, 32; y al auriga de Asio, XIII, 93, 396 a 401; cubre con su escudo a Hipsenor, herido, hasta que dos compañeros se llevan a éste, XIII, 418 a 423; acude a defender a Idomeneo, XIII, 479 a 487, 550, 554, 565; mata a Falces y a Mérmero, XIV, 513; por excitación de Menelao, penetra por entre los enemigos, mata a Melanipo y huye ante Héctor, XV, 568 a 591; mata a Atimnio, XVI, 317 a 320; combate aparte de los demás, junto con Trasimedes, XVII, 378 a 383, 387, 653; recibe de Menelao el encargo de participar a Aquileo la muerte de Patroclo, parte, y los suyos le echan muy de menos, XVII, 684 a 704; da la noticia al héroe, cuyas manos toma en las suyas, temiendo que quiera matarse, XVIII, 2 a 34; en los juegos fúnebres en honor de Patroclo toma parte en la carrera de carros, XXIII, 301 a 306, 354, 402 a 441, 514 a 527, 541 a 613; y con Odiseo en la carrera a pie, XXIII, 755 a 797.

Od. Fué muerto en la guerra de Troya por Memnón, hijo de la Aurora, III, 111; IV, 187 y 188; su alma se le aparece a Odiseo en el Hades juntamente con las de Aquileo, Patroclo y Ayante, XI, 468; hállanse estas mismas almas reunidas cuando llegan al Hades las almas de los pretendientes, XXIV, 16; era Antíloco el compañero a quien más apreciaba Aquileo después de Patroclo y sus huesos se guardan en la misma urna que contiene los de éstos, XXIV, 76 a 79.

ANTÍMACO ('Αντίμαχος): Troyano. Por haber recibido oro de Paris, aconsejaba a sus conciudadanos que no devolviesen la argiva Helena y que mataran a Menelao cuando fué con Odiseo a reclamarla, *Il.*, XI, 123 a 125, 132, 138 a 141; sus dos hijos mueren a manos de Agamenón, XI, 143 a 147; XII, 188.

ANTÍNOO ('Αντίνοος, de ἀντί y νόος = de opuesto parecer): Hijo de Eupites. Es el principal de los pretendientes de Penelopea y el más insolente de todos. Respondiendo a Telémaco, dice que ojalá el Cronida no le permita llegar a ser rey de Ítaca, *Od.*, I, 383 a 389; en el ágora cuenta que Penelopea engaña a los pretendientes dándoles esperanzas, refiere el artificio de la tela y declara que no se irán hasta que Penelopea se case, II, 84 a 130; riese de Telémaco, cuando éste vuelve al palacio, y le invita a comer y a beber con él, II, 301 a 310, 321; sabe por Noemón que Telémaco ha ido a Pilos, y propone que se le arme una em-

Biblioteca Nacional de España

boscada en el estrecho que separa a Ítaca de Samos para cuando vuelva, IV, 628 a 672; recomienda a los demás pretendientes el secreto y les exhorta a poner por obra la emboscada, IV, 773 a 777; después de haberse librado Telémaco de la emboscada, propone que se le mate en el campo y se repartan sus bienes, XVI, 363 a 392; es increpado por Penelopea, que ha tenido noticia de su propósito, XVI, 417 a 433; reprende al porquerizo Eumeo porque les trae el mendigo (Odiseo) a la ciudad, XVII, 374 a 381; Telémaco manda al porquerizo que no le responda a Antínoo con largas razones, pide a éste que dé algo al mendigo y Antínoo se niega y amenaza al último con tirarle el escabel, XVII, 392 a 410; el mendigo (Odiseo) le ruega que le dé algo, Antínoo rehusa hacerlo, le amenaza y por fin le arroja el escabel, acertándole en el hombro derecho sin que consiga derribarlo, XVII, 412 a 464; el mendigo (Odiseo) se lamenta de que Antínoo le haya herido por causa del funesto vientre, y desea que halle la muerte antes que el casamiento, XVII, 473 a 476; Antínoo aconseja al mendigo que coma en silencio, es reprendido por uno de los jóvenes y no hace caso de lo que le dicen, XVII, 477 a 478; dice Penelopea que todos los pretendientes le son odiosos, pero Antínoo como la negra Parca, XVII, 498 a 500; propone Antínoo la lucha del mendigo (Odiseo) con Iro y que al vencedor se le dé por premio un vientre de cabra, XVIII, 34 a 50, 65; aprueba que Penelopea acepte los regalos de los pretendientes, le dice que no se irán hasta que ella se case, y manda a su heraldo que le traiga a Penelopea un peplo grande y hermoso que tenía doce hebillas de oro, XVIII, 284 a 294; exhorta a los pretendientes a cumplir lo que les ordena Telémaco, XX, 270 a 275; reprende al porquerizo y al boyero porque lloran al ver el arco de Odiseo y manda que lo dejen, y coman o se vayan, creyendo que podrá tender dicho arco, XXI, 84 a 100; dice a los demás pretendientes que se levanten por orden y vayan probando el arco, XXI, 140 a 143; increpa a Leodes porque dice que no armarán el arco, y manda que se encienda fuego y se traiga sebo para engrasar el arco, XXI, 167 a 184; todos los pretendientes intentan armar el arco menos Antínoo y Eurímaco, XXI, 186 y 187; dice Antínoo que no lograrán tender el arco porque se celebra en la población la fiesta del dios, manda ofrecer las libaciones y propone dejar la terminación del certamen para el día siguiente, XXI, 256 a 269; el mendigo (Odiseo) ruega a todos los pretendientes y en particular a Eurímaco y a Antínoo que le permitan probar el arco, pero este último se opone y Penelopea le reprende, XXI, 275 a 319; Odiseo asesta el arco a Antínoo, dispara una flecha y lo mata, XXII, 8 a 21; Eurímaco, para apaciguar a Odiseo, le dice que Antínoo fué el culpable de todo porque deseaba ser rey de Ítaca, XXII, 48 a 53; el alma de Anfimedonte cuenta a la de Agamenón, en el Hades, cómo Odiseo comenzó la matanza de los pretendientes quitando la vida a Antínoo, XXIV, 179; Eupites habla a los itacenses en el ágora, movido por el intolerable pesar que le causa la muerte de su hijo Antínoo, XXIV, 422 a 424.

ANTÍOPE (Ἀντιόπη): Hija de Asopo y madre de Anfión y Zeto, que tuvo de Zeus, *Odisea,* XI, 260 a 262.

ANTRÓN (Ἀντρών): Ciudad de Tesalia, *Iliada,* II, 697.

Him. La posee Deméter, II, 491.

APESO (Ἄπαισός): Ciudad de la Misia, *Iliada,* II, 828.—También se la llama Peso, V, 612.

APIRA (Ἀπείρη): Ciudad o región desconocida. Algunos traducen Ἀπείρηθεν, *del Epiro,* y el adjetivo Ἀπειραίη, *epirota, de Epiro* o *del continente. Od.,* VII, 8 y 9.

APISAÓN (Ἀπισάων): 1) Teucro, hijo de Fausio, muerto por Euripilo, *Il.,* XI, 578, 582.

2) Teucro, hijo de Hipaso, muerto por Eneas, *Il.,* XVII, 348.

APOLO (Ἀπόλλων por Ἀπέλλων, de ἀπέλλω. La radical ἀπελ significa ser poderoso, hacer crecer, promover, y Apolo significa, según unos, el que aleja o ahuyenta los males; según otros, excitador, promotor, procreador; según otros, profeta; y según Laurent y Hartmann, procede de la raiz *sphar,* brillar). Dios, hijo de Zeus y de Leto. Sus principales epítetos son Φοῖβος [resplandeciente; según Doederlein, *melenudo,* por ser un derivado de φόβη]; Λυκηγενής [nacido en Licia]; ἀκερσεκόμης [intonso]; ἥϊος, ἑκάεργος, ἕκατος, ἑκατηβόλος, ἑκηβόλος, ἑκατηβελέτης [que

Biblioteca Nacional de España

hiere de lejos]; ἀργυρότοξος [el del arco de plata]; Σμινθεύς [de Esminte, destructor de ratones o amante del baño]; ἀφήτωρ [según unos, *que tira* flechas, comp. ἀφίημι; según otros, *que da oráculos*, comp. ἀφητορεία, de ἀ y φημί, decir, y según otros, *que despide* rayos de luz]; ἄναξ [soberano]; κλυτότοξος [célebre por su arco]; λαοσσόος [que enardece al pueblo, es decir, a los guerreros]; χρυσάορος [el de la espada de oro], etc.

Il. Es el que promueve la contienda de Aquileo y Agamenón, I, 9. Accediendo a los ruegos de Crises, desciende del Olimpo, dispara el arco y suscita en el ejército una maligna peste, I, 35 a 52; los griegos le ofrecen hecatombes en el campamento y en Crisa y le cantan un peán que el dios escucha complacido, I, 315, 443, 472 a 474; tañe la cítara en el banquete de los dioses, I, 603; había criado en Perea las yeguas de Admeto, II, 766; había dado a Pándaro el arco con que este guerrero combatía, II, 827; anima a los teucros, recordándoles que Aquileo no interviene en el combate, IV, 507 a 514; recibe en sus brazos a Eneas cuando Afrodita, que sacaba de la batalla a su hijo, es herida por Diomedes, V, 344; increpa a Diomedes, obliga a este héroe a retirarse y arrebata a Eneas, dejando en su lugar un simulacro, V, 433 a 453; de acuerdo con Atenea, decide suspender la batalla para que se efectúe el combate singular de Héctor y Ayante, VII, 20 a 43; despierta a Hipocoonte después de la muerte de Reso por Diomedes, que hizo con Odiseo una excursión nocturna al campamento teucro, X, 515 a 519; terminada la guerra de Troya, destruye, junto con Posidón, la muralla de los aqueos, XII, 17 a 34; es enviado por Zeus para que espante, agitando la égida, a los argivos, y reanime a Héctor, XV, 220 a 262; acompaña a Héctor en el combate, XV, 307 a 311; oyendo la súplica de Glauco, que quiere defender el cadáver de Sarpedón, le cura la herida y le infunde valor, XVI, 513 a 529; desde una de las torres de Troya rechaza e increpa a Patroclo, XVI, 700 a 711; toma la figura de Asio para exhortar a Héctor, XVI, 715 a 725; sale al encuentro de Patroclo, le quita el casco y le da un golpe en la espalda, XVI, 788 a 793; acompaña a Héctor en varias ocasiones, canto XVII; toma la figura de Licoón e incita a Eneas a que pelee contra Aquileo, XX, 79 a 109; arrebata a Héctor, cuando este héroe va a ser vencido por Aquileo, XX, 443 a 450; en el combate de los dioses, niégase a luchar con Posidón, que le recuerda lo que les ocurrió mientras ambos sirvieron a Laomedonte, XXI, 435 a 466; luego entra en Ilión para defenderla, XXI, 515 a 517; tomando la figura de Agenor, huye delante de Aquileo para apartarle de la ciudad, XXI, 596 a 604; desampara a Héctor, XXII, 213; en los juegos fúnebres en honor de Patroclo hace caer el látigo de las manos de Diomedes mientras éste guía el carro, XXIII, 383; reprende a los dioses porque no salvan el cadáver de Héctor, XXIV, 32 a 54; Hécabe compara el cadáver de Héctor al de aquel a quien Apolo mata con sus suaves flechas, por atribuirse a este dios las muertes súbitas, XXIV, 757 a 759.

Od. Mató con sus flechas a Frontis Onetórida, piloto de Menelao, III, 279 a 282; Menelao invoca a Zeus, Atenea y Apolo, IV, 341; Odiseo compara Nausicaa a un retoño de palmera que había crecido en Delos, junto al ara de Apolo, VI, 162; Rexénor fué muerto por Apolo, VII, 64; Alcínoo invoca a Zeus, Atenea y Apolo, VII, 311; Apolo pronosticó a Agamenón que cuando disputaran los mejores de los aqueos comenzaría a resolverse la calamidad entre teucros y aqueos, VIII, 79 a 82; dió muerte a Eurito porque le desafiaba a tirar con el arco, VIII, 226 a 228; compareció cuando Hefesto llamaba a los dioses para que fueran testigos de la infidelidad de Afrodita, VIII, 323; pregunta a Hermes si le gustaría dormir con la áurea Afrodita, VIII, 334, 339; dice Odiseo a Demódoco que deben de haberle enseñado la Musa o el mismo Apolo, VIII, 488; Odiseo se lleva un pellejo de vino que le había dado Marón, sacerdote de Apolo, el cual vivía en un bosque consagrado a Febo Apolo, IX, 198, 201; Apolo quería entrañablemente a Anfiarao, XV, 245; Apolo hizo a Polífides el más excelente de los adivinos, después que murió Anfiarao, XV, 252; cuando en la isla Siria envejecen los hombres de una generación, Apolo y Ártemis los matan con sus flechas, XV, 410; el gavilán es el rápido mensajero de Apolo, XV, 526; Menelao invoca a Zeus, Atenea y Apolo, XVII, 132;

Biblioteca Nacional de España

dice Melantio que ojalá Apolo hiriera a Telémaco, XVII, 251; dice Penelopea que ojalá Apolo hiriese a Antínoo, XVII, 494; Telémaco invoca a Zeus, Atenea y Apolo, XVIII, 235; Odiseo dice a Melantio que ya Telémaco es tal, por la voluntad de Apolo, que puede ver si las mujeres de palacio son malas, XIX, 86; los aqueos se juntaban en el bosque consagrado a Apolo, XX, 278; los pretendientes quieren ofrecer muslos de cabra a Apolo para terminar el certamen, XXI, 267; dice Penelopea que si Apolo concediera al mendigo (Odiseo) la gloria de tender el arco, le daría un manto y una túnica, XXI, 338; dice uno de los pretendientes que, si Apolo les es propicio, pronto los canes devorarán a Eumeo, XXI, 364; dice Odiseo que apuntará a un blanco adonde no ha tirado nunca varón alguno, y ha de ver si lo acierta por concederle Apolo tal gloria, XXII, 7; Laertes invoca a Zeus, Atenea y Apolo, XXIV, 376.

Him. El poeta se acordará siempre de Apolo, III, 1; Apolo era hijo de Leto, III, 15; Leto pide a la isla de Delos que quiera ser la morada de Febo Apolo, III, 52; dice Leto que, si Delos poseyera el templo de Apolo, todos los mortales le llevarían hecatombes, III, 55; contesta Delos que le horroriza un oráculo, según el cual Apolo ha de ser muy presuntuoso, III, 67; Leto no amamantó a Apolo, sino que éste tomó néctar y ambrosía, III, 123; Apolo, recién nacido, pide la cítara y el arco, III, 130; ya sube al Cinto, ya anda por las islas y entre los hombres, III, 140; las doncellas de Delos celebran primeramente a Apolo, y luego a Leto y a Ártemis, III, 158; el poeta ruega a Apolo y a Ártemis que le sean propicios, III, 165; el poeta no cesará de celebrar a Apolo, III, 177; Ártemis se crió con Apolo, III, 199; en el Olimpo Apolo tañe la lira, III, 201; Apolo fué por la tierra buscando lugar para un oráculo, III, 215, 222, 229, 239, 279; Apolo echa los cimientos de su templo, III, 254; Apolo decide construir un templo en Crisa, III, 285; echa los cimientos de este templo después de matar una dragona, III, 294, 357; Apolo dice a la dragona que se pudra allí, pues ya no será causa de perdición para los hombres, III, 362; Apolo comprende que Telfusa le ha engañado y cubre con una montaña la fuente de esta ninfa, III, 375, 382; Apolo meditó qué hombres llevaría a su templo, III, 388; vió en el mar una nave de cretenses, que le ofrecían sacrificios, III, 395; les salió al encuentro y saltó como un delfín a su nave, III, 399, que dirigía fácilmente con su soplo, III, 420, llevándola a Crisa, III, 437, donde Apolo penetró semejante a un astro en medio del día, luego volvió a la nave, se dió a conocer a los marineros y les hizo sus sacerdotes, enseñándoles cómo debían ofrecer los sacrificios, III, 474, 480, 514, 531; Hermes, en la tarde del día en que nació, robó las vacas de Apolo, IV, 18, 22, 102; Hermes quiere obtener los mismos divinales honores que Apolo, IV, 173; Apolo, buscando las vacas que le ha robado Hermes, llega a Onquesto, IV, 185; luego se dirige a Pilos, IV, 215, y por fin a Cilene, IV, 227, 234; Hermes, al ver a Apolo irritado, se esconde en los pañales, IV, 236; Apolo, oyendo que Hermes negaba que le hubiese robado las vacas, lo hizo bajar de la cuna, IV, 281, quiso llevárselo, IV, 293, pero tuvo que dejarlo en el suelo, IV, 297; ambos dioses se presentaron luego a Zeus, IV, 327; Apolo acusa a Hermes, IV, 333, 365; Zeus les manda que busquen las vacas, van al valle del Alfeo y Apolo se queda admirado de lo que había hecho Hermes, IV, 413; Hermes toca la lira que había hecho con la concha de una tortuga y canta, y Apolo sonríe gozoso y siente un dulce deseo, IV, 420, 425; Apolo, admirado de cuán deliciosamente Hermes toca la cítara, se reconcilia con él, recibe la cítara, que prueba con el plectro, y encarga a Hermes que se cuide de las vacadas, IV, 496, 501, 523, 574; Apolo pretendió inútilmente a Hestia, V, 24; dijo Anquises, al presentársele Afrodita, transfigurada en mortal, que no dejaría de unirse amorosamente con ella aunque Apolo le disparase flechas, V, 151; el piloto de la nave en que los piratas se llevaron a Dióniso les dice que quizás aquel dios es Apolo, VII, 19; Apolo fué criado juntamente con Ártemis, IX, 2; Apolo aguarda en Claros a su hermana Ártemis, IX, 5; Asclepio es hijo de Apolo, XVI, 2; en Pito está la sagrada mansión de Apolo, XXIV, 1; gracias a Apolo y a las Musas existen en la tierra aedos y citaristas, XXV, 1, 2; Ártemis es hermana gemela de Apolo, XXVII, 3; Ár-

Biblioteca Nacional de España

temis, después de deleitarse con la caza, se va a Delfos, a la gran casa de su hermano Febo, para disponer el coro de las Musas y de las Gracias, XXVII, 14. Están dedicados a este dios los himnos III, XXI y XXV (A las Musas y a Apolo.)

Frag. Llegó a Colofón un aedo, servidor de las Musas y de Apolo, III, 2.

APSEUDES (Ἀψευδής, de ἀ priv. y ψεῦδος = que no miente, veraz): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 46.

AQUELOO (Ἀχελώϊος): 1) Río, en los confines de la Etolia y la Acarnania, *Il.*, XXI, 194. 2) Río de Frigia, *Il.*, XXIV, 616.

AQUERONTE (Ἀχέρων, de la raiz *vak* = rodear): Río del Hades en el cual desembocan el Piriflegetón y el Cocito, *Od.*, X, 513 a 515.

AQUILEO (Ἀχιλλεύς y Ἀχιλεύς): Héroe, hijo de Peleo y de la diosa Tetis y padre de Neoptólemo. Sus principales epítetos son: πόδας ὠκύς [ligero de pies]; ποδώκης [celeripede]; δῖος [divino]; ποδάρκης [de pies ligeros]; μεγάθυμος [magnánimo]; διΐφιλος [caro a Zeus]; δουρικλυτός [famoso por su lanza]; ἀμύμων [irreprensible]; ἀγαυός [ilustre]; θεῖος [divino]; κρατερός [fuerte, valiente]; ῥηξήνωρ [que destruye las filas de guerreros]; δαΐφρων [aguerrido]; ὀλοός [pernicioso]; πτολίπορθος [asolador de ciudades]; πελώριον [ingente]; θυμολέων [de ánimo de león]; μέγα φέρτατ' Ἀχαιῶν [en mucho el más valiente de los aqueos]; θεοείκελος [semejante a un dios]; φαίδιμος [preclaro]; etc. Protagonista de la *Iliada*.

Il. Por su abuelo Éaco, descendia de Zeus, XXI, 187 a 189; acaudillaba a los mirmidones, que llevó a Troya en cincuenta naves, II, 681 a 685; ocupaba con sus tropas uno de los extremos del campamento, VIII, 225 y 226; tenía su ejército dividido en cinco cuerpos que mandaban otros tantos caudillos, XVI, 168 a 197; había tomado doce ciudades por mar y once por tierra, IX, 328 y 329; entre ellas: Lirneso, donde cautivó a Briseida, II, 690 y 691; XX, 92; Tebas, la de los cilicios, donde mató a Eetión, padre de Andrómaca, y a los hermanos de ésta, VI, 414 a 424; Lesbos y Esciros, donde cautivó respectivamente a Diomeda e Ifis, IX, 664 a 668; Ténedos, XI, 625; y Pédaso, XX, 92. La cólera de Aquileo y las funestas consecuencias que tuvo constituyen el asunto de la *Iliada*, I, 1 a 7; Aquileo disputa con Agamenón, que le arrebata la esclava Briseida; resuelve no combatir más en favor de los griegos y consigue, por mediación de su madre, la diosa Tetis, que Zeus favorezca a los troyanos, I, 8 a 427, 495 a 532; niégase a intervenir en las batallas, a pesar de que Odiseo, Fénix y Ayante Telamonio se lo suplican en nombre de Agamenón, ofreciéndole muchos y valiosos presentes, y de que Fénix cita, en un larguísimo discurso, hechos antiguos para convencer al héroe, IX, 307 a 655; contempla la derrota de los griegos, y notando que Néstor saca del combate, en su carro, a un herido, envía a Patroclo para que se entere de si éste es Macaón, XI, 599 a 615; permite que vista sus armas Patroclo (cediendo a las súplicas que éste, por consejo de Néstor, le dirige), se ponga al frente de los mirmidones y rechace del campamento a los enemigos; con la condición de que, tan pronto como lo consiga, se vuelva y no intente perseguir a los troyanos por la llanura, XVI, 1 a 100; da prisa a Patroclo, que se apercibe para el combate; arma a los mirmidones, les arenga, hace una plegaria y una libación a Zeus, y se dispone a presenciar la batalla, XVI, 124 a 256; Patroclo es herido mortalmente; Apolo le quita el casco, que cae a los pies de los caballos, XVI, 799; y Héctor pretende apoderarse del carro y los corceles, gobernados por Automedonte, XVII, 75 a 81, 485 a 490, logra despojar el cadáver de aquél y viste la armadura de Aquileo, XVII, 191 a 197, 210 a 214; Aquileo sabe por Antíloco la muerte de Patroclo y se aflige tanto que Tetis oye sus lamentos, se le presenta con las nereidas, le pregunta por qué llora y le promete pedir a Hefesto que le fabrique una armadura, XVIII, 1 a 137; Aquileo se muestra, por consejo de Iris, a los combatientes; y consigue espantar con su voz a los troyanos, que sueltan el cadáver de Patroclo, XVIII, 203 a 236; llora a Patroclo y manda a sus amigos que laven el cuerpo, XVIII, 314 a 355; recibe de Tetis una magnífica armadura, construida por Hefesto, XIX, 3 a 23; convoca a los aqueos, renuncia a su cólera, desea combatir sin pérdida de momento, no quiere comer ni beber antes de vengar a su amigo, acepta los regalos de Agamenón y la devolución de Briseida, y por fin se arma y

Biblioteca Nacional de España

marcha al combate, a pesar de la profecía de su corcel Janto, XIX, 90 a 424; lucha con Eneas, va a matarle, y el héroe teucro es salvado por Posidón, XX, 158 a 352; mata a muchos troyanos y entre ellos a Polidoro, hermano de Héctor; éste quiere vengarle y pelea con Aquileo, pero Apolo le cubre con una nube y lo arrebata del campamento; Aquileo se enfurece y hace gran riza en los teucros, XX, 381 a 503; siguiéndoles el alcance, llega a la ribera del Janto, coge vivos a doce mancebos y mata a Licaón, hijo de Príamo, con otros muchos; el río se enoja y quiere envolver a Aquileo, éste huye y aquél le persigue por la llanura hasta que Hefesto le obliga a volver a su cauce, XXI, 1 a 382; el héroe sigue matando teucros, lucha con Agenor y el dios Apolo arrebata a este último, toma su figura, huye delante de Aquileo y le aparta de la ciudad para que los teucros puedan entrar en Troya, XXI, 520 a 611; desengañado por el mismo Apolo, que se le descubre, vuelve y encuentra a Héctor ante la muralla; le persigue, dando tres veces la vuelta a Troya, lucha con él y le mata; le despoja de la armadura, ata el cadáver a su carro y se lo lleva arrastrando, XXII, 1 a 24, 131 a 166, 188 a 404; llega al campamento con el cadáver, que deja tendido en el polvo, XXIII, 4 a 84; Agamenón le da un banquete, XXIII, 35 a 58; y Patroclo se le aparece en sueños y le pide que queme su cadáver cuanto antes, XXIII, 59 a 98; Aquileo manda levantar la pira, se corta la cabellera, mata a doce troyanos, quema el cuerpo de Patroclo y ordena que se le erija un túmulo, XXIII, 108 a 227; celebra en su honor magníficos juegos fúnebres, XXIII, 257 a 897; arrastra el cadáver de Héctor en torno de la tumba de Patroclo, XXIV, 1 a 22; y amonestado por Tetis, que se le presenta enviada por Zeus, consiente en el rescate del cuerpo de Héctor, recibe a Príamo, le da un banquete, le entrega el cadáver y le concede una tregua para que pueda celebrar los funerales, XXIV, 107 a 142, 471 a 676.

Od. Durante la guerra de Troya llevaba a los aqueos por el sombrío ponto en busca de botín, III, 106; murió en Troya, III, 109; su hijo llegó sano y salvo a su patria con los mirmidones, III, 188, 189, y casó con Hermione, IV, 5 a 14; laméntase Odiseo de no haber muerto cuando defendía el cadáver del Pelida, V, 310; Aquileo contendió con Odiseo en el banquete de los dioses, VIII, 75 a 78; cuando Odiseo baja al Hades, el alma de Aquileo, que está con las de Patroclo, Antíloco y Ayante, pregunta al héroe el motivo de aquel viaje, se lamenta de la muerte, diciendo que preferiría estar vivo y ser criado de otro a imperar sobre los difuntos, pide noticias de su hijo Neoptólemo y, al enterarse de que siempre se ha portado como valiente, se va alegre por la pradera de asfódelos, XI, 465 a 540; al morir Aquileo, fueron sus armas adjudicadas a Odiseo y esto originó la muerte de Ayante, que era el que más descollaba entre los dánaos, por su gallardía y sus hazañas, después del Pelida, IX, 543 a 551; los aqueos se afligieron por la muerte de Ayante tanto como por la de Aquileo, XI, 556 a 558; al llegar al Hades las almas de los pretendientes, encuentran reunidas las de Aquileo, Patroclo, Antíloco y Ayante, a las que se acerca la de Agamenón: Aquileo deplora la muerte que padeció el Atrida, y éste considera afortunado al hijo de Peleo y describe circunstanciadamente las exequias con que le honraron los aqueos, XXIV, 15 a 94.

Frag. No creía que mi corazón se irritara tanto contra Aquileo, XI, 1; una tempestad llevó el Pelida Aquileo a Esciro, XIX, 1; el hijo ilustre de Aquileo condujo a sus naves a Andrómaca y a Eneas, XXV, 1.

ARCADIA (Ἀρκαδίη): Región del Peloponeso, *Il.*, II, 603.

Him. En ella impera Hermes, IV, 2; XVIII, 2; Hermes fué a la Arcadia, se unió con la hija de Driope y tuvo de ella a Pan, XIX, 30.

Ep. Homero habla a unos pescadores de Arcadia, XVI, 1.

ARCESÍADA (Ἀρκεισιάδης): Hijo de Arcesio. Nombre patronímico de Laertes, *Od.*, IV, 755; XXIV, 270, 517.

ARCESILAO (Ἀρκεσίλαος): Caudillo de los beocios, *Il.*, II, 495; fué muerto por Héctor, XV, 329.

ARCESIO (Ἀρκείσιος): Padre de Laertes y abuelo de Odiseo, *Od.*, XIV, 182; XV, 118.

AREÍLICO (Ἀρηΐλυκος): 1) Griego, padre de Protoenor, *Il.*, XIV, 451.

2) Teucro, muerto por Patroclo, *Ilíada*, XVI, 308.

Biblioteca Nacional de España

AREÍTOO (Ἀρηΐθοος): 1) Príncipe beocio, padre de Menestio, *Il.*, VII, 8 y 10; llamábanle *el macero* porque en los combates llevaba una maza de hierro; fué muerto por Licurgo, VII, 137 a 146.

2) Tracio, auriga de Rigmo, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 487.

ARENA (Ἀρήνη): Ciudad de Élide; formaba parte del reino de Néstor, *Il.*, II, 591; XI, 723.

Him. La nave de los cretenses a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos pasó por delante de Arena, III, 422.

ARES (Ἄρης, que procede, según Doederlein, del verbo ἀείρειν o ἄϊρειν, y significa el que quita de en medio matando, ya lo haga en la guerra, ya con emboscadas, ya valiéndose de la peste o de otra clase de muerte violenta; según otros, procede de ἀρή, violencia). Dios de la guerra (como Marte entre los latinos), hijo de Zeus y de Hera. Sus principales epítetos son: βροτολοιγός [funesto a los mortales]; πολύδακρυς [luctuoso, que hace derramar muchas lágrimas]; μιαιφόνος [manchado de homicidios]; οὖλος [funesto]; ἀϊδηλος [perverso]; θοῦρος [impetuoso]; ὄβριμος [fuerte, robusto]; βρισήπυος [ruidoso]; Ἐνυάλιος [belicoso]; πελώριος [monstruoso, terrible]; χάλκεος [broncíneo]; etc.

Il. Los combatientes son llamados servidores de Ares. Acompañan al dios su hermana la Discordia, el Terror y la Fuga, IV, 439 a 441; herido por Diomedes, vuelve al Olimpo y es curado por Peón, V, 824 a 904; al saber la muerte de su hijo Ascálafo, ármase para ir a la batalla y Atenea le detiene, XV, 112 a 141; hace frente a Atenea y ésta de una pedrada lo derriba al suelo, XXI, 391 a 414; en otro tiempo fué encadenado por Oto y Efialtes, V, 385 a 391; en muchas ocasiones favorece a los teucros contra los griegos: II, 110, 479, 512, 515, 540, 627, 663, 704, 745, 767, 842; III, 128, 147; V, 30, 31, 35, 289, 355, 363, 385, 388, 390, 430, 454, 455, 461, 507, 518, 563, 576, 592, 594, 604, 699, 702, 704, 717, 762, 824, 827, 829, 830, 841, 844, 845, 846, 851, 859, 863, 866, 904, 909; VI, 67, 203; VII, 146, 208, 241, 330, 382; VIII, 79, 215, 349; IX, 82; X, 228; XI, 295, 604; XII, 130, 188; XIII, 127, 295, 298, 328, 444, 500, 521, 528, 802; XV, 110, 142, 302, 605, 733; XVI, 245, 543, 613, 784; XVII, 72, 210, 398, 529, 536; XVIII, 516; XIX, 47, 48; XX, 38, 46, 51, 78, 138, 152, 238, 358; XXI, 421, 431; XXII, 267; XXIII, 841; XXIV, 260, 474, 498.

Od. Eurialo era igual a Ares, funesto a los mortales, VIII, 115; Demódoco canta los amores de Ares y Afrodita: cómo se unieron en la ausencia de Hefesto y cómo este dios los aprisionó en unos lazos invisibles que había colocado en la cama, llamó a todos los dioses para que fuesen testigos del hecho, y por fin los dejó en libertad, a petición de Posidón que salió fiador de Ares, VIII, 266 a 367; mientras los aqueos devastaban a Troya, Odiseo, cual si fuese Ares, tomaba el camino de la casa de Deífobo, VIII, 518; Ares en las batallas se enfurece contra todos, XI, 537; dice el mendigo (Odiseo) al porquerizo que Ares y Atenea le habían dado audacia y valor para destruir las huestes de los contrarios, XIV, 216; la fuerza de Ares ejercerá el oficio de juez entre los pretendientes y Odiseo, XVI, 269; dice Atenea a Odiseo que, aunque le rodearan cincuenta compañías de hombres deseosos de acabar con él por medio de Ares, podría llevarse sus bueyes y sus ovejas, XX, 50.

Him. Juega en el Olimpo, III, 200; sus obras placen a Atenea, V, 10; el poeta canta a Ares, de quien enumera los atributos, y le pide que le libre de la cobardía y le deje vivir bajo las leyes benéficas de la paz, VIII, 1; Ares se cuida, juntamente con Atenea, de las acciones bélicas, XI, 2. Está dedicado a este dios el himno VIII.

Batr. Arma a los ratones, 123; las lanzas de los ratones eran larguísimas agujas, broncínea labor de Ares, 130; imítale el divinal Catorégano, 256; Zeus propone a los dioses que envíen a Palas o a Ares para que aparten del combate a Robaparte, 274 a 276; dice al Cronida (Zeus) que ni el poder de Atenea ni el de Ares bastarán para librar a las ranas de la perdición, y le aconseja que use el arma con la cual mató a los titanes, a Capaneo, a Enceladonte y a los gigantes, 277 a 284.

Ep. Los pueblos de Fricón se dedicaban a las obras de Ares con el ardor del impetuoso fuego, IV, 5; en las cumbres del Ida hallarán los hombres de hierro el Hades cuando los cebrenios las ocupen, X, 3.

Biblioteca Nacional de España

Frag. Polideuces, retoño de Ares, es inmortal, VII, 7; celebrado el funeral de Héctor, llegó la Amazona, hija de Ares, XV, 2; el poeta canta Ilión y la Dardania, por la cual padecieron males los dánaos, servidores de Ares, XVI, 2.

ARETAÓN (Ἀρετάων): Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VI, 31.

ARETE (Ἀρήτη): Hija de Rexénor, sobrina y esposa de Alcínoo, rey de los feacios, y madre de Nausícaa. Atenea refiere a Odiseo la genealogía de Arete, *Od.*, VII, 53 a 77; llega Odiseo a la presencia de Arete, tiende sus brazos a la reina y le suplica que mande conducirlo a su patria, VII, 141 a 152; Arete pregunta a Odiseo quién es, de dónde viene y quién le dió los vestidos que lleva, VII, 231 a 239; por indicación de Alcínoo, manda calentar agua para el baño de Odiseo, da al héroe un arca donde ha puesto los regalos que el mismo había recibido y además un manto y una túnica, y le invita a echarle un nudo para que no le hurten nada, XIII, 423 a 445; aconseja a los feacios que no escatimen los dones a Odiseo, XI, 335 a 342; Odiseo, al partir para Itaca, pone una copa en las manos de Arete, la saluda y hace votos por su dicha, XIII, 56 a 62; Arete envía algunas esclavas que llevan a la nave de Odiseo vestiduras, el arca, pan y vino, 66 a 69.

ARETÍADA (Ἀρητιάδης): Hijo de Areto. Nombre patronímico de Niso, *Od.*, XVI, 395; XVIII, 413.

ARETIREA (Ἀραιθυρέη): Ciudad de Argólide, *Il.*, II, 571.

ARETO (Ἄρητος): 1) Hijo de Príamo; sigue a Héctor y a Eneas cuando arremeten contra Automedonte, *Il.*, XVII, 494; y muere herido por una lanza que le arroja este último, XVII, 517, 535.

2) Hijo de Néstor. Junto con sus hermanos, acompaña a Telémaco y lo hace sentar al lado de Néstor, *Od.*, III, 414; cuando va a celebrarse el sacrificio a Atenea, saca un lebrillo lleno de agua para lavarse y la cesta con la mola, III, 440 a 442.

3) Padre de Niso, *Od.*, XVI, 395; XVIII, 413.

ARETUSA (Ἀρέθουσα): Fuente sita en los alrededores de Ítaca, cabe a la roca del Cuervo. Junto a ella se hallaba Eumeo cuando Odiseo llegó a Ítaca, *Od.*, 407 y 408.

ARGÉADA (Ἀργεάδης): Hijo de Argeas. Nombre patronímico de Polimelo, *Iliada*, XVI, 417.

ARGÍFEA (Ἀργυφέη): Ciudad de la Élide. La nave de los cretenses, a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos, pasó por delante de Argífea, *Him.*, III, 422.

ARGIFONTES (Ἀργειφόντης): Epíteto de Hermes, que se usa por el nombre propio. Créese por algunos que esta palabra significa Argicida, o sea matador de Argos; según otros, es corrupción de ἀργεϊ-φάντης y debe ser traducida por *mensajero veloz*. *Il.*, II, 103; XV, 181; XXI, 497; XXIV, 24, 109, 153, 182, 339, 345, 378, 389, 410, 432 y 445.

Od., I, 38, 84; V, 43, 49, 75, 94, 145, 148; VII, 137; VIII, 338; X, 331; XXIV, 99.

Him. Por orden de Zeus va al Érebo a exhortar a Hades a que deje salir la casta Persefonea, II, 335; dice el mensaje, II, 346, sube al carro y lleva a Persefonea al templo en que residía Deméter, II, 377; juega en el Olimpo, III, 200; separa del rebaño de Apolo cincuenta vacas y se las lleva, IV, 73; átase a los pies ramos de tamarisco y mirto con hojas que había arrancado en la Pieria, IV, 84; cogido por Apolo, estornuda estrepitosamente, IV, 294; habla a Zeus, guiñando los ojos, IV, 387; teme a Apolo, pero le apacigua tocando la lira y cantando, IV, 414; Afrodita, transfigurada en mortal, al presentarse a Anquises le dijo que el Argifontes la había arrebatado de un coro de Artemis, V, 117, 121, 129; el Argifontes dijo a Tros que Zeus le había dado corceles de los que usan los inmortales en compensación de Ganimedes, V, 213; únese con las ninfas montaraces, V, 262; el poeta canta a Hermes Argifontes, hijo de Maya y de Zeus, XVIII, 1; XXIX, 7.

ARGISA (Ἄργισσα): Ciudad de Tesalia, *Iliada*, II, 738.

ARGO (Ἀργώ): Nave en la cual Jasón y sus compañeros (llamados por este motivo *argonautas*) fueron a la Cólquide para conquistar el vellocino de oro. Fué la única que pasó junto a las peñas Erráticas sin recibir daño, gracias a la protección de Hera, *Od.*, XII, 69 a 72.

ARGOS Y ARGÓLIDE (Ἄργος, de ἀργής, ῆτος, blanco, brillante):

Biblioteca Nacional de España

1) Ciudad donde reinaba Diomedes, *Ilíada*, II, 559; VI, 224; XIV, 119; era una de las predilectas de Hera, IV, 52; *Od.*, III, 180; XXI, 108.

2) Comarca, cuya capital era Micenas, donde reinaba Agamenón, *Il.*, I, 30; II, 108 y 287; III, 75; IV, 171; VI, 152, XV, 30; *Od.*, III, 251, 263; IV, 174, 562; XV, 224. El aedo invita a la diosa a cantar Argos, la muy sedienta, *Frag.*, LII, 1.

3) Tómase a veces por el Peloponeso, principalmente para oponerlo a la Hélade, *Il.*, IX, 141 y 283; XIII, 379; XIX, 115; *Od.*, I, 344; IV, 726, 816; XV, 80, 239, 274; XVIII, 246.

4) Designa también la Grecia entera, *Il.*, IX, 246; XV, 372; XXIV, 437; *Odisea*, IV, 99; XXIV, 37.

5) Con el adjetivo *pelásgico* significa el reino de Peleo, padre de Aquileo, *Il.*, II, 681; XIX, 329.

6) Perro de Odiseo, que el héroe dejó en su patria cuando fué a Troya. Cuando vuelve Odiseo, al cabo de veinte años, Argos hállase moribundo sobre un montón de estiércol, pero reconoce a su amo, mueve la cola y las orejas, quiere salir a su encuentro, y, sin fuerzas ya, se desploma y muere; Odiseo, al verlo, tiene que enjugarse una lágrima, *Od.*, XVII, 291 a 327.

ARIADNA (Ἀριάδνη): Hija de Minos, rey de Creta; fué robada por Teseo; en su obsequio concertó Dédalo una danza en Cnoso, *Il.*, XVIII, 592.

Od. Teseo se la llevó de Creta y Ártemis la mató en Día, por la acusación de Baco, XI, 321 a 325.

ARIBANTE (Ἀρύβας): Varón sidonio muy rico, padre de la mujer que era esclava en la casa del rey Ctesio Orménida y se fué en la nave de unos marineros fenicios llevándose a Eumeo, hijo del soberano, *Odisea*, XV, 426.

ARIMOS (Ἄριμοι y Ἄριμα): Lugar de Cilicia, donde decían que estaba el lecho de Tifoeo, *Il.*, II, 783.

ARIÓN (Ἀρείων): Caballo de estirpe divina, propio de Adrasto, que salvó a su dueño en la guerra tebana, *Il.*, XXIV, 346.

Frag. Adrasto huye de Tebas con el caballo Arión de cerúleas crines, LV, 1.

ARISBANTE (Ἀρίσβας): Griego, padre de Leócrito, *Il.*, XVII, 345.

ARISBE (Ἀρίσβη): Ciudad de la Tróade, *Iliada*, II, 836 y 838; VI, 13; XII, 96; XXI, 43.

ARNE (Ἄρνη): Población de Beocia, *Il.*, II, 507.

ARNEO (Ἀρναῖος): Mendigo de Itaca, llamado por sobrenombre Iro, *Od.*, XVIII, 5. (Véase IRO.)

ARQUÉLOCO (Ἀρχέλοχος): Hijo de Antenor, caudillo de los dardanios con Eneas y Acamante, *Il.*, II, 823; XII, 100; fué muerto por Ayante Telamonio, XIV, 464.

ARQUEPTÓLEMO (Ἀρχεπτόλεμος): Hijo de Ifito, auriga de Héctor, *Il.*, VIII, 128; fué muerto por Teucro, VIII, 312.

ARSÍNOO (Ἀρσίνοος): Príncipe de Ténedos, padre de Hecamede que fué esclava de Néstor, *Il.*, XI, 626.

ARTACIA (Ἀρτακίη): Fuente situada junto a la ciudad de los lestrigones, *Od.*, X, 108.

ÁRTEMIS (Ἄρτεμις): Diosa, hija de Zeus y de Leto. Sus principales epítetos son: ἰοχέαιρα [de ἰός, flecha + χέ[F]ω, derramar = que se complace en tirar flechas; según Ehrlich, de Fιο + χέFαιρα, que lanza el grito de caza]; ἁγνή [casta]; εὐπλόκαμος [de hermosas trenzas]; χρυσηλάκατος [que lleva flechas o arco de oro]; κασιγνήτη ἑκάτοιο [hermana del que hiere de lejos]; κελαδεινή [bulliciosa, que ama el bullicio de la caza], etc.

Il. Enseñó a Escamandrio el arte de la caza, V, 49 a 53; cura, junto con Leto, a Eneas herido, V, 447; dice Homero que esta diosa mató a Laodamia, hija de Belerofonte, VI, 205, y a la madre de Andrómaca, VI, 428, por atribuirse a la misma las muertes súbitas de las mujeres; airada contra Eneo, hizo aparecer un jabalí en Calidón, que causó grandes daños y motivó una guerra entre los curetes y los etolos, IX, 533 a 542; Polimela danzaba en un coro en honor de la diosa, cuando fué arrebatada por Hermes, XVI, 183; Aquileo se lamenta de que la diosa no hubiese muerto a Briseida antes de que se originara la disputa entre él y Agamenón, XIX, 59; en el *Combate de los dioses*, Ártemis figura entre los dioses partidarios de los troyanos y hace frente a Hera, XX, 39 y 71; increpa a Apolo porque rehusa combatir con Posidón, y Hera, irritada, la coge por las manos, le quita el arco y el carcaj y le golpea en las orejas, XXI, 471 a 496; huye al Olimpo y se refugia, llorando, en los brazos de Zeus, XXI, 505 a 513; mató a las

Biblioteca Nacional de España

seis hijas de Niobe, porque ésta se gloriaba de haber dado a luz más hijos que Leto, XXIV, 606.

Od. Helena, al salir de su estancia, se parece a Ártemis, IV, 122; la diosa mató con sus dulces flechas a Orión, el amante de la Aurora, V, 121 a 124; Nausícaa sobresale entre las esclavas como Ártemis entre las ninfas cuando persigue a los jabalíes o a los ciervos, VI, 102 a 109; Odiseo, al presentarse a Nausícaa, la compara a Ártemis, VI, 150 a 152; en el Hades pregunta Odiseo a su madre si la mató Ártemis con sus suaves flechas, XI, 171 a 173; Ártemis mató a Ariadna en Día por la acusación de Baco, XI, 324 y 325; junto con Apolo, mata las generaciones que envejecen en la isla Siria, XV, 409 a 411; mató a la fenicia que se había llevado a Eumeo del palacio de su padre, XV, 478; Penelopea se parece a Ártemis o a Afrodita, cuando sale de su cuarto y abraza y besa a Telémaco, recién llegado de Pilos, XVII, 36 a 40, y cuando sale para hablar con el mendigo (Odiseo), XIX, 53 y 54; desea Penelopea que Ártemis le mande en seguida una dulce muerte, XVIII, 202 a 205; XIX, 54; XX, 60 a 63, 80; Ártemis dió a las hijas de Pandáreo buena estatura, XX, 71.

Him. Jugaba y cogía flores con Perséfonea, cuando ésta fué robada por Hades, II, 424; es hija de Leto y nació en Ortigia, III, 15; celébranla las doncellas de Delos, III, 159; el poeta pide que Apolo y Ártemis nos sean propicios, III, 165; en el Olimpo canta entre las Horas, Harmonía Hebe y Afrodita, que bailan cogidas de las manos, III, 199; no se ha dejado domar por el amor y le gustan los arcos y cazar fieras, y las cítaras y los coros, V, 16; cuando Afrodita, transfigurada en mortal, se presenta a Anquises, éste la saluda diciéndole que quizás sea Ártemis, V, 93; la misma Afrodita, transfigurada en mortal, dice a Anquises que es hija de Otreo y ha sido arrebatada de un coro de Ártemis, V, 118; el poeta celebra a Ártemis, que va en carro de oro a Claros, donde la espera su hermano Apolo, juntamente con el cual fué criada, IX, 1; el poeta canta a Ártemis, que se complace en la caza y en dirigir coros en el rico pueblo de Delfos, XXVII, 1. Están dedicados a esta diosa los himnos IX y XXVII.

ASÁRACO (Ἀσσάρακος): Hijo del rey Tros y abuelo de Anquises, que fué padre de Eneas, *Il.*, XX, 232 y 239.

ÁSBETO (Ἄσβετος): Uno de los démones, destructores del horno, *Ep.*, XIV, 9.

ASCÁLAFO (Ἀσκάλαφος): Caudillo griego, hijo de Ares y de Astioque, y hermano de Yálmeno, *Il.*, II, 512. Hace guardia mandando a cien mozos, IX, 82; en un combate, Idomeneo lo llama a su lado para que le ayude a rechazar el ataque de los enemigos, XIII, 478; es muerto por Deífobo, XIII, 518, 526, 527; Hera participa la muerte de Ascálafo a Ares y a los demás dioses, XV, 112.

ASCANIA (Ἀσκανίη): Ciudad y región en los confines de la Frigia y de la Misia, *Il.*, II, 863; XIII, 793.

ASCANIO (Ἀσκάνιος): Caudillo de los frigios, hijo de Hipotión; es uno de los capitanes que acompañan a Héctor en la *Batalla junto a las naves*, *Il.*, II, 862; XIII, 792.

ASCLEPÍADA (Ἀσκληπιάδης): Hijo de Asclepio. Nombre patronímico de Macaón, *Il.*, IV, 204; XI, 614; XIV, 2.

ASCLEPIO (Ἀσκληπιός, de la raíz *skar*, cortar): Médico insigne, más conocido por Esculapio, *Il.*, IV, 194; XI, 518. Había aprendido de Quirón el conocimiento de las drogas, IV, 219; sus dos hijos Podalirio y Macaón, excelentes médicos, fueron a Troya como caudillos, II, 731 y 732; su hijo Macaón es sacado del combate por Néstor, XI, 517 y 518.

Him. El poeta canta a Asclepio, hijo de Apolo y de Coronis, que cura las enfermedades, apacigua los dolores y es una gran alegría para los hombres, XVI, 1. Está dedicado a Asclepio el himno XVI.

ASEO (Ἀσαῖος): Caudillo dánao, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 301.

ASFALIÓN (Ἀσφαλίων): Criado de Menelao, *Od.*, IV, 216.

ASÍADA (Ἀσιάδης): Hijo de Asio. Nombre patronímico de:

1) Adamante, *Il.*, XII, 140; XIII, 561, 759 y 771.

2) Fénope, *Il.*, XVII, 583.

ÁSINE (Ἀσίνη): Ciudad de Argólide, *Il.*, II, 560.

ASIO (Ἄσιος, según Fick, de ἄσις, limo de un río; de donde Ἄσιος λειμών = pradera aluvial):

1) Pradera, cerca del río Caístro, *Il.*, II, 461.

2) Caudillo griego, hijo de Hírtaco, que

Biblioteca Nacional de España

fué a Troya desde Arisbe, *Il.*, II, 837 y 838. Manda uno de los cinco cuerpos en que Héctor divide el ejército para atacar a los griegos en el *Combate en la muralla*, XII, 95 a 97; niégase a dejar el carro, se dirige, seguido por los suyos, a las naves griegas y encuentra inesperada resistencia, XII, 110 a 172; muere, herido por Idomeneo, XIII, 384 a 393, 403, 414.

3) Teucro, hijo de Dimante y hermano de Hécabe, que habitaba en la Frigia; Apolo toma su figura para aconsejar a Héctor que persiga a Patroclo, *Il.*, XVI, 716 a 725.

4) Teucro, padre de Adamante, *Il.*, XII, 140; XIII, 561, 759 y 771.

5) Teucro, padre de Fénope, *Il.*, XVII, 583.

Asopo ('Ασωπός): 1) Río de Beocia, *Il.*, IV, 383; X, 287.

2) Padre de Antíope y abuelo de Anfión y de Zeto, *Od.*, XI, 260 a 262.

Aspledón ('Ασπληδών): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 511.

Asterio ('Αστέριον): Ciudad de Tesalia, cerca de Magnesia, *Il.*, II, 735.

Ásteris ('Αστερίς): Isleta situada entre Ítaca y Same. Cerca de ella se pusieron en emboscada los pretendientes para matar a Telémaco, *Od.*, IV, 844 a 847.

Asteropeo ('Αστεροπαῖος): Teucro, caudillo de los peonios, hijo de Pelegón y nieto del río Axio y de Peribea; su genealogía, *Iliada*, XXI, 141 a 144; combate junto con Sarpedón, XII, 102; arengado, con otros caudillos, por Héctor, acompaña a éste en un ataque a los dánaos, XVII, 217, 351, 352; lucha con Aquileo, a quien tira dos dardos a la vez (pues era ambidextro) y consigue herir levemente, y muere herido en el vientre por la espada del Pelida, XXI, 139 a 199; XXIII, 560, 808.

Astíalo ('Αστύαλος): Teucro, muerto por Polipetes, *Il.*, VI, 29.

Astianacte ('Αστυάναξ): Niño, hijo de Héctor y de Andrómaca, llamado Escamandrio. Los troyanos dábanle el nombre de Astianacte (rey de la ciudad) porque sólo por Héctor se salvaba Ilión, *Il.*, VI, 402 y 403. En la entrevista de Héctor y Andrómaca, su padre le acaricia y pide a Zeus que haga de él un valiente guerrero y permita que algún día reine poderosamente en Troya, VI, 466 a 484; muerto Héctor, Andrómaca lamenta la suerte que aguarda a Astianacte, XXII, 484 a 507; XXIV, 732 a 740.

Astinoo ('Αστύνοος): 1) Caudillo teucro, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 144.

2) Teucro, hijo de Protiaón, *Il.*, XV, 455.

Astíoque ('Αστυόχη): Hija de Áctor; amada por Ares, dió a luz dos hijos, Ascálafo y Yálmeno, capitanes griegos, *Il.*, II, 513.

Astioquía ('Αστυόχεια): Hija de Filante de Éfira. Hecha cautiva por Heracles, concibió del mismo al héroe Tlepólemo, *Il.*, II, 658.

Astípilo ('Αστύπυλος): Peonio, muerto por Aquileo a orillas del Escamandro, *Iliada*, XXI, 209.

Ate ("Ατη = calamidad, castigo): Diosa, hija de Zeus; personificación de la falta o de la injuria y especialmente de la debida a la obcecación de la mente. Es robusta, daña a los mortales, y las Súplicas reparan el mal que causa, *Il.*, IX, 504 a 512; tiene los pies tiernos, anda sobre las cabezas de los hombres, es funesta a todos y ha sido dañosa hasta para Zeus, XIX, 91 a 96; fué arrojada del cielo por Zeus y cayó en la tierra, XIX, 126 a 131; poseído de la cruel Ate, un hombre mata a otro en su patria, XXIV, 480 y 481.

Ep. El poeta se dirige a los marineros que atraviesan el ponto, semejantes a la odiosa Ate, para que reverencien a Zeus hospitalario, VIII, 1.

Atenas ('Αθῆναι, del nombre de la diosa 'Αθήνη): Capital del Ática, *Il.*, II, 546 y 549.

Od. Al arribar Menelao al promontorio Sunio, cerca de Atenas, Apolo mató al piloto Frontis, III, 278 a 282; Orestes fué de Atenas a Micenas y en esta última ciudad mató a Egisto, III, 306 a 309; Atenea, después de hablar con Odiseo en el país de los feacios, se va a Maratón y a Atenas, VII, 78 a 80; Teseo llevóse a Ariadna de Creta a Atenas, XI, 321 a 323.

Him. Salido de Delos, Apolo reina sobre el pueblo de Atenas, III, 30.

Atenea ('Αθηναίη y 'Αθήνη): No conozco ninguna etimología satisfactoria de esta palabra. Según Eustacio, está por 'Αθήλη, que no tomó la teta, *qui úbera non súxit*, como nacida de la cabeza de Zeus, y según otros, procede del nombre de la diosa egipcia *Neitha* o *Netha* leído de derecha a izquierda, como lo hacían los egipcios. Prellwitz se pregunta si significará *inmortal* por venir

Biblioteca Nacional de España

de ἀ privativa + θFᾶν (θάνατος = muerte; θνήσκω = morir); Laurent y Hartmann creen que procede de la raíz *ath* = flor. Diosa, hija de Zeus, como entre los romanos *Minerva*. Sus principales epítetos son: δῖα θεάων [divina entre las diosas]; ἠύκομος [de hermosa cabellera]; λαοσσόος [que enardece al pueblo, es decir, a los guerreros]; ἀγελείη [que se lleva botín o que impera en las batallas]; λῃτις [que preside a los saqueos]; ἐρυσίπτολις [protectora de la ciudad]; τριτογένεια [véase esta palabra]; γλαυκῶπις [según algunos, de γλαύξ, lechuza, y ὤψ, ojo, vista; según otros, de γλαυκός, brillante, y de ὤψ, ojo, vista], etc.

Il. En la disputa de Agamenón y Aquileo preséntase cuando éste va a desenvainar la espada y le detiene, I, 193 a 222; por consejo de Hera desciende del Olimpo y exhorta a Odiseo a que reuna otra vez el ejército y no permita que echen al mar las naves para darse a la fuga, II, 156 a 181; transfigurada en heraldo, impone silencio a la multitud para que todos oigan a Odiseo, II, 279 a 282; había criado a Erecteo, II, 547; es enviada por Zeus, cumpliendo el deseo de Hera, al campo de batalla para que los teucros rompan los pactos: persuade a Pándaro a que tire una flecha a Menelao, y la diosa la dirige al lugar donde la coraza era doble, IV, 64 a 133; incita a los griegos a que combatan, IV, 439; saca de la batalla al terrible Ares y le hace sentar a orillas del Escamandro, V, 29 a 36; oye la súplica de Diomedes, le agilita los miembros y le da ánimo, V, 121 a 133; cuida de las acciones bélicas, V, 430; ármase, sube al carro con Hera, llegan ambas deidades al campo de batalla, Atenea busca a Idomeneo, a quien echa en cara su tardanza en ir a la batalla, sube a su mismo carro, y dirigiendo la lanza del héroe, hiere a Ares, V, 733 a 864, y vuelve al Olimpo, V, 907; niégase a conceder lo que le piden las matronas troyanas, las cuales van a su templo, con Hécabe, y le hacen ofrendas, VI, 88, 273, 297 a 311; dice en la junta de los dioses que, ya que no puedan auxiliar a los griegos, les sugerirán al menos consejos saludables para que no perezcan todos, VIII, 30 a 37; ármase y con Hera sube al carro para ir a socorrer a los griegos, a pesar de la prohibición de Zeus; pero éste, por medio de Iris, les manda que se vuelvan, VIII, 357 a 432, 457; envía una garza, como presagio favorable, a Odiseo y Diomedes en su excursión nocturna al campamento troyano, X, 275; le son ofrecidos por Odiseo los despojos de Dolón, X, 462 a 464; da valor a Diomedes para que mate tracios y le aconseja que se vuelva antes que otra deidad despierte a los teucros, X, 482, 509 a 511; truena, con Hera, en lo alto para honrar a Agamenón, XI, 45 y 46; en otro tiempo, descendió, presurosa, del cielo, para hacer saber a los pilios la llegada de los epeos, XI, 714 a 716; había tejido y bordado el manto de Hera, XIV, 178 y 179; desarma e increpa a Ares cuando este dios se dispone a vengar la muerte de su hijo Ascálafo, XV, 123 a 141; es la diosa que enseña el arte al constructor, XV, 411 y 412; apresura la llegada del día de la muerte de Héctor, XV, 613 y 614; baja del cielo y derrama en el estómago de Aquileo néctar y ambrosía para que el hambre no le aqueje, XIX, 349 a 354; acompañaba a Aquileo cuando el héroe tomó a Pédaso y a Lirneso, XX, 94 a 96; con un soplo desvía la lanza que Héctor arrojara a Aquileo y la hace caer a los pies del primero, XX, 438 a 441; lucha con Ares, lo derriba en el polvo y se jacta de la victoria, XXI, 400 a 414; instigada por Hera, persigue a Afrodita, que sacaba a Ares del campo de batalla, le da una puñada en el pecho y la deja tendida en el suelo, XXI, 419 a 433; quéjase de que Zeus quiera librar a Héctor de la muerte que le está destinada y el dios le permite que obre como quiera, XXII, 177 a 186; tomando la forma de Deífobo, aconseja a Héctor que aguarde a Aquileo y luego desaparece de su lado, XXII, 229 a 246; en los juegos fúnebres de Patroclo, rompe el yugo del carro de Admeto para que Diomedes obtenga el primer premio, XXIII, 388 a 392, y hace resbalar a Ayante de Oileo para que Odiseo alcance el premio más valioso, XXIII, 769 a 783.

Od. En el concilio de los dioses se queja de que Odiseo esté detenido por Calipso en la isla Ogigia; y propone que Hermes vaya a decir a la ninfa que deje en libertad al héroe, mientras ella desciende a Itaca y acompaña a Telémaco en un viaje a Pilos y a Esparta, I, 44 a 62, 80 a 95; desciende a Ítaca, transfigurada en Mentes, es acogida

Biblioteca Nacional de España

por Telémaco y, después de asegurar que Odiseo vive y volverá, exhorta a su hijo a que convoque en el ágora a los ciudadanos, intime a los pretendientes que salgan del palacio y haga un viaje a Pilos y a Esparta, I, 96 a 319, 444; deparó a los aqueos una vuelta deplorable cuando regresaron de Troya, I, 326 y 327; difunde dulce sueño en los ojos de Penelopea, que llora por Odiseo, I, 363 y 364; circunda a Telémaco de gracia divinal, II, 12; por ella, según Antímaco, es Penelopea diestra en primorosas labores, inteligente y astuta, II, 116 a 118; invocada por Telémaco, se le aparece debajo la figura de Méntor, le aconseja que prepare los víveres para el viaje y le promete que le buscará una nave y compañeros, II, 260 a 296; tomando la figura de Telémaco, pide una nave a Noemón, junta los marineros, encamínase al palacio de Odiseo, infunde dulce sueño a los pretendientes, llama a Telémaco y se va con él a la embarcación, II, 382 a 403; embárcase con Telémaco, hace que sople el Céfiro, viento próspero para el viaje, y los marineros ofrecen libaciones a los dioses y especialmente a Atenea, II, 416, 420, 433; desembarca en Pilos con Telémaco, anima a éste, encamínanse ambos hacia Néstor, que estaba en la playa celebrando un sacrificio, e, invitada por Trasimedes, hace libaciones a Posidón, III, 12 a 62; infunde audacia en el pecho de Telémaco para que responda a Néstor, III, 76; después de la toma de Troya, Agamenón quiso aplacar la cólera de la diosa con hecatombes, III, 145; durante la guerra de Troya, Atenea protegía manifiestamente a Odiseo, III, 218 a 222; reprende a Telémaco por las impías palabras que profiere, III, 229 a 238; exhorta a Néstor para que acabe el sacrificio, III, 331 a 337; intenta volver a la nave con Telémaco, pero Néstor se opone; y entonces aconseja a Telémaco que se quede y ella se va cual si fuese un águila, III, 343 a 372; oye las plegarias que le dirige Néstor, III, 385, 393, quien manda preparar un sacrificio y lo ofrece a la diosa, III, 419, 430 a 463; apartó a Helena de junto al caballo de madera, IV, 289; invócala Menelao, IV, 341, XVII, 132; aborrecía a Ayante, IV, 502; Penelopea, por consejo de Euriclea, ora a Atenea y la diosa escucha sus ruegos, IV, 752 a 767, y le envía un fantasma que la consuela participándole que a su hijo lo acompaña Atenea, IV, 795 a 838; la diosa vuelve a lamentarse en el concilio de los dioses de que Odiseo esté detenido por Calipso y logra que Zeus mande a Hermes a la isla Ogigia, V, 5 a 28; los aqueos, al regresar de Troya, ofendieron a Atenea, V, 108; calma Atenea la tempestad promovida por Posidón a causa de su odio a Odiseo, V, 382 a 387; sugiere a Odiseo que se agarre a una peña al ser lanzado a la costa por el oleaje, V, 427, y le da prudencia para salir luego a tierra firme, V, 437; infunde dulce sueño a Odiseo para que descanse, V, 491; encamínase al pueblo de los feacios, penetra, como un soplo de viento, en el cuarto de Nausícaa y, tomando la figura de la hija de Dimante, recomienda a la princesa que vaya al río a lavar la ropa, y vuelve al Olimpo, VI, 2 a 42; para que Odiseo despierte hace caer en el agua la pelota que tira Nausícaa, y todas las doncellas gritan, VI, 112 a 117; infunde ánimo a Nausícaa a fin de que no huya cuando se le presenta Odiseo, VI, 139 y 140; hace que Odiseo aparezca más alto y grueso, y con el cabello semejante a flores de jacinto, VI, 229 a 231; le circunda de gracia, de la misma manera que el artífice instruido por Hefesto y Atenea cerca con oro la plata, VI, 233 a 235; hay un bosque a ella consagrado, junto a la ciudad de los feacios, y allí se detiene Odiseo, por recomendación de Nausícaa, antes de entrar en la ciudad, VI, 291, 322; oye Atenea la plegaria que desde aquel sitio le dirige Odiseo, VI, 328; envuelve al héroe en una niebla cuando el mismo endereza sus pasos a la ciudad, le sale al encuentro, transfigurada en una moza, habla con él, lo lleva al palacio de Alcínoo, le aconseja que suplique a Arete, y se va a Atenas, VII, 14 a 81; ha concedido a las mujeres feacias que se señalen en fabricar lienzos, VII, 110; disipa la nube en que envolviera a Odiseo, así que el héroe llega a la presencia de Arete, VII, 140 a 143; invócala Alcínoo, VII, 311; transfigurada en heraldo, llama a los feacios para que acudan al ágora, VIII, 7 a 14; circunda de gracia a Odiseo y le hace aparecer más alto y más grueso, VIII, 18 a 20; transfigurada en varón, señala dónde ha llegado el disco de Odiseo y anima a

Biblioteca Nacional de España

éste, VIII, 193 a 198; con su ayuda construyó Epeo el caballo de madera, VIII, 493; por su favor ganó Odiseo la victoria cuando, en el sitio de Troya, fué a la casa de Deifobo, VIII, 520; en la cueva del Ciclope, Odiseo meditaba siniestros propósitos, por si Atenea le concediese la victoria, IX, 317; Atenea y los troyanos fallaron la contienda de las armas de Aquileo, adjudicándolas a Odiseo, XI, 547; guiado por Hermes y por Atenea, Heracles sacó del Hades el can Cerbero, XI, 626; gracias a Atenea, hicieron los feacios tantos presentes a Odiseo, XIII, 121; al despertar Odiseo en su patria, Atenea lo envuelve en una nube para que nadie lo reconozca, XIII, 189 a 193; luego se le acerca, transfigurada en joven pastor, y, contestando a sus preguntas, le describe la comarca y le dice que está en Ítaca, lo cual alegra a Odiseo aunque duda todavía de que sea verdad, XIII, 221 a 252; entonces Atenea se transfigura en una mujer hermosa y se descubre a Odiseo, disipa la niebla que envolvía al héroe, le hace reconocer su tierra natal, le ayuda a ocultar los regalos en una cueva y, sentándose ambos al pie de un olivo, deliberan sobre la matanza de los pretendientes, XIII, 287 a 396; acto continuo Atenea hace incognoscible a Odiseo, pues, tocándole con una varita, le convierte en un anciano andrajoso, le aconseja que vaya a encontrar al porquerizo, y se encamina a Lacedemonia a fin de llamar a Telémaco, XIII, 397 a 440; Odiseo endereza sus pasos hacia donde le indicara Atenea, XIV, 2; en la fingida relación que de su vida hace Odiseo a Eumeo, dice que en otro tiempo Ares y Atenea diéronle audacia y valor para luchar con los enemigos, XIV, 216; va Atenea a Lacedemonia, halla a Telémaco durmiendo y, apareciéndosele en sueños, le aconseja que regrese a Itaca, desembarque antes de llegar a la ciudad, para librarse de la emboscada de los pretendientes, y vaya a la cabaña de Eumeo, después de lo cual la diosa se retira al Olimpo, XV, 1 a 43; Telémaco, antes de partir, ofrece un sacrificio a Atenea, XV, 222, y la diosa le envía próspero viento, XV, 292; así que Eumeo sale de la cabaña, Atenea se presenta a Odiseo, le llama afuera, le recomienda que nada le oculte a Telémaco y, tocándole con la varita de oro, hace que recobre su figura y lleve hermosas vestiduras, XVI, 155 a 174, 207; Odiseo dice a Telémaco que ha ido a la cabaña del porquerizo por consejo de Atenea, XVI, 233, que la diosa les ayudará en la lucha con los pretendientes, XVI, 260, y que, tan pronto como ésta se lo inspire, le hará una señal a Telémaco para que esconda las armas que hay en el palacio, XVI, 282; infunde Atenea dulce sueño en los ojos de Penelopea, XVI, 451; vuelve el porquerizo a la cabaña, y Atenea, tocando a Odiseo con la varita, torna a convertirlo en un anciano andrajoso, XVI, 454; Atenea circunda de gracia divinal a Telémaco cuando éste se encamina al ágora, XVII, 63; incita a Odiseo a que pida limosna a los pretendientes, XVII, 360 a 362; le aumenta la robustez del cuerpo cuando el héroe va a luchar con Iro, XVIII, 69 y 70; habia de detener a Anfinomo para que éste cayera vencido por Telémaco, XVIII, 155 y 156; inspira a Penelopea el deseo de mostrarse a los pretendientes, XVIII, 158 a 160; le infunde dulce sueño, la lava y hermosea, y parte en seguida, XVIII, 187 a 197; invócala Telémaco, XVIII, 235; no permite que los pretendientes se abstengan de la injuria, XVIII, 346 y 347; XX, 284 y 285; Odiseo medita con Atenea la matanza de los pretendientes, XIX, 2, 52; la diosa alumbra con lámpara de oro a Odiseo y Telémaco que esconden las armas, XIX, 33 y 34; distrae a Penelopea cuando Odiseo es reconocido por Euriclea, XIX, 479; y así que la reina sube a su habitación, le infunde dulce sueño, XIX, 604; aparécese a Odiseo, transfigurada en mujer, le consuela prometiéndole su ayuda, le infunde sueño y se va al Olimpo, XX, 30 a 55; adiestró a las hijas de Pandáreo en primorosas labores, XX, 72; mueve a los pretendientes a una risa inextinguible y les perturba momentáneamente la razón, XX, 345 y 346; inspira a Penelopea que les proponga a los pretendientes la prueba del arco, XXI, 1 a 4; difunde en los ojos de Penelopea el dulce sueño, XXI, 357 y 358; en la matanza de los pretendientes, primero aparece, transfigurada en Méntor, e increpa a Odiseo para animarle, XXII, 205, 210, 224 a 235, después se transforma en golondrina y se posa en una viga, XXII, 239 y 240; hace que resulten vanos los tiros

Biblioteca Nacional de España

de los pretendientes, XXII, 256, 273; y por fin levanta la égida y espanta a los pretendientes, que son muertos por Odiseo y los suyos, XXII, 297 a 309; realza la hermosura de Odiseo, XXIII, 156 a 162; alarga la noche en que se verifica el reconocimiento de Odiseo por Penelopea, XXIII, 242 a 245; cubre con obscura nube a Odiseo y los suyos cuando, al día siguiente de la matanza, salen al campo, XXIII, 371 y 372; hace que Laertes aparezca más alto y más grueso al salir del baño, XXIV, 367 a 369; la invoca Laertes, XXIV, 376; inquiere la voluntad de Zeus acerca de la lucha de Odiseo con los itacenses y, al oír que el dios le aconseja el restablecimiento de la paz, desciende a Itaca, XXIV, 472 a 488; cuando Odiseo y los suyos salen de la casa para pelear, se les acerca la diosa, transfigurada en Méntor, y aquél, al verla, se regocija, XXIV, 502 a 504; Atenea se detiene junto a Laertes, le exhorta a invocarla a ella misma, le infunde gran valor, y Laertes mata a Eupites, XXIV, 516 a 523; Odiseo y los suyos hubieran muerto a todos los enemigos, si Atenea no hubiese mandado a los itacenses que cesaran de pelear, XXIV, 528 a 533; Atenea detiene asimismo a Odiseo y hace jurar la paz a entrambas partes, con lo cual termina la *Odisea*, XXIV, 541 a 548.

Him. Zeus la engendró en su cabeza, III, 308; Hera se quejó de que Zeus la hubiese engendrado sin contar con ella, III, 314; Hera preguntó a Zeus cómo se atrevió a darla a luz, III, 323; es una de las tres diosas a quienes Afrodita no ha podido persuadir ni engañar, V, 8; cuando Afrodita, transfigurada en mortal, se presenta a Eneas, le dice éste que quizás sea Atenea, V, 94; es poderosa, protege las ciudades y se cuida de las acciones bélicas, XI, 1; juntamente con Hefesto enseñó trabajos espléndidos a los hombres, XX, 2; al nacer ella se admiraron los inmortales, se estremeció el Olimpo, resonó la tierra y se conmovió el ponto; luego se calmó el mar y el sol detuvo sus corceles hasta que Atenea se quitó de sus hombros las divinas armas, XXVIII, 1, 16. Están dedicados a esta diosa los himnos XI y XXVIII.

Batr. Pregúntale Zeus si auxiliará a los ratones y contesta que no los auxiliará porque le estropean las diademas, le beben el aceite de las lámparas y le roen los mantos; ni tampoco a las ranas porque no la dejan dormir hasta que canta el gallo, 177 a 192; aconseja a los dioses que se abstengan de tomar parte en la lucha para no ser heridos y que contemplen la contienda desde el cielo, y ellos lo hacen así, 193 a 198; ni su poder ni el de Ares bastan, a juicio de éste, para que las ranas se libren de la perdición, 276 a 279.

Ep. Pide el poeta a Atenea que venga y proteja el horno, XIV, 2.

Frag. Odiseo salvó a los que estaban dentro del caballo de madera, tapando la boca a Ánticlo, hasta que Palas Atenea apartó de allí a Helena, XXII, 5.

ATIMNÍADA (Ἀτυμνιάδης): Hijo de Atimnio. Nombre patronímico del escudero Midón, *Il.*, V, 581.

ATIMNIO (Ἀτύμνιος): 1) Licio, muerto por Antíloco, *Il.*, XVI, 317.

2) Teucro, padre de Midón, *Il.*, V, 581.

ATLANTE (Ἄτλας): Padre de Calipso. Conoce las profundidades del ponto y sostiene las columnas que separan la tierra y el cielo, *Od.*, I, 52 a 54; VII, 245.

Him. Fué padre de Maya y abuelo de Hermes, XVIII, 4.

ATOS (Ἄθως): Monte de la Tracia, hoy Monte Santo, *Il.*, XIV, 229.

Him., III, 33.

ATREO (Ἀτρεύς, de ἀ privativa y τρεῖν, temblar): Héroe griego, hijo de Pélope y de Hipodamia, padre de Agamenón y Menelao; sucedió en el reino a su padre Pélope, y al morir dejó el cetro a Tiestes, *Il.*, II, 23, 60, 105 y 106; III, 37; IV, 98, 115, 195; VI, 46; XI, 131; XVII, 1, 79, 89 y 553.

Od., IV, 462, 543; Zeus aborreció el linaje de Atreo a causa de la perfidia de las mujeres, XI, 436 a 438.

ATRIDA (Ἀτρείδης, Ἀτρείων): Hijo de Atreo. Nombre patronímico de Agamenón y Menelao; cuando se usa solo, por el nombre propio, suele designar a Agamenón (Ἀτρείδης), *Il.*, I, 7, 12, 16, 17, 24, 59, 102, 122, 191, 203, 224, 232, 247, 282, 308, 313, 355, 369, 375, 378, 411; II, 6, 9, 18, 185, 225, 242, 249, 253, 284, 344, 434, 482, 577, 614, 762, 773; III, 178, 182, 193, 271, 275, 347, 350, 361, 364, 449, 461; IV, 266, 272, 318, 326, 350, 404; V, 50, 55, 207, 528, 552, 578; VI,

Biblioteca Nacional de España

44, 64, 437; VII, 107, 173, 313, 322, 327, 351, 373, 385, 470; VIII, 261, 293; IX, 9, 32, 69, 89, 96, 163, 178, 226, 300, 315, 332, 339, 341, 369, 388, 516, 613, 648, 669, 677, 697; X, 3, 81, 88, 103, 230; XI, 15, 107, 130, 158, 165, 169, 177, 180, 231, 233, 246, 262, 268, 272; XIII, 112, 378, 581, 593, 605, 610, 646; XIV, 22, 24, 29, 83, 137, 139, 380, 516; XVI, 59, 76, 273; XVII, 12, 46, 60, 71, 138, 249, 580; XIX, 56, 146, 181, 199, 241, 252, 272, 310; XXII, 117; XXIII, 156, 236, 272, 293, 355, 401, 407, 425, 434, 486, 658, 887, 890; XXIV, 688; (Ἀτρείων), I, 387; II, 192, 445; XXIII, 233; XXIV, 395.

Od., I, 35, 40; III, 136, 156, 164, 193, 248, 257, 268, 277, 304; IV, 51, 156, 185, 190, 235, 291, 304, 316, 492, 536, 594; V, 307; IX, 263; XI, 387, 397, 463; XIII, 383, 424; XIV, 470, 497; XV, 52, 64, 87, 102, 147; XVII, 104, 116, 147, XIX, 183; XXIV, 20, 24, 35, 102, 105, 121, 191.

AUGEÍADA (Αὐγηϊάδης): Hijo de Augías. Nombre patronímico de Agástenes, *Il.*, II, 624.

AUGIAS (Αὐγείας): Rey de los eleos, padre de Agamede y suegro de Mulio; quedóse con los caballos y el carro que Neleo mandó a unos juegos, *Il.*, XI, 701 y 739.

AUGÍAS (Αὐγειαί): 1) Ciudad de Lócride, *Ilíada*, II, 532.

2) Ciudad de Laconia, *Il.*, II, 583.

ÁULIDE (Αὐλίς): Ciudad beocia en cuyo puerto se reunió la armada griega para ir a Troya, *Il.*, II, 303 y 496.

AURORA (Ἠώς): Diosa, hija de Hiperión y de Eurifaesa, hermana del Sol y de la Luna y esposa de Titón, *Il.*, II, 48; XI, 1; XIX, 1. Fué madre de Memnón, el que mató a Antíloco, *Od.*, IV, 187 y 188. Levántase del lecho, dejando a Titón, para alumbrar a los inmortales y a los mortales, V, 1 y 2; arrebató a Orión, a quien mató en Ortigia la casta Ártemis, V, 121 a 124; lleva hermosas trenzas, V, 390; IX, 76; X, 144; su mansión y sus danzas se hallan en la isla Eea, XII, 3 y 4; arrebató a Clito por su hermosura, XV, 250 y 251; en la noche que siguió a la matanza de los pretendientes, Atenea la detuvo, no dejando que unciera los caballos de su carro, Lampo y Faetonte, hasta que Odiseo y Penelopea se hubieron recreado y dormido, XXIII, 242 a 246.

La palabra ἠώς puede indicar tiempo o lugar, y entonces tiene en Homero uno de estos cuatro significados:

1) La aurora, *Il.*, I, 477; V, 267; VI, 175; VII, 331, 433, 451, 458; VIII, 1, 565; IX, 240, 618, 662, 682, 707; X, 251; XI, 1, 685, 723; XVIII, 255; XXIII, 109, 227; XXIV, 12, 417, 600, 695, 785, 788; *Od.*, II, 1, 434; III, 404, 491; IV, 194, 306, 407, 431, 576; V, 1, 121, 228; VI, 31, 48; VII, 222; VIII, 1; IX, 151, 152, 170, 306, 307, 436, 437, 560; X, 187, 541; XI, 375; XII, 7, 8, 24, 142, 316; XIII, 18, 94; XIV, 266, 502; XV, 50, 56, 189, 396, 495; XVI, 2, 270, 368; XVII, 1, 435, 497; XVIII, 318; XIX, 50, 319, 342, 428; XX, 91; XXIII, 241.

2) La mañana, *Il.*, VIII, 66, 470, 525; XI, 84; XXI, 111; *Od.*, VII, 288; IX, 56.

3) El día, *Il.*, I, 493; XIII, 794; XXI, 80, 156; XXIV, 31, 413, 781; *Od.*, XIX, 192, 571.

4) El oriente, *Il.*, XII, 239; *Od.*, IX, 26; X, 190; XIII, 240.

AUTÓCANE (Αὐτοκάνη): Promontorio de la Eólide, cerca de Focea. Reina en él Apolo, *Him.*, III, 35.

AUTÓFONO (Αὐτοφόνος): Cadmeo, padre de Polifonte, *Il.*, IV, 395.

AUTÓLICO (Αὐτόλυκος): Padre de Anticlea y, por tanto, abuelo materno de Odiseo. Robó a Amintor el casco que Odiseo llevaba en la expedición nocturna al campo troyano, *Il.*, X, 267.

Od. En la morada de Hades, Odiseo ve el alma de su madre Anticlea, hija del magnánimo Autólico, XI, 85. Descollaba entre los hombres en hurtar y jurar, puso el nombre a Odiseo, y, cuando éste fué a su casa, mandó aparejar un banquete, curóle la herida que recibió yendo a cazar con los hijos del mismo, y lo despidió alegremente después de regalarle muchas y espléndidas cosas, XIX, 394 a 466; XXI, 220; XXIV, 334.

AUTOMEDONTE (Αὐτομέδων): Mirmidón, hijo de Diores, compañero y auriga de Aquileo. Sujeta la carne que éste corta para el banquete que da a Odiseo, Ayante y Fénix, *Il.*, IX, 209; unce los caballos del carro de Aquileo, por orden de Patroclo, XVI, 145 a 154; ármase delante de las tropas, con Patroclo, y combate con los teucros, XVI, 219 y 279; corta las riendas del ca-

Biblioteca Nacional de España

ballo Pédaso herido por Sarpedón, XVI, 472 a 476; por orden de Patroclo dirige el carro hacia la llanura, para perseguir a los troyanos y a los licios, XVI, 684; muerto Patroclo, los caballos le sacan del combate antes que Héctor pueda perseguirle, XVI, 864 a 867; vuelve, subido en el carro, a la batalla, toma por auriga a Alcimedonte, y pelea con los teucros, XVII, 429, 452, 459, 468, 469, 474 a 483, 498 a 539; unce, junto con Álcimo, los corceles del carro de Aquileo, XIX, 392; y sube al mismo como auriga, XIX, 397; por orden de Aquileo, saca de la tienda la coraza de Asteropeo para Eumelo, XXIII, 563; sirve a Aquileo en la mesa, XXIV, 474; junto con Álcimo, entra en la tienda el rescate de Héctor cuando Príamo va a redimir el cadáver, XXIV, 574; distribuye el pan en el banquete que Aquileo da a Príamo, XXIV, 625.

AUTÓNOE (Αὐτονόη): Una de las criadas de Penelopea, *Od.*, XVIII, 182.

AUTÓNOO (Αὐτόνοος): 1) Caudillo griego, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 301.

2) Caudillo teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 694.

AXILO (Ἄξυλος): Príncipe tracio, muy hospitalario; fué muerto por Diomedes, *Il.*, VI, 12 a 19.

AXIO (Ἄξιος): Río de Tracia, en cuya ribera vivían los peonios, *Il.*, II, 849 y 850; XVI, 288; tuvo de Paribea un hijo llamado Pelegón, XXI, 141, 157 y 158.

AYANTE (Αἴας): 1) Caudillo griego, hijo de Telamón y nieto de Éaco. Agamenón le cita entre los más célebres capitanes, cuando amenaza con quitar a uno de éstos la recompensa si no le dan otra por la pérdida de Criseida, *Il.*, I, 138; y lo propone luego para jefe de la expedición a Crisa, I, 145. Llevó de Salamina a Troya cincuenta naves, II, 557; era el más valiente después de Aquileo, II, 768; era gallardo y alto y descollaba entre los argivos por su cabeza y anchas espaldas, III, 225 a 229. Es elogiado, junto con Ayante de Oileo, por Agamenón cuando éste revista las tropas, IV, 271 a 291; mata a Simoisio, IV, 473 a 489; lucha, en combate singular, con Héctor, VII, 181 a 312; y Agamenón le obsequia con un banquete, VII, 322; había puesto sus tiendas en un extremo del campamento, VIII, 224 a 226; cubre con su escudo a Teucro, que dispara flechas contra los troyanos, VIII, 268 a 272; es enviado, junto con Odiseo y Fénix, a la tienda de Aquileo para desenojarle, IX, 169 a 181, 223; su discurso, IX, 622 a 642; en compañía de Menelao, acude a defender a Odiseo herido, XI, 464 a 484; mata a Doriclo y hiere a Pándoco, Lisandro, Píraso y Pilartes, XI, 489 a 498; se bate en retirada, XI, 544 a 574; por excitación de Eurípilo, los amigos le defienden con los escudos, XI, 586 a 595; él y Ayante de Oileo animan a las tropas en el *Combate en la muralla*, XII, 265 a 276; acude en auxilio de Menestio, XII, 335, 342, 349, 353 a 377; mata a Epicles y ataca a Sarpedón, XII, 378 a 405; Posidón incita a los dos Ayantes a pelear y les infunde valor, XIII, 46 a 82; ambos Ayantes, al frente de las falanges, resisten el ataque de Héctor y defienden las naves, XIII, 126 a 204; Ayante Telamonio persigue a Héctor y le anuncia que pronto se verá derrotado, XIII, 809 a 824; hiere a Héctor, XIV, 402 a 420; defiende las naves y mata a doce troyanos que sucesivamente intentan pegarles fuego, XV, 674 a 746; rota su lanza por Héctor, tiene que retirarse y los teucros incendian una nave, XVI, 102 a 123; vuelve a combatir y mata a Cleobulo e intenta herir a Héctor, XVI, 330 a 334, 358 a 363; Patroclo exhorta a ambos Ayantes a apoderarse del cuerpo de Sarpedón, XVI, 555 a 562; por instigación de Menelao, Ayante Telamonio defiende el cadáver de Patroclo, XVII, 115 a 139, 174, 235, 237, 278 a 318, 356 a 365 y 732; encarga a Menelao que por medio de Antíloco participe a Aquileo la muerte de Patroclo, XVII, 651 a 716; en los juegos fúnebres en honor de Patroclo lucha con Odiseo, recibiendo ambos un premio igual, XXIII, 708 a 739; y luego con Diomedes, a quien Aquileo da el primer premio, XXIII, 811 a 825.

Od. Murió en Troya, III, 109; era el más excelente de los dánaos, por su cuerpo y por su gallardía, después de Aquileo, XI, 468 y 469, 550 y 553; XXIV, 17 y 18; en el Hades sigue enojado con Odiseo, que le había vencido en el certamen en que se adjudicaron las armas de Aquileo; y, cuando aquel héroe le habla con suaves palabras, se retira sin contestarle, XI, 543 a 564.

Biblioteca Nacional de España

Frag. Ayante hizo levantar al héroe Pelida y lo sacó de la lucha, XVII, 1; Podalirio fué el primero que advirtió los ojos brillantes y la mente cargada de Ayante encolerizado, XXIX, 7.

2) Caudillo griego, hijo de Oileo. Mandaba a los locrenses que habían ido a Troya en cuarenta naves, era bajo de cuerpo y descollaba en el manejo de la lanza, *Il.*, II, 527 a 536. Es uno de los jefes a quienes desea despertar Néstor para que acudan al consejo, X, 110; reconoce a Posidón que, transfigurado en mortal, exhorta a los Ayantes, XIII, 46 a 75; combate al lado de Ayante Telamonio, XIII, 701 a 718; mata a Satnio, XIV, 442 a 447, y a muchos más, XV, 520; coge vivo a Cleobulo, a quien mata, XVI, 330 a 334; en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, disputa con Idomeneo sobre cuál es el carro que primero ha dado la vuelta a la meta, XXIII, 473 a 498; lucha en la carrera con Odiseo, y por no rogar a los dioses, resbala y cae, y se lleva el segundo premio, XXIII, 754 a 783.

Od. Al volver de Troya, acercólo Posidón a las rocas llamadas Giras, pero dijo soberbiamente que aun a despecho de los dioses escaparía del mar, y Posidón partió la roca, cayó ésta en el piélago y se llevó el héroe al undoso ponto, IV, 499 a 511.

AZÁNTIDE (Ἀζαντίς): Doncella pretendida por Apolo, *Him.*, III, 209.

AZIDA (Ἀζείδης): Hijo de Azeo; nombre patronímico de Áctor, *Il.*, II, 513.

BALIO (Βαλίος): Caballo inmortal de Aquileo, hijo del Céfiro y de la harpía Podarga, *Il.*, XVI, 149; XIX, 400.

BAQUIO (Βάκχειος): Epiteto de Dióniso, *Himnos*, XIX, 46.

BATICLES (Βαθυκλῆς): Mirmidón, hijo de Calcón, muerto por Glauco, *Il.*, XVI, 594.

BATIDOR DE LA TIERRA (Ἐννοσίγαιος): Epiteto de Posidón, usado a veces por el nombre propio, *Il.*, VII, 455; VIII, 201, 440; IX, 183, 362; XII, 27; XIII, 43, 59, 677; XIV, 135, 355, 510; XV, 173, 184, 218, 222; XX, 20, 310; XXI, 462; XXIII, 584.

Od., V, 423; VI, 326; IX, 518; XI, 102, 241; XIII, 140.

Him., XXII, 4.

Ep., VI, 1.

Frag., XXIX, 1.

BATIEA (Βατίεια): Colina, o por mejor decir, túmulo sito en las afueras de Troya y llamado por los dioses *tumba de la ágil Mirina*, *Il.*, II, 813.

BEBA (Βοίβη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 712.

BEBEÍS (Βοιβηΐς): Lago de Tesalia; en su orilla estaba la ciudad de Feras, *Il.*, II, 711.

BELEROFONTE (Βελλεροφόντης): Hijo de Glauco y nieto de Sisifo; calumniado por Antea. Preto le envió a la Licia, donde realizó varias hazañas por orden del rey, casó con una hija del mismo, tuvo tres hijos—Isandro, Hipóloco y Laodamia (la madre de Sarpedón)—y se atrajo el odio de las deidades, *Il.*, VI, 155 a 202.

BEOCIA (Βοιωτία): 1) Región de Grecia.

2) El *Catálogo de las naves* que fueron a Troya, *Il.*, II, 493 y siguientes; llámase así porque la enumeración empieza por los beocios, los cuales llevaron a Ilión cincuenta naves y procedían de veintinueve ciudades, II, 494 a 510.

BESA (Βῆσσα): Ciudad de Lócride, *Il.*, II, 532.

BIANOR (Βιήνωρ): Caudillo teucro, muerto por Agamenón, *Il.*, XI, 92.

BIANTE (Βίας): 1) Caudillo griego, hijo de Amitaón; es uno de los jefes de las tropas de Néstor; con los demás capitanes, y bajo la dirección de Néstor, hace formar a los combatientes, *Il.*, IV, 296; pelea, en compañía de otros caudillos, para impedir que Héctor llegue a las naves, XIII, 691.

2) Teucro, padre de Laógono y de Dárdano, *Il.*, XX, 460.

BOAGRIO (Βοάγριος): Torrente de Lócride, *Il.*, II, 533.

BOETOÍDA (Βοηθοΐδης): Hijo de Boétoo. Nombre patronímico de Eteoneo, criado de Menelao, *Od.*, IV, 31; XV, 95, 140.

BOOTES (Βοώτης = boyero): Constelación boreal cuya estrella principal es Arturo, *Odisea*, V, 272.

BÓREAS (Βορέας = viento de montaña, comparativo sansc. *giris*, montaña): Viento norte. Su soplo reanima a Sarpedón herido, *Iliada*, V, 697; a su impulso nieva o graniza, XV, 171; XIX, 358; unióse con algunas yeguas del rey Erictonio, las cuales parieron doce potros que saltaban por encima de las mieles sin romper las espigas y corrían sobre las olas del mar, XX, 223 a 229; seca los campos regados, XXI, 346.

Od. Nace en el éter, levanta grandes olas y sopla, con el Euro y el Céfiro, en la

Biblioteca Nacional de España

tempestad que suscita Posidón contra Odiseo, V, 295 y 296; como el Bóreas arrastra por el suelo unos vilanos, así los vientos juegan con Odiseo en el piélago, V, 328 a 332; el Bóreas quiebra las olas cuando Atenea pone fin a la tempestad, V, 385; cuando Odiseo y los suyos desamparan el país de los cicones, Zeus suscita contra las naves el viento Bóreas, el cual, junto con la corriente, las desvía del cabo de Malea y las hace vagar lejos de Citera, IX, 67, 81; dice Circe a Odiseo que en el viaje al Hades el soplo del Bóreas conducirá la nave, X, 507; mira al Bóreas una de las puertas del antro que hay junto al puerto de Ítaca, XIII, 110; en el fingido relato que hace Odiseo a Eumeo, dice que la nave en que estaba embarcado corría al soplo del Bóreas cuando Zeus meditaba cómo la llevaría a la perdición, XIV, 299 y 300; cuenta Odiseo en el mismo relato que, estando emboscado con otros junto a Troya, sobrevino una noche glacial porque el Bóreas soplaba y caían copos de nieve menudos y fríos, XIV, 472 a 477; el porquerizo se acuesta en la concavidad de una peña, al abrigo del Bóreas, XIV, 533; en el fingido relato que Odiseo hace de sus aventuras a Penelopea, antes de darse a conocer, dice que los aqueos se quedaron en Creta doce días a causa del fuerte Bóreas que no dejaba que nadie permaneciese firme ni aun en la tierra, XIX, 199 a 201.

Boro (Βῶρος): 1) Licio, padre de Festo, *Iliada*, V, 44.

2) Mirmidón, hijo de Perieres y marido de Polidora (la hija de Peleo), *Il.*, XVI, 177.

Briareo (Βριάρεως): Nombre que los dioses daban al centímano Egeón (véase esta palabra), *Il.*, I, 403.

Briseida (Βρισηΐς): Hija de Briseo; nombre patronímico de Hipodamia, que fué cautivada por Aquileo en la toma de Lirneso, *Il.*, II, 689 a 691; Agamenón se la arrebata a Aquileo y provoca la cólera de este héroe, que desde entonces se queda en las naves y no interviene en las batallas, I, 184, 323, 336, 346 y 392; II, 688 a 694; Néstor recuerda a Agamenón que se la quitó a Aquileo, para aconsejar que se aplaque a este último, IX, 106; Agamenón la devuelve intacta a Aquileo, XIX, 246 y 261; Briseida, semejante a la áurea Afrodita, llega a la tienda de Aquileo, y al ver el cadáver de Patroclo, prorrumpe en sollozos y se lamenta de su suerte, XIX, 282 a 300; duerme con Aquileo, XXIV, 676.

Briseo (Βρισεύς): Rey de Pédaso y de Lirneso y sacerdote; padre de Hipodamia, a quien Homero llama siempre Briseida, *Il.*, I, 392; IX, 132 y 274.

Brisias (Βρυσειαί): Ciudad de Laconia, *Iliada*, II, 583.

Bucólida (Βουκολίδης): Hijo de Búcolo; nombre patronímico de Esfelo, *Il.*, XV, 338.

Bucolión (Βουκολίων): Teucro, hijo bastardo de Laomedonte; tuvo de la ninfa Abarbarea dos hijos gemelos: Esepo y Pédaso, *Iliada*, VI, 21 a 26.

Budío (Βούδειον): Ciudad de Beocia, según unos, y de Tesalia (de Magnesia o de la Ptiótide) según otros, *Il.*, XVI, 572.

Buprasio (Βουπράσιον): Ciudad y región de Élide, *Il.*, II, 615; XI, 756 y 760; XXIII, 631.

Cabeso (Καδήσιός): Ciudad de Tracia, en el Helesponto, *Il.*, XIII, 363.

Cadmo (Κάδμος): Fundador de Tebas, hijo de Agenor y padre de Semele y de Ino, *Odisea*, V, 333.

Frag. Polínice puso delante de Edipo una mesa de plata de Cadmo, el de divinal inteligencia, LIII, 3.

Caístro (Κάϋστρος): Río de Jonia, en el Asia Menor, *Il.*, II, 461.

Calcante (Κάλχας, el de profundos pensamientos; comp. καλχαίνω = tener un color obscuro, (metaf.) estar entregado a profundos pensamientos): Hijo de Téstor; adivino griego. Declara que Apolo está irritado porque no se ha devuelto la hija al sacerdote Crises, y provoca la ira de Agamenón, *Il.*, I, 68 a 106; cuando los griegos se hallaban reunidos en Áulide para ir a Troya interpretó un prodigio diciendo que después de combatir diez años se apoderarían de dicha ciudad, II, 300 a 329; Posidón toma la figura y la voz de Calcante para exhortar a los Ayantes, XIII, 45 y 70.

Calcis (Χαλκίς): 1) Ciudad de Eubea, *Il.*, II, 537.

2) Ciudad de Etolia, *Il.*, II, 640.

3) Río de Trifilia, *Od.*, XV, 295.

4) Ciudad de la Élide (hoy Anemochori). La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes pasó a lo largo de Crunos y Calcis, *Him.*, III, 425.

Biblioteca Nacional de España

CALCODONTÍADA (Χαλκωδοντιάδης): Hijo de Calcodonte; nombre patronímico de Elefenor, *Il.*, II, 541; IV, 464.

CALCÓN (Χάλκων): Padre del mirmidón Báticles, *Il.*, XVI, 595.

CALESIO (Καλήσιος): Teucro, auriga de Axilo, muerto por Diomedes, *Il.*, VI, 18.

CALÉTOR (Καλήτωρ): 1) Griego, padre de Afareo, *Il.*, XIII, 541.

2) Teucro, hijo de Clitio, muerto por Ayante cuando intentaba incendiar una nave griega, *Il.*, XV, 419.

CALETÓRIDA (Καλητορίδης): Hijo de Calétor; nombre patronímico de Afareo, *Il.*, XI, 541.

CALIANASA (Καλλιάνασσα): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 46.

CALIANIRA (Καλλιάνειρα): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 44.

CALÍARO (Καλλίαρος): Ciudad de Lócride, *Ilíada*, II, 531.

CALÍCORO (Καλλίχορος): Manantial del Ática, cerca de Eleusis. Deméter manda que el pueblo de Eleusis le erija un templo sobre el Calicoro, *Him.*, II, 272.

CALÍDICE (Καλλιδίκη): Una de las cuatro hijas de Celeo, rey de Eleusis, que interrogan a Deméter transfigurada en vieja, *Him.*, II, 109; contesta a la diosa y le ofrece interesarse para que Metanira le tome a su servicio, II, 146.

CALIDNAS (Καλύδναι): Islas del Archipiélago, frente a la costa de Caria; según unos, eran Leros y Calimna; según otros, todas las Espórades, *Il.*, II, 677.

CALIDÓN (Καλυδών): Ciudad de Etolia, *Il.*, II, 640; IX, 530 y 531; XIII, 217; XIV, 116.

CALÍOPE (Καλλιόπη): El poeta invita a la musa Caliope a que celebre al Sol, *Himnos*, XXXI, 2.

CALIPSO (Καλυψώ): 1) Deidad, hija de Atlante, que vive en la isla Ogigia. Retiene a Odiseo embelesándole con dulces palabras para que olvide Ítaca, *Od.*, I, 51 a 57; VI, 13 a 15; propone Atenea a Zeus que, por medio de Hermes, se participe a Calipso la resolución que han tomado los dioses acerca del regreso de Odiseo, I, 84 a 87; encarga Zeus a Hermes que manifieste a Calipso esta resolución, V, 28 a 32; llega Hermes a la isla Ogigia y a la gruta de Calipso, que le ofrece los dones de la hospitalidad, V, 43 a 93; al oír Calipso la orden de Zeus, llama a los dioses malignos y celosos porque envidian a las diosas cuando yacen con algún mortal, y dice que Odiseo puede partir, pero que ella no lo despedirá porque no dispone de naves ni de marineros, V, 94 a 145; Calipso va a encontrar a Odiseo, le dice que ya dejará que se vaya, le jura que no maquina nada contra él, come en compañía de Odiseo, duermen, y al día siguiente Calipso lleva al héroe a un bosque para que construya una balsa, y le da lienzo para las velas, y cuatro días después lo despide, V, 149 a 270; Odiseo cuenta a la reina Arete cómo llegó a la isla Ogigia y estuvo siete años con Calipso, VII, 253 a 260; Odiseo no había podido cuidar de su persona desde que partió de la gruta de Calipso, donde fué siempre atendido como un dios, VIII, 451 a 453; dice Odiseo a Alcínoo que Calipso deseaba hacerle su esposo, pero no logró persuadirle, IX, 29 y 30; refiere Odiseo al mismo rey cómo, después de diez días de vagar por el mar, llegó a la isla Ogigia y Calipso lo acogió amistosamente, XII, 447 a 450; cuenta Odiseo a Penelopea cómo llegó a la isla Ogigia y cómo Calipso le ofreció la inmortalidad para que fuera su esposo, XXIII, 333 a 337.

2) Una de las doncellas que jugaba con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Himnos*, II, 422.

CALIRROE (Καλλιρρόη): Una de las doncellas que jugaba con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 419.

CALÍTOE (Καλλιθόη): La mayor de las hijas de Celeo, rey de Eleusis, que interrogan a Deméter transfigurada en una vieja, *Himnos*, II, 110.

CAMIROS (Κάμειρος): Ciudad de la isla de Rodas, *Il.*, II, 656.

CAMPOS ELÍSEOS (Ἠλύσιον πεδίον): Región situada en un extremo de la tierra, donde se halla Radamantis y se vive dichosamente. Dice Proteo a Menelao que no morirá en Argos, sino que será trasladado a los Campos Elíseos por ser yerno de Zeus, *Odisea*, IV, 560 a 569.

CAPANEO (Καπανεύς): Príncipe argivo, hijo de Hipónoo y padre de Esténelo; murió en la guerra tebana, *Il.*, II, 564; IV, 367 y 403; V, 108, 109, 319 y 241.

Batr. Ares aconseja a Zeus que use para socorrer a las ranas el arma con que hizo perecer a Capaneo, 280 a 282.

Biblioteca Nacional de España

CAPIS (Κάπυς): Hijo de Asáraco y padre de Anquises, *Il.*, XX, 239.

CARDÁMILA (Καρδαμύλη): Ciudad de Mesenia, *Il.*, IX, 150 y 292.

CARESO (Κάρησος): Río de la Tróade, *Iliada*, XII, 20.

CARIBDIS (Χάρυβδις): Monstruo marino que reside en un escollo, a un lado del estrecho de Mesina, frente a Escila. Todos los días sorbe tres veces el agua del mar y otras tantas la echa fuera, *Od.*, XII, 101 a 106; pregunta Odiseo a Circe si, en el caso de librarse de Caribdis, podrá escapar de Escila, XII, 112 a 114; al oír el estruendo producido por el agua que sorbe Caribdis, los compañeros de Odiseo se espantan y sueltan los remos, XII, 201 a 205; pasan Odiseo y los suyos entre Escila y Caribdis, oyen el murmurio que ésta hace al sorber el agua, y mientras tanto Escila les arrebata seis hombres, XII, 234 a 246; después de escapar de Escila y de Caribdis, Odiseo y los suyos llegan a la isla de Trinacia, XII, 260 a 262; después que Zeus destruye la nave de Odiseo, el viento Céfiro lleva nuevamente al héroe, que se ha sentado sobre el mástil y la quilla, a la perniciosa Caribdis cuando está sorbiendo el agua del mar, XII, 426 a 431; Odiseo, al llegar al escollo de Caribdis, se lanza al cabrahigo y se mantiene asido a este árbol hasta que Caribdis devuelve el mástil y la quilla, XII, 432 a 441; Odiseo refiere a Penelopea cómo llegó a los escollos de Escila y Caribdis, XXIII, 327 y 328.

CARIS (Χάρις): Esposa de Hefesto. Recibe a Tetis cuando esta diosa va a pedir a Hefesto una armadura para Aquileo, *Iliada*, XVIII, 382 a 392; como el nombre Χάρις significa *Gracia*, la esposa de Hefesto debió de ser una de las Gracias, de la cual Homero no dijo el nombre.

CARISTO (Κάρυστος): Ciudad de la isla de Eubea, *Il.*, II, 539.

CÁROPE (Χάροψ): Teucro, hijo de Hipaso y hermano de Soco; fué muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 426.

CÁROPO (Χάροπος): Rey de la isla de Sima, esposo de Aglaya y padre de Nireo, *Iliada*, II, 672.

CÁRPATO (Κάρπαθος): Isla situada entre las de Creta y Rodas. En ella reina Apolo, *Himnos*, III, 43.

CASANDRA (Κασσάνδρη): Hija de Priamo, hermosísima, que después de la toma de Troya fué asignada como esclava a Agamenón, y muerta, junto con éste, por Clitemnestra. Fué pedida en matrimonio por Otrioneo, que ofreció echar de Troya a los griegos si se la daban, *Il.*, XIII, 363 a 369; sube a Pérgamo, ve que Príamo y el escudero regresan a Troya con el cadáver de Héctor, y llama corriendo por la ciudad a hombres y a mujeres para que salgan a recibirlos, XXIV, 699 a 706.

Od. En el Hades refiere Agamenón a Odiseo que oyó la voz de Casandra cuando la estaba matando Clitemnestra, y que él, ya en tierra y moribundo, alzaba los brazos para asirle la espada, XI, 421 a 424.

CASO (Κάσος): Una de las islas Cíclades, *Iliada*, II, 676.

CASTIANIRA (Καστιάνειρα): Hija de un príncipe tracio, oriunda de Esima, de la cual tuvo Príamo a Gorgitión, *Il.*, VIII, 305.

CÁSTOR (Κάστωρ): Hijo de Zeus, o de Tindáreo, y de Leda, hermano de Polideuces y de Helena (la denominación de Dioscuros que se da a Cástor y Polideuces suponiendo que fueron hijos de Zeus y de Leda, es posterior a Homero), *Il.*, III, 237.

Od., XI, 298 a 300. A Cástor y Polideuces les honra Zeus debajo de la tierra; ambos disfrutan honores de dioses y viven y mueren alternativamente, pues el día que vive el uno muere el otro y viceversa, XI, 301 a 304.

Him., XVII, 1; XXXIII, 3.

Frag. Linceo, con su aguda vista vió a Cástor y a Polideuces dentro de la encina, IX, 6.

CATORÉGANO (Ὀριγανίων): rana. Hiere a Roepán en el casco, haciéndose émulo de Ares, pero le acometen los ratones y se sumerge en el lago, 255 a 259.

CÉADA (Κεάδης): Hijo de Ceas; nombre patronímico de Treceno, *Il.*, II, 847.

CEBRÍONES (Κεβριόνης): Hijo bastardo de Príamo; auriga de Héctor. Por orden de Héctor se encarga de gobernar los caballos del carro, *Il.*, VIII, 318; hace notar a Héctor que mientras ellos combaten, los teucros son derrotados en el resto de la batalla, XI, 523 a 531; con Héctor y Polidamante manda uno de los cinco cuerpos en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla*, XII, 91 y 92; pelea en el sitio donde es más vivo el combate, XIII, 790;

Biblioteca Nacional de España

es muerto por Patroclo, y por su cadáver se traba reñida pelea, XVI, 727 a 782.

CÉFIRO (Ζέφυρος): Viento que sopla de la parte occidental, *Il.*, IX, 5; XXIII, 200.

Od. Sopla constantemente en los Campos Eliseos y esparce la nieve que luego funde el Euro, II, 421; IV, 402, 567; V, 295, 332; X, 25; XII, 289, 408, 426; XIV, 458; XIX, 206.

CEFÍSIDE (Κηφισίς): Lago en que desemboca el Cefiso, llamado también lago Copáis, en la Beocia, *Il.*, V, 709.

Him. Los flegios viven cerca del lago Cefiside, III, 280.

CEFISO (Κηφισός): Rio de Fócide y de Beocia (hoy Mavronero), *Il.*, II, 522.

Him. Buscando lugar para establecer un oráculo, Apolo llegó al Cefiso, III, 240.

CELADONTE (Κελάδων): Rio de Élide, *Il.*, VII, 133.

CELEO (Κελεός): Era rey de Eleusis cuando fué a esta ciudad Deméter transfigurada en vieja, *Him.*, II, 96; tenía cuatro hijas, II, 105, de las cuales la más hermosa era Calidice, II, 146; penetraron en su morada Deméter y las cuatro princesas, II, 184; Deméter criaba a Demofoonte, hijo de Celeo, II, 233; cuando Deméter dejó a Demofoonte, las princesas refirieron a Celeo lo que había ocurrido y éste mandó al pueblo que erigiera un templo a Deméter, II, 294; Deméter enseñó a Celeo y a otros reyes el ministerio de las cosas sagradas, II, 475.

CENEO (Καινεύς): Rey de los lapitas, hijo de Élato, *Il.*, I, 264.

CENEO (Κήναιον): Promontorio de Eubea. Apolo, cuando buscaba sitio para establecer un oráculo, subió a Ceneo de Eubea, *Himnos*, III, 219.

CENIDA (Καινείδης): Hijo de Ceneo; nombre patronímico de Corono, *Il.*, II, 746.

CEO (Κοῖος): Titán. Leto era hija de Ceo, *Him.*, III, 62.

CÉRANO (Κοίρανος): 1) Guerrero licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 677.

2) Escudero y auriga de Meriones, muerto por Héctor, *Il.*, XVII, 611 y 614.

CERINTO (Κήρινθος): Ciudad marítima de la isla de Eubea, *Il.*, II, 538.

CÍCLOPE (Κύκλωψ): Era hijo de Posidón, habitaba una gruta; se comió a seis compañeros de Odiseo, y éste lo cegó, *Od.*, I, 69, 71; II, 19; VI, 5; VII, 206; IX, 106, 117, 125, 166, 275, 296, 316, 319, 345, 347, 357, 362, 364, 399, 415, 428, 474, 475, 492, 502, 510, 548; X, 200, 435; XII, 209; XX, 19; XXIII, 312.

CIELO (Οὐρανός) La Tierra es madre de los dioses y esposa del estrellado Cielo, *Himnos*, XXX, 17; hijo de la Tierra y del Cielo era Hiperión, XXXI, 3.

CIENOLENTO (Πηλείων): rana. Muere porque Habitagujeros le clava en el pecho la robusta lanza, 206 a 208.

CIFO (Κύφος): Ciudad de Perrebia, en la Tesalia, *Il.*, II, 748.

CILA (Κίλλα): Población de la Tróade, cerca de Crisa, consagrada a Apolo, *Il.*, I, 38 y 452.

CILENE (Κυλλήνη): 1) Monte de Arcadia, junto a la Acaya (hoy Ziria): estaba consagrado a Hermes que había nacido en él, tenía en su cumbre un templo de este dios, y a su pie había una ciudad del mismo nombre, *Il.*, II, 603.

Him. Hermes impera en Cilene, IV, 2; Hermes nació en Cilene, adonde volvió después de robar las vacas de Apolo, IV, 142; allí fué a buscarle Apolo, IV, 228; Apolo dice a Zeus que halló a aquel ladrón (Hermes) en los montes de Cilene, IV, 337; el poeta canta a Hermes que impera en Cilene, XVIII, 2.

2) Ciudad de Élide, *Il.*, XV, 518.

CILENIO (Κυλλήνιος): De Cilene. Epíteto de Hermes, *Od.*, XXIV, 1.

CIME (CUMAS) (Κύμη): Ciudad del Asia Menor. El poeta se dirige a los que habitan en la excelsa ciudad, filial de Cime, *Ep.*, I, 2 (según la edición de F. Didot); el epigrama II lleva por título «Estando para regresar a Cime:» por haber desdeñado los habitantes de esta ciudad la sagrada voz y el canto, el poeta desea salir de ella y trasladarse a otro pueblo, IV, 16.

CIMÓDOCE (Κυμοδόκη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 39.

CIMÓTOE (Κυμοθόη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 41.

CINIRAS (Κινύρης): Rey de la isla de Chipre, *Il.*, XI, 20.

CINO (Κῶνος): Ciudad de Lócride, *Il.*, II, 531.

CINTO (Κύνθος): Monte de Delos donde nacieron Apolo y Ártemis. Leto, reclinada en el Cinto, parió a Apolo, *Him.*, III, 26; Apolo ora sube al Cinto, ora vaga por las islas, III, 141.

Biblioteca Nacional de España

CIPARISENTE (Κυπαρισσήεις): Ciudad de Élide. Pertenecía al reino de Néstor, *Il.*, II, 593.

CIPARISO (Κυπάρισσος): Población de Fócide, *Il.*, II, 519.

CIPRIS (Κύπρις): Perteneciente a la isla de Chipre. Epíteto de Afrodita por haber sido esta diosa muy venerada en Chipre. Se usa por el nombre propio, *Il.*, V, 330, 422, 458, 760 y 883; *Him.*, V, 2.

CIRCE (Κίρκη): Deidad, hija del Sol y de Perse, y hermana de Eetes, que mora en la isla Eea, *Od.*, X, 135 a 139. Odiseo echa al arca donde están los regalos de los feacios un nudo que le había enseñado a hacer la veneranda Circe, VIII, 446 a 448; dice Odiseo a Alcínoo que Circe le acogió y deseó tomarlo por marido, sin que lograra persuadirle, IX, 31 a 33; Odiseo y los suyos llegaron a la isla Eea, donde moraba Circe, X, 135; los compañeros a quienes envió Odiseo descubrieron el palacio de Circe en un valle; en torno del mismo había lobos y leones amansados; y Circe cantaba y labraba una gran tela, X, 203 a 225; los compañeros de Odiseo llamaron a Circe y ésta los hizo entrar, les dió un potaje con ciertas drogas, los transformó en cerdos, tocándolos con la varita, y los encerró en pocilgas, X, 229 a 243; Odiseo encaminóse al palacio de Circe, y Hermes le salió al encuentro, le entregó una planta para que Circe no lo encantara, y le dijo cómo debía portarse con la ninfa, X, 274 a 307; Odiseo entró en el palacio, Circe trató inútilmente de encantarlo, le ofreció compartir el lecho y, después de mandarlo lavar por las esclavas, invitóle a comer, X, 308 a 374; a petición de Odiseo, devolvió Circe a los compañeros de éste su primitiva figura, X, 375 a 400; volvió Odiseo al bajel, se llevó los demás compañeros al palacio de Circe, a pesar de la oposición de Euríloco, X, 406 a 448, y hallaron a los otros, a quienes Circe había lavado y ungido, celebrando alegre banquete; y Circe les incitó a comer y a beber hasta que recobraran su antiguo ánimo, X, 449 a 465; quedáronse Odiseo y los suyos un año entero con Circe, y, cuando el héroe deseó partir, díjole la ninfa que había de hacer un viaje al Hades para consultar a Tiresias y le instruyó acerca del mismo, X, 467 a 540; vistiéronse Circe y Odiseo, y éste dijo a sus compañeros que ya la ninfa les aconsejaba que partiesen, X, 542 a 550; Elpénor cayó del techo del palacio de Circe y se mató, X, 551 a 560; Odiseo participó a sus compañeros que Circe le había dicho que tenían que hacer un viaje al Hades, X, 562 a 565; Circe ató a la nave de Odiseo un carnero y una oveja negra, sin ser vista por nadie, X, 569 a 574; al volver del Hades, Odiseo envió algunos compañeros a la morada de Circe para que le trajeran el cadáver de Elpénor, XII, 8 a 10; Circe acudió a la playa, dió a Odiseo y los suyos carne y vino, preguntó al héroe cuanto le había ocurrido en el Hades y le dijo luego lo que le había de suceder hasta que dejara la isla de Trinacia, XII, 33 a 141; refiere Odiseo a Penelopea los engaños y mañas de Circe, XXIII, 321.

Ep. El poeta pide a Circe, hija del Sol, que eche sus crueles venenos a los alfareros y que les haga perecer a ellos y sus obras, XIV, 15.

CISEIDA (Κισσηΐς): Hija de Ciseo. Nombre patronímico de Teano, *Il.*, VI, 299.

CISEO (Κισσεύς): Rey de Tracia, padre de Teano y abuelo y suegro de Ifidamante, *Ilíada*, VI, 299; XI, 223.

CITERA (Κύθηρα): Isla cercana de la costa de Laconia y ciudad de la misma, muy célebre por su templo de Afrodita, *Il.*, X, 268; XV, 431, 432 y 438.

Od., XI, 81.

CITEREA (Κυθέρεια): De Citera. Epíteto de Afrodita, *Od.*, VIII, 288; XVIII, 193.

Him., V, 6, 175, 287; VI, 18; X, 1.

CITORO (Κύτωρος): Ciudad de Paflagonia, *Il.*, II, 853.

CLAROS (Κλάρος): Ciudad de la Jonia. En la espléndida Claros reina Apolo, *Him.*, III, 40; Ártemis conduce su carro de oro desde Meles a Claros, donde la espera Apolo, IX, 5.

CLEOBULO (Κλεόβουλος): Teucro, muerto por Ayante, *Il.*, XVI, 330.

CLEONAS (Κλεωναί): Población de la Argólide, *Il.*, II, 570.

CLEOPATRA (Κλεοπάτρα): Hija de Marpesa y mujer de Meleagro, *Il.*, IX, 556.

CLÍMENE (Κλυμένη): 1) Doncella de Helena, *Il.*, III, 144.

2) Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 47.

3) Esposa de Filaco y madre de Ificlo. Odiseo ve su sombra en el Hades, *Odisea*, XI, 326.

Biblioteca Nacional de España

CLIMENO (Κλύμενος): Rey de los minios y padre de Euridice, la esposa de Néstor, *Odisea,* III, 452.

CLISÍDICE (Κλεισιδίκη): Una de las cuatro hijas de Celeo, rey de Eleusis, que interrogan a Deméter transfigurada en una vieja, *Himnos,* II, 109.

CLITEMNESTRA (Κλυταιμνήστρη): Hija de Tindaro y de Leda, hermana de Helena y mujer de Agamenón, *Il.,* I, 113.

Od. Fué seducida por Egisto, con quien reinó siete años después del asesinato de Agamenón, y murió a manos de su hijo Orestes, que luego dió a los argivos el banquete fúnebre, III, 263 a 310; mató por su propia mano a Casandra, mientras morían Agamenón y los demás asistentes al banquete, y salió de la sala sin dignarse cerrar los ojos ni la boca de su marido, XI, 410 a 426.

CLÍTIDA (Κλυτίδης): Hijo de Clitio. 1) Nombre patronímico de Dólope, *Il.,* XI, 302.

2) Nombre patronímico de Pireo, *Odisea,* XV, 540.

CLITIO (Κλυτίος): 1) Uno de los ancianos de Troya, hijo de Laomedonte y hermano de Príamo, que se hallaba en la torre cuando Helena subió a la misma, *Il.,* III, 147; fué padre de Calétor, XV, 419 y 427; su genealogía, XX, 238.

2) Itacense, hijo de Alcmeón y padre de Pireo. A su casa transportan los compañeros de Telémaco, al llegar a Ítaca, los regalos que éste había recibido de Menelao, *Od.,* XVI, 327.

CLITO (Κλεῖτος): 1) Troyano, hijo de Pisenor; guía los caballos del carro de Polidamante y muere de un flechazo que le da Teucro, *Il.,* XV, 445 a 453.

2) Hijo de Mantio. Fué arrebatado por la Aurora, a causa de su belleza, *Od.,* XV, 249 a 251.

CLITOMEDES (Κλυτομήδης): Griego, hijo de Énope. Fué un célebre púgil, a quien venció Néstor, *Il.,* XXIII, 634.

CLITONEO (Κλυτόνηος): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo; vence a todos los demás en la carrera, *Od.,* VIII, 119, 123.

CLONIO (Κλόνιος): Hijo de Aléctor. Era uno de los caudillos beocios, *Il.,* II, 495; fué muerto por Agenor, XV, 340.

CLORIS (Χλῶρις): Hija hermosísima de Anfión, esposa de Neleo y madre de Néstor, de Cromio y de Periclímeno, *Od.,* XI, 281 a 286.

CNIDO (Κνίδος): Ciudad de Caria. En ella reina Apolo, *Him.,* III, 43.

CNOSO (Κνωσός): Ciudad de la isla de Creta, *Il.,* II, 646; XVIII, 591.

Od., XIX, 178.

Him. Eran de Cnoso los marineros de la nave a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, III, 393, 475.

COCITO (Κωκυτός): Río del Hades, que desemboca en el Aqueronte, *Od.,* X, 514.

COJO, COJO DE AMBOS PIES (Κυλλοποδίων, Ἀμφιγυήεις): Epítetos de Hefesto que se usan por el nombre propio. El primero se halla en la *Iliada* tres veces: XVIII, 371; XX, 270, y XXI, 331 (este último se ha traducido por estevado). El segundo es más usado: I, 607; XIV, 239; XVIII, 383, 393, 462, 587, 590 y 614.

COLINA HERMOSA (Καλλικολώνη): Cerro o túmulo en los alrededores de Troya, *Iliada,* XX, 53 y 151.

COLOFÓN (Κολοφών): Ciudad jónica de la Lidia. Llegó a Colofón un anciano y divino aedo, *Frag.,* III, 1.

COMECOSTO (Κοστοφάγος): rana. [Según unos versos intercalados, huye de la persecución de Lamehombres, *Batr.,* 218.]

COMEPÁN (Ἀρτοφάγος): ratón. [Según unos versos intercalados, mata a Muchavoz, hiriéndole en el vientre, *Batr.,* 210.]

COÓN (Κόων): Teucro, hijo de Antenor. Da una lanzada a Agamenón y éste le mata, *Il.,* XI, 248 a 261; XIX, 53.

COPAS (Κῶπαι): Población de Beocia, *Il.,* II, 502.

COPREO (Κοπρεύς): Padre de Perifetes. Fué heraldo del rey Euristeo y llevaba los mensajes del mismo al fornido Heracles, *Iliada,* XV, 639.

CÓRICO (Κώρυκος): Promontorio de la Jonia. Apolo reina en las cumbres más altas de Córico, *Him.,* III, 39.

CORINTO (Κόρινθος): Ciudad del Peloponeso, en el istmo de su nombre, llamada Éfira por los héroes del poema, *Il.,* II, 570; XIII, 664 (véase la palabra ÉFIRA).

CORONEA (Κορώνεια): Ciudad de Beocia, *Iliada,* II, 503.

CORONÍS (Κορωνίς): Fué hija del rey Flegias y madre de Apolo, *Him.,* XVI, 2.

CORONO (Κόρωνος): Hijo de Ceneo y padre del caudillo griego Leonteo, *Il.,* II, 746.

Biblioteca Nacional de España

COS (Κῶς y Κόως): Isla del mar Icario y ciudad de la misma, *Il.*, II, 677; XVI, 255; XV, 28.

Him. Ciudad de los méropes en la cual reina Apolo, III, 42.

CRANAE (Κρανάη): Isla donde Paris y Helena celebraron sus bodas, *Il.*, III, 445.

CRÁPATO (Κράπαθος por Κάρπαθος): Isla o grupo de islas entre Creta y Rodas, *Il.*, II, 676.

CRATEIS (Κρατα(ί)ς): Madre de Escila, *Od.*, XII, 124 y 125.

CREONTE (Κρείων): 1) Griego, padre de Licomedes, *Il.*, IX, 84.

2) Rey de Tebas; padre de Megara, *Od.*, XI, 269.

3) El divino Hemón era hijo amado del irreprensible Creonte, *Frag.*, LI, 2.

CREONTÍADA (Κρειοντιάδης): Hijo de Creonte. Nombre patronímico de Licomedes, *Iliada*, XIX, 240.

CRESMO (Κροῖσμος): Troyano, muerto por Meges, *Il.*, XV, 523.

CRETA (Κρήτη y Κρῆται): La mayor de las islas griegas. Había en ella cien ciudades, *Iliada*, II, 649; III, 233; XIII, 453.

Od., III, 191, 291; XI, 323; XIII, 260; XIV, 199, 252, 300, 301; XVI, 62; XVII, 523; XIX, 172, 186, 338.

Him. Deméter, transfigurada en vieja, dijo a las hijas de Celeo que había venido de Creta, II, 123; sobre Creta reina Apolo, III, 30; desde Creta a Pilos navegaban los marineros a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, III, 470.

Batr. Allí el toro (Zeus) llevó la ninfa Europa, 78 y 79.

CRETEO (Κρηθεύς): Hijo de Éolo y esposo de Tiro, de la cual tuvo a Esón, a Feres y a Amitaón, *Od.*, XI, 235 a 259.

CRETÓN (Κρήθων): Griego, hijo de Diocles y nieto del río Alfeo. Fué muerto, junto con su hermano Orsíloco, por Eneas, *Il.*, V, 541 a 560.

CRISA (Κρῖσα): Ciudad de Fócide, junto al Parnaso, en la cual había un templo de Apolo, *Il.*, II, 520.

Him. Telfusa aconsejó a Apolo que construyese su templo en Crisa, debajo de la garganta del Parnaso, III, 269, y el dios lo hizo así, III, 282; la nave de los cretenses, a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, se dirigió a Crisa, III, 431, 438; y allí el dios encendió una llama cuyo resplandor ocupaba toda Crisa, III, 445.

CRISA (Χρύση): Ciudad sita en el litoral de la Tróade y consagrada a Apolo Esminteo; patria del sacerdote Crises, *Il.*, I, 37, 100, 390, 431, 451.

CRISEIDA (Χρυσηΐς): 1) Hija de Crises, cautivada por los griegos y adjudicada como esclava a Agamenón; quien no quiso admitir el rescate que le ofrecía el padre, *Il.*, I, 111 a 113; Agamenón la devuelve a Crises, enviándola a Crisa en una nave mandada por Odiseo para que cese la peste que suscitó Apolo, I, 143, 182 a 184, 310, 369 y 439.

2) Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Himnos*, II, 421.

CRISES (Χρύσης): Príncipe de Crisa y sacerdote de Apolo. Va al campamento aqueo para redimir a su hija, y Agamenón le manda enhoramala; pide a Apolo que le vengue y el dios suscita una maligna peste entre los griegos, *Il.*, I, 9 a 52, 370; Calcante declara que el enojo de Apolo se debe al ultraje que Agamenón infirió al sacerdote, I, 93 a 95; recibe Crises a su hija, que le devuelven los griegos, y ruega a Apolo que haga cesar la peste, I, 440 a 456.

CRISÓTEMIS (Χρυσόθεμις): Hija de Agamenón, *Il.*, IX, 145 y 287.

CROCILEA (Χροκύλεια): Población del reino de Odiseo. Según unos estaba en Ítaca; según otros era una isla, *Il.*, II, 633.

CROMIO (Χρομίος): 1) Uno de los caudillos de las tropas de Néstor, *Il.*, IV, 295.

2) Hijo de Príamo, muerto por Tideo, *Il.*, V, 160.

3) Licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 677.

4) Troyano, muerto por Teucro, *Iliada*, VIII, 275.

5) Caudillo licio, *Il.*, XVII, 218, 494 y 574.

6) Hijo de Neleo y de Cloris, y hermano de Néstor y de Periclímeno, *Od.*, XI, 286.

CROMIS (Χρόμις): Caudillo de los misios, *Iliada*, II, 858.

CROMNA (Κρῶμνα): Ciudad de Paflagonia, *Il.*, II, 855.

CRONIDA (Κρονίδης) Y CRONIÓN (Κρονίων): Hijo de Cronos. Nombre patronímico de Zeus, Posidón, Hades, Hera, Deméter y Hestia; cuando se usa por el nombre propio suele designar a Zeus.

Biblioteca Nacional de España

Cronida: Il., I, 498, 552; II, 111, 375; IV, 5, 25, 166; V, 419, 756; VI, 234; VII, 69; VIII, 31, 141, 414, 462; IX, 18, 172, 236; XI, 53, 289; XIV, 330; XV, 152; XVI, 440, 845; XVII, 593; XVIII, 185, 361, 431; XX, 31, 301, 304; XXI, 508, 750; XXII, 60; XXIV, 98, 143, 241.

Od., I, 45, 81; IX, 552; XIII, 25; XXIV, 473, 539, 544.

Him., II, 21, 27, 408, 414; III, 308; IV, 57, 395; XXIII, 4; XXXII, 2, 14.

Batr. Pregunta a Atenea si auxiliará a los ratones ya que éstos saltan en sus templos, 172 a 177; propone a los dioses que envien a Palas o a Ares para que aparten del combate a Robaparte, 274 a 277; despide un trueno y lanza un rayo, pero no consigue que los ratones dejen de combatir y entonces manda unos cangrejos que cortan las colas, pies y manos de los ratones, éstos se dan a la fuga y termina la batalla, 285 a 303.

Frag., XXI, 1.

Cronión: Il., I, 397, 405, 502, 528, 539; II, 102, 350, 403, 419, 670; III, 302; IV, 249; V, 522, 753, 869, 906; VI, 267; VII, 194, 200, 209, 315, 481; VIII, 175, 210, 470; IX, 511; XI, 27, 78, 336, 406; XIII, 226, 242, 319, 783; XIV, 247; XV, 254; XVI, 662; XVII, 209, 269, 441; XVIII, 118; XIX, 120, 340; XX, 306; XXI, 184, 193, 230; XXIV, 290, 621.

Od., I, 386; III, 88, 119; IV, 207, 699; VIII, 289; X, 21; XI, 620; XII, 399, 405; XIV, 184, 303, 406; XV, 477; XVI, 117, 291; XVII, 424; XVIII, 376; XIX, 80; XX, 236, 273; XXI, 102; XXII, 51; XXIV, 472.

Him., I, 13; II, 91, 316, 396, 468; IV, 6, 214, 230, 312, 323, 367, 575; V, 220; XV, 3; XVII, 4; XVIII, 6; XXXIII, 5.

Batr. Ha dado a las ranas un doble modo de vivir: saltar en la tierra y zambullirse en el agua, 59 y 60; al oir las bravatas de Robaparte, se compadece de las ranas y propone a los dioses que envien a Palas o a Ares para que lo aparten de la batalla, 270 a 276.

Ep., XIII, 6.

Frag., VIII, 5.

CRONOS (Κρόνος, de la rad. κρα, de la cual proceden κραίνω y κρείων = el que lleva a cumplimiento): Dios, padre de Zeus, Posidón, Hades, Hera, Ártemis y Hestía. Sus principales epitetos son: μέγας [grande] y ἀγκυλομήτης [de pensamientos tortuosos, ya porque los hombres no pueden alcanzarlos, ya porque mutiló a su padre y se comió a sus hijos = artero].

Il., II, 205, 319; IV, 59, 75; V, 721; VI, 139; VIII, 383, 415, 479; IX, 37; XII, 450; XIII, 345; XIV, 194, 203, 243, 274, 346; XV, 91, 187, 225; XVI, 431; XVIII, 293; XXI, 216.

Od., XXI, 415.

Him. Polidegmón (Hades) era hijo famoso de Cronos, II, 18, 32; Hera quiere tener un hijo que supere tanto a Zeus como éste supera a Cronos, III, 339; Cronos engendró a Hestia antes que a nadie, V, 22; Cronos engendró a Hera la más gloriosa, V, 42; el poeta saluda a Hestia como hija de Cronos, XXIX, 13.

CRUNOS (Κρουνοί = las Fuentes): Manantial y comarca de la Élide, *Od.*, XV, 295.

Him. La nave de los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes pasó a lo largo de Crunos, III, 425.

CTÉATO (Κτέατος): Hijo de Áctor, o, más propiamente, de Posidón y de Molione, hermano gemelo de Eurito y padre de Anfímaco, caudillo de los epeos, *Il.*, II, 621; XIII, 185.

CTESIO (Κτήσιος): Hijo de Órmeno y padre de Eumeo. Era rey de la isla Siria, *Odisea*, XV, 414.

CTESIPO (Κτήσιππος): Uno de los pretendientes de Penelopea, que tenía su casa en Same y era señor de posesiones inmensas, *Odisea*, XX, 287 a 290. Dice que quiere ofrecer al huésped (Odiseo) un don hospitalario, le tira a la cabeza una pata de buey, y es reprendido por Telémaco, XX, 292 a 308; en la escena de la matanza, logra rasguñar con su pica el hombro de Eumeo, XXII, 279 y 280, y muere herido por Filetio, que se burla de él diciendo que acepte este don hospitalario a cambio de la pata de buey que había dado a Odiseo, XXII, 285 a 291.

CTÍMENE (Κτιμένη): Hija de Laertes y hermana de Odiseo; casáronla en Same, *Odisea*, XV, 362 a 367.

CUERVO (Κόραξ): Nombre de una roca cercana a la fuente de Aretusa, en los alrededores de Ítaca. Dice Atenea a Odiseo que junto a ella hallará a Eumeo con los puercos, *Od.*, XIII, 407 a 410.

Biblioteca Nacional de España

CHILLAFUERTE (Ὑψιβόας): rana. Clava su pica al ratón Lamehombres que cae al suelo con gran estrépito, *Batr.*, 202 a 205.

CHIPRE (Κύπρος): Isla consagrada a Afrodita, *Il.*, XI, 21.

Od., IV, 83; VIII, 362; XVII, 442, 443, 448.

Him. Afrodita, cuando se enamoró de Anquises, se fué a Chipre, a su templo de Pafos, donde se lavó, ungió y vistió espléndidamente, V, 58, 66; el poeta saluda a Afrodita, que reina sobre Chipre, V, 292; a Afrodita se le adjudicaron todas las ciudades de la marítima Chipre, VI, 2; el capitán de los piratas que robaron a Dióniso dice que espera que éste llegará a Chipre, VII, 28; el poeta saluda a Afrodita que impera en Chipre, X, 5.

DÁMASO (Δάμασος): Troyano, muerto por Polipetes, *Il.*, XII, 183.

DAMASTÓRIDA (Δαμαστορίδης): 1) Hijo de Damástor. Nombre patronímico del teucro Tlepólemo, *Il.*, XVI, 416.

2) Nombre patronímico de Agélao, *Odisea*, XX, 321; XXII, 212, 241, 293.

DÁNAE (Δανάη): Hija de Acrisio; la cual, amada por Zeus, fué madre de Perseo, *Iliada*, XIV, 319.

DARDANIA (Δαρδανίη): Región y ciudad de la Tróade, fundada por Dárdano, *Il.*, XX, 216.

Frag. El aedo canta Ilión y la Dardania de hermosos corceles, XVI, 1.

DARDÁNIDA (Δαρδανίδης): Hijo o nieto de Dárdano. Nombre patronímico de:

1) Príamo, *Il.*, III, 303; V, 159; VII, 366; XIII, 376; XXI, 34; XXII, 352; XXIV, 171, 354, 629, 631.

2) Ilo, *Il.*, XI, 166, 372.

3) Anquises. La diosa Afrodita dice a Anquises, llamándole Dardánida, que se levante y vea si es ella semejante a la mujer debajo de cuya forma se le había presentado antes, *Him.*, V, 177.

DÁRDANO (Δάρδανος): 1) Hijo de Zeus, padre de Erictonio y ascendiente de Eneas y de Héctor. Fundó la Dardania, *Il.*, XX, 215 a 220. Fué amado por Zeus con preferencia a los demás hijos que el dios tuvo de mujeres mortales, XX, 304 y 305.

2) Teucro, hijo de Biante, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 460.

DARES (Δάρης): Varón rico, sacerdote de Hefesto, que vivía en Troya y fué padre de Fegeo e Ideo, *Il.*, V, 9, 27.

DÁULIDE (Δαυλίς): Ciudad de Fócide, *Il.*, II, 520.

DÉDALO (Δαίδαλος): Artífice cretense. Concertó en Cnoso una danza en obsequio de Ariadna, *Il.*, XVIII, 592.

DEICOONTE (Δηϊκόων): Caudillo teucro, compañero de Eneas, muerto por Agamenón, *Il.*, V, 534.

DEÍFOBO (Δηΐφοβος): Valeroso hijo de Priamo. Manda, con Heleno y Asio, el tercero de los cinco cuerpos en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla, Iliada*, XII, 94; líbrase de la lanza que le arroja Meriones, XIII, 156 a 164, 258; tira su lanza a Idomeneo, y si bien le yerra, clávase aquélla en el hígado de Hipsenor, XIII, 402 a 416; es provocado por Idomeneo, va en busca de Eneas, mata a Ascálafo, hijo de Ares, recibe una lanzada que le da Meriones en el brazo, y es sacado del combate por su hermano Polites, XIII, 446 a 539; Héctor le busca entre los combatientes y sabe por Paris que se ha retirado del combate por haber sido herido, XIII, 758 a 783; Atenea toma su figura para aconsejar a Héctor que luche con Aquileo, XXII, 227 y 294; es uno de los nueve hijos que le quedan a Príamo después de la muerte de Héctor, y junto con sus hermanos prepara el carro que ha de llevar el rescate, XXIV, 251.

Od. Iba con Helena cuando ésta, andando alrededor del caballo de madera, llamó a los caudillos que estaban dentro, con la fingida voz de sus esposas, IV, 276 a 279; en la toma de Troya, Odiseo y Menelao se encaminaron a la casa de Deífobo, y allí sostuvieron un horrible combate, VIII, 517 a 520.

DEÍOCO (Δηΐοχος): Griego, muerto por Paris, *Il.*, XV, 341.

DEÍPILO (Δηΐπυλος): Griego, compañero de Esténelo, *Il.*, V, 325.

DEÍPIRO (Δηΐπυρος): Caudillo griego. Es uno de los siete jefes encargados de la guardia en la noche de la *Dolonia*, *Il.*, IX, 83; es uno de los caudillos a quienes Posidón exhorta para que peleen valerosamente, XIII, 92; es uno de los capitanes a quienes llama Idomeneo para que le ayuden cuando Eneas le sale al encuentro, XIII, 478; muere herido por la espada de Heleno, XVII, 576.

Biblioteca Nacional de España

DELFINIO (Δελφίνιος): Epiteto de Apolo. Como Apolo saltó, tomando la figura de un delfín, a la nave de los cretenses a quienes hizo sacerdotes suyos, mandó que le invocaran a él llamándole delfinio y que igual nombre dieran a su altar, *Him.*, III, 495, 496.

DELFOS (Δελφοί): Ártemis, después de cazar, se va a Delfos y dirige el coro de las Musas y de las Gracias, *Him.*, XXVII, 14.

DELOS (Δῆλος): Isla en que nació Apolo. Junto al altar de Apolo vió Odiseo un admirable retoño de palmera (con el cual compara a Nausícaa), cuando llegó a aquella isla en su ida a Troya, *Od.*, VI, 162 a 165.

Him. En ella nació Apolo, III, 16, 27; ninguna tierra se prestaba a que Leto diera a luz a Apolo, hasta que la diosa lo pidió a Delos, III, 49, 51, y ésta accedió después de hacerle jurar que allí habría el gran templo de Apolo, III, 61, 90; acudió allí Ilitia, III, 115, nació Apolo, y Delos apareció cargada de oro, III, 135; es en Delos donde más se regocija el corazón de Apolo, III, 146; en Delos reina Apolo con gran poder, III, 181.

DEMÉTER (Δημήτηρ, que procede, según unos, de Δη-μήτηρ por Γη-μήτηρ, la madre tierra; y, según otros, de Δηω-μήτηρ por Δημω-μήτηρ o Δημο-μήτηρ, la madre del pueblo o del país). Sus principales epítetos son: ξανθή [rubia, seguramente por el color de las mieses en sazón]; ἀγλαόδωρος [de espléndidos dones]; ἀγλαόκαρπος [de espléndidos frutos]; αἰδοίη [veneranda]; ἄνασσα [reina]; εὐπλόκαμος [de hermosas trenzas]; ἠύκομος [de hermosa cabellera]; καλλιστέφανος [de bella corona]; καλλίσφυρος [de hermosos tobillos]; κυανόπεπλος [de cerúleo peplo]; σεμνή [venerable, augusta]; τιμάοχος [honrada]; χρυσάορος [de áurea hoz]; ὠρηφόρος [que trae los frutos a su tiempo]. Diosa, hija de Cronos y de Rea.

Il. En Píraso había un bosque que le estaba consagrado, II, 696; preside el abaleo, V, 500; fué amada por Zeus, XIV, 326; dice Homero que los mortales comen los frutos de Deméter, por ser ésta la diosa de la agricultura, XII, 322; XXI, 76.

Od. Cediendo a su amor por Yasión, ayuntóse con él en un campo noval; y Zeus mató al héroe con el ardiente rayo, V, 125 a 128.

Him. (Véase DEO, DOSO.) El poeta comienza a cantar a Deméter y a su hija Persefonea que le fué robada a hurto suyo, II, 1, 4; durante nueve días buscó Deméter a su hija hasta que, guiada por Hécate, supo por el Sol que el raptor había sido Hades, II, 54, 75; enojada, se transfiguró en vieja y entró a servir en casa de Celeo y Metanira, II, 192, para criar a su hijo Demofoonte, II, 224, 236, a quien de noche metía en el fuego para hacerlo inmortal; pero lo vió Metanira, y la diosa, indignada, se dió a conocer y mandó que le edificaran un templo, II, 250, 268; el rey Celeo, al saberlo, mandó al pueblo erigir un templo y un rico altar a Deméter, II, 295, 297, y en él se encerró la diosa, la cual privó de fertilidad a la tierra, II, 302, 307; para que no perecieran los hombres y se quedaran sin ofrendas los dioses, Zeus le envió como mensajera a Iris, II, 315, 319, 321, y luego a los demás dioses, y por fin mandó al Argifontes que sacara del Érebo a Persefonea; Aidoneo mandó a Persefonea que comiese un grano de granada para que no se quedase siempre al lado de Deméter, II, 374; Hermes paró el carro en que llevaba a Persefonea delante del templo de Deméter, II, 384; madre e hija se abrazaron, Hécate abrazó a la hija de Deméter, II, 439; Rea descendió a Rario, cuando se hallaba sin hojas y ocultaba la blanca cebada por decisión de Deméter, II, 453, le dijo a Deméter que fuera al Olimpo y devolviera la fecundidad a la tierra, y Deméter obedeció, II, 470; el poeta comienza a cantar a Deméter y a Persefonea, XIII, 1. Están dedicados a esta diosa los himnos II y XIII.

Frag. Los robustos jóvenes desmiembran a Deméter, XLIV, 1.

DEMO (Δημώ): Una de las cuatro hijas de Celeo, que iban por agua al pozo Partenio, *Him.*, II, 109.

DEMOCOONTE (Δημοκόων): Teucro, hijo bastardo de Príamo, muerto por Odiseo, *Ilíada*, IV, 499.

DEMÓDOCO (Δημόδοκος): Aedo ciego que vivía en la ciudad de los feacios. Manda Alcínoo que vayan por él para que cante durante el festín, *Od.*, VIII, 43 a 45; comparece guiado por un heraldo, come, y canta luego la disputa de Odiseo y Aquileo en presencia de Agamenón, VIII, 62 a 82; encamínase, guiado por el heraldo, al ágora donde han de celebrarse los juegos, VIII,

Biblioteca Nacional de España

106 a 108; tráenle la cítara por orden de Alcínoo, para que los mancebos bailen, y canta los amores de Ares y Afrodita, cómo se ayuntaron, cómo Hefesto los aprisionó en sus lazos y cómo los soltó mediante la caución prestada por Posidón en favor de Ares, VIII, 255 a 366; comparece, guiado por el heraldo, en la cena que se celebra el mismo día; es obsequiado por Odiseo y, a petición de éste, canta la fingida retirada de los griegos, la introducción del caballo de madera en la ciudad y la destrucción de Troya, VIII, 471 a 520; cesa de cantar porque teme Alcínoo que lo que relata no agrade al huésped, al ver como éste derrama lágrimas, VIII, 537; canta nuevamente en el banquete que dan los feacios a Odiseo, antes que éste parta a Itaca, XIII, 27 y 28.

DEMOFOONTE (Δημοφόων): Hijo de Celeo y Metanira. Criábalo Deméter, transfigurada en vieja, frotándolo con ambrosía y ocultándolo por la noche en el fuego para hacerlo inmortal, *Him.*, II, 234; pero su madre se lamentó de ello y la diosa lo apartó de sí y lo dejó en el suelo, II, 248.

DEMOLEONTE (Δημολέων): Teucro, hijo de Antenor, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 395.

DEMOPTÓLEMO (Δημοπτόλεμος): Uno de los pretendientes de Penelopea. Concita a los demás pretendientes en su lucha con Odiseo, *Od.*, XXII, 242; y muere, herido por la lanza de este héroe, XXII, 266.

DEMUCO (Δημούχος): Teucro, hijo de Filétor, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 457.

DEO (Δηώ): Uno de los nombres de Deméter (véase esta palabra). Va errante nueve días por la tierra en busca de Persefonea, *Himnos*, II, 47; acepta la bebida formada con harina, agua y poleo tierno que le da Metanira, II, 211; nos hace espléndidos dones y nos trae los frutos a su tiempo, II, 492.

DÉTOR (Δαίτωρ): Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 275.

DEUCÁLIDA (Δευκαλίδης): Hijo de Deucalión. Nombre patronímico de Idomeneo, *Iliada*, XII, 117; XIII, 307; XVII, 608.

DEUCALIÓN (Δευκαλίων): 1) Nieto de Zeus, hijo de Minos y padre de Idomeneo, *Il.*, XIII, 451 y 452.

Od. Cuando Odiseo habla con su esposa, antes de darse a conocer, dice fingidamente que es Etón, hijo de Deucalión y hermano de Idomeneo, XIX, 178 a 184.

2) Teucro, muerto por Aquileo, *Iliada*, XX, 478.

DEXÁMENE (Δεξαμένη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 44.

DEXÍADA (Δεξιάδης): Hijo de Dexio. Nombre patronímico de Ifínoo, *Il.*, VII, 15.

DEYOPITES (Δηϊοπίτης): Teucro, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 420.

DÍA (Δία): Isla que luego se llamó Naxos y estaba consagrada a Baco. En ella mató Ártemis a Ariadna, cuando Teseo se la llevaba a Atenas, *Od.*, XI, 321 a 325.

DIMA (Δύμη): Ciudad de la Acaya. A lo largo de ella pasó la nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos, *Him.*, III, 425.

DIMANTE (Δύμας): 1) Príncipe frigio, padre de Asio y de Hécabe, *Il.*, XVI, 718.

2) Célebre marino feacio. Atenea toma el aspecto de la hija del mismo, para hablarle en sueños a Nausicaa, *Od.*, VI, 22.

DINÁMENE (Δυναμένη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 43.

DÍO (Δῖος): Hijo de Príamo, *Il.*, XXIV, 251.

DÍO (Δῖον): Población de la isla de Eubea, *Il.*, II, 538.

DIOCLES (Διοκλῆς): 1) Rey de Feras, hijo de Ortíloco, descendiente del Alfeo, y padre de Cretón y Orsíloco que murieron a manos de Eneas, *Il.*, V, 541 a 560.

Od. En su casa reciben hospitalidad y pasan la noche Telémaco y Pisístrato al ir a Esparta y al volver de ella, III, 488 a 490; XV, 186 a 188.

2) Uno de los varones que en Eleusis ejercían el mando supremo con el rey Celeo. Deméter le enseñó, como a los demás reyes, el ministerio de las cosas sagradas y los venerandos misterios, *Him.*, II, 474, 477. Parece ser el mismo a quien se llama Dioclo en el verso 153.

DIOCLO (Δίοκλος): Uno de los varones que en Eleusis ejercían el supremo mando con el rey Celeo, *Him.*, II, 153. Parece ser el mismo a quien se llama Diocles en los versos 474 y 477.

DIOMEDA (Διομήδη): Hija de Forbante, príncipe de Lesbos, y concubina de Aquileo, *Il.*, IX, 665.

DIOMEDES (Διομήδης): Rey de Argos, hijo de Tideo y nieto de Eneo; llevó sus tropas a Troya en ochenta naves, *Il.*, II, 559 a 568; Agamenón le reprende porque no se apresura a ir al combate, IV, 365 a 401; incre-

Biblioteca Nacional de España

pa a Esténelo porque replica a Agamenón, IV, 411 a 421; alentado por Atenea, pelea valerosamente: mata a Fegeo, es herido por Pándaro, mata a Astinoo, Hipirón, Abante, Poliido, Janto, Toón, Equemón y Cromio; lucha con Eneas y Pándaro y mata a este último; hiere a Afrodita; retrocede ante Apolo, enardece a los guerreros, mata a Anfio, y ayudado por Atenea, hiere a Ares, V, 1 a 26, 84 a 351, 376, 432 a 444, 456, 596, 610 a 626, 793 a 863; mata a Axilo, VI, 12 a 19; las mujeres troyanas piden a Atenea, por consejo de Heleno y de Héctor, que rompa la lanza de Diomedes, VI, 96, 277 y 306; va a luchar con Glauco, pero refieren ambos su genealogía, resultan ser huéspedes y truecan la armadura, VI, 119 a 236; salva a Néstor en el combate y por consejo del mismo emprende la retirada, VIII, 91 a 171; vuelve a combatir y mata a Agelao, VIII, 253 a 261; increpa a Agamenón porque propone la fuga y es alabado por Néstor, IX, 31 a 56; habla a los reyes, después de la negativa de Aquileo a pelear, exhortándoles a combatir, IX, 697 a 710; va de noche, en compañía de Odiseo, al campamento troyano, mata a Dolón y luego a Reso y a doce tracios; ambos caudillos llévanse dos caballos y vuelven a las naves aqueas, X, 150, 219, 227, 249, 255, 272 a 298, 340 a 579; junto con Odiseo pelea denodadamente y evita que los aqueos se den a la fuga, matando a unos teucros e hiriendo a otros, hasta que es herido por Paris y tiene que retirarse del combate, XI, 310 a 400; aconseja, aunque está herido, que todos vuelvan a la batalla, XIV, 109 a 132; en los juegos fúnebres de Patroclo: a) toma parte en la carrera de carros y gana el primer premio, XXIII, 290, 377 a 400, 472, 499 a 513; b) anima a Eurialo para que dispute el premio del pugilato, XXIII, 681; c) lucha, armado, con Ayante, XXIII, 811 a 825.

Od. Al cuarto día de haber partido de Troya, llegó a Argos con todas sus naves, III, 167 a 182.

DIONE (Διώνη): Diosa, madre de Afrodita. Consuela a su hija cuando ésta, herida por Diomedes, vuelve al Olimpo, *Il.*, V, 370 a 416.

Him. Una de las diosas que se hallaban en la isla de Delos cuando Leto iba a dar a luz a Apolo, III, 93.

DIÓNISO (Διόνυσος, Διώνυσος y Διώνυσσος, de Δι-ός y Νῦσα, según los antiguos; quizás de la raíz Νυ, fluir, manar, correspondiente a la sánscrita *snu*). Dios, hijo de Zeus y de Semele, conocido también con el nombre de Baco. Sus principales epítetos son: Βάκχειος [Baquio]; Εἰραφιώτης [Irafiota]; ἐρίβρομος [bullicioso]; μαινόμενος [agitado por el delirio báquico]; κισσοκόμης [coronado de hiedra]; πολυστάφυλος [de muchos racimos]; Σεμέλης ἐρικυδέος υἱός [hijo de la gloriosa Semele]; y χάρμα βροτοῖσι [alegría de los mortales].

Il., XIV, 325; perseguido por Licurgo, se arrojó, espantado, al mar y Tetis lo recibió en su regazo, VI, 135 a 137.

Od. Por su acusación mató Ártemis a Ariadna en la isla de Día, XI, 324 y 325; había dado a Tetis el ánfora, obra de Hefesto, en que se guardaron las cenizas de Aquileo y de Patroclo, XXIV, 74 a 77.

Him. El poeta saluda a Dióniso Irafiota, a quien celebra y de cuya patria habla, I, 20; cuenta su rapto por unos piratas, los prodigios que hizo en la nave en que se lo llevaban y cómo convirtió a los marineros en delfines e hizo feliz al piloto a quien se dió a conocer, VII, 1, 56; Dióniso fué hijo de Zeus y de Semele y lo criaron las ninfas en una perfumada cueva, XXVI, 1, 11. A este dios están dedicados los himnos I, VII y XXVI.

DIORES (Διώρης): 1) Hijo de Amarinceo, caudillo de los epeos, *Il.*, II, 622; es muerto por Piroo, IV, 517.

2) Padre de Automedonte, *Il.*, XVII, 429, 474.

DIOSCUROS (Διὸς κοῦροι = hijos de Zeus): Son Cástor y Polideuces, descendientes de Tindaro e hijos de Leda y de Zeus. Nacieron al pie del Taigeto, e invocados por los marineros en las tempestades, acuden volando a través del éter, y en seguida calman los vientos y allanan las olas, *Himnos*, XVII, 1 a 5; XXIII, 1 a 9. Están dedicados a los Dioscuros los himnos XVII y XXXIII.

DISCORDIA ("Ερις): Diosa, hermana y compañera de Ares. Incita al combate a los dánaos y a los teucros, *Il.*, IV, 440; promueve, junto con Apolo y Ares, una gran refriega, V, 518; enviada por Zeus, preséntase en las naves aqueas con la señal del combate en la mano, XI, 3; gózase en contemplar la batalla, XI, 73; figura en el combate grabado por Hefesto en el escudo

Biblioteca Nacional de España

de Aquileo, XVIII, 535; levántase cuando las deidades toman parte en la lucha, XX, 48.

DISENOR (Δεισήνωρ): Caudillo licio, *Il.*, XVII, 217.

DMÉTOR (Δμήτωρ): Nombre fingido por Odiseo de un rey de Chipre, al cual habrían mandado los egipcios el héroe, según la relación que hace éste de sus aventuras a Antínoo, *Od.*, XVII, 442 y 443.

DODONA (Δωδώνη): Ciudad de Tesprocia, célebre por su oráculo de Zeus, *Il.*, XVI, 234.

Od. En los fingidos relatos que de sus aventuras hace Odiseo a Eumeo y a Penelopea antes de darse a conocer, cuenta que Fidón, rey de los tesprotos, le había dicho que Odiseo estaba en Dodona para consultar la voluntad de Zeus acerca de si debía volver a su patria manifiesta o encubiertamente, XIV, 327 a 330; XIX, 296 a 299.

DODONEO (Δωδωναῖος): Epíteto de Zeus, por el oráculo que este dios tenía en Dodona, *Il.*, XVI, 233.

DÓLICO (Δόλιχος): Uno de los varones que en Eleusis ejercían el supremo mando con el rey Celeo, *Him.*, II, 155.

DOLIO (Δολίος): 1) Esclavo de Penelopea, encargado del cultivo del huerto. Manda Penelopea que llamen a Dolio para que refiera a Laertes la trama de los pretendientes contra Telémaco, *Od.*, IV, 735 a 741; Odiseo no halla a Dolio en el huerto porque había salido, junto con sus hijos, a coger espinos para un seto, XXIV, 222 a 225; cuando Odiseo y los suyos están comiendo en casa de Laertes, llega Dolio con sus hijos, saludan a aquél y se sientan a la mesa, después de preguntar Dolio si Penelopea está enterada del regreso de su esposo, XXIV, 384 a 411; sale de la casa uno de los hijos de Dolio para observar si los itacenses van a acometerlos con motivo de la matanza de los pretendientes; y, al ver que los enemigos están cerca, ármanse Dolio y sus seis hijos a fin de pelear al lado de Odiseo y los suyos, XXIV, 492 a 499.

2) Padre de Melantio y de Melanto, pastor y criada de Penelopea respectivamente, *Od.*, XVII, 212; XVIII, 321 a 323; XXII, 159.

DOLÓN (Δόλων): Teucro, hijo de Eumedes. Ofrecióse a ir de espía al campamento griego, sorprendiéronlo en el camino Odiseo y Diomedes que después de hacerle preguntas lo mataron, y sus despojos fueron colgados por Odiseo en la popa de su nave hasta que ofreciera un sacrificio a Atenea, *Il.*, X, 314 a 464, 570 y 571.

DÓLOPE (Δόλοψ): 1) Caudillo dánao, hijo de Clitio, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 302.

2) Teucro, hijo de Lampo, muerto por Menelao, *Il.*, XV, 525 y 555.

DOLOPIÓN (Δολοπίων): Teucro, padre de Hipsenor, *Il.*, V, 77.

DORICLO (Δόρυκλος): Hijo bastardo de Príamo, muerto por Ayante, *Il.*, XI, 489.

DORIO (Δώριον): Ciudad del reino de Néstor, donde las Musas cegaron a Tamiris el tracio, *Il.*, II, 594.

DORIS (Δωρίς): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 45.

DOSO (Δωσώ): Nombre fingido que se atribuye Deméter cuando, transfigurada en vieja, se presenta a las hijas del rey Celeo, *Himnos*, II, 122.

DOTIO (Δώτιον): Ciudad y llanura de Tesalia. Allí nació Asclepio, *Him.*, XVI, 3.

DOTO (Δωτώ): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 43.

DRÁCANO (Δράκανος): Ciudad y promontorio de la isla Icaria. Allí nació Dióniso, según algunos, *Him.*, I, 1.

DRACIO (Δρακίος): Caudillo de los epeos, junto con Meges y Anfión, *Il.*, XIII, 692.

DRESO (Δρῆσος): Teucro, muerto por Eurialo, *Il.*, VI, 20.

DRIANTE (Δρύας): 1) Caudillo lapita, *Il.*, I, 263.

2) Padre de Licurgo, *Il.*, VI, 130.

DRÍOPE (Δρύοψ): 1) Teucro, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 455.

2) Padre de la ninfa que se unió con Hermes y luego dió a luz a Pan, *Himnos*, XIX, 34.

DULIQUIO (Δουλίχιον de δολιχός, ή, όν, largo = tierra larga). Una de las islas Equinades. Parte del reino de Odiseo, *Il.*, II, 625 y 629.

Od. Todos los próceres de esta isla pretenden a Penelopea, I, 245 a 248; XVI, 122 a 125; está cerca de Itaca, IX, 22 a 24; a ella finge Odiseo que le envió el rey de los tesprotos, en las conversaciones que, antes de darse a conocer, tiene con Eumeo y con Penelopea, y dice que a ella quiere ir, XIV, 335, 397; XIX, 292; de ella proceden veintidós pretendientes de Penelo-

Biblioteca Nacional de España

pea, XVI, 247 y 248; de ella es natural Anfinomo, el pretendiente más grato a Penelopea, XVI, 396.

Him. Aparece debajo de las nubes a los cretenses que viajaban en la nave que guiaba Apolo y a quienes el dios hizo sus sacerdotes, III, 429.

EÁCIDA (Αἰακίδης): Descendiente de Éaco. Nombre patronímico:

a) de Peleo, su hijo, *Il.*, XVI, 15; XVIII, 433; XXI, 189;

b) de Aquileo, su nieto, *Il.*, II, 860 y 874; IX, 184 y 191; X, 402; XVI, 134, 140, 165, 854 y 865; XVII, 76, 271 y 388; XVIII, 221 y 222; XXI, 178.

Od., XI, 471, 538.

ÉACO (Αἰακός): Hijo de Zeus, padre de Peleo y abuelo de Aquileo; fué rey de Egina, *Il.*, XXI, 189.

ECALIA (Οἰχαλίη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 596, 730.

EDIPO (Οἰδιπόδης, de οἰδάνειν, hinchar, y πούς, pie=de pies hinchados): Rey de Tebas, hijo de Layo y de Epicasta o Yocasta. En los juegos fúnebres que se celebraron a su muerte, Eurialo venció a todos los contendientes cadmeos, *Il.*, XXIII, 679.

Od. Mató a su padre y se casó con su madre, sin conocerlos; cuando los dioses descubrieron lo que había ocurrido, Epicasta se ahorcó y Edipo siguió reinando sobre los cadmeos, XI, 271 a 280.

Frag. Polinice puso delante de Edipo una mesa de plata y luego llenó de dulce vino la copa de oro, LIII, 2.

EEA (Αἰαίη): de Ea. Epiteto de Circe, *Odisea*, IX, 32; XII, 268 y 273; y de su isla, X, 153; XI, 70; XII, 3.

EETES (Αἰήτης): Rey de la Cólquide, hijo del Sol y hermano de Circe, *Od.*, X, 137; XII, 70.

EETIÓN (Ἠετίων): 1) Padre de Andrómaca, rey de Tebas (de Cilicia). Fué muerto por Aquileo en la toma de la ciudad, *Il.*, I, 366; VI, 395, 396 y 416; VIII, 187; IX, 188; XVI, 153; XVII, 575 y 590; XXI, 43; XXII, 472 y 480; XXIII, 827.

2) Imbrio, hijo de Jasón; rescató de Aquileo a Licaón, hijo de Príamo, y lo envió a Arisbe, *Il.*, XXI, 43.

3) Teucro, padre de Podes, *Il.*, XVII, 575 y 590.

EFIALTES (Ἐφιάλτης): Hijo de Ifimedia y de Aloeo o de Posidón; tuvo, con su hermano Oto, encadenado a Ares durante trece meses, *Il.*, V, 385.

Od. Él y su hermano Oto fueron los hombres más altos de su tiempo, si se exceptúa a Orión; amenazaron a los dioses; y quisieron poner encima del Olimpo el Osa y arriba el Pelión para escalar el cielo, y lo hubieran conseguido si Zeus no les hubiese dado muerte, XI, 305 a 320.

ÉFIRA (Ἐφύρα): 1) Ciudad de Élide, junto al río Seleente, *Il.*, II, 659; XV, 531.

2) Nombre antiguo de Corinto, *Il.*, VI, 152. (Véase la palabra CORINTO.)

3) Ciudad de Tesprocia, *Od.*, I, 259; II, 328.

EGAS (Αἰγαί): Ciudad de Acaya, donde se daba culto a Posidón, *Il.*, VIII, 203; este dios tenía allí un palacio en la profundidad del mar, XIII, 21.

Od. Allí tiene Posidón una ínclita morada, V, 381.

Him. En ella reina Apolo, III, 32; la posee Posidón, XXII, 3.

EGEÓN (Αἰγαίων): Centímano, hijo de la Tierra y del Ponto, nombrado por los dioses Briareo. Tetis le llamó al Olimpo para defender a Zeus, cuando quisieron atar a este dios Hera, Posidón, Atenea y otras deidades, *Il.*, I, 404.

EGIALEA (Αἰγιάλεια): Hija de Adrasto y esposa de Diomedes, *Il.*, V, 412.

EGÍALO (Αἰγιαλός): 1) La costa desde Sición hasta la Élide, *Il.*, II, 575.

2) Ciudad de Paflagonia, *Il.*, II, 855.

EGIDA (Αἰγείδης): Hijo de Egeo. Nombre patronímico de Teseo, *Il.*, I, 265.

EGÍLIPE (Αἰγίλιψ): Población de Itaca, o isla cercana al Epiro, *Il.*, II, 633.

EGINA (Αἴγινα): Isla del golfo Sarónico, *Iliada*, II, 562.

Him. Sobre ella reina Apolo, III, 31.

EGIO (Αἴγιον): Ciudad de Acaya, *Il.*, II, 574.

EGIPTIO (Αἰγύπτιος): Anciano de Ítaca, padre de Ántifo, de Eurínomo y de otros dos hijos. Arenga a los itacenses, pregunta quién ha convocado el ágora y hace votos para que, quienquiera que sea, consiga su objeto, lo cual toma Telémaco por un favorable presagio, *Od.*, II, 15 a 35.

EGIPTO (Αἴγυπτος): 1) País de África. Produce muchas drogas, unas saludables y otras nocivas; y sus habitantes son médicos ilustres porque descienden de Peón, *Od.*, IV,

Biblioteca Nacional de España

229 a 232; Antínoo amenaza a Odiseo, que está transformado en un mendigo, con mandarlo a Egipto, XVII, 448; una de las más ricas ciudades de Egipto era Tebas, IV, 127.

Him. El capitán de los piratas que han robado a Dióniso dice que espera que éste llegará a Egipto o a otras partes y les dará a conocer sus amigos, sus bienes o sus hermanos, VII, 28.

2) El río Nilo, *Od.*, III, 300; IV, 351, 355, 477, 483, 581; XIV, 246, 257, 258, 275; XVII, 426 y 427.

Him. Está cercano a la montaña Nisa, I, 9.

EGISTO (Αἴγισθος): Hijo de Tiestes. Sedujo a Clitemnestra y, al volver Agamenón, lo mató traidoramente en un banquete con todos los comensales; reinó luego siete años en Micenas y fué muerto por Orestes, hijo de Agamenón, *Od.*, I, 29 a 47, 298 a 300; III, 193 a 198, 234 y 235, 249 a 275, 303 a 310; IV, 517 a 537; XI, 387 a 434; XXIV, 22, 95 a 97.

ÉLASO (Ἔλασος): Teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 696.

ELATIÓNIDA (Ἐλατιονίδης): Hijo o descendiente de Elatión. Nombre patronímico de Isquis. Apolo fué a pretender la doncella Azántide con el deiforme Isquis Elatiónida, *Himnos*, III, 210.

ÉLATO (Ἔλατος): 1) Teucro, muerto por Agamenón, *Il.*, VI, 33.

2) Uno de los pretendientes de Penelopea. Fué muerto por la lanza que le arrojó el porquerizo, *Od.*, XXII, 267.

ELATREO (Ἐλατρεύς): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 111; descuella sobre todos los demás en tirar el disco, VIII, 129.

ELECTRA (Ἠλέκτρη): Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea al ser raptada, *Him.*, II, 418.

ELEFENOR (Ἐλεφήνωρ): Hijo de Calcodonte, caudillo de los abantes, *Il.*, II, 540; fué muerto por Agenor, IV, 463.

ELEÓN (Ἐλεών): Población de Beocia, *Iliada*, II, 500; X, 266.

ELEUSÍNIDA (Ἐλευσινίδης): Hijo de Eleusis. Nombre patronímico de Celeo, *Him.*, II, 105.

ELEUSIS (Ἐλευσίς): Ciudad y demo del Ática en que se daba culto a Deméter y se representaban sus célebres misterios. Celeo era rey de Eleusis cuando fué a dicha ciudad la diosa Deméter, transfigurada en vieja, *Him.*, II, 97; Iris fué a Eleusis, a llamar a Deméter en nombre de Zeus, II, 318; Deméter se había encerrado dentro del templo e imperaba sobre la ciudad de Eleusis, II, 356; el poeta invoca a Deméter que posee el pueblo de la perfumada Eleusis, II, 490.

ÉLIDE (Ἦλις): Región del Peloponeso, *Iliada*, II, 615, 626; XI, 673, 686 y 698.

Od., IV, 635; XIII, 275; XV, 298; XXI, 347; XXIV, 431.

ELONE (Ἠλώνη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 739.

ELPÉNOR (Ἐλπήνωρ): Fué uno de los compañeros de Odiseo. En el último día que pasaron Odiseo y los suyos en el palacio de Circe, Elpénor, que se había acostado en la azotea después de beber mucho, cayó desde el techo y se mató, *Od.*, X, 552 a 560; cuando Odiseo llegó al Hades, apareciósele el alma de Elpénor y le pidió que quemase su cadáver y le erigiese un túmulo, XI, 51 a 78, lo que el héroe hizo puntualmente al volver a la isla de Circe, XII, 8 a 15.

EMATIA (Ἡμαθίη): Comarca de Macedonia, *Il.*, XIV, 226.

ENCELADONTE (Ἐγκελάδων): Ares aconseja a Zeus que use, para socorrer a las ranas, el arma con que hizo perecer al gran Enceladonte, *Batr.*, 280 a 283.

ENEAS (Αἰνείας): Héroe teucro, hijo de Anquises y de la diosa Afrodita. Mandaba a los dardanios, junto con Arquéloco y Acamante, *Il.*, II, 819 a 823; XII, 99; busca a Pándaro y le hace subir en su carro para combatir contra Diomedes, V, 166, 217 a 238, 246, 263, 272; muere Pándaro y Eneas defiende su cadáver hasta que cae herido por una piedra que le tira Diomedes, el cual se apodera luego de los caballos; y es salvado por Afrodita y Apolo, V, 297 a 346; es acometido nuevamente por Diomedes y llevado por Apolo a Pérgamo, donde le curan Leto y Ártemis, mientras teucros y aqueos combaten alrededor de un simulacro forjado por el dios, V, 431 a 453; es sacado del templo por Apolo, que lo lleva nuevamente a la batalla, V, 512 a 514; mata a Cretón y a Orsíloco y retrocede ante Antíloco, V, 541 a 570; Diomedes

Biblioteca Nacional de España

es llevado por los caballos que quitó a Eneas, VIII, 108; XXIII, 292; Eneas y otros jefes hacen formar a los troyanos, XI, 58; llamado por Deífobo, combate en defensa del cadáver de Alcátoo y mata a Afareo, XIII, 459 a 542; mata a Medonte y a Yaso, XV, 332; es exhortado por Glauco para que pelee por el cadáver de Sarpedón, XVI, 536; arroja su lanza a Meriones, sin que consiga herirle, XVI, 608 a 625; incitado por Apolo, arremete a los griegos y mata a Leócrito, XVII, 323 a 345; a ruegos de Héctor, acomete con éste a Automedonte, pero ambos retroceden ante los Ayantes, XVII, 484 a 534; incitado por Apolo, combate con Aquileo después de darle noticia de su genealogía, y Posidón lo salva arrebatándole del campo, XX, 79 a 124, 160 a 339.

Him. Dice Afrodita a Anquises que de ella tendrá un hijo llamado Eneas por el terrible dolor (αἰνὸν ἄχος) que se apoderó de ella al verse en la cama de un mortal, V, 198.

Frag. El hijo de Aquileo hizo entrar en sus naves a Eneas para llevárselo como la mejor de las recompensas, XXV, 10.

ENEO (Οἰνεύς): Hijo de Porteo, rey de Calidón y padre de Meleagro y de Tideo, muerto antes de la guerra de Troya, *Il.*, II, 641. Hospedó en su casa a Belerofonte, VI, 216 y 219; no ofreció a Ártemis los sacrificios de la siega y la diosa hizo aparecer un jabalí que causó mucho daño y originó la guerra de los curetes y los etolos, IX, 534 a 549, 581; su nieto aparécese en sueños a Reso poco antes de morir este rey, X, 497; su genealogía, referida por Diomedes, XIV, 115 y 117.

ENIALIO (Ἐνυάλιος): Belicoso. Epíteto de Ares, *Il.*, II, 651; VII, 166; VIII, 264; XIII, 519; XVII, 259; XVIII, 309; XX, 69; XXII, 132.

ENIDA (Οἰνείδης): Hijo de Eneo. Nombre patronímico de Tideo, *Il.*, V, 813; X, 497.

ENIEO (Ἐνυεύς): Rey de Esciro, ciudad conquistada por Aquileo, *Il.*, IX, 668.

ENIO (Αἴνιος): Peonio, muerto por Aquileo a orillas del Escamandro, *Il.*, XXI, 210.

ENÍO (Ἐνυώ): Diosa de la guerra, llamada *Bellona* por los latinos, *Il.*, V, 333 y 592.

ENIOPEO (Ἡνιοπεύς): Teucro, hijo de Tebeo, auriga de Héctor, *Il.*, VIII, 120.

ENIPEO (Ἐνιπεύς): Río de Tesalia. Tiro se enamoró de él, y Posidón tomó su figura para unirse con aquélla, que luego parió a Pelias y a Neleo, *Od.*, XI, 235 a 257.

ENISPE (Ἐνίσπη): Población de Arcadia, *Iliada*, II, 606.

ENO (Αἶνος): Ciudad de Tracia, aliada de los troyanos, *Il.*, IV, 520.

ENOMAO (Οἰνόμαος): 1) Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 706.

2) Caudillo teucro, *Il.*, XII, 140, muerto por Idomeneo, XIII, 506.

ÉNOMO (Ἔννομος): 1) Teucro, caudillo de los misios y augur, *Il.*, II, 858. Es uno de los capitanes a quienes exhorta Héctor, después de haber vestido las armas de Aquileo, XVII, 218; fué muerto por Aquileo.

2) Teucro, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 422.

ÉNOPE (Ἐνόπη): Ciudad de Mesenia, *Il.*, IX, 150 y 292.

ÉNOPE (Ἤνοψ): 1) Teucro, padre de Satnio, que tuvo de una náyade, *Il.*, XIV, 445.

2) Griego, padre del púgil Clitomedes, *Il.*, XXIII, 634.

ÉNOPE (Οἴνωψ): Padre del arúspice Leodes, que era uno de los pretendientes de Penelopea, *Od.*, XXI, 144.

ENÓPIDA (Ἠνοπίδης): Hijo de Énope (Ἤνοψ). Nombre patronímico de Satnio, *Il.*, XIV, 444.

ENÓPIDA (Οἰνοπίδης): Hijo de Énope (Οἴνοψ). Nombre patronímico de Héleno, *Il.*, V, 707.

EOLIA (Αἰολίη): Isla donde vivía Éolo, rey de los vientos, *Od.*, X, 1 y 55.

EÓLIDA (Αἰολίδης): 1) Hijo de Éolo. Nombre patronímico de Sísifo, *Il.*, VI, 154.

2) Nombre patronímico de Creteo, el esposo de Tiro, *Od.*, XI, 237.

EOLIÓN (Αἰολίων): Hijo de Éolo. Nombre patronímico de Mácar, *Him.*, III, 37.

ÉOLO (Αἴολος, de la raíz *va* = soplar): 1) Hijo de Hel-len, padre de Sísifo, *Il.*, VI, 154.

2) Padre de Creteo, *Od.*, XI, 237.

3) Hijo de Hipotes. Moraba en la isla Eolia, *Od.*, X, 1, 2, 57; tenía seis hijos y seis hijas, X, 5, 13; acogió cordialmente a Odiseo, le dió hospitalidad por espacio de un mes y, al despedirle, le entregó un pellejo en que estaban encerrados todos los vientos a excepción del Céfiro, X, 14 a 26; XXIII, 312 a 315; los compañeros de Odiseo abrieron el pellejo, escapáronse los vientos que promovieron una gran tem-

Biblioteca Nacional de España

pestad, volvieron las naves a la isla de Éolo y éste arrojó de la isla a Odiseo y los suyos, X, 37 a 76.

EPALTES (Ἐπάλτης): Licio, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 415.

EPEA (Αἴπεια): Ciudad de Laconia, *Il.*, IX, 152 y 294.

EPEO (Ἐπειός): Griego, hijo de Panopeo. En los juegos fúnebres de Patroclo vence en el pugilato a Eurialo, *Il.*, XXIII, 664 a 699; luego intenta tirar la bola de hierro de Eetión y se ríen todos los aqueos, XXIII, 838 a 840.

Od. Construyó, por consejo de Atenea, el caballo de madera en que debían encerrarse los caudillos griegos para asolar a Troya, VIII, 493 a 495; XI, 523.

EPÉRITO (Ἐπήριτος): Nombre fingido que toma Odiseo en el fabuloso relato que hace a Laertes, antes de darse a conocer, *Odisea*, XXIV, 306.

EPI (Αἶπυ, de αἰπύς, εῖα, ύ = la escarpada): Ciudad perteneciente al reino de Néstor en el Peloponeso, *Il.*, II, 592.

Him. Delante de ella pasó la nave de los cretenses a quienes Apolo había escogido para que fuesen sus sacerdotes, III, 423.

EPICASTA (Ἐπικάστη): Madre y esposa de Edipo (llamada también Yocasta); la cual, al descubrir el incesto que involuntariamente había cometido, se ahorcó atando un lazo al elevado techo, *Od.*, XI, 271 a 281.

EPICLES (Ἐπικλῆς): Teucro, compañero de Sarpedón, muerto por Ayante, *Il.*, XII, 379.

EPIDAURO (Ἐπίδαυρος): Ciudad de la Argólide, *Il.*, II, 561.

EPIGEO (Ἐπειγεύς): Mirmidón, hijo de Agacles. Reinó en Budio y por haber dado muerte a su primo presentóse como suplicante a Peleo y Tetis; muere de una pedrada que le da Héctor, *Il.*, XVI, 571 a 580.

EPISTOR (Ἐπίστωρ): Guerrero teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 695.

EPÍSTROFO (Ἐπίστροφος): 1) Caudillo de los focenses, hijo de Ífito, *Il.*, II, 517.

2) Rey de Lirneso, hijo de Eveno. Fué muerto por Aquileo, *Il.*, II, 692.

3) Caudillo de los halizones, que combatían por los teucros, *Il.*, II, 856.

EPÍTIDA (Ἠπυτίδης): Hijo de Epito. Nombre patronímico del heraldo Perifante, *Iliada*, XVII, 324.

EPITIO (Αἰπύτιος): Antiguo rey de Arcadia, cuya tumba se hallaba al pie del monte de Cilene, *Il.*, II, 604.

EQUECLES (Ἔγεκλῆς): Mirmidón, hijo de Áctor y esposo de la hermosa Polimela, *Iliada*, XVI, 189.

EQUECLO (Ἔγεκλος): 1) Teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 694.

2) Teucro, hijo de Agenor, a quien Aquileo mató con la espada, *Il.*, XX, 474.

EQUEFRÓN (Ἐχέφρων): Hijo de Néstor, *Odisea*, III, 413; juntamente con su hermano Estratio trae la novilla que ha de inmolarse en el sacrificio a Atenea, III, 439.

EQUEMÓN (Ἐχέμων): Hijo de Príamo, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 160.

EQUENEO (Ἐχένηος): Anciano héroe feacio. Exhorta a Alcínoo, cuando Odiseo se le presenta, a que lo acoja y mande que le den de comer, *Od.*, VII, 155 a 166; aconseja a los demás feacios que cumplan lo dispuesto por Arete, XI, 342 a 346.

EQUEPOLO (Ἐχέπωλος): 1) Teucro, hijo de Talisio. Fué muerto por Antíloco, *Iliada*, IV, 458.

2) Rey de Sición. Regaló a Agamenón la yegua Eta, para no seguirle a Troya, *Il.*, XXIII, 296.

ÉQUETO (Ἔχετος): Rey de Epiro, famoso por su crueldad. Antínoo amenaza a Iro, si lo vence el otro mendigo (Odiseo), con llevarlo al rey Équeto, plaga de todos los mortales, *Od.*, XVIII, 83 a 87; los pretendientes le dicen las mismas palabras después de la victoria de Odiseo, XVIII, 115 y 116; Antínoo hace igual amenaza a Odiseo, si llega a tender el arco en el certamen de los pretendientes, XXI, 307 a 309.

EQUINAS (Ἔχῖναι): Islas del mar Jónico, *Iliada*, II, 625.

EQUIO (Ἔχιος): 1) Griego, padre de Mecisteo, *Il.*, VIII, 333; XIII, 422.

2) Griego, muerto por Polites, *Il.*, XV, 339.

3) Teucro, muerto por Patroclo, *Iliada*, XVI, 416.

ÉREBO (Ἔρεβος): Región obscura debajo de la tierra, que da ingreso al Tártaro, *Il.*, VIII, 368; IX, 572.

Od., X, 528; XI, 37, 564; XII, 81.

Him. Zeus envía al Érebo al Argifontes para que saque a Persefonea de la obscuridad tenebrosa, II, 335, 349, 409.

Biblioteca Nacional de España

ERECTEO (Ἐρεχθεύς): Antiguo rey de Atenas, que nació de la Tierra y fué criado por Atenea, *Il.*, II, 547.

Od. Atenea, después de mostrar a Odiseo el palacio de Alcinoo, se va al templo construido en Atenas por Erecteo, VII, 78 a 81.

ERETMEO (Ἐρετμεύς): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 112.

ERETRIA (Ἐρετρία): Ciudad de la isla de Eubea, *Il.*, II, 537.

EREUTALIÓN (Ἐρευθαλίων): Arcadio fortísimo, muerto por Néstor en singular combate en una batalla de los pilios y los arcadios, *Il.*, IV, 319; VII, 136 a 155.

EREUTEO (Ἐρευθεύς): En un pasaje muy alterado parece que dice el poeta que Apolo luchaba con Ereuteo, *Him.*, III, 211.

ERGINO (Ἐργῖνος): Fué padre de Trofonio y Agamedes, que pusieron el lapideo umbral sobre los cimientos que había echado Febo Apolo para construir un templo, *Himnos*, III, 297.

ERIBEA (Ἠρίβοια): Hija de Eurímaco, segunda mujer de Aloeo y madrastra de Oto y Efialtes que tuvieron a Ares encadenado, *Iliada*, V, 389.

ERICTONIO (Ἐριχθόνιος): Hijo de Dárdano, padre de Tros, y ascendiente de Ganimedes, Titón, Priamo, etc. Fué rey de Dardania y el más rico de los de su tiempo, *Il.*, XX, 219 a 240.

ERÍDANO (Ἠριδανός): Río del Ática, *Batr.*, 20.

ERIFILE (Ἐριφύλη): Esposa de Anfiarao, que por el oro traicionó a su marido. Odiseo ve su sombra en el Hades, *Od.*, XI, 325 y 326; XV, 247.

ERILAO (Ἐρύλαος): Guerrero teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 411.

ERIMANTE (Ἐρύμας): 1) Teucro, muerto por Idomeneo, *Il.*, XVI, 345 a 350.

2) Teucro, muerto por Patroclo, *Iliada*, XVI, 415.

ERIMANTO (Ἐρύμανθος): Monte de Arcadia, *Od.*, VI, 103.

ERINIES (Ἐρινύες): Diosas vengadoras de las faltas que perturban el orden moral o físico, *Il.*, IX, 454 y 571; XV, 204; XIX, 87 y 259; XXI, 412.

Od. Dice Telémaco que, si despide a su madre, ésta invocará las odiosas Erinies, II, 135; cuenta Odiseo que Epicasta se ahorcó, dejando a Edipo tantos dolores como causan las Erinies de una madre, XI, 279 y 280; Melampo estuvo encadenado un año por la falta que le había inducido a cometer la horrenda Erinis, XV, 231 a 234; dice Odiseo, cuando está transfigurado en mendigo, que si hay dioses y Erinies para los mendigos, sorpréndale la muerte a Antínoo antes de conseguir que el casamiento se lleve a término, XVII, 475 y 476; las Harpías arrebataron a las hijas de Pandáreo y se las dieron a las odiosas Erinies como esclavas, XX, 77 y 78.

Frag. No le pasaron inadvertidas a la diosa Erinis las maldiciones de Edipo contra sus hijos, LIII, 8.

ERIOPIS (Ἐριῶπις): Esposa de Oileo, madre de Ayante y madrastra de Medonte, *Iliada*, XIII, 697; XV, 336.

ERITINOS (Ἐρυθῖνοι): Dos montes, o más propiamente colinas de Paflagonia; llamados así por su color rojizo. Según otros, ciudad de Paflagonia, *Il.*, II, 855.

ERITRAS (Ἐρυθραί): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 499.

ERITREA (Ἐρυθραία): Ciudad de la Jonia. El epigrama VII está dedicado a la ciudad de Eritrea.

ERRÁTICAS (Πλαγκταί): Peñas llamadas así por los inmortales dioses. Están al lado opuesto de Escila y Caribdis. Dijo Circe a Odiseo que se hallaban las peñas Erráticas más allá de la isla de las Sirenas; que, al pasar por ellas las palomas que llevan la ambrosía a Zeus, la peña arrebata a una y el dios manda otra para completar el número; y que en ellas padecen naufragio todas las embarcaciones, habiéndose salvado tan sólo la nave Argo, gracias a Hera, *Od.*, XII, 59 a 72; cuenta Odiseo a Penelopea cómo llegó a las peñas Erráticas, XXIII, 327.

ESÁGEA (Αἰσαγέη): Monte junto a Claros, en el Asia Menor. Sobre él reina Apolo, *Himnos*, III, 40.

ESCAMANDRIO (Σκαμάνδριος): 1) Niño, hijo de Héctor y de Andrómaca, llamado por los ciudadanos Astianacte (rey de la ciudad), *Il.*, VI, 402.

2) Teucro, hijo de Estrofio, muerto por Menelao, *Il.*, V, 49 a 58.

ESCAMANDRO (Σκάμανδρος): Río de la Tróade, llamado Janto por los dioses, *Il.*, V, 36, 77, 774; VII, 329; XI, 499; XII, 21; XX, 74; XXI, 124; XXII, 147.

Biblioteca Nacional de España

ESCANDÍA (Σκάνδεια): Puerto de la isla de Citera, *Il.*, X, 268.

ESCARFE (Σκάρφη): Ciudad de Lócride, cerca de las Termópilas, *Il.*, II, 532.

ESCEAS (Σκαιαί): Puertas de la muralla de Troya, en la parte occidental de la misma, *Il.*, III, 145 y 149; VI, 237 y 393; IX, 354; XVI, 712; etc.

ESCILA (Σκύλλη): Hija de Crateís. Monstruo de doce pies y seis cabezas que reside en una gruta, sobre el mar y enfrente de Caribdis. Ladra como una perrita, pesca delfines y monstruos marinos, y arrebata los hombres de las naves que se ponen a su alcance, *Od.*, XII, 85 a 100; preguntó Odiseo a Circe si, en el caso de librarse de Caribdis, podría defenderse de Escila; y la ninfa le respondió que contra ella no hay más defensa que la huida y le aconsejó que cuando pasara cerca de la misma invocase a Crateís, XII, 112 a 126; Odiseo no les habla de Escila a sus compañeros, para que no dejen de remar; y, cuando se acercan al escollo, se arma y sube al tablado de proa por creer que desde allí verá primeramente al monstruo, XII, 223 a 231; mientras Odiseo y los suyos contemplan cómo Caribdis sorbe las olas, Escila les arrebata seis compañeros, XII, 234 a 262; después que Zeus le hiende la nave con el rayo, Odiseo es llevado por el Céfiro al escollo de Escila y a la horrenda Caribdis, pero la primera no le ve y el héroe puede librarse de una terrible muerte, XII, 426 a 446; Odiseo refiere a Penelopea cómo llegó a la roca de Escila, XXIII, 328.

ESCIRO (Σκῦρος): Isla (una de las Espórades) del mar Egeo, y ciudad de la misma, *Iliada*, IX, 668; XIX, 326 y 332.

Od. Odiseo condujo a Neoptólemo, hijo de Aquileo, desde Esciro al campamento de los aqueos, XI, 509.

Him. Apolo reina en Esciro, III, 35.

Frag. Una tempestad llevó el Pelida Aquileo a Esciro, XIX, 1.

ESCOLO (Σκῶλος): Población de Beocia, *Iliada*, II, 497.

ESEPO (Αἴσηπος): 1) Río de la Licia troyana, *Il.*, II, 825; IV, 91; XII, 21.

2) Teucro, hijo de Bucolión y de la náyade Abarbarea, muerto por Eurialo, *Iliada*, VI, 21.

ESFELO (Σφῆλος): Hijo de Búcolo y padre de Yaso, caudillo de los atenienses, *Il.*, XV, 338.

ESIETES (Αἰσυήτης): 1) Antiguo rey de Troya, cuyo túmulo se hallaba cerca de la ciudad, *Il.*, II, 793.

2) Teucro, padre de Alcátoo, *Il.*, XIII, 427.

ESIMA (Αἰσύμη): Ciudad de Tracia, *Il.*, VIII, 304.

ESIMNO (Αἴσυμνος): Caudillo dánao, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 303.

ESMÁRAGO (Σμάραγος, de σμαραγέω = retumbar, resonar con estruendo): Uno de los démones, destructores del horno, *Ep.*, XIV, 9.

ESMINTEO (Σμινθεύς): Epiteto de Apolo. Según unos, significa *de Esminte*, ciudad de la Tróade; según otros, *destructor de ratones* (de σμίνθος, ratón); y según Doederlein, amante del baño o del lavado (por ser, dice, σμινθεύς una abreviación por aféresis y síncopa de ἀσαμινθεύς), *Il.*, I, 39.

ESMIRNA (Σμύρνη): Ciudad de la Jonia (Asia Menor). Ártemis conduce su carro de Meles a Claros a través de Esmirna, *Himnos*, IX, 4.

Ep. Los pueblos de Fricón amurallaron la eolia Esmirna, IV, 6.

ESÓN (Αἴσων): Hijo de Creteo y de Tiro, y padre de Jasón, *Od.*, XI, 259.

Frag. Es convertido por Medea en un joven floreciente, XXXI, 1.

ESPARTA (Σπάρτη): Capital de Laconia, una de las ciudades predilectas de Hera, *Iliada*, II, 582; IV, 52.

Od. Telémaco va a Esparta para que Menelao le dé noticias de Odiseo, I, 93, 285; II, 214, 327, 359; IV, 10; XI, 460; XIII, 412.

ESPERQUIO (Σπερχειός): Río de Tesalia, padre de Menestio, *Il.*, XVI, 174; XXIII, 142 y 144.

ESPÍO (Σπειώ): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 40.

ESQUEDIO (Σχέδιος): 1) Caudillo de los focenses, hijo de Ifites, *Il.*, II, 517, muerto por Héctor, *Il.*, XVII, 306 a 311.

2) Caudillo de los focenses, hijo de Perimedes, muerto por Héctor, *Il.*, XV, 515.

ESQUENO (Σχοῖνος): Ciudad de Beocia, *Iliada*, II, 497.

ESQUERIA (Σχερίη): Isla de los feacios, situada, según Homero, hacia el Occidente, *Odisea*, V, 34; VI, 8; VII, 79; XIII, 160.

ESTENELAO (Σθενέλαος): Teucro, hijo de Ifitemenes, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 586.

Biblioteca Nacional de España

Estênelo (Σθένελος): 1) Caudillo griego, hijo de Capaneo, amigo de Diomedes, *Il.*, II, 564; IV, 367; V, 108 y 241; VIII, 114; XXIII, 511.

2) Hijo de Perseo, nieto de Zeus y padre de Euristeo, *Il.*, XIX, 116 y 123.

Esténtor (Στέντωρ): Heraldo que tenía vozarrón de bronce y gritaba como cincuenta hombres, *Il.*, V, 785.

Estínfalo (Στύμφηλος): Ciudad de Arcadia, *Il.*, II, 608.

Estiquio (Στίχιος): Caudillo de los atenienses, a las órdenes de Menesteo, *Il.*, XIII, 195, 691; fué muerto por Héctor, XV, 329.

Estira (Στύρα): Ciudad de la isla de Eubea, *Il.*, II, 539.

Estix (Στύξ): 1) Río del infierno por el cual juraban las deidades. Estaba consagrado a la oceánida Estix, *Il.*, II, 755; VIII, 369; XIV, 271; XV, 37.

Od., V, 185; X, 514.

Him. Deméter jura por el agua de la Estix que habría librado de la vejez y de la muerte a Demofoonte, II, 259; Leto jura por el agua de la Estix que en Delos estarán el altar y el bosque de Apolo, III, 85; Apolo pide a Hermes que jure, invocando el agua de la Estix, que no le robará nada, IV, 519.

2) Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 423.

Estratia (Στρατίη): Población de Arcadia, *Il.*, II, 606.

Estratio (Στρατίος): Hijo de Néstor, *Odisea*, III, 413. Estratio y su hermano Equefrón traen la novilla que Néstor sacrifica a Atenea, III, 439.

Estrofio (Στρόφιος): Un troyano, padre de Escamandrio el excelente cazador, *Iliada*, V, 49.

Eta (Αἴθη): Yegua que Equepolo regaló a Agamenón, para librarse de ir a Troya, *Il.*, XXIII, 295, 409 y 525.

Eteocles (Ἐτεοκλῆς): Hijo de Edipo, rey de Tebas. Tideo fué a su palacio y encontró a muchos cadmeos reunidos en banquete, *Il.*, IV, 386.

Eteoneo (Ἐτεωνεύς): Criado de Menelao e hijo de Boétoo. Da noticia a Menelao de la llegada de Telémaco y Pisístrato, y luego, ayudado por otros servidores, desunce el carro e introduce a los huéspedes, *Odisea*, IV, 20 a 43; comparece temprano en el palacio y, por orden de Menelao, enciende fuego y asa carne, XV, 95 a 98.

Eteono (Ἐτεωνός): Población de Beocia, *Il.*, II, 497.

Etilo (Αἴτυλος): Población de Lacedemonia, *Il.*, II, 585.

Etón (Αἴθων): 1) Caballo de Héctor, *Iliada*, VIII, 185.

2) Nombre fingido que se da Odiseo cuando, transfigurado en mendigo, refiere a Penelopea sus supuestas aventuras, *Odisea*, XIX, 183.

Etra (Αἴθρη): Hija de Piteo, doncella de Helena, *Il.*, III, 144.

Eubea (Εὔβοια): Isla cercana a la costa del Ática, *Il.*, II, 535 y 536.

Od. III, 174; VIII, 321.

Him. En ella reina Apolo, III, 31; buscando lugar para establecer un oráculo, Apolo subió a Ceneo de Eubea, III, 219.

Eudoro (Εὔδωρος): Hijo de Hermes y de Polimela, uno de los cinco caudillos designados por Aquileo, para que rigieran a los mirmidones, *Il.*, XVI, 179.

Eufemo (Εὔφημος): Hijo de Treceno, caudillo de los cícones, los cuales combatían en favor de Troya, *Il.*, II, 846.

Eufetes (Εὐφήτης): Rey de Éfira, que estaba situada a orillas del Seleente, *Il.*, XV, 532.

Euforbo (Εὔφορβος): Teucro, hijo de Pántoo. Hirió a Patroclo y fué muerto por Menelao, *Il.*, XVI, 806 a 813, 850; XVII, 9 a 60.

Eumedes (Εὐμήδης): Heraldo troyano, padre de Dolón, *Il.*, X, 314, 412 y 426.

Eumelo (Εὔμηλος): Caudillo griego, hijo de Admeto y de Alcestis, rey de Feras (Tesalia). Sus tropas fueron a Troya en once naves, *Il.*, II, 711 a 715; sus yeguas habían sido criadas por Apolo y sobresalían entre los corceles del ejército griego, II, 763 a 767; en los juegos fúnebres de Patroclo, toma parte en la carrera de carros; mas, cuando ya había doblado la meta, Atenea le rompe el yugo, y el héroe viene al suelo, hiriéndose en los codos, boca y narices; y Aquileo, compadecido, le da la coraza de que había despojado a Asteropeo, XXIII, 288, 354, 376, 391 a 397, 459 a 481, 532 a 565.

Od. Estaba casado con Ifima, hermana de Penelopea, IV, 797 y 798.

Eumeo (Εὔμαιος): Hijo de Ctesio Orménida. Fué robado por unos fenicios y comprado por Laertes. Es el porquerizo de Odiseo y

Biblioteca Nacional de España

uno de sus esclavos más fieles y adictos. Cuando Odiseo llega a Ítaca, Atenea le aconseja que se encamine a la cabaña del porquerizo, *Od.*, XIII, 404; hácelo así Odiseo y halla a Eumeo en el vestíbulo de la majada que había labrado él mismo, XIV, 3 a 24; Eumeo aparta los perros que acometían a Odiseo, da hospitalidad a su amo sin conocerle, sacrifica dos puercos, los asa y se los sirve; se lamenta de que los pretendientes arruinen la casa; no cree que Odiseo haya de volver; pregunta al mendigo (Odiseo) quién es, y éste cuenta una larga y supuesta historia, XIV, 29 a 359; conmuévese el porquerizo al oír el relato, pero se figura que el mendigo miente en lo que refiere de Odiseo, XIV, 360 a 389; desea que lleguen los demás pastores para cenar, vienen éstos, Eumeo manda sacrificar el puerco más excelente, obsequia al mendigo con el lomo, le entrega un manto para que se abrigue durante la noche, y sale luego para acostarse junto a los cerdos, XIV, 401 a 533; cena con el mendigo (Odiseo) y los pastores, y, al oír que aquél desea ir a la ciudad, procura disuadirle, y le da noticias de Laertes y de Anticlea, XV, 301 a 379; cuenta su historia, a petición del mendigo, XV, 381, 389 a 486; recibe con grandes demostraciones de alegría a Telémaco, comen todos, Eumeo presenta el mendigo a Telémaco, éste manda al porquerizo que vaya a participar a Penelopea su regreso de Pilos, y Eumeo obedece en seguida, XVI, 7 a 40, 49 a 69, 130 a 156; encuentra en el camino al heraldo, llega a la presencia de Penelopea, cumple el mandado y se vuelve a sus puercos, XV, 333 a 341; llega a la majada, da cuenta del cumplimiento del encargo y refiere que ha visto que la nave de los pretendientes tornaba al puerto, XVI, 461 a 475; acompaña al mendigo (Odiseo) a la ciudad, y, cuando Melantio da una coz a aquél, invoca a las ninfas y a Zeus para que vuelva Odiseo y castigue la petulancia del cabrero, XVII, 199 a 246; al llegar al palacio del rey, conviene con el mendigo (Odiseo) que él entrará primero, le pasa inadvertida una lágrima que vierte Odiseo al ver el perro Argos, le refiere cuán hábil era éste para la caza, y entra en el palacio, XVII, 264, 272 a 289, 305, 306, 311 a 325; contesta a Antínoo, que le increpa por haberles traído el mendigo (Odiseo), 380 a 391; le manda Penelopea que llame al mendigo (Odiseo), y Eumeo hace el elogio de éste, va a llamarle y le lleva a Penelopea la respuesta de que es mejor dejarlo para la noche, 507 a 584; se mezcla con la turba de los pretendientes, expresa a Telémaco su deseo de irse y después de cenar se vuelve a sus puercos, XVII, 589 a 605; al día siguiente lleva tres cerdos a la casa de Odiseo y pregunta al mendigo (Odiseo) si ya le tratan mejor en el palacio, XX, 162 a 169; suplica a los dioses que Odiseo vuelva a su casa, XX, 238; le manda Penelopea que presente el arco a los pretendientes y se le saltan las lágrimas, XXI, 80 a 83; sale de la casa juntamente con el boyero, Odiseo se les da a conocer, ambos pastores lloran y abrazan a su amo, éste les dice cómo han de portarse, y luego vuelven a entrar en el palacio, XXI, 187 a 244; Eumeo y el boyero reciben de Telémaco sendas armaduras, y se ponen al lado de Odiseo para luchar contra los pretendientes; manda Telémaco que Eumeo vaya a ver quién da armas a éstos, advierte Eumeo que el culpable es Melantio y, por orden de Odiseo, él y Filetio sorprenden al cabrero, lo tiran a tierra, le retuercen hacia atrás los pies y las manos, y, atándolo con un lazo, lo suben a lo alto de una columna y vuelven al lado de Odiseo, XXII, 103 a 204; Ctesipo logra rasguñar con su lanza el hombro de Eumeo, XXII, 279 y 280; después de la matanza, Eumeo, Telémaco y el boyero pasan la rasqueta por el pavimento de la sala, XXII, 454 y 455; sacan al patio las esclavas culpables y luego a Melantio a quien mutilan, XXII, 457, 474 a 480; por orden de Odiseo, se levantan de la cama, toman las armas, salen al campo y Atenea los cubre con una nube, XXIII, 367 a 372; cuando Odiseo y su padre entran en la casería, hallan a Telémaco, al boyero y al porquerizo ocupados en preparar la comida, XXIV, 363 y 364; cuando los itacenses van a acometerles, Eumeo viste la armadura para pelear en favor de Odiseo, XXIV, 497.

EUMOLPO (Εὔμολπος): Uno de los varones de Eleusis que ejercían el supremo mando con el rey Celeo, *Him.*, II, 154; Deméter mostróle a él y a otros reyes el ministerio de las cosas sagradas, II, 475.

Biblioteca Nacional de España

EUNEO (Εὔνηος): Hijo de Jasón y de Hipsipile, rey de Lemnos. Envía naves cargadas de vino al ejército griego, *Il.*, VII, 468; había rescatado a Licaón, hijo de Príamo, del poder de Patroclo, XXIII, 747.

EUPITES (Εὐπείθης): Padre del pretendiente Antínoo, *Od.*, I, 383; IV, 614, 660; XVI, 363; XVII, 477; XVIII, 42, 284; XX, 270; XXI, 140, 256. Llegó a Ítaca habiendo ido en conserva de los piratas tafios a dañar a los tesprotos, por lo cual el pueblo quería matarlo y Odiseo lo salvó, XVI, 424 a 430; después de la matanza de los pretendientes arenga al pueblo para que vaya contra Odiseo, logra persuadir a casi la mitad de los ciudadanos; los acaudilla y, al llegar a la casa de Laertes, es muerto por la lanza que éste le arrojó, XXIV, 421 a 437, 465 a 469, 521 a 525.

EUQUENOR (Εὐχήνωρ): Hijo del adivino Polidio, muerto por Paris, *Il.*, XIII, 663.

EURÍADES (Εὐρυάδης): Uno de los pretendientes de Penelopea, muerto por la lanza que le arroja Telémaco, *Od.*, XXII, 267.

EURÍALO (Εὐρύαλος): 1) Hijo de Mecisteo; caudillo de los argivos, a las órdenes de Diomedes, *Il.*, II, 565.

2) Uno de los jóvenes feacios que tomaron parte en los juegos celebrados en presencia de Odiseo, *Od.*, VIII, 115. Queda vencedor en la lucha, VIII, 127; aconseja a Laodamante que invite a Odiseo a probarse en los juegos, VIII, 140 a 142; al oír que Odiseo se excusa, le increpa diciendo que más se parece a un patrón de barco que a un atleta, VIII, 158 a 165; por orden de Alcínoo, apacigua a Odiseo y le regala una espada de bronce con vaina de marfil, VIII, 396 a 405.

EURÍBATES (Εὐρυβάτης): 1) Heraldo de Agamenón, *Il.*, I, 320; IX, 170.

2) Heraldo de Odiseo, *Il.*, II, 184.

Od. Era metido de hombros, de negra tez y rizado cabello, XIX, 244 a 248.

EURICLEA (Εὐρύκλεια): Hija de Ops Pisenórida y esclava primero de Laertes, que la compró por veinte bueyes, y luego de Odiseo a quien crió. Alumbra con teas encendidas a Telémaco cuando éste se va a acostar, *Od.*, I, 428 a 441; al oír que Telémaco le encarga que le aparte harina y vino, pues se va a Pilos y a Esparta, se echa a llorar, intenta disuadirle, y, no lográndolo, presta el juramento que le exige Telémaco y hace lo que éste le manda, II, 345 a 380; cuando Penelopea se queja de las esclavas porque no la enteraron de la partida de Telémaco, se disculpa con el juramento y aconseja a la reina que no mande ningún aviso a Laertes, IV, 742 a 757; al volver Telémaco de su viaje, es la primera que en el palacio le sale al encuentro derramando lágrimas, XVII, 31 a 33; por encargo de Telémaco, tiene encerradas a las mujeres en sus habitaciones mientras Odiseo y su hijo quitan las armas de las paredes del palacio, XIX, 14 a 30; por orden de Penelopea, lava los pies a Odiseo, lo reconoce por la cicatriz, quiere decírselo a la reina, Odiseo se lo impide, y sale a buscar agua por haberse derramado la del lebrillo, XIX, 357 a 394, 467 a 505; cuando nació Odiseo, Euriclea lo colocó en las rodillas de Autólico y le pidió que le impusiese el nombre, XIX, 401 a 404; Telémaco pregunta a Euriclea si se han cuidado del huésped (Odiseo), y ella responde que Penelopea mandó aparejarle una cama, pero quiso tenderse en el vestíbulo y le cubrieron con un manto, XX, 128 a 143; Euriclea da orden a las esclavas para que arreglen la casa, XX, 147 a 156; cierra las puertas de las habitaciones por orden que le da Eumeo en nombre de Telémaco, poco antes de la matanza de los pretendientes, XXI, 380 a 387; llamada por Telémaco, que cumple el encargo de Odiseo, ve los cadáveres de los pretendientes y empieza a proferir gritos de júbilo, pero Odiseo le impone silencio y le manda que haga venir las mujeres culpables, XXII, 391 a 434; Odiseo le ordena que le traiga azufre y diga a Penelopea que se presente con sus criadas y todas las siervas, XXII, 480 a 493; sube a lo alto de la casa y dice a Penelopea que ya llegó Odiseo y ha dado muerte a los pretendientes; al oír que la reina lo pone en duda, se ofrece en prenda; y bajan Penelopea y Euriclea a la sala para ver muertos a los pretendientes y a quien los ha matado, XXIII, 1 a 84; Penelopea, para saber si el huésped es Odiseo, manda a Euriclea que le saque la cama afuera de la habitación y le apareje el lecho, XXIII, 177 a 180.

EURIDAMANTE (Εὐρυδάμας): 1) Prócer troyano, cuyos dos hijos mueren a manos de Diomedes, *Il.*, V, 149.

Biblioteca Nacional de España

2) Uno de los pretendientes de Penelopea. Envía dos esclavos para que le traigan unos pendientes de tres piedras preciosas, que regala a Penelopea, *Od.*, XVIII, 297 y 298; muere, herido por la lanza que le arroja Odiseo, XXII, 283.

EURÍDICE (Εὐρυδίκη): Hija de Clímeno y esposa de Néstor. Da un grito, con sus hijas y nueras, cuando Trasimedes degüella la novilla, *Od.*, III, 450 a 452.

EURIFAESA (Εὐρυφάεσσα, de εὐρύς, εῖα, ύ, ancho, y φάος, luz=de amplio resplandor): Fué esposa de Hiperión y madre del Sol, *Himnos*, XXX, 2, 4.

EURÍLOCO (Εὐρύλοχος): Compañero y deudo de Odiseo. Al llegar a la isla de Circe, Odiseo forma con sus compañeros dos secciones mandadas respectivamente por él y por Euríloco, y decide la suerte que esta última explore el terreno y vea quiénes lo habitan; parte Euríloco con veintidós hombres, llegan al palacio de Circe y entran todos a excepción de Euríloco, que teme algún engaño y se queda fuera; y, como no ve salir a los compañeros, vuelve a la nave y cuenta a Odiseo lo que ocurre, *Od.*, X, 202 a 260; niégase a ir con Odiseo al palacio de Circe y le aconseja que huyan, X, 263 a 273; opónese a que Odiseo se lleve al palacio de Circe los compañeros que se habían quedado en la nave; pero, al verse amenazado por el héroe, le sigue con los demás hombres, X, 429 a 448; llegados al Hades, Euríloco y Perimedes sostienen las víctimas que ha de inmolar Odiseo, mientras éste abre el hoyo, XI, 23; al pasar por junto a las Sirenas, Odiseo, que está atado al mástil, pide que lo desaten y Euríloco y Perimedes lo sujetan más reciamente, XII, 191 a 196; cuando se acercan a la isla del Sol, Odiseo quiere pasar de largo, pero Euríloco se opone y el héroe accede a detenerse en la misma después de hacer jurar a los suyos que no matarán ninguna de las vacas ni de las ovejas del Sol, XII, 278 a 302; como los compañeros de Odiseo padecieran hambre, Euríloco aconseja matar y comer las vacas del Sol, y los demás aprueban y llevan a efecto la proposición, XII, 339 a 352.

EURÍMACO (Εὐρύμαχος): Uno de los pretendientes de Penelopea. Era hijo de Pólibo. Dice a Telémaco que nadie le despojará de lo suyo, y le pregunta por el huésped (Atenea) que acaba de irse, *Od.*, I, 399 a 413; en el ágora contesta a Haliterses diciendo que se vaya a su casa y les adivine a sus hijos lo que quiera, pues los pretendientes seguirán yendo al palacio de Odiseo hasta que Penelopea se case, II, 177 a 209; hállase sentado, juntamente con Antínoo, ante el palacio de Odiseo, y se les acerca Noemón a preguntarles cuándo volverá Telémaco, IV, 628 a 637; la diosa Atenea aparécese en sueños a Telémaco y le dice que vuelva de Esparta a Ítaca, pues el padre y los hermanos de Penelopea quieren casarla con Eurímaco, XV, 16 a 18; Telémaco, al partir de Pilos, dice a Teoclímeno que le enviará a la casa de Eurímaco, XV, 518 a 522; cuando llega a Ítaca la nave de Telémaco, Eurímaco propone a los pretendientes que se mande una nave para avisar a los compañeros que están emboscados, XVI, 345 a 350; dice, para tranquilizar a Penelopea, que defenderá la vida de Telémaco e interiormente maquina la muerte del mismo, XVI, 434 a 448; Melantio se sienta en medio de los pretendientes, frente a Eurímaco, XVII, 255 a 257; Telémaco afirma que nadie pegará al mendigo (Odiseo) si lucha con Iro, y dice que aprueban sus palabras Antínoo y Eurímaco, XVIII, 60 a 65; dice Eurímaco a Penelopea que, si la viesen todos los aqueos, aún serían en mayor número los pretendientes, XVIII, 244 a 251; envía a su criado para que le traiga un collar de oro, engastado en ámbar, que regala a Penelopea, XVIII, 295 y 296; Melanto, criada de Penelopea, ayuntábase con Eurímaco, XVIII, 325; Eurímaco se burla del mendigo (Odiseo) diciendo que no parece sino que el resplandor de las antorchas sale de la cabeza del mismo y le propone tomarlo a sueldo y llevarlo al campo, XVIII, 349 a 366; irrítase contra el mendigo (Odiseo) y le tira un escabel que hiere al copero, XVIII, 387 a 398; al oír la predicción de Teoclímeno, dice que el adivino está loco y manda que lo lleven a la puerta, XX, 359 a 364; quedaban tan sólo Antínoo y Eurímaco sin haber probado el arco, cuando Odiseo, el boyero y el porquerizo salieron del palacio, XXI, 186 a 190; Eurímaco intenta armar el arco, se lamenta de que ninguno de los pretendientes logre tenderlo y es reprendido por

Biblioteca Nacional de España

Antinoo, XXI, 245 a 257; ruega el mendigo (Odiseo) a los pretendientes, y en especial a Eurímaco y a Antínoo, que le dejen probar si puede armar el arco, XXI, 275 a 284; dice Eurímaco a Penelopea que se oponen a que se entregue el arco al mendigo (Odiseo) por el oprobio de que se cubrirán si consigue armarlo, XXI, 320 a 331; cuando Odiseo se da a conocer a los pretendientes, después de matar a Antínoo, Eurímaco propone indemnizarle, dándole cada uno veinte bueyes, y, al oír que el héroe no lo acepta, anima a sus compañeros, arremete contra Odiseo y éste lo mata clavándole una flecha en el hígado, XXII, 44 a 88.

EURIMEDONTE (Εὐρυμέδων): 1) Hijo de Ptolomeo Piraida, auriga de Agamenón, *Iliada*, IV, 228.

2) Escudero de Néstor, *Il.*, VIII, 114; XI, 620.

3) Rey de los Gigantes en el Epiro, padre de Peribea, *Od.*, VII, 56 a 58.

EURIMEDUSA (Εὐρυμέδουσα): Esclava de Alcínoo, que crió a Nausícaa. Está encendiendo fuego y aparejando la cena de Nausícaa, cuando vuelve ésta de lavar la ropa, *Odisea*, VII, 7 a 13.

EURÍMIDA (Εὐρυμίδης): Hijo de Éurimo. Nombre patronímico del adivino Télemo, *Odisea*, IX, 509.

EURÍNOME (Εὐρυνόμη): 1) Hija del Océano. Junto con Tetis, acogió en el seno del mar a Hefesto, *Il.*, XVIII, 398, 399, 405.

2) Despensera y camarera del palacio de Odiseo. Dice a Penelopea que, si sus votos se cumplieran, ninguno de los pretendientes viviría al aparecer la Aurora, *Od.*, XVII, 495 a 497; al oír que Penelopea quiere mostrarse a los pretendientes, aconséjale que lave su cuerpo y unja sus mejillas para no aparecer con el rostro afeado por las lágrimas, y va a llamar a dos esclavas que acompañarán a la reina, XVIII, 164 a 186; trae una silla, por orden de Penelopea, para que se siente el huésped a quien la reina quiere interrogar, XIX, 96 a 101; cuando el mendigo (Odiseo) se acuesta en el umbral, Eurínome le cobija con un manto, XX, 4; después de la matanza de los pretendientes, Eurínome lava y unge a Odiseo, y le pone un hermoso manto y una túnica, XXIII, 153 a 155; Eurínome y el ama aparejan el lecho en que han de dormir Odiseo y Penelopea, y luego Eurínome los acompaña al cuarto, alumbrándolos con una antorcha, y se retira, XXIII, 289 a 295.

EURÍNOMO (Εὐρύνομος): Uno de los pretendientes de Penelopea. Era hijo de Egiptio, *Od.*, II, 21 y 22; concita a los demás pretendientes en su lucha contra Odiseo, XXII, 242.

EURÍPILO (Εὐρύπυλος): 1) Hijo de Heracles. Reinó en Cos, donde estaba la *ciudad de Euripilo*, *Il.*, II, 677.

2) Hijo de Evemón. Llevó su gente a Troya en cuarenta naves, *Il.*, II, 736; mata a Hipsenor, V, 76 a 81, y a Melantio, VI, 36; ofrécese a luchar con Héctor, VII, 167; sigue, con otros caudillos, a Diomedes para acometer a los teucros, VIII, 265; mata a Apisaón y es herido por Paris, XI, 575 a 596; cuando sale, cojeando, del combate, Patroclo lo lleva a la tienda, le saca la flecha y le cura la herida, XI, 809 a 847; déjalo Patroclo que se va a la tienda de Aquileo, XV, 390 a 404; Patroclo cuenta a Aquileo que, además de otros caudillos, está herido Eurípilo, XVI, 27.

3) Hijo de Télefo. Matólo Neoptólemo, el hijo de Aquileo, *Od.*, XI, 519 a 521.

EURIPO (Εὔριπος): Estrecho entre la Eubea y la Beocia. Atravesólo Apolo cuando buscaba lugar para establecer su oráculo, *Himnos*, III, 222.

EURISTEO (Εὐρυσθεύς): Rey de Micenas. Hijo de Esténelo, nieto de Perseo y descendiente de Zeus, *Il.*, VIII, 363; XV, 639; XIX, 123.

Od. Ordenó a Heracles, que le estaba sometido por disposición divina, varios trabajos y entre ellos que sacara a la luz el can Cerbero, XI, 617 a 626.

Him. Heracles iba por la tierra o por el mar, según se lo ordenaba Euristeo, XV, 5.

EURÍTIDA (Εὐρυτίδης): Hijo de Eurito. Nombre patronímico de Ífito, *Od.*, XXI, 14 y 37.

EURITIÓN (Εὐρυτίων): Centauro. Embriagóse en la casa de Pirítoo y cometió acciones malvadas; los héroes que estaban presentes le cortaron las orejas y las narices; y así se originó la guerra de los hombres con los centauros, *Od.*, XXI, 295 a 304.

EURITO (Εὔρυτος): 1) Caudillo griego, natural de Ecalia. Muy hábil en tirar con el arco, *Il.*, II, 596 y 730.

Od. Lo mató Apolo, irritado de que lo

Biblioteca Nacional de España

desafiase a tirar con el arco, VIII, 224 a 228; su hijo Ifito regaló a Odiseo un arco y una aljaba, que son los que saca Penelopea para el certamen de los pretendientes, XXI, 13 a 38.

2) Hijo de Áctor, caudillo de los eleos, *Il.*, II, 621.

EURO (Εὖρος): Viento que sopla de Oriente, *Il.*, II, 145; XVI, 765.

Od., V, 295; XII, 326; XIX, 206.

EUROPA (Εὐρώπη): 1) Apolo se propone establecer un oráculo para que puedan consultarlo así los que poseen el Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas, *Him.*, III, 251, 291.

2) Hija de Fénix, de la cual tuvo Zeus a Minos y a Radamantis. El toro (Zeus) la condujo, por entre las olas, a Creta, *Batr.*, 79.

EUSORO (Εὔσσωρος): Tracio, padre de Acamante, *Il.*, VI, 8.

EUTRESIS (Εὔτρησις): Ciudad de Beocia, *Iliada*, II, 502.

EVANTES (Εὐάνθης): Padre de Marón, *Odisea*, IX, 197.

EVEMÓN (Εὐαίμων): Tésalo, padre de Eurípilo, *Il.*, II, 736; V, 79; VII, 167; VIII, 265; XI, 575.

EVEMÓNIDA (Εὐαιμονίδης): Hijo de Evemón. Nombre patronímico de Eurípilo, *Iliada*, V, 76; XI, 809.

EVENINA (Εὐηνίνη): Hija de Eveno. Nombre patronímico de Marpesa, *Il.*, IX, 557.

EVENO (Εὐηνός): Rey de Lirneso, hijo de Selepio, *Il.*, II, 693.

EVENÓRIDA (Εὐηνορίδης): Hijo de Evénor. Nombre patronímico de Leócrito, *Od.*, II, 242; XXII, 294.

EVIPO (Εὔιππος): Teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 417.

EXADIO (Ἐξάδιος): Héroe lapita, *Il.*, I, 264.

EYONAS (Ἠιόνες): Población de la Argólide, *Il.*, II, 561.

EYONEO (Ἠιονεύς): 1) Griego, muerto por Héctor, *Il.*, VII, 11.

2) Príncipe de Tracia, padre del rey Reso, *Il.*, X, 435.

FAETONTE (Φαέθων, participio de presente de φαέθω, brillar, resplandecer = el resplandeciente): Uno de los caballos (Lampo y Faetonte) que tiran del carro de la Aurora, *Od.*, XXIII, 246.

FAETUSA (Φαέθουσα, terminación femenina de φαέθων = la resplandeciente): Ninfa, hija del Sol y de Neera. Juntamente con su hermana Lampetia guarda las vacas y las ovejas del Sol, en la isla de Trinacia, *Od.*, XII, 131 a 136.

FALCES (Φάλκης): Teucro de Ascania, *Iliada*, XIII, 791; fué muerto por Antíloco, XIV, 513.

FARIS (Φᾶρις): Ciudad de Lacedemonia, *Iliada*, II, 582.

FAROS (Φάρος): Isla situada frente al Egipto, *Od.*, IV, 355.

FAUSÍADA (Φαυσιάδης): Hijo de Fausio. Nombre patronímico de Apisaón, *Il.*, XI, 578.

FEA (Φειά): Ciudad de Elide, *Il.*, VII, 135.

FEBO (Φοῖβος): Epíteto de Apolo, usado algunas veces por el nombre propio, *Il.*, I, 43, 64, 72, 182, 443, 457; V, 344, 454, 509; VII, 452; IX, 405, 560, 564; XI, 353, 363; XII, 24; XV, 59, 221, 256, 307, 318, 355, 365, 441; XVI, 527, 667, 700, 715, 788, 793; XVII, 71, 118; XX, 39, 68, 118, 138, 152, 375, 450; XXI, 436, 448, 515, 545; XXII, 7, 213, 359; XXIII, 188, 383; XXIX, 32.

Od., III, 279; VIII, 79; IX, 201.

Him., III, 20, 48, 52, 87, 120, 127, 130, 134, 146, 201, 254, 256, 285, 294, 362, 375, 388, 395, 399, 447; IV, 102, 293, 330, 365, 420, 425, 496; XXI, 1; XXVII, 14.

FÉDIMO (Φαίδιμος): Rey de los Sidonios. Hospedó en su casa a Menelao, cuando éste regresaba de Troya; y le dió la cratera que Menelao regala a Telémaco, *Od.*, IV, 617 a 619; XV, 117 a 119.

FEDRA (Φαίδρη): Hija de Minos, *Od.*, XI, 321.

FEGEO (Φηγεύς): Teucro, hijo del sacerdote Dares y hermano de Ideo. Fué muerto por Diomedes, *Il.*, V, 11 y 15.

FEMIO (Φήμιος): Aedo, hijo de Terpio. Canta ante los pretendientes, obligado por éstos, *Od.*, I, 153 a 155; al narrar la vuelta deplorable de los aqueos, Penelopea le pide que cambie de asunto, y Telémaco le disculpa porque Zeus distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place, I, 325 a 359; dice Telémaco que dicho aedo se parece por su voz a las deidades, I, 370 y 371; al llegar Odiseo y Eumeo al palacio, oyen los sones de la cítara, porque Femio empezaba a cantar, XVII, 261 a 263; en la escena de la matanza, Femio abraza las rodillas de Odiseo

Biblioteca Nacional de España

y le ruega que no lo mate, pues puede cantar en su presencia como ante una deidad y cantaba por fuerza delante de los pretendientes; intercede Telémaco, y Odiseo se abstiene de matar a Femio y a Medonte, XXII, 330 a 338; después de la matanza de los pretendientes, toca la cítara para que bailen todos los de la casa, XXIII, 143 a 145; al día siguiente preséntase, junto con Medonte, en el ágora cuando están reunidos los itacenses, que lo ven con gran asombro, XXIV, 439 a 441.

FÉNEO (Φένεος): Ciudad de Arcadia, *Il.*, II, 605.

FENICIA (Φοινίκη): Región del Asia Menor. A ella llegó Menelao, al volver de Troya, *Od.*, IV, 83; cuenta Odiseo, en la fingida relación que hace de sus aventuras a Eumeo, antes de darse a conocer, que un fenicio llevóle a su país, y que allí permaneció un año entero, XIV, 291.

Him. La montaña Nisa está lejos de Fenicia y cerca de la corriente del Egipto, I, 9.

FÉNIX (Φοῖνιξ): 1) Padre de Europa y abuelo de Minos y de Radamanto, *Il.*, XIV, 321.

2) Hijo de Amintor. Enviado con Odiseo y Ayante a suplicar a Aquileo, pronuncia un larguísimo discurso sin lograr que este héroe vuelva a combatir, *Il.*, IX, 168, 223, 427, 432 a 621, 659, 690; XIV, 321; manda parte de las tropas a las órdenes de Patroclo, XVI, 196; Atenea toma su figura para exhortar a Menelao, XVII, 555, 561; quédase junto a Aquileo, que llora por la muerte de Patroclo, XIX, 311; en los juegos fúnebres de Patroclo, pónese, por encargo de Aquileo, junto a la meta para observar lo que ocurra en la carrera de carros, XXIII, 360, 744.

FENO (Φαινώ): Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 418.

FÉNOPE (Φαίνοψ): Hijo de Asio, padre de Janto, Toón, Forcis y otros guerreros teucros, *Il.*, V, 152; XVII, 312; Apolo toma su figura para exhortar a Héctor, XVII, 583.

FERAS (Φεραί): Ciudad de Tesalia y quizás también de la Acaya, *Il.*, II, 711.

Od., IV, 798.

Him. La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, pasó por delante de Feras, III, 427.

FERAS (Φηραί y Φηρή): Ciudad de Mesenia, *Il.*, IX, 151 y 293; residencia de Diocles, V, 543.

Od., III, 488; XV, 186.

FERECLO (Φέρεκλος): Hijo de Tectón. Construyó las naves de Paris. Fué muerto por Meriones, *Il.*, V, 59.

FERES (Φέρης): Hijo de Creteo y de Tiro, y padre de Admeto, *Od.*, XI, 259.

FERETÍADA (Φηρητιάδης): Hijo de Feres. Nombre patronímico de Admeto, *Il.*, II, 765; XXIII, 376.

FERUSA (Φέρουσα): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 43.

FESTO (Φαιστός): Ciudad de la isla de Creta, *Il.*, II, 648.

Od., III, 296.

FESTO (Φαῖστος): Lidio oriundo de Tarne, muerto por Idomeneo, *Il.*, V, 43.

FIDANTE (Φείδας): Caudillo de los beocios, *Il.*, XIII, 691.

FIDIPO (Φείδιππος): Hijo del rey Tésalo y hermano de Ántifo. Caudillo griego, *Il.*, II, 678.

FIDÓN (Φείδων): Rey de los tesprotos. En la fingida relación que de sus aventuras hace Odiseo a Eumeo, antes de darse a conocer, dice que Fidón le dió hospitalidad, le enseñó todo lo que Odiseo tenía en el palacio y le dijo que este héroe se hallaba en Dodona para saber por la encina de Zeus si debía tornar a Ítaca de un modo manifiesto u oculto, y que ya estaba dispuesta la nave que debía conducirlo, *Od.*, XIV, 316 a 333; en la fingida relación que hace Odiseo a Penelopea cuenta que Fidón le dijo que Odiseo se había entretenido recogiendo riquezas y que ya estaba dispuesta la nave para conducirlo a Itaca, XIX, 282 a 290.

FÍLACE (Φυλάκη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 695, 700; residencia de Medonte, XIII, 696; XV, 335.

Od., XI, 290; XV, 236.

FILÁCIDA (Φυλακίδης): Hijo de Filaco. Nombre patronímico de Ificlo, *Il.*, II, 705; XIII, 698.

FÍLACO (Φύλακος): 1) Un troyano, muerto por Leito, *Il.*, VI, 35.

2) Hijo de Deyoneo y padre de Ificlo, *Od.*, XV, 231.

FILANTE (Φύλας): Rey de Éfira, padre de Polimela, *Il.*, XVI, 181 y 191.

FILEO (Φυλεύς): Hijo de Augias, padre de Meges. Irritado con su padre, emigró a

Biblioteca Nacional de España

Duliquio, *Il.*, II, 628; X, 110, 175; recibió de Eufetes la coraza que en la guerra de Troya llevaba Meges, XV, 530; fué vencido por Néstor en los juegos fúnebres de Amarinceo, XXIII, 637.

FILETIO (Φιλοίτιος): Boyero de Odiseo, muy fiel a su amo. Conduce al palacio de Odiseo una vaca no paridera y pingües cabras para los pretendientes; ve a Odiseo, que está transfigurado en un mendigo, y, después de preguntar a Eumeo quién es, va a saludarle, se lamenta de la ausencia de Odiseo y dice que, si éste tornara, pronto verían qué fuerza tiene y de qué brazos dispone, *Od.*, XX, 185 a 237; reparte el pan en un festín de los pretendientes, XX, 254; llora al ver que Eumeo toma el arco de Odiseo para ponerlo en manos de los pretendientes, XXI, 83; recibe de Odiseo el encargo de cerrar las puertas del patio antes de la matanza de los pretendientes, XXI, 240 y 241; cuando ve que Odiseo toma el arco, sale silenciosamente, entorna las puertas del patio, las ata con un cable de papiro, vuelve a entrar y se sienta, clavando los ojos en Odiseo, XXI, 388 a 393; recibe de Telémaco una armadura y se coloca, con éste y Eumeo, al lado de Odiseo, XXII, 114 y 115; por orden de Odiseo, él y Eumeo van al cuarto donde estaban las armas, derriban a Melantio, le atan las manos y los pies con una soga y lo suben a lo alto de una columna, XXII, 170 a 193; mata a Pisandro, XXII, 268; hiere a Ctesipo y se burla de él diciendo que reciba aquel presente por la pata que dió a Odiseo, XXII, 285 a 291; dice Telémaco a su padre que no hiera a Medonte, si ya no le han muerto Filetio o el porquerizo, XXII, 357 a 359; por orden de Odiseo, Filetio, Telémaco y Eumeo mandan a las mujeres que trasladen los cadáveres y limpien la sala, pasan la rasqueta por el pavimento, matan cruelmente a Melantio, lávanse y vuelven adonde estaba el héroe, XXII, 435 a 479; al dia siguiente de la matanza, Odiseo hace levantar a Telémaco, a Eumeo y a Filetio, ármanse y salen al campo, XXIII, 367 a 372; Odiseo envía a Telémaco, a Eumeo y a Filetio a la casería de Laertes, mientras él va al huerto, XXIV, 213 a 220; cuando Odiseo y Laertes entran en la casería hallan a los mismos cortando carne y mezclando vino para el almuerzo, XXIV, 362 a 364; ármanse todos y salen al encuentro de los itacenses, XXIV, 496 a 501.

FILETÓRIDA (Φιλητορίδης): Hijo de Filétor. Nombre patronímico de Demuco, *Il.*, XX, 457.

FILIDA (Φυλείδης): Hijo de Fileo. Nombre patronímico de Meges, *Il.*, II, 628; V, 72; XIII, 692; XV, 519, 528; XVI, 313; XIX, 239.

FILO (Φυλώ): Criada de Helena. Le trae a ésta el canastillo de plata, *Od.*, IV, 125, 133.

FILOCTETES (Φιλοκτήτης): Hijo de Peante, rey tésalo y hábil arquero, a quien los griegos abandonaron en Lemnos por haber sido mordido por un reptil, *Il.*, II, 718, 725.

Od. Llegó felizmente de Troya a su patria, III, 190, y durante la guerra fué el mejor de los arqueros griegos, VIII, 219.

FILOMEDUSA (Φιλομέδουσα): Esposa del rey Areitoo y madre de Menestio, *Il.*, VII, 10.

FILOMELIDA (Φιλομηλείδης): Rey de Lesbos. Provocaba a los transeuntes a luchar con él y Odiseo aceptó el reto y lo mató, *Odisea*, IV, 342 a 344; XVII, 133 a 135.

FLEGIAS (Φλεγύας): El rey Flegias fué padre de Coronis, la cual tuvo de Apolo a Asclepio, *Him.*, XVI, 3.

FOCEA (Φώκαια): Ciudad de la costa de Jonia. En ella reina Apolo, *Him.*, III, 35.

FORBANTE (Φόρβας): 1) Rey de Lesbos, padre de Diomeda cautiva de Aquileo, *Il.*, IX, 665.

2) Un troyano, padre de Ilioneo, *Iliada*, XV, 490.

3) En unos versos muy alterados se dice que Apolo luchó con Forbante, del linaje de Tríopas, *Him.*, III, 211.

FORCIS (Φόρκυς): 1) Un troyano, hijo de Fénope, caudillo de los frigios, *Il.*, II, 862; XVII, 218; fué muerto por Ayante, XVII, 312 y 318.

2) Dios marino. Es hijo, según Hesiodo, del Ponto y de la Tierra y hermano de Taumante, de Ceto y de Euribia *(Teogonia*, v. 237 a 239). Es el padre de la ninfa Toosa y, por ésta, abuelo del cíclope Polifemo, *Od.*, I, 70 a 73; hay en Ítaca un puerto consagrado a Forcis, el anciano del mar, XIII, 96, 97, 345.

FRADMÓNIDA (Φραδμονίδης): Hijo de Fradmón. Nombre patronímico del teucro Agelao, que fué muerto por Diomedes, *Il.*, VIII, 257.

Biblioteca Nacional de España

FRICÓN (Φρίκων): Rey de los cimeos de la Eólide. Los pueblos de Fricón se dedicaban a las obras de Ares y amurallaron la eolia Esmirna, *Ep.*, IV, 4.

FRIGIA (Φρυγίη): Región del Asia Menor, *Iliada*, III, 184 y 401; XI, 184; XVI, 719; XVIII, 291; XXIII, 545.

Him. Afrodita, transfigurada en mortal, dice que es hija de Otreo, que reina sobre toda la Frigia, V, 112.

FRONIO (Φρόνιος): Itacense, padre de Noemón, *Od.*, II, 386; IV, 630, 648.

FRONTIS (Φρόντις): 1) Esposa de Panto y madre de Euforbo, *Il.*, XVII, 40.

2) Hijo de Onétor; era el piloto de la nave de Menelao. Fué muerto por las suaves flechas de Apolo, es decir, murió súbitamente, *Od.*, III, 279 a 283.

FUERZA (Ἀλκή): Personificación de la misma en la égida de Atenea, *Il.*, V, 740.

FUGA (Φόβος): Tiene por padre a Ares. Juntamente con el Terror y la Discordia, excita a teucros y a dánaos para que traben el combate, *Il.*, IV, 44; en el escudo de Agamenón aparece Gorgo y a sus lados el Terror y la Fuga, XI, 36 y 37; acompaña en la guerra a su padre Ares, XIII, 299.

GALATEA (Γαλάτεια): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 45.

GALAXAURA (Γαλαξαύρη): Una de las doncellas que jugaba y cogian flores con Persefonea cuando ésta fué robada por Hades, *Himnos*, II, 423.

GANIMEDES (Γανυμήδης): Hijo hermosísimo de Tros; Zeus lo arrebató de la tierra y lo llevó al Olimpo para que fuese su copero, *Il.*, XX, 232.

Him. Zeus robó al hermoso Ganimedes para que escanciara el néctar a los dioses, V, 202.

Frag. Hefesto construyó una viña que Zeus entregó a Laomedonte en compensación de Ganimedes, XXI, 4.

GÁRGARO (Γάργαρον): Parte del monte Ida, y la cumbre más alta del mismo, *Il.*, VIII, 47; XIV, 292 y 352; XV, 152.

GERENIO (Γερήνιος): Epíteto de Néstor. Se le llama así porque cuando Heracles tomó a Pilos, Néstor fué llevado a Gereno, ciudad de Mesenia, y allí se educó, *Il.*, II, 336, 443, 601; IV, 317; VII, 170, 181; VIII, 80, 112, 151; IX, 162, 179; X, 102, 128, 138, 143, 157, 168, 203, 543; XI, 516, 655, 840; XIV, 52; XV, 370, 659. *Od.*, III, 68, 102, 210, 253, 386, 397, 405, 411, 417, 474; IV, 161.

GERESTO (Γεραιστός): Promontorio de la isla de Eubea. Allí Néstor y los que con él volvían de Troya ofrecieron sacrificios a Posidón, *Od.*, III, 177 a 179.

GIGEA (Γυγαίη): Laguna del Asia Menor. Tuvo de Talémenes dos hijos: Mestles y Ántifo, *Il.*, II, 865; XX, 391.

GIRAS (Γυραί): Rocas cercanas a la isla de Eubea. Allí naufragó Ayante, y, habiéndose sentado en una de ellas, partióla Posidón y el héroe cayó en el undoso ponto, *Od.*, IV, 500 a 510.

GIREA (Γυραίη πέτρη = la roca Girea): Una de las rocas llamadas Giras, situadas cerca de la Eubea. Posidón partió la roca Girea, donde se había sentado Ayante, y este héroe cayó al mar y se ahogó, *Od.*, IV, 507.

GIRTÍADA (Γυρτιάδης): Hijo de Girtio. Nombre patronímico de Hirtio, *Il.*, XIV, 512.

GIRTONE (Γυρτώνη): Ciudad de Tesalia, *Iliada*, II, 738.

GLÁFIRAS (Γλαφυραί): Ciudad de Tesalia, *Iliada*, II, 712.

GLAUCE (Γλαύκη): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 39.

GLAUCO (Γλαῦκος): 1) Hijo de Sísifo y padre de Belerofonte, *Il.*, VI, 154.

2) Caudillo de los licios, hijo de Hipóloco y compañero de Sarpedón, *Il.*, II, 876. Va a combatir con Diomedes, pero refieren sus respectivas genealogías, resultan ser huéspedes paternos y truecan la armadura en prueba de amistad, VI, 144 a 211 y 251 a 236; pelea valerosamente y mata a Ifinoo, VII, 13; Sarpedón lo toma por compañero para acometer a los griegos, XII, 102; exhortado por Sarpedón, combate con denuedo, es herido por una flecha de Teucro y se retira, XII, 310 a 330, 387 a 391; defiende a Héctor cuando éste cae por haber recibido una pedrada de Ayante, XIV, 426; oyendo que Sarpedón, moribundo, le pide que le defienda, impetra de Apolo que le cure la herida, incita a los caudillos y con éstos arremete contra los dánaos, XVI, 492 a 552; puestos en fuga los teucros, se vuelve y mata a Báticles, XVI, 593 a 599; increpa a Héctor por su cobardía, XVII, 140 a 168; es exhortado por Héctor, junto con otros

Biblioteca Nacional de España

caudillos, a que luche por apoderarse del cadáver de Patroclo, XVII, 216.

3) El poeta aconseja a Glauco, guardián de los rebaños, que ante todo dé de comer al perro, *Ep.*, XI, título y 1.

GLISANTE (Γλίσας): Ciudad de Beocia, *Iliada*, II, 504.

GONOESA (Γονόεσσα): Ciudad sita en la parte septentrional de Acaya, *Il.*, II, 573.

GORGITIÓN (Γοργυθίων): Un troyano, hijo de Príamo y de Castianira, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 302.

GORGO (Γοργώ y posteriormente Γοργών): Uno de los tres monstruos (Esteno, Euríale y Medusa) hijos de Forcis y de Ceto, más conocidos con el nombre de Gorgonas. Sólo Medusa era mortal y fué muerta por Atenea o por Perseo, *Il.*, V, 741; VIII, 349; XI, 36.

Od. En la *Odisea* designa a Medusa, cuando Odiseo teme que Persefonea le mande del Hades la cabeza de Gorgo, XI, 633 a 635.

Frag. Habiendo quedado encinta, parióle las Gorgonas que habitaban la pedregosa isla de Sarpedón, XIII, 1.

GORGONEA CABEZA (Γοργείη κεφαλή): *Il.*, V, 741.

GORTINA (Γόρτυς): Ciudad de la isla de Creta, *Il.*, II, 646.

Od., III, 294.

GOZAENELAGUA (Ὑδρόχαρις): rana. Mata al rey Roejamones, *Batr.*, 227.

GOZALAGO (Λιμνόχαρις): rana. [Según unos versos intercalados, al ver que Muchavoz se moría, adelántase y mata a Habitagujeros con una piedra como de molino, *Batr.*, 212 y 213.]

GRACIAS (Χάριτες): Diosas. Según Hesíodo, eran tres: Aglaya, Eufrosine y Talía, hijas de Zeus y Eurínome. En Homero tienen un carácter individual poco marcado; una de ellas es la esposa de Hefesto y la más joven se llama Pasitea, *Il.*, XIV, 267 a 269, 275 y 276; XVIII, 382.

Od. Habían dotado de belleza a las esclavas que estaban a la puerta de la habitación de Nausícaa, VI, 18; lavaron, ungieron y pusieron lindas vestiduras a Afrodita en Pafos, VIII, 364; forman un amable coro, XVIII, 194.

Him. En el Olimpo, las Gracias, las Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita bailan cogidas de las manos, III, 194; en el templo de Pafos, las Gracias lavaron y ungieron a Afrodita, V, 61; Anquises dice a Afrodita, que se le presenta transfigurada en mujer, que quizás sea una de las Gracias, V, 95; en Delfos, Ártemis dispone el coro de las Musas y de las Gracias, XXVII, 15.

Frag. Llevaba en su cuerpo vestidos que las Gracias y las Horas hicieron y tiñeron, VI, 1.

GRÁNICO (Γρήνικος): Río de la Tróade, que corre desde los montes Ideos al mar, *Iliada*, XII, 21.

GREA (Γραῖα): Población de Beocia, *Il.*, II, 498.

GUNEO (Γουνεύς): Griego, caudillo de los enianes y perrebos, *Il.*, II, 748.

HABITAGUJEROS (Τρωγλοδύτης): ratón. Mata con su lanza a la rana Cienolento, *Batracomiomaquia*, 206 a 208. [Según unos versos intercalados es muerto por Gozalago que le tira una piedra como de molino, 212 y 213]; retírase del combate cojeando y, al ver a Vocinglero, salta a un foso para librarse de la muerte, 247 a 249.

HADES (Ἅιδης, Ἀΐδης y Ἀϊδωνεύς, de ἀ + la raíz ϝιδ, que tenemos en ἰδεῖν = ver, = *el invisible*. Según Danielsson, procede de la raíz indoeuropea *aiu- (= impetus, celeritas, vis, vigor)*, en griego αἰϜιδ-, y significa *el rápido, el impetuoso, el violento*, epíteto del demon de la muerte). Dios de los infiernos, hijo de Cronos y de Rea, y muchas veces el infierno mismo. Sus principales epítetos son: Ζεὺς καταχθόνιος [Zeus subterráneo]; στυγερός [odioso]; βροτοῖσιν θεῶν ἔχθιστος ἁπάντων [para los mortales, el más aborrecido de todos los dioses]; πελώριος [monstruoso, ingente]; πολυσημάντωρ Ἀϊδωνεύς [Aidoneo, que sobre muchos impera]; ἄναξ ἐνέρων [rey de los infiernos]; ἴφθιμος [poderoso]; κλυτόπωλος [el de los famosos corceles]; πυλάρτης [de sólidas puertas, cuando Hades significa el infierno], etc.

Il., I, 3; III, 322; V, 190, 395, 646, 654, 845; VI, 284, 422, 487; VII, 131, 330; VIII, 16, 367, 368; IX, 158, 312, 569; XI, 55, 263, 445; XIII, 415; XIV, 457; XV, 188, 191, 251; XVI, 625, 856; XX, 61, 294, 336; XXI, 48; XXII, 52, 213, 362, 389, 425, 482; XXIII, 19, 71, 74, 76, 103, 137, 179, 244; XXIV, 246, 593.

Biblioteca Nacional de España

Od., III, 410; IV, 834; VI, 11; IX, 524; X, 175, 491, 502, 512, 534, 560, 564; XI, 47, 65, 69, 150, 164, 211, 277, 425, 475, 571, 625, 627, 635; XII, 17, 21, 383; XIV, 156, 208; XV, 350; XX, 208; XXIII, 252, 322; XXIV, 204, 264.

Him., II, 2, 79, 84, 336, 347, 357, 376, 395; IV, 572; V, 154.

Batr., 236.

Frag., LIV, 4.

HALIA (Ἁλίη): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 40.

HALIARTO (Ἁλίαρτος): Ciudad de Beocia, *Iliada*, II, 503.

Him. Allí llegó Apolo y dijo a Telfusa que en aquel sitio se proponía construir un templo, III, 243.

HALIO (Ἅλιος): 1) Guerrero licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 678.

2) Hijo de Alcinoo y de Arete, reyes de los feacios. Toma parte en los juegos celebrados en presencia de Odiseo, *Odisea*, VIII, 119; juntamente con Laodamante, juega a tirar la pelota al aire y tomarla dando un salto, y luego se ponen ambos a bailar, VIII, 370 a 380.

HALITERSES (Ἁλιθέρσης): Anciano de Ítaca, hijo de Mástor. Interpretando un presagio que se presenta después de hablar Telémaco en el ágora, vaticina la vuelta de Odiseo y la matanza de los pretendientes, y aconseja que se ponga término a las demasías de éstos, *Od.*, II, 146 a 177; dice Leócrito que Méntor y Haliterses animarán a Telémaco para que emprenda el viaje en busca de noticias de su padre, II, 253; Telémaco, al presentarse en el ágora, a la vuelta de su viaje, va a sentarse donde estaban Méntor, Ántifo y Haliterses, XVII, 67 a 70; después de la matanza de los pretendientes, exhorta a los ciudadanos de Ítaca para que no vayan contra Odiseo, XXIV, 450 a 462.

HALOSIDNE (Ἁλοσύδνη): Epiteto de Anfitrite, usado por el nombre propio, *Od.*, IV, 404.

HARMA (Ἅρμα): Población de Beocia, cerca de Micaleso, *Il.*, II, 499.

HARMONÍA (Ἁρμονίη): En el Olimpo bailan las Gracias, las Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita, cogidas de las manos, *Him.*, III, 195.

HARMÓNIDA (Ἁρμονίδης): Nombre del artífice Tectón, *Il.*, V, 60.

HARPALIÓN (Ἁρπαλίων): Hijo del rey Pilémenes, muerto por Meriones, *Il.*, XIII, 644.

HARPÍAS (Ἅρπυιαι, de la raíz ἁρπ-, metátesis de ῥαπ-, arrebatar = las que arrebatan). Son consideradas como diosas de las tempestades, y a veces como personificaciones de las tempestades y huracanes. Según Hesíodo (*Teogonía*, 265 a 269), son dos, Aelo y Ocípete, hijas de Taumante y de la oceánida Electra. Dice Telémaco que Odiseo ha desaparecido sin fama arrebatado por las Harpías, *Od.*, I, 241, palabras que más adelante repite Eumeo, XIV, 371; las hijas de Pandáreo fueron arrebatadas por las Harpías y dadas a las Erinias como esclavas, XX, 77.

HEBE (Ἥβη): Diosa, hija de Zeus y de Hera. Sirve el néctar a los dioses, *Il.*, IV, 2; coloca las ruedas del carro de Hera, V, 721; lava y viste a Ares, a quien Peón ha curado la herida que le infirió Diomedes, V, 905.

Od. Heracles tiene por esposa a Hebe, XI, 603.

Him. En el Olimpo, Hebe baila cogida de las manos con otras deidades, III, 195; Heracles en el Olimpo posee a Hebe, XV, 8.

HÉCABE (Ἑκάβη): Hija de Dimante, esposa de Príamo y madre de Héctor y otros muchos hijos, *Il.*, XVI, 718. A ruegos de Héctor, reúne las matronas y hace ofrendas a Atenea para que salve la ciudad, VI, 251 a 311; ruega a Héctor, desde la muralla, que no luche con Aquileo; y una vez muerto aquél, llora amargamente, XXII, 79 a 89, 405 a 407, 430 a 436; quiere disuadir a Príamo de que vaya al campamento aqueo y no consiguiéndolo le aconseja que haga una libación a Zeus y le pida un agüero, XXIV, 200 a 227, 283 a 298; sus lamentaciones ante el cadáver de Héctor, XXIV, 747 a 759.

HECAMEDE (Ἑκαμήδη): Hija de Arsínoo. Fué cautivada por Aquileo en Ténedos y dada, como esclava, a Néstor. Prepara una bebida para Néstor y Macaón, *Il.*, XI, 624 a 641; calienta agua para lavarle a este último la sangre de la herida, XIV, 6.

HÉCATE (Ἑκάτη): Oyó la voz de Persefonea cuando, al ser ésta raptada, invocaba a su padre Cronida, *Him.*, II, 25; salió al encuentro de Deméter y le dijo que había oído los gritos de Persefonea, II, 52, 59; acercóse a Persefonea, después que fué

Biblioteca Nacional de España

restituida a su madre, la abrazó muchas veces y fué en adelante su servidora y compañera, II, 438.

HÉCTOR (Ἕκτωρ): Hijo de Príamo y de Hécabe. El más señalado de los héroes teucros. Dice Aquileo que Agamenón no podrá socorrer a los aqueos cuando perezcan a manos de Héctor, *Il.*, I, 242; Iris aconseja a Héctor que ordene a los auxiliares de manera que cada príncipe mande a sus conciudadanos, II, 802, y Héctor, conociendo la voz de la diosa, disuelve el ágora, II, 807; Héctor Priámida manda a los troyanos, II, 816; increpa a Paris por su cobardía, III, 38 a 57; detiene las falanges para que se verifique el combate singular de Paris y Menelao, III, 76 a 94, y con Odiseo mide el campo, III, 314; cuando muere Democoonte, retrocede con sus tropas ante los argivos, IV, 505; increpado por Sarpedón, incita a los caudillos a pelear y reanima la batalla, V, 471; combate valerosamente, rechaza a los dánaos y los teucros pueden llevarse a Sarpedón que está herido, V, 680 a 699; por consejo de Héleno entra en la ciudad, encarga a su madre que con otras matronas ruegue a Atenea, va a la casa de Paris y a la suya propia, y al volverse encuentra a Andrómaca en las puertas Esceas, sostiene con ella el célebre coloquio conocido con el nombre de *Despedida de Héctor y Andrómaca*, y con Paris, que se le junta luego, vuelve al campo de batalla, VI, 85, 116, 237, 250 a 285, 313 a 529; desafía a los más valientes caudillos y lucha en singular combate con Ayante, que le sale al encuentro, VII, 74 a 91, 233 a 302; combate valerosamente, VIII, 88 y 90, 117, 172, 215 y siguientes; hiere a Teucro, VIII, 324; persigue a los griegos que huyen espantados, VIII, 337 a 349, 356; reune a los teucros en junta y les propone pasar la noche en el campo para reanudar la batalla en cuanto amanezca, VIII, 489 a 542; manda un espía al campamento griego, Dolón, que es cogido y muerto por Odiseo y Diomedes, X, 299 y siguientes; hace formar a los troyanos, y por orden de Zeus, que le transmite Iris, se abstiene de combatir hasta que Agamenón es herido, XI, 56 a 66, 196 a 209; entonces vuelve a pelear, anima a los suyos y les causa a los griegos una gran derrota, XI, 284 y siguientes; persigue a los griegos, no obstante un augurio desfavorable, hacia las naves, XII, 195 y siguientes; consigue romper una de las puertas de la muralla aquea, XII, 442 a 471; arremete al frente de los suyos, se ve detenido por los Ayantes, y animando a los caudillos promueve un gran combate, XIII, 136 y siguientes, 673 a 835; herido por una pedrada que le tira Ayante, cae, pierde el conocimiento y sus amigos le sacan del combate y lo llevan a la orilla del Janto, XIV, 401 a 440; reanimado por Apolo, vuelve a la batalla con este dios, pone en fuga a los aqueos, lucha con Ayante, exhorta a los caudillos, llega a las naves e intenta incendiar una de ellas, XV, 244 a 280, 304 a 331, 346 a 366, 415 a 428, 440 y siguientes; reprendido por Glauco, defiende el cadáver de Sarpedón, mata a Patroclo y se apodera de las armas de Aquileo, XVI, 537 a 561, 649, 712 y siguientes; XVII, 72 a 95, 107, 125; retrocede ante Ayante y es denostado por Glauco, XVII, 128 a 187; viste las armas de Aquileo y pelea con Menelao y otros, XVII, 192 a 198; vuelve a la batalla y al frente de los suyos da una carga a los griegos, XVII, 210 a 235, 262 y siguientes; increpale Apolo por su cobardía, XVII, 581 y siguientes; rechaza el consejo de Polidamante de llevar las tropas a la ciudad, XVIII, 284 a 310; arenga a los combatientes, muere Polidoro a manos de Aquileo, sale Héctor al encuentro de éste y, cuando va a perecer, Apolo le salva, XX, 364 a 454; refugiado el ejército en la ciudad, Héctor aguarda a Aquileo, huye al verle venir, da, perseguido por éste, tres vueltas alrededor de Troya, lucha con él, es vencido y muerto y Aquileo se lo lleva atado a su carro, canto XXII; Afrodita y Apolo cuidan de que el cadáver se conserve fresco, XXIII, 184 a 191; arrástralo Aquileo cada mañana en torno del túmulo de Patroclo; y Príamo lo redime, entregando a Aquileo numerosos presentes, y lo lleva a Troya, donde es llorado, quemado en la pira y enterrado, erigiéndosele un túmulo, XXIV, 159 al fin.

Frag. Celebraron el funeral de Héctor y llegó la Amazona, XV, 1; el hijo de Aquileo llevóse a Andrómaca, mujer de Héctor, XXV, 27; Héctor yacía en el suelo, desvanecido, XXXIX, 1.

Biblioteca Nacional de España

HECTÓRIDA (Ἑκτορίδης): Hijo de Héctor. Nombre patronímico de Escamandrio o Astianacte, hijo de Héctor y de Hécabe, *Il.*, VI, 401.

HEFESTO (Ἥφαιστος, dór. y eól. Ἄφαιστος, que se corresponde, según Bailly, con el sánscrito *yavixtha,* muy joven, epíteto de Agni, el dios védico del fuego = que no envejece, que conserva la fuerza de la juventud). Dios, hijo de Zeus y de Hera, más conocido con el nombre latino de *Vulcano.* Sus principales epítetos son: ἀμφιγυήεις [cojo de ambos pies. Prellwitz se pregunta si puede significar *aux bras robustes,* por proceder de ἀμφί + γυῖον, rodilla, pierna y, en plural, miembros]; κλυτοτέχνης [ilustre artífice]; χαλκεύς [broncista]; πολύφρων [ingenioso], etc.

Il. En la disputa de Zeus y Hera procura reconciliarlos, sirve el néctar y provoca la risa de los dioses (carcajada homérica), I, 571 a 600; había labrado los palacios de los dioses, I, 607 y 608; XIV, 166 y 167; 338 y 339; fabricó el cetro que usaba Agamenón, II, 101 a 109; uno de sus sacerdotes era Dares, padre de Fegeo e Ideo, V, 9 a 11; libra a este último de morir a manos de Diomedes, V, 23 y 24, cuya coraza había fabricado, VIII, 195; Hera promete al Sueño, si adormece a Zeus, un escabel que hará Hefesto, XIV, 238 a 241; había fabricado la égida de Zeus, XV, 310; trabaja en la fragua cuando Tetis va a encontrarle; y, a ruegos de ésta, fabrica una magnífica armadura para Aquileo (la descripción del escudo es una de las mejores del poema), XVIII, 137, 143, 191, 368 a 617; XIX, 10, 383; XXII, 316; había construido los asientos de piedra del palacio de Zeus, XX, 12; en el *Combate de los dioses* va con los que protegen a los griegos, y le hace frente el río Janto, XX, 36, 73 y 74; por orden de Hera socorre a Aquileo haciendo aparecer una gran llama que pone en ebullición las aguas de este río y quema la vegetación de su ribera, hasta que logra rendirlo y Hera manda que cese el fuego, XXI, 331 a 384.

Od. Construyó la cratera que Menelao regala a Telémaco, IV, 615 a 619; XV, 115 a 119; junto con Atenea enseña a los hombres toda clase de artes, VI, 233; fabricó unos perros de plata y oro que había en la puerta del palacio de Alcínoo, VII, 91 a 94; tenía por esposa a Afrodita, y, como a ésta la sedujese Ares, aprisionó a entrambos culpables merced a unos lazos finísimos que puso en la cama, llamó a todos los dioses y no soltó a aquéllos hasta que Posidón salió fiador de Ares, VIII, 266 a 359.

Him. Hera lo dió a luz y lo tiró al ponto, donde Tetis lo recogió, III, 317; la fuerza de Hefesto enciende el fuego, IV, 115; el poeta canta a Hefesto, célebre por su inteligencia, y le pide que nos sea propicio, XX, 1, 5, 8. Está dedicado a este dios el himno XX.

Frag. Hefesto construyó la viña que Zeus dió a Laomedonte, en compensación de Ganimedes, XXI, 3; ardían los tizones y el gran Hefesto se levantó, XLVI, 1.

HÉLADE (Ἑλλάς): Ciudad de Tesalia o bien toda la región ocupada por los mirmidones, *Il.*, II, 683; IX, 395 y 447; XVI, 595.

Od., I, 344; IV, 726, 816; XI, 496; XV, 80.

HÉLENA (Ἑλένη): Hija de Zeus y de Leda, hermana de Cástor y Polideuces, esposa de Menelao, y amante de París, con quien huyó de Esparta, dando origen a la guerra de Troya, *Il.*, II, 161, 356, 590; sube a la torre de Troya y a petición de Príamo le dice el nombre de los principales caudillos griegos, III, 139 a 244; llamada por Afrodita, niégase a volver a su casa, donde está París, de vuelta del combate con Menelao; luego cede, increpa a París y por fin se acuesta con él, III, 383 a 448; Zeus propone a los dioses que Helena sea devuelta a Menelao, IV, 19; coloquio de Helena con Héctor, VI, 343 a 368; Antenor aconseja a los teucros la devolución de Helena, VII, 350; lamentaciones de Helena ante el cadáver de Héctor, XXIV, 761 a 776.

Od. Tuvo de Menelao una hija, Hermione, tan hermosa como Afrodita, IV, 11 a 14; apenas Telémaco y Pisístrato han llegado al palacio de Menelao, sale Hélena de su habitación, trayéndole una esclava el canastillo de plata y la rueca de oro que le había regalado Alcandra, y, al fijarse en Telémaco, dice que debe de ser el hijo de Odiseo, IV, 120 a 146; llora al oír las palabras que respecto a Odiseo pronuncia Menelao, IV, 184; mezcla en el vino una

Biblioteca Nacional de España

droga contra el llanto y la cólera, que le dió Polidamna, y refiere el ardid de que se valió Odiseo para entrar en Troya disfrazado de mendigo, IV, 219 a 264; cuando fué introducido en Ilión el caballo de madera, Hélena dió tres veces la vuelta a él, llamando a los caudillos aqueos de cuyas mujeres imitaba la voz, IV, 274 a 279; manda Hélena aparejar sendas camas para Telémaco y el hijo de Néstor, y se acuesta con Menelao, IV, 296 a 305; Proteo dice que Menelao será llevado a los Campos Elíseos porque tiene por esposa a Hélena y es, por consiguiente, yerno de Zeus, IV, 563 a 569; dice Odiseo que por Hélena perecieron muchos hombres, XI, 438; Eumeo quisiera que hubiese perecido el linaje de Hélena, XIV, 68; Menelao se levanta de la cama, de junto a Hélena, XV, 58; baja Hélena, con Menelao y Megapentes, a la perfumada estancia donde se guardaban los objetos preciosos, toma el velo mayor y más lindo, se lo da a Telémaco para que su esposa lo lleve en el casamiento, y le desea feliz regreso a la patria, IV, 99 a 130; en el momento de partir Telémaco y Pisístrato, Hélena interpreta un presagio, diciendo que Odiseo se vengará de los pretendientes, XV, 171 a 188; refiere Telémaco a su madre que ha visto en Esparta a Hélena, XVII, 118; en la matanza de los pretendientes, dice Atenea a Odiseo, para animarle, que ya no tiene el vigor con que luchó con los teucros por Hélena, XXII, 226 a 227; dice Penelopea que Hélena no hubiese cometido su falta, de haber sabido que los aqueos habían de llevarla nuevamente a su casa, XXIV, 218 a 221.

Frag. Leda parió la tercera a Hélena, admiración de los mortales, VIII, 1.

HÉLENO (Ἕλενος): 1) Hijo de Príamo y excelente augur. Aconseja a Héctor que entre en la ciudad y diga a su madre que con las otras matronas ruegue a Atenea, *Il.*, VI, 76 a 101; comprende lo que Atenea y Apolo desean y pide a Héctor que suspenda la batalla y desafíe a los caudillos griegos, VII, 43 a 53; manda, junto con Deífobo, uno de los batallones en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla*, XII, 94; mata a Deípiro; tira una flecha a Menelao y, herido por éste, tiene que retirarse, XIII, 576, 582 y 758; increpalo Príamo junto con los demás hijos, XXIV, 249.

2) Un griego, hijo de Énope, muerto por Héctor, *Il.*, V, 707.

HELESPONTO (Ἑλλήσποντος): Estrecho, llamado hoy de los Dardanelos, *Il.*, II, 845; VII, 83; IX, 360; XII, 30; XV, 233; XVII, 432; XVIII, 150; XXIII, 2; XXIV, 346 y 545.

Od. A orillas del Helesponto se erigió un túmulo a Aquileo, Patroclo y Antíloco, XXIV, 76 a 84.

HELICAÓN (Ἑλικάων): Rey, hijo de Antenor, esposo de Laódice, hija de Príamo, *Iliada*, III, 123.

HÉLICE (Ἑλίκη): Ciudad de Acaya, donde se daba culto a Posidón, *Il.*, I, 575; VIII, 203.

HELICÓN (Ἑλικών): Monte de Beocia, célebre por el culto que en él se daba a Apolo y a las Musas. Poséelo Posidón, *Him.*, XXII, 3.

Batr. El poeta pide al coro de las Musas que desde el Helicón venga a su alma para cantar la guerra que los ratones movieron a las ranas, 1 a 7.

Ep. Posidón ejerce su imperio en el Helicón, VI, 21.

HELICONIO (Ἑλικώνιος): De Hélice, ciudad de Acaya. Epíteto de Posidón, *Il.*, XX, 204.

HELOS (Ἕλος): 1) Ciudad marítima de Laconia, del reino de Menelao, *Il.*, II, 584.

2) Ciudad de los pilios, del reino de Néstor, *Il.*, II, 594.

HEMÓN (Αἵμων): 1) Uno de los cinco jefes de los pilios, que estaban a las órdenes de Néstor, *Il.*, IV, 296.

2) Tebano, padre de Meón, *Il.*, IV, 394.

3) Mirmidón, padre de Laerces, *Iliada*, XVII, 467.

4) Hijo de Creonte. El divino Hemón era hijo amado del irreprensible Creonte, *Frag.*, LI, 2.

HEMÓNIDA (Αἱμονίδης): Hijo de Hemón. 1) Nombre patronímico de Laerces, *Iliada*, XVIII, 467.

2) Nombre patronímico de Meón, *Iliada*, IV, 394.

HEPTÁPORO (Ἑπτάπορος = de siete bocas): Río de la Tróade, que corre de los montes Ideos al mar, *Il.*, XII, 20.

HERA (Ἥρη, procedente, según parece, de la misma raíz que la palabra sánscrita *svar*, que significa el cielo). Diosa, hija de Cro-

Biblioteca Nacional de España

nos y de Rea, hermana y esposa de Zeus. Sus principales epítetos son: Ἀργείη [argiva]; χρυσόθρονος [de trono de oro]; ἀπτοεπής [audaz]; ἀμήχανος [incorregible]; πρέσβα θεά [venerable deidad]; βοῶπις [de ojos de novilla]; πότνια [veneranda]; λευκώλενος [de blancos brazos], etc.

Il. Inspira a Aquileo el pensamiento de reunir a los dánaos en junta para buscar medios de acabar con la peste, I, 55; había intentado, junto con otras deidades, encadenar a Zeus, I, 400; disputa con este dios con motivo de la petición que al mismo había hecho Tetis, I, 536 a 611; envía a Atenea para que detenga a los argivos y no permita que se vuelvan a la patria, II, 155 a 165; se opone a que Zeus reconcilie a los griegos y troyanos con la devolución de Hélena, IV, 50 a 67; fué herida por una flecha que le tiró Heracles, V, 392; unce los caballos a su carro, sube a él con Atenea, y con la venia de Zeus dirígense ambas diosas a Troya para oponerse a Ares, y Hera anima a los argivos, V, 711 a 791; compadecida de los griegos, que son derrotados, sube al carro con Atenea para socorrerles, pero Iris, por orden de Zeus, detiene a las dos diosas cuando iban a salir del Olimpo, VIII, 198, 350 a 431; sus hijas, las Ilitias, presiden los alumbramientos y disponen de los terribles dolores del parto, XI, 270 a 271; se atavía, pide a Afrodita el cinto que encierra todos los encantos, se presenta a Zeus, duerme con él, y mientras tanto el Sueño lo participa a Posidón para que este dios socorra a los griegos, XIV, 153 a 360; reprendida por Zeus, que despierta del sueño, jura que no es por su consejo que Posidón favorece a los griegos, vuelve al Olimpo y participa a Ares que ha muerto su hijo Ascálafo, XV, 14 a 112; aconseja a Zeus que deje que Sarpedón sea muerto, XVI, 431 a 457; habla con Zeus con motivo de que Aquileo vuelve a combatir, XVIII, 356 a 367; engaña a Zeus, haciendo que nazca antes Euristeo que Heracles, XIX, 97 a 124; en el *Combate de los dioses* va con los partidarios de los griegos y le hace frente Ártemis, XX, 33, 70; teme que el Janto envuelva a Aquileo, manda a Hefesto que dirija contra él una llama y así que aquél se somete le ordena cesar, XXI, 328 a 380; irritada contra Ártemis, la coge por las muñecas, le quita el arco y la aljaba, y le golpea en las orejas, XXI, 478 a 496, 512.

Od. Dice Proteo a Menelao que Agamenón huyó los hados en las cóncavas naves por haberle salvado Hera, IV, 512 y 513; llámase a Zeus el tonante esposo de Hera, VIII, 465; XV, 112, 180; Hebe es hija de Zeus y de Hera, XI, 603 y 604; la nave Argo se habría estrellado contra las peñas Erráticas, si Hera no la hubiese hecho pasar por su afecto a Jasón, XII, 71 y 72; Hera dotó de hermosura y prudencia a las hijas de Pandáreo sobre todas las mujeres, XX, 70 y 71.

Him. Zeus dió a luz a Dióniso, escondiéndose de Hera, I, 7; cuando Leto iba a parir a Apolo, Hera celosa retenía a Ilitia, III, 95, 99, pero Iris llamó a ésta a escondidas de Hera, III, 105; Hera dió a luz el monstruo Tifaón, irritada porque Zeus había engendrado en su cabeza a Atenea, III, 305, 307, 309; rogó a la tierra que le diera un hijo sin intervención de Zeus, III, 332, 348, y parió a Tifaón, III, 353; tan pronto como Hera se entregaba al sueño, Zeus se unía con Maya, IV, 8; Zeus se junta con hembras mortales, olvidándose de Hera, V, 40; el poeta canta a Hera, hija de Rea, XII, 1; tan pronto como Hera se entregaba al sueño, Zeus se unía con Maya, XVIII, 8. Está dedicado a esta diosa el himno XII.

Ep. El poeta pide a los que habitan la excelsa ciudad de Hera que compadezcan al que no tiene casa ni recibe hospitalario acogimiento, I, 2.

HERACLES (Ἡρακλῆς): Héroe, hijo de Zeus y de Alcmena. Tuvo de Astioquía a Tlepólemo, *Il.*, II, 658 a 660; hirió a Hera en el pecho con trifurcada flecha, y a Hades en la espalda, también con una saeta, V, 392 a 397; fué a Troya por los caballos de Laomedonte y con seis naves y pocos hombres saqueó la ciudad y despobló sus calles, V, 638 a 642, 650; abrumado por los trabajos que Euristeo le imponía, clamaba al cielo y Zeus le enviaba a Atenea para que le socorriera; gracias a ella pudo escapar de las corrientes de la Estix cuando sacó del Érebo el can de Hades, VIII, 362 a 369; fué a Pilos, maltrató a los principales ciudadanos y mató a once de los doce hijos del rey Neleo, XI, 690 a 693; cuando

Biblioteca Nacional de España

salió de Troya, Hera promovió una tempestad y lo llevó a Cos, XIV, 249 a 256, 266, 324; y Zeus lo llevó nuevamente a Argos, XV, 24 a 30; era muy querido de Zeus, pero el hado y la cólera de Hera le hicieron sucumbir, XVIII, 117 a 119; estaba a las órdenes de Euristeo porque, cuando iba a nacer, Hera retardó el parto y aceleró el de la madre de aquél, después de haber hecho jurar a Zeus que el varón descendiente suyo que naciera aquel dia reinaria sobre todos sus vecinos, XV, 640; XIX, 96 a 133; perseguíale una ballena y Atenea y los troyanos levantaron un terraplén para que se librara de ella, XX, 145 a 148.

Od. Fué excelente arquero, VIII, 224; era hijo de Zeus y de Alcmena, la esposa de Anfitrión, XI, 266 a 268; la sombra del mismo habla en el Hades con Odiseo, pues Heracles está con los dioses y tiene por mujer a Hebe, XI, 601 a 626.

Him. Está dedicado a Heracles el himno XV.

Ep. El poeta pide que Quirón traiga muchos Centauros, así los que se escaparon de las manos de Heracles como los que perecieron, para que destruyan el horno, XIV, 18.

HERACLIDA (Ἡρακλείδης): Hijo de Heracles. Nombre patronímico de:

1) Tésalo, *Il.*, II, 679.

2) Tlepólemo, *Il.*, II, 653; V, 628.

HERMES (Ἑρμείας, Ἑρμέας y Ἑρμῆς. Como advierte A. Bailly, creen algunos que Ἑρμείας es igual al védico *Sâraméya,* derivado de Sarama, que designa, según Ad. Kuhn, «la tempestad impetuosa,» y según Max Müller, «la aurora;» por el contrario, Welcker opina que la palabra Ἑρμῆς debe de estar emparentada con ὁρμή, que expresa una idea de movimiento y por consecuencia la evolución del dia y de la noche, la sucesión de la vida y de la muerte). Dios, hijo de Zeus y de Maya, más conocido con el nombre de *Mercurio,* tomado del latín. Sus principales epítetos son: διάκτορος [de διάγω o de διάκων = mensajero, internuncio; según Prellwitz = *dispensateur,* de διά- + κτερ- comp. κτέρας, regalo o posesión]; ἐριούνιος [*benéfico,* o quizás, según Prellwitz, *muy inteligente*]; ἀργεϊφόντης [matador de Argos o, según otros, mensajero veloz]; ἄναξ [soberano]; Κυλλήνιος [Cilenio].

Il. Regaló a Pélope el cetro que luego llevaba Agamenón, II, 104; libró a Ares de Oto y Efialtes, que lo tenían encadenado, V, 390; dió riqueza a Ilioneo, XIV, 491; XV, 214; tuvo de Polimela a Eudoro, XVI, 180, 181, 185; socorre a los griegos, XIV, 135 a 156, 352 a 377; en el *Combate de los dioses* hace frente a Leto, XX, 35, 72; acompaña a Príamo cuando va a la tienda de Aquileo para redimir el cadáver de Héctor y también a la vuelta, XXIV, 333 a 469, 679 a 694.

Od. Enviáronlo los dioses a Egisto para que éste no matara a Agamenón ni pretendiera a su esposa, I, 37 a 43; Atenea pide a Zeus que Hermes vaya a la isla Ogigia, a fin de que Calipso deje partir a Odiseo, I, 84 a 87; manda Zeus a Hermes que vaya a decirle a Calipso la resolución tomada por los dioses de que Odiseo vuelva a su patria, y Hermes ata a sus pies los talares, llega a Ogigia, pone en conocimiento de la ninfa la resolución de las deidades y le aconseja que despida al héroe y no se atraiga el enojo de Zeus, V, 28 a 148; Odiseo se acomoda en la silla de donde se había levantado Hermes, V, 195 y 196; cuando Hefesto llamó a los dioses, al sorprender en flagrante adulterio a Ares y Afrodita, presentóse Hermes y, como Apolo le dijera si le gustaría estar donde se hallaba Ares, contestó que sí, aunque los contemplaran todas las deidades, VIII, 322, 323, 334 a 342; cuando Odiseo se encaminaba al palacio de Circe, le salió al encuentro Hermes y le dió una planta llamada *moly* para que aquélla no pudiese encantarlo, X, 275 a 307; Hermes y Atenea guiaron a Heracles cuando el héroe se llevó del Hades el can Cerbero, XI, 626; Hermes refirió a Calipso que Zeus había prometido al Sol hacer pedazos la nave de Odiseo para castigar a los compañeros del mismo, XII, 390; Eumeo, en la comida que da a Odiseo transfigurado en mendigo, ofrece una de las porciones a Hermes, XIV, 435; dice Odiseo, todavía transfigurado en mendigo, que, gracias a Hermes, nadie rivalizaría con él en servir como criado, XV, 319 a 324; llámase *cerro de Hermes* (Ἑρμαῖος λόφος) una eminencia que hay junto a la ciudad de Ítaca, XVI, 471; Hermes concedió a Autólico que descollara sobre los hombres en hurtar y jurar, XIX, 395 a 397; después de la matanza de los pretendientes, Hermes, con la áurea

Biblioteca Nacional de España

vara en la mano, guía hacia el Hades las almas de los mismos, XXIV, 1 a 10.

Him. El poeta pide a la Musa que le hable del hijo amado de Hermes (Pan), XIX, 1; nacido Pan, su madre lo abandonó, pero Hermes lo recibió y tomó en sus brazos y lo presentó a los dioses, XIX, 40. El poeta pide a la Musa que cante a Hermes, hijo de Zeus y de Maya, IV, 1; Hermes recién nacido, al transponer el umbral de la cueva, halló una tortuga y de su concha hizo una cítara, IV, 25, 46; luego se fué a la Pieria a robar las vacas de Apolo, IV, 69, y se llevó cincuenta, al pasar por Onquesto recomendó a un anciano que no dijera nada de lo que veía, atravesó muchos montes y valles, IV, 96, y llegó por fin a orillas del Alfeo, metió las vacas en un establo y preparó el sacrificio disponiendo primero el combustible y el fuego, IV, 111, en seguida mató dos vacas, asó sus carnes, las dividió en doce partes, quemó pies y cabezas, volvióse a Cilene, entró en su morada por el cerrojo y se metió en la cuna, IV, 126, 130, 145, 150; como le reprendiera su madre, contestóle Hermes que quería obtener los mismos divinales honores que Apolo, IV, 162; al presentársele Apolo, irritado a causa de las vacas, Hermes se escondió entre los pañales, IV, 239, Apolo le mandó que le mostrara las vacas, IV, 253, Hermes dijo que nada sabía de ellas, IV, 260, lo cogió Apolo, pero tuvo que dejarlo, IV, 300, y asegurando que él mismo le enseñaría el camino, IV, 304, 314, 316, llevólo a la presencia de Zeus, IV, 327, 366, quien, después de oír a uno y otro, les mandó que, puestos de acuerdo, buscaran las vacas, IV, 392, 395; fuéronse entonces a la ribera del Alfeo, Hermes atravesó el lapideo umbral y sacó las vacas, y Apolo quedó admirado de que Hermes hubiese degollado dos, IV, 401, 404; Hermes tocó la cítara, Apolo la oyó con gran placer y ambas deidades se reconciliaron dando Hermes a Apolo la cítara y encargando éste a aquél el cuidado de las vacadas, IV, 413, 463, 497, 507; Hermes le juró a Apolo no robarle nada, IV, 513; Hermes es el único mensajero irrecusable para Hades, IV, 571; Anquises dice a Afrodita, transfigurada en hija de Otreo, que si ha ido a su cabaña por la voluntad de Hermes, la tomará por esposa, V, 148; el poeta canta a Hermes cilenio y cuenta como Zeus se unía con Maya así que Hera se entregaba al dulce sueño, XVIII, 1, 12; el poeta invoca a Hermes, juntamente con Hestia, para que le sean propicios, XXIX, 13. Están dedicados a este dios los himnos V y XVIII.

Hermíone (Ἑρμιόνη): 1) Ciudad de Argólide, *Il.*, II, 560.

2) Hija única de Menelao y de Helena. Cuando Telémaco y Pisístrato llegan a Esparta, Menelao envía a Hermione con caballos y carros a la ciudad de los mirmidones para casarla con Neoptólemo, hijo de Aquileo, *Od.*, IV, 1 a 14.

Hermo (Ἕρμος): Río de Eólide, en el Asia Menor, *Il.*, XX, 392.

Ep. El poeta pide a los que beben la divina agua del Hermo que compadezcan a quien no tiene casa ni recibe hospitalario acogimiento, 1, 5.

Hestía (Ἑ[Ἱ]στία): Es una de las tres diosas (Atenea, Ártemis y Hestia) a quienes Afrodita no ha podido subyugar con el amor, *Him.*, V, 22; el poeta pide a Hestia que dé gracia a su canto, XXIV, 1; el poeta invoca a Hestía en honor de la cual se liba el vino en los banquetes, en primero y último lugar, XXIX, 1, 6, 11. Están dedicados a esta diosa los himnos XXIV y XXIX.

Híades (Ὑάδες): Grupo de estrellas en la cabeza del signo Tauro, *Il.*, XVIII, 486.

Hiámpolis (Ὑάμπολις): Población de Fócide, *Il.*, II, 521.

Hicetaón (Ἱκετάων): Prócer troyano, hijo de Laomedonte y hermano de Príamo, *Il.*, III, 147; XV, 576; XX, 238.

Hicetaónida (Ἱκεταονίδης): Hijo de Hicetaón. Nombre patronímico de Melanipo, *Iliada*, XV, 546.

Hida (Ὕδη): Ciudad de Lidia, situada al pie del Tmolo, *Il.*, XX, 385.

Hila (Ὕλη): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 500; patria de Oresbio, V, 708, y de Tiquio, VII, 221.

Hilácida (Ὑλακίδης): Hijo de Hílaco. Nombre patronímico de Cástor. Ambos nombres los atribuye Odiseo fingidamente a su padre en la conversación que traba con Eumeo, antes de darse a conocer al mismo, *Od.*, XIV, 204.

Hilo (Ὕλλος): Río de Lidia, *Il.*, XX, 392.

Biblioteca Nacional de España

HINCHACARRILLOS (Φυσίγναθος): Rey de las ranas, hijo de Lodoso y Reinadelasaguas. Se da a conocer a Hurtamigas, *Batr.*, 17; le dice que mucho se envanece por sus alimentos, pues también las ranas tienen cosas admirables, y le ofrece llevarle a cuestas a su palacio, 56 a 64; nada con Hurtamigas a cuestas, 68; al ver aparecer una hidra, se sumerge en lo hondo del lago y deja abandonado a Hurtamigas, que le increpa por su proceder y le dice que pagará la debida pena al ejército de los ratones, 82 a 99; es acusado por Roepán de haber ahogado a Hurtamigas, 119; por haber dado muerte a Hurtamigas, el heraldo Penetraollas declara la guerra a las ranas en nombre de los ratones, 136 a 142; es acusado por las ranas, se defiende diciendo que ni ha dado muerte al ratón, ni le ha visto perecer, y aconseja que todos se armen y cuando vengan los ratones los tiren al agua, 146 a 159; es herido por Roepán en la extremidad del pie y se da a la fuga, saltando al lago, 250 a 251.

HIPÁSIDA (Ἱππασίδης): Hijo de Hipaso. Nombre patronímico de:

1) Cárope y Soco, muertos por Odiseo, *Il.*, XI, 426 y 431.

2) Hipsenor, *Il.*, XIII, 411.

3) Apisaón, *Il.*, XVII, 348.

HÍPASO (Ἵππασος): Troyano. 1) Padre de Cárope y Soco, *Il.*, XI, 450.

2) Padre de Hipsenor, *Il.*, XIII, 411.

3) Padre de Apisaón, *Il.*, XVII, 348.

HIPERBÓREOS (Ὑπερβόρεοι): Habitantes de una región que se suponía situada muy hacia el Norte. Dice el capitán de la nave en que los piratas se llevaban a Dióniso que éste llegará a los Hiperbóreos o aún más lejos, *Him.*, VII, 29.

HIPEREA (Ὑπέρεια): 1) Fuente de Tesalia, *Il.*, II, 734; VI, 457.

2) Región cercana a la de los ciclopes, donde vivían antiguamente los feacios, antes de que Nausítoo los llevase a Esqueria, *Od.*, VI, 4 a 10.

HIPERENOR (Ὑπερήνωρ): Troyano, muerto por Menelao, *Il.*, XIV, 516; XVII, 24.

HIPERESIA (Ὑπερησίη): Ciudad de Argólide, *Il.*, II, 573.

Od., XV, 254.

HIPERIÓN (Ὑπερίων): Titán, hijo del Cielo y padre del Sol. A veces designa al Sol, *Il.*, VIII, 480; XIX, 398.

Od., I, 8, 24; XII, 133, 176, 263, 346, 374.

Him. El Sol, hijo de Hiperión, oyó los gritos que daba Persefonea cuando era raptada, II, 26; dice Apolo que pudrirán el cadáver de la dragona la obscura Tierra y el resplandeciente Hiperión (es decir, el Sol), III, 369; al nacer Atenea, el hijo de Hiperión detuvo los corceles hasta que Atenea se hubo quitado de los hombros las divinas armas, XXVIII, 13; Hiperión casó con Eurifaesa y tuvo tres hijos: la Aurora, la Luna y el Sol, XXXI, 4.

HIPERIÓNIDA (Ὑπεριονίδης): Hijo o descendiente de Hiperión. Nombre patronímico del Sol, usado a veces por el nombre propio, *Od.*, XII, 176.

Him. El Hiperiónida revela a Deméter que el raptor de Persefonea es Hades, II, 74.

HIPÉROCO (Ὑπείροχος): 1) Teucro, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 335.

2) Eleo, padre de Itimoneo, *Il.*, XI, 673.

HIPERÓQUIDA (Ὑπειροχίδης): Hijo de Hipéroco. Nombre patronímico de Itimoneo, *Il.*, XI, 673.

HIPIRÓN (Ὑπείρων): Teucro, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 144.

HIPOCOONTE (Ἱπποκόων): Caudillo tracio, sobrino de Reso. Fué el primero que advirtió la muerte de éste y de sus soldados después que Odiseo y Diomedes fueron al campamento troyano, *Il.*, X, 518.

HIPODAMANTE (Ἱπποδάμας): Troyano, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 401.

HIPODAMIA (Ἱπποδάμεια): 1) Esposa de Piritoo y madre del caudillo griego Polipetes, *Il.*, II, 742.

2) Hija primogénita de Anquises y esposa de Alcátoo, celebrada por su hermosura, destreza y talento, *Il.*, XIII, 429.

3) Criada de Penelopea, *Od.*, XVIII, 182.

HIPÓDAMO (Ἱππόδαμος): Troyano, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 335.

HIPÓLOCO (Ἱππόλοχος): 1) Hijo de Belerofonte y padre del caudillo teucro Glauco, *Il.*, VI, 119, 144, 197 y 206; VII, 13; XII, 309, 387; XVII, 140.

2) Troyano, hijo de Antímaco. Yendo con su hermano Pisandro en un carro, alcanzóles Agamenón; suplicáronle que los hiciese prisioneros y el Atrida los ma-

Biblioteca Nacional de España

tó, cercenándole a Hipóloco la cabeza y los brazos, *Il.*, XI, 122 y 145.

HIPÓMACO (Ἱππόμαχος): Troyano, muerto por Leonteo, *Il.*, XII, 189.

HIPOPLACIA (Ὑποπλακίη): Epiteto de Tebas, ciudad de la Tróade, por hallarse al pie del Placo, *Il.*, VI, 397.

HIPÓNOO (Ἱππόνοος): Caudillo griego, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 303.

HIPÓTADA (Ἱπποτάδης): Hijo de Hipotes. Nombre patronímico de Éolo, *Od.*, X, 2.

HIPOTEBAS (Ὑποθῆβαι): Población cerca de Tebas, en Beocia, *Il.*, II, 505.

HIPOTIÓN (Ἱπποτίων): Padre de Ascanio y de Moris, *Il.*, XIII, 792; XV, 514.

HIPÓTOO (Ἱππόθοος): 1) Hijo de Leto, caudillo de los pelasgos que peleaban por los troyanos, *Il.*, II, 840; combate, y es muerto por Ayante, XVII, 217, 289, 313, 318.

2) Hijo de Príamo, *Il.*, XXIV, 251.

HIPSENOR (Ὑψήνωρ): 1) Teucro hijo de Dolopión, muerto por Eurípilo, *Il.*, V, 76.

2) Un troyano, hijo de Hípaso, muerto por Idomeneo, *Il.*, XIII, 411.

HIPSIPILE (Ὑψιπύλη): Reina de Lemnos, esposa de Jasón y madre de Euneo, *Il.*, VII, 469.

HIRA (Ἱρή): Ciudad de Mesenia, *Il.*, IX, 150 y 292.

HIRIA (Ὑρία): Población de Beocia, *Il.*, II, 496.

HIRMINA (Ὑρμίνη): Población de Élide, *Iliada*, II, 616.

HIRTÁCIDA (Ὑρτακίδης): Hijo de Hirtaco. Nombre patronímico de Asio, *Il.*, II, 837 y 838; XII, 96, 110 y 163.

HIRTACO (Ὕρτακος): Prócer teucro, padre de Asio, *Il.*, XIII, 759 y 771.

HIRTIO (Ὕρτιος): Caudillo de los misios, hijo de Girtias, muerto por Ayante Telamonio, *Il.*, XIV, 511.

HISTIEA (Ἱστίαια): Ciudad de la isla de Eubea, *Il.*, II, 537.

HOMERO (Ὅμηρος): *Ep.*, XVI (figura dos veces como personaje en el diálogo *A los pescadores)*; XVII, título, 2. (Epitafio *En el sepulcro de Homero)*.

HORAS (Ὧραι): Hijas de Zeus y de Temis, según Hesíodo *(Teogonia,* 901). Cuidan de las puertas del cielo, *Il.*, V, 749; VIII, 393, 433.

Him. En el Olimpo, las Gracias, las Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita bailan cogidas de las manos, III, 194; transportada Afrodita a Chipre, las Horas la vistieron y adornaron, poniendo en su cuello los collares de oro que llevan ellas mismas, VI, 5, 12.

Frag. Llevaba en su cuerpo vestidos que las Gracias y las Horas hicieron y tiñeron, VI, 1, 3.

HURTAMIGAS (Ψιχάρπαξ): ratón. Contestando a Hinchacarrillos, dice su nombre y su linaje, *Batr.*, 21 a 29; salta al cuello de Hinchacarrillos para que éste le lleve a su morada y, si bien al comienzo se deleita con el nadar de la rana, luego se arrepiente y dice que no es así como el toro llevó a Creta la ninfa Europa, 65 a 81; cae de espaldas en el agua, por soltarlo Hinchacarrillos, que se espanta al ver una hidra, y se ahoga, después de quejarse del proceder de la rana y de decirle que pagará la debida pena al ejército de los ratones, 87 a 99; aparece su cadáver tendido de espaldas en medio del lago, mientras los ratones se reunen para vengar su muerte, 105 a 108; a causa de haber sido muerto por Hinchacarrillos, el heraldo Penetraollas declara la guerra a las ranas en nombre de los ratones, 136 a 142.

ICARIO (πόντος Ἰκάριος): 1) Parte del mar Egeo, *Il.*, II, 145.

2) Hermano de Tindaro y padre de Penelopea, *Od.*, I, 329; II, 53, 133; IV, 797, 840; XI, 446; XVI, 435; XVII, 562; XVIII, 159, 188, 245, 285; XIX, 375, 546; XX, 388; XXI, 2, 321; XXIV, 195.

ÍCARO (Ἴκαρος): Una de las islas Ciclades. En ella nació Dióniso, según algunos, *Him.*, I, 1.

ICMALIO (Ἰκμάλιος): Artífice itacense. Fabricó el sillón en que se sienta Penelopea para hablar con Odiseo, antes que éste se le dé a conocer, *Od.*, XIX, 55 a 59.

ICNEA (Ἰχναίη): Epiteto de Temis y de Némesis. Una de las diosas que se hallaban en Delos cuando Leto iba a parir a Apolo, era Temis Icnea, *Him.*, III, 94.

IDA (Ἴδη): Monte, o serie de ellos, de Frigia, en la Tróade, *Il.*, II, 821, 824; III, 276, 320; IV, 475; VII, 202; VIII, 47, 75, 207, 397, 438; XI, 105, 112, 183, 337; XII, 202; XIII, 13; XIV, 157, 162, 283, 287, 293, 307, 332; XV, 5, 146, 151, 255; XVII, 594; XX, 59, 91, 218; XXI, 449, 559; XXII, 171; XXIII, 117; XXIV, 308.

Biblioteca Nacional de España

Him. Apolo reina sobre las umbrías montañas del Ida, III, 34; Afrodita, enamorada de Anquises, se dirigió al Ida, V, 54, 68.

Ep. En las cumbres del Ida hallarán los hombres el hierro de Ares cuando los cebrenios las ocupen, X, 2.

Frag. Las Ninfas, las Gracias y la áurea Afrodita cantan hermosamente por el monte Ida, VII, 5.

IDAS (Ἴδης): Esposo de Marpesa y padre de Cleopatra que fué mujer de Meleagro, *Ilíada*, IX, 558.

IDEO (Ἰδαῖος): 1) Heraldo teucro, *Il.*, III, 248; VII, 276, 278, 284, 372, 381, 405, 406, 413, 416; XXIV, 325, 470.

2) Hijo de Dares, *Il.*, V, 11, 20.

IDOMENEO (Ἰδομενεύς): Rey de Creta, hijo de Deucalión. Llevó su gente a Troya en ochenta naves, *Il.*, II, 645 a 652; desde la torre de Troya, Hélena se lo muestra a Príamo, III, 230 a 233; arma a sus tropas, y Agamenón, al verlo, se alegra y le anima, IV, 252 a 271; mata a Festo, V, 43 a 48; había intentado asaltar la muralla de Troya, VI, 436; combate, VIII, 263; XI, 501; es exhortado por Posidón, se arma, Meriones le pide una lanza y ambos guerreros vuelven a la batalla y pelean con denuedo, XIII, 210 a 396; mata a Alcátoo y, vanagloriándose, refiere a Deífobo su propia genealogía, XIII, 434 a 454; mata a Enomao y se bate en retirada, XIII, 500 a 517; combate, XV, 301; mata a Erimante, XVI, 345; acude, oyendo las voces de Menelao, a defender el cadáver de Patroclo, XVII, 258; combate, XVII, 605, 608; siguiendo el consejo de Meriones, fustiga a los corceles de su carro y se retira de la batalla, XVII, 621 a 625; quédase en la tienda de Aquileo para consolarle, XIX, 311; en los juegos fúnebres de Patroclo, contempla, sentado en una eminencia, la carrera de carros y disputa con Ayante de Oileo sobre cuál es el carro que llega primero, XXIII, 450 a 498.

Od. Terminada la guerra de Troya, llevó a Creta todos sus compañeros, sin que el mar le quitara ninguno, III, 191 y 192; era padre de Orsíloco, XIII, 259 y 260; dice Odiseo, en la fingida relación que hace a Eumeo, que los cretenses les mandaron a él y a Idomeneo que fueran capitanes de los bajeles que iban a Ilión, XIV, 237 y 238; refiere Eumeo que le engañó un hombre etolo diciendo que había visto a Odiseo en Creta, junto a Idomeneo, XIV, 379 a 383; Idomeneo era hijo de Deucalión y nieto de Minos, XIX, 178 a 181; fué a Ilión en las corvas naves, juntamente con los Atridas, XIX, 182 y 183; dice Odiseo, en la fingida relación que de sus aventuras hace a Penelopea antes de darse a conocer, que, cuando Odiseo llegó a Creta, hacía diez u once días que Idomeneo había partido para Ilión en las corvas naves, XIX, 186 a 194.

IDOTEA (Εἰδοθέη): Hija de Proteo. Apareciósele a Menelao cuando éste se hallaba detenido en la isla de Faros, por no soplar vientos prósperos; le aconsejó que sorprendiera a Proteo, para que le dijese cómo podría volver a la patria y le revelase cuanto quisiera; y le ayudó a armar la emboscada contra el anciano cubriendo a Menelao y a tres de sus compañeros, que se echaron en la playa, con sendas pieles de foca, *Odisea*, IV, 364 a 440.

IFEO (Ἴφις, acus. Ἰφέα): Un troyano, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 417.

IFIANASA (Ἰφιάνασσα): Hija de Agamenón, *Il.*, IX, 145 y 287.

IFICLO (Ἴφικλος): Hijo de Filaco y padre de Podarces y de Protesilao, *Il.*, II, 705; XIII, 698. En los juegos fúnebres de Amarinceo venciόle Néstor en la carrera, XXIII, 636.

Od. Aprisionó a Melampo que le quería hurtar las vacas, pues Neleo había ofrecido su hija a quien se las trajera, y al cabo de un año lo puso en libertad por haberse enterado de los oráculos, XI, 290 a 297.

IFIDAMANTE (Ἰφιδάμας): Hijo de Antenor. Criado por su abuelo materno Ciseo, con cuya hija se casó, fué a Troya y murió a manos de Agamenón, *Il.*, XI, 221 a 247.

IFIMEDIA (Ἰφιμέδεια): Esposa de Aloeo y madre de Oto y Efialtes. Gloriábase de haberse unido con Posidón, *Od.*, XI, 305 a 308.

IFÍNOO (Ἰφίνοος): Griego, hijo de Dexio, muerto por Glauco, *Il.*, VII, 14.

IFIS (Ἴφις): Concubina de Patroclo. Fué cautivada por Aquileo en Esciro, *Il.*, IX, 667.

IFÍTIDA (Ἰφιτίδης): Hijo de Ifito. Nombre patronímico de Arqueptólemo, *Il.*, VIII, 128.

IFITIÓN (Ἰφιτίων): Caudillo teucro, hijo de Otrinteo; fué muerto por Aquileo, *Ilíada*, XX, 382.

Biblioteca Nacional de España

Ifito (Ἴφιτος): 1) Hijo de Naubolo, padre de los caudillos focenses Esquedio y Epistrofo, *Il.*, II, 518; XVII, 306.

2) Padre de Arqueptólemo, *Il.*, VIII, 128.

3) Hijo de Eurito. Regaló a Odiseo el arco de Eurito y fué muerto por Heracles, *Od.*, XXI, 14 a 38.

Iftima (Ἰφθίμη): Hija de Icario, hermana de Penelopea y esposa de Eumelo. Atenea hace un fantasma parecido a Iftima y lo envía a Itaca para que sosiegue a Penelopea, diciéndole que su hijo volverá de su viaje en el cual le acompaña Atenea, *Odisea*, IV, 795 a 839.

Ilesio (Εἰλέσιον): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 499.

Ilión (Ἴλιος): Troya, capital del reino de Príamo, cuyo muro fué construido por Posidón. Antiguamente había sido tomada por Heracles, *Il.*, I, 71; II, 113, 133, 216, 230, 249, 288, 492, 673; III, 305, 313; IV, 33, 46, 164, 416; V, 204, 210, 551, 642, 648, 716; VI, 60, 74, 96, 113, 277, 384, 403, 448, 461, 478, 493; VII, 20, 31, 82, 345, 413, 429; VIII, 131, 288, 499, 551, 561; IX, 20, 49, 402, 419, 686; X, 12; XI, 196, 230; XII, 115; XIII, 175, 349, 380, 657, 717, 724, 773; XIV, 46, 251; XV, 66, 71, 169, 215, 550, 558; XVI, 92, 576; XVII, 145, 159, 163, 193, 320, 337, 396; XVIII, 58, 174, 270, 327, 439; XIX, 156; XX, 216; XXI, 81, 104, 128, 156, 295, 433, 442, 515, 561, 588; XXII, 6, 17, 411; XXIII, 64, 297; XXIV, 27, 67, 143, 145, 330, 383, 620.

Od., VIII, 578, 581; IX, 39; XIX, 260.

Him. Dice Afrodita a Anquises que, así que ella le traiga a Eneas, él lo llevará a Ilión, V, 280.

Frag. El aedo canta Ilión y la Dardania de hermosos corceles, XVI, 1.

Ilioneo (Ἰλιονεύς): Un troyano, hijo de Forbante, muerto por Peneleo, *Il.*, XIV, 489 y 492.

Ilitias (Εἰλείθυιαι): Hijas de Zeus y de Hera. Presiden los partos, *Il.*, XI, 270; XVI, 187; XIX, 103 y 119.

Od. Ilitia tiene su gruta en Creta, en un puerto donde desemboca el Amniso, XIX, 188.

Him. Es retenida en la cumbre del Olimpo por Hera, celosa de Leto que iba a parir un hijo irreprensible, III, 97; es llamada por Iris, en nombre de las diosas que rodeaban a Leto, para que asista a ésta, III, 103, 110; entra en Delos y a Leto le llega el parto, III, 115.

Ilo (Ἶλος): 1) Hijo de Tros, padre de Laomedonte y fundador de Ilión, *Il.*, XX, 232 y 236.

2) Hijo de Dárdano, cuyo túmulo hallábase cerca de Troya, *Il.*, X, 415; XI, 166 y 372; XXIV, 349.

3) Hijo de Mérmero. Vivía en Éfira y no quiso dar a Odiseo un veneno que éste le pidió para teñir las flechas, *Od.*, I, 259 a 263.

Imbrasida (Ἰμβρασίδης): Hijo de Imbraso. Nombre patronímico de Piroo, *Il.*, IV, 520.

Imbrio (Ἴμβριος): Troyano, hijo de Méntor, yerno de Príamo por estar casado con Medesicasta; fué muerto por Teucro, *Iliada*, XIII, 171, 197.

Imbros (Ἴμβρος): Isla frente a la costa de Tracia, y ciudad de la misma, *Il.*, XIII, 33; XIV, 281; XXIV, 78 y 753.

Him. En ella reina Apolo, III, 36.

Indómita (Ἀτρυτώνη, prolongación de Ἀτρύτη, del adjetivo ἄτρυτος, ον, indomable, incansable, incesante): Epíteto de Atenea, *Iliada*, II, 157; V, 115, 714; X, 284; XXI, 420.

Ino (Ἰνώ): Hija de Cadmo, que llegó a ser diosa marina. Compadécese de Odiseo, al verlo luchar con las olas, le habla para aconsejarle y le entrega un velo que lo hará insumergible, *Od.*, V, 333 a 352, 461.

Inopo (Ἰνωπός): Riachuelo de la isla de Delos. Leto parió a Apolo junto a la corriente del Inopo, *Him.*, III, 18.

Irafiota (Εἰραφιώτης): Palabra de etimología dudosa: unos creen que significa *cosido en el muslo*, ἐν μηρῷ Διός, como dice Eurípides en el verso 243 de las *Bacantes;* Ehrlich, citado por Boisacq, cree que se deriva de εἴρων, astuto *(rusé);* otros opinan que ha de traducirse por *toro*, etc. Epíteto de Dióniso, *Him.*, I, 2, 17, 20.

Iresias (Εἰρεσίαι): Ciudad de Tesalia. En ella reina Apolo, *Him.*, III, 32.

Iris (Ἶρις, probablemente de Fῖρις, banda, camino, vía = *viatrix*, mujer viandante o andariega. Según otros, de εἴρω, unir, por el arco iris que parece unir la mansión de los dioses con la tierra; o de la radical ἐρ- = decir, por ser la internuncia de los

Biblioteca Nacional de España

dioses; o de la radical *var* = curvar). Diosa, mensajera de las deidades y especialmente de Zeus y de Hera. Sus principales epitetos son: ποδήνεμος [de pies rápidos como el viento]; ὠκέα, ταχεῖα [veloz]; ἀελλόπος [de pies rápidos como el huracán]; πόδας ὠκέα [ligera de pies]; χρυσόπτερος [de doradas alas]; etc.

Il., II, 786, 790, 795; III, 121, 129; V, 353, 365, 368; VIII, 398, 399, 409, 425; XI, 185, 186, 195, 199, 210; XV, 55, 144, 158, 168, 172, 200, 206; XVIII, 166, 182, 183, 196, 202; XXIII, 198, 201; XXIV, 77, 87, 95, 117, 143, 144, 159, 188.

Him. Llama a Deméter por orden de Zeus, II, 314; llama a Ilitia para que asista al parto de Leto, III, 102, 107.

IRO (Ἶρος): Sobrenombre de Arneo, mendigo de Itaca. Llamábanle Iro porque hacía los mandados que se le ordenaban, *Od.*, XVIII, 1 a 7; quiso echar a Odiseo de su casa, cuando éste, transfigurado en mendigo, pedía limosna en su palacio; Odiseo le contestó que ningún daño le causaba y que en el umbral cabían los dos; pero, como Iro le insultara y amenazara nuevamente, lucharon ambos y Odiseo derribó a Iro, lo arrastró por un pie y lo asentó en el patio poniéndole un bastón en la mano, XVIII, 8 a 107; dice Telémaco a Penelopea que el combate del huésped con Iro no se efectuó por haberlo acordado los pretendientes, XVIII, 233 y 234; desearía Telémaco que todos los pretendientes se hallaran como está Iro: con la cabeza caída, los miembros relajados y sin fuerzas para volver a su casa, XVIII, 235 a 242; pregunta Melanto a Odiseo si se envanece por la victoria que consiguió contra Iro y le dice que tema no se levante otro más valiente, XVIII, 333 a 336; pregunta asimismo Eurímaco a Odiseo si se envanece por la victoria que consiguió contra Iro, XVIII, 393.

ISANDRO (Ἴσανδρος): Hijo de Belerofonte y hermano de Hipóloco y Laodamia. Ares le hizo perecer en un combate con los Solimos, *Il.*, VI, 197 y 203.

ISMARO (Ἴσμαρος): Ciudad de los cícones en la Tracia. Fué tomada y saqueada por Odiseo y los suyos; pero sus habitantes llamaron a otros cícones y, tomando la ofensiva, derrotaron a los griegos, a quienes mataron seis hombres de cada navío, *Od.*, IX, 39 a 61; su dios tutelar era Apolo, y en ella vivía Marón, que dió a Odiseo un pellejo de vino por haberle respetado durante el saqueo, IX, 196 a 201.

ISO (Ἴσος): Hijo de Príamo, muerto por Agamenón, *Il.*, XI, 101 a 108.

ISQUIS (Ἴσχυς): En unos versos muy alterados se dice que Apolo iba a pretender la doncella Azántide con el deiforme Isquis, *Him.*, III, 210.

ÍTACA (Ἰθάκη): 1) Isla del mar Jónico en la cual reinaba Odiseo, *Il.*, II, 632; III, 201. *Od.*, I, 18, 57, 103, 172, 247, 386, 395, 404; II, 167, 293; IV, 175, 555, 601, 605, 608, 643, 671, 845; IX, 21, 505, 531; X, 420, 463, 522; XI, 30, 111, 162, 480; XII, 138, 345; XIII, 97, 135, 212, 248, 256, 325, 344; XIV, 98, 126, 182, 189, 329, 344; XV, 29, 267, 482, 510, 534; XVI, 58, 124, 223, 230, 251, 419; XVII, 250; XIX, 132, 399, 462; XX, 340; XXI, 18, 109, 252, 346; XXII, 30, 52; XXIII, 122, 176; XXIV, 104, 259, 269, 284.

Him. A los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, se les apareció, al llegar navegando a Feras, el alto monte de Itaca, III, 428.

2) Ciudad de la isla del mismo nombre, *Od.*, I, 88, 163; III, 81; X, 417; XI, 361; XV, 36, 157; XVI, 322; XVIII, 2.

ÍTACO (Ἴθακος): Hijo de Pterelao. Héroe epónimo de Itaca. Junto con sus hermanos Nérito y Políctor, construyó la fuente que había cerca de la ciudad, *Od.*, XVII, 207.

ITÉMENES (Ἰθαιμένης): Un troyano, padre de Estenelao, *Il.*, XVI, 586.

ITILO (Ἴτυλος): Hijo del rey Zeto y de Aedón, la cual lo mató por imprudencia, *Odisea*, XIX, 522 y 523.

ITIMONEO (Ἰτυμονεύς): Hijo de Hipéroco, que vivía en Élide y fué muerto por Néstor en la contienda surgida entre los eleos y los pilios, *Il.*, XI, 672.

ITOME (Ἰθώμη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 729.

ITÓN (Ἴτων): Ciudad de la Ptiótide, en Tesalia, *Il.*, II, 606.

IXIÓN (Ἰξίων): Ἰξιονίη ἄλοχος = la esposa de Ixión, *Il.*, XIV, 317.

JANTO (Ξάνθος): 1) Un troyano, hijo de Fénope, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 152.

Biblioteca Nacional de España

2) Río de Licia, *Il.*, II, 877; V, 479; VI, 172.

3) Río de la Tróade, hijo de Zeus, llamado por los dioses Escamandro, *Il.*, VI, 4; VIII, 560; XII, 313; XIV, 434; XX, 40 y 74; XXI, 2, 15, 146 y 337; XXIV, 693.

4) Caballo de Aquileo, *Il.*, XVI, 149. Le profetiza la muerte, XIX, 400, 405 y 420.

5) Caballo de Héctor, *Il.*, VIII, 185.

JAPETO (Ἰαπετός): Titán, hijo de la Tierra y del Cielo, padre de Prometeo, Epimeteo, Atlante y Menetio. Mora con Cronos en los confines de la tierra y del mar, *Iliada*, VIII, 479.

JÁRDANO (Ἰάρδανος): 1) Río de la Élide (Peloponeso), *Il.*, VII, 135.

2) Río de la isla de Creta, *Od.*, III, 292.

JASÓN (Ἰήσων): Príncipe tésalo, hijo de Esón; tuvo de Hipsipile a Euneo, *Il.*, VII, 469; XXI, 41.

Od. Su nave Argos fué la única que pasó por las peñas Erráticas sin recibir daño, por la protección de Hera, XII, 70 a 72.

JASÓNIDA (Ἰησονίδης): Hijo de Jasón. Nombre patronímico de Euneo, *Il.*, VII, 468 y 471; XXIII, 747.

JUNCALERO (Καλαμίνθιος): rana. Al ver a Taladrajamones, siente un gran miedo, tira el escudo y se echa al agua, *Batr.*, 224 a 225.

LAA (Λάα): Población de Laconia, *Il.*, II, 585.

LACEDEMONIA (Λακεδαίμων): Región del Peloponeso; reino de Menelao, *Il.*, II, 581; III, 239, 244, 443.

Od., III, 326; IV, 1, 702; XIII, 414, 440; XV, 1; XXI, 13.

LADRÓNDEMIGAJAS (Ψιχάρπαξ): ratón. Para vengar la muerte de Oliscasado, mata a Puerrívoro, hiriéndole en el vientre, en medio del hígado, *Batr.*, 234 a 236; recibe un puñado de cieno que le tira Andaentrecoles (irritado por la muerte de Puerrívoro) y por poco no queda ciego, 237 a 238; tira una enorme piedra a Andaentrecoles y le quiebra la pierna derecha, 239 a 242; es herido en el vientre por Vocinglero, que le envasa todo el junco y se lo arranca en seguida, y todos sus intestinos se desparraman por el suelo, 243 a 246. Es un personaje distinto del otro Ψιχάρπαξ de los versos 24, 27, 105 y 141 que hemos designado con el nombre de *Hurtamigas*.

LAERCES (Λαέρκης): 1) Hijo de Hemón, padre de Alcimedonte que era caudillo de los mirmidones a las órdenes de Aquileo, *Iliada*, XVI, 197; XVII, 467.

2) Orífice pilio. Néstor lo manda llamar para que dore los cuernos de la novilla que luego sacrifican a Atenea, *Od.*, III, 425.

LAERTES (Λαέρτης): Hijo de Arcesio y de Calcomedusa, esposo de Anticlea y padre de Odiseo. Refiere Mentes (Atenea) que, según le han dicho, Laertes ya no va a la ciudad, sino que se queda en el campo, donde le cuida una vieja esclava, *Od.*, I, 188 a 193; Laertes compró a Euriclea por veinte bueyes, I, 429 y 430; para entretener a los pretendientes, deciales Penelopea que labraba el sudario del héroe Laertes, II, 99; XIX, 144; XXV, 134; dice Menelao que Laertes, Penelopea y Telémaco deben de llorar por el ausente Odiseo, IV, 110 a 112; dijo Proteo a Menelao que habían visto en una isla al hijo de Laertes, IV, 555 y 556; encarga Penelopea que se avise a Laertes para que éste se queje de que los pretendientes quieran matar a Telémaco, IV, 737 a 741; muchos feacios contemplan con admiración al hijo de Laertes, VIII, 17 y 18; dijo Odiseo al Cíclope que, si le preguntasen quién le cegó, respondiera que fué Odiseo, el hijo de Laertes, IX, 502 a 505; pidió el Cíclope a Posidón que Odiseo, hijo de Laertes, no volviera a Ítaca o perdiera antes su nave y sus compañeros, IX, 528 a 535; dice Anticlea a Odiseo, en el Hades, que Laertes no va a la ciudad y duerme con los esclavos o en su lecho de hojas dentro de la viña, XI, 187 a 194; Eumeo edificó la majada sin ayuda de Laertes, XIV, 9; dice Eumeo que tanto él como Penelopea, Laertes y Telémaco, desean que se presente Odiseo, XIV, 171 a 173; Eumeo compró a Mesaulio sin ayuda de Laertes, XIV, 451; cuenta Eumeo que Laertes vive aún y pide a Zeus que el alma se le separe de los miembros, XV, 353; refiere Eumeo que Laertes lo compró con sus bienes, XV, 483; cuenta Telémaco que Arcesio engendró a Laertes, su hijo único, y éste a Odiseo, XVI, 118 a 120; dice Eumeo a Telémaco que, desde que éste se fué a Pilos,

Biblioteca Nacional de España

Laertes no hace más que sollozar y lamentarse, XVI, 138 a 145; Odiseo, cuando se descubre a Telémaco, le encarga que nadie sepa que ha llegado, ni siquiera Laertes, XVI, 301 a 303; el cabrero Melantio va en busca del escudo que Laertes llevara en su juventud, para dárselo a los pretendientes, XXII, 184 y 185; el porquerizo y el boyero atan a Melantio, conforme a lo dispuesto por el hijo de Laertes, XXII, 189 a 191; Laertes había quemado muchos muslos de buey en el altar que, dedicado a Zeus, había en el palacio, XXII, 335 y 336; dice Odiseo a Penelopea que va a ver a su padre Laertes, que tan afligido se halla por su ausencia, XXIII, 359 y 360; el alma de Agamenón llama a Odiseo feliz hijo de Laertes, XXIV, 192; llegan Odiseo, Telémaco, el boyero y el porquerizo al predio de Laertes, donde tenía su casa el anciano, XXIV, 205 a 210; Odiseo halla a su padre en el huerto, aporcando una planta; le habla con burlonas frases; le dice que es Epérito, hijo del rey Afidante; y por fin se da a conocer: Laertes lo reconoce, lloran y se abrazan, y se van a la caseria, donde hallan a Telémaco y los dos servidores, que preparan el almuerzo, XXIV, 242 a 364; la esclava siciliana lava a Laertes, Atenea hermosea al héroe y éste se lamenta de no tener las fuerzas de que disfrutaba cuando tomó a Nérico, pues habría dado muerte a muchos pretendientes, XXIV, 365 a 383; al tener noticia de que los itacenses van a acometerles, Laertes viste también la armadura, se regocija de que Odiseo y Telémaco rivalicen en ser valientes, y luego, exhortado por Atenea, arroja la lanza y mata a Eupites, XXIV, 498 a 522.

LAERTÍADA (Λαερτιάδης): Hijo de Laertes. Nombre patronímico de Odiseo, *Il.*, II, 173; III, 200; IV, 358; VIII, 93; IX, 308, 624; X, 144; XIX, 185; XXIII, 723.

Od., V, 203; IX, 19; X, 401, 456, 488, 504; XI, 60, 92, 405, 473, 617; XII, 378; XIII, 375; XV, 486; XVI, 104, 167, 455; XVII, 152, 361; XVIII, 24, 348; XIX, 165, 262, 336, 583; XX, 286; XXI, 262; XXII, 164, 339; XXIV, 542.

LAMEHOMBRES (Λειχήνωρ): ratón. Es muerto por la rana Chillafuerte, que le clava la pica en medio del hígado, *Batr.*, 202 a 205. [Según unos versos intercalados: hiere en el hígado a Albahaquero, 216, cae al pie de la orilla y muere envuelto en las delgadas cuerdas de sus intestinos, 216 a 221.]

LAMEMUELAS (Λειχομύλη): ratón. Era hija del rey Roejamones y madre de Hurtamigas, *Batr.*, 29.

LAMEPLATOS (Λειχοπίναξ): ratón. Ve que Hurtamigas se ahoga en el lago y corre a participarlo a los ratones, *Batr.*, 100 a 101; mata a Reposaenelcieno, 230.

LAMOS (Λάμος): Rey de los lestrigones, hijo de Posidón, *Od.*, X, 81.

LAMPETIA (Λαμπετίη): Ninfa, hija del Sol y de Neera. Ella y su hermana Faetusa apacientan las vacas y las ovejas del Sol, *Odisea*, XII, 131 a 133; fué a decir al Sol que los compañeros de Odiseo habían dado muerte a algunas de las vacas, XII, 374 y 375.

LAMPÉTIDA (Λαμπετίδης): Hijo de Lampo. Nombre patronímico de Dólope, *Il.*, XV, 526.

LAMPO (Λάμπος): 1) Anciano teucro, hermano de Príamo y padre de Dólope, *Il.*, III, 147; XV, 526; XX, 238.

2) Caballo de Héctor, *Il.*, VIII, 185.

3) Uno de los dos caballos (Lampo y Faetonte) que tiran del carro de la Aurora, *Od.*, XXIII, 246.

LAODAMANTE (Λαοδάμας): 1) Caudillo teucro, hijo de Antenor, muerto por Ayante, *Ilíada*, XV, 510.

2) Príncipe feacio, hijo de Alcinoo y de Arete. Por orden de su padre, cede el sitio a Odiseo, *Od.*, VII, 170; toma parte en los juegos celebrados ante Odiseo, siendo el más gallardo de todos los feacios, VIII, 117 a 119; sale vencedor en el pugilato, VIII, 130; propone que se invite a Odiseo a probarse en los juegos, por consejo de Eurialo va él mismo a decírselo, y Odiseo se excusa, VIII, 131 a 157; Odiseo desafía a todos los feacios menos a Laodamante, que es su huésped, VIII, 206 a 208; Laodamante y Halio juegan, tirando una pelota de color de púrpura, y después bailan, VIII, 370 a 380.

LAODAMIA (Λαοδάμεια): Hija de Belerofonte, la cual tuvo de Zeus a Sarpedón, *Il.*, VI, 197.

LAÓDICE (Λαοδίκη): 1) Hermosísima hija de Príamo, esposa del rey Helicaón, *Il.*, III, 124; VI, 252.

2) Hija de Agamenón, *Il.*, IX, 145, 287.

LAÓDOCO (Λαόδοκος): 1) Hijo de Antenor.

Biblioteca Nacional de España

Atenea toma su figura para aconsejar a Pándaro que tire una flecha a Menelao, *Il.*, IV, 86 a 103.

2) Griego, compañero de Antiloco, *Iliada*, XVII, 699.

LAÓGONO (Λαόγονος): 1) Teucro, hijo de Onétor, sacerdote de Zeus, muerto por Merione, *Il.*, XVI, 604.

2) Teucro, hijo de Biante, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 460.

LAOMEDONTE (Λαομέδων): Rey de Troya, *Iliada*, V, 269; Heracles fué a Troya por los caballos de este rey y tomó y devastó la ciudad, V, 640 a 642; fué hijo suyo Bucolión, VI, 22 y 23; Posidón y Apolo le construyeron las murallas de Troya, VII, 452; su genealogía, XX, 230 a 240; defraudó a Posidón y a Apolo no pagándoles el salario convenido, XXI, 443 a 457; excelencia de sus caballos, XXIII, 348.

Frag. Zeus entregó a Laomedonte una viña construida por Hefesto, en compensación de Ganimedes, XXI, 4.

LAOMEDONTÍADA (Λαομεδοντιάδης): Hijo de Laomedonte. Nombre patronímico de Lampo, *Il.*, III, 250; XV, 527.

LAÓTOE (Λαοθόη): Hija de Altes, esposa de Príamo y madre de Licaón, *Il.*, XXI, 85; XXII, 48.

LARISA (Λάρισα): Ciudad pelásgica de Eólide, *Il.*, II, 841; XVII, 301.

LECTO (Λεκτόν): Promontorio de la Tróade, *Il.*, XIV, 248.

Him. Cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo, atravesó el arenoso Lecto, III, 217.

LEDA (Λήδη): Hija de Testio, esposa de Tíndaro y madre de Cástor, Polideuces, Hélena y Clitemnestra. Odiseo ve su sombra en el Hades, *Od.*, XI, 298 a 300.

Him. Cástor y Polideuces son hijos de Zeus y de Leda, XVII, 3; XXXIII, 2.

LEITO (Λήϊτος): Caudillo de los beocios, hijo de Alectrión, *Il.*, II, 494; mata a Filaco, VI, 35; Posidón le anima a pelear, juntamente con otros caudillos, XIII, 91; es herido por Héctor, XVII, 601.

LELANTO (Λήλαντον): Llanura en la costa meridional de la Eubea. Apolo, al buscar sitio para establecer un oráculo, se detiene en la llanura Lelanto, *Him.*, III, 220.

LEMNOS (Λῆμνος): Isla del mar Egeo. Hefesto cayó en ella cuando fué arrojado del cielo, *Il.*, I, 593; allí quedó abandonado Filoctetes cuando le mordió ponzoñoso reptil, II, 722; de la misma recibían los aqueos el vino, VIII, 467 a 471.

Od. Hefesto finge que se va a Lemnos, la ciudad que le es más grata, para volverse en seguida y sorprender a Ares y Afrodita en flagrante adulterio, VIII, 282 a 284.

Him. En ella reina Apolo, III, 36.

LEÓCRITO (Λειώκριτος): Griego, hijo de Arisbante, muerto por Eneas, *Il.*, XVII, 344.

LEÓCRITO (Λητόκριτος): Uno de los pretendientes de Penelopea. Era hijo de Evénor. En el ágora de los itacenses increpa a Méntor porque aconseja a los pretendientes que desistan, y dice que el mismo Odiseo recibiría la muerte si intentase combatir con ellos, *Od.*, II, 242 a 256; muere a manos de Telémaco, que le hunde la lanza en el ijar, XXII, 294 a 296.

LEODES (Ληώδης): Arúspice de los pretendientes. Era hijo de Énope. Es el primero que se levanta para tender el arco, lo intenta en vano, dice que aquel arco privará a muchos de la vida, y es reprendido por Antínoo, *Od.*, XXI, 144 a 174; en la escena de la matanza, ruega a Odiseo que no lo mate, abrazándolo por las rodillas; pero el héroe le corta la cabeza, que cae al suelo cuando Leodes hablaba todavía, XXII, 310 a 329.

LEONTEO (Λεοντεύς): Caudillo griego, hijo de Corono, *Il.*, II, 745; XII, 130 y 188; XXIII, 837 y 841.

LESBOS (Λέσβος): Isla del mar Egeo y ciudad de la misma, *Il.*, IX, 129, 271, 664; XXIV, 544.

Od., IV, 342; XVII, 133.

Him. Era sede de Mácar Eolión y en ella reinaba Apolo, III, 37.

LESQUE (Λέσχη): Lugar público, cubierto, que por la noche utilizaban como dormitorio los transeuntes y los mendigos, *Odisea*, XVIII, 329. Gonzalo Pérez traduce la palabra λέσχη por *hespital:*

> Pues no te vas a echar por hespitales
> (tomo II, pág. 652);

y el señor Baráibar por *público mentidero:*

> . . En vez de irte
> a dormir a una fragua, o algún público
> mentidero...
> (tomo II, pág. 155).

LESTRIGONIA (Λαιστρυγονίη): Región, probablemente de la costa occidental de Sicilia,

Biblioteca Nacional de España

donde vivía un pueblo de gigantes antropófagos, *Od.*, X, 82; XXIII, 318.

LETO (Λητώ, de λανθάνω, estar oculto. Según Osthoff, procede de la rad. *lâ[i]*, estar oculto, y significa la Noche, que da a luz dos grandes astros: Apolo y Ártemis). Diosa, hija de Ceo y de Febe y madre de Apolo y de Ártemis, que tuvo de Zeus. Sus principales epítetos son: καστιγνήτη ἑκάτοιο [hermana del que hiere de lejos]; κούρη Διός [hija de Zeus]; τοξοφόρος [que lleva un arco]; ἰοχέαιρα [que se complace en las flechas]; ἀγροτέρη [campestre]; πότνια θηρῶν [señora de las fieras]; κελαδεινή [ruidosa]; χρυσήνιος [la de las riendas de oro]; χρυσηλάκατος [la de la rueca de oro]; ἁγνή [casta]; πότνα θεά [diosa veneranda]; χρυσόθρονος [de trono de oro]; εὐστέφανος [de bella corona]; εὐπλόκαμος [de hermosas trenzas]; etc.

Il. Promovió la contienda entre Agamenón y Aquileo el hijo de Leto y de Zeus, I, 9; el sacerdote Crises dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, hijo de Leto, I, 36; cura, junto con Ártemis, a Eneas, V, 447; fué amada por Zeus, XIV, 327; XVI, 849; XIX, 413; en el *Combate de los dioses* está con las deidades protectoras de Troya, XX, 40; y le hace frente Hermes, XX, 72; que luego rehusa pelear con ella, XXI, 497 a 501; recoge las flechas de Ártemis, XXI, 502 a 504; Niobe osó compararse con Leto, y Apolo y Ártemis le mataron los hijos, XXIV, 602 a 613.

Od. Se huelga de ver a Ártemis rodeada de ninfas, cazando jabalíes o ciervos, IV, 102 a 106; su hijo Apolo mató a Oto y Efialtes, XI, 318 a 320; intentó forzarla Titio, cuando ella se dirigía a Pito, XI, 580 y 581.

Him. Cuando Apolo se presenta en la morada de Zeus, Leto es la única que permanece junto a Zeus, III, 5, y se regocija por haber parido a aquél, III, 12; el poeta saluda a Leto, madre de Apolo y de Ártemis, III, 14; Leto parió a Apolo en Delos, III, 25; Leto recorre muchos lugares y únicamente la isla de Delos permite que en ella dé a luz a Apolo, III, 45, 49, 62, 66, 83, 91, 101; Leto se alegra de haber parido un hijo fuerte y portador de arco, III, 125; Delos contemplaba con júbilo la prole de Zeus y de Leto, III, 136; las doncellas de Delos celebran a Apolo, a Leto y a Ártemis, III, 159; a Apolo le dió a luz Leto, la de hermosa cabellera, III, 178; el hijo de Leto se encamina a Pito, III, 182; Leto se regocija al contemplar cómo Apolo juega con los dioses, III, 205; el poeta saluda al hijo de Zeus y de Leto, III, 545; dice Hermes que si el hijo de Leto le busca, le ocurrirá algo grave, IV, 176; el hijo de Leto pregunta a un viejo si ha visto pasar un rebaño de vacas, IV, 189; el hijo de Zeus y de Leto reconoció a Maya y a Hermes, IV, 243; hablan del robo de las vacas Hermes y el hijo de Leto, IV, 314, y convienen en someter la cuestión a Zeus; Hermes echó a andar y le seguía el hijo de Zeus y de Leto, IV, 321; Hermes apacigua al hijo de Leto tocando la cítara, IV, 416; el hijo de Leto coge la cítara y la prueba con el plectro, IV, 500; a Afrodita, que, transfigurada en mortal, se presenta a Anquises, le dice éste que quizás sea Leto, V, 93; el coro de las Musas y de las Gracias canta a Leto, XXVII, 19; el poeta saluda a los hijos de Zeus y de Leto, XXVII, 21.

LETO (Λῆθος): Pelasgo, hijo de Teutamo y padre de Hipótoo y Pileo, *Il.*, II, 843; XVII, 288.

LETOIDA (Λητοΐδης): Hijo de Leto. Epíteto de Apolo, *Him.*, IV, 158, 253, 261, 403, 508, 513, 524.

LÉUCADE (Λευκὰς πέτρη = la roca de Léucade. Según unos, debe su nombre al color, pues λευκὰς πέτρη significa *roca blanca;* según otros, es llamada así porque después de ella comienzan las tinieblas del Hades; hay quien afirma que el nombre λευκάς es el de una isla de los dioses, etc.): Roca en la costa del Epiro. Por ella pasan Hermes y las almas de los pretendientes para llegar a la pradera de asfódelos donde residen las almas de los difuntos, *Od.*, XXIV, 11.

LEUCIPE (Λευκίππη): Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué robada, *Him.*, II, 418.

LEUCIPO (Λεύκιππος, de λευκός, ή, όν, blanco, + ἵππος, caballo = el de los blancos caballos). En unos versos muy alterados se dice que Apolo luchaba con Leucipo y la mujer de Leucipo, *Him.*, III, 212.

LEUCO (Λεῦκος): Griego, compañero de Odiseo, muerto por Ántifo, *Il.*, IV, 491.

LEUCOTEA (Λευκοθέη): Epíteto de Ino, trans-

Biblioteca Nacional de España

formada en diosa marina, *Od.*, V, 333 y 334. (Véase Ino.)

Libia (Λιβύη): Parte de África. Allí los corderos desde muy chiquitos tienen cuernos y las ovejas paren tres veces al año, *Odisea*, IV, 85 y 86; XIV, 295.

Licaón (Λυκάων): 1) Padre de Pándaro, *Iliada*, II, 826; IV, 89 y 93; V, 95, 101, 169, 193, 197, 229, 246, 276 y 283.

2) Hijo de Príamo y de Laótoe y hermano de Polidoro. Su armadura la lleva Paris en el combate singular con Menelao, *Il.*, III, 333; Apolo toma su figura para exhortar a Eneas, XX, 81 a 85; cae en manos de Aquileo que ya antes lo había hecho prisionero y vendido en Lemnos, y ahora lo mata, XXI, 35 a 119, 127; Príamo lo echa a faltar, XXII, 46; en los juegos fúnebres de Patroclo, uno de los premios es la cratera que había servido en otro tiempo para rescatar a Licaón, XXIII, 740 a 747.

Licasto (Λύκαστος): Ciudad de la isla de Creta, *Il.*, II, 647.

Licia (Λυκίη): 1) Región del Asia Menor, regada por el Janto. Patria de Sarpedón y de Glauco, *Il.*, II, 877; V, 479, 645; VI, 168, 171, 172, 173, 188, 210, 225; XII, 312, 318; XVI, 437, 455, 542, 673, 683; XVII, 172.

2) Comarca al pie del Ida, cerca de Troya, en las orillas del Esepo, cuya capital era Zelea. Patria de Pándaro y de Licaón, *Il.*, V, 105, 173; VI, 168, 171; XVI, 514.

Him. La posee Apolo, III, 179.

Según algunos existió solamente una Licia: la situada cerca del Janto.

Licimnio (Λικύμνιος): Hermano de Alcmena, muerto por Tlepólemo antes de la guerra de Troya, *Il.*, II, 663.

Licofontes (Λυκοφόντης): Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 275.

Licofrón (Λυκόφρων): Hijo de Mástor, escudero de Ayante, muerto por Héctor, *Iliada*, XV, 430 a 441.

Licomedes (Λυκομήδης): Caudillo griego, hijo de Creonte, *Il.*, IX, 84; XII, 366; XVII, 345; XIX, 240.

Licón (Λύκων): Un troyano, muerto por Penéleo, *Il.*, XVI, 335 a 341.

Licto (Λύκτος): Ciudad de la isla de Creta, *Il.*, II, 647; XVII, 611.

Licurgo (Λυκόοργος y Λυκοῦργος): 1) Hijo de Driante. Persiguió por los montes de Nisa a las nodrizas de Dióniso, *Il.*, VI, 130 a 140.

2) Rey de Arcadia que mató a Areítoo, *el macero*, *Il.*, VII, 142 a 149.

Lilea (Λίλαια): Ciudad de la Fócide, junto a las fuentes del Cefiso, II, 523.

Him. Cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo, llegó al Cefiso, el cual, a partir de Lilea, esparce sus aguas, III, 241.

Limnorea (Λιμνώρεια): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 41.

Linceo (Λυγκεύς): Hijo de Afareo y hermano de Idas. Disfrutaba de penetrante vista. Tomó parte en la expedición de los Argonautas. Linceo se fué al Taigeto, recorrió con los ojos la isla de Pélope y vió dentro de la encina a Cástor y Polideuces, *Fragmentos*, IX, 1.

Lindo (Λίνδος): Ciudad de la isla de Rodas, II, 656.

Lirneso (Λυρνησός): Ciudad de Misia, conquistada por Aquileo. En ella cautivó a Briseida, *Il.*, II, 690 y 691; XIX, 60; XX, 92, 191.

Lisandro (Λύσανδρος): Un troyano, muerto por Ayante, *Il.*, XI, 491.

Lodoso (Πηλεύς): rana. Fué padre de Hinchacarrillos, *Batr.*, 19.

Luna (Μήνη y Σελήνη): La Luna, hija del rey Palante, acababa de subir a su atalaya cuando Hermes llegó al Alfeo con las vacas, *Him.*, IV, 90; Hermes estuvo toda la noche esparciendo la negra ceniza mientras brillaba la luz de la Luna, IV, 141; la Luna es hija de Hiperión y Eurifaesa, y hermana de la Aurora y el Sol, XXXI, 6; el poeta pide a las Musas que le enseñen a cantar la Luna de abiertas alas, XXXII, 1; la Luna lava su cuerpo en el Océano, pónese relumbrantes vestiduras y unce los resplandecientes caballos, XXXII, 8; el poeta saluda a la Luna de níveos brazos y hermosas trenzas, XXXII, 17. Está dedicado a la Luna el himno XXXII.

Macaón (Μαχάων): Hijo de Asclepio y hermano de Podalirio. Caudillo y médico, *Il.*, II, 732. Cura la herida de Menelao, causada por una flecha que le disparó Pándaro, IV, 193, 213 a 219; es herido por una saeta que le tira Paris, y Néstor lo saca de la batalla en su carro y se lo lleva a su

Biblioteca Nacional de España

tienda, XI, 505 a 520, 597 a 651, 833; XIV, 3.

MÁCAR (Μάκαρ): Antiguo rey de Lesbos, *Ilíada,* XXIV, 544.

Him. Apolo reina en Lesbos, sede de Mácar Eolión, III, 37.

MADRE DE LOS DIOSES (Μήτηρ θεῶν): Está dedicado a la Madre de los dioses el himno XIV.

MALEA (Μάλεια): Promontorio de Laconia, *Od.,* III, 287; IV, 514; IX, 80; XIX, 187.

Him. La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes pasó a lo largo de Malea, III, 409.

MANTINEA (Μαντινέη): Ciudad de Arcadia, *Il.,* II, 607.

MANTIO (Μάντιος): Hijo de Melampo, padre de Polifides y de Clito, y abuelo de Teoclímeno, *Od.,* XV, 242 a 256.

MARATÓN (Μαραθών): Ciudad del Ática, situada en el campo Maratonio, *Od.,* VII, 80.

MARIS (Μάρις): Licio, hermano de Atimnio y compañero de Sarpedón, muerto por Trasimedes, *Il.,* XVI, 319 a 325.

MARÓN (Μάρων): Hijo de Evantes, y sacerdote de Apolo en Ismaro. Hizo espléndidos dones a Odiseo porque el héroe lo respetó a él y a su familia en el saqueo de la ciudad, *Od.,* IX, 196 a 204.

MARPESA (Μαρπήσση): Hija de Eveno y madre de Cleopatra, la esposa de Meleagro, *Ilíada,* IX, 557.

MASETE (Μάσης): Ciudad de Argólide, *Ilíada,* II, 562.

MÁSTOR (Μάστωρ): Padre de Licofrón de Citera, *Il.,* XV, 430.

MASTÓRIDA (Μαστορίδης): Hijo de Mástor. 1) Nombre patronímico de Licofrón de Citera, *Il.,* XV, 438.

2) Nombre patronímico del anciano héroe Haliterses, *Od.,* II, 158; XXIV, 452.

MAYA (Μαῖα y Μαιάς): Hija de Atlante y madre de Hermes, que tuvo de Zeus, *Odisea,* XIV, 435.

Him. Hermes es hijo de Zeus y de Maya, IV, 1, 3; Zeus se juntaba con Maya en una gruta y, cuando su propósito se hubo cumplido, la ninfa dió a luz al décimo mes, IV, 19; recién nacido, Hermes cantó a Zeus y a Maya, IV, 57; el hijo de Maya separó del rebaño de Apolo cincuenta vacas, IV, 73; el hijo de Maya encargó a un anciano de Onquesto que, viendo, hiciera como que no veía, IV, 89; Hermes conversa con la veneranda Maya, IV, 183; el hijo de Zeus y de Maya, al ver a Apolo, se escondió en los pañales, IV, 235; Apolo muéstrase admirado de la fuerza del hijo de Maya, IV, 408; el hijo de Maya se puso a tocar la lira a la izquierda de Apolo, IV, 424; el hijo de Maya fué asignado por la suerte a Mnemosine, IV, 430; pregunta Apolo al hijo de Maya si supo cantar desde su nacimiento o se lo ha enseñado algún dios o mortal, IV, 439, pues aquella voz solamente se la había oído al hijo de Zeus y de Maya, IV, 446; Apolo dió al hijo de Maya un látigo que éste aceptó gozoso, IV, 498; Apolo teme que Hermes le hurte la cítara y el arco, y él le jura no robarle nada, IV, 514, 521; Apolo da a Hermes tres vírgenes venerandas que en un repliegue del Parnaso practican el arte adivinatoria, IV, 550, 567; Apolo amó con toda suerte de amistad al hijo de Maya, IV, 574; el poeta saluda al hijo de Zeus y de Maya, IV, 579; Maya dió a luz a Hermes, después de unirse con Zeus en una gruta, XVIII, 3; Hermes es hijo de Zeus y de Maya, XXIX, 7.

MEANDRO (Μαίανδρος): Río de Jonia en el Asia Menor, *Il.,* II, 869.

MECISTEO (Μηκιστεύς): 1) Rey argivo, hijo de Talao y padre de Euríalo, *Il.,* II, 566; XXIII, 678.

2) Griego, hijo de Equio, muerto por Polidamante, *Il.,* VIII, 333; XIII, 422; XV, 339.

MECISTÍADA (Μηκιστιάδης): Hijo de Mecisteo Nombre patronímico de Euríalo, *Ilíada,* VI, 28.

MEDEÓN (Μεδεών): Población de Beocia, *Ilíada,* II, 501.

MEDESICASTA (Μηδεσικάστη): Hija bastarda de Príamo, esposa de Imbrio, *Il.,* XIII, 173.

MEDONTE (Μέδων): 1) Hijo bastardo de Oileo y de Rena, caudillo de los griegos de Metone, muerto por Eneas, *Il.,* II, 727; XIII, 693, 695; XV, 332, 335.

2) Caudillo teucro, *Il.,* XVII, 216.

3) Heraldo de Ítaca. Suele estar con los pretendientes, y descubre a Penelopea el acuerdo que han tomado de matar a Telémaco, *Od.,* IV, 675 a 714; XVI, 252, 412; avisa a los pretendientes cuando llega la hora de aparejar la cena, XVII, 172 a 176; sálvase, gracias a Telémaco, en la matanza de los pretendientes, XXII, 357 a 380;

Biblioteca Nacional de España

habla en el ágora para decir a los itacenses que Odiseo no ha llevado al cabo la matanza sin la voluntad de los dioses y que uno de éstos ha intervenido en la misma, XXIV, 438 a 449.

MÉGADA (Μεγάδης): Hijo de Megas. Nombre patronímico de Périmo, *Il.*, XVI, 695.

MEGAMEDIDA (Μεγαμηδείδης): Hijo o descendiente de Megamedes. Nombre patronímico de Palante, *Him.*, IV, 100.

MEGAPENTES (Μεγαπένθης): Hijo de Menelao y de una esclava. Cásalo Menelao con la hija de Aléctor, *Od.*, IV, 10 a 12; por orden de su padre, saca de la habitación en que se guardaban los objetos preciosos una cratera de plata para regalarla a Telémaco, XV, 100 a 104, 122.

MEGARA (Μεγάρη): Hija de Creonte y esposa de Heracles. Odiseo ve su sombra en el Hades, *Od.*, XI, 269 y 270.

MEGES (Μέγης): Hijo de Fileo, caudillo de los griegos procedentes de Duliquio y las islas Equinas, *Il.*, II, 627.

MELAMPO (Μελάμπους): Célebre adivino, hijo de Amitaón. Prometió traerle a Neleo las vacas de Ificlo, pero éste lo aprisionó, soltándolo al cabo de un año por haberse enterado de los oráculos, *Od.*, XI, 291 a 297; a su linaje pertenecía Teoclimeno, XV, 225; vivió primero en Pilos, mas Neleo se apoderó de muchas de sus cosas durante el año que estuvo preso en el palacio de Filaco, por lo cual lo castigó al volver y trasladó su domicilio a Argos, donde se casó y tuvo dos hijos: Antífates y Mantio, XV, 225 a 256.

MELANEO (Μελανεύς): Prócer itacense, padre de Anfimedonte, *Od.*, XXIV, 103.

MELANIPO (Μελάνιππος): 1) Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 276.

2) Hijo de Hicetaón y caudillo de los teucros, muerto por Antíloco, *Il.*, XV, 547, 553, 576, 582.

3) Troyano, muerto por Patroclo, *Ilíada*, XVI, 695.

4) Caudillo griego, *Il.*, XIX, 240.

MELANTEO Y MELANTIO (Μελανθεύς y Μελάνθιος): Cabrero de Odiseo. Era hijo de Dolio y hermano de Melanto. Encuentra a Eumeo y a Odiseo, transfigurado en mendigo; increpa a este último con palabras groseras, le da una coz, y es reprendido por Eumeo; sigue su camino, penetra en el palacio de Odiseo y se sienta frente a Eurímaco, *Odisea*, XVII, 212 a 257; dice a los pretendientes que el mendigo lo ha traído Eumeo, XVII, 369 a 373; llega al palacio de Odiseo con algunas cabras y dos pastores, increpa al mendigo (Odiseo) porque no se va de allí, y le amenaza con llegar a las manos, XX, 173 a 182; escancia el vino en la comida de los pretendientes, XX, 255; por orden de Antínoo, enciende fuego, coloca junto al mismo un sillón y saca una bola de sebo para que los pretendientes calienten y unten el arco, XXI, 175 a 183; dice Antínoo que manden a Melantio que comparezca con algunas cabras para ofrecer los muslos a Apolo y terminar el certamen, XXI, 265 a 268; contestando Melantio a Agelao, dice que no es posible salir por el postigo, y acto continuo va a buscar armas para los pretendientes, XXII, 135 a 146; presume Telémaco que quien ha ido a buscar las armas es Melantio, hijo de Dolio, XXII, 159; vuelve Melantio a buscar armas, y Eumeo y Filetio, por orden de Odiseo, le aguardan, lo tiran contra el suelo y, atándole por detrás los pies y las manos con una soga, lo suben a lo alto de una columna, XXII, 160 a 199; Telémaco, el boyero y el porquerizo sacan a Melantio al vestíbulo, le cortan las narices y las orejas, le arrancan las partes verendas y le amputan los pies y las manos, con ánimo irritado, XXII, 474 a 477.

MELANTIO (Μελάνθιος): Teucro, muerto por Eurípilo, *Il.*, VI, 36.

MELANTO (Μελανθώ): Sierva de Penelopea. Era hija de Dolio y hermana de Melantio. Penelopea la había criado como a una hija, pero ella no compartía los pesares de su señora y era la amante de Eurímaco; increpa groseramente al mendigo (Odiseo) porque no se va del palacio y le pregunta si está envanecido por su victoria contra Iro, *Od.*, XVIII, 321 a 336; increpa nuevamente al mendigo (Odiseo) porque se queda durante la noche en el palacio, y Penelopea la reprende, XIX, 65 a 95; es una de las doce que se entregaron a la impudencia y son ahorcadas en el patio del palacio, XXII, 424, 465 a 473.

MELAS (Μέλας): Hijo de Porteo y hermano de Eneo que fué abuelo materno de Diomedes, *Il.*, XIV, 117.

MELEAGRO (Μελέαγρος): Antiguo príncipe de Calidón, hijo de Eneo, *Il.*, II, 642; salvó

Biblioteca Nacional de España

a su ciudad en la guerra con los curetes, *Il.*, IX, 543 a 605.

MELES (Μέλης): Río de la Jonia. Ártemis abreva sus caballos en el Meles, de altos juncos, *Him.*, IX, 3.

Ep. A través de Esmirna fluye la límpida agua del sagrado Meles, IV, 7.

MELIBEA (Μελίβοια): Ciudad de Tesalia, *Ilíada*, II, 717.

MELITA (Μελίτη): 1) Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 42.

2) Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Him.*, II, 419.

MELÓBOSIS (Μηλόβοσις): Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Him.*, II, 420.

MEMÁLIDA (Μαιμαλίδης): Hijo de Mémalo. Nombre patronímico de Pisandro, *Iliada*, XVI, 194.

MEMNÓN (Μέμνων): Hijo de Titón y de la Aurora. Mató a Antíloco, hijo de Néstor, *Od.*, IV, 187 y 188; fué el hombre más gallardo que conoció Odiseo, XI, 522.

MENELAO (Μενέλαος): Rey de Lacedemonia, hijo de Atreo, hermano de Agamenón, marido de Hélena, y padre de Hermione y de Megapentes, *Il.*, I, 159. Su gente llegó a Troya en sesenta naves, II, 581 a 590; asiste a un sacrificio que ofrece Agamenón, II, 408; al oír que Paris desafía a los caudillos griegos, salta del carro para salirle al encuentro; acepta las condiciones del combate, exigiendo que las sancione Príamo; ármase; ora a Zeus; lucha; coge a Paris por el casco, pero Afrodita arrebata al troyano y él se revuelve entre la muchedumbre, como una fiera, buscando a su enemigo, III, 21 a 29, 97 a 110, 339 a 382, 449 a 454; herido por una flecha que le tira Pándaro, tranquiliza a Agamenón diciéndole que la herida no es mortal, y es curado por Macaón, IV, 94, 100, 115, 127 a 152, 183 a 197, 204 a 219; coge vivo a Adrasto, pero Agamenón le reprende y mata al troyano, VI, 37 a 63; indignado porque nadie acepta el desafío de Héctor, viste las armas para luchar con él, pero desiste por orden de su hermano, VII, 94 a 122; poseído de terror, levántase de la cama, despierta a Agamenón y por encargo de éste va a llamar a Ayante y a Idomeneo para celebrar consejo, X, 25 a 63, 114 a 127; oye la voz de Odiseo, a quien acosan los teucros, y junto con Ayante Telamonio le socorre hasta que logra sacarlo de la turba, XI, 463 a 488; afligido por la muerte de Deípiro, lucha con Héleno a quien hiere en la mano, XIII, 581 a 600; exhorta a Antíloco, XV, 568 a 571; mata a Toante, XVI, 311 y 312; defiende el cadáver de Patroclo; mata a Euforbo; retrocede ante Héctor; avanza nuevamente con Ayante; por consejo de éste llama a los caudillos griegos que acuden en seguida; pídele Automedonte que él y los Ayantes vayan a socorrerle; alentado por Atenea, combate cerca del cadáver y mata a Podes; ve que la victoria se decide por los teucros; y por encargo de Ayante envía a Antíloco para que participe a Aquileo la muerte de Patroclo; y por fin él y Meriones levantan el cadáver y se lo llevan mientras los Ayantes les guardan la retirada, combatiendo con los teucros, XVII, 1 a 139, 237 a 260, 506 a 515, 553 a 590, 626 y 627, 651 a 714, 722 a 761; en los juegos fúnebres de Patroclo, toma parte en la carrera de carros: Antíloco le pasa delante valiéndose de la astucia y se lleva el segundo premio; Menelao le pide juramento de que no ha procedido con dolo, y como Antíloco reconoce su falta, le cede el premio y recibe el tercero, XXIII, 293, 355, 401, 422, 425 a 428, 433 a 445, 515 a 527, 566 a 613.

Od. Atenea, transfigurada en Mentes, aconseja a Telémaco que vaya a ver a Menelao por si le da noticias de Odiseo, I, 285 y 286; refiere Néstor que, después de la toma de Troya, Menelao exhortó a los aqueos a volver a la patria, III, 141; Menelao llegó con sus naves a Lesbos cuando Néstor y otros caudillos deliberaban acerca del rumbo que habían de tomar, III, 168 y 169; pregunta Telémaco dónde estaba Menelao cuando fué asesinado Agamenón, III, 249; dice Néstor que si Menelao, al volver de Troya, hubiese encontrado a Egisto vivo, ni se hubiese echado tierra sobre su cadáver, III, 256 a 261; venían navegando juntos Menelao y Néstor, pero, al llegar al promontorio de Sunio, Apolo mató al piloto de Menelao, y éste se detuvo para hacerle las exequias, III, 276 a 285; luego Zeus dispersó las naves de Menelao cabe al promontorio de Malea, lo llevó a él con cinco naves a

Biblioteca Nacional de España

Egipto, y el héroe llegó a Micenas el mismo día en que Orestes daba el banquete fúnebre en las exequias de su madre y de Egisto, III, 286 a 312; Néstor aconseja a Telémaco que vaya a ver a Menelao, III, 316 a 328; Telémaco y Pisístrato, al llegar a Esparta, hallan a Menelao celebrando la doble boda de su hijo y de su hija, IV, 1 a 17; Eteoneo participa a Menelao la llegada de los forasteros y recibe la orden de desuncirles los caballos y hacerlos entrar, IV, 20 a 36; Telémaco y Pisístrato contemplan absortos el palacio de Menelao, se sientan junto al héroe, comen, y Menelao les saluda y les obsequia con el lomo de un buey asado, IV, 43 a 66; Menelao, al comprender lo que Telémaco habla con Pisístrato, dice que ningún hombre puede competir con Zeus, enumera sus peregrinaciones, y afirma que por nadie se aflige tanto como por Odiseo, IV, 78 a 112; Menelao advierte que Telémaco llora, y no sabe si esperar a que le hable de Odiseo o interrogarle desde luego, IV, 116 a 119; pregunta Hélena a Menelao si sabe quiénes son los huéspedes, pues uno de ellos se parece mucho a Telémaco; y Menelao responde que ya se le había ocurrido que fuese Telémaco, IV, 138 a 150; Pisístrato dice a Menelao que, con efecto, es Telémaco; cuenta Menelao cómo había decidido portarse con Odiseo, de haber éste regresado a su patria, y lloran todos, IV, 155 a 186; dice Menelao a Pisístrato que ha hablado como un varón sensato, y propone que cesen de llorar y se acuerden de la cena, IV, 203 a 215; en seguida les da aguamanos Asfalión, servidor de Menelao, IV, 216 y 217; Hélena, dirigiéndose a Menelao, a Telémaco y a Pisístrato, refiere cómo Odiseo penetró en Troya, disfrazado de mendigo, IV, 235 a 265; responde Menelao diciendo que lo ha contado con gran exactitud, y narra a su vez lo que aquél hizo dentro del caballo de madera, cuando Hélena se acercó al mismo, IV, 265 a 289; replica Telémaco, dirigiéndose a Menelao, que más doloroso es que sea así, IV, 291 y 292; levántase Menelao cuando se descubre la Aurora, interroga a Telémaco acerca del motivo de su viaje, se indigna contra los pretendientes, predice la venganza de Odiseo, y relata cómo, detenido en Egipto, supo por Proteo la suerte que les había cabido a los caudillos griegos, el asesinato de Agamenón, la estancia de Odiseo en la morada de Calipso, y su propio destino futuro en los Campos Elíseos; finalmente, ruega a Telémaco que se quede diez u once días, IV, 306 a 592; Telémaco suplica a Menelao que no le detenga más, y el héroe promete darle una cratera fabricada por Hefesto, IV, 593 a 619; canta Demódoco que, en la toma de Troya, Odiseo y Menelao fueron a la casa de Deífobo, VIII, 517 y 518; pregunta Agamenón a Odiseo, en el Hades, si Orestes está con Menelao en Esparta, XI, 460; dice Atenea a Odiseo que irá a Esparta a llamar a Telémaco, el cual se fué junto a Menelao, XIII, 412 a 415; en una relación fingida que hace Odiseo, antes de darse a conocer al porquerizo, habla de una emboscada cuyos capitanes fueron Odiseo, Menelao y el que habla, XIV, 469 a 471; Atenea se encamina a Lacedemonia y halla a Telémaco y a Pisístrato acostados en el vestíbulo del palacio de Menelao, XV, 1 a 5; Atenea aconseja a Telémaco que pida licencia a Menelao para volverse a Ítaca, XV, 14 y 15; dice Pisístrato a Telémaco que no partan hasta que Menelao les traiga los presentes y los despida con suaves palabras, XV, 51 a 53; Menelao se levanta al despuntar la Aurora, Telémaco le sale al encuentro y le expresa su deseo de irse, Menelao y Hélena le regalan respectivamente una cratera y un peplo, comen, Telémaco y Pisístrato suben al carro, y Hélena, interpretando un presagio, asegura que Odiseo se vengará de los pretendientes, XV, 57 a 178; Pisístrato deja en la popa de la nave de Telémaco los regalos que a éste le había hecho Menelao, XV, 206 y 207; Pireo dice a Telémaco que le mande mujeres para remitirle los presentes de Menelao, XVII, 75 y 76; cuenta Telémaco a Penelopea que Néstor le envió a Menelao y repite lo que éste le dijo, XVII, 116 a 147; en el Hades, Agamenón recuerda a Anfimedonte que fué a su casa, como huésped juntamente con Menelao, cuando pidieron a Odiseo que les acompañara a Troya, XXIV, 115 a 119.

Frag. El aedo se dirige a Menelao para decir que los dioses inventaron el vino para desvanecer las inquietudes, X, 1.

Biblioteca Nacional de España

MENESTEO (Μενεσθεύς): Hijo de Peteo, caudillo de los atenienses, *Il.*, II, 552; IV, 327; XII, 331 a 373; XIII, 195, 690; XV, 331.

Frag. El poderoso Agamenón hizo presentes a Menesteo, magnánimo pastor de pueblos, XXVIII, 2.

MENESTES (Μενέσθης): Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 609.

MENESTIO (Μενέσθιος): 1) Griego, hijo de Areitoo y de Filomedusa, muerto por Paris, *Il.*, VII, 8 a 10.

2) Caudillo griego, hijo del rio Esperquio y de la hermosa Polimela, la hija de Peleo, *Il.*, XVI, 173 a 178.

MENETÍADA (Μενοιτιάδης): Hijo de Menetio. Nombre patronimico de Patroclo, *Il.*, I, 307; IX, 211; XI, 608; XVI, 420, 434, 438, 452, 554 y 760; XVII, 132, 267, 270, 369 y 538; XVIII, 93; XXI, 28; XXIII, 25 y 239; XXIV, 16.

Od., XXIV, 77.

MENETIO (Μενοίτιος): Hijo de Áctor, padre de Patroclo, *Il.*, XI, 605; XVI, 278, 307; XVIII, 325. Amonestó a Patroclo al partir éste para Troya, XI, 765 a 790.

MENÓN (Μένων): Teucro, muerto por Leonteo, *Il.*, XII, 193.

MENTES (Μέντης): 1) Rey de los cicones, en Tracia. Apolo toma su figura para exhortar a Héctor, XVII, 73.

2) Rey de los tafios, hijo de Anquialo y huésped de Odiseo. Atenea toma su figura para aconsejarle a Telémaco que vaya a Pilos y a Esparta, *Od.*, I, 105, 180 y 181, 417 a 419. (Véase ATENEA.)

MÉNTOR (Μέντωρ): 1) Teucro, padre de Imbrio, *Il.*, XIII, 171.

2) Hijo de Álcimo y amigo de Odiseo. Odiseo, al embarcarse, le había encomendado su casa, *Od.*, II, 226 y 227; levántase Méntor en el ágora de los itacenses, se queja de los ciudadanos porque no refrenan la osadía de los pretendientes y es increpado por Leócrito, II, 224 a 256; dice Noemón que se embarcó, como capitán de la nave de Telémaco, Méntor o un dios que le era semejante, pues luego ha visto a Méntor en Ítaca, IV, 653 a 656; recién llegado de Pilos, Telémaco va al ágora y se sienta donde estaba Méntor, Ántifo y Haliterses, XVII, 68 a 70; dice Haliterses a los itacenses que la matanza de los pretendientes ha ocurrido porque no se dejaron persuadir ni por él ni por Méntor, XXIV, 454 a 456. Atenea toma la figura de Méntor: *a)* para aparecérsele a Telémaco en la orilla del mar, buscarle nave y remeros y acompañarle a Pilos, II, 268, 401; III, 22, 240; IV, 654; *b)* para animar a Odiseo en la matanza de los pretendientes, XXII, 206, 208, 213, 235, 249; XXIV, 446; *c)* para animar a Laertes en la lucha de Odiseo y los suyos con los itacenses, XXIV, 502 y 503, 548. (Véase ATENEA.)

MEÓN (Μαίων): Hijo de Hemón. Uno de los jefes de la emboscada que los etolos pusieron a Diomedes, *Il.*, IV, 394 y 398.

MEONIA (Μηονίη): Antiguo nombre de la Lidia. Posteriormente, parte de la Lidia en la frontera de la Misia y de la Frigia, *Iliada*, III, 401; XVIII, 291.

Him. Apolo posee la Licia y la amable Meonia, III, 179.

MERA (Μαῖρα): 1) Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 48.

2) Hija de Preto y de Antea. Odiseo ve su sombra en el Hades, *Od.*, XI, 326.

MERÍONES (Μηριόνης): Caudillo cretense, hijo de Molo; muy valiente, *Il.*, II, 651; IV, 254; V, 59, 65; VII, 166; VIII, 264; IX, 83; X, 59, 196, 229, 260, 270; XIII, 93, 159, 164, 246, 249, 254, 266, 295, 304, 306, 328, 479, 528, 531, 567, 575, 650; XIV, 514; XV, 302; XVI, 342, 603, 608, 617, 619, 627; XVII, 259, 610, 620, 668, 669, 717; XIX, 239; XXIII, 113, 124, 351, 356, 528, 614, 860, 870, 877, 882, 888, 893, 896.

MERMÉRIDA (Μερμερίδης): Hijo de Mérmero. Nombre patronimico de Ilo, *Od.*, I, 259.

MÉRMERO (Μέρμερος): Teucro, muerto por Antiloco, *Il.*, XIV, 513.

MÉROPE (Μέροψ): Adivino, padre de los caudillos Adrasto y Anfio, *Il.*, II, 831; XI, 329.

MESA (Μέσση): Ciudad de Laconia, *Il.*, II, 582.

MESAULIO (Μεσαύλιος): Siervo comprado por Eumeo con sus propios recursos, *Odisea*, XIV, 449, 455.

MESEIDA (Μεσσηΐς): Fuente de Tesalia, *Iliada*, VI, 457.

MESENA (Μεσσήνη): Ciudad de Lacedemonia, donde habitaba Orsíloco. Allí se encontraron Odiseo e Ífito, *Od.*, XXI, 15.

MESTLES (Μέσθλης): Teucro, caudillo de los meonios, hijo de Talémenes y de la laguna Gigea, *Il.*, II, 864; XVII, 216.

Biblioteca Nacional de España

MÉSTOR (Μήστωρ): Hijo de Príamo, muerto antes del tiempo en que comienza la acción de la *Ilíada*, XXIV, 257.

METANIRA (Μετάνειρα): Esposa de Celeo, rey de Eleusis. Las hijas de Celeo ofrecen a Deméter, transfigurada en vieja, interesarse para que su madre Metanira la tome a su servicio, *Him.*, II, 161; al penetrar Deméter en la mansión de Celeo, la admiración y el temor se apoderaron de Metanira que le ofreció una copa de vino, II, 206, y le confió la crianza de su hijo Demofoonte, II, 212, 234; Metanira, viendo que Deméter metía a Demofoonte en el fuego, sollozó y se lamentó, II, 243; Deméter dice a Metanira que hubiera librado a Demofoonte de la vejez y de la muerte, II, 255.

METONE (Μηθώνη y Μεθώνη): Ciudad de la Ptiótide, en Tesalia, donde vivía Filoctetes, *Il.*, II, 716.

MÍCALE (Μυκάλη): Montaña y promontorio del Asia Menor, *Il.*, II, 869.

Him. Apolo reina en las altas cumbres de Mícale, III, 41.

MICALESO (Μυκαλησσός): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 498.

Him. Cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo se dirigió a Micaleso, III, 224.

MICENAS (Μυκήνη y Μυκῆναι): Ciudad de la Argólide, capital del reino de Agamenón, *Il.*, II, 569; IV, 52 y 376; VII, 180; XI, 46.

Od., III, 305; XXI, 108.

MICENE (Μυκήνη): Hija de Inaco, *Od.*, II, 120.

MIDAS (Μίδης): Rey de los brigos, en la Tracia. El epigrama III está dedicado *A Midas:* una virgen de bronce dice que permaneciendo sobre su tumba anunciará a los caminantes que allí está sepultado Midas, *Ep.*, III, título, 1, 6.

MIDEA (Μίδεια): Población de Beocia, *Iliada*, II, 507.

MIDÓN (Μύδων): 1) Teucro, hijo de Atimnio, muerto por Antíloco, *Il.*, V, 580.

2) Teucro, muerto por Aquileo a orillas del Escamandro, *Il.*, XXI, 209.

MIGDÓN (Μύγδων): Rey de Frigia, a quien Príamo llevó auxilio cuando le atacaron las Amazonas, *Il.*, III, 186.

MILETO (Μίλητος): 1) Ciudad de Creta, *Iliada*, II, 647.

2) Ciudad de Caria, *Il.*, II, 868.

Him. Apolo reina en Mileto, III, 42, 180.

MIMANTE (Μίμας): Promontorio de la costa de Jonia, al sud de Quíos, *Od.*, III, 172.

Him. Apolo reina en el escabroso Mimante, III, 39.

Ep. Pide el poeta a Posidón que, al llegar al pie del Mimante, encuentre hombres venerables y justos y pueda vengarse del varón que le ha engañado, VI, 5.

MINES (Μύνης): Marido de Briseida a quien mató Aquileo en la toma de Lirneso, *Iliada*, II, 692; XIX, 236.

MINIEO (Μινύειος): de los minios. Epiteto de Orcómeno, ciudad de los minios, *Il.*, II, 511.

Od., XI, 284.

MINOS (Μίνως): Rey de Creta, hijo de Zeus y de Europa, *Il.*, XIII, 450, 451; XIV, 322.

Od. A su hija Ariadna, Teseo se la llevó de Creta, XI, 321 a 323; Minos administra justicia a los muertos, XI, 568 a 571; su linaje está en Creta, XVII, 523; conversaba con Zeus y reinó nueve años en Cnoso, XIX, 178 a 180.

MIRINA (Μυρίνη): Amazona cuyo túmulo se hallaba cerca de Troya, *Il.*, II, 814.

MÍRSINO (Μύρσινος): Población de la Élide, *Il.*, II, 616.

MNEMOSINE (Μνημοσύνη): Hermes honró con el canto, antes que a las demás deidades, a Mnemosine, madre de las Musas, *Himnos*, IV, 429.

MNESO (Μνῆσος): Peonio, muerto por Aquileo a orillas del Escamandro, *Il.*, XXI, 210.

MOLIÓN (Μολίων): Auriga del caudillo teucro Timbreo, *Il.*, XI, 322.

MOLÍONES (Μολίονες): Eurito y Ctéato, hijos de Áctor, *Il.*, XI, 709 y 750.

MOLO (Μόλος): Padre del caudillo cretense Meriones, *Il.*, X, 269; XIII, 249.

MORIS (Μόρυς): Frigio, hijo de Hipotoón, muerto por Meriones, *Il.*, XIII, 792; XIV, 514.

MUCHAVOZ (Πολύφωνος): rana. [Según unos versos intercalados, muere porque Comepán le hiere en el vientre, *Batr.*, 210; al verle morir, Gozalago mata a Habitagujeros, 212 a 213.]

MUERTE (Θάνατος): Hermana del Sueño, *Iliada*, XIV, 231.

MULIO (Μούλιος): 1) Yerno de Augías, muerto por Néstor en la guerra entre pilios y epeos, *Il.*, XI, 739.

Biblioteca Nacional de España

2) Teucro, muerto por Patroclo, *Iliada*, XVI, 696.

3) Teucro, muerto por Aquileo, *Iliada*, XX, 472.

4) Heraldo duliquiense y criado de Anfinomo. Sirve el vino a los pretendientes, *Od.*, XVIII, 423 a 425.

MUSAS (Μοῦσαι): Diosas, hijas de Zeus. En el banquete de los dioses cantan, mientras Apolo tañe la cítara, *Il.*, I, 604; el poeta las invoca antes de referir cuáles fueron los caudillos y príncipes de los dánaos, II, 484 a 493; en Dorio salieron al encuentro de Tamiris, que se había jactado de cantar mejor que ellas, le cegaron y le hicieron perder el arte de cantar y de pulsar la cítara, II, 594 a 600; Homero invoca a la Musa para que le diga qué guerrero y qué caballos eran los más excelentes entre cuantos fueron a Troya, II, 761 y 762; invócalos asimismo antes de referir diferentes hechos, XI, 218; XIV, 508; XVI, 112. *Od.*, I, 1; VIII, 63, 73, 481, 488; XXIV, 60, 62.

Him. En el Olimpo, las Musas celebran los presentes de los dioses y los infortunios de los hombres, III, 189; la Musa inspira a los cretenses el canto melodioso, III, 518; el poeta pide a la Musa que cante a Hermes, IV, 1; Mnemosine es la madre de las Musas, IV, 430; Apolo es compañero de las Musas, IV, 450; el poeta pide a la Musa que le cuente las obras de Afrodita, V, 1, que celebre a Ártemis, IX, 1, a la madre de los dioses y de los hombres, XIV, 2, a Cástor y a Polideuces, XVII, 1, al hijo de Hermes (Pan), XIX, 1, y a Hefesto, XX, 1; el poeta comienza por las Musas, pues gracias a ellas y a Apolo existen los aedos y citaristas, XXV, 1, 2; Ártemis dispone en Delfos el coro de las Musas y de las Gracias, XXVII, 15; el poeta invita a la musa Calíope a celebrar al Sol, XXXI, 1; el poeta pide a las Musas que le enseñen a cantar la Luna, XXXII, 1; los aedos son los ministros de las Musas, XXXII, 20; el poeta pide a las Musas que le hablen de los Dioscuros, XXXIII, 1. Está dedicado a las Musas y a Apolo el himno XXV.

Frag. Llegó a Colofón un anciano y divino aedo, servidor de las Musas, III, 2; el aedo invoca a las Musas para cantar las hazañas de los más jóvenes, LVI, 1.

NACIDA EN CHIPRE (Κυπρογενής): Epíteto de Afrodita, *Him.*, X, 1.

NACIDO EN PILOS (Πυλοιγενής): 1) Epíteto de Néstor y de sus caballos, *Il.*, II, 54; XXIII, 303.

2) La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos pasó junto a los hombres nacidos en Pilos, *Him.*, III, 398, 424.

NADIE (Οὖτις): Nombre que se atribuye Odiseo para engañar al Cíclope, *Od.*, XI, 366, 369, 408, 455, 460. (Véase ODISEO.)

NASTES (Νάστης): Caudillo de los carios, *Iliada*, II, 867, 870 y 871.

NAUBÓLIDA (Ναυβολίδης): Hijo de Naubolo. Nombre patronímico de Ífito, *Il.*, II, 518.

NAUBÓLIDES (Ναυβολίδης): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo. Era el más gallardo, si se exceptúa a Laodamante, *Od.*, VIII, 116 y 117.

NAUSÍCAA (Ναυσικάα): Hija hermosísima de Alcínoo y de Arete, reyes de los feacios. Está durmiendo cuando se le aparece Atenea, transfigurada en la hija de Dimante, y le aconseja que vaya con las esclavas a lavar la ropa a orillas del río, *Od.*, VI, 15 a 47; pide a su padre un carro, pone en el mismo los vestidos, parte con las esclavas, llegan al río, lavan la ropa, se bañan, comen, y juegan a la pelota, pero ésta cae en el río y gritan todas despertando a Odiseo, VI, 48 a 118; al presentarse Odiseo, huyen las esclavas, y Nausícaa se queda inmóvil, porque Atenea le da ánimo, oye la súplica del héroe, le dice que aquél es el país de los feacios y ella la hija de Alcínoo, y, por su orden, las esclavas llevan a Odiseo a que se bañe, le dan un vestido y le sirven comida, VI, 127 a 150; Nausícaa pone en el carro la ropa lavada, le dice a Odiseo que las siga y se quede en el bosque de Atenea hasta que ellas hayan entrado en la población, y que luego pregunte por el palacio de Alcínoo y, en llegando, implore a la reina Arete, VI, 251 a 315; Nausícaa aguija con discreción a las mulas, para que puedan seguirle Odiseo y las esclavas, VI, 316 a 320; llega Nausícaa al palacio de Alcínoo y, mientras sus hermanos desuncen las mulas y llevan adentro los vestidos, se va a su cuarto donde Eurimedusa le encendía fuego y le aparejaba la cena, VII, 1 a 13; cuenta

Biblioteca Nacional de España

Odiseo a Alcínoo y a Arete cómo imploró a Nausícaa y ésta mandó que lo lavaran y le dieran vestido y comida, VII, 290 a 296; Alcínoo censura a su hija porque no le trajo a Odiseo con las esclavas, y el héroe la excusa, VII, 298 a 307; expresa Alcínoo su deseo de que Odiseo se case con Nausícaa, VII, 311 a 315; Nausícaa contempla con admiración a Odiseo, que sale del baño, le saluda, y le pide que se acuerde de ella, ya que le debe el rescate de la vida; y Odiseo promete invocarla todos los días como a una diosa, VIII, 457 a 468.

NAUSÍTOO (Ναυσίθοος): Antiguo rey de los feacios. Fué hijo de Posidón y de Peribea, padre de Rexénor y de Alcínoo y abuelo de Arete. Llevó a los feacios de la espaciosa Hiperea a Esqueria, donde edificó una ciudad y repartió los campos, *Od.*, VI, 7 a 10; su genealogía, VII, 56 a 66; dijo que Posidón miraba con malos ojos a los feacios porque conducían a todos los hombres, y vaticinó que aquel dios haría naufragar una nave de los feacios y cubriría la vista de la ciudad con una gran montaña, VIII, 565 a 569; XIII, 172 a 178.

NAUTEO (Ναυτεύς): Uno de los jóvenes eacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 112.

NAXOS (Νάξος): La mayor de las islas Cícladas. Dióniso nació en Naxos, según algunos, *Him.*, I, 2; en ella reina Apolo, III, 44.

NEERA (Νέαιρα): Ninfa, de la cual tuvo el Sol dos hijas: Faetusa y Lampetia, *Od.*, XII, 132 y 133.

NELEO (Νηλεύς): Rey de Pilos. Fué hijo de Posidón y de Tiro, la hija de Salmoneo, hermano de Pelias, esposo de Cloris y padre de Néstor, de Cromio, de Periclímeno y de la bella Pero. Heracles mató once hijos, *Il.*, XI, 683, 692, 717.

Od. Pilos es llamada la bien construida ciudad de Neleo, III, 4; sentábase Neleo, consejero igual a los dioses, en unas piedras pulimentadas que estaban junto al portón de su casa, III, 406 a 409; Odiseo ve en el Hades a Tiro, la cual concibió de Posidón a Pelias y a Neleo, XI, 235 a 257; ve luego a Cloris, que tuvo de Neleo hijos ilustres: Néstor, Cromio, el arrogante Periclímeno y la ilustre Pero, encanto de los mortales, XI, 281 a 287; Neleo se empeñó en no dar su hija Pero sino a quien le trajese de Filace las vacas de Ificlo, XI, 288 a 291; Melampo salió de Pilos huyendo de Neleo, que le retuvo los bienes durante el año que aquél pasó encadenado en el palacio de Filaco, por la falta que cometiera para alcanzar la hija de dicho rey, a quien castigó, XV, 226 a 238.

NELIDA (Νηλείδης y Νηληιάδης): Hijo de Neleo. Nombre patronímico de Néstor, *Il.*, VIII, 100; X, 87, 555; XI, 511, 618; XIV, 42; XV, 378; XXIII, 303, 652.

Od., III, 79, 202, 247, 465.

NEMERTES (Νημερτής): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 46.

NÉMESIS (Νέμεσις): Dió a luz a Leda, después de unirse con Zeus de quien huía y con quien tuvo que juntarse cediendo a la dura necesidad, *Frag.*, VIII, 2.

NEOPTÓLEMO (Νεοπτόλεμος, de νέος, nuevo, joven, + πτόλεμος, combate, guerra. Según los antiguos fué llamado así porque, siendo aún joven, tomó parte en la guerra; pero Pott dice que en los compuestos νέος no significa *joven*, sino *nuevo*, y por tanto Νεοπτόλεμος significa *soldado bisoño*, o *que hace una nueva guerra* o *reciente en el combate*). Hijo de Aquileo y de Deidamía. Criábase en Esciro, mientras su padre combatía en Troya, *Il.*, XIX, 327.

Od. Volvió indemne de Troya a su patria, III, 188 y 189; toma por esposa a Hermione, hija de Menelao y de Hélena, IV, 5 a 9; sus hazañas son referidas por Odiseo a Aquileo en el Hades, XI, 504 a 536.

NEREIDAS (Νηρηίδες): Hijas de Nereo: Tetis (Θέτις) y las otras ninfas marinas compañeras suyas, *Il.*, XVIII, 38 a 49.

NEREO (Νηρεύς): La hija de Nereo (Θέτις, Tetis) acogió a Hefesto cuando Hera, su madre, lo tiró al ponto, *Him.*, III, 319.

NÉRICO (Νήρικος): Ciudad de los cefalenos, que tomó Laertes, *Od.*, XXIV, 377.

NÉRITO (Νήριτον): Monte de Ítaca, *Il.*, II, 632.

Od., IX, 22; XIII, 351.

NÉRITO (Νήριτος): Itacense, hijo de Pterelao. Juntamente con sus hermanos Ítaco y Políctor construyó la fuente que había en los alrededores de Ítaca, *Od.*, XVII, 207.

NESEA (Νησαίη): Una de las nereidas, *Ilíada*, XVIII, 40.

NÉSTOR (Νέστωρ): Rey de Pilos, hijo de Neleo y de Cloris, hermano de Cromio, de Peri-

Biblioteca Nacional de España

climeno y de Pero, esposo de Eurídice y padre de Antíloco, de Pisístrato, de Trasimedes, de Policasta, y también de Perseo, que tuvo de otra mujer. Intenta reconciliar a Agamenón con Aquileo, pronunciando un hábil y hermoso discurso, *Il.*, I, 247 a 284; el Sueño toma su figura para llevar a Agamenón el engañoso mensaje de Zeus, II, 20 a 22, 57 y 58; increpa a los argivos que desean regresar a su patria, da consejos al rey Agamenón y le incita a trabar la batalla, II, 336 a 368, 433 a 440; sólo Néstor competía con Menesteo en poner en orden de batalla a los guerreros, II, 555; fué a Troya con noventa naves, en que se embarcaron hombres de las diversas ciudades de su reino, II, 591 a 602; hace formar a los suyos, mandados por cinco caudillos, les anima a pelear y es elogiado por Agamenón, IV, 293 a 325; en la guerra de los pilios y los arcadios, acepta el reto de Ereutalión y le mata, IV, 319; VII, 131 a 156; Antíloco, hijo de Néstor acude a defender a Menelao, V, 565; exhorta a los argivos en el combate, VI, 66 a 72; increpa a los más valientes para que acepten el desafío de Héctor y, ofreciéndose varios, les aconseja que por suerte decidan quién haya de ser el campeón, VII, 123 a 181; pide a los caudillos que suspendan las hostilidades para enterrar los muertos y edificar una muralla con su foso, VII, 323 a 343; en una derrota de los griegos, es herido uno de los caballos de su carro; se ve en gran peligro, del que se salva subiendo al de Diomedes; ambos acometen a Héctor, cuyo auriga matan, pero, amedrentados por el rayo que despide Zeus, emprenden la fuga, VIII, 80 a 156; su escudo era de oro, sin exceptuar las abrazaderas, VIII, 191 a 193; alaba el discurso de Diomedes y propone que Agamenón reuna a los caudillos para deliberar sobre el apuro en que se halla el ejército, IX, 52 a 78; luego, por indicación suya, son enviados Fénix, Ayante y Odiseo con dos heraldos para que supliquen a Aquileo que vuelva a combatir, IX, 92 a 113 y 162 a 181; en la noche del mismo día es despertado por Agamenón, se viste, junto con el Atrida llama a otros caudillos, y cuando se han congregado todos cerca de los centinelas, propone que se manden espías al campamento troyano para saber la intención de los enemigos y se ofrece Diomedes, X, 18 a 220; su hijo deseaba acompañar a Diomedes, X, 229; oye Néstor antes que nadie las pisadas de los caballos que montan Diomedes y Odiseo; al llegar éstos, les pregunta de dónde han habido los caballos y sabe por Odiseo que han sido tomados a los tracios, X, 532, 543 y 555; un inmenso vocerío se dejaba oír alrededor del gran Néstor, a quien Idomeneo hace subir a su carro juntamente con el médico Macaón, XI, 501, 510, 511, 516; saca del combate a Macaón, XI, 597 y 598, y lo lleva a su tienda, donde Hecamede les prepara una bebida; ruega a Patroclo, que se presenta enviado por Aquileo, XI, 611, que pida permiso a éste para vestir la armadura de Peleo, y, poniéndose al frente de los mirmidones, rechazar a los teucros, XI, 637 a 803; Patroclo iba a decir a Aquileo lo que Néstor le había encargado, XI, 840; Antíloco, hijo de Néstor, mata al escudero de Asio y se lleva los caballos de su carro, XIII, 400; Posidón defendió al hijo de Néstor, XIII, 555; notando que crece la griteria del combate, sale Néstor de la tienda, ve la derrota, encuentra a Diomedes, Odiseo y Agamenón y delibera con ellos, XIV, 1 a 65; ruega a Zeus por los aqueos, XV, 370 a 378, y anima a éstos a que peleen, XV, 659 a 666; manda a sus hijos Trasimedes y Antíloco que luchen separadamente de otros guerreros, XVII, 382 y 383; Menelao, por consejo de Ayante, busca al hijo de Néstor y le envía a anunciar a Aquileo la muerte de Patroclo, XVII, 653, 681; XVIII, 16; Odiseo con los hijos de Néstor van a buscar a la tienda de Agamenón los regalos que éste hace a Aquileo, XIX, 238; Néstor y otros reyes quédanse con Aquileo, XIX, 311; da consejos a su hijo Antíloco para que gane el premio en la carrera de carros, XXIII, 301 a 350; Antíloco dice a sus caballos que si no alcanzan el premio se acabarán para ellos los cuidados en el palacio de Néstor, XXIII, 411; Antíloco, hijo de Néstor, no quiere que Aquileo le quite el premio, XXIII, 541, que luego cede a Menelao, XXIII, 596; recibe Néstor de Aquileo un premio que en los juegos fúnebres de Patroclo ha quedado sin adjudicar y pide a los dioses que concedan al héroe abundantes gracias, XXIII,

Biblioteca Nacional de España

615 a 650; Antíloco, hijo de Néstor, disputa el premio de la carrera a Ayante y a Odiseo, XX, 755.

Od. Atenea, transfigurada en Mentes, aconseja a Telémaco que vaya a preguntar a Néstor si sabe algo de Odiseo, I, 284; llegan Telémaco y Méntor (Atenea) a Pilos cuando Néstor y los demás habitantes ofrecen un sacrificio a Posidón, III, 4 a 33; pide Méntor (Atenea) a Posidón que colme de gloria a Néstor, III, 57; Néstor pregunta a Telémaco y a Méntor (Atenea) quiénes son, les refiere cómo los aqueos partieron de Troya después de tomar esta ciudad, se lamenta de que los pretendientes hayan invadido el palacio de Odiseo, y, a instancias de Telémaco, relata la muerte de Agamenón, III, 68 a 312; Néstor aconseja a Telémaco que vea a Menelao, y no le permite que se vaya a dormir a la nave, III, 313 a 328, 345 a 355; Néstor, al reconocer a Atenea, dice a Telémaco que no será cobarde ni débil, puesto que le acompañan las deidades, y ofrece celebrar un sacrificio en honor de la diosa, III, 373 a 384; vanse todos al palacio y Néstor hace dormir a Telémaco en el pórtico, se acuesta en el interior, y, al día siguiente, ofrece el sacrificio a Atenea, III, 386 a 463; Telémaco es lavado y ungido por Policasta, hija de Néstor, y luego se sienta al lado del mismo, III, 464 a 469; Néstor manda que se apareje un carro con sus corceles para que Telémaco y Pisístrato vayan a Lacedemonia, III, 474 a 476; Telémaco y el hijo de Néstor paran el carro en el vestíbulo de la casa de Menelao, IV, 20 a 22; habla Telémaco en voz baja al hijo de Néstor, IV, 69 y 70; dice Pisístrato a Menelao que Néstor le ha enviado para que acompañe a Telémaco, IV, 161 y 162; el hijo de Néstor (Pisístrato) llora al acordarse de Antíloco, IV, 186 a 191; dice Menelao que Zeus ha concedido a Néstor placentera vejez y que sus hijos sean discretos y belicosos, IV, 209 y 211; acuéstanse Telémaco y el hijo de Néstor (Pisístrato) en el vestíbulo del palacio de Menelao, IV, 303; preguntó Menelao a Proteo si habían vuelto salvos en sus galeras los aqueos a quienes Néstor y él dejaron al partir de Troya, IV, 486 a 488; Odiseo ve en el Hades a Cloris, la madre de Néstor, XI, 281 a 286; sólo Néstor y Odiseo aventajaban a Neoptólemo en el consejo, XI, 512; Atenea se encamina al palacio de Menelao y halla a Telémaco y al hijo de Néstor (Pisístrato) acostados en el vestíbulo, XV, 4 y 5; Telémaco y el hijo de Néstor suben al carro y parten del palacio de Menelao, éste les encarga que lleven su saludo a Néstor, y el primero ofrece cumplir el encargo, XV, 144 a 156; Telémaco pide al hijo de Néstor (Pisístrato) que le deje embarcar antes de llegar a la ciudad, XV, 194 a 201; refiere Telémaco a Penelopea que fué a ver a Néstor, y que éste le trató como un padre al hijo que vuelve tras larga ausencia, XVII, 107 a 113; al presentarse Tetis para ver a su hijo muerto, les entró tal temblor a los aqueos que se hubieran lanzado a las naves si no los hubiese detenido Néstor, XXIV, 52.

NESTÓRIDA (Νεστορίδης): Hijo de Néstor. Nombre patronímico de:

1) Antíloco, *Il.*, VI, 33; XV, 589; XVI, 317; XXIII, 353.

2) Trasimedes, *Il.*, XV, 321.

3) Pisístrato, *Od.*, III, 36, 482; IV, 71, 155; XV, 6, 44, 46, 48, 166, 195, 202.

NEYO (Νήϊον): Monte de Itaca, *Od.*, I, 186; a su pie está situada la ciudad, III, 81.

NINFAS (Νύμφαι): Las Ninfas, las Gracias y la áurea Afrodita pónense flores en la cabeza y van cantando por el Ida, *Frag.*, VII, 4.

NÍOBE (Νιόβη): Hija de Tántalo, esposa de Anfión. Tuvo seis hijos y seis hijas; por haberse comparado con Leto, Apolo mató a aquéllos y Ártemis a éstas; fué luego convertida en piedra y en las rocas de Sípilo llora su desventura, *Il.*, XXIV, 602 a 617.

NIREO (Νιρεύς): Caudillo griego, hijo del rey Cárpopo y de Aglaya, *Il.*, II, 671 a 673.

NISA (Νῖσα): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 508.

NISA (Νῦσα): Monte de Tracia, donde nació Dióniso, *Il.*, VI, 133.

NISA (Νύση): Montaña de gran altura situada lejos de Fenicia y cerca de la corriente del Egipto, *Him.*, I, 8; las Ninfas criaron a Dióniso, que recibieron de manos de Zeus en Nisa, XXVI, 5.

NÍSIRO (Νίσυρος): Una de las islas Ciclades, *Il.*, II, 676.

NISO (Νῖσος): Hijo de Areto y padre del pretendiente Anfínomo, *Od.*, XVI, 395; XVIII, 127, 413.

Biblioteca Nacional de España

NOEMÓN (Νοήμων): 1) Guerrero licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 678.

2) Pilio, compañero de Antíloco, *Iliada*, XXIII, 612.

3) Hijo de Fronio. Atenea, habiendo tomado la figura de Telémaco, consigue que Fronio le ceda la barca para el viaje a Pilos, *Od.*, II, 386 y 387; Fronio pregunta a Antínoo si sabe cuándo volverá Telémaco, y le cuenta que le dió la barca y que con él se fueron los jóvenes más señalados del pueblo, IV, 630 a 656.

NOMIÓN (Νομίων): Príncipe cario, padre de los caudillos Nastes y Anfímaco, *Iliada*, II, 871.

NOTO (Νότος): Viento del Sud, portador de la lluvia, *Od.*, III, 295; V, 295, 331; XII, 289, 325, 326, 427; XIII, 111.

OCÁLEA ('Ωκαλέη): Población de Beocia, *Iliada*, II, 501.

Him. Apolo, buscando lugar para establecer un oráculo, pasó por Ocálea, la de muchas torres, III, 242.

OCÉANO ('Ωκεανός): Hijo del Cielo y esposo de Tetis (Τηθύς); padre de los dioses. Homero lo considera como un río que ciñe la tierra, *Il.*, I, 423; III, 5; V, 6; VII, 422; VIII, 485; XIV, 201, 246, 302, 311; XVI, 151; XVIII, 240, 399, 402, 489, 607; XIX, 1; XX, 7; XXI, 195; XXIII, 205.

Od., IV, 568; V, 275; X, 139, 508, 511; XI, 13, 21, 158, 639; XII, 1; XIX, 434; XX, 65; XXII, 197; XXIII, 244, 347; XXIV, 11.

Him. Persefonea fué raptada cuando jugaba con las hijas del Océano, II, 5; el Sol se hundía en el Océano cuando Hermes llegaba a la Pieria, IV, 68; la Aurora surgía del Océano cuando Apolo llegaba a Onquesto, IV, 185; Titono, mientras le duró la juventud, habitaba junto a las corrientes del Océano en los confines de la tierra, V, 227; por la tarde el Sol detiene el carro y los caballos y los envía al Océano, XXXI, 16; la Luna lava su hermoso cuerpo en el Océano, XXXII, 7.

Frag. Némesis, huyendo de Zeus, vagaba por el río Océano y por los confines de la tierra, VIII, 10; las Gorgonas viven en el Océano, en Sarpedón, isla pedregosa, XIII, 2.

OCÍALO ('Ωκύαλος): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 111.

OCÍRROE ('Ωκυρόη): Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 420.

ODIO ('Οδίος): 1) Caudillo de los halizones, muerto por Agamenón, *Il.*, II, 856; V, 39.

2) Heraldo griego que con Euríbates acompañó a Fénix, Ayante y Odiseo en la embajada a Aquileo, *Il.*, IX, 170.

ODISEO ('Οδυσεύς y 'Οδυσσεύς). Según el autor de la *Odisea*, Autólico (abuelo materno de Odiseo), al llegar a Ítaca y saber que su hija había dado a luz un niño, dijo: «Como llegué aquí después de haberme airado (ὀδυσσάμενος) contra muchos hombres y mujeres, yendo por la fértil tierra, sea Odiseo ('Οδυσεύς) el nombre por el que se le llame.» Así Odiseo significaría el que se irrita contra alguien; Roscher, fijándose en las variantes 'Οδύξης, Οὐλύξης y 'Ολυττεύς, cree que procede de la radical δυκ y que significa *dux*, caudillo). Rey de Ítaca, hijo de Laertes y de Anticlea, y padre de Telémaco; más conocido con el nombre de *Ulises*. Sus principales epítetos son: διογενής [del linaje de Zeus]; δῖος [divino]; πολύμητις [ingenioso]; τλήμων [audaz]; πολύτλας [muy paciente]; ταλασίφρων [paciente]; μεγάθυμος, μεγαλήτωρ [magnánimo]; ἀμύμων [irreprensible]; δαΐφρων [aguerrido]; ποικιλομήτης [sagaz]; διΐφιλος [caro a Zeus]; Διὶ μῆτιν ἀτάλαντος [igual a Zeus en prudencia]; πολύφρων [prudente, muy inteligente]; πολυμήχανος [fecundo en ardides]; φαίδιμος [preclaro]; πολύαινος [digno de muchos elogios, célebre], etc.

Il. Por encargo de Agamenón conduce a Criseida a Crisa, la entrega a su padre, el sacerdote Crises, y ofrece una hecatombe a Apolo, I, 145, 311, 430 a 487; amonestado por Atenea, detiene a los griegos, que se disponían a volver a la patria; castiga a Tersites, reune la junta, pronuncia un discurso para que se queden todos hasta que hayan tomado a Troya y los argivos le aplauden, II, 172 a 332; acaudillaba a los cefalenios que habían llegado a Ilión en doce naves, II, 631 a 637; su figura y carácter, III, 191 a 224; responde con viveza a la increpación de Agamenón y éste le apacigua, IV, 337 a 363; mata a Democoonte, IV, 494 a 504; mata a Pidites, VI, 30 y 31; huye hacia las naves,

Biblioteca Nacional de España

VIII, 93 a 98; su nave estaba en el centro del campamento, VIII, 222 y 223; XI, 5 y 6, 806 a 809; es enviado junto con Ayante y Fénix para aplacar a Aquileo y pronuncia un magnífico discurso, IX, 169, 180, 223 a 306; vuelve a la junta y participa a los aquivos que Aquileo se niega a combatir, IX, 657, 673 a 692; acompaña a Diomedes en la excursión nocturna al campo teucro: ármase y ruega a Atenea; ambos caudillos persiguen y cogen a Dolón, lo matan, después de haberle interrogado, y llegan a los tracios; Odiseo aparta del camino a los guerreros que mata Diomedes y se lleva dos caballos; montan en ellos, recogen los despojos de Dolón, vuelven a las naves donde son recibidos alegremente, se bañan y se sientan a la mesa, X, 242 a 288, 340 a 579; exhorta a Diomedes, junto con éste reanima el combate, y mata a Molión, a Hipódamo y a Hipéroco, XI, 312 a 348; se ve acosado por los teucros, es herido, y lo salvan Menelao y Ayante, XI, 401 a 488; reprueba que Agamenón proponga echar las naves al agua para huir en cuanto llegue la noche, XIV, 82 a 102; aconseja a Aquileo que deje comer a los guerreros antes de la batalla, y por encargo de Agamenón va con algunos jóvenes a la tienda de este último y saca los presentes que el Atrida había ofrecido a Aquileo para que depusiera la cólera, XIX, 154 a 249; en los juegos fúnebres de Patroclo lucha primero con Ayante Telamonio, y Aquileo declara que la victoria queda por ambos, XXIII, 700 a 739; toma parte, luego, en la carrera a pie y gana el mejor premio, XXIII, 755 a 779.

Od. Odiseo es el protagonista del poema, que de su nombre Ὀδυσσεύς se llama Ὀδύσσεια, pues toda la acción gira a su alrededor hasta en las escenas en que no interviene. El poeta invoca a la Musa para que le hable de Odiseo que, cuando los demás caudillos griegos habían vuelto de Troya a su respectiva patria, hallábase detenido por la ninfa Calipso, I, 1 a 15; todas las deidades, menos Posidón, se compadecen del héroe, y en el concilio de los dioses propone Atenea que Hermes vaya a decir a Calipso que le deje partir de la isla Ogigia, I, 19 a 21, 48 a 87; baja Atenea del Olimpo y, transfigurada en Mentes, se detiene en el vestíbulo de la morada de Odiseo, I, 103; Telémaco toma la lanza de Mentes (Atenea) y la pone en la lancera de Odiseo, I, 129; Mentes (Atenea) le dice a Telémaco que Odiseo volverá, le pregunta si es su hijo, pues se le parece mucho, I, 196 a 212, se lamenta de la ausencia del héroe, le refiere cómo lo conoció y le asegura que si tornara se vengaría de los pretendientes, I, 253 a 266; Telémaco dice a Penelopea que se resigne a oír el canto del aedo sobre la vuelta de los aquivos, pues no fué Odiseo el único que perdió en Troya la esperanza de volver, I, 346 a 355; Telémaco, contestando a Antinoo, le dice que reine cualquiera en Ítaca, ya que murió Odiseo, y él será señor de los bienes que éste adquirió, I, 396 a 398; un hijo de Egiptio había ido a Ilión con Odiseo, II, 17; desde que se fué Odiseo no se han reunido los itacenses en el ágora hasta que los convoca Telémaco, II, 26 y 27; lamentase Telémaco, en el ágora, de no tener en el palacio un hombre como Odiseo, para arrojar del mismo a los pretendientes, II, 59, y pide a éstos que se retiren, a no ser que Odiseo les haya causado algún daño y quieran vengarse, II, 71 a 73; cuenta Antinoo que Penelopea dijo a los pretendientes que, ya que había muerto Odiseo, no instaran el casamiento hasta que ella acabara un sudario para Laertes, II, 96 a 100; Haliterses vaticina la vuelta de Odiseo, II, 163 a 177; responde Eurímaco que Odiseo murió lejos de su patria, II, 182 y 183; Odiseo, al embarcarse, había encomendado su casa a Méntor, II, 225 a 227; dice Méntor que no tanto aborrece a los pretendientes como a los otros ciudadanos, pues si aquéllos devoran la casa de Odiseo, ponen a ventura sus cabezas, II, 233 a 241; responde Leócrito que si Odiseo volviera y luchara con los pretendientes, sería muerto por éstos, II, 246 a 250; vanse los pretendientes a la casa de Odiseo, II, 259; dice Méntor (Atenea) a Telémaco que, como no le falta del todo la inteligencia que tenía Odiseo, realizará el viaje a Pilos y a Esparta, II, 274 a 280; dice uno de los pretendientes que quizás Telémaco morirá en el viaje, vagando como Odiseo, II, 333; pide Telémaco a Euriclea que le ponga en ánforas el vino que sea más suave después del que guarda para Odiseo, II, 340 a 352;

Biblioteca Nacional de España

dice Euriclea que Odiseo ha muerto en un pueblo ignoto, II, 366; Atenea va al palacio de Odiseo y les infunde sueño a los pretendientes, II, 393 a 395; los compañeros cargaron las provisiones en la nave, como el amado hijo de Odiseo lo tenía ordenado, II, 415; el caro hijo de Odiseo recibe la copa de manos de Atenea y ora como ésta había orado, III, 64; dice Telémaco a Néstor que ha ido a Pilos por si oyere hablar de Odiseo, III, 81 a 84, y le ruega que, si el héroe le cumplió algún día una promesa, le relate ahora cuanto sepa del mismo, III, 98 a 101; dice Néstor que, mientras los aqueos permanecieron en Troya, nadie se igualó en prudencia con Odiseo y que éste y él siempre estuvieron de acuerdo, III, 121 a 127; desde Ténedos, Odiseo y los que le acompañaban volvieron a Troya para complacer a Agamenón, III, 162 a 164; desea Néstor que Atenea proteja a Telémaco como asistía a Odiseo, III, 218 a 220; Néstor no quiere que el caro hijo de Odiseo se acueste en las tablas de su bajel y le hace aparejar una cama en el palacio, III, 352, 398; dice Menelao que por nadie llora tanto como por Odiseo, IV, 104 a 112; Hélena, al ver a Telémaco, nota la semejanza que tiene con el hijo de Odiseo, IV, 141 a 146, y responde Menelao que también la había observado, IV, 147 a 154; dice Hélena que no podría referir todos los trabajos de Odiseo y cuenta cómo penetró en Troya disfrazado de mendigo, IV, 240 a 264; refiere Menelao lo que hizo Odiseo, dentro del caballo de madera, cuando Hélena llamaba desde fuera a los caudillos griegos, IV, 269 a 289; dice Telémaco a Menelao que, si Odiseo le ha cumplido algún día una promesa, le refiera cuanto sepa del mismo, IV, 328 a 331; dice Menelao que Odiseo, si vuelve, se vengará de los pretendientes, IV, 340 a 346; solázanse los pretendientes ante el palacio de Odiseo cuando va a encontrarlos Noemón, IV, 625, y luego penetran en el mismo, IV, 674; pregunta Penelopea a Medonte si le envían los pretendientes para decirles a las esclavas de Odiseo que suspendan el trabajo, IV, 681 a 683; dice Penelopea que Odiseo a nadie hizo agravio, IV, 689 a 691; vase Medonte por la morada de Odiseo, IV, 715; desea Penelopea que Laertes se queje de que los pretendientes quieran exterminar el linaje de Odiseo, IV, 739 a 741; Penelopea ruega a Atenea que le salve el hijo, acordándose de los sacrificios que le ofrecía Odiseo, IV, 762 a 765; en el concilio de los dioses, Atenea refiere los infortunios de Odiseo, y Zeus envía a Hermes para que ordene a Calipso que despida a Odiseo, V, 5 a 42; llega Hermes a la gruta de Calipso, sin que encuentre a Odiseo dentro de la misma, traslada a Calipso la orden de Zeus, enfurécese la ninfa, y Hermes le recomienda que despida pronto a Odiseo y no se atraiga el enojo de Zeus, V, 81 a 147; va Calipso al encuentro de Odiseo, le dice que dejará que se vaya, le jura que no maquina nada malo contra él, y le proporciona lo que ha menester para fabricar una balsa, V, 148 a 261; Odiseo se hace a la mar, navega diez y siete días y lo ve Posidón, que promueve una tempestad; deshácese la balsa, Leucotea da un velo a Odiseo para que sea insumergible, y por fin sale el héroe por la desembocadura de un río, sube a un altozano y se acuesta en un montón de hojarasca, V, 269 a 493; mientras Odiseo duerme, Atenea, pensando en el regreso del mismo a su patria, va a encontrar a Nausicaa, VI, 1 a 14; cuando Nausicaa y sus criadas juegan a la pelota, hace Atenea que ésta caiga en el río para que las mujeres griten y despierten a Odiseo, VI, 110 a 117; sale Odiseo de la hojarasca, se presenta a Nausicaa y le dirige insinuantes palabras para que le dé un vestido y lo guíe a la ciudad, VI, 127 a 185; las esclavas, por orden de Nausicaa, entregan a Odiseo un manto y una túnica y le invitan a bañarse; él les ruega que se aparten; se lava; Atenea le difunde una gracia divinal por la cabeza y los hombros; Nausicaa, que lo contempla admirada, desea tenerlo por marido, y manda a las siervas que le den de comer, VI, 211 a 246; Odiseo come ávidamente, y luego, por indicación de Nausicaa, sigue el carro en que va ésta con sus esclavas, y, al llegar al bosque de Atenea, se detiene y ora a la deidad, VI, 248 a 331; mientras Odiseo ruega, Nausicaa llega al palacio, VII, 1 y 2; encamínase Odiseo a la ciudad, se le hace encontradiza Atenea, transfigurada en una joven, le da noticias del país y lo lleva al palacio de Alcinoo, VII, 14 a 49; Odiseo admira el palacio, entra en el mismo, pós-

Biblioteca Nacional de España

trase a los pies de Arete y le suplica que lo conduzcan a la patria, VII, 81 a 83, 133 a 152; Alcínoo levanta a Odiseo, lo hace sentar en la silla de Laodamante y manda que le den de comer, VII, 167 a 178; Odiseo, contestando a Alcínoo, dice que no es un dios, sino el más desgraciado de los hombres, y pide que lo lleven a su patria, VII, 207 a 225; Odiseo se queda en el palacio y, respondiendo a las preguntas de Arete, cuenta cómo llegó desde la isla Ogigia al país de los feacios y cómo se presentó a Nausícaa, VII, 230 a 297; suplica a Alcínoo que no reprendan a ésta por no haberle llevado consigo, VII, 302 a 307; al oír que Alcínoo promete llevarlo a la patria, invoca a Zeus para que dé gloria al rey y éste cumpla su promesa, VII, 329 a 333; las criadas invitan a Odiseo a acostarse en la cama, y el héroe duerme debajo del pórtico del palacio de Alcínoo, VII, 340 a 345; levántase Odiseo al día siguiente y, juntamente con el rey, se encamina al ágora, VIII, 3 a 6; Atenea, pensando en la vuelta de Odiseo, exhorta a los feacios para que vayan al ágora, VIII, 7 a 14; Atenea difunde la gracia por la cabeza y los hombros de Odiseo a fin de que les sea agradable a los feacios, VIII, 18 a 23; canta Demódoco la disputa de Odiseo y Aquileo, y Odiseo, al oírle, llora, VIII, 73 a 92; Laodamante invita a Odiseo a probarse en los juegos y el héroe se excusa; pero, habiéndole increpado Eurialo, toma el disco, lo tira más lejos que nadie y desafía a los feacios a probarse con él en toda clase de juegos, sin exceptuar más que a Laodamante, VIII, 143 a 233; contempla Odiseo con admiración las mudanzas que hacen con los pies los danzadores feacios, VIII, 264 y 265; huélgase Odiseo de oír cantar a Demódoco, que refiere los amores de Ares y Afrodita, VIII, 367 y 368; expresa Odiseo a Alcínoo el asombro con que contempla a los danzadores feacios, VIII, 381 a 384; Odiseo saluda y desea felicidades a Eurialo, que le regala una espada de bronce, VIII, 412 a 415; Odiseo, por indicación de Arete, encaja la tapa y echa un nudo al arca en que le han puesto los regalos de los feacios, VIII, 446 a 448; Nausícaa se admira, al clavar los ojos en Odiseo, saluda al héroe, y éste promete invocarla en su casa como a una diosa, VIII, 457 a 468; Odiseo corta una tajada del espinazo de un puerco asado, se la envía como obsequio a Demódoco y le pide que cante el episodio del caballo de madera, VIII, 474 a 498; refiere el aedo cómo los caudillos griegos se hallaban con Odiseo dentro del caballo de madera, cómo fué destruida la ciudad y cómo, yendo Odiseo y Menelao a la casa de Deífobo, sostuvieron un terrible combate, VIII, 502 a 520; Odiseo llora y se consume al escucharlo, y Alcínoo le pregunta quién es, por qué llora y adónde ha ido en sus peregrinaciones, VIII, 521 a 586; responde Odiseo dándose a conocer y ensalzando su patria, y empieza a referir sus aventuras desde que salió de Troya, IX, 1 a 38; relata sucesivamente lo que le ocurrió: *a)* en el país de los cícones, IX, 39 a 61; *b)* en el mar, hasta llegar a los lotófagos, IX, 62 a 81; *c)* en la tierra de éstos, IX, 82 a 104; *d)* en la comarca de los cíclopes, donde cegó a Polifemo, IX, 105 a 566; *e)* en la isla de Éolo, rey de los vientos, X, 1 a 79; *f)* en Telépilo de Lamos, capital de la Lestrigonia, X, 80 a 132; *g)* en la isla Eea, donde moraba Circe, que transformó a los compañeros de Odiseo en cerdos y les devolvió luego su figura, X, 133 a 574; *h)* en el Hades, donde Odiseo consultó a Tiresias, conversó con el alma de su madre y con algunos muertos ilustres y vió ciertos suplicios de los condenados, como Titio, Tántalo y Sísifo, XI, 1 a 640; *i)* en la isla de Circe, de vuelta del Hades, XII, 1 a 142; *j)* en el mar, al pasar junto a las Sirenas y por entre los escollos de Escila y Caribdis, XII, 142 a 259; *k)* en la isla de Trinacia, donde los compañeros de Odiseo mataron algunas vacas del rebaño del Sol, XII, 260 a 402; y *l)* en el mar, hasta que Zeus tiró un rayo a la nave, perecieron los compañeros de Odiseo, y el héroe, después de vagar nueve días, llegó a la isla Ogigia donde moraba Calipso, XII, 403 a 453; dice Alcínoo a Odiseo que ya podrá volver a su patria, y exhorta a los presentes a que le regalen trípodes y calderos, XIII, 4 a 15; en el último banquete que le da Alcínoo, Odiseo vuelve a menudo la cabeza para ver si se pone el sol, ve con agrado la puesta del mismo y se despide de Alcínoo y de los feacios, deseándoles toda clase de bienes; pone una copa en las manos de Arete, por cuya felicidad hace

Biblioteca Nacional de España

votos; se encamina a la nave, acompañado por un heraldo, y se acuesta en silencio sobre las tablas de popa, XIII, 28 a 75; al llegar a Ítaca, los feacios sacan del bajel a Odiseo y, sin despertarlo, lo ponen en la arena, juntamente con los regalos, a cierta distancia del camino para evitar que ningún caminante le hurte nada mientras duerme, XIII, 116 a 124; Posidón se lamenta ante Zeus de que los feacios hayan conducido a Odiseo, XIII, 126 a 138; Odiseo despierta y no reconoce su patria; se queja de los feacios y llora y suspira en la playa; se le acerca Atenea, transfigurada en pastor de ovejas, le dice que está en Itaca y oye de labios del héroe una supuesta relación; Atenea se le descubre, disipa la nube que no dejaba que Odiseo reconociera su isla, y el héroe besa el suelo e invoca a las Ninfas; Odiseo y Atenea depositan los regalos en la gruta, toman asiento en las raíces de un olivo, y hablan del exterminio de los pretendientes; Atenea transforma a Odiseo en un mendigo y le exhorta a que se encamine a la majada de Eumeo, mientras ella va a Lacedemonia y hace volver a Telémaco, XIII, 187 a 440; Odiseo endereza sus pasos a la cabaña de Eumeo, le salen al encuentro los canes, y Eumeo le hace entrar, deplora la suerte de su señor, le obsequia inmolando dos cerdos que le sirve asados, le habla de los pretendientes y le especifica la fortuna de que su amo disfrutaba, XIV, 1 a 108; Odiseo come y bebe en silencio, maquinando males contra los pretendientes; pregunta a Eumeo quién lo compró, y éste responde que ya debe de haber muerto, pero a él le aqueja todavía el deseo del ausente Odiseo; el héroe (que está transfigurado en un mendigo) jura que Odiseo volverá, pero Eumeo no lo cree y le pregunta quién es y de dónde viene, XIV, 109 a 190; cuenta Odiseo a Eumeo una larga y supuesta historia, diciendo que es hijo de Cástor Hilácida, XIV, 191 a 359; dice Eumeo al mendigo (Odiseo), que le ha conmovido con el relato de sus aventuras, se duele de que mienta en lo relativo a Odiseo, y refiere que un etolo le engañó, asegurándole que había visto a Odiseo en Creta, XIV, 360 a 389; insiste el mendigo (Odiseo) en su afirmación de que Odiseo volverá y dice a Eumeo que, si le engaña, lo haga despeñar, XIV, 390 a 400; el porquerizo, al

ofrecer las primicias a los dioses, les ruega que Odiseo consiga volver a su casa, XIV, 422 a 424; Eumeo honra al mendigo (Odiseo) con el ancho lomo de un puerco asado, el mendigo manifiesta su gratitud, y aquél le invita a comer y a beber, poniéndole la copa en la mano, XIV, 436 a 448; el mendigo (Odiseo), para que Eumeo o los demás pastores le den un manto con que abrigarse durante la noche, refiere una supuesta emboscada que acaudillaban Odiseo, Menelao y el que habla; y dice que si tuviera las fuerzas de entonces, le darían un manto por respeto a un valiente, XIV, 451 a 506; dice Eumeo al mendigo (Odiseo) que no carecerá de cosa alguna durante la noche y que el hijo de Odiseo le dará, cuando venga, un manto y una túnica, XIV, 507 a 517; Odiseo se tiende en una cama, que Eumeo ha llenado de pieles de ovejas y de cabras, cobíjale el porquerizo con un manto, y el héroe se huelga al observar con qué solicitud le cuida los bienes, pues Eumeo sale para pasar la noche junto a los puercos, XIV, 518 a 533; el caro hijo de Odiseo se viste, sale al encuentro de Menelao y le pide que le permita volver a su patria, XV, 59, 63; dice Telémaco a Menelao que ojalá, al tornar a Itaca, pudiera contarle a Odiseo las pruebas de amistad que acaba de recibir, XV, 154 a 159; Hélena, interpretando un agüero, dice que así como el águila ha arrebatado al ánsar, así Odiseo conseguirá vengarse, XV, 174 a 178; dice Telémaco, contestando a Teoclímeno, que es de Itaca e hijo de Odiseo y que ha venido por si lograba adquirir noticias de su padre, XV, 267; el mendigo (Odiseo) expresa su deseo de partir a la ciudad, Eumeo intenta disuadirle, aquél se lo agradece, y el porquerizo le da noticias de los padres de Odiseo, XV, 301 a 379; el mendigo (Odiseo) compadece a Eumeo por lo mucho que ha tenido que vagar, le pregunta cómo cayó esclavo, y el porquerizo le cuenta su historia, XV, 380 a 484; dice el mendigo (Odiseo) a Eumeo que le ha conmovido con su relación, pero que Zeus le ha puesto el bien al lado del mal, XV, 485 a 492; dice Telémaco a Teoclímeno que Eurímaco anhela casarse con Penelopea y alcanzar la dignidad real que tuvo Odiseo, XV, 521 y 522; Telémaco desembarca y sus

Biblioteca Nacional de España

compañeros siguen navegando con rumbo a la población como se lo había mandado el hijo amado del divinal Odiseo, XV, 554; el mendigo (Odiseo) y el porquerizo encienden fuego en la majada y preparan el desayuno, advierte el primero que los perros mueven la cola y le dice a Eumeo que debe de venir algún amigo o compañero suyo, XVI, 1 a 10; pregunta Telémaco al porquerizo si ya se casó Penelopea y el lecho de Odiseo está ocupado por las telarañas, XVI, 33 a 35; el mendigo (Odiseo) quiere ceder el asiento a Telémaco, y éste no se lo permite, XVI, 42 a 46; Telémaco, ya en la cabaña de Eumeo, se sienta sobre un montón de ramas cubiertas por una pelleja, XVI, 48; Eumeo, después de servir a Telémaco platos de carne, se sienta enfrente de Odiseo, XVI, 53; Laertes engendró a Odiseo y Odiseo a Telémaco, XVI, 118 a 120; Telémaco le pregunta a Eumeo quién es el huésped (Odiseo), y se lamenta de no poder acogerle en su casa por los pretendientes; dice Odiseo que se le desgarra el corazón al oírle y le pregunta si se ha hecho odioso a las deidades o se queja de los hermanos; y le contesta Telémaco que no tiene hermanos y que todos los próceres de Duliquio, de Same, de Zacinto y de la propia Itaca, pretenden a su madre y arruinan la casa, XVI, 57 a 128; dice Eumeo que Laertes, aunque pasaba gran pena por la ausencia de Odiseo, aún comía y bebía con los siervos, pero desde que partió Telémaco no hace más que sollozar y lamentarse, XVI, 139 a 145; el mendigo (Odiseo), al ver una seña que le hace Atenea, sale de la cabaña, oye a Atenea que le encarga se dé a conocer a Telémaco, recobra su forma primitiva y vuelve a entrar, XVI, 159 a 178; Odiseo se da a conocer a Telémaco, éste se figura que es un dios que le engaña, luego padre e hijo se abrazan y lloran, Odiseo refiere cómo ha llegado a Ítaca y Telémaco enumera los pretendientes, XVI, 186 a 258; dice Odiseo a Telémaco que en la lucha con los pretendientes tendrán por aliados a Atenea y a Zeus, aconseja a Telémaco que esconda las armas que hay en las paredes del palacio, y le encarga que a nadie participe que ha llegado Odiseo, pues ellos dos procurarán conocer la disposición en que se hallan las mujeres y los esclavos, XVI, 258 a 307; los compañeros de Telémaco envían un heraldo al palacio de Odiseo, para decirle a Penelopea que ha llegado su hijo, XVI, 328 a 330; dice Eurímaco que Odiseo le tomó muchas veces sobre sus rodillas y le dió carne y vino, XVI, 442 a 444; Penelopea llora por Odiseo, hasta que Atenea le infunde sueño, XVI, 450 y 451; el porquerizo vuelve junto a Odiseo, y Atenea transforma a éste en un anciano, XVI, 452 a 457; al aparecer la Aurora el hijo amado del divino Odiseo se dispone a partir para la ciudad, XVII, 3; Telémaco manda a Eumeo que lleve al mendigo a la ciudad, y éste dice que prefiere ir a la población a quedarse en la majada, XVII, 10 a 25; las esclavas de Odiseo abrazan y besan a Telémaco, recién llegado de Pilos, XVII, 33 a 35; Penelopea ruega a Telémaco que le diga, antes que ella se acueste en aquel lecho que siempre está regado de lágrimas desde que Odiseo se fué, si ha oído hablar del héroe, XVII, 101 a 107; le contesta Telémaco que Néstor nada sabe y que Menelao, después de decirle que Odiseo se vengaría de los pretendientes, le contó cómo supo por Proteo que el héroe estaba con la ninfa Calipso, XVII, 114 y 115, 124 a 126; Teoclímeno hace un vaticinio a la veneranda esposa de Odiseo Laertíada, diciendo que Odiseo ya se halla en su patria y maquina males contra los pretendientes, XVII, 152 a 161; diviértense los pretendientes tirando discos y jabalinas ante el palacio de Odiseo, XVII, 167 a 169; el mendigo (Odiseo) y el porquerizo parten hacia la ciudad; al llegar a la fuente construida por Itaco, Nérito y Policto, se encuentran con Melantio, que los insulta y da una coz a Odiseo, con ocasión de la cual Eumeo invoca a las ninfas y desea que torne el héroe, traído por algún dios; llegan al palacio y Odiseo encarga a Eumeo que se adelante y entre en el mismo, XVII, 182 a 289; el perro Argos, ya moribundo, reconoce a Odiseo e intenta ir a encontrarle, Eumeo refiere a Odiseo las excelencias del can, y la Parca de la muerte se apodera de Argos después que tornara a ver a Odiseo en el vigésimo año, XVII, 291 a 327; Odiseo entra en el palacio y se sienta en el umbral; al recibir de Telémaco pan y carne, hace votos porque se le cumpla al mismo cuanto desee, y

Biblioteca Nacional de España

come mientras canta el aedo, XVII, 336 a 358; por excitación de Atenea, Odiseo pide limosna a los pretendientes, Melantio dice que lo ha traído el porquerizo, y Antínoo increpa a éste, XVII, 360 a 379; dice Eumeo que Antínoo ha sido siempre el más áspero para los esclavos de Odiseo, XVII, 388 y 389; dice Telémaco a Antínoo que si da algo al mendigo (Odiseo), no lo llevará a mal ni Penelopea ni ninguno de los esclavos de la casa de Odiseo, XVII, 401 y 402; cuando el mendigo (Odiseo) vuelve al umbral, pide a Antínoo que le dé algo y le relata su supuesta historia; Antínoo se niega; Odiseo le echa en cara que su juicio no corre parejas con su presencia; y Antínoo, irritado, le tira un escabel y le acierta en el hombro derecho; Odiseo se queja de Antínoo, a quien desea la muerte antes que el casamiento se lleve a término; Antínoo dice a Odiseo que coma en silencio, si no quiere verse arrastrado; y los demás pretendientes reprenden a Antínoo pensando si aquel mendigo será algún dios, XVII, 411 a 487; el mendigo (Odiseo) cena, Penelopea lo manda llamar por el porquerizo, se lamenta de que no haya en el palacio un hombre como Odiseo, capaz de echar a los pretendientes, y dice que si el héroe volviese se vengaría de ellos, XVII, 506 a 540; Eumeo llama a Odiseo en nombre de la reina; y el héroe dice que aguarde hasta la puesta del sol, pues teme a la turba de los pretendientes, XVII, 551 a 573; Iro se propone arrojar a Odiseo de su casa, le amenaza, se burla de lo que le contesta Odiseo, dice éste que no le provoque, pues le llenará de sangre y le dejará sin ganas de volver al palacio, y contesta aquél que se ciña para luchar con él, XVIII, 8 a 31; el mendigo (Odiseo) hace jurar a los pretendientes que no le golpearán, para socorrer a Iro, ni le someterán por fuerza al mismo, XVIII, 51 a 58; ciñese el mendigo (Odiseo) los andrajos; lucha con Iro y de una puñada lo derriba al suelo; lo arrastra hasta el patio, lo sienta y le pone un bastón en la mano, diciendo que ahuyente a los puercos y a los canes y no quiera ser el señor de los huéspedes y de los mendigos; vuelve al umbral, recibe la felicitación de los pretendientes y un vientre de cabra junto con dos panes, que le dan Antínoo y Anfinomo, y recomienda a este último que se vaya a su casa antes que Odiseo trabe combate con los pretendientes, XVIII, 66 a 152; dice Penelopea que sus atractivos destruyéronlos los inmortales cuando Odiseo partió a Troya con los argivos, XVIII, 250 a 253; Odiseo se huelga de que Penelopea induzca a los pretendientes a que le hagan regalos, XVIII, 281 a 283; las esclavas de Odiseo cuidan de mantener el fuego, el mendigo (Odiseo) les dice que se vayan, pues él cuidará de hacerlo, Melanto le increpa, el mendigo la amenaza con decírselo a Telémaco, las mujeres huyen espantadas y Odiseo se queda junto a los tederos, XVIII, 310 a 345; Atenea no permite que los pretendientes se abstengan de injuriar a Odiseo, y Eurímaco, después de decir que no parece sino que el resplandor de las antorchas sale de la cabeza del mismo, le ofrece tomarlo a sueldo y llevarlo al campo; responde el mendigo (Odiseo) que si tuvieran que segar, labrar la tierra o combatir contra los enemigos vería cómo se portaba, y que si tornara Odiseo, las puertas le parecerían estrechas a Eurímaco para salir huyendo; irritase Eurímaco, le tira un escabel a Odiseo y acierta al copero, que cae de espaldas, XVIII, 346 a 398; Anfinomo aconseja que no se maltrate al huésped (Odiseo) ni a ninguno de los esclavos de Odiseo, y que aquél se quede en el palacio de Odiseo, al cuidado de Telémaco, XVIII, 416 a 421; el mendigo (Odiseo) se queda en el palacio; Odiseo y Telémaco esconden las armas, alumbrándoles Atenea; Odiseo impone silencio a Telémaco, cuando dice que algún dios debe de estar con ellos, y seguidamente le manda que se acueste, XIX, 1 a 14, 27 a 52; Melanto increpa al mendigo (Odiseo) y le dice que se vaya, XIX, 65 a 69, y aquél le responde que tema que vuelva Odiseo, XIX, 70 a 88; Odiseo se sienta en la silla que le trae Eurínome; Penelopea le pregunta quién es, y el héroe se excusa de responder, alabando a Penelopea y diciendo que él no debe estar llorando y lamentándose en casa ajena; Penelopea contesta que sus atractivos destruyéronlos los dioses cuando partió Odiseo, le habla de los pretendientes y del modo como los ha entretenido, tejiendo y destejiendo el sudario de Laertes, dice que ya no sabe qué otro pretexto hallar e insiste en que el mendigo (Odiseo) le diga

Biblioteca Nacional de España

quién es; responde éste inventando un relato en el cual manifiesta que es Etón y que hospedó a Odiseo en Creta; y a Penelopea, al oírlo, le brotan las lágrimas y se le deshace el cuerpo, XIX, 102 a 212; Penelopea, para probar si el mendigo dice la verdad, le pregunta qué vestido llevaba Odiseo cuando estuvo en Creta y cómo eran él y sus compañeros; aquél se lo describe y le da las señas de Euríbates; Penelopea promete al mendigo que en adelante será querido y venerado en el palacio; y el mendigo afirma que Odiseo ha llegado al país de los tesprotos, ha ido a Dodona a consultar la voluntad de Zeus y volverá a Itaca al terminar el mes y comenzar el siguiente, XIX, 215 a 307; dice Penelopea que Odiseo no volverá y manda a las esclavas que bañen al huésped y le aparejen el lecho; pero el mendigo (Odiseo) contesta que tiene aborrecidos los mantos y las colchas, y que no dejará que las esclavas le laven los pies, a no ser que haya alguna muy vieja y de honestos pensamientos, XIX, 308 a 348; dice Penelopea al mendigo (Odiseo) que jamás ha llegado a la casa otro varón de tan buen juicio y manda a Euriclea que lo lave, XIX, 349 a 360; Euriclea deplora la suerte de Odiseo, nota en el mendigo una gran semejanza con éste, empieza a lavarle los pies y pronto da con la cicatriz que el héroe tenía en el muslo, XIX, 363 a 394; Autólico, el abuelo de Odiseo, fué a Itaca cuando éste acababa de nacer, le impuso el nombre y le prometió hacerle muchos regalos si, al llegar a mozo, iba a la casa paterna, XIX, 399 a 412; Odiseo, ya joven, fué a la casa de Autólico, que lo recibió muy bien así como su esposa y sus hijos, salió a cazar con éstos, un jabalí le hirió en el muslo, y Autólico y sus hijos le curaron y le enviaron a Ítaca, XIX, 413 a 467; al tocar Euriclea la cicatriz, reconoce a Odiseo y quiere decírselo a Penelopea, pero el héroe se lo impide, la vieja ofrece darle a conocer cuáles son las mujeres culpables, y Odiseo le encarga el silencio, XIX, 467 a 502; el mendigo (Odiseo) acerca nuevamente la silla al fuego, Penelopea le refiere un ensueño que ha tenido, y aquél le dice que es inminente la ruina de todos los pretendientes, XIX, 506 a 558; le manifiesta Penelopea al mendigo (Odiseo) que ya pronto dejará la casa de Odiseo, pues quiere poner en manos de los pretendientes el arco y las segures del héroe para irse con quien venza en el certamen, XIX, 571 a 581; el mendigo (Odiseo) exhorta a Penelopea a que no difiera tal certamen, pues Odiseo vendrá antes que los pretendientes armen el arco, XIX, 582 a 587; Penelopea sube a su habitación, se acuesta en el lecho, siempre regado de lágrimas desde que Odiseo partió, y llora por el mismo hasta que Atenea le difunde en los párpados el dulce sueño, XIX, 596 a 604; Odiseo se acuesta en el vestíbulo del palacio, ve como ciertas esclavas van a ayuntarse con algunos de los pretendientes, reprende a su corazón, se le acerca Atenea, el héroe le pregunta adónde podrá refugiarse después de matar a los pretendientes, y la diosa le tranquiliza y le infunde sueño, XX, 1 a 54; Penelopea desea que Ártemis la mate o se la lleven las borrascas, a fin de penetrar en la tierra teniendo ante sus ojos a Odiseo, XX, 79 a 82; añade que aquella noche se ha acostado a su lado un fantasma muy semejante a Odiseo, XX, 88 a 90; Odiseo oye los sollozos de Penelopea, recoge el manto y las pieles en que estaba echado, pide a Zeus que le envíe un presagio y haga aparecer otro prodigio, el dios le complace, y el héroe se alegra, XX, 92 a 102; las esclavas encienden fuego en el palacio de Odiseo, XX, 122 y 123; llegan los pastores: Eumeo pregunta al mendigo (Odiseo) si ya le tratan mejor, y éste responde deseando que un dios castigue a los pretendientes; Melantio le increpa, y Odiseo, sin contestarle, agita en su alma siniestros propósitos; Filetio pregunta a Eumeo quién es el forastero, y en seguida va a saludarle, dice que le ha hecho recordar a Odiseo y manifiesta que ya se hubiese ido él a otro país, pero aguarda todavía a su señor, XX, 162 a 225; el mendigo (Odiseo) dice a Filetio que Odiseo volverá, responde el boyero que entonces verían qué fuerza y qué brazos tiene, y Eumeo suplica asimismo a los dioses que vuelva Odiseo, XX, 226 a 239; encamínanse los pretendientes al palacio de Odiseo, XX, 248; Telémaco hace sentar al mendigo (Odiseo) junto al umbral, le sirve carne y vino, y le promete que le librará de las manos de todos los pretendientes, pues aquella casa no es pú-

Biblioteca Nacional de España

blica, sino de Odiseo, que la adquirió para él, XX, 257 a 265; sírvenle a Odiseo una parte igual a la de los demás comensales, porque así lo había mandado Telémaco, el hijo amado del divino Odiseo, XX, 281 a 283; Atenea no permite que los pretendientes se abstengan de injuriar a Odiseo: Ctesipo le tira una pata de buey, y el héroe logra evitar el golpe y se sonríe con risa sardonia, XX, 284 a 302; Agelao aconseja que no se maltrate al huésped ni a ningún esclavo de la casa de Odiseo, y luego, dirigiéndose a Telémaco y a su madre, dice que con razón entretenían a los pretendientes mientras conservaban la esperanza de que el héroe tornara; pero, que siendo evidente que no ha de volver, debe Telémaco aconsejar a su madre que se case, XX, 322 a 337; vaticina Teoclímeno la muerte de los pretendientes, que en el palacio de Odiseo maquinan inicuas acciones, XX, 368 a 370; Atenea inspira a Penelopea que en la propia casa de Odiseo les saque a los pretendientes el arco y las segures para celebrar el certamen, XXI, 1 a 4; el arco se lo había dado a Odiseo su huésped Ífito, y el héroe lo dejó en el palacio al partir para Ilión, XXI, 11 a 41; Penelopea lleva a los pretendientes el arco de Odiseo y promete irse con quien logre armarlo y hacer pasar la flecha por el ojo de las segures, XXI, 68 a 79; Antínoo declara que no hay entre los pretendientes un hombre como fué Odiseo; y había de ser Antínoo quien primero gustara la saeta despedida por la mano de éste, XXI, 93 a 100; cuando Telémaco va a tender el arco, Odiseo se lo prohibe haciéndole una seña, XXI, 128 y 129; dice Leodes que todos desean casarse con la esposa de Odiseo, pero así que prueben el arco tendrán que dedicarse a pretender otras aqueas, XXI, 157 a 161; salen del palacio el boyero y el porquerizo de Odiseo, sígueles éste, les pregunta cómo se portarían si volviera su señor, se da a conocer, lloran y se abrazan; Odiseo recomienda a Eumeo que le dé el arco, aunque los pretendientes se opongan, y a Filetio que cierre las puertas del patio; vuelve Odiseo al palacio y poco después entran también ambos esclavos, XXI, 188 a 204; Eurímaco deplora que las fuerzas de los pretendientes sean tan inferiores a las de Odiseo, XXI, 253 y 254; propone Antínoo que se dejen clavadas las segures, pues no se las llevará ninguno de los que frecuentan el palacio de Odiseo, y al día siguiente intentarán armar el arco de este héroe, XXI, 260 a 268; pide el mendigo (Odiseo) que le permitan probar el arco, todos se oponen y Antínoo le amenaza con enviarlo al rey Équeto; Penelopea dice que no es justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco; Eurímaco contesta que les avergonzaría el mendigo si llegaba a tender el arco, y Penelopea ofrece dar al mendigo un manto y una túnica si logra su propósito, XXI, 274 a 342; Penelopea llora por Odiseo hasta que Atenea le difunde en los párpados el dulce sueño, XXI, 356 a 358; Eumeo lleva el arco al mendigo (Odiseo), los pretendientes le increpan, Telémaco le amenaza si no sigue adelante y, por fin, lo pone en las manos del héroe, XXI, 359 a 379; Filetio cierra las puertas del patio y vuelve a sentarse, clavando los ojos en Odiseo, XXI, 389 a 393; los pretendientes se encaminan a la casa de Odiseo, XXI, 407; Odiseo examina minuciosamente el arco, lo arma, prueba la cuerda, huélgase de oír un trueno que despide como presagio el propio Zeus, hace pasar una flecha por el ojo de las segures, dice a Telémaco que no le afrenta el huésped que tiene en su casa y que ya es hora de aparejar la cena a los aqueos, y Telémaco toma las armas y se pone al lado de su padre, XXI, 393 a 434; Odiseo se desnuda de sus andrajos, salta al umbral, dice que quiere apuntar a otro blanco y, asestando el arco a Antínoo, le clava una flecha en la garganta, y lo mata, XXII, 1 a 19; los pretendientes increpan a Odiseo, éste se da a conocer, Eurímaco ofrece resarcirle lo comido a razón de veinte bueyes por cada uno de los pretendientes, y el héroe declara que no se abstendrá de matar hasta que todos hayan pagado sus demasías, XXII, 26 a 64; Eurímaco arremete contra Odiseo y éste le clava una saeta en el hígado, XXII, 80 a 83; Anfínomo se va derecho a Odiseo y Telémaco le previene con hundirle la lanza en la espalda, XXII, 89 a 94; manda Odiseo a Telémaco que le traiga armas mientras tiene saetas para rechazar a los pretendientes, XXII, 105 a 107; ármanse Telémaco, Eumeo y Filetio, y se colocan a ambos lados de Odiseo, XXII, 113 a 115;

Biblioteca Nacional de España

manda Odiseo que Eumeo guarde el postigo, XXII, 129 y 130; Melantio dice que va a buscar armas al aposento donde cree que las colocaron Odiseo y su hijo, sube a la estancia de Odiseo, da las armas a los pretendientes, y desfallecen las rodillas y el corazón de Odiseo, al verles tomar las armas; dice el héroe a Telémaco que alguna mujer o Melantio atiza el combate, y Telémaco se declara el único culpable por haber dejado abierta la habitación, XXII, 139 a 156; Eumeo ve que es Melantio quien proporciona las armas a los pretendientes y, por orden de Odiseo, él y Filetio echan por tierra al cabrero, le atan con una soga los pies y las manos, y lo levantan a la parte superior de una columna, XXII, 162 a 191; vuelven Eumeo y Filetio al lado de Odiseo, XXII, 201 a 203; preséntase Atenea, transfigurada en Méntor: Odiseo se huelga de verla y le pide que aparte de ellos el infortunio; los pretendientes la increpan y amenazan; y Atenea, después de reprender a Odiseo, diciéndole que ya no tiene el vigor y la fortaleza que demostró en la guerra de Troya, se transforma en golondrina y se posa en una de las vigas, XXII, 205 a 240; recomienda Agelao que tiren la pica seis pretendientes, por si Zeus les concede herir a Odiseo, XXII, 251 a 253; Odiseo invita a los suyos a tirar las lanzas contra la turba de los pretendientes, mata a Demoptólemo, y el héroe y sus compañeros sacan de los cadáveres las lanzas que les han clavado, XXII, 261 a 271; vuelve Odiseo a despedir la lanza y mata a Euridamante, XXII, 281 a 283; dice Eumeo a Ctesipo, al herirle en el pecho, que reciba aquel presente de hospitalidad por la pata de buey que dió a Odiseo, XXII, 290 y 291; mata Odiseo a Agelao Damastórida, XXII, 292 y 293; Leodes ruega a Odiseo que no lo mate, y el héroe le corta la cabeza, XXII, 310 a 329; Femio vacila entre refugiarse en el altar de Zeus, donde tantos muslos de buey habían quemado Laertes y Odiseo, o suplicar a éste y abrazarle las rodillas; parécele mejor lo último e implora a Odiseo, alegando que un dios le inspira canciones de toda especie; Telémaco intercede en favor del aedo y de Medonte; y Odiseo se abstiene de matar a entrambos y les ordena que vayan a sentarse al patio, XXII, 330 a 377; Odiseo registra la sala, ve que todos los pretendientes están muertos y manda a Telémaco que llame a Euriclea, XXII, 381 a 392; al hallar a Odiseo rodeado de cadáveres, Euriclea profiere exclamaciones de alegría, pero el héroe le impone silencio, diciendo que no es piadoso regocijarse por la muerte de aquellos varones, y le manda que, sin despertar a Penelopea, haga venir las mujeres culpables, XXII, 401 a 432; Odiseo manda a Telémaco, a Eumeo y a Filetio que hagan trasladar los cadáveres, pongan en orden la estancia y maten a las mujeres culpables, XXII, 435 a 445; Odiseo da prisa a las mujeres para que trasladen los cadáveres al pórtico, XXII, 450 y 451; consumada la obra, Telémaco, Eumeo y Filetio vuelven a entrar en el palacio de Odiseo, XXII, 478 y 479; Odiseo ordena a Euriclea que le traiga fuego y azufre, y mande a Penelopea y a las esclavas que se presenten, XXII, 480 a 484; Odiseo vuelve a pedir fuego y en seguida azufra la casa, mientras la vieja se va por la hermosa mansión de Odiseo a llamar a las mujeres, XXII, 490 a 496; las esclavas abrazan y besan a Odiseo, que las reconoce a todas, XXII, 498 a 501; Euriclea dice a Penelopea que ha llegado Odiseo y ha dado muerte a los pretendientes; la reina no lo cree, y, como Euriclea insiste en su afirmación, se figura que algún dios los habrá castigado y decide bajar para ver muertos a los pretendientes y a quien los ha matado, XXIII, 5 a 84; siéntase Penelopea enfrente de Odiseo, sin hablarle, Telémaco la reprende por su frialdad, contesta aquélla que, si es Odiseo, ya se reconocerán por ciertas señales que ellos saben, y Odiseo encarga a Telémaco que deje que su madre la pruebe, XXIII, 89 a 114; consulta Odiseo a Telémaco sobre lo que conviene hacer, responde éste que lo vea él mismo, y aquél ordena que el aedo toque y los demás bailen, para que los vecinos y transeuntes crean que se ha casado la reina; y que, al amanecer, se vayan Odiseo, Telémaco, Eumeo y Filetio a la casa que Laertes tiene en el campo, XXIII, 117 a 140; Eurínome lava a Odiseo, Atenea le da hermosura, y el héroe se sienta frente a su esposa y le echa en cara su frialdad; Penelopea, para probarle, dice a Euriclea que saque del cuarto la cama de Odiseo, éste se extraña porque la cama (que describe)

Biblioteca Nacional de España

está sujeta a un pie de olivo, y sigue una tierna escena de reconocimiento, alargando Atenea aquella noche para que la Aurora no halle a los dos esposos llorando todavía, XXIII, 153 a 246; dice Odiseo a Penelopea que aún falta llevar al cabo otra empresa grande, larga y difícil, y, accediendo a sus súplicas, relata lo que Tiresias le mandó que hiciera al llegar a Itaca, XXIII, 247 a 284; Odiseo y Penelopea se van a la cama, alumbrados por Eurínome; disfrutan del deseable amor, Penelopea refiere cuánto padeció en la ausencia de su marido, y Odiseo cuenta sus aventuras y se duerme, XXIII, 293 a 343; así que se descubre la Aurora, Odiseo se levanta del lecho, recomienda a Penelopea que se quede en lo alto de la casa, y sale al campo con Telémaco, Eumeo y Filetio, XXIII, 348 a 372; mientras están hablando Aquileo y Agamenón, llegan al Hades las almas de los pretendientes a quienes matara Odiseo, XXIV, 98 a 100; Agamenón recuerda a Anfimedonte que estuvo en su casa, allá en Ítaca, cuando fué con Menelao a exhortar a Odiseo para que les siguiera a Ilión, le pregunta qué ha ocurrido y Anfimedonte cuenta que pretendían a la esposa de Odiseo, que ella los entretuvo tejiendo y destejiendo el sudario de Laertes, y que cuando lo acabó presentóse Odiseo y dió muerte a los pretendientes, XXIV, 106 a 190; Agamenón considera feliz a Odiseo por tener una esposa virtuosísima, y vaticina que los inmortales inspirarán a los hombres graciosos cantos en loor de la discreta Penelopea, XXIV, 191 a 198; Odiseo llega con los suyos al predio de Laertes, encamínase al huerto y se le saltan las lágrimas al ver a Laertes abrumado por la vejez; le habla burlonamente diciendo que cultiva bien el huerto, pero está sucio y mal vestido; le dice que en su patria tuvo un huésped, que era hijo de Laertes; relata una fingida historia, según la cual es Epérito, hijo de Afidante; y, al notar el dolor de su padre, da un salto, le besa, se da a conocer, enseñando a Laertes la cicatriz y diciéndole cuantos árboles le había dado en cierta ocasión, y lloran y se abrazan; Odiseo tranquiliza a su padre del temor de que vengan los itacenses a acometerles, y padre e hijo se van a la casería y hallan a Telémaco, al boyero y al porquerizo preparando la comida, XXIV, 205 a 364; Odiseo dirige dulces palabras a Dolio y sus hijos, éstos lo abrazan, dice aquél a Dolio que ya Penelopea tiene noticia de su regreso, y se sientan todos a la mesa, XXIV, 391 a 411; al saberse la noticia de la matanza de los pretendientes, los ciudadanos acuden a la mansión de Odiseo y sacan los muertos, XXIV, 413 a 417; Eupites, padre de Antínoo, que fué el primero a quien mató Odiseo, incita a los itacenses a ir contra el héroe, XXIV, 422 a 438; salen del palacio de Odiseo, Medonte y Femio; y el primero dice a los itacenses que no sin la voluntad de los dioses ha realizado Odiseo su hazaña, pues estaba junto a él un dios que había tomado la figura de Méntor, XXIV, 439 a 449; Atenea explora la voluntad de Zeus y éste le dice que cumpla el plan que ella misma trazó y, pues Odiseo se ha vengado de los pretendientes, olvídese lo sucedido, ámense los unos a los otros como antes, y haya paz y riqueza en gran abundancia, XXIV, 472 a 486; manda Odiseo que salga alguien a ver si se acercan los itacenses, obedece uno de los hijos de Dolio, vuelve a entrar diciendo que ya los enemigos están próximos, y se arman todos los varones, incluso Laertes y Dolio, XXIV, 490 a 501; huélgase Odiseo de ver a Atenea, que comparece transfigurada en Méntor, y exhorta a Telémaco a que sea valiente, XXIV, 502 a 509; Odiseo y Telémaco hieren a los itacenses con espadas y lanzas de doble filo; y a todos los mataran, si Atenea no hubiese suspendido el combate, XXIV, 526 a 532; Odiseo se lanza a perseguir a los enemigos, puestos en fuga; Atenea le exhorta a detenerse, el héroe obedece gustoso, y la deidad hace jurar la paz a entrambas partes, XXIV, 537 a 548.

Frag. El divino Odiseo no quería..., XVII, 2; Odiseo tapó la boca a Anticlo que, desde dentro del caballo de madera, quería responder a Hélena, XXII, 3.

OFELESTES (Ὀφελέστης): 1) Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 274.

2) Teucro (peonio), muerto por Aquileo, *Il.*, XXI, 210.

OFELTIO (Ὀφέλτιος): 1) Teucro, muerto por Eurialo, *Il.*, VI, 20.

2) Griego, muerto por Héctor, *Iliada*, XI, 302.

OGIGIA (Ὠγυγίη): Isla donde vive la ninfa

Biblioteca Nacional de España

Calipso, *Od.*, I, 50 a 52, 85; IV, 556 y 557; V, 13 y 14, 55 a 75; VI, 172; VII, 224, 254; XII, 448; XXIII, 333.

OICLEO (Οἰκλῆς y Οἰκλειος): Hijo de Antifates y padre de Anfiarao, *Od.*, XV, 243 y 244.

OILEO (Οἰλεύς): 1) Padre de Ayante, caudillo de los locrenses, *Il.*, II, 527, 727, 728; XI, 93; XIII, 66, 694, 697, 701; XIV, 442, 520; XV, 333, 336; XVII, 256; XXIII, 473, 488, 754.

2) Teucro, muerto por Agamenón, *Iliada*, XI, 93.

OILÍADA (Οἰλιάδης): Hijo de Oileo. Nombre patronímico de uno de los Ayantes, *Iliada*, XII, 365; XIII, 203 y 712; XIV, 446; XVI, 330; XXIII, 759.

OLENIA (Ὠλενίη, en πέτρη Ὠλενίη = la roca Olenia): Cordillera que separa la Élide de la Acaya, *Il.*, II, 617; XI, 757.

ÓLENO (Ὦλενος): Ciudad de Etolia, *Il.*, II, 639.

OLÍMPICO (Ὀλύμπιος): Epíteto de Zeus, usado a veces por el nombre propio, *Il.*, I, 18, 353, 399, 508, 580, 583, 589, 609; II, 13, 30, 67, 309, 484; IV, 160; V, 383; VI, 282; VIII, 335; XI, 218; XII, 275; XIII, 58; XIV, 508; XV, 115, 131, 375; XVI, 112; XVIII, 79; XIX, 108; XX, 47; XXII, 130; XXIV, 140, 175, 194.

OLIMPO (Ὄλυμπος y Οὔλυμπος): Monte situado en las fronteras de la Tesalia y de la Macedonia, morada de los dioses superiores, *Il.*, I, 44, 221, 394, 402, 420, 425, 494, 497, 499, 530, 532, 566; II, 48, 167; III, 407; IV, 74; V, 360, 367, 398, 404, 750, 754, 868, 877, 890; VII, 19, 25, 35; VIII, 3, 12, 25, 199, 394, 410, 411, 439, 443, 451, 456; X, 462; XI, 77, 715; XIII, 68, 243, 523; XIV, 154, 225, 298, 309; XV, 21, 79, 84, 133, 136, 193; XVI, 93, 364; XVIII, 142, 146, 148, 167, 186, 429, 616; XIX, 114, 128; XX, 5, 22, 125, 142; XXI, 389, 438, 505, 518; XXII, 187; XXIV, 104, 121, 144, 427, 468, 694.

Od., I, 102; VI, 42, 240; VIII, 331; X, 307; XI, 313, 315; XII, 337; XIV, 394; XV, 43; XVIII, 180; XX, 55, 73, 103; XXIV, 351, 488.

Him. Cuando el Cronión asiente con sus negras cejas, hace estremecer el Olimpo, I, 15; Deméter, irritada, desamparó el Olimpo, II, 92, y dijo que no subiría al Olimpo hasta que viera a su hijo, II, 331; Hermes dejó el Olimpo para irse a las profundidades de la tierra y sacar a Persefonea, II, 341; Rea, por orden de Zeus, se lanza desde las cimas del Olimpo para llamar a Deméter, II, 449; Deméter y Persefonea se dirigen al Olimpo, II, 484; cuando Leto iba a dar a luz a Apolo, Hera retenía a Ilitia en la cumbre del Olimpo, III, 98; Iris llegó al Olimpo y llamó a Ilitia, III, 109; desde Pito, Apolo se va al Olimpo, III, 186; para buscar sitio para un oráculo, Apolo bajó del Olimpo a la Pieria, III, 216; Apolo encarga a los cretenses, a quienes hizo sus sacerdotes, que ofrezcan libaciones a los dioses del Olimpo, III, 498, 512; Hermes y Apolo llegaron al Olimpo y hallaron a los dioses reunidos, IV, 322, 325; Apolo y Hermes, después de hacer volver las vacas al prado, regresaron al Olimpo, IV, 505; Ares es el antemural del Olimpo, VIII, 3; todos los dioses honran a Hera en el Olimpo, XII, 4; Heracles habita ahora en el Olimpo, XV, 7; las ninfas celebran a los dioses y al vasto Olimpo, XIX, 27; al nacer Atenea, el vasto Olimpo se estremeció, XXVIII, 9.

Batr. El Cronida (Zeus) despide un trueno que hace estremecer el vasto Olimpo, 285 y 286; Zeus desde el Olimpo envía en auxilio de las ranas unos cangrejos que cortan las colas, pies y manos de los ratones, y termina la batalla, 292 a 303.

Frag. Quirón enseñó a los hombres *las formas* del Olimpo, L, 2.

OLISCASADO (Κνισσοδιώκτης): ratón. Es cogido por Puerrívoro, que lo ahoga en el lago, *Batr.*, 232.

OLIZÓN (Ὀλιζών): Población de Tesalia, *Iliada*, II, 717.

OLOOSON (Ὀλοοσσών): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 739.

OMÓDAMO (Ὀμόδαμος): Uno de los démones, destructores del horno, *Ep.*, XIV, 10.

ONÉTOR (Ὀνήτωρ): Sacerdote de Zeus, padre de Laógono, *Il.*, XVI, 604.

ONETÓRIDA (Ὀνητορίδης): Hijo de Onétor. Nombre patronímico de Frontis, *Od.*, III, 282.

ONQUESTO (Ὀγχηστός): Ciudad de Beocia, consagrada a Posidón, *Il.*, II, 506.

Him. Cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo, llegó a Onquesto, espléndido bosque de Posidón, III, 230; cuando Hermes se lleva las vacas de Apolo, llega a Onquesto, y hallando a un ancia-

Biblioteca Nacional de España

no, le encarga que, viendo, haga como que no vea, IV, 88, y Apolo, al buscar dichas vacas, interroga al mismo anciano, quien le dice que le pareció ver un niño que pasaba con una vacada, IV, 186, 190.

OPITES ('Οπίτης): Caudillo griego, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 301.

OPS ('Ωψ): Hijo de Pisenor y padre de Euriclea, *Od.*, I, 429; II, 347; XX, 148.

OPUNTE ('Οπόεις): Ciudad de Lócride, *Iliada*, II, 531; XVIII, 326; XXIII, 85.

OQUESIO ('Οχήσιος): Etolo, padre de Perifante, *Il.*, V, 843.

ORCÓMENO ('Ορχομενός): 1) Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 511; IX, 381.

Od., XI, 284, 459.

2) Ciudad de Arcadia, *Il.*, II, 605.

ORESBIO ('Ορέσβιος): Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 707.

ORESTES ('Ορέστης): 1) Hijo de Agamenón y de Clitemnestra, *Il.*, IX, 142 y 284.

Od. Vengó el asesinato de Agamenón, matando a Clitemnestra y a Egisto, a quien los propios dioses habían revelado lo que tenía que ocurrir, I, 29 a 43; ¿no sabes, dice Méntor (Atenea) a Telémaco, cuánta gloria ha ganado Orestes desde que mató a Egisto?, I, 298 a 300; fué ocho años después que muriera Agamenón cuando Orestes mató a Egisto y dió a los argivos el banquete fúnebre en las exequias del mismo y de Clitemnestra, III, 306 a 310; le dijo Proteo a Menelao que, si Orestes se le adelantaba en matar a Egisto, llegaría para el banquete fúnebre, IV, 546 y 547; el alma de Agamenón pregunta a Odiseo dónde está Orestes, puesto que no ha desaparecido aún de la tierra, XI, 457 a 461.

2) Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 705.

3) Caudillo teucro, *Il.*, XII, 139; muerto por Leonteo, XII, 193.

ORIÓN ('Ωρίων): 1) Constelación, *Il.*, XVIII, 486 y 488; XXII, 29.

Od., V, 274.

2) Amante de la Aurora, muerto en Ortigia por Ártemis, *Od.*, V, 121 a 124.

3) Cazador gigantesco. Oto y Efialtes eran los mayores hombres de la tierra, si se exceptúa a Orión, *Od.*, XI, 310; Odiseo ve en el Hades al gigantesco Orión, que persigue a las fieras con una clava de bronce, XI, 572 a 575.

ORITÍA ('Ωρείθυια): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 48.

ORMÉNIDA ('Ορμενίδης): Hijo de Ormeno. 1) Nombre patronímico de Amintor, *Iliada*, IX, 448; X, 266.

2) Nombre patronímico de Ctesio, *Odisea*, XV, 414.

ORMENIO ('Ορμένιον): Ciudad de Tesalia, *Iliada*, II, 734.

ÓRMENO ('Όρμενος): 1) Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, VIII, 274.

2) Troyano, muerto por Polipetes, *Iliada*, XII, 187.

ORNÍAS ('Ορνειαί): Ciudad de Argólide, *Iliada*, II, 571.

ORO ('Ωρος): Caudillo dánao, muerto por Héctor, *Il.*, XI, 303.

ORSÍLOCO ('Ορσίλοχος) 1) Hijo de Diocles, muerto por Eneas, *Il.*, V, 541 a 560.

2) Troyano, muerto por Teucro, *Iliada*, VIII, 274.

3) Hijo del río Alfeo y padre de Diocles, *Od.*, III, 488 y 489; XV, 186 y 187. En su casa encontráronse Odiseo e Ífito, XXI, 16.

4) Hijo atribuido a Idomeneo por Odiseo en la fingida relación que hace este héroe a Atenea transfigurada en joven pastor, *Od.*, XIII, 259 y 260.

ORTE ('Όρθη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 739.

ORTEO ('Ορθαῖος): Teucro de Ascania. Acompaña a Héctor que arremete contra los griegos, *Il.*, XIII, 791.

ORTIGIA ('Ορτυγίη): Isla fabulosa junto a Siria o, según otros, isleta cercana a Delos, *Od.*, V, 123; XV, 404.

Him. Leto dió a luz a Ártemis en Ortigia, III, 16.

ORTÍLOCO ('Ορτίλοχος): Hijo del Alfeo, padre de Diocles y abuelo de Cretón y Orsíloco, *Il.*, V, 546 y 547.

OSA ('Όσσα): Monte de Tesalia, *Od.*, XI, 315.

OTO ('Ωτος): 1) Hijo de Ifimedia y de Aloeo o de Posidón. Él y su hermano Efialtes tuvieron encadenado a Ares por espacio de trece meses, *Il.*, V, 385 a 391.

Od. Él y su hermano Efialtes fueron los hombres más altos de su tiempo, si se exceptúa a Orión; amenazaron a los dioses; y quisieron poner encima del Olimpo el Osa y arriba el Pelión para escalar el cielo, y lo hubieran conseguido si Zeus no les hubiese dado muerte, *Od.*, XI, 305 a 320.

Biblioteca Nacional de España

2) Caudillo de los epeos, natural de Cilene, muerto por Polidamante, *Il.*, XV, 518 y 519.

OTREO ('Οτρεύς): Rey de Frigia, de quien Príamo fué aliado, *Il.*, III, 186.

Him. Afrodita, transfigurada en mortal, dice a Anquises que es hija de Otreo, rey de la Frigia, V, 111, y Anquises le responde que si es hija de Otreo la tomará por esposa, V, 146.

OTRINTEO ('Οτρυντεύς): Padre de Ifitión, que tuvo de una náyade, *Il.*, XX, 384.

OTRINTIDA ('Οτρυντεΐδης): Hijo de Otrinteo. Nombre patronímico de Ifitión, *Il.*, XX, 383 y 389.

OTRIONEO ('Οθρυονεύς): Teucro de Cabeso, que había pedido en matrimonio a Casandra, sin obligación de dotarla, pero ofreciendo que echaría de Troya a los aqueos. Fué muerto por Idomeneo, *Il.*, XIII, 363 a 382, 772.

PAFOS (Πάφος): Ciudad de Chipre, *Od.*, VIII, 363.

Him. Cuando Afrodita se enamoró de Anquises, se fué a su templo de Pafos a lavarse y adornarse, V, 59.

PALANTE (Πάλλας): La Luna es hija del rey Palante, *Him.*, IV, 100.

PALAS (Παλλάς): Epiteto de Atenea, usado a veces por el nombre propio, *Il.*, I, 200, 400; IV, 78, 541; V, 1, 61, 121, 256, 510, 840, 856; VI, 311; X, 245, 275, 295; XI, 438; XV, 614; XVIII, 217, 311, 516; XX, 33, 146, 314; XXI, 290, 408; XXII, 270, 276; XXIII, 771.

Od., I, 125, 252, 327; II, 405; III, 29, 42, 222, 385; IV, 289, 828; VI, 233, 328; VII, 37; VIII, 7; XI, 547; XIII, 190, 252, 300, 371; XV, 1; XIX, 33; XX, 345; XXIII, 160; XXIV, 520, 547.

Him., II, 424; XI, 1; XXVIII, 1, 16.

Batr. Zeus propone a los dioses que envíen a Palas, que produce el tumulto de la guerra, o a Ares para que aparten del combate a Robaparte, 274 a 276.

Frag., XXII, 5.

PALMIS (Πάλμυς): Teucro de Ascania. Acompaña a Héctor, que arremete contra los griegos, *Il.*, XIII, 792.

PAMÓN (Πάμμων): Hijo de Príamo, *Iliada*, XXIV, 250.

PAN (Πᾶν): Las ninfas andan por las rocas invocando a Pan, dios de los pastores, *Him.*, XIX, 5; le llamaron Pan, porque, al presentarlo Hermes a los dioses, a todos les regocijó el alma, XIX, 47. Está dedicado a este dios el himno XIX.

PANDÁREO (Πανδάρεος): Hijo de Mérope y de Mérops o de Hermes. Su hija Aedón, transformada en ruiseñor, canta llorando a Ítilo, el vástago que tuvo del rey Zeto, *Odisea*, XIX, 518; cuando las hijas de Pandáreo se quedaron huérfanas, criólas Afrodita con queso, miel y vino, y las favorecieron Hera, Ártemis y Atenea; pero, mientras Afrodita iba a pedir para ellas florecientes nupcias, arrebatáronlas las Harpías y las dieron a las Erinies como esclavas, XX, 66 a 78.

PÁNDARO (Πάνδαρος): Caudillo de los teucros de Zelea, hijo de Licaón y habilísimo arquero, *Il.*, II, 824 a 827; hiere a Menelao, quebrantando los pactos, IV, 88 a 147; hiere a Diomedes y muere a manos del mismo, V, 95 a 105, 168 a 296.

PANDÍA (Πανδε/η): Zeus se unió con la Luna y ésta parió la doncella Pandía, que descollaba por su belleza, *Him.*, XXXII, 15.

PANDIÓN (Πανδίων): Griego. Lleva el arco de Teucro, a quien acompaña, *Il.*, XII, 372.

PÁNDOCO (Πάνδοκος): Teucro, muerto por Ayante, *Il.*, XI, 490.

PÁNOPE (Πανόπη): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 45.

PANOPEO (Πανοπεύς): 1) Ciudad de Fócide, *Il.*, II, 520; XVII, 307.

Od., XI, 581.

2) Griego, padre del púgil Epeo, *Iliada*, XXIII, 665.

PANTOÍDA (Πανθοΐδης): Hijo de Pántoo. Nombre patronímico de:

1) Polidamante, *Il.*, XIII, 756; XIV, 450 y 454; XV, 446; XVI, 535; XVIII, 250.

2) Euforbo, *Il.*, XVI, 808; XVII, 70 y 81.

PÁNTOO (Πάνθοος): Anciano troyano. Es uno de los próceres que están en la torre cuando Hélena sube a la misma, *Il.*, III, 146; padre de Polidamante, Euforbo e Hiperénor, XV, 522; XVII, 9, 23, 40, 59.

PARCAS (Μοῖραι): Según la mitología, eran tres hijas del Érebo y de la Noche: Cloto, Láquesis y Átropos; la primera devanaba el estambre de la vida de los hombres, la segunda lo hilaba y la tercera lo cortaba. En Homero las Μοῖραι no tienen una natu-

Biblioteca Nacional de España

raleza bien definida, y ora pueden ser consideradas como diosas, ora no son más que la personificación del hado o destino a que todo está sujeto, *Il.*, XXIV, 49; etc.

PARIS (Πάρις): Hijo de Príamo y de Hécabe; raptor de Hélena. Homero le llama también Alejandro. Aparece al frente de las tropas y desafía a los más valientes argivos, huye ante Menelao, que sale a su encuentro, es increpado por Héctor, se presta a luchar con aquél, es vencido en el combate singular y Afrodita lo arrebata del campo y lo lleva a su palacio, es denostado por Hélena y al fin Paris y Hélena se acuestan, *Il.*, III, 16 a 75, 340 a 382, 428 a 447; es exhortado por Héctor para que vuelva al combate y se dispone a vestir la armadura, VI, 325 a 341; desciende de Pérgamo y alcanza a Héctor cuando éste iba a salir por las puertas Esceas, VI, 503 a 519; mata a Menestio, VII, 8; hiere con flechas a Diomedes, XI, 369 a 383; a Macaón, XI, 505 a 507; y a Eurípilo, XI, 581 a 584; en el *Combate en la muralla,* manda, con Alcátoo y Agenor, uno de los cuerpos en que Héctor divide el ejército, XII, 93; mata de un flechazo a Euquenor, XIII, 660 a 672; anima a los guerreros y Héctor le pregunta por los caudillos, dirigiéndole injuriosas palabras, XIII, 766 a 787; mata a Deíoco, XV, 341; Héctor profetiza a Aquileo que le matarán Paris y Apolo, XXII, 359; increpale Príamo junto con los demás hijos, a quienes encarga que le preparen el carro para ir a rescatar el cadáver de Héctor, XXIV, 249.

PARNASO (Παρνησός): Monte de Beocia, *Odisea,* XIX, 394, 411, 432; XXI, 220; XXIV, 332.

Him. Telfusa aconsejó a Apolo que construya el templo en Crisa, debajo de la garganta del Parnaso, III, 269, y Apolo lo hizo así, III, 282; Apolo da oráculos en las anfractuosidades del Parnaso, III, 396; Apolo condujo a los cretenses al Parnaso, III, 521; Apolo habla a Hermes de la existencia de tres ninfas, maestras del arte adivinatoria, que tienen sus moradas en un repliegue del Parnaso, IV, 555.

PAROS (Πάρος): Una de las islas Cíclades. Deméter posee el pueblo de Paros, cercada por las olas, *Him.*, II, 491; Apolo reina sobre Paros, III, 44.

PARRASIA (Παῤῥασίη): Ciudad de Arcadia, *Ilíada,* II, 608.

PARTENIO (Παρθένιος): 1) Río de Paflagonia, *Il.*, II, 854.

2) Pozo adonde iban por agua los habitantes de Eleusis, *Him.*, II, 99.

PASITEA (Πασιθέη): Una de las Gracias, que Hera promete dar por mujer al Sueño si adormece a Zeus, *Il.*, XIV, 269 y 276.

PASTINASCÍVORO (Λιτραῖος o Φιλτραῖος): rana. Es muerto por Reposaenelcieno, *Batr.*, 226.

PATROCLO (Πάτροκλος, de πατήρ, padre, y κλέος, gloria): Hijo de Menetio, compañero predilecto de Aquileo. Por orden de Aquileo, saca de la tienda a Briseida y la entrega a los heraldos, *Il.*, I, 337 a 346; hállase con Aquileo cuando llega la embajada de Fénix, Ayante y Odiseo; y luego prepara la carne para el banquete, enciende fuego, reparte el pan y ofrece las primicias, IX, 190 a 220; por encargo de Aquileo, va a preguntar a Néstor quién es el herido que ha sacado del combate, y el anciano le aconseja que pida permiso a aquél para vestir sus armas y ponerse al frente de los mirmidones para rechazar a los teucros, XI, 602 a 617, 644 a 803; al volverse encuentra a Eurípilo herido, lo lleva a su tienda y lo cura, XI, 804 a 848; ve que los teucros asaltan el muro y deja a Eurípilo para volver a la tienda de Aquileo, XV, 390 a 404; preséntase a Aquileo, llorando, impetra del mismo vestir su armadura y llevar las tropas al combate, pelea valerosamente, y mata, entre otros, a Sarpedón, hijo de Zeus; pero, no cumpliendo la advertencia que le había hecho Aquileo de que se volviera así que rechazara de las naves a los teucros, muere a manos de Héctor después de profetizar a éste que Aquileo le quitará la vida, XVI; trábase reñida pelea alrededor de su cadáver, Héctor consigue quitarle la armadura que viste, dando la suya a los amigos para que la lleven a Troya, y por fin los griegos consiguen levantar el cuerpo y se lo llevan, defendidos por ambos Ayantes, XVII; Antíloco participa a Aquileo la muerte de Patroclo; el Pelida se aflige mucho, espanta con su voz a los teucros, y los griegos retiran el cadáver, que es lavado y colocado en un lecho, XVIII, 18 a 35, 202 a 238, 323 a 355; Briseida se lamenta ante el cadáver de Patroclo, XIX, 282 a 302; Aquileo le llora también, XIX, 314 a 338; el alma de Patroclo se aparece en sueños a Aquileo y le

Biblioteca Nacional de España

pide que ponga cuanto antes el cadáver en la pira, XXIII, 68 a 92; sus exequias, XXIII, 110 a 257; juegos fúnebres celebrados en su honor, XXIII, 257 a 897.

Od. Néstor le llama consejero igual a los dioses al nombrarle entre los que murieron en Troya, III, 110; el alma de Patroclo se le aparece a Odiseo en el Hades, XI, 468; la misma está con Aquileo, Antíloco y Ayante cuando llegan al Hades las almas de los pretendientes, XXIV, 16; los restos de Patroclo fueron depositados en una urna de oro, juntamente con los de Aquileo, XXIV, 77.

PEANTE (Ποιάντιος υἱός = hijo de Peante). Padre de Filoctetes, el célebre arquero, *Od.*, III, 190.

PEDASO (Πήδασος): 1) Hijo de Bucolión y de la náyade Abarbarea, muerto por Eurialo, *Il.*, VI, 21 a 28.

2) Caballo de Aquileo, que siendo mortal seguía a los inmortales, *Il.*, XVI, 152; murió atravesado por una lanza que arrojó Sarpedón, XVI, 467.

3) Ciudad de los léleges en la Tróade, donde reinaba Altes; fué conquistada por Aquileo, *Il.*, VI, 34; XX, 92; XXI, 86 y 87.

4) Ciudad del Peloponeso, *Il.*, XI, 152 y 294.

PEDEO (Πήδαιον): Lugar de la Tróade, *Iliada*, XIII, 172.

PEDEO (Πήδαιος): Teucro, hijo bastardo de Antenor, muerto por Meges, *Il.*, V, 69.

PELAGONTE (Πελάγων): 1) Caudillo de los pilios a las órdenes de Néstor, *Il.*, IV, 295.

2) Licio, compañero de Sarpedón, a quien arrancó la lanza que Tlepólemo le había clavado, *Il.*, V, 695.

PELEGÓN (Πηλεγών): Hijo del río Axio y de Peribea, padre de Asteropeo, *Il.*, XXI, 141.

PELENE (Πελλήνη): Ciudad de Acaya, *Il.*, II, 574.

PELEO (Πηλεύς): Rey de los mirmidones, hijo de Éaco, marido de Tetis, y padre de Aquileo y de Polidora, *Il.*, XVI, 175; XXI, 188; XXIV, 60. Holgaba de enterarse por Néstor de la prosapia y la descendencia de los héroes argivos, VII, 125 a 128; dió consejos a Aquileo cuando éste fué a Troya, IX, 254 a 258; acogió a Fénix que había huido de su casa, IX, 478 a 484; hallábase en el palacio celebrando un sacrificio, cuando llegaron Néstor y Odiseo que reclutaban tropas para la guerra de Troya, XI, 769 a 784; acogió a Epigeo, emigrado de su país por haber muerto a un primo, XVI, 571 a 574; había recibido de los dioses los corceles inmortales que Aquileo uncía a su carro, XVI, 867; XVII, 443 a 447; así como también la armadura que cedió a su hijo, XVIII, 84 y 85; Zeus le dió por esposa a Tetis, XVIII, 432 a 434; Quirón le regaló la lanza, hecha de un fresno del Pelión, XIX, 387 a 391; acogió a Patroclo cuando éste se fué de Opunte por haber dado muerte a un hijo de Anfidamante, XXIII, 85 a 90; votó al Esperquio que le inmolaría una hecatombe y le consagraría la cabellera de Aquileo cuando su hijo regresara de Troya, XXIII, 144 a 148.

Od., XI, 478; XXIV, 36. El alma de Aquileo pregunta a Odiseo si Peleo conserva la dignidad real entre los mirmidones, XI, 494 y 495, y Odiseo responde que nada sabe del mismo, XI, 505.

PELIAS (Πελίας): Hijo de Posidón y de Tiro, hermano de Neleo y padre de Alcestes, *Il.*, II, 715.

Od. Vivió en Yaolcos, XI, 235 a 257.

PELIDA (Πηλείδης y Πηληϊάδης): Hijo de Peleo. Nombre patronímico de Aquileo, *Il.*, I, 1, 146, 223, 245, 277, 306, 322; IX, 166; XV, 64, 74, 614; XVI, 269, 271, 653, 686; XVII, 105, 191, 195, 199, 641, 701; XVIII, 170, 316; XIX, 83; XX, 85, 164, 200, 261, 290, 312, 322, 431, 503; XXI, 153, 173, 208, 251, 272, 288, 557, 595; XXII, 58, 138, 176, 290; XXIII, 17, 41, 59, 231, 287, 542, 651, 700, 740, 798, 826, 884; XXIV, 406, 431, 448, 572.

Od., VIII, 75; XI, 467, 557; XXIV, 15.

Frag. Ayante hizo levantar al héroe Pelida y lo sacó de la lucha, XVII, 2; una tempestad llevó al Pelida Aquileo a Esciro, XIX, 1.

PELIÓN (Πηλείων): Hijo de Peleo. Nombre patronímico de Aquileo, *Il.*, I, 188, 197; II, 674, 770; VIII, 474; IX, 181, 698; X, 323, 392; XIII, 113; XVI, 195, 269, 281, 653, 686; XVII, 208, 214, 280; XVIII, 166, 226, 261, 269; XIX, 75; XX, 27, 45, 80, 88, 113, 118, 294, 333, 366; XXI, 306, 327, 599; XXII, 7, 40, 193, 214, 278; XXIII, 35, 249, 793; XXIV, 338, 458, 465.

Od., V, 310; XI, 470, 551; XXIV, 18, 23.

Biblioteca Nacional de España

PELIÓN (Πήλιον): Monte de Tesalia, *Il.*, II, 744 y 757; XVI, 144; XIX, 391.
Od., XI, 316.
Him. Apolo reina en las cumbres más altas del Pelión, III, 33.

PÉLOPE (Πέλοψ, de πελός, moreno, negro, + ὄψ, mirada, vista, aspecto = rostro moreno): Hijo de Tántalo, esposo de Hipodamia y abuelo de Agamenón, *Il.*, II, 104 y 105.
Frag. Linceo, desde la cumbre del Taigeto, recorrió con los ojos toda la isla de Pélope Tantálida, IX, 3.

PELOPONESO (Πελοπόννησος): Apolo se propone establecer un oráculo así para los que poseen el Peloponeso como para los que viven en Europa o en las islas, *Him.*, III, 250, 290; la nave de los cretenses, a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, pasó a lo largo del Peloponeso, III, 419, 430, 432.

PENÉLEO (Πηνέλεος y Πηνέλεως): Caudillo beocio, *Il.*, II, 494; XIII, 92; XIV, 487, 496; XVI, 335; XVII, 597.

PENELOPEA (Ηηνελόπεια): Hija de Icario y de Peribea, hermana de Iftima y de cinco varones, esposa castísima de Odiseo y madre de Telémaco. Dice Mentes (Atenea) a Telémaco que los dioses no deben de haber dispuesto que su linaje sea obscuro cuando Penelopea lo ha parido cual es, *Od.*, I, 221 a 223; Penelopea oye cantar a Femio la vuelta de los aqueos, baja de su habitación, con dos esclavas, pide al aedo que cambie de asunto, oye las palabras que le dice Telémaco, vuelve a su cuarto y llora por Odiseo, I, 328 a 364; los pretendientes mueven alboroto, deseando acostarse con Penelopea, I, 365 y 366; Penelopea daba esperanzas a todos los pretendientes, les dijo que aguardaran a que labrase un sudario para Laertes, y por la noche deshacía lo tejido durante el día hasta que aquéllos la sorprendieron destejiendo la tela y hubo de acabarla, mal de su grado, II, 91 a 110; XIX, 137 a 156; XXIV, 126 a 146; aconseja Antínoo a Telémaco que Penelopea vuelva al palacio de su padre, donde le prepararán el casamiento, pues de lo contrario los pretendientes no se retirarán y arruinarán la casa, aunque ella alcance inmensa gloria, II, 113 a 126; dice Méntor (Atenea) a Telémaco que si no es hijo de Odiseo y de Penelopea no realizará el viaje a Pilos y a Esparta, II, 274 y 275; dice Menelao que seguramente Laertes, Penelopea y Telémaco lloran por Odiseo, IV, 110 a 112; Penelopea se entera de la partida de Telémaco y de la conspiración de los pretendientes para matarlo, llora, se queja porque las esclavas no la han avisado, y quiere mandar un recado a Laertes; Euriclea se disculpa y le aconseja que suba a lo alto de la casa y ofrezca un sacrificio a Atenea; Penelopea lo hace así, se adormece y Atenea le envía un fantasma para decirle que Telémaco volverá sano y salvo; despierta Penelopea y se huelga del ensueño que ha tenido, IV, 675 a 841; dice Odiseo a Calipso que, con efecto, Penelopea es inferior a la ninfa en belleza y en estatura, V, 215 a 218; dice Agamenón a Odiseo, en el Hades, que no ha de temer la muerte de parte de Penelopea, a quien dejaron recién casada al partir para la guerra, pues es muy sensata y razonable, XI, 444 a 448; encarga Atenea a Odiseo que se llegue ante todo al porquerizo, que le tiene afecto y adora a su hijo y a Penelopea, XIII, 404 a 406; dice Eumeo que desea la vuelta de Odiseo, como Penelopea, Laertes y Telémaco, XIV, 171 a 173; dice Eumeo que sólo va a la ciudad cuando le llama Penelopea porque le traen alguna noticia, XIV, 372 a 374; encarga Atenea a Telémaco que, cuando llegue a la majada del porquerizo, lo mande a Penelopea para decirle que ha llegado de Pilos, XV, 40 a 42; dice el mendigo (Odiseo) a Eumeo, que desea ir a comunicar nuevas a Penelopea, XV, 314; ordena Telémaco a Eumeo que vaya a decirle a Penelopea que ha llegado sano y salvo de Pilos, XVI, 130 y 131; manda Odiseo a su hijo, al dársele a conocer, que nadie sepa su llegada, ni siquiera Penelopea, XVI, 301 a 303; los compañeros de Telémaco, al llegar a la ciudad, envían un heraldo a Penelopea para anunciarle la vuelta de su hijo, encuéntranse el heraldo y el porquerizo y ambos dan la noticia a la reina, XVI, 328 a 341; Anfínomo es el pretendiente más grato a Penelopea, XVI, 396 y 397; Penelopea decide mostrarse a los pretendientes, increpa a Antínoo porque quiere matar a Telémaco, oye a Eurímaco que intenta tranquilizarla, y vuelve a su habitación, donde llora por Odiseo, XVI, 409 a 451; Atenea transforma nuevamente a Odiseo en mendigo para evitar que Eumeo, al reconocerle, vaya a anunciárselo a

Biblioteca Nacional de España

Penelopea, XVI, 455 a 459; al llegar Telémaco al palacio, sale de su cuarto Penelopea, que parece Ártemis o Afrodita, le besa sollozando, le pide que le cuente lo que ha visto y, por su consejo, hace voto de sacrificar perfectas hecatombes a los dioses si Zeus permite que se cumpla la venganza, XVII, 36 a 60; Penelopea se sienta junto a la mesa donde comen Telémaco y Teoclímeno, hácele el primero una relación de su viaje a Pilos y a Esparta, vaticina el segundo la vuelta de Odiseo, y Penelopea le dice que le haría muchos regalos si la predicción se cumpliese, XVII, 101 a 165; dice Eumeo que no se preocupa porque Antínoo sea áspero con él, mientras le vivan en el palacio Penelopea y Telémaco, XVII, 388 a 391; Penelopea, al enterarse de que Antínoo ha herido al mendigo, dice que ojalá Apolo le hiriera a él de la misma manera, y añade luego que todos los pretendientes son aborrecibles, pero Antínoo casi tanto como la Parca, XVII, 492 a 505; Penelopea encarga a Eumeo que le traiga el mendigo (Odiseo), estornuda Telémaco, lo cual considera la reina como buen agüero, el mendigo dice que Penelopea aguarde hasta la puesta del sol porque teme a los pretendientes, y Penelopea se admira de la sensatez del forastero, XVII, 506 a 588; Penelopea, por inspiración de Atenea, quiere mostrarse a los pretendientes para aconsejar a Telémaco; es hermoseada por Atenea, baja de su aposento con dos esclavas, y reprende a Telémaco por haber dejado maltratar al huésped; Eurímaco dice a Penelopea que si todos los aqueos la vieran, más serían los pretendientes, y ella responde que su belleza pereció al partir Odiseo y que antes los pretendientes obsequiaban con regalos a la mujer que se proponían alcanzar; todos los pretendientes mandan a sus criados que traigan presentes para Penelopea, y ésta vuelve a su habitación con las criadas, que se llevan los regalos, XVIII, 158 a 303; Penelopea había criado a Melanto como si fuese hija suya, pero ésta no compartía los pesares de su señora y se juntaba con Eurímaco, XVIII, 322 a 325; sale de su cuarto Penelopea, que parece Ártemis o Afrodita, reprende a Melanto porque increpaba al mendigo (Odiseo), habla con éste, lamentándose de los pretendientes y explicándole el artificio a que acudió de labrar una tela que deshacía por la noche, oye el fingido relato que de sus aventuras hace el mendigo y, como le dice que había hospedado a Odiseo, pregúntale qué vestidos llevaba; manifiesta al mendigo que en adelante será querido y venerado en la casa, manda que lo laven y le aparejen un lecho, está distraída por Atenea cuando Euriclea reconoce a Odiseo, y, después de declarar que siempre se halla afligida, refiere un ensueño que ha tenido, decide casarse con el que logre tender el arco de Odiseo, y vuelve a su habitación donde se echa a llorar por su marido hasta que Atenea le envía dulce sueño, XIX, 53 a 381, 476 a 604; Penelopea manda colocar su magnífico sillón enfrente de los pretendientes y oye cuanto se dice en la sala, XX, 387 a 389; Atenea inspira a Penelopea la idea de sacarles el arco y las segures de Odiseo a los pretendientes, y la reina se va al aposento más interior del palacio, toma el arco y la aljaba, llora, y les habla a los pretendientes diciendo que se irá con el que venza en el certamen, XXI, 1 a 14, 42 a 79; Antínoo increpa a Eumeo y a Filetio porque, llorando, conmueven el ánimo de Penelopea, XXI, 85 a 88; dice Telémaco que Zeus le ha vuelto el juicio, pues oye decir a su madre que se quiere ir de la casa y ríe y se deleita con ánimo insensato, XXI, 102 a 105; dice Leodes, después que ha probado inútilmente de armar el arco, que cada cual espera casarse con Penelopea, pero, así que intente armar el arco, verá que puede dedicarse a pretender a otra aquiva, XXI, 157 a 162; Penelopea reprende a Antínoo, que no quiere que se le entregue el arco al mendigo (Odiseo), manda que se lo den y promete regalarle un manto y una túnica si consigue armarlo, XXI, 311 a 342; Telémaco dice a su madre que quien dispone del arco es él, le aconseja que torne a sus labores, y Penelopea vuelve a su cuarto y llora por Odiseo hasta que Atenea la adormece, XXI, 343 a 358; dice Euriclea a Odiseo que de las cincuenta esclavas del palacio, doce se entregaron a la impudencia, no respetándola a ella ni a Penelopea, XXII, 424 y 425; después de la matanza de los pretendientes, dice Odiseo a Euriclea que mande a Penelopea que se presente con las esclavas, XXII, 482 a 484; Euriclea se inclina sobre

Biblioteca Nacional de España

la cabeza de Penelopea, que está dormida, y le dice que Odiseo ha vuelto y ha dado muerte a los pretendientes; y la reina, figurándose que habrá sido alguna deidad, decide bajar a la sala para ver muertos a los pretendientes y a quien los ha matado, XXIII, 4 a 84; entra Penelopea en la sala, unas veces cree reconocer a Odiseo, y otras le parece que no es el héroe; repréndela Telémaco por su frialdad, y contesta que si el forastero es Odiseo se reconocerán luego porque hay señales que sólo ellos saben, XXIII, 84 a 110; al oír la cítara y el ruido del baile, los que pasaban junto al palacio de Odiseo creían que se celebraba el casamiento de Penelopea, XXIII, 149 a 151; Odiseo, después de bañarse, se sienta enfrente de Penelopea y le echa en cara su frialdad; la reina, para probarle, manda que saquen la cama de Odiseo fuera del cuarto; el héroe se extraña, porque está fabricada sobre un pie de olivo; Penelopea, que, con esto, adquiere la certeza de que aquél es su marido, abraza y besa a Odiseo; lloran ambos; Atenea alarga la noche; Odiseo refiere lo que le encargó Tiresias; ambos esposos se van a la cama, alumbrados por Eurínome, y, después de disfrutar del amor, refiérense cuanto han tenido que padecer durante los veinte años que han estado separados, XXIII, 164 a 343; Odiseo, al levantarse, dice a Penelopea que le cuide los bienes, que él repondrá las reses que le han comido los pretendientes, que se va a ver a su padre Laertes, y que ella se esté quieta en los altos de la casa sin mirar a nadie ni preguntar nada, XXIII, 344 a 365; Anfimedonte cuenta, en el Hades, a Agamenón, que pretendían a Penelopea, que ésta no rechazaba las nupcias ni quería celebrarlas, que para entretenerles labraba una tela que deshacía por la noche hasta que la sorprendieron y hubo de acabarla mal de su grado, y que entonces llegó Odiseo y los mató a todos, XXIV, 125 a 181; Agamenón considera feliz a Odiseo por haber tenido una mujer tan virtuosa como Penelopea, y vaticina que los inmortales inspirarán a los hombres cantos graciosos en loor de la discreta Penelopea, XXIV, 192 a 198; Laertes, suponiendo que Odiseo ha muerto, se lamenta de que Penelopea no haya podido gemir sobre el lecho fúnebre de su marido, XXIV, 294 y 295; pregunta Dolio si Penelopea sabe ya la llegada de Odiseo y éste responde afirmativamente, XXIV, 404 a 407.

PENEO (Πηνειός): Río de Tesalia, *Il.*, II, 752, 753 y 757.

Him. El cisne canta a Apolo mientras va saltando en la orilla, junto al Peneo, XXI, 3.

PENETRAOLLAS ('Εμβασίχυτρος): ratón. Era hijo de Roequeso, y como heraldo, con una varita en la mano, declara la guerra a las ranas en nombre de los ratones, *Batr.*, 136 a 144; es muerto por Acelgavoro, que le tira un dardo al corazón, 209.

PEÓN (Παιήων): Médico de los dioses. Cura a Hades, *Il.*, V, 401, y a Ares, V, 899 y 900.

Od. Todos los egipcios son médicos porque proceden del linaje de Peón, IV, 232.

PEONIA (Παιονίη): Comarca de la parte septentrional de Macedonia, *Il.*, XVII, 350; XXI, 154.

PEÓNIDA (Παιονίδης): Hijo de Peón. Nombre patronímico de Agástrofo, *Il.*, XI, 339.

PEPARETO (Πεπάρηθος): Isla del mar Egeo. Apolo reina en la marítima Pepareto, *Himnos*, III, 32.

PERCOTE (Περκώτη): Ciudad de la Tróade, *Il.*, II, 835; XI, 229. Residencia de Melanipo, XV, 548.

PEREA (Πηρείη): Lugar de Tesalia, *Il.*, II, 766.

PÉRGAMO (Πέργαμος): La ciudadela o acrópolis de Troya, *Il.*, IV, 508; V, 446 y 460; VI, 512; VII, 21; XXIV, 700.

PERGÁSIDA (Περγασίδης): Hijo de Pérgaso. Nombre patronímico de Deicoonte, *Iliada*, V, 535.

PERIBEA (Περίβοια): 1) Hija mayor de Acesámeno, esposa del río Axio y madre de Pelegón, *Il.*, XXI, 142.

2) Hija menor de Eurimedonte y madre de Nausítoo, que tuvo de Posidón, *Odisea*, VII, 56 a 59.

PERICLÍMENO (Περικλύμενος): Hijo de Neleo y de Cloris, y hermano de Néstor y de Cromio, *Od.*, XI, 281 a 286.

PERIERES (Περιήρης): Griego, padre de Boro, *Il.*, XVI, 177.

PERIFANTE (Περίφας): 1) Etolo, hijo de Oquesio, muerto por el dios Ares, *Il.*, V, 842 y 847; XVII, 323.

2) Teucro, hijo de Epito y heraldo de

Biblioteca Nacional de España

Anquises. Apolo toma su figura para exhortar a Eneas, *Il.*, XVII, 323.

PERIFETES (Περιφήτης): 1) Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, XIV, 515.

2) Teucro, natural de Micenas, hijo de Copreo. Fué muerto por Héctor, *Il.*, XV, 638.

PERIMEDES (Περιμήδης): 1) Griego, padre del caudillo Esquedio, *Il.*, XV, 515.

2) Uno de los compañeros de Odiseo. Junto con Euríloco, sostiene las víctimas que sacrifica Odiseo al llegar al Hades, *Od.*, XI, 23; y, más adelante, al pasar por junto a las Sirenas, estrecha los lazos con los cuales está Odiseo atado al mástil, XII, 195 y 196.

PÉRIMO (Πέριμος): Teucro, hijo de Megas, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 695.

PERO (Πηρώ): Hija hermosísima de Neleo y de Cloris. Fué pretendida por todos los vecinos y Neleo prometió darla a quien le trajese las vacas de Ificlo, *Od.*, XI, 281 a 297; XV, 231 a 238.

PERSE (Πέρση): Hija del Océano y madre de Circe y de Eetes, que tuvo del Sol, *Odisea*, X, 135 a 139.

PERSECUCIÓN (Ἰωκή): Personificación de la misma en la égida de Atenea, *Il.*, V, 612.

PERSEFONEA Y PERSÉFONE (Περσεφόνεια y Περσεφόνη y en algunas inscripciones áticas del siglo IV antes de J. C., Φερσεφόνη, de φέρω, llevar, y φόνος, muerte, asesinato). Sus principales epítetos son: ἐπαινή [terrible]; ἀγαυή [ilustre]. Diosa, hija de Zeus y de Deméter, esposa de Hades, llamada por los romanos *Proserpina*, *Il.*, IX, 569.

Od., X, 491, 494, 509, 534, 564; XI, 47, 213, 217, 226, 386, 635.

Him. Hécate preguntó a Deméter quién le había robado a Perséfone, II, 56; Zeus envió al Érebo al Argifontes para que sacara a Persefonea, II, 337, 348, y Hades la dejó partir, II, 359, 360, de lo cual se alegró Persefonea, II, 370; Perséfone, en cuanto vió a su madre, se echó a su cuello, II, 387; Persefonea cuenta a su madre que Hades le hizo comer un grano de granada, II, 405; el poeta pide a Deméter y a Persefonea que le den una vida agradable, II, 493; el poeta empieza a cantar a Deméter y a la bellísima Persefonea, XIII, 2.

PERSEIDA (Περσηΐάδης): Hijo o descendiente de Perseo. Nombre patronímico de Esténelo, *Il.*, XIX, 116, 123.

PERSEO (Περσεύς): 1) Hijo de Zeus y de Dánae, *Il.*, XIV, 320.

2) Hijo de Néstor y de Anaxibea. Sostiene el vaso para recoger la sangre de la víctima en el sacrificio que Néstor ofrece a Atenea, *Od.*, III, 414, 444.

PERSEO (Πέρσαιος): Padre de Hécate. Solamente la hija de Perseo, Hécate, y el Sol oyeron los gritos que daba Persefonea al ser raptada, *Him.*, II, 24.

PESO (Παισός): Ciudad de Misia, llamada también Apeso, *Il.*, II, 828; V, 612.

PETEO (Πετεώς): Rey de Atenas, padre de Menesteo, *Il.*, II, 552; IV, 327 y 338; XII, 331 y 355; XIII, 690.

PETEÓN (Πετεών): Población de Beocia, *Ilíada*, II, 500.

PIDITES (Πιδύτης): Percosio, teucro muerto por Odiseo, *Il.*, VI, 30.

PIERIA (Πιερίη): Región junto al Olimpo, patria de las Musas.

Il. Hera dejó el Olimpo y, pasando por la Pieria y la Ematia, llegó a Lemnos, XIV, 226.

Od. El mensajero Argifontes emprendió el vuelo y, al llegar a la Pieria, bajó del éter al ponto y comenzó a volar rápidamente sobre las olas, V, 50.

Him. Apolo, cuando buscaba lugar para establecer un oráculo, del Olimpo bajó a la Pieria, III, 216; al ponerse el sol Hermes llegaba a la Pieria, de donde se llevó las vacas de Apolo y se puso por sandalias ramos de mirto con hojas cogidas en la Pieria, IV, 70, 85; Apolo dijo en Onquesto a un anciano, que venía de la Pieria buscando las vacas, IV, 191.

PILARTES (Πυλάρτης): Teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, XI, 491, y XVI, 696.

PILÉMENES (Πυλαιμένης): Rey de Paflagonia, muerto por Menelao, *Il.*, II, 851; V, 576 a 579.

PILENE (Πυλήνη): Ciudad de Etolia, *Il.*, II, 639.

PILEO (Πύλαιος): Hijo de Leto. Junto con su hermano Hipótoo acaudillaba a los pelasgos de Larisa, *Il.*, II, 842.

PILÓN (Πύλων): Teucro, muerto por Polipetes, *Il.*, XII, 187.

PILOS (Πύλος): Región del Peloponeso occidental y ciudad de la misma, en la Mesenia, donde reinaba Néstor, *Il.*, I, 252; II, 54, 77; IX, 153, 295; XI, 682, 689, 760.

Od., I, 93, 284; II, 214, 308, 317, 326, 359; III, 4, 182, 485; IV, 599, 633, 639,

Biblioteca Nacional de España

656, 702, 713; V, 20; X, 257, 285, 459; XIII, 274; XIV, 180; XV, 42, 193, 226, 236, 541; XVI, 131, 142, 323; XVII, 42, 109; XXI, 108; XXIV, 152, 430.

Him. La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos pasó a lo largo de Pilos, III, 398, 424; dichos cretenses navegaban hacia Pilos, III, 470; Apolo se fué a Pilos en busca de sus vacas, IV, 216; dijo Apolo a Zeus que Hermes había conducido las vacas a Pilos, IV, 342, 355; Hermes y Apolo llegaron a Pilos, donde estaban las vacas, IV, 398.

PIRAÍDA (Πειραΐδης): Hijo de Pireo. Nombre patronímico de Ptolomeo, padre de Eurimedonte, *Il.*, IV, 228.

PÍRASO (Πύρασος): 1) Ciudad de Tesalia, consagrada a Deméter, *Il.*, II, 695.

2) Teucro, muerto por Ayante, *Iliada*, XI, 491.

PIRECMES (Πυραίχμης): Caudillo de los peonios, *Il.*, II, 848; fué muerto por Patroclo, XVI, 287.

PIREO (Πείραιος): Hijo de Clitio, itacense, fiel a Telémaco, *Od.*, XV, 539, 540, 544; XVII, 55, 71, 74, 78; XX, 372.

PIRIFLEGETÓN (Πυριφλεγέθων): Río del Hades, que desemboca en el Aqueronte, *Od.*, X, 513.

PIRIS (Πύρις): Licio, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 416.

PIRÍTOO (Πειρίθοος): Hijo de Zeus y de Día, que luego fué mujer de Ixión, padre de Polipetes que tuvo de Hipodamia, *Iliada*, I, 263; II, 740 a 744.

Od. Odiseo hubiera visto en el Hades a Teseo y a Pirítoo, pero temió que Persefonea le enviara la cabeza de la Gorgona, XI, 630 a 635; Pirítoo era rey de los lapitas y, al casarse con Hipodamia, convidó a los centauros: uno de ellos, Euritión, que se había embriagado, cometió perversas acciones y, como los héroes le cortaran las orejas y las narices, se originó la guerra de los centauros contra los lapitas, XXI, 295 a 304.

PÍROO (Πείροος): Hijo de Imbraso. Caudillo de los tracios, *Il.*, II, 844; mató a Diores Amarincida, IV, 520 y 525; su hijo Rigmo fué muerto por Aquileo, XX, 484.

PISANDRO (Πείσανδρος): 1) Caudillo mirmidón, hijo de Mémalo, *Il.*, XVI, 193.

2) Teucro, hijo de Antímaco, muerto por Menelao, *Il.*, XI, 122 a 144.

3) Teucro, muerto también por Menelao, *Il.*, XIII, 601 a 641.

4) Uno de los pretendientes de Penelopea. Era hijo de Polictor. Su esclavo le trae un collar bellísimo, que él regala a Penelopea, *Od.*, XVIII, 299 y 300; concita a los demás pretendientes que aún viven para que combatan con Odiseo y los suyos, XXII, 241 a 245; muere atravesado por la lanza que le arroja el boyero, XXII, 268.

PISENOR (Πεισήνωρ): 1) Teucro, padre de Clito, *Il.*, XV, 445.

2) Heraldo de Ítaca. Pone el cetro en la mano de Telémaco, cuando éste va a hablar en el ágora, *Od.*, II, 38.

3) Padre de Ops, *Od.*, I, 429; II, 347; XX, 148.

PISENÓRIDA (Πεισηνορίδης): Hijo de Pisenor. Nombre patronímico de Ops, *Od.*, I, 429; II, 347; XX, 148.

PISÍSTRATO (Πεισίστρατος): Hijo de Néstor y de Eurídice. Cuando Telémaco y Méntor (Atenea) llegan a Pilos, Pisístrato les sale al encuentro, los hace sentar en unas blandas pieles, al lado de Trasimedes y de Néstor, y les entrega la copa para que hagan libaciones a Posidón, *Od.*, III, 36 a 51; Telémaco y Pisístrato duermen en el pórtico del palacio de Néstor, III, 397 a 401; Pisístrato y sus cinco hermanos acompañan a Telémaco y lo hacen sentar junto a Néstor, III, 412 a 416; en el sacrificio a Atenea, Pisístrato degüella la novilla, III, 454 y 455; sube luego con Telémaco al carro, para emprender el viaje a Esparta, toma las riendas y azota a los caballos, III, 481 a 484; oye a Telémaco que le manifiesta el asombro con que ve el palacio de Menelao, IV, 71 a 75; al parecerle a Menelao que uno de los dos jóvenes es Telémaco, dice Pisístrato que así es y que él le acompaña, por orden de Néstor, porque deseaba verle y pedirle consejo, IV, 155 a 167; Pisístrato llora, acordándose de Antíloco, y propone que se deje para cuando se descubra la Aurora el llorar a los muertos, IV, 186 a 202; Atenea, al ir a Lacedemonia para sugerir a Telémaco que se vuelva a Ítaca, halla a Pisístrato dormido en el vestíbulo del palacio, XV, 4 a 6; Telémaco despierta a Pisístrato, moviéndole con el pie, y le pide que se pongan en camino; y el hijo de Néstor le responde que aguarde que aparezca la Aurora y que

Biblioteca Nacional de España

Menelao les traiga los presentes, XV, 44 a 55; Pisístrato coloca en el carro los presentes de Menelao, y después, junto con Telémaco, come, engancha los corceles y guía el carro por el vestíbulo y el pórtico, XV, 131 a 146; pregunta Pisístrato a Menelao si el presagio que acaban de presenciar es para ellos, XV, 166 a 168; cediendo a la petición de Telémaco, deja a éste y los regalos en la nave, antes de llegar a la ciudad, y aconseja a Telémaco que se embarque pronto, XV, 202 a 216.

PITEO (Πιτθεύς): Padre de Etra, doncella de Hélena, *Il.*, III, 144.

PITIEA (Πιτύεια): Ciudad teucra del Asia Menor, *Il.*, II, 829.

PITIO (Πύθιος): Epíteto de Apolo. Por haberse pudrido allí el cadáver de la dragona, aquel lugar fué llamado Pito y a Apolo se le dió el sobrenombre de Pitio, *Him.*, III, 373.

PITO (Πυθώ y Πυθών): Antigua ciudad y región de Fócide, al pie del Parnaso. Estaba consagrada a Apolo, y tomó después el nombre de Delfos. *Il.*, II, 619; IX, 405. *Od.*, VIII, 80; XI, 581.

Him. Apolo se encamina a Pito y desde allí sube al Olimpo, III, 183; porque allí se pudrió el cadáver de la dragona, aquel lugar fué llamado Pito, III, 372; Apolo pensaba qué hombres llevaría a Pito para que fueran sus sacerdotes, III, 390; Apolo iba delante y los cretenses le seguían a Pito, III, 517; dijo Hermes a su madre que si Apolo le buscara, iría él a Pito a horadarle su gran morada, IV, 178; en Pito, Hestía protege la sagrada mansión de Apolo, XXIV, 2.

PLACO (Πλάκος): Monte de Misia, *Il.*, VI, 396; XXII, 479.

PLATEA (Πλάταια): Ciudad de Beocia, *Il.*, II, 504.

PLEURÓN (Πλευρών): Ciudad de Etolia, *Iliada*, II, 639; XIII, 217; XIV, 116.

PLÉYADES (Πληϊάδες): Grupo de estrellas en el cuerpo de la constelación Tauro, *Iliada*, XVIII, 486.

Od., V, 272.

PLUTO (Πλοῦτος): Dios. A quien aman Deméter y Persefonea, le envían a Pluto que procura la riqueza a los mortales, *Himnos*, II, 489.

PLUTO (Πλουτώ): Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 422.

PODALIRIO (Ποδαλείριος): Hijo de Asclepio, caudillo y médico, *Il.*, II, 732; XI, 833.

PODARCES (Ποδάρκης): Caudillo griego, hijo de Íficlo y hermano de Protesilao. Sucedió en el mando a Protesilao, *Il.*, II, 704. Combate al frente de los ptiotas, XIII, 693.

PODARGA (Ποδάργη): Harpía, madre de Janto y Balio, caballos de Aquileo, que concibió del Céfiro, *Il.*, XVI, 150, y XIX, 400.

PODARGO (Πόδαργος, de πούς, pie, y ἀργός, blanco, claro, brillante, rápido (?) = de pies blancos o, quizás mejor, de pies rápidos): 1) Uno de los cuatro caballos del carro de Héctor, *Il.*, VIII, 185.

2) Caballo de Menelao, *Il.*, XXIII, 295.

PODES (Ποδῆς): Teucro, hijo de Eetión, compañero de Héctor en los festines. Fué muerto por Menelao, *Il.*, XVII, 575 y 590.

PÓLIBO (Πόλυβος): 1) Caudillo teucro, hijo de Antenor. Hace formar las tropas junto con sus dos hermanos y Héctor, *Il.*, XI, 59.

2) Príncipe egipcio, esposo de Alcandra. Regaló a Menelao dos bañeras de plata, dos trípodes y diez talentos de oro, *Odisea*, IV, 126 a 129.

3) Artífice feacio. Había hecho la pelota con que juegan Halio y Laodamante, *Odisea*, VIII, 372 a 376.

4) Padre del pretendiente Eurímaco, *Od.*, I, 399; XV, 519; XVI, 345, 434; XVIII, 349; XX, 359; XXI, 320.

5) Uno de los pretendientes de Penelopea. Concita a los demás pretendientes que aún viven, para que combatan contra Odiseo y los suyos, *Od.*, XXII, 241 a 245; muere herido por la lanza que le arroja Eumeo, XXII, 284.

POLICASTA (Πολυκάστη): Hija menor de Néstor. Lava y unge a Telémaco, y le pone un hermoso manto y una túnica, *Od.*, III, 464 a 467.

POLÍCTOR (Πολύκτωρ, de πολύ-ς, mucho, y la radical κτερ-, hacer un regalo: κτέρας, regalo): 1) Nombre fingido que Hermes da a su padre, cuando se presenta a Príamo y le lleva hasta la tienda de Aquileo, *Iliada*, XXIV, 397.

2) Hijo de Pterelao. Junto con sus hermanos Itaco y Nérito construyó la fuente que había cerca de Itaca, *Od.*, XVIII, 207.

2) Padre del pretendiente Pisandro, *Odisea*, XVIII, 299; XXII, 243.

POLICTÓRIDA (Πολυκτορίδης): Hijo de Polictor.

Biblioteca Nacional de España

Nombre patronímico de Pisandro, *Odisea*, XVIII, 299; XXII, 243.

POLIDAMNA (Πολύδαμνα): Egipcia, mujer de Ton. Dió a Hélena una droga que hacia olvidar todos los males, *Od.*, IV, 219 a 230.

POLIDAMANTE (Πουλυδάμας): Caudillo teucro y adivino, hijo de Panto. Junto con Héctor y otros caudillos, hace formar a los teucros, *Il.*, XI, 57; aconseja a Héctor que, para pasar el foso, dejen los carros y sigan a pie, XII, 60 a 79; interpretando un augurio, propone que no lleguen hasta las naves para atacar a los griegos, y Héctor le increpa, XII, 210 a 250; recomienda a Héctor que reuna a los caudillos para deliberar si conviene asaltar las naves o retirarse, XIII, 725 a 757; defiende a Héctor cuando éste cae herido por una piedra que le tira Ayante, XIV, 425; para vengar la muerte de Satnio, mata a Protoenor y se jacta de su obra, XIV, 449 a 462; mata a Mecisteo y a Oto de Cilene, XV, 339 y 518; hiere a Penéleo, XVII, 600; exhorta a los teucros a que vuelvan a la ciudad, y no se queden en el campo hasta el día siguiente, en que Aquileo intervendrá en la batalla, y Héctor le increpa, XVIII, 249 a 286; Héctor no se atreve a entrar en la ciudad temiendo que Polidamante le echará en cara no haber seguido su consejo, XXII, 100 a 103.

POLIDEUCES (Πολυδεύκης, de πολύς, mucho, y δευκής, dulce = muy dulce; y, según Fick, de πολύς, mucho, y de *deuko*, que significa cuidado = muy cuidadoso): Hijo de Zeus y de Leda, hermano de Cástor, de Hélena y de Clitemnestra, excelente púgil, *Il.*, III, 237. Es más conocido con el nombre latino de Pólux *(Pollux)*.

Od. Cástor y Polideuces viven y mueren alternativamente, es decir, el día en que el uno está vivo, el otro está muerto; al día siguiente vive éste y muere aquél, y así sucesivamente, XI, 298 a 304.

Him. El poeta pide a la Musa que cante a Cástor y Polideuces, hijos de Zeus y de Leda, XVII, 1; XXXIII, 3.

Frag. Linceo vió dentro de la encina a Cástor y Polideuces, IX, 6.

POLIDORA (Πολυδώρη): Hermosa hija de Peleo, la cual tuvo del río Esperquio a Menestio, y luego se casó con Boro, *Il.*, XVI, 175 a 178.

POLIDORO (Πολύδωρος): 1) Hijo de Príamo y de Laótoe, hermano carnal de Licaón; muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 407 a 420; XXI, 89 a 91; XXII, 46 a 48.

2) Griego, a quien venció Néstor en los juegos fúnebres de Amarinceo, *Il.*, XXIII, 637.

POLIEMÓNIDA (Πολυαιμονίδης): Hijo de Poliemón. Nombre patronímico de Amopaón, *Il.*, VIII, 276.

POLIFEMO (Πολύφημος): 1) Héroe lapita, hijo de Élato, *Il.*, I, 264.

2) Hijo de Posidón y de Toosa, la hija de Forcis. Es uno de los Ciclopes, llamados así, como dice Hesíodo *(Teogonía*, v. 144 y 145), porque tenían sólo un ojo redondo en medio de la frente. Posidón estaba irritado contra Odiseo porque éste cegó al deiforme Polifemo, el más fuerte de todos los ciclopes, *Od.*, I, 68 a 73; Ántifo, hijo de Egiptio, fué el último de los compañeros de Odiseo que se comió el Ciclope, II, 19 y 20; van Odiseo y doce de sus compañeros a la gruta de Polifemo, contemplan todas sus cosas, se comen algunos quesos y le aguardan, IX, 193 a 233; llega Polifemo con el ganado y una gran carga de leña, cierra la puerta, ordeña las ovejas, interroga a los griegos, dice, contestando a Odiseo, que los ciclopes no se cuidan de Zeus ni de los dioses, le pregunta dónde dejó la nave, echa mano a dos de los griegos, se los come y se acuesta, mientras los demás se desesperan y Odiseo piensa en matarlo, pero no lo hace por el temor de no poder salir del antro, IX, 233 a 306; al día siguiente, ordeña las ovejas, se come otros dos individuos y saca el ganado; Odiseo aguza una estaca; vuelve Polifemo al atardecer y se come otros dos hombres; Odiseo le ofrece vino que el Ciclope bebe con avidez, preguntando a Odiseo cómo se llama para darle un presente de hospitalidad; Odiseo responde que se llama *Nadie* y Polifemo le concede, como presente, que será el último a quien se coma; duérmese Polifemo y Odiseo calienta la estaca y se la hinca en el ojo, con la ayuda de los compañeros; Polifemo da gritos, acuden los otros ciclopes y, al preguntarle qué le ocurre, responde que *Nadie* le mata, con lo cual se vuelven sus compañeros; Polifemo se pone en la puerta, tendiendo los brazos para que no salgan con el ga-

Biblioteca Nacional de España

nado Odiseo y los suyos, pero el héroe ata a los suyos a la barriga de los carneros y asi salen todos; cuando los griegos se han dado a la vela, Odiseo increpa a Polifemo por su comportamiento, y el Ciclope le tira la cumbre de una montaña; vuelve a hablarle Odiseo para que sepa quién le ha cegado, reconoce Polifemo que se han cumplido unos antiguos vaticinios y le dice a Odiseo que vuelva; irritado por la respuesta del héroe, pide a Posidón que Odiseo no torne a su patria o, si esto no es posible, que pierda la nave y todos los compañeros, y les tira un peñasco mayor que el de antes, IX, 233 a 542; Odiseo y sus compañeros se reparten el ganado que habian quitado al Ciclope, IX, 548 y 549; cuando se trató de explorar la isla de Circe, a los griegos se les quebraba el corazón, acordándose de las violencias del Ciclope, X, 200; Euríloco dice a sus compañeros que si van al palacio de Circe, se repetirá lo que ocurrió con el Ciclope, X, 435 a 437; al llegar a los escollos de Escila y Caribdis, dice Odiseo que la desgracia que se les presenta no es mayor que la sufrida cuando el Ciclope los encerró en su gruta, XII, 209 a 211; dice Odiseo a su corazón que sufra, pues fué todavía más vergonzoso lo que hubo de soportar cuando el Ciclope le devoraba los compañeros, XX, 18 a 21; Odiseo refiere a Penelopea cuanto hizo el Ciclope y cómo él tomó venganza de que le devorara los compañeros, XXIII, 312 y 313.

Polifetes (Πολυφήτης): Caudillo teucro, de Ascania. Acompaña a Héctor y otros caudillos en una carga que los teucros dan a los griegos, *Il.*, XIII, 791.

Polifides (Πολυφείδης): Hijo de Mantio y padre de Teoclimeno. Hízole Apolo el más excelente de los adivinos; se irritó contra su padre y emigró a Hiperesia, donde daba oráculos a los mortales, *Od.*, XV, 249 a 256.

Polifonte (Πολυφόντης): Uno de los jefes de la emboscada que los cadmeos arman a Diomedes, *Il.*, IV, 395.

Polido (Πολύϊδος): 1) Prócer de Corinto y adivino, padre de Euquenor a quien habia predicho la suerte que en Troya le aguardaba, *Il.*, XIII, 663 a 668.

2) Troyano, hijo de Euridamante, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 148.

Polimela (Πολυμήλη): Hija de Filante, la cual tuvo de Hermes a Eudoro, y se casó luego con Equecles, *Il.*, XVI, 180 a 190.

Polimelo (Πολύμηλος): Licio, hijo de Argeas, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 417.

Polineo (Πολύνηος): Hijo de Tectón y padre de Anfialo, *Od.*, VIII, 114.

Polinice (Πολυνείκης): Hijo de Edipo. Fué con Tideo a Micenas cuando ambos reclutaban tropas para atacar a Tebas, *Il.*, IV, 377.

Frag. El rubio héroe Polinice puso delante de Edipo una hermosa mesa de plata y llenó de dulce vino la copa de oro, LIII, 1.

Polipemónida (Πολυπημονίδης): Hijo de Polipemón. Nombre patronímico de Afidante. Ambos nombres los inventa Odiseo, diciendo que son los de su padre, en la conversación que sostiene con Laertes antes de dársele a conocer, *Od.*, XXIV, 305.

Polipetes (Πολυποίτης): Caudillo de muchos de los tésalos, *Il.*, II, 738 a 747; mata a Astíalo, VI, 29; junto con Leonteo, defiende las puertas de la muralla, XII, 129, 182 a 187; en los juegos fúnebres de Patroclo, gana el premio consistente en la bola de hierro de Eetión, XXIII, 836 a 849.

Politersida (Πολυθερσείδης): Hijo de Politerses. Nombre patronímico de Ctesipo, usado por el propio, *Od.*, XXII, 287.

Polites (Πολίτης): 1) Hijo de Príamo. Sentábase, como atalaya de los teucros, sobre el túmulo de Esietes a fin de avisar cuando los griegos salian de las naves para dar batalla. La diosa Iris toma su figura para hablar a Príamo, *Il.*, II, 791; saca del combate a su hermano Deífobo, XIII, 533; mata a Equio, XV, 339; junto con sus hermanos es reprendido por Príamo y prepara el carro para el rescate del cadáver de Héctor, XXIV, 250.

2) Uno de los compañeros de Odiseo. Al llegar al palacio de Circe, aconseja que se llame a esta ninfa, *Od.*, X, 224 a 228.

Polixeno (Πολύξεινος, de πολύς + ξένος = que recibe muchos huéspedes, muy hospitalario): 1) Caudillo de los epeos, junto con Anfímaco, Talpio y Diores, *Il.*, II, 623.

2) Uno de los varones que ejercian el supremo mando con el rey Celeo, *Himnos*, II, 154, a quienes Deméter explicó los venerandos misterios, II, 477.

Ponteo (Ποντεύς): Uno de los jóvenes feacios

Biblioteca Nacional de España

que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 113.

PONTÓNOO (Ποντόνοος): Heraldo del rey Alcínoo. Por orden de Alcínoo, mezcla el vino y lo distribuye a los presentes, *Od.*, VII, 178 a 183; XIII, 49 a 54; coloca una silla para Demódoco, le cuelga de un clavo la sonora cítara y le acerca una mesa con manjares y vino, VIII, 65 a 70; guía a Demódoco al ágora por el camino por donde iban los feacios a admirar los juegos, VIII, 105 a 108; comparece con la cítara para que toque Demódoco, VIII, 261 y 262; preséntase con Demódoco, en el palacio de Alcínoo, y hace sentar al aedo cabe a una excelsa columna, VIII, 471 a 473.

PORTEO (Πορθεύς): Rey de Calidón y de Pleurón, padre de Agrio, Melas y Eneo y bisabuelo de Diomedes, *Il.*, XIV, 115 a 118.

POSIDÓN (Ποσειδάων y Ποσειδῶν. Según A. Bailly, procede de la raíz ποτ, que significa la idea de *señor*, y lo compara con el sánscrito *idaspati, el señor de las aguas*, de donde Ποτίδας = Ποσίδης, Ποσειδάων, Ποτειδᾶν). Dios del mar (como entre los romanos *Neptuno)*, hijo de Cronos y de Rea, hermano de Zeus. Sus epítetos principales son: γαιήοχος [que ciñe la tierra, de γαῖα + -Fοχος, comp. ἔχω, tener]; ἐννοσίγαιος [agitador de la tierra]; ἐνοσίχθων [que bate la tierra, de ἔνοσις, sacudida, agitación + γαῖα o χθών, tierra]; ἄναξ [soberano]; κυανοχαῖτα [el de cerúlea cabellera]; μεγαλοσθενής [vigorosísimo]; Ἑλικώνιος [heliconio, de Ἑλίκη, Hélice, ciudad de Acaya]; κυλλοποδίων [estevado].

Il. Quiso, con otros dioses, encadenar a Zeus, I, 400; II, 479; laméntase de que se echará en olvido el muro que él y Apolo erigieron en torno de Ilión, VII, 445 a 464; desunce los corceles del carro de Zeus, VIII, 200, 440; XI, 728; después de la guerra de Troya, destruye junto con Apolo la muralla aquea, XII, 17 y 34; contempla la batalla desde una altura, va a Egas, sube en su carro, llega a las naves aqueas, exhorta a los Ayantes y otros caudillos y reanima a los aqueos, XIII, 10 a 135, 206 a 239, 351, 434, 554, 563; es advertido por el Sueño de que Zeus duerme en brazos de Hera, arenga a los griegos, se pone a su frente llevando una terrible espada, promueve una encarnizada pelea, Ayante hiere de una pedrada a Héctor haciéndole perder el conocimiento y los teucros son derrotados, XIV, 357 a 522; recibe de Zeus, por medio de Iris, la orden de que se abstenga de combatir, y desampara a los griegos, XV, 8, 41, 51, 57, 158, 174 a 217; en el *Combate de los dioses* va con las deidades protectoras de los griegos y le hace frente Apolo; salva a Eneas que iba a perecer a manos de Aquileo, XX, 34, 57, 63, 67, 115, 132 a 149, 291 a 339; socorre con Atenea a Aquileo cuando el Janto quiere envolver al héroe, XXI, 284 a 298; incita a Apolo a luchar con él y le recuerda lo que padecieron sirviendo a Laomedonte, XXI, 435 a 460, 472, 477; había dado a Peleo los caballos del carro de Aquileo, XXIII, 277, 307; XXIV, 26.

Od. Todos los dioses compadecen a Odiseo, detenido en la isla de Calipso, menos Posidón, que permaneció irritado contra Odiseo hasta que el héroe volvió a la patria, I, 19 a 21; en ausencia de Posidón, los dioses se reúnen y acuerdan que Odiseo vuelva a la patria, I, 22 a 79; Telémaco y Méntor (Atenea) llegan a Pilos cuando los habitantes celebran un sacrificio a Posidón, Pisístrato les invita a orar al dios, y Atenea lleva a cumplimiento lo que ella misma pide en la súplica, III, 5 a 62; Proteo es servidor de Posidón, IV, 385 y 386; Posidón acercó a Ayante a las rocas Giras, sacándolo incólume del mar; pero, como el héroe profiriera jactanciosas palabras, el dios golpeó con el tridente la roca, y el pedazo en que Ayante se había sentado cayó en el mar arrastrándolo, IV, 499 a 509; al volver de Etiopía, Posidón ve a Odiseo en el mar, cerca del país de los feacios, promueve una tempestad, y se encamina a Egas, V, 282 a 381; Odiseo teme que le acometa algún monstruo marino porque Posidón está enojado con él, V, 422 y 423; dice Odiseo al dios del río, por el cual sale del mar, que llega a él huyendo del ponto y de las amenazas de Posidón, V, 445 y 446; el ágora de los feacios se halla cabe a un templo de Posidón, VI, 266; Odiseo ora a Atenea, que no se le aparece porque teme a Posidón, VI, 323 a 331; los feacios atraviesan el mar en sus bajeles, por concesión de Posidón, II, 35 y 36; Posidón engendró en Peribea a Nausítoo, VII, 56 a 62; cuenta Odiseo que Posidón le suscitó grandes trabajos, conmoviendo el mar, VII, 271 a 273; cuan-

Biblioteca Nacional de España

do Hefesto llama a los dioses para que presencien el adulterio de Afrodita, Posidón comparece, ruega a Hefesto que ponga en libertad a los culpables y se constituye en fiador de Ares, VIII, 322 a 356; dijo Nausitoo que Posidón miraba con malos ojos a los feacios porque conducían a todos los hombres, y vaticinó que el dios haría naufragar una nave de los feacios y cubriría la vista de la ciudad con una montaña, VIII, 565 a 569; XIII, 173 a 177; dice Odiseo al Cíclope que Posidón le ha estrellado la nave contra las rocas, IX, 283 a 285; los demás Cíclopes aconsejan a Polifemo que ruegue a su padre Posidón, IX, 412; se gloría el Cíclope de ser hijo de Posidón, IX, 517 a 521; dice Odiseo a Polifemo que ni el mismo Posidón le curará el ojo, IX, 525; pide el Cíclope a Posidón que Odiseo no vuelva a Ítaca o pierda antes la nave y los compañeros, IX, 526 a 535; dice Tiresias a Odiseo que Posidón le dificultará la vuelta, XI, 101 a 103; recomienda Tiresias a Odiseo que sacrifique a Posidón un carnero, un toro y un verraco, XI, 130 y 131; XXIII, 277 y 278; Posidón, tomando la figura de Enipeo, se acostó con Tiro y engendró a Pelias y a Neleo, 241 a 254; Odiseo pregunta a Agamenón, en el Hades, si fué Posidón quien le mató en sus naves, y el Atrida le contesta negativamente, XI, 399, 406; dice Circe a Odiseo que, cuando Caribdis sorbe el agua, ni Posidón podría librarle de la perdición, XII, 107; Posidón se queja a Zeus de que los feacios hayan conducido a Odiseo a su patria, el padre de los dioses le dice que haga naufragar la nave y cubra la vista de la ciudad con una montaña, y Posidón convierte la nave en un peñasco, XIII, 125 a 183; los feacios ofrecen un sacrificio a Posidón para que este dios no les cubra la vista de la ciudad con una montaña, XIII, 185 a 187; dice Atenea a Odiseo que no se le ha mostrado anteriormente porque no quería luchar con Posidón, XIII, 340 a 343; así como la tierra aparece grata a los que vienen nadando porque Posidón les hundió el bajel, así le era agradable a Penelopea la vista del esposo, XXIII, 233 a 239; pregunta Agamenón a Anfimedonte, al ver entrar tantos jóvenes en el Hades, si Posidón los hizo sucumbir, XXIV, 109 y 110.

Him. Onquesto es espléndido bosque de Posidón, III, 230; Posidón pretendió en balde a Hestia, V, 24; el piloto de los piratas que han robado a Diónisos dice que quizás aquel dios es Posidón, VII, 20; el poeta entona un breve canto a Posidón, a quien saluda, XXII, 1, 6. Está dedicado a este dios el himno XXII.

Ep. El epigrama VI está dedicado a Posidón, a quien pide el poeta que conceda próspero viento y feliz vuelta a los marineros de la nave en que va embarcado, VI, título, 1.

PRACTIO (Πράκτιος): Río de la Tróade, *Iliada,* II, 835.

PRAMNIO (Πράμνιον): Según unos, llamábase así el vino de Pramne, monte de Caria; según otros, el procedente de la colina Pramnio de la isla de Icaria; según otros, el que producía una viña llamada Pramnia; según Plinio, el que se hacía con las uvas de un lugar cercano a Esmirna, etc., *Iliada,* XI, 639.

Od. Circe confecciona el potaje para encantar a los compañeros de Odiseo con vino de Pramnio, queso, harina, miel fresca y drogas perniciosas, X, 234 a 236.

PRETO (Προῖτος): Rey de Argos, esposo de Antea. Por una calumnia de ésta, envió a Belerofonte a la Licia y le dió un díptico con señales para que el rey le hiciera perecer, *Il.,* VI, 157 a 177.

PRIÁMIDA (Πριαμίδης): Hijo de Príamo. Nombre patronímico de Héctor, Paris, Doriclo, Polidoro, etc., *Il.,* II, 817; III, 356; IV, 490; V, 684; VI, 76; VII, 112, 250, 258; VIII, 216, 356; XI, 295, 300, 490; XII, 438; XIII, 40, 80, 157, 316, 586, 803; XIV, 365, 375; XV, 597, 604; XVI, 828; XVII, 449, 503; XVIII, 164; XIX, 204; XX, 77, 87, 408; XXIII, 183.

PRÍAMO (Πρίαμος): Último rey de Troya. Sus ascendientes fueron: Laomedonte, Ilo, Tros, Erictonio y Dárdano, hijo de Zeus. Tuvo por esposa a Hécabe y fué padre de cincuenta hijos, entre ellos: Héctor, Paris, Deífobo, Laódice y Casandra. Dice Néstor que Príamo y sus hijos se alegrarían si presenciaran la disputa de Aquileo y Agamenón, *Il.,* I, 255 a 257; en la torre, Príamo pregunta a Hélena el nombre de los más importantes caudillos del ejército griego que tienen a la vista, III, 146, 161 a 227; llamado por los capitanes aquivos y teucros, acude al campo de batalla para sancio-

Biblioteca Nacional de España

nar las condiciones del combate singular de Paris y Menelao, y vuelve a Troya antes de que se verifique, III, 117, 250 a 265, 303 a 313; él y la ciudad de Ilión fueron muy amados por Zeus, IV, 46 y 47; su palacio, VI, 242 a 250; arenga a los troyanos y propone que se pida a los griegos una tregua para quemar los cadáveres, VII, 365 a 378, 386; no permite que los troyanos lloren mientras levantan los cadáveres, VII, 427; su linaje hízose odioso a Zeus, XX, 306; estando en la torre ve venir a Aquileo por la llanura y manda que se abran las puertas de la muralla para que los teucros puedan refugiarse en la ciudad, XXI, 526 a 536; viendo que Aquileo vuelve y Héctor le aguarda, dirige a éste tiernas súplicas para que entre en la ciudad, XXII, 25 a 77; después de la muerte de su hijo, gime y quiere salir por las puertas Dardanias a fin de suplicar a Aquileo, XXII, 408, 412 a 429; cumpliendo las órdenes de Zeus, que le transmite Iris, toma, para el rescate del cadáver de Héctor, peplos, mantos, tapetes, palios, túnicas, oro, trípodes, calderas y una copa, que sus hijos colocan en un carro; sube a otro y, acompañado de un heraldo, sale de la ciudad; encamínase, guiado por Hermes, al campamento griego, penetra en la tienda de Aquileo, le dirige una patética y hermosísima súplica, cena con él, se acuesta y, despertado por Hermes, vuelve a Troya con el cadáver, que colocan en un lecho y queman después en la pira, XXIV, 117, 160 a 804.

Od. Llámase a Troya la ciudad de Príamo, III, 107; V, 106; XI, 533; XIII, 316; XIV, 241; XXII, 230; era hija de Príamo Casandra, a quien mató Clitemnestra, XI, 421 a 423.

PRIMNEO (Πρυμνεύς): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 112.

PRÍTANIS (Πρύτανις): Guerrero licio, muerto por Odiseo, *Il.*, V, 678.

PROCRIS (Πρόκρις): Hija de Erecteo, rey de Atenas, y esposa de Céfalo. Odiseo ve el alma de Procris en el Hades, *Od.*, XI, 321.

PRÓMACO (Πρόμαχος): Beocio, hijo de Alegenor, muerto por Acamante, *Il.*, XIV, 476, 482 y 503.

PRÓNOO (Πρόνοος): Teucro, muerto por Patroclo, *Il.*, 399.

PROREO (Πρωρεύς): Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 113.

PROTEO (Πρωτεύς): Dios marino, servidor o hijo de Posidón, y padre de Idotea. Al mediodía sale del mar a la playa de Faros y duerme en medio de las focas, y cuando alguien intenta sujetarle se convierte en algún animal, en agua, en fuego, etc.; Menelao y tres de sus compañeros se ponen en acecho, por recomendación de Idotea, ocultos debajo de sendas pieles de foca; asen al anciano que se transforma en león, en dragón, en pantera, en jabalí, en agua y en árbol, recobrando luego la figura humana; y después Proteo, contestando a las preguntas de Menelao, dícele que ha de volver a Egipto y ofrecer sacrificios a los dioses, le cuenta la muerte de Ayante y la de Agamenón, le refiere que Odiseo está con la ninfa Calipso, y le asegura que los inmortales lo enviarán a los Campos Eliseos por ser el marido de Hélena y, por tanto, yerno de Zeus, *Od.*, IV, 364 a 547.

PROTESILAO (Πρωτεσίλαος): Caudillo de los guerreros de Filace, Piraso, etc., que fué muerto al desembarcar en Troya, *Il.*, II, 698, 706, 708; XIII, 681; XV, 705; XVI, 286.

PROTIAÓN (Προτιάων): Teucro, padre de Astínoo, *Il.*, XV, 455.

PROTO (Πρωτώ): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 43.

PROTOENOR (Προθοήνωρ): Hijo de Areílico, caudillo de los beocios, *Il.*, II, 495. Fué muerto por Polidamante, XIV, 450 y 471.

PRÓTOO (Πρόθοος): Caudillo de los magnetes, hijo de Tentredón, *Il.*, II, 756 a 758.

PROTOÓN (Προθόων): Troyano, muerto por Teucro, *Il.*, XIV, 515.

PSIRIA (Ψυρίη νῆσος): Isla del mar Egeo, *Odisea*, III, 171.

PTELEO (Πτελεός): 1) Ciudad de Trifilia, parte del reino de Néstor, *Il.*, II, 594.

2) Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 697.

PTEROS (Πτέρως = que da alas?): Los mortales llaman al Amor alado, y los inmortales Pteros, *Frag.*, XXXVI, 2.

PTÍA (Φθίη): Región de Tesalia y ciudad de la misma, donde reinaba Peleo, *Il.*, I, 155, 169; II, 683; IX, 253, 363, 395, 439, 479, 484; XI, 766; XVI, 13; XIX, 299, 323, 330.

Od., XI, 496.

Biblioteca Nacional de España

PTIRO (Φθιρῶν ὄρος): Monte de Caria, *Iliada*, II, 868.

PTOLOMEO (Πτολεμαῖος): Griego, hijo de Pireo y padre de Eurimedonte, *Il.*, IV, 228.

PUERRÍVORO (Πρασσοφάγος): rana. Coge por el pie a Oliscasado y lo ahoga en el lago, *Batr.*, 232; es muerto por Hurtamigas, que le hiere en el hígado, 234 a 236.

QUE BATE LA TIERRA (Ἐννοσίγαιος): Epíteto de Posidón. Posidón es domador de caballos y salvador de naves, *Him.*, XXII, 4.

Frag. El mismo padre que bate la tierra se lo dió a entrambos (a los médicos Macaón y Podalirio), pero hizo al uno más glorioso que al otro, XXIX, 1.

QUE CIÑE LA TIERRA (Γαιήοχος): Epíteto de Posidón, *Him.*, IV, 187; XXII, 6.

QUE HIERE DE LEJOS (Ἑκάεργος, ἕκατος, ἑκατηβόλος, ἑκηβόλος, ἑκατηβελέτης, ἥϊος): Epíteto de Apolo. (Véase esta palabra.) Úsase a veces por el nombre propio, *Il.*, I, 385; XX, 71, etc.

Him., III, 56, 157, 242, 257, 357, 382, 420, 440, 474; IV, 239, 281, 307, 333, 464, 472, 492, 500.

QUERSIDAMANTE (Χερσιδάμας): Hijo de Príamo, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 423.

QUIMERA (Χίμαιρα = cabrita): Monstruo de naturaleza divina, que tenía cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra, y respiraba llamas. Fué criado por Amisodaro, *Il.*, XVI, 328 y 329, y muerto por Belerofonte, VI, 179 a 183.

Him. Dice Apolo a la dragona que no la librarán de la muerte ni Tifoeo ni la Quimera de odioso nombre, III, 368.

QUÍOS (Χίος): Isla cercana al Asia Menor, *Od.*, III, 170, 172.

Him. Apolo reina en Quíos, la más fértil de las islas del mar, III, 38; el aedo encarga a las doncellas de Delos que si les preguntan cuál es para ellas el más agradable de los aedos contesten, refiriéndose a él, que es un varón ciego que habita en la escabrosa Quíos, III, 172.

QUIRÓN (Χείρων): Centauro, maestro de Asclepio y de Aquileo, *Il.*, IV, 219; VI, 219; XI, 832. Dió a Peleo la lanza formada por un fresno del Pelión, que Aquileo usaba para combatir, *Il.*, XV, 143; XIX, 390.

Ep. El poeta pide a Quirón que traiga muchos centauros y con ellos destruya el horno, XIV, 17.

RADAMANTIS (Ῥαδάμανθυς): Hijo de Zeus y de Europa, hermano de Minos, *Il.*, XIV, 322.

Od. Vive en los Campos Elíseos, IV, 564; antiguamente los feacios lo llevaron a la Eubea, para que visitara a Titio, VII, 323 y 324.

RAPAZ (Ἅρπαξ): ratón. *Batr.* Según una variante del verso 274, agitábase entre las ranas y decidió a Zeus a que Atenea o Ares dieran socorro a las ranas.

RARIO (Ῥάριος): Llanura de Eleusis. Rea, por orden de Zeus, baja del Olimpo a Rario, a llamar a Deméter, *Him.*, II, 450.

REA (Ῥέα, Ῥέη, Ῥεία, Ῥείη): Hija del Cielo y la Tierra, esposa de Cronos y madre de Zeus, Posidón, Hades, Hestia, Deméter y Hera, *Il.*, XIV, 203; XV, 187.

Him. La hija de Rea (Deméter) echó a correr con Hécate y fué a interrogar al Sol, II, 60; el Sol contestó a la hija de Rea que el raptor de Perséfone era Hades, II, 75; por orden de Zeus, Rea llama a Deméter y a Perséfone al Olimpo, II, 442, 459; Rea se hallaba en Delos con otras diosas, cuando Leto iba a dar a luz, III, 93; Hera es hija de Cronos y Rea, V, 43; XII, 1.

REINADELASAGUAS (Ὑδρομέδουσα): rana. Fué madre de Hinchacarrillos, *Batr.*, 19.

RENA (Ῥήνη): Concubina de Oileo, madre de Medonte, caudillo griego, *Il.*, II, 728.

RENEA (Ῥήναια): Isleta cercana a Delos. Apolo reina en la peñascosa Renea, *Him.*, III, 44.

REPOSAENELCIENO (Βορβοροκοίτης): ratón. Mata a Pastinascívoro, *Batr.*, 227; es muerto por Lameplatos, 230.

RESO (Ῥῆσος): 1) Rey de los tracios, hijo de Eyoneo, *Il.*, X, 435, 474; murió con doce de los suyos a manos de Diomedes Tidida, en la excursión nocturna que este héroe y Odiseo hicieron al campo teucro, *Il.*, X, 435, 474, 482 a 497, 519.

2) Río de la Tróade, *Il.*, XII, 20.

RETRO (Ῥεῖθρον): Puerto de Itaca, *Od.*, I, 186.

REXÉNOR (Ῥηξήνωρ): Hijo de Nausítoo, padre de Arete, y hermano y suegro del rey Alcínoo. Fué muerto por Apolo, *Od.*, VII, 63 a 68, 146.

RIGMO (Ῥῖγμος): Tracio, hijo de Píroo, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 485.

RIPE (Ῥίπη): Ciudad de Arcadia, *Il.*, II, 606.

RITIO (Ῥύτιον): Ciudad de la isla de Creta, *Il.*, II, 648.

ROBAPARTE (Μεριδάρπαξ): ratón. Hijo de Roedor, *Batr.*, 260 y 261; por mandato de su

Biblioteca Nacional de España

padre interviene en el combate, dice que exterminará a las ranas, rompe por la mitad una cáscara de nuez y se arma metiendo las manos en ambos fragmentos, témenle las ranas y se van al lago, y hubiera realizado su propósito, si el Cronión no se hubiese compadecido de las ranas, 260 a 270; deja perplejo al Cronión (Zeus) cuando se gloria de que ha de exterminar las ranas, 273 y 274.

RODAS (Ῥόδος): Isla, cuyas principales ciudades eran Lindo, Yaliso y Camiro, *Il.*, II, 654, 655, 667.

RODÍA (Ῥόδεια): Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Him.*, II, 419.

RODIO (Ῥόδιος): Río de la Tróade, *Iliada*, XII, 20.

RÓDOPE (Ῥοδόπη): Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Him.*, 422.

ROEDOR (Κναίσων): ratón. Padre de Robaparte, *Batr.*, 260 y 261; se va a su casa y manda a su hijo que intervenga en el combate, 262.

ROEJAMONES (Πτερνοτρώκτης): rey de los ratones. Era padre de Lamemuelas, *Batr.*, 29; [según un verso intercalado, es muerto por Gozaenelagua, 227.]

ROEPÁN (Τρωξάρτης): ratón. Era padre de Hurtamigas, *Batr.*, 28; en la junta que en su casa celebran los ratones, laméntase de la suerte de sus tres hijos y especialmente de la de Hurtamigas, a quien ha ahogado Hinchacarrillos, y persuade a todos a que se armen y salgan a combatir a las ranas, 103 a 122; hiere en la extremidad del pie a Hinchacarrillos, que se da a la fuga y salta al lago, 250 y 251; es atacado por Alguívoro, que le clava el junco en el escudo, 252 a 254; es herido en el casco por Catorégano, 255 y 256.

ROEQUESO (Τυρογλύφος): ratón. Era padre de Penetraollas, *Batr.*, 137; fué muerto por Acelguívoro, 223.

SABACTES (Σαβάκτης, de σαβάζω, romper = el rompedor): Uno de los démones, destructores del horno, *Ep.*, XIV, 9.

SALAMINA (Σαλαμίς): 1) Isla, junto al Ática, *Il.*, II, 557; patria de Ayante Telamonio, VII, 199.

2) Ciudad de Chipre. Afrodita impera en Salamina y en toda Chipre, *Him.*, X, 4.

SALMONEO (Σαλμωνεύς): Hijo de Éolo y de Enarete, y padre de Tiro. Odiseo vió el alma de ésta en el Hades, *Od.*, XI, 235 a 237.

SAME (Σάμη): Isla del mar Jónico, muy cercana a Ítaca, *Od.*, I, 246; IX, 24; XV, 367; XVI, 123, 249; XIX, 131; XX, 288.

Him. A los cretenses, a quienes Apolo hizo sacerdotes suyos, se les aparece Same al llegar la nave a Feras, III, 429.

SAMOS (Σάμος): 1) Isla del mar Egeo, *Iliada*, XXIV, 78 y 753.

Od. En la *Odisea* es sinónimo aquel nombre del de Same, IV, 671, 845; XV, 29.

Him. En ella reina Apolo, III, 34.

Ep. El epigrama XII está dedicado *A una sacerdotisa de Samos.*

2) Isla cerca de Ítaca, *Il.*, II, 634.

SAMOTRACIA (Σάμος Θρηϊκίη): Isla del mar Egeo, XIII, 12 y 13.

SANGARIO (Σαγγάριος): Río de Frigia, *Il.*, III, 187; XVI, 719.

SARPEDÓN (Σαρπηδών): 1) Rey de Licia, hijo de Zeus y de Laodamia. Compartía con Glauco el mando de los licios, *Il.*, II, 876 y 877; increpa a Héctor por su flojedad en la batalla, V, 471 a 493; combate con Tlepólemo, a quien mata, es herido, y sus compañeros lo sacan del campo, V, 628 a 667; su genealogía, VI, 153 a 199; con Glauco y Asteropeo, manda uno de los cuerpos en que Héctor divide el ejército en el *Combate en la muralla*, XII, 101 a 104; incitado por Zeus, exhorta a Glauco y se dirigen ambos contra la torre que defendía Menesteo, XII, 292 a 330; mata a Alcmaón, arranca un parapeto, es herido por Ayante y Teucro, y tiene que apartarse, XII, 392 a 414; defiende a Héctor, cuando este caudillo cae herido de una pedrada de Ayante, XIV, 426; Zeus predice la muerte de Sarpedón, XV, 67; Sarpedón sale al encuentro de Patroclo, lucha con él, muere, trábase encarnizado combate alrededor de su cuerpo, y Apolo, por orden de Zeus, arrebata el cuerpo, lo lava, unge y viste, y lo entrega al Sueño y a la Muerte, que lo llevan a Licia, XVI, 419 a 683; su armadura fué uno de los premios ofrecidos por Aquileo en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, XXIII, 800.

2) Isla pedregosa del Océano, morada de las Gorgonas, *Frag.*, XIII, 2.

SATNIO (Σάτνιος): Teucro, hijo de Énope y de

Biblioteca Nacional de España

una náyade, muerto por Ayante de Oileo, *Il.*, XIV, 443.

SÁTNIOIS (Σατνιόεις): Torrente de Misia, *Ilíada*, VI, 34; XIV, 445; XXI, 87.

SEDENA (Σαιδήνη): Monte de la Eólide. El poeta pide a los habitantes de la ciudad de Hera, en las últimas estribaciones del Sedena, que compadezcan a quien no tiene casa ni recibe hospitalario acogimiento, *Ep.*, I, 3.

SÉLAGO (Σέλαγος): Teucro, padre de Anfio, *Il.*, V, 612.

SELEENTE (Σελλήεις): 1) Río de Éfira, o sea de Corinto, *Il.*, II, 659; XV, 531.

2) Río de Arisbe, en la Tróade, *Ilíada*, II, 839; XII, 97.

SELEPÍADA (Σελητιάδης): Hijo de Selepio. Nombre patronímico de Eveno, *Il.*, II, 693.

SEMELE (Σεμέλη): Hija de Cadmo. Amada por Zeus, parió a Dióniso, *Il.*, XIV, 323 a 325.

Him. Dicen algunos que Semele concibió de Zeus a Dióniso, I, 4; el poeta saluda a Dióniso con su madre Semele, I, 21; el poeta recuerda como Dióniso, hijo de Semele, apareció en la orilla del mar, VII, 1; Dióniso se presenta al piloto diciendo que es Dióniso, hijo de Semele y de Zeus, VII, 57; el poeta saluda al hijo de Semele, la de lindos ojos, VII, 58; el poeta empieza cantando a Dióniso, hijo de Zeus y de Semele, XXVI, 2.

SÉSAMO (Σήσαμος): Población de Paflagonia, *Il.*, II, 853.

SESTOS (Σηστός): Ciudad del Helesponto, en el Quersoneso tracio, *Il.*, II, 836.

SICANIA (Σικανίη): La isla de Sicilia, *Odisea*, XXIV, 307.

SICIÓN (Σικυών): Ciudad del Peloponeso, parte del reino de Agamenón, *Il.*, II, 572; residencia de Equepolo, hijo de Anquises, XXIII, 299.

SIDÓN (Σιδονίη y Σιδών): Ciudad de Fenicia, *Il.*, VI, 291.

Od., XIII, 285; XV, 425.

SILENOS (Σειληνοί): Divinidades de los bosques, parecidas a los Sátiros. Los Silenos y el Argifontes se unen amorosamente con las ninfas montaraces, *Him.*, V, 262.

SIME (Σύμη): Isleta situada entre Rodas y Cnido, *Il.*, II, 671.

SÍMOIS (Σιμόεις): Río de la Tróade. En su ribera nació Simoisio, *Il.*, IV, 474; una de las batallas descritas en la *Ilíada* se extendía desde las orillas del Símois a las del Janto, VI, 4; el Símois era afluente del Escamandro, V, 774 y 777; tomada Troya, Apolo desvió el curso de este río y de otros siete para destruir el muro de los aqueos, XII, 22; Ares, corriendo por las orillas del Símois, grita vivamente para animar a los teucros, XX, 53; el Escamandro llama al Símois para que persiga a Aquileo, XXI, 307.

SIMOÍSIO (Σιμοείσιος): Teucro, hijo de Antemión, llamado así por haber nacido a orillas del Símois. Fué muerto por Ayante, IV, 474 a 488.

SÍNTRIBE (Σύντριψ, de συντρίβω, frotar una cosa contra otra, desmenuzar): Uno de los démones, destructores del horno, *Epigramas*, XIV, 9.

SÍPILO (Σίπυλος): Monte de Frigia, donde Níobe, convertida en piedra, llora sus desventuras, *Il.*, XXIV, 615.

SIRENAS (Σειρῆνες): Doncellas fabulosas, que moraban en una isla, entre la de Circe y el escollo de Escila, y encantaban con su dulce voz a los navegantes. Advierte Circe a Odiseo que llegará a las Sirenas, que hechizan con su sonora voz a cuantos las oyen; le recomienda que tape los oídos de sus compañeros y que, si quiere oírlas, sea atado a la nave; y le indica que después de la isla de las Sirenas llegará a las peñas Erráticas, XII, 39 a 61; refiere Odiseo a sus compañeros lo que le había encargado Circe, les tapa los oídos y les manda que lo aten al mástil; al pasar cerca de la isla, las Sirenas cantan y le invitan a detenerse, Odiseo hace una seña para que lo desliguen, y Perimedes y Euríloco lo atan más reciamente, 158 a 200; cuenta Odiseo a Penelopea cómo oyó el cantar de las Sirenas, de voz sonora, XXIII, 326.

SIRIA (Συρίη): Una de las islas Ciclades, situada al N. de Ortigia. Había en ella dos ciudades y en ambas reinaba Ctesio, padre del porquerizo Eumeo, *Od.*, XV, 403 a 414.

SÍSIFO (Σίσυφος): Hijo de Éolo, padre de Glauco y abuelo de Belerofonte. Vivía en Éfira, ciudad de Argólide, *Il.*, VI, 154.

Od. Está condenado en el Hades a empujar una enorme piedra hacia la cumbre de un monte; cuando llega cerca de la misma, el peñasco rueda a la llanura, y Sísifo vuelve a empujarlo nuevamente hacia la cumbre, XI, 593 a 600.

Biblioteca Nacional de España

Soco (Σῶκος): Troyano, hijo de Hipaso, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 427 a 456.

Sol ("Ηλιος y 'Ηέλιος): Hijo de Hiperión y de Eurifaesa (o de Tea, según Hesiodo: *Teogonia*, v. 371 a 374), hermano de la Aurora y de la Luna, y padre de Circe, de Eetes, de Faetusa y de Lampetia. Los compañeros de Odiseo perecieron, antes de volver a su patria, por haberse comido las vacas del Sol, hijo de Hiperión, *Od.*, I, 7 a 9; III, 1; el Sol delata a Hefesto el adulterio de Ares y Afrodita y, después que Hefesto ha puesto los hilos alrededor de la cama, está en acecho y le avisa cuando Ares entra en la casa, VIII, 270 y 271, 302, 320; IX, 58; Circe y Eetes son hijos del Sol y de la oceánida Perse, X, 135 a 139; recién llegados a la isla de Circe, habla Odiseo a sus compañeros diciendo que no saben por dónde el Sol se pone y por dónde vuelve a salir, X, 191 y 192; el Sol no alumbra nunca a los cimerios, XI, 15 a 17, 109; dice Tiresias a Odiseo que si en la isla de Trinácia dejan indemnes las vacas del Sol, llegarán a Itaca, y en otro caso el héroe perderá la nave y todos los compañeros, 104 a 113; en la isla de Eea está el orto del Sol, XII, 4; advierte Circe a Odiseo que llegará a la isla de Trinacia, donde pacen las vacas y las ovejas del Sol, cuyas pastoras son Faetusa y Lampetia; que si las dejan indemnes volverán a Ítaca y en otro caso el héroe perderá la nave y todos los compañeros, XII, 127 a 141; Odiseo funde cera con su fuerza y los rayos del Sol Hiperiónida, y tapa los oídos de sus compañeros para que no oigan a las Sirenas, 173 a 177; Odiseo y los suyos, después de pasar por Escila y Caribdis, llegan a la isla donde estaban las vacas y las ovejas del Sol, y ya desde el mar oyen los mugidos y los balidos, XII, 260 a 266; Odiseo, acordándose de las advertencias de Tiresias y de Circe, quiere pasar de largo por la isla de Trinacia; pero Euríloco se opone, y el héroe hace jurar a sus compañeros que no matarán ni una vaca ni una oveja, XII, 266 a 303; Odiseo exhorta nuevamente a los suyos para que se abstengan de tocar las vacas y las ovejas del Sol, que todo lo ve y todo lo oye, XII, 320 a 323; mientras Odiseo se interna por la isla de Trinacia, sus compañeros, aconsejados por Euríloco, matan y asan algunas de las vacas del Sol, XII, 340 a 365; Lampetia lo participa al Sol, éste se queja a Zeus, amenazándole con descender a la morada de Hades, y el padre de los dioses le promete despedir un rayo contra la nave de Odiseo y hacerla pedazos, XII, 374 a 388; durante seis días los compañeros de Odiseo celebran banquetes, comiéndose las mejores vacas del Sol, XII, 397 y 398; cuenta el mendigo (Odiseo) a Penelopea que Odiseo perdió la nave y los compañeros porque éstos mataron las vacas del Sol, XIX, 273 a 276, 433, 441; XXII, 388; refiere Odiseo a Penelopea cómo sus compañeros mataron las vacas del Sol, XXIII, 329; las almas de los pretendientes, conducidas por Hermes, pasan por las puertas del Sol antes de llegar al país de los Sueños y a la pradera de asfódelos donde residen las almas de los difuntos, XXIV, 12.

Him. Oyó los gritos que daba Perseíonea cuando era robada, II, 26; preguntóle Deméter qué dios u hombre se había llevado a Persefonea, II, 62, 64; sus rebaños pacían en Ténaro, III, 411, 413; hacia la aurora y el Sol guiaba Apolo la nave de los cretenses, III, 436; hundíase el Sol en el Océano, cuando Hermes llegaba a la Pieria, IV, 68; dice Hermes que reverencia mucho al Sol, IV, 381; el poeta celebra al Sol, hijo de Eurifaesa e Hiperión, XXXI, 1, 7. Está dedicado al Sol el himno XXXI.

Ep. El poeta pide a Circe, hija del Sol, que eche sus crueles venenos a los alfareros y les haga perecer a ellos y sus obras, XIV, 15.

Sueño ("Υπνος): Hermano de la Muerte. Sus principales epítetos son: νήδυμος [según unos, *agradable* o *dulce*, comp. radical sánsc. *nand*, alegrar; según Prellwitz, *envolvente*, por proceder de νη- + δύω, penetrar, hundirse]; λυσιμελής [que relaja los miembros]; μελίφρων, μειλιηδής [dulce como la miel]; μαλακός [blando, dulce]. Hera le ruega que adormezca a Zeus, jurando que le dará por mujer a Pasitea, la más joven de las Gracias; parten ambas deidades de Lemnos, llegan al Ida, el Sueño se encarama en un abeto y, luego que Zeus se duerme, va a participárselo a Posidón para que socorra a los griegos, *Il.*, XIV, 231 a 291, 354 a 361.

Sunio (Σούνιον): Promontorio del Ática, *Odisea*, III, 278.

Biblioteca Nacional de España

SÚPLICAS (Λιταί): Hijas de Zeus y hermanas de Ate, cojas, arrugadas y bizcas, que van siempre detrás de ésta para reparar el daño que causa, *Il.*, IX, 502 a 512.

SUSTENTADOR DE LOS JÓVENES (Κουροτρόφος): Epíteto de varias deidades de Grecia (Afrodita, la Tierra, Ártemis, Hécate, etc.) y de alguna de sus regiones, especialmente de Ítaca. El poeta se dirige al sustentador de los jóvenes (Apolo), para que una sacerdotisa de Samos rechace el amor de los mancebos y se deleite con los ancianos de sienes canosas, *Ep.*, XII, 1.

TAFOS (Τάφος): Isla del mar Jónico, la mayor de las llamadas Equinades, *Od.*, I, 417.

TAIGETO (Ταΰγετον, Τηΰγετον y Ταΰγετος): Cordillera que separaba la Laconia de la Mesenia, en el Peloponeso, *Od.*, VI, 103.

Him. Leda parió a Cástor y a Polideuces bajo las cumbres del Taigeto, XVII, 3; XXXIII, 4.

Frag. Linceo subió a la cumbre del Taigeto y desde allí vió, dentro de la encina, a Cástor y a Polideuces, IX, 2.

TALADRAJAMONES (Πτερνογλύφος): ratón. Su vista causa gran miedo a Juncalero, que tira el escudo y se echa al agua, *Batr.*, 224 y 225.

TALAYÓNIDA (Ταλαϊονίδης): Hijo de Talao. Nombre patronímico de Mecisteo, *Il.*, II, 566; XXIII, 678.

TALÉMENES (Ταλαιμένης): Padre de Mestles y Ántifo, caudillos de los meonios, que tuvo de la laguna Gigea, *Il.*, II, 865.

TALÍA (Θάλεια): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 39.

TALISÍADA (Θαλυσιάδης): Hijo de Talisio. Nombre patronímico de Equepolo, *Il.*, IV, 458.

TALPIO (Θάλπιος): Griego, hijo de Eurito, uno de los cuatro caudillos de los epeos, *Il.*, II, 620.

TALTIBIO (Ταλθύβιος): Heraldo de Agamenón, *Il.*, I, 320; III, 118; IV, 192; VII, 276; XIX, 196, 250 y 267; XXIII, 897.

TAMIRIS (Θάμυρις): Vate. Jactóse de que vencería, cantando, a las propias Musas y éstas le cegaron y le privaron del canto, *Il.*, II, 594 a 600.

TANTÁLIDA (Ταντα λίδης): Hijo de Tántalo. Nombre patronímico de Pélope. Linceo subió a la cumbre del Taigeto y con sus ojos recorrió toda la isla de Pélope Tantálida, *Frag.*, IX, 4.

TÁNTALO (Τάνταλος): Rey de Sípilo (Frigia), hijo de Zeus y padre de Pélope. Fué admitido al banquete de los dioses; pero, como revelara los secretos de éstos y hurtara néctar y ambrosía, Zeus le impuso un castigo que padece en el Hades. Cuenta Odiseo a los reyes de los feacios que en el Hades vió a Tántalo, el cual se halla sumergido en un lago cuya agua le llega a la barba y tiene encima de su cabeza variadas frutas que cuelgan de altos árboles; pero, cuando padece sed y se baja para beber, la tierra absorbe el agua, y cuando siente hambre y va a coger las frutas, el viento se las lleva a las nubes, *Od.*, XI, 582 a 592.

TARFE (Τάρφη): Ciudad de Lócride, *Il.*, II, 533.

TARNE (Τάρνη): Ciudad de Lidia, patria de Festo, *Il.*, V, 44.

TÁRTARO (Τάρταρος): La parte más profunda del infierno, adonde no llegan ni la luz del sol ni los vientos, cerrada por una puerta de hierro y provista de un umbral de bronce; dista de la tierra tanto como ésta del cielo. Allí están los titanes vencidos por Zeus, *Il.*, VIII, 13, 481.

Him. Hera invoca a la Tierra y a los Titanes que habitan junto al gran Tártaro para que le den un hijo sin intervención de Zeus, III, 336; Apolo amenaza a Hermes con arrojarle al Tártaro, IV, 256, 374.

TAUMACIA (Θαυμακίη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 716.

TEANO (Θεανώ): Hija del rey Ciseo, hermana de Hécabe, esposa de Antenor y sacerdotisa de Atenea, *Il.*, V, 70; VI, 298 a 304; XI, 224.

TEBAS (Θήβη y Θῆβαι): Ciudad de Beocia. Tideo y Polinice reclutaban tropas contra los sagrados muros de Tebas, *Il.*, IV, 378; dice Esténelo que son ellos más valientes que sus padres, pues han tomado a Tebas, IV, 406; Atenea protegió a Tideo cuando fué como embajador a Tebas, V, 804; dice Diomedes que Tideo le dejó muy niño al salir para Tebas, VI, 223; Atenea acompañó a Tideo cuando fué a Tebas en representación de los aqueos, X, 286; Diomedes se gloria de haber tenido por padre a Tideo, cuyo cuerpo está enterrado en Tebas, XIV, 114; Zeus amó a Alcmena en Tebas, XIV, 323; Alcmena

Biblioteca Nacional de España

dió a luz en Tebas al fornido Heracles, XIX, 99; Eurialo fué a Tebas cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos, XXIII, 679.

Od. Tenía siete puertas y la fundaron y fortificaron Anfión y Zeto, XI, 262 a 265; descubierto el incesto de Epicasta con su hijo Edipo, éste siguió reinando en Tebas por los funestos designios de las deidades, XI, 274 a 276; en Tebas murió Anfiarao a causa de los regalos que su mujer había recibido, XV, 244 a 247.

Him. Afirman algunos que Dióniso nació en Tebas, I, 5; cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo, entró en el suelo de Tebas que ningún mortal habitaba todavía, III, 225, 226, 228; Heracles nació en Tebas, XV, 2.

2) Ciudad de Cilicia, *Il.*, I, 366; II, 691; VI, 397, 416; XXII, 479.

3) Ciudad de Egipto; tenía cien puertas, *Il.*, IX, 381.

Od. Era muy rica y en ella moraban Pólibo y su mujer Alcandra, que dieron a Menelao y a Hélena hermosos presentes, IV, 125 a 132.

TEBEO (Θηβαῖος): Troyano, padre de Eniopeo, *Il.*, VIII, 120.

TECTÓN (Τέκτων): Nombre de Harmónida, tomado por muchos como apelativo (artífice), *Il.*, V, 60.

TECTÓNIDA (Τεκτονίδης): Hijo de Tectón. Nombre patronímico de Polineo, *Odisea*, VIII, 114.

TEGEA (Τεγέη): Ciudad de Arcadia, *Il.*, II, 607.

TELAMÓN (Τελαμών): Rey de Salamina, hijo de Éaco, hermano de Peleo y padre de Ayante y de Teucro, *Il.*, VIII, 283; XIII, 177; XVII, 284, 293.

Od., XI, 553.

TELAMONÍADA (Τελαμωνιάδης): Hijo de Telamón. Nombre patronímico de uno de los dos Ayantes, *Il.*, VIII, 224 y 267; IX, 623; XI, 7 y 542; XIII, 709; XIV, 460; XV, 289; XVII, 235; XVIII, 193.

Od., XI, 543.

TELAMONIO (Τελαμώνιος): Hijo de Telamón. Nombre patronímico de uno de los dos Ayantes, *Il.*, II, 528, 768; IV, 473; V, 610, 615; VI, 5; VII, 224, 234, 283; VIII, 281; IX, 644; XI, 465, 526, 563, 591; XII, 349, 362, 364, 370, 378; XIII, 67, 76, 170, 321, 702; XIV, 409, 511; XV, 462, 471, 560; XVI, 116; XVII, 115, 628, 715; XXIII, 708, 722, 811, 842.

TELÉFIDA (Τηλεφίδης): Hijo de Téleto. Nombre patronímico de Euripilo, *Od.*, XI, 519 y 520.

TELÉMACO (Τηλέμαχος, de τῆλε, lejos, y μάχομαι, combatir = que combate de lejos, es decir, con armas arrojadizas): Hijo de Odiseo y de Penelopea, *Il.*, II, 260; IV, 354.

Od. Hállase entre los pretendientes cuando ve en el umbral a Atenea, transfigurada en Mentes, rey de los tafios: hácele entrar, lo sienta a la mesa, le pregunta quién es, se lamenta de los pretendientes y escucha los consejos que le da de que reúna el ágora, para echar a aquéllos, y haga un viaje a Pilos y a Esparta en busca de noticias de su padre, I, 113 a 313; la diosa infunde a Telémaco valor y audacia, y Telémaco, que sospecha que ha hablado con una deidad, se queda atónito y se junta con los pretendientes, I, 320 a 324; Telémaco, al oir que Penelopea reprende a Femio porque canta la vuelta de los aqueos, dice que no es culpable el aedo, recomienda a su madre que torne a su habitación y dice que de hablar se cuidarán los hombres y principalmente él, I, 345 a 359; Telémaco impone silencio a los pretendientes y les anuncia que en el ágora les dirá que no vuelvan al palacio de Odiseo, I, 368 a 380; los pretendientes se admiran de la audacia de Telémaco, y Antínoo desea que no llegue a ser nunca rey de Ítaca, I, 381 a 387; contesta Telémaco que le gustaría serlo, pero que reine cualquiera de los aquivos y él será señor de su casa, I, 388 a 398; Eurímaco dice a Telémaco que nadie le disputará los bienes y le pregunta por el huésped, y Telémaco le responde que es Mentes, rey de los tafios, sin declararle que ha reconocido a Atenea, I, 399 a 420; Telémaco sube a su cuarto, acompañado de Euriclea, se acuesta y pasa la noche pensando en el viaje que Atenea le aconsejaba, I, 425 a 444; al descubrirse la aurora, Telémaco se levanta, se va al ágora y Atenea le adorna con gracia divinal, II, 1 a 14; en el ágora huélgase Telémaco de las palabras de buen presagio que pronuncia Egiptio, quéjase de los pretendientes, pídeles que no sigan yendo al palacio, arroja el cetro en tierra y nadie se atreve a contestarle, salvo Antínoo, II, 35 a 84; respondiendo a Antínoo,

Biblioteca Nacional de España

dice Telémaco que nunca echará del palacio a su madre, amenaza a los pretendientes con invocar a los dioses, y así que concluye de hablar, Zeus le envía dos águilas como presagio, II, 129 a 147; dice Eurímaco a Haliterses que debía haber muerto como Odiseo, porque así no incitaría a Telémaco, II, 183 a 185; aconseja Eurímaco a Telémaco que ordene a su madre que torne a la casa paterna a fin de que le dispongan el casamiento, II, 174 a 197, pues, de lo contrario, no desistirían de la pretensión porque no temen a nadie, ni siquiera a Telémaco, II, 198 a 200; responde Telémaco que no quiere suplicarles más y pide que le proporcionen una nave y veinte compañeros para ir a Pilos y a Esparta, II, 208 a 223; Telémaco se va a la playa, invoca al numen que el día antes se le había presentado en el palacio y se le aparece Atenea, en figura de Méntor, la cual le aconseja que torne a su casa y prepare las provisiones mientras ella elige la nave y reúne los marineros, II, 260 a 295; Telémaco vuelve al palacio, es zaherido por los pretendientes, baja a la habitación donde se guardan el vino y la harina, y encarga a Euriclea que llene doce ánforas de aquél y aparte veinte medidas de ésta, y no diga nada a Penelopea, II, 296 a 381; Atenea toma la figura de Telémaco y, recorriendo la población, recluta los tripulantes y pide una nave a Noemón, II, 382 a 387; Méntor (Atenea) llama a Telémaco, se van a la nave, vuelven con los compañeros al palacio, cargan las provisiones, se dan a la vela y hacen libaciones a Atenea, II, 399 a 434; al llegar a Pilos, desembarca Telémaco, precedido por Atenea, ésta le encarga que no sea vergonzoso, y ambos se van a encontrar a los pilios que ofrecen un sacrificio a Posidón en la ribera del mar, III, 12 a 33; huélgase Atenea de que Pisístrato le dé a ella antes que a Telémaco la copa para hacer libaciones, III, 51 a 53; ruega Atenea a Posidón que Telémaco no se vaya sin realizar el objeto de su viaje y en seguida da la copa a Telémaco, III, 60 a 63; dice Telémaco a Néstor que ha llegado a Pilos en busca de noticias de su padre, III, 75 a 85; celebra Telémaco la venganza de Orestes y quisiera tener bríos para castigar a los pretendientes, III, 201 a 210; Telémaco no cree que se efectúe lo que dice Néstor acerca de los pretendientes, aunque lo quisieran los dioses; es reprendido por Atenea, insiste en la imposibilidad de la vuelta de Odiseo, y pregunta a Néstor cómo murió Agamenón, III, 225 a 252; Atenea y Telémaco quieren irse a dormir a la nave, pero Néstor se opone, y Atenea hace que Telémaco se quede en el palacio y pide a Néstor que lo envíe a Esparta con un hijo suyo, III, 342 a 364; Néstor le dice a Telémaco que sin duda no ha de ser cobarde cuando ya le asiste Atenea, III, 373 a 379; Telémaco duerme en el pórtico del palacio de Néstor, III, 396 a 398; al día siguiente, los hijos de Néstor hacen sentar a Telémaco junto al anciano, III, 412 a 416; encarga Néstor que un hijo suyo conduzca al palacio a los compañeros de Telémaco y así se hace, III, 423 y 424, 431 y 432; lava a Telémaco la bella Policasta, III, 464; manda Néstor a sus hijos que aparejen un carro para que Telémaco emprenda el viaje, hácenlo así, Telémaco y Pisístrato suben al carro, salen de Pilos, pernoctan en Feras y al día siguiente llegan a Lacedemonia, III, 475 a 497; Telémaco y Pisístrato detienen los corceles en el vestíbulo del palacio de Menelao, IV, 20 a 22; después de comer, dice Telémaco a Pisístrato que como aquélla debe de ser la morada de Zeus, IV, 69 a 75; dice Menelao que seguramente lloran por Odiseo el viejo Laertes, Penelopea y Telémaco, a quien dejó aquél en su casa recién nacido, IV, 110 a 112; Telémaco, al oír el nombre de su padre, llora y se cubre la cabeza con el manto, IV, 113 a 116; sale Hélena y, al ver a Telémaco, dice que aquel joven se parece al hijo de Odiseo, y Menelao contesta que ya había notado la semejanza, IV, 138 a 154; el hijo de Néstor les confirma lo que sospechaban, refiere Menelao cómo quería mostrarle a Odiseo su afecto, y lloran Telémaco, Hélena, Menelao y Pisístrato, IV, 155 a 186; dice Menelao que hablará con Telémaco así que aparezca la Aurora, IV, 214 y 215; replica Telémaco a Menelao, que acaba de ensalzar a Odiseo, que así es aún más dolorosa la pérdida de éste, y le ruega que les mande a la cama, IV, 290 a 295; acuéstanse Telémaco y Pisístrato en el vestíbulo del palacio de Menelao, V, 303 y 304; al rayar la aurora, Menelao se sienta junto a Telémaco y le pregunta cuál es

Biblioteca Nacional de España

el motivo de su viaje a Esparta, y Telémaco le responde que va en busca de noticias de su padre y desea que le cuente cuanto sepa de la muerte del mismo, IV, 311 a 331; Telémaco pide a Menelao que no le detenga en su palacio y que el don que le haga sea algo que se pueda guardar, IV, 593 a 608; pregunta Noemón a Antínoo si sabe cuándo Telémaco volverá de Pilos, IV, 632 y 633; Antínoo dice a los demás pretendientes que Telémaco ha realizado una gran proeza con el viaje, IV, 663 y 664; Penelopea habla de los pretendientes, que consumen la herencia del prudente Telémaco, IV, 686 y 687; descubre Medonte a Penelopea que los pretendientes quieren matar a Telémaco, IV, 700; Atenea envía a Penelopea un fantasma para decirle que Telémaco volverá sano y salvo, IV, 824 a 829; los pretendientes se emboscan en la isla de Ásteris para matar a Telémaco, IV, 842 a 847; Zeus, contestando a Atenea, le dice que acompañe con discreción a Telémaco, V, 25; el alma de Elpénor suplica a Odiseo, en nombre de sus padres y de Telémaco, XI, 68; el alma de la madre de Odiseo dice a este héroe que aún no posee nadie su dignidad real, pues Telémaco cultiva en paz las heredades y asiste a decorosos banquetes, XI, 184 a 186; dice Atenea, conversando con Odiseo, que va a llamar a Telémaco, el cual se halla en Esparta, XIII, 412 a 415; «preséntese Odiseo, exclama Eumeo, como yo quisiera y también Penelopea, Laertes y Telémaco,» XIII, 171 a 173; dice Eumeo que se lamenta por Telémaco, pues se fué a Pilos y los pretendientes le preparan una emboscada para cuando torne, XIV, 174 a 182; Atenea se encamina a Lacedemonia, halla a Telémaco acostado en el vestíbulo de la casa de Menelao y le exhorta a volver cuanto antes a Ítaca y a evitar la emboscada de los pretendientes, XV, 1 a 42; Telémaco despierta a Pisístrato para ponerse en camino, y el hijo de Néstor le dice que aguarde que despunte la Aurora y Menelao les traiga los presentes, XV, 44 a 55; Telémaco, al ver a Menelao, le sale al encuentro y le comunica su deseo de partir en seguida, recibe los regalos que le hacen Menelao y Hélena, come, promete llevar a Néstor el saludo de Menelao, y, cuando Hélena interpreta un agüero en el sentido de que Odiseo se vengará de los pretendientes, le dice que ojalá acertara, pues la invocaría diariamente como a una diosa, XV, 57 a 181; Telémaco y Pisístrato emprenden la marcha, pernoctan en Feras y, al llegar adonde está el bajel de Telémaco, Pisístrato deja en la popa los regalos de Menelao y aconseja a Telémaco que se embarque en seguida, XV, 182 a 214; mientras Telémaco da órdenes a los compañeros y ofrece sacrificios a Atenea, preséntasele Teoclímeno y le pide que lo admita en el barco; accede Telémaco; danse a la mar y, después de pasar a lo largo de la Élide, Telémaco pone la proa del barco hacia las islas Agudas, XV, 217 a 300; desembarcan antes de llegar a la ciudad, comen, Teoclímeno interpreta un agüero, diciendo que la familia de Telémaco reinará siempre en Ítaca, y Telémaco, después de recomendar el huésped a Pireo, manda a sus compañeros que lleven la nave a la ciudad, y se encamina a la majada de Eumeo, XV, 495 a 557; llega Telémaco a la majada de Eumeo, éste lo abraza y lo besa, se entera Telémaco de que su madre sigue en el palacio, no permite que el huésped (Odiseo) le ceda el asiento, se lamenta de no poder hospedar al mismo por culpa de los pretendientes, y encarga a Eumeo que vaya a la ciudad para que Penelopea sepa que han vuelto de Pilos, XVI, 4 a 134; pregunta Eumeo si ha de dar también la noticia a Laertes, y Telémaco responde negativamente, XVI, 135 a 153; Odiseo, a quien Atenea ha devuelto su primitiva figura sin que lo viera Telémaco, se presenta a éste, que se asusta, creyendo que será algún dios; Odiseo se le descubre, Telémaco duda, y por fin se reconocen, se abrazan y lloran; pregunta Telémaco a su padre cómo ha llegado a Itaca y Odiseo le cuenta que lo han traído los feacios, y quiere enterarse de cuántos y cuáles son los pretendientes, XVI, 159 a 241; Telémaco enumera los pretendientes, Odiseo le declara que tendrán la ayuda de Zeus y de Atenea para luchar con ellos, encarga a Telémaco que esconda las armas y que a nadie participe que ha vuelto Odiseo, pues ellos dos probarán a las mujeres y a los esclavos para conocer cuáles les son fieles, XVI, 240 a 307; propone Telémaco a Odiseo que dejen para más adelante el probar a los esclavos, XVI, 308

Biblioteca Nacional de España

a 320; llega a Itaca la nave que trajera de Pilos a Telémaco y a sus compañeros, XVI, 322 y 323; el heraldo y el porquerizo dan a Penelopea la noticia de que ha llegado Telémaco, XVI, 328 a 341; Eurímaco dice que Telémaco ha realizado una gran proeza con el viaje a Pilos, XVI, 346 y 347; Antínoo cuenta cómo acechaban la vuelta de Telémaco y propone a los demás pretendientes matarlo en el campo o en el camino, cuando vuelva a la ciudad; o, en otro caso, no comerle ya más sus bienes, XVI, 364 a 392; Anfínomo se opone a que se mate a Telémaco si el mismo Zeus no lo aprueba, XVI, 400 a 405; Penelopea increpa a Antínoo por su propósito de matar a Telémaco, XVI, 421 y 422; Eurímaco, para tranquilizar a Penelopea, le dice que mientras él viva nadie pondrá las manos en Telémaco, pero interiormente piensa en matarle, XVI, 434 a 448; pregunta Telémaco al porquerizo si los pretendientes han vuelto de la emboscada y, al oír a Eumeo que cree serían los que vió en una nave que entraba en el puerto, sonríe y mira a su padre sin que lo advierta el porquerizo, XVI, 460 a 477; Telémaco encarga a Eumeo que lleve al mendigo (Odiseo) a la ciudad, sale de la majada, llega al palacio, le abrazan y besan las esclavas y luego Penelopea, encomienda a ésta que vote ofrecer sacrificios a Zeus si llega a realizarse la venganza, vase al ágora, se junta con Méntor, Ántifo y Haliterses, dice a Pireo que siga guardando los presentes de Menelao y se lleva a Teoclímeno al palacio, XVII, 1 a 84; Telémaco y Teoclímeno se bañan, comen, y aquél cuenta a Penelopea su viaje a Pilos y a Esparta, XVII, 85 a 149; recuerda Teoclímeno el agüero que le interpretó a Telémaco acerca de la vuelta de Odiseo, XVII, 152 a 161; desea Melantio que Telémaco sea herido por las flechas de Apolo o que sucumba a manos de los pretendientes, XVII, 251 y 252; advierte Telémaco la llegada del porquerizo, lo llama a su vera, le da pan y carne para que lo entregue al mendigo (Odiseo), y éste, al recibirlo, ruega a Zeus que a Telémaco se le cumpla cuanto desea, XVII, 328 a 355; Eumeo, respondiendo a una increpación de Antínoo, dice que nada le importa mientras le vivan Penelopea y Telémaco, y éste le aconseja que no responda largamente a aquél, XVII, 380 a 395; Telémaco invita a Antínoo a dar algo al mendigo (Odiseo), y Antínoo le contesta que si todos le diesen lo que él, se estaría tres meses sin salir de su casa, XVII, 396 a 408; cuando Antínoo le tira un escabel al mendigo (Odiseo), Telémaco siente gran pena, mas no se le escapa ninguna lágrima, XVII, 488 a 491; mientras Penelopea habla con el porquerizo, Telémaco estornuda reciamente y la reina lo tiene por buen agüero, XVII, 541 a 545; le dice Eumeo al mendigo (Odiseo) que le llama Penelopea, la madre de Telémaco, y el mendigo le contesta que teme a los pretendientes, pues le han dado un golpe sin que lo impidiera Telémaco ni otro alguno, XVII, 553 a 568; Eumeo se despide de Telémaco para volverse a los puercos, y éste le dice que se vaya después de cenar y que al romper el alba traiga hermosas víctimas, XVII, 591 a 601; Telémaco dice al huésped (Odiseo) que, si desea quitar a Iro de en medio, a nadie ha de temer, XVIII, 60 a 65; Atenea no deja que Anfínomo se vaya del palacio, para que sea vencido por las manos y la lanza de Telémaco, XVIII, 155 y 156; Penelopea reprende a Telémaco por haber dejado maltratar a un huésped, y él se disculpa y dice que el combate del huésped con Iro no se efectuó por haberlo acordado los pretendientes, y que ojalá se hallaran éstos como Iro después de la lucha, XVIII, 214 a 242; el mendigo (Odiseo), oyendo las increpaciones de Melanto, dice que se lo va a contar todo a Telémaco, XVIII, 337 a 339; Telémaco amonesta a los pretendientes, y Anfínomo recomienda que nadie oponga contrarias razones al dicho justo de Telémaco y que el huésped quede al cuidado de éste, ya que ha venido a su morada, XVIII, 405 a 421; Odiseo dice a Telémaco que han de esconder las armas, Telémaco manda a Euriclea que tenga encerradas a las mujeres, Odiseo y Telémaco quitan las armas de las paredes, alumbrándoles Atenea, Telémaco sospecha que debe estar con ellos alguna deidad, Odiseo le recomienda que se vaya a acostar, y Telémaco obedece, XIX, 3 a 50; dice Odiseo a Melanto que a Telémaco no le pasará inadvertida la mujer que fuere mala, XIX, 86 a 88; dice Penelopea que en adelante el huésped (Odiseo) comerá al lado de Telé-

Biblioteca Nacional de España

maco, XIX, 320 y 321; Telémaco se levanta de la cama, pregunta a Euriclea si se han cuidado del forastero, y se va al ágora a juntarse con los aqueos, XX, 124 a 146; los pretendientes maquinan cómo dar muerte a Telémaco, cuando aparece un águila y Anfinomo les dice que aquel propósito no tendrá buen éxito, XX, 241 a 246; Telémaco hace sentar al mendigo (Odiseo) junto a la puerta de la sala, y dice a los pretendientes que se abstengan de las amenazas y de los golpes; ellos se admiran de que les hable con tanta audacia; Antínoo propone que se cumpla la orden de Telémaco ya que Zeus no ha permitido que se le matara; y Telémaco no hace caso de estas palabras, XX, 257 a 275; por orden de Telémaco, se le sirve al mendigo (Odiseo) la misma ración que a los demás convidados, XX, 281 a 283, 294 y 295; Telémaco increpa a Ctesipo cuando éste tira la pata de buey al mendigo (Odiseo), y manda a todos los pretendientes que repriman su insolencia, XX, 303 a 319; Agelao dice que nadie oponga contrarias razones a lo dicho por Telémaco y pide a éste que aconseje a su madre que se case, XX, 322 a 337; responde Telémaco que no retarda la boda, pero que no quiere echar del palacio a su madre, XX, 338 a 345; los pretendientes zahieren a Telémaco, burlándose de sus huéspedes, XX, 373 a 376; Telémaco dice que sin duda Zeus le ha vuelto el juicio cuando, al manifestarle su madre que se irá de la casa, se ríe y se deleita; propone el certamen a los pretendientes, pero antes quiere probar de armar el arco, lo intenta, desiste, por indicación de su padre, y lo ofrece a los pretendientes, XXI, 102 a 139; dice Odiseo a Eumeo y a Filetio que, si llega a triunfar de los pretendientes, los considerará a ellos como hermanos de Telémaco, XXI, 212 a 216; dice Penelopea a Antínoo que no es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco, XXI, 311 a 313; dice Telémaco a Penelopea que es el único que puede disponer del arco, y le aconseja que torne a su habitación y se ocupe en sus labores, XXI, 243 a 353; Telémaco amenaza a Eumeo, mandándole que entregue el arco al mendigo (Odiseo), y todos los pretendientes se ríen, XXI, 368 a 378; Eumeo dice a Euriclea que Telémaco le manda cerrar las puertas de la habitación y que no salga nadie aunque oigan gemidos o estrépito de hombres, XXI, 381 a 385; el mendigo (Odiseo), después de hacer pasar la flecha por el ojo de las segures, le dice a Telémaco que no le afrenta el huésped que está en su palacio, y que todavía tiene las fuerzas sin menoscabo, XXI, 423 a 430; obedeciendo una señal que le hace su padre, Telémaco se ciñe la espada, ase la lanza y se coloca junto a Odiseo, XXI, 431 a 434; Telémaco atraviesa con su lanza a Anfinomo y se la deja clavada en el cuerpo por temor a los demás pretendientes, XXII, 91 a 98; Telémaco, por orden de su padre, va a buscar armas, las visten él, el boyero y el porquerizo, y se ponen todos junto a Odiseo, XXII, 108 a 115; dice Odiseo a Telémaco que alguna de las mujeres o Melantio atiza la lucha, dando armas a los pretendientes; responde Telémaco que él ha tenido la culpa por haber dejado abierta la puerta del cuarto donde aquellas están depositadas, y encarga a Eumeo que vaya a ver quién es, XXII, 150 a 159; encarga Odiseo a Eumeo y a Filetio que le aten las manos y los pies a Melantio, mientras él y Telémaco resisten la acometida de los pretendientes, XXII, 170 a 177; Telémaco mata a Euríades, a Anfimedonte, que lo había herido levemente, y a Leócrito, XXII, 267, 277 y 278, 284, 294; dice Femio a Odiseo, invocando el testimonio de Telémaco, que cantaba en el palacio porque le obligaban los pretendientes; Telémaco ruega a su padre que no lo mate y que salve también a Medonte; éste se presenta y abraza las rodillas de Telémaco; y Odiseo se abstiene de matarlos, XXII, 350 a 372; por orden de Odiseo, Telémaco llama a Euriclea y la anciana sigue a Telémaco hasta llegar a la sala, XXII, 390 a 400; dice Euriclea a Odiseo que, como Telémaco hace poco tiempo que llegó a la juventud, su madre no le dejaba tener mando en las mujeres, XXII, 426 y 427; Odiseo ordena a Telémaco, al boyero y al porquerizo que hagan trasladar los cadáveres por las esclavas culpables, pongan en orden la estancia y maten a dichas mujeres en el patio, XXII, 435 a 445; Telémaco, el boyero y el porquerizo pasan la rasqueta por la sala, XXII, 454 a 456; Telémaco ahorca con una soga a las mujeres culpables; y luego él, el boyero y el

Biblioteca Nacional de España

porquerizo dan cruel muerte a Melantio, XXII, 461 a 477; dice Euriclea a Penelopea que Telémaco ya sabía que Odiseo se hallaba en el palacio, XXIII, 29, y que ellas, durante la matanza de los pretendientes, permanecieron llenas de pavor en lo más hondo de su habitación hasta que Telémaco la llamó, XXIII, 41 a 44; reprende Telémaco a su madre por la frialdad que demuestra ante Odiseo, XXIII, 96 a 103; dice Odiseo a Telémaco que permita a Penelopea que lo pruebe, XXIII, 112 a 114; contestando Telémaco a una pregunta de Odiseo, dice que vea él lo que conviene hacer y no les faltarán brios para seguirle, XXIII, 123 a 128; Telémaco, el boyero y el porquerizo dejan de bailar y se acuestan, XXIII, 297 a 299; Odiseo hace levantar a Telémaco, al boyero y al porquerizo, ármanse todos, y salen al campo, XXIII, 366 a 372; Anfimedonte cuenta a Agamenón, en el Hades, que Odiseo y Telémaco se concertaron para acabar con los pretendientes, que éste último se presentó en el palacio y que luego entró aquél, XXIV, 151 a 155; que Odiseo y Telémaco escondieron las armas que había en el palacio, XXIV, 164 a 166; que Telémaco mandó entregar el arco a Odiseo, que estaba transfigurado en un mendigo, y que Odiseo y los suyos mataron a todos los pretendientes, XXIV, 175 a 181; dice Odiseo a Laertes que a Telémaco, al boyero y al porquerizo los ha enviado a la caseria para que aparejen el almuerzo, se encaminan ambos a la misma y hallan a aquéllos ocupados en cortar carne y en mezclar el vino, XXIV, 359 a 364; Odiseo exhorta a Telémaco a ser valiente en el combate con los itacenses, Telémaco contesta que no deshonrará su linaje, y Laertes se huelga de oírlo, XXIV, 505 a 515; Odiseo y Telémaco se arrojan a las primeras filas de los itacenses y los mataran a todos si Atenea no hubiese intervenido suspendiendo la lucha, XXIV, 526 a 530.

TÉLEMO (Τήλεμος): Hijo de Éurimo y antiguo vate de los Ciclopes. Predijo a Polifemo que sería cegado por Odiseo, *Od.*, IX, 508 a 512.

TELÉPILO (Τηλέπυλος): Ciudad de la Lestrigonia, *Od.*, X, 82; XXIII, 318. Algunos creen que Τηλέπυλος es adjetivo y lo traducen de una de estas maneras: *de puertas grandes, anchas* o *altas; de puertas que están a gran distancia unas de otras; cuyas puertas se hallan lejos*, etc.

TELFUSA (Τελφοῦσα): Fuente de Beocia. Ninfa de esta fuente. Apolo dice a Telfusa que donde ella está se propone construir un templo del cual echa los cimientos, *Himnos*, III, 244, 247, pero Telfusa le dice que será mejor que lo construya en Crisa, III, 256, para que la gloria fuese para ella, III, 276; Apolo, indignado por haber hallado en Crisa una dragona, hace resbalar una cumbre sobre la fuente Telfusa y erige un altar donde es invocado con el sobrenombre de Telfusio porque oprobió las corrientes de Telfusa, III, 377, 379, 387.

TELFUSIO (Τελφούσιος): Apolo erigió un altar en un bosque cercano a la fuente Telfusa y es llamado Telfusio porque oprobió las corrientes de Telfusa, *Him.*, III, 386.

TÉMESA (Τεμέσῃ): Ciudad, según unos, de Italia y, según otros, de la isla de Chipre, *Odisea*, I, 184.

TEMIS (Θέμις): Diosa. Ofrece a Hera la copa de néctar, *Il.*, XV, 87, 93; convoca, por orden de Zeus, la junta de los dioses, XX, 4.

Od. Telémaco ruega a los pretendientes por Zeus y por Temis, que junta y disuelve las ágoras de los hombres, II, 68 y 69.

Him. Hallábase en Delos con otras diosas cuando Leto iba a parir a Apolo, III, 94; Anquises, al presentársele Afrodita transfigurada en mortal, dice que quizás sea Temis, V, 94; Ares es auxiliar de Temis, VIII, 4; Temis está sentada al lado de Zeus con quien sostiene frecuentes coloquios, XXIII, 2.

TÉNARO (Ταίναρος): Cabo de Laconia (hoy cabo Matapán). La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes llegó a Ténaro, *Him.*, III, 412.

TÉNEDOS (Τένεδος): Isla del mar Egeo, cerca de Troya. Estaba consagrada a Apolo y fué saqueada por Aquileo, *Il.*, I, 38, 452; XI, 625; XIII, 33.

Od. Al regresar de Troya, Néstor y los que le acompañaban ofrecieron en Ténedos sacrificios a los dioses, III, 159.

TENTREDÓN (Τενθρηδών): Griego, padre de Protoo, *Il.*, II, 756.

TEOCLÍMENO (Θεοκλύμενος): Adivino, hijo de Polifides y descendiente de Melampo. Hu-

Biblioteca Nacional de España

yendo de Argos, donde matara a un hombre, se presenta a Telémaco y logra del mismo que pueda embarcarse en su nave, *Od.*, XV, 222 a 286; al desembarcar, pregunta a Telémaco, que se queda en el campo, a cuál casa tiene que ir cuando llegue a Ítaca; interpreta un agüero diciendo que el linaje de Telémaco reinará perpetuamente en Ítaca; y Telémaco lo recomienda a Pireo, para que le dé hospitalidad hasta que él vaya a Ítaca, XV, 508 a 543; comparece con Pireo en el ágora, y Telémaco se lo lleva a su palacio, es lavado y ungido por las esclavas, come con Telémaco, y dice a Penelopea que Odiseo ya se halla en su patria y maquina males contra los pretendientes, XVII, 71 a 165; al observar a los pretendientes, a quienes Atenea ha perturbado la razón, les pregunta qué mal padecen, vaticina la muerte de los mismos y se va a la casa de Pireo, que lo acoge benévolo, XX, 350 a 372; los pretendientes se rien de que Teoclimeno se haya levantado a pronunciar vaticinios, XX, 380.

TEREA (Τήρεια): Monte y ciudad de Misia, *Il.*, II, 829.

TERPÍADA (Τερπιάδης): Hijo de Terpio. Nombre patronímico del aedo Femio, *Odisea*, XXII, 330.

TERROR (Δεῖμος): Juntamente con la Fuga y la Discordia, excita a los teucros y a los dánaos para que traben el combate, *Iliada*, IV, 440; en el escudo de Agamenón aparece Gorgo y a sus lados el Terror y la Fuga, XI, 36 y 37; XV, 119.

TERSÍLOCO (Θερσίλοχος): Uno de los capitanes teucros a quienes arenga Héctor, *Iliada*, XVII, 216. Murió a manos de Aquileo, XXI, 209.

TERSITES (Θερσίτης): Griego, hijo de Agrio. El más feo de cuantos fueron a Troya. Increpa a Agamenón, y Odiseo le da un golpe con el cetro, *Il.*, II, 211 a 271.

TÉSALO (Θεσσαλός): Hijo de Heracles y padre de los caudillos griegos Fidipo y Ántifo, *Il.*, II, 679.

TESEO (Θησεύς): Rey de Atenas, hijo de Egeo, *Il.*, I, 265.

Od. Llevóse de Creta a Ariadna, pero la mató Ártemis en Día, XI, 321 a 325; Odiseo lo deseaba ver cuando fué al Hades, XI, 631.

TESIDA (Θησείδης): Hijo o descendiente de Teseo. El poderoso Agamenón hizo presentes a los Tesidas, *Frag.*, XXVIII, 1.

TESPIA (Θέσπεια): Población de Beocia, *Iliada*, II, 498.

TÉSTOR (Θέστωρ): 1) Troyano, hijo de Énope, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 401.

2) Griego, padre del adivino Calcante, *Il.*, I, 69.

TESTÓRIDA (Θεστορίδης): Hijo de Téstor. Nombre patronímico de:

1) Calcante, *Il.*, I, 69.

2) Alcmaón, *Il.*, XII, 394.

3) El epigrama V está dedicado al Testórida, a quien el aedo dice que nada les resulta a los hombres tan difícil de conocer como su propia mente, *Ep.*, V, título, 1.

TETIS (Θέτις, de la raíz θα o θη, chupar, mamar = la alimentadora): Diosa marina, hija de Nereo y Doris, mujer de Peleo y madre de Aquileo. Llamada por su hijo, sale del mar, le pregunta por qué llora, y le ofrece pedir a Zeus venganza por la ofensa que le ha inferido Agamenón, *Il.*, I, 357 a 429; va al Olimpo, abraza las rodillas de Zeus e impetra que el dios conceda la victoria a los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a su hijo y le colmen de honores, I, 495 a 532; recibió en su regazo al dios Baco, cuando éste, asustado por las amenazas de Licurgo, se arrojó al mar, VI, 136; había revelado a Aquileo los dos modos como podía acabar su vida, IX, 410 a 416; habíale dado un arca llena de túnicas y mantos, XVI, 221 a 224; oye, desde su cueva, el gemido que da Aquileo al enterarse de la muerte de Patroclo, prorrumpe en sollozos, rodéanla las nereidas que lloran también, se presenta a su hijo y le promete que pedirá a Hefesto una armadura, XVIII, 35 a 147; va al Olimpo, es recibida por Caris y luego Hefesto fabrica una excelente armadura y se la entrega, XVIII, 369 a 460, 614 a 617; vuelve a las naves con la armadura y dice a su hijo que apartará las moscas del cadáver de Patroclo, XIX, 3 a 36; cumpliendo la voluntad de Zeus, que la envía a buscar por medio de Iris, aconseja a su hijo que acepte el rescate del cuerpo de Héctor y entregue el cadáver a Príamo, XXIV, 74, 83 a 137, 561 y 562.

Od. Propuso el juicio para adjudicar las armas de Aquileo, fallado por los teucros y por Palas Atenea en favor de Odiseo,

Biblioteca Nacional de España

XI, 546 y 547; salió del mar, acompañada de las diosas marinas, para asistir a las exequias de su hijo Aquileo, y los aqueos cobraron tal miedo que se lanzaran a las naves si no los hubiese detenido Néstor; entregó a los aqueos un ánfora de oro, construida por Hefesto, para que en la misma colocaran los huesos de Aquileo, juntamente con los de Patroclo y también, aunque algo apartados, los de Antíloco, y dió premios hermosísimos para los juegos fúnebres celebrados en honor del héroe, XXIV, 47 a 92.

Him. Recogió y cuidó a Hefesto cuando su madre Hera lo tiró al ponto, III, 319.

TETIS (Τηθύς): Esposa del Océano. Crió y educó a Hera, *Il.*, XIV, 201 y 302.

TEUCRO (Τεῦκρος): Hijo bastardo de Telamón y hermano de Ayante. Era un excelente arquero. Mata a Aretaón, *Od.*, VI, 31, y a otros muchos despidiendo flechas, hasta que es herido por una piedra que le tira Héctor y tiene que retirarse a las naves, VIII, 266 a 334; socorre, junto con Ayante Telamonio, a Menesteo, y hiere a Glauco y a Sarpedón, XII, 331 a 403; es animado, junto con otros caudillos, por Posidón, XIII, 91; mata a Imbrio, XIII, 170 a 185; combate, XIII, 313 y 314; mata a Protoón y a Perifetes, XIV, 515; con otros capitanes llama a los guerreros más valientes y los dispone para que resistan la acometida de Héctor, XV, 302; exhortado por Ayante, dispara una saeta y mata a Clito; quiere arrojar una flecha a Héctor, y Zeus le rompe la cuerda del arco; va a su tienda por una lanza, vuelve al lado de Ayante y combate, XV, 436 a 489; Glauco pide a Apolo que le cure la herida que una flecha de Teucro le había causado, XVI, 511; en los juegos fúnebres de Patroclo, Teucro lucha con Meriones, y, por no rogar a Apolo, se lleva el segundo premio, XXIII, 859 a 883.

TEUMESO (Τευμησσός): Monte y ciudad de Beocia. Cuando Apolo buscaba lugar para establecer un oráculo, pasó por la herbosa Teumeso, *Him.*, III, 224.

TEUTÁMIDA (Τευταμίδης): Hijo de Teutamo. Nombre patronímico del pelasgo Leto, *Il.*, II, 843.

TEUTRÁNIDA (Τευθρανίδης): Hijo de Teutrante. Nombre patronímico de Axilo, *Iliada*, VI, 13.

TEUTRANTE (Τεύθρας): 1) Griego, muerto por Héctor, *Il.*, V, 705.

2) Griego, padre de Axilo, *Il.*, VI, 13.

TIDEO (Τυδεύς): Hijo de Eneo, padre de Diomedes. Murió en la guerra tebana. Era valiente; estuvo en Micenas; fué como embajador a Tebas y vencía a los cadmeos en toda clase de luchas, por lo cual le armaron una celada y él los mató a todos menos uno; se fué a Tebas, cuando era Diomedes muy niño aún, enterrósele en Tebas, *Il.*, II, 406; IV, 365, 370, 372, 384, 387, 396, 399; V, 25, 126, 163, 184, 232, 235, 277, 335, 376, 406, 800, 801, 813, 881; VI, 96, 119, 222, 277, 437; VII, 179; VIII, 118, 152; X, 159, 285, 487, 494, 509, 516; XI, 338; XIV, 114; XXIII, 383, 472, 538.

Od., III, 167.

TIDIDA (Τυδείδης): Hijo de Tideo. Nombre patronímico de Diomedes, *Il.*, V, 1, 16, 18, 85, 93, 97, 134, 181, 207, 225, 240, 242, 243, 281, 303, 329, 362, 410, 440, 443, 457, 600, 793, 826, 866; VI, 145, 235; VII, 163; VIII, 99, 139, 149, 161, 167, 254, 532; IX, 53; X, 109, 150, 234, 249, 255, 363, 367, 489, 528, 566; XI, 312, 313, 333, 357, 370, 660; XIV, 29, 380; XVI, 25, 74; XIX, 48; XXI, 396; XXIII, 290, 357, 389, 398, 405, 499, 681, 812, 820, 824.

Od., III, 181.

TIERRA (Γαῖα): El poeta llama a Titio Γαιήϊον υἱόν, hijo de la Tierra, *Od.*, VII, 324.

Him. Produjo el narciso que quiso coger Persefonea cuando fué robada por Hades, II, 9; el poeta cantará a la Tierra, madre de todas las cosas, de la cual proceden los hombres que tienen muchos hijos y abundantes frutos; la Tierra hace felices a aquéllos a quienes honra, XXX, 1 a 16. Eurifaesa parió el Sol para el hijo de la Tierra y del Cielo (Hiperión, marido de Eurifaesa), XXXI, 3. Está dedicado a la Tierra el himno XXX.

TIESTES (Θυέστης y Θυέστα): Héroe griego, hermano de Atreo y rey de Micenas. Al morir dejó el cetro a Agamenón, *Il.*, II, 106 y 107.

Od. Fué padre de Egisto y le dejó la casa que éste habitaba, IV, 517 y 518.

TIESTÍADA (Θυεστιάδης): Hijo de Tiestes. Nombre patronímico de Egisto, *Od.*, IV, 518.

TIFAÓN (Τυφάων): Monstruo dado a luz por Hera, sin intervención de Zeus. La dragona

Biblioteca Nacional de España

de Crisa alimentó al terrible Tifaón, después de recibirlo de su madre Hera, *Himnos,* III, 306, 352.

TIFOEO (Τυφωεύς): Gigante que vomitaba fuego. Matóle el rayo de Zeus. Su cuerpo hállase debajo de tierra en Arimos (Cilicia), II, 782 y 783.

Him. Apolo dice a la dragona que no la librarán de la muerte ni Tifoeo ni la Quimera, III, 367.

TIMBRA (Θύμβρη): Ciudad de la Tróade, *Iliada,* X, 430.

TIMBREO (Θυμβραῖος): Troyano, muerto por Diomedes, XI, 320.

TIMETES (Θυμοίτης): Uno de los ancianos de Troya que estaban en la torre con Príamo cuando Hélena subió a la misma, *Il.,* III, 146.

TINDÁREO (Τυνδάρεος): Hijo de Ébato, marido de Leda y padre de Cástor, de Polideuces y de Clitemnestra, *Od.,* XI, 298 a 300; XXIV, 199.

TINDÁRIDA (Τυνδαρίδης): Hijo o descendiente de Tindáreo. Nombre patronímico de Cástor, de Polideuces y de Clitemnestra. El poeta canta a Cástor y Polideuces Tindáridas, a quienes saluda, *Him.,* XVII, 2, 5; XXXIII, 2, 18.

TIONA (Θυώνη): Epiteto de Semele, *Himnos,* I, 21.

TIQUE (Τύχη): Una de las doncellas que jugaban con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.,* II, 420.

TIQUIO (Τύχιος): Curtidor de Hila (Beocia). Construyó el escudo de Ayante Telamonio, *Il.,* VII, 220.

TIRESIAS (Τειρεσίης): Celebérrimo adivino tebano. Fué hijo de Everes y de la ninfa Cariclo (Apolodoro, *Biblioteca,* lib. III, cap. VI, 7). Advierte Circe a Odiseo que él y los suyos han de ir al Hades a consultar el alma del adivino Tiresias, el único muerto que tiene inteligencia y saber, *Od.,* X, 490 a 495, 563 a 565; encarga Circe a Odiseo que, en llegando al Hades, haga voto de inmolar un carnero negro a Tiresias y no deje beber la sangre a nadie hasta haber interrogado al adivino, pues éste le dirá la manera cómo puede volver a Itaca, X, 524, 525, 536 a 540; al llegar al Hades, Odiseo hace voto de inmolar un carnero negro a Tiresias tan luego como torne a Itaca, XI, 32 y 33, y no permite que las demás almas, ni siquiera la de su madre, beban la sangre hasta haber interrogado al adivino, XI, 32, 33, 49, 50, 88 y 89; llega el alma de Tiresias, bebe la sangre, le dice a Odiseo que, si deja indemnes las vacas y las ovejas del Sol, se salvará con su nave y sus compañeros, y que, en otro caso, perderá aquéllas y éstos; le habla de los pretendientes; le encarga que ofrezca, después de llegar a Itaca, sacrificios a Posidón; le vaticina que tendrá una placentera vejez; le manifiesta que cualquier alma a la que permita beber la sangre responderá a sus preguntas; y se vuelve a la morada de Hades, XI, 90 a 151; dice Odiseo a su madre y luego a Aquileo, en el Hades, que ha ido a consultar el alma de Tiresias, XI, 164 y 165, 479 y 480; al oír, desde la nave, las voces de las vacas y de las ovejas del Sol, Odiseo se acuerda de las palabras de Tiresias y revela el oráculo de éste a los compañeros, XII, 264 a 276; Odiseo refiere a Penelopea que, por indicación de Tiresias, ha de ofrecer sacrificios a Posidón, XXIII, 251 a 284, y le cuenta cómo bajó al Hades para consultar el alma del mencionado adivino, XXIII, 322 y 323.

TIRINTO (Τίρυνς): Ciudad de Argólide, *Iliada,* II, 559.

TIRO (Τυρώ): Hija de Salmoneo, esposa de Creteo y madre de Esón, de Feres y de Amitaón, que tuvo de su marido, y de Pelias y de Neleo, que concibió de Posidón; pues Tiro se había enamorado del río Enipeo, y Posidón tomó la figura de éste y se unió con ella, *Od.,* XI, 235 a 259.

TISBE (Θίσβη): Ciudad de Beocia, *Il.,* II, 502.

TITANES (Τιτῆνες): Hera pide a la Tierra, al Cielo y a los dioses Titanes que le den un hijo sin la intervención de Zeus, *Himnos,* III, 335.

TÍTANO (Τίτανος): Monte de Tesalia, *Il.,* II, 735.

TITARESIO (Τιταρήσιος): Río de Tesalia, que desemboca en el Peneo sin mezclarse con él, *Il.,* II, 751.

TITIO (Τιτυός): Hijo de la Tierra. Habitaba en la isla de Eubea, y Radamantis fué a verle, conducido por los feacios, *Od.,* VII, 323 y 324; está condenado en el Hades a que dos buitres le roan constantemente el hígado, porque quiso forzar a Leto, XI, 576 a 581.

TITONO (Τιθωνός): Hijo de Laomedonte, esposo de la Aurora y padre de Memnón.

Biblioteca Nacional de España

Lo robó la Aurora para que fuese su marido, *Il.*, XI, 1; XX, 237.

Od. La Aurora se levanta del lecho, donde reposa a su lado, para alumbrar a los inmortales y a los mortales, V, 1 y 2.

Him. La Aurora robó a Titono y pidió a Zeus que lo hiciese inmortal, pero se olvidó de pedirle que le librara de la vejez, V, 218.

TLEPÓLEMO (Τληπόλεμος): 1) Caudillo de los rodios, hijo de Heracles y de Astioquea. Por haber dado muerte al tío materno de su padre, huyó a Rodas; su gente fué a Troya en nueve bajeles, *Il.*, II, 653 a 670; lucha con Sarpedón y es vencido y muerto, V, 628 a 669.

2) Licio, hijo de Damástor, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 416.

TMOLO (Τμῶλος): Monte de Lidia, a cuyo pie vivían los meonios, *Il.*, II, 866; XX, 385.

TOANTE (Θόας): 1) Caudillo de los etolos, que llegaron a Troya en cuarenta naves. Era hijo de Andremón, *Il.*, II, 638 a 644; mata a Píroo, IV, 527 a 538; es uno de los caudillos a quienes exhorta Posidón, XIII, 92; este mismo dios toma su figura y su voz para animar a Idomeneo, XIII, 216, 222, 228; arenga a los caudillos, aconsejándoles que se queden allí para rechazar a Héctor, y que la muchedumbre vuelva a las naves, XV, 281 a 299.

Od. En una fingida relación, cuenta el mendigo (Odiseo) que Toante, puesto en emboscada con Odiseo y otros jefes cerca de Troya, corrió hacia las naves para decir a Agamenón que enviara más guerreros, XIV, 499 a 501.

2) Rey de Lemnos, hijo de Baco, *Iliada*, XIV, 230; XXIII, 745.

3) Troyano, muerto por Menelao, *Iliada*, XVI, 311.

TOE (Θόη): Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 40.

TON (Θῶν): Egipcio, marido de Polidamna, *Od.*, IV, 228.

TOÓN (Θόων): 1) Troyano, hijo de Fénope, muerto por Diomedes, *Il.*, V, 152.

2) Teucro, muerto por Odiseo, *Il.*, XI, 422.

3) Caudillo teucro, *Il.*, XII, 140; fué muerto por Antíloco, XIII, 545.

4) Uno de los jóvenes feacios que toman parte en los juegos celebrados ante Odiseo, *Od.*, VIII, 113.

TOOSA (Θόωσα): Ninfa, hija de Forcis y madre de Polifemo, que tuvo de Posidón, *Od.*, I, 71 a 73.

TOOTES (Θοώτης): Heraldo de Menesteo, *Iliada*, XII, 342 y 343.

TÓRICO (Θορικός): Ciudad antigua del Ática. Deméter, transfigurada en vieja, dijo a las hijas de Celeo que unos marineros la habían llevado de Creta a Tórico, *Him.*, II, 126.

TRACIA (Θρήκη): Región del Norte de Grecia, *Il.*, IX, 5, 72; XI, 222; XIII, 301; XX, 485.

Od. A ella se fué Ares cuando le soltó Hefesto, después de aprisionarle, junto con Afrodita, en los lazos que colocó alrededor de la cama, VIII, 361.

TRAQUINA (Τρηχίς): Ciudad de Tesalia, *Iliada*, II, 682.

TRASIMEDES (Θρασυμήδης): Caudillo griego, hijo de Néstor, *Il.*, IX, 81; X, 255; XIV, 10; XVI, 321; XVIII, 378, 705.

Od. Degüella la novilla en el sacrificio que Néstor ofrece a Atenea, III, 414 a 450.

TRASIMELO (Θρασύμηλος): Escudero de Sarpedón, muerto por Patroclo, *Il.*, XVI, 463.

TRASIO (Θράσιος): Peonio, muerto por Aquileo a orillas del Escamandro, *Il.*, XXI, 210.

TRECENA (Τροιζήν): Ciudad de Argólide, *Iliada*, II, 561.

TRECEÑO (Τροίζηνος): Padre de Eufemo, que era el caudillo de los cicones, *Il.*, II, 847.

TRECO (Τρῆχος): Guerrero etolo, muerto por Héctor, *Il.*, V, 706.

TRICA (Τρίκκη): Ciudad de Tesalia, *Il.*, II, 729; IV, 202.

TRINACIA (Θρινακίη): La isla de Sicilia, según la opinión casi unánime de todos los intérpretes, de la cual se separa Völcker, *Odisea*, XI, 107; XII, 127, 135; XIX, 275.

TRIO (Θρύον): Ciudad de Élide, *Il.*, II, 592.

Him. La nave en que iban los cretenses a quienes Apolo hizo sus sacerdotes llegó a Trío, vado del Alfeo, III, 423.

TRIOESA (Θρυόεσσα, de θρύον, junco = abundante en juncos): Ciudad de la Élide, en un monte junto al Alfeo, cerca de Pilos, *Iliada*, XI, 711.

TRÍOPAS (Τριόπης): Fundador de Cnido. En unos versos muy alterados se dice que Apolo luchaba con Forbante, del linaje de Triopas, *Him.*, III, 211.

TRÍOPO (Τρίοπος): En unos versos muy alterados se dice que Apolo luchó con Forbante, del linaje de Tríopo..., y que Tríopo no se quedó atrás, *Him.*, III, 213.

Biblioteca Nacional de España

TRIPTÓLEMO (Τριπτόλεμος): Uno de los varones que ejercían el supremo poder en Eleusis con el rey Celeo, *Him.*, II, 153, y a quienes Deméter explicó el misterio de las cosas sagradas y los venerandos misterios, II, 474, 477.

TRITOGENIA (Τριτογένεια y Τριτογενής): Epiteto de Atenea. Interprétase de diferentes maneras por los traductores: según Trueber, procede del río mítico Τρίτων; según otros, significa nacida junto al lago Tritón, en Beocia, Tesalia o Libia; según otros, se refiere a haber nacido la diosa el tercer día del mes, etc., IV, 511; VIII, 39; XXII, 183.

Od., III, 378.

Him., XXVIII, 4.

TROFONIO (Τροφώνιος): Hijo de Ergino. En Crisa Apolo echa los cimientos de su templo y Trofonio y Agamedes construyen el lapídeo umbral, *Him.*, III, 296.

TROÍLO (Τρωΐλος): Hijo de Príamo, muerto por Aquileo antes del tiempo en que empieza la acción de la *Iliada*, XXIV, 257.

TRONIO (Θρόνιον): Población de Lócride, *Il.*, II, 533.

TROS (Τρώς): 1) Hijo de Erictonio, rey de Frigia. Fundador de Troya. Padre de Ganimedes. Recibió de Zeus unos caballos, cuando este dios le arrebató el hijo, *Iliada*, V, 265; XX, 230, 231, 463.

Him. Tros lloraba a su hijo Ganimedes, arrebatado por Zeus, y éste le dió caballos de los que usan los inmortales, V, 207.

2) Troyano, hijo de Alástor, muerto por Aquileo, *Il.*, XX, 463.

TROYA (Τροίη): Región de la Tróade y ciudad de la misma, llamada también Ilión, *Il.*, I, 129; II, 141, 162, 178, 237; III, 74, 257; IV, 175; V, 773; VI, 207, 315, 529; VII, 71, 390; VIII, 241; IX, 28, 46, 246, 329; X, 28; XI, 22, 818; XIII, 7, 233, 367, 433, 645; XIV, 505; XV, 706; XVI, 100, 169, 461, 515, 698; XVII, 155; XVIII, 67, 330; XIX, 330; XX, 316; XXI, 375, 544; XXII, 116, 478; XXIII, 215; XXIV, 86, 256, 291, 346, 492, 494, 542, 764, 774.

Od., I, 2, 62, 210, 327, 355; III, 257, 268, 276; IV, 6, 99, 146, 488; V, 39, 307; IX, 38, 259; X, 40, 332; XI, 160, 499, 510; XII, 189; XIII, 137, 248, 263, 315, 388; XIV, 229, 469; XV, 153; XVI, 289; XVII, 314; XVIII, 260, 266; XIX, 8, 187; XXIV, 37.

Him. Afrodita, enamorada de Anquises, deja la olorosa Chipre y se lanza hacia Troya, V, 66.

Frag. Para aligerar de hombres la tierra, Zeus promovió la contienda de la guerra iliaca y los héroes matábanse en Troya, V, 6.

TUMULTO (Κυδοιμός): Personificación del tumulto del combate. *Il.*, XVIII, 535.

UCALEGONTE (Ὠκαλέγων): Uno de los ancianos de Troya que estaban en la torre con Príamo cuando Hélena subió a la misma, *Il.*, III, 148.

URANIA (Οὐρανίη): Una de las doncellas con quienes jugaba Persefonea cuando fué raptada, *Him.*, 423.

VICTORIA (Νίκη): Ares es padre de la Victoria de una guerra justa, *Him.*, VIII, 4.

VOCINGLERO (Κραυγασίδης): rana. Acude en auxilio de Andaentrecoles y envasa todo el junco a Hurtamigas, cuyos intestinos se desparraman por el suelo, *Batr.*, 243 a 246; al verle, Habitagujeros, que se retiraba del combate cojeando, salta a un foso para librarse de la muerte, 247 a 249.

YALISO (Ἰηλυσός): Ciudad de la isla de Rodas, *Il.*, II, 656.

YÁLMENO (Ἰάλμενος): Caudillo de los de Aspledón y Orcómeno, hijo de Ares y de Astioque, y hermano de Ascálafo, *Il.*, II, 512; IX, 82.

YAMBE (Ἰάμβη): Doncella que ofreció una silla a Deméter, cuando ésta fué a la casa del rey Celeo, y bromeando alegró a la diosa, *Him.*, II, 195, 202.

YÁMENO (Ἰαμενός): Caudillo teucro, *Il.*, XII, 139, muerto por Leonteo, XII, 193.

YANASA (Ἰάνασσα): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIII, 47.

YANIRA (Ἰάνειρα): 1) Una de las nereidas, *Il.*, XVIII, 47.

2) Una de las doncellas que jugaba con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Himnos*, II, 421.

YANTE (Ἰάνθη): Una de las doncellas que jugaba con Persefonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 418.

YAOLCOS (Ἰαωλκός): Ciudad de Tesalia, donde vivió Pelias, *Il.*, II, 712.

Od., XI, 255.

Him. Apolo, buscando lugar para esta-

Biblioteca Nacional de España

blecer un oráculo, pasa por Yaolcos, III, 218.

YAQUE (Ἰάχη): Una de las doncellas que jugaban con Perseíonea cuando ésta fué raptada, *Him.*, II, 419.

YÁRDANO (Ἰάρδανος): Río de la isla de Creta, *Od.*, III, 292.

YASIDA (Ἰασίδης): Hijo de Yasio. Nombre patronímico de Anfión, *Od.*, XI, 283; y de Dmétor, XVII, 443.

YASIÓN (Ἰασίων): Héroe. Unióse con Deméter en una tierra noval, labrada tres veces, y Zeus lo mató con el rayo, *Od.*, V, 125 a 128.

YASO (Ἴασος): 1) Caudillo ateniense, hijo de Esfelo, muerto por Eneas, *Il.*, XV, 332, 337.

2) Padre de Anfión, *Od.*, XI, 283.

3) Padre de Dmétor, *Od.*, XVII, 443.

4) Antiguo rey del Peloponeso, *Odisea*, XVIII, 246.

YERA (Ἴαιρα): Una de las nereidas, *Iliada*, XVIIII, 42.

ZACINTO (Ζάκυνθος): Isla del mar Jónico. Sus habitantes eran súbditos de Odiseo, *Iliada*, II, 634.

Od. Todos sus próceres pretenden a Penelopea, I, 246; XVI, 123; XIX, 131; está situada cerca de Itaca, IX, 24; de la misma proceden veinte pretendientes, XVI, 250.

ZELEA (Ζέλεια): Ciudad de la Tróade, al pie del Ida, *Il.*, II, 824; patria de Pándaro, IV, 103 y 121.

ZETO (Ζῆθος): Hijo de Zeus y de Antíope, hermano de Anfión, marido de Aedón y padre de Ítilo. Anfión y Zeto fundaron y torrearon a Tebas, *Od.*, XI, 260 a 265; Aedón, hija de Pandáreo, mató por imprudencia a Ítilo, el vástago que tuvo del rey Zeto, XIX, 521 a 523.

ZEUS (Ζεύς, por Δεύ-ς, cuya radical se corresponde con la sánscrita *Dyau-* y la latina *Iov-* de *Iov-em* y es un refuerzo de Δευ- o ΔιF-, brillar, de la cual proceden los casos oblicuos Δι-ός, Δι-ί, etc.; significa primitivamente el cielo brillante y luego el dios del cielo. Y, en efecto, el cielo es donde Zeus ejerce su imperio: allí reune las nubes y hace retumbar el trueno y desde allí deja caer el encendido rayo). Dios, hijo de Cronos y de Rea. Sus epítetos son: Ὀλύμπιος [Olímpico]; ὑψίζυγος, ὕψοθ' ἑόντι [que mora en lo alto]; αἰθέρι ναίων [que habita en el éter]; ὑψιβρεμέτης [que truena en lo alto]; ἐριβρεμέτης [que truena fuertemente]; εὐρύοπα [largovidente o, según otros, de voz amplia, que se oye de lejos]; νεφεληγερέτα [que reune las nubes]; κελαινεφής [el de las obscuras nubes]; τερπικέραυνος [que se goza en lanzar el rayo]; ἀστεροπητής [fulminador, que lanza el rayo]; ἀργικέραυνος [el del candente rayo]; στεροπηγερέτα [que reune los relámpagos]; αἰγίοχος [según unos, *que lleva la égida* por ser un compuesto de αἴξ + ἔχω según otros, *que anda sobre las nubes tempestuosas* o *es llevado por ellas* por estar formado de αἰγίς + la raíz Fεχ-, lat. *veh-o*, de la cual procede ἔχω, llevar]; πατὴρ ἀνδρῶν τε θεῶν τε [padre de hombres y dioses]; ὔπατος κρειόντων [el más alto de los que imperan]; θεῶν ὔπατος καὶ ἄριστος [el más alto y el mejor de los dioses]; ὔπατος μήστωρ [árbitro supremo]; ὔπατος [el más alto]; Κρονίων y Κρονίδης [hijo de Cronos, aunque Mr. Meylan-Faure ve en el primero un simple derivado de Κρόνος que como su correspondiente sánscrito *Krânos*, que es también epíteto de dioses, significaría el que lleva a cumplimiento]; ἄναξ [soberano]; Δωδωναῖος, Πελασγικός, τηλόθι ναίων, Δωδώνης μεδέων δυσχειμέρου [Dodoneo, Pelásgico, que habita a lo lejos, que reina en Dodona, de riguroso invierno]; Ἰδαῖος e Ἴδηθεν μεδέων [Ideo, que reina en el Ida]; ἐρίγδουπος [tonante]; πόσις Ἥρης ἠϋκόμοιο [esposo de Hera de hermosa cabellera]; μέγας [grande]; ὑπερμενής [prepotente]; κύδιστος μέγιστος [gloriosísimo, grandísimo, que nos recuerda el *maxumus optumus)*; ἐρισθενής [muy fuerte]; ἄριστος θεῶν [el mejor de los dioses]; θεῶν κάρτιστος ἁπάντων [el más poderoso de todos los dioses]; ὁ ἄριστος [el mejor]; ξείνιος, ἱκετήσιος, ἕρκειος [el dios de los huéspedes, de los suplicantes, del muro del patio de la casa, pues en él tenía su altar]; πανομφαῖος [autor de todo presagio]; δολομῆτα [doloso]; αἰνότατος [terribilísimo]; σχέτλιος [cruel]; μητίετα [próvido, prudente], etc.

Il. Va al país de los etíopes para asistir a un banquete, I, 423; vuelve al Olimpo I, 493; accede a lo que le pide Tetis, entra en su palacio, Hera le zahiere y, terminado el festín, se acuesta, I, 398 a 611; envía a Agamenón un Sueño engañoso para decirle que podría tomar la ciudad de Troya, II, 6 a 75, 134, 197, 205; su nombre es invocado por Agamenón antes de empezar el combate singular de Paris y Menelao, III,

Biblioteca Nacional de España

276, 298; reune a los dioses en consejo para deliberar sobre la suerte de Troya, IV, 1 a 19, 84, 693; viste su túnica la diosa Atenea, V, 736; amó a Laodamia, VI, 198; VII, 60; su nombre es invocado por Héctor cuando desafía a los caudillos griegos, VII, 76, 274; reune a los dioses y, ponderando su poder, dice que todos ellos no podrían arrastrarle del cielo a la tierra, VIII, 2 a 27; despliega en el aire la balanza de oro y pesando más el día fatal de los aqueos, truena desde el Ida y envía una centella para espantarlos, VIII, 69 a 77; los aqueos le ofrecen sacrificios, VIII, 249 y 250; da el cetro a los reyes, IX, 98, 117; Héctor lo invoca cuando promete dar a Dolón los corceles de Aquileo, X, 329; envía la Discordia a las naves aqueas, XI, 3; hace sucumbir, con su azote, a los argivos, XII, 37; salva a Sarpedón, XII, 402, y da gloria a Héctor, XII, 437; es el hermano mayor de Posidón, y quiere la victoria para los troyanos, XIII, 347, 353 y 355; fué padre de Minos, XIII, 450, 624, 449, 812; XIV, 225; al ver venir a Hera muy ataviada, dice que nunca ha sentido un deseo tan vivo, y se acuesta con ella, XIV, 315; despierta, increpa a Hera y le encarga que le envíe a Apolo y a Iris, XV, 4 a 59; en el reparto con sus hermanos, correspondióle el cielo, XV, 192; Apolo lleva su égida para espantar a los argivos, XV, 310; Aquileo lo invoca cuando manda al combate a Patroclo, XVI, 233 a 248, 298; compadece a Sarpedón que sale al encuentro de Patroclo y pregunta a Hera si deberá dejarlo sucumbir, XVI, 431 a 438; ordena a Apolo que lave el cadáver de Sarpedón y lo entregue al Sueño y a la Muerte, XVI, 666; sigue protegiendo a los griegos, XVII, 339; agita la égida y da la victoria a los teucros, XVII, 593; Ate es hija suya, XIX, 91, 224; ordena a Temis que convoque a los dioses, celebra consejo con ellos y les da libertad para que cada cual pueda favorecer a los teucros o a los dánaos, XX, 4 a 31; tuvo por hijos, entre otros, a Dárdano, XX, 215, y al río Janto, XXI, 2; consulta a los dioses si dejará que Héctor sea muerto por Aquileo, XXII, 167 a 174, y despliega en el aire la balanza de oro, XXII, 209 a 213; había dado mucha riqueza a Equepolo, XXIII, 299; con motivo del cadáver de Héctor que retiene Aquileo reprende a Hera, manda que Iris llame a Tetis, la envía luego al palacio de Príamo y encarga a Hermes que acompañe a Príamo hasta la tienda de Aquileo, XXIV, 64 a 187, 334 y 345; a ruegos de Príamo, que le ofrece una libación y le pide un agüero favorable, hace aparecer un águila negra a la derecha de la ciudad, XXIV, 287, 314 a 320; en los umbrales de su palacio hay dos toneles, llenos respectivamente de males y de bienes que reparte a los hombres, XXIV, 527 a 533.

Od. En el concilio de los dioses cuenta lo que le ha ocurrido a Egisto, y luego, a petición de Atenea, propone que se trate de la vuelta de Odiseo a su patria, I, 27 a 79; de él procede la fama, que es la que más difunde la gloria de los hombres, I, 282 y 283; II, 216 y 217; distribuye sus presentes a los varones de ingenio del modo que le place, I, 348 y 349; en él confía Telémaco para que sean castigados los pretendientes, I, 379; II, 144; si él se lo concediera, le gustaría a Telémaco ser rey, I, 390; invócale Egiptio para que cumpla los deseos de quien haya reunido el ágora, II, 34; por él y por Temis ruega Telémaco a los pretendientes que no vuelvan al palacio, II, 68 a 71; envía dos águilas, así que Telémaco deja de hablar en el ágora, como presagio de la muerte de los pretendientes, II, 146 a 154; a Odiseo se le llama el del linaje de Zeus, II, 352, 366; V, 203, 387; X, 401, 443, 456, 488, 504; XI, 60, 92, 405, 473, 617; XIII, 375; XIV, 486; XV, 485; XVI, 167; XVIII, 312; XXII, 164; XXIII, 306; XXIV, 542; Atenea es hija de Zeus, I, 10; II, 296, 433; III, 42, 337, 378; IV, 752, 762; V, 382; VI, 229, 323 y 324; XIII, 190, 252, 300, 318, 359 y 371; XXIII, 205; XXIV, 502, 529 y 547; este dios tramó que fuese luctuosa la vuelta de los aqueos, III, 132 y 133; aparejábales a éstos muchas calamidades la víspera de su partida de Troya, III, 152; suscitó una nueva disputa entre los aqueos cuando llegaron a Ténedos, III, 160 y 161; dispersó las naves de Menelao cuando llegaron al promontorio de Malea, III, 286 a 290; que Zeus y los demás dioses le libren, dice Néstor, de que Telémaco tenga que volver a la nave para dormir, III, 346 a 350; como título honorífico se llama διοτρεφής, *alumno*

Biblioteca Nacional de España

de Zeus: a) a Agamenón, XXIV, 122; *b)* a Agelao, XXII, 136; *c)* a Menelao, IV, 26, 44, 138, 156, 235, 291, 316, 391, 561; XV, 64, 87, 155, 167; *d)* a Pisistrato, XV, 199; *e)* a Odiseo, X, 266, 419; *f)* a los reyes y príncipes en general, III, 480; VII, 49; *g)* a los feacios, V, 378; Eteoneo, al participar a Menelao la llegada de Telémaco y Pisistrato, dice que se asemejan a los descendientes de Zeus, IV, 27; Menelao pide a Zeus que les libre de la desgracia para en adelante, IV, 34 y 35; dice Telémaco, al contemplar el palacio de Menelao, que así debe de ser por dentro la morada de Zeus, IV, 74; responde Menelao que con Zeus no puede competir nadie, IV, 78; afirma el mismo héroe que hubiera dado una ciudad a Odiseo si Zeus les hubiese permitido a entrambos volver a la patria, IV, 171 a 176; Hélena era hija de Zeus, IV, 184, 219, 227; este dios envía a los hombres unas veces bienes y otras males, IV, 237; Zeus es invocado, juntamente con Atenea y Apolo, en las exclamaciones, IV, 341; VII, 311; XVII, 132; XVIII, 235; XXIV, 376; dice Proteo a Menelao que hubiera debido ofrecer sacrificios a Zeus y a los dioses antes de salir de Egipto, IV, 472; Menelao, como marido de Hélena, es yerno de Zeus, IV, 569; desea Antínoo que Zeus le aniquile las fuerzas a Telémaco, antes que éste llegue a la flor de la juventud, IV, 668; en la junta de los dioses, Atenea deplora la suerte que le cabe a Odiseo; y Zeus manda que Atenea acompañe a Telémaco hasta que vuelva a Ítaca, y que Hermes vaya a decir a Calipso que deje partir a Odiseo, el cual llegará a la isla de los feacios y luego a su patria, V, 4 a 42; Hermes dice a Calipso que va a verla por orden de Zeus, cuyos mandatos no pueden ser desobedecidos, V, 99 a 104; Zeus mató con el rayo a Yasión, V, 128; el mismo dios hendió la nave de Odiseo en el ponto, V, 131 y 132; VII, 249 y 250; dice Calipso que, puesto que no es posible desobedecer a Zeus, se vaya Odiseo por el mar estéril, V, 137 a 140; Hermes aconseja a Calipso que despida cuanto antes a Odiseo y tema la cólera de Zeus, V, 146; Calipso, oído el mensaje de Zeus, va a encontrar a Odiseo, V, 149 y 150; Zeus envía vientos favorables a las naves, V, 175 y 176; Odiseo, cuando está para llegar al país de los feacios, nota que se avecina una tempestad y exclama: ¡con qué nubes ha cerrado Zeus el cielo!, V, 303 y 304; Odiseo se queja de que, después de haberle concedido Zeus que llegara a ver tierra, no halle medio de salir del mar, 408 a 410; son hijas de Zeus las ninfas agrestes que juegan con Ártemis, VI, 105; dice Nausicaa que Zeus distribuye la felicidad a los buenos y a los malos según le place, VI, 188 y 189; todos los forasteros y pobres son de Zeus, VI, 207 y 208; XIV, 57 y 58; cuando Odiseo se presenta a los reyes de los feacios, Equeneo aconseja a Alcínoo que se hagan libaciones a Zeus, VII, 163 a 165, y el rey da la orden, VII, 180 y 181; cuenta Odiseo que en el año octavo de estar en la isla Ogigia, Calipso le dejó partir por haber recibido algún mensaje de Zeus o porque cambió su pensamiento, VII, 261 a 263; dice Alcínoo a Odiseo que nadie le detendrá por fuerza, pues esto disgustaría a Zeus, VII, 315 y 316; Zeus es invocado en algunas exclamaciones, VII, 331; XX, 339; había predicho Apolo que, cuando los caudillos aqueos disputasen, empezaría a revolverse la calamidad entre teucros y dánaos por la decisión de Zeus, VII, 79 a 82; Alcínoo refiere a Odiseo qué obras les asignó Zeus a los feacios, VII, 244 y 245; llama Hefesto a Zeus y a los demás dioses para que sean testigos del adulterio de Afrodita, hija de Zeus, VIII, 306 a 320; Apolo y Hermes son hijos de Zeus, VIII, 334 y 335; Alcínoo regala su copa a Odiseo, para que, cuando ofrezca libaciones a Zeus, se acuerde de él, VIII, 430 a 432; Odiseo pide a Zeus que le deje volver a su casa, VIII, 465 y 466; las Musas son hijas de Zeus, VIII, 488; Zeus le ordenó a Odiseo su trabajosa vuelta desde que saliera de Troya, IX, 37 y 38; cuando los cícones del interior trabaron batalla con Odiseo y los suyos, ya se les presentó a éstos el funesto destino decretado por Zeus, IX, 51 a 53; al dejar las naves de Odiseo la tierra de los cícones, Zeus promovió una gran tempestad, IX, 67 a 69; hace crecer el trigo, la cebada y las vides de los cíclopes la lluvia enviada por Zeus, IX, 109 a 111; las ninfas de las montañas son hijas de Zeus, IX, 154; dice Odiseo a Polifemo que él y los suyos llegan allí extraviados porque así debió de ordenarlo Zeus, IX, 261 y

Biblioteca Nacional de España

262; Zeus es el vengador de los suplicantes y de los huéspedes, IX, 270 y 271; dice el Ciclope a Odiseo que ellos no se cuidan de Zeus y que no los perdonaría por temor a la enemistad de este dios, IX, 275 a 277; Odiseo y los suyos, al ver que el Ciclope se come a dos de ellos, alzan las manos a Zeus, IX, 294; dice Polifemo que en la tierra de los ciclopes también se dan gruesos racimos que crecen con la lluvia enviada por Zeus, IX, 357 y 358; dicen los demás ciclopes a Polifemo que no es posible evitar la enfermedad enviada por Zeus, IX, 411; dice Odiseo a Polifemo que Zeus y los restantes dioses lo han castigado por sus malas obras, IX, 479; Odiseo sacrifica a Zeus el carnero al cual se asió para salir del antro del Ciclope, IX, 551 a 553; Perséfonea es hija de Zeus, XI, 217; Pelias y Neleo fueron esforzados servidores de Zeus, XI, 255; Antíope se gloriaba de haber dormido en brazos de Zeus, XI, 260 y 261; Alcmena tuvo de Zeus a Heracles, XI, 266 a 268; cuando Ificlo, enterado de los oráculos, soltó al adivino, cumplióse la voluntad de Zeus, XI, 294 a 297; Zeus honra a Cástor y Polideuces debajo de la tierra, XI, 302; Apolo es hijo de Zeus y de Leto, XI, 318; dice Odiseo que Zeus aborreció la estirpe de Atreo a causa de la perfidia de las mujeres, XI, 436 a 438; Zeus fué el único culpable de la muerte de Ayante, XI, 558 a 560; Minos fué hijo de Zeus, XI, 568; Leto fué consorte de Zeus, XI, 580; Hebe es hija de Zeus, XI, 603 y 604; Heracles fué hijo de Zeus, XI, 620; al pasar por las peñas Erráticas las palomas que llevan la ambrosía a Zeus, una de ellas es arrebatada y el dios envía otra para completar el número, XII, 62 a 65; Odiseo mandó a los suyos que apretasen con los remos por si Zeus les concediera que escaparan de Caribdis, XII, 215 y 216; poco después de haber llegado Odiseo y los suyos a la isla de Trinacia, Zeus suscitó una gran tempestad, XII, 313; Odiseo se queja a Zeus y a los dioses de que le hayan enviado el sueño mientras los suyos mataban las vacas del Sol, XII, 371 a 373; el Sol pide a Zeus y a los dioses que castiguen a los compañeros de Odiseo, y Zeus le promete despedir un rayo contra la nave, XII, 377 a 388; Odiseo y los suyos parten de la isla de Trinacia así que Zeus les trae el día séptimo después de su llegada, XII, 399 a 402; pronto coloca Zeus una nube encima de la embarcación, despide un rayo y todos los tripulantes caen al agua menos Odiseo, XII, 403 a 419; Alcinoo sacrifica un buey a Zeus, XIII, 24 y 25; manda Alcinoo a Pontónoo que mezcle el vino en la cratera para orar a Zeus antes de despedir al huésped, XIII, 50 a 52; después que los feacios han conducido a Odiseo a su patria, Posidón explora la voluntad de Zeus y éste le aconseja que convierta la nave en un peñasco, cuando los habitantes de la población la vean llegar, y cubra luego la vista de la población con una gran montaña, XIII, 127 a 158; Odiseo ruega a Zeus que castigue a los feacios porque cree que no lo han conducido a Ítaca, XIII, 213; son hijas de Zeus las ninfas Náyades, XIII, 356; Odiseo, al darle Eumeo hospitalidad, pide a Zeus que conceda a éste lo que más anhele, XIV, 53 y 54; dice Eumeo que hasta los hombres a quienes permite Zeus que invadan el país ajeno y recojan botín, sienten temor de la venganza divina, XIV, 85 a 88; los días y las noches proceden de Zeus, XIV, 93; dice Odiseo a Eumeo, antes de darse a conocer, que Zeus y los dioses saben si ha visto alguna vez al amo del porquerizo, XIV, 119 y 120; Odiseo, antes de darse a conocer, pone por testigo a Zeus de que Odiseo volverá a su patria, XIV, 158 a 162; Zeus dispuso la expedición a Troya, XIV, 235 y 236; dice Odiseo, en la fingida relación que hace a Eumeo, que Zeus maquinó males contra él después que se acabó la guerra de Troya, XIV, 243; cuenta Odiseo, en la misma relación, que a los suyos envióles Zeus la fuga mientras peleaban con los egipcios, XIV, 268 a 270, y que a él le inspiró la idea de postrarse ante el rey, XIV, 273, el cual le salvó porque temía a Zeus hospitalario, XIV, 283 y 284; refiere Odiseo que Zeus meditaba cómo llevaría a la perdición al fenicio en cuyo bajel navegaba el héroe, XIV, 300, y que luego despidió un rayo contra la nave, que se llenó del olor del azufre, cayeron todos en el agua y el mismo Zeus echó el mástil en las manos del que habla para que se librase de la muerte, XIV, 305 a 312; cuenta Odiseo a Eumeo, antes de darse a conocer, que Fidón aseguraba que Odiseo había ido a Do-

Biblioteca Nacional de España

dona para saber la voluntad de Zeus sobre la manera cómo debía entrar en Ítaca, XIV, 328 a 330; dice Eumeo a Odiseo, antes de que éste se dé a conocer, que le respeta y quiere por el temor de Zeus hospitalario y por la compasión que le inspira, XIV, 388 y 389; dice Eumeo a Odiseo, antes de reconocerle, que, si le matara, ¡con qué disión rogaría a Zeus!, XIV, 406; dice Odiseo a Eumeo, antes de darse a conocer, que ojalá le sea tan caro a Zeus como a él, XIV, 440 y 441; XV, 341 y 342; en una relación fingida que hace Odiseo, dice éste que Zeus llovió sin cesar toda la noche, XVI, 457 y 458; dice Menelao a Telémaco que Zeus le permita hacer el viaje de regreso como su corazón desee, XV, 111 y 112; Hélena predice la venganza de Odiseo, y Telémaco le responde que así lo haga Zeus, XV, 172 a 180; Zeus quiso entrañablemente a Anfiarao, XV, 245; la nave de Telémaco, impulsada por el viento de Zeus, pasa a lo largo de la Élide, XV, 297; dice Eumeo a Odiseo que Laertes pide a Zeus continuamente que el alma se le separe de los miembros, XV, 353 y 354; cuenta Eumeo que, cuando la fenicia lo hubo llevado a la nave, Zeus les envió próspero viento, XV, 475, y que, tan luego como Zeus les trajo el séptimo día, Ártemis mató a la mujer, XV, 477 y 478; dice Odiseo a Eumeo, antes de darse a conocer, que Zeus le ha puesto al porquerizo cerca del mal el bien, XV, 488 y 489; dice Telémaco que Zeus sabe si antes de las bodas lucirá para los pretendientes un infausto día, XV, 523 y 524; cuando Telémaco aconseja a Odiseo que busque a alguien que les ayude en la matanza de los pretendientes, le pregunta el héroe si les bastarán Atenea y Zeus, XVI, 258 a 261; dice Odiseo a Telémaco que Atenea y Zeus ofuscarán a los pretendientes, XVI, 297 y 298; aconseja Telémaco a Odiseo que deje para más tarde probar a los hombres, si realmente ha visto alguna señal enviada por Zeus, XVI, 318 a 320; dice Anfinomo que, si los decretos de Zeus lo aprobaran, él mismo mataría a Telémaco, XVI, 403 y 404; dice Penelopea que los suplicantes tienen por testigo a Zeus, XVI, 422 y 423; encarga Telémaco a Penelopea que vote sacrificar hecatombes, si Zeus les permite llevar al cabo la venganza, XVII, 50 y 51, y ella lo hace así, XVII, 59 y 60; Teoclímeno, hablando con Penelopea, pone por testigo a Zeus de que ya Odiseo está en su patria, XVII, 155 a 157; son hijas de Zeus las ninfas de las fuentes, XVII, 240; dice Eumeo que Zeus le quita la mitad de la virtud al hombre que cae esclavo, XVII, 322 y 323; Odiseo, en la sala de su palacio, antes de darse a conocer a los pretendientes, pide a Zeus que Telémaco sea dichoso y se le cumpla cuanto desee, XVII, 354 y 355; cuenta Odiseo en la relación fingida que hace a los pretendientes, que Zeus le incitó a ir a Egipto, XVII, 424 a 426, y que, habiendo trabado un combate con sus habitantes, Zeus les envió la fuga a los compañeros del héroe, XVII, 437 a 439; pide Eumeo a Zeus la destrucción de los aqueos que traman maldades, antes que se conviertan en una plaga para Telémaco y los suyos, XVII, 596 y 597; después del pugilato de Odiseo con Iro, los pretendientes ruegan a Zeus y a los dioses que concedan al que ha quedado vencedor lo que más anhele, XVIII, 112 y 113; dice Penelopea que Zeus la ha privado de toda ventura, XVIII, 273; dice Odiseo a Melanto, antes de darse a conocer, que Zeus le arruinó, XIX, 80; dice Penelopea que a Telémaco Zeus le da gloria, XIX, 161; Minos conversaba con Zeus, XIX, 179; cuenta el mismo Odiseo a Penelopea, antes de darse a conocer, que Odiseo perdió los compañeros y la nave porque se airaron contra él Zeus y el Sol, XIX, 274 a 276; dice luego que Odiseo está en Dodona para saber la voluntad de Zeus acerca de si debe volver a Ítaca manifiesta o encubiertamente, XIX, 296 a 299; dice Euriclea que sin duda Zeus le cobró a Odiseo más odio que a hombre alguno, a pesar de que nadie quemó tantos muslos ni sacrificó tantas y tan selectas hecatombes en honor del dios, XIX, 363 a 366; pregunta Odiseo a Atenea dónde podrá refugiarse si, por la voluntad de Zeus y la de ella, logra matar a los pretendientes, XX, 42 y 43; Ártemis es hija de Zeus, XX, 61; Afrodita fué a pedir a Zeus florecientes nupcias para las hijas de Pandáreo, XX, 73 a 75; Odiseo, antes de la matanza de los pretendientes, ruega a Zeus que le envíe un presagio y una señal, y el dios lo hace así, XX, 97 a 106; una esclava del palacio de Odiseo advierte que

Biblioteca Nacional de España

el trueno enviado por Zeus debe de ser una señal y pide a este dios que los pretendientes coman por última vez en aquella casa, lo cual constituye un presagio para el héroe, XX, 112 a 122; dice Filetio que no hay dios más funesto que Zeus, porque después de criar a los hombres los entrega al infortunio y a los dolores, XX, 201 a 203; Odiseo, antes de darse a conocer, pone por testigo a Zeus de que Odiseo volverá a su casa estando aún Filetio en ella, XX, 230 a 234; dice Antinoo que, si lo hubiera querido Zeus, ya habrían hecho callar a Telémaco en el palacio, XX, 273 y 274; Heracles era hijo de Zeus, XXI, 25, 26, 36; dice Telémaco que Zeus debe de haberle privado de juicio cuando ve que su madre quiere irse del palacio y sigue deleitándose, XXI, 102 a 105; Filetio hace votos a Zeus para que vuelva Odiseo, XXI, 199 a 202; así que Odiseo tiende el arco, Zeus truena como señal favorable, XXI, 413; Agelao aconseja que tiren las lanzas tan sólo seis pretendientes por si Zeus les concede que hieran a Odiseo, XXII, 252 y 253; Femio, en la matanza de los pretendientes, no sabe si salir de la sala y acogerse al altar de Zeus o correr hacia Odiseo para abrazarle las rodillas, XXII, 333 a 335; Femio y Medonte se sientan en el patio, junto al altar de Zeus, XXII, 378 a 380; Hélena es hija de Zeus, XXIII, 218; cuenta Odiseo a Penelopea que Zeus hirió con el rayo la nave en que iba con sus compañeros, XXIII, 330 a 332; dice Odiseo que ha padecido muchos trabajos, sufriendo los males que le enviaba Zeus, XXIII, 350 a 352; en el Hades, dice Aquileo a Agamenón que todos creían que este héroe era el más acepto a Zeus, XXIV, 24; refiere Agamenón que el día en que murió Aquileo no desistieron de combatir hasta que Zeus les envió una tormenta, XXIV, 42; se duele el alma de Agamenón de que Zeus le hubiese aparejado una deplorable muerte, XXIV, 96; refiere el alma de Anfimedonte que, cuando Zeus incitó a Odiseo, éste y Telémaco quitaron las armas de las paredes, XXIV, 164 a 166; dice Odiseo que en el huerto de Laertes hay racimos de uvas de toda clase cuando los hacen madurar las estaciones enviadas por Zeus, XXIV, 343 y 344; Laertes invoca al padre Zeus, XXIV, 351; Atenea explora la voluntad de Zeus acerca del combate de los itacenses contra Odiseo y los suyos, y el dios se decide por el restablecimiento de la paz, XXIV, 472 a 486; aconseja Atenea a Laertes que eleve sus preces a la doncella de ojos de lechuza y al padre Zeus, XXIV, 517, y el anciano lo hace así, XXIV, 521; Zeus arroja un rayo mientras Odiseo persigue a los itacenses, XXIV, 539; Atenea encarga a Odiseo que se detenga y haga cesar el combate, para que Zeus no se enoje con él, XXIV, 544.

Him. Zeus tuvo de Semele a Dióniso, I, 4; ratifica con un movimiento de su cabeza lo que promete, I, 16; permitió el rapto de Persefonea por Hades, II, 3, por su voluntad la tierra produjo el narciso que iba a coger Persefonea cuando fué robada, II, 9, y por su consejo se efectuó el rapto, II, 30, 78; viendo que Deméter había privado de fertilidad a la tierra, mandó que Iris fuése a Eleusis y llamara a Deméter, II, 313, 316, 321; no dejándose Deméter persuadir, le fué enviando todos los dioses y luego mandó al Argifontes al Érebo para que sacara a Persefonea, II, 334, 348; Hades no desobedeció a Zeus, II, 364; envía como mensajera a Rea para que lleve a Deméter y a Persefonea a la familia de las deidades, II, 441, 448, 460; en el Olimpo están Deméter y Persefonea junto a Zeus, II, 485; los dioses temen a Apolo cuando anda por la morada de Zeus, III, 2; la única deidad que permanece junto a Zeus cuando llega Apolo al Olimpo es Leto, III, 5; cuando Leto iba a parir a Apolo, Hera se hallaba en el palacio de Zeus, III, 96; así que nació, dijo Apolo que revelaría la voluntad de Zeus, III, 132; cuando, recién nacido, Apolo echó a andar, Delos contemplaba con júbilo la prole de Zeus y de Leto, III, 136; Apolo desde Pito se va al Olimpo, a la morada de Zeus, III, 187, donde Afrodita, hija de Zeus, baila cogida de las manos con otras diosas, III, 195; Zeus y Leto se regocijan al ver como su hijo Apolo juega con los inmortales, III, 205; los flegios no se cuidan de Zeus, III, 279; en Crisa el hijo de Zeus (Apolo) mató una dragona, III, 307; Hera parió a Tifaón, irritada porque Zeus había engendrado en su cabeza a Atenea, III, 312, 338, 339, 344; por la voluntad de Zeus sopló recio viento cuando la nave en que

Biblioteca Nacional de España

iban los cretenses, a quienes Apolo hizo sus sacerdotes, hubo pasado a lo largo del Peloponeso, III, 427, y guiaba la nave Apolo, hijo de Zeus, III, 437; Apolo se descubre a los marineros diciéndoles que es hijo de Zeus, III, 480; Apolo, hijo de Zeus, tocando la cítara precedía a los cretenses en la procesión a Pito, III, 514; Apolo, hijo de Zeus, dijo a los cretenses cómo vivirían en Pito, III, 531; el poeta saluda al hijo de Zeus y de Leto, III, 545; Maya unióse con Zeus y parió a Hermes, IV, 4, 10; Hermes, recién nacido, canta a Zeus, IV, 57; iba a aparecer la aurora cuando el fuerte hijo de Zeus (Hermes) llegó al Alfeo, IV, 101; después de robar las vacas de Apolo, Hermes, hijo de Zeus, se metió en su cuna, IV, 145; Apolo, hijo de Zeus, descubre que el ladrón es un hijo de Zeus y va a Pilos en busca de sus vacas, IV, 214, 215; Apolo, hijo de Zeus, fué a Cilene, IV, 227, donde la ninfa había parido al otro hijo de Zeus, IV, 230, y el hijo de Zeus y de Maya se escondió en sus pañales, IV, 235, 243; Apolo habla a Hermes llamándole hijo de Zeus y de Maya, IV, 301; Hermes propone que su pleito con Apolo lo falle Zeus, IV, 312; Hermes echó a andar y le seguía el hijo de Zeus y de Leto, IV, 323, y llegaron ambos hijos de Zeus al Olimpo, IV, 328 y 329; Hermes cuenta a su padre Zeus que Apolo le reclama las vacas, IV, 368; Zeus se ríe de que Hermes niegue tan hábilmente el hurto y le manda que muestre las vacas a Apolo, IV, 389; la decisión de Zeus persuade fácilmente, IV, 396; ambos hijos de Zeus llegan al vado del Alfeo, IV, 397; el preclaro hijo de Zeus celebra con el canto a los inmortales dioses, IV, 432; Apolo llama a Hermes hijo de Zeus, IV, 446, 455; dice Hermes que Zeus quiere a Apolo y le ha enseñado los vaticinios y las cosas divinas, IV, 468, 469, 472; Hermes regaló la cítara a Apolo, IV, 490; los gallardos hijos de Zeus regresaron al Olimpo, IV, 504, y Zeus los juntó en amistad, IV, 506; Hermes ha recibido de Zeus la honra de hacer permutables los trabajos de los hombres, IV, 516; Apolo aseguró que ningún dios ni hombre descendiente de Zeus le sería más querido que Hermes, IV, 526; Apolo da a Hermes la varita de oro poderosa en virtud de las palabras y acciones buenas que aquél aprendió de la voz de Zeus, IV, 526, pero el arte adivinatoria sólo puede tenerla Apolo, IV, 532, 535, 538, 540; Apolo llama a Hermes hijo de Maya y de Zeus, IV, 551; el poeta saluda al hijo de Zeus y de Maya, IV, 579; Atenea es hija de Zeus, V, 8; Hestia es la más joven por la voluntad de Zeus y, tocando la cabeza de éste, juró ser siempre virgen y Zeus en recompensa la colocó en medio de las casas para que recibiera el olor de los sacrificios, V, 23, 27, 29; Afrodita perturba la mente de Zeus y le obliga a unirse con hembras mortales, V, 36; Zeus tomó por esposa a Hera, V, 43; Zeus inspiró a Afrodita un dulce deseo de unirse con un mortal, V, 45; Afrodita es hija de Zeus, V, 107; Afrodita, transfigurada en mortal, suplica a Anquises por Zeus que la muestre a sus padres para que vean que no será una nuera indigna de ellos, V, 131; Anquises suplica a Afrodita por Zeus que no permita que viva lánguidamente, V, 187; Zeus robó a Ganimedes para que escanciara el néctar a los dioses, V, 202; Zeus dió a Tros caballos en compensación de Ganimedes, V, 210, 213; la Aurora pidió a Zeus que Titono fuese inmortal, V, 215, 222; dijo Afrodita a Eneas que, si se jactara de haberse unido con ella, Zeus le heriría con el rayo, V, 288; el piloto de la nave en que unos piratas se llevaban a Dióniso dice que quizás aquel dios sea Zeus, VII, 19; Dióniso es hijo de Semele y de Zeus, VII, 57; Hera es hermana y esposa de Zeus y tiene las mismas honras que él, XII, 3, 5; Heracles es hijo de Alcmena y de Zeus, XV, 1, 9; Cástor y Polideuces son hijos de Zeus y de Leda, XVII, 2; Hermes es hijo de Maya y de Zeus, XVIII, 4, 10; Hermes sentóse junto a Zeus y los demás inmortales y les presentó su hijo Pan, XIX, 44; el poeta canta a Zeus que sostiene frecuentes coloquios con Temis, XXIII, 1; el poeta pide que venga a su casa Hestia con el próvido Zeus, XXIV, 5; el poeta empieza su canto por las Musas, Apolo y Zeus, de quien proceden los reyes, y termina saludando a las Musas, hijas de Zeus, XXV, 1, 4, 6; Dióniso es hijo de Zeus y de Semele, XXVI, 2; el poeta saluda a Apolo y a Ártemis, hijos de Zeus y de Leto, XXVII, 21; Zeus engendró en su cabeza a Atenea, la cual, al nacer, saltó im-

Biblioteca Nacional de España

petuosamente, quitóse las divinas armas y Zeus se alegró, y el poeta termina saludando a la hija de Zeus, XXVIII, 4, 7, 16, 17; el Argifontes es hijo de Zeus y de Maya, XXIX, 7; Caliope es hija de Zeus, XXXI, 1; las Musas son hijas de Zeus, XXXII, 2; Cástor y Polideuces son hijos de Zeus, XXXIII, 1, 9. Está dedicado a este dios el himno XXIII.

Batr. Zeus llama a los dioses al cielo y les pregunta quiénes auxiliarán a las ranas y quiénes a los ratones, 168 a 173; pregunta a Atenea si auxiliará a los ratones, ya que éstos saltan en sus templos, 173 a 176; truena desde el cielo, dando la señal de la funesta lucha, 200 y 201; dícele Ares que ni el poder de Atenea ni el suyo son bastantes para librar de la perdición a las ranas y le aconseja que use el arma con que en otro tiempo hizo perecer a los titanes, a Capaneo, a Enceladonte y a los gigantes, 277 a 283; su arma terrible es el rayo, 287; despide un trueno y lanza un rayo; pero no consigue que los ratones dejen de combatir y entonces manda unos cangrejos que cortan las colas, pies y manos de los ratones, éstos se dan a la fuga y termina la batalla, 285 a 303.

Ep. El rio Hermo fué engendrado por Zeus, I, 5; pregunta el aedo de qué hado permitió Zeus que él fuese la presa cuando se criaba en Esmirna, a la que amurallaron los pueblos de Fricón por la voluntad de Zeus, y de donde tenían que partir las doncellas hijas de Zeus, que se proponían celebrar la divina tierra y la ciudad de los hombres, IV, 1, 3, 8; el aedo encarga a los marineros que reverencien a Zeus hospitalario, cuya venganza es terrible para quien le ofende, VIII, 3, 4.

Frag. Zeus, para aligerar de hombres la tierra, promovió la contienda iliaca, V, 3, 7; el aedo encarga a los marineros que reverencien a Zeus hospitalario, VIII, 3; Némesis tuvo de Zeus, con el cual no deseaba unirse, a Leda, VIII, 5, 7; el aedo no quiere hablar de Zeus, que produjo todas estas cosas, XII, 1; Zeus dió a Laomedonte una viña, construida por Hefesto, en compensación de Ganimedes, XXI, 3; el respeto a los dioses, los sacrificios y las danzas son presentes de la hija de Zeus, XXVII, 4; insuflóle en el pecho la fuerza del prepotente Zeus, XLI, 1; Zeus quitóle del pecho la inteligencia, XLII, 1; Edipo rogó a Zeus y a los demás dioses, que sus hijos descendieran al Hades, muriendo el uno a manos del otro, LIV, 3.

FIN DE LA OBRA

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE DE MATERIAS

Págs.

Informe de la Real Academia Española sobre la versión de la *Iliada* por el Dr. Luis Segalá. . . . v
Dictamen del Consejo de Instrucción Pública sobre la versión de la *Iliada* por el Dr. Luis Segalá. . . viii
Informe de la Real Academia Española sobre las versiones del Dr. Luis Segalá. x
Cartas autografiadas del insigne polígrafo Dr. Marcelino Menéndez y Pelayo con el juicio sobre las versiones de la *Iliada* y de la *Odisea*. xiii

Introducción. xxiii
I.—¿Existió Homero? xxiii
II.—¿Qué obras compuso Homero y dónde se inspiró para escribirlas? xxviii
III.—Homero en España y en Hispanoamérica. xlii
A. Traducciones aparecidas en España. xlii
a. Castellanas y latinas. xlii
b. Catalanas. lvii
B. Traducciones hechas o publicadas en Hispanoamérica. lxiii
IV.—Nuestra versión de la *Iliada* y la *Odisea* y su nueva edición completada con las restantes obras homéricas. lxix

Ilíada. 1
Rapsodia primera: Peste.—Cólera. 3
— II: Sueño.—Beocia o catálogo de las naves. 14
— III: Juramentos.—Atalayando desde la muralla.—Combate singular de Alejandro y Menelao. 29
— IV: Violación de los juramentos.—Agamenón revista las tropas. 37
— V: Principalía de Diomedes. 47
— VI: Coloquio de Héctor y Andrómaca. 63
— VII: Combate singular de Héctor y Ayante.—Levantamiento de los cadáveres. . . 72
— VIII: Batalla interrumpida. 81
— IX: Embajada a Aquileo.—Súplicas. 91
— X: Dolonía. 108
— XI: Principalía de Agamenón. 114
— XII: Combate en la muralla. 129
— XIII: Batalla junto a las naves. 137
— XIV: Engaño de Zeus. 152
— XV: Nueva ofensiva desde las naves. 162
— XVI: Patroclea. 175
— XVII: Principalía de Menelao. 191
— XVIII: Fabricación de las armas. 205
— XIX: Renunciamiento de la cólera. 216
— XX: Combate de los dioses. 224
— XXI: Batalla junto al río. 233
— XXII: Muerte de Héctor. 244
— XXIII: Juegos en honor de Patroclo. 254
— XXIV: Rescate de Héctor. 270

Biblioteca Nacional de España

Págs.

ODISEA.. 285
Rapsodia primera: Concilio de los dioses.—Exhortación de Atenea a Telémaco. 287
— II: Ágora de los itacenses.—Partida de Telémaco.. 296
— III: Lo de Pilos. 304
— IV: Lo de Lacedemonia. 313
— V: La balsa de Odiseo.. 329
— VI: Llegada de Odiseo al país de los feacios. 338
— VII: Entrada de Odiseo en el palacio de Alcínoo. 344
— VIII: Presentación de Odiseo a los feacios. 351
— IX: Relatos a Alcínoo.—Ciclopea. 362
— X: Lo relativo a Éolo, a los lestrigones y a Circe. 373
— XI: Evocación de los muertos. 384
— XII: Las sirenas, Escila, Caribdis, las vacas del Sol. 396
— XIII: Partida de Odiseo del país de los feacios y su llegada a Ítaca. 405
— XIV: Conversación de Odiseo con Eumeo. 413
— XV: Llegada de Telémaco a la majada de Eumeo.. 423
— XVI: Reconocimiento de Odiseo por Telémaco. 434
— XVII: Vuelta de Telémaco a Ítaca. 443
— XVIII: Pugilato de Odiseo con Iro. 455
— XIX: Coloquio de Odiseo y Penelopea.—El lavatorio o reconocimiento de Odiseo por
— Euriclea. 463
— XX: Lo que precedió a la matanza de los pretendientes. 474
— XXI: La propuesta del arco. 482
— XXII: Matanza de los pretendientes.. 490
— XXIII: Reconocimiento de Odiseo por Penelopea. 500
— XXIV: Las paces.. 507

HIMNOS O PROEMIOS. 519
I.—Fragmentos del himno a Dióniso. 521
II.—A Deméter.. 521
III.—A Apolo. 530
IV.—A Hermes. 540
V.—A Afrodita. 551
VI.—A Afrodita. 556
VII.—A Dióniso. 556
VIII.—A Ares.. 558
IX.—A Ártemis. 558
X.—A Afrodita. 558
XI.—A Atenea.. 559
XII.—A Hera. 559
XIII.—A Deméter. 559
XIV.—A la madre de los dioses. 559
XV.—A Heracles corazón de león. 559
XVI.—A Asclepio. 560
XVII.—A los Dioscuros.. 560
XVIII.—A Hermes.. 560
XIX.—A Pan. 561
XX.—A Hefesto. 562
XXI.—A Apolo. 562
XXII.—A Posidón. 562
XXIII.—A Zeus. 562
XXIV.—A Hestía. 563
XXV.—A las Musas y a Apolo. 563
XXVI.—A Dióniso.. 563
XXVII.—A Ártemis. 563
XXVIII.—A Atenea. 564
XXIX.—A Hestía. 564
XXX.—A la Tierra madre de todos. 565

Biblioteca Nacional de España

Págs.

XXXI.—Al Sol.. 565
XXXII.—A la Luna. 566
XXXIII.—A los Dioscuros. 566

BATRACOMIOMAQUIA O LUCHA DE LAS RANAS CON LOS RATONES. 569
Canto único. 571

EPIGRAMAS. 579
I.—A los neotiquenses. 581
II.—Estando para regresar a Cime. 581
III.—A Midas. 581
IV.—A los Cimeos. 581
V.—Al Testórida. 582
VI.—A Posidón. 582
VII.—A la ciudad de Eritrea.. 582
VIII.—A los marineros. 582
IX.—A los mismos. 583
X.—A un pino. 583
XI.—A Glauco, el cabrero. 583
XII.—A una sacerdotisa de Samos. 583
XIII.—A la casa de los cofratricios. 583
XIV.—El horno o el vaso de arcilla. 584
XV.—Canción de mendigo. 584
XVI.—A los pescadores.. 585
XVII.—En el sepulcro de Homero. 585

FRAGMENTOS. 587

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS. 597

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE DE LAS LAMINAS

	Págs.
Homero.	III
Aquileo.	XXII
Paris y Helena.	XXVIII
Heracles. Escultura en bronce.	XL
Atenea interviene en la disputa de Aquileo y Agamenón.	6
Tamiris el Tracio.	24
Combate de Menelao y Paris.	28
Hebe.	36
Combate de Ayante y de Héctor.	76
Heracles saca del Érebo el horrendo can de Hades.	86
Aquileo, Patroclo y Automedonte.	94
Meleagro.	100
Heracles. Escultura del frontón oriental del templo de Egina.	126
Combate de griegos y troyanos.	144
Apolo licio.	166
Ayante Telamoníada defiende el cadáver de Patroclo.	194
Tetis y Aquileo.	206
Casamiento de Peleo y Tetis.	212
Briseida y Fénix.	220
Heracles es acogido por Atenea.	226
Guerreros apercibiéndose para el combate.	230
Príamo.	244
Muerte de Héctor.	250
Aquileo junto a la pira que ha de quemar el cadáver de Patroclo.	256
Aquileo persigue a Troilo.	274
Níobe.	280
Ártemis.	314
Hermes descansando.	328
El Discóbolo.	352
Afrodita y Ares.	356
Odiseo dando vino al Ciclope.	368
Odiseo invoca la sombra de Tiresias.	384
Cástor y Polideuces.	388
Heracles llevando el can Cerbero a Euristeo.	394
Zeus.	402
Afrodita en el baño.	442
Hermes.	470
Penelopea.	482
Atenea.	494
Funerales de Aquileo.	508
Partida de Triptólemo.	524
Triptólemo en el carro de Deméter da a los hombres el grano.	530
Apolo citaredo.	538
El robo de las vacas de Apolo.	542
Hermes en la cuna.	546
Afrodita y Anquises.	552
Heracles.	558
Atenea alada con la lechuza.	574

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

FE DE ERRATAS

Página	Columna	Línea	Dice	Debe decir
Portada		11	Βυζαντιολογική	Βυζαντιολογικὴ
LI		38	ὁ	ὁ
27		11	Esietaes	Esietes
127		10	Alisio	Alesio
345		35	laspislázuli	lapislázuli
348		23	de lo que	de que
402		7-8	dulces sueños	dulce sueño
406		18	doble	de doble asa
594		17	Ὑπποκράτους	Ὑππoκράτους
III	II	5	V y VI	V, VI y X
XXIV	II	47	Ἀτρίδης	Ἀτρείδης
XXVI	I	24	Αἰτόνοος	Αὐτόνοος
XXXIV	I	28	235	523
LXV	II	28	(πόντος Ἰκάριος): 1	: 1 (πόντος Ἰκάριος)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ACABÓSE DE IMPRIMIR LA PRESENTE OBRA
EN LA CIUDAD DE BARCELONA
EN LOS TALLERES DE LA CASA EDITORIAL MONTANER Y SIMÓN
EL XXX DE MAYO DEL AÑO MCMXXVII

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

1001623801

Biblioteca Nacional de España